

EL IMPERIO DE HITLER

El dominio nazi en la Europa ocupada

MARK MAZOWER

Se han publicado muchos libros sobre Hitler, el nazismo, sus conquistas y sus crímenes. Este es, sin embargo, el primero que estudia cómo se formó el imperio que aspiraba a constituir una Confederación Europea de Estados bajo la tutela nazi, y cómo se gobernaba realmente este Nuevo Orden Europeo.

Mark Mazower nos habla en estas páginas de la conquista de nuevas tierras, de su colonización con 800 000 germanos étnicos, de las formas de explotación o de las resistencias, pero también de los grandes proyectos hitlerianos de futuro, como el de establecer un gran dominio africano o, el más ambicioso de todos, que hubiera sido la mayor empresa de colonización de la historia: el Plan General para el Este que aspiraba a ocupar todo el espacio europeo hasta los Urales con una serie de asentamientos de agricultores germánicos armados. Para lo cual era necesario, en primer lugar, eliminar de estas tierras a todos los judíos que vivían en ellas.

Mark Mazower

El imperio de Hitler

Ascenso y caída del Nuevo Orden Europeo

ePub r1.0
Titivillus 16.05.2022

Título original: *Hitler’s Empire. Nazi Rule in Occupied Europe*
Mark Mazower, 2008
Traducción: Enrique Herrando

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

A mis padres

Agradecimientos

Estoy en deuda con los numerosos estudiosos en cuyas obras me he basado, y con mis muchos y maravillosos estudiantes de Princeton, Sussex, Birkbeck y Columbia; también me gustaría dar las gracias a las siguientes personas por darme la oportunidad de infligirles mis ideas a ellos y a sus colegas: Florent Bayard, Pieter Lagrou y Henri Rousso; Charles Dellheim; Richard Evans; Ido de Haan y Pieter Romijn; Tony Judt; Erez Manela; Anthony Pagden y Sanjay Subrahmanyam; Robert Pippin; y Gyan Prakash. Marilyn Young, Fred Cooper, Fritz Stern, Sheldon Garon y Phil Nord proporcionaron respuestas y comentarios especialmente útiles, como lo hicieron también los participantes de los talleres del Proyecto Balzan de Birkbeck organizados por David Feldman, Jessica Reinisch y Elisabeth White.

También me he beneficiado enormemente del apoyo intelectual y de la amistad de mis colegas de la Universidad de Columbia. Doy las gracias a los demás compañeros que participaron en el proyecto de investigación sobre la Ocupación del Centro de Historia Internacional, y en particular a Alan Brinkley, Matthew Connelly, Victoria de Grazia, Isobel Hull, Rashid Khalidi, Gregory Mann, Susan Pedersen, Anders Stephanson, Martti Koskenniemi y John Witt. Recibí orientaciones inestimables por parte de Volker Berghahn, Holly Case, Fred Cooper, Tomislav Dulic, Laura Engelstein, Catherine Epstein, Alison Frank, Carol Gluck, Gabriella Gribaudi, Hans-Christian Jasch, Pieter Judson, Simon Kitson, Pieter Lagrou, Mark Lilla, Kiran Patel, Susan Pedersen, Derek Penslar, Rachel Phipps, Pieter Romijn, Lidia Santarelli, Ben Shephard, Leonard Smith, Tim Snyder, Anders Stephanson, Adam Tooze, Mark von Hagen, Yfaat Weiss y Tara

Zahra. Muchos de ellos hicieron huecos en sus apretadas agendas para leer borradores y proponer mejoras, y les estoy muy agradecido a todos. Jessamyn Abel, Holly Case, Catherine Epstein, Benjamin Martin, Leonard Smith, Tim Snyder y Tara Zahra también compartieron conmigo obras inéditas que me fueron enormemente útiles. Igual de valiosas, aunque de un modo más indirecto, han sido las conversaciones que he mantenido a lo largo de los años con el difunto Francis Carsten, Eric Hobsbawm, Claudio Pavone, Carl Schorske y Fritz Stern, modelos del oficio de historiador que también vivieron estos años. La mayor parte de este libro se escribió durante un período de excedencia de la Universidad de Columbia, y me gustaría dar las gracias al departamento de Historia por concederme este tiempo, y a David Blackbourn, Patricia Craig, Peter Hall y Charles Maier por hacerme sentir tan bien recibido en el Centro de Estudios Europeos de la Universidad de Harvard y por abrirme las muy extraordinarias riquezas de la Biblioteca Widener. Andrew Wylie, que siempre prestó un espléndido apoyo, garantizó las condiciones óptimas para la producción del libro. Simon Winder fue el primero en proponer que lo escribiera y ha sido una fuente de estupendas ideas, ánimo y buen juicio desde entonces. Como siempre, no podría haber prescindido de los inestimables consejos, la lectura atenta y la amistad de Peter Mandler. Pero no tengo palabras para expresar lo que debo a Marwa Elshakry, que ha vivido con los nazis durante estos últimos años. Sólo voy a decir que sin su increíble paciencia, su empatía y su profunda perspicacia, tanto este libro como su autor habrían corrido mucha peor suerte: Elfi shukr, ya habibti. También me gustaría dar las gracias a mis padres, a mis cuñadas y a Nadeem por el regalo que es su amistad, y a mis hermanos y sus seres queridos por su constante apoyo. En cuanto a mis queridos padres, me he beneficiado de su apoyo y de su ánimo durante más tiempo del que soy capaz de recordar y de más formas que las que puedo agradecer. Este libro es para ellos.

Abreviaturas y acrónimos

AK *Armia Krajowa* (Ejército Nacional)

BFK *British Free Corps* (Cuerpo Libre Británico)

DAF *Deutsche Arbeitsfront* (Frente Alemán del Trabajo)

DEST *Deutsche Erd-und Steinwerke GmbH* (Fábricas Alemanas de Tierra y Piedra, S. A.)

DVL *Deutsche Volksliste* (Lista del Pueblo Alemán)

EAM/ELAS *Ethniko Apeleftherotiko Metopo/Ellinikos Laikos Apeleftherotikos Stratos* (Frente de Liberación Nacional / Ejército Popular de Liberación de Grecia)

ECE *Economic Commission for Europe* (Comisión Económica para Europa)

GPO *Generalplan Ost* (Plan General del Este)

HJ *Hitler-Jugend* (Juventudes Hitlerianas)

HKT *Ha-Ka-Ta* (Sociedad de las Marcas Orientales Alemanas)

HSSPF *Höhere SS-und Polizeiführer* (jefe supremo de las SS y de la policía)

JNF *Jewish National Fund* (Fondo Nacional Judío)

KdF *Kraft durch Freude* (Organización Fuerza a través de la Alegría)

KONR Comité para la Liberación de los Pueblos de Rusia

LVF *Légion des Volontaires Français contre le Bolchévisme* (Legión de los Voluntarios Franceses contra el Bolchevismo)

MSR *Mouvement Social Révolutionnaire* (Movimiento Social Revolucionario)

NKVD *Narodny Komissariat Vnutrennikh Del* (Comisariado Popular para Asuntos Internos)

NS *Nasjonal Samling* (Partido de Unidad Nacional)

NSB *Nationaal-Socialistische Beweging* (Movimiento Nacional Socialista)

NSDAP *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei* (Partido Obrero Alemán Nacional Socialista)

OEEC *Organization for European Economic Cooperation* (Organización para la Cooperación Económica Europea, OECE)

OKH *Oberkommando des Heeres* (Alto mando del ejército)

OKW *Oberkommando der Wehrmacht* (Mando supremo de las Fuerzas Armadas)

OMI (Ministerio del Reich para los Territorios Ocupados del Este)

OSTI *Ostindustrie GmbH* (Industrias del Este, S. A.)

OT Organización Todt

OUN *Orhanizatsiya Ukrayins'kykh Natsionalistiv* (Organización de Nacionalistas Ucranianos)

RKFDV *Reichskommissar für die Festigung deutschen Volkstums* (Comisaría Política del Reich para el Fortalecimiento del Pueblo Alemán)

RNP *Rassemblement National Populaire* (Reagrupación Nacional Popular)

RSHA *Reichssicherheitshauptamt* (Oficina Principal de la Seguridad del Reich)

RuSHA *Rasse-und Siedlungshauptamt* (Oficina Principal de Raza y Reasentamiento)

RVL *Reich, Volksordnung, Lebensraum* (Reich, Orden Popular, Espacio vital)

SA *Sturmabteilung* (Tropas de asalto)

SD *Sicherheitsdienst* (Servicio de Información de las SS)

SHAEF *Supreme Headquarters Allied Expeditionary Force* (Cuartel General Supremo de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas)

SiPo *Sicherheitspolizei* (Policía de Seguridad)

SS *Schutzstaffel*

SOE *Special Operations Executive* (Dirección de Operaciones Especiales)

SOL *Service d'Ordre Légionnaire* (Servicio de Legionarios para la Ley y el Orden)

SSPF *SS-und Polizeiführer* (Jefe de las SS y de la policía)

STO *Service du Travail Obligatoire* (Servicio de Trabajo Obligatorio)

UNRRA *United Nations Relief and Rehabilitation Administration* (Administración de las Naciones Unidas para el Socorro y la Reconstrucción)

VDA *Verein für das Deutschtum in Ausland* (Asociación para el Pueblo Alemán en el Extranjero)

VNV *Vlaamsch National Verband* (Unión Nacional Flamenca)

VoMi *Volksdeutsche Mittelstelle* (Oficina de Enlace para los Alemanes Étnicos)

WVHA *Wirtschafts-Verwaltungshauptamt* (Oficina Principal de Administración y de Economía)

ZOB *Zydowska Organizacja Bojowa* (Organización de Combate Judía)

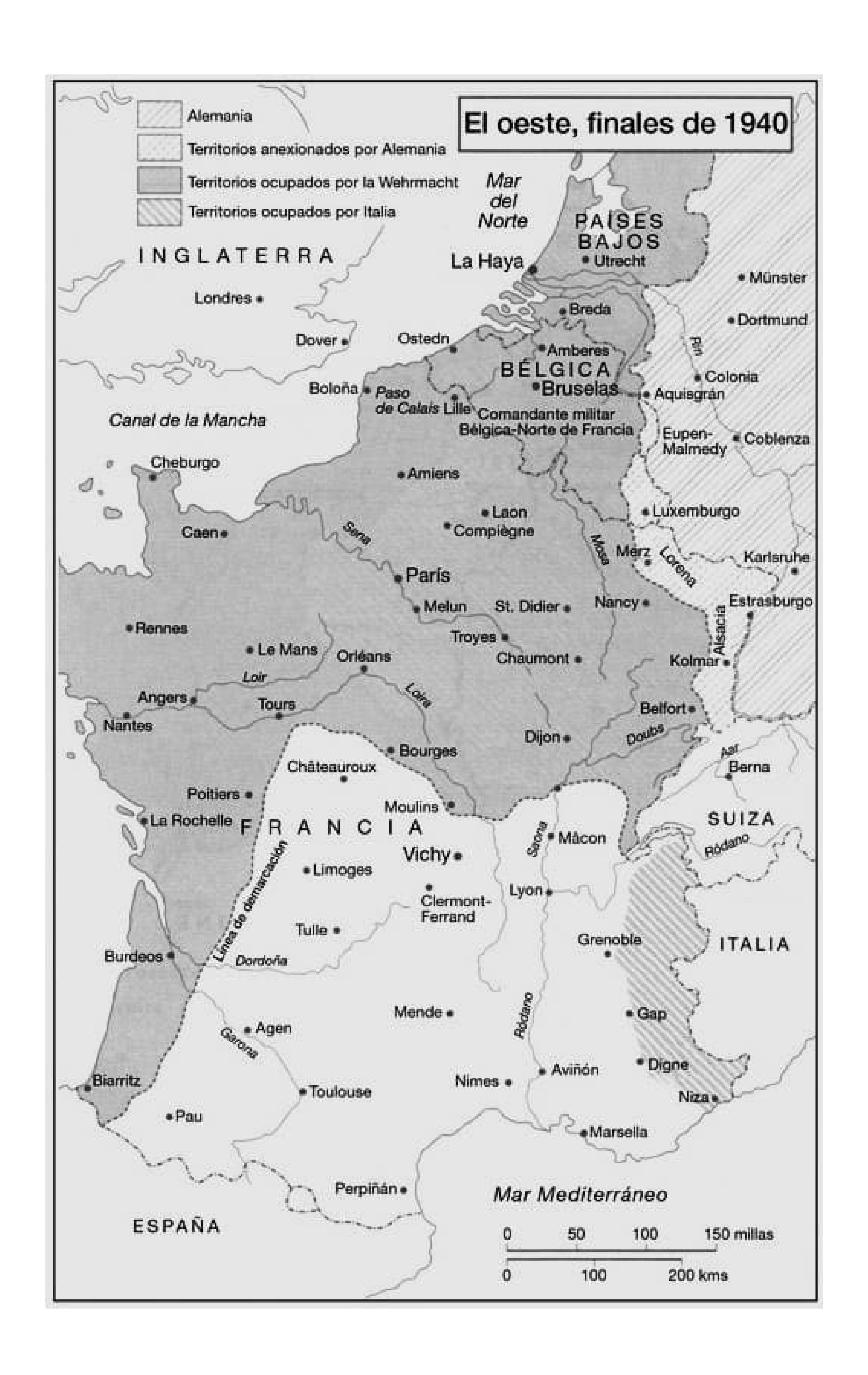
ZWZ *Zwiazek Walki Zbrojnej* (Unión para la Lucha Armada)

Mapas

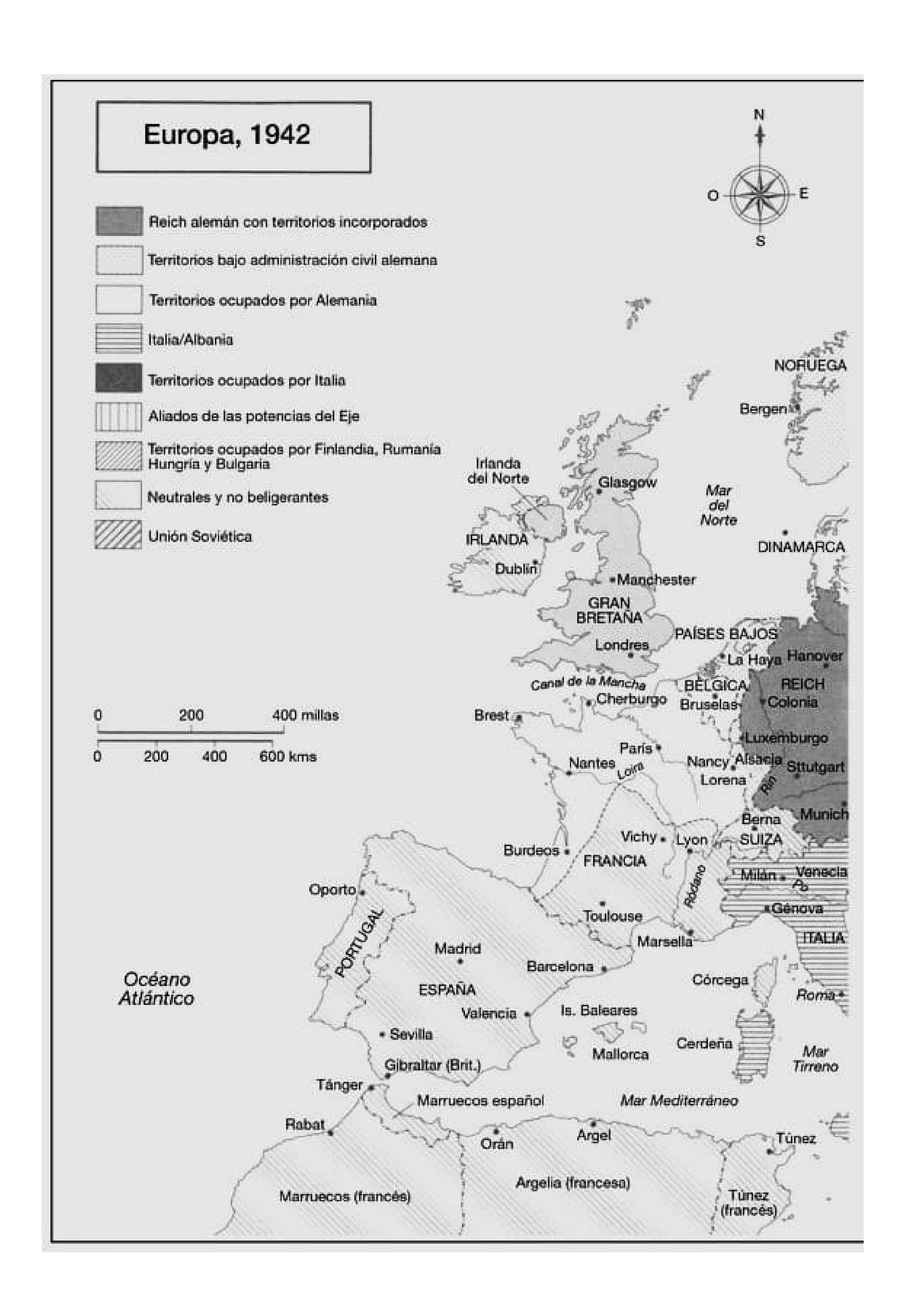

La desaparición de Austria y Checoslovaquia
Nuevas fronteras del Reich alemán
Fronteras de Checoslovaquia, octubre de 1938
Pasa a formar parte del Reich
Pasa a formar parte de Hungría, noviembre de 1938
Pasa a formar parte de Hungría, marzo de 1939
Pasa a formar parte de Polonia, octubre de 1938
N
O
E
S
Elba
Oder
Dresde
Breslau
Chemintz
Plauen
Aussig
Opole
Karlsbad
Eger
Praga
Elba
Cracovia
Troppau
Teschen
Lviv
Pilsen
Moldava
PROTECTORADO DE BOHEMIA Y MORAVIA
Iglau
Brno
Zilina
Dniéster
Ratisbona
Budweis
Neudorf
March
ESLOVAQUIA
Vag
Košice
NIEDERDONAU
Zvolen
Rutenia Subcarpatiana
Linz
Danubio
Pressburg (Bratislava)
OBERDONAU
Viena
VIENA
Nove Zamky
Salzburgo
AUSTRIA
Gyor
Debrecen
Budapest
Tisza
TIROL
SALZBURGO
ESTIRIA
RUMANÍA
Danubio
Graz
CARINTIA
Klagenfurt
HUNGRÍA
0
50
100
150 millas
0
100
300 km
ITALIA
REICH ALEMÁN

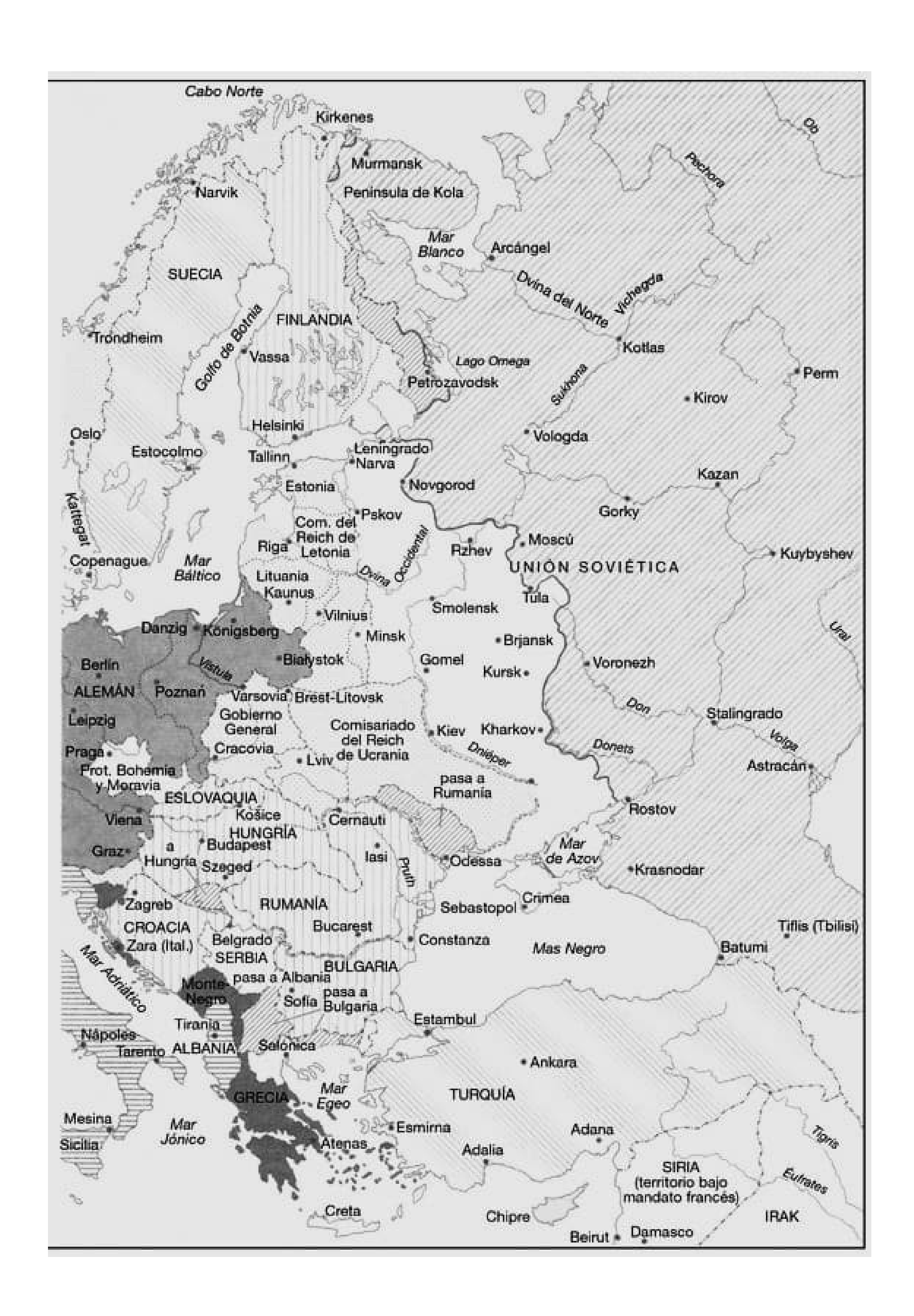

Polonia, 1939-1940
Mar Báltico
Memel
Köningsberg
Gumbinnen
Stolp
Gdynia
Danzig
Tczew
Elbiag
Lötzen
Prusia
Oriental
Neustettin
Chojnice
Allenstein
Stettin
Pomerania
Deutsch Eylau
Grajewo
Oder
Grudziadz
Schneidemühl
Bydgoscz
Chelmno
Lonża
Notec
Torun
Mlawa
Ostrów
Maz.
Berlín
Varta
Wloclawek
Plock
Frankfurt, a.d.O.
Poznań
Vistula
Wyszków
Warthegau
Kurno
Siedlce
Koscian
Varsovia
20 Sept.
Minks
Maz.
Kalisz
Lódź
Skierniewice
Luków
Glogau
P O L
Piotrków
Radom
Dresde
Görlitz
Oder
Wieluń
Breslau
Gobierno
General
Lublin
Silesia
Czestochowa
Kielce
Oppeln
20 Sept.
Gielwitz
Vistula
Praga
Katowice
Cracovia
Tarnów
Protectorado de
Bohemia y Moravia
Mor. Ostrava
Nowy
Targ
Nowy Sacz
Brno
Zilina
Kezmack
Devuelta a Eslovaquia
el 21 de nov. de 1939
ESLOVAQUIA
Kosice
Danubio
Viena
Bratislava
HUNGRÍA


LITUANIA
Daugavpils
Kaunas
Vilnius
Suvałki
Lida
Minks
Grodno
Nieman
Nowogrodek
Wolkowsku
Baranovicze
Białystok
Narew
Slonim
Slutsk
Kamieniec Litewski
Bug
Brest-Litovsk
Pinks
O N I A
Sarny
Kovel
28 Sept.
Chelm
Zamość
Wlodzimierz
Rovno
Korosten
Kiev
Dniéper
Zhitomir
Sieniava
Radymno
Lviv
Brody
UCRANIA
Przemysl
Tarnopol
20 Sept.
Proskurov
Vinnitsa
Stryj
Dniéster
Stanislawow
Kanenets Podolsk
Mogilev
Kolomea
Munkacs
Cernauti
RUMANÍA
N
O
E
S
Reich alemán
Territorios perdidos por Polonia y obtenidos por Alemania
Unión Soviética
Territorios perdidos por la Unión Soviética y obtenidos por Polonia
Territorio de Vilnius cedido a Lituania por la Unión Soviética el 28 de octubre de 1939
Límite de las «esferas de interés» germano-soviéticas (23 de ag. de 1939)
Líneas de demarcación con fecha de designación
Fronteras finales germano-soviéticas, 28 de sept.
0 50 100 millas
0 50 100 150 kms

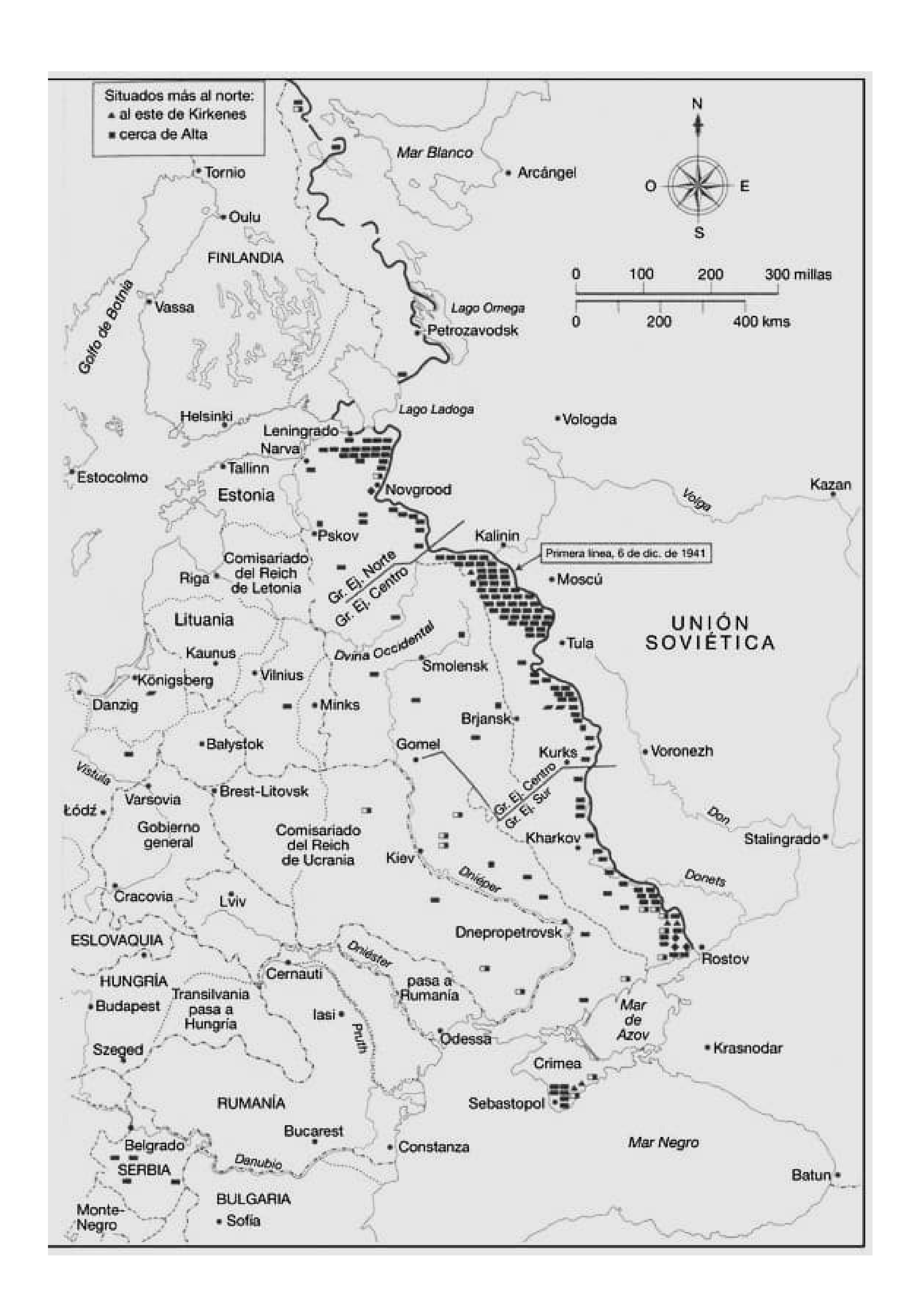

El oeste, finales de 1940
Alemania
Territorios anexionados por Alemania
Territorios ocupados por la Wehrmacht
Territorios ocupados por Italia
Mar del Norte
INGLATERRA
Londres
Dover
Canal de la Mancha
PAÍSES BAJOS
La Haya
Utrecht
Münster
Breda
Dortmund
Ostedn
Amberes
BÉLGICA
Bruselas
Colonia
Aquisgrán
Boloña
Paso de Calais
Lille
Comandante militar Bélgica-Norte de Francia
Eupen-Malmedy
Coblenza
Cheburgo
Amiens
Caen
Laon
Compiègne
Luxemburgo
Sena
París
Mosa
Merz
Lorena
Karlsruhe
Melun
St. Didier
Nancy
Estrasburgo
Rennes
Troyes
Alsacia
Le Mans
Orléans
Chaumont
Kolmar
Loir
Loira
Angers
Tours
Belfort
Nantes
Dijon
Doubs
Bourges
Châteauroux
Berna
Poitiers
Moulins
SUIZA
La Rochelle
FRANCIA
Mâcon
Saona
Ródano
Vichy
Limoges
Línea de demarcación
Clermont-Ferrand
Lyon
Tulle
Grenoble
ITALIA
Burdeos
Dordoña
Mende
Gap
Agen
Garona
Ródano
Biarritz
Nimes
Aviñón
Digne
Toulouse
Niza
Pau
Marsella
Perpiñán
Mar Mediterráneo
ESPAÑA
0 50 100 150 millas
0 100 200 kms


Áreas de operaciones y campos, otoño de 1942
Campos de exterminio
Principales campos de concentración
Helsinki
Golfo de Finlandia
Krostadt
Leningrado
Lago Ladoga
Neva
UNIÓN SOVIÉTICA
Tallinn
Vaivara
Narva
ESTONIA
Volchov
Luga
Novgorod
Tartu
Lago Peipus
Lago Ilmen
Bahía de Riga
LETONIA
Pskov
Damjansk
Ventspils (Windeau)
Cholm
Kalinin
Riga
Salaspils
Lovat
Volga
Liepāja
COMISARIADO
Šiauliai
Daugavpils (Dunaburg)
Dvina
Nevel'
Bely
Klaipeda
DEL REICH LITUANIA
Vitebsk
Vjasma
Tilsit
Königsberg
Kaunas
Postavy
Lepel'
Smolensk
Stutthof
Vilnius
EN EL OSTLAND
Maly Trostenets
Orsa
Dniéper
Kirov
Suwalki
Borisov
Roslavl'
PRUSIA ORIENTAL
Grodno
Minsk
Mogilev
ÁREA DE OPERACIONES
Brjansk
Bialystok
Baranowicze
Slutsk
Rogacev
Treblinka
Chelmno
Varsovia
Recica
Gomel
Desna
Trubcevsk
Pinsk
Brest-Litovsk
Pripet
Ersk
Cernigov
Ryl'sk
Sobibor
Lublin
Kovel
Samy
Konotop
Majdanek
GOBIERNO GENERAL
Luck
Rovno
Korosten
Priluki
Auschwitz
Belzec
Kiev
Plaszów
Cracovia
Lviv
COMISARIADO DEL REICH EN UCRANIA
Jaslo
Poltave
Proskurov
Cerkassy
Dniéper
ESLOVAQUIA
Stanislawow
Vinnica
Kremencug
Kamenets-Podolsk
Dnepropetrovsk
Uman'
Kirovgrad
Munkács
Pervomajak
HUNGRÍA
Cernauti
BESARABIA
Bug del Sur
Krivoj Rog
Debrecen
Pruth
TRANSNITRIA
Nikolajev
Kachovka
Chisinau
Tighina
Tiraspol
Cherson
Odessa
RUMANÍA
Alba (Akkerman)
Mar Negro
CRIMEA
0 50 100 150 millas
0 100 200 kms

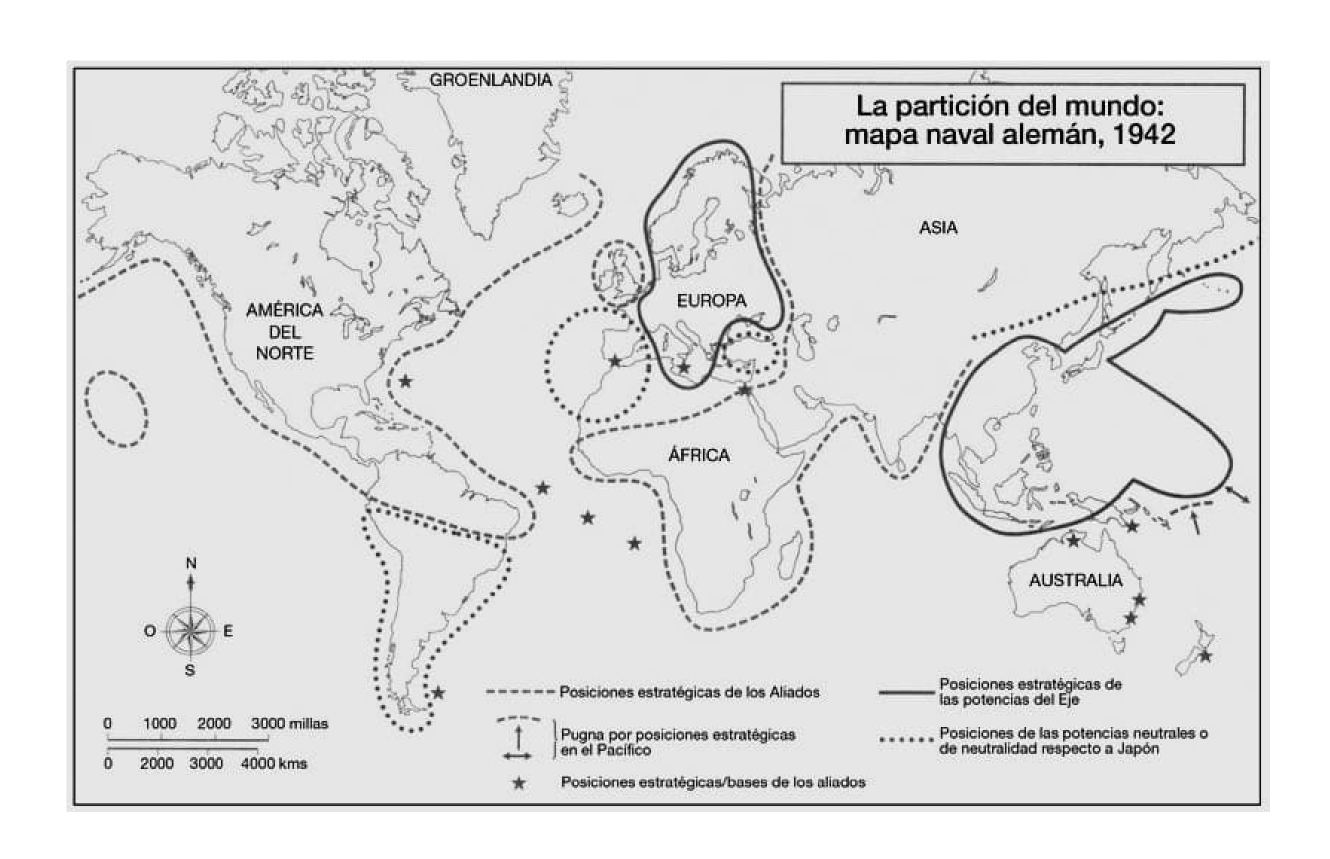

Europa, 1942
Reich alemán con territorios incorporados
Territorios bajo administración civil alemana
Territorios ocupados por Alemania
Italia/Albania
Territorios ocupados por Italia
Aliados de las potencias del Eje
Territorios ocupados por Finlandia, Rumanía Hungría y Bulgaria
Neutrales y no beligerantes
Unión Soviética
N
O
E
S
0
200
400 millas
0
200
400
600 kms
NORUEGA
Bergen
Mar del Norte
DINAMARCA
Irlanda del Norte
Glasgow
IRLANDA
Dublín
Manchester
GRAN BRETAÑA
Londres
PAÍSES BAJOS
La Haya
Hanover
REICH
Canal de la Mancha
Cherburgo
BÉLGICA
Bruselas
Colonia
Brest
Luxemburgo
París
Nantes
Loira
Nancy
Alsacia
Lorena
Stuttgart
Rin
Munich
Berna
SUIZA
Vichy
Lyon
Burdeos
FRANCIA
Milán
Venecia
Po
Ródano
Génova
Oporto
Toulouse
PORTUGAL
Marsella
ITALIA
Madrid
Barcelona
Océano Atlántico
ESPAÑA
Córcega
Roma
Valencia
Is. Baleares
Sevilla
Mallorca
Cerdeña
Mar Tirreno
Gibraltar (Brit.)
Tánger
Marruecos español
Mar Mediterráneo
Rabat
Argel
Túnez
Orán
Argelia (francesa)
Marruecos (francés)
Túnez (francés)

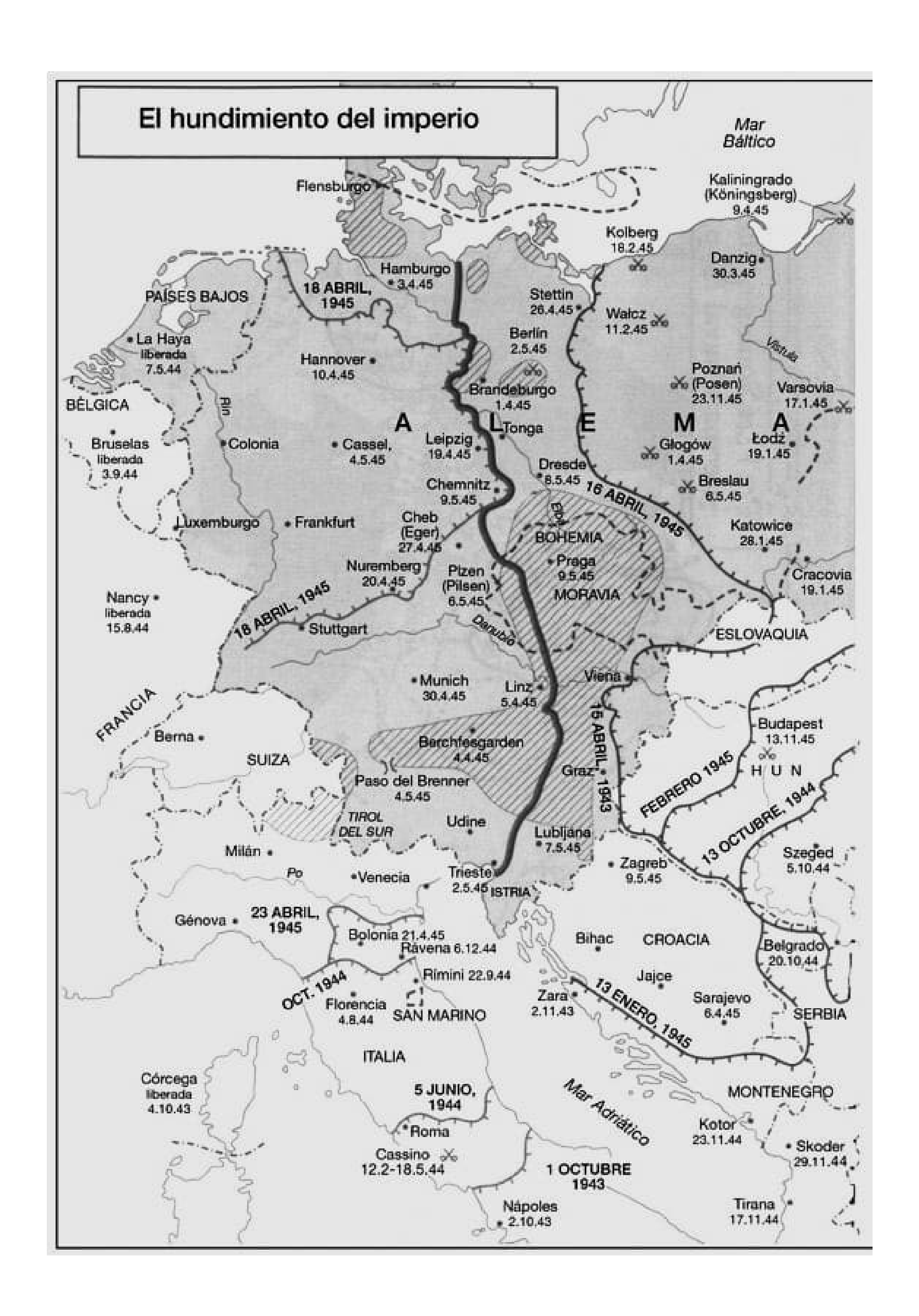

Cabo Norte
Kirkenes
Murmansk
Narvik
Península de Kola
Ob
Pechora
Mar Blanco
Arcángel
SUECIA
Dvina del Norte
Vichegda
Golfo de Botnia
FINLANDIA
Trondheim
Vassa
Kotlas
Lago Omega
Petrozavodsk
Sukhona
Perm
Kirov
Helsinki
Oslo
Vologda
Estocolmo
Tallinn
Leningrado
Narva
Estonia
Novgorod
Kazan
Kattegat
Pskov
Gorky
Com. del Reich de Letonia
Riga
Moscú
Rzhev
Kuybyshev
Copenague
Mar Báltico
Dvina Occidental
UNIÓN SOVIÉTICA
Lituania
Kaunus
Tula
Smolensk
Vilnius
Danzig
Königsberg
Minsk
Brjansk
Ural
Berlín
Vístula
Białystok
Gomel
Voronezh
Kursk
ALEMÁN
Poznań
Varsovia
Brest-Litovsk
Don
Stalingrado
Leipzig
Gobierno General
Comisariado del Reich de Ucrania
Kiev
Kharkov
Volga
Praga
Cracovia
Lviv
Dniéper
Donets
Astracán
Prot. Bohemia y Moravia
pasa a Rumanía
ESLOVAQUIA
Rostov
Viena
Košice
Cernauti
HUNGRÍA
Mar de Azov
Graz
a Hungría
Budapest
Iasi
Odessa
Krasnodar
Szeged
Pruth
Crimea
Zagreb
RUMANÍA
Sebastopol
CROACIA
Bucarest
Tiflis (Tbilisi)
Zara (Ital.)
Belgrado
Constanza
Mas Negro
Batumi
SERBIA
BULGARIA
Mar Adriático
pasa a Albania
Monte-Negro
Sofía
pasa a Bulgaria
Estambul
Tirania
Nápoles
Tarento
ALBANIA
Salónica
Ankara
Mar Egeo
TURQUÍA
GRECIA
Mesina
Mar Jónico
Esmirna
Adana
Tigris
Sicilia
Atenas
Adalia
SIRIA (territorio bajo mandato francés)
Éufrates
Creta
Chipre
IRAK
Beirut
Damasco

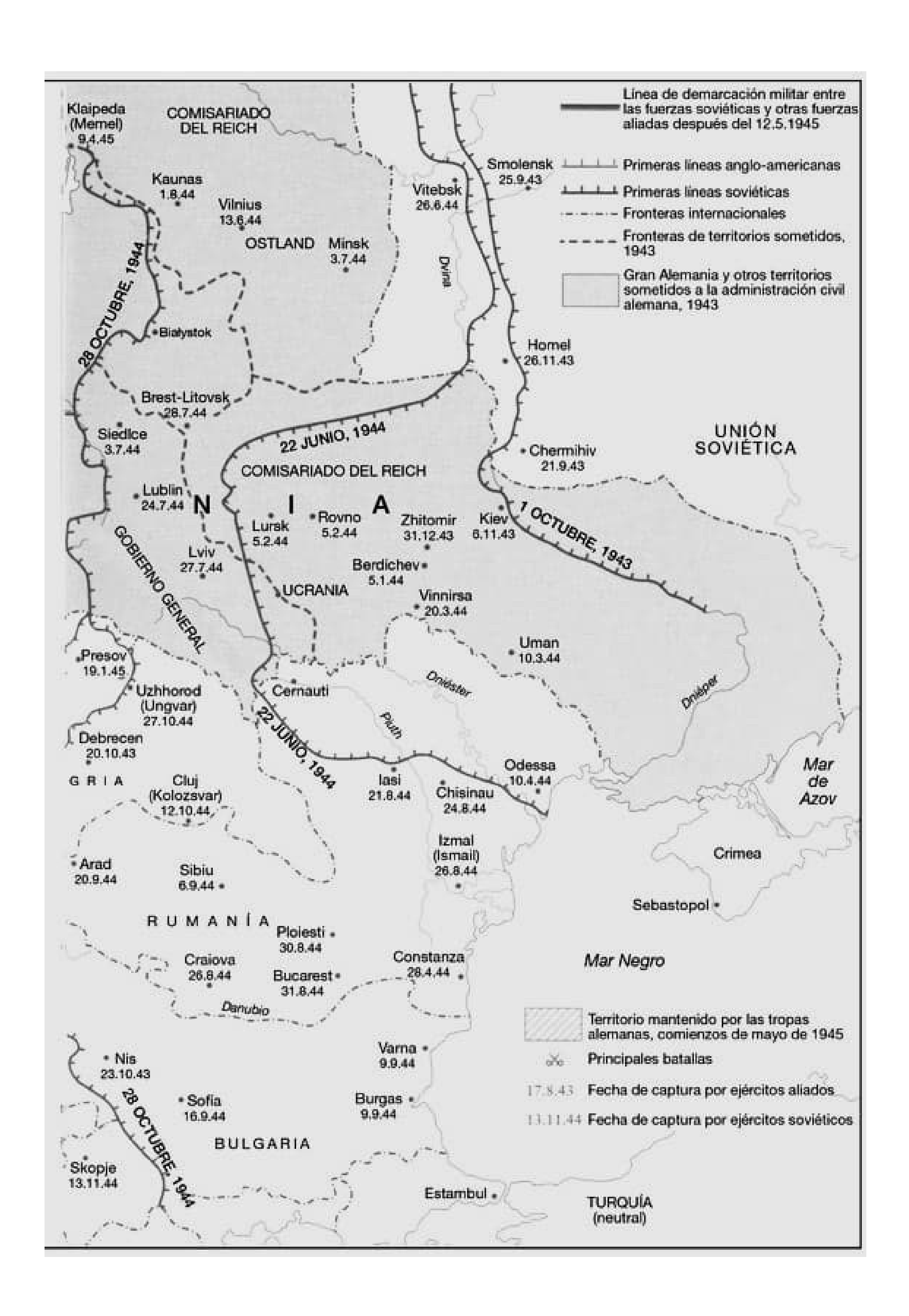

El imperio en su despliegue máximo: distribución de las tropas, diciembre de 1941
División de infantería, SS o caballería
División acorazada
División de montaña
Brigada/regimiento de infantería, SS o caballería
División/regimiento acorazado
Trondheim
SUECIA
Bergen
NORUEGA
Oslo
Irlanda del Norte
Glasgow
Mar del Norte
Skagerrak
Göteborg
Kattegat
IRLANDA
Dublín
DINAMARCA
Copenhague
Manchester
GRAN BRETAÑA
PAÍSES BAJOS
Hamburgo
Amsterdam
La Haya
Elba
Londres
Berlín
Poznań
Hanover
Calais
Canal de la Mancha
BÉLGICA
Bruselas
REICH ALEMÁN
Cherburgo
Colonia
Leipzig
Brest
Caen
Dieppe
Soissons
Dresde
Breslau
Rennes
Luxemburgo
París
Nuremberg
Praga
Sena
Troyes
Nancy
Alsacia
Lorena
Stuttgart
Prot. de Bohemia y Moravia
Nantes
Loira
Viena
Dijon
Munich
Bratislava
Royan
Berna
Rin
Vichy
Lyon
SUIZA
Graz
Burdeos
ITALIA
Milán
Po
Venecia
Zagreb
Toulouse
Génova
Ródano
CROACIA
ESPAÑA
Marsella
Situadas más al sur:
En Grecia
Div. Fortaleza Creta
con Grupo Acorazado África
Zara (Ital.)
Madrid
Barcelona
Córcega


Situados más al norte:
▲ al este de Kirkenes
■ cerca de Alta
N
O
E
S
0 100 200 300 millas
0 200 400 kms
Mar Blanco
Arcángel
Tornio
Oulu
FINLANDIA
Golfo de Botnia
Vassa
Lago Omega
Petrozavodsk
Lago Ladoga
Helsinki
Leningrado
Narva
Vologda
Tallinn
Estocolmo
Estonia
Novgrood
Kazan
Volga
Pskov
Kalinin
Primera línea, 6 de dic. de 1941
Comisariado del Reich de Letonia
Riga
Gr. Ej. Norte
Gr. Ej. Centro
Moscú
Lituania
UNIÓN SOVIÉTICA
Tula
Kaunus
Dvina Occidental
Smolensk
Königsberg
Vilnius
Danzig
Minks
Brjansk
Balystok
Gomel
Kurks
Voronezh
Vistula
Varsovia
Brest-Litovsk
Gr. Ej. Centro
Gr. Ej. Sur
Łódź
Don
Gobierno general
Comisariado del Reich de Ucrania
Kharkov
Stalingrado
Kiev
Dniéper
Donets
Cracovia
Lviv
ESLOVAQUIA
Dnepropetrovsk
Dniéster
Rostov
HUNGRÍA
Cernauti
pasa a Rumania
Transilvania pasa a Hungría
Budapest
Iasi
Pruth
Mar de Azov
Szeged
Odessa
Krasnodar
Crimea
RUMANÍA
Sebastopol
Bucarest
Belgrado
Constanza
Mar Negro
Danubio
SERBIA
Batun
BULGARIA
Monte-Negro
Sofía


Plan General del Este
N
O
E
S
Lago Ladoga
0 50 100 150 millas
0 100 200 kms
Helsinki
Golfo de Finlandia
Mar Báltico
Leningrado
Tallinn
Rakvere
Narva
Luga
Paide
Estonia
Tartu
Lago Peipus
Lago Ilmen
Valga
Pskov
INGERMANLAND
Volga
Riga
Abrene
Letonia
Rezekne
Daugavpils
Šiauliai
Memel
Lituania
Moscú
Dvina
MEMEL-NAREW
Königsberg
Vilnius
Dniéper
Danzig
Prusia Oriental
Tula
UNIÓN SOVIÉTICA
Memel
Minsk
Vistula
Varsovia
Siedlce
POLONIA
Pripet
Czestochowa
Radom
Lublin
Kielce
Desna
Zamość
Rovno
Cracovia
Tarnów
Shepetovka
Kiev
Kharkov
Lviv
Przemysl
Belaja Zerkov
Berdichev
Dniéper
Bobrinskaja
Dnepropetrovsk
Bjatichalka
Budapest
Dniéster
Krivoj Rog
Pruth
GOTENGAU
RUMANIA
Nikolaiev
Área de las tres Marcas
Odessa
Cherson
Bases en el Ostland Interior
Bases en el Ostland Exterior
Bases en el Gobierno General
Mar Negro
Crimea
Bases en Ucrania
Fronteras anteriores a 1939


La partición del mundo:
mapa naval alemán, 1942
GROENLANDIA
ASIA
EUROPA
AMÉRICA DEL NORTE
ÁFRICA
AUSTRALIA
N
O
E
S
0 1000 2000 3000 millas
0 2000 3000 4000 kms
Posiciones estratégicas de los Aliados
Posiciones estratégicas de las potencias del Eje
Pugna por posiciones estratégicas en el Pacífico
Posiciones de las potencias neutrales o de neutralidad respecto a Japón
Posiciones estratégicas/bases de los aliados


El hundimiento del imperio
Mar Báltico
Flensburgo
Kaliningrado (Köningsberg) 9.4.45
Kolberg 18.2.45
Danzig 30.3.45
Hamburgo 3.4.45
18 ABRIL, 1945
PAÍSES BAJOS
Stettin 26.4.45
Wałcz 11.2.45
Berlín 2.5.45
La Haya liberada 7.5.44
Hannover 10.4.45
Poznań (Posen) 23.11.45
Varsovia 17.1.45
Vístula
BÉLGICA
Rin
Brandeburgo 1.4.45
A L E M A
Tonga
Bruselas liberada 3.9.44
Colonia
Cassel, 4.5.45
Leipzig 19.4.45
Głogów 1.4.45
Łodź 19.1.45
Dresde 8.5.45
Breslau 6.5.45
Chemnitz 9.5.45
16 ABRIL, 1945
Luxemburgo
Frankfurt
Cheb (Eger) 27.4.45
Elba
BOHEMIA
Katowice 28.1.45
Praga 9.5.45
Nuremberg 20.4.45
Pizen (Pilsen) 6.5.45
MORAVIA
Cracovia 19.1.45
Nancy liberada 15.8.44
18 ABRIL, 1945
Stuttgart
Danubio
ESLOVAQUIA
Viena
Munich 30.4.45
Linz 5.4.45
FRANCIA
Berna
Budapest 13.11.45
Berchtesgarden 4.4.45
15 ABRIL, 1943
SUIZA
Graz
FEBRERO 1945
H U N
Paso del Brenner 4.5.45
TIROL DEL SUR
Udine
Lubljana 7.5.45
13 OCTUBRE, 1944
Szeged 5.10.44
Milán
Po
Venecia
Trieste 2.5.45
ISTRIA
Zagreb 9.5.45
Génova
23 ABRIL, 1945
Bolonia 21.4.45
Rávena 6.12.44
Bihac
CROACIA
Belgrado 20.10.44
Rímini 22.9.44
Jajce
OCT. 1944
Florencia 4.8.44
SAN MARINO
Zara 2.11.43
13 ENERO, 1945
Sarajevo 6.4.45
SERBIA
ITALIA
Córcega liberada 4.10.43
5 JUNIO, 1944
Mar Adriático
MONTENEGRO
Roma
Kotor 23.11.44
Skoder 29.11.44
Cassino 12.2-18.5.44
1 OCTUBRE 1943
Nápoles 2.10.43
Tirana 17.11.44



Línea de demarcación militar entre las fuerzas soviéticas y otras fuerzas aliadas después del 12.5.1945
Primeras líneas anglo-americanas
Primeras líneas soviéticas
Fronteras internacionales
Fronteras de territorios sometidos, 1943
Gran Alemania y otros territorios sometidos a la administración civil alemana, 1943
Territorio mantenido por las tropas alemanas, comienzos de mayo de 1945
Principales batallas
17.8.43 Fecha de captura por ejércitos aliados
13.11.44 Fecha de captura por ejércitos soviéticos
Klaipeda (Memel) 9.4.45
COMISARIADO DEL REICH
Kaunas 1.8.44
Vilnius 13.6.44
OSTLAND
Minsk 3.7.44
Vitebsk 26.6.44
Smolensk 25.9.43
Dvina
28 OCTUBRE, 1944
Bialystok
Homel 26.11.43
Brest-Litovsk 28.7.44
Siedlce 3.7.44
22 JUNIO, 1944
Chermihiv 21.9.43
UNIÓN SOVIÉTICA
COMISARIADO DEL REICH
Lublin 24.7.44
N I A
Lursk 5.2.44
Rovno 5.2.44
Zhitomir 31.12.43
Kiev 6.11.43
1 OCTUBRE, 1943
GOBIERNO GENERAL
Lviv 27.7.44
Berdichev 5.1.44
UCRANIA
Vinnirsa 20.3.44
Uman 10.3.44
Presov 19.1.45
Uzhhorod (Ungvar) 27.10.44
Cernauti
Dniéster
Dniéper
Puth
Debrecen 20.10.43
22 JUNIO, 1944
G R I A
Cluj (Kolozsvar) 12.10.44
Iasi 21.8.44
Chisinau 24.8.44
Odessa 10.4.44
Mar de Azov
Izmal (Ismail) 26.8.44
Crimea
Arad 20.9.44
Sibiu 6.9.44
Sebastopol
R U M A N Í A
Ploiesti 30.8.44
Craiova 26.8.44
Bucarest 31.8.44
Constanza 28.4.44
Mar Negro
Danubio
Varna 9.9.44
Nis 23.10.43
28 OCTUBRE, 1944
Sofía 16.9.44
Burgas 9.9.44
BULGARIA
Skopje 13.11.44
Estambul
TURQUÍA (neutral)

Prólogo

La perspectiva desde Varzin

Aunque la disminución gradual y la extinción final del género humano es un problema oscuro, podemos saber que depende de muchas causas.

CHARLES DARWIN, *The Descent of Man*
(Londres, 1871), p. 230

Las cigüeñas ya estaban emigrando cuando los primeros alemanes empezaron a huir de Prusia Oriental. Esto sucedió a finales del verano de 1944. En enero del año siguiente, con una temperatura de veinte grados bajo cero, más de tres millones de refugiados con sus animales marchaban penosamente hacia el oeste para escapar de la venganza del Ejército Rojo. Arrastraron sus pies a lo largo de kilómetros y kilómetros a través de la nieve, obstruyendo las carreteras mientras las tropas alemanas que estaban retirándose intentaban abrirse paso a través de ellos. Los últimos trenes civiles estaban atestados de «figuras acurrucadas, rígidas por el frío, apenas capaces ya de ponerse de pie y bajar del tren; con escasa ropa, en su mayoría hecha jirones, unas pocas mantas sobre los hombros arqueados, sus rostros grises e inexpresivos». A medida que se aproximaba el frente, también se vaciaban los campos de concentración, y se obligaba a marchar a sus prisioneros supervivientes hacia zonas más profundas del Reich; sus guardias disparaban a los muchos que se rezagaban y dejaban sus cadáveres al borde de la carretera.[1]

Uno de estos refugiados era una joven aristócrata alemana que huía de la finca que tenía su familia en Prusia Oriental. Después de cuatro semanas en la silla de montar, la condesa Marion Dönhoff cruzó por fin el Vístula y logró engatusar a su caballo para que atravesara las carreteras secundarias de Pomerania, que estaban bloqueadas por la nieve, antes de verse atravesando las puertas de la antigua residencia solariega de Bismarck en Varzin. En sus memorias, escritas muchos años más tarde, describe cómo giró por la avenida flanqueada por robles para protegerse de las violentas ráfagas de nieve. Delante de la casa había dos grandes carros tirados por caballos y atestados de cajas de madera. Los documentos familiares de los Bismarck estaban siendo trasladados hacia el oeste por motivos de seguridad.

En el interior de la casa encontró a la condesa Von Arnim, de ochenta y un años, que había decidido no abandonar la casa donde sus hijos habían nacido y donde su marido, el hijo de Bismarck, había muerto muchos años antes. Esa noche, durante la cena, Von Arnim agasajó a su invitada con historias sobre la vida en la corte del Kaiser. No sabemos si también admitió que en una ocasión había aclamado al Führer como sucesor de su suegro. Pero su rechazo a marcharse quizá reflejara su desilusión con el Tercer Reich y con su líder, y su sensación de que junto con los nazis estaba desapareciendo un mundo mucho más antiguo. Una tumba recién excavada la aguardaba en la tierra congelada del jardín. Apenas quince días después de que dijera adiós con la mano a su invitada, llegó el Ejército Rojo: en medio del caos violento de aquellas semanas, su suicidio pasó desapercibido.[2]

En la otra punta del mundo, otro Varzin, aunque muy distinto, también estaba siendo atacado a comienzos de 1945. El monte Varzin era un volcán tropical cubierto por una tupida vegetación y situado en el borde suroriental del imperio del Pacífico que controlaba Japón durante la guerra. Bajo su cumbre, sofocados por el calor, miles de soldados japoneses sitiados, a los que se había llevado allí en un principio para que ejercieran de punta de lanza en una invasión de Australia, se veían ahora atrapados por el avance angloestadounidense y sometidos a un feroz bombardeo aéreo. A medida que una oleada tras otra de Corsairs y Venturas lanzaban sus arremetidas y destruían lo que en su día había sido la mayor base naval de la región, muchos de los soldados fueron guareciéndose bajo el denso dosel formado por las plantaciones de coco cubiertas de maleza. Cuando 85 000 de ellos se rindieron ese verano, dejaron tras de sí kilómetros de túneles, emplazamientos

de artillería y búnkeres en medio de los manglares, también unas cuantas prostitutas coreanas, un puñado de prisioneros de guerra escuálidos y fosas comunes en las regiones interiores.

Con sus intensas lluvias y su exuberante humedad, el monte Varzin era un pico volcánico tupidamente arbolado y todavía activo que se alzaba, imponente, sobre el magnífico puerto natural de Blanche Bay, situado en la isla de Nueva Bretaña. Ésta era la misma isla a la que en el pasado los alemanes habían dado el nombre de Nueva Pomerania y que había constituido un remoto puesto avanzado dentro de su joven imperio colonial en lo que actualmente se sigue llamando archipiélago de Bismarck. Se hallaba al este de la parte de Kaiser-Wilhelmsland de la desordenadamente expansiva colonia de la Nueva Guinea alemana, situada en el Pacífico. La proeza diplomática de Bismarck al crear este imperio tropical se conmemoró, de este modo, en archipiélagos, volcanes y asentamientos; a una de las ciudades más importantes de la península de Gazelle se le dio simplemente el nombre de su hijo mayor, Herbert. Quizá la familiaridad de estos nombres tranquilizara a algunos de los misioneros luteranos que salvaban las almas de los nativos para Cristo, a los comerciantes de copra y los consignadores que creaban plantaciones y convertían a los salvajes en jornaleros, a los antropólogos y los botánicos que reunían y clasificaban los singulares árboles, orquídeas y mariposas de la isla. Pero las aproximadamente 16 000 personas que ya habitaban la península de Gazelle les prestaban menos atención que esos pocos cientos de recién llegados. «Obviamente, los nativos no conocen los nombres dados por los europeos», escribió el primer etnógrafo de la isla, «y estos últimos tienen ese mismo desconocimiento sobre las designaciones nativas, y por consiguiente ha sucedido que algunos nativos que han quedado a la deriva en sus canoas y que finalmente han llegado a un asentamiento no han podido ser devueltos a su tierra natal porque el nombre que dieron a su lugar de residencia era totalmente desconocido». Para aquellos que realmente vivían en los pueblos situados en sus cuestas, el nombre de Varzin no significaba nada. De hecho, a menudo parecía que los nativos podían prescindir totalmente de los topónimos. Pero los pobladores coloniales europeos no podían operar de esa forma: para ellos, los nombres significaban poder.

En el mismo año en el que la reivindicación de las islas como propias por parte de Alemania había obtenido el reconocimiento internacional, Sybille

von Arnim se había casado con Wilhelm von Bismarck. En aquella época su avejentado suegro todavía abandonaba ocasionalmente Berlín para acudir a su finca rural de Varzin. La importante casa solariega situada en medio de los bosques de Pomerania había sido su recompensa por ser el responsable de la derrota del ejército de los Habsburgo y por convertir Prusia en líder de un Reich alemán unificado. Fue allí donde, en 1870, reflexionó en vísperas de la guerra con Francia, dejando al Kaiser para que intentara arreglárselas sin él. Sin embargo, Varzin era algo más que un simple refugio. Estaba unida con la capital por una de las primeras líneas telefónicas que tuvo Alemania, y desde allí Bismarck convocaba a sus colegas y dirigía gran parte de los asuntos de estado. Serenado por la proximidad de la naturaleza, su temperamento inquieto y nervioso encontraba allí una confirmación casi mística del poder de la propia tierra que iba más allá del esnobismo; en su mente representaba su verdadero reino en la tierra. Era, como dice un historiador, «el Reich en miniatura».

En este pequeño estado propio, con sus bosques, sus campos y su pueblo, cultivó frutas tropicales en sus invernaderos y creó una importante fábrica de papel. Sus materias primas procedían de las 4000 hectáreas de bosque que lo rodeaban, y su mano de obra se alojaba cerca de allí. Había algunos problemas de trabajo en la tierra, y muchos campesinos alemanes de la zona, irritados por vivir en unas condiciones próximas al feudalismo, se desplazaban hacia el oeste para ir a las ciudades. Pero Bismarck resolvió esto del mismo modo que lo hacían muchos de los terratenientes que tenía como vecinos: contratando en su lugar a trabajadores inmigrantes rusos y polacos, más baratos. Así, el arquitecto del estado alemán moderno desarrolló un modo de vida que dependía cada vez más de manos no alemanas.[3]

Los nombres, por sí solos, no garantizaban el control del nuevo paraíso tropical de Alemania. También había que vérselas con los nativos, tanto con aquellos a los que se podía adiestrar para que recogieran y procesaran la copra, el tabaco y el café que introdujeron los europeos, como con aquellos que preferían cazar animales y cazarse los unos a los otros entre los franchipanieros y las palmeras. Entender a estos desnudos «hijos de la naturaleza» era el primer paso para saber qué hacer con ellos, y era importante, al menos a los ojos de los nuevos dueños de la tierra, que Alemania se mostrara también capaz en este sentido. «Con el reparto, ya completado, de la tierra entre los estados civilizados de Europa y América»,

escribió el administrador de un museo a principios del nuevo siglo, «la investigación científica de la tierra también se ha nacionalizado cada vez más». Era necesario que los lectores alemanes tomaran conciencia de la importancia que tenía una visión adecuadamente científica de la raza para la construcción del imperio, ya que

> antes que nada, se debe conocer bien al pueblo que se desea gobernar; no se puede esperar que un pueblo primitivo se familiarice con las complejas estructuras de nuestra civilización, con nuestra refinada comprensión de ideas sobre la justicia o conceptos morales que les son completamente ajenos; en lugar de ello, debemos esforzarnos por entender su cultura, sus pensamientos y sus sentimientos.[4]

Sin duda, el etnógrafo pionero del monte Varzin, Richard Parkinson, habría estado de acuerdo. Había empezado como administrador de una plantación alemana, pero era un hombre de muchos recursos. Envió a seis bailarines de Tolai a Berlín para la Exposición Colonial de 1896, acumuló la mayor colección privada de artefactos nativos de la isla, y ayudó a reunir plantas, pájaros y mariposas, así como restos humanos, esqueletos y cráneos (lo cual se vio facilitado por el hecho de que el canibalismo estuviera tan extendido en la zona), que vendió a museos extranjeros. Desgraciadamente, estas actividades contribuyeron a la erradicación de las propias culturas que apreciaba. Ya en 1908, un visitante del monte Varzin observó que muchas culturas habían «desaparecido prácticamente, o por completo; en algunos casos han desaparecido los propios nativos».

Parkinson contemplaba estos acontecimientos dentro de una perspectiva más amplia. Según él, la montaña era el escenario donde tenía lugar un conflicto continuado y sanguinario entre las dos razas principales que habitaban la península de Gazelle. Durante el siglo anterior, aproximadamente, inmigrantes procedentes de las islas vecinas se habían diseminado tierra adentro, subiendo por sus laderas, invadiendo los antiguos lugares de residencia de los habitantes originales. La consecuencia fue que «allí se desarrolló una pugna entre ambas tribus que continúa hasta la actualidad». La llegada de los europeos no había hecho más que agravar estas tensiones, y la prensa alemana observó «una *Grenzkrieg* [guerra fronteriza] irregular e incontrolada que se libra sin piedad por parte de ambos bandos». La lógica de la competición darwiniana por la vida y la tierra parecía ser tan feroz allí como en cualquier otra parte, una lucha existencial entre dos grupos primitivos con sus propios rituales, idiomas y enemistades.[5]

Fue en los escalones de su finca de Varzin, en un día de septiembre de 1894, donde Bismarck había aparecido para lanzar el grito de guerra del nacionalismo alemán contra los polacos. Le preocupaba cada vez más el aumento de la población polaca en Alemania y la amenaza que esto suponía para la seguridad, especialmente en sus zonas fronterizas orientales. Pocas cuestiones políticas eran más incendiarias. Cuando había estado en el poder, Bismarck había animado de hecho a los granjeros alemanes a comprar tierras en las zonas donde había una mayoría polaca. Una vez retirado, le inquietaba que ello no le preocupara a su sucesor. Bismarck, que hablaba polaco, no era ningún guerrero racial, y fincas como la suya dependían de obreros eslavos, pero estaba intranquilo, y los grupos de presión nacionalistas le suplicaron que hablase claro.

En cuanto accedió a ello, unos trenes especialmente fletados llevaron a miles de «peregrinos» patrióticos a Varzin para oírle denunciar las actividades subversivas de la alta burguesía y el clero polaco. Bismarck exigió una dura contestación por parte del Gobierno de Prusia. Las reivindicaciones territoriales de los polacos, les dijo, eran ilimitadas. Eran los alemanes quienes habían llevado la civilización al primitivo este, y su dominio era legítimamente suyo: «No estoy hablando con el objetivo de ganarme a los polacos, algo que en cualquier caso es imposible, sino con la intención de exterminar los restos de simpatía hacia Polonia que queden entre nuestros compatriotas».[6]

Tocando a rebato para la instauración de un nuevo tipo de política étnica de masas, Bismarck describió la región como una frontera en la batalla racial entre alemanes y eslavos. En Berlín surgió un grupo de presión muy ruidoso y eficaz que exigía que otros políticos también dieran «apoyo al pueblo alemán en las Marcas Orientales». Este grupo, aunque afirmaba que sólo deseaba proteger las tradiciones y la cultura alemana, en realidad pretendía hacer retroceder a la oleada de inmigración polaca y obligar a los polacos, tanto si eran trabajadores migratorios como si no, a abandonar las regiones fronterizas de Prusia. En cuanto a los polacos de la zona, el discurso de Bismarck les pareció poco menos que una declaración de guerra, y ellos también se movilizaron, boicoteando las tiendas alemanas, apoyando a los periódicos y a los grupos culturales polacos, y asegurándose de venderse las tierras entre ellos y no a los alemanes.

Ni siquiera el propio Bismarck estaba seguro de adónde estaba conduciendo todo esto. Pese a sus duras palabras, comprendía que la conquista de más territorios del Este no resolvería el problema polaco del

Reich, y que de hecho lo único que haría sería añadirle más polacos, y, por consiguiente, cuando el país celebró su octogésimo cumpleaños, recomendó moderación. Dijo a una delegación de estudiantes que, aunque debían aceptar la lucha, ya que «la vida es una lucha», debían tener presente que Alemania, en sí misma, ya no necesitaba más guerras. «Ya conseguimos lo que necesitábamos [después de la guerra con Francia]. Luchar por más, por una sed de conquista y por la anexión de países que no nos sean necesarios, siempre me ha parecido una atrocidad.» Justo al final de este discurso de cumpleaños, el anciano brindó por el Kaiser: «Espero que en 1950 todos los que sigan vivos entre ustedes vuelvan a responder con alegría en sus corazones al brindis ¡LARGA VIDA AL EMPERADOR Y AL IMPERIO!».[7]

Al morir tan sólo tres años después, en 1898, difícilmente se podría haber esperado que previera lo que se avecinaba. Al principio su finca en Varzin se convirtió en una especie de santuario del culto a Bismarck. En el parque se desveló un monumento enorme, se inauguró un pequeño museo en el bosque, e incluso hubo una escultura de su caballo favorito. Pero gradualmente las nubes se oscurecieron, y las guerras que él temía sobrevinieron. El joven y beligerante Kaiser a cuya salud había brindado fue desterrado a los Países Bajos, las colonias tropicales de Alemania fueron confiscadas, y la monarquía fue sustituida por una república. Entonces, los nazis se propusieron superar los logros de Bismarck, pero, en lugar de ello, la propia Alemania quedó arruinada, dividida y ocupada. Prusia desapareció del mapa, se restableció una Polonia independiente, y el querido Varzin de Bismarck se vio en el lado de la frontera donde no debía estar. Conocido hoy como Warcino, es una escuela para jóvenes estudiantes polacos de silvicultura.

Durante el Tercer Reich, el Gobierno alemán no se interesó demasiado por las antiguas colonias extranjeras que se habían perdido en 1918: los nazis estaban mucho más interesados en colonizar partes de la propia Europa. Pero el resto de alemanes que habían permanecido en lo que entonces era la Nueva Guinea que en ese momento controlaba Australia seguían muy de cerca los acontecimientos que tenían lugar en su país. De hecho, habían abrazado la causa nazi con tal entusiasmo que, cuando los japoneses atacaron en 1941, los Aliados los enviaron a un campo de internamiento situado en el continente australiano. Éste se convirtió en un pequeño puesto avanzado del nacionalsocialismo en las Antípodas, un último enclave del imperio de Alemania en el Pacífico. Dirigido por partidarios del régimen que decoraban

sus oficinas con retratos de Hitler, en él se celebraban festividades para conmemorar a los «mártires» caídos del Partido, y la esvástica ondeaba sobre los barracones prefabricados. En 1943, allí se ofrecían por las noches conferencias sobre «el este alemán» y sobre la amistad germano-italiana para mantener la fe de los internados en que finalmente los alemanes se alzarían con la victoria. Cuando se anunció el fin de la guerra, sus recuerdos nacionalsocialistas fueron quemados en «una ceremonia lúgubre y desafiante» en medio de discursos y «canciones sobre las luchas alemanas, el valor alemán, la devoción alemana y la fe alemana». El comandante australiano del campo les hizo ver películas de Belsen para «reeducarlos», y después intentó, con escaso éxito, convencerlos para que se quedaran en Australia.[8]

Aunque no eran conscientes de ello, los internados eran afortunados. El hecho de ser capturados en el Pacífico y retenidos en Australia supuso que siguieran siendo, como europeos, miembros de una casta dirigente privilegiada. El nacionalismo y la guerra podían haber fracturado la solidaridad de la élite colonial europea de la región, pero la suposición de una superioridad común seguía vigente, y ellos fueron los beneficiarios de ello. En el período de entreguerras, los australianos habían tratado brutalmente a los nativos; pero se mostraron respetuosos con los alemanes, fueran cuales fueran las opiniones políticas de éstos. En las «Marcas Orientales» de Alemania, habrían corrido distinta suerte. Allí también habrían empezado como dirigentes, sobre una población polaca a la que habrían tratado como a nativos. Pero al final se habrían visto dentro del bando derrotado en una guerra darwiniana de aniquilación.

Visto desde las laderas del monte Varzin, da la impresión de que el Nuevo Orden nazi es como la historia de la propia «guerra de los pueblos» de Europa. Pero, a diferencia de las luchas entre los Baining y los Tolai, ésta era una guerra que en su envergadura, intensidad y ambición reflejaba la voluntad de poder de la Europa moderna: un deseo de explorar, extender, identificar y controlar territorios y pueblos que la había llevado a África, las Américas y las islas más remotas del Pacífico. Los nazis, herederos de esta tradición, compartían ese deseo imperial, pero hicieron con él algo inaudito y espeluznante para la mentalidad europea de comienzos del siglo XX: intentaron construir su imperio en la propia Europa, y, además, hacerlo a una velocidad de vértigo en tan sólo unos años. Si bien este libro trata sobre el primer Varzin y sobre las iras que estallaron en las zonas fronterizas germano-polacas, está escrito desde la perspectiva del segundo. Pues, a largo plazo, la importancia de la tentativa imperial de Hitler radica en que no

solamente alteró Europa de forma irrevocable, sino también el lugar que ese continente ocupaba en el mundo, y por consiguiente el propio mundo.

Introducción

¿Podría haberse ganado la guerra siquiera, aun cuando no se hubiera cometido ningún error militar? Mi opinión es: no. Desde 1941 en adelante, como muy tarde, ya estaba tan perdida como la Gran Guerra porque los objetivos políticos no guardaban la menor relación con las posibilidades militares y económicas de Alemania. El peculiar método que tuvo Hitler de hacer la guerra no hizo más que costarle millones de muertos al pueblo alemán. Sólo eso: la guerra no se podría haber ganado. Lo extraordinario es eso, algo a lo que siempre estoy dando vueltas: cómo es que un país como Alemania, que está situado en el centro del continente, no ha hecho de la política un arte, con el fin de mantener la paz, una paz sensata… Fuimos tan neciamente estúpidos como para pensar que podíamos desafiar al mundo… sin darnos cuenta de que eso es completamente imposible en la situación en que nos encontramos en Alemania. ¿Qué motivos nos impulsaron a ello?… Yo no soy político, no soy historiador. No lo sé. Yo sólo veo la pregunta.

Teniente general FERDINAND HEIM,
en una charla ofrecida a otros prisioneros de guerra
23 de mayo de 1945[1]

A comienzos de octubre de 1941, una sucesión de victorias llevó a la Wehrmacht a las afueras de Moscú y convenció a Hitler de que la Unión Soviética había sido derrotada. Días después, Hitler comprendió su error. Pero para entonces ya era demasiado tarde. Los funcionarios del Ministerio de Propaganda en Berlín ya habían proporcionado a los periodistas una revelación brutalmente franca de lo que Europa podría esperar bajo el dominio nazi. Les habían dicho que la guerra había terminado y que el Reich iba a crear una «Europa cercada por alambre de espino» y autosuficiente, que pudiera resistirse a cualquier amenaza militar. Alemania sería «mucho más libre y más fría» en el trato que dispensaría a «las naciones dominadas por nosotros» y «no habría la más remota posibilidad de que algún minúsculo y patético estado obstruyera la paz europea con sus peticiones especiales o sus exigencias especiales». En cuanto al pueblo alemán, afrontaría nuevos desafíos y tendría que enfrentarse, especialmente en su nueva frontera

eurasiática en el Este, al mismo tipo de escaramuzas constantes que los británicos afrontaban en la frontera noroccidental de la India. En resumen, sería necesario «conducirlo al ideal imperial europeo».[2]

Hitler como constructor de un imperio: puede que no sea así como normalmente concebimos al Führer, pero, sin duda, ésta era una de las imágenes que él tenía de sí mismo. Los nazis creían que les había correspondido la tarea de crear un imperio que los elevara a la condición de potencia mundial. Sin contar apenas con ninguna experiencia directa de colonialismo de ultramar que les pudiera servir de orientación, y con escasos conocimientos sobre la presencia británica en la India, les impresionaba enormemente, no obstante, la idea de que un minúsculo grupo de administradores pudiera gobernar todo un subcontinente. Para ellos, el imperio era un «ideal», o, por decirlo sin tantos rodeos, una fantasía violenta de dominio racial, una demostración de la destreza de una élite marcial criada para tratar despóticamente a centenares de millones de súbditos. Hitler pensaba que habría que formar a los alemanes en estas virtudes para competir con quienes dominaban los «grandes espacios» por los recursos del globo. Se habían rezagado en el Reparto de África a finales del siglo XIX, y no podían permitirse el lujo de ignorar las rivalidades competidoras que se habían desatado asimismo tras la primera guerra mundial. Los británicos y los franceses ya se habían apropiado de Oriente Medio, los japoneses habían penetrado en Manchuria en 1931, y los italianos habían invadido Etiopía cuatro años después. Alemania necesitaba recuperar el tiempo perdido.[3]

La cuestión de hasta dónde llegaban realmente las ambiciones imperiales de los nazis todavía divide a los historiadores. «Hoy Alemania es nuestra, y mañana, el mundo entero», cantaban las Juventudes Hitlerianas. Pero resulta difícil precisar qué sueños de dominio había en la mente del Führer. Nadie cree seriamente que fuera un simple oportunista que no tenía ningún programa de política exterior. Pero ¿realmente podía haber concebido una campaña de conquista mundial? Algunos estudiosos, creyendo que el apetito del Tercer Reich era casi ilimitado, señalan sus preparaciones navales para un conflicto transatlántico y sostienen que Hitler estaba guiado por un programa de política exterior de confrontación con Estados Unidos que se remontaba a la década de 1920. Otros dudan de que las cosas fueran tan claras o que llegaran tan lejos y hacen hincapié en la fijación de Hitler con Europa y en sus alegatos a favor de la expansión hacia el Este, el *Lebensraum*.[4]

Estas dos opiniones no son mutuamente incompatibles, pero Europa tenía prioridad en todos los sentidos. Sin duda, la diferencia fundamental que hay

que tener en cuenta radica en la dominación y la conquista. Casi un siglo antes de Hitler, el secretario de Estado de Abraham Lincoln, William Seward, hablaba de convertir Estados Unidos en «el sucesor de los pocos grandes estados que se han turnado en el dominio del mundo». Para Seward, tomar «el control de este continente supone convertirse, en muy pocos años, en la influencia predominante en el mundo». Seward consideraba que el poder se proyectaba a través del comercio mientras que Hitler apreciaba el control de los recursos, pero, por lo demás, no había demasiada distancia entre las ambiciones hegemónicas de estos dos hombres. «Es ridículo plantearse la política mundial», comentó Hitler en octubre de 1941, «hasta que no seamos dueños del continente… En cuanto seamos los dueños de Europa, ostentaremos la posición dominante en el mundo».[5]

Lo que realmente importaba a los nazis era controlar Europa, precisamente porque creían que ésta ostentaba la posición central en el sistema geopolítico del mundo. En 1904, el geógrafo británico Halford Mackinder había realizado la famosa declaración de que «quien domina Europa oriental domina el Centro; quien domina el Centro domina la Isla del Mundo; y quien domina la Isla del Mundo domina el Mundo». No era una idea inverosímil. Al fin y al cabo, en 1942 los alemanes ya controlaban una masa continental más grande que Estados Unidos, y más densamente poblada, y más económicamente productiva, que ningún otro lugar del mundo. Fueran cuales fueran los desafíos a los que, en opinión de Hitler, deberían enfrentarse las futuras generaciones, es indudable que la conquista y la consolidación de esta inmensa área representaba la culminación de su propia política exterior.[6]

Fue por este motivo que los nazis consideraban que sus ambiciones imperiales eran compatibles con las de otras potencias dominantes, y nunca pudieron entender por qué los británicos, en particular, no eran capaces de darse cuenta de ello. «A nosotros nos parece», comentó Alfred Rosenberg, autoproclamado filósofo del régimen, «que el imperio británico también se basa en una reivindicación de dominio definida racialmente». ¿No compartían ambos la importantísima combinación de una idea de superioridad racial y el odio al bolchevismo? En otras palabras, los nazis planeaban dominar Europa de una forma muy semejante a como los británicos gobernaban Ásia o África; o eso les parecía a ellos. Si se podía convencer a los británicos de que abandonaran su hostilidad a la idea de permitir que una única potencia controlara el destino del continente, no había ninguna razón para que estas dos potencias lucharan entre ellas. África podría ser dividida nuevamente de acuerdo con las líneas trazadas en los debates que se habían iniciado a finales

de la década de 1930 y había proyectos más ambiciosos para toda Francia. Pero para Hitler, la expansión hacia el este prometía a Alemania más que todo lo que podrían prometerle jamás las colonias de ultramar, y fueron las tierras situadas entre el Báltico y el mar Negro las que escogió para que fueran colonizadas por Alemania.[7]

«Por expresarlo con precisión», comentó un funcionario alemán en Ucrania en 1942, «aquí estamos en medio de negros». Éste era el misterioso, perturbador y neblinoso reino que los alemanes llamaban el «este», un páramo supuestamente baldío compuesto por pantanos, bosques impenetrables y estepas situado en el umbral de Prusia, que sólo aguardaba a la energía y la disciplina alemana para ponerlo en orden y hacerlo productivo. El *Ostrausch*, la embriaguez del Este, ejerció su influjo mágico en muchos de aquellos que fueron enviados a él para gobernarlo. Pero el imperio continental tenía una enorme desventaja para un régimen que estaba poseído, más que ningún otro, por el miedo a la contaminación racial. La mera proximidad del Reich a los detestados *Untermenschen*, que a menudo eran físicamente indistinguibles de los alemanes, y que cada vez eran más importantes como peones, alarmaba a Berlín y hacía que afloraran sus tendencias más represivas.[8]

En el propio Reich, la afluencia durante la guerra de polacos, rusos y ucranianos llevó a la Gestapo a husmear en granjas y fábricas y acabó en ejecuciones públicas en la horca y arrestos en masa. En los territorios recién ocupados, la guerra y las preocupaciones raciales se fundieron en una combinación infinitamente más tóxica. Al fin y al cabo, en las zonas fronterizas orientales de Europa era donde los nazis estaban afirmando sus pretensiones de futuro. Esto quedó claro en el campo de batalla: pues, mientras que las bajas militares británicas y estadounidenses ascendieron a un total de menos de un millón de hombres en cada caso, los rusos perdieron por lo menos a ocho millones. Alrededor de 2,7 millones de alemanes murieron en el Frente Oriental, comparados con 340 000 en Europa occidental y 151 000 en Italia. Detrás de las primeras líneas de combate las disparidades eran aún mayores. Aproximadamente 1500 hombres y mujeres franceses murieron durante la Liberación de París, pero más de *cien* veces esa cantidad de polacos perecieron durante la sublevación de Varsovia, que tuvo lugar al mismo tiempo. De los aproximadamente 8,6 millones de civiles que se calcula que murieron durante la ocupación nazi en Europa, una abrumadora mayoría eran del Este, y en la propia URSS murieron más todavía. A diferencia de la guerra de 1914-1918, ésta fue una guerra contra los civiles, que se libró

principalmente en los países que estaban destinados a formar parte del *Lebensraum* alemán.[9]

Por consiguiente, Europa oriental debe figurar en el núcleo de cualquier explicación del imperio nazi, pero también está la cuestión más amplia de la propia Europa. Al fin y al cabo, se suponía que se iba a formar a los alemanes, como hemos visto, en el «ideal imperial y *europeo*», y muchos de los partidarios más idealistas que tenían los nazis en otros países les tomaron la palabra. En 1942, el escritor derechista francés Pierre Drieu la Rochelle, por ejemplo, confiaba en que los alemanes «condujeran a Europa en la dirección del futuro». Goebbels también hizo grandes esfuerzos por presentar a Hitler como el comandante de una cruzada europea contra el comunismo. Sin embargo, a pesar del aluvión de europropaganda antibolchevique lanzado desde Berlín, Hitler siguió siendo un nacionalista de la Gran Alemania hasta el final y en privado no dejó de subrayar que la guerra se estaba librando solamente por Alemania y su pueblo.[10] En diciembre de 1944, dijo a los comandantes del ejército que estaban luchando para hallar una solución definitiva para la cuestión alemana de Europa. La guerra no solamente era una continuación de la primera guerra mundial, sino también de las guerras alemanas del siglo XIX, y tenía el mismo objetivo: «la unificación total de todos los alemanes».[11]

Este tipo de discursos hacen que Hitler suene como un típico nacionalista europeo, un heredero de los pangermanos del siglo XIX. El objetivo de éstos, como el de otros irredentistas, era conseguir el estado más grande posible, que dejara a la menor cantidad posible de compatriotas fuera de sus fronteras. Ésta fue la recompensa que los nacionalistas polacos y rumanos obtuvieron, por ejemplo, en 1919; era lo que húngaros y búlgaros confiaban que los alemanes les ayudaran a lograr en 1940. Pero resaltar solamente esta dimensión bastante tradicional de la política nazi sería inducir a un grave error, pues esa visión ignora la importancia decisiva que tuvo el enfoque geopolítico basado en el dominio de la masa continental eurasiática como única forma concebible que tenía Alemania de rivalizar con Estados Unidos o Gran Bretaña, y pasa de puntillas sobre el rígido racismo biológico, la crueldad desatada y la indiferencia de la ley que moldeó los contornos de la conducta del Tercer Reich.

En comparación con ella, la idea de una misión específicamente *europea* para el Reich, que también había aparecido durante la primera guerra mundial, nunca tuvo esa misma importancia ni con mucho, salvo durante un breve instante en la década de 1940. Mientras la Wehrmacht conquistaba gran

parte de Europa occidental, Escandinavia y los Balcanes a una velocidad desconcertante y completamente imprevista, los planes más antiguos de regenerar el continente creando un gran bloque comercial liderado por alemania se desempolvaron momentáneamente. Era una posibilidad, la de Alemania como «centro» de Europa, como coordinadora de un gran mercado interior, cuyas raíces se hallaban en el pensamiento alemán del siglo XIX. Pero esta visión desapareció casi tan rápidamente como había surgido. Racionalizar las interacciones entre las economías capitalistas era algo que preocupaba a los industriales y banqueros alemanes (y a aquellos nazis que estaban vinculados con ellos, como Hermann Göring) pero no demasiado a Hitler. En 1941, la invasión de la URSS hizo que su atención se desviara hacia el este. En lo sucesivo, en su mente concebiría el resto de Europa como un mero proveedor para la economía alemana, hasta tal punto que si el régimen pensó en términos europeos fue porque aquellos que dirigían la campaña bélica se vieron obligados a hacerlo. Las maneras de combatir a los partisanos que se habían desarrollado en Bielorrusia se adoptaron en el sur de Italia y Finlandia. El delegado de Trabajo Fritz Sauckel viajó desde Francia a Ucrania para supervisar sus campañas de reclutamiento. Los destinos durante la guerra de un típico funcionario de la Gestapo lo llevaban del sur de Austria al noroeste de Alemania, el Cáucaso, Polonia y Eslovaquia, e incluso en un momento determinado contemplaba la posibilidad de solicitar un trabajo en el nuevo servicio colonial en África. La guerra y la ocupación se convirtieron en la forma que tuvieron los nazis de integrar el continente y, de hecho, ello aportó aproximadamente casi una cuarta parte de los recursos consumidos en total por la campaña bélica alemana. Pero esto solamente se debió a la necesidad de movilizar sus recursos; no había ninguna verdadera visión más allá de ello.**[12]**

Uno de los motivos por los que los alemanes no pensaron profundamente acerca de Europa fue que, durante gran parte de la guerra, no necesitaron hacerlo: de todas maneras, los europeos obedecían y aportaban lo que se les exigía. Después de 1945, esto fue convenientemente olvidado. Aquellos que habían soportado la ocupación alemana aclamaron a los heroicos *résistants* y silenciaron el hecho de que en la mayor parte de Europa a los funcionarios alemanes no les había incomodado excesivamente la resistencia hasta muy tarde. El hecho de que los alemanes hubieran logrado desviar los recursos del continente en beneficio de su propia economía de guerra se atribuyó a la coerción. Los tratos que había tenido Berlín con hombres de negocios y funcionarios de Europa occidental y central que se mostraron dispuestos a

cooperar no se mencionaban. Tampoco el hecho de que miles de trabajadores franceses, holandeses, croatas, españoles e italianos desempleados se hubieran ofrecido voluntarios para trabajar en las fábricas del Reich antes de que llegara el programa de trabajos forzados.[13]

Después de la guerra, una amnesia colectiva se apoderó de países como Italia, Hungría y Rumanía que habían luchado junto a Hitler y habían llevado a cabo sus propias ocupaciones paralelas. Los croatas y los eslovacos habían adquirido sus propios estados, Bulgaria se había apropiado de territorios vecinos, y Hungría recuperó gran parte del territorio que había perdido en 1918. Mussolini había soñado con un nuevo imperio romano y había enviado a sus reclutas, si éstos tenían suerte, a las Cíclades y, si no la tenían, al Sahara, a Eslovenia o a Somalilandia. Rumanía había administrado Ucrania, había festoneado Odessa con cadáveres y había lanzado a cientos de miles de soldados a luchar contra el Ejército Rojo. Los nacionalistas bálticos, bielorrusos y ucranianos también habían luchado en el bando alemán con la esperanza de sacar provecho de ello.

La propia colaboración con los nazis no había sido una elección inexplicable, ni mucho menos, pues en 1940 Europa estaba angustiada por los fracasos del liberalismo y la democracia del período de entreguerras, y los éxitos económicos y militares de los alemanes infundían respeto. Algunos europeos esperaban, contra todo pronóstico, que los alemanes unieran el continente mejor que lo habían hecho la Sociedad de Naciones o los británicos y los franceses. Otros estaban simplemente resignados. Lo que hace que, en retrospectiva, la colaboración parezca ingenua es la incapacidad casi total de los alemanes para responder a la oportunidad política que se abrió ante ellos. A consecuencia de ello, se volvieron impopulares casi de inmediato. «Uno de los problemas fundamentales de la Europa de Hitler es, en todo caso», señaló el gran historiador holandés Pieter Geyl, que se pasó dieciocho meses de la guerra en el campo de Buchenwald, «este conflicto entre la atracción que ejercen ciertas tendencias del Nuevo Orden y la creciente desilusión que conlleva la práctica del conquistador».[14]

Su causa fundamental era el nacionalismo de Hitler, o, más exactamente, su convicción de que no había nadie que importara, o en quien se pudiera confiar políticamente, aparte de los propios alemanes. La soberanía y la independencia de sus aliados podían anularse cuando fuera necesario; las aspiraciones políticas de sus colaboradores podían ignorarse en cualquier momento. Ignoró completamente los llamamientos que le instaban a proclamar un programa europeo que pudiera competir con la Carta del

Atlántico de los Aliados. Lo único que importaba, en su opinión, era ser temido y obedecido. Un agente de la policía secreta húngara resumió esta actitud: «En los territorios ocupados, el Gobierno alemán refrenda el principio de que, apartando toda consideración sobre la popularidad a un segundo plano, sólo se puede tolerar un régimen o gobierno que esté permanentemente a entera disposición de Alemania». Para Hitler ésta era la esencia de una política colonial. Europa existía fundamentalmente para servir a los intereses de la Gran Alemania.[15]

Intentar crear un imperio sobre la base del nacionalismo no era nada nuevo. Los franceses habían tenido su misión civilizadora, y también, de un modo diferente, los estadounidenses. Más pertinente resulta el hecho de que, antes de 1914, rusos y húngaros habían intentado unir sus territorios mediante la difusión de su idioma y su cultura. Lo que hizo que el enfoque de los nazis no solamente fuera inusual sino también totalmente contraproducente como filosofía de gobierno fue su empeño en definir el nacionalismo en unos términos tan absolutamente estrictos que impedían que la mayor parte de las personas de los pueblos que conquistaban se convirtieran siquiera en ciudadanos. «Todos los estados que son genenerosos respecto a la cuestión de la naturalización de los extranjeros son aptos para crear un imperio», había escrito Francis Bacon a comienzos del siglo XVII. «Pues pensar que un puñado de personas puede, con la mayor valentía y la mejor política del mundo, abarcar un dominio demasiado amplio [es un error, ya que] puede que éste se conserve durante un tiempo, pero se perderá de repente.» Jamás hubo mejor ejemplo de la verdad de esta máxima que la suerte que corrió el Nuevo Orden nazi.[16]

Naturalmente, los propios imperios de ultramar europeos no eran brillantes ejemplos del enfoque integrador de Bacon, ni mucho menos. Era difícil obtener la plena ciudadanía británica, francesa o portuguesa si la piel de uno no tenía el color adecuado, y los dobles sistemas de situación legal no eran un invento de los nazis. Pero fuera de Europa, los regímenes exclusionistas habían surgido generalmente a lo largo de prolongados períodos de tiempo en sociedades que eran aún fundamentalmente rurales. Implicaban complejos acuerdos y soluciones de compromiso a las que se había llegado con los gobernantes locales y nativos y, en cualquier caso, estos mismos regímenes ya estaban empezando a verse presionados en el período de entreguerras por parte de los movimientos nacionalistas coloniales que

estaban surgiendo. Los alemanes impusieron su dominio de forma muy repentina en medio de una guerra y optaron por infligir este tipo de régimen a unas sociedades urbanizadas que ya tenían unas ideas sobre su propia identidad nacional poderosamente moldeadas y ya conformadas. Lo asombroso no fue que los europeos se resistieran, sino que tardaran tanto en hacerlo.

Puede que una de las razones que expliquen este hecho sea que la llegada del Nuevo Orden debilitó la legitimidad de los estados-nación de Europa más profundamente que nunca antes y que nunca después de él. Al fin y al cabo, este Nuevo Orden no sólo pretendía reafirmar el nacionalismo alemán, sino también suprimir la idea de identidad nacional de otros pueblos. Países como Polonia, Checoslovaquia y Yugoslavia fueron borrados del mapa. Muchas de las demás naciones conquistadas también tenían solamente décadas de antigüedad. La ocupación enemiga mostró la débil cohesión que tenían y lo fácilmente que podían desmoronarse. Dentro de ellas había profundas líneas de falla en torno a la clase, el idioma, la ideología y la religión, y la guerra total desencadenó unos letales conflictos intestinos en torno a la misma imagen de la propia nación y a cómo se definía a ella misma. A menudo se estuvo a un paso de la guerra civil, y en Grecia, Yugoslavia, Italia y Ucrania, ésta costó miles de vidas.

Los instintos asesinos de los alemanes a la hora de llevar a cabo represalias también fueron un elemento disuasor muy eficaz. Como mejor puede evaluarse su efecto devastador es observando la reacción pública que hubo ante episodios poco recordados como la ejecución del primer ministro checo, Alois Elias, en 1942, las represalias de 1941 en Serbia que desembocaron en la ejecución de más de 2000 civiles sólo en el pequeño pueblo de Kragujevac, o la demolición total del Vieux Quartier de Marsella con la evacuación de sus 40 000 habitantes después de que en la ciudad explotaran unas cuantas bombas al borde de la carretera. Estos espeluznantes acontecimientos destrozaron la moral de quienes tuvieron conocimiento de ellos e hicieron que el precio de la resistencia, no sólo para aquellos que se alzaban en armas, sino también para los civiles inocentes, resultase demasiado evidente.

Este tipo de recuerdos, junto con los de Lídice, Oradour y los campos, han contribuido enormemente a moldear nuestra interpretación del nazismo. En lugar de considerarlo como una versión extrema de un fenómeno habitual en la Europa moderna, el nacionalismo, lo que generalmente se resalta es su violencia extrema, patológica y excepcional. Los teóricos del totalitarismo, en

particular, lo describen como un ejemplo de esa clase de sistema de gobierno, afortunadamente infrecuente, en el que un pequeño grupo de hombres se hacen con el poder y lo conservan por ningún otro motivo salvo el mero amor por la dominación, y suprimen la libertad y emplean el terror para perpetuar su mandato. Estos teóricos hacen hincapié en el control ejercido por la élite política sobre la gente corriente, y, como suponen que las masas fueron coaccionadas mediante el terror desde el principio, no dedican demasiado tiempo a preocuparse por las propias ideas de los nazis. En lugar de ello, el propio dictador aparece como primer motor demoníaco dentro de una especie de contra-teología nihilista.

El paradigma totalitario, que ya tiene más de medio siglo de antigüedad, nos sigue cautivando en la actualidad. Es cierto que es eficaz en algunos aspectos. Hitler fue, en efecto, fundamental para el funcionamiento del Reich, y quizá más aun para la forma en la que los alemanes gobernaron Europa: durante la guerra no existió ningún verdadero gobierno colectivo en ningún sentido, y él dirigió la administración del continente de un modo que impidió que tal gobierno colectivo surgiera. Sus intervenciones también fueron a menudo decisivas, especialmente al aumentar el grado de los castigos colectivos. Al sentirse inseguro (y en ello tenía algo de razón) de hasta qué punto el pueblo alemán respaldaba sus objetivos a largo plazo, se aseguró de que ese poder permaneciera en las manos de aquellos en quienes más confiaba. «Trabajando hacia el Führer», estos hombres concibieron medios cada vez más violentos para superar las numerosas dificultades que sus propias ambiciones habían creado. Por consiguiente, durante la guerra el estado nazi operó con relativamente pocas restricciones, sobre todo en Europa oriental o en los otros territorios ocupados, donde los controles que impedían la arbitrariedad del poder ejecutivo se habían desvanecido o habían quedado minados. Uno de los antagonistas de los nazis que mejor se expresaban, el antiguo primer ministro francés León Blum, comprendió lo que estaba pasando. Sobre sus parientes, que se negaban a abandonar París, escribió en 1942 que «imaginan que las atrocidades del mes pasado serán las últimas, o por lo menos que el horror universal que han provocado desembocará en una larga tregua. No comprenden, me temo, que los engranajes se mueven cada vez más rápido y que siempre se puede ir más allá en las atrocidades; nunca se llega al límite».[17]

No obstante, el paradigma totalitario también fracasa en muchos aspectos. Sin duda, Alemania necesitaba coaccionar a las poblaciones que dominaba, pero la situación era más compleja dentro de la propia Alemania, sobre todo

durante la guerra. Los alemanes, en general, no necesitaban ser coaccionados para luchar, y ni siquiera en los últimos días se produjo un hundimiento total como el que sí se había producido en 1918. La obstinada resistencia del país no puede atribuirse al rápido aumento del terror que indiscutiblemente tuvo lugar. Recientemente, algunos estudiosos han sostenido que el botín de las conquistas permitió al régimen comprar el apoyo popular para la guerra; la cuestión es discutible, pero el hecho de que la población, a pesar de su evidente falta de entusiasmo cuando realmente estalló la guerra, sí que la apoyó, no lo es. Y tampoco se puede seguir afirmando que después de 1941 hubiera alguna diferencia importante entre cómo las SS y la Wehrmacht trataban a los judíos y a los eslavos en la ocupación. Los soldados alemanes de a pie actuaron con la misma brutalidad contra los bolcheviques, los judíos y otros *Untermenschen*, como los que eran nazis «al 150 por 100». Por consiguiente, el Nuevo Orden fue también en este sentido una empresa *alemana*, que no solamente estaba concebida *para* los alemanes, sino que también dependía de ellos y de su participación activa.**[18]**

Después está la cuestión de las ideas y los debates que dieron forma al sistema de dominio alemán durante la guerra. Ni Hitler ni nadie había previsto los desafíos que la guerra trajo consigo. Justamente lo contrario: aunque los nazis habían soñado durante años con luchar, cuando finalmente lo hicieron las consecuencias de su propio éxito los desconcertaron. El resultado de ello fue una serie de discusiones sobre los fines y los medios que estallaron en 1939 y jamás amainaron. Cuando uno las sigue a través de los informes privados, de los artículos publicados y de la prensa, queda claro rápidamente que ni del *Mein Kampf* ni de ninguna de las propias declaraciones de Hitler podía deducirse una única teoría nazi sobre la conquista. Así, encontramos a funcionarios de las SS en 1939 que se preguntaban cómo podían afirmar seriamente que estaban construyendo una nación racialmente pura cuando estaban empujando las fronteras del Reich más allá de las zonas de habitación alemana y gobernando sobre checos y polacos. En 1941, otros discutían sobre si había que privatizar las granjas estatales soviéticas o mantenerlas tal como estaban en manos alemanas. Tampoco nadie llegó a decidir realmente hasta qué punto la toma del poder dentro de Alemania antes de 1933 proporcionaba una plantilla para la nazificación de los países ocupados, o, más aún, si el nazismo era exportable siquiera. Los nazis creían apasionadamente en su Führer y en el nacionalsocialismo, pero este compromiso ideológico no generaba respuestas sencillas para los problemas a los que se enfrentaban.

Para ser un régimen totalitario, se produjo un debate sorprendentemente vigoroso en torno a lo que realmente suponía el dominio del continente.

Existe, sobre todo, un verdadero problema con las explicaciones del nacionalsocialismo que no incorporan el efecto catalizador de la propia guerra. Quizá no haya nada que ponga más de manifiesto esta cuestión que el propio aparato de terror. En septiembre de 1939, los seis principales campos de concentración del Reich albergaban apenas a 21 400 prisioneros entre todos ellos; a comienzos de 1945 el sistema ya se había metastatizado en una enorme red de campos atrozmente administrados que contenían a más de 700 000. En resumen, no hubo ningún sistema único de terror que surgiera plenamente formado del cerebro de Hitler. Fue el control de la tarea de la vigilancia del territorio conquistado en el Este lo que permitió a las SS llevar a cabo su vertiginosa ascensión hasta convertirse en la organización más temida en la Europa ocupada. Fue la guerra lo que alteró completamente la posición del propio Führer, permitiéndole llevarse por delante lo que quedaba de discreción judicial dentro de Alemania y volviéndole al mismo tiempo más distante y menos constreñido. A los nazis les llevó sólo unos meses, en el invierno de 1941-1942, dejar morir a más de dos millones de prisioneros de guerra soviéticos en campos abarrotados, inadvertidos y de los que en su mayor parte no ha quedado constancia documental. Les llevó solamente tres años, de 1941 a 1944, inventar y construir los campos de exterminio, matar a más de cinco millones de judíos y obligar a más de seis millones de europeos a trabajar en el Reich. Nada de esto había sucedido, ni se había contemplado como posibilidad siquiera, antes de que estallara la guerra.

Los comienzos de la década de 1940 son, por consiguiente, un excelente ejemplo de cómo la violencia de la guerra, especialmente cuando un liderazgo político con escasa visión de futuro e impulsado ideológicamente se combina con una superioridad militar aplastante, puede conducir a una escalada casi ilimitada en el uso de la fuerza y una constante revisión de las reglas y las normas. Los nazis abrazaron la idea de la guerra preventiva y no se consideraban, en general, sometidos a las leyes internacionales; a consecuencia de ello, sólo sus propios imperativos éticos (los cuales quedaban debilitados por su intenso nacionalismo racial en los casos en los se veían implicadas personas no alemanas) ponían límites a aquellas acciones que se sentían justificados a realizar. Pues, si bien la guerra permitió al régimen conquistar territorios, también fue un medio, como entendió perfectamente el propio Hitler, para cambiar a los alemanes y sus valores. Pues el nazismo no pretendía solamente romper con el liberalismo parlamentario, sino, y esto es

mucho más esencial, con lo que hasta entonces habían sido las ideas generalmente aceptadas sobre la humanidad. «El hombre como tal no existe», había escrito en 1936 Walter Gross, director de la Oficina de Política Racial. «Sólo hay hombres que pertenecen a esta raza o aquella.»[19]Fue necesario que estallara la guerra para que emergieran todas las implicaciones de esto. Profesores universitarios y sacerdotes polacos fueron sistemática y degradantemente humillados. Cuando a los prisioneros de guerra soviéticos no les quedó más remedio que recurrir al canibalismo, Hitler reaccionó con repugnancia. «Allí los hombres son bestias», le aseguró a un visitante croata en febrero de 1942: La guerra de Alemania se estaba librando contra «una degeneración bestial de la humanidad [*Menschheitsentartung*]». En cuanto a los judíos, estaban hechos para tirar de las carretas como los caballos, y para desmalezar las plazas de los mercados apoyados sobre sus manos y sus rodillas, como si con ello se quisiera proclamar que ya no eran plenamente humanos.[20]

Gran parte del interés que existe hoy en día por el Nuevo Orden se centra en el tema del Holocausto, el caso paradigmático de las tendencias destructivas de los nazis. No obstante, incluso la «guerra contra los judíos» surgió fundamentalmente a partir de la «guerra para los alemanes» del Führer. Tal como se desarrolló, toda esta campaña de conquista y aniquilación racial se basó en una ilusión descabellada. Las propias encuestas de la Wehrmacht mostraban que apenas había algún soldado alemán que deseara permanecer en Polonia, por no hablar de Rusia, una vez que habían terminado los combates: los propios hombres a los que Himmler pensaba premiar con granjas en el Este no deseaban otra cosa que regresar a casa. La mayoría de ellos nunca tuvo la oportunidad de hacerlo. Millones de rusos, polacos, judíos y bielorrusos perecieron en la persecución de la fantasía imperial de los nazis, pero también lo hicieron las mismas personas que los habían matado y que supuestamente habían de ocupar su lugar: fue gracias al nazismo que soldados y civiles alemanes acabaron muriendo en cantidades que probablemente no se alejaban demasiado del número de muertos causado por la propia Solución Final. Lejos de crear el Gran Reich Alemán, Hitler dejó al país desmembrado. Su imperio había basado su salvación en la muerte de millones de personas, pero la salvación jamás llegó, y a medida que su régimen consumió a su propio pueblo, la muerte fue lo único que dejó tras de sí.[21]

Primera parte

Por la Gran Alemania

I

Alemanes y eslavos: 1848-1918

La sucesión de acontecimientos que culminaron en la creación del imperio de Hitler no comenzó con la invasión de Polonia en 1939, ni con la toma de poder en el Tercer Reich en 1933, ni siquiera con la creación del propio Partido Nazi en Munich después de la primera guerra mundial. Lo que se desarrolló entre 1938 y 1945 fue el último capítulo de la historia de una idea mucho más antigua: la de una Gran Alemania.

O eso parecía en 1944, mientras los misiles V-1 caían sobre Londres y el historiador Lewis Namier veía cómo su pensamiento se retrotraía casi un siglo atrás, a los acontecimientos de 1848, ese año extraordinario en el que los revolucionarios habían derrocado a los monarcas, y en París, Praga, Viena y Venecia habían resonado los gritos de libertad. En la Paulskirche de Francfort, una asamblea nacional alemana se había reunido en mayo bajo un enorme cuadro de *Germania*, una doncella de complexión bastante robusta, vestida con una toga clásica, que sujetaba con una mano una espada triunfalmente desenvainada y una bandera de la nación alemana con la otra. Sus delegados debatieron sobre la unidad política, la libertad de prensa y la necesidad de una constitución moderna. Desde entonces, para mucha gente la Asamblea ofreció un vislumbre del camino que no se había tomado, la expresión de un espíritu democrático alemán que pronto sería aplastado por el militarismo prusiano y que, si hubiera triunfado, podría haber ahorrado a Europa un siglo de guerras.[1]

No era así como lo veía Namier. En su opinión, el verdadero espíritu de 1848 *sí* había ganado, y los propios diputados, con sus sueños de la Gran Alemania, habían allanado el terreno para el desastre del nazismo. Naimer sostenía que a los liberales alemanes del siglo XIX no les separaba ningún gran abismo de los nacionalsocialistas del siglo XX: ambos compartían el

amor a la nación y el odio a los eslavos. El año 1848 fue el momento en el que el nacionalismo parlamentario alemán dejó ver por primera vez su capacidad para destruir la paz del continente. Las diferencias políticas ya no se podían dirimir solamente entre reyes y diplomáticos, ya que ahora implicaban las aspiraciones de pueblos enteros, aspiraciones que cada vez se definían más en términos de tierra, idioma y sangre.

En esos discursos pronunciados en Francfort y olvidados durante tanto tiempo, Namier percibía la raíz principal del expansionismo alemán. Allí, muchos oradores habían esperado ver una patria unificada cuya superioridad cultural y económica atraería irresistiblemente a los polacos, a los checos y a otros eslavos; hablaron sobre un dominio que se extendería desde el Báltico hasta el sureste de Europa y, obsesionados con la idea de un poderoso estado nacional, rechazaban la mera idea de que los alemanes pudieran convertirse alguna vez en una minoría: «¿Van a vivir medio millón de alemanes bajo un Gobierno alemán y a formar parte de la gran Federación Alemana, o van a quedar relegados solamente a la situación inferior de extranjeros nacionalizados?». La misión de un eventual estado nacional alemán debía ser incluir a todos los alemanes dentro de sus fronteras y salvar a los miembros de la nación del horrible destino de caer bajo el dominio de un vecino eslavo: «Nuestro derecho es el del más fuerte, el derecho de conquista… En ningún caso las normas legales parecen más ignominiosas que cuando se atreven a determinar el destino de las naciones». Gran parte de esta retórica inflexible, con sus exigencias de que una poderosa Alemania actuara de baluarte contra Rusia, y su forma de hablar de «nacionalidades insignificantes» comparándolas con «parásitos» que trataban de «encontrar sus propias vidas entre nosotros», debió de sonarle extrañamente familiar al público de Namier en Londres.[2]

Esta interpretación del pasado de Alemania era, sin duda, tendenciosa y anacrónica. Había muchas diferencias entre los liberales de la década de 1840 y los nacionalsocialistas de un siglo después, entre aquellos que creían en el poder de la cultura alemana y aquellos que creían en la sangre alemana. Pero es cierto que algunos nazis describían su propia historia en términos bastante similares. Tan sólo unos años antes, el profesor universitario Reinhard Höhn, uno de los intelectuales favoritos de Himmler, había aplaudido a los revolucionarios de 1848. Según él, ellos habían tenido razón al afirmar el principio del dominio civil sobre el ejército, algo que el Tercer Reich había logrado conseguir finalmente sólo gracias al poder del Partido Nazi. Hitler también alabó en particular a los demócratas de Francfort. En un discurso que

pronunció en esa ciudad después del *Anschluss* con Austria en 1938, expresó la alegría que sentía por ser «quien ha hecho realidad un anhelo que una vez halló aquí su expresión más profunda». Le dijo a Josef Goebbels que de ninguna manera se había de comparar a los revolucionarios de 1848 con los odiados «Demócratas de noviembre», que habían fundado la República de Weimar, por la sencilla razón de que los primeros eran «idealistas de la Gran Alemania» que habían creído, igual que él, en una poderosa nación alemana que tenía una misión europea. Según el Führer, habían intentado construir una Alemania que pudiera aplastar a los eslavos y dominar Europa. Libre de las trabas impuestas por los reyes y los príncipes que los habían derrotado, él triunfaría en aquello en lo que ellos habían fracasado.[3]

El triunfo del nacionalismo había tardado mucho en llegar, pues a mediados del siglo XIX los pueblos germanohablantes estaban gobernados todavía por toda una apabullante serie de ducados, principados y reinos. Lo que querían decir las personas de Europa central y oriental cuando se describían a sí mismas como «alemanes» todavía variaba de un lugar a otro, y muchas de ellas apenas podían entenderse entre sí por lo marcados que eran los dialectos regionales. Políticamente, la mayoría de los «alemanes» profesaban lealtad a sus gobernantes y no se sentían parte de un solo grupo, y menos aún de uno que debiera unificarse en un solo estado. Por consiguiente, los intelectuales de Francfort estaban desafiando a la opinión dominante al no seguirla. Como se quejó un periodista en 1848: «¡La mayoría de los campesinos austríacos ni siquiera saben que existe una Alemania y que es su patria!». Despertar a los alemanes para que se dieran cuenta de la verdad del nacionalismo fue la misión que una minoría de alborotadores se impusieron a sí mismos: tardarían más de un siglo en lograr que su mensaje se impusiera.[4]

En la Confederación Alemana que surgió tras la derrota de Napoleón, la cual tenía una estructura poco rígida, los dos estados más poderosos eran Austria y Prusia, y la estrecha aunque tensa relación que mantuvieron entre ellos moldearía la cuestión alemana de Europa durante décadas. En Prusia, cuyo tamaño era menor de la mitad del de su rival, la población hablaba el idioma alemán de una forma mucho más dominante. Puede que sólo tuviera dieciséis millones de habitantes, frente a los treinta y seis millones de súbditos de los Habsburgo, pero de esos dieciséis, catorce millones hablaban alemán, mientras que menos de siete millones vivían en los dominios políglotas del emperador Francisco José. En resumen, desde el punto de vista de los

nacionalistas parecía que era más probable que el tipo de estado que deseaban surgiera bajo la dirección de Prusia.

Tras la guerra franco-prusiana, los estados germanos quedaron, de hecho, unificados en un nuevo Reich alemán, y Guillermo I de Prusia fue proclamado emperador. Pero para muchos nacionalistas esto sólo era un término medio, una solución de la «Pequeña Alemania», como se la llamó, porque no incluía los territorios germanohablantes del imperio de los Habsburgo. Desgraciadamente para ellos, los arquitectos del nuevo Reich habían descartado la idea de destruir a los Habsburgo. Bismarck era un hombre que sabía cuándo había que decir basta, pues, como él dijo, «en estas zonas las nuevas formaciones sólo podrían tener un carácter permanentemente revolucionario». Su conservadurismo impuso unos límites estrictos a la expansión de Alemania, y la alianza con Austria-Hungría siguió siendo la piedra angular de la política exterior del Reich hasta el estallido de la primera guerra mundial y después de ella: en 1915, un historiador alemán observó que «la primera y más inmediata tarea de la guerra [fue] la conservación de Austria».[5]

Dentro del propio imperio también se estaban despertando movimientos nacionalistas entre los húngaros, los italianos, los polacos y los eslavos del sur. No todos ellos aspiraban a la independencia política, pues muchos de ellos comprendían que la alternativa más probable al imperio de los Habsburgo era quedar atrapados entre «una monarquía universal rusa» y una nueva y poderosa Alemania. En 1848, el destacado intelectual de Bohemia Frantisek Palacky, al rechazar una invitación a la Asamblea de Francfort, había explicado, en una declaración que se hizo célebre, que «si el imperio austríaco no existiera, por el bien de Europa, es más, de la humanidad, sería necesario… inventarlo». A finales del siglo, la creencia en el imperio como un espacio multinacional abarcaba todo el espectro político, desde los monárquicos católicos hasta los marxistas austríacos, que se habían convencido de la necesidad de «impedir el desplome de Austria y permitir que sus naciones vivan juntas».[6]

Desde luego, al emperador Francisco José no le interesaba envolverse en la bandera del nacionalismo alemán. Sabía que esa política no haría más que despertar la antipatía de sus demás súbditos, mucho más numerosos, y también sabía que la religión impedía que la mayoría de los alemanes de Austria acudieran al Berlín protestante en busca de ayuda. Para él, la lealtad a la Casa de los Habsburgo era más importante que el origen étnico. Pero a medida que italianos, checos y polacos empezaron a exigir derechos

lingüísticos culturales propios, algunos alemanes súbditos de los Habsburgo comenzaron a formar clubes y sociedades nacionales para movilizarse contra ellos, fundando escuelas, periódicos y sociedades de gimnasia. Las fraternidades de duelistas prosperaron; los estudiantes bebían y pronunciaban ruidosos y ofendidos discursos, brindando por «¡Germania, Madre de Todos Nosotros!». En sus vestíbulos, bajo los cuadros de Bismarck y el Kaiser alemán, engalanados con flores, que ocupaban un lugar prominente, hablaban de luchar para impedir que los checos o los eslovenos de la zona aplastaran al «Pueblo Alemán». La carta fundacional de la Alldeutsche Vereinigung comenzaba con el compromiso de «esforzarse por establecer una relación entre las antiguas Tierras Germanas de Austria y el Reich alemán, que garantizará de forma permamente la conservación de nuestro *Volkstum* [Pueblo]». En Bohemia, el Partido de los Trabajadores Alemanes reclamaba «la conservación y el aumento del *Lebensraum* de su propia nacionalidad» frente a «la presión ejercida por los trabajadores extranjeros de culturas inferiores». Estos movimientos, fuertemente antieslavos, a menudo antisemitas, caracterizaron el entorno en el que surgió Hitler. Aquí, en un inflexible crítica del imperio, en un rechazo a su manera de acomodar a los diversos pueblos de Europa central, y en el impulso de unificar a todos los alemanes en un solo estado sin tener en cuenta las fronteras nacionales existentes, se halló el punto de partida del pensamiento futuro del Führer.[7]

Los polacos

El nazismo se apropió de gran parte de las ideas del nacionalismo alemán tardío de los Habsburgo, pero se apropió de muchas más ideas de los prusianos, especialmente en lo referente a cómo se había de tratar a los polacos. La propia Polonia había dejado de existir a consecuencia de su partición entre Austria, Rusia y Prusia a finales del siglo XVIII. Pero para los prusianos la partición había sido una muy mala idea: había destruido el estado tapón que los había protegido del poderío de Rusia, y había aumentado enormemente el tamaño de la minoría polacohablante del país. En concreto, en la provincia de Posen los polacos seguían siendo una mayoría a pesar de las campañas realizadas por el Gobierno prusiano para atraer a colonos alemanes. Inspirándose en las palabras de Jean-Jacques Rousseau, un diputado polaco que participó en la Asamblea de Francfort en 1848 advirtió a sus colegas alemanes: «Puede que ustedes nos hayan tragado, pero voto a Dios que no nos van digerir».

Medio siglo después, la indigestión polaca de Prusia era más grave que nunca. Los polacos formaban la minoría más grande del territorio prusiano, aproximadamente el 10 por 100 de la población total, y el hecho de que fueran católicos no hacía más que empeorar las cosas. La policía del Kaiser trató de mantenerlos bajo vigilancia, pero en el Este crecían tan rápidamente en número que empezaron a alarmar al Gobierno prusiano. La campaña anticatólica de Bismarck cerró colegios polacohablantes, confiscó propiedades de la Iglesia y llevó al arresto de muchos sacerdotes. Sin embargo, los obreros y los jornaleros agrícolas polacos siguieron constituyendo la mayoría de la población en muchas zonas fronterizas. La ciudad de Posen era una isla alemana muy bien fortificada en un mar polaco: en la provincia que la rodeaba, 800 000 polacos vivían junto a la mitad de esa cantidad de alemanes.

En cualquier caso, entre mediados y finales del siglo XIX se estaba extendiendo entre la intelectualidad alemana una visión de los eslavos cada vez más conflictiva y racializada. El geógrafo Friedrich Ratzel, una figura que fue importante a la hora llamar la atención del pueblo sobre la importancia que tenían los asentamientos agrícolas para la vitalidad nacional, aplicó las teorías de Darwin a la ascensión y la caída del *Volk*, y sostuvo que lo que él llamaba «espacio vital [Lebensraum]» era necesario para garantizar su crecimiento continuado. Muchos de sus partidarios dieron a sus argumentos un tono áspero y racializado. Explicando su nueva ciencia «geopolítica», el politólogo sueco Rudolf Kjellen habló sobre «la ambición del estado de unirse orgánicamente con la tierra»: la expansión era «autoconservación»; los estados grandes prosperarían, mientras que los estados pequeños desaparecerían gradualmente, «cuanto más organizado quedara el mundo». Kjellen alababa la guerra y subrayaba la situación ambigua de Alemania como «el Reich del Medio», excepcionalmente susceptible de ser cercada y al mismo tiempo incitada por el destino a expandirse y a ejercer como líder.[8]

Bismarck no tenía tiempo para estas ideas. Estaba centrado en la consolidación interior; pero ganar esta lucha era mucho más difícil que lo que lo habían sido las batallas que había librado Prusia en el extranjero. Expulsó a los trabajadores polacos, pero la mayoría de ellos regresaron muy rápidamente. Después creó una nueva Comisión Real Prusiana para la Colonización con el fin de fortalecer «el elemento alemán… frente a los intentos de polonización». Esta medida, la primera tentativa alemana seria de instaurar una política estatal de población de acuerdo con la nacionalidad, utilizó créditos bancarios y compras forzosas de tierras para ayudar a los

alemanes a establecerse en las zonas fronterizas.[9] No obstante, su principal efecto no fue otro que hacer que subieran los precios de la tierra: los vendedores alemanes se beneficiaron de ello; los contribuyentes alemanes pagaron la factura. Mientras tanto, los polacos organizaron sus propios grupos nacionales cooperativos y de crédito. Entre 1896 y 1912 perdieron 60 000 hectáreas, que quedaron en manos de la Comisión Prusiana, pero las compensaron con creces añadiendo otras 100 000. La política de Bismarck no satisfizo a nadie y provocó un gran resentimiento. El problema fue que básicamente esta política se negó a aceptar las realidades de la industrialización, favoreciendo una fantasía agraria medieval que las fuerzas económicas globales estaban destruyendo irrevocablemente.[10]

Detrás de todo esto había una cuestión que fue fundamental para los objetivos políticos de los propios nazis: ¿hasta qué punto podía un estado controlar dónde elegía vivir su población? Aunque algunos alemanes respondieron a la llamada de lo que se denominó con sorna «la paga extraordinaria del Este», es decir, los subsidios estatales, ésta sencillamente no era lo suficientemente elevada para los centenares de miles de alemanes más que seguían yéndose al extranjero, principalmente a Estados Unidos. Los 170 000 inmigrantes a los que la Comisión atrajo a las tierras quedaron eclipsados por los 830 000 alemanes que abandonaron Prusia Oriental sólo después de 1895. La despoblación, y no la repoblación, era la realidad a la que se enfrentaban los nacionalistas alemanes. Como escribió con tristeza en 1902 un periodista de Posen, donde la población polaca había crecido rápidamente desde la década de 1860:

> Para los funcionarios del Reich, ser trasladado a nuestra provincia es la mayor de las desgracias. Según ellos, este traslado no es muy diferente a ser desterrado a Siberia. El campesino, mientras pueda ir tirando en algún otro sitio, se cuida de que no le envíen a nuestra inhóspita provincia donde la tierra no es especialmente fértil y la competición con el campesino polaco es dura. Prefiere emigrar a América.[11]

El joven Max Weber, que estudió detenidamente el problema polaco, pensaba que el panorama era funesto. Culpaba especialmente a los terratenientes por depender de los jornaleros polacos. Las grandes fincas de los hacendados, escribió Weber, eran «nuestro elemento más polonizador», y «la violenta crisis de la agricultura» estaba conduciendo inexorablemente al triunfo de «la nacionalidad menos evolucionada». Era necesario un programa de colonización mucho más exhaustivo que cualquier cosa que Bismarck estuviera dispuesto a contemplar. No bastaba con meter más dinero en los bolsillos de las familias adineradas que no lo necesitaban; era necesario dar

prioridad al apoyo al pequeño terrateniente alemán. Cuarenta años después, los argumentos de Weber hallaron un público receptivo en los círculos nazis. En un ensayo dedicado al jefe de las SS, Heinrich Himmler, en el mismo momento en que este último estaba reasentando a alemanes y expulsando a polacos con una crueldad que habría sido inimaginable antes de la primera guerra mundial, un sociólogo nazi de alto nivel recurría al análisis de Weber para denunciar la falta de seriedad con la que el antiguo Kaiserreich había tratado este acuciante problema racial. Este sociólogo sostenía que el Tercer Reich, liberado de la reaccionaria influencia política de la clase de los Junkers, estaba demostrando ser más eficaz que cualquiera de sus predecesores.[12]

A finales del siglo XIX surgieron grupos de presión para defender las «Marcas Orientales» alemanas que arrebataron la iniciativa a la antigua élite prusiana. La H-K-T (llamada así por las iniciales de sus tres fundadores) organizó boicots a negocios polacos, patrocinaron conferencias (por ejemplo, sobre «La Civilización y el estado Nacional», o «¿Qué es lo que une a los alemanes, y qué es lo que los divide?»), visitas a las zonas fronterizas y fiestas kitsch del «Día Alemán». Otros recordaban a la gente las glorias del pasado medieval de Alemania, cuando los caballeros teutónicos de las cruzadas habían germanizado el Este con la espada, y publicaban mapas alarmantes que mostraban la amenaza demográfica del Este. De una manera u otra, se invirtieron cantidades considerables de energía para regenerar lo que los nacionalistas llamaban «la conciencia del parentesco nacional».[13]

Bajo esta presión, los políticos alemanes, tras haber abandonado brevemente la antigua política inútil de Bismarck, regresaron entonces a ella. Pero los pangermanos querían que hicieran mucho más: prohibir el polaco, por ejemplo, en los carteles y las fachadas de las tiendas, en los registros de las iglesias y en las asociaciones privadas, u obligar a los periódicos polacos a publicar un texto alemán paralelo en cada artículo. «El estado que renuncia la unidad de su idioma estatal renuncia totalmente a su unidad política», escribió un abogado. Esto era nada menos que una «guerra de los pueblos», y el tiempo se estaba acabando. «Debemos apoyar con todas nuestras fuerzas la inmigración de alemanes a las provincias polacas», escribió uno en 1906. «La Comisión para la Colonización debe agilizar el ritmo de sus trabajos porque el período de paz es una época que tiene un valor incalculable para estos logros y la paz no será interminable. La germanización de las Marcas Orientales debe concluirse antes de ir a la guerra con los eslavos del norte y del sur.»[14] Ni siquiera la asimilación era ya la respuesta. Al contrario, según explicaba

un escritor en 1902: «Para el alemán que quiere conservar el tipo alemán frente a razas inferiores como los eslavos fuertemente mongolizados, el primer mandamiento es: “Nada de mezclas raciales con extranjeros”».[15]

Weber había identificado el problema crucial: los terratenientes prusianos tenían mucho interés en conservar a sus trabajadores baratos; los patriotas de clase media con mentalidad racial querían que se marcharan. Intentando rebajar las iras de ambos bandos, un periódico en lengua alemana de Posen recordaba a sus lectores que lo que estaba en juego era

> no una agresiva lucha «a vida o muerte» emprendida contra toda la población polaca; no se trata, por así decirlo, de exterminar a los polacos. Más bien, la política del Gobierno hacia los polacos sólo pretende la derrota de aquellas campañas y planes nacionalistas polacos cuya materialización sería incompatible con la idea del estado prusiano y con la seguridad del Reich alemán.[16]

Sin embargo, algunos sí estaban pensando en una lucha «a vida o muerte». Por su parte, Bismarck tenía la firme convicción de que Alemania necesitaba paz. En 1887, comentó que «Rusia no desea conquistar ningún territorio alemán, y nosotros no deseamos conquistar ningún territorio ruso. La cuestión sólo puede girar en torno a provincias polacas, y de éstas ya tenemos más de las que nos convienen».[17] Por lo tanto, Bismarck no tenía tiempo para los planes que contemplaba su propio Estado Mayor para un ataque al ejército zarista, en los cuales se preveía, además, prestar apoyo a insurrecciones nacionalistas en Polonia, Finlandia y el Cáucaso; consideraba que esta última idea, en particular, era completamente descabellada. Pero una vez que se retiró, los políticos de Alemania se volvieron más nerviosos y beligerantes. A los liberales y los socialistas, que tradicionalmente habían odiado el régimen zarista, se les unieron los conservadores, que temían que el Reich que Bismarck había creado fuera más vulnerable a ataques desde el Este que lo que él había pensado. A consecuencia de ello, se lanzaron a la guerra que agravaría aún más sus problemas.

La Primera Guerra Mundial

En 1914, el legado de Bismarck se abandonó por completo. El canciller Bethmann-Hollweg exigió que se hiciera retroceder a Rusia más hacia el este, y que se pusiera fin al control que ésta ejercía sobre los pueblos no rusos.[18] En efecto, en el verano del año siguiente los ejércitos de las Potencias Centrales hicieron retroceder a los rusos, y los alemanes penetraron en Varsovia. De repente, la cuestión polaca pasó a ser algo más que un mero

asunto teórico, y la Polonia rusa quedó dividida entre las fuerzas de ocupación de las Potencias Centrales. Se estableció un gobierno militar austríaco en la parte del sur, mientras que los alemanes instauraron un gobierno general en Varsovia.

Resulta difícil imaginar un contraste más notable con la ocupación nazi de la segunda guerra mundial. Se reabrió la Universidad de Varsovia, se reintrodujo la enseñanza del idioma polaco después de casi medio siglo de dominio ruso, y se readmitió a una gran cantidad de estudiantes. Gracias a los alemanes, se introdujo el autogobierno municipal por primera vez, algo desconocido bajo los zares, y se celebraron elecciones durante la guerra. El ejército alemán también siguió una política consciente de apoyo a la prensa judía en Polonia y el gobernador, el general Hans von Beseler, creó una autonomía judía. En resumen, los alemanes intentaron presentarse a sí mismos como los libertadores que pondrían fin a la tiranía rusa, y Beseler instó a que se formara un «estado nacional polaco» que tuviera «la más estrecha asociación con Alemania», básicamente una reedición de la Polonia del Congreso post-Napoleónico pero esta vez bajo dominio alemán y no ruso. En julio de 1916, el general Erich Ludendorff, el jefe del Estado Mayor del Ejército alemán en el Este (*Oberost*) abogaba por convertir a Polonia en un principado, con su propio ejército, bajo el control de Alemania. El mes siguiente, las Potencias Centrales acordaron que apoyarían conjuntamente un Reino Independiente de Polonia y crearon un Consejo de Estado de notables polacos para que ayudara a dirigir el país.[19]

No obstante, aunque estas políticas ofrecieron un clamoroso contraste con la forma en que los nazis tratarían a Polonia en 1939, otras dieron la extraña impresión de ser precursoras de ella. Junto a su política propolaca, por ejemplo, los alemanes estaban planeando anexionarse parte de la Polonia rusa para crear una nueva franja fronteriza, tal como se la llamó, a lo largo de la frontera oriental del Reich: la población existente del área sería deportada para hacer sitio a los colonos alemanes. Los grupos de presión pangermanos estaban exigiendo esto, y también el gran número de figuras públicas alemanas que firmaron el llamado Discurso de los Intelectuales en el verano de 1915. El Discurso, que tenía la intención de elevar el debate en torno a los propósitos de la guerra por encima de lo meramente económico, reclamaba una mayor colonización alemana en el antiguo territorio ruso y la construcción de un muro fronterizo humano.[20]

Toda la guerra estaba llevando a los ejércitos a desarraigar a poblaciones, especialmente en las zonas fronterizas sensibles y en las áreas del frente. El

propio ejército alemán despojó de su población a una gran franja de tierra situada a lo largo de la costa báltica, y también creó una zona muerta de varios kilómetros de extensión en Francia cuando se retiró a la Línea Hindenburg en 1917. Las políticas de tierra quemada privaban al enemigo de todos los recursos que la tierra le pudiera ofrecer. La extraordinaria devastación de la tierra que se hallaba frente a la Línea Sigfrido en Francia en 1917 fue la apoteosis de este enfoque: la región se convirtió en «un desierto desolado y muerto» en el que los árboles, los edificios y los setos fueron sistemáticamente arrasados con explosivos, dejando un paisaje completamente aplanado. Otros ejércitos también estaban despejando sus fronteras. Las fuerzas otomanas obligaron a griegos y a armenios a desplazarse del litoral mediterráneo a Anatolia. Los soldados húngaros vaciaron e incendiaron pueblos serbios. Sobre todo, los xenófobos y temerosos oficiales rusos obligaron a más de tres cuartos de millón de civiles a seguir a los ejércitos zaristas en su retirada de las zonas fronterizas, creando un gran éxodo de refugiados.[21]

Como había sucedido en las colonias antes de 1914, y como sucedería en Europa después de 1939, las políticas del ejército alemán como fuerza de ocupación combinaron la explotación sistemática con la pacificación violenta. Una de las razones por las que los alemanes no consiguieron hacer surgir un nuevo ejército polaco, como habían esperado lograr, fue el enorme resentimiento que habían despertado, según un informe de la época, por

> toda una serie de intervenciones militares e industriales, como la confiscación de materias primas, fábricas y máquinas, la expropiación forzosa de casas y la tala de bosques privados… Todas estas medidas han dado pie a que exista un sentir general de quejas concretas, como también el hecho de que, en general, los soldados y los funcionarios alemanes hayan tratado con dureza a la población, y la imposición de innecesarias restricciones sobre los movimientos.[22]

En Bélgica la conducta del ejército fue, en todo caso, peor, y la deportación de casi 60 000 obreros a fábricas alemanas fue un adelanto de las políticas que se siguieron a una escala mucho mayor en toda Europa después de 1941. Medio millón de obreros franceses también fueron reclutados para realizar trabajos relacionados con la guerra y surgió una gran red de campos de trabajo. La necesidad militar era un argumento que se imponía sobre todas las consideraciones relacionadas con el derecho internacional o la diplomacia, y las airadas protestas que estas políticas generaban en todo el mundo parecían serle indiferentes al propio ejército. La misma indiferencia le provocó la reacción que se produjo ante las noticias sobre las atrocidades que había cometido en Bélgica en otoño de 1914, cuando al menos 6000 personas

fueron ejecutadas y miles de edificios fueron deliberadamente demolidos o incendiados. Como en la segunda guerra mundial, el ejército de Alemania no parecía excesivamente preocupado por la difícil situación de la población local, e incluso con importaciones de ayuda extranjera la desnutrición pasó a ser dominante; de hecho, en Bélgica éste fue un problema considerablemente más grave después de 1914 que en la segunda guerra mundial.[23]

Los nuevos amos del ejército del Reich, Hindenburg y Ludendorff, pretendían usar el «este» para enseñar a los «occidentales» de Francia y Bélgica cómo construir «algo duradero» mediante el «trabajo alemán». En su enorme feudo báltico, el *Oberost*, pretendían colonizar los bosques silvestres y los pantanos y civilizar a sus habitantes (exactamente igual que las generaciones anteriores de alemanes habían hablado de civilizar a los polacos). Ignorando las complejidades étnicas y logísticas del terreno, veían la ocupación militar como una manera de explotar los recursos infrautilizados que había en el umbral de Alemania. En Macedonia, el ejército francés tenía ambiciones similares. Pero Hindenburg y Ludendorff no sólo querían conquistar la naturaleza; a diferencia de los franceses, también querían conquistar racialmente la región, manteniendo bajo vigilancia a los eslavos y creando nuevos asentamientos donde pudieran renacer los «héroes alemanes». Como sucedería durante el período de ocupación nazi, el ejército intentó movilizar a toda la población para que llevara a cabo trabajos forzados, introdujo un exhaustivo sistema de registro y de documentos de identidad y deportó a decenas de miles de trabajadores a Alemania. Esta cultura también exigía el reconocimiento constante del prestigio militar. Los no alemanes tenían que bajarse de la acera si se cruzaban con un oficial alemán y saludarlo levantándose el sombrero; no podrían entrar en los vagones de los ferrocarriles que estaban reservados para los alemanes. El desprecio por los civiles y la falta de frenos institucionales a la conducta militar, unidos a unas ideologías que giraban en torno a una transformación social completamente irrealizable, permitieron al ejército alemán tratar a las poblaciones y las propiedades ocupadas como se le antojara; cuando la guerra empezó a ir mal, la consecuencia de ello fue una inútil destrucción a gran escala.[24]

Hacia Brest-Litovsk

Sin embargo, en la primavera de 1918 la guerra en el Este parecía ir extremadamente bien, y la visión de un imperio alemán en el Este se materializó cuando los alemanes obligaron a aceptar un punitivo tratado de

paz a una abatida delegación bolchevique. Gracias al Tratado de Brest-Litovsk, firmado en una inmensa y lúgubre fortaleza rusa, surgió una aplastante *pax germanica* por toda una franja de provincias zaristas que iban desde el Báltico hasta el mar Negro, una región que, sorprendentemente, prefiguró la que conquistaría la Wehrmacht en 1941. En el Frente Occidental, las tropas alemanas se concentraban para la ofensiva definitiva, con el propósito de liquidar la Entente antes que las tropas estadounidenses que estaban al llegar pudieran inclinar el equilibrio. Pero en el Este ya se estaba instaurando un nuevo orden. Cuando el régimen imperial se derrumbó, el ejército del Kaiser tomó el control. Rusia, de acuerdo con un funcionario alemán, no era «más que un gran montón de gusanos; todos podridos, todos pululando juntos sin orden».[25]

En Brest-Litovsk, los bolcheviques cedieron el 90 por 100 de las minas de carbón de Rusia, el 54 por 100 de su industria y una tercera parte de su sistema ferroviario y de su población. Los soldados alemanes penetraron en Ucrania y Georgia con un millón de soldados que ocuparon la región, los estrategas de Berlín crearon un cordón de nuevos estados títere que actuarían como estados tapón, impidiendo la entrada del bolchevismo en Alemania, y que proporcionarían los mercados, los cereales, el petróleo y otros recursos que asegurarían la posición de Alemania como potencia mundial. Habría un «nuevo orden en Europa [que] prometía tener una permanencia mucho mayor que la que tendría la anexión total de territorios extranjeros». Los alemanes instauraron regímenes obedientes en Ucrania, Lituania y Polonia, y también convirtieron a Rumanía en un satélite. El Alto Mando alemán soñaba con que su muro fronterizo de «seres humanos física y mentalmente sanos» los protegiera de la amenaza racial que representaban los eslavos y su rápida reproducción. Otros imaginaban una penetración más hacia el este incluso, convirtiendo la península de Crimea en una «Costa Azul» alemana, abriéndose paso a través del Cáucaso hacia Persia, Afganistán y finalmente la India, para poner de rodillas al imperio británico granjeándose las simpatías de los movimientos panislámicos o panturcos de toda Eurasia.[26]

Sólo había un problema: la guerra no había terminado. La ofensiva occidental de 1918 se agotó, y con la entrada de Estados Unidos en la guerra el equilibrio de fuerzas se modificó rápidamente en contra de Berlín. Unos meses después, con una rapidez que al pueblo alemán le costó entender, los aliados de Alemania pidieron la paz, y el Alto Mando alemán siguió su ejemplo, culpando, por conveniencia, de su capitulación a una traición civil en lugar de a sus propios cálculos estratégicos erróneos. El Kaiser se vio

obligado a abdicar y comenzó a regañadientes su largo destierro en los Países Bajos. Durante los meses siguientes, el nuevo orden oriental de Alemania se derrumbó, y Brest-Litovsk se convirtió en «la paz olvidada».

Pero no todos la olvidaron. Los enfurecidos nacionalistas no podían creer que les hubieran arrebatado este premio oriental y lucharon por recuperarlo. Grupos de voluntarios se movilizaron en diversos Cuerpos Libres, como se los llamó, para defender las fronteras de la nación: combatieron a los socialistas en Munich y a los polacos en Posen. En el Báltico, el general Von der Goltz contó con el apoyo de las potencias de la Entente cuando el Ejército Rojo de Trotski tomó Riga en diciembre. Paramilitares alemanes y antiguos soldados acudieron en masa al cuartel general de Goltz en Mitau para conservar lo que pudieran de Brest-Litovsk, no sólo frente a los bolcheviques, sino también frente a los nacionalistas bálticos, y si era necesario, también frente a los británicos. Haciendo retroceder a las fuerzas bolcheviques más hacia el este, a su paso sembraron el terror y llevaron a cabo ejecuciones en masa. Quinientos civiles fueron fusilados sin juicio previo en la propia Mitau, 3000 fueron asesinados en Riga, la toma de la cual, en mayo de 1919, el punto álgido de su empresa, aclamaron como «el símbolo de la victoria de la civilización europea sobre el barbarismo asiático». Su reconquista temporal de Letonia y Lituania, más o menos desconocida hoy en día, fue uno de los episodios más violentos de toda la guerra y fue un anticipo de lo que estaba por llegar. «Las batallas en los estados bálticos fueron más brutales y más sanguinarias que cualquier cosa que hubiera experimentado», escribió uno de los que participaron en ellas, el futuro comandante de Auschwitz Rudolf Höss. «Apenas había una primera línea; el enemigo estaba por todas partes. Allí donde chocaban las fuerzas antagonistas tenía lugar una matanza hasta que no quedara nadie vivo.»[27]

Los alemanes, que afirmaban estar salvando a los estados bálticos del bolchevismo, se comportaron como filibusteros. Para algunos, el objetivo era tener una finca propia; para otros no había ningún objetivo más allá de la obediencia ciega a sus líderes, «la guerra y la aventura, la emoción y la destrucción». «Aldeas incendiadas, prisioneros pisoteados», recordaba uno. Y todo esto lo recordaban rodeado de un aura romántica, viéndose a sí mismos como una reencarnación de los cruzados, una nueva generación de caballeros teutónicos. «Me atraía la naturaleza extraña y peligrosa de esta tierra que me tuvo hechizado de forma tan peculiar», escribió uno. «Era una tierra que confería a la guerra parte de su propio carácter turbulento y en constante cambio… quizá esto fuera lo que dio a los caballeros teutónicos ese inquieto

afán de búsqueda que siempre los impulsó, una y otra vez, a salir de sus macizos castillos para correr nuevas y peligrosas aventuras.»[28]

A medida que el nazismo se consolidó en Alemania en la década de 1930, estos hombres fueron arrinconados; eran demasiado desobedientes, exigentes e imprevisibles, y muchos de ellos perecieron en la sangría de la Noche de los Cuchillos Largos en 1934. Pero la guerra era lo que mejor conocían, y después de 1939 muchos de ellos regresaron cuando otro ejército alemán instauró un segundo Nuevo Orden en esos mismos territorios orientales. El secretario personal de Hitler, Rudolf Hess, y su sucesor, Martin Bormann (a quien la guerra convirtió en uno de los hombres más poderosos del Reich), habían formado parte de los Cuerpos Libres. Höss, ayudado por su amigo Bormann, había cometido un asesinato para vengar la muerte de su compañero de los Cuerpos Libres Leo Schlageter. Erich Koch, el virrey de Hitler en Ucrania entre 1941 y 1944, había sido uno de los portadores honorarios del féretro de Schlageter. Por consiguiente, los lazos que unían a estos Antiguos Combatientes se remontaban a décadas atrás. La Polonia ocupada también fue gobernada por hombres que habían pertenecido a los Cuerpos Libres: el gobernador general, Hans Frank, y Arthur Greiser, gobernador del *Warthegau*. El jefe de la policía de Alemania durante la guerra, Kurt Daluege, había sido jefe de sección en el Cuerpo Libre de Rossbach, mientras que el poco diplomático embajador asignado a Rumanía, Manfred von Killinger, había planeado los asesinatos de varios destacados políticos de Weimar. Y había más: Erich von dem Bach-Zelewski, general de las SS que estaba a cargo de todas las operaciones antipartisanos que se desarrollaron en toda Europa, Wilhelm Stuckart en el Ministerio del Interior (uno de los burócratas más importantes del Reich durante la guerra), así como Reinhard Heydrich y Ernst Kaltenbrunner, los dos jefes de la Oficina Principal de la Seguridad del Reich. La segunda ocupación del Este fue su momento.[29]

Uno se pregunta qué habría pensado el anterior comandante en jefe del Reich, el propio ex Kaiser Guillermo, cuando los ejércitos alemanes invadieron la URSS en 1941. Le habían alegrado las victorias en los Países Bajos y Francia el año anterior. Pero menos de un mes antes de que comenzara esta segunda guerra contra el bolchevismo, había muerto en su castillo holandés, a la edad de ochenta y dos años. El Kaiser y el Führer compartían el mismo enfoque sobre Europa oriental como una zona fundamental para la seguridad nacional, la misma obsesión con la tierra, la colonización y el asentamiento racial. Junto con muchos de sus partidarios,

ambos creían que era necesario expandir las fronteras de Alemania para lograr la seguridad en un mundo de lucha constante contra el peligro eslavo procedente del Este. El Kaiser, al igual que Hitler, veía el bolchevismo como una conspiración mundial judía contra los alemanes que exigía una oposición implacable: presionó para que se llevaran a cabo operaciones militares y policiales para erradicar a los bolcheviques, y quería que sus hombres se comportaran como «los turcos en Armenia». Sus principales generales querían, precisamente como haría Hitler posteriormente, privar a Rusia de sus cereales, su carbón, sus minerales y su petróleo, vitales para ella, ocupando Ucrania y el Cáucaso.[30]

Pero las diferencias también eran reveladoras. Los nazis hicieron grandes esfuerzos para demostrar que no estaban simplemente repitiendo las políticas del Kaiser (aunque es posible que les hubiera ido mejor si lo hubieran hecho). Escribiendo en marzo de 1942, Josef Goebbels, ministro de Propaganda nazi, se mofaba de aquellos que esperaban que el Nuevo Orden nazi, después de haber hecho retroceder cientos de kilómetros al Ejército Rojo, instaurara nuevos gobiernos en los «estados enanos» del Este. «El régimen imperial del Kaiser Guillermo se tendría que tomar como modelo si se deseara inaugurar una política tan miope. El nacionalsocialismo es mucho más despiadado y mucho más realista en todas estas cuestiones.» Y, de hecho, a diferencia de Hitler, el Kaiser Guillermo II y su Gobierno habían hablado de liberación nacional, monarquía y autodeterminación y habían aceptado la creación de estados nominalmente independientes en el este de Europa. A veces hablaban sobre la fuerza racial, pero este vocabulario tenía unas implicaciones mucho menos letales para los civiles que estaban bajo su autoridad. La ocupación militar por parte del ejército imperial podía ser dura, pero, como demostraba la experiencia de Polonia, no era nada comparada con lo que estaban dispuestos a hacer los civiles que dirigían el aparato de ocupación nazi. Aquellos polacos y judíos (y había muchos) que en 1939 preveían que el victorioso Tercer Reich se comportaría como el Segundo quedaron horriblemente desilusionados. De hecho, pese al antisemitismo que era habitual en el séquito del Kaiser, los judíos no tenían un papel fundamental en los planes de Alemania durante la primera guerra mundial. Se veía a los judíos menos como enemigos que como aliados en potencia, y se los apoyaba, al igual que a las demás nacionalidades rebeldes que estaban bajo el control del zar.[31]

Y lo más importante de todo, en la primera guerra mundial todavía estaban los Habsburgo. La solidaridad dinástica constituía *el* freno decisivo a

la idea de una Gran Alemania. Pero en 1918, los Habsburgo y los Hohenzollern fueron derrocados, y en su lugar surgió, después de 1933, un nuevo estado del pueblo alemán, más fuertemente centralizado, con Hitler como arquitecto, que fácilmente absorbió el pequeño resto de Austria creado en Versalles. Puede que Hitler naciera siendo súbdito del emperador Francisco José, pero su visión del mundo presuponía una visión del orden y la nacionalidad en Europa oriental que no era tanto post-Habsburgo como *anti*Habsburgo, basada en que la pureza étnica no se entremezclara, en la lealtad a la nación en lugar de a cualquier dinastía supranacional. Las raíces del Nuevo Orden nazi, en otras palabras, no se hallaban en el antisemitismo, ni en la sed ciega de conquista, sino en la búsqueda de una unificación de los alemanes dentro de un solo estado alemán. Bajo la dirección de un líder hecho a sí mismo y de su partido de masas, pretendía tener éxito en aquello en lo que el Kaiser había fracasado, instaurando un dominio permanente en el Este sobre los eslavos y, de esta manera, hacerse lo suficientemente poderoso como para dominar toda Europa.

2

De Versalles a Viena

La lucha por la etnicidad no es sino la continuación de la guerra por otros medios al amparo de la paz. No una lucha con gases, granadas y ametralladoras, sino una lucha que gira en torno a los hogares, las granjas, las escuelas y las almas de los niños…

THEODOR OBERLÄNDER[1]

Si 1918 empezó con los alemanes listos para instaurar un triunfante nuevo orden en toda Europa oriental, acabó con ellos enfrentándose al hundimiento total. El imperio de los Habsburgo se desintegró casi de un día para otro, y el emperador Carlos huyó a Suiza antes de terminar en Madeira, donde murió años más tarde. En Alemania la monarquía fue abolida, y el Kaiser partió al exilio. Entretanto, Gran Bretaña y Francia se convencieron de la idea de que, como dijo un diplomático, sus «intereses coinciden totalmente con el principio de nacionalidad». En 1919, prepararon un cordón sanitario de estados tapón de Europa oriental dirigidos por gobiernos estrechamente aliados con Londres y París. Culpando a los alemanes de haber empezado la guerra, los cargaron de indemnizaciones y los castigaron con importantes pérdidas de territorio. Muchos alemanes que habían crecido como súbditos de los Habsburgo o de Prusia se vieron, por primera vez, gobernados por checos, polacos, estonios y lituanos.[2]

Incluso antes de que la guerra hubiera terminado, un diplomático británico se había preguntado: ¿Y si los alemanes se tomasen en serio el lema de la autodeterminación nacional? ¿La paz no llevaría entonces a la formación de un Reich alemán aún más grande, especialmente si la monarquía de los Habsburgo se desmoronase? En octubre de 1918, lo hizo. Mientras el imperio

daba sus últimos estertores, los representantes de antes de la guerra de los territorios alemanes de Austria-Hungría se reunieron en Viena y declararon que constituían una Asamblea Nacional Provisional para Alemania-Austria: los germanoaustríacos querían la unificación con Alemania y no veían ninguna razón para esperar. Poco después de eso aprobaron un proyecto de constitución que declaraba categóricamente que «Alemania-Austria es una parte integrante de la República alemana». Por consiguiente, fue la derrota de las Potencias Centrales, y no su victoria, lo que hizo que la Gran Alemania quedase más cerca.**[3]**

Los socialdemócratas austríacos querían unirse a la Alemania republicana porque lo veían como un medio seguro para deshacerse para siempre de la monarquía de los Habsburgo. Sólo unos meses antes todavía habían estado pensando en la posibilidad de convertir el imperio en «un estado de nacionalidades», una especie de alternativa a los estados-nación wilsonianos, como «un experimento para el futuro orden nacional de la humanidad». Pero ese momento había pasado, y la derrota había reducido las opciones. Les entusiasmaba el hecho de que el Kaiser hubiera sido obligado a abandonar su trono y creían que el *Anschluss* les permitiría crear esa gran república alemana que sus abuelos habían vislumbrado en 1848. Poca gente imaginaba que una diminuta Austria independiente pudiera prosperar; pasar a formar parte de Alemania no sólo garantizaría la prosperidad, sino que también demostraría que, como dijo el nuevo canciller Karl Renner, «somos una comunidad que comparte un destino común». Para su compañero socialista Otto Bauer, la fusión de Austria y Alemania ayudaría a crear «la Alemania del mañana… una Alemania democrática».**[4]**En el telegrama que envió a Berlín después de la proclamación de la nueva constitución, observó que el país había «expresado su deseo de unirse de nuevo con las otras naciones germánicas de las que había sido separado hace cincuenta y dos años». De esta manera, sugería él, las heridas históricas creadas por la derrota del imperio en 1866 por parte de Prusia podrían cerrarse finalmente. El *Anschluss* no era exclusivamente un lema de la izquierda: en la derecha también había habido durante la guerra llamamientos al establecimiento de «un nuevo orden de todas las relaciones políticas, nacionales y económico-sociales» con Alemania. Pero la izquierda era la verdadera fuerza motriz. En las elecciones para la nueva asamblea austríaca celebradas en febrero de 1919, la derecha solamente obtuvo el 18 por 100 de los votos, en comparación con el 41 por 100 que obtuvieron los socialdemócratas. Sin embargo, no todos los austríacos dieron la bienvenida a la unificación, y también hubo una gran

cantidad de votos, más de la tercera parte, para los socialcristianos católicos, muchos de los cuales temían la dominación prusiana y el debilitamiento de la influencia de la Iglesia.[5]

En París había un impedimento mucho mayor para la unificación alemana que el catolicismo austríaco. Al fin y al cabo, las potencias de la Entente no habían luchado tanto durante cuatro años simplemente para ser responsables de la expansión de Alemania. Aunque Weimar aceptó formalmente la resolución del *Anschluss*, a los diplomáticos alemanes les inquietaba la probable reacción que ésta generaría en el extranjero. Y con razón: cuando se acordó el Tratado de Versalles en junio de 1919, en él se insistía en la creación de una Austria independiente. Menos de dos meses después, los vencedores también dieron el sur del Tirol a Italia, y partes de Estiria y Carintia al nuevo reino de los serbios, los croatas y los eslovenos, mientras que los alemanes de Bohemia se vieron incluidos en el nuevo estado de Checoslovaquia. Por si esto no era lo bastante negativo, se bloqueaba explícitamente cualquier otro intento de unificación: «La independencia de Austria es inmutable a menos que el Consejo de la Sociedad de Naciones dé su consentimiento». En vano señalaron los líderes de Austria la obvia contradicción con el principio de autodeterminación que constituía la base del nuevo orden wilsoniano en Europa. En Viena la Asamblea Nacional aceptó el Tratado bajo protesta, y el nombre del estado, «Austria Alemana», fue modificado en octubre de 1919 convirtiéndose en la «República de Austria». Con el tiempo, aumentó el apoyo a la independencia. Pero el *Anschluss* siguió siendo un grito de reunión para los políticos austríacos durante toda la década de 1920, y la cólera popular contra Versalles fue fermentando a medida que lo que una vez había sido el centro de un inmenso imperio se veía obligado a hacer frente a las empobrecedoras consecuencias del hundimiento imperial: «Hambre o *Anschluss*!», decía un lema de los nacionaldemócratas austríacos. En privado, incluso inteligentes políticos católicos como Ignaz Seipel, canciller de la República, estaban en general a favor de él. «Austria, en su forma actual, nunca ha tenido una existencia independiente», escribió Seipel a un corresponsal en 1928. «En concordancia con toda su historia y su estilo de vida, los austríacos son gente de gran estado.»[6] No obstante, mientras siguiera vigente el acuerdo de Versalles, el *Anschluss* no dejaría de ser una imposibilidad diplomática y militar.

Las minorías en la Liga

Por lo menos en Austria, los alemanes étnicos eran mayoría. En otros lugares de Europa la creación de nuevos estados los había dejado como minorías, que en muchos casos eran considerables. Había 1,2 millones de alemanes en Polonia al final de la guerra, 3,5 millones en Checoslovaquia, 550 000 en Hungría, 250 000 en Italia, 800 000 en Rumanía, 700 000 en Yugoslavia y 220 000 en los estados bálticos. Versalles había convertido a los alemanes en la población minoritaria más grande de Europa y en 1930 ya se calculaba que entre 8 y 9 millones de los 36 millones de miembros de minorías nacionales que había en Europa oriental eran alemanes.[7]

Sería injusto acusar a los vencedores de la guerra de ignorar su difícil situación. Al contrario, ellos hicieron que Polonia y otros estados europeos les garantizaran derechos colectivos. La propia Sociedad de Naciones controló que éstos se respetaran y se identificó, por consiguiente, con el trato adecuado a los alemanes, los judíos y otras minorías en la Nueva Europa; estaba concebida para velar por la paz de ésta. Esto suponía una muy ambiciosa innovación en el derecho internacional, que tenía escasos precedentes en el siglo XIX. Anteriormente, las Potencias habían dicho a los estados recién independientes que debían garantizar la libertad de conciencia y evitar la discriminación religiosa, disposiciones que se habían aplicado a Bélgica, Grecia, Serbia y otros antes de 1914. Pero las nuevas disposiciones destacaban la conducta de los estados en los ámbitos de la educación, la cultura, la economía y la administración. El problema, y el tiempo demostraría que lo había, no estaba en la idea de garantizar derechos colectivos, que era buena en muchos aspectos, sino en su aplicación.

En algunos países, los alemanes, y en general las minorías, tenían pocos motivos para quejarse. Estonia y Letonia, en particular, los trataron bien. Teniendo en cuenta las políticas anexionistas del ejército alemán en la región durante la guerra, la actitud chauvinista de algunos de los barones alemanes de la zona y el carácter destructivo de los Cuerpos Libres, en retrospectiva resulta poco menos que asombroso hasta qué punto estos nuevos estados estaban dispuestos a acomodar a sus diversas poblaciones. La constitución estonia garantizaba su derecho a la autonomía cultural y en 1925 aprobó una ley por la que cada perona podía elegir identificarse con una nacionalidad determinada. Esto quedó como un modelo de cómo podría haber funcionado el nuevo régimen de la Sociedad de Naciones en otros lugares si hubiera habido una mejor voluntad. Los diputados podían dirigirse al parlamento en alemán, ruso, yiddish o sueco, si preferían hacerlo así, y aunque muchos terratenientes alemanes quedaron arruinados por la expropiación de sus

fincas, la mayoría de los alemanes de Estonia vivían más modestamente en las ciudades y no se vieron afectados.[8]

Detrás de la ley de 1925 en Estonia estaban los «otros» alemanes, aquellos que creían en las ideas sobre la protección de las minorías y la autonomía cultural y querían lograr que funcionasen. Ewald Ammende había crecido durante la primera guerra mundial y había sido testigo del fracaso de los intentos que había llevado a cabo Alemania durante la guerra con el fin de crear grupos de presión formados por nacionalidades antirrusas desafectas. A comienzos de la década de 1920, publicó numerosos artículos sobre los retos de adaptación, política, económica y mental, a los que se enfrentaban los alemanes en Europa central y oriental, y también estuvo detrás de la Unión de Grupos Nacionales Alemanes en Europa. El Congreso de Nacionalidades Europeas que contribuyó a fundar tres años después fue el principal grupo aglutinador de las minorías de Europa. Éste unió a los judíos, a los ucranianos, a los alemanes y a otros con el fin de fortalecer el compromiso de la Liga con los derechos de las minorías. Pero su base y su principal financiación eran alemanas, y es necesario que comprendamos su ascensión, y su caída, dentro del contexto del enfoque que adoptó Weimar sobre toda la turbulenta cuestión de los alemanes en el extranjero.[9]

En la propia Alemania había quedado claro que la resistencia armada al acuerdo de Versalles era inútil. Los paramilitares derechistas habían sido capaces, en algunos casos, de apoderarse de pequeñas ciudades; no obstante, sin apoyo político no podían convertir esto en un control duradero. Ya en otoño de 1919, los diputados del parlamento habían afirmado que, fueran cuales fueran las virtudes del acuerdo fronterizo con Polonia, era necesario, por el bien de la minoría alemana que vivía allí en ese momento, establecer buenas relaciones con el Gobierno polaco. Contemplaban con un realismo similar la situación en Checoslovaquia, donde, en los últimos días de la propia guerra, el Kaiser y Ludendorff habían fantaseado con anexionarse partes de la Bohemia de los Habsburgo. Una vez firmado el Tratado de Versalles, los diplomáticos alemanes dijeron a los alemanes de los Sudetes (que abandonaron ahora su antigua identidad, como súbditos de los Habsburgo, de «alemanes de Bohemia») que debían cooperar con las autoridades checas. La consigna seguía siendo mantener unas «relaciones correctas», a pesar de los disturbios antialemanes (y antisemitas) de 1919. Entre los checos y la nueva Austria pronto se establecieron unas relaciones sólidas, allanadas por un amplio comercio mutuo, sin interferencias de Berlín.[10]

Pero los tratados sobre los Derechos de las Minorías no podían normalizar por sí solos las relaciones entre los alemanes y sus vecinos. Había demasiada historia previa involucrada (las antiguas discusiones sobre el idioma en la Bohemia de los Habsburgo, y sobre la tierra en la Polonia prusiana) y a los alemanes de estos nuevos estados no les resultaba fácil aceptar el hecho de no ser ya la clase dominante. En Checoslovaquia, donde, como había advertido de forma profética la conferencia de paz de París, el problema de los alemanes era «bastante diferente al de la mera protección de otras minorías», una nueva ley escolar obligó al cierre de algunas aulas alemanas de pueblos, mientras que la universidad germanohablante de Praga languideció.

El debate profundamente enconado que no había hecho otra cosa que destrozar la monarquía de los Habsburgo quedó resuelto por una ley por la que el checo pasaba a ser el idioma oficial del nuevo país. Los funcionarios alemanes tenían dos años para aprenderlo o perderían sus trabajos, y después de 1926, cuando la ley entró plenamente en vigor, miles de antiguos funcionarios de los Habsburgo fueron despedidos de sus trabajos. En muchos lugares sólo se entregaban las cartas que tuvieran las direcciones en checo; desde Praga sólo podían enviarse telegramas en checo; al conversar con un operador de teléfono sólo se podía usar el checo. Las calles fueron rebautizadas con los nombres de los héroes checos y los administradores locales que tenían gusto por la confrontación reclamaban «el dominio absoluto» sobre los lugareños alemanes. Los funcionarios del censo decidían si se inscribía a las personas como checas o alemanas, ignorando los sentimientos de las personas implicadas con el fin de inflar las cifras checas. Y, al igual que en otros países, se realizó una reforma agraria cuyo objetivo fueron los granjeros alemanes, la cual subvencionó el asentamiento en «regiones predominantemente germanizadas» de colonos checos como «portadores y promotores de las ideas de la nación y el estado». Por otro lado, en la historia checa no sólo hubo represión. Hubo una importante representación alemana en el nuevo parlamento, y con el tiempo alemanes y checos empezaron a cooperar en negocios, sindicatos y política, unidos por un anticomunismo común y por la solidez de la economía checoslovaca.[11]

En Polonia, la atmósfera y las políticas fueron considerablemente más duras. El recién independiente estado polaco había obtenido el 90 por 100 de la antigua provincia prusiana de Posen, y el 66 por 100 de Prusia Oriental, que tenía una población germanohablante combinada de más de un millón; el puerto alemán de Danzig se convirtió en una Ciudad Libre con un comisionado de la Sociedad de Naciones. En medio de feroces choques entre

soldados alemanes, que blasonaban sus camiones con esvásticas y calaveras, y sus equivalentes polacos armados, esta transferencia de poder tuvo lugar en medio de una lucha que fue más feroz en Bohemia que en ningún otro lugar. El Gobierno de Weimar intentó poner freno a los paramilitares. Pero cuando los polacos cuestionaron las pretensiones alemanas sobre la Alta Silesia, Weimar recurrió a ellos en busca de ayuda. Voluntarios nacionalistas, dirigidos por el futuro embajador de Hitler en Eslovaquia y Rumanía durante la guerra, Manfred von Killinger, y seleccionados basándose en su raza y en su odio a los judíos, los comunistas y los eslavos, rechazaron a los polacos. Después de esto, el Gobierno subvencionó en secreto a la fuerza de Killinger para que adiestrara a una fuerza clandestina para su uso eventual contra Polonia, y sólo se puso fin a este apoyo después de que algunos de ellos cometieran una matanza indiscriminada, asesinando al diputado católico Matthias Erzberger y al ministro de Asuntos Exteriores judío de Weimar, Walter von Rathenau.[12]

En la propia Polonia se veía a los alemanes como ciudadanos de segunda clase y traidores. Durante la guerra ruso-polaca de 1919-1921, hubo informaciones según las cuales los alemanes habían recibido a los rusos como libertadores, y los polacos obligaron a muchos alemanes a escoger inmediatamente entre la ciudadanía polaca y la alemana. En realidad no había mucha elección, ya que aquellos que optaban por la primera se enfrentaban el alistamiento inmediato en el ejército. Tras la retirada del Ejército Rojo, se produjo una huida de refugiados alemanes de Polonia tan masiva que el gobernador de Prusia Oriental llegó a prononer incluso un intercambio de poblaciones.[13]

Pero la principal arma polaca contra los alemanes fue la reforma agraria. Mientras que en el caso checo las confiscaciones fundamentalmente socavaron el poder de la vieja aristocracia austríaca, los polacos también confiscaron tierras a los agricultores que tenían propiedades más modestas con el fin de revocar los efectos de la germanización prusiana de antes de la guerra. De todas las tierras que eran susceptibles de ser afectadas por la reforma agraria, ésta afectó al 68 por 100 de la que poseían los alemanes, pero sólo al 11 por 100 de la que poseían los polacos; su papel como instrumento de nacionalización no podía estar más claro. «La tierra polaca para los polacos» era una consigna habitual, y Sikorski habló en 1923 de «desgermanizar» las provincias occidentales. Aquellos alemanes a quienes la Comisión Prusiana para la Colonización había ayudado a establecerse antes de la guerra fueron los primeros objetivos.[14]

No es de extrañar que una fiebre migratoria se extendiera por toda la población alemana. Miles de ellos huyeron hacia el oeste, temiendo verse en el lado equivocado de la frontera con Polonia. Según algunos cálculos aproximados, cerca de 575 000 alemanes abandonaron Polonia entre 1918 y 1926, entre ellos más de la mitad de la población alemana de las partes cedidas de Poznania y Prusia Occidental. Este enorme porcentaje hacía que pareciera pequeño el de menos del 10 por 100 de los alemanes que huyeron de las tierras checas, y era más incluso que los 200 000 alemanes que los franceses expulsaron de Alsacia y Lorena. Es evidente que tuvo lugar un éxodo desde las zonas fronterizas polacas occidentales que en su magnitud no tuvo parangón ni en Checoslovaquia ni en ningún otro lugar en esta época. En este momento, ciudades que anteriormente habían sido alemanas se vieron reducidas y se convirtieron en polacas.

No obstante, tanto los polacos como los alemanes comprendían que era necesario impedir que las cosas se les fueran de las manos; cada uno de ellos tenía una importante minoría de la que preocuparse en el otro país. Y aunque las relaciones entre ellos nunca dejaron de ser tirantes durante el período de la República de Weimar, al menos fueron razonables en todo momento. El Ministerio de Exteriores alemán no tenía más interés que sus críticos nacionalistas en aceptar la frontera de Versalles con Polonia como definitiva, pero veía la minoría como una palanca para impulsar una futura política revisionista; si allí no se quedaba ningún alemán, tendría una posición mucho más débil cuando reclamara territorios polacos. Por consiguiente, la política alemana consistió en convencer a los miembros de la minoría para que se quedasen donde estaban. De hecho, a mediados de la década de 1920 la Alemania de Weimar fue más allá: intentó internacionalizar la difícil situación de las minorías uniéndose a la Sociedad de Naciones y posicionándose como *la* «Protectora de las Minorías» para el continente.

Esta política se identificó principalmente con la figura que dominó la diplomacia alemana antes de Hitler, Gustav Stresemann, y representó un cambio considerable en su propio pensamiento. Stresemann, un nacionalista conservador que se había mostrado favorable a apoderarse de franjas de Bélgica y Francia, así como de Europa oriental, durante la guerra, había sido uno de los primeros políticos alemanes que dieron la bienvenida a la unión con la «Austria alemana». Sin embargo, el poder sacó a relucir su faceta pragmática, y a mediados de la década de 1920 Stresemann fue el artífice de la entrada de Alemania en la Sociedad de Naciones. En opinión de Stresemann era necesario participar en ella para potenciar los intereses

alemanes en Europa oriental, y en particular para hacer respetar los tratados sobre los derechos de las minorías, y usó este argumento con frecuencia para rebatir las críticas que los nacionalistas hacían a sus políticas favorables a la Sociedad de Naciones. Mientras Alemania financiaba el Congreso de Nacionalidades Europeas, el propio Stresemann organizaba un esfuerzo colectivo para mejorar el sistema global de protección legal, e incluso propuso que Alemania preparara una nueva política para sus propias minorías. Todo esto formaba parte de un programa a largo plazo de un carácter revisionista, en términos generales, que él definió en privado como «la creación de un estado cuyas fronteras políticas abarquen a todos los pueblos alemanes que viven dentro del área contigua al asentamiento alemán en Europa central y que deseen estar conectados con el Reich». Esto no era, en esencia, lo que los nazis estaban reclamando. La diferencia más obvia, y ésta no era pequeña, era que para Stresemann el camino pasaba por la Sociedad de Naciones. Y mientras que Hitler planeaba expulsar a las minorías, Stresemann preveía que Alemania adquiriría más; de ahí la importancia de convertirse en un estado ejemplar en el trato que dispensaba a aquellas que ya poseía. No obstante, consideraba, como Hitler, que las fronteras y las minorías eran cuestiones relacionadas entre sí. En junio de ese año, ordenó secretamente a los líderes de las misiones alemanas en el extranjero que «lanzaran propaganda favorable a una revisión de las fronteras orientales a gran escala». **[15]**

Stresemann creía que la Sociedad de Naciones podría reformarse para convertirla en una defensora más eficaz de los intereses alemanes, y se jugó gran parte de su capital político en intentar lograr hacer esto realidad. Que era necesaria la reforma del régimen de los derechos de las minorías era lo único en lo que casi todos podían estar de acuerdo. Libres de las obligaciones que constreñían a los estados de Europa oriental, los gobiernos franceses de posguerra, por ejemplo, habían llevado a cabo un ataque abiertamente racista a los derechos civiles de los germanohablantes de Alsacia y Lorena, deportando a la larga a 200 000 de ellos con impunidad. A los lituanos, y después a los polacos, no les había gustado que se les señalara a ellos en particular, y propusieron que se obligara a *todos* los miembros de la Liga a tratar adecuadamente a las minorías. Los húngaros querían que las minorías pudieran exponer sus quejas ante el Consejo de la Sociedad de Naciones. Pero lo que llamó más la atención fue la propuesta de Stresemann para la creación de una comisión permanente para las minorías, siguiendo el modelo de la comisión para los mandatos que ya estaba en funcionamiento. Briand, el ministro francés de Asuntos Exteriores, ya había advertido de que ampliar la

reclamación de «derechos» podría llevar a Europa a la guerra cuando en la reunión de diciembre de 1928 del Consejo de la Sociedad de Naciones estalló una disputa entre Stresemann y su homólogo polaco, el ministro de Asuntos Exteriores August Zaleski. Después de que Zaleski criticara a la minoría de la Deutscher Volksbund por sus incesantes quejas, y acusara a su líder de traición, Stresemann lo interrumpió hecho una furia, dio un puñetazo con ambas manos sobre la mesa y anunció una campaña alemana para ampliar el régimen de los derechos de las minorías. En medio de una atmósfera de tensión gravemente elevada, esta propuesta no fue a ninguna parte. Entretanto, la situación sobre el terreno iba de mal en peor. En los meses anteriores a la temprana muerte de Stresemann, unos artistas polacos que estaban visitando la Silesia alemana fueron atacados por un grupo de jóvenes nazis, el líder del Volksbund, el doctor Ulitz, fue juzgado en Polonia, y el Consejo de la Sociedad de Naciones votaba en contra de las propuestas alemanas. Pescando en río revuelto, el periódico soviético *Izvestia* describió con regocijo a la Europa sometida a la Sociedad de Naciones como «una cárcel para los pueblos minoritarios».

Los muy considerables logros que obtuvo finalmente Stresemann (el acuerdo con Francia para evacuar Renania cinco años antes; la revisión del Plan Young de indemnizaciones) eclipsaron los muy escasos frutos que obtuvo su política para el Este. Su prematura muerte, el comienzo de la depresión y el asombroso ascenso del Partido Nazi en las elecciones de septiembre de 1930 marcaron el fin de una era. En los años posteriores, Alemania pareció perder toda confianza en la capacidad de la Sociedad de Naciones para proteger los derechos de los alemanes en el extranjero. Pero lo que se produjo a continuación fue algo más que un rechazo a las fronteras de Versalles y que la búsqueda del revisionismo territorial por otros medios: fue un rechazo absoluto a todo el sistema de derechos de las minorías y de protección legal internacional que la Sociedad de Naciones había creado. Ése era el antiguo orden que sería arrasado por el Nuevo Orden nazi.[16]

Hacia la Gran Alemania

En la propia Alemania, las críticas nacionalistas a las políticas de Stresemann ya habían sido desenfrenadas mucho antes de que su muerte pusiera fin al breve período del Weimar como «protectora de las minorías». Organizaciones de refugiados y grupos nacionalistas habían llevado a cabo una larga campaña contra la Sociedad de Naciones, mientras que las fraternidades paramilitares

como el Heimatbund Ostpreussen y la Deutscher Wehrverein conservaban las redes de veteranos que habían luchado en 1918-1919. En Silesia y Prusia Oriental había excursiones en tren y en autobús a la «frontera sangrante», para lamentarse por los territorios perdidos y por los hermanos irredentos que todavía vivían allí; a comienzos de la década de 1930, eran las propias autoridades locales las que organizaban estas visitas. Algunas celebraban desfiles militares y encendían hogueras en la frontera, y unas cuantas iban más lejos y se preparaban para la confrontación armada.**[17]**

La preocupación sobre la difícil situación de los «alemanes en el extranjero» no estaba restringida a las agrupaciones paramilitares extremistas o a los teóricos raciales de corte nazi. Los polacos habían tenido un éxito espectacular a la hora de «desgermanizar» dominios que anteriormente habían sido prusianos. Asentaron a decenas de miles cerca de Gdansk y construyeron un puerto rival en las proximidades. Y la marcha de muchos alemanes provocó cambios radicales en el equilibrio de la población. En Pozna´n/Posen los alemanes sólo constituían el 2 por 100 de la población en 1930, en comparación con el 42 por 100 en 1910; en Bydgoszcz/Bromberg la cifra cayó del 77 por 100 al 8,5 por 100. En Weimar había una preocupación generalizada por los refugiados alemanes y un gran apoyo a las instituciones culturales y las organizaciones de asistencia social que tenían el objetivo de fortalecer al «Pueblo Alemán». La venerable Verein für das Deutschtum im Ausland (VDA), que desembolsaba fondos estatales y privados para los colegios de las minorías alemanas y otros organismos, tenía más de dos millones de miembros. La VDA era una organización convencional, pero también describía a los gobiernos extranjeros con hostilidad, como si libraran una incesante guerra de exterminio cultural contra los alemanes cercados en el extranjero. En los nuevos institutos de investigación para el estudio del *Volksdeutsch*, prosperaban visiones más extremas.**[18]**

Por consiguiente, después de 1918 hubo un interés renovado en la misión del país «en el Este», a lo que contribuyó la difusión de la «geopolítica» como aproximación a la geografía política y también la popularidad de las teorías sobre el *Lebensraum*. El logro de Bismarck, que anteriormente se había visto como algo heroico, pasó a estar en el centro de todas las miradas: en Weimar se le criticó cada vez más por haberse contentado con una Pequeña Alemania, por su excesiva amistad con Rusia y por haber abandonado el *Drang nach Osten*. El imperio Hohenzollern de Bismarck, según la izquierda republicana, había sido un vehículo para conservar el poder de la autocracia prusiana. Una Gran Alemania, por otro lado, retomaría el legado democrático de las

revoluciones de 1848 y demostraría las posibilidades de una «verdadera *Grossdeutschland* que esté construida sobre cimientos democráticos». Los nacionalistas raciales, por su parte, veían la unión de Alemania y Austria como la síntesis de «un nuevo Hombre Alemán», más próximo a la tierra, y como una armonización de las tradiciones diversas del norte y el sur. El Partido del Centro Católico pensaba que la adición de Austria podría servir de contrapeso a la supremacía del norte protestante. En todo el espectro político de Weimar, políticos e intelectuales preconizaban la necesidad de la expansión nacional, la atención a los alemanes que vivían en el extranjero y la necesidad de una nueva «comunidad del pueblo» (*Volksgemeinschaft*). Los libros de texto enseñaban una interpretación de la importancia de Austria en particular, y de los alemanes étnicos en general. Grupos de presión financiaban charlas sobre la «Alegre Viena» y apoyaban económicamente los conciertos de la Filarmónica de Viena.

En esta atmósfera de humillación e indignación nacional, culquier cosa, incluso la música, podía invocarse para demostrar lo acertado del argumento a favor de la Gran Alemania. Comparando a Bach y Händel, cuya intensidad captaba «la melancolía de los brezales y los páramos, las grisáceas nubes» del paisaje del norte de Alemania, con el más suave «lirismo de los Bosques de Viena» de Mozart y Haydn, el musicólogo Robert Lach llegaba a esta conclusión:

> Estos dos grupos están separados, y no obstante cada uno de ellos forma parte del otro por el espíritu alemán que hay en ellos. ¿No forman parte de un todo Bach, Händel y Schubert, Haydn y Mozart, del mismo modo que Alemania y Austria? ¿No están unificados en el espíritu alemán viviente que comparten, del mismo modo que Beethoven unió la música alemana y la austríaca? Y, ¿no es Beethoven un símbolo de esta unificación del alma alemana y la austríaca, un símbolo que permanecerá a lo largo del tiempo?**[19]**

De repente, el pasado parecía muy distinto. El historiador austríaco Heinrich Ritter von Srbik, en un intento de tender un puente con el que se pudiera salvar la divisoria que había entre las perspectivas de la Pequeña y la Gran Alemania, abogaba por un nuevo enfoque que denominó *Gesamtdeutsch*, es decir, la historia no de la Alemania histórica que había existido como Sacro Imperio Romano, ni de la Alemania política contenida dentro de las fronteras de 1871, sino más bien de todo el mundo habitado por alemanes étnicos, un mundo que nunca había existido como una unidad política, pero que podría hacerlo en el futuro. «El cometido de la historia alemana», escribió en su épica obra *Unidad alemana* (*Deutsche Einheit*), «es ayudar a construir una nueva casa alemana.» Aún en 1942, Von Srbik seguía

escribiendo líricamente sobre cómo «Alemania ha llevado [ahora] su milenaria misión y su papel de liderazgo hasta las mismas fronteras del Mundo Occidental… No como imperialismo, y no basándose en un ideal humanitario, sino sobre el fundamento, más bien, de una nueva idea, la del *Volkstum,* que reconoce las personalidades de las naciones y vincula orgánicamente a las naciones pequeñas al liderazgo del gran Volk». Hasta 1944, no fue capaz de comprender que el Nuevo Orden de Hitler no iba a recrear un idealizado Sacro Imperio Romano.**[20]**

Al igual que Von Srbik, muchos académicos nacionalistas procedían de la periferia del mundo alemán: de Austria, o de los estados bálticos, o de las zonas fronterizas prusianas. Incluso a quienes no eran nazis les resultaba fácil ver el nacionalsocialismo, o más exactamente al propio Hitler, como el vehículo para el renacimiento nacional que anhelaban. Esta actitud fue pronunciada hasta en el caso del historiador judío de la Edad Media Ernst Kantorowicz que, aunque era un nacionalista conservador, desde luego no era ningún nazi.**[21]** Escribiendo en 1941, un observador del panorama intelectual alemán señaló que:

> Los historiadores alemanes, salvo una minoría republicana, no necesitaban demasiada «coordinación». La Alemania del futuro que la mayoría de los historiadores habían previsto y por la que habían trabajado se aproximaba en muchos aspectos fundamentales al estado nazi de hoy. La necesidad de poder, la primacía de la política exterior sobre los asuntos interiores, el rechazo a las ideologías y a las instituciones «extranjeras», el hincapié en la cultura alemana, la subordinación del individuo al estado, la entrega del Reich a su misión en el Este, la inclusión de todos los alemanes en el imperio, la necesidad que tenía Alemania de un Führer con amplios poderes no son sino los rasgos más importantes.**[22]**

Naturalmente, como es típico de los intelectuales, la mayoría de estos estudiosos se desilusionaron cuando los nazis no pusieron en práctica sus ideas, pero no antes de que los nazis hubieran demostrado hasta qué punto estaban en deuda con ellos. Cuando, en febrero de 1939, Hitler inauguró el nuevo acorazado *Bismarck*, y se deshizo en elogios sobre su ilustre predecesor, cuyos logros sólo habían estado limitados por su necesidad de compartir el poder con los Hohenzollern, no estaba discrepando demasiado de la opinión histórica común en la Alemania nazi. Un año después el Führer soltó una larga perorata a Goebbels en el mismo sentido: «Bismarck no pudo conseguir más. Las dinastías le obstaculizaban». Alabando a los demócratas de 1848, alardeó de que Alemania también asumiría la responsabilidad del liderazgo de Europa que había ostentado el Sacro Imperio Romano: «Gracias a nuestra brillantez organizativa y a nuestra selectividad racial, la dominación mundial nos corresponderá automáticamente a nosotros». Bismarck, los

liberales de 1848, los emperadores católicos, los nazis aprovecharon todos estos diversos elementos para su visión de la «Alemania total».[23]

No puede haber la menor duda sobre la importancia que tenía la idea de la Gran Alemania para el movimiento nazi y personalmente para Hitler. El propio Hitler describía el nacionalsocialismo como «hijo de la Liga Pangermana».**">[24]**Tampoco habrían podido ser más categóricos los artículos iniciales del programa fundacional del Partido. Prohibiendo la ciudadanía a los judíos y a otros de sangre no alemana, exigían la creación de una Gran Alemania sobre la base del derecho a la autodeterminación nacional, la revocación de los tratados de paz y colonias para asentar a «la población excedente» de Alemania. Una lectura superficial del *Mein Kampf* disipa cualquier duda que pueda existir sobre el compromiso del propio Hitler con estas ideas. Hitler y sus partidarios veían el arreglo posterior a Versalles en Europa oriental no solamente como una humillación nacional, sino como una amenaza biológica a la supervivencia del pueblo alemán en su totalidad. Desde esta perspectiva, la única política exterior posible era, en última instancia, la de la expansión territorial, y la principal justificación para la toma del poder y el control de la política doméstica era preparar al país para las prolongadas guerras con las que se obtendrían tierras.

Resulta sorprendente, por decirlo con suavidad, que la ingente bibliografía erudita de los últimos treinta años que analiza las bases del apoyo electoral a los nazis en Weimar no haya hablado demasiado sobre este tipo de cuestiones; los historiadores, concentrándose casi exclusivamente en los factores nacionales internos, han intentado determinar el perfil sociológico del «típico» votante nazi (para únicamente llegar a la conclusión de que tal figura probablemente no existiera). De hecho, la necesidad de expansión, un tema que Hitler desarrolló cada vez más, era muy popular. Bloqueada «la cruzada de las minorías» de Stresemann en la Liga, y angustiado su sucesor Brüning por su fracaso en su intento de hacer que se aprobase una unión aduanera austro-alemana, Hitler repitió una y otra vez en sus discursos la idea de una «colonización oriental» moderna para resolver la «falta de espacio» en el Weimar posterior a Versalles. El crack de Wall Street y el aumento del desempleo, sostenía él, sólo confirmaban la necesidad de contar con más tierras como alternativa a la reducción del acceso de Alemania a los mercados mundiales.[25]

Hitler tenía un lado pragmático y paciente, y, una vez en el poder, aparte de retirarse casi inmediatamente de la Sociedad de Naciones, su objetivo en los primeros años fue presentar una imagen moderada al mundo, mientras se

recuperaba la economía y se conseguía poner en marcha el rearme. Era fundamental afianzar las fronteras occidentales de Alemania frente a los franceses. Oficialmente, las relaciones entre Alemania y sus vecinos orientales siguieron siendo correctas. Pero el Tercer Reich centralizó el control de los numerosos grupos que se ocupaban de las cuestiones relacionadas con las minorías alemanas, y el partido creó una nueva oficina, el Volksdeutsche Mittelstelle (Oficina de Enlace para los Alemanes Étnicos), para coordinar las actividades relacionadas con los asuntos que tuvieran que ver con los alemanes étnicos. Pocos años después este nuevo organismo ya había tomado el control de la antigua VDA y ya estaba siendo dirigido por las SS de Heinrich Himmler. El Partido-estado de la Alemania nazi, que ya no estaba interesado en actuar como «el protector de las minorías de Europa», trató de ejercer un control más férreo sobre la dirección de los grupos de presión y de asistencia social de los alemanes étnicos, que a menudo eran obstinadamente independientes.[26]

La preocupación por los alemanes del extranjero reforzó la idea de las relaciones internacionales como una lucha racial. En el centro para la propaganda y la actividad irredentista contra Polonia, la Bund Deutscher Osten, Theodor Oberländer, un joven conferenciante sobre «cuestiones del Este» procedente de Prusia Oriental (que posteriormente sería ministro en el Gobierno de posguerra de Adenauer) adoptó un tono marcial. «La lucha por la etnicidad», escribió en 1936,

> no es sino la continuación de la guerra por otros medios al amparo de la paz. No una lucha con gases, granadas y ametralladoras, sino una lucha que gira en torno a los hogares, las granjas, las escuelas y las almas de los niños, una lucha cuyo fin, a diferencia de la guerra, no se prevee mientras el principio demente del nacionalismo de estado siga dominando la región oriental, una lucha que continúa durante generaciones con un objetivo: ¡el exterminio!

Un año después, Oberländer fue apartado de sus cargos por ser demasiado *suave* sobre la cuestión polaca.[27]

Esta idea de la política exterior como «la continuación de la guerra por otros medios al amparo de la paz» también afectó a cómo el Tercer Reich concibió el derecho internacional. Después de 1933, los teóricos legales nazis afirmaron la primacía del interés particular de cada estado, y, cada vez más, de la raza. Deseaban un nuevo tipo de ley según la cual una comunidad alemana orgánica pudiera crear sus propias normas legales. El ideal, como explicó uno de ellos, era un estado nacional que estuviera «racialmente saciado», pues sólo un estado de este tipo gozaría de relaciones pacíficas con los demás estados en el sistema internacional. Pero lo que se derivaba de esto

no era del todo tranquilizador: los tratados y otros acuerdos se consideraban vinculantes siempre y cuando no pusieran en riesgo la salud racial de un pueblo; algunas comunidades raciales eran más fuertes que otras y podían ejercer «naturalmente» una influencia hegemónica sobre ellos; por tanto, la guerra, y no la ley, era el árbitro supremo del orden internacional. Los abogados nazis desconfiaban profundamente de la idea de un derecho internacional universal que estuviera basado en la igualdad formal de los estados soberanos.[28]

Los nazis, deseosos de reclamar la lealtad de los alemanes que vivían en el extranjero, racializaron la idea de ciudadanía tanto fuera del Reich como dentro de él. «Los conceptos "ciudadano" y "compañero racial" no coinciden», escribió un asesor del Ministerio del Interior en 1936. «La raza, o su miembro individual, el compañero racial, debe ir en primer lugar.» En otras palabras, la afinidad entre los alemanes, dondequiera que éstos estuvieran, tenía primacía sobre «la concepción oficial de la ciudadanía». La «lealtad ilimitada e inalterable hacia la propia raza», que otro profesor de derecho consideraba el principio rector de la ley nacionalsocialista, supuestamente tenía más peso que cualquier lealtad que pudiera esperarse que los alemanes étnicos sintieran hacia Checoslovaquia, Hungría, o cualquier otro estado cuyo pasaporte diera la casualidad que tuvieran. Si, de acuerdo con esa forma de pensar, el Tercer Reich y, de hecho, el propio Führer no eran más que la voz del *Volk* alemán como un todo, entonces también era verdad que el Tercer Reich, y el Führer, tenían derecho a hablar en nombre del *Volk* y a esperar que los alemanes étnicos de todas partes cumplieran sus órdenes.[29]

De este modo se dio la vuelta por completo a la diplomacia de las minorías alemanas. Tras abandonar Ginebra en 1933, Berlín negoció directamente con sus homólogos de las capitales de Europa oriental. Los británicos y los franceses fueron marginados, y las organizaciones de alemanos étnicos se convirtieron en portavoces de la línea nacionalsocialista. El Gobierno polaco actuó en beneficio de los alemanes al rechazar las obligaciones que tenía con la Sociedad de Naciones. Años más tarde reconoció la cuestión de las minorías como un asunto bilateral, aceptando al Reich como defensor de la minoría alemana. Desde luego, esto no ayudó mucho a los alemanes de Polonia; al contrario, aumentaron los desalojos y las confiscaciones, subieron los índices de desempleo, y cada vez hubo más alemanes étnicos que se declararon polacos. Lo que sí puso de manifiesto fue cómo el orden diplomático instaurado en París en 1919 estaba siendo

sustituido en Europa oriental y central por uno acuñado en Berlín. Dentro de Polonia, mientras las antiguas élites o emigraban o eran apartadas, la comunidad alemana seguía siendo políticamente débil. En el futuro, su destino estaría determinado por la política alemana y por la fuerza alemana. **[30]**

El «Anschluss»

Para Hitler, como era de esperar, el primer paso en el programa de expansión, después del plebiscito del Sarre y la remilitarización de Renania, había que darlo hacia Austria. El *Mein Kampf* comienza exigiendo la devolución de «la Austria alemana a la gran patria alemana», y Hitler no pudo ser más claro a la hora de escribir sobre la importancia de su patria como trampolín para la expansión nacional:

> La Austria alemana debe volver a formar parte de la gran patria alemana, y no por ninguna consideración económica. No, y otra vez no: aun cuando tal unión no tuviera importancia desde un punto de vista económico; sí, aun cuando fuera perjudicial, debe tener lugar de todas formas. Una sola sangre exige un solo Reich. Jamás tendrá la nación alemana el derecho moral de desarrollar una política colonial hasta que, al menos, abrace a sus propios hijos dentro de un solo estado. Sólo cuando las fronteras de Reich incluyan hasta el último alemán, pero ya no puedan garantizar su pan de cada día, surgirá del dolor de nuestro pueblo el derecho moral de adquirir tierra extranjera.

El llamamiento al *Anschluss*, como hemos visto, no era un monopolio de la derecha. En 1926, la ciudad natal de Hitler, Linz, había visto cómo los socialdemócratas austríacos decidían luchar por el «Anschluss… a través de medios pacíficos», y sucesivos gobiernos austríacos y alemanes habían tratado de preparar el terreno mediante una diplomacia discreta. Se abolieron los requisitos de visado entre los dos países y se homologaron las prácticas legales y comerciales. Entre 1930 y 1931, el Gobierno de Brüning siguió adelante con la idea de una unión aduanera entre los dos estados incluso después de que ésta provocara una confrontación diplomática con Francia. Ambos bandos sabían que esto sería un golpe al orden de Versalles; algunos diplomáticos alemanes de alto rango creían incluso que ello obligaría a los checos y los polacos a caer en brazos de Alemania. Pero debido a un error de cálculo a la hora de escoger el momento de hacerlo público, el anuncio coincidió con la quiebra del Credit-Anstalt, que llevó a la economía austríaca al borde del desastre e hizo que las enormes reservas de oro de Francia fueran más importantes que nunca; la humillación consiguiente no fue sino uno de

los motivos que provocaron el hundimiento del Gobierno de Brüning, mientras la crisis de Weimar entraba en su fase terminal.

Ni siquiera después de 1933 existía ningún camino sencillo que llevara a Viena. El año después de que Hitler llegara al poder, éste permitió que los nazis austríacos organizaran un *putsch*. Vergonzosamente para él, éste fracasó y sus cabecillas fueron ahorcados, y lo que fue aún peor, provocó el distanciamiento de la Italia fascista. Posteriormente el Tercer Reich siguió un enfoque «evolutivo» mucho más gradual. En julio de 1936, Austria accedió a desarrollar una política exterior basada en el principio de que el país «reconoce ser un estado alemán». El año siguiente, hablando a los miembros de más alto rango de su Estado Mayor de la defensa, Hitler subrayó que «el objetivo de la política alemana era asegurar y conservar la comunidad racial y ampliarla». Les dijo, sin embargo, que el momento para la guerra llegaría a comienzos de la década de 1940. En cuanto a Austria, seguía preocupado por la reacción de Mussolini. De hecho, no era el Führer, sino Göring, el que quería seguir adelante con ello. En su finca mostró al líder italiano un mapa en el que Austria ya estaba representada como parte de Alemania. Cuando el Duce comentó lacónicamente que «el Reich está cumpliendo su programa puntualmente», Göring lo interpretó como una expresión de conformidad.[31]

Sin embargo, a comienzos de 1938 los acontecimientos llegaron inesperadamente a un punto culminante. Hitler había sustituido a su ministro de Exteriores por el más flexible Ribbentrop y había destituido tanto al ministro de Guerra como al comandante en jefe del ejército, Von Fritsch, que se oponía a la idea de la invasión. También se había proclamado a sí mismo comandante supremo de las Fuerzas Armadas, con lo que subrayó la subordinación de ejército al régimen. Mientras tanto, en Austria, los esfuerzos del Gobierno para reprimir a los nacionalsocialistas austríacos fracasaron, y, sometido a una enorme presión por parte de Alemania, el canciller austríaco, Schuschnigg, se vio obligado a levantar la prohibición del partido, a amnistiar a sus asesinos condenados e incluso a nombrar a candidatos nazis para puestos clave del gabinete ministerial. El abogado Arthur Seyss-Inquart (que posteriormente dirigiría los Países Bajos ocupados) pasó a ser ministro del Interior y Edmund Glaise-Horstenau (destinado en Zagreb durante la guerra) pasó a ser ministro sin cartera. Schuschnigg ya se había librado, a petición de Hitler, del jefe del Estado Mayor, el general Jansa, que había preparado planes para oponer resistencia militar a una invasión alemana. Ésta era la estrategia «evolutiva» que, según Hitler insistió posteriormente a los líderes nazis austríacos, haría que la invasión o un levantamiento fueran superfluos;

como conduciría a la toma del país por los nazis desde dentro, él no deseba, según les dijo, «una solución por medios violentos».

No obstante, menos de quince días más tarde se enteró, para su asombro, de que Schuschnigg planeaba convocar un plebiscito. Irónicamente, un instrumento que se había usado durante toda la década de 1920 para reclamar el *Anschluss* ahora se estaba invocando para impedirlo. Mientras los nazis austríacos arrasaban las calles de Viena, Hitler abandonó su enfoque «evolutivo» y amenazó con invadirla si el canciller no era sustituido por Seyss-Inquart, el ministro del Interior pronazi. Bajo una inmensa presión, Schuschnigg dimitió finalmente en las últimas horas de la tarde del 11 de marzo, y Seyss-Inquart tomó el control esa misma noche, mientras las brigadas nazis austríacas registraban de arriba a abajo los edificios ministeriales y arrestaban a los miembros del anterior Gobierno. Para gran alivio de Hitler, Italia señaló que no se opondría. La Wehrmacht, que no tenía ningún plan de invasión actualizado, cruzó la frontera a la mañana siguiente y fue recibida por las multitudes entre vítores. Desconcertados por el fervor con el que se les había recibido, los líderes nazis se enfrentaron ahora con un problema constitucional sobre el que no habían reflexionado demasiado. ¿Debía Austria seguir siendo un estado centralizado, con su propio Gobierno, dentro de una estructura federal alemana más amplia? ¿O debía el país ser gobernado directamente desde Berlín? El enorme abismo entre la ideología y la aplicación práctica, entre el imparable ímpetu del poder alemán y la incapacidad para planear las cosas de antemano, algo que sería un rasgo constante del dominio nazi en la Europa ocupada, fue evidente aquí desde el principio. Pero también lo fue la energía y el radicalismo con los que el régimen se lanzó a resolver este tipo de cuestiones fundamentales sin pensarlo. La última vez que el *Anschluss* había estado en el programa, Hans Kelsen, probablemente el más distinguido jurista del país, había abogado por mantener a Austria como «un estado federal dentro de un estado federal»; pensaba que esto permitiría a los austríacos conservar su identidad *tanto* austríaca *como* alemana. Pero ésta era probablemente la opción menos atractiva para los nacionalsocialistas de Alemania, y después de la recepción triunfal de Hitler en Linz, éste se decidió por un «*Anschluss* total» en el que el país, sus leyes y su administración se integrarían dentro del estado alemán ya existente. En resumen, Austria desaparecería.[32]

Por consiguiente, Austria quedó totalmente despojada de su identidad (como sucedería posteriormente con Checoslovaquia, Yugoslavia y Polonia): se le dio el nuevo nombre de Ostmark y se la trató como una provincia del

Reich. La ley alemana se extendió gradualmente por todo el país, y las instituciones del Gobierno austríaco fueron disueltas o subordinadas a sus equivalentes alemanas. Uno de los asesores más importantes en este proceso fue Wilhelm Stuckart, alto funcionario del Ministerio del Interior del Reich y hombre que desempeñaría un importante papel en los años siguientes organizando la administración de otras conquistas nazis. Una figura muy diferente, pero más importante aún, fue Josef Bürckel, el *Gauleiter* nazi que había dirigido con éxito la incorporación del Sarre y al que se trajo para que hiciera lo mismo como comisionado para la reunificación de Austria con el Reich alemán. Bajo la dirección de Bürckel, la propia Ostmark no duró demasiado tiempo. Fue dividida en siete provincias más pequeñas, cada una de las cuales estaba subordinada directamente a las oficinas del gobierno central y del Partido en Berlín. El dominio de la Viena «Roja» sobre el resto del país quedó así debilitado, y la capital austríaca ni siquiera fue designada como una de las cinco ciudades de la Gran Alemania del Führer que fueron escogidas para llevar a cabo en ellas proyectos de construcción especiales. (Se prefirió a Linz, conocida oficialmente como la «Ciudad Natal del Führer».) Pronto no quedó oficialmente nada de Austria. En la primavera de 1940, una vez hecho su trabajo, Bürckel regresó a Alemania occidental; se necesitaba su pericia en la provincia francesa de Lorena, recientemente ocupada. Hitler también quedó impresionado por Seyss-Inquart y le nombró comisario político del Reich en los Países Bajos. A la gente de la época le llamó la atención lo poco conflictivo que fue todo el proceso. Un politólogo estadounidense escribió en 1938: «Se ha tomado el control de otra nación y ésta se ha incorporado al sistema político, económico y social alemán… sin confusión, casi como si los detalles de esta unión se hubieran planeado de antemano muy cuidadosamente durante años».[33] Entretanto, el Partido disfrutaba de su triunfo. Los golpistas del *putsch* nazi que habían sido ahorcados por la policía austríaca en 1934 fueron loados como mártires de la revolución nacional. Miles de personas se reunieron en el bastión nazi carintiano de Klagenfurt para escuchar al segundo de Hitler, Rudolf Hess, y para ver cómo prestaban juramento los siete nuevos *Gauleiters* del Partido. En la propia antigua cancillería austríaca de Viena, blanco de los conspiradores de 1934, una placa conmemorativa aclamó a los hombres que «defendieron a Alemania».[34]

En realidad, el proceso no había sido *tan* poco conflictivo. En cuanto Austria perdió su identidad política, su orden social se disolvió en una orgía de violencia y saqueos. Muchos Antiguos Combatientes nazis, sobre todo

aquellos que habían pasado años en la clandestinidad, en la cárcel o en el extranjero, vieron el derrocamiento del Gobierno de Schuschnigg como el momento para vengarse. Lo extraordinario fue hasta qué punto fueron los judíos los más castigados. Antes de que el ejército alemán llegara a Viena, ésta ya había sido tomada por un *pogrom*, en el que las turbas saquearon tiendas y oficinas, atacaron a los judíos en sus casas y llevaron a cabo sus propios «arrestos». «Se desató un infierno», escribió el dramaturgo Carl Zuckmayer, describiendo la tarde del 11 de marzo. «La ciudad se convirtió en una escena de una pesadilla del Bosco.» Fue, continuaba Zuckmayer, peor que cualquier otra cosa que hubiera vivido, peor que las batallas en las que había luchado en la primera guerra mundial o las refriegas callejeras que se produjeron después de ella, peor que el *putsch* de la cervecería de Munich o que los primeros días de dominio nazi en Alemania. «Nada de eso se podía comparar con lo que sucedió esos días en Viena.» Pronto se vieron en todo el mundo las fotografías de los judíos austríacos obligados a fregar las aceras apoyados sobre sus manos y sus rodillas y rodeados de espectadores que se burlaban de ellos. Pero estas imágenes apenas captaban la magnitud de los saqueos, un *pogrom* de enriquecimiento que superó en destrucción incluso a la Kristallnacht que se produciría unos meses después. Era el antisemitismo como puro robo, en el que hombres con brazaletes de esvásticas o que afirmaban pertenecer a la Gestapo llevaban a cabo «registros» de apartamentos y se apropiaban de cualquier cosa que les llamara la atención. Los judíos vieneses quedaron profundamente horrorizados por este ataque y casi 500 se suicidaron.[35]

La capital austríaca se convirtió de hecho en un laboratorio de violencia antijudía: algunas figuras que tendrían una enorme importancia cuatro años más tarde, en la Solución Final que se puso en marcha durante la guerra, desempeñaron allí un papel fundamental en 1938. Por ejemplo, allí estuvieron el nazi carintio Odilo Globocnik, a quien Hitler nombró *Gauleiter* en mayo. La carrera de Globocnik, que duró sólo unos meses, hasta que fue expulsado por corrupción, se revitalizó cuando pasó a convertirse en el comandante de las SS de Himmler y de la policía (SSPF) en Lublin, en Polonia oriental, y en el organizador de los campos de exterminio de Belzec, Sobibor y Treblinka.

No obstante, la degeneración de la ciudad en anarquía bajo la influencia de hombres como Globocnik preocupó a algunas figuras poderosas del Tercer Reich. Consternado por el hecho de que se hubiera permitido a personas individuales que llevaran a cabo sus propias «arianizaciones» personales de propiedades judías (empobreciendo así al estado), el segundo de Himmler,

Reinhard Heydrich, amenazó con dejar actuar a la Gestapo contra los nazis austríacos por la falta de disciplina de éstos. Uno de los sentidos en los que Viena apuntó hacia el futuro fue que mostró a las SS lo importante que era arrebatar la política antijudía a los combatientes urbanos del Partido. La respuesta de las SS a esto fue lo que se conoció como el «modelo de Viena»: una forma mucho más sistemática y burocrática de librarse de los judíos y robarles sus propiedades. Fue desarrollado por uno de sus «expertos en el tema judío», Adolf Eichmann, a través de su nueva Oficina Central para la Emigración Judía, algo que describiría posteriormente con orgullo a un interrogador de la policía israelí como «una prioridad para el Reich». En octubre de 1938, el ingenioso, enérgico y poco escrupuloso Eichmann ya alardeaba de las 350 solicitudes que se tramitaban diariamente. En menos de dos años la población judía de Austria cayó de 192 000 a 57 000 habitantes a medida que los judíos eran intimidados y expoliados y abandonaban el país. Una vez que los alemanes conquistaron Checoslovaquia, Eichmann reprodujo su sistema allí («simplemente se siguió el ejemplo de Viena»), y tras la derrota de Polonia, creó un organismo similar también en Berlín. Con el estallido de la guerra, los hados le fueron aún más propicios a Eichmann: su pericia y su experiencia lo convirtieron en la figura fundamental en la planificación y la organización de la deportación de los judíos a los campos desde todas partes del continente.

En Viena, Eichmann había contado con la ayuda de una tercera figura, el hombre de mayor rango del SD de allí, Franz Stahlecker, que también descubrió que el *Anschluss* proporcionaba un trampolín para desarrollar una carrera de éxito en las SS como perpetrador de matanzas. Se convirtió en el jefe supremo de las SS y de la policía de Himmler [HSSPF] en Praga y Noruega antes de ser puesto al mando del *Einsatzgruppe* A, el escuadrón de la muerte que, bajo su dirección, mató a casi 250 000 judíos en el Báltico y en el norte de Rusia en los seis últimos meses de 1941. Nada de esto era imaginable siquiera en la primavera de 1938; pero posiblemente nada de ello habría llegado a suceder si no hubiera tenido lugar lo que sucedió entonces.[36]

Con la penetración sin obstáculos de la Wehrmacht en Austria se abrió la primera brecha en el orden territorial de Versalles: estaba surgiendo el Gran Reich Alemán, tal como Hitler había prometido. En el período previo al plebiscito que se organizó sobre la cuestión del *Anschluss*, los nazis inundaron el país de propaganda. Enormes pancartas que mostraban citas de

los escritos de Hitler («Aquellos que tienen la Misma Sangre Pertenecen al Mismo Reich!») adornaban los edificios públicos más importantes. No obstante, el rotundo refrendo a la unificación que se produjo a continuación probablemente no fuera engañoso. Incluso Karl Renner, el socialdemócrata que posteriormente se convirtió en el primer presidente del país en la posguerra, admitió poco antes de la votación que «aunque no [se ha] logrado por los métodos que yo defendía, el *Anschluss*, se ha completado, no obstante. Es un hecho histórico, y lo considero un desagravio general por la humillación de 1918 y 1919…».[37]

Naturalmente, muchos de aquellos que aclamaron a Hitler con tanto entusiasmo durante la marcha triunfal de la Wehrmacht sobre el país pronto cambiaron de opinión. Para una pequeña cantidad de ellos, esto estuvo relacionado con la brutalidad que se mostró hacia los judíos. Aunque el antisemitismo del régimen contó con una aprobación generalizada, la enorme violencia de los primeros días y semanas horrorizó a algunos. El ataque a la Iglesia católica que llevó a cabo el Partido provocó una ira considerablemente mayor. El arzobispo de Viena se había reunido con Hitler durante su visita triunfal, había permitió que la esvástica ondeara sobre la catedral de San Esteban y había firmado sus cartas al estilo nazi con un «Heil Hitler!»: difícilmente podría haber sido más complaciente. Pero esto no bastó para saciar a los nazis radicales austríacos, el más importante de los cuales era el joven *Gauleiter* Globocnik. Éstos confiscaron las propiedades de la Iglesia, disolvieron las organizaciones católicas y deportaron a muchos sacerdotes a Dachau. La oposición de algunos nazis católicos a la cruzada de Globocnik contra la Iglesia fue una de las razones por las que éste fue destituido. Fuera del movimiento, las iras salieron a la superficie. Quizá el primer acto de resistencia masiva manifiesta al nuevo régimen tuviera lugar a comienzos de octubre de 1938, cuando una concentración de miles de jóvenes fieles salieron de misa en el centro de Viena y empezaron a gritar «Cristo es nuestro Führer» antes de ser dispersados por la policía.[38]

Aunque puede que fuera embrionario, incluso el nacionalismo austríaco era más fuerte que lo que reconocían los nazis. Las reclamaciones del *Anschluss* siempre habían ocultado una serie de motivos, y pocas personas querían realmente que la identidad de Austria desapareciera de forma tan absoluta como deseaba Hitler. En Viena, en particular, la incompetencia, la corrupción y la crueldad de los nuevos jefes no pasó desapercibida. Los vieneses sentían que habían quedado bajo el control de unos matones provincianos de Carintia y, lo que quizá fuera aún peor, de alemanes como

Bürckel, que estaba acompañado por un séquito de desagradables partidarios procedentes del Palatinado. Las solidaridades entre los habitantes de la Gran Alemania no podrían forjarse tan rápidamente como esperaba Hitler, ni por sus métodos. «Lo que les desagradaba no era tanto el nacionalsocialismo como lo alemán, en sí mismo», señaló un observador. Pronto los alemanes procedentes del Reich estaban siendo «importunados e interrumpidos al hablar con preguntas molestas»; había peleas en las cervecerías, disturbios en los partidos de fútbol e incluso abucheos a la esposa de Göring cuando ésta visitaba la ópera. Empezaron a circular amargos chistes fatalistas sobre la toma de poder «prusiana». Dos austríacos se sientan en un café en Viena, decía uno de ellos. El primero dice: «Hm», y el segundo, después de un largo silencio, le responde: «Hm». El primero repite: «Hm», y el segundo responde: «Bueno, por fin nos hemos librado también de los turcos».[39]

3

Expansión y escalada: 1938-1940

> En el Este está nuestro mañana, está el porvenir de Alemania,
> allí espera el peligro, las dificultades de un pueblo, y el redoble del tambor de la victoria.
>
> Allí nuestros hermanos se mantuvieron fieles, para que el estandarte nunca se hundiera,
> durante quinientos años de lealtad montaron guardia sin que nadie se lo agradeciera.
>
> Allí aguarda buena tierra, que hasta ahora no albergó simiente,
> ¡allí no hay granjas ni ganado, sino tierra que pide a gritos el arado!
>
> Allí debemos recuperar el suelo extranjero que una vez fue dominio alemán,
> allí debe haber un nuevo comienzo. ¡Alemanes, armaos y oíd este estribillo![1]

En febrero de 1933, Hitler perfiló en privado sus objetivos futuros como «quizá luchar por nuevas posibilidades de exportación; quizá, y probablemente mejor, la conquista de nuevo *Lebensraum* en el Este y su implacable germanización».">[2] Poco después, en efecto, se abrieron nuevas posibilidades de exportación, y sin necesidad de luchar, gracias a los tratados bilaterales de trueque firmados entre Alemania y los estados balcánicos. Pero después del *Anschluss*, la atención se centró de forma cada vez más clara en el *Lebensraum* y la germanización. En el decisivo año posterior a la ocupación de los Sudetes en octubre de 1938, el Tercer Reich ocupó el resto de las tierras de Bohemia y Polonia, y, al hacerlo, pasó de tomar el control de territorios que contaban con una población preponderantemente alemana a apropiarse de territorios habitados principalmente por eslavos. Estos acontecimientos hicieron que el resto del mundo se preguntara si la lucha por el *Lebensraum* realmente sólo pretendía garantizar el derecho de los alemanes a la autodeterminación nacional, como Hitler había afirmado tan a menudo en el pasado. Por su parte, los alemanes tuvieron que enfrentarse cara a cara con

el problema del imperio, en otras palabras, de hallar formas de gobernar mayorías no alemanas, un problema que se vio agudizado por el compromiso cada vez mayor del Tercer Reich con la teoría racial como base de la ley y la administración. Muchos austríacos y alemanes de los Sudetes habían recibido con los brazos abiertos como libertadores a las tropas de la Wehrmacht que habían penetrado en sus territorios. Los checos no lo hicieron, desde luego, aunque no lucharan. En cuanto a los polacos, su feroz resistencia se manifestó en forma de una defensa obstinada y valerosa, aunque estratégicamente suicida, a pesar de tenerlo todo en contra. Por consiguiente, la experiencia militar alemana de 1938-1939 abarcó desde un paseo pacífico de veinticuatro divisiones de la Wehrmacht por los Sudetes a una invasión total de Polonia en diversos frentes llevada a cabo por cincuenta y siete divisiones, a lo largo de cinco semanas de intensos combates que se saldaron con 16 000 muertos alemanes y 28 000 heridos, por no mencionar las 66 000 bajas mortales en el ejército polaco y los miles de civiles polacos ejecutados.

El voraz expansionismo del Tercer Reich horrorizó al resto de Europa. Pero tampoco deberíamos suponer que los alemanes lo apoyaran incondicionalmente. Al menos un alto funcionario de las SS criticó en privado la penetración en Praga como «imperialismo». La opinión pública, informó Von Hassell en la víspera de la campaña polaca, consideraba la propia guerra «como una especie de proyecto del Partido». En cuanto Hitler comprendió hasta qué punto estaba extendida la pasividad popular dentro del Reich, vio confirmada la opinión que había tenido durante mucho tiempo de que la guerra era necesaria, no sólo para la conquista de *Lebensraum* y la seguridad del Reich, sino también para probar y endurecer a los propios alemanes.**[3]**

Los Sudetes: octubre de 1938

Incluso antes del *Anschluss,* los checos ya estaban profundamente preocupados sobre lo que les podía deparar el futuro. En febrero de 1938, Hitler se refirió públicamente a los «diez millones» de alemanes que vivían en los estados vecinos y advirtió que el Reich «no asistiría de brazos cruzados a su persecución». Y mientras Göring tranquilizaba a los checos, Hitler aseguraba confidencialmente a Konrad Henlein, el líder del Partido Alemán de los Sudetes, que Alemania acudiría en su ayuda. Henlein (cuya madre tenía el decididamente poco alemán apellido de soltera de Dvorqcek) fue un convincente defensor de la causa de los alemanes étnicos en el extranjero, y después del *Anschluss*, una gran cantidad de alemanes de otros partidos

acudieron en tropel a reunirse bajo su bandera; conscientes de que su antigua identidad, como súbditos de los Habsburgo, de «alemanes de Bohemia» yacía en el pasado, se identificaron cada vez más con la causa del nacionalismo de la Gran Alemania. En sus mentes, la antigua frontera imperial que había dividido el imperio de los Habsburgo del Reich de Bismarck se había disuelto, y en sus concentraciones había gritos entusiastas de «*Ein Reich, ein Volk, ein Führer!*». El Gobierno checo aprobó un nuevo Estatuto de Nacionalidad para potenciar la autonomía de la minoría y para fomentar el uso del alemán, pero esto no era bastante, y no podría haberlo sido: Hitler y Henlein habían acordado conjuntamente cuando se habían reunido que, en palabras de este último, «siempre debemos exigir tanto que nunca podamos estar satisfechos». A los checos les quedaban pocos amigos: incluso Churchill creía que los alemanes de los Sudetes, al reclamar el «autogobierno», sólo estaban pidiendo lo que los propios checos habían exigido antes de 1914.[4]

Cuando Hitler insistió en la cesión inmediata de los Sudetes en septiembre de 1938 en Munich, los británicos y los franceses accedieron. Pero la capitulación de Neville Chamberlain no fue, como él anunció, «paz para nuestra época»: fue un desastre para los checos y una catástrofe para todos aquellos que confiaban en poner freno a la ofensiva bélica alemana. Despojada de más de un tercio de Bohemia y Moravia, y abandonada por sus aliados, Checoslovaquia, con su esencial industria de armamento y su ubicación estratégicamente crucial en el corazón de Europa, quedó rodeada por fuerzas hostiles y prácticamente indefensa. Un desilusionado presidente Beneš dejó paso a Emil Hacha, eminente abogado que duró en su cargo hasta 1945, una figura trágica y destruida. Hitler había apostado y había ganado. El ejército alemán, que poseía apenas cuarenta divisiones, no sólo se había enfrentado a treinta y cinco divisiones checas bien armadas y atrincheradas a lo largo de líneas bien fortificadas, sino también a una fuerza francesa potencialmente abrumadora de cien divisiones en el oeste. No obstante, tanto los británicos como los franceses creían necesitar mucho más tiempo para rearmarse y temían su vulnerabilidad al poderío aéreo alemán en una guerra prolongada. Por consiguiente, entregaron los Sudetes sin luchar. Los guardias de frontera checos simplemente se hicieron a un lado, y los alemanes no hallaron resistencia. Cuando Helmuth Groscurth, un oficial del Abwehr, recorrió la región a comienzos de octubre, encontró eufóricos a los alemanes de los Sudetes. Para ellos, ésta era la dulce venganza por las humillaciones de 1918. Para celebrar el hundimiento del efímero estado checo, se rindieron honores militares plenos a la tumba de cincuenta y seis alemanes que habían

muerto combatiendo contra los soldados checos al final de la primera guerra mundial, y también se colocó una corona en la tumba del fundador del Partido Nazi de los Sudetes.[5]

Groscurth observó el comportamiento disciplinado de las tropas alemanas entrantes, y las relaciones generalmente buenas e incluso amables de los funcionarios con sus homólogos checos. Pero algunos pequeños destacamentos de las SS, agresivos y deficientemente adiestrados, estaban creando problemas, al igual que algunas bandas parapoliciales armadas de alemanes étnicos, deseosas de vengarse de sus vecinos checos. El SD envió a varios miles de judíos y de antinazis a Dachau. Entre bastidores, las relaciones entre el ejército y los administradores civiles, y entre los alemanes del Reich y los partidarios de Henlein, eran confusas y tensas. Un oficial del Estado Mayor escribió posteriormente que fue en los Sudetes donde «la incapacidad del estado para gobernar» se puso de manifiesto «por primera vez en un grado tan extremo». La cooperación sin complicaciones que el ejército había previsto en los planes que había hecho en el período de paz para la administración de la ocupación nunca se llegó a materializar realmente, y los oficiales que todavía imaginaban que estaban en el mundo del ejército del Kaiser quedaron escandalizados al ver cómo se otorgaba tanto poder a los organismos civiles y a los del Partido.[6]

Nada de esto impidió que los Sudetes alemanes fueran digeridos por el Reich más rápidamente aún que lo habían sido los austríacos. Se trajo a Wilhelm Stuckart, el experto del Ministerio del Interior que había supervisado la incorporación de Austria, y Henlein fue nombrado Comisionado del Reich para los Territorios Ocupados de los Sudetes. Después de que el ejército cediera sus responsabilidades administrativas, Henlein fue nombrado *Gauleiter* del nuevo Reichsgau Sudetenland. El 21 de noviembre los Sudetes fueron oficialmente anexionados, y, poco después, nuevos diputados ocuparon sus escaños en el Reichstag de Berlín. Efectivamente, la unificación política provocó las inevitables quejas de aquellos que habían creído que ésta supondría el fin de todos sus problemas: los alemanes de los Sudetes se quejaban de la falta de inversión interior, del servicio militar obligatorio de sus jóvenes en un ejército en el que se exponían a ser ridiculizados por su acento, a su dominación por parte de «arrogantes y autoritarios alemanes del Reich», y de que siguiera habiendo checos entre ellos. Si lo hubieran sabido, sus problemas no habían hecho más que empezar.[7]

La toma de poder en Praga: marzo de 1939

Munich marcó el momento en el que el Tercer Reich sustituyó a los británicos, a los franceses y a la Sociedad de Naciones como árbitro regional de Europa central. Los estados más pequeños introdujeron nuevas leyes antisemitas, una forma sencilla de indicar su buena disposición a agradar al Reich, y desde finales de 1938 en adelante, muchas de las fronteras establecidas por los responsables del acuerdo de paz de París se volvieron a trazar en Berlín. La poderosa coalición de estados antinazis que perfectamente podría haber detenido la expansión alemana se había derrumbado catastróficamente por la pérdida de agallas de los británicos y los franceses. Hasta Polonia se había dado un festín con el cadáver del estado checo. Una franja de Eslovaquia del sur y de Rutenia se entregó a Hungría, que comenzó así el proceso de resarcirse de las tremendas pérdidas de territorio que había sufrido después de la primera guerra mundial: en menos de cuatro años, gracias a contar con el favor de Berlín, también recuperó territorios de Rumanía y Yugoslavia. Se obligó a los checos a conceder la autonomía a Eslovaquia y a la Carpato-Ucrania oriental mientras los alemanes que quedaban dentro de las tierras checas obtenían el derecho a la ciudadanía del Reich. Praga incluso tuvo que aceptar a la fuerza los planes para un sistema alemán extraterritorial de autopistas que atravesaría el país de parte a parte para garantizar el control alemán (aunque éste en realidad nunca llegó a construirse). Mientras un nuevo Gobierno autoritario tomaba el poder y desencadenaba medidas contra los judíos y los antinazis, el guión delator insertado en el nombre de país, que ahora se llamaba oficialmente Checo-Eslovaquia, presagiaba una mayor fragmentación en el futuro. En total, Munich lo despojó de un tercio de su territorio y de su población, de sus fronteras naturales y de varias costosas posiciones defensivas, del 40 por 100 de su maquinaria industrial, del 55 por 100 de su carbón y, lo que no era menos importante, de toda su población de alemanes étnicos salvo el 4,5 por 100 de ésta.[8]

Para Alemania, por otro lado, el año había dejado unas ganancias extraordinarias, y el día de Año Nuevo de 1939, el Führer se dirigió a los alemanes en una atmósfera de júbilo: «¿Quién puede evitar conmoverse profundamente viendo el Gran Reich Alemán de hoy… al reflexionar sobre la situación a la que nos enfrentábamos hace tan sólo seis años?». En su orden del día a las tropas, dio las gracias a sus hombres por haber hecho realidad

«un sueño de muchos siglos»: el nacimiento de la Gran Alemania: «Os doy las gracias por vuestra obediente lealtad. Estoy plenamente convencido de que en el futuro también estaréis dispuestos a proteger el derecho de la nación a la vida frente a cualquier tipo de agresión». Lo que esto significaba para los vecinos de Alemania se estaba solidificando gradualmente en su mente. Se tendría que aumentar la presión sobre Polonia si Danzig, el puerto alemán que había sido declarado ciudad libre en 1920 y que estaba conectado con Polonia por una unión aduanera, había de volver alguna vez a formar parte del Reich. Eso, por sí mismo, constituía un argumento para ocupar el resto del estado checo de forma que se pudiera arrollar a los polacos desde tres flancos. Pero al estar planeando ya una guerra de este tipo, una invasión de Praga tendría que ser lo menos problemática y lo más rápida posible. Sus instrucciones para el ejército ordenaban que «exteriormente se debe hacer ver de forma muy clara que [la ocupación] es sólo una acción pacífica y no una empresa bélica». Públicamente envió señales contradictorias. A finales de enero, pronunció ante el nuevo Reichstag de la Gran Alemania el titánico discurso de dos horas y media que hoy se recuerda principalmente por su siniestra profecía de que, en caso de que se produjera una guerra mundial, los judíos de Europa serían aniquilados. Pero en realidad se dedicó fundamentalmente a loar a la nueva Gran Alemania. Hizo hincapié en que el *Volk* todavía necesitaba más *Lebensraum*; por otro lado, declaró que «podemos considerar que este proceso de la formación de la nación alemana ha llegado a su conclusión».

Los checos no habían arrojado la toalla del todo. De hecho, mostraban síntomas de tomarse en serio las garantías de Munich sobre sus fronteras y exigieron saber si Alemania se comprometía a respetarlas. A finales de febrero recibieron la respuesta que habían esperado no escuchar: las garantías se habían «otorgado de forma prematura», puesto que el área se hallaba «por encima de todo, dentro del ámbito de los intereses más importantes del Reich alemán». En este momento los planes de Berlín para la «liquidación» de lo que quedaba del estado checo se aceleraron. Los eslovacos se vieron empujados a exigir la independencia total, y cuando las tropas checas entraron en la capital eslovaca para reprimir esto en marzo, cayó el golpe definitivo. Apoyado por Hitler, el sacerdote-político eslovaco monseñor Josef Tiso declaró la independencia de Eslovaquia. Ese mismo día, el desafortunado presidente checo, Emil Hacha, fue convocado a Berlín, donde Hitler le dijo que el ejército tenía órdenes de invadir. Sometido a una enorme presión psicológica, y ante la amenaza de Göring de bombardear Praga desde el aire, el anciano Hacha se desmayó y el médico de Hitler tuvo que hacerle volver en

sí antes de que pudiera resignarse a firmar un memorándum redactado por los alemanes por el que ponía a su país bajo la «protección» del Reich. Los hombres del SS Leibstandarte Adolf Hitler ya habían cruzado la frontera, y a la mañana siguiente, mientras los checos se despertaban, el general Blaskowitz encabezaba la entrada de las primeras tropas alemanas en una Praga aislada por la nieve. A las 9:30 h, los cañones de campaña alemanes ya cubrían la ciudad desde las alturas del castillo de Hradcany. Aparte de algunos neumáticos rajados, y de algunas bolas de nieve lanzadas a los tanques y los camiones alemanes, no hubo resistencia.

En Berlín nadie sabía realmente lo que significaba «protección alemana», aparte del hecho de que los checos se verían obligados a cumplir los deseos de Alemania en todo lo que atañese a su política exterior. Hitler había decidido eliminar el nombre de Checoslovaquia del mapa y crear un nuevo estado: el Protectorado de Bohemia y Moravia. Se trajo al trabajador Wilhelm Stuckart, experto en la incorporación de territorios ocupados del Ministerio del Interior, para que redactara el borrador de una nueva «constitución». Encerrados en el castillo de Hradcany de Praga durante la noche del 15 al 16 de marzo, mientras un triunfante Hitler dormía allí, Stuckart y sus colegas elaboraron los detalles. El decreto que redactaron, en el que se establecía el Protectorado, justificaba históricamente la ocupación basándose en que «los países de Bohemia y Moravia pertenecieron durante un milenio al *Lebensraum* del pueblo alemán», y políticamente porque el estado checoslovaco se había mostrado incapaz de garantizar el orden. Se suponía que el Reich se hallaba en peligro debido a «una nueva y formidable amenaza a la paz europea, y se trataba «solamente de un acto conforme a la ley de la autoconservación si el Reich alemán está decidido a tomar medidas firmes para la restauración de las bases de un Orden de Europa Central».[9]

De hecho, el régimen que estaban instaurando los alemanes mostraba una obvia semejanza con los protectorados establecidos por las potencias coloniales, mediante los tratados franceses con Túnez y Marruecos, por ejemplo. Al igual que los nominalmente independientes Egipto, Irak o Cuba, el Protectorado de Bohemia-Moravia conservaba muchos de los atributos de la soberanía, pero no todos. Conservaba un presidente y un Gobierno, una milicia de 7000 hombres y una administración pública interior que permaneció relativamente intacta. Pero el poder tenía que ejercerse «en conformidad con los derechos políticos, militares y económicos del Reich», y la interpretación de éstos quedaba en manos de un protector del Reich nombrado desde Berlín con sus propios administradores civiles de distrito, sus

propias fuerzas policiales y militares, y la autoridad para confirmar o denegar cargos a los miembros del Gobierno checo. La instauración de un doble sistema legal por el que, de forma muy parecida a lo que sucedía en la Argelia francesa, a los alemanes de ciudadanía checa se les permitía inscribirse automáticamente para obtener la ciudadanía del Reich alemán, mientras que los demás seguían siendo ciudadanos del Protectorado, también recordaba la práctica colonial europea. Por consiguiente, allí surgió una jurisdicción extraterritorial paralela para los 250 000 alemanes del Protectorado.

Pero también había algunos rasgos novedosos del «hecho consumado» nazi. El primero, y el más obvio, era el hecho de que por primera vez en el período moderno era un estado europeo el que aplicaba este tipo de medidas a otro. Esto era, de hecho, una extraordinaria revocación de muchas de las suposiciones sobre las que se había construido el edificio del derecho internacional y todo el sistema mundial de los estados del siglo XIX, y el racismo era evidente tanto en las manifestaciones de indignación antinazis como en la política nazi. «Nunca antes se han impuesto semejantes condiciones a ninguna nación que pertenece a la raza blanca», escribió Eugene Erdely. «Constituyó el primer estatuto colonial alemán para una nación blanca y civilizada de la historia moderna.»[10]

No menos significativa era una cuestión más de detalle: Hitler había promulgado la proclamación del Protectorado como un decreto personal y no como una ley del Reich, lo que ofreció una llamativa indicación de cómo la expansión del Reich estaba haciendo que aumentara el poder personal del Führer. Según un destacado comentarista alemán sobre el derecho constitucional: «Está claro que la puesta en práctica de la promesa del Führer… depende completamente de él… Mediante la ley de Hacha, la autoridad para proporcionar una estructura para la organización política del pueblo checo se transfirió completamente al Führer». La doctrina del poder ejecutivo ilimitado convirtió el decreto del 16 de marzo en un documento que Hitler podría interpretar y reinterpretar como deseara. Lo que en él se entendía por soberanía no quedaba claro, al igual que su definición de los poderes del Protector del Reich. Y la relación del Protectorado con el Reich no era menos ambigua. De forma bastante confusa, se declaraba «independiente de acuerdo con el derecho constitucional» pero una «parte esencial del Gran Reich Alemán».[11]

Estas ambigüedades reflejaban un auténtico dilema ideológico. Dado que ésta era la primera de las conquistas de un «pueblo extranjero» que llevaba a cabo Alemania, nadie sabía realmente cómo integrar a los checos dentro del

«área del Reich» de un modo que concordara con los principios de la jurisprudencia nazi. Para los líderes de un estado que hasta ese momento había basado sus políticas de nacionalidad en el principio de expulsar a varios cientos de miles de no alemanes, acomodar a varios millones más de ellos planteaba graves problemas; eran eslavos y no judíos, eso había que admitirlo, pero a los expertos raciales del Reich el tema les preocupaba de todas formas. [12]

No obstante, en la primavera de 1939 Hitler seguía siendo plenamente consciente de que el mundo le estaba observando y quería que su nuevo enclave checo hiciera la máxima publicidad sobre las ventajas que tenía la hegemonía alemana. Por ello, el Führer nombró protector al anciano Von Neurath porque, como antiguo ministro de Exteriores, con él enviaba una señal tranquilizadora al extranjero en el sentido de que Alemania había decidido «no privar a los checos de su vida racial y nacional». «De acuerdo con la voluntad del Führer», dijo Stuckart a los funcionarios del estado a finales de marzo, «hay que tratar a los checos de forma conciliadora, aunque con la mayor severidad y con implacable firmeza… La autonomía del Protectorado sólo debe restringirse si ello resulta claramente necesario». Después añadió en privado que el nuevo régimen de Bohemia y Moravia, «como primera encarnación de la idea alemana del protectorado, debe evitar todo lo que sea susceptible de disuadir a otras naciones que pudieran expresar posteriormente ese mismo deseo de agregarse al Reich alemán como protectorados». Un perspicaz observador extranjero, un joven diplomático estadounidense en Praga llamado George Kennan, ya había comprendido esto: la idea del protectorado, según escribió a finales de abril, «se concibió en un momento en el que todo parecía indicar que gran parte de los alemanes esperaban ser capaces de poder extender su hegemonía pacíficamente en una fecha temprana a Hungría y a otros países del centro de Europa. De este modo, las condiciones del Protectorado Checo habrían tenido importancia como precedente, y especialmente como un estímulo para que otros países pensaran que la absorción dentro de la órbita alemana no habría de suponer necesariamente el cese de su existencia nacional».[13]

Los alemanes también esperaban que su política eslovaca enviara la señal de que estaban a favor de otros movimientos nacionales. Después de que el ejército alemán ocupara temporalmente Eslovaquia para impedir cualquier intento de oposición checo, el Gobierno eslovaco firmó su propio Tratado de Protección con Alemania. Los espectadores de la escena disfrutaron con regocijo del incongruente espectáculo de cómo un destacamento de las SS ejerció como guardia de honor de un sacerdote católico cuando el veterano

autonomista de Eslovaquia, monseñor Josef Tiso, aterrizó en el Aeropuerto Tempelhof de Berlín para las negociaciones que desembocaron en la «independencia» de su país. La carrera que desarrolló Tiso pudo hacer que éste pareciera un chaquetero: a lo largo de su trayectora había pasado por ser un fiel defensor de Hungría, de la monarquía y de la Iglesia, un violento antisemita, un miembro pragmático del sistema republicano checo del período de entreguerras y un defensor del autoritarismo. Pero siempre había permanecido leal a sus raíces provincianas eslovacas y nunca había albergado la menor ilusión acerca de hasta qué punto un pueblo tan indefenso como el eslovaco podría sobrevivir en un mundo en constante cambio sin contar con protectores y aliados más poderosos. Una vez que Hitler llegó al poder comprendió la necesidad de obtener el apoyo de Alemania, aunque sólo fuera para garantizar que, cuando Checoslovaquia se viera amenazada, los eslovacos, de algún modo, conservaran su autonomía de acción.[14] Pero los eslovacos debieron de preguntarse qué valor tenía realmente la protección alemana cuando, una semana después, el ejército húngaro invadió súbitamente el este de su país y ocupó lo que quedaba de la Rutenia eslovaca: los húngaros habían actuado con el consentimiento de los alemanes. Exteriormente, Eslovaquia gozaba de los adornos de la soberanía y estaba reconocida internacionalmente por veintisiete gobiernos (entre ellos los de Francia, Gran Bretaña y la URSS). En la práctica había una fuerte presencia consultiva alemana y una gran misión alemana que controlaba el comercio, la economía y la política interior.

No obstante, siguiendo la orientación de Tiso, los políticos conservadores católicos de Eslovaquia aprovecharon al máximo el escaso margen de maniobra que se les había concedido. Aprovechándose de la resistencia de Berlín a abandonar su pose de libertadora, crearon un sistema político autoritario, en lugar de uno al estilo nazi, y marginaron a su propia extrema derecha. Obligaron a los alemanes a negociar duramente antes de permitirles usar Eslovaquia para el despliegue contra los polacos y, aunque aprobaron con gusto una legislación antisemita que seguía el ejemplo alemán, por lo demás no se mostraron interesados en racializar su propia legislación doméstica. De este modo, Eslovaquia se convirtió en el escaparate del Nuevo Orden en muchos sentidos. Los alemanes nunca se sintieron tan seguros de los eslovacos como deseaban, y mientras que a todos los demás les parecía un estado títere, para algunos en Berlín este país se convirtió en un ejemplo de lo que podía pasar cuando a las «naciones pequeñas» se les permitía demasiada libertad.[15]

Los alemanes tenían buenas razones para ser conscientes de la atención internacional. Mucho más que Munich, fue la invasión de Praga y la creación del Protectorado lo que alarmó al resto de Europa y levantó nuevas sospechas sobre los planes de Hitler. En su diario, Ciano, el ministro de Asuntos Exteriores de Italia, se preguntaba: «¿Qué peso puede darse en el futuro a aquellas declaraciones y promesas [alemanas] que nos atañan más directamente a nosotros?». En público, el primer ministro británico, Neville Chamberlain, se preguntaba qué había sucedido con el principio de autodeterminación nacional al que los alemanes habían dado tanta importancia. «Los acontecimientos que han tenido lugar esta semana», continuaba, «en los que se ha hecho caso omiso a los principios establecidos por el propio Gobierno alemán, parecen pertenecer a una categoría distinta y deben hacer que todos nosotros nos preguntemos: “¿Es éste el fin de una vieja aventura, o es el comienzo de una nueva?”».

La inflexible respuesta de Hitler llegó cuando lanzó el acorazado *Tirpitz*. «La providencia no creó al *Volk* alemán para que cumpliera obedientemente con una ley, aplaudido bien por los ingleses o por los franceses, sino para que pudiera desarrollar su derecho a la vida», bramó. Inglaterra estaba hablando sobre la virtud «en su vejez». Así como Alemania se mantenía al margen de Palestina, tampoco «le incumbe a Inglaterra el *Lebensraum* alemán». ¿Con qué derecho fusilaban los británicos a los árabes en Palestina «sólo porque éstos se alzaban para defender a su patria», mientras que, en contraste con ello, los alemanes «nos ocupamos de regular nuestros asuntos serenamente y con orden»? Esto no era un apoyo al anticolonialismo árabe, sino una exigencia de que se permitiera a Alemania gozar de ciertas facultades discrecionales en su propia esfera de influencia. Haciendo hincapié en la ausencia de odio hacia los checos por parte de Alemania, proseguía afirmando que el Reich «no tiene ninguna intención de atacar a otras naciones». Y se mostraba deseoso de que surgiera una comunidad ideológica de la Italia fascista y la Alemania nazi para demostrar internacionalmente lo que ya era evidente en España: que la derecha era superior en fuerza y voluntad a las fuerzas de la «Gran Bretaña democrática» y «la Rusia bolchevique». Tras esto, disfrutó unos días navegando a la altura de Heligoland en un nuevo crucero. Fue un viaje que quedó entre los recuerdos más felices de su vida.[16]

La guerra de los pueblos

En el mismo momento en el que Hitler disfrutaba del aire fresco del mar del Norte, una intensa actividad diplomática entre Londres, Varsovia, París y Bucarest estaba transformando el clima político en Europa, y fue entonces cuando el ímpetu hacia la guerra más amplia, la guerra que él no había previsto librar hasta varios años más tarde, finalmente se hizo imparable. En enero de 1939, los polacos habían vuelto a practicar el obstruccionismo ante las exigencias de Hitler. Ahora el constante son de los tambores de las reivindicaciones alemanas presagiaba el conflicto. Hitler insistió públicamente en la anexión de Danzig y Pozna´n, y Berlín obligó a Lituania a entregar la franja de tierra anteriormente prusiana que se había conocido con el nombre de Memel. Finalmente, los británicos y los franceses abandonaron la política de apaciguamiento y garantizaron a Polonia que le prestarían apoyo militar. Cuando los italianos invadieron Albania, también se lo garantizaron a Grecia y Rumanía.

El valor real que tenían estas garantías era una incógnita. Ni el Gobierno británico ni el francés querían luchar y esperaban fervientemente que las propias garantías actuaran como elemento disuasorio. Pero Hitler no se dejó engañar y reaccionó intensificando la relación de Alemania con la Italia fascista. «Unidos firmemente por la unidad interna de sus ideologías y la total solidaridad de sus intereses», decía el preámbulo a su tratado, «el pueblo alemán y el italiano también están resueltos a permanecer juntos y a luchar, uniendo sus esfuerzos, por afianzar su *Lebensraum* y mantener la paz en el futuro. De esta manera, como les ha prescrito la historia, Alemania e Italia desean, en un mundo de inquietud y desintegración, llevar a cabo la misión de asegurar los cimientos de la cultura europea».

Detrás de la pose pacifista, las preparaciones alemanas para la guerra se aceleraban. Los dos líderes habían acordado (o eso creía el Duce) que el momento óptimo para la guerra sería 1943. Pero la alianza italoalemana, la más importante para Alemania durante la segunda guerra mundial, nunca fue una relación basada en la confianza, y el día después de que se firmara el tratado, Hitler dijo a sus generales que planeaba atacar Polonia «en la primera oportunidad que tuviera». Munich le había convencido de la debilidad de las potencias occidentales y las armas, los caballos, el oro y las tierras checas habían reforzado poderosamente las capacidades del ejército alemán, permitiéndole reclutar el equivalente a otras diez divisiones más. No deseando involucrarse prematuramente en una guerra en la que estaba convencido que intervendrían Gran Bretaña y Francia, el Duce hizo que Hitler liberase a Italia de las obligaciones que le imponía su alianza. Pero en la última semana de

agosto a Hitler esto ya le importaba menos que lo que podría haberle importado antes, ya que, en lo que probablemente fue el mayor golpe diplomático de su carrera, había llegado a un extraordinario acuerdo con Stalin sobre Polonia. El Pacto Ribbentrop-Molotov, que establecía disposiciones para la partición del país, allanó el terreno para la invasión alemana.

A diferencia de Mussolini, Hitler creía que Francia y Gran Bretaña permanecerían al margen y que también Polonia sería aplastada rápidamente. A decir de todos, quedó sinceramente desconcertado cuando llegaron las noticias de que los británicos lucharían. Pero, de cualquier manera, creía que, como dijo a mediados de agosto, «la gran guerra debe librarse mientras él y el Duce todavía sean jóvenes».[17]El 22 de agosto, mientras Ribbentrop volaba a Moscú para firmar el pacto de no agresión, Hitler estaba en su refugio de montaña en Berchtesgaden, ofreciendo un discurso a los comandantes de mayor rango de su ejército. Las notas que se tomaron en ese momento indican con exactitud el tipo de guerra que preveía:

> Una lucha a vida o muerte… La destrucción de Polonia tiene prioridad. El objetivo es eliminar las fuerzas activas, no alcanzar una línea definida… Daré un motivo propagandístico para empezar la guerra, no importa si es verosímil o no. Al vencedor no se le preguntará después si dijo la verdad o no. Al comenzar o librar una guerra, lo que importa no es la razón, sino la victoria. Cierren sus corazones a la piedad. Actúen brutalmente. Ochenta millones de personas deben obtener lo que les corresponde por derecho. Se debe asegurar su existencia. El hombre más fuerte es el que tiene razón. La mayor dureza.[18]

El 1 de septiembre, mientras casi dos millones de soldados alemanes entraban en tropel en Polonia cruzando la frontera desde el oeste, el norte y el sur, el Führer hacía la siguiente proclama:

> ¡Para la Wehrmacht!
>
> El estado polaco ha rechazado la regulación pacífica de las relaciones de buena vecindad que me he esforzado por mantener y ha recurrido a las armas. Los alemanes de Polonia están siendo perseguidos mediante un terror sanguinario y están siendo expulsados de sus granjas. Una serie de infracciones fronterizas, de una naturaleza que no es tolerable para una gran potencia, demuestra que los polacos ya no están dispuestos a respetar las fronteras del Reich alemán. Para poner fin a esta locura, no me queda otra opción que enfrentarme a la fuerza con la fuerza.

Dentro del Reich, Goebbels había estado fomentando el sentimiento antipolaco, publicando historias alarmistas sobre el sufrimiento de los alemanes étnicos. El 11 de agosto dijo a los directores de los periódicos que «a partir de ahora, la primera página debe contener noticias y comentarios sobre ofensas polacas al *Volksdeutsche* y todo tipo de incidentes que muestren

el odio de los polacos hacia todo aquello que sea alemán». Esta ofensiva propagandística tuvo un enorme efecto sobre una población que estaba deseosa de recuperar las tierras que se habían perdido en 1918. «Todos los días los periódicos nos traen nuevas informaciones sobre el cruel trato que reciben los alemanes en Polonia, sobre las amenazas contra Danzig, y los insensatos y desvergonzados comentarios que hacen sobre el Reich los belicistas polacos», escribió un teniente. «Por consiguiente, a ninguno de nosotros nos sorprendió cuando el 25 de agosto, a las 6:00 h de la tarde, recibimos órdenes de prepararnos para salir.» «El *Volk* vuelve a la casa del *Volk*», escribió otro. «¿Donde está esa gente que una vez quiso poner límites a esta tierra? ¿Dónde estan aquellos que odiaban y se mofaban de la voz del pueblo y que creyeron que podrían amarrar a las comunidades desplazadas de un pueblo con las cadenas de Versalles?»[19]

No había nada especialmente nazi en recibir con los brazos abiertos una guerra cuyo objetivo era reparar los agravios de Versalles; gran parte de Alemania la respaldó. Lo que fue característico del régimen, y, desde luego, de sus partidarios militares, fue el extremismo de sus planes para convertir el conflicto en una cruda lucha racial contra los polacos. Los manuales de instrucción militar ofrecían a los soldados una nefasta descripción del polaco; ahora sus superiores la confirmaban. «¡Soldados de la 21.ª División! Esto es por el honor y la existencia de la patria», proclamó un general en la víspera de la invasión. «Prusia Oriental está en el peligro… Vamos a marchar sobre una antigua tierra alemana que nos fue arrancada por la traición de 1919. ¡En estas antiguas zonas del Reich nuestros hermanos de sangre han sufrido una espantosa persecución! Éste es el espacio vital del pueblo alemán.»[20]

Al alto mando del ejército no debió de cogerle desprevenido el hecho de que Hitler reescribiera las normas de la guerra. Cuando empezó la invasión, el general Von Brauchitsch, comandante en jefe del ejército, hizo hincapié en que los civiles no eran «sus enemigos» y que las tropas alemanas obedecerían las disposiciones de la legislación internacional. Aunque advirtió a los polacos de que se trataría con dureza a los saboteadores, los partisanos y los francotiradores, esto era coherente con la política militar de la primera guerra mundial; también lo era la toma de rehenes para asegurarse la obediencia de la población civil. Sin embargo, Hitler ya había dado a sus comandantes de más alto rango una señal de que sus planes exigían «la aniquilación física» de la población polaca, y de que planeaba el asesinato selectivo de miles de miembros de la élite intelectual, social y política del país. Al no estar seguro (y, como se demostraría posteriormente, no le faltaba razón en ello), de que el

ejército estuviera dispuesto a obedecer estas órdenes, recurrió a las SS de Heinrich Himmler para que las ejecutaran.

Como habían hecho en anteriores campañas, las SS formaron *Einsatzgruppen* (Grupos de Operaciones Especiales) especiales, muchos de ellos dirigidos por veteranos de las guerras fronterizas de 1919. Oficialmente, su tarea era asegurar la retaguardia del ejército, llevar a cabo tareas de vigilancia y combatir a los insurgentes. Pero sus instrucciones eran desconcertantemente imprecisas; después de unas deliberaciones con el ejército, se acordó que éstos «combatirían contra todos los elementos en territorio extranjero y detrás de las tropas de combate que sean hostiles al Reich y al pueblo alemán». A mediados de agosto fueron informados de las atrocidades que estaban cometiendo los polacos contra los civiles alemanes y advertidos sobre los planes polacos para organizar una resistencia mediante organizaciones secretas de saboteadores. (El movimiento clandestino de Pilsudski en la primera guerra mundial proporcionó el modelo para estas organizaciones.) Con el fin de adelantarse a ellas, el segundo de Himmler, Reinhard Heydrich, recibió órdenes del propio Hitler para que organizara «la matanza de varios círculos de dirigentes polacos, cuyo número ascendía a miles de personas». Al transmitir estas órdenes a sus hombres, Heydrich subrayó que «la fuerza motriz del movimiento de resistencia podría encontrarse en la intelectualidad polaca» y recalcó la idea de que en el contexto de esta lucha «todo estaba permitido». Las leyes de la guerra, de acuerdo con cualquier interpretación que se hiciera, se estaban dejando muy atrás.[21]

Tras haber aprendido de las campañas checas, el alto mando del ejército exigió que se le otorgara el control absoluto de todas las fuerzas desplegadas en Polonia. Quería poder manejar a las SS en particular, así como a los administradores civiles que se harían cargo del gobierno regional a medida que el frente avanzara. Pero no consiguió que las cosas se hicieran a su manera. La cuestión de si las unidades de las SS y la policía que acompañaban a las tropas estarían totalmente bajo el control del ejército quedó sin resolver. Y aunque Heydrich tuvo mucho cuidado de no suscitar el antagonismo de los generales, es obvio que vio la campaña polaca como una oportunidad para demostrar el valor de las SS. La desconfianza de Hitler respecto al ejército también era evidente; sus órdenes inmediatamente previas a la invasión otorgaron más independiencia a los administradores civiles respecto del ejército que la que habían tenido en el pasado. Todo esto alimentó los recelos del ejército, y, aunque las pruebas que demostrarían esta

cuestión son circunstanciales, parece que la inquietud acerca de exactamente qué había autorizado a hacer Hitler a las unidades de las SS indujo al ejército a solicitar nuevas reuniones con Heydrich. El 29 de agosto finalmente aprobaron oficialmente los planes de los Einsatzgruppen para arrestar hasta a 30 000 polacos.

Invadida desde tres flancos y al haberse movilizado tarde, Polonia se encontraba en una situación desesperada; los alemanes tenían el doble de soldados y el triple de aviones y tanques. Además, había más de 800 000 soldados soviéticos en la frontera oriental del país. Los polacos, que basaron su estrategia en la expectativa de que los británicos y los franceses acudirían rápidamente en su ayuda, pronto quedaron desilusionados: ninguno de sus socios planeaba atacar a Alemania durante la invasión inicial; esperaban que los combates quedaran empantanados, como había sucedido en la última guerra. La Luftwaffe, que gozaba del dominio aéreo, bombardeó los pueblos y las ciudades de Polonia y ametralló columnas de refugiados y trenes. No obstante, los polacos se defendieron con obstinación e infligieron cuantiosas bajas a los alemanes. El 9 de septiembre su Gobierno llamó a la resistencia armada general, e, incluso después de que se rindieran las tropas, los civiles continuaron luchando, produciendo precisamente el tipo de combate irregular que siempre sacaba lo peor de los soldados alemanes. Por primera vez desde que Hitler llegara al poder, sus tropas se veían enfrentándose a un enemigo muy decidido y escurridizo.

La conmoción fue palpable desde el principio. «Ha estalado una difícil batalla con bandas [polacas]… en cuyas líneas sólo se puede penetrar mediante el uso de medidas draconianas», observó el intendente general Eduard Wagner ya el 3 de septiembre. En realidad, el problema de la vigilancia se vio agravado por la extraordinaria velocidad del avance alemán: policías uniformados se vieron de repente en una zona de guerra, responsables de «pacificar» un área enorme contando con escasa preparación previa o información. Ese mismo día, el jefe de las SS, Himmler, dio la orden de que se «fusilara en el acto» a los «insurgentes».[22]

En realidad, ni los soldados ni los hombres de las SS habían esperado a recibir estas órdenes, y desde el 2 de septiembre en adelante, civiles polacos de todas las edades cayeron víctimas de las tropas de la primera línea, que a veces llevaban a cabo represalias por ataques de «partisanos», y otras veces simplemente asesinaban al azar. La pequeña ciudad de Złoczew fue una de las primeras en experimentar lo que decenas de miles de otras ciudades de toda Europa sufrirían en los seis años siguientes: quedó reducida a cenizas, y

fueron asesinadas casi 200 personas, entre ellas niños. En otro caso, un investigador militar informó de que 20 polacos, «presuntos criminales», habían sido fusilados sumariamente. Algunos de los atropellos más atroces fueron investigados porque el ejército aún no estaba tan acostumbrado a este nivel de violencia como lo estaría un año o dos después. Un soldado de las tropas de asalto de las SS y un sargento de la policía fueron arrestados por la policía militar por asesinar a cincuenta judíos. No obstante, aunque se enfrentaban a la pena de muerte recibieron una condena poco severa alegando que «debido a las numerosas atrocidades cometidas por los polacos contra los alemanes étnicos, se hallaban en un estado de irritabilidad».[23]

Estas atrocidades no eran meramente imaginarias. Efectivamente, el trato que los polacos habían dispensado a los alemanes étnicos desempeñó un importante papel a la hora de avivar «la guerra de los pueblos». Preocupados por las organizaciones clandestinas financiadas por los nazis y por las milicias de «autodefensa», los polacos habían cerrado muchas instituciones culturales y religiosas alemanas tras la invasión de Checoslovaquia, y, cuando empezó la invasión de Polonia, la policía arrestó a entre 10 000 y 15 000 miembros de la minoría basándose en listas preparadas y les obligaron a realizar marchas forzosas para alejarlos de las primeras líneas. Atacados por transeúntes y soldados polacos, murieron entre 1778 y 2200 alemanes, algunos por agotamiento o maltrato, otros en fusilamientos masivos.[24]

Cuando descubrieron las pruebas de estas muertes, los alemanes invasores se sintieron provocados a reaccionar de forma aún más violenta. En Bydgoszcz, el caso más tristemente célebre, cientos de alemanes de la zona habían sido asesinados debido a rumores de que había francotiradores disparando sobre las tropas polacas. El número de muertos ascendió a entre 700 y 1000 personas, y algunos de los cadáveres fueron terriblemente mutilados.[25] Cuando la infantería alemana entró en la ciudad y los encontró, arrestaron a varios miles de polacos, entre ellos maestros, sacerdotes, abogados, funcionarios y otros miembros de la «intelectualidad», y cualquiera que fuera señalado por un alemán de la zona como alguien involucrado en actividades antialemanas era inmediatamente fusilado. Aunque se formó un consejo de guerra en el ayuntamiento para juzgar a aquellos que ya habían sido detenidos, éste rápidamente quedó sobrepasado.

Al propio Hitler le indignaron las noticias de que se había asesinado a civiles alemanes en el llamado «Domingo Sangriento» y exigió una respuesta más contundente. En los días posteriores, el ejército entregó a más de 500 prisioneros a las SS para que fueran ejecutados, y en un peinado de un barrio

de la ciudad se hicieron otros 900 prisioneros, de los cuales 120 fueron fusilados en bosques y campos de las proximidades. Cincuenta estudiantes de una escuela local fueron ejecutados después de que uno de ellos disparase a un oficial alemán; el propio ejército fusiló a otros cincuenta «sacerdotes, maestros, funcionarios, operadores ferroviarios, funcionarios de correos y dueños de pequeños negocios». Las nuevas instrucciones exigían que cualquier civil al que se encontrase en posesión de armas fuese ejecutado en el acto. En total, se calcula que 1000 civiles polacos fueron ejecutados en las proximidades de la ciudad entre el 5 y el 13 de septiembre, y nada menos que 5000 en la región.[26]

Este episodio concreto, uno de los más violentos de toda la campaña, hace pensar que existían diversas motivaciones para la brutalidad que mostraron los alemanes durante la invasión. Muchos de los asesinados fueron rehenes a los que se detuvo de acuerdo con pautas militares draconianas, pero normales, para que fueran fusilados en represalias. Más que de la política racial nazi, fueron víctimas del modo que tuvo la Wehrmacht de combatir la guerra de guerrillas, y las tropas alemanas y las de los Habsburgo habían actuado de forma similar en 1914 al ser atacadas por francotiradores y guerrilleros. Pero las tropas también se veían a sí mismas como vengadoras en una «guerra de los pueblos» entre alemanes y polacos. Por encima de todos estuvo el propio Hitler, que desempeñó un papel decisivo a la hora de marcar la pauta; fue el Führer quien insistió en que los crímenes alemanes quedaran impunes y en que la respuesta a cualquier oposición polaca fuera aumentar cada vez más la violencia.

Dentro del ejército había síntomas de intranquilidad. En un principio, la orden de Himmler del 3 septiembre de fusilar en el acto no llegó al conocimiento de muchos oficiales del ejército y finalmente fue rescindida. Pero a los generales les preocupaba la creciente falta de disciplina y el embrutecimiento de sus propios hombres. Como observó un jefe del Estado Mayor de división: «los primeros días de la guerra ya han demostrado que los soldados y que parte de los oficiales que no tienen experiencia en la guerra, o no recibieron ninguna instrucción, o no recibieron la suficiente… El nerviosismo y la inseguridad instintivos, y los correspondientes fusilamientos e incendios que se llevan a cabo sin inhibiciones, son una vergüenza para la disciplina y la reputación del ejército, destruyen innecesariamente viviendas y provisiones, y provocan muchas dificultades a la población que indudablemente podrían haberse evitado».[27]

Algunos comandantes también estaban empezando a caer en la cuenta de lo lejos que llegaban las intenciones que tenía Hitler respecto a los polacos y les preocupaba la reputación del ejército y el posible efecto que ello podría tener en el trato que en el futuro dispensarían los ejércitos extranjeros a los soldados alemanes si éstos participaban en el «exterminio étnico [*volkstümliche Ausrottung*]». No obstante, no contaron con el apoyo de sus superiores. El 7 de septiembre, Heydrich dio órdenes secretas a sus escuadrones de la muerte para que «el exterminio de los polacos más importantes» ya se hubiera completado a principios de noviembre. Cinco días después, cuando intentó que el ejército acelerara la matanza de «la nobleza, el clero católico y los judíos», el almirante Canaris, comandante del Abwehr, expresó su horror. «El mundo hará responsable de estos métodos a la Wehrmacht, ante cuya mirada tendrían lugar estas cosas», advirtió Canaris al general Wilhelm Keitel, jefe del Alto Mando de las Fuerzas Armadas. Pero lo único que le dijo el acomodaticio Keitel fue que la política era de Hitler, y que si el ejército no quería involucrarse, se confiaría la tarea a las SS y a los administradores civiles que sucedieran al ejército. Después de nuevas reuniones, entre las cuales hubo una entre el general Brauchitsch y el Führer, Brauchitsch dijo a sus comandantes de campo de más alto rango que «se ha ordenado a los Einsatzgruppen que lleven a cabo determinadas tareas étnico-políticas en las zonas ocupadas, de acuerdo con instrucciones del Führer», y que éstas quedaban «fuera de las responsabilidades del oficial que esté al mando en la zona». Los mandamases del ejército sencillamente se lavaron las manos respecto a todo el asunto.

Esto no es nada menos que lo que exigía el Führer. A comienzos de octubre Hitler había proclamado una amnistía general para todos los soldados alemanes que hubieran sido declarados culpables de crímenes durante la invasión, una medida que se interpretó generalmente, y sin duda correctamente, como una luz verde para la «dureza» que emplearían las tropas en el futuro. Su ayudante observó que Hitler estaba harto del «sentimentalismo llorón» de la Wehrmacht; posteriormente criticó al general Von Blaskowitz, el comandante del ejército en Polonia, por su «actitud infantil» cuando este último impuso duros castigos a algunos hombres de las SS por sus crímenes de guerra y se quejó abiertamente de las fragantes violaciones de las normas internacionales.[28]

En medio de la violencia, tardó algún tiempo en surgir la forma del futuro que aguardaba a Polonia. Como apuntó posteriormente el intérprete del Führer: «¡Los nazis no dejaban de hablar de un Reich de mil años, pero no

eran capaces de hacer planes para los próximos cinco minutos!». El rápido avance de la Wehrmacht supuso que el 8 de septiembre las unidades alemanas ya hubieran tomado el Corredor, ya hubieran llegado a las afueras de Varsovia y ya hubieran dejado aisladas a una gran cantidad de fuerzas polacas alrededor de Pozna´n. No obstante, a mediados de septiembre, mientras Varsovia todavía se resistía y Mussolini presionaba para que se llegara a un acuerdo de paz negociado, Hitler y sus asesores se debatían entre varios panoramas posibles. Uno era una «Cuarta Partición», como se la llamó, entre Alemania y la URSS; otro era permitir la existencia de un pequeño resto de estado polaco después de que Alemania se hubiera anexionado sus territorios occidentales; y un tercero era dividir incluso este resto de Polonia (al estilo de la solución checa) para crear un pequeño estado ucraniano en el sureste de Polonia. Sin embargo, todos ellos tenían desventajas desde el punto de vista alemán, y el último no tenía la menor posibilidad de contar con la aprobación de Stalin. (Tras haber puesto fin al problema polaco, lo último que quería hacer era reabrir el ucraniano.)**[29]**

El factor ruso resultó ser decisivo. Alarmado ante la facilidad con la que avanzaban los alemanes, el Ejército Rojo había penetrado sin miramientos en Polonia oriental a mitad del desarrollo de la invasión alemana, dando a Hitler, a su vez, una desagradable sorpresa por la rapidez con la que también tomó el poder. Las tropas alemanas y las soviéticas coincidieron, en la mayoría de los casos de forma pacífica, a lo largo de la línea de demarcación y en Brest-Litovsk, el lugar donde Alemania había vivido su momento de triunfo veinte años atrás, y celebraron un desfile de la victoria conjunto antes de que la Wehrmacht se retirase. Pero ahora el Ejército Rojo estaba peligrosamente cerca. Hitler todavía estaba tendiéndole la mano a los británicos en son de paz, y los italianos también querían que tratara a Polonia de una forma que no impidiera una solución diplomática con Londres y París. Por consiguiente, en un discurso sorprendentemente moderado que ofreció el 19 de septiembre, Hitler hizo hincapié en que «nuestros intereses tienen un carácter muy limitado», y alabó al «soldado polaco», lamentando al mismo tiempo el asesinato de «miles de *Volksgenossen*».

Stalin, por otro lado, no quería que sobreviviera ningún tipo de estado polaco en absoluto. Es más, ofreció a los alemanes territorios adicionales en Polonia oriental en torno a Lublin a cambio de que reconocieran que Lituania estaba incluida dentro de su esfera de influencia, y esto también tenía su atractivo para los alemanes, que empezaron a pensar en esa zona como una posible «reserva» para los judíos. Mientras septiembre tocaba a su fin sin que

hubiera síntomas de que los británicos estaban interesados en llegar a un acuerdo, las conversaciones privadas de Hitler hacían pensar en un resultado trascendental. Polonia desaparecería del mapa, y el territorio que había quedado bajo control alemán sería dividido en tres zonas homogeneizadas étnicamente, con los polacos en el medio, actuando como tapón entre los territorios ampliados del Reich hacia el oeste y una pequeña reserva judía en la frontera soviética:

> 1. Entre el Vístula y el Bug: esto sería para todos los judíos [del Reich] así como de todos los demás elementos inestables. Construir un muro infranqueable en el Vístula que sea más sólido aún que el del oeste.
>
> 2. Crear un amplio cordón de territorio a lo largo de la antigua frontera para que sea germanizado y colonizado. Ésa sería una tarea muy importante para toda la nación: crear un granero alemán, un campesinado fuerte, para reasentar a los buenos alemanes de todo el mundo.
>
> 3. En medio, algún tipo de estado polaco.[30]

De este modo, Polonia occidental se convertiría en el sector crucial para la expansión del Reich. Alemania recuperaría territorios anteriormente prusianos y muchos más además de ellos, y los repoblaría con colonos. Los polacos «racialmente valiosos» serían germanizados, mientras que los «alborotadores» que hubiera entre «los intelectuales polacos» serían eliminados. «En un espacio de treinta años», observó su ayudante, Hitler quería que «la gente atravesara el país con su coche y que no hubiera nada que le recordara que hubo un tiempo en que estas regiones habían sido objeto de disputas entre alemanes y polacos».[31]

Obviamente, el ejército no deseaba verse involucrado en una tarea tan criminal, que iba mucho más allá incluso de aquello de lo que se le había pedido que fuera cómplice durante la propia invasión. La Wehrmacht conservaba una gran presencia en Polonia, la cual contribuyó, en particular, a aplastar los últimos focos esporádicos de resistencia y a ocuparse de la frontera con la URSS. Pero la administración de la ocupación se puso en manos de civiles que estaban fuera de la cadena militar de mando, y la Polonia occidental quedó lista para su anexión. Hitler y sus asesores tardaron más de un mes en decidir hasta dónde ampliarían el dominio alemán más allá de las antiguas fronteras prusianas. A varios de los más informados entre ellos les preocupaba la absorción de territorios que tuvieran poblaciones principalmente polacas; temían que su germanización resultara demasiado difícil. Por otro lado, varios *Gauleiters* de las regiones fronterizas querían ampliar sus feudos, mientras que Göring exigía disponer de un cómodo acceso a la ciudad industrial de Łódź. Y también había razones estratégicas

para empujar la frontera de Alemania mucho más al este. Finalmente, después de unos debates que ocuparon todo el mes de octubre, Hitler decretó una nueva frontera que discurría profundamente por el interior de la Polonia de antes de la guerra. El destino de Łódź quedó decidido tras una visita que realizaron al lugar Himmler, Goebbels y el ministro del Interior, Wilhelm Frick. Se crearon dos *Reichsgaue* completamente nuevos: uno en torno a la ciudad de Danzig, y otro que finalmente incluyó tanto a Pozna´n como a Łódź, y se ampliaron las fronteras de las provincias de la Alta Silesia y Prusia Oriental. Ésta era la versión fantásticamente ampliada por Hitler de la idea del muro fronterizo de la primera guerra mundial. Es evidente que no sentía ninguna aprensión ante el reto que tenía por delante: en el territorio que había de ser incorporado al Reich vivían 8,9 millones de polacos, 603 000 judíos y apenas 600 000 alemanes.[32]

Para germanizar estas tierras conquistadas lo más rápido posible, Hitler evitó tanto al ejército como a los ministerios civiles y escogió a compañeros del Partido que sólo habían de rendirle cuentas a él. Dos de ellos eran implacables rivales que habían dirigido el aparato nazi del Danzig de antes de la guerra: el *Gauleiter* del Partido de allí, Albert Forster, y Arthur Greiser, que se dirigió al sur para crear un nuevo cuartel general en Pozna´n. Greiser tenía muchas ganas de demostrar su valía en este prestigioso nuevo cargo, (y el hecho de que hubiera ingresado en el Partido Nazi relativamente tarde y, lo que era aún peor para Hitler, que hubiera sido francmasón en el pasado, no era uno de los motivos menos importantes para ello), y abrazó el programa del Führer. «Liquidaría a los intelectuales polacos dondequiera que pensara que estuviese justificado», le confió Hitler con aprobación a un asesor. «Ellos nos habían matado antes, uno no debería acobardarse ante la tarea cuando se trate de librarse de los alborotadores.»[33]

Parece que Hitler todavía seguía confiando en poder convencer a las potencias occidentales de que el dominio alemán realmente proporcionaría estabilidad a Europa oriental. El 6 de octubre, el día después de su visita triunfal a las ruinas bombardeadas de la recién conquistada Varsovia, pronunció un extenso discurso de victoria ante el Reichstag. Hablando todavía en términos que presuponían la continuación de la existencia de un resto de estado [*Reststaat*] polaco, aunque para entonces esto ya no era más que un mensaje de cara a la galería, Hitler insistía en que éste tendría que ajustarse a las prioridades impuestas desde Berlín: unas fronteras alemanas estables, un nuevo orden económico y, lo más importante de todo, «un reasentamiento de las nacionalidades» para poner fin a «una causa de persistente fricción

internacional». Según sus palabras, lo único que quería era mejorar lo establecido en Versalles y llevar la paz a Europa oriental. «Las revisiones del Tratado de Versalles que yo llevé a cabo», continuaba, «no han provocado el caos en Europa. Al contrario, constituyeron requisitos previos para la creación de unas circunstancias claras, estables y, por encima de todo, tolerables, en esta zona». Planteando la posibilidad de una conferencia de paz con Inglaterra, hizo hincapié en que Alemania y Rusia estaban estabilizando «esta zona de agitación». «Para el Reich alemán, esta misión, que no se puede considerar imperialista, supone una ocupación que durará de cincuenta a cien años… Al final, todo esto beneficia a Europa.»[34]

Se trataba de una concepción de lo más singular acerca de lo que tenía posibilidades de resultar tranquilizador para los británicos. Tal como estaban las cosas, éstos ya no confiaban en nada de lo que dijera y dejaron claro que no estaban interesados en llegar a ningún tipo de acuerdo. «Ya ha desaparecido cualquier posibilidad de llegar a un acuerdo», observó el ministro de Exteriores italiano Ciano, en un tono profundamente pesimista. Hubo dos consecuencias inmediatas. En primer lugar, Hitler se preparó para una ofensiva contra Francia, y en segundo lugar, tomó una decisión sobre Polonia. El día después de su discurso, puso a Himmler a cargo de una nueva tarea: fortalecer el «Pueblo Alemán» trayendo a los alemanes étnicos «de vuelta» al Reich para que pudieran ser reasentados en los territorios recientemente conquistados. «Polonia está acabada», observó el ministro de Propaganda Goebbels (que era uno de los ministros más antipolacos de Hitler) el 10 de octubre. «Ya nadie habla de una restauración del antiguo estado polaco.» Hitler creó un resto de estado que se conoció como el Gobierno General, el cual puso bajo el control de su antiguo abogado personal Hans Frank, en esa parte del país, entre Varsovia y Cracovia, cuya anexión no estaba prevista. A finales de octubre, cuatro meses antes de lo planeado, la Polonia ocupada por Alemania ya estaba totalmente bajo control civil. «Los militares son demasiado blandos y conciliadores», escribió Goebbels en su diario, añadiendo posteriormente, después de una conversación con Frank: «Están desarrollando una política gallina de burgueses en lugar de una con conciencia racial. Pero Frank logrará que las cosas se hagan a su manera». El alto mando del ejército se alegró de lavarse las manos respecto a Polonia y pasó a centrar su atención en la próxima ofensiva en el oeste.[35]

Aunque los alemanes también habían instaurado un Gobierno General en Polonia durante la primera guerra mundial, éste no ofrecía ninguna clase de modelo para lo que Hitler tenía en mente. Había una diferencia abismal entre

una ocupación tradicional y socialmente conservadora llevada a cabo de acuerdo con los principios de las leyes de guerra y la versión nazi, mucho más violenta, empeñada en llevar a cabo un cambio sociopolítico y demográfico a lo largo de un período de «cincuenta o cien años». El gobernador general del Kaiser había sido un hombre del ejército, el general Hans von Beseler, mientras que Hans Frank era un mandamás del Partido. Von Beseler había formado una asamblea de aristócratas polacos y había prometido al país algún tipo de independencia; Frank fue el responsable de la masacre de la élite polaca y representaba la alternativa a cualquier tipo de autonomía. Los polacos serían convertidos en una fuerza de trabajo esclava, con una educación mínima, para servir a los alemanes, y no tendrían la necesidad de políticos propios en el futuro. «El Führer no tiene ninguna intención de asimilar a los polacos», escribió Goebbels. «Se les va a confinar a la fuerza en su estado truncado y se les va a abandonar completamente a su suerte… Conocemos las leyes de la herencia racial y podemos ocuparnos de las cosas de acuerdo con ellas.» La rígida demarcación racial de acuerdo con una base correctamente «científica» era, según los nazis, la única forma de lograr una «paz perpetua» entre los dos pueblos.[36]

Este espantoso destino, no obstante, era el que aguardaba a los polacos en particular, y no a los eslavos en conjunto. A pesar de la retórica que los nazis utilizaron en la teoría, y que plasmaron cada vez más en la práctica, los científicos raciales y los asesores políticos distinguían entre distintos grupos de eslavos. A los eslovacos se les permitió gobernarse a sí mismos, e incluso en el Protectorado de Bohemia y Moravia los alemanes gobernaron a través de una burocracia checa y de un presidente decorativo checo, algo que se les negó a los polacos. «Los principios aplicados al Espacio de Bohemia y Moravia no podrían aplicarse al Espacio polaco debido al desenfrenado carácter polaco, que quedó claramente de manifiesto durante la campaña polaca como un elemento que requiere un método de dominación diferente», explicó posteriormente un periodista alemán en Polonia. En otras palabras, fue la fuerza de la resistencia polaca durante la invasión lo que había sido decisivo para descartar que allí se diera una solución política checa. Pero resulta difícil imaginar que los alemanes hubieran tratado alguna vez a los polacos como trataron a los checos, dadas las décadas de odio que había habido entre ellos.[37]

Aunque después de la derrota de Polonia hubo algunos en las SS que estuvieron dándole vueltas a la idea de fusilar también a los intelectuales checos, esta idea nunca se aplicó de forma sistemática. En noviembre de

1939, se llevaron a cabo arrestos en masa de académicos tanto en Cracovia como en Praga, y se envió a varios miles de ellos a campos de concentración. Las universidades de ambos países se cerraron indefinidamente de acuerdo con la decisión nazi de eliminar la educación superior en toda Europa oriental. No obstante, en Praga, Von Neurath siguió gozando de la confianza del Führer al mismo tiempo que emprendió un rumbo más moderado. Era un conservador a la vieja usanza, no un nazi, y Hitler estuvo encantado de permitirle hacer cualquier cosa que mantuviera la paz política y las fábricas funcionando. El Gobierno logró seguir financiando la Academia Checa de las Artes y las Ciencias, y las raciones checas siguieron siendo tan cuantiosas como las del propio Reich, si es que no fueron mayores. Las huelgas parciales se reprimieron sin derramar demasiada sangre. Cuando Hans Frank visitó el protectorado, observó con sorpresa que

> había grandes carteles rojos en Praga que anunciaban que hoy habían sido fusilados siete checos. Me dije a mí mismo: si yo quisiera colgar un cartel por cada siete polacos que hubieran sido fusilados, todos los bosques de Polonia no bastarían para producir el papel necesario para esos carteles.**[38]**

Como da a entender este comentario, el destino del Gobierno General fue mucho más penoso. Como primera nueva «colonia» alemana, estaría gobernada directamente desde Berlín, en lo que constituía un nuevo ejemplo de cómo la guerra y la conquista estaban ampliando el alcance del poder personal del Führer y reduciendo el alcance de lo que un estudioso ha llamado «el mundo conceptual jurídico de la administración alemana». Era, como escribió un periodista del Partido, «un tipo completamente nuevo de unidad administrativa dentro del área de protección del Gran Reich Alemán». El abogado Werner Best, de las SS, fundador de la Oficina Principal de la Seguridad del Reich (RSHA), que se suponía que tenía que coordinar la vigilancia de la seguridad en todo este imperio nazi que estaba en constante expansión, veía el Gobierno General como «la primera piedra» de un nuevo *Grossraum* continental. El propio Frank, ambicioso, inteligente, histriónico y profundamente corrupto, instauró su propio minigobierno en Cracovia con sus propios consejos de ministros, ministerios y secretarios estatales. Pronto se le conoció irreverentemente como «el Rey de Polonia», y a su dominio como *Frankreich*.**[39]**

A veces Frank hablaba del Gobierno General como «un estadoprotectorado, una especie de Túnez», y otras veces como una «reserva de vida» para «el pueblo polaco». Pero se suponía que la propia Polonia como término desaparecía, y se disuadía del uso de cualquier referencia a los

«territorios polacos ocupados», como se les había llamado en septiembre, por si con ello se pudiera dar a entender que el país gozaba de una media vida legal. La teoría internacional sobre la ocupación militar, tal como había surgido durante el siglo anterior, había establecido claramente el carácter provisional de la autoridad de una potencia ocupante y había afirmado la continuidad de la soberanía del enemigo derrotado; desde el punto de vista oficial, sólo un tratado de paz tenía la capacidad de transferir la soberanía de un estado a otro. El Ministerio de Exteriores, por consiguiente, aconsejó cínicamente omitir cualquier referencia a los «territorios ocupados» en la designación del Gobierno General, ya que esto podría implicar obligaciones legales «por las que nosotros indudablemente no deseamos vernos constreñidos».

Los abogados del ejército eran los más reacios a arrojar por la borda las normas legales internacionales. A mediados de abril de 1940, preparándose para la guerra en el oeste, el Mando Supremo de las Fuerzas Armadas (OKW) preguntó si Polonia todavía existía *de iure*, una cuestión que afectaba a cómo se habría de tratar a cualquier prisionero polaco que pudiera ser capturado en Francia. El Ministerio de Exteriores contestó que no: la guerra con Polonia había acabado tras la decisión de Hitler de poner fin a la administración militar del país. Los tratados con la Unión Soviética y Eslovaquia se habían referido al «estado polaco existente hasta la fecha» o al «antiguo estado polaco». A los suecos, que habían aceptado proteger los intereses polacos, se les dijo con firmeza que Polonia ya no existía. Aun así, los diplomáticos no deben de haberse sentido muy seguros de sus argumentos, ya que pidieron que sus consejos no se hicieran públicos.**[40]**

Después de la caída de Francia, ante la perspectiva de las nuevas ocupaciones militares que se avecinaban en el norte y el oeste de Europa, los abogados volvieron sobre la cuestión. En la Academia de Derecho Alemán, los tradicionalistas sostenían con audacia que la anexión unilateral de territorio polaco y la posterior ocupación del Gobierno General eran ilegales; otros discrepaban: adoptaban la postura nazi de que era el Führer quien hacía la ley. Los intérpretes moderados indicaban prudentemente que la condición legal exacta del Gobierno General seguía sin estar clara. De nuevo se instó a omitir cualquier referencia a «los territorios ocupados» en cualquier designación del Gobierno General por temor a que se hicieran comparaciones perjudiciales con el trato mucho más convencional que se daba a los franceses y a los belgas que estaban bajo el control de la Wehrmacht. A consecuencia de ello, cuando se reunió con Frank en Berlín poco después de la caída de

Francia, Hitler dio instrucciones de que se cambiase la designación y, desde el verano de 1940, lo que quedaba de Polonia pasó a conocerse simplemente como «el Gobierno General». Hitler le dijo a Frank que de esta manera quedaría claro que el territorio del Gobierno General seguiría formando parte del «territorio del Reich alemán [*deutsches Reichsgebiet*]» para siempre. Polonia había desaparecido.[41]

4

La partición de Polonia

«Esta guerra ofrece la oportunidad a Alemania, quizá por última vez en la historia mundial, de asumir decisivamente su misión colonizadora en el Este… No debe dejarse disuadir por las palabras; en lugar de ello, debe comprometerse con la acción decidida; [nos] exige que nos acostumbremos con el tiempo a la idea de un reasentamiento de grandes masas de personas.» Estas frases se podrían haber escrito fácilmente en 1939 o 1940. Pero en realidad están extraídas de una serie de planes mucho más antiguos que se redactaron en 1915 bajo el título de «La tierra sin hombres» (*Land ohne Menschen*), el plan concebido en Berlín durante la guerra para empujar la frontera racial entre alemanes y eslavos hacia el este y crear un muro de agricultores alemanes en territorio polaco. Como hemos visto, era una idea que atraía a muchos de los responsables de formular las políticas alemanas, y a muchos intelectuales y planificadores alemanes, y sólo la derrota impidió que se hiciera realidad.[1]

Por consiguiente, los nazis no fueron, desde luego, los primeros nacionalistas alemanes que pensaron en soluciones radicales para el problema polaco mediante la colonización y la expulsión. No obstante, los funcionarios del Tercer Reich no se inspiraron demasiado en estos debates anteriores para planificar lo que harían una vez que Polonia hubiera sido derrotada. Que los antiguos territorios prusianos se reincorporarían al Reich era evidente. Pero ¿qué había de sus habitantes, que en su abrumadora mayoría eran polacos? Y, ¿qué había también de la súbita decisión de Hitler de anexionarse una enorme cantidad de tierra que nunca había sido prusiana en absoluto, una decisión que inmediatamente dobló el número de polacos que quedarían incluidos dentro de la nueva frontera alemana? Algunos expertos académicos habían especulado antes de la guerra sobre la posibilidad de «mejorar» a los polacos

librándolos de la «dominación judía». Pero una política de este tipo era demasiado propolaca para lo que Hitler tenía en mente. Éste quería destruir por completo la clase dirigente de los polacos, y sus deliberaciones de agosto y septiembre se centraron en la «limpieza política general» necesaria para lograrlo. A consecuencia de ello, fueron ejecutados aproximadamente 50 000 polacos y 7000 judíos durante la invasión. No obstante, no había ningún plan, o eso parecería, que indicara lo que se habría de hacer con los restantes millones de la población polaca, ni, lo que era aún más asombroso, ningún plan para identificar a los colonos alemanes que se suponía que habían de llegar y constituir un nuevo muro fronterizo frente a ellos. Era como si, en comparación con el entusiasmo con el que Hitler y sus socios planificaron los aspectos destructivos de sus tareas, se pudiera dejar que todo lo demás se desarrollara por sí mismo sin tener que prestarle demasiada atención.[2]

Aunque los nazis se negaban con determinación a aceptar esta realidad, el déficit demográfico fundamental había seguido siendo el mismo durante por lo menos un siglo. Pero sencillamente no había suficientes alemanes disponibles que desearan ser reasentados en territorio polaco. Este problema era especialmente grave para los nazis dado su extremado racismo biológico y su aversión a la idea de convertir a los polacos en alemanes a través de la asimilación cultural. Según cálculos aproximados polacos, más del 90 por 100 de la población de los territorios anexionados por el Reich eran polacos (los cálculos aproximados de los nazis sólo eran un poco más optimistas). Para empeorar aún más las cosas, cada vez se habían ido trasladando más alemanes hacia el oeste, no sólo desde la Polonia de entreguerras, sino incluso desde el interior del propio Reich. Entre 1937 y 1938, la emigración alemana desde Prusia Oriental se disparó; pudieron observarse tendencias migratorias similares en Silesia, Baviera e, irónicamente, incluso en los Sudetes. Desde el punto de vista del régimen, la conquista llegó justo a tiempo para impedir que los propios alemanes traicionaran los intereses nacionales por su abandono de las zonas fronterizas.

En cuanto a las comunidades de alemanes étnicos que se hallaban más allá de las fronteras del Reich, la política nazi posterior a 1933 había consistido en mantenerlas donde estaban y usarlas como quintas columnas cuando se deseara; la presunta preocupación de Berlín por la difícil situación de las grandes minorías de Europa central le permitió entrometerse en los asuntos húngaros y rumanos. Pero del mismo modo esto hacía imposible que las propias minorías fueran reasentadas en Polonia occidental. Sólo en un caso diplomáticamente sensible no se siguió esta política. Después de que el

Anschluss llevara el Reich hasta la frontera de Italia, Hitler mostró un enorme interés en tranquilizar a Mussolini asegurándole que no usaría la minoría alemana de Italia contra él y en 1938 inició negociaciones con Roma para «trasladarlas» al Reich. Se firmó un acuerdo básico en junio de 1939, que fue un elemento fundamental para consolidar la alianza del Eje, y se hizo a Himmler responsable de repatriar al primer grupo de entre 9000 y 10 000 ciudadanos del *Reichsdeutsche*, mientras continuaban las negociaciones sobre el destino del resto, que eran, en su mayor parte, antiguos ciudadanos súbditos de los Habsburgo.[3]

Las conversaciones con Italia se prolongaron, y las cantidades que estaban involucradas en ellas no eran grandes, pero sentaron un precedente. Y sólo unos meses después, la idea de repatriar sistemáticamente a los alemanes étnicos repentinamente adquirió una urgencia completamente nueva debido al Pacto Molotov-Ribbentrop y a la invasión soviética de Polonia oriental. Esto provocó nerviosismo en las repúblicas bálticas, especialmente una vez que Moscú empezó a exigir también el estacionamiento de sus tropas en la zona. Los aterrorizados líderes alemanes de las repúblicas bálticas temían caer en manos del Ejército Rojo y le recordaron a Himmler las matanzas que los bolcheviques habían llevado a cabo en Riga al final de la primera guerra mundial. En Berlín, en medio de un clima próximo al pánico, Hitler decidió disponer que se les trajera «de vuelta a casa, al Reich», aunque sólo fuera para garantizar que no hubiera ningún conflicto con los rusos. Por consiguiente, un mes después de su primera visita a Moscú, que hizo época, se volvió a enviar a Ribbentrop allí para que lo organizase. Gracias a los soviéticos, o más exactamente al miedo que les tenían los alemanes bálticos, se halló de repente una nueva provisión de colonos para Polonia occidental. El régimen trató de aparentar que había estado planeando esto desde el principio; pero en realidad tan sólo había estado reaccionando ante los acontecimientos.[4]

A comienzos de octubre, varios buques alemanes de pronto se hicieron al mar y se dirigieron a los puertos bálticos de Riga, Tallinn y Liepaja. Mientras todavía estaban en camino, Hitler pronunció su discurso de «oferta de paz» ante el Reichstag. Pero en vista de estos acontecimientos podemos ver que sus emolientes palabras no sólo estaban dirigidas a Londres. Su afirmación de que «los fragmentos de la nación alemana» serían retirados de Europa oriental y suroriental y devueltos al Reich para impedir nuevos conflictos claramente tenían el objetivo de tranquilizar a Stalin y evitar un conflicto innecesario con Rusia.

Los primeros barcos atracaron en los puertos bálticos el 7 de octubre para repatriar a aquellos alemanes que desearan marcharse el mismo día que Himmler fue nombrado jefe de la Comisaría Política del Reich para el Fortalecimiento del Pueblo Alemán (RKFDV). «Las consecuencias del Tratado de Versalles en Europa ya han sido abolidas»: así comenzaba el decreto que lo nombraba en su cargo. «A consecuencia de ello, el Gran Reich Alemán puede ahora traer y asentar dentro de su territorio a los alemanes que hasta ahora se han visto obligados a vivir en el extranjero y también puede disponer el asentamiento de los grupos de población dentro de su esfera de interés de tal manera que queden divididos los unos de los otros de forma más satisfactoria.» Éste fue el auténtico comienzo de la nueva política de población para la Polonia ocupada. No había habido ningún plan general; simplemente una reacción, impulsada por el pánico, ante una crisis regional que después el régimen presentó de un modo distinto, como una importante iniciativa política. Pero Himmler fue capaz de convertir esto, de forma brillante, en un medio para ampliar el poder de las SS en Polonia y en otros lugares. En muchos sentidos fue el auténtico comienzo de la transformación que experimentaron durante la guerra las SS, que pasaron a convertirse en un estado dentro del estado.[5]

El RKFDV tenía tres cometidos: supervisar la repatriación de los alemanes étnicos desde el extranjero; mantener bajo vigilancia a los polacos y los judíos de la Polonia ocupada con el fin de «eliminar» su «influencia perniciosa»; y, desalojándolos en cantidades suficientes, permitir el reasentamiento de los alemanes entrantes en los territorios occidentales anexionados, en particular. El programa de reasentamiento, que comenzó en los estados bálticos, Polonia oriental y Rusia para impedir conflictos con el aliado soviético de Alemania, creció bajo la dirección de Himmler hasta convertirse en un enorme proyecto de ingeniería de población que acabó expulsando a centenares de miles de polacos y judíos de sus hogares en Polonia occidental, alimentando el impulso que condujo al genocidio, y trayendo simultáneamente a centenares de miles de alemanes étnicos como colonos. A los nazis les importaba poco que los recién llegados, especialmente los prodecentes de Rusia, no hablaran bien el alemán, llevasen ropas extrañas y tuvieran sus dentaduras en un estado «catastrófico», padecieran de raquitismo y de un alto grado de senilidad prematura: eran alemanes, parecían haber salvaguardado su pureza racial y podían emplearse para colonizar el «este recién recuperado». En un discurso pronunciado el 6 de octubre, Arthur Greiser, el *Gauleiter* de la nueva provincia de Warthegau,

explicó resumidamente el objetivo que Hitler le acababa de marcar: «De aquí a diez años, no quedará aquí una sola parcela de tierra que no sea alemana; todos los terrenos cedidos por el estado pertenecerán a los colonos alemanes. Ya están viniendo desde todas las provincias del Reich, desde los estados bálticos, desde Lituania, Rumanía, Rusia y el Tirol para establecerse en esta región. Acudieron hasta aquí todos, sin excepción, para librar una lucha sin piedad contra el campesinado polaco».[6]

En los estados bálticos, los agentes alemanes presentaban unas perspectivas halagüeñas para aquellos que se embarcaran para ir al Reich. Los artículos propagandísticos describían las granjas aseadas, pero aparentemente inhabitadas, que esperaban a los nuevos dueños. En realidad, aquellos que esperaban la repatriación no cayeron en el engaño y muchos de ellos sabían muy bien que se estaba expulsando a los polacos para hacerles sitio. Su motivo para marcharse no fue un compromiso con la causa nazi, sino el miedo a quedarse si los soviéticos tomaban el poder. Alcanzar un acuerdo sobre reivindicaciones económicas con los gobiernos bálticos llevó algún tiempo; y al menos 7000 alemanes se negaron en rotundo a irse. Pero la mayoría se mostró deseosa de marcharse y se fue en menos de dos meses. El terror a la aproximación del dominio soviético llevó también a muchos letones y estonios a solicitar también el traslado, afirmando a menudo que tenían parientes alemanes u otro tipo de vínculos. El terror era aún mayor entre los alemanes de Volinia que vivían en Polonia oriental. Muchos de ellos habían sido deportados por las autoridades zaristas durante la primera guerra mundial, y estaban familiarizados con las deportaciones llevadas a cabo desde las zonas fronterizas soviéticas en la década de 1930. Cuando se anunció la noticia de que ellos también serían reasentados, se mostraron encantados. Para cuando los primeros grupos partieron a finales de diciembre, tres meses de dominio soviético ya habían aumentado su deseo de marcharse. De hecho, muchos no alemanes, entre ellos polacos, ucranianos e incluso judíos, arriesgaron sus vidas al rogar ser incluidos en estos convoyes: se admitió a unos cuantos ucranianos y polacos. A los judíos no.[7]

Los barcos procedentes del Báltico atracaron en los puertos de Prusia Oriental a mediados de octubre mientras bandas de música tocaban y se pronunciaban discursos que celebraban el «regreso al hogar» de los recién llegados. Al mismo tiempo que los equipos de las Juventudes Hitlerianas ondeaban banderas para recibirlos, se vaciaban rápidamente casas para ellos mediante expulsiones «salvajes» y se obligaba a sus dueños polacos a abandonarlas a la fuerza. Las víctimas tenían poco tiempo para hacer el

equipaje, y a cada una de ellas sólo se le permitía llevar consigo una maleta, una muda de ropa interior, algo de comida y 200 zlotys. La señora J. K., desahuciada de Gdynia, recordaba que los gendarmes alemanes que le dieron unas horas para marcharse le dijeron que «no sólo debía estar lista yo, sino que el piso también debía estar barrido, la vajilla lavada y las llaves puestas en los armarios para que los alemanes que iban a vivir en mi casa no tuvieran ningún problema». Ella, y otros que se hallaban en su misma situación, fueron trasladados después al Gobierno General en vagones descubiertos en los que sólo había paja para abrigarse.[8]

Los polacos fueron las principales víctimas de este programa de desahucio y expulsión. Pero éste también cambió el destino de los judíos de Polonia. Desde la invasión, ellos habían sido escogidos rutinariamente como objeto de castigos y humillaciones. Las tiendas y las casas judías eran los objetivos de las tropas alemanas cuando pasaban por delante de ellas, mientras que los oficiales de la Gestapo les hacían «limpiar» las plazas públicas y las calles como para hacerles expiar así su contaminante presencia. El Tercer Reich había convertido a los jóvenes reclutas alemanes en ardientes antisemitas que gozaban burlándose públicamente de estos «enemigos de la raza» afeitándoles la barba, o abofeteándolos cuando no saludaban lo suficientemente deprisa. A pesar de la ola de violencia antijudía organizada que se desató en Polonia antes de la guerra, muchos polacos tardaron en comprender los nuevos valores y costumbres y en darse cuenta de quiénes los sancionaban. «Todas las brutalidades han de ser toleradas», dijo un comandante alemán a los nuevos reclutas de la policía polaca en octubre de 1939, ya que las habían ordenado las «altas instancias».[9]

No obstante, a los «expertos en la cuestión judía» del Reich, la conquista de Polonia les complicó enormemente su tarea. Entre 1933 y 1939, sus políticas de emigración forzosa habían hecho que la población judía del Reich descendiera a menos de la mitad, de 503 000 a 240 000. Y aunque con las conquistas de 1938 y 1939 nuevas zonas de asentamiento judío quedaron dentro de su área de responsabilidad (180 000 judíos en Austria, 85 000 en la antigua Checoslovaquia), allí se había desarrollado la misma política, y aproximadamente la mitad de éstos también habían huido o habían sido expulsados a consecuencia de las operaciones de Eichmann. En septiembre de 1939, la gran mayoría de los 400 000 refugiados que habían huido de la Gran Alemania desde 1933 ya eran judíos. (Fatídicamente, casi la mitad permanecía dentro de Europa, pues las oportunidades para el reasentamiento de los refugiados fuera del continente se redujeron cada vez más.)[10] Polonia

cambió por completo la ecuación. Los alemanes se veían ahora responsables, tras haber reflexionado escasamente de antemano sobre la cuestión, de más de dos millones de judíos polacos, la tercera población judía más grande del mundo después de la de Estados Unidos y la de la URSS y casi diez veces más grande que la del propio Antiguo Reich.

Al toparse con este inesperado problema, Himmler y Heydrich quisieron hacerlo desaparecer tan rápido como fuera posible. Propusieron centrarse en los territorios recién incorporados de Polonia occidental y hacerlos *judenrein* en el espacio de cuatro meses expulsando a toda su población judía al Este. Cuando Stalin se ofreció a transferir el distrito de Lublin al Gobierno General, abrió la posibilidad de crear una «reserva judía» en la nueva frontera con la USSR.[11] Esto avivó la imaginación de Adolf Eichmann, el especialista del SD en «emigración judía», que sugirió la posibilidad de deshacerse también allí de los judíos restantes de Austria y las tierras checas.[12]

No obstante, en realidad sólo se enviaron cinco trenes cargados de judíos a un pequeño campo temporal situado en el río San antes de que Himmler se viera obligado a cancelar toda la operación. El sentimiento antijudío no era la única fuerza que impulsaba la política de ocupación alemana, como comprendieron ahora los guerreros de la raza. A Hans Frank le enfurecía la idea de que su Gobierno General tuviera que albergar la reserva judía para el Reich y sus nuevos territorios. Y a Hitler le preocupaba instalar a grandes cantidades de judíos en la sensible frontera con el Ejército Rojo. También había surgido otro problema. Una vez que llegaron los primeros transportes de alemanes bálticos a Danzig, quedó claro que deportando a los judíos, especialmente de Viena y del Protectorado, no se conseguiría dejar libre el alojamiento que necesitaban los inmigrantes alemanes en Polonia occidental. Con miles de alemanes étnicos desplazándose, y con los transportes funcionando al máximo de su capacidad, la decisión de Hitler de «consolidar el Pueblo Alemán» en Polonia occidental pasó a tener prioridad sobre los planes de expulsar a los judíos del Gran Reich Alemán.[13]

Al haber en Polonia occidental casi nueve millones de polacos y solamente 603 000 judíos, tenía poco sentido priorizar la expulsión de estos últimos como exigía Himmler. El programa de germanización tenía el objetivo de asentar a los recién llegados, fueran cuales fueran sus profesiones anteriores, en la tierra; no obstante, los judíos de Polonia occidental eran predominantemente urbanos. En resumen, vivían en los lugares equivocados. Y no sólo era a este nivel estratégico donde las deportaciones parecían haber sido un desacierto. Las redadas iniciales ya habían despojado de trabajadores

a los granjeros, y a las ciudades de artesanos experimentados y de funcionarios polacos, que se necesitaban perentoriamente. En cuestión de meses se empezaron a oír refunfuños entre algunos de los rivales de Himmler acerca de que sus planes eran dogmáticos, no estaban meditados detenidamente y eran perjudiciales para la campaña bélica alemana.

Uno de los primeros y más molestos disidentes de la política de Himmler fue el joven *Gauleiter* de Danzig-Prusia Occidental, Albert Forster, miembro del Partido Nazi desde muy pronto y hombre que gozaba de la confianza de Hitler. Forster había dirigido durante años el aparato del Partido Nazi, y su nombramiento como *Gauleiter* le otorgó lo que un desconsolado funcionario del Ministerio del Interior denominó «autoridad ducal» en la región. A pesar del hecho de que, como oficial honorario de las SS, Forster estaba nominalmente bajo la autoridad de Himmler, se negó a permitir que las políticas raciales de este último determinaran su propio enfoque. Las ciudades costeras polacas de su provincia fueron las primeras en ser evacuadas. Las expulsiones «salvajes», como se las llamó, y después otras más organizadas, de polacos, las habían convertido en ciudades fantasma e irónicamente incluso habían arruinado el propio puerto de Danzig, el puerto por el que supuestamente se había iniciado toda la guerra. A la ciudad polaca contigua de Gdynia se le había dado el nuevo nombre de Gotenhafen. Pero después de la expulsión de sus habitantes el 16 octubre, debería de habérsele dado el nombre de «Totenhafen» (Puerto de los Muertos), según un periodista sueco que describió cómo se suponía que apenas 17 000 alemanes bálticos entrantes iban a sustituir a los 130 000 habitantes originales de la ciudad. El puerto se estancó, la maquinaria se guardó y se requisó, y sólo los apartamentos vacíos y el mobiliario que dejaron atrás los polacos se ofrecían como posible botín. A Forster le perturbó este hecho y pronto puso fin a las expulsiones. Murmurando que no quería ni a viejos ni a «plutócratas», sólo permitió que se quedaran 12 000 de los alemanes bálticos; otros 50 000 tuvieron que seguir su camino hacia el sur. En total, del *Gau* de Forster fueron deportados muchos menos polacos que del Warthegau, y allí se permitió que se asentaran muchos menos alemanes. De hecho, Forster, que veía a los colonos como títeres de Himmler, se desentendió de toda la política de reasentamiento. Con un Hitler que no deseaba actuar, poco podía hacer Himmler, aparte de echar humo.**[14]**

La actitud de Arthur Greiser, antiguo rival y enemigo de Forster, difícilmente podría haber sido más distinta. Ambos hombres habían sido nombrados por Hitler al mismo tiempo, pero Greiser esperaba convertir su enorme Warthegau en un modelo para la nueva guerra racial. Los números

estaban en su contra, ya que de la población de aproximadamente 4,9 millones de personas que tenía el *Gau* antes de la guerra, 4,2 millones eran polacos y 435 000 eran judíos. Sólo 325 000, menos del 10 por 100 del total, eran alemanes étnicos. Esto significaba que o bien se habría que abandonar la germanización o bien se habría de imponer con fuerza extrema. Greiser no dejó ninguna duda sobre qué opción había elegido. Adoptó los planes de Himmler, y fue así en el Warthegau donde las SS llevaron a cabo su Primer Plan A Corto Plazo, como se lo llamó, en diciembre de 1939, el auténtico comienzo de la limpieza étnica sistemática. A pesar del clima invernal, Heydrich se mostró deseoso de seguir adelante (128 000 alemanes étnicos estaban de camino desde Polonia oriental) y más de 87 000 víctimas, en su mayoría polacas, fueron introducidas como ganado en trenes destinados al Gobierno General. A menudo los propios funcionarios que eran responsables de expulsarlas les robaban y les pegaban palizas; algunos murieron por congelación durante el trayecto. Pero para Himmler éste sólo era el primer paso en un programa de deportaciones mucho más exhaustivo.**[15]**

Desgraciadamente para la reputación de las SS, las expulsiones de diciembre no fueron en absoluto cómodas. Incluso el fiel Greiser se mostró crítico. Se suponía que la policía había identificado a individuos a los que se consideraba un riesgo para la seguridad o cuya deportación dejaría alojamientos libres y proporcionaría oportunidades de trabajo para los nuevos inmigrantes. Pero la Gestapo había extraviado sus fichas sobre los intelectuales polacos, y la policía de Łódź había compensado la cantidad tomando como objetivo un barrio judío de la ciudad, deteniendo a 7000 judíos en menos de seis horas. Las prisas con las que actuaron hicieron que no contaran con instalaciones adecuadas para registrar o interrogar a los judíos, obligando a «personas con niños a permanecer en las inmediaciones durante horas, en medio del frío y la nieve acumulada durante las ventiscas», como el SS-Sturmbannführer Richter denunció con consternación. Otras deportaciones se retrasaron porque los campos de internamiento locales ya se habían asignado a los alemanes bálticos entrantes. Algunos deportados habían afirmado ser en realidad étnicamente alemanes, y la falta de procedimientos de cribado adecuados hizo que al SD le inquietara la posibilidad de que lo fueran.**[16]**

Las repercusiones ecónomicas de deportar a las personas equivocadas eran especialmente alarmantes. Los ferrocarriles locales, por ejemplo, que ya de por sí andaban escasos de personal, empleaban a 12 000 polacos y 4200 alemanes. Los administradores de los ferrocarriles insistieron en pedir

postergaciones para los polacos, y en exigir que se les comunicara de antemano cualquier plan para deportar a su personal, advirtiendo de que cualquier expulsión repentina sería «insoportable para la economía de guerra y podría poner en tela de juicio los diversos movimientos de población a gran escala».[17] Hans Frank y su personal en el Gobierno General protestaron de forma aún más enérgica. Ellos tenían que hacer frente a un torrente de recién llegados desvalidos a los que se estaba empujando desde el otro lado de la frontera y se enfrentaban a la perspectiva de la llegada de un millón de polacos y de judíos en cuestión de meses. Era demasiado, especialmente teniendo en cuenta el ataque que se planeaba contra Francia, que muchos temían que no terminaría rápidamente. Para desafiar a Himmler, Frank consiguió el apoyo del mucho más poderoso Hermann Göring, a quien (en el mismo momento en el que sus propios hombres expoliaban la economía del país) le preocupaban los estragos que estos enormes movimientos de población pudieran causar. El ejército también intervino. En una declaración inusitadamente sincera que finalmente provocó que se le destituyera, el coronel general Von Blaskowitz, sucesor de Rundstedt como comandante en Polonia, protestó por la miopía de toda aquella política brutal:

> Es insensato masacrar a decenas de miles de judíos y de polacos como está sucediendo en la actualidad; porque, en vista de la enorme población, haciéndolo no serán eliminados ni la idea de un estado polaco ni los judíos… Si los altos funcionarios de las SS y la policía exigen actos de violencia y brutalidad y los alaban públicamente, en muy poco tiempo nos enfrentaremos a la ley del matón… El programa de reasentamiento está provocando un descontento especial y creciente en todo el país. Es obvio que la famélica población, que está luchando por su existencia, sólo puede contemplar con la mayor preocupación cómo a las masas de aquellos a los que se está reasentando se los abandona a su suerte para que busquen refugio sin ningún dinero y, por así decirlo, desnudos y hambrientos. Es perfectamente comprensible que estos sentimientos lleguen a un extremo de odio incontrolable ante la cantidad de niños que mueren de inanición en cada transporte y los vagones de personas que mueren congeladas. La idea de que se puede intimidar a la población polaca mediante el terrorismo y humillarlos en la derrota sin duda demostrará ser errónea.[18]

Hitler estaba furioso pero difícilmente podía permitirse el lujo de ignorar los recelos expresados desde instancias tan poderosas. La confrontación llegó en una reunión convocada por Göring en su finca de Karinhall a comienzos de 1940. Frank reclamaba que las deportaciones se detuvieran por completo: la expulsión de decenas, incluso de cientos, de miles de personas al Este era sencillamente imposible mientras aún se estuviera desarrollando la guerra; con la capacidad ferroviaria, el personal de la policía y el alojamiento forzados al límite de sus capacidades, ésta creaba demasiados trastornos. Göring le apoyó: se necesitarían campesinos polacos para garantizar las

cosechas en los territorios incorporados, y no tenía sentido librarse de ellos. Por consiguiente, hizo pública una resolución: no habría más expulsiones a menos que Frank fuese advertido de ello de antemano, y el 11 marzo Himmler anunció a regañadientes que la política de deportaciones había sido suspendida.

Una de las consecuencias de esto fue que la difícil situación de los judíos en Polonia occidental empeoró significativamente al quedar atrapados en guetos que en un principio sólo se pretendían usar como soluciones temporales antes de la deportación. La idea de confinar por la fuerza a los judíos en guetos siempre había estado presente, pero la iniciativa para hacerlo generalmente la tomaban las autoridades locales. Los funcionarios de Greiser en Łódź, lugar donde vivía la mayor comunidad judía del Warthegau, fueron los primeros en construir uno, una vez que comprendieron que la deportación inmediata no iba a ser posible; la construcción comenzó en febrero de 1940 y se concluyó en abril, convirtiéndose en un modelo para otras ciudades y en una especie de atracción turística. Aproximadamente en ese mismo período se estaban construyendo otros en el Warthegau.[19]

En julio de ese mismo año, la paralización de las deportaciones empezó a preocupar a las autoridades del Warthegau. Con más de 160 000 personas dentro del gueto de Łódź que carecían tanto de agua corriente como de un sistema de alcantarillado que funcionase, aumentaban cada vez más las posibilidades de que se produjera una crisis de salud pública que amenazaba con extenderse al resto de la ciudad. Greiser advirtió a Frank que «sería una situación imposible mantener a estos judíos, atestados en el gueto, durante el invierno». Él había previsto que en octubre ya se habrían marchado, y su oficial de policía de más alto rango recordó a Frank que el gueto se había creado a «condición de que la deportación de los judíos comenzase, como muy tarde, a mediados de ese año». A Frank eso no le importaba. Del mismo modo que Greiser estaba deseoso de lograr que su región quedase «libre de judíos», Frank quería que *su* capital, Cracovia, fuera *judenfrei* a finales del año, y no necesitaba que los judíos de Greiser se añadieran a su tarea. Tal como estaban las cosas, el propio Himmler había cancelado todos los transportes judíos al Este, al Gobierno General, poco después de la caída de Francia, tras enterarse de una nueva posible solución para «el problema judío» de Europa oriental, la construcción de una reserva masiva de judíos en la colonia francesa de Madagascar.[20] En el verano de 1940, ya debió de parecer que los planes de Hitler para un nuevo orden racial en Polonia se habían terminado casi tan pronto como habían empezado. A pesar de las

deportaciones, la inmensa mayoría de los habitantes no alemanes de los territorios anexionados permanecieron donde estaban.[21]

No todos pensaban que esto era un fracaso rotundo. Para uno de los jefes del reasentamiento, era poco menos que asombroso que Alemania hubiera reasentado a más colonos en un solo año, y durante una guerra, además, que los que la Comisión Real Prusiana para la Colonización había logrado reasentar en veintiocho. Los hombres de Himmler habían alojado a los alemanes étnicos en más de sesenta campos de acogida y les habían proporcionado colchones y paja, alojamiento en establos, comida y excelentes atenciones médicas. Se habían creado colegios para sus hijos, y había clases de lengua para aquellos que habían olvidado el alemán. El propio Greiser alardeaba de la productividad del Warthegau, de su excelente rendimiento agrícola con una cosecha récord, de la manera, resumiendo, en la que había puesto fin «al desdichado capítulo de la historia alemana que se caracterizó por la expresión “Pueblo sin Espacio”».[22]

Aun así, había motivos para la preocupación de aquellos que vigilaban la nueva frontera étnica de Alemania. Estaba el punto muerto al que se había llegado en la política judía y los miedos a los costes financieros, sanitarios y de seguridad que implicaba el confinamiento en guetos. En breve, otros 275 000 alemanes étnicos se estarían dirigiendo al oeste tras la penetración de los soviéticos en verano de ese mismo año en las anteriormente rumanas Besarabia y Bucovina; lo más probable era que ellos también tuvieran que ser retenidos indefinidamente en campos temporales. De hecho, el Warthegau ya estaba lleno de alemanes étnicos que se quejaban de haber estado esperando a ser reasentados desde principios de año, y el propio Himmler visitó un campo cercano a Łódź para intentar calmarlos. «Debéis comprender que tenéis que esperar», les dijo. «Antes de que podáis tener vuestra granja, primero hay que echar a un polaco. A menudo son tales agujeros que primero tenemos que arreglar los edificios o combinar granjas… En verano ya estaréis pisando vuestra propia tierra.»[23]

Por consiguiente, el lento ritmo del programa de reasentamiento estaba generando descontento en todas las partes implicadas. A la policía encargada de velar por la seguridad le preocupaba la amenaza que suponían los propios polacos y temía que se rebelaran. Se dieron cuenta de que los polacos habían empezado a anticiparse a las evacuaciones y de que parecían saber cuándo éstas se aproximaban. (Esto no era difícil. Los alemanes tardaron algún tiempo en darse cuenta de que la aparición de los funcionarios encargados de la deportación, que hacían marcas con tiza en las casas, enviaba una señal

bastante fiable de expropiación inminente.) Cuando las autoridades llegaban para confiscar las granjas polacas, sus dueños no se encontraban en ninguna parte, y pasaban a engrosar las filas de una población de vagabundos que podría, llegado el invierno, recurrir al bandidaje. A finales de 1940, se calcula que aproximadamente 35 000 polacos estaban huyendo. Cerrar la frontera con el Gobierno General no pareció ser muy útil.[24]

En cuanto a los recién llegados, las quejas con las que habían recibido a Himmler sólo eran la punta del iceberg. Algunos de ellos pensaban que habían sido traídos mediante engaños y detestaban el trato que se les daba en los campos de reasentamiento y la actitud intimidatoria y sabihonda de los funcionarios que estaban a cargo de ellos. Incluso cuando se les asignaban terrenos, algunos afirmaban que les disgustaba hacerse cargo de lo que le pertenecía a otro; otros se sentían más disgustados por su ruinosa situación y por el aislamiento que sentían. Además, su conducta política y sexual permanecía bajo estricta vigilancia, y sus terrenos podían ser reasignados a otros si suscitaban los recelos de las autoridades. La intensa presión a la que se los sometía para que abandonaran sus antiguas lealtades regionales y sus tradiciones religiosas eran otra fuente de tensión y fue uno de los factores que hubo detrás de la poderosa campaña contra la Iglesia que llevaron a cabo los nazis en el Warthegau. Las dificultades de las que se dio parte hicieron que se trajeran asistentes sociales a toda prisa, pero éstos también hicieron a menudo que la situación empeorase; los alemanes del Reich no podían evitar, al parecer, hablar de los alemanes étnicos en términos degradantes y arrogantes, como «material para los asentamientos» o «ingenuos, como si fueran niños grandes, en realidad». A medida que se agriaron las relaciones entre los colonos y las autoridades, hubo protestas y arrestos, y algunos simplemente abandonaron las granjas que se les había dicho que atendieran y regresaron a los campos.[25]

En el Gobierno General fue la victoria sobre Francia lo que permitió a los alemanes mostrarse tal como eran en realidad. Hasta la primavera, el destino de la región aún se siguió definiendo con vistas a la reacción internacional. Se decía que sería una posible patria polaca en la que «los polacos… estarán bajo la soberanía alemana pero no como ciudadanos alemanes, y recibirán una especie de reserva aquí». Pero una vez que se obtuvo la victoria en el oeste, y que se desvanecieron las últimas posibilidades de que se celebrara una conferencia de paz general, quedó claro hasta dónde llegaban las ambiciones

de Hitler. Éste le dijo a Frank que se establecería una conexión mucho más estrecha entre el Gobierno General y el propio Reich, y que el primero serviría como una «reserva de mano de obra» para Alemania. Ya no se hablaba de ninguna «patria polaca». Bajo «el liderazgo absoluto de la nación alemana», se la declaró lista para una exhaustiva germanización del «núcleo racial completamente alemán» de la población.

En la práctica, la germanización del Gobierno General difícilmente podía llegar muy lejos cuando aún quedaba tanto que hacer en los territorios incorporados al oeste. Para empezar, allí apenas había alemanes. Lo que realmente supuso la nueva política fue una escalada en la campaña criminal contra el nacionalismo polaco. En noviembre de 1939, se había producido una oleada de arrestos de intelectuales y notables en todo el país. Se habían tomado rehenes en la víspera de la fiesta nacional polaca y se había enviado a más de 100 miembros de la Universidad de Cracovia al campo de concentración de Oranienburg, donde murieron 17 profesores de edad avanzada. Después de un período de calma de algunos meses tuvo lugar una segunda oleada de arrestos. Frank temía que se produjera un recrudecimento de la resistencia nacionalista durante la invasión de Francia. Para anticiparse a esto, se llevó a cabo una redada en la que se arrestó y encarceló a 30 000 miembros de la élite polaca, y más de 3000 de ellos fueron fusilados. La llamada Acción AB(Operación Especial de Pacificación) tenía «como objetivo acabar a un ritmo acelerado con la mayor parte de los políticos rebeldes de la resistencia y con otros individuos políticamente sospechosos que están en nuestras manos», confesó Hans Frank. «Debo admitir muy abiertamente que esto costará las vidas de algunos miles de polacos… pero, en este momento, todos nosotros, como nacionalsocialistas, tenemos el deber de garantizar que no surja ninguna resistencia más del pueblo polaco.»[26]

Frank creía que una vez que se hubiera liquidado a la élite las masas polacas acatarían lo que se les impusiera. Su «política de la fragmentación», tal como se la llamó, pretendía que al «trabajador» polaco le quedara claro que la represión no estaba dirigida contra él, siempre que obedeciera las órdenes alemanas. A Frank no le preocupaba demasiado lo que él denominaba la tristemente célebre falta de realismo político de los polacos; los pequeños centros de oposición que sobrevivieran podrían ser ignorados mientras siguieran estando descoordinados. Sin embargo, mientras se deleitaba con la sofisticación de su estrategia, ¿cómo pudo no pensar que los polacos no interpretarían el dominio alemán sino como algo brutal, arbitrario y violentamente represivo?

Para empezar, se enfrentaban a la amenaza cotidiana de la agresión y la muerte. Las ejecuciones y los fusilamientos ocasionales siguieron siendo habituales. En Łódź, los soldados alemanes mataron a un polaco que entró en un vagón de tren que no le correspondía y después dispararon a algunas de las personas presentes allí cuando protestaron, matando a tres de ellas. Otros fueron fusilados por dar de comer y de beber a los deportados. El castigo colectivo por cualquier ataque a los alemanes, real o sospechado, pasó a ser la norma. Además, todos los polacos fueron declarados susceptibles de ser requeridos para el servicio de trabajo obligatorio. A medida que fue agravándose la escasez de mano de obra en Alemania, se les empezó a reunir en las calles en redadas aleatorias y a enviarlos al Reich o a hacerles trabajar en carreteras e instalaciones militares. Las mujeres se enfrentaban al servicio doméstico, el trabajo en las granjas, o incluso (o eso decía el rumor) al servicio en los burdeles militares. Las cárceles y los campos de trabajo, como el nuevo campo de Auschwitz, creado aproximadamente en el período en el que se desarrolló la Acción AB, rápidamente quedaron abarrotados, y el emplazamiento para ejecuciones situado en las afueras de Varsovia, en Palmiry, se hizo tristemente célebre. En el helado invierno de 1940-1941, el número de muertos aumentó tan rápidamente que había que esperar dos semanas a que se pudiera decir una misa de réquiem por un ser querido en las iglesias de Varsovia. Desde su suntuosamente decorado cuartel general, ubicado en el castillo de Wawel en Cracovia, Frank cavilaba de vez en cuando que las cosas se les estaban yendo de las manos. Era una ilusión total, insistía él, pensar que el Gobierno General podría controlarse mediante «una campaña de exterminio [*Ausrottungsfeldzug*] contra los campesinos y los trabajadores polacos». No obstante, su alternativa, una alianza alemana con los trabajadores polacos contra los «grandes capitalistas» del país que dividiría a las masas de la élite, no era menos descabellada.[27]

Los «grandes capitalistas» de Polonia eran un producto de la imaginación de Frank. En la práctica, los alemanes habían estado saqueando sistemáticamente la economía polaca desde el principio. Como gran jefe de la economía del Reich, Göring creó una red de agentes para llevarse de allí todos los recursos que se pudieran trasladar. Sus hombres, junto con la Wehrmacht y después las SS, también tomaron el control de las empresas polacas. Liberados de la mayoría de los frenos legales y alentados a explotar el país y sus recursos para sus propios fines, a muchos alemanes les resultaba comprensiblemente difícil saber dónde acababa la «organización» y empezaba el saqueo. Cuando los funcionarios empezaron a apropiarse de

cualquier cosa que se les antojara, la corrupción comenzó a socavar la autoridad de la propia burocracia alemana, poniendo en peligro los esfuerzos de Frank para crear una «administración colonial» modélica que haría que el Gobierno General fuera autosuficiente. Tenía que establecerse un control sobre las «requisas salvajes», insistía a comienzos de 1940, si el respeto de los *alemanes* por la propiedad no había de desaparecer por completo. Tal como estaban las cosas, «la expresión "organizar" significa robar y asaltar». Más preocupado por los animales que por los humanos, observaba, alarmado, que las cifras de vacas, cerdos y pollos habían caído en picado.[28]

Este tipo de consideraciones habrían tenido más peso si la propia codicia de Frank no hubiera sido tan tristemente célebre. De hecho, el problema de la corrupción, que se convertiría en un rasgo muy pronunciado del Nuevo Orden en toda Europa, estaba relacionado en el caso de Polonia con dos cosas en particular. Una era la confiscación de propiedades judías. Fuente de enriquecimiento habitual para los funcionarios del Partido en el Reich anterior a 1939, se volvió aún más lucrativa en el Este, donde el Partido y las SS eran más fuertes, y donde apenas existían controles sobre este tipo de conducta. Unos auditores del estado alemán descubrieron con asombro que los funcionarios de las SS en la antigua Polonia habían creado rutinariamente «fondos especiales» para su propio uso. Greiser creó una «cuenta de ahorro» en un banco de Pozna´n para el «dinero confiscado a los judíos y los enemigos del Reich». En Lublin, Globocnik hizo «transferencias a gran escala de joyas confiscadas». En Stanislau, en un registro llevado a cabo en las oficinas de las SS se descubrió dinero, monedas de oro y todo tipo de divisas escondidas en arcones, escritorios y archivadores, así como cajones llenos de joyas.[29]

La corrupción también era un reflejo del calibre de los alemanes que constituían el personal de la burocracia de la ocupación. Más de 2100 funcionarios civiles habían sido destinados a los territorios recién anexionados de Polonia occidental a finales de 1940, en comparación con sólo 70 a la antigua Austria, 480 al Protectorado, y 860 a los Sudetes. No obstante, su calidad era muy diversa. Muchos habían sido enviados por el Partido, que veía los territorios anexionados como una posible nueva zona de influencia; a menudo tenían una escasa capacitación administrativa, o ninguna, aparte de su fervor ideológico. A otros les atraía la posibilidad de enriquecerse. Varios de ellos eran funcionarios de carrera que habían sido destituidos en Alemania por embriaguez o corrupción, que habían sido amnistiados en septiembre de 1939 y a los que se les había permitido

redimirse aceptando un destino en el Este. A menudo este tipo de hombres intentaban demostrar sus credenciales tratando de forma especialmente severa a los polacos.[30]

Mientras tanto los polacos se veían convertidos en ciudadanos de segunda y afectados por un aluvión de prohibiciones. Se les prohibió usar las playas públicas, las piscinas o los jardines públicos. Se cerraron sus universidades y se disolvieron sus organizaciones políticas y culturales. Sus antiguas bibliotecas y colecciones de arte fueron sistemáticamente saqueadas y sus contenidos enviados a Alemania. Se les prohibió llevar condecoraciones militares o incluso uniformes escolares, y se vieron obligados a ocupar las partes traseras de los andenes en las estaciones, los trenes y los autobuses, y a quedarse de pie si era necesario para permitir que los alemanes se sentaran. Los adultos tenían que saludar a los alemanes uniformados y se les pegaba si no lo hacían. Tenían que descubrirse la cabeza en presencia de los funcionarios alemanes y hacerse a un lado cuando pasaran. Los tenderos tenían órdenes de atender en primer lugar a los clientes alemanes, y a los polacos sólo se les permitía hacer compras en determinados momentos. Se les concedían raciones muy inferiores a las de los alemanes (aunque las suyas seguían siendo mayores que las establecidas para los judíos); el chocolate estaba prohibido, y a menudo la leche estaba reservada solamente para los niños alemanes, basándose en que, en palabras de Robert Ley, jefe del Frente Alemán del Trabajo, «una raza inferior necesita menos comida». A los niños polacos ni siquiera se les permitía ver películas alemanas de cuentos de hadas, ya que «la transmisión de valores sentimentales alemanes… parece… esencialmente cuestionable».[31]

Se impusieron asiduamente decretos discriminatorios, y los funcionarios alemanes que no se los tomaran en serio podían ser destituidos. Pero la lógica kafkiana de la burocracia generaba normas que a menudo eran contradictorias entre sí. El caso del «saludo de Hitler» es un buen ejemplo. En algunas zonas, los polacos *tenían* que usarlo cuando un funcionario alemán pasara ante ellos. En otras, se *prohibía* a los polacos que lo usaran, y los funcionarios registraban, alarmados, los errores de los polacos que no respetaban la norma de no emplearlo (ya que era «un privilegio de los alemanes y de reconocidos compañeros de raza germánicos como los flamencos, los holandeses, los noruegos, etc. … pero no de aquellos de sangre desigual como los polacos, los checos, los ucranianos, etc.»). Finalmente, la policía de seguridad aceptó que no podía imponerse su uso. Pero, como temían que un anuncio en ese

sentido perjudicara el prestigio alemán, recomendaban sencillamente no hacer nada. La consecuencia de ello fue que aumentó la confusión.[32]

El Warthegau de Greiser fue el escenario de la peor represión, ya que los fervientes funcionarios alemanes inventaron allí medidas cada vez más imaginativas y surrealistas para poner en su sitio a los *Untermenschen*. Algunos los castigaban por montar en bicicleta o por empujar carretillas, o incluso, en Kutno, por sonreír irónicamente. Los excesos reguladores llevaron a que se estableciera una «Prohibición de que los Transeúntes Tengan las Manos Metidas en los Bolsillos en Presencia de Personal Militar». En un sentido más serio, el Warthegau también asistió a un ataque arrollador a la Iglesia católica en el que se confiscaron grandes cantidades de monasterios y se disolvieron organizaciones eclesiásticas.

El segundo de Greiser, el canoso August Jäger, un funcionario prusiano de avanzada edad, era un veterano de las guerras del Reich contra la Iglesia y tan vehemente en su hostilidad que se ganó el apodo de «Kirchen-Jäger» (Cazador de la Iglesia). Pero la intensidad de la hostilidad antipolaca en el Warthegau también reflejaba el éxito de Greiser a la hora de construir un aparato muy activista del Partido Nazi desde cero. Las unidades *Selbstschutz* de voluntarios armados fueron disueltas, pero los nazis alemanes de la zona y los alemanes étnicos recién llegados desde Polonia oriental o Rumanía, deseosos de demostrar sus credenciales nacionalistas (sobre todo al ser ridiculizados a menudo por otros alemanes por sus acentos y sus costumbres), actuaron como pioneros defendiendo las prerrogativas del Pueblo Alemán en medio de un mar de polacos potencialmente rebeldes.[33]

Durante el otoño de 1940, a medida que las SS y el Partido aceptaban la idea de que la región continuaría teniendo una gran población polaca durante algún tiempo, la represión adquirió un carácter más sistemático, burocrático e incluso pedagógico. «Como nos seguimos viendo obligados a usar mano de obra polaca», proclamó Greiser,

> es imposible evitar la presencia y el contacto cotidiano de ciudadanos alemanes con polacos que pertenecen al mismo ámbito de trabajo. De igual modo, debido a la escasez de viviendas y de personal doméstico, no es todavía posible evitar la vecindad con los polacos, o incluso la convivencia en una misma casa. Por consiguiente, se hace indispensable dirigir la atención de la población alemana, con la ayuda de las medidas que sean necesarias, a la necesidad de la estricta observancia de la delimitación en sus relaciones personales con los individuos que pertenezcan a la comunidad nacional polaca.

El problema de distinguir a los alemanes y los polacos fue una constante preocupación en una sociedad donde se alojaba a los alemanes en casas

polacas y alemanes y polacos componían conjuntamente cuadrillas de bomberos o equipos de trabajo. Los alemanes tenían instrucciones de llevar marcas distintivas para evitar recibir la clase de trato brutal que se dispensaba con toda tranquilidad a los polacos: aquellos que se olvidaban de ellas pronto veían cómo los puñetazos y los abusos les hacían recordar que tenían que llevarlas. En algunas ciudades se distinguía a los polacos haciéndoles llevar una letra P de color violeta, y se distribuían folletos en los que se advertía a los alemanes que no confraternizasen con los polacos: «No hay polacos decentes, así como no hay judíos decentes». La prensa divulgó los procesos judiciales a los que se sometió a alemanes como el jornalero agrícola Karl Lossain, que pagó para que un compañero de trabajo polaco entrara al cine con él. Si la amistad estaba prohibida, las relaciones sexuales entre los alemanes y los polacos podían costarles a estos últimos sus vidas. El principio rector era «una separación implacable de los miembros de la nación alemana de aquellos de la nación polaca», como anunció un administrador de alto rango del Warthegau. Los alemanes que desobedecieran esto intencionadamente se enfrentaban a ser arrestados por su propia protección e incluso a ser enviados a un campo de concentración.[34]

El ataque alemán al nacionalismo polaco se centró, en particular, en las ciudades. En los territorios anexionados, los polacos fueron expulsados por la fuerza de las zonas urbanas: Pozna´n (por la cual polacos y alemanes se habían peleado desde mediados del siglo XIX) perdió 70 000 habitantes en unos meses; Łódź, 150 000. La población de Kalisz cayó de 80 000 a 43 000 habitantes, la de Wlóclawek de 67 000 a 18 000. Pero el destino más dramático estaba reservado para Varsovia. Hitler prohibió que allí tuviera lugar cualquier tipo de reconstrucción durante la guerra, y aprobó planes para convertir la antigua capital polaca en una ciudad alemana de provincias una vez que se ganara la guerra. Administrando la ciudad como un centro de comunicaciones para el imperio en el Este, 120 000 alemanes disfrutarían en el futuro de la exuberante vegetación de una totalmente «nueva Varsovia» en la ribera izquierda del Vístula; al otro lado, una fuerza de trabajo de «esclavos polacos» quedaría apiñada en una zona mucho más reducida.[35]

Las preparaciones para esta política de separación empezaron durante la guerra. En el otoño de 1940, Varsovia fue dividida en tres distritos, y los alemanes tomaron el control del centro, donde estaban los mejores hoteles, restaurantes y bulevares. La vida se hizo más dura para los polacos, pero los judíos corrieron peor suerte. La construcción del gueto ocupó casi todo el año 1940, y en noviembre quedó finalmente aislado del resto de la ciudad por

muros de ladrillos, alambre de espino y tablones. Se ordenó a los 80 000 polacos que vivían allí que se marcharan, y se trasladó allí a 150 000 judíos. Se trajo a otros judíos desde las ciudades y los pueblos de los alrededores, y en marzo de 1941 su población alcanzó su cifra máxima con 460 000 habitantes. Aunque la Varsovia anterior a la guerra ya había estado superpoblada, dentro del gueto se suponía que apenas un 15 por 100 de los alojamientos de la ciudad tenían que alojar a un tercio de su población. Como la mayoría de sus habitantes estaban desvalidos y las raciones eran de menos de una décima parte de las que se concedía a los alemanes que vivían en la ciudad, el gueto era una trampa mortal. A finales de 1941, el 10 por 100 de la población del gueto ya había muerto de inanición o perecido de frío o tifus. Una fuerza de policía judía mantenía el orden; un consejo judío respondía ante las autoridades alemanas; comedores de beneficencia judíos trataban de alimentar a tantas personas como podían. Pero ninguno de estos grupos tenía un control real sobre la situación.

El propio gueto, que era, con mucho, el mayor de la Polonia ocupada, se convirtió en una atracción para los alemanes que pasaban por la ciudad, de un modo muy similar a lo que había sucedido con su equivalente en Łódź. Los espectadores se congregaban, fascinados, a lo largo de los muros para escudriñar a los «judíos del Este» que había en su interior. Entre ellos había «oficiales, a menudo funcionarios civiles alemanes de la administración del Gobierno General, funcionarios uniformados, miembros del servicio de trabajo, trabajadores del ferrocarril, enfermeras de la Cruz Roja». Un horrorizado soldado alemán, Joe Heydecker, describió a los que se quedaban mirando boquiabiertos y embobados.

> La mayoría de ellos se quedaban allí durante mucho tiempo, en silencio, impasibles, observando cómo la gente entraba y salía, los controles y la brutalidad. Algunos se daban la vuelta; otros se permitían dar ánimos. La mayoría permanecía en silencio, sin ofrecer el menor indicio que le permitiera a uno saber lo que pensaban o sentían.

Heydecker hizo sus propias incursiones no autorizadas en el gueto con el fin de fotografiar sus inhóspitas calles bloqueadas por la nieve. Su cámara captó a la policía polaca, judía y alemana ocupándose de los controles detrás de rudimentarias barreras compuestas por cercos y alambre de espino, a los vendedores callejeros con sus cestos de pan, carretillas de libros e incluso, un día, globos. Desde profesionales inmaculadamente vestidos con pajaritas y abrigos elegantes hasta mendigos demacrados y sin afeitar con los pies envueltos en harapos húmedos, Heydecker captó un amplio espectro de la

vida en las calles del gueto en los meses anteriores a la deportación de la mayoría de sus habitantes al campo de exterminio de Treblinka.[36]

Comparación de las ocupaciones

Una manera de entender más plenamente la naturaleza de la ocupación alemana de Polonia es compararla con las ocupaciones anteriores de Checoslovaquia y Austria, o, incluso, remontándose más atrás en el tiempo, a las ocupaciones de la primera guerra mundial llevadas a cabo por el ejército del Kaiser. Pero quizá se pueda establecer una comparación aún más esclarecedora con la ocupación soviética de Polonia oriental y los estados bálticos que tuvo lugar en la misma época. Stalin no fue el primer líder ruso que quiso asegurar sus fronteras occidentales mediante un acuerdo con los alemanes, desde luego. En 1756, se había hecho a los prusianos una temprana propuesta para acabar con los «desórdenes» en Bielorrusia occidental y Ucrania occidental, y las particiones de Polonia se habían justificado arguyendo razones similares. Los negociadores zaristas en la primera guerra mundial habían hecho hincapié en la importancia estratégica de esta zona, y en la década de 1920 los planificadores militares soviéticos habían reafirmado la necesidad de revisar la frontera oriental de Polonia. Por consiguiente, desde el punto de vista soviético, el Pacto Ribbentrop-Molotov representó la satisfacción de unas antiguas reivindicaciones territoriales.[37]

A mediados de septiembre de 1939, el Ejército Rojo penetró en Polonia oriental sin hallar apenas resistencia, y al año siguiente ocupó los estados bálticos y la Besarabia rumana. Al llegar después de que la invasión alemana ya hubiera desmoralizado a los polacos, el Ejército Rojo sólo perdió a 1000 hombres combatiendo contra los polacos y sólo en torno a Grodno, donde sí hubo una importante resistencia polaca, ejecutó a grandes cantidades de prisioneros de guerra polacos. En contraste con ello, los alemanes perdieron una cantidad de hombres veinte veces mayor y ejecutaron a casi 60 000 civiles, como hemos visto.[38] Pero Stalin compartía el deseo de Hitler de destruir la fuerza del nacionalismo polaco y se mantuvo al menos tan firme como él en su decisión de que no quedara ningún estado polaco independiente tras la partición del país. Ambos deseaban, de hecho, regresar a la tradicional aproximación ruso-alemana a la cuestión polaca. Pero no hubo nada tradicional en los medios que adoptaron: de hecho, Polonia se convirtió en una especie de macabro caso de laboratorio para el estudio de los

totalitarismos comparados. En las mentes de los habitantes de estas zonas fronterizas imperiales, puede que éste haya sido el último capítulo de una historia mucho más larga de movimientos de población forzosos, masacres y ocupaciones extranjeras. Pero bajo ambos ocupantes, la violencia estatal se empleó a una escala que sencillamente habría sido inimaginable para los imperios del siglo XIX. La culminación criminal llegó en torno a la época de la Acción AB de los alemanes, cuando el NKVD ejecutó a más de 15 000 oficiales polacos (posteriormente, los alemanes exhumaron los cadáveres del contingente más grande de las fosas comunes que se excavaron en el bosque de Katyn) así como casi a otros 7305, detenidos en las cárceles del NKVD. (Es posible, aunque de ello no exista todavía ninguna prueba, que los crímenes alemanes y los soviéticos estuvieran conectados, y que compartieran información sobre las víctimas.)

Ambos bandos también organizaron deportaciones a una escala enorme. Los alemanes, como hemos visto, dieron prioridad a organizar traslados de alemanes a los territorios recientemente anexionados. A finales de marzo de 1941, según los cálculos de Eichmann, 408 000 polacos y judíos habían sido expulsados al Gobierno General mientras que aproximadamente la misma cantidad, o más, habían sido enviados al oeste, al Antiguo Reich, como trabajadores forzados. Era una cantidad enorme, pero podría haber sido mucho más elevada, ya que sólo la concentración de fuerzas militares que se llevó a cabo en 1941 contra la URSS impidió a Heydrich deportar a otras 831 000 personas. Las autoridades soviéticas deportaron también a centenares de miles de civiles, en una serie de cuatro importantes operaciones de una brutalidad considerable, aunque no hubo migraciones interiores que las contrapesaran.

En febrero de 1940, 140 000 miembros de las familias de soldados polacos retirados a los que se había dado tierras en las provincias orientales de la Polonia de entreguerras fueron enviados a campos de reclusión situados en los bosques de Siberia. En abril, en una operación llevada a cabo para despejar una franja situada a lo largo de la frontera ucraniana, 66 000 personas, principalmente mujeres y niños, fueron enviadas a Kazajistán; en junio se llevó a cabo una redada que tenía como objetivo a los «contrarrevolucionarios» y los «espías» que habían entrado en la zona soviética huyendo de los alemanes. (Quizá no sea de extrañar que muchos de estos 76 400 individuos fueran judíos.) Y finalmente, en la misma víspera de la invasión alemana de junio de 1941, otros 88 000 fueron deportados desde Polonia y los estados bálticos. El total ofrecido por los datos internos

soviéticos sugiere que aproximadamente entre 380 000 y 390 000 polacos fueron enviados al Este como «deportados especiales». Otros cálculos aproximados alcanzan una cifra tan elevada como 1,25 milones.[39]

Pero aun cuando las dos potencias partidoras siguieran lo que en algunos aspectos eran políticas similares, lo hicieron con distintos fines. El Tercer Reich se había anexionado territorios que contaban con una población de 10,7 millones, de los cuales más del 90 por 100 eran polacos y apenas un 6 por 100, alemanes; no obstante, el absurdamente ambicioso propósito de la anexión, y de hecho, de la propia guerra, era invertir este desequilibrio demográfico librándose de la mayor cantidad posible de no alemanes, lo cual en este caso quería decir principalmente de polacos. En contraste con ello, el territorio ocupado y después anexionado por la URSS era uno donde, incluso según las estadísticas oficiales polacas de entreguerra, los polacos no estaban en mayoría: quizá fueran 5,3 millones de un total de 13 millones: una gran cantidad de ucranianos, bielorrusos, judíos y otros también vivían allí. Y lo que era más importante, la política soviética, al mismo tiempo que pretendía aplastar el nacionalismo polaco, e impedir cualquier amenaza que éste pudiera representar para la seguridad, especialmente cerca de las fronteras, no pretendía librarse de ningún grupo nacional o étnico concreto en su totalidad. Su propósito era la revolución social, no la purificación nacional. Ésa es una de las razones por las que las deportaciones alemanas pretendían expulsar del Reich totalmente a los no alemanes, mientras que las redadas soviéticas llevaban a aquellos a los que se capturaba al interior profundo del país.

Las categorías de enemigos seleccionados como objetivos por los dos conjuntos de policías secretas, aunque coincidían en lo que concernía a su preocupación por la élite polaca, diferían en otros aspectos, el más obvio de los cuales era el que tenía que ver con los judíos. Ésa es la razón por la que había un continuo goteo de judíos que intentaban cruzar la línea de demarcación para *entrar en* la zona de ocupación soviética mientras que los polacos se desplazaban en la dirección contraria. En el lado soviético no había ningún equivalente a los fusilamientos esporádicos, no sistematizados y casi invariablemente impunes de judíos que llevaban a cabo los soldados alemanes y las unidades de las SS. En contraste con ello, la política alemana dejó claro que los judíos habían perdido todos sus derechos y que ya no estaban protegidos por la ley. Esto fue evidente mucho antes de que se hubiera tomado cualquier decisión de asesinarlos, y se hacía hincapié en ello en un informe enviado ya en febrero de 1940 desde la Polonia ocupada al gobierno polaco en el exilio.[40]

En un sentido más general, toda la ley nazi estaba basada en la diferencia racial y nacional. Aunque puede que los alemanes hicieran pensar a los polacos que estaban en una posición superior a la de los judíos, a los polacos siempre se los trató, conforme a la ley, como súbditos de segunda clase. En el caso soviético las cosas eran distintas. Oficialmente en todo caso, las distinciones étnicas y religiosas no importaban. Naturalmente, ésta fue la razón por la que muchos judíos polacos de izquierdas, sobre todo los más jóvenes, recibieron con entusiasmo al Ejército Rojo. Tras haber sentido el frío viento de un nacionalismo polaco cada vez más antisemita, recibieron con los brazos abiertos la promesa de igualdad cívica. El hecho de que el dominio soviético significara la muerte para las instituciones tradicionales de la vida *shtetl* (por no mencionar la de otros partidos políticos) preocupaba a sus mayores, pero no a ellos.**[41]**

Pero no sólo fueron los jóvenes izquierdistas judíos quienes dieron la bienvenida a la llegada de los soviéticos. El Ejército Rojo proclamó que había venido a liberar a sus «naciones afines» (ucranianos y bielorrusos), de la desintegración del estado polaco, y esta retórica no cayó totalmente en oídos sordos. Los recién llegados cortejaron a los campesinos de Polonia oriental, los invitaron a unirse a la destrucción del «fascismo polaco» y les atrajeron con el reparto de grandes fincas. Los soviéticos arrojaron panfletos que los instaban a «expulsar a los terratenientes con guadañas y hachas», y algunos masacraron a familias adineradas polacas y tomaron el control de su propiedad. En las áreas rurales, se animó a los bielorrusos y los ucranianos a entrar en el Partido y en la administración local; en las ciudades, donde había pocos, se pidió a los judíos que desempeñaran un papel similar.**[42]**

Dicho de otra manera, las dos ocupaciones prometían a sus víctimas unos futuros políticos y económicos muy distintos. En el caso alemán, los territorios anexionados serían gobernados en beneficio de menos del 10 por 100 de la población. Por otro lado, no habría ninguna revolución social, el capitalismo seguiría funcionando, y su efecto principal se sintió en la violencia arbitraria y las confiscaciones *ad hoc* de mano de obra, tierras y otras propiedades. La ciudadanía estaría restringida a los alemanes, y la cuestión fundamental estribaba en decidir quién era alemán. En la Polonia oriental ocupada por los soviéticos, la ciudadanía casi se impuso inmediatamente a la población y se introdujo la maquinaria de la política participativa en masa (asambleas, elecciones, plebiscitos, constituciones), con el objetivo de demostrar el deseo popular de incorporación a la Unión Soviética. Si por un lado se mantuvo a los no alemanes al margen de la ley

alemana, la ley soviética fue un instrumento para ampliar el poder de Moscú. En el Este hubo, por consiguiente, una explosión de la política; en el oeste, su eliminación. Ambos estaban gobernados por sistemas de partido único, pero en uno de los casos el partido estaba cerrado a la mayoría de la población. Niguno de los dos ofrecía las virtudes de la democracia liberal, y ambos eran brutalmente represivos, pero eso no significa que fueran iguales en sus efectos.

Naturalmente, también se empleó la fuerza a una escala enorme en la zona soviética, y ello se debió a que los planes soviéticos fueron, en su forma de ejecución, tan ambiciosos y determinados como los nazis. Donde no se podía jugar la carta de la nacionalidad, como, por ejemplo, en los estados bálticos (donde el Ejército Rojo tomó el control en junio de 1940), el dominio soviético fue a menudo mucho más severo que en Polonia oriental. Además, la idea de la revolución social, de sustituir la propiedad privada capitalista por la propiedad comunal, estuvo alimentada por la envidia de los funcionarios soviéticos entrantes: si Polonia occidental era el este primitivo de Alemania, Polonia oriental, irónicamente, fue la primera experiencia de la Unión Soviética con el capitalismo e incitó las nacionalizaciones de bancos, empresas comerciales, y de toda la industria que allí hubiera. Las fincas privadas, y las tierras repartidas por el estado polaco del período de entreguerras, o pertenecientes a los monasterios y las iglesias, fueron expropiadas, mientras que se llevaron a cabo ambiciosas políticas de reforma agraria con las que se pretendía ganarse el favor de los campesinos de la zona. En Bielorrusia, en particular, una amplia reforma de la tierra inclinó la propiedad de la tierra decididamente a favor del campesino minifundista. En el Gobierno General los alemanes continuaron usando el zloty de antes de la guerra; en la zona soviética fue abolido, lo que provocó graves trastornos y pérdidas a aquellos que tenían ahorros, una medida que contribuyó al ataque al capitalismo y a la extensión del sistema económico soviético.[43]

Después de que los alemanes lanzaran su invasión de la URSS en junio de 1941, rápidamente se hizo patente que la ocupación soviética había dejado tras de sí un amargo legado. Una de las primeras cosas que hicieron los alemanes en las zonas anteriormente ocupadas por los soviéticos fue filmar la truculenta obra que había llevado a cabo la policía secreta soviética en una cárcel del NKVD tras otra: sólo en las cárceles de Lviv, los investigadores de crímenes de guerra de la Wehrmacht encontraron miles de cadáveres. Letones, lituanos, ucranianos, rumanos y polacos estaban inflamados de odio hacia los bolcheviques, y muchos de ellos culpaban de sus sufrimientos a sus

vecinos judíos. La propaganda alemana fomentó estos sentimientos, y de ese modo se prepararon a sí mismos y a la población local para nuevas masacres.[44]

Finalmente, el avance del ejército alemán lo llevó a penetrar profundamente en el bosque de Katyn y a enfrentarse cara a cara con la obra más truculenta de quienes anteriormente habían sido sus socios en la partición polaca. Los lugareños les hablaron de los campos de la muerte soviéticos en los bosques, y en abril de 1943, una vez que se desheló la tierra, los alemanes descubrieron los cadáveres, bien conservados, de más de 4000 de los oficiales del ejército polaco que habían sido fusilados tres años antes por órdenes de Stalin. El descubrimiento causó sensación en todo el mundo. Los alemanes llevaron allí a expertos forenses suizos, húngaros y croatas, y a prisioneros de guerra británicos y estadounidenses, y divulgaron los restos del emplazamiento como una prueba de «los crímenes de los bolcheviques contra la humanidad». Por supuesto, tenían razón, aunque el mundo, comprensiblemente, se negó a creerles. Para ganar la batalla por la opinión internacional, y con la esperanza de poder dividir la alianza anglosoviética que había contra ellos, el Ministerio de Exteriores alemán preparó, de hecho, una presentación diplomática sobre los descubrimientos de Katyn. Publicada por el Partido Nazi en 1943, en el mismo momento en que Himmler estaba erradicando sistemáticamente las pruebas de las atrocidades cometidas por los alemanes a una escala mucho mayor, describía el emplazamiento de las fosas comunes masivas de Katyn como una especie de «monumento para Europa». La lucha por la Gran Alemania había desatado una espeluznante espiral de brutalidad estatal. Y el futuro depararía cosas aún peores.[45]

5

Verano de 1940

Para Hitler, una guerra europea general sería inevitable. Pero, lejos de imaginar que ésta comenzaría en 1939, él y sus planificadores calculaban que aún les quedaban otros tres o cuatro años para rearmarse. Invadió Polonia creyendo que Gran Bretaña y Francia permanecerían distantes, como habían hecho durante la crisis de Praga. No obstante, como era típico en él, en cuanto comprendió que no iban a echarse atrás inmediatamente empezó a hacer planes para llevar la guerra a sus territorios. Sólo las malas condiciones climatológicas y las horrorizadas objeciones de los generales de más alto rango le impidieron lanzar una ofensiva en el oeste antes del fin de 1939. Era obvio, por consiguiente, que la lucha decisiva empezaría en la primavera del año siguiente. Como le dijo Hitler a Mussolini en marzo de ese año, no había «ninguna otra posibilidad de poner fin al conflicto actual».[1]

Nadie había previsto lo que sucedió a continuación. Aún eran vívidos los recuerdos de la Gran Guerra y del estancamiento prolongado que se había producido en el Frente Occidental, y los adversarios de Alemania superaban con mucho a la Wehrmacht en número de hombres y equipos. Es más, la movilización de los recursos de la Wehrmacht había sido caótica y su producción de armamentos no había cumplido los objetivos previstos. No obstante, gracias a una oposición deficientemente organizada, a algunas decisiones estratégicas acertadas, a una moral alta y a la suerte, las tropas alemanas barrieron todo lo que se les puso por delante: los Países Bajos se rindieron en sólo cuatro días, Bélgica en dieciocho, y los franceses duraron poco más de un mes. A los alemanes, que habían previsto una larga guerra, se les reconoció ahora como poseedores de los secretos del *Blitzkrieg*. Los soldados británicos se retiraron del continente, dejando tras de sí grandes cantidades de equipos, y a finales de junio, la Wehrmacht tomó incluso las

islas Anglonormandas. Por el camino, también logró improvisar una campaña escandinava en la que las tropas alemanas ocuparon Dinamarca sin tener que combatir. Aunque se toparon con una resistencia mucho más feroz en Noruega, a principios de junio ya la habían aplastado también. Se mirase por donde se mirase, se trataba de un extraordinario éxito militar.[2]

Europa quedó paralizada por este giro de los acontecimientos, que era verdaderamente asombroso, y todos aguardaban para ver qué harían los alemanes a continuación. El reto político al que ahora se enfrentaba el Reich iba mucho más allá de la consolidación del *Lebensraum* en Europa oriental. En palabras de Wilhelm Stuckart, el experto en cuestiones constitucionales del Ministerio del Interior, Alemania tenía que pasar de construir una *Volksgemeinschaft* (Comunidad del *Volk*) dentro de sus fronteras a construir una *Völkergemeinschaft* (Comunidad de Pueblos) en todo el continente. Sin tener casi ninguna preparación previa, el Tercer Reich tendría que forjar una estrategia política para defender lo que había obtenido en el oeste y para formar un futuro Nuevo Orden para el conjunto de Europa. En estas tareas, los objetivos raciales nazis, la *raison d'être* de la guerra en el Este, importaban menos que las consideraciones militares, diplomáticas y económicas. Pero en el clima de extraordinaria euforia que se apoderó de los dirigentes en Berlín, pareció como si la pura voluntad y la pura fuerza pudieran superar cualquier oposición. Los planificadores ya no creían que ninguna combinación de estados amenazara políticamente al Reich: «ya dispone por igual de los recursos económicos del norte, del oeste y del sureste». Inglaterra siguió luchando, pero la mayoría suponía que pronto entraría en razón. En este embriagador verano de 1940, cuando la guerra parecía ganada, los pensamientos de Alemania se dirigieron hacia el futuro, y la forma que habría de adoptar una eventual Europa nazi se debatió más exhaustivamente que en ningún otro momento del pasado ni del futuro.[3]

Hacia un Nuevo Orden

El 9 de abril, Dinamarca se convirtió en el primer país que capituló. La invasión había terminado en unas pocas horas, antes de que los daneses hubieran tenido tiempo siquiera de declarar la guerra a Alemania: saltaba a la vista que la resistencia era inútil. En comparación con Polonia, los alemanes los trataron con tal grado de moderación que cuesta imaginar que el mismo estado fuera responsable de ocuparse de ambos. En el caso de Polonia, los nazis atropellaron las leyes internacionales y borraron el país del mapa,

mientras que los daneses negociaron la forma más suave de supervisión alemana que hubo en toda Europa. El país siguió siendo formalmente independiente, y el rey Cristián permaneció en su trono: Copenhague continuó siendo el centro político de la vida danesa durante toda la guerra, y los políticos que huyeron al extranjero se vieron marginados. El parlamento siguió funcionando, e incluso hubo elecciones prácticamente libres en 1943; sabemos esto en virtud del hecho de que el Partido Nazi danés se hizo con apenas el 2 por 100 de los votos y fue derrotado de forma aplastante por los antiguos partidos de antes de la guerra. Alemania transmitía sus deseos a través del anterior embajador, Cecil von Renthe-Fink, que se convirtió en plenipotenciario de Reich, supervisando los asuntos daneses con un reducido personal y con suave tacto. Se garantizó la integridad territorial del país, y se dieron firmes instrucciones a la pequeña minoría alemana de que no causara problemas.

Renthe-Fink hizo hincapié en la importancia de conservar la «apariencia externa» de la independencia con el fin de debilitar la oposición a los alemanes en otros lugares. Deseoso de seguir adelante hacia Noruega, el Führer accedió: en Dinamarca no habría ninguna administración civil, e incluso el ejército solamente desempeñó un modesto papel. Quizá sólo fuera «escaparatismo político», como posteriormente lo denominaría un funcionario nazi, pero las primeras impresiones eran importantes en un momento en el que los alemanes no sabían cómo saldrían las invasiones de Noruega y los Países Bajos. Este arreglo también prometía garantizar lo que Alemania realmente necesitaba de los daneses, es decir, productos lácteos y conformidad con su política exterior, a un coste muy bajo. Resulta que la hegemonía alemana se ejerció de formas más complicadas e indirectas que lo que a menudo se imagina. Los daneses acabaron la guerra como miembros de las Naciones Unidas; pero durante por lo menos tres años hallaron un cómodo hueco en el Nuevo Orden de Alemania.[4]

Aunque los alemanes planeaban tratar a Noruega de un modo similar, la de Noruega resultó ser una empresa mucho más dura en lo militar y en lo político. Después de un ataque sorpresa que permitió que Oslo cayera en las manos alemanas, los noruegos se defendieron acérrimamente. Para complicar las cosas, Vidkun Quisling, un político de extrema derecha que contaba con escaso apoyo en el país, aprovechó la oportunidad para declarar la formación de un gobierno provisional dirigido por él mismo. Hitler compartía sus ideas, pero lo apartó y nombró en su lugar a un antiguo compañero del Partido como comisionado del Reich. El hombre que escogió, Josef Terboven, ya era

gobernador provincial de Renania, donde gozaba de una merecida reputación por su crueldad. Había ganado la Cruz de Hierro en la primera guerra mundial, antes de abandonar la universidad, participando en el *putsch* de la Cervecería de 1923 y casándose con la antigua secretaria de Goebbels. El poco refinado Terboven, que se instaló en la residencia del príncipe de la corona (donde, cinco años después, se suicidaría haciendo estallar una bomba), carecía de las dotes de persuasión que habrían sido necesarias para lograr que los conmocionados diputados de Noruega formasen un nuevo Gobierno proalemán. El jefe del parlamento sí que invitó al rey Haakon a abdicar, pero él se negó furiosamente a ello y huyó a Londres, donde formó un gobierno en el exilio. Mientras tanto se prolongaba el interregno político en Oslo. A finales de septiembre Terboven perdió la paciencia: abolió unilateralmente la monarquía, disolvió todos los partidos excepto el Nasjonal Samling (NS) de Quisling y anunció la formación de una comisión estatal, compuesta fundamentalmente por miembros del NS, para dirigir el país. Ello fue un tremendo desaire para la clase dirigente del país y condenó al nuevo Gobierno a la ilegitimidad desde el principio. Aunque popularmente se criticó mucho al rey por haber huido, a Quisling se le detestaba mucho más, y casi toda Noruega estaba en contra de él.

Había un clima similar de desorientación en los Países Bajos, cuyo monarca y ministros también habían huido a Londres. El ejército holandés había intentado resistirse a la invasión alemana, pero no duraron tanto tiempo como los noruegos, ni mucho menos. El 14 de mayo, un bombardeo masivo de la Luftwaffe tardó apenas diez minutos en dejar el centro de Rotterdam reducido a escombros humeantes y madera carbonizada, matando a casi 1000 personas y dejando a más de 78 000 sin hogar. Al llegar después de la devastación que los bombarderos alemanes habían infligido a Varsovia el septiembre anterior, ello fue un terrorífico recordatorio del poder de los bombarderos, y los holandeses capitularon rápidamente. El mariscal de campo Von Brauchitsch nombró a un comandante militar alemán porque Hitler había prometido a la Wehrmacht que en Europa occidental, a diferencia de lo que había ocurrido en el caso de Polonia, se les permitiría organizar una occupación militar más tradicional.[5] Sin embargo, después de tan sólo unos días cambió de opinión y, al igual que en Noruega, impuso una administración civil. Como las comisarías políticas civiles ya habían sido el preludio a la incorporación al Reich en los Sudetes y en Polonia occidental, los holandeses se mostraron preocupados, especialmente cuando el hombre que Hitler eligió para dirigirla fue Arthur Seyss-Inquart, el abogado

escasamente digno de confianza que había desempeñado un destacado papel en el *Anschluss* austríaco. A los propios miembros del Estado Mayor del ejército les indignó «la absoluta deshonestidad de nuestros máximos líderes»: el nombramiento de Seyss-Inquart, que se produjo inmediatamente después de que tomaran medidas similares en Noruega, no auguraba nada bueno para sus planes de dejar a las SS y al Partido fuera de Europa occidental.

En realidad, las instrucciones bastante imprecisas que Seyss-Inquart había recibido de Hitler distaban mucho de ser radicales: recibió órdenes de tranquilizar a los holandeses y fomentar la colaboración. A diferencia de las anteriores conquistas de Alemania, los Países Bajos eran una potencia colonial, y Hitler estaba especialmente deseoso de impedir que sus colonias se separasen y escaparan al control alemán. Sin contar con una flota propia lo suficientemente grande para asegurarlas, tenía que tratar a los holandeses con relativa delicadeza. Por consiguiente, Seyss-Inquart intentó tranquilizar a los holandeses proclamando inmediatamente que Alemania no tenía ningún plan «imperialista» para el país. Poco después, hizo hincapié en que la ocupación era exclusivamente militar y que no implicaba ninguna reclamación de territorios holandeses. Permitió que siguieran existiendo la mayoría de los partidos políticos y mantuvo conversaciones con políticos conservadores. Mientras tanto, fueron los funcionarios holandeses de alto rango quienes en realidad desempeñaron la labor de administrar la ocupación bajo supervisión alemana, y las leyes holandesas siguieron en vigor a menos que fueran explícitamente revocadas o enmendadas. A consecuencia de ello, la ocupación se llevó a cabo en un primer momento sólo con una cantidad relativamente pequeña de personal alemán para vigilarla.[6]

Desoyendo los consejos de sus ministros, y a diferencia de sus homólogos holandés y noruego, el joven rey belga Leopoldo no se marchó. Puede que le impresionara el trato que Alemania había dado a Dinamarca, pero se equivocaba si esperaba algo similar: Bélgica era mucho más importante que Dinamarca estratégica y territorialmente. No se le permitió formar un nuevo gobierno, como había esperado, y los distritos de Eupen y Malmedy, que Bélgica había obtenido en Versalles, fueron reincorporados al Reich. Incluso antes de la invasión Hitler se había negado a comprometerse a conservar la independencia belga y resultaba obvio que estaba contemplando la posibilidad de expandir aún más las fronteras de Alemania. «Se respira algo… en el ambiente respecto a Bélgica», le confió Göring a sus subordinados más próximos. Leopoldo estaba preocupado, pero cuando finalmente se reunió con el Führer en noviembre de 1940, Hitler se limitó a decir que «la

independencia política interna de Bélgica sería mayor cuanto más clara e inequívocamente se alinease con Alemania en la política exterior y en asuntos militares». Alemania «nunca jamás» volvería a permitir que Bélgica se convertiera en «un trampolín para un ataque al Reich o al continente europeo». ¿Se restauraría la independencia política de Bélgica?, se empeñaba obstinadamente Leopoldo en preguntar. Lo único que decía Hitler era que Bélgica ocuparía «una posición de algún tipo dentro de la estructura de cooperación económica y política con el Reich alemán». «Una declaración como ésta», proseguía, «no podría ofrecerse ante el público general, ya que sin duda se interpretaría como una señal de debilidad». No era un panorama tranquilizador.[7]

No obstante, pese a la incertidumbre política que rodeaba su futuro, en algunos aspectos los belgas estaban en mejor situación que lo que creían. Debido a la importancia estratégica que tenía el país para la campaña prolongada contra Gran Bretaña, la Wehrmacht logró permanecer a cargo de la ocupación prácticamente durante toda la guerra. También se le agregaron, con fines administrativos, dos departamentos del norte de Francia, Pas de Calais y Nord, y todo el territorio, de unos doce millones de personas, estuvo gobernado por un comandante militar para Bélgica y el norte de Francia, el general barón Alexander von Falkenhausen, gran bebedor. A pesar de ser el sobrino del hombre que había gobernado Bélgica durante la primera guerra mundial, Von Falkenhausen era una opción inusual. Falkenhausen, que anteriormente había sido agregado militar en el imperio otomano, Japón y la China de Chiang Kai-Shek (donde había desarrollado una devoción por los clásicos confucianos), era un conservador de la vieja escuela. Se le había arrancado del retiro y era uno de los miembros más sofisticados de lo que generalmente era una casta militar bastante provinciana y con unas miras bastante estrechas. Su jefe de administración, Eggert Reeder, tampoco era ningún nazi, sino un antiguo funcionario civil prusiano cuya Comisión de Estudios Militares había planeado la ocupación. A pesar de ser miembro (honorífico) de las SS, el ingenioso Reeder, el verdadero poder detrás del trono de Falkenhausen, vacilaba en oponerse tanto a las SS como al Partido Nazi, a cuyos miembros consideraba personajes fantasiosos, perjudiciales y peligrosos. En un principio, él y Falkenhausen lograron vencer a Himmler, que quería acelerar la nazificación de Bélgica, y también guardaron las distancias respecto al Partido. Permitieron a los belgas gobernar el país hasta donde fuera posible y recibieron la ayuda de sus empresarios y de sus altos funcionarios civiles, a quienes el Gobierno saliente había hecho permanecer

en sus puestos. Las cortes belgas continuaron sirviendo como caja de resonancia para la constitucionalidad de los decretos burocráticos, otorgando a las nuevas disposiciones, durante un tiempo, algo parecido a la legitimidad. Algunos funcionarios civiles fueron purgados, y muchos alcaldes huyeron, presas del pánico, durante la invasión y fueron destituidos, pero básicamente, como en los Países Bajos, la maquinaria del estado de antes de la guerra permaneció intacta.[8]

El gran premio, naturalmente, era Francia: ninguno de los otros territorios obtenidos por Alemania se aproximaba a ella en importancia. A pesar de que inicialmente se disputó una contienda bastante igualada en algunas partes del frente, los alemanes avanzaron con asombrosa rapidez. En menos de una semana ya habían llegado al Canal de la Mancha; Dunkerque cayó menos de dos semanas después, y el 14 de junio entraron en París. El mariscal Henri-Philippe Pétain, el anciano pero lúcido héroe de Verdún de la primera guerra mundial, tomó el poder como primer ministro francés y anunció que trataría de llegar a un armisticio. Con entre seis y ocho millones de civiles huyendo al sur, obstruyendo las carreteras y extendiendo el pánico, la desmoralización de Francia era total. La victoria alemana fue tan arrolladora y tan veloz que pocos podían creer que realmente hubiera sucedido.[9]

Las noticias de la caída de Francia tuvieron repercusiones en toda Europa. «Cuando París cayó, la gente lloraba en las calles», recordaba una joven judía de Varsovia. Para los demócratas significaba que era probable que la guerra contra Hitler se prolongase indefinidamente; Los políticos polacos y checos en el exilio se vieron abrumados por el pesimismo, ya que era obvio que la resistencia al dominio alemán no iba a ser un asunto a corto plazo. Por otro lado, los fascistas de todas partes, desde Portugal hasta Rumanía, aclamaron el triunfo del Reich como la señal que indicaba el viraje internacional hacia la derecha: el marchito legado de la revolución francesa había sucumbido finalmente ante la autoridad, la energía juvenil y la disciplina del nacionalsocialismo. Desde los Países Bajos, el envejecido Kaiser Guillermo II envió un mensaje de felicitación a su Antiguo Cabo. Después de la humillación de Versalles, el simbolismo de la victoria era inevitable, y las negociaciones para el armisticio franco-alemán tuvieron lugar incluso en el mismo vagón de ferrocarril que habían empleado los triunfantes generales franceses en 1918. No obstante, aunque Hitler disfrutó de su momento de victoria y recorrió algunos de los campos de batalla de la Gran Guerra, tuvo

cuidado de no excederse: era esencial evitar, a toda costa, el tipo de situación que había surgido en Noruega. Se debía animar a Pétain a que permaneciera en Francia para dirigir el país e impedir que la guerra se extendiera a las colonias francesas. La prioridad era mantener a un Gobierno francés que dirigiera la ocupación en nombre de los alemanes. Así, a pesar de todas sus exigencias draconianas iniciales (exorbitantes «costes de ocupación», la deportación de 1,5 millones de prisioneros de guerra franceses a Alemania), Hitler evaluó cuidadosamente lo que aceptarían los franceses y refrenó su impulso inicial de dividir el país mediante anexiones.[10]

Desde luego, esto no significó que éstas quedaran fuera de su programa a largo plazo. Al fin y al cabo, los nazis no deseaban simplemente la derrota de Francia, o el derrumbamiento de su alianza con Inglaterra. Francia había de quedar permanentemente descompuesta para que nunca pudiera volver a representar una amenaza para Alemania. El 12 de julio, Goebbels expuso esto a sus compañeros del Ministerio de Propaganda en unos términos que llevaban la impronta inequívoca del pensamiento de Hitler:

> El Nuevo Orden para Europa se ha de situar, de forma muy consciente, únicamente bajo los auspicios de Alemania… En el futuro, el único papel que desempeñaría Francia es el de un pequeño estado atlántico… Aparte de las reivindicaciones territoriales de Italia en Francia, nuestras reivindicaciones serán también muy grandes… Por lo que respecta a Francia, la máxima será ésta: la destrucción de la Paz de Westfalia. Algunos están hablando incluso de una revocación de la partición acordada en el Tratado de Verdún de 1843. Por esta razón, todo que lo que sirva para fomentar una reactivación política o económica de Francia será destruido… El tratado de paz no sólo eliminará a Francia como gran potencia, sino también como estado que goce de alguna influencia política en Europa.[11]

El siempre fiable Stuckart estaba preparando en secreto unos cambios radicales en las fronteras para el futuro, que cercenarían gran parte del norte de Francia, así como la desembocadura del Somme. Además de aportar territorios al Reich, los funcionarios alemanes soñaban con una descentralización deliberada del estado francés (encerrar al Gobierno en Vichy encajaba bien en esta idea) con el fin de debilitar al nacionalismo francés, en una versión más suave de la política que se había seguido en Polonia. Su análisis racial mostraba a Francia como una «mezcla» (*Vermischung*), en la que las ciudades y los centros industriales habían permitido que los «peores elementos» corrompieran a los mejores en nombre de un «estado abstracto». Bajo la dirección de Alemania, se daría a las regiones más libertad respecto al Gobierno central. Los planes de Stuckart se justificaron de la misma manera: desatando la fuerza de los «elementos raciales saludables» se debilitaría el poder de la «Francia parisina». Otros, que

reclamaban un «Nuevo Orden *völkisch*» para Europa, que permitiera a los alemanes crearse aliados agradecidos entre las minorías regionales, recomendaban conceder la autodeterminación a los bretones y los vascos. Incluso esperaban con ansia el momento de poner en práctica ideas similares al otro lado del Canal de la Mancha una vez que los británicos se hubieran rendido: escindirían Escocia del Reino Unido, crearían una Irlanda unificada y darían autonomía al oeste de Inglaterra. Era, en resumen, una visión que pretendía afianzar la hegemonía alemana en el oeste mediante una política de nacionalidades, una especie de reflejo de lo que los franceses y los británicos habían intentado hacer en Europa oriental después de 1918.**[12]**

Todo esto pertenecía al futuro y no dejó de ser algo especulativo y también confidencial. Las condiciones reales del armisticio no fueron, ni con mucho, tan draconianas. Casi con toda seguridad Pétain se habría negado a una ocupación total del país, o a que le obligaran a entregar la flota francesa, pero nunca se le puso a prueba. Francia fue dividida en una zona ocupada y una no ocupada, y el Gobierno francés siguió siendo nominalmente soberano en ambas. Esto hizo posible que importantes zonas estratégicas, como la costa atlántica, el Canal de la Mancha y una ruta terrestre hacia España, permanecieran bajo el control operativo de la Wehrmacht al mismo tiempo que permitió que el Gobierno francés dirigiera el país. Al contrario que en Polonia, *sí* se consideraba que las Convenciones de La Haya y de Ginebra seguían en vigor, y aunque la Wehrmacht interpretaba que la ley de la ocupación implicaba que sus decretos eran la máxima fuente de ley, en la práctica Vichy emitió tantas ordenanzas que los apurados funcionarios alemanes acabaron simplemente estableciendo unas pautas sobre la política que se había de seguir e interviniendo cuando pensaban que éstas se veían amenazadas. Los funcionarios civiles franceses administraban el país, supervisados sin excesivo rigor por un reducido personal de la Wehrmacht estacionado con el comandante militar en París. El poder alemán quedó aún más difuso por el hecho de que, como tan a menudo sucedía, los ocupantes no hablaban con una sola voz. La única indicación real inicial de las intenciones que tenía el Reich a largo plazo para Francia fue que se negó al propio Pétain el permiso para establecer su Gobierno en la capital francesa; para gran alegría de los hoteleros de Vichy, Pétain escogió esa aletargada ciudad balneario como nueva sede del gobierno nacional.

Por consiguiente, en Francia, como en Dinamarca, los alemanes lograron que a su triunfo militar le siguiera un importante logro político: atenuando la ideología con el pragmatismo, lograron crear un Gobierno leal y más o menos

aceptado nacionalmente que trabajara junto a ellos y dirigiera el país. Sin duda, Francia era mucho más importante que Dinamarca, y la Wehrmacht ocupó gran parte de ella. No obstante, sus tropas estaban desplegadas de forma no muy densa, y sólo se necesitaba una pequeña cantidad de funcionarios alemanes para coordinar la política con Vichy. Durante los dos primeros años de la ocupación los alemanes se sintieron generalmente satisfechos con los resultados. Pero su victoria tuvo un efecto realmente espectacular en un aspecto. Pues, mientras que el sistema político danés apenas cambió a consecuencia de la guerra y la derrota, en Francia el ascenso de Pétain supuso el fin de la antigua Tercera República y el surgimiento de un nuevo orden constitucional. A Pétain se le concedieron unos poderes ejecutivos inauditos como jefe de Estado, el parlamento fue suspendido hasta nuevo aviso y se culpó a los anteriores ministros de la república de antes de la guerra de la falta de preparación de la nación en 1940, y se los procesó por ello. Se habló de una nueva constitución (aunque ésta nunca se materializó), y el régimen proclamó una revolución nacional, con un fuerte trasfondo antirrepublicano y antisemita, en nombre de la familia, el trabajo y la patria. La victoria alemana había permitido que el autoritarismo triunfara en Francia: pero esa transformación política había sido producto de las decisiones de los propios franceses.[13]

La extensión del poder alemán a Europa occidental había estado fundamentalmente impulsada por las necesidades estratégicas de Berlín. No había en juego ningún gran programa ideológico, y la mera variedad de regímenes de ocupación instaurados en 1940 indica la incertidumbre que sentía Hitler acerca de dónde encajaba cada uno de ellos en su plan general, cuya orientación era predominantemente oriental. Al fin y al cabo sólo se había atacado a Dinamarca para que ésta sirviera como una plataforma de lanzamiento para la invasión de Noruega; y la propia Noruega sólo se introdujo en los planes alemanes con el fin de anticiparse a los planes anglofranceses de ocupar los campos de minerales metalíferos del norte de Suecia.

En el verano de 1940, tampoco estaba claro dónde debía acabar la campaña occidental de Alemania. Para empezar, estaba el problema de Suiza. Los suizos habían derribado varios aviones alemanes durante la invasión de Francia cuando habían penetrado en el espacio áereo suizo tras extraviarse, y los políticos suizos temían que, después de los franceses, ellos serían los

siguientes. De hecho, habían preparado planes para una defensa conjunta con los franceses contra Alemania, planes que socavaron su afirmación de que mantendrían una «neutralidad armada»: éstos habían llegado al conocimiento de los alemanes y estaban furiosos. Efectuar un viraje hacia la derecha en la política suiza, como algunos de ellos habían deseado hacer durante mucho tiempo, fue un medio de apaciguarlos. Pero en realidad los alemanes volvieron a mostrarse bastante comedidos en sus exigencias. No insistieron en que los suizos aprobaran nuevas leyes raciales, o medidas que pudiesen haber puesto en entredicho la política de neutralidad suiza. Protestaron por las críticas al Reich en la prensa suiza, pero no fueron más allá, en gran medida porque sabían que Francia estaba observando cómo trataban a los suizos y querían, por encima de todo, atraerse completamente a Vichy al bando del Eje. También se archivaron los planes de invasión militar, no porque los alemanes temieran al ejército suizo, sino porque no deseaban una disputa con los italianos sobre el reparto del país. A consecuencia de ello, los suizos se quedaron fuera de la guerra, ofreciendo pacífica y prósperamente (aunque nerviosamente, algunas veces) al Eje facilidades comerciales, bancarias y de tránsito, estas últimas de un valor incalculable, y, muy posteriormente, discretos puntos de reunión para los intermediarios del Eje y de los aliados. **[14]**

Un asunto inacabado mucho más importante era el problema de Gran Bretaña, tema en el que Hitler titubeó de una forma que no era propia de él. Su postura básicamente probritánica no cambió después de Dunkerque y realizó varios intentos más para llegar a un acuerdo. En medio de la invasión de Francia confesó que esperaba llegar a un acuerdo con Londres «sobre la base de la división del mundo» y realizó una oferta pública de paz a mediados de julio en un discurso pronunciado ante el Reichstag que fue rápida y públicamente rechazada. Sin embargo, cada vez tomaba mayor conciencia de lo difícil que resultaría separar Gran Bretaña de Estados Unidos y cada vez contemplaba más seriamente la toma de medidas más radicales. Unos días antes de su oferta de paz ordenó que se hicieran preparativos para un ataque naval a través del Canal de la Mancha, y el ejército preparó detallados planes operacionales en agosto. Habría desembarcos en Sussex, Kent y posteriormente en Bournemouth, antes de que las fuerzas alemanas se abrieran paso hasta una línea que iría desde Colchester hasta el Severn, y después penetraran hasta la región central de Inglaterra, rodeando Londres. Pero los jefes de la armada alemana sentían una enorme preocupación por los riesgos que entrañaba una invasión, y el propio Hitler se mostró extrañamente poco seguro de sí mismo y confió en que una «demostración de fuerza» por

parte de la Luftwaffe bastara para cambiar la política británica. Los servicios de información del ejército alemán sobreestimaron las fuerzas de las que los británicos disponían para la defensa, y de todos modos Hitler parece haber sido reacio a emprender una medida que podría haber derrumbado el imperio británico.[15]

Mientras proseguía la planificación para una invasión a través del Canal de la Mancha, el comandante Walter Schellenberg, del SD, joven ayudante personal de Himmler y jefe del servicio de información exterior de la RSHA, compilaba un manual sobre Gran Bretaña para uso de la Gestapo. El manual de carácter confidencial *Informationsheft GB* de Schellenberg, que al parecer contó para su elaboración con la ayuda de la información suministrada por dos oficiales del MI6 que habían sido secuestrados cerca de la frontera holandesa el mes de noviembre anterior, ofrece una visión de Gran Bretaña que es al mismo tiempo extrañamente perspicaz y absolutamente estrafalaria. «La libertad democrática de Gran Bretaña» se describía como una farsa. Se decía que los sindicatos «no tenían relación con la política», mientras que se consideraba al arzobispo de Canterbury y al Consejo de Relaciones Exteriores de la Iglesia de Inglaterra responsables de la propaganda antialemana; también a la Universidad de Oxford, cuyos «Panfletos de Oxford» sobre los problemas mundiales de la época se mencionaban en particular. Se describían bibliotecas, universidades, estudiosos individuales y políticos exiliados antinazis si éstos tenían interés para los servicios de información alemanes. Se suponía que la propia Inglaterra estaba gobernada por francmasones, judíos y por una pequeña élite formada en colegios privados. Se describía al caballero inglés como alguien «que nunca ha pensado sobre cuestiones filosóficas, que apenas tiene algún conocimiento de la cultura extranjera, que piensa en Alemania como la encarnación del mal pero que acepta el poder británico como algo inviolable». Al final, la «Lista de los Especialmente Buscados de GB» (*Sonderfahndungsliste GB*) ofrecía una relación de 2820 individuos a los que la Gestapo debía prestar especial atención, treinta de los cuales habían de ser arrestados en el acto. Si hubieran llegado a tomar el poder en Inglaterra, de la forma que imaginó Len Deighton en su novela *SS-GB*, la Gestapo no sólo habría perseguido a políticos, sindicalistas y oficiales del ejército, sino también a figuras tan siniestras como Noel Coward, Nancy Cunard y Sigmund Freud (que había muerto el pasado mes de septiembre, pero que, aun así, había llegado a ser incluido en la lista de la Gestapo).[16]

Algnos de ellos temían tanto la invasión que huyeron al otro lado del Atlántico: el escritor Stefan Zweig fue a Estados Unidos y de allí a Brasil,

dónde se suicidó en 1942 después de completar su conmovedor lamento por la Europa que él creía irremediablemente perdida, *El mundo de ayer*. Pero la «Lista de los Especialmente Buscados de GB» pronto quedó como una mera curiosidad histórica. A finales de ese otoño, después de los ataques frustrados a los aeródromos británicos y de los intensos bombardeos que dejaron más de 23 000 civiles muertos, la Luftwaffe abandonó la batalla de Inglaterra y Hitler archivó su idea de invadirla. Ya había decidido atacar la URSS el año siguiente como un medio indirecto de presionar a los británicos. Mientras tanto, los diplomáticos alemanes intentaban mantenerse al corriente del estado de la moral al otro lado del Canal de la Mancha, pero los informes eran fragmentarios, e incluso al embajador alemán en Dublín le resultaba difícil entender qué estaba pasando. Se decía que «la vida organizada en Londres» durante la batalla de Inglaterra se había «descompuesto por completo; incluso se han observado saqueos y sabotajes». Por otro lado, se decía que la recuperación había sido «sorprendentemente rápida». Algunos viajeros procedentes del Reino Unido decían que los británicos jamás capitularían; otros predecían que se estaban acercando al final de su resistencia. Hitler no parece haber mostrado el menor interés en todo ello.**[17]**

La penetración en África

Antes de actuar contra la Unión Soviética, Hitler pasó a concentrar su atención en la posición británica en el Mediterráneo. Aunque la armada alemana se mostró entusiasmada con esta nueva estrategia «periférica», al ver en ella una última oportunidad para destacar antes de la guerra terrestre con la Unión Soviética, en realidad no era lo suficientemente poderosa como para combatir contra los ingleses sin ayuda. Hitler había lanzado una guerra europea general mientras el programa que se suponía que iba a dotar al Reich de la armada más grande del mundo todavía estaba en sus fases iniciales. La armada con la que contaba ni siquiera había sido capaz de llevar a cabo operaciones a través del Canal de la Mancha. Por consiguiente, en el caso del Mediterráneo, y del norte de África en particular, el nuevo amo de Europa se encontró con que tendría que actuar como diplomático y estadista en lugar de como comandante en jefe; tendría que arbitrar y engatusar en los casos en los que no pudiera obligar, con el fin de hacer el mejor uso posible de los socios de Alemania. Pero ésta resultó ser una tarea más difícil que lo que había sido conquistar la mitad de Europa. Tanto su aliado, Italia, como España, que Hitler esperaba con urgencia que entrase en la guerra, querían aprovecharse

de la derrota de Francia y codiciaban sus posesiones en el norte de África. El difícil problema al que se enfrentaba era cómo satisfacerlas a ambas sin perder al mismo tiempo el apoyo de los franceses, que eran potencialmente más importantes que cualquiera de los otros dos países. Hitler no tenía la capacidad que sí tenía Bismarck para enfrentar a un enemigo contra otro, y su propia codicia de territorios también era un estorbo.

En la guerra contra Gran Bretaña, el apoyo de España era evidentemente esencial. El 19 de junio, en los días entre el nombramiento de Pétain y la firma del armisticio, Madrid se había ofrecido, de hecho, a ir la guerra contra Gran Bretaña a cambio de Gibraltar, el Marruecos francés y otros diversos territorios africanos. Las tropas españolas habían ocupado el Tánger francés unos días antes, y Franco quería ampliar su imperio del norte de África. Los británicos estaban lo suficientemente preocupados por ello como para adiestrar a un equipo que habría de quedarse atrás, encerrado en un búnker de observación oculto durante un año o más para vigilar los movimientos navales del Eje desde la Roca. Afortunadamente para los hombres involucrados en este plan, nunca se les puso a prueba. Pues, aunque Hitler habría estado encantado de que los españoles entraran en la guerra, no estaba dispuesto a hacer las concesiones que exigían.

Una de las razones que lo explican fue que, si lo hubiera hecho, habría sido imposible engatusar a Pétain para que entrase también en la guerra. Pétain estaba jugando una mala mano con inteligencia, y Hitler temía que si entregaba algunas de las posesiones francesas a los españoles, los demás desertarían al bando británico y a la Francia Libre. Pero otra razón era que Alemania tenía sus propios intereses en Marruecos, y había agentes alemanes en Casablanca explorando en secreto las bases aéreas francesas. En cuanto a la armada alemana, ésta incluso quería tener bases en las islas Canarias. Cuando Hitler se encontró con Franco en la reunión crucial celebrada en Hendaya el 23 de octubre, no hubo entendimiento entre los dos hombres. Los españoles leyeron las condiciones alemanas para su entrada en la guerra y quedaron estupefactos al ver que no se les ofrecía nada seguro en África. Como siempre, Hitler se mostraba reacio a comprometerse. Franco habló durante una eternidad sobre el derecho histórico de España a Marruecos y se negó a contemplar su entrada en la guerra sin un claro compromiso alemán a satisfacerlo. Esto enojó tanto a Hitler que posteriormente le dijo a Mussolini que preferiría que le extrajeran varios dientes a mantener otra conversación como ésa.[18]

En España había un enorme entusiasmo entre los fascistas ante la idea de participar en la guerra, y no podían entender la vacilación de Franco. Para ellos, la victoria en la guerra civil había supuesto la oportunidad de reconstruir la grandeza española en el interior del país, mientras que la derrota de Francia era una oportunidad para extenderla en el extranjero y participar en la construcción de una Europa anticomunista. La «Nueva Europa», según Rafael García Pérez, miembro del movimiento fascista de la Falange, se basaba en tres concepciones de Europa: (1) como Occidente (frente a los bárbaros bolcheviques asiáticos); (2) como la Civilización (basada en principios romanos y cristianos); y (3) como Imperio. Había, según escribió otro derechista, dos clases de naciones: las que habían nacido para mandar, y las que habían nacido para obedecer. ¿Cómo podía España no «movilizarse agresivamente» y convertirse en una de las «cuatro, cinco, o seis grandes unidades que… están llamadas a gobernar el mundo en este siglo, en el que toda ficción de libertad para los diminutos estados nacionales va a desaparecer»? No obstante, aunque se permitió que una gran cantidad de españoles se presentaran voluntarios para luchar, sobre todo después de que Alemania invadiera la URSS, Franco era más realista y prudente y se negó a comprometer al país en el bando del Eje. Ganando tiempo en sus relaciones con Berlín, había llegado a comprender que era muy probable que los alemanes utilizaran cualquier participación española en la guerra como un motivo para enviar sus propias tropas a Marruecos. Por consiguiente, su policía intensificó la vigilancia de los alemanes en el norte de África y también hizo difícil la vida a los ingenieros alemanes que ayudaban a reconstruir las defensas españolas en las islas Canarias. Por consiguiente, fue fundamentalmente gracias a la codicia de Alemania que Gibraltar nunca fue atacado. Los alemanes prepararon planes para tomarlo, pero los archivaron en el período previo a la invasión de la Unión Soviética. Incluso tenían planes de contingencia para invadir la propia España en caso de un posible desembarco británico y no los abandonaron hasta 1943.[19]

Lo que Franco había llegado a comprender era que ser aliado de Alemania podía ser más peligroso que permanecer neutral. Fue una lección que los italianos aprendieron demasiado tarde. Éstos también codiciaban las posesiones de Francia en el norte de África; de hecho, sus exigencias eran aún mayores porque veían la guerra como su oportunidad para dominar todo el Mediterráneo. Pero Mussolini fue menos astuto que Franco y no comprendió que ser el aliado más próximo de Hitler no importaba gran cosa en el nuevo Reparto de África: de hecho, los alemanes podían no tener en cuenta las

exigencias de Italia precisamente porque Italia ya había entrado en la guerra, y lo único que el país ganó ese verano declarando tardíamente la guerra a Francia fue una zona de ocupación entre Grenoble y Niza. Ribbentrop aseguró al ministro de Comercio italiano que África sería dividida en dos esferas de interés entre los dos socios del Eje, cuya amistad, según predijo, se prolongaría «durante siglos». Pero sólo se les prometió Orán, y no el resto de Argelia ni el Marruecos francés, como habían esperado. Los italianos comprendieron, igual que Franco, que los alemanes siempre pondrían en primer lugar sus propias reclamaciones de territorio africano, pero lo hicieron demasiado tarde.

Históricamente, Alemania se había mostrado ambivalente acerca de su destino colonial. Antes de la primera guerra mundial, bajo el Kaiser Guillermo II, los devotos de Samoa y del África Suroccidental Alemana habían chocado con los miembros de los grupos de presión que defendían la expansión hacia el este sobre las tierras eslavas. Pero en la década de 1930, la «reconciliación ideológica» entre el *Lebensraum* y el colonialismo alemán ya se había resuelto a favor del primero. La *Kolonialpolitik* y la *Ostpolitik* no se veían ahora como alternativas sino como una «necesidad complementaria»: la primera garantizaba el acceso a materias primas que escaseaban y que eran necesarias para asegurar la supervivencia del *Volk* alemán, y la segunda proporcionaba la tierra para los asentamientos. Pero los entusiastas de las colonias creían ahora que su momento había llegado. El experto en colonias del Partido, Ritter von Epp, había participado en la sanguinaria represión internacional de la rebelión de los bóxers que se había producido en China a finales de siglo y en la aniquilación de los herero en el África Suroccidental Alemana. En el otoño de 1939, saludó el estallido de la guerra como «la resurrección del imperio colonial alemán».[20] Los hombres como él nunca habían superado la pérdida de las colonias de Alemania después de la primera guerra mundial y ansiaban crear una nueva *Mittelafrika* alemana. Estudiaron la política colonial británica y la francesa y exploraron maneras de aumentar la productividad del trabajador africano intensificando el trabajo esclavo. Aunque admiraban a los británicos, pensaban que su política de dominio indirecto era demasiado blanda. Escribieron que en Nigeria los británicos desgraciadamente habían permitido a las poblaciones nativas un grado de administración propia que incluso a un tenaz e inflexible «gobierno colonial alemán» le resultaría difícil revocar. En resumen, planeaban un régimen para África que habría hecho que los imperios entonces existentes pareciesen tolerantes, progresistas y justos.[21]

En el verano de 1940, Hitler ordenó que se acelerasen los preparativos para una futura administración colonial alemana. A finales de la década de 1930, se había asistido a un debate internacional sobre el valor de las colonias como bases de recursos para sus dueños europeos, y los diplomáticos de Berlín hablaron enseguida sobre la posibilidad de desarrollar una política en África para el provecho económico de toda Europa. Lo que se necesitaba, sostenían ellos, era «racionalizar el desarrollo colonial en África en beneficio de toda Europa».[22] Pero el Ministerio de Exteriores apenas hablaba en nombre del Tercer Reich. Lo que otros dirigentes en Berlín realmente tenían previsto para África tenía muy poco que ver con el resto de Europa. Ellos querían un bloque compacto de territorio controlado por los alemanes que abarcara todo el corazón del continente y que uniera el nuevo imperio del Reich en África central con las bases de la armada en el océano Índico y el Atlántico. La Wehrmacht incorporó las nuevas tareas proyectadas para las colonias africanas a los planes de rearme que ya estaban en marcha, y los expertos africanistas del Reich se prepararon para prestar servicio en los trópicos. La Universidad de Hamburgo empezó a impartir cursos para formar a los administradores coloniales, se diseñaron nuevos uniformes, y se recibieron cientos de solicitudes. Se redactó el borrador de una ley para la creación de un Ministerio de Colonias, pero nunca se publicó, y se redactaron decretos que extendían las leyes raciales nazis a África. Los funcionarios civiles elaboraron advertencias sobre las enfermedades tropicales y sobre los peligros del sexo con las mujeres nativas. Las compañías industriales alemanas proporcionaron especialistas en materias primas africanas. Estos planes desarrollaron una vida propia, y mucho tiempo después de que el nuevo imperio alemán en el sur hubiera quedado eclipsado por la lucha que estaba teniendo lugar en el Este, la burocracia colonial continuaba haciendo planes para un futuro que nunca llegaría. Incluso se revocaron los decretos locales que prohibían a los negros deambular por su cuenta en Alemania durante la guerra (había una pequeña comunidad de germano-africanos en el Reich, y una compañía de espectáculos ambulante llamada el Espectáculo Germano-Africano, que actuaba con trajes «nativos»), por si ello causaba una publicidad desfavorable en África. No fue hasta casi a finales del año 1942 cuando Martin Bormann puso fin a todas las campañas de propaganda colonial.[23]

Los sueños alemanes de una «Euro-Afrika» fueron fundamentalmente un producto del verano de 1940. Ése fue el punto álgido de los africanistas y también el momento en el que África puso de relieve los límites del poder de

Alemania y el precio de la impetuosidad de Hitler. Gran parte de la Europa continental había sido aplastada por la Wehrmacht. No obstante, aunque Alemania afirmaba ser una potencia mundial, en realidad le resultaba difícil proyectar la voluntad de Hitler fuera de Europa. La campaña en el norte de África fue la única excepción temporal. Pero no se preveía que la gigantesca nueva flota del futuro estuviera lista antes de mediados de la década de 1940, y en este sentido las victorias de Hitler habían llegado demasiado pronto. La debilidad de Alemania actuó en beneficio de Francia, permitiendo que el Gobierno de Vichy pudiera aparentar ser lo único que había en las colonias en el espacio intermedio entre los nazis y el gaullismo, un argumento que quedó reforzado cuando los leales a Vichy rechazaron a los invasores anglogaullistas en Dakar en septiembre de 1940. Es posible que en un determinado momento se hubiera podido llevar a los españoles a la guerra si la diplomacia alemana hubiera sido más astuta y Hitler hubiera sido menos codicioso. Pero ese momento pasó, y la consecuencia fue que no consiguió que ni Francia ni España participaran en la guerra junto a él. Mientras Alemania volvía a centrar su atención una vez más en el Este, Francia seguía siendo una fuerza considerable (aunque muy debilitada) internacionalmente, y los mares Atlántico y Mediterráneo seguían siendo disputados por los británicos y sus aliados. Sólo los italianos estaban luchando junto a él, y cada vez daba más la impresión de que ello tenía, muy decididamente, sus pros y sus contras.[24]

En ese verano de 1940, una de las maneras en las que parecía que África podría servir a Europa era proporcionando una patria a los judíos. Escondido en el margen inferior de un memorándum del Ministerio de Exteriores redactado ese noviembre, un pequeño artículo decía: «Madagascar debería ser adquirido por el Reich alemán, no por razones de política colonial, sino con el fin de instalar allí a los judíos». Seis meses antes, un ambicioso funcionario del Ministerio de Exteriores había reaccionado a la victoria de Alemania sobre Francia proponiendo exactamente esa misma vía para salir del impasse de «la cuestión judía». El 3 de junio, estando bloqueados los planes de las SS para expulsar a los judíos de Alemania al Este, a Polonia, el nuevo hombre del Ministerio para los Asuntos Judíos, Franz Rademacher, hizo una propuesta: en lugar de Palestina o la región de Lublin, ¿por qué no usar la colonia francesa de Madagascar como reserva judía? En la Polonia ocupada, ésta parecía la solución que habían estado buscando, una forma de reiniciar la política de emigración forzosa de antes de la guerra. Hans Frank dijo a su

personal que en breve se daría instrucciones para que «todos los judíos, incluidos los del Gobierno General, fueran enviados a colonias africanas que el estado francés entregaría al Reich para este fin».[25]

Rademacher no era el primero que hablaba sobre Madagascar en relación con este asunto, desde luego. La isla había estado presente en las fantasías antisemitas del siglo XIX, y los polacos y los franceses habían debatido ideas similares en la década de 1930. Estos últimos se mostraron receptivos a la idea de asentar europeos en su colonia, pero los polacos no eran capaces de decidir si querían librarse de sus judíos o ayudar a los granjeros polacos. Sólo después del *Anschluss*, cuando el Gobierno polaco viró en una dirección claramente antisemita, exploró éste seriamente la posibilidad de un traslado en masa de judíos a Madagascar con funcionarios franceses y grupos judíos. Pero el hecho de que las potencias de la Sociedad de Naciones no lograran ocuparse adecuadamente de la crisis de los refugiados de finales de la década de 1930 dejó la opción de Madagascar a la deriva. En este momento Rademacher la vio como una manera de demostrar la utilidad ideológica del Ministerio de Exteriores, y para volver a situar al Ministerio en el centro de la planificación alemana de la posguerra. Aquí había otra área en la que Alemania podría tener éxito donde la Sociedad de Naciones había fracasado.[26]

Su memorándum del 3 de julio, «La cuestión judía en el tratado de paz», sostenía que, siendo la victoria «inminente», se debía dar instrucciones al Ministerio de Exteriores para que hiciera los preparativos diplomáticos necesarios. El tratado de paz con Francia debía garantizar que se pusiera a disposición de Alemania territorios en el extranjero para su uso, y los diplomáticos debían fijar «la situación del nuevo asentamiento judío en el extranjero conforme a la legislación internacional». Hablando sobre el Reich como si éste fuera un sucesor de la Sociedad de Naciones, Rademacher propuso que Madagascar se transfiriese a Alemania «como un mandato», reasentando a su población francesa de 25 000 habitantes, convirtiendo la bahía de Diego Suárez en una base naval y dejando el resto a los judíos bajo un gobernador de las SS.«En este territorio los judíos tendrán, por lo demás, una administración propia, sus propios alcaldes, policía, correos y administraciones de ferrocarril.» Existirían en un limbo legal, como ciudadanos «del mandato de Madagascar», bajo control alemán y sin la capacidad de crear un estado propio totalmente soberano. Y Rademacher concluía, repitiendo como un loro el lenguaje paternalista de las propias potencias mandatarias de la Sociedad de Naciones:

> Podemos utilizar con fines propagandísticos la generosidad que Alemania muestra a los judíos concediéndoles el autogobierno en los campos de la cultura, la economía, la administración y la justicia, y podemos hacer hincapié en que nuestro sentido alemán de la responsabilidad hacia el mundo no nos permite conceder inmediatamente un estado independiente a una raza que durante miles de años no ha tenido independencia nacional: para esto, todavía deben demostrar su valía ante la historia.[27]

Muy pronto la idea estaba en amplia circulación. El ministro de Exteriores Ribbentrop se la mencionó a los italianos. El propio Hitler habló a comienzos de agosto de una «evacuación» total de los judíos europeos después de la guerra. La cuestión también surgió en las deliberaciones con el nuevo primer ministro rumano Ion Girgurtu, con su pelo blanco y su monóculo. Cuando Girgurtu, un hombre adinerado que tenía estrechos vínculos con Alemania, dijo que Hitler debía llevar a cabo «una solución total para toda Europa», Ribbentrop contestó que estaban pensando en algo así. Los estudios de viabilidad llevados a cabo por un geólogo y un estadístico emitieron un veredicto favorable. El segundo de Himmler, Heydrich, se mostró de acuerdo en que, dada la enorme cantidad de judíos que estaban ahora en manos alemanas, se requería una «solución territorial», y las SS comenzaron a trabajar en planes similares. Una ubicación en una isla «impediría el contacto duradero entre los judíos y otras naciones»: en un primer momento podría enviarse allí a granjeros, jornaleros y constructores judíos como «pioneros».[28]

Por consiguiente, mientras se vio venir un reparto de África llevado a cabo por el Eje, los funcionarios nazis vieron en él una oportunidad para enviar al extranjero a toda la población judía de Alemania, y posiblemente del resto de Europa. Desde luego, al menos a estas alturas, no estaban pensando en términos de un exterminio masivo, y aún menos construyendo campos de exterminio. De hecho, para gran fastidio de Francia, en octubre de 1940 unos 29 000 judíos fueron expulsados de Baden, el Sarre y Alsacia y Lorena a la propia Francia, lo que obligó a Vichy a desarrollar su propia «política de emigración masiva para extranjeros», que, de haberse llevado a cabo, se habría deshecho de los judíos y otros indeseables en el Caribe francés. (Finalmente el plan fue frustrado por funcionarios coloniales franceses que no querían superpoblar Guadalupe y las Antillas.)[29]

Pero como los británicos siguieron conservando el control de los mares, el Plan de Madagascar cada vez pareció menos plausible. Rademacher planeó una conferencia para debatirlo, pero ésta nunca llegó a celebrarse. En febrero de 1941, Hitler todavía estaba meditándolo. La guerra, observó con inseguridad, había traído consigo nuevas dificultades, obligándole a ocuparse

de los judíos no sólo en Alemania, como había sido su intención en un principio, sino «en toda la comunidad de naciones del Eje». «Si supiera dónde poder enviar ese par de millones de judíos», dijo, según las notas de un ayudante. «Siendo tantos, era difícil saberlo. Hablarían con Francia sobre el asunto y les pediría que pusieran a su disposición un espacio para un asentamiento en Madagascar.» A estas alturas, todo el debate tenía aires de irrealidad. Cuando Martin Bormann le preguntó a Hitler cómo iban a ser enviados allí, Hitler contestó irónicamente: «¿Con una flota de la KdF [*Kraft durch Freude*, Fuerza a través de la Alegría]?». Seguidamente, añadió que «había sopesado muchas otras ideas que no eran, ni con mucho, tan amables». En otras palabras, incluso antes de la invasión de la URSS el plan de Madagascar había caído en desuso. En octubre de 1941, el jefe del Ministerio de Exteriores de Rademacher sabía que su premisa subyacente, la conveniencia de obligar a los judíos a abandonar Europa, ya había quedado desfasada: los escuadrones de la muerte de las SS habían estado fusilando a decenas de miles de judíos soviéticos desde finales de junio. Unos meses después, el propio Rademacher escribió a un especialista en asuntos coloniales que «el Führer había decidido que los judíos no fueran deportados a Madagascar sino al Este. Por consiguiente, ya no es necesario que se proporcione Madagascar para la Solución Final». «Deportación al Este» era un eufemismo. Las posibilidades de 1940 habían desaparecido en el barro y la nieve de Rusia y, con ellas, la oportunidad de hallar «soluciones territoriales». [30]

La organización del Área Económica Germano-Europea

«Si alguien nos pregunta qué concepción tenemos para la nueva Europa, tenemos que contestar que no lo sabemos», dijo Goebbels sin rodeos a los periodistas alemanes el 5 abril. «Naturalmente que tenemos algunas ideas sobre ello. Pero si las expresáramos, ello nos crearía inmediatamente más enemigos… Hoy hablamos del *Lebensraum*. Cada uno puede interpretarlo como desee. Cuando llegue el momento, sabremos muy bien lo que queremos.» Hitler, como sus rivales británicos, Chamberlain y Churchill, deseaba evitar mientras pudiera todo el inútil debate sobre los objetivos de la guerra que se había producido en la primera guerra mundial.[31] Ello se debía, en parte, a que todavía no había formulado plenamente sus ideas; y en parte era porque, como dio a entender Goebbels, era más conveniente mantener en secreto las anexiones y los cambios en las fronteras que sí pretendía hacer.

Pero el silencio de Hitler sólo parecía inspirar a sus partidarios, pues era obviamente necesario realizar algún tipo de planificación para el acuerdo de paz al que finalmente se habría de llegar. Ya el 23 de mayo, el anciano secretario de Estado de Asuntos Exteriores, Ernst von Weizsäcker, meditaba sobre cómo Berlín podía mantener unido «el continente pangermano como una entidad económica pero también política y moralmente» [*die Methode den pangermanischen Kontinent zusammenzuhalten*]. «Se debe contar», escribió otro diplomático, el antinazi Ulrich von Hassell, «con una nueva estructura para Europa, a imagen de Hitler, lograda a través de un tratado de paz que respalde sus amplios objetivos».[32]

Con los objetivos políticos de gran alcance del régimen envueltos en una deliberada ambigüedad, y con los tratados de paz aplazados sine díe, los debates sobre el Nuevo Orden se centraron principalmente en la economía, retomando unas ideas sobre cómo reorganizar la economía europea que se remontaban a la primera guerra mundial e incluso a antes de ella. El triunfo militar de Alemania y las secuelas que tuvo la depresión en toda Europa habían hecho que los planes alemanes para la racionalización y la reforma del continente pareciesen más plausibles que nunca. Mientras que el Reich se enfrentaba a una escasez de mano de obra, las tasas de paro seguían siendo elevadas en gran parte de Europa occidental, y el Nuevo Orden parecía ofrecer una forma de reducirlas en beneficio de todos. Para los tecnócratas y los empresarios alemanes, la misión del Reich era guiar a Europa para que saliera de la depresión de la década de 1930 y demostrar la superioridad que un sistema de comercio organizado según el modelo fascista tenía sobre el patrón oro, fracasado y fragmentado, del modelo liberal. Durante mucho tiempo, los economistas alemanes no habían visto en los supuestos fundamentales de la economía de libre mercado nada más que una anticuada racionalización teórica para la supremacía inglesa, y proponían que los sistemas fascistas de comercio controlado tenían más probabilidades de generar prosperidad en toda Europa. Desde su punto de vista, la victoria de Alemania sobre los franceses prometía un futuro más próspero y un papel más fuerte y más autosuficiente para Europa en el mundo. La Sociedad de Planificación Económica Europea de Werner Daitz y la *Grossraumwirtschaft* querían un bloque del marco europeo para competir con los japoneses, los estadounidenses y «los restos supervivientes del bloque de la libra». Andreas Predöhl, director del internacionalmente célebre Institut für Weltwirtschaft de Kiel, dijo que ahora que Inglaterra estaba fuera de Europa, su versión de la teoría económica debía arrojarse también por la borda para que el continente

pudiera beneficiarse del liderazgo de Alemania y pasar a una «nueva economía mundial». Keynes y los suecos no eran los únicos que anunciaban el fin del *laissezfaire*; los economistas nazis iban por el mismo camino.[33]

A medida que a una victoria le seguía otra, proliferaron los informes detallados con recomendaciones sobre temas concretos, las instrucciones sobre políticas que seguir y los memoranda no solicitados. El de 30 mayo, mientras el ejército alemán se abría paso en Dunkerque Dunkirk, el subdirector del departamento de política económica del Ministerio de Exteriores sintetizó el consenso que había surgido. Su suposición fundamental, según declaró, era «que se ha obtenido la victoria definitiva, y que por consiguiente Inglaterra acepta todas las condiciones alemanas». Para él, la cuestión de si se había de incorporar políticamente a países como Holanda, Bélgica y Noruega dentro del Reich era secundaria. Lo importante era la integración económica, a través del comercio de compensación y cárteles controlados, y quizá incluso a través de la unión económica y monetaria. Inglaterra y Rusia se verían obligadas, por su propio interés particular, a seguir tratando con el Reich. En cuanto a los Balcanes, los intereses del Reich ya estaban bien servidos sin la necesidad de una conquista militar por las relaciones comerciales bilaterales que ya existían.[34]

Sin embargo, la política seguía saliendo a la superficie y causando problemas. ¿Se podía confiar en que los países satisficieran los deseos alemanes al mismo tiempo que seguían siendo nominalmente independientes? Al fin y al cabo, Grecia y Rumanía habían quedado atrapadas en la red comercial del Reich antes de la guerra y sin embargo ambas habían aceptado las garantías militares anglofrancesas en 1939. Uno de los países satélite ejemplares del Reich, Eslovaquia, estaba mostrando síntomas de independencia; en julio de ese año se hubo de presionar políticamente de forma poco sutil a monseñor Tiso para que aceptara tener «asesores» alemanes, y fueron sustuidos ministros clave de su Gobierno. «Ya ha llegado el momento de dejar totalmente claro una vez más», escribió el ministro a Eslovaquia, «especialmente en relación con los países del sureste de Europa, que Eslovaquia está en nuestro *Lebensraum*, es decir, que solamente nuestros deseos importan». El otro «protectorado ejemplar», Dinamarca, también estaba iniciando negociaciones comerciales con otros países sin consultar a los alemanes y cambiando de opinión cada dos por tres acerca de la idea de una unión aduanera y monetaria.[35]

Como si deseara indicar con ello que las ideas de soberanía formal o de independencia pertenecían al pasado de la diplomacia, Hitler hizo que la tarea

de planear el futuro de Europa dejara de estar en manos del Ministerio de Exteriores y se la confió a Göring y al ministro de Economía Walter Funk. Göring era la más importante de ese grupo de figuras del Tercer Reich cuya visión para Europa se basaba en ideas más antiguas, anteriores a los nazis, de una hegemonía económica alemana continental, en lugar de en las fantasías de Himmler sobre la pureza racial. De acuerdo con esas ideas le dijo a Funk, que ya había demostrado anteriormente su fiabililidad supervisando la arianización de la economía alemana y contribuyendo a organizar la campaña de rearme, que preparase propuestas para un «bloque económico de Europa central». Göring, que criticaba a Versalles por haber dividido los mercados europeos en un cúmulo de inviables unidades más pequeñas, separadas por barreras aduaneras y por el nacionalismo económico, ansiaba la «unificación de Europa a gran escala» bajo la dirección de Alemania en un bloque que pudiera competir con Estados Unidos.

Funk era un antiguo periodista, bastante indolente, especializado en el ámbito de los negocios, pero en julio ofreció un discurso grandilocuente que llamó la atención en todo el mundo. Anunciando que «en el futuro, el oro no desempeñará ningún papel» como base del sistema monetario europeo, Funk habló sobre la reconstrucción europea, el pragmatismo alemán, la planificación para el continente en conjunto y la creación de una «idea más fuerte de comunidad económica entre las naciones europeas». Del mismo modo que Alemania había mostrado al mundo cómo salir de la depresión, ahora conduciría a «una Europa unida» a la prosperidad y a un nivel de vida más elevado. Naturalmente, en privado, hacía hincapié en aspectos ligeramente distintos: lo primero era ganar la guerra y servir a los intereses alemanes. A puerta cerrada, Funk había rechazado la idea de hacer que la unificación de Europa fuera una prioridad. Estaba más preocupado por volver a poner en marcha la economía después de la guerra y por garantizar que Berlín se convirtiera en el centro del sistema financiero y comercial del continente. Un grupo de trabajo dentro del Ministerio de Economía llevó a cabo una gran cantidad de consultas con líderes empresariales alemanes, holandeses, belgas y suecos y recomendó un sistema unificado de transportes, la libre circulación de capitales y la instauración de una «unión económica europea» basada fundamentalmente en acuerdos entre grupos empresariales y comerciales, en lugar de entre gobiernos. Detrás de todas estas ideas había un trasfondo de desconfianza hacia los dirigentes nazis. Posteriormente, muchas de ellas parecieron misteriosamente proféticas: el hincapié en establecer aranceles comunes para las importaciones procedentes de fuera de Europa, en

hallar áreas de complementariedad entre las distintas economías europeas, y en la necesidad de guiarse por intereses empresariales; estos y otros temas se retomarían de nuevo después de la guerra, cuando muchos de estos hombres desempeñaron papeles importantes contribuyendo a construir el Mercado Común.[36]

No obstante, lo cierto seguía siendo que, en el Tercer Reich, el carácter del liderazgo político no podía darse por descontado, y lo que Funk realmente quería decir con un «*Grossraumwirtschaft* europeo unificado bajo el liderazgo de Alemania» no dejaba de ser ambiguo. Cuando se le preguntó por su reacción ante este planteamiento, el economista británico John Maynard Keynes dijo que no había nada malo en la idea de hacer planes para la recuperación europea, la única pregunta era si se podía confiar en un régimen nacionalsocialista para que la llevara a cabo. (Era una observación razonable: a medida que fue pasando el tiempo se empezó a notar un tono cada vez más coercitivo en los debates que se producían dentro del Ministerio de Economía.) Por su parte, los economistas alemanes conocían bien las ideas de Keynes, y las veían como una confirmación de su opinión de que incluso en los «llamados países liberales» los economistas estaban empezando a aceptar que las fluctuaciones del mercado debían estar controladas por una política estatal. Pero el propio Führer reprendió a Funk por fomentar el debate público sobre estas cuestiones: tanto en los asuntos políticos como en los económicos, Hitler prefería atarse las manos lo menos posible.[37]

Hitler, a quien aburrían los debates sobre la ley europea de patentes o sobre la reforma de los aranceles, estaba mucho más interesado en 1940 en potenciar la verdadera pasión que sentía por los planes para la construcción de enormes edificios e infraestructuras. Gracias a Speer, su arquitecto favorito, que posteriormente se convirtió en el ministro de Armamentos del Reich, hemos podido vislumbrar las dos caras de la fascinación que sentía por las ciudades. Por un lado, veía los noticiarios que ofrecían imágenes de la devastación de Rotterdam, Varsovia y Coventry con indiferencia e incluso con placer. Cuando ya se aproximaba el final de la guerra, furioso y humillado por el bombardeo angloestadounidense de Hamburgo y Dresde, soñaba delirantemente con destruir Nueva York «con un huracán de fuego. Describía cómo los rascacielos se convertirían en enormes antorchas llameantes, derrumbándose los unos sobre los otros, y cómo el resplandor de las explosiones de la ciudad iluminaría el oscuro cielo». Sin embargo, la otra cara

de esta insensibilidad era la atención embelesada que prestaba al futuro de las ciudades de Alemania. «Londres quedará reducida a un montón de escombros», dijo rotundamente a Speer, en el mismo momento en el que meditaba la posibilidad de convertir a Berlín en «Germania», el centro del imperio. Estaría bifurcada por unos bulevares colosales que conducirían a un gran arco de triunfo en el centro. Cuando el padre de Speer vio la habitación donde Speer y Hitler estudiaban minuciosamente sus maquetas hasta las primeras horas de la mañana, se limitó a encogerse de hombros y a decirle a su hijo: «Os habéis vuelto todos completamente locos».[38]

Con la victoria en el oeste, la locura aumentó: Hitler no sólo quería que la nueva estación de ferrocarril de Berlín fuera más grande que la Grand Central de Nueva York, sino que ahora planeaba una explanada de poco menos de un kilómetro de largo y algo más de 300 metros de ancho para dar la bienvenida a los viajeros recién llegados; tomando como modelo la avenida de los Carneros, en Karnak, estaría flanqueada por piezas de artillería capturadas y otros trofeos de guerra. En 1941, mientras la Wehrmacht invadía la URSS, le dijo al ejército que necesitaba 200 cañones pesados soviéticos y algunos tanques especialmente grandes para exponerlos.[39] El nuevo puente que atravesaría el Elba habría de tomar como modelo el Golden Gate de San Francisco, aunque tendría que ser más grande, para que los alemanes que entrasen en Hamburgo por el mar dijeran: «¿Qué tienen de extraordinario América y sus puentes? Nosotros también los podemos hacer». La oficina principal del Partido Nazi Regional se alojaría en un rascacielos que sería visible a kilómetros de distancia, con una enorme esvástica de neón que guiaría a los barcos. Un gigantismo similar caracterizaba las instalaciones navales planeadas para Trondheim y St. Nazaire. El régimen ya casi había finalizado los trabajos para la mayor colonia de vacaciones del mundo en Rügen, con su monstruosamente enorme edificio de hormigón de apartamentos residenciales, cuyas 11 000 habitaciones y kilométricos pasillos se tardaba más de una hora en recorrer. En el Tercer Reich que todo lo conquistaría, hasta los centros vacacionales de las playas habrían de ser los más grandes del mundo, y la pericia alemana pondría en su sitio a Estados Unidos. Cientos de otras ciudades tendrían amplias avenidas donde se podrían realizar desfiles militares. Nuevos edificios administrativos, urbanizaciones de viviendas y enormes salones de actos cubiertos permitirían a decenas de miles de personas asistir a los mítines del Partido. A medida que el frenesí de la planificación se extendió por Alemania, cientos de autoridades locales

exigieron que sus ciudades fueran reconstruidas y presentaron sus propios planes de mejora urbana.[40]

La demanda de materiales de construcción se hacía cada vez más intensa. En el verano de 1940, había tantos agentes de compra alemanes pujando por el granito escandinavo que un comprador de Hamburgo se preguntó si todas las ciudades del Reich «habían venido a comprar piedra a Noruega». (El propio Hitler encargó cierta cantidad para sus propios edificios.) También se firmaron grandes contratos con empresas de la industria de la piedra finlandesas, italianas, belgas, suecas y holandesas; se planeó que una flota entera de barcos con sus propios astilleros transportase los pesados bloques al Reich. Las SS de Himmler también tomaron conciencia del potencial económico de su sistema de campos. Se ampliaron los antiguos campos con la adición de naves de trabajo y fábricas, y campos totalmente nuevos como Mauthausen, Natzweiler y Gross-Rosen se ubicaron cerca de canteras y fábricas de ladrillos. Las SS incluso crearon una empresa especial, Las Fábricas Alemanas de Tierra y Piedra (DEST), para proporcionar piedra para las propias necesidades de construcción de Hitler; ésta no tuvo demasiado éxito, y un decepcionado Hitler supuestamente sugirió a las SS que se siguieran limitando a hacer zapatillas y bolsas de papel, como habían hecho durante décadas los trabajadores de las cárceles.[41]

Otro de sus planes favoritos era un sistema de comunicaciones que abarcaría toda Europa. La Organización Todt (OT), un grupo estatal de ingeniería, había surgido a partir de los anteriores proyectos de construcción de autopistas del Tercer Reich; en 1940, ya estaba construyendo también fortificaciones y puentes. El propio Fritz Todt había ascendido de inspector de carreteras a ministro de Armamentos y Municiones, y aunque cada vez estaba más convencido de que no se podía ganar la guerra, sobre todo después de la invasión de la URSS, también supervisó varios proyectos que estaban concebidos para perdurar una vez llegara la paz. Uno de ellos era una autopista continental que uniría Austria y Alemania con Escandinavia: de este modo, Suecia quedaría incorporada de forma pacífica dentro de la órbita del Reich; otra se extendería desde Calais hasta Varsovia, e incluso, en el futuro, hasta un punto tan lejano como Moscú; una tercera iba, vía Lublin, hasta Rostov, junto al Don. Al mismo tiempo, con un entusiasmo que dejó exhausto al apurado ministro de Ferrocarriles del Reich, Hitler habló de convertir a Alemania en el centro de una red europea de ferrocarriles estandarizada. Dio instrucciones a los planificadores de ferrocarriles de Munich para que diseñaran una enorme nueva estación y preveía trenes cuyo final de recorrido

sería Rostov, junto al Don, en el sur de Rusia: transportando a cientos de pasajeros en vagones de dos alturas, serían capaces de alcanzar velocidades de hasta 200 kilómetros por hora y necesitarían sólo unas horas para completar el viaje. En cuanto a la nueva estación, ésta también había de ser colosal: el mayor edificio con armazón de acero del mundo.[42]

Árbitro de Europa

Pero siempre se desconfía de una única superpotencia, y la ascensión al poder de Alemania fue tan rápida y tan absoluta que generó preocupación, incluso entre sus potenciales aliados. El embajador alemán en Turquía, Von Papen, informó de que el presidente turco albergaba «miedos respecto a una futura hegemonía mundial alemana». Salazar, el dictador portugués, preguntó abiertamente si Hitler no podía verse embriagado por la victoria y germanizar Europa de formas que serían inaceptables para el sur católico.[43] Y mientras que Laval y otros políticos franceses querían jugárselo todo a la carta de Hitler, algunos de los hombres de Pétain también estaban preocupados.

Este tipo de preocupaciones llevaron a cada vez más neutrales de toda Europa a esperar que Mussolini ejerciera una influencia moderadora sobre su más poderoso aliado. En agosto de ese año, en Lisboa, el embajador francés en Portugal mantuvo una sincera conversación con su colega italiano. Los dos hombres se conocían desde hacía muchos años, y el francés se sintió capaz de insistir con bastante franqueza en que, en su opinión, Italia tenía que mantenerse como un contrapeso frente a los alemanes. Parecía difícilmente imaginable, dijo a continuación, que «en la organización política de la nueva Europa, Italia, que siempre ha tenido un peso decisivo en el equilibrio europeo, no se asegurara de restablecer el equilibrio que la guerra ya ha debilitado y que puede que aún debilite más todavía». Si el Eje ganaba rápidamente la guerra, el poder de Alemania sería «alucinante». Italia podría tener un gran imperio africano, pero «el Moloc de Europa será Alemania». La consecuencia de ello sería que «nosotros, los conquistados y ustedes, los conquistadores, nos veremos, por una relación matemática de fuerzas, en una posición subordinada». En realidad, el astuto diplomático francés, que sin duda estaba tratando de introducir una cuña entre los italianos y los alemanes, no hizo más que expresar unas preocupaciones que compartían muchos de los propios italianos.[44]

Ninguna potencia sentía una necesidad más urgente de definir su posición respecto al Reich que su principal aliada y socia en lo ideológico. Mirando hacia atrás, Italia podría haber sacado más provecho de la contienda europea permaneciendo como árbitro entre las potencias occidentales y el Reich: Munich fue el punto álgido de esta aproximación a la situación. No obstante, no era una posición demasiado gloriosa para que el fundador del fascismo la adoptara, y una vez que empezó la guerra, Mussolini dejó claro que permanecería junto a su discípulo ideológico. La realidad era, naturalmente, que su país estaba casi en quiebra: la codicia, el orgullo y el miedo a quedar al margen del acuerdo de posguerra fueron los únicos motivos por los que Mussolini decidió entrar en la guerra.[45] Italia rápidamente comprendió el precio que tendría tal decisión. En junio, después de que Ciano «casi se desviviera» por exponer las pretensiones de Italia sobre el territorio de Francia, Hitler «no les prestó la menor atención, sino que simplemente pronunció un largo monólogo de victoria». Las deliberaciones de Funk acerca del próximo nuevo orden económico también aterraban a los italianos: temían que los alemanes lo hubieran pensado todo sin consultarles y enviaron funcionarios a Berlín para sentirse más tranquilos. Como observó el embajador de Mussolini en Berlín, Alfieri, el *Lebensraum* era una cosa, y la *Wirtschaftsraum* otra muy distinta, más difusa, más grande, y más imprecisa. Alemania decía que quería dividir Europa, África y Oriente Próximo entre los dos socios del Eje. Pero cuando se le preguntaba dónde se situaría la *Wirtschafstraum* de Italia, Funk se refería vagamente al Mediterráneo. Y no estaba claro dónde estarían exactamente las fronteras que dividirían las dos zonas de influencia, en el norte de África, en el Levante y en el sureste de Europa. Parecía dudoso que un bloque de la lira pudiera llegar a ser alguna vez un socio viable para un bloque del Reichsmark, o que hubiese la suficiente convergencia de intereses económicos como para que una sociedad formada por los dos pudiera funcionar durante mucho tiempo una vez alcanzada la paz.[46]

Precisamente por el hecho de que la idea de un imperio paralelo pareciera tan preocupante, y también una forma de asegurar la subordinación permanente a las exigencias alemanas, algunos italianos deseaban una relación muy distinta con el Tercer Reich. Al fin y al cabo, para los fascistas más fervientes estaba en juego el propio futuro de Europa. La caída de Francia parecía validar los valores por los que habían estado luchando desde 1922, pero también planteaba la pregunta de si la Nueva Europa sería realmente fascista o simplemente nazi. Pensaban que si Italia no ejercía una

permanente influencia sobre Alemania se corría el peligro de que fuera lo segundo, y que el fascismo y el nazismo pudieran acabar incluso luchando el uno contra el otro. Ésta fue la razón por la que el ministro de Educación de Italia, Giuseppe Bottai, aconsejó a Mussolini en agosto de 1940 que no buscase un «acuerdo biimperial». Este plan estaba motivado, escribió Bottai, por una «timidez inicial frente a Alemania y por… el terror a su supremacía». Criticó a aquellos que esperaban «una victoria del Eje en el sentido de la constitución de dos esferas de influencia distintas, de dos unidades económicas relativamente autárquicas, es decir, de dos autonomías, que pudieran permitir a Italia llevar a cabo una futura maniobra política que con el tiempo pudiera ser antialemana». En su opinión esto sería un error, porque «fortalecería el racismo [de Alemania] en su sentido más materialista y su imperialismo en el sentido de la máxima arrogancia». Como indican estos comentarios tan abiertamente críticos, los fascistas italianos eran capaces de escribir algunas de las exposiciones más mordaces sobre las ideas nazis que pudieran encontrarse en toda Europa en este momento. El propio Bottai era consciente de la naturaleza expansionista del imperialismo alemán y del efecto destructivo de su «orgullo racista». Él sugería que la contribución particular de Italia a Europa debía ser atenuar esto involucrando a Alemania en un sistema de colaboración con otros estados. Sobre la base de este razonamiento, Bottai y otros comentadores italianos se consagraron durante la guerra a aunar a europeos de los ámbitos de la cultura y la vida intelectual que tuvieran ideas afines a las suyas. Querían que la Italia del Duce hiciera el papel de Grecia respecto a la Roma que representaba Berlín.[47] Pero las ideas de Bottai se basaban en un delirio de grandeza: él imaginaba que todavía era posible que el fascismo italiano desempeñase una misión europea, y lo que aún era menos verosímil, que los alemanes lo tendrían en cuenta. En realidad, el modelo «biimperial» del dominio del Eje había tenido su origen en Berlín, y desde luego los alemanes no tenían la menor intención de permitir que los italianos tuvieran ningún tipo de influencia real sobre la forma en la que ellos iban a dirigir Europa.

La indiscutible primacía de Alemania también provocó una tensión con la Unión Soviética que fue mucho más trascendente. En agosto de 1939, Stalin había creído que podría quedarse contemplando cómo las potencias europeas luchaban entre sí hasta su agotamiento. Menos de un año después, este pronóstico había resultado ser tremendamente erróneo, y Alemania había

emergido inesperadamente como dueña del continente y árbitro de su destino. Temiendo que el sector báltico de su frontera con el oeste expusiera a la URSS a un futuro ataque alemán, Stalin se había embarcado en una desastrosa guerra con Finlandia a finales de 1939 que empujó esa frontera al oeste con un enorme coste de vidas y prestigio. En junio de 1940, conmocionado por la magnitud del éxito de la Wehrmacht en el oeste, se aprovechó de los sucesos que se estaban desarrollando en Francia para ocupar los estados bálticos, y después la Besarabia rumana y el norte de Bucovina. Gran parte de esto se había previsto según las condiciones del acuerdo con Alemania, pero los alemanes no habían contado con que actuase tan rápido. Aunque los alemanes proclamaron su «nulo interés político» en ambas regiones, y aunque lo último que deseaba Stalin en esta etapa era un conflicto con su nuevo socio, en realidad no existía ninguna confianza entre las dos potencias. De hecho, a finales de julio Hitler dio órdenes en secreto para que se planificara para el año siguiente una campaña en el Este con el fin de que los británicos tomaran conciencia de lo desesperada que era su situación: «Rusia es el factor que más valora Inglaterra… Si Rusia cae derrotada, Inglaterra perderá su última esperanza. Alemania será entonces dueña de Europa y de los Balcanes… Decisión: A consecuencia de este argumento, es necesario ocuparse de Rusia. Primavera de 1941». Increíblemente, todo parece apuntar a que Hitler no creía que esta campaña requiriese más de unos cuantos meses, como mucho.[48]

La penetración soviética en Besarabia y el norte de Bucovina en particular provocó más problemas no deseados en los Balcanes y más dificultades para los alemanes. Uno de los efectos más inesperados de la derrota total de Francia fue que Rumanía se quedó sin su protector internacional, y los buitres se reunieron en torno a ella. Tras la toma del poder por el Ejército Rojo en el norte del país, Hungría y Bulgaria presentaron sus propias reclamaciones territoriales sobre Rumanía, y se avecinó una guerra regional. Hitler, que acababa de cerrar con Bucarest un acuerdo de intercambio de petróleo por armas, deseaba que toda esa disputa se zanjara, ya que lo último que quería era luchar por Transilvania, pero a él y a los italianos les correspondió poner orden en la situación. A finales de agosto, tras una conferencia celebrada en Viena, las potencias del Eje entregaron más de 40 000 kilómetros cuadrados y casi 2,5 millones de antiguos súbditos rumanos del norte de Transilvania a Hungría; días después, se cedió a Bulgaria un pedazo del país. Ambas zonas eran étnicamente mixtas, y, en ambas, grandes cantidades de personas huyeron a Rumanía a través de las nuevas fronteras. No obstante, resulta interesante que los alemanes no hicieran el menor intento de instar a los

húngaros y los rumanos a que llevaran a cabo un intercambio general de poblaciones, aun cuando esto habría sido coherente con el apoyo retórico de Hitler a la idea de los estados étnicamente puros. Por el contrario, se creó una comisión germanoitaliana qué terminó actuando de forma muy similar a como lo había hecho la tan despreciada antigua Sociedad de Naciones, haciendo un seguimiento de la difícil situación de los refugiados, informando de las condiciones que había en los campos e intentando convencer a ambos gobiernos de Transilvania para que tratasen bien a sus minorías.[49] En Rumanía esta drástica pérdida de territorio desencadenó una sublevación política. El rey Carol fue obligado a abdicar en favor de su hijo Miguel, pero el poder real lo ostentó el nuevo dictador del país, el general Ion Antonescu. En el pasado había sido un ferviente francófilo, pero ahora era igual de proalemán; de hecho, en breve se convertiría en el aliado más leal y admirado de Hitler. Tras el Premio de Viena, los alemanes aseguraron lo que quedaba de Rumanía, principalmente para impedir que los húngaros la invadieran y crearan una crisis que pudiera provocar que los rusos penetraran aún más en Rumanía y pusieran en peligro el acceso de Alemania a sus campos de petróleo.

El petróleo fue clave en muchos sentidos, y Hitler envió una misión militar para asegurar los propios yacimientos petrolíferos, formada por toda una división, en lugar de por las unidades de adiestramiento que habían solicitado los rumanos en un principio. Esto molestó profundamente a Stalin. En julio, los británicos habían intentado sembrar la discordia entre él y los alemanes diciéndole que pensaban que la Unión Soviética tenía el cometido de mantener la unificación y desempeñar el liderazgo de los países balcánicos. Stalin, mostrándose áspero, se había negado a escucharlos, negando que hubiera algún peligro de que los alemanes intentaran dominar Europa oriental. Pero eso había sucedido antes de que las tropas alemanas llegaran al mar Negro. Los soviéticos se quejaron de que se les debería haber consultado y cuestionaron la necesidad de que Alemania ofreciera garantías a Rumanía. ¿Frente a quién se suponía que se ofrecían esas garantías?, preguntaron.[50] El repentino anuncio del Pacto Tripartito en septiembre entre Alemania, Italia y Japón no hizo más que empeorar las cosas: habría sido perfectamente comprensible que los rusos se preguntaran dónde encajaban ellos, y si encajaban siquiera, en lo que parecía una reedición del antiguo Pacto Anti-Comintern.[51]

No obstante, en este momento Alemania todavía dependía de los cereales y de otras materias primas soviéticas, y en el mismo momento en el que

tenían lugar los ejercicios militares alemanes para la invasión planeada para la primavera, se envió una invitación al ministro de Exteriores soviético Molotov para que acudiera a Berlín para arreglar las cosas. Su reunión con el ministro de Exteriores Ribbentrop y con Hitler, que tuvo lugar en noviembre de 1940, resultó ser uno de los encuentros diplomáticos decisivos de la guerra. Los alemanes trataron de mantener el debate en un plano elevado, pontificando sobre una nueva división de los territorios del mundo y ofreciendo a la Unión Soviética su parte del botín. Ribbentrop y Hitler intentaron demostrar al taciturno diplomático soviético que incluir las ambiciones rusas en el orden mundial que iba a instaurarse no planteaba realmente ninguna dificultad. Los rusos podrían extender su influencia hacia el sur, hacia el océano Índico (en este momento Ribbentrop señaló el mapa con la mano de forma imprecisa), mientras que el Eje se limitaría a África y los japoneses a Asia oriental. Molotov no quedó muy convencido y contestó en su estilo preciso, obstinado y adusto. ¿Qué quería decir realmente la expresión «Nuevo Orden»? Los alemanes no habían conquistado la India, de modo que, ¿cómo podían disponer de ella? Tras no ser capaz de obtener una respuesta coherente, pasó a identificar las preocupaciones territoriales que habían constituido el núcleo de la política exterior rusa desde la época zarista: el control sobre Finlandia, el mar Negro, los Balcanes y los Estrechos. ¿Plantearían alguna objeción los alemanes si Rusia ofrecía una garantía militar a Bulgaria en la línea de la que ellos mismos habían dado a Rumanía? Las mordaces preguntas de Molotov no eran fáciles de responder, y, aunque los alemanes salieron de la reunión convencidos de que no habría ninguna ruptura inmediata, habían quedado claras las verdaderas bases para la división.

El acuerdo de Alemania con Rumanía también provocó el distanciamiento de los italianos. Enfureció a Mussolini porque despertó su miedo, siempre vivo, de quedar al margen del reparto del botín en la Nueva Europa. Al fin y al cabo, hasta el momento no había sacado demasiado provecho de su decisión de entrar en la guerra, y se suponía que el sureste de Europa pertenecía a *su* esfera de influencia; incluso había contemplado la idea de crear un «bloque balcánico» allí, liderado por los italianos. «Hitler siempre me presenta un hecho consumado», dijo el Duce echando chispas cuando oyó que los alemanes habían enviado «asesores» a Rumanía. «Esta vez voy a pagarle con la misma moneda. Se enterará por los periódicos de que he ocupado Grecia. De esta manera, se restablecerá el equilibrio.»[52]

De este modo, un ataque de despecho dio pie a la desastrosa invasión italiana de Grecia en octubre de 1940, el primer revés que sufrió el Eje en toda la guerra. Insensata e impacientemente, sin esperar siquiera a que expirase el plazo límite que había impuesto a Atenas, Mussolini lanzó a 140 000 soldados italianos deficientemente equipados sobre algunas de las montañas más escarpadas de Europa al comienzo de las nevadas del invierno. El momento elegido fue espectacularmente desacertado, el resultado, devastador. Los griegos se defendieron, sorprendiendo a todos por la tenacidad de su resistencia, y pronto quedó claro que habían contenido el avance italiano y que incluso, en algunas zonas, lo estaban rechazando. Hitler comprendió lo psicológicamente delicada que era la situación, que se vio agravada por el éxito de las operaciones británicas contra los italianos en Libia, Eritrea y Etiopía, y se dio cuenta de que, a pesar de haber deseado mantenerse al margen del sureste de Europa, tendría que acudir en auxilio de Mussolini. En noviembre envió el Duce una poco disimulada reprobación por haberse embarcado en una desacertada aventura que había provocado «muy graves repercusiones psicológicas y militares», sembrando dudas sobre la fuerza del Eje entre los neutrales, y llevando a los ingleses a los Balcanes. Sería necesaria otra diversión de tropas alemanas en el mismo momento en el que planeaba la guerra contra la Unión Soviética. Ese invierno envió una misión militar a Bulgaria para que preparara el terreno para las tropas que se necesitarían contra Grecia.[53]

Lo que tuvo lugar a continuación fue la última campaña victoriosa de los alemanes en el continente europeo. Grecia era el objetivo principal, ya que la intensificación de la presencia militar británica en la zona amenazaba los campos de petróleo rumanos. Pero Yugoslavia se añadió también a la lista en el último minuto. En marzo, la adhesión del país al Eje desencadenó un golpe popular en Belgrado, y, aunque el nuevo Gobierno también profesó su lealtad a Berlín, Hitler decidió derrocarlo. Desde el 6 abril, el avance militar alemán fue imparable, y los combates terminaron pronto. Los oficiales, antiguos súbditos de los Habsburgo, que ahora se encontraban al mando de las fuerzas alemanas, estaban decididos a evitar que se produjera cualquier repetición de la resistencia que habían opuesto los serbios en 1914. Belgrado fue intensamente bombardeada por la Luftwaffe, y el país fue ocupado tras once días de combates con un coste en bajas de sólo 151 alemanes muertos. Poco después, Grecia también cayó. Todo había sucedido tan deprisa que, pese a lo que afirman algunos historiadores, en realidad existen pocas pruebas de que estas operaciones en los Balcanes tuvieran algún efecto sobre la

concentración de fuerzas militares que se llevó a cabo para el ataque a la Unión Soviética.[54]

A consecuencia de esto, Italia consiguió por fin su propio miniimperio en el sureste de Europa (aunque también se hubo de hallar un acomodo para Hungría y Bulgaria). Los alemanes querían dejar allí la menor cantidad posible de sus propias tropas, y trasladaron urgentemente sus divisiones hacia el norte, para enviarlas al Frente oriental. Pero los costes de esto fueron elevados en términos de eficacia administrativa. Yugoslavia quedó dividida en más zonas de ocupación que ningún otro país de Europa; al igual que Checoslovaquia y Polonia, era una creación del odiado sistema de Versalles y fue borrada del mapa. Italia y Alemania se apoderaron de algunas franjas de su territorio; Hungría y Bulgaria se sirvieron otras. Mientras que Serbia quedó militarmente ocupada por Alemania, Croacia se convirtió en un estado satélite que se extendía hasta Bosnia y Hercegovina. Italia tenía la «supremacía» en gran parte del país, se anexionó la Costa Dálmata e incorporó Kosovo a la Albania dominada por los italianos; Alemania tenía la «supremacía» en el Este. Grecia también fue dividida, en zonas italianas, búlgaras y alemanas, aunque, a diferencia de Yugoslavia, permaneció bajo el control nominal de un débil gobierno colaboracionista en Atenas. No era un arreglo que fomentara un gobierno racional o que garantizase la estabilidad.

Hacia Barbarroja

El 18 de diciembre de 1940, Hitler dictó su directiva secreta de «aplastar a la Rusia soviética en una campaña rápida». El objetivo global era «erigir una barrera contra la Rusia asiática en la línea general Volga-Arcángel» qué eliminaría definitivamente a la URSS como potencia industrial y europea. Inicialmente Hitler había querido derrotar en primer lugar a Inglaterra y Francia para que el Reich pudiera concentrar sus fuerzas con vistas a la inevitable confrontación con los bolcheviques. En este momento, fue su incapacidad para derrotar a Inglaterra lo que le llevó a abrir este frente mucho antes de lo que había planeado. La inesperadamente rápida victoria que se había obtenido sobre Francia proporcionó el modelo para un nuevo tipo de ofensiva, el *Blitzkrieg* (guerra relámpago), y Hitler parece haberse sentido seguro de que, tras los triunfos del ejército en el oeste (y basando su opinión también en la lamentable actuación del Ejército Rojo en los combates contra Finlandia que habían tenido lugar anteriormente, ese mismo año), la guerra llegaría rápidamente a una conclusión victoriosa. «Todo el bolchevismo se

derrumbará como una baraja de naipes», predijo Goebbels en mayo de 1941. [55]

Incluso antes de que se hubiera llegado a lanzar la invasión contra la URSS, Hitler ya estaba pensando en el futuro posterior a la desaparición de su enemigo. Ahora estaba a punto de hacer realidad la visión continental que había perfilado por primera vez a finales de la década de 1920: a finales de otoño de 1941, esperaba que los integrantes del Eje fueran los dueños militares indiscutibles de Europa. Alemania dominaría un territorio que se extendería desde el Atlántico hasta el Cáucaso. Consideraba que las guerras fronterizas que se estaban librando más allá de los Urales con lo que quedaba de Rusia eran, para Alemania, el equivalente a la frontera noroccidental del Raj, un terreno donde se ponía a prueba la hombría alemana. Los «territorios recientemente conquistados en el Este» serían mantenidos por una «fuerza de seguridad» de unas sesenta divisiones, y Ucrania se convertiría en «una base común de suministro de alimentos» para el Eje. La propia Fortaleza Europa ya no se enfrentaría a ninguna amenaza seria por tierra y podría defenderse con fuerzas mucho más pequeñas que lo que hasta entonces había sido necesario. Una vez afianzado en el Este, el Gran Reich Alemán podría centrar toda su atención en derrotar a los británicos, llevándolos a la mesa de negociaciones mediante operaciones llevadas a cabo por todo un arco inmenso que iría del Magreb a Afganistán. En octubre se llevaría a cabo un ataque a Gibraltar, Francia ayudaría a derrotar a los británicos en el norte de África, y los españoles se verían obligados a dejar de ver los toros desde la barrera. En Oriente Medio, unidades móviles motorizadas ligeras socavarían las posiciones enemigas en Palestina y Egipto. Se pondría de rodillas al imperio británico.

No muchos de los asesores más importantes de Hitler se sentían tan seguros como él. Tras haber evitado «de milagro» en 1939 una guerra en dos frentes, consideraban que era una locura empezar innecesariamente otra en 1941. El ministro de Exteriores Ribbentrop consideraba el acuerdo de 1939 con Molotov como su mayor logro. Además, los rusos todavía estaban cumpliendo con sus importantísimos contratos de abastecimiento, proporcionando al Reich los cereales que éste necesitaba imperiosamente y otros artículos. El tráfico con Japón también se haría mucho más difícil si se cortaba la ruta terrestre a través de la URSS. El Reichsmarshal Göring, segundo hombre más poderoso del Reich, y más influyente que el peso ligero Ribbentrop, también pensaba que Alemania necesitaba tiempo para consolidar los territorios que había obtenido. El Nuevo Orden aún estaba por perfilar, y Göring sabía que ampliar la guerra llevaría rápidamente al Reich a enfrentarse

a algunas duras restricciones económicas. La cantidad de soldados disponibles había quedado bastante reducida, las reservas de comida eran escasas, y las cadenas de mando eran confusas y caóticas. Las tropas alemanas patrullaban desde el Círculo Polar Ártico hasta el Egeo, a menudo en regiones que no aportaban beneficios obvios de ningún tipo al Reich.

Sin embargo, Hitler vio una oportunidad histórica en la rapidez de la victoria durante ese verano de 1940 y en la ausencia de resistencia en el oeste. Rusia podía ser eliminada de una vez por todas sin poner en riesgo la situación de Alemania. Odiaba tener que confiar en la buena voluntad de Stalin para obtener alimentos y otros materiales y prefería asegurárselos mediante la conquista. Las elevadas cuotas de cereales que Stalin accedió a suministrarle en enero de 1941, y su puntualidad a la hora de cumplir sus promesas a lo largo de los meses siguientes, sólo lo convencieron de la necesidad de hacerse con las riquezas de Ucrania para él mismo. En este momento Inglaterra no representaba ninguna amenaza. Era mejor invadir la Unión Soviética de una vez y poner fin a la guerra antes de que el apoyo estadounidense al Reino Unido llegase a ser excesivo. Los bombardeos que ya se estaban llevando a cabo sobre las ciudades alemanas, y la persistencia de la resistencia británica, estaban abatiendo al pueblo alemán y alentando a sus opositores en todo el continente. Y junto a estas consideraciones estratégicas había preocupaciones ideológicas que ocupaban un lugar mucho más preponderante que en ningún otro momento anterior. Hasta el ataque a Polonia, que prefiguró la absoluta violencia racial del *Vernichtungskrieg* antibolchevique, pareció una nimiedad comparado con la magnitud y la intensidad del combate que se libraría a continuación. Ésta fue la mejor preparada de todas las campañas alemanas, y la preparación abarcó especificaciones sobre cómo sería tratada la población enemiga. Se redactaron nuevos e implacables códigos de conducta; se formaron nuevos escuadrones de la muerte de las SS: ésta sería una lucha existencial a muerte contra el máximo enemigo racial-ideológico de Alemania. En la mañana del 22 de junio de 1941, sin ningún aviso previo, comenzó la invasión. Tras un bombardeo de artillería masivo, un ejército de más de tres millones de soldados, un millón de caballos y 600 000 vehículos avanzó a lo largo de un frente de más de 2000 kilómetros de largo, que se extendía desde Finlandia hasta el mar Negro. Se enfrentaba a ellos una fuerza aún mayor a la que se cogió totalmente desprevenida. Con este conflicto épico, criminal y sin tregua como catalizador, la propia naturaleza del dominio nazi en toda Europa quedaría irrevocablemente alterada. Hitler ya había demostrado que su

programa era incapaz de ganarse políticamente a Europa; como había observado el veterano diplomático Weizsäcker, «la unidad ideológica de Europa se reduce a Alemania, Italia y España», e incluso era dudosa la del último de ellos. Ahora ya sólo quedaba la fuerza.[56]

6

Una guerra de aniquilación: La penetración en la Unión Soviética

El principio de la brutalidad implacable, el hecho de tratar al país de acuerdo con los puntos de vista y los métodos empleados en los siglos anteriores contra los pueblos esclavos de color; y el hecho, desafiando toda política sensata, de que el desprecio por ese pueblo no solamente se expresara en las acciones contra los individuos sino también en las palabras, en toda ocasión posible e imposible… todo esto da fe de la total falta de intuición en lo que respecta al trato dispensado a los pueblos extranjeros, que, en vista de sus consecuencias, sólo puede calificarse de patético y desastroso.

Gauleiter y *Generalkommissar*
ALFRED FRAUENFELD, 10 de febrero de 1944[1]

Cuando Hitler decidió romper el Pacto Molotov-Ribbentrop, lo hizo inicialmente por razones estratégicas. Consideraba que derribar la URSS supondría eliminar el único posible aliado de Londres que pudiera tener alguna relevancia en el continente europeo y obligaría a los británicos a llegar a un acuerdo con ellos. Pero la idea de un ataque militar por sorpresa pronto se metamorfoseó en su sueño, acariciado durante tanto tiempo, de extender de forma permanente el *Lebensraum* de Alemania penetrando profundamente en el Este. La invasión de Rusia probablemente había sido idea del ejército, para empezar, en 1940, y sus planificadores subrayaban los probables beneficios económicos que conllevaría: la ocupación de la Rusia europea, según afirmaban, privaría al régimen bolchevique de sus más valiosos recursos y los pondría bajo el control de Alemania. Tal mensaje le sonó a música celestial a Hitler. Éste simplemente ignoró a quienes no estaban de acuerdo. El ministro de Finanzas Von Krosigk dudaba (con razón, como demostraron

posteriormente los acontecimientos) que la guerra fuera realmente a mejorar el suministro de alimentos del Reich. La mayoría de los asesores económicos de Göring también albergaban grandes preocupaciones. En cuanto a la embajada alemana en Moscú, que quizá era la mejor situada para evaluar la situación, objetó no sólo que Stalin no representaba ninguna amenaza, ya que no tenía planes para luchar contra Alemania, sino que incluso ocupar la fértil Ucrania resultaría ser enormemente costoso, ya que las granjas colectivas mecanizadas soviéticas se detendrían por falta de combustible. Ésta fue una valoración que probablemente Hitler jamás llegó a ver siquiera.[2]

Aun cuando lo hubiera hecho, probablemente la habría ignorado. Lejos de prever la prolongada, atroz y en último término fatídica lucha que tuvo lugar a continuación, estaba completamente seguro de que lograría una victoria relámpago como la que acababa de obtener en Francia. «Si atacamos a este coloso tal como hay que hacerlo la primera vez», predijo en agosto de 1940, «se derrumbará mucho más rápido de lo que el mundo espera». Pero la historia le tenía reservada otra sorpresa: así como los franceses se derrumbaron mucho antes de lo previsto, el Ejército Rojo resultó ser un enemigo mucho más formidable que lo que Hitler había imaginado. El *Blitzkrieg* se prolongó hasta Navidad, y después un año más, y después otro.[3]

El hecho de que la URSS se negara a ceder convirtió la guerra europea en una guerra global. En agosto de 1941, menos de dos meses después del comienzo de la invasión alemana, Churchill y Roosevelt tenían escasa confianza en la permanencia del régimen bolchevique cuando firmaron la Carta del Atlántico que sentó las bases para el posterior orden internacional de la posguerra. En diciembre ya habían cambiado de opinión. Sus contactos diplomáticos con Moscú se intensificaron rápidamente, y nació la sociedad de los Tres Grandes, que en adelante definirían la estrategia de la guerra y de la paz. Antes del fin de 1941, el ministro de Exteriores británico, Anthony Eden, había sido enviado a Moscú. La campaña que había sido concebida para obligar a los británicos a capitular en realidad había consolidado la nueva alianza que finalmente derrotaría a Alemania.

En una visita en la que recorrieron las nevadas líneas del frente situadas en las afueras de la capital soviética, poco después de que una contraofensiva que se había saldado con éxito hubiera hecho retroceder a la Wehrmacht, Eden y sus anfitriones se enfrentaron cara a cara con la devastación que habían infligido los alemanes: «Era un espectáculo aterrador», escribió a Ivan Maisky, el embajador soviético en Londres, que le acompañaba en el viaje.

¡Ni una sola casa, ni un solo cobertizo o cerca! Una llanura cubierta de nieve, y, desplegadas a lo largo de ella, como en un desfile de muerte, largas hileras de estufas y chimeneas del pueblo que habían escapado del fuego. Uno no podía evitar preguntarse qué había pasado con aquellos que habían estado viviendo hasta hacía muy poco en esas casas que habían dejado de existir.

Los cadáveres de los soldados alemanes y rusos estaban desparramados por las carreteras, las zanjas y los campos cubiertos de nieve, completamente congelados, en extrañas posturas, con los brazos extendidos o a cuatro patas.

En la ciudad de Klin, el grupo de Eden visitó la modesta casa de madera que en el pasado había sido el refugio estival de Tchaikovsky. «La casa en sí había sobrevivido», escribió Maisky,

pero, en su interior, habían revuelto, destruido y ensuciado todo. Habían convertido una de las habitaciones del primer piso en un retrete. En el suelo de otras habitaciones había esparcidos montones de libros medio quemados, trozos de madera, hojas de papel pautado hecho pedazos. Evidentemente, los fascistas alemanes habían rendido tributo a su manera a uno de los más grandes genios de la historia musical de la humanidad. Eden y yo caminamos lentamente de una habitación a otra. Finalmente Eden no pudo contenerse y dijo, con una expresión de asco en su cara: «Esto es lo que podríamos haber esperado que hicieran con nosotros si los alemanes hubieran desembarcado en nuestras islas».[4]

En realidad, era mucho peor. Para Hitler los británicos eran totalmente distintos a los soviéticos: *éste* era el conflicto decisivo que había pronosticado durante veinte años y había previsto librarlo en consecuencia con ello. A finales de marzo de 1941, a sus comandantes de más alto rango les habló de una «guerra de aniquilación», una guerra «entre dos ideologías» en la que dejarían de aplicarse las reglas normales. Estaba en juego tanto la derrota del enemigo más peligroso del nazismo, el bolchevismo, como el control territorial del «este», de las tierras situadas entre el Báltico y el mar Negro que supuestamente necesitaba Alemania para su propia supervivencia. Ante los militares, hizo hincapié en la gran diferencia que había entre esta campaña y las de Europa occidental: «en el Este la dureza significa suavidad para el futuro». Resumiendo, éste iba a ser el «momento del destino», no sólo para el Führer, sino también para su ejército, que había crecido, desde que él tomara el poder en 1933, de 115 000 hombres a 3,8 millones.[5]

La mayor parte de este ejército fue enviado al Frente Oriental, y la mayor parte de él también perecería allí. Desde el primer momento, la cantidad de bajas eclipsó cualquier otra cifra que se hubiera dado hasta entonces en otras campañas. Contra las tropas soviéticas, los soldados alemanes murieron en cantidades inauditas. En marzo de 1942, un tercio de los soldados de las unidades del frente ya estaban muertos, desaparecidos o heridos; ya habían muerto congelados más hombres que los que murieron durante toda la guerra

en el bando británico o el estadounidense. Para entonces también habían sido capturados ya más de tres millones de soldados soviéticos, más de dos millones de los cuales, increíblemente, *ya* habían muerto de hambre en manos alemanas. Otros 100 000 o más prisioneros de guerra soviéticos habían sido ejecutados a sangre fría por la policía de seguridad alemana. De hecho, más aun que la lucha épica en el frente, fue la conducta de las fuerzas tras las líneas de combate hacia los prisioneros de guerra, los partisanos y los no combatientes la que dio fe del efecto ideológico que tuvo el nacionalsocialismo en el ejército y la sociedad alemana.[6]

La brutalidad que muchos soldados alemanes de a pie mostraron hacia los civiles soviéticos, la cual ha sido recientemente objeto de muchas polémicas, reflejaba mucho más que las tensiones habituales de la guerra. Las estiradas líneas de abastecimiento y la falta de recursos no ayudaron, y tampoco el hecho de que no se contara con suficientes tropas, ni mucho menos, para afianzar debidamente las zonas de retaguardia, de las que se ocupaban en su mayoría pequeñas cantidades de reclutas dispersos, deficientemente adiestrados y excesivamente mayores. Si la Wehrmacht hubiera obtenido todo el territorio que preveía (nunca llegó a obtener más de la mitad) habría sido aún más difícil afianzarlo. No obstante, los efectos letales de este déficit logístico se vieron empeorados tanto por el antiguo compromiso del ejército con la venganza mediante el contraterrorismo como por el intenso racismo del régimen. La violencia que se desató en este momento no podía compararse con nada de lo que hubiera sucedido hasta este momento, ni siquiera en Polonia. Cientos de miles de civiles fueron fusilados o ahorcados y miles de pueblos fueron incendiados mientras los alemanes y sus ayudantes locales daban caza a los esquivos partisanos. Los habitantes judíos de la región, de quienes se pensaba que apoyaban a los bolcheviques y a los partisanos, fueron asesinados en cantidades cada vez mayores, primero en represalias esporádicas, después más sistemáticamente. A finales de 1941, ya había quedado claro que ésta era no una guerra de aniquilación en ningún sentido meramente figurado.[7]

La planificación de una guerra equivocada

En muchos sentidos, la crueldad insensata y contraproducente que iba a caracterizar la ocupación alemana pudo predecirse desde el comienzo. Ni el ejército ni el propio Hitler habían previsto una larga contienda, y, basándose en una información sorprendentemente desacertada, la opinión generalizada

en Berlín era que las purgas habían debilitado al Ejército Rojo y que su deficiente actuación contra Finlandia en la Guerra de Invierno de 1939-1940 lo había demostrado. A finales de julio de 1940, cuando Hitler declaró confidencialmente por primera vez que el año siguiente habría una campaña oriental, la armada pensaba que «Rusia sigue siendo un misterio para nosotros», y *al mismo tiempo* se sentía capaz de afirmar con seguridad que «las fuerzas rusas pueden considerarse muy inferiores a nuestras tropas, que están avezadas en el combate». En un manual sobre el ejército soviético publicado unos meses más tarde, los planificadores describían a su enemigo como «no apto para la guerra moderna e incapaz de oponer una resistencia contundente contra una fuerza bien dirigida y bien equipada». Los oficiales rusos tenían todos los defectos de su carácter nacional: «torpeza, esquematismo, miedo a la responsabilidad y a la toma de decisiones».[8]

Por consiguiente, pocos en Berlín, fueran cuales fueran sus opiniones sobre lo políticamente acertada que fuera la guerra, dudaban que la Wehrmacht lograra hacer retroceder al Ejército Rojo un gran trecho hacia el este. Naturalmente, los generales querían más hombres para hacer el trabajo, como es habitual en ellos, y les preocupaba la falta de reservistas. Los miedos a una guerra con dos frentes no habían desaparecido del todo. El comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Centro, Von Bock, advirtió proféticamente a Hitler que, aunque era posible que lograran la victoria en el campo de batalla, dudaba de que «podamos obligar a los soviéticos a llegar a un acuerdo de paz». Pero Hitler no estaba preocupado; como hemos visto, él imaginaba a varios cientos de divisiones alemanas que mantendrían permanentemente a raya a una Rusia debilitada tras una nueva frontera que se extendería desde Arcángel hasta Astracán en una especie de «cuasipaz» colonial. Y lo que era aún más relevante, el prestigio que había obtenido a consecuencia de las victorias relámpago en Europa occidental en 1940 había hecho que su posición fuese incuestionable.[9]

Toda la posterior planificación operacional se basó en estas suposiciones iniciales que eran extremadamente cuestionables. En el período previo al ataque, las líneas de abastecimiento ya estaban funcionando al máximo de sus capacidades, y se ignoró la presión a la que se iba a someter al ya agobiado sistema de transportes del Reich. En realidad, en otoño de 1939 el Reichsbahn tenía menos trenes que en 1914, pero la preferencia de Hitler por las tácticas motorizadas le impidió darse cuenta de las posibles consecuencias de ello, especialmente en medio del fango del otoño y de las nieves del invierno. La culpa tampoco era sólo de Hitler; ello también reflejó las limitaciones de una

casta militar que restaba importancia a la logística (y a la información) en favor de la pericia operativa. Los planificadores del Estado Mayor supusieron que las tropas alemanas podrían hacer uso del sistema y la infraestructura ferroviaria soviética y no previeron las tácticas de tierra quemada que empleó Stalin una vez que se recuperó de la conmoción inicial de la invasión.

El ejército alemán tampoco se detuvo apenas a pensar en lo que sería la propia ocupación posterior. Cuando se le planteó la propuesta del ejército para administrar Rusia siguiendo la línea del modelo francés y belga, Hitler había estallado: el ejército no entendía nada de política, y las administraciones militares no tenían ninguna utilidad. Himmler, hablando «con un porte respetable y pesaroso», había intervenido en la conversación, lamentando la endeble gestión de las ocupaciones de Polonia, Holanda y Noruega por parte del ejército y reclamando la sustitución de los oficiales que no estuvieran suficientemente motivados por hombres de las SS. Una vez que el Führer dejó muy claro que quería que el poder pasase rápidamente a manos civiles, el ejército abandonó todo el asunto. «La administración y la explotación del territorio que se preven son asuntos que pueden dejarse para más adelante», indicaban las instrucciones clave del alto mando del ejército del 3 de abril. «*No es asunto* del ejército.» Pero ése fue otro error de cálculo: más de la mitad del territorio que cayó en manos alemanas, no menos de 2 millones de kilómetros cuadrados, permaneció bajo control del ejército hasta el final.[10]

Simultáneamente, deseososos de complacer al Führer para ganarse su favor, los mandamases del ejército toleraron una repudiación mucho más amplia de las leyes de la guerra que cualquier cosa a la que hubieran accedido en Polonia. Un paso en esta dirección fue la llamada Orden Barbarroja, que exigía actuar con la «máxima severidad» contra todo «civil enemigo» que intentara «interferir» en las operaciones del ejército. Los oficiales tenían el derecho de ordenar represalias contra cualquier pueblo desde el que se hubiera recibido fuego hostil; ni siquiera se castigaría a los soldados por actos contra civiles enemigos que constituyeran crímenes militares. Deseosos de proteger los tribunales militares de Hitler, ya que temían que éste simplemente se deshiciera de ellos si, como en Polonia, absolvían a los civiles, el alto mando los suspendió indefinidamente para los delitos cometidos por civiles en Rusia: ahora los oficiales eran libres de decidir por su cuenta la suerte que correrían los civiles rusos.

La segunda orden, el llamado «Decreto de los Comisarios», iba mucho más lejos. Los líderes nazis ya habían decidido que, tras la invasión, se había de asesinar a los funcionarios del Partido, y por consiguiente el 6 de junio se

dio instrucciones a las tropas, además de a las SS, para que ejecutaran a los comisarios políticos soviéticos capturados. Como «creadores de los métodos de combate bárbaros, asiáticos» del Ejército Rojo, a estos últimos se les negaba la condición de combatientes y se ordenaba su ejecución en el acto o su entrega a las SS. Algunos oficiales alemanes, horrorizados, vieron el proyecto de decreto como «la transformación sistemática de las leyes militares relacionadas con la población conquistada, en despotismo incontrolado; es más, una caricatura de toda la ley». Hubo algunos que protestaron en privado, lo cual habla a su favor. Pero sus superiores cumplieron obedientemente los deseos de Hitler e ignoraron sus recelos.[11]

Finalmente, el 12 de junio, menos de quince días antes de la invasión, llegaron las «Directrices para la Conducta de las Tropas en Rusia» que planteaban la guerra como una lucha a vida o muerte contra una ideología, no un estado. El bolchevismo se describía como «el enemigo mortal del pueblo nacionalsocialista alemán», y la lucha contra él «exige medidas implacables y enérgicas contra los agitadores bolcheviques, los irregulares, los saboteadores y los judíos, y la erradicación total de cualquier resistencia activa o pasiva». Muchos comandantes de campaña inmediatamente se hicieron eco de esto en sus propias directivas previas a la invasión. El general Hoepner, que posteriormente sería ejecutado por su participación en la conspiración con bomba contra Hitler de julio de 1944, informaba a sus tropas de que:

> la guerra contra Rusia es un capítulo importante en la lucha por la existencia de la nación alemana. Es la antigua batalla de los pueblos germánicos contra los eslavos, de la defensa de la cultura europea contra la inundación moscovita-asiática, y del rechazo del bolchevismo judío. El objetivo de esta batalla debe ser la destrucción de la actual Rusia y por consiguiente debe llevarse a cabo con una severidad sin precedentes. Toda acción militar debe guiarse, en su planificación y su ejecución, por una voluntad de hierro de exterminar al enemigo de forma despiadada y absoluta. En particular, no se debe salvar a ningún partidario del actual sistema rusobolchevique.[12]

Pero, pese a lo sanguinario de tal discurso, Hitler tenía escasa fe en la fiabilidad ideológica de la Wehrmacht y consideraba que la tarea de eliminar completamente a la «intelectualidad judeo-bolchevique» era una que «no podía exigirse al ejército regular». Por consiguiente, en marzo le había confiado a Himmler «tareas especiales que se derivan de la lucha que se ha de llevar a cabo entre dos sistemas políticos opuestos». Esa primavera se crearon cuatro Grupos de Operaciones Especiales (los Einsatzgruppen) móviles para liquidar la oposición en las áreas recientemente ocupadas. En anteriores campañas se habían creado grupos similares, pero nunca para un fin tan criminal. Los Einsatzgruppen, que nominalmente quedaban bajo el mando de

los comandantes territoriales del ejército para sus tareas de vigilancia, sólo respondían ante la RSHA de Berlín en lo que concernía a sus llamadas «tareas políticas».[13]

En abril de 1941, se dio instrucciones a los Einsatzgruppen para que limpiaran de «elementos sospechosos» los territorios recientemente conquistados y para que fusilaran a todos los funcionarios del partido, así como a «otros elementos radicales» y a «todos los judíos que ocupen cargos en el estado y el partido». A sus comandantes, oficiales de alto rango de las SS con un alto grado de formación, se les informó de las condiciones del acuerdo con el ejército y se les dio instrucciones para que «se asegurasen de establecer la cooperación más leal con la Wehrmacht». El propio ejército probablemente no sabía que Reinhard Heydrich había ordenado en secreto a sus hombres que incitaran *pogroms* contra los judíos. «Se había de aparentar que la propia población local había tomado por su cuenta las primeras medidas como una reacción natural contra décadas de represión por parte de los judíos», escribió varios meses después el jefe del Einsatzgruppe A.[14]

Esta cautela probablemente reflejaba las dudas que sentía Heydrich acerca de hasta qué punto podría contar con la comprensión del ejército. Pero no tenía por qué haberse preocupado. El ejército, que ya estaba forzado al máximo de sus capacidades, sólo podía asignar una cantidad muy reducida de tropas a sus llamadas zonas de retaguardia, y agradecía la ayuda con la que pudiera contar para vigilarlas. Aunque sus comandantes poseían autoridad sobre los hombres de Heydrich no sólo en las zonas del combate sino también en las de la retaguardia que se hallaban detrás del frente, generalmente trabajaron sin problemas con las SS. Había escasez de efectivos: en octubre de 1943, del ejército alemán de 2,6 millones de hombres que había en el Este, sólo 100 000 de ellos estaban patrullando las inmensas zonas de la retaguardia situadas en los puntos más lejanos tras el frente. De hecho, cada uno de los Einsatzgruppen sólo estaba compuesto por unos cuantos miles de hombres, ya que en este momento las propias SS no tenían acceso a fuerzas más numerosas, excepto entre los matones, policías y fanáticos antibolcheviques que pudiera reclutar una vez dentro del territorio soviético. Pero aquello de lo que los alemanes carecían en cuanto a cantidad de hombres, lo compensaban con el terror. «En vista del inmenso tamaño de los territorios conquistados en el Este», insistió Hitler un mes después de la invasión, «las fuerzas disponibles para establecer la seguridad en estas zonas sólo serán suficientes si, en lugar de castigar la resistencia mediante condenas emitidas por un

tribunal de justicia, las fuerzas ocupantes extienden tal terror que aplaste toda voluntad de resistencia entre la población».[15]

Los futuros postsoviéticos

Para Hitler, la cuestión de cómo se administrarían los territorios recientemente conquistados era mucho menos urgente que la de cómo serían vigilados. Tenía una cosa clara: la zona tenía una importancia estratégica, económica y racial tan esencial (al fin y al cabo, su conquista era la propia razón de ser de la guerra), que la tarea de administrarla tenía que ser puesta en manos de hombres de confianza del Partido. Se mantuvo apartado de ella al Ministerio de Exteriores, y los planes de éste para mantener un estrecho contacto con los nacionalistas ucranianos, georgianos y bálticos, que ese ministerio atesoró durante tanto tiempo, volvieron a guardarse en el cajón. Se nombraría a comisarios políticos del Reich para que administraran los antiguos territorios soviéticos siguiendo las líneas ya establecidas en Noruega y los Países Bajos. La única verdadera cuestión era si éstos debían informar directamente a Hitler, como sucedía allí, o si también se debía crear algún tipo de organismo nuevo como intermediario para coordinar la política que se había de aplicar en toda la zona postsoviética.[16]

El hecho de que el hombre que escogió para que planeara esto detenidamente fuera Alfred Rosenberg, un alemán báltico exiliado con inclinaciones metafísicas que había estudiado en Moscú y tenía cierta familiaridad con la URSS y con sus problemas con las nacionalidades, fue un síntoma de la escasa importancia que Hitler dio a toda la cuestión. Rosenberg se consideraba a sí mismo «el filósofo del movimiento [nazi]» y era el autor de un ampuloso opúsculo racial que tuvo un gran éxito de ventas, *El mito del Siglo XX*. A Hitler no le gustaban sus escritos, calificándolos de «cosas que nadie es capaz de entender», pero lo apreciaba por ser uno de los que se habían unido al Partido Nazi en sus comienzos. Y lo que era más significativo, le consideraba una persona débil y le había confiado la dirección del Partido Nazi por este mismo motivo durante el período que pasó en la cárcel tras el *putsch* de la Cervecería. Goebbels, que lo despreciaba a conciencia, lo llamaba «Casi Rosenberg» porque «casi había logrado llegar a ser un erudito, un periodista, un político, pero sólo casi». A pesar de sus muchos trabajos (dirigir la oficina de política exterior del Partido, pronunciarse sobre la teoría racial y la ideología nazi), sin duda Rosenberg no pertenecía al círculo de los más allegados a Hitler. Pero estaba a punto de

pronunciar un discurso inaugural sobre uno de sus monotemas, «La cuestión judía como problema mundial», en la inauguración de su nuevo Instituto para la Investigación sobre la Cuestión Judía (que contaba con un gran surtido de artículos excepcionales saqueados de las principales colecciones de objetos históricos judíos del continente) cuando se lo llamó para que acudiera a ver al Führer. A comienzos de abril se reunieron durante dos horas, y tras esta reunión se confió a Rosenberg la «dirección central de todo el espacio del este de Europa».[17]

Para la preparación de sus proyectos administrativos y políticos para la paz postsoviética, Rosenberg se rodeó de un círculo de hombres que, al igual que él, pensaban que los alemanes debían llegar como los libertadores del bolchevismo. El memorándum que le dio a Hitler en su primera reunión proponía que debían construir una alianza anticomunista, trabajar con los exiliados antisoviéticos que se hallaban en Berlín y crear una coalición de estados satélite en la antigua URSS. Habría una «aniquilación total de la administración estatal bolchevique-judía», y Rusia pasaría a desempeñar el papel que hasta entonces había tenido el Gobierno General como lugar al que se expulsaba a las masas racialmente no deseadas. El propio Hitler no había estado pensando en términos muy distintos. En julio de 1940, había hablado acerca de crear un «estado ucraniano, federación de estados bálticos, Bielorrusia, Finlandia». Los estudios operativos llevados a cabo siguiendo órdenes suyas contemplaban la división de la URSS y la creación de estados independientes, no bolcheviques, bajo control alemán. Dos semanas antes de que se reuniera con Rosenberg, Hitler todavía estaba hablando de «repúblicas libres de Stalin» fuera de Rusia, al mismo tiempo que confiaba en la «fuerza más brutal» en el «gran terreno ruso». Estos planes tomaban el acuerdo del Tratado de Brest-Litovsk como modelo fundamental y no parecían muy distintos de lo que los hombres del Kaiser se habían propuesto lograr en 1918.[18]

En cuanto a la organización, Rosenberg empezó proponiendo la creación de cuatro nuevas Comisarías Políticas del Reich para las que él mismo actuaría como una especie de coordinador y enlace con los ministerios de Berlín. En el espacio de unas semanas, sus planes ya se habían vuelto más ambiciosos: ahora defendía un Ministerio del Este independiente y con todas las de la ley para la región, dirigido por él. Pero había varias razones por las que ésta era una muy mala idea. Una era que Rosenberg era un terrible administrador: Goebbels comentó que él «sólo era capaz de teorizar, no de organizar». Otra era que, como señaló el secretario de Estado del Ministerio del Interior, Wilhelm Stuckart, este nuevo ministerio generaría todo tipo de

disputas jurisdiccionales con los ministerios que ya existían. Pero a Hitler no le convencieron estas objeciones, ya que lo último que quería era que los antiguos ministerios de la administración pública intentaran administrar a la URSS como a Alemania, y siguió adelante con su nombramiento.

No obstante, fue como si estuviera tendiendo a Rosenberg una trampa para que fracasara. Al fin y al cabo, para entonces ya se habían asignado amplias responsabilidades en el Este a hombres mucho más poderosos que él, hombres que no tenían absolutamente ninguna intención de luchar en nombre de los ucranianos o los bielorrusos, y que querían la tierra exclusivamente para los alemanes. Uno de éstos era Heinrich Himmler, que consideraba el Este como su coto particular y que pasaba más tiempo allí que el propio Rosenberg: en 1942, incluso transfirió su cuartel general a Ucrania. Hitler ya había confiado a sus SS los «asuntos políticos» en los territorios soviéticos ocupados, y el 90 por 100 de todos los asuntos de esa región, como comentó Himmler, eran políticos. No quería que se prometiera a los no alemanes nada que pudiera poner en riesgo de algún modo el gran plan para germanizar el Este. Reconciliar esto con la idea de Rosenberg de una coalición de nacionalistas eslavos anti-comunistas era obviamente imposible.

Un enemigo más poderoso todavía era el mariscal del Reich Göring, al que ya se le había comunicado, antes del nombramiento de Rosenberg, que dirigiría los asuntos económicos en los territorios orientales ocupados. El objetivo de Göring era explotar las tierras conquistadas para el provecho inmediato de Alemania, y una semana después de la invasión Hitler le hizo oficialmente responsable de esto, con lo que menoscabó aún más la autoridad de Rosenberg. Por si la posición del nuevo ministro no era ya lo suficientemente débil, Göring asestó a Rosenberg otro golpe urdiendo a sus espaldas el nombramiento del *Gauleiter* de Prusia Oriental, Erich Koch, como comisionado del Reich para Ucrania, que era quizá el puesto clave en la nueva administración civil. Mientras que Rosenberg creía firmemente que los ucranianos debían obtener en el futuro algún tipo de estado independiente, Koch, que en el pasado había sido un apasionado de Dostoievski, había cambiado de opinión por completo y había pasado a sentir un profundo y ostentoso desprecio por los eslavos. Pero en Berlín se criticaba a Rosenberg por ser un hombre que, según se decía, se preocupaba más de los ucranianos que de los alemanes, mientras que Koch tenía la reputación de ser un hombre eficaz. Rosenberg podría tener su doctorado y sus libros. Koch, bajo y fornido, de clase trabajadora y vocinglero, tenía presuntamente un brillante

historial como criador de cerdos en Prusia Oriental y prometía reproducirlo en el Este.[19]

Pues, como sabía Koch, a Göring le preocupaba mucho la situación alimentaria en el interior de Alemania. A comienzos de 1941, los planificadores estaban prediciendo que habría problemas a consecuencia de las malas cosechas y amenazaban con recortes en las raciones. La población alemana se quejaba de las escaseces y los elevados precios, y esto aumentó la determinación de las autoridades del Reich de lograr que la invasión de la URSS tuviera compensaciones rápidamente. Herbert Backe, el secretario de Estado en el Ministerio de Alimentación y Agricultura, de hecho, le dijo a Hitler que «la ocupación de Ucrania nos libraría de todas las preocupaciones económicas». También le recordó que, aparte de Ucrania, el resto de la Rusia europea no era una área con excedentes de comida. Pero el régimen estaba absolutamente dispuesto a ver cómo se extendía el hambre entre la población civil en los territorios ocupados mientras los alemanes estuvieran alimentados. El 2 de mayo se acordó que, si la guerra había de continuar con éxito, sería necesario que la Wehrmacht «sea alimentada a expensas de Rusia», aun cuando la consecuencia fuera que «debido a ello, decenas de millones de hombres indudablemente morirán de hambre». «Sustentar la economía de guerra» era «la ley superior», mientras que los territorios recientemente ocupados serían contemplados «desde un punto de vista colonial y explotados económicamente con métodos coloniales». Göring predijo «la muerte en masa más grande de Europa desde la guerra de los Treinta Años».[20] Backe incluso redactó un borrador de los «Diez Mandamientos» que deberían seguir los futuros administradores en el Este. «No queremos convertir a los rusos al nacionalsocialismo, sino convertirlos en instrumentos para nosotros», escribió. «El ruso ha resistido la pobreza, el hambre y la austeridad durante siglos. Su estómago es flexible; por tanto, ¡nada de falsa piedad!»[21]

Rosenberg, cuyos poderes sobre la seguridad y la economía ya estaban, para entonces, reducidos a nada, todavía estaba deseoso de comprometer al Reich con una visión política para el futuro de los territorios que en el pasado había gobernado la URSS. Pensaba que era importante que se subrayaran las diferencias entre los rusos y el resto desde el principio: mientras que la propaganda alemana debía mencionar al «pueblo ucraniano y su libertad», o «la salvación de las naciones estonia, letona y lituana», nunca debía «hablar de Rusia ni de un territorio ruso».[22] En la víspera de la invasión, resumió su concepción política fundamental como:

> Retomar, de una manera inteligente… las aspiraciones de liberación de todos estos pueblos y darles forma en determinados tipos de estados, es decir, seccionar formaciones de estados del enorme territorio de la Unión Soviética y fortalecerlos frente a Moscú, para librar al Reich alemán de la pesadilla del Este durante siglos.[23]

Aun cuando fuera necesario mantener provisionalmente estos territorios bajo el control de administradores civiles alemanes, «el territorio conquistado, en conjunto, no debe ser tratado como un objeto de explotación». Como advirtió, «lo peor que podría suceder desde el punto de vista político tendría lugar si el pueblo, ante nuestras medidas de explotación económica, llegase a la conclusión de que el régimen actual les causa más privaciones que los bolcheviques».[24]

El hecho de que esto fuera precisamente lo que sucedió se debió a que el propio Hitler nunca se tomó en serio el enfoque de Rosenberg. Quería que los rusos no se levantaran, pero tenía escaso interés en levantar a los ucranianos. Poco después de la invasión, su desprecio por las aspiraciones políticas de los habitantes de los territorios ocupados quedó perfectamente claro. La primera semana de julio ya se había convencido de que Moscú y Leningrado debían hacerse inhabitables con el fin de «despojar no sólo al bolchevismo sino también al nacionalismo moscovita de sus centros». Al igual que Rosenberg, Hitler veía esto como una doble lucha tanto contra una ideología como contra un país. A diferencia de Rosenberg, creía que Alemania no necesitaba la ayuda de ninguna fuerza antirrusa para contener a Rusia. La guerra habría terminado en un santiamén, y ya estaba pensando en los minerales y cosechas que obtendría Alemania y esperando con ansia el momento de abrir las «bellezas de la península de Crimea» a los turistas alemanes que llegarían allí a toda velocidad en nuevas *autobahns*, domando a los primitivos eslavos con energía y previsión arias.[25]

En febrero de 1944, mientras la ocupación alemana de Rusia tocaba a su fin, uno de los colaboradores más cercanos a Rosenberg expresó una dura crítica sobre el enfoque global según el cual se había llevado a cabo, refiriéndose a

> esa obra maestra del maltrato y el logro más extraordinario y asombroso: haber, en menos de un año, dado caza por el interior de bosques y pantanos, como a partisanos, a personas que eran completamente proalemanas y que nos habían recibido con júbilo como sus libertadores, y haber influido de ese modo en el curso de los acontecimientos en el Este de una forma decisivamente negativa …

Pero era el propio Hitler quien había establecido las líneas fundamentales de esta política en la reunión crucial que había mantenido con Göring, Rosenberg, Bormann y Keitel dos años y medio antes en su cuartel general de Rastenburg, situado en los bosques cercanos a los Lagos Masurianos. La fecha de esa reunión había sido el 16 de julio de 1941, y él estaba seguro de que la guerra no duraría demasiado, ya que la Wehrmacht ya había obtenido varias victorias aplastantes, mientras que el Ejército Rojo se estaba replegando tan rápidamente que centenares de miles de soldados soviéticos estaban siendo rodeados y capturados.

Difícilmente Hitler podría haber sido más directo. Empezó la reunión subrayando que ésta era una campaña cuyos frutos beneficiarían exclusivamente a Alemania. A corto plazo, podría ser tácticamente útil desempeñar el papel de libertadores. Pero lo importante era evitar las declaraciones superfluas y, sobre todo, que los alemanes supieran lo que querían al dividir «este enorme pastel». Era necesario impedir que surgiera en la región ninguna otra potencia militar, y, aparte de eso, «en primer lugar dominar, en segundo lugar administrar y en tercer lugar explotar» a los pueblos y los recursos que encontraran allí. Éste era un programa para una guerra colonial de extracción. Los alemanes debían ser los únicos que portaran armas; buscar apoyo en otras nacionalidades era una falsa ilusión. La pacificación se lograría «fusilando a todo aquel que pareciera sospechoso en algún sentido».[26]

Por si todo esto no fuera bastante, y por si no estuviera a años luz de los sueños que albergaba Rosenberg en el sentido de ver cómo Alemania lideraba una coalición de estados eslavos, los planes de Rosenberg recibieron un nuevo golpe cuando Hitler decidió truncar Ucrania uniendo a Galitzia, territorio que anteriormente había pertenecido a los Habsburgo, al Gobierno General y dando parte del sur de Ucrania, Odessa incluida, a Rumanía. Eso es todo lo que se hizo para ganarse a los ucranianos. Las tierras intermedias solamente existirían para servir a Alemania, mientras que los alemanes «europeizarían» la estepa, vaciando los pantanos, construyendo autopistas, creando plantaciones y fundando nuevas «ciudades alemanas». «Dos o tres millones de hombres» irían a vivir a ellas, predecía Hitler, «desde Alemania, Escandinavia, los países occidentales y América». El propio Hitler había afirmado varias veces que Europa había quedado perjudicada por las migraciones transatlánticas en masa que se habían producido en el siglo anterior; su política invertiría la dirección del flujo transcontinental y enviaría a millones al Este. El resultado final de ello sería «germanizar este país

mediante la inmigración de alemanes y considerar a los nativos como indios piel roja».[27]

Sin duda, el hecho de que en esa misma reunión también se aprobara su proyecto básico para la administración civil no debió ser un gran consuelo para Rosenberg. Una vez que el ejército entregara el mando, toda la zona sería gobernada por cuatro commisarios políticos civiles del Reich: uno para Ucrania, otro para los estados bálticos junto con Bielorrusia (que formarían una entidad territorial previamente inexistente que se conocería como el Ostland), un tercero para el Cáucaso y un cuarto para la propia Rusia. (En realidad, sólo llegaron a crearse los dos primeros.)

Se puso a cargo de todo ello a Rosenberg, nombrado ahora ministro para los Territorios Ocupados del Este.

Como hemos visto, su posición real era muy débil. Su nombramiento ni siquiera se anunció públicamente, ya que Hitler quería esperar a obtener una gran victoria antes de hacer el anuncio; y nunca llegó a obtener una que fuera lo suficientemente rotunda para hacerlo. Mientras tanto, Hitler conservó en sus manos el poder para nombrar a los comisarios políticos del Reich y a los comisarios generales que estuvieran por debajo de ellos, y éstos eran los hombres que ejercerían el poder en los lugares concretos; de hecho, se esperaba que Rosenberg delegara en ellos su poder para legislar por decreto. Naturalmente, Rosenberg tenía menos posibilidades incluso de dar órdenes a Himmler, a Göring o al ejército. Como comentó con aprensión uno de sus subordinados más informados, «a la administración civil le será difícil gobernar un territorio sin tener el control total sobre la policía y la economía». En cuanto a los objetivos políticos de Rosenberg, Göring los desechó con toda tranquilidad en sus instrucciones al Estado Mayor económico del ejército: «Debe hacerse uso inmediatamente de todo aquello de lo que se haya de hacer uso. Consideraciones puramente económicas, no políticas. El Führer no ha concretado ningún resultado político. Por consiguiente, no debe tenerse en cuenta ninguna consideración respecto a un futuro orden político». Y, de hecho, Hitler siempre concedió una importancia mucho mayor a despojar a la región de sus recursos, y a aplastar toda resistencia, que a pensar sobre cómo debía ser gobernada.[28]

Sin embargo, Rosenberg continuó hablando acerca de construir una Nueva Europa liberada del bolchevismo. Era el tipo de lenguaje que algunos de sus subordinados posteriormente adaptaron con bastante facilidad a las necesidades estadounidenses en las batallas propagandísticas de la Guerra Fría. Pero este lenguaje no llegó muy lejos en el Tercer Reich. Rosenberg,

que no gozaba de la confianza de Hitler, apenas se volvió a ver con él en media docena de ocasiones (el hombre que decidía quién podía entrevistarse con el Führer y quién no, Martin Bormann, tenía unas opiniones sobre los eslavos que hacían que Hitler pareciera moderado), mientras que sus subordinados le ignoraban en la mayoría de las ocasiones y obraban a su antojo. Cuando se quejó a Hitler sobre Koch en el otoño de 1941, el Führer lo puso con firmeza en su sitio, diciéndole que «no se inmiscuya en la administración interna de las Comisarías Políticas del Reich; límitese a las directivas amplias y generales que primero han de ser acordadas conmigo». **[29]**

De hecho, el propio nuevo Ministerio del Este se convirtió en una especie de chiste. Alojado inicialmente en las oficinas de la antigua misión comercial soviética, reubicado después debido a los bombardeos aéreos aliados, el Ost-Ministerium («OMi») pronto se ganó el apodo de «Ministerio del Caos (Cha-Ost)» en su lugar. El topo de Himmler allí, el oficial de las SS Gottlob Berger, empezó como un oficial de enlace de las SS pero acabó más o menos dirigiendo el departamento político. Fue Berger quien describió memorablemente al segundo de Rosenberg, el *Gauleiter* nazi para Westfalia del norte, como alguien «demasiado débil para hacer algún bien y demasiado cobarde para pecar». Más imponente era el primer director del departamento político de Rosenberg, Georg Liebbrandt, a quien Berger describió como «una mezcla de hombre de negocios, intelectual y regateador». Pero finalmente Liebbrandt se vio obligado a abandonar debido a su reputación proucraniana.

En general, el ministerio atrajo a personas desechadas y rechazadas por otros departamentos y se vio inundado de solicitudes de reclutas poco capacitados y demasiado mayores que estaban deseosos de dirigirse al Este. Un observador señaló mordazmente que, mientras que Stalin había escogido a sus mejores funcionarios políticos para que prestaran servicio en las provincias occidentales de la URSS, los nazis escogieron a los peores. Reclutados a través del Partido, muchos de los llamados *Ostnieten* (fracasos del Este) eran avejentados alborotadores callejeros, extraídos de las filas de las SA; eran, según un hombre de las SS, «burros y lameculos cuya carrera había dependido en su mayor parte de la de su *Gauleiter*». Rosenberg sólo les tenía simpatía porque, como hombres de las SA, odiaban a Himmler y a sus SS. También había antiguos antinazis en busca de una «segunda oportunidad» para redimirse, granjeros que buscaban más tierras, oportunistas «coloniales» que buscaban sacar provecho propio y alemanes étnicos que buscaban una oportunidad de convertirse en *echte Deutsche*. Pocos de ellos hablaban ruso, o

tenían la menor idea de lo que les esperaba. Atraídos por un llamativo uniforme que les valió el apodo de los Faisanes Dorados, parecían más preocupados por la jerarquía, los adornos y los beneficios adicionales del cargo que por las responsabilidades de gobierno. «El pequeño alemán, que, a menudo, desde el punto de vista racial, pertenecía él mismo, más bien, al tipo oriental», fue como un amargado agente de prensa describió al típico administrador del Ministerio del Este en un memorándum privado de 1944.

> Ahora en las extensiones del Este, con pretenciosos uniformes, títulos, sueldos, sobresueldos diarios y raciones… un tipo que se engalana con el revólver y el látigo o con cualquier cosa que crea que le dará un dominio natural, un porte superior y una genuina virilidad. La clase ociosa y sin valor de… burócrata… el «Organizador» eternamente ávido, rodeado de un enjambre de hienas orientales de ideas afines a las suyas, toda su multitudinaria camarilla, reconocible por las dos grandes «emes», mujeres y morapio… gente a la que le gusta más el lujo oriental en la comida, en el alojamiento y en el transporte cuanto más modestas sean sus circunstancias originales.

Ni mucho menos eran los «auténticos señores» y los «virreyes» que Hitler había previsto que gobernaran el Este.[30]

Rosenberg tuvo sus roces más frustrantes con su propio subordinado, el *Reichskommissar* Koch. Koch detestaba Ucrania y gobernó esa inmensa provincia con un muy reducido personal desde el pequeño pueblo de Rovne, principalmente porque allí había buenas conexiones con Prusia Oriental, donde seguía siendo *Gauleiter* y pasaba la mayor parte de su tiempo. Pensó en trasladarse a Kiev, pero Hitler estaba tan resuelto a no dar el más mínimo aliento a los nacionalistas ucranianos que le dijo que no lo hiciera. Koch fue absolutamente leal, y tomó medidas drásticas con severidad contra los grupos nacionalistas ucranianos que anteriormente habían estado tolerados o fomentados por el ejército. Su opinión, expresada con brutal claridad en su primer discurso de diciembre de 1941, era que los alemanes eran la raza de los señores (*Herrenvolk*) y que todos los demás tenían el deber de servirlos. «Extraeré hasta lo último de este país», dijo. «No he venido aquí para extender la dicha sino para ayudar al Führer.» Unos exiliados ucranianos que habían llegado de visita al Reichskommissariat desde Berlín quedaron desconcertados al oír cómo se refería despreocupadamente a los ucranianos como «negros». Cuando los hombres de Rosenberg recopilaron estudios sobre los sistemas agrarios de la antigua URSS, Koch se mofó. «Yo tengo que ingeniármelas para obtener la cosecha de los ucranianos de forma que se pueda alimentar a la patria y al ejército. ¡Mientras tanto, Rosenberg está sentado en Berlín, encargando libros!» Su opinión era que el trabajo de

Rosenberg en Ucrania sólo empezaría una vez que se ganara la guerra; hasta entonces él estaba a cargo, y organizaría «el mayor saqueo posible».[31]

La concepción del gobierno que tenía Koch no iba mucho más allá de la represión, el saqueo organizado y la vigilancia: los carnés de identidad obligatorios ayudaron a controlar los movimientos de la población, se introdujo una nueva moneda que tenía su propio banco central, y la economía se reguló estrictamente con controles sobre los precios, los salarios y las horas de trabajo. El propio Koch fue nombrado fideicomisario de toda la antigua propiedad soviética que se administraba en nombre de Alemania. Koch rechazó categóricamente la oportunidad de privatizar grandes sectores de la economía, que habría sido la manera más sencilla de sacar partido de los sentimientos antibolcheviques, y chocó en repetidas ocasiones con Rosenberg acerca de esta cuestión fundamental. Pero Rosenberg no fue el único funcionario con el que se peleó el vocinglero Koch; sus relaciones con el ejército y con las SS también se deterioraron pronto, y Berger, que trató con él en nombre de Himmler, lo describió como «un beodo, incapaz de comportarse decentemente». En una feroz acusación que aterrizó en el escritorio de Himmler tres años después, uno de los subordinados de Koch, Alfred Frauenfeld, atacaba violentamente sus «tácticas brutales, nacidas de la estupidez y la inclinación personal… agravadas por una interpretación totalmente errónea de los conceptos políticos e ideológicos». Frauenfeld continuaba diciendo que Koch podía haber estado repitiendo una y otra vez que los alemanes simplemente se estaban comportando como los británicos en sus colonias; pero las consecuencias de ello no podrían haber sido más desastrosas para los intereses alemanes aunque hubieran sido los propios británicos quienes las hubieran planeado.[32]

Al fin y al cabo, a pesar de sus actitudes directas y despectivas a la hora de expresarse, Koch dependía de la ayuda de los ucranianos. Su propio personal, compuesto por menos de 1000 hombres, dependía totalmente de los caciques, los alcaldes y los agentes de información de los pueblos. Lo mismo se podía decir de la policía de Himmler. La división de la SiPo/SD de Kiev, que dirigía la provincia desde el antiguo edificio del NKVD situado en la calle Korolenka, contaba con una fuerza de aproximadamente 120 oficiales y 70 intérpretes y conductores. Es obvio que controlar a la población de Kiev, compuesta por varios centenares de miles de personas, por no hablar de los cuatro millones de habitantes de la región circundante, habría sido imposible sin la pericia de los policías ucranianos, los destacamentos de seguridad y los informadores. Fueron sus agentes quienes averiguaron el paradero de los

judíos que se escondían y quienes ayudaron a descubrir a las células del NKVD que se habían quedado atrás y a los grupos clandestinos de la resistencia comunista.[33]

Rosenberg tenía una influencia mucho mayor sobre los oficiales del ejército que dirigían el Heeresgebiet Süd, que controló gran parte de Ucrania oriental incluso después de que la parte occidental le fuera transferida a Koch en septiembre de 1941. Al igual que Rosenberg, la Wehrmacht se inclinaba por establecer una clara distinción entre los ucranianos y los rusos. Muchos de sus oficiales más veteranos recordaban cómo habían apoyado la causa nacionalista ucraniana en la primera guerra mundial, y, antes de la llegada de Koch, el general Karl von Roques había subrayado a sus tropas que «la región ucraniana ha de contemplarse como el *Lebensraum* de un pueblo amigo». El oficial de enlace de la Wehrmacht con Rosenberg, Hans Koch (ninguna relación con Erich), fue una fuerte influencia. Había nacido en Lviv durante el reinado de los Habsburgo y había combatido junto a los ucranianos durante y después de la primera guerra mundial. Para los hombres como él, la ocupación alemana ofrecía una oportunidad para reconstruir el tipo de relaciones imperiales con los eslavos que se habían venido abajo tras el hundimiento del imperio de Francisco José.[34]

Por consiguiente, a diferencia del *Reichskommissar* Koch, los militares a menudo se veían a sí mismos como quienes estaban llevando la «libertad» a los ucranianos. También comprendían el valor propagandístico que tenía el hecho de satisfacer el deseo de estos últimos de ser emancipados del bolchevismo. A finales de noviembre, cuando se debatió la cuestión ucraniana en el alto mando del ejército, su acuerdo con Rosenberg siguió en firme y sin ninguna rebaja: «Ninguna “actitud negrera” [*Negerstandpunkt*] hacia los ucranianos, trato bastante razonable de acuerdo con las pautas del ministro Rosenberg», observó un alto oficial allí. Éste se mostraba especialmente preocupado por el efecto de las requisas efectuadas por los hombres de Göring, que recorrían Ucrania en busca de comestibles: «Si los equipos económicos privan despiadadamente a la población de su pan de cada día, es inútil que nosotros les dispensemos un trato razonable. Sencillamente se empujará a la población a los brazos de la propaganda rusa». Por consiguiente, lo que minó las relaciones entre los alemanes y los ucranianos no fue sólo el desprecio racial políticamente motivado de Erich Koch; incluso en las zonas que estaban bajo el mando del ejército, el saqueo de las provisiones de comida de la región de acuerdo con las despiadadas pautas

establecidas en Berlín fue un obstáculo para que existiera una verdadera colaboración.[35]

El homólogo, menos agresivo, de Erich Koch en el Ostland era Hinrich Lohse, otro de esos hombres que se habían afiliado tempranamente al Partido y a los que Hitler trataba con favoritismo por ello. Lohse era «la personificación del pez gordo nazi de pueblo», según un testigo ocular, «un hombre necio, basto, vanidoso, con aspecto de morsa». Al igual que Koch, combinaba su nuevo cargo en Riga con su trabajo como gobernador provincial en el Reich (en su caso gobernaba Schleswig-Holstein); al igual que él, se rodeó de compinches procedentes del cargo que ya ostentaba. También bebía mucho y era un glotón, y pronto construyó una burocracia inmensa y en su mayor parte redundante en los estados bálticos, donde la mayor parte del trabajo real de gobierno siguió estando en manos de los funcionarios locales. Ambos hombres combinaban una especie de genio para las habilidades en las luchas intestinas que eran necesarias para tener éxito con Hitler con una redomada incapacidad para crear una base duradera para el dominio alemán.[36]

Pero los estados bálticos, donde el ejército alemán fue recibido con auténtico júbilo, no ocupaban el mismo lugar que Ucrania en la imaginación racial nazi. Tanto Hitler como Rosenberg subrayaron que su destino era convertirse en alemanes. «Setecientos años de actividad alemana ya habían hecho que la región báltica formara parte del *Lebensraum* de la Gran Alemania», instruyó Rosenberg a Lohse. «El objetivo de un *Reichskommissar* para Estonia, Letonia, Lituania y la Rutenia Blanca debe ser lograr la forma de un protectorado alemán, y después transformar esta región en parte del Gran Reich Alemán… El mar Báltico debe convertirse en un mar interior germánico que esté bajo la protección de la Gran Alemania.» En las ciudades se llevó a cabo el habitual proceso de germanización, y la popularidad de los ocupantes rápidamente se desplomó. En Riga, Hitler, Rosenberg, Göring, Bismarck, Wagner, Moltke, Von der Goltz e incluso el Freikorps prestaron sus nombres a importantes vías públicas, y se creó un Museo Alemán para explicar cómo los alemanes habían llevado la cultura a los estados bálticos.[37]

No obstante, los bálticos ocupaban un lugar muy superior al de los eslavos en la jerarquía racial nazi: los alemanes no tenían prohibido casarse con ellos, como sí sucedía con los polacos, por ejemplo, y los letones, los lituanos y los estonios tenían permitido alistarse como voluntarios para servir en el Frente Oriental. En los tres antiguos estados bálticos, los alemanes dejaron las tareas de gobierno cotidianas en manos de pequeños grupos de funcionarios civiles

autóctonos de alto rango y actuaron más bien en calidad de supervisores, especialmente una vez que llegaron a apreciar el alto calibre de muchos de quienes trabajaban por debajo de ellos. Los letones y los lituanos continuaron dirigiendo a sus propias fuerzas de policía, llevaron a cabo las campañas antibolcheviques y antijudías de los alemanes para ellos y usaban su propio idioma en los asuntos oficiales excepto cuando trataban con alemanes. Sólo Riga, donde residían 10 000 o más funcionarios alemanes, permaneció bajo el dominio directo de un alcalde alemán.[38]

Por consiguiente, el dominio alemán en la región báltica contrastaba con el muy poco realista régimen brutal de Koch en Ucrania y con su determinación de aplastar todas las aspiraciones nacionales. Pero, asombrosamente, también contrastaba con él otra parte del Ostland. La Rutenia Blanca, que era el término alemán para designar la enorme región constituida principalmente a partir de la Polonia oriental anterior a 1939 y la Bielorrusia soviética, formaba la parte del sur del enorme Reichskommissariat de Lohse. El *Generalkommissar* de allí, que residía en Minsk, era otro antiguo nazi, Wilhelm Kube, un hombre que había sido declarado culpable de malversación en el Reich y despojado de sus funciones en el Partido. No obstante, el enormemememente vanidoso y corrupto Kube no era, ni mucho menos, ni el peor ni el menos práctico de los virreyes del Este. Para cuando murió debido a la explosión de una bomba colocada debajo de su cama por su criada bielorrusa (que trabajaba para la resistencia) en septiembre de 1943, Kube había llegado a identificarse con la región y a contar con un asesor político bielorruso.

A Kube le gustaba imaginarse a sí mismo como un mecenas de la cultura local y jugar a ser un potentado. Pero, a diferencia de Erich Koch, Kube también comprendía las realidades que imponía la escasez de soldados alemanes y consideraba que valía la pena cultivar a los eslavos de la zona como una fuerza antirrusa, sobre todo frente al cada vez mayor incordio que suponían los partisanos. Mientras que sus policías masacraban a los judíos de la región, creó una guardia privada compuesta por jóvenes bielorrusos y permitió que se fundaran organizaciones políticas y de asistencia social, contando principalmente como asesores con exiliados antibolcheviques que habían regresado a Minsk desde Berlín y Varsovia. «El cultivo de la cultura, la civilización y la educación de la Rutenia Blanca (en otras palabras, de Bielorrusia) es una tarea urgente de las escuelas en la provincia de la Rutenia Blanca», proclamó. Dijo a los lugareños que debían este renacimiento cultural a Hitler, el creador de la Nueva Europa, e impuso la obligatoriedad del

bielorruso en las clases; el ruso y el polaco estaban explícitamente prohibidos. Aquí pudo verse cómo surgía en estado embrionario la política de nacionalidades antirrusas de Rosenberg.[39]

Pero sólo, y esto habría que subrayarlo, en estado embrionario. Pocas partes de Europa sufrieron más bajo el dominio alemán que Bielorrusia; según los cálculos aproximados oficiales, murió más de uno de cada cuatro miembros de la población, y 9000 pueblos fueron incendiados. La propia ocupación nunca dejó de ser precaria y frágil en un terreno pantanoso y densamente arbolado que estaba escasamente provisto de carreteras o de otras conexiones de transporte. Bajo el dominio de Kube entró en vigor la misma batería de decretos represivos que en otros lugares, y se reunió por la fuerza a cientos de miles de bielorrusos para que sirvieran como mano de obra esclava en el Reich. Y también estaban los castigos colectivos indiscriminados a comunidades enteras, el trato sádico dispensado a los campesinos locales y las matanzas que se extendieron por el campo en 1942 y 1943. La destrucción fue de tal envergadura (producto de la guerra contra los partisanos, en particular), que incluso los miembros de los equipos de socorro de la posguerra que llegaban desde la Alemania devastada y desde Polonia quedaron horrorizados: Bielorrusia era mucho peor que cualquier cosa que hubieran visto.

En las memorias que escribió en la cárcel tras la guerra, Alfred Rosenberg apenas mencionaba ninguna de estas cosas. Quizá esto no fuera de extrañar, dado que había empleado gran parte de su tiempo como ministro encargando interminables planes para determinar cómo gobernaría Alemania en el Este una vez que la guerra hubiera terminado, estudiando minuciosamente los arcanos detalles de las complejidades étnicas y económicas de la región. Al repasar nostálgicamente las experiencias que había vivido durante la guerra, se refería en términos especialmente líricos a la gira oficial que había hecho por Ucrania en el verano después de Stalingrado. Le habían acompañado dos *Gauleiters*, viejos amigos suyos, que

> tenían los ojos abiertos como platos al contemplar, desde mi tren especial, los inmensos espacios del Este. Sencillamente, allí todo se salía de las dimensiones acostumbradas: los campos de trigo, la estepa de Táurica, los cerezales. Escucharon los informes de los comisionados de distrito sobre las grandes mejoras realizadas en los trabajos artesanales de los agricultores y en el apoyo a éstos, y las preocupaciones y los deseos de la población local. Escucharon las bravatas del *Reichskommissar* Koch, que más de una vez mostró su vanidad de pavo real. Después visitamos Askania Nova, el refugio de árboles y pájaros en la estepa, obra del colono alemán Falz-Fein. Poco después estuvimos en la península de Crimea, en sus espléndidos Jardines Botánicos, y en la pacífica atmósfera de la tarde bebimos un poco del vino dulce del país. Visitamos Livadia, y dormimos donde una vez Schinkel tuvo el sueño artístico de construir un castillo sobre el mar Negro. Pasamos por Simeis, donde, veintiséis años atrás, yo había pasado un verano, y miramos hacia abajo, al mar Negro…

Aparte de la sombra proyectada por su bestia negra, Erich Koch, ésta era una descripción del dominio nazi como una mejora colonial, de la guerra como el cumplimiento de los sueños de civilizar el «gran espacio» del Este. Rosenberg se describía a sí mismo como el heredero de los grandes creadores alemanes del pasado. Estaba la reserva natural con sus bisontes, caballos salvajes, avestruces y antílopes protegidos, y los huertos, las viñas y los campos de trigo que el experto cultivo había hecho fructíferos. Estaba el viaje turístico al famoso castillo del zar Nicolás, donde, sólo un año y medio después, Stalin sería el anfitrión de Churchill y Roosevelt en la conferencia de Yalta. Era la ocupación a la que Rosenberg desearía haber dado forma, casi una parodia de las propias fantasías de Hitler sobre el Este, una ocupación sin los pueblos quemados y vacíos, los montones de cadáveres, las cazas de hombres, los guetos y las ciudades hambrientas.[40]

Los prisioneros de guerra

Y, en realidad, todo podría haber sido distinto. En su asalto, al cruzar la frontera, la Wehrmacht fue recibida con alegría por gran parte de la población de la URSS occidental, especialmente en aquellas zonas de Polonia y los estados bálticos que habían sido ocupadas por el Ejército Rojo en 1939 y 1940. Había buenas razones para que se sintieran estas emociones, ya que en los últimos días de dominio soviético habían sucedido cosas terribles y se habían planeado otras aún peores. El NKVD había asesinado a miles de personas antes de retirarse: más de 1500 presuntos «elementos antisoviéticos» fueron masacrados en Lutsk; más de 500 en Dubno. Otros figuraban en las listas preparadas para una nueva ronda de deportaciones. En muchos lugares la propia evacuación soviética provocó disturbios y saqueos. Algunos oficiales se negaron a obedecer las directrices de tierra quemada del Kremlin, preocupados por el efecto que ello tendría sobre la población civil que se dejaba atrás, y se produjeron tiroteos ocasionales con funcionarios del Partido. Más de una vez, después de que llegaran los alemanes, algunos lugareños resentidos delataron a miembros del Partido, y a éstos se los llevaban y los fusilaban. La sociedad soviética se estaba descomponiendo bajo los efectos de la invasión, de manera muy similar a como lo había hecho la sociedad francesa el año anterior.[41]

No era muy de extrañar, pues, que en numerosas zonas se diera la bienvenida a los alemanes con alivio o que delegaciones de sonrientes muchachas campesinas recibieran a las tropas con las flores, el pan y la sal

tradicionales. Esperaban recuperar su tierra, y dejar atrás los amargos recuerdos de la colectivización, el hambre y la deportación. En la Ucrania occidental y los estados bálticos, muchos nacionalistas locales incluso dispararon a los soldados soviéticos en su retirada para ayudar a los alemanes. «Todos nos alegrábamos de que los alemanes hubieran venido», recordaba un ucraniano. «Recibimos al ejército alemán como libertadores del bolchevismo», proclamaron otros. «Heil Hitler!» Un informe del *Einsatzgruppe* observó a comienzos de julio que, especialmente en las áreas ocupadas por el Ejército Rojo en 1939, «lo más frecuente era que las tropas alemanas fueran… tratadas como libertadoras, y, como mínimo, con amistosa neutralidad». Incluso el antieslavo general Hoepner quedó impresionado por la calurosa bienvenida que recibieron sus tropas. Los integrantes de la población local ayudaron a los soldados alemanes heridos y sirvieron como guías y portadores bajo el fuego.[42]

Incluso dentro de las filas del Ejército Rojo muchos pensaban igual, naturalmente. La idea de que hubo una resistencia soviética instantánea y unánime contra los alemanes es un mito. De hecho, aunque numerosas unidades sí lucharon con dureza contra los invasores, otras se rebelaron y mataron a sus comisarios políticos. Los reservistas soviéticos intentaban escapar de la movilización, y en general muchas unidades manifestaban escasos deseos de luchar. El alto mando soviético estaba lo suficientemente preocupado como para crear unidades especiales que impedían que las tropas se retiraran y trataban con dureza a aquellos que se rezagaban. A mediados de julio el propio Stalin observó que «en todos los frentes» muchos hombres eran «propensos al pánico e incluso estaban orientados hacia el enemigo», y que «ante la primera presión arrojan sus armas… y arrastran a otros con ellos».[43]

La velocidad del avance de la Wehrmacht era extraordinaria. Menos de dos días después de lanzar la invasión, los alemanes ya habían capturado Grodno, Vilnius y Kaunas; a finales de junio, Lviv ya había caído también. El Grupo de Ejércitos Norte atravesó a toda velocidad los estados bálticos, donde los reclutas desertaban del Ejército Rojo para unirse a unidades de «partisanos» que luchaban con los alemanes; el Grupo de Ejércitos Centro empujaba hacia el este, tomando Smolensk a mediados de julio, mientras que el Grupo de Ejércitos Sur penetraba en el sur de Ucrania. Por el camino capturaron inesperadamente grandes cantidades de prisioneros: 320 000 solamente en los alrededores de Bialystok y Minsk a comienzos de julio; otros 300 000 durante la batalla por Smolensk. La primera semana de agosto

ya se calculaba que la cantidad total de prisioneros de guerra soviéticos ascendía a 900 000; a finales de ese mes, ya era de 1,5 millones. Otros 660 000 fueron capturados durante la lucha por Kiev en septiembre y aproximadamente esa misma cantidad en octubre en los alrededores del foco de resistencia de Briansk-Viaz'ma. Cuando llegaron las lluvias y la temperatura cayó en picado de repente, la Wehrmacht se vio responsable de más de 3 millones de soldados soviéticos.[44]

Los soldados alemanes ya habían recibido mensajes ambivalentes sobre cómo tratar a los soldados rusos que se rendían. La división de propaganda de la Wehrmacht exhortaba a los soldados a que «abran una brecha entre el régimen soviético y el pueblo soviético» e incluso hablaba de «la potencialmente amistosa población rusa». Hitler, en el discurso que ofreció a los alemanes al día siguiente de la invasión, había declarado que «el pueblo alemán nunca ha albergado ningún sentimiento hostil contra las nacionalidades de Rusia».[45] Sin embargo, al mismo tiempo recordaba a sus soldados que los comunistas «no eran sus compañeros», y el ejército lanzó advertencias sobre «la conducta traicionera de los soviéticos en la guerra». «En contraste con la forma caballerosa en la que se libró la guerra en Noruega», afirmaba una de ellas, «todo oficial y soldado alemán debe tener presente durante la guerra contra Rusia las tácticas traicioneras, engañosas e impropias de un soldado que constituyen el método soviético de hacer la guerra». Se ponía en guardia a los soldados para que tuvieran cuidado especialmente con los intelectuales, los comisarios políticos y los judíos y para que esperaran que se dispensase un «trato indigno, sádico y brutal a los heridos y los prisioneros de guerra».[46]

La imagen que el soldado tenía del Ejército Rojo estaba total y confusamente racializada. A veces era la influencia perniciosa de los judíos la que se consideraba responsable, pero, a menudo, sobre todo en las primeras fases de la guerra, también lo era la de los «mongoles», los «tártaros» o la de otros representantes de las hordas «asiáticas» de quienes los nazis creían estar salvando a Europa. Las instrucciones del mando supremo de la Wehrmacht para la conducta de las tropas en Rusia señalaban que «los soldados asiáticos» del Ejército Rojo, en particular, son «impenetrables, imprevisibles, insidiosos y desalmados». El propio Hitler hablaba de un *Mongolensturm*, mientras que los propagandistas alemanes se referían a la «débil papilla eslavomongola» de la que estaba compuesta la sustancia humana de la URSS. A veces parecía como si Barbarroja fuera un duelo entre los godos y los pueblos nórdicos por

un lado y los *Untermenschen* tártaros por el otro. Estos estereotipos raciales desempeñaron un importante papel en la tragedia que se desarrolló.[47]

La Wehrmacht tenía una experiencia considerable en el manejo de grandes cantidades de prisioneros de guerra. En la campaña polaca había capturado a más de medio millón de soldados; en el verano de 1940, había retenido a otros dos millones tras el hundimiento de los ejércitos holandés, belga y francés. Incapaces de vigilarlos a todos, los alemanes habían dejado rápidamente a todos los prisioneros holandeses en libertad provisional, así como a los belgas flamencos, y casi a un tercio de los franceses. Arguyendo que, como Polonia había dejado de existir como estado, los soldados polacos ya no podían seguir siendo considerados legítimamente prisioneros de guerra de acuerdo con la Convención de Ginebra, los alemanes los usaron, en lugar de ello, como trabajadores civiles. Esta desviación de las normas internacionales sobre los prisioneros de guerra dejó a los polacos (como a los yugoslavos y [en 1943-1944] a los italianos) en una situación de desventaja, pero no fue nada comparado con lo que les esperaba a los prisioneros del Ejército Rojo.[48]

Durante el verano y el otoño de 1941, los abogados del ejército alemán libraron una batalla prolongada y finalmente infructuosa con sus propios superiores acerca del tratamiento que habían de recibir los prisioneros de guerra soviéticos. Insistían en que la cuestión de si la URSS se había adherido totalmente o no a la Convención de La Haya y a la Convención de la Cruz Roja de Ginebra de 1929 sobre prisioneros de guerra era irrelevante: los alemanes debían tratar correctamente a los soldados soviéticos capturados. Pero el general mariscal de campo Keitel, jefe del OKW, hizo honor a su apodo de «Pequeño Lacayo» de Hitler (*Lakeitel*) y rechazó su consejo. «Estas dudas corresponden a ideas militares sobre guerras de caballería», escribió. «Nuestro trabajo es suprimir una forma de vida.» Los abogados tuvieron un pequeño éxito al conseguir que se abandonara la idea de amenazar con deportar al Este a 500 judíos por cada soldado alemán custodiado por los soviéticos que fuera asesinado. Pero Helmuth von Moltke, el experto del Abwehr en derecho internacional, no podía dormir por las noches. «Los recuerdos que tengo de los dos últimos días no son demasiado buenos», escribió en noviembre. «Prisioneros rusos, judíos evacuados, prisioneros rusos, rehenes fusilados, la extensión gradual a Alemania de medidas "probadas" en los territorios ocupados, más judíos evacuados, prisioneros rusos, una clínica psiquiátrica donde se trata a hombres de las SS que se han

hundido al ejecutar a mujeres y niños. Eso es lo que ha sido el mundo durante estos dos días.»[49]

El OKW había calculado que tendría aproximadamente 1,35 millones de prisioneros de guerra soviéticos en campos situados en el Gobierno General y en la propia Alemania, así como en otros ubicados en los territorios ocupados. Sin embargo, varios factores conspiraron para que estos cálculos resultaran ser gravemente erróneos. En el primer lugar, la guerra no acabó en cuestión de semanas o meses, como había sido la intención de Hitler, y esto ejerció presión sobre la alimentación, los transportes y los suministros. En segundo lugar, el propio Hitler prohibió el transporte de prisioneros de guerra soviéticos al Reich por razones raciales, lo que aumentó los embotellamientos y la intensa masificación en los campos temporales para prisioneros que se encontraban lejos de la infraestructura desarrollada que se hallaba más al oeste. Y en tercer lugar, las cantidades resultaron ser mucho mayores de lo que jamás había previsto el OKW. En Nuremberg, Keitel y Jodl intentaron defenderse haciendo hincapié en las dificultades logísticas. Más recientemente, algunos historiadores se han hecho eco de sus argumentos. En palabras de uno de ellos, esto fue «inanición en masa» pero no «asesinato en masa». Pero no es tan fácil desligar lo que ocurrió de las actitudes ideológicas que se han descrito anteriormente.[50]

El racismo y la política se reforzaron mutuamente, por ejemplo, en el caso de la puesta en libertad de los primeros prisioneros. Incluso antes de la Operación Barbarroja, el ejército sólo había liberado a los belgas flamencos, había tratado a las tropas coloniales francesas mucho peor que a las blancas y había planeado mantener retenidos a los prisioneros de guerra judíos capturados en el ejército polaco separándolos de los no judíos. También en la campaña rusa las preocupaciones raciales y políticas dictaron a quién se le permitiría regresar a casa. Los prisioneros de guerra soviéticos de nacionalidad báltica recibían un trato preferente, al igual que los ucranianos, especialmente los campesinos, a quienes Göring y el ejército querían para la cosecha. Por otro lado, el alto mando del ejército dio instrucciones de que los «asiáticos (dependiendo de su raza), los judíos y los rusos germanohablantes fueran desplegados como batallones de trabajo en el frente. En conjunto, la cantidad de liberados siguió siendo de menos del 10 por 100 del total. De los más de 3 millones de prisioneros de guerra soviéticos que murieron bajo custodia alemana durante toda la guerra, dos tercios de ellos nunca abandonaron los territorios ocupados y siguieron estando bajo la supervisión de la Wehrmacht de una forma u otra.[51]

Desde los primeros días de la invasión, mientras se hacía marchar lejos de las primeras líneas a largas hileras de prisioneros como si fueran ganado, los guardias fusilaban a los que se rezagaban e incluso, como había sucedido anteriormente en Polonia, a los campesinos locales que dejaban comida junto al borde del camino. Un muchacho polaco, Waldemar Lotnik, observó cómo una columna de 15 000 hombres marchaban penosamente ante él durante una hora; los guardias los mataban si se desplomaban y abrían fuego cuando caían avariciosamente sobre las verduras que él y su abuelo transportaban en su carreta. Algunos altos oficiales alemanes estaban horrorizados. «Es horrible la impresión que producen los diez mil prisioneros de guerra rusos que, escasamente vigilados, se ven marchando desde Smolensk», escribió el mariscal de campo Von Bock en *Octubre*. «Blancos como cadáveres y medio muertos de hambre, estos desgraciados se tambalean desde allí. Muchos de ellos se han desplomado, muertos y agotados, a lo largo del camino.» Después de la guerra, el ayudante de Bock fue más gráfico: «Las columnas de hombres marchando, que se extendían a lo largo de varios kilómetros, estaban vigiladas por entre 10 y 20 *Landesschützen* que mantenían la retaguardia y disparaban con una pistola automática a cualquiera que fuera incapaz de mantenerse en pie… esto no fue consecuencia del acaloramiento del combate, sino más bien de las órdenes dictadas por los más altos dirigentes desde una especie de arrogancia irreligiosa».**[52]**

Puede que nada cambiara la percepción que los civiles tenían de las intenciones de los alemanes tanto como estas marchas de la muerte, con los cadáveres consumidos que dejaban a su paso. «Hemos perdido todo el apoyo de la población», escribió un observador en Ucrania. «La gente no puede entender que se fusile a prisioneros de guerra exhaustos en los pueblos y en localidades más grandes y que se dejen sus cuerpos allí.»**[53]** Hacer marchar a los soldados soviéticos hambrientos a través del corazón de Kiev y de otras ciudades parecía algo concebido deliberadamente para intimidar a los lugareños. Los guardias recibían instrucciones contradictorias: a veces se les decía que ahorrasen su fuego sólo para aquellos que intentasen escapar, otras veces se les recordaba que debían mostrar una «actitud de extrema alerta, la mayor cautela y la más profunda desconfianza»; tenían que responder ante los más ligeros síntomas de resistencia con «inmisericordia» y hacer un «uso generoso» de sus armas. Algunos gozaban de su poder y atormentaban a los prisioneros con pedazos de pan.**[54]**

Finalmente, los prisioneros de guerra soviéticos fueron apiñados en rediles, rodeados de alambre de espino, que se llenaron con una cantidad de

hombres muchas veces mayor a la capacidad para la que habían sido concebidos. En la segunda mitad de 1941, ya había no menos de 81 campos de prisioneros de guerra en la zona de operaciones alemana, 47 de los cuales eran campos provisionales. Con centenares de miles de hombres abandonados a su suerte en ellos, los suministros médicos se agotaron rápidamente, y se extendieron el tifus y otras enfermedades. Con el sol de la estepa cayendo a plomo, la deshidratación extrema y el verano enloquecieron a algunos prisioneros. Estaban vigilados por cantidades muy reducidas de alemanes, y de ucranianos deficientemente adiestrados y de otros no rusos que estaban deseosos de demostrar a sus nuevos amos lo dignos de confianza que eran. Apenas 92 guardias vigilaban a más de 18 000 prisioneros en Dulag 131 (éste era un campo provisional), y 30 hombres a 8550 en Dulag 220.

Desde agosto, las cosas se pusieron aún peor. La Wehrmacht estaba entrando ahora en zonas devastadas por las tácticas de tierra quemada del Ejército Rojo, y escaseaba la comida. A medida que el clima fue empeorando y convirtiendo las carreteras en fango, las enormes cantidades de prisioneros capturados en las operaciones de cerco masivo llevadas a cabo en septiembre y octubre intensificaron la presión logística. «La cantidad de prisioneros de guerra confinados en Brjansk está aumentando gravemente… y no es posible su transporte», anotó una unidad sobre el terreno. Una semana después, la situación era aún más desesperada: «El problema de los prisioneros de guerra se hace cada vez más grave… También hay problemas de abastecimiento, ya que el personal del campo provisional no da abasto… Para empeorar las cosas, tenemos encima la estación lluviosa, que impide el uso de camiones excepto en las buenas carreteras, y el hecho es que en las inmediaciones de Brjansk ya no se pueden conseguir más víveres».[55]

A estas alturas, en lugar de esperar que Berlín organizase transportes de largo alcance, algunos comandantes crearon unidades de trabajo de prisioneros de guerra para que buscaran provisiones, obtuvieron la ayuda de los lugareños y recordaron a sus propios hombres la necesidad de tratar correctamente a los prisioneros. Pero todo ello fue demasiado poco y llegó demasiado tarde. La cifra de muertos aumentó inexorablemente. Ya en julio, allí ya había habido una inanición masiva entre los prisioneros de Minsk, el lugar donde había tenido lugar el primer cerco importante, y la tasa de mortalidad aumentó enormemente después de que se produjeran brotes de disentería y tifus. El 20 octubre ya habían muerto 54 000 sólo en los campos del Gobierno General; otros 45 690 murieron en los diez días siguientes. Más al este, en noviembre la mortalidad *diaria* en el foco *pocket* de Brjank-Vjasma

ya era de entre el 0,6 y el 2,2 por 100. En Bobruisk, los prisioneros, hambrientos, intentaron fugarse por la noche y se abrió fuego sobre ellos; a la mañana siguiente yacían muertos 1700, uno de cada diez. Mucho antes de que el mundo descubriera el espeluznante espectáculo de los campos abarrotados que tenían las SS en el Reich en 1945, los propios campos de prisioneros de guerra de la Wehrmacht, que ningún periodista había visto, habían contenido horrores que eran, en todo caso, de una magnitud aún superior. En febrero de 1942, solamente seguían vivos 1,1 millones de prisioneros de guerra soviéticos (de los 3,9 millones que habían sido capturados en un principio), y de éstos sólo 400 000 eran capaces de trabajar. La tasa de mortalidad global entre los prisioneros de guerra soviéticos que cayeron en manos alemanas durante la segunda guerra mundial fue del 57,5 por 100; murió la misma cantidad de soldados británicos y esetadounidenses en cautividad en manos de los alemanes durante toda la guerra que de hombres en estos campos en un solo día. No era de extrañar que los propios generales alemanes pensaran que «el Führer desea que las masas eslavas queden diezmadas».**[56]**

La escasez de comida era uno de los problemas fundamentales. En septiembre de 1941, el secretario de Estado Backe, en el Ministerio de Alimentación alemán, dio instrucciones a la Wehrmacht para que obtuviera su comida de los territorios ocupados. Dados los trastornos que la guerra ya había causado a las cosechas, esto no habría sido fácil ni en las mejores circunstancias. En octubre, en Berlín ya había una conciencia generalizada de que ello supondría que muchos prisioneros de guerra morirían. En el Gobierno General, un oficial del Estado Mayor observó que «no es posible impedir las muertes en masa entre los prisioneros de guerra [soviéticos] porque los prisioneros están al límite de sus fuerzas». Cuando Backe bloqueó las propuestas para trasladar grandes cantidades de prisioneros de guerra al oeste, por temer el efecto que ello podría tener en el consumo de alimentos dentro del propio Reich, el intendente general del ejército introdujo una distinción que era significativa fundamentalmente por la suposición que había detrás de ella: el ejército podía intentar alimentar a los prisioneros de guerra que formaran parte de cuadrillas de trabajo, pero «se supone que los prisioneros que no trabajan… han de morir de hambre».**[57]**

De hecho, toda la población soviética se vio afectada por ello, no sólo los prisioneros de guerra; sobre todo en las ciudades. Muchas áreas urbanas habían quedado devastadas por los combates, por los sabotajes o por los explosivos que el NKVD había colocado para detonarlos tras su retirada. Pero, en cualquier caso, Hitler planeaba arrasar las principales ciudades rusas,

y usar el hambre para despoblarlas. Ordenó que Kiev quedara reducida a escombros, y se enfureció al ser desobedecido. De hecho, los alemanes establecieron controles de carretera para impedir que entrase comida en la ciudad, y se desarticularon los mercados ilegales. El comandante regional del ejército protestó, y hubo otros que también criticaron lo que calificaron como una política de «exterminio», pero Göring la mantuvo. La población de Kiev cayó de 850 000 habitantes en junio de 1941 a 400 000 en octubre y ya había descendido a 295 000 a mediados de 1943. En noviembre de 1941, el inspector principal de armamentos de la Wehrmacht en Ucrania ya estaba desesperado. «A fin de cuentas», advirtió, «sólo los ucranianos pueden producir objetos de valor económico a través de su trabajo. Si fusilamos a los judíos, dejamos que mueran los prisioneros de guerra y dejamos que gran parte de la población de las grandes ciudades muera de inanición, no podemos contestar a la pregunta: *¿Quién producirá aquí, entonces, los recursos económicos?*». De lo que ni siquiera él parecía darse cuenta era que esta política era deliberada. También se dejó morir de hambre a otras ciudades, ya fuera mediante la ocupación o el cerco. La experiencia de Kiev llevó a Göring a afirmar que ocupar ciudades grandes era más problemático que provechoso, sobre todo porque Alemania sería entonces «responsable del suministro de comida». «Cuanto mayor sea el caos en Rusia», ordenó Hitler a comienzos de octubre, «más fácil nos resultará administrar y explotar los territorios orientales ocupados».[58]

A medida que se acercaba la primavera de 1942, Rosenberg, que no tenía ninguna influencia real en esta área de la política, advirtió que era probable que la muerte de millones de prisioneros soviéticos tuviera consecuencias catastróficas. Fortalecería la resistencia del Ejército Rojo y prolongaría la guerra. También impediría la administración y la explotación adecuadas de los territorios ocupados. Aunque en algunos casos, según afirmaba, los comandantes de algunos campos habían dado la bienvenida a la ayuda para alimentar a los prisioneros, en su mayor parte ésta había sido rechazada, y se había preferido dejar que los presos murieran de hambre o se congelaran. Al igual que varios de los comandantes de campaña del ejército, Rosenberg criticaba incluso la excesiva cantidad de ejecuciones llevadas a cabo por razones «políticas». Hitler se había negado a retirar la Orden de los Comisarios, a pesar de que ésta fortalecía la resistencia y disuadía a muchos comunistas de cambiar de bando.

Rosenberg acusaba a Himmler en particular de ingenuidad racial y política. Las SS habían escogido y asesinado a grupos entre los prisioneros de

guerra (como los musulmanes soviéticos) que eran, potencialmente, una importante fuente de apoyo proalemán. Aunque su ministerio había llamado constantemente la atención de Himmler sobre esto, un pelotón de ejecución se presentó en noviembre en un campo de prisioneros de guerra cercano a Nikolajev para «liquidar a “los asiáticos”». Criticando la actitud según la cual, como los polacos habían sido tratados con dureza, aquellos que vivían más al este debían ser tratados con más dureza incluso, Rosenberg se quejó de que la consecuencia de ello había sido perder el apoyo de una población más antibolchevique y, por consiguiente, potencialmente más proalemana que los propios habitantes de Europa occidental, que habían recibido un trato mucho más suave. Concluía con optimismo diciendo que «de ahora en adelante, todo comandante de campo debe encargarse de convertir a sus prisioneros de guerra en propagandistas a favor de Alemania cuando posteriormente regresen a casa».[59]

Sin embargo, en febrero de 1942, la guerra propagandística ya era lo que menos preocupaba a los comandantes de los campos de prisioneros. Johannes Gutschmidt, por ejemplo, era un antiguo oficial de sesenta y cinco años del ejército guillermino y un monárquico consumado. Aunque tenía a menos de 200 hombres bajo su mando, hubo un momento en el que se vio vigilando hasta a 30 000 prisioneros de guerra. A Gutschmidt, que hacía todo lo que podía para encontrar comida y suministros médicos para sus detenidos, le preocupaba que éstos carecieran de lugares donde resguardarse de la lluvia, así como la vulnerabilidad del campo frente a los partisanos que, según se decía, se agrupaban en los bosques cercanos. A finales de octubre, Gutschmidt registró el primer acto de canibalismo que se había producido en su campo; varios prisioneros se habían comido parte de un compañero muerto. A mediados de noviembre, muchos de ellos ya estaban muriendo a pesar de que se disponía de un poco de comida: estaban agotados y padecían por la falta de alojamientos adecuados. Cuando el termómetro cayó en picado a temperaturas bajo cero, la tasa de mortalidad se acercó al 1 por 100 diario. Una epidemia de tifus hacía estragos por todos los campos de la zona. En otros lugares la situación era aún peor: en otro campo de Vjasma se contaron 4000 muertos, y el comandante había sido amenazado con ser sometido a una investigación por su escandalizado superior. El 21 de enero de 1942, Gutschmidt mandó fusilar a dos soldados rusos que habían sido sorprendidos comiendo cadáveres; al día siguiente, señaló que era el aniversario del cumpleaños del Kaiser. La última entrada de su diario, escrita a comienzos de marzo, es pesimista:

8 de marzo de 1942 [Smolensk]

Ahora todos los prisioneros de guerra que sean capaces de trabajar van a ser enviados a Alemania para que los trabajadores de la industria del armamento de allí queden libres para ir al frente. De los millones de prisioneros que hay, sólo unos pocos miles son capaces de trabajar. Ha muerto de hambre una cantidad tan increíble de ellos, muchos están enfermos de tifus y el resto están tan débiles y se encuentran en un estado tan lamentable que no pueden trabajar en estas condiciones. La administración alemana no les suministró suficientes víveres, y es probable que se produzca una terrible bronca cuando tan pocos de ellos vayan a Alemania a trabajar.[60]

Desde el punto de vista alemán, éste fue, en efecto, el aspecto más contraproducente de todo el asunto. No el efecto que tuvo sobre la horrorizada población local, que ahora veía, con razón, en esos escuálidos cadáveres, un programa más amplio de privaciones que en último término también estaba dirigido a ellos. No el efecto que tuvo sobre el Ejército Rojo, cuyos soldados se resistieron con una determinación mucho mayor. Más bien era el hecho de que se hubiera dejado morir a enormes cantidades de prisioneros de guerra soviéticos mientras el Reich padecía de un inmenso déficit de mano de obra, que era cada vez mayor. Si la guerra hubiera terminado tan rápido como esperaba Hitler, esto no habría importado, y la reducción paulatina de la economía de guerra habría hecho que el déficit disminuyera. Sencillamente, la mano de obra no fue una prioridad mientras la victoria pareció inminente. Incluso cuando las cosas cambiaron, en otoño, cuando los planificadores de Berlín, que tenían que hacer frente a 2,6 millones de vacantes, comprendieron que necesitaban ser previsores, el miedo a que los prisioneros soviéticos extendieran enfermedades o el bolchevismo impidió su transporte a Alemania. Los informes que decían que estaban muriendo en masa no se tomaron muy en serio, y Göring se dio cuenta demasiado tarde del valor potencial que tenían para la economía de guerra del Reich. La consecuencia, como Rosenberg observó con amargura, fue que, de lo que según sus cálculos aproximados eran 3,6 millones de prisioneros, sólo unos «pocos miles» eran capaces de trabajar».[61]

La guerra contra los partisanos

Mientras los alemanes se abrían paso combatiendo hacia el este, sus instrucciones no les dejaban ninguna duda acerca de cómo ocuparse de la resistencia. Mientras las tropas de combate empujaban hacia adelante, las divisiones de seguridad y los SS Einsatzgruppen aplastaban toda oposición mediante ejecuciones en masa y represalias. Qué irónico fue, pues, que antes

de la guerra no existiera ni un solo plan soviético para la resistencia, ya que Stalin creía que en cualquier guerra futura con Alemania la lucha se libraría en el territorio del enemigo. Para él hablar de guerra partisana era equivalente al derrotismo, dejó de hacer planes para ella a finales de la década de 1930 e ignoró la advertencia lanzada por Zhukov a comienzos de 1941 acerca de que Alemania podría ocupar territorio soviético en caso de que hubiera una guerra.

No obstante, después de la invasión las actitudes en el Kremlin cambiaron rápidamente. En menos de una semana el Kremlin había dado instrucciones a los funcionarios soviéticos y del Partido para que «creen destacamentos de partisanos y grupos de diversión»; los puentes, las carreteras, las líneas de teléfono y de telégrafo y los depósitos de suministros habían de ser destruidos para perturbar el desarrollo del avance. A mediados de julio ya había planes para fomentar la resistencia enviando ayuda tras las líneas alemanas, e instrucciones dirigidas a los líderes del Partido en los distritos que se veían amenazados por una ocupación inminente para que se preparasen organizando células clandestinas de resistencia. Recibieron órdenes de «dirigir personalmente la lucha en la retaguardia del enemigo… sirviendo de ejemplo». Los «batallones de destrucción» que se habían formado en un principio para ocuparse de los paracaidistas alemanes que se lanzaran tras las líneas soviéticas se convertirían en formaciones de partisanos una vez que los alemanes hubieran ocupado su área.

No obstante, en medio del caos de la primera fase de la invasión, estas instrucciones tardaron algún tiempo en entrar en vigor. A menudo, los primeros destacamentos de partisanos fueron formados por miembros locales del Partido o soldados por iniciativa propia y carecían de pericia, equipamiento y coordinación. Eran problemas que no podían superarse fácilmente, incluso en las regiones donde el terreno era propicio para la guerra irregular. Aunque sería una exageración, como han afirmado algunos historiadores, dar a entender que los alemanes se estuvieron enfrentando a un enemigo imaginario en los restantes meses de 1941, porque ello no es cierto, sin duda no se estaban enfrentando a la fuerza partisana coordinada y eficaz que no comenzó a surgir hasta un año después. Al sur de Leningrado, por ejemplo, había aproximadamente 4000 partisanos en el invierno de 1941, la mayoría de los cuales se dedicaban a sabotear las líneas ferroviarias y los puentes y no a matar alemanes. A mediados de diciembre, encontrar comida y refugio y hacer frente a la hostilidad de los campesinos locales se habían

convertido en, por lo menos, tareas tan urgentes para ellos como atacar a los ocupantes.[62]

El propio Hitler estaba encantado de que Stalin hubiera hecho un llamamiento a la resistencia. Decidió que ello abría la puerta a la posibilidad de «exterminar a todo aquel que se nos oponga»; pacificar las inmensas áreas obtenidas hasta el momento exigía fusilar a «cualquiera que nos mire con recelo siquiera» El alto mando del ejército siguió el ejemplo del *Führer*. La resistencia debía ser aplastada mediante un terror tal que la población perdiera «toda inclinación a resistirse», el mariscal de campo Brauchitsch advertía de la «brutalidad» bolchevique, y exigió «dureza» mediante ejecuciones sumarias y el incendio de pueblos enteros.

No obstante, los reglamentos, en sí mismos, no determinaban que las tropas hubieran de tener esa conducta y, de hecho, muchas unidades de primera línea se comportaron más razonablemente con los civiles que lo que sus órdenes daban a entender que debían hacer. «Durante los primeros días tras de la ocupación de estos *raioni*», decía un informe regional de Leningrado, «los alemanes llevaron a cabo una política con la que pretendían hacerse atractivos ante la población. Inicialmente… los alemanes no quitaron nada a la población. Más aun, dieron dulces a los niños, y azúcar a los campesinos». Los oficiales del ejército fomentaron la apertura de iglesias y promovieron la idea, que en algunas zonas se creyó de buena gana, de que «el poder soviético no volverá». «El poder soviético está claramente acabado», advertían los campesinos a los aspirantes a partisanos, «ya que casi toda Rusia ha sido tomada por los alemanes»: los lugareños rechazaban a los prisioneros de guerra huidos, ya que temían la reacción de los alemanes si se les descubría. En otros casos los lugareños solicitaban la protección de los alemanes para que los partisanos dejaran de robar sus cosechas y de secuestrar a gente de la zona. A comienzos del verano de 1941, muchos comandantes del ejército restaban importancia a las duras órdenes que habían recibido, comprendiendo que una política conciliadora tenía más sentido. En julio el OKH aconsejó evitar represalias contra las comunidades locales por ataques que éstas no hubieran llevado a cabo.[63]

No obstante, a medida que el frente avanzaba, dejaba atrás zonas cada vez más grandes de bosques, pantanos y estepas que habían de ser vigiladas por los destacamentos de seguridad que se tenían que ocupar de las zonas de la retaguardia, los cuales se enfrentaban a inmensas dificultades para restablecer el orden. Ésta era la primera vez que la Wehrmacht se había enfrentado a una resistencia que durase más de unas semanas, y lo desagradable que fue la

experiencia se vio enormemente agravado por las cuantiosas bajas que estaba sufriendo en el frente. Desertores, fugitivos y prisioneros de guerra liberados del cautiverio alemán vagaban por las carreteras y se contemplaban como una potencial amenaza para la seguridad. Se disponía de escasa información fidedigna, y las propias tropas estaban trabajando realmente al máximo de sus capacidades. La 707.ª División de Infantería, con sólo 4500 hombres, fue inicialmente responsable de todo el Generalkommissariat Weissruthenien, un territorio de 60 000 kilómetros cuadrados y dos millones de habitantes. Para empeorar aún más las cosas, las cuantiosas bajas que se producían en el frente dejaron a estas fuerzas desprovistas de hombres: La 281.ª División de Seguridad, situada en el noroeste de Rusia, cayó, a consecuencia de los traslados, de 11 449 a 3137 hombres entre junio y agosto de 1941. Como se llamaba primero a los mejores soldados, la división acabó con unos reservistas de mediana edad deambulando en bicicleta por las carreteras secundarias. Concentrados en «plazas fuertes» a lo largo de las carreteras principales y las líneas ferroviarias, se sentían rodeados de espías y saboteadores, y distanciados de la población local por su ignorancia de sus idiomas, por su racismo y por su miedo.[64]

A medida que el verano fue avanzando estas diezmadas unidades de seguridad alemanas se enfrentaron a nuevos problemas. Las tácticas de tierra quemada del Ejército Rojo habían dejado ruinas tras ellas, y los civiles que se hallaban detrás de las fronteras anteriores a 1939 eran mucho menos amistosos que los de los territorios occidentales. Y lo que era peor, la ventaja psicológica había cambiado de bando, y el fin de la guerra ya no parecía inminente. Al haber quedado atrapadas grandes cantidades de antiguos miembros del Ejército Rojo tras las líneas alemanas, se dieron las condiciones necesarias para la resistencia, y a finales de agosto aparecieron los primeros verdaderos síntomas de actividad partisana. Fue en este momento cuando las tropas de la retaguardia del Grupo de Ejércitos Centro empezaron a actuar de una forma mucho más cruel que antes, fusilando a mayores cantidades de civiles y asesinando a cualquier soldado del Ejército Rojo que se encontraran. El general Von Schenckendorff exigió que, tras el 16 de septiembre, todo «soldado huido del Ejército Rojo que todavía siga vagando por los alrededores» entre los ríos Bereziná y Dniéper fueran fusilados en el acto. Pero incluso antes de esto, algunos oficiales de la 221.ª División de Seguridad ya habían exigido medidas más duras y habían aumentado los asesinatos de «presuntos partisanos».[65]

A lo largo de octubre y noviembre, el número de muertos civiles en Bielorrusia y Ucrania aumentó rápidamente. Hubo un momento en que las tropas de la 403.ª División de Seguridad, que eran célebres por su ferocidad, estaban incendiando varios pueblos a la semana, así como fusilando a cientos de «partisanos», que a menudo eran en realidad soldados del Ejército Rojo que habían quedado aislados de su unidad y que se escondían en los bosques tratando de evitar que los capturaran. Hubo una clara vinculación entre el trato dispensado por los alemanes a los prisioneros de guerra y la amenaza partisana: muchos soldados sólo estaban intentando volver a casa cuando los alemanes los arrestaban o los fusilaban, esperando evitar con ello la inanición que los aguardaba en los campos de prisioneros de guerra alemanes. La huida a los bosques parecía la opción más segura, lo que convirtió la desconfianza de los alemanes en una profecía que acarreaba su propio cumplimiento. Según la 286.ª División de Seguridad,

> En parte, estas personas son prisioneros que han escapado de las columnas de prisioneros de guerra que marchan a través de la localidad o a los que éstas han dejado atrás. En parte han sido enviadas a la retaguardia por tropas de la primera línea sin que las acompañe personal alemán, sino simplemente dándoles la instrucción general de «ir hacia el oeste». La mayoría estaban vagabundeando por los alrededores, desarmados. Sin embargo, eso no excluye la posibilidad de que algunos individuos vagabundos, especialmente aquellos que son oficiales, pudieran unirse a algún grupo de partisanos con el que se tropiecen.

Algunas unidades ordenaron que los refugiados, «por principio» fueran arrestados o «liquidados».**[66]**

Hubo otro factor que contribuyó a reducir las inhibiciones de las tropas respecto al asesinato generalizado de personas que no eran combatientes: lo inmediatamente que identificaban a su enemigo con los judíos. Sus pautas de mayo habían especificado que se había de actuar implacablemente contra los «incitadores bolcheviques, los guerrilleros, los saboteadores, los judíos y llevar a cabo la eliminación absoluta de toda resistencia activa y pasiva». Incluso el general Lemelsen, quien, y esto era algo extraordinario, protestó contra los «irresponsables, insensatos y criminales» fusilamientos de prisioneros de guerra y civiles, veía el bolchevismo como el producto de «un grupo judío y criminal». Tales opiniones hicieron que pareciera lógico singularizar a los judíos para aplicarles un castigo colectivo, bien por lo que los bolcheviques ya habían hecho o bien por los ataques a las tropas alemanas. Ésta fue la razón fundamental que hubo detrás de la propuesta frustrada del ejército de deportar a los judíos en represalia por cualquier matanza de prisioneros de guerra alemanes de la que se informara. Y desde el

comienzo de la invasión, unidades de la Wehrmacht, así como los Einsatzgruppen y sus ayudantes locales, llevaron a cabo fusilamientos en masa. Empezando por el Báltico a finales de junio, este tipo de matanzas se extendieron, a través de Polonia oriental, hasta el interior de Ucrania.

Las SS estaban ejerciendo una gran presión para que se estableciera la conexión entre el bolchevismo, los partisanos y los civiles judíos, y exigiendo el asesinato de las mujeres y los niños. A finales de julio, Himmler ordenó una «operación de limpieza» en los alrededores de Pinsk y propuso llevar a las mujeres y los niños judíos de allí a los pantanos cercanos para ahogarlos. Cuando las tropas informaron de que el agua era no era lo suficientemente profunda, fueron fusilados en ejecuciones masivas. Las órdenes de Himmler escandalizaron incluso a algunos de los hombres de las SS, y, aunque hablaban sobre su participación en operaciones contra los partisanos, para ellos, y para todos los demás, estaba claro que esto era algo muy diferente. Unos días después se produjo una confirmación especialmente espeluznante de esto. En un pequeño pueblo ucraniano se descubrió un grupo de noventa niños pequeños abandonados que habían sido accidentalmente pasados por alto tras la visita de uno de los *SS-Sonderkommandos* de allí. Cuando el general Von Reichenau decidió que «la operación… tenía que completarse adecuadamente», fueron fusilados por ayudantes ucranianos. El oficial de la Wehrmacht que los había encontrado comparó la idea de fusilarlos con una atrocidad del NKVD; sus compañeros, sin embargo, explicaron que «la eliminación de las mujeres y los niños judíos era una cuestión de necesidad urgente, fuera cual fuese la forma que ésta adoptase».[67]

Pero la Wehrmacht seguía entendiendo generalmente estos acontecimientos, en general, como parte de una guerra contra los partisanos y los saboteadores. A finales de septiembre más de 33 000 judíos de Kiev fueron fusilados en el barranco de Babi Yar situado en las afueras de la ciudad. La masacre de Babi Yar es tristemente célebre. Lo que es menos conocido es que se produjo a comienzos de la ocupación alemana de la ciudad, después de que unas minas retardadas soviéticas hicieran volar a muchos miembros de la administración militar recientemente instalada allí y sembraran el caos y el pánico entre las tropas alemanas. En realidad, gran parte de la población de la ciudad sintió alivio al ver cómo el NKVD se iba de allí y ayudó a los alemanes a localizar y desactivar otras minas. Tanto los alemanes como muchos ucranianos culparon inmediatamente a los judíos de las explosiones y los vincularon con los «partisanos». En realidad, la Wehrmacht ya tenía planes de reunir a los hombres judíos que quedaran allí

con el fin de hacerles desempeñar trabajos forzados cuando las explosiones tuvieron lugar. Junto con las SS, decidieron, en lugar de ello, llevar a cabo una «acción de castigo» en masa de una envergadura que no tenía precedentes hasta la fecha. El fusilamiento en el barranco fue llevado a cabo por policías alemanes de las SS y por guardias ucranianos, que después cubrieron el emplazamiento haciendo estallar explosivos en las paredes del barranco, antes de poner manos a la obra de revisar las ropas y el dinero que habían pertenecido a sus víctimas. A estas alturas de la invasión, el asesinato en masa de judíos era lo suficientemente habitual como para que los ejecutores supieran organizar las cosas con el fin de aumentar al máximo el botín.[68]

En resumen, en otoño de 1941 los judíos ya estaban siendo masacrados en grandes cantidades bajo el pretexto de la guerra contra los partisanos. Como dijo a las tropas uno de los compañeros de Himmler más próximos a él, Artur Nebe, comandante del Einsatzgruppe B, «donde hay partisanos, hay judíos y donde hay judíos, hay partisanos». En Ucrania, el mariscal de campo pronazi Von Reichenau, uno de los generales de alto rango favoritos de Hitler, dio una orden que obligaba a sus hombres a que mostraran una «plena comprensión de la necesidad de una dura, pero justa, expiación de la *Untermenschentum* judía». «La guerra contra el enemigo que hay detrás del frente», continuaba, «no se ha librado con la suficiente dureza». Esta orden, que llegaba días después de la masacre de Babi Yar, constituía una luz verde para los asesinatos en masa y una firme indicación para que las tropas dieran su apoyo incondicional a las SS. Otros generales de alto rango siguieron su ejemplo. «Esta lucha contra las Fuerzas Armadas soviéticas no ha de llevarse a cabo solamente conforme a las normas europeas de la guerra», declaró el comandante del XI Ejército, Von Manstein, el mes siguiente.

> También se librará detrás del frente: los partisanos, francotiradores vestidos de civiles, atacan a los soldados aislados y a las pequeñas unidades… La judería [*Das Judentum*] constituye el intermediario entre el enemigo en la retaguardia y lo que queda del Ejército Rojo y de los Líderes Rojos que aún siguen combatiendo… El Sistema Judeobolchevique debe ser exterminado de una vez por todas y jamás se le debe permitir que vuelva a asaltar nuestro *Lebensraum* europeo.[69]

Desde octubre en adelante, cuando las nuevas directrices más duras coincidieron con una intensificación de la actividad partisana, el número de muertos civiles aumentó bruscamente. La política respecto a los rehenes también desarrolló su propia dimensión antijudía. En los Balcanes toda la población judía de Belgrado fue reunida por el comandante militar de allí para que sirvieran como rehenes. En Ucrania el general que estaba al mando de la Zona Sur de la Retaguardia del Ejército, Karl von Roques, dio instrucciones a

las tropas para que escogieran a los judíos y a los rusos, antes que a los ucranianos, para las ejecuciones que se llevaran a cabo como represalia. Naturalmente, esto no significó que se pusiera fin a los asesinatos de ucranianos (ni, por supuesto, de serbios); al contrario, se siguió asesinando a grandes cantidades de campesinos en los ataques que se llevaban a cabo como represalia, mujeres y niños incluidos. Pero a estos últimos, a diferencia de lo que sucedía con los judíos, generalmente se los escogía como objetivos en el contexto de una verdadera guerra contra los partisanos.[70]

En octubre y noviembre, los soldados y las unidades de la policía alemanas ya tenían instrucciones para hacer que los judíos «desaparecieran» del campo, y la contrainsurgencia ya se había convertido en una tapadera para el genocidio. En las primeras horas de la mañana del 6 de octubre, por ejemplo, se ordenó a un pelotón de quince miembros de un regimiento de infantería estacionado en una pequeña ciudad de Bielorrusia que fusilara a los aproximadamente 1000 judíos que vivían allí. Eso hicieron, en tandas de diez, antes de pasar a los pueblos cercanos. Voluntarios entre ellos participaron con entusiasmo en estos «juegos de judíos»; a su regreso, el oficial que tenían al mando anunció que «se había fusilado a unos partisanos en combate». No obstante, como confirmó uno de los perpetradores de la acción después de la guerra, «en realidad, en la compañía generalmente se sabía que con ello se refería a judíos que en ningún caso eran partisanos». A comienzos de diciembre este tipo de unidades, junto con destacamentos de la policía, habían fusilado aproximadamente a 20 000 judíos bielorrusos. Seis meses después, el *Generalkommissar* Wilhelm Kube escribió desde Minsk que al ser los «judíos… el principal soporte del movimiento partisano» en la región, 55 000 judíos bielorrusos habían sido «liquidados» en diez semanas y preveía que los pocos que seguían vivos acabarían siendo fusilados también, descartando, tal como él lo expresó, el riesgo de que los partisanos «todavía puedan contar realmente con los judíos en algún grado».[71]

A estas alturas, la identificación de los judíos con los partisanos se había convertido en una profecía que acarreaba su propio cumplimiento: al no disponer de otro refugio, el puñado de supervivientes de la población judía de la región de antes de la guerra, que ascendían casi a un millón, se acercaron a los partisanos. No obstante, a pesar de la existencia de brigadas y de campamentos partisanos judíos, los judíos constituían apenas el 5 por 100 de la fuerza global de los partisanos. Matar judíos era eficaz porque era muy fácil. Pero, en la práctica, ello tuvo escaso efecto contra un enemigo compuesto principalmente por bielorrusos, ucranianos y rusos.[72]

Incluso allí donde no había ninguna amenaza partisana, desde los primeros días de la invasión los judíos fueron apartados y ejecutados. Tras una feroz lucha para arrebatar a los soviéticos el crucial puerto báltico de Liepaja (Libau) a finales de junio, la Wehrmacht animó a los defensores a rendirse haciéndoles saber que: «No vamos a hacerles nada. Sólo estamos matando a los judíos y a los comunistas». Soldados normales, así como miembros del 1.er SS-Einsatzkommando asesinaron a civiles judíos en la ciudad y en las aldeas cercanas a lo largo de los días siguientes. Los comandantes del ejército introdujeron los primeros decretos discriminatorios contra los judíos, obligándoles a que se presentaran para trabajar y a llevar una estrella amarilla, y prohibiendo su presencia en lugares públicos. Y fue el comandante de la guarnición de Liepaja el que dio órdenes a un pelotón de ejecución local de las SS para que iniciara las ejecuciones en masa que se prolongaron hasta mediados de julio y que finalmente dejaron un total de víctimas no inferior a las 2500. Estos acontecimientos sólo fueron excepcionales por el momento que se escogió para llevarlos a cabo; seis meses después, se habían hecho habituales en todos los territorios ocupados.[73]

Las masacres de Liepaja apuntaban a la estrecha cooperación que se estableció entre el ejército y las SS, inflamada por un fervor ideológico que identificaba a los judíos con la criminalidad y el bolchevismo. «La lucha contra el bolchevismo», ordenó el OKW el 12 de septiembre de 1941, «exige un implacable y enérgico ataque especialmente contra los judíos, principales portadores del bolchevismo».[74]También se debería señalar el carácter espectacular de gran parte de las propias matanzas, que frecuentemente tuvieron lugar a plena vista tanto de los soldados como de los civiles. En la ciudad de Daugavpils, de Letonia oriental, 13 000 judíos fueron asesinados en parte en jardines públicos situados en el centro de la localidad, y en parte en un cercano lugar de recreo para los fines de semana. Éste no era el asesinato secreto que tendría lugar al año siguiente en los campos de la muerte polacos; al contrario, constituía la continuación de una especie de martirologio criminal. Pues, a medida que los alemanes fueron invadiendo un pueblo tras otro en la región ocupada por el Ejército Rojo después de septiembre de 1939, lo habitual era que los cadáveres que el NKVD dejaba atrás se trajeran y se expusieran para que todos pudieran verlos, y también que se conmemorase a otras víctimas del bolchevismo. Se singularizaba a los judíos como

responsables y se les obligaba a exhumar los cuerpos y a volverlos a enterrar antes de que ellos mismos fueran víctimas de los alemanes y de sus ayudantes. Al llevar las matanzas abiertamente a las plazas del mercado de las aldeas y los pueblos, los alemanes estaban advirtiendo implícitamente a los no judíos del lugar de lo que les podría pasar a ellos, y convirtiéndolos en cómplices al mismo tiempo.[75]

A pesar de la implicación de la Wehrmacht en la propia matanza, la política antijudía era un coto exclusivo de las SS. Las instrucciones que había dado Heydrich a los Einsatzgruppen definían inicialmente su «campaña de autolimpieza» principalmente en términos de la lucha contra el bolchevismo. El 2 de julio se les ordenó liquidar a los funcionarios comunistas y a «los judíos que ocuparan cargos en el Partido y en el estado», así como a «otros elementos radicales (saboteadores, propagandistas, francotiradores, individuos que hubieran intentado llevar a cabo asesinatos políticos, agitadores, etc.)». Pero también debían animar a las poblaciones locales para que iniciaran «intentos de autolimpieza por parte de elementos anticomunistas o antisemitas en las zonas que habían de ser ocupadas», lo cual constituía una luz verde para las matanzas que estallaron en varias partes de Ucrania occidental y el Báltico en las primeras semanas de la ocupación. Este segundo conjunto de órdenes indicaba una mucho mayor selección de los judíos como objetivo que el primero y suponía lograr que los antisemitas locales hicieran el trabajo sucio de las SS sin dejar atrás un rastro de documentos potencialmente incriminatorios.[76] De este modo, los Einsatzgruppen fomentaron rápidamente los *pogroms* y las masacres entre lo que inicialmente describieron como «grupos partisanos lituanos» (con lo que se referían a milicias proalemanas) y «grupos independientes». Aun así, el ritmo de los asesinatos era demasiado lento para las SS. El 13 de julio el jefe del Einsatzgruppe B informó de que «sólo han sido ejecutados 96 judíos en los primeros días en Grodno y Lida»; a consecuencia de ello, «he ordenado que se hagan mayores esfuerzos». En Letonia los alemanes quedaron inicialmente defraudados por la pasividad local, aunque la energía asesina que mostraron la policía y los grupos fascistas pronto les hizo cambiar de opinión.[77]

Letonia y Lituania, con sus relativamente pequeñas poblaciones judías y el extendido resentimiento popular que había en ellas por la efímera pero severa ocupación soviética que habían padecido, se convirtieron en el laboratorio inicial para el genocidio. Los administradores civiles de Rosenberg observaban con interés las propiedades judías y esperaban concentrar a los propios judíos en los guetos como una fuerza de trabajo

cautiva. Pero las SS, que se sentían profundamente frustradas por el punto muerto en el que se encontraba la política judía en Polonia y querían evitar retrasos similares en el caso soviético, tenían pensado algo mucho más radical. Según el representante de Himmler, el antiguo funcionario de la Gestapo Franz Stahlecker, que llegó a Riga después de servir en Viena, Praga y Noruega, la región báltica ofrecía la oportunidad de «ocuparse de una forma realmente radical de la cuestión judía» por primera vez: los judíos bálticos *podían* ser erradicados porque no eran, ni con mucho, tan importantes en la economía como lo eran en el Gobierno General; además, *tenían* que ser erradicados porque, a diferencia de allí, operaban como «portadores del bolchevismo». Stahlecker dijo a los hombres de Rosenberg que ellos «limpiarían el campo» y que concentrarían a los judíos en unos pocas ciudades, donde serían «seleccionados» de acuerdo con su capacidad para trabajar. Era una receta para el asesinato en masa sistemático que no hacía más que adaptarse las necesidades de la economía de guerra local.[78]

Stahlecker cumplió su palabra, y su Einsatzgruppe A desató una ola criminal de matanzas por toda la región. Presionando para que se llevara a cabo una aniquilación total, alentadas por el propio Himmler y ayudadas por el nombramiento del criminal Friedrich Jeckeln como máximo dirigente de las SS y la policía de Riga en octubre de 1941, las SS hicieron caso omiso de todas las objeciones planteadas por Rosenberg y Lohse. A comienzos de 1942, según los propios cálculos de Stahlecker, habían matado a 229 052 judíos, y sólo quedaban 3700 como trabajadores en campos y guetos de Letonia, y 34 500 en Lituania: la región báltica fue la primera parte de Europa que fue declarada *judenfrei*. Era, desde el punto de vista de las SS, un logro y una oportunidad: los guetos del Ostland, que se estaban quedando vacíos rápidamente, resultaban atractivos ahora como lugar al que podían deportar y en el que finalmente podrían matar a los judíos supervivientes de la propia Alemania, evitando el envío al Gobierno General y resolviendo el viejo embotellamiento de la deportación. En el invierno de 1941-1942, desde Alemania, Austria y el Protectorado salieron transportes hasta Riga y Minsk, donde muchos fueron fusilados inmediatamente. La mitad de los que fueron enviados a Riga murieron en pocos meses. De los miles de judíos alemanes que llegaron a Minsk, sólo diez seguían vivos en el momento de la Liberación.

Las unidades auxiliares nativas, encabezadas por hombres como el policía letón Viktors Arajs, llevaron a cabo gran parte de los asesinatos en la práctica. En el Báltico, el NKVD había tenido previamente como objetivos a los

policías y sus familias. Pero lo que impulsaba a sádicos «aborrecedores de los judíos» como Arajs no era solamente cierta idea de venganza: también les impulsaba el fervor nacional, la embriaguez provocada por el poder y la codicia. Él y sus hombres, a menudo borrachos, torturaron, violaron y asesinaron a su paso por todo el campo letón. Algunas unidades de la policía regular también ayudaron, arrestando y custodiando a los judíos hasta que pudieran llegar los pelotones que habían de llevar a cabo las matanzas. Los obedientes agentes de policía de los pueblos recibían sus órdenes, acudían con sus vehículos a las granjas donde se informaba de que había judíos escondidos y los fusilaban en los campos o bosques cercanos, ordenando a los mozos de labranza que enterraran los cadáveres.[79]

Los otros escuadrones de la muerte de las SS hicieron todo lo que pudieron para mantenerse al ritmo de Stahlecker. A mediados de octubre, cuando el Einsatzgruppe A ya estaba dando parte del fusilamiento de 118 430 judíos en el Ostland (junto a 3387 «comunistas»), el Einsatzgruppe C, situado más al sur, dio parte de una cifra total de aproximadamente 75 000 judíos. Un mes después, el Einsatzgruppe B calculó que sus víctimas, a finales de octubre, ascendían a 45 467, y 12 de diciembre el Einsatzgruppe D, situado en el extremo sur, informó de 54 696 víctimas, la inmensa mayoría de las cuales eran judías. Si tenemos en cuenta que otros destacamentos de las SS y, como hemos visto, también unidades de la Wehrmacht, estaban asimismo escogiendo a los judíos como objetivo de los fusilamientos en masa y de las «operaciones de limpieza», parece probable que a finales del año al menos medio millón de judíos hubieran sido asesinados por las fuerzas alemanas tras las primeras líneas, una cifra que probablemente ya había aumentado en otro 50 por 100 cuando llegó la primavera.[80]

Europa oriental no era un lugar donde se desconociera la matanza de civiles indefensos. No obstante, estas enormes cantidades empequeñecían el número de muertos que habían dejado tanto la guerra contra los partisanos que estaba teniendo lugar en esos momentos como las anteriores campañas antijudías que se habían llevado a cabo en los territorios que estaban bajo control alemán. Nada semejante a esto, ni en términos de cantidades ni de organización sistemática, se había sufrido en los *pogroms* zaristas o durante el interregno sangriento de 1918-1919, cuando miles habían muerto a manos de bandas polacas y ucranianas. Los lugareños mostraban con frecuencia su antisemitismo; éste permitió a los alemanes reclutar a ayudantes y a menudo hizo que a las víctimas les resultara difícil escapar o esconderse. Pero no fue la causa fundamental. Esa causa fue una serie de decisiones sobre la política

que tenía que seguir Alemania. Lo que demuestran estos acontecimientos es que en algún momento, a comienzos de otoño, los líderes nazis decidieron intentar librar a los territorios soviéticos ocupados de su población judía.

Pero aunque es posible que medio millón de judíos ya hubieran perecido al cabo del año 1941, en los antiguos territorios soviéticos había quizá otros dos millones que seguían vivos. Los propios líderes de los Einsatzgruppen creían que, aunque estaban «exterminando a la mayor cantidad posible de judíos», fuera del Báltico «una liquidación completa de los judíos no es viable, al menos no en este momento». No era sólo por la mera magnitud de la población judía de la URSS, comparada con la bastante reducida cantidad de unidades de las SS, apenas 3000 hombres en el total, a las que se había asignado la tarea. Tampoco era solamente el invierno lo que retrasaba las cosas, ni el creciente rechazo de la población a apoyar a los asesinos alemanes cuanto más al este se desplazaban. También se debió al papel crucial que desempeñaban los judíos como artesanos y trabajadores en la economía local de muchos pueblos. Incluso algunos alemanes pensaban que los judíos no eran la única fuente de «peligro político» y sostenían que «no deberíamos descuidar la tarea principal de destruir el sistema comunista para dar prioridad al trabajo, más sencillo, de destruir a los judíos». Según otros, el hecho de que grandes cantidades de judíos hubieran huido a través de los Urales «representa una importante contribución a la solución de la cuestión judía en Europa». En otras palabras, para muchos de los implicados en la maquinaria asesina de la propia ocupación había convincentes motivos políticos y económicos para no aspirar a una aniquilación total de la población judía de la región.[81]

Pero no era así como los políticos de Berlín veían las cosas. Para ellos las consideraciones económicas eran secundarias respecto al exterminio, y durante el invierno de 1941-1942 se reforzó el aparato de las matanzas. Furgonetas de gaseado procedentes de Berlín recorrían el campo bielorruso y ucraniano proporcionando instalaciones móviles para gasear; al mismo tiempo, a medida que se aceleraban las matanzas, gradualmente disminuyó la presión a la que estaban sometidas las reducidas unidades de Einsatzgruppen merced a un enorme aumento de las fuerzas de gendarmería y de sus ayudantes en las áreas de administración civil: a mediados de 1942, ascendían a un total de 165 000 hombres y a comienzos de 1943, aumentaron a un máximo de unos 300 000. Fueron estos policías alemanes y sus ayudantes ucranianos los que llevaron a cabo muchas de las ejecuciones desde 1942 en adelante.[82]

En Bielorrusia, donde la mayoría de los judíos había logrado sobrevivir a todo esto hasta el invierno de 1941, los administradores emprendieron una nueva ronda de matanzas a comienzos de 1942, que sólo se vio retrasada por la congelación de la tierra, que «impidió la excavación de los pozos que se necesitaban como fosas comunes para los judíos». En cuanto llegó el deshielo se intensificaron los fusilamientos. El *Generalkommissar* Kube, que necesitó tiempo para acostumbrarse a la idea de ejecutar a judíos transportados desde Alemania, entre ellos veteranos de guerra condecorados que procedían «de los mismos círculos culturales que nosotros», no mostraba la misma preocupación por los miembros de «las hordas bestiales» de la región. El abarrotado gueto de Minsk pronto albergó a decenas de miles de personas que, temblando, desvalidas y aterradas, se refugiaban entre las ruinas que habían sobrevivido a la toma del poder por los alemanes. La mayoría de ellas fueron asesinadas en una serie de ejecuciones que tuvieron lugar durante 1942. A comienzos de 1943, Kube ya estaba acompañando orgullosamente a unos italianos horrorizados al interior de la iglesia de Minsk, donde inmensas montañas de maletas y paquetes daban fe del éxito del genocidio.

En Ucrania, Koch también estaba deseoso de ver exterminados a los judíos para reducir la demanda local de alimentos y animó a sus hombres a cooperar con las SS. El propio Himmler instó a sus líderes de las SS y de la policía a que ejecutaran en su totalidad sus órdenes de matar a todos los judíos con el fin de «limpiar Ucrania para el futuro asentamiento de los alemanes». A finales de julio de 1942, resolvió impacientemente una polémica que se había prolongado durante mucho tiempo en torno a cómo definir lo judío con la orden de no perderse en definiciones: lo principal era que «los territorios orientales ocupados deben quedar libres de judíos». Los administradores civiles de Rosenberg cooperaron creando inmediatamente un registro de judíos, y obligando a los que vivían en zonas rurales aisladas a trasladarse a guetos provisionales. De hecho, los hombres de Rosenberg gradualmente recuperaron el control de sus propias fuerzas policiales, que habían quedado en manos de las SS de Himmler. Pero esto no supuso ninguna disminución en el ritmo de los asesinatos. Al contrario, la segunda ola de matanzas, que se prolongó durante 1942 y duró hasta el año siguiente, fue más letal aún que la de 1941-1942. Un cálculo aproximado reciente sugiere que murieron el doble de judíos después de abril de 1942 que antes de esa fecha.[83]

Para cuando los alemanes se retiraron, más de dos millones de judíos que se hallaban dento de las fronteras de 1941 habían sido asesinados. De éstos,

quizá 1,6 millones habían vivido dentro de los territorios cuyo control había tomado la URSS después de 1939. Por consiguiente, resulta que la geografía tuvo una importancia fundamental. Los judíos fueron los más castigados por la violencia alemana en todas partes, pero fue en los lugares en los que el Ejército Rojo había tomado el poder en fechas relativamente recientes donde murieron en mayores cantidades. Allí fue donde los pelotones de ejecución alemanes golpearon más pronto y con el menor aviso previo, y donde habían logrado aprovecharse del odio que sentían las poblaciones polacas, bálticas y ucranianas hacia los ocupantes soviéticos. La cultura *shtetl* de la antigua Zona de Residencia zarista, centro de los judíos rusos antes de 1939, nunca se recuperó.[84]

7

¡Haga que esta tierra vuelva a ser alemana para mí!

La solución más radical y teóricamente más perfecta para el problema sería la expulsión total de todos los checos del país y la colonización de éste por alemanes. Esta solución, sin embargo, es imposible porque no hay suficientes alemanes para la ocupación inmediata de los territorios que pertenecerán en un futuro inmediato a la zona de la Gran Alemania. [Expulsar a todos los checos] dejaría los campos en barbecho y las ciudades desiertas.

Protector del Reich VON NEURATH, Praga, 1940[1]

Un funcionario prusiano llamado Franz Bock, que llegó en 1941 como nuevo alcalde a la pequeña ciudad de Poniatowec, en el Warthegau, se vio a sí mismo en las regiones incultas de las tierras fronterizas del Reich. Era un lugar atrasado y tosco. El prefecto del condado, su superior, había sido anteriormente carnicero; el último alcalde había usado el bar local como despacho. La vida parecía extraña y desconocida. ¿Por qué los habitantes del pueblo le saludan tan obsequiosamente y se apartan para dejarle pasar?, se preguntaba el primer día. ¿Por qué las únicas personas del pueblo que hablaban en correcto alemán eran los judíos, mientras que los alemanes que se ocupaban de la fábrica local de cemento respondían a sus preguntas en un incomprensible dialecto medio polaco? Y, ¿quiénes eran esos balcánicos que llegaban al lugar vestidos de forma tan extraña y afirmando ser refugiados alemanes étnicos procedentes de algún lugar más allá de Rumanía?[2]

Bock se había sentido deseoso de poner su granito de arena para restaurar al «Pueblo Alemán». Era obvio que se necesitaría una gran cantidad de «trabajo nacional» para poner en orden el lugar. Pero la arrogancia y la desconsideración de sus colegas nazis no dejaban de inmiscuirse en la labor.

Dos hombres de las SS llegaron en sus vehículos para proyectar la película propagandística más reciente de Goebbels, *Regreso al hogar*, que representaba a la minoría alemana de la Polonia de antes de la guerra como víctimas desvalidas a las que se había tratado brutalmente y que habían sido salvadas por el Führer, y Bock se preguntaba qué sentido tenía fomentar el resentimiento contra los polacos, sobre todo cuando había lugareños que se habían colado ilegalmente en el cine y estaban viendo la película. «Lo que yo he construido durante meses, esta película lo va a destruir en unas horas», pensaba, inquieto. Las cosas no mejoraron la noche siguiente, cuando los dos hombres que habían llegado con la película despertaron, borrachos, al «anciano judío» de la ciudad y le ordenaron, a punta de pistola, que les enviara un par de chicas a sus habitaciones. En efecto, les enviaron unas chicas, se produjo una pelea, y mientras se difundía la noticia del suceso por el pueblo, los dos alemanes fueron arrestados y encerrados por infringir las leyes raciales. Poco más tarde, después de que amainara ese alboroto, llegó un equipo de la Gestapo y ordenó a Bock que seleccionase a algunos de «sus» judíos para una ejecución pública. Todo aquello era demasiado, y abandonó, convencido de que las cosas se habían administrado mejor en la época del Kaiser. Trabajar para hacer que la tierra que anteriormente había sido polaca volviera a ser alemana era un asunto infinitamente más difícil, más desagradable y más desordenado que lo que jamás había imaginado.[3]

Al igual que otros alemanes de su generación y de su clase, Bock no necesitaba películas como *Regreso al hogar* para que le recordaran los sufrimientos que habían padecido los alemanes étnicos en Europa oriental después de la primera guerra mundial. Todos sabían que, después de 1918, su tierra había sido confiscada o había quedado rodeada por grupos de nuevos asentamientos subvencionados. Unos funcionarios hostiles los habían disuadido de que hablaran alemán o de que se declararan alemanes en los censos, e incluso el propio paisaje se había desgermanizado mediante cambios realizados en los nombres de familias, calles y pueblos enteros. En muchas zonas se había expulsado deliberadamente a los alemanes; en otras éstos habían vendido sus propiedades y se habían marchado, o habían cedido ante las presiones ejercidas sobre ellos para que cambiasen su nacionalidad. El régimen nazi consideraba que revocar los efectos de estas décadas era su prioridad. «¡Haga que esta tierra vuelva a ser alemana para mí!», había ordenado Hitler a un funcionario después de la conquista del norte de Yugoslavia en 1941. El mensaje que daba a aquellos que nombraba para que

desempeñaran cargos en las otras zonas fronterizas del Reich era básicamente el mismo.[4]

Pero el objetivo de Hitler no era solamente revocar las pérdidas sufridas por Prusia y el imperio de los Habsburgo en 1918, era crear un estado alemán de una magnitud nunca vista hasta entonces y hacer que todos los alemanes, fueran cuales fueran sus opiniones o lealtades políticas, desempeñaran su papel en él. Contando con los recursos del estado y del aparato policial más poderosos de Europa, los nazis llevaron el traslado forzoso de poblaciones y la repoblación colonial a nuevos extremos. Llevaron a casi 800 000 alemanes étnicos «a casa», al Reich, y planearon nuevas ciudades para que millones más pudieran vivir en ellas. Al mismo tiempo, planearon librar a Europa oriental de gran parte de la población no alemana que tenía entonces para dejar libres granjas y pastos para los colonos alemanes.

Dos ideas sumamente modernas impulsaban toda esa visión. Una de ellas era una intensa nostalgia por el pasado, en particular por ese pasado medieval que había desaparecido hacía tanto tiempo, el cual proporcionó la plantilla para la sociedad con la que soñaban los nazis y ofreció la principal justificación histórica para lo que estaban haciendo. Los nazis, herederos de los historiadores románticos del siglo XIX (Himmler había crecido escuchando sus historias), se veían a sí mismos *re*conquistando tierras que los caballeros germanos habían obtenido y colonizado muchos siglos antes. Este encaprichamiento con la historia distinguió el colonialismo nazi del de sus rivales europeos en ultramar: los británicos y los franceses raramente, si es que alguna vez lo hacían, afirmaban que estaban recuperando tierra que en el pasado había sido suya. ¿Por qué, si no, invadir la URSS en nombre de un emperador cruzado del siglo XII (Barbarroja)? ¿Por qué, si no, habría tomado Himmler a los caballeros teutónicos como modelo para las SS o habría empleado tanto tiempo en crear rituales y en redactar discursos en memoria del hombre en el que llegó a creer que se había reencarnado el «más alemán de todos los gobernantes alemanes», Heinrich el Pajarero, viajando diligentemente cada año para honrarle en la catedral de Quedlinburg? La Gran Alemania era, en resumen, un esfuerzo consciente por volver atrás en el tiempo, un odio a la vida moderna que sólo podía surgir de la propia modernidad. El Tercer Reich, y las SS en particular, destacaban la pureza del ejemplo que habían dado los antepasados de Alemania y soñaban con restaurar su estilo de vida: agrario, autosuficiente, jerárquico, espada en mano. Hitler era consciente del valor que tenían las autopistas y de la necesidad de llegar a acuerdos con la sociedad industrial, especialmente en

forma de armamentos modernos. Himmler era mucho más obsesivo que su Führer: dotó de personal a su generosamente financiada Sociedad para la Investigación de las Raíces de la Herencia Ancestral Alemana con historiadores y arqueólogos de altos vuelos e incluso antes de que estallara la guerra ya estaba intentando convertir a sus partidarios en pequeños propietarios rurales que cultivaran sus parcelas en comunidades de falsas aldeas medievales.[5]

El otro elemento moderno de la política nazi era su compromiso con la «ciencia» de la raza. Dejando atrás lo que para ellos eran los conceptos erróneos y poco entusiastas de la política de nacionalidades que había seguido el Kaiser antes de la guerra, quisieron convertir la raza y la biología en el principio rector de la administración. «Nuestra misión no es germanizar el Este en el antiguo sentido de la expresión, es decir, llevar el idioma y las leyes alemanas a quienes viven allí», afirmó Himmler, «sino, más bien, garantizar que en el Este sólo mueren hombres de sangre verdaderamente alemana, germánica».[6]

Este compromiso con una estricta política de diferencia racial abrió nuevos caminos. Antes que los nazis, muchos países europeos soñaron con rescatar a «sus» minorías conquistando la tierra de sus vecinos. En el siglo XIX, Serbia, Grecia, Bulgaria y Rumanía aspiraron, todas ellas, a cumplir su misión nacional a través de la expansión, y exactamente la misma lógica había llevado a los políticos polacos después de 1918 a luchar contra los ucranianos y los lituanos para hacerse con la mayor cantidad de tierra posible. En una ocasión, el historiador A. J. P. Taylor comentó maliciosamente que «en los asuntos internacionales Hitler nunca tuvo nada de malo, salvo el hecho de ser alemán». Desde este punto de vista, tenía razón. Taylor se reía de quienes describían al dictador alemán como un hombre de una maldad excepcional. Pero lo importante de Hitler no era su maldad; era su compromiso con el racismo biológico.[7]

La Alemania de antes de la guerra había financiado pródigamente la ciencia racial, como había hecho con la ciencia en general, y el Tercer Reich fue un patrocinador especialmente generoso de ella. Después de 1939, los expertos raciales del Tercer Reich ya no eran consultados solamente acerca de la salud de la propia población de Alemania, sino que ayudaron a tomar decisiones que afectaban al continente en conjunto. Hombres con batas blancas mantenían paneles de clasificación y llevaban a cabo programas de formación para decidir cuáles de los eslavos o alemanes étnicos a los que desnudaban y medían eran «regermanizables». Sus decisiones dictaban si se

enviaba a esas personas a campos de trabajo o a colonias de asentamiento, si se permitían o se interrumpían sus embarazos, y si podían quedarse con sus hijos o verían cómo a éstos se los enviaba a otro lugar para que fueran adoptados. No obstante, el hecho de permitirles que se pronunciaran sobre la política que se había de seguir tuvo consecuencias inesperadas. Había confusión en la propia disciplina de la ciencia racial, y muchos estudiosos alemanes ya se habían dado cuenta de las dificultades que ésta implicaba. El determinismo racial a la antigua parecía difícil de cuadrar con los nuevos descubrimientos en el ámbito de la genética, y tampoco era especialmente útil a la hora de explicar las características de un pueblo o *Volk* determinado. Estos debates realmente no habían llegado al público alemán, que había sido cuidadosamente protegido de ellos por el régimen. Pero saber cómo distinguir un alemán de un no alemán, la preocupación fundamental para aquellos que dirigían el nuevo imperio, no era algo en lo que fuera posible conseguir el consenso de los expertos.[8]

«Cada alemán tenía sus propias ideas sobre la raza», ha comentado recientemente un historiador. Desde luego, la cuestión estaba en fluctuación. La «escuela de Breslau» creía que se había de localizar a las personas de ojos azules y cabello rubio, pero Otto Resche y Fritz Lenz, dos luminarias del racismo académico, pensaban que las características físicas eran indicadores burdos, ya que la mayoría de los individuos eran racialmente mestizos. Para Hans Günther, divulgador de la ciencia nazi, incluso Alemania contenía variedades de todas las principales razas europeas, la nórdica, la báltica oriental, la alpina y la dinárica, así como cantidades afortunadamente reducidas de sangre mediterránea y de Asia interior. Algunos herejes resolvieron el problema que existía a la hora de hacer concordar las categorías de raza y *Volk* hablando de una «raza alemana», pero esta sencilla solución fue criticada por la mayoría de los académicos por carecer de rigor científico. Existían dudas parecidas sobre lo útil que era hablar de los «eslavos», que para los expertos estaban compuestos por diversos subgrupos de distinto «valor» racial. La propia cuestión del valor generaba divisiones: algunos creían en las jerarquías raciales, otros insistían en que esa diferencia no implicaba ninguna connotación de valor.

Todo esto suponía una enorme confusión, no sólo respecto a los alemanes, sino también respecto a los judíos. Expertos como el genetista Otmar von Verschuer, director durante la guerra del Instituto Kaiser Guillermo de Antropología, Herencia Humana y Eugenesia y jefe de Josef Mengele, dudaba mucho de que los judíos fueran originalmente una raza siquiera. Enumeraba

lo que los antropólogos raciales habían determinado que eran las características que los identificaban: su balanceo al andar, su amor por el ajo, sus neurosis, su forma de hablar intelectualizante y llena de parloteo y su tendencia a los delitos de cuello blanco. Pero, según él, los judíos eran una variedad mestiza, básicamente indistinguible, por lo que se refería a la sangre, de los alemanes. Verschuer sí que se preguntaba si quizá estaban en el proceso de convertirse en una raza distinta mediante la endogamia y el aislamiento. Lo que tenía claro era que sus rasgos negativos pesaban más que los positivos y que amenazaban la salud de aquellos entre quienes vivían.[9]

Comprometiéndose con una política basada en el racismo biológico, el régimen estaba condenándose, por consiguiente, a una extrema incertidumbre, y esto otorgó facultades discrecionales a quienes diseñaban las políticas que se habían de seguir y permitió que existieran grandes variaciones en la política de nacionalidades de un lugar a otro. El caso de los judíos fue, desde este punto de vista, excepcional: en él se aplicó un conjunto de rígidas directrices que no permitía casi ninguna excepción. En otros casos, los alemanes siguieron unos criterios para la identificación nacional y racial que no siempre eran muy distintos de los que se usaban en otros lugares. A veces cribaban a las personas de una forma muy selectiva, como en el Warthegau, cuyas autoridades tendieron a seguir la línea elitista de Himmler. Pero muy cerca de allí, en Prusia Oriental, simplemente presionaron a la mayor cantidad posible de lugareños para que se declararan alemanes. De este modo, la asimilación, la política que se suponía que se había abandonado, se recuperó, y unos criterios raciales presuntamente infalibles se mezclaron de hecho con unos factores culturales y políticos determinantes de la pertenencia nacional que tenían un carácter más tradicional.

Pero la arbitrariedad de la germanización estuvo acompañada por la apariencia de una total sofisticación tecnológica. Las podridas bases de la ciencia racial se disimularon, durante la guerra, bajo una inmensa y cada vez más mecanizada burocracia dedicada a perfeccionar los métodos sistemáticos de identificación y control de la población en los que la policía y los estadísticos del régimen habían estado trabajando durante la década de 1930. Diez días después de que empezara la guerra, se exigió a los alemanes que llevaran carnés de identidad. Se llevó a cabo el censo del Gran Reich Alemán que se había pospuesto durante tanto tiempo, lo que permitió la fácil identificación de los judíos y de otras minorías, y se crearon nuevas oficinas de estadística de la población para llevar a cabo censos similares en Praga, Cracovia y Riga. Los estadísticos alemanes también cooperaron con

entusiasmo con sus homólogos de países tecnológicamente avanzados como los Países Bajos. Cuando le dispararon en Praga, Reinhard Heydrich, el protector en funciones de Bohemia y Moravia, había estado trabajando en un plan para la criba racial total de toda la población. De hecho, ningún otro país intentó llevar a cabo jamás una política de clasificación, separación y reasentamiento colonial tan ambiciosa en tan poco tiempo en toda un área tan inmensa. Ninguno dedicó tantos recursos a llevarla a cabo, ni adoptó unos métodos tan criminales y sofisticados a la hora de ejecutarla. En resumen, la germanización llevada a cabo durante la guerra constituyó el intento más enérgico y ambicioso de nacionalizar personas y territorios de toda la historia de Europa. Explica por qué la concepción nazi de la ocupación implicaba algo mucho más permanente, desgarrador y destructivo que la suspensión temporal de la soberanía que autorizaba el derecho internacional liberal, y por qué contribuyó más que ningún otro factor individual a la transformación de la vida en el propio Reich, que se volvió cada vez más violenta, y al ascenso de las SS, el motor de la germanización, que llegó a ser la principal institución política y militar del Reich.[10]

Los orígenes

Poco de esto era previsible en 1938, y difícilmente un observador de los acontecimientos que estaban teniendo lugar en Austria y los Sudetes podría haber adivinado la magnitud de las ambiciones nacionalizadoras que iba a tener el régimen durante la guerra. Al fin y al cabo, ambas regiones ya tenían poblaciones preponderantemente alemanas. La gente del Antiguo Reich podía reírse de sus acentos y de sus extrañas costumbres: los insultos contra los «burros de los Sudetes» que se producían en las filas de la Wehrmacht ampliada eran lo suficientemente frecuentes como para que el ejército se preocupara. No obstante, aun así probablemente habrían votado a favor de la incorporación a Alemania si hubieran tenido la oportunidad de hacerlo antes, en 1918. Por consiguiente, los nacionalizadores tuvieron que hacer relativamente poco en este caso.

Los Sudetes, con su gran población checa, planteaban sus propios dilemas. Henlein, el líder de los alemanes de los Sudetes, quería germanizar la región revocando la reforma agraria que se había llevado a cabo en el período de entreguerras, expulsando a los checos al Este y reduciendo el uso del idioma checo. En un principio, los activistas alemanes étnicos expulsaron a muchos checos y dejaron claro que, si éstos pensaban regresar, no serían

bienvenidos. Pero su frustración por el hecho de que las cosas no estuvieran avanzando más rápidamente se desbordó durante la Kristallnacht con gritos de «¡Primero los judíos, después los checos!» y «¡Fuera los checos!». Lo cierto era que Berlín tenía sus propios motivos para querer que los checos se quedasen en su sitio. Pese a la existencia de una cláusula de «traslado de población» en el acuerdo de Munich (que recordaba el intercambio de población que se produjo entre Grecia y Turquía en 1922-1923), la principal preocupación de Hitler, mirando hacia el este, era conservar la minoría alemana en lo que quedaba de Checoslovaquia. Como no quería dar ningún motivo a los checos para que los expulsaran, se dio instrucciones a los alemanes de los Sudetes para que se portaran bien. Henlein contuvo a sus adláteres y los apaciguó con subsidios de «Asistencia Social en la Zona Fronteriza» para las piscinas y las bibliotecas de los Sudetes.[11]

Fue la conquista de Praga, en la primavera de 1939, debido a la cual millones de no alemanes pasaron a estar bajo el dominio de los alemanes por primera vez, lo que hizo que los nazis se plantearan una nueva y urgente pregunta: en qué condiciones debía un «pueblo extranjero» ser incorporado dentro del «área del Reich» de una forma que concordase con los principios de la jurisprudencia racial. El propio Hitler, poco menos de un año antes, había planteado la posibilidad de expulsar a muchos de ellos. A comienzos de la propia invasión, un comandante de alto rango del ejército llegó incluso más lejos al reflexionar sobre la posibilidad de organizar la «aniquilación física» de los checos; admitía que no sería posible en condiciones normales, pero ¿cómo resolver el problema de otro modo? Esto era demasiado extremo, pero la opción de la expulsión no desapareció. En octubre de 1941, Heydrich hablaba de la posibilidad de, con el tiempo, deportar a la mitad de la población del país a Siberia. Pero esto tendría que dejarse para más adelante: mientras tanto, el cada vez mayor valor que adquirió la economía checa durante el transcurso de la guerra hizo necesario que se adoptara un enfoque menos drástico.[12]

En Bohemia y Moravia había pocos alemanes en las tierras que parecían ser aptas para estar en la primera línea de la germanización. Por razones obvias, los nazis no podían contemplar la posibilidad de contar con aquellos que se declaraban a sí mismos alemanes (que constituían una parte bastante grande del total) y que desgraciadamente daba la casualidad de que eran judíos. (Muchos judíos germanohablantes se declararon alemanes en el censo checo del período de entreguerras; después de 1945, los supervivientes judíos fueron expulsados por los checos por esta razón.) Por consiguiente, los nazis

se enfrentaron a una grave diferencia numérica por primera vez, ya que los alemanes apenas constituían un 3 por 100 de la población. Una vez que se creó el Protectorado, las SS lograron expropiar una enorme cantidad de tierra checa, pero lo díficil fue encontrar a alemanes para que la cultivaran. En lugar de las 150 000 familias que habían previsto, solamente asentaron a 6000 en cinco años. Las manos que cultivaban la tierra y recogían las cosechas que comían los alemanes seguían siendo checas.[13]

El Reich también dependía de los trabajadores checos para mantener las cadenas de producción en funcionamiento. El protector del Reich Von Neurath y su segundo, Karl Frank, subrayaron que Alemania seguiría dependiendo de la mano de obra checa en el futuro inmediato. «Los seres humanos son el capital del imperio, y en el nuevo Reich no podemos prescindir de la mano de obra de siete millones de checos», escribió Frank en 1940. Subrayó que los checos no podían ser, en conjunto, «reducidos a una nación de sirvientes por motivos raciales», y propuso que se usara «el azúcar y el látigo», en otras palabras, incentivos materiales y amenazas, para animar a los candidatos a la germanización. Podían crearse grandes cantidades de alemanes donde éstos todavía no existían sometiendo a la población checa a una investigación de sus antecedentes para descubrir si había en ellos rastros de antepasados alemanes. Expulsar a los checos, como deseaban algunos puristas raciales del Partido Nazi y de las SS, simplemente habría sido económicamente contraproducente para el Reich mientras éste tuviera una guerra que ganar.[14]

Las leyes de ciudadanía ofrecían otra forma útil de mejorar los números. Al fin y al cabo, después de la primera guerra mundial muchos estados europeos habían introducido sistemas de clasificación forzosa. En Checoslovaquia, en 1921 las autoridades habían multado a miles de personas por declararse alemanas y las habían reclasificado unilateralmente como checas. En la Alsacia francesa, Eslovenia y Polonia se siguieron políticas similares. Lo llamativo de la nueva ley de ciudadanía que los nazis introdujeron en este momento era que realmente era menos coercitiva que estas predecesoras, siguiendo, a diferencia de ellas, la preferencia alemana de la Bohemia de la posguerra por la asignación voluntaria. Distinguía entre los ciudadanos (alemanes) del Reich y los «miembros del estado» (checos), de segunda clase, pero dejaba a los individuos elegir por qué categoría deseaban optar. Evidentemente, las autoridades se vieron afectadas por las consideraciones sobre la pureza racial y no pudieron usar la ley como un medio para convertir a grandes cantidades de checos en alemanes. Pero su

aproximación a la cuestión tenía la desventaja de que permitía que los alemanes no se declararan ninguna de las dos cosas. De hecho, muchos alemanes no se apresuraron a convertirse en ciudadanos del Reich, temiendo tener que prestar servicio como mano de obra, y temiendo también el reclutamiento y la nazificación. «Se había supuesto que todos los alemanes étnicos pedirían convertirse en alemanes del Reich», escribió un preocupado funcionario alemán en Praga en agosto de 1939. «Este cálculo… fue un error… Hay que decir que, en este aspecto, los alemanes étnicos nos han defraudado.» Irónicamente, por consiguiente, los nazis descubrieron que ni siquiera la conquista bastaba para poner freno a la lenta disminución de las cantidades de personas se declaraban a sí mismas alemanas en Bohemia.[15]

Para aumentar estas cantidades, los alemanes se centraron en los llamados «anfibios», término utilizado originalmente en el imperio de los Habsburgo y empleado por los científicos sociales nazis para designar a las personas (a menudo bilingües) cuya identidad étnica era ambigua. Representaban un fenómeno que se había considerado absolutamente normal en el siglo XIX pero que el triunfo del nacionalismo había convertido en una rareza. Los «anfibios» (a quienes también se llamaba a veces «hermafroditas») abundaban en todo el terreno de las zonas fronterizas alemanas, y cientos de miles de ellos vivían en el Protectorado. Según un administrador alemán, había muchos checos que «por lo que respecta a su valor racial y étnico no parecen ser tan malos, a menudo porque, debido al hecho de que sus padres pertenecían a ambas nacionalidades, no saben a qué bando deberían pertenecer».[16]

Las definiciones oficiales que los nazis hacían de la alemanidad en el Protectorado reflejaban una interpretación sorprendentemente abierta y no biológica de la nacionalidad. «Un nacional alemán es alguien que profesa lealtad a la nación alemana, siempre que esta convicción se vea confirmada por ciertos hechos, como el idioma, la educación, la cultura, etc.», observó Karl Frank en marzo de 1939. «No es posible explicar de forma más precisa el término "nacional alemán" dadas las relaciones actuales.» Dejar las cosas abiertas de esta manera le permitió intentar ganarse a los «anfibios» atrayéndolos a los colegios en los que se hablaba el alemán o a los servicios sociales alemanes. De hecho, 80 000 de ellos, aproximadamente el 1 por 100 de la población, sí que se decantaron a favor del bando alemán solamente entre marzo de 1940 y diciembre de 1941, y en el momento de terminar la guerra ya lo habían hecho más de 300 000.[17]

Los «anfibios» normales, a quienes se ofreció nuevos incentivos y penalizaciones para que optasen por un bando u otro, aprovecharon las oportunidades que se les presentaron durante la guerra o se resignaron a las nuevas realidades de una forma muy similar a como lo habían hecho anteriormente en la República Checa. Una viuda, cuyo marido checo había muerto en la década de 1920, recibió prestaciones económicas de los servicios sociales porque, en sus propias palabras, «ella había criado a sus hijos para que fueran alemanes íntegros en unos ambientes completamente checos, a pesar de la más rigurosa pobreza, sin sucumbir jamás a las influencias de lo checo». Mucho tiempo después, un novelista checo recordaba cómo su padre lo había arrastrado a una escuela alemana: «Por primera vez en mi niñez me rebelé contra la autoridad de mi padre y grité frente a las ventanas abiertas del ayuntamiento checo de Schlesisch Ostrau: "¡No quiero ir a una escuela alemana! ¡Déjenme ir a mi escuela checa!"». Le apoyó su antiguo maestro checo que «se asomó desde la ventana del primer piso del ayuntamiento, y le gritó a mi padre en checo: "¡Deje al muchacho, sucedáneo de teutón!"». Este tipo de decisiones enfrentaban a los hijos contra los padres, a las esposas contra los maridos, y a los checos favorables al Protectorado contra los antinazis. «Los alemanes están inaugurando nuevas escuelas alemanas allí donde no había ninguna», advertía un periódico clandestino checo en 1939. «Este asunto os incumbe a vosotras, mujeres. En vuestras manos está el que nuestros niños lleguen a ser checos o germanizados, patriotas o traidores.»[18]

En conjunto, este primer experimento de germanización resultó ser un escarmiento aleccionador para los nazis. No sólo descubrieron que muchos alemanes étnicos mostraban escaso entusiasmo ante la perspectiva de declararse como tales, sino que también sospechaban que muchos de los llamados «anfibios» se inscribían llevados únicamente por oportunismo. Tras la caída de Francia, los funcionarios nazis se mostraron especialmente preocupados por el hecho de que «elementos indeseables» se estuvieran inscribiendo como alemanes. Eran «un elemento oportunista», «lo peor de los checos» (temían ellos), que estaban inducidos por un craso materialismo; a menudo sus hijos ni siquiera hablaban alemán. Brevemente, bajo el gobierno de Reinhard Heydrich, las autoridades siguieron una línea más coercitiva, investigando los antecedentes de los niños checos y tomándolos por la fuerza. Después del asesinato de Heydrich en 1942, algunos niños del pueblo de Lidice, que había sido arrasado completamente en una represalia, fueron enviados a una casa de adopción de las SS situada cerca de Pozna´n, donde se les dio nombres alemanes. No obstante, lo sorprendente es que se produjeran

tan pocos casos de este tipo, comparados con las decenas de miles de secuestros de niños que hubo en Polonia. Aunque se pensaba que aproximadamente un 50 por 100 de los checos eran germanizables, en comparación con apenas el 3 por 100 de los polacos, fueron los polacos los más castigados por la germanización forzosa. Los checos eran, sencillamente, demasiado importantes económicamente, y demasiado obedientes políticamente, como para que valiese la pena perder su apoyo.

A finales de 1942, los alemanes ya habían más o menos aceptado su fracaso, y se vieron limitados a fomentar su propia extraña versión del nacionalismo checo. Fundaron una nueva organización juvenil e intentaron promover lo que llamaron «nacionalismo checo fiel al Reich». Los colegiales desfilaban bajo la esvástica cantando canciones checas y pasaban sus vacaciones en los «Campamentos de Relajación Estival de Heydrich». En el verano de 1944, ya estaban ayudando a organizar una Semana de la Juventud Checa en Praga. Ni el SD ni la resistencia checa sabían a ciencia cierta cómo interpretar este movimiento profundamente ambiguo que en un momento parecía colaboración y en otro parecía encaminado al renacimiento nacional. Pero una cosa sí estaba clara. La confianza que habían sentido los teóricos raciales en un principio se había basado en cálculos erróneos: había escasez de alemanes, y no resultaba fácil crear más, sobre todo a medida que la guerra empezó a volverse contra el Reich.[19]

La recuperación de Polonia

Dentro de toda la campaña de germanización, ningún lugar tuvo tanta importancia como Polonia, especialmente aquellos territorios que fueron anexionados. El hecho de que fueran integrados en el Tercer Reich hizo que la situación fuera más apremiante para la política racial porque eso significaba que tenían que ser germanizados lo más rápidamente posible; de hecho, en octubre de 1939, ésta pasó a ser *la* prioridad de Hitler durante la guerra, y aquellos a los que confió la tarea la impulsaron con todos los medios que tuvieron a su disposición.

No obstante, el desafío demográfico era allí casi tan grande como en el Protectorado, que estaba al sur. Funcionarios de la Oficina de Política Racial del Partido Nazi señalaban nerviosamente que las conquistas estaban haciendo que poblaciones eslavas cada vez mayores quedaran dentro de las fronteras del Reich. Las consideraciones económicas y de seguridad habían empujado la nueva frontera alemana mucho más allá de los antiguos límites

de 1914, lo cual hizo que el Reich obtuviera el control de la mayoría de las industrias polacas del hierro, del acero y de los textiles, pero al mismo tiempo hizo que en el Reich quedaran incluidos muchos más polacos y judíos. Subrayando que los alemanes sólo constituían el 7 por 100 de la población en los nuevos territorios, comparado con el 86 por 100 de polacos (y el 5 por 100 de los judíos), exhortaban a «que la población polaca fuera implacablemente diezmada». Sólo el «traslado» despiadado de la mayoría de los polacos podría ayudar a evitar el pesadillesco panorama de una creciente polonización dentro del propio Reich. Aconsejaban el cierre de los colegios polacos y la prohibición de los oficios religiosos en polaco: Los restaurantes, las cafeterías, el cine, los teatros, los periódicos y los libros, las asociaciones y los sindicatos polacos también se señalaban como objetivos. En resumen, Berlín debía aspirar a la «implacable eliminación de todos los elementos que no fueran adecuados para la germanización».[20]

En mayo de 1940, Himmler se apropió de estas ideas cuando le dio a Hitler su propia opinión sobre cómo tratar a «la población extranjera del Este». Intentando restablecer su autoridad sobre la política de población, tras el caos que él mismo había provocado tratando de trasladar a cientos de miles de personas al Gobierno General, su consejo básico era dividir a los no alemanes en la mayor cantidad posible de «grupos étnicos escindidos», para despojarlos de toda noción de identidad nacional, y buscar entre ellos a «las personas racialmente valiosas» cuya sangre alemana hiciera que valiese la pena reintegrarlas en el Reich para su reeducación. Los judíos serían enviados al extranjero a través de «una emigración a gran escala» a África «o a alguna otra colonia». En el futuro los ucranianos y los polacos también desaparecerían como unidades colectivas mediante la fragmentación y la privación cultural, sobreviviendo únicamente en el Gobierno General como una «clase trabajadora sin líderes», proporcionando al Reich mano de obra itinerante y temporera para trabajar en carreteras, canteras y construcciones y con ello «participando en las eternas obras culturales [de los alemanes]». Del enfoque de Himmler sólo se podía decir que evitaba el exterminio físico por considerarlo «bolchevique», «no alemán» e «imposible». En este momento, en la primavera de 1940, aún le separaba más de un año del mundo del Holocausto.[21]

Obviamente, este tipo de planes dependían de la capacidad para definir la alemanidad y para aislarla de lo que la rodeaba. Pero los propios expertos raciales del Partido Nazi se mostraban indecisos sobre esto. Las cosas parecían fijas y obvias: un nacional alemán era alguien «que en tradición,

costumbres y comunidad familiar, vive como un alemán, si es de sangre alemana o emparentada con ella». (Estas personas tenían derecho a la ciudadanía alemana, aunque tendrían que cambiarse el nombre si éste revelaba indicios de orígenes eslavos. Todos los demás no tendrían «ningún derecho político».) No obstante, los expertos sí aceptaban la necesidad de algún tipo de política que «extrajera a los grupos nórdicos del resto de la población y los germanizara». Previendo que solamente pequeñas cantidades de personas entrarían en esta categoría, recomendaban enviarlas «y sobre todo a sus hijos», a la Alemania propiamente dicha. En cuanto a los niños polacos que parecían ser «racialmente valiosos», los funcionarios debían cortar los vínculos que los unían con sus padres y trasladarlos para que quedaran bajo atención alemana con nuevos nombres. Es evidente que la germanización significaba una cosa en el Protectorado, donde los checos seguían gozando de un grado considerable de autogobierno, y otra, mucho más coercitiva, en aquellas partes de Polonia que iban a ser convertidas en nuevas provincias del propio Reich y donde la lucha étnica entre alemanes y eslavos había tenido durante décadas una crudeza que no se había visto en ningún otro lugar.

Ésta fue la razón por la que Hitler rápidamente marginó el papel que desempeñaban la administración pública y el ejército en estas zonas. Temiendo que fueran demasiado conservadores e inhibidos como para tomar el tipo de medidas que él tenía en mente, no depositó su confianza en ellos sino en sus funcionarios del Partido, y sobre todo en las SS de Himmler, que tan rápidamente estaban creciendo. A través de la recién creada Comisaría Política del Reich para el Fortalecimiento del Pueblo Alemán (RKFDV) y sus organismos relacionados, los funcionarios de Himmler expulsaron a los polacos y los judíos, repatriaron a los alemanes étnicos del extranjero y dispusieron su alojamiento temporal y, con el tiempo, su reasentamiento. Especialistas en asistencia social a los refugiados, agrónomos y médicos cooperaron con policías, antropólogos raciales y urbanistas por el bien de lo que Himmler llamó «la verdadera germanización de la tierra»: su ocupación «desde el punto de vista racial». En enero de 1940, Konrad Meyer, el urbanista que posteriormente redactaría el programa para la germanización de la Rusia europea, preveía la expulsión de al menos tres millones de polacos y de más de medio millón de judíos de Polonia occidental con el fin de hacer sitio para cantidades similares de colonos alemanes. Los expertos del Partido Nazi hacían que Meyer pareciera moderado; ellos querían librarse de una cantidad aún mayor.[22]

En el período de entreguerras el propio Gobierno polaco había asentado a granjeros en tierras alemanas. Sin embargo, Hitler no sólo quería desterrarlos a ellos; los hombres de Himmler esperaban expulsar a todos los terratenientes polacos y judíos que hubiera entonces y sustituirlos por colonos alemanes. Trabajando con rapidez y entusiasmo «para hacer que esta tierra volviera a ser alemana», asumieron el control de cuatro quintas partes de toda la tierra de las regiones incorporadas, aproximadamente 626 000 granjas ubicadas en unos seis millones de hectáreas. Unos 536 951 alemanes étnicos fueron al Warthegau, el 85 por 100 de todos aquellos que fueron llevados a los territorios anexionados. No obstante, una vez que disminuyó la primera ola de expulsiones en 1939-1941, muchos polacos siguieron trabajando bajo la dirección de los alemanes en las tierras que en el pasado habían sido suyas.[23]

Como el Führer exigía que los nuevos colonos fueran solamente de «la mejor y más sana sangre alemana», los burócratas de la Oficina Central de Inmigración eran muy meticulosos en la investigación de los antecedentes de los alemanes étnicos que entraban y selectivos a la hora de decidir a quién se le permitía quedarse permanentemente en la zona. Los funcionarios estudiaban un conjunto cada vez más complicado de instrucciones que se suponía que había quedado aclarado por los cursos intensivos de biología, antropología y eugenesia que habían seguido. Estaba el tipo somático, que se medía de acuerdo con una escala que iba desde la «figura ideal» (9) a la «malformada» (1), el tipo racial (desde el «nórdico puro», pasando por «un cruce equilibrado de nórdico, faliano o dinárico» a «variedad de sangre no europea»), el carácter, el intelecto, el historial político y los antecedentes hereditarios. Los asesores empezaron con los rasgos físicos pero terminaron intentando evaluar una desconcertante mezcla de características personales, sociales y psicológicas. Familias enteras fueron fotografiadas, sometidas a reconocimientos médicos e interrogadas sobre sus antepasados y sus creencias políticas. Al final de este proceso, la élite era considerada apta para el reasentamiento, mientras que los demás eran enviados a la Alemania propiamente dicha para seguir sometiéndolos a control y educación.[24]

De hecho, en muchas zonas, a los alemanes étnicos de Italia y de la URSS a los que se les permitió quedarse se les unieron alemanes del Reich. Aunque inicialmente no se decidían a establecerse en el Este, les atrajeron los alivios impositivos que introdujo el régimen a finales de 1940. La cifra que constituyeron nunca se acercó a los dos millones de granjeros que preveía el ministro de Agricultura Darré a comienzos de 1940, pero sí que ascendió a varios cientos de miles de personas. Aunque Himmler hablaba de mantener la

tierra en fideicomiso hasta después de la guerra para los veteranos, estos «cazadores de tierras» se trasladaron allí, esperando obtener rápidas ganancias y asediando a los funcionarios del registro catastral. Los atrajo la perspectiva de participar en una enorme situación sin control en la que pudieran tomar lo que quisieran, apenas disimulada por un barniz de legalismo después de que Göring dictara un decreto por el que todas las granjas polacas pasaban a ser susceptibles de confiscación. A menudo venían con influyentes cartas de recomendación, que en ocasiones eran tan influyentes que no podían ignorarse. De hecho, el propio régimen estaba utilizando fincas polacas para comprar la lealtad de sus principales figuras. En la frontera con Prusia Oriental el *Gauleiter*, Erich Koch, sencillamente tomó el control de algunas propiedades y las agregó a sus ya amplios dominios privados. El general Guderian se tomó tiempo libre de sus obligaciones militares para recorrer el Warthegau con el fin de buscar una finca para él mismo. Cuando Von Manstein le preguntó cómo se había hecho con la que finalmente escogió, Guderian le dijo que «le habían dado una lista de buenas parcelas polacas que había estado examinando durante unos días antes de decidir cuál sería la parcela más adecuada». En un principio los dueños polacos aún seguían viviendo allí; pero cuando él se había hecho cargo de su finca, ellos ya se habían ido y (eso dijo a Manstein), no tenía ni idea de lo que había sido de ellos.[25]

La germanización también estaba transformando las ciudades polacas. Cuando los alemanes étnicos llegaban a Łódź tras su largo viaje desde Polonia oriental, judíos con estrellas amarillas les llevaban el equipaje y cuidaban de sus caballos. En la propia Łódź, ahora llamada Litzmannstadt, los especialistas en reasentamientos requisaban casas polacas y judías, así como colegios y otros edificios, para alojar a los recién llegados y organizaban cuadrillas de trabajo judías para que limpiaran las propiedades. En el mismo momento en que los planificadores preparaban planes para la racionalización, en la posguerra, del «espacio» anteriormente polaco, se estaban creando zonas alemanas aparte. Y desde la ubicua «Adolf-Hitler-Platz», como generalmente se llamaba ahora a la plaza del mercado, hacia el exterior, se llevó a cabo un cambio sistemático de los nombres de las calles y los edificios. En el futuro, la deportación de grandes cantidades de residentes polacos y judíos iba a permitir la reordenación del centro del pueblo de Łódź sobre un eje totalmente distinto; surgirían nuevas zonas industriales y barrios periféricos para los obreros alemanes con modernos teatros, cines, parques y salas de conciertos. Las tarjetas de Navidad enviadas por los gerentes alemanes desde

Auschwitz representaban el tipo de nuevo asentamiento modélico que se planeaba también para el cinturón industrial que se estaba expandiendo rápidamente en Silesia.[26]

Una vez que Hitler dio instrucciones para que se produjera finalmente la integración política del Gobierno General en el Reich, este tipo de planes se convirtieron también allí en la política oficial. Hans Frank soñaba con sacar a los judíos de las ciudades, limpiar el gueto de Cracovia, su capital, y sustituirlo por «barrios residenciales limpios y alemanes en los que se pueda respirar aire alemán». No obstante, la escasez de alemanes étnicos era allí un obstáculo aún mayor que lo que lo era más al oeste. Frank confiaba en buscar los «núcleos raciales» desperdigados del «Pueblo Alemán» y recuperarlos para la nación. «Yo hablo abiertamente de Germanización», le dijo a su personal. «¿Cuántas veces hemos visto con asombro a alguna niña rubia de ojos azules hablando polaco? A lo que yo digo: "Si esta niña aprendiera alemán, sería una guapa muchacha alemana".» Pero el otro pilar de la germanización era el propio Partido Nazi, cuya red se extendía por todo el país. En la inauguración de una Casa del Partido en Cracovia, Frank habló de germanizar la región en unas décadas, «quizá menos», para que un día el Führer dijera de ella lo que había dicho recientemente de Essen, que era «el *Gau* más ario del Reich alemán». El Gobierno General, proseguía, debía volverse tan alemán como Renania: «Y si alguien me dice: "Eso es imposible", sólo puedo preguntar: "¿El hecho de que estemos sentados aquí en Cracovia, que tengamos Casas del Partido en Varsovia y Lublin, es en algún grado menos inverosímil que la idea de que esta tierra, si nosotros la gobernamos adecuadamente, se vuelva alemana?"».[27]

La probabilidad de que estas fantasías se materializaran obviamente dependía de la concepción que el régimen tenía sobre quién era, o quién podía volverse, alemán. Los planes de reasentamiento de 1939-1940 incumbían principalmente a aquellos alemanes étnicos que habían quedado bajo control soviético y no afectaban a la mayoría de los grupos minoritarios alemanes de Europa central. Pero, tal como estaban las cosas, la cantidad global de alemanes de los que se disponía para el reasentamiento no era grande. En el *Mein Kampf*, Hitler había rechazado la idea de asimilar «elementos racialmente extranjeros» y había criticado la política prusiana de germanización por cometer este error. Sin embargo, traducir este tipo de actitudes en políticas suponía acabar aplicando una forma de criba racial que

excluía a grandes cantidades de personas que, de otro modo, podrían haber aumentado el *Volksgemeinschaft* alemán.

Esto no preocupaba a Himmler. Como esteta que era, al igual que la mayoría de los racistas, daba gran importancia a la apariencia física. «La investigación racial debería impedir el desarrollo de tipos mongoles en el Este recientemente colonizado», ordenó. «Quiero construir aquí una provincia rubia.» Con el fin de «liquidar» la minoría polaca en regiones que ahora iban a pasar a formar parte del propio Reich, ordenaba Himmler, niños «cuya apariencia racial indica sangre nórdica» habían de ser secuestrados y «sometidos a un proceso racial y psicológico de selección».[28] Como dan a entender estos comentarios, su preocupación primordial era la pureza de «sangre». «Tenemos que encargarnos, en estos momentos en los que somos fuertes», declaró después de la caída de Polonia, «de que se nos devuelva a las personas que son de nuestra sangre, hasta donde esté en nuestras manos, y de que ni una gota de nuestra sangre se pierda en el mundo exterior».[29]

Sin embargo, en la propia Polonia esta interpretación exclusiva, cuasi biológica, de la nacionalidad complicaba la tarea de forjar una política coherente hacia los llamados «germanizables». Al fin y al cabo, muchos ciudadanos polacos tenían vínculos familiares con alemanes; en muchas zonas las poblaciones estaban tan mezcladas como en el Protectorado. Himmler, perdido en sus propias teorías históricas, podía hablar de una «selección racial» (*Auslese*) y de una «criba» (*Siebung*) para asegurarse de que «los mongoles, los mongoles mestizos y los hunos fueran trasladados al Gobierno General. Pero había muchas bases sobre las que podía hacerse tal investigación de antecedentes. Enfrentándose a la perspectiva de que todo el programa de reasentamiento acabara despoblando las nuevas zonas fronterizas orientales del Reich al deshacerse de los polacos antes de que se hubiera encontrado a suficientes alemanes para que vinieran a ocuparlas, las autoridades locales del Warthegau retrocedieron hacia una política de asimilación. Necesitaban introducir nuevas pautas sobre la ciudadanía con el fin de decidir a quién se daría documentos de identidad alemanes. Menos dogmático que Himmler, el propio Hitler comprendió el problema y una vez que dejó claro que *sí* toleraría cierto grado de asimilación, se ultimaron las nuevas pautas. Incluso en Polonia, tal como se desarrollaron los acontecimientos, el régimen nazi se vio obligado a dar marcha atrás en su intransigente insistencia en la biología como criterio para determinar la nacionalidad.

La llamada Lista del Pueblo Alemán (DVL) que se introdujo por decreto en marzo de 1941 fue concebida, en palabras del *Gauleiter* Forster, de Danzig-Prusia Oriental, para ayudar a todos aquellos que «habían quedado abrumados y extraviados debido a la presión polaca en el transcurso de los siglos… El verdadero contenido y propósito del decreto es asegurar que la nación alemana no pierda ni una gota de sangre alemana». Despojado de retórica, en realidad, esto implicaba la introducción de una interpretación sorprendentemente flexible de la nacionalidad alemana, una que permitía que grandes cantidades de personas reclamaran la ciudadanía, aun cuando no hablaran alemán. La lista establecía no menos de cuatro categorías: la élite, Clase 1, comprendía a los antiguos ciudadanos polacos germanohablantes que habían sido miembros de asociaciones o sindicatos alemanes en el período de entreguerras; la clase 2 eran personas de «ascendencia racial alemana» que habían conservado sus características alemanas, por ejemplo, hablando alemán bajo el dominio polaco; la clase 3 incluía tanto a los alemanes cuyos matrimonios eran mixtos como a sus hijos, mientras que los «renegados» de la clase 4 habían «actuado enérgicamente de una manera hostil hacia Alemania» a pesar de sus propios orígenes alemanes.

Si una persona era aceptada en uno de los dos primeros grupos, recibía documentos de identidad azules y la ciudadanía alemana; aquellos que pertenecieran a la clase 1 también podían unirse al Partido; los de la clase 3 recibían documentos verdes y la categoría de «miembros del estado» (básicamente estaban en un período de prueba), mientras que los de la clase 4 ni siquiera obtenían esto, aunque continuaban siendo susceptibles de ser sometidos a exámenes futuros para su «re-germanización». El principal incentivo para entrar en las clases de la 1 a la 3 era que sus terrenos quedaban exentos de confiscación y que eran quienes más probabilidades tenían de beneficiarse del saqueo de los terrenos polacos; por otro lado, quedaban automáticamente obligados a prestar servicio militar en las Fuerzas Armadas. Alguien de la categoría 3 o 4 no podía casarse con alguien de la categoría 1 o 2. Y los de la categoría 4 a menudo quedaban marcados para ser sometidos a vigilancia policial.[30]

Ni siquiera este complejo sistema agotaba las posibles permutaciones, y un sistema judicial especial, dirigido por Himmler, arbitraba en los casos especialmente peliagudos relacionados con la DVL. Una persona que solicitó la categoría de *Volksdeutsch* basándose en las actividades proalemanas que había llevado a cabo en Polonia antes de la guerra tenía un padre judío. El tribunal decidió que no se la podía admitir, pero se le dio un certificado que

afirmaba que ella no era polaca, sino una «habitante privilegiada y protegida del Reich» (lo cual constituía otra categoría más, en este caso una que quedaba fuera de los límites de la ciudadanía que entonces estaban en vigor). Aquí, las consideraciones raciales quedaron superadas por otras consideraciones pragmáticas de tipo político, ya que el tribunal no deseaba empujar a una persona con iniciativa y potencial de «liderazgo» al bando antialemán. En otro caso, un hombre de orígenes alemanes «puros» de Polonia se había casado con una mujer cuyo padre era indio. Aunque el examen racial mostró que la mujer y los niños daban muestras de tener «sangre extranjera, y de hecho negra», el hombre había sido miembro de grupos políticos proalemanes en el período de entreguerras, y la familia había sido obligada a huir a Alemania en 1939 a consecuencia de ello. El hombre fue clasificado en la categoría 1 y su esposa y sus hijos en la categoría 2, gracias a sus «sacrificios» por Alemania. Esto pareció pragmático, pero hubo una realidad más dura: el tribunal dio instrucciones para que al hombre se le dijera «cordialmente» que no tuviera más hijos con su actual esposa.[31]

A comienzos de 1944, aproximadamente 2,75 millones de personas, de una población total de 9,5 millones, habían pasado con éxito los controles de la DVL en los territorios incorporados. Para los puristas raciales, los resultados eran descorazonadores (véase la tabla).

Población en los antiguos territorios polacos (enero de 1944) (en miles de personas)

	Warthegau	*Danzig Prusia Oriental*	*Alta Silesia*	*Prusia Oriental*
Alemanes del Reich	194	c. 50	c. 100	6
Colonos alemanes	245	52	38	8
Alemanes [DVL]	493	938	1.420	46
Clase 1	218	113	97	9
Clase 2	192	97	211	22
Clase 3	64	726	976	13
Clase 4	9	2	54	1
Polacos y otros	3.450	689	1.040	920
Población total	4.382	1.729	2.598	980
Alemanes/Población total	21,2%	60,0%	60,0%	6,2%
DVL 3-4/ Población alemana	7,8%	78,1%	66,1%	24,8%

Nota: Cifras como en el original (no todos los totales están sumados correctamente). *Fuente*: NO-3568 en Tribunal Militar Internacional, *Trial of the Major War Criminals* (*TWC*), vol. 4 (Washington, 1949), pp. 937-939.

Lo que muestran las cifras de la tabla es que, ante la existencia de una grave escasez de alemanes de cualquier tipo en las nuevas provincias, ya fueran éstos del Reich, lugareños o nuevos colonos, las listas DVL desempeñaron un papel crucial a la hora de hacer que aumentaran las cantidades. Donde tuvieron menor efecto fue en el Warthegau de Greiser, que había dado la bienvenida a más colonos que cualquier otro *Gau* y había sido, en consecuencia con ello, estricto a la hora conceder la ciudadanía a los antiguos ciudadanos polacos. No obstante, ¿qué frutos dio esta ortodoxia racial? Una brecha numérica todavía inmensa que todos los esfuerzos del RKFDV y las SS habían sido incapaces de salvar, y una gran mayoría polaca distanciada de los alemanes, que ahora estaba en su mayoría desposeída y viviendo en campos provisionales o en aldeas especialmente asignadas para ellos.**[32]**

El implacable rival de Greiser, Albert Forster, que comprendía adónde iba a llevar esto, había ido, en la provincia vecina de Danzig-Prusia Oriental, en una dirección totalmente distinta y había aprovechado a fondo las posibilidades que ofrecía el sistema DVL. Ignorando a los expertos raciales de las SS, mantuvo alejados a los colonos y engrosó la lista con grandes cantidades de mixtos de la clase 3. Forster tenía su propia teoría, que era que muchos lugareños no eran polacos en absoluto sino «kashubianos», que estaban listos para ser germanizados. Pensaba que la importancia que Himmler daba a la rigurosa selección racial no tenía ningún sentido, y consideraba una ventaja el hecho de evitar los trastornos prolongados provocados por la deportación y el reasentamiento. Desde 1941, se mostró inclinado a admitir a cualquier antiguo ciudadano polaco de la lista que hablara alemán razonablemente bien (pronto incluso esa condición se relajó), y políticamente no había hecho nada que pudiera contrariar a las autoridades.

De hecho, Forster no estaba simplemente permitiendo a los polacos que se convirtieran en alemanes, sino que en realidad les estaba obligando a que lo hicieran. «Durante el proceso de germanizar a los polacos sobre la base del Registro Étnico», recordaba un funcionario después de la guerra, «hubo muchos casos en los que pueblos o ciudades enteras fueron incluidos obligatoriamente en el registro según cuotas fijas establecidas por Forster. Por ejemplo, se daba instrucciones a un líder de la división local o al alcalde para que introdujera en él al 80 por 100 de su pueblo aunque éste fuera polaco por

lo menos en un 80 por 100». Casi dos tercios de la antigua población polaca del *Gau* de Forster fueron introducidos, por un medio u otro, en la DVL. Podía verse a tropas de asalto de polacos apenas germanizados desfilando por las calles de sus pueblos cantando canciones nacionales polacas.[33]

«Si yo me pareciera a Himmler, no hablarían tanto sobre la raza», se decía que había dicho Forster. Pero no sólo fue el insulto lo que hizo enfurecer a Himmler; también fue su política, sobre todo a medida que su rival Greiser le hacía llegar un continuo torrente de quejas sobre la forma ineficaz y propia de matones en la que se estaba administrando el nuevo *Gau*. A Himmler no le hizo gracia que dos de los compañeros de Partido más zafios y más próximos a Forster insultasen a un alemán étnico «de intachable linaje» tachándolo de ser un «polaco» en el mismo momento en el que estaban convirtiendo a polacos en alemanes por decreto administrativo. Se le recordó quisquillosamente a Forster que no había ninguna competición para ver quién podía germanizar primero su *Gau*; lo importante era garantizar que la germanización produjera una población «racialmente impecable», ya que «una gota de sangre falsa que entre en las venas de un individuo jamás se podrá eliminar». Pero aparentemente a Hitler esto no le preocupaba tanto y, de hecho, los especialistas raciales apoyaron la afirmación de Forster de que una gran parte de la población nativa de Prusia Oriental descendía originalmente de colonos alemanes. Entre la idea que tenía Himmler de una pequeña élite racial cuidadosamente seleccionada que tratase con prepotencia a una clase marginada polaca y la visión igualmente nacionalsocialista que tenía Forster de la germanización mediante el alistamiento forzoso en organizaciones de masas había, en efecto, un abismo insalvable.[34]

Con un ánimo menos belicoso que el de Forster, la administración provincial de la Alta Silesia también guardó las distancias respecto a los equipos de reasentamiento de Himmler, defendiendo, con gran éxito, que la prioridad durante la guerra debía ser mantener la economía regional funcionando sin problemas. Después de unas expulsiones iniciales de polacos, esta administración decidió que la Alta Silesia era demasiado importante como base industrial como para arriesgarse a desestabilizarla mediante las grandes empresas demográficas de Himmler. «Las oportunidades para el asentamiento en la Alta Silesia son sumamente limitadas, o más bien, ya han quedado casi completamente agotadadas», dijo con pesar su *Gauleiter* al jefe del RKFDV en enero de 1943. La enorme cantidad de personas de clase 3 que también había allí era el indicio que delataba lo que realmente pensaba de las pautas raciales de las SS. Él prefirió aferrarse a sus trabajadores polacos por

todos los medios y ni siquiera introdujo el sistema de clasificación racial hasta más de un año después de que lo hiciera el Warthegau. Esta política de retención, en lugar de liquidación, de un importante sector de la población polaca, que fue inicialmente objeto de críticas, pareció cada vez más atractiva cuanto más se prolongó la guerra.[35]

El propio Hitler pensaba que el misticismo racial de Himmler no era práctico y, aunque era hostil hacia los serbios y los rusos en general, no pensaba lo mismo sobre otros grupos de eslavos. Alababa a los checos como «trabajadores laboriosos e inteligentes» y especulaba con la posibilidad de que los ucranianos de ojos azules pudieran ser «campesinos descendientes de tribus alemanas que nunca emigraron». De hecho, acabó aceptando la opinión, habitual entre los antropólogos alemanes, de que no existía, racialmente hablando, la categoría de los «eslavos»; era un término lingüístico, nada más. Eso no impidió que se siguiera utilizando. Pero ayuda a explicar por qué el Führer permitió que tanto Himmler como Forster definieran la alemanidad a su manera.[36]

El Gran Reich Germánico

Naturalmente, también se podía encontrar preciosa sangre alemana en Europa occidental. Ya a mediados de octubre de 1939, Hitler había dicho a sus jefes de Partido que previeran la incorporación, en el futuro, de Bélgica y Suiza a Alemania. Seis meses después, Rosenberg aclamó la victoria sobre Dinamarca con las palabras: «Así como el Reich de Bismarck nació en 1866, el Gran Reich Alemán nacerá a partir de lo que está sucediendo hoy en día». Casi inmediatamente, la sombra de la anexión cayó hacia el oeste sobre las regiones que Hitler pensaba reclamar con el tiempo arguyendo razones históricas o raciales.[37]

En Francia, cuando recuperaron los territorios que habían pertenecido al Kaiserreich de antes de la guerra, los alemanes no estaban de humor para perdonar. Tras la primera guerra mundial, los franceses habían purgado las provincias de Alsacia y Lorena, habían clasificado a su población según sus «orígenes de sangre» y habían expulsado a más de 90 000 personas en apenas un año: la población alemana del departamento de Moselle cayó de 164 502 personas en 1910 a menos de 45 000 en 1921. La derrota de Francia en 1940 ofreció a los alemanes la oportunidad de vengarse. En junio de ese año, en el exterior de la catedral de Estrasburgo, Hitler estuvo junto al hombre que había

sido el último alcalde alemán de la ciudad en 1914. «¿Qué pensáis?», preguntó el Führer a sus eufóricas tropas. «¿Debemos devolverle esta joya a Francia?» «Nunca», fue la respuesta. Poniendo a *Gauleiters* de confianza a cargo de las zonas fronterizas francesas, e ignorando las protestas francesas, Hitler les dio instrucciones de que germanizaran el área en unos cuantos años. **[38]**

En Alsacia, donde fue nombrado gobernador civil Robert Wagner, el *Gauleiter* de la vecina Baden, a los prisioneros franceses de la región se les ponía en libertad siempre y cuando firmaran una declaración en la que afirmaban ser de sangre alemana. Los civiles que habían huido de los combates regresaban para encontrarse con estandartes que, colgados de un lado a otro de las calles, mostraban lemas en alemán que les daban la bienvenida a la Gran Alemania. La anexión no parecía lejana. Al mismo tiempo, comenzó el proceso de expulsión de indeseables: aproximadamente 10 000 judíos fueron expulsados hacia el oeste, a Francia, junto con decenas de miles de no judíos. Se crearon organizaciones nazis y entró en vigor la ley alemana. En opinión de Wagner, la mayoría de la población de la provincia ya era alemana, tanto si eran conscientes de ello como si no. Aunque el idioma alemán pasó a ser obligatorio, reconocía que muchos habitantes todavía sentían lealtad hacia Francia; no obstante, en su opinión, esto no hacía más que demostrar su ascendencia alemana, ya que «la fidelidad es la cualidad que distingue a los alemanes». De este modo, centró su atención en la cultura, y no la raza. Ordenó que los nombres de las calles y de los negocios se cambiaran por sus equivalentes alemanes, retiró los libros franceses de las bibliotecas públicas y los usó para una hoguera de Navidad. Se enviaba a campos de concentración a aquellos que hablaban francés en público mientras decenas de miles de hombres jóvenes eran alistados forzosamente en la Wehrmacht y las Waffen-SS.

El antiguo estudiante de magisterio microgestionó la transformación, arrojando luz sobre el lado más ridículo de la mentalidad nacionalista al fijar la ley sobre los nombres personales. En adelante quedaban prohibidos los nombres «no alemanes», y la policía secreta escudriñaría las guías telefónicas. Dándose cuenta de la posibilidad de que se reincidiera, Wagner prohibió que «René» se convirtiera en «Renatus», o «Marcel» en «Marcellus», publicó listas de nombres alemanes aceptables y franceses inaceptables, y estableció normas de transcripción (para evitar una situación en la que distintos miembros de la familia Dumoulin acabaran como Vondermühlen, Zurmühlen, Müller y Dümuler). La política sobre la nacionalidad se convirtió en onomástica.

En poco más de seis meses, sólo en Estrasburgo más de 2000 habitantes se «presentaron voluntarios» para cambiar sus nombres. Pero ni siquiera el propio personal de Wagner era capaz de ponerse de acuerdo en qué era un verdadero nombre alemán: a algunos, «Johann» les parecía demasiado judío; cuando otro insistía en cambiar «Robert» por «Rupprecht», un crítico observaba que el propio *Gauleiter* se llamaba Robert. Y, ¿no era el ministro de Agricultura del Reich Darré, que tan francés sonaba, y el jefe de la sanidad un tal Leonardo Conti? Cuando a *monsieur* «Boulois» se le obligó a alterar su nombre a «Bulwa», otro funcionario se quejó de que ese nombre no contenía «nada germánico»: «Nombres como Bulwa ni siquiera son europeos, sino que serían más apropiados para el jefe de una tribu africana». El nombre de un chófer llamado Houillon fue «germanizado» a Hüller y posteriormente a Hujung, mientras que el nombre de un tal Boulanger se debatía entre Bäcker y la preferencia de los expertos por Bulanger. (El propio Wagner tuvo la última palabra, decidiéndose por Hujung y Becker.)

En otoño de 1943, todo el mundo, excepto Wagner, estaba completamente harto de toda aquella farsa. Un funcionario nazi, antiguo autonomista alsaciano, preguntó sarcásticamente si «en una fase de guerra total, es absolutamente necesario que funcionarios y especialistas se devanen los sesos para decidir si un tal Charpentier debería llamarse Scharpenter o simplemente Zimmermann, y si el hecho de que un tal Caquelin se haya convertido en Kagel es decisivo para el desenlace de la guerra». Por muy risibles que este tipo de cosas puedan parecer en retrospectiva, para cuando los alemanes aprobaron por fin la ordenanza que dio carácter legal a todo el proceso de cambio de nombres, a comienzos de 1943, ya se habían recibido más de 50 000 solicitudes. Que hubieran conseguido lo que Wagner (cuyo apellido era originalmente Backfisch) esperaba, es decir, «librar a los alsacianos del rechazo motivado por el hecho de ser solamente medio alemanes», ya es más dudoso.[39]

Por consiguiente, la enorme seriedad de la guerra por la nacionalidad tenía su lado ridículo. Así como a algunos teóricos raciales realmente les preocupaba la posibilidad de que los alemanes del Reich contrajeran un complejo de inferioridad si alguna vez se enfrentaban a los magníficos especímenes raciales que serían seleccionados para colonizar los territorios orientales, otros creían que con el ampuloso purismo de Wagner se corría el riesgo de generar resentimiento dentro del Reich. Al propio Wagner le inquietaba que muchos de los propios alemanes que llegaban a Alsacia desde el Reich tuvieran nombres que sonaban franceses: temiendo quejas por parte

de los alsacianos que se habían visto obligados a cambiarse el nombre, intentó insistir en que sólo los alemanes que tuvieran nombres totalmente alemanes trabajaran en la provincia. Esto enfureció al ministro del Interior, Frick. Incluso después de la guerra, según le dijo a Wagner, no había ningún plan para hacer que los alemanes del Reich se cambiaran el nombre, excepto quizá en el caso de los eslavos, y el propio Führer no creía que fuera necesario germanizar los nombres de las familias que descendían de refugiados hugonotes, ni en Alemania ni en la propia Alsacia. Los *Gauleiters* tenían tanto poder que Wagner simplemente no hizo ningún caso. Por lo que a él respectaba, todos los nombres tenían que ser germanizados, y las estadísticas revelaron que su política había sido un éxito.

Muy cerca de allí, el *Gauleiter* Josef Bürckel, en Lorena, estaba mucho menos preocupado por los nombres. Estaba ocupado expulsando a franceses y judíos y no permitiendo la entrada de alemanes étnicos (que, en su opinión, a menudo eran racialmente menos deseables que los que ya estaban en la tierra). Prefería buscar colonos, si éstos eran necesarios, entre el campesinado de Alemania occidental. Bürckel era otro de esos *Gauleiters* que daban gran importancia a mantener a raya a las SS y sus fantasías raciales. Cuando Bürckel deportó a más de 60 000 francohablantes, casi el 15 por 100 de la población de la región, sin examinarlos racialmente primero, las SS se enfurecieron. Cuando propuso deportar a 40 000 indeseables más a Ucrania como colonos, objetaron que el programa de repoblación no era ni un vertedero ni un castigo: finalmente tuvo lugar una «deportación controlada» de aproximadamente 10 000 bajo la supervisión de las SS. Pero ello sólo fue una victoria temporal para Himmler en su lucha más o menos constante contra los jefes del Partido, cuyas toscas pero eficaces visiones de la germanización tan a menudo se oponían a las suyas.[40]

El conflicto entre Himmler y el Partido en torno a la germanización también tenía lugar en los Países Bajos y Escandinavia. En opinión del régimen, quienes componían la población de estos países no eran alemanes (*Deutsche*), pero sí eran «germánicos» (*Germanen*) y por consiguiente estaban listos para una futura incorporación política. La cuestión en la que el Partido y las SS divergían era cómo debía lograrse esto. El Partido quería ayudar a los nazis holandeses y noruegos favorables a construir movimientos de masas: querían una repetición de la revolución nacionalsocialista tal como había tenido lugar en Alemania y veían a figuras como Quisling, de Noruega, o Anton Mussert, de Holanda, como *Führers* naturales de sus pueblos.

El problema no sólo era que estos hombres eran profundamente odiados y figuras políticamente marginales; también eran nacionalistas, con su propia concepción de la futura relación que se habría de establecer con Alemania. Ya el 1 de mayo, Quisling estaba instando a Hitler a adoptar un programa político para «una unión constitucional de todos los países germánicos»: esto, como él explicó, no supondría la absorción de Noruega dentro de una Gran Alemania, sino «una federación germánica libre bajo el liderazgo de Alemania». De igual modo, Mussert defendía una Gran Holanda (aumentada por la adición del Flandes belga) que no se uniría al Reich. En agosto propuso una «Liga de Pueblos Germánicos» que estaría liderada por Hitler. Los holandeses gobernarían un territorio racialmente purificado de judíos (que serían enviados a Guyana) y valones. El Partido Nazi holandés de Mussert garantizaría la soberanía holandesa, y esto, decididamente, no era lo que tenían en mente los alemanes.[41]

Himmler, que era perfectamente consciente de las limitaciones de estos hombres, tenía una estrategia muy distinta. En conformidad con toda su concepción de la naturaleza elitista de la política, rechazaba la mera idea de crear partidos de masas proalemanes. Al fin y al cabo, la Nederlandsche Unie holandesa se había creado en 1940 para contribuir a la nazificación de Holanda, pero rápidamente se había convertido en un obstáculo para ella. En lugar de ello, promovió la formación de pequeñas élites leales, grupos armados de voluntarios que aprenderían alemán, lucharían por el Reich contra los planes separatistas de sus rivales y tomarían el poder como «paladines de la idea de la Gran Alemania». No habría ninguna federación de estados nacionalsocialistas aliados sino, en lugar de ello, una única Gran Alemania unida por la solidaridad racial. En septiembre de 1940, creó una pequeña unidad holandesa; al año siguiente le robó a Quisling a su segundo (y rival) Jonas Lie, jefe de la policía, para ponerlo al mando de la nueva fuerza de las SS del lugar, nombrándole *SS-Standartenführer*. El jefe de seguridad de Mussert también desertó de las SS. A Mussert le inquietaba lo que suponía todo esto: «La alta dirección de las SS considera que los holandeses son alemanes», se lamentaba. «Es terrible. ¿Adónde va a llevarnos esto?» De hecho, el Partido y las SS básicamente lucharon entre ellos hasta llegar a un punto muerto en los Países Bajos. La principal consecuencia de ello fue que la escasa y cada vez menor cantidad de las personas de allí que deseaban identificarse con la causa nazi quedó dividida por la mitad a causa de las luchas intestinas, lo que debilitó la capacidad de los alemanes para controlar

los acontecimientos y ayudó a aquellos que, o bien se oponían a ellos, o bien sencillamente deseaban seguir una línea más pragmática.[42]

No obstante, la germanización del norte de Yugoslavia después de abril de 1941 demostró que el Partido y las SS no siempre estuvieron en pugna entre ellos. Quizá el hecho de que les resultara más fácil llevarse bien en ese lugar se debiera a que allí había menos cosas en juego. En esta parte de Europa los argumentos a favor de la autodeterminación nacional resultaban irrelevantes y embarazosos, ya que incluso en época de los Habsburgo, menos del 8 por 100 de la población hablaba alemán, y la situación no había hecho más que empeorar: el censo yugoslavo de 1931 había revelado que 29 000 alemanes (lo que suponía un descenso hasta la cuarta parte de la cifra anterior) estaban viviendo en medio de más de un millón de eslavos.[43]

No obstante, como era habitual en las áreas que deseaba ver germanizadas, Hitler no hizo ningún caso de las realidades demográficas y entregó el norte de Eslovenia a dos funcionarios austríacos del Partido Nazi, Siegfried Uiberreither y Franz Kutschera, anteriormente grumete y jardinero, respectivamente. Ambos hombres también aceptaron nombramientos por parte de Himmler y se aseguraron de que la germanización de los eslavos del sur se llevara a cabo en conjunción con las SS. La anexión de estos territorios a los *Gaus* austríacos contiguos estaba planeada para comienzos de 1942, pero se pospuso varias veces, tras unos ataques realizados por los partisanos a las patrullas alemanas, y nunca se llegó a poner en práctica oficialmente. Sin embargo, eso no impidió que se llevara a cabo la campaña de germanización. Cientos de profesores de alemán fueron llevados a toda prisa a los jardines de infancia eslovenos, y se prohibió el idioma esloveno para usos oficiales. Los cursos de alemán se hicieron obligatorios, y con el tiempo casi 400 000 personas se matricularon en ellos. Los alemanes crearon una nueva y única organización nacionalista de masas en cada provincia e hicieron que el ingreso en ella fuera lo más fácil posible.

Pocas semanas después de la ocupación también se prepararon unos drásticos planes de deportación, que con toda probabilidad tuvieron su origen en el propio Himmler. Para afianzar la nueva frontera del sur del Reich, Himmler deseaba expulsar a un esloveno de cada tres hacia el sur, al recién creado estado de Croacia. Fue una idea desastrosa. Con el tiempo acabaron siendo deportados 80 000 eslovenos, menos que los entre 260 000 y 280 000 que en un principio preveía Himmler, pero tantos, en términos de porcentaje

de la población total, como en cualquier otro lugar. Pero al contrario que en Francia o en Polonia, estas deportaciones provocaron una resistencia prácticamente inmediata. Los alemanes llevaron a cabo arrestos en masa y fusilamientos en represalia e incendiaron aldeas enteras. De hecho, Eslovenia se convirtió en uno de los primeros lugares donde se desarrolló una enconada guerra partisana. Ninguna de sus medidas tuvo efecto, y Himmler tuvo que reducir las deportaciones. En la propia Croacia se produjo una reacción en cadena cuando el Gobierno de los Ustase empezó a expulsar a los serbios para hacer sitio a los eslovenos. Cuando Serbia se negó a acoger a más, empezaron a matarlos en lugar de ello. De esta manera, los planes de Himmler para la germanización desencadenaron un genocidio y provocaron una sublevación.[44]

En el verano de 1942, los planes de expulsión de Himmler ya se habían detenido totalmente, e incluso los pocos alemanes étnicos que había reasentado en casas eslovenas a lo largo de la nueva franja fronteriza con Croacia estaban quejándose: sus nuevas viviendas no eran tan buenas como las que habían dejado atrás, los campos eran más pobres, y para empeorar aún más las cosas, a decir de algunos, era difícil dormir por las noches en una casa cuyos dueños habían sido desahuciados. Una vez que los partisanos empezaron a escogerlos como objetivos, tuvieron mucho más de lo que preocuparse: para cuando las SS tuvieron tiempo para ocuparse de sus quejas, varios ya habían sido asesinados y otros expulsados por los guerrilleros. Después de que los colonos pidieran ser trasladados lejos de la frontera, las SS les ofrecieron recompensas para que se quedaran allí. Puede que Himmler apenas se diera cuenta de esto, ya que tenía la mente ocupada en asuntos de mucha mayor envergadura. Pero habría sido bueno que lo hiciera, ya que el fracaso del programa del reasentamiento en Eslovenia fue una advertencia de lo que estaba por llegar.[45]

El Plan General del Este

En el verano de 1942, la última vez que los alemanes se sentirían realmente seguros de alzarse con la victoria, Himmler estaba trabajando al máximo de sus capacidades. En un momento estaba ocupándose de planes para reasentar a los alemanes étnicos del sur del Tirol a cientos de kilómetros de allí, en el mar Negro, al minuto siguiente estaba tratando el problema de cómo enfrentarse al creciente movimiento partisano en la península de Ucrania y Bielorrusia. Estaba la pregunta de quién sustituiría al asesinado Heydrich en

Bohemia y Moravia, había que organizar un próximo viaje a Finlandia, había informaciones procedentes de Oriente Medio y la URSS que procesar. Estaban los cumpleaños de su personal (Himmler siempre fue generoso a la hora de dar regalos a aquellos que trabajaban para él), y había condecoraciones que imponer. Las Waffen-SS, que tan rápidamente se estaban expandiendo, también requerían su atención: una de sus unidades de élite había sido destinada a participar en el ataque al Cáucaso. Y algo no menos importante, estaba la «Cuestión Judía»: los transportes, los guetos (más de 160 sólo en Bielorrusia), la política de mano de obra, la esterilización y un nuevo programa secreto de asesinatos. Fue el 17 de julio cuando visitó el campo de Auschwitz, recientemente ampliado, e inspeccionó los proyectos de mejora de la tierra, los estanques de peces y las estaciones de cosechas, así como el propio complejo del campo. En la cercana Birkenau, él y su séquito fueron testigos de una «selección» de judíos holandeses recién llegados, y el posterior asesinato de docenas de ellos gaseándolos. Fue después de esta experiencia, según el comandante de Auschwitz, cuando dio la orden de que se dejaran de excavar fosas comunes y se quemaran los cadáveres en lugar de ello.[46]

Aproxidamente en la época de su visita a Auschwitz, Felix Kersten, el fisioterapeuta finlandés de Himmler, halló a su paciente en un estado de tal excitación que era imposible lograr que se relajara. Una conversación con Hitler había dejado a Himmler tan eufórico que se sentía como si fuera «el día más feliz de mi vida». Hitler había dado finalmente su bendición a los exhaustivos planes que Himmler le había presentado para la germanización del «Este». «Es la mayor colonización a la que el mundo habrá asistido jamás», alardeó Himmler. Y, en efecto, se habían dejado muy atrás las visiones limitadas de 1940, y la cuestión ya no era simplemente qué hacer con Polonia. Himmler evocó para Kersten una visión de asentamientos de granjeros armados sembrados por toda la Unión Soviética hasta un lugar tan lejano en el Este como los Urales. Unidos con Alemania por autopistas transcontinentales, secciones de las cuales ya estaban siendo construidas por obreros judíos, constituirían un muro fronterizo que protegería a Europa de «una irrupción desde Asia». Los planes y los mapas que llevaba en su abultada cartera señalaban la ubicación de granjas y plantaciones arboladas, pueblos y ciudades modelo, y todos los servicios necesarios para garantizar el sustento de una nueva clase de granjeros-soldados «económicamente poderosos e independientes». «Cuando haya logrado esto, el nombre de Adolf

Hitler será el más grande de la historia germánica», se regocijaba Himmler, «y me ha encargado a mí que lleve a cabo la tarea».[47]

Hitler estaba igual de cautivado. Unas semanas después, en una tranquila tarde, estaba sentado con Albert Speer en el banco que había bajo los árboles del exterior del bungaló de madera de su cuartel general ucraniano. La tranquilidad reinante sólo se vio perturbada por la voz baja y ronca del Führer, cuando éste predijo que el avance de la Wehrmacht continuaría a través del Cáucaso, penetrando en Irán y Afganistán. «Si en el transcurso del próximo año logramos cubrir tan sólo la misma distancia… a finales de 1943 montaremos nuestras tiendas en Teherán, en Bagdad y en el golfo Pérsico. Entonces, los pozos de petróleo por fin se secarán para los ingleses.» Los pueblos germánicos de Europa se asentarían y se reproducirían detrás del frente, en la Rusia europea. Diciéndole a Speer que lo escribiera todo, empezó a hacer cálculos: 80 millones de alemanes, 10 millones de holandeses («que en realidad son alemanes»), 300 000 de Luxemburgo y así sucesivamente. Impresionado por los niños rubios de ojos azules que se había encontrado en Ucrania (obviamente las historias de que los godos se habían asentado en la región mil seiscientos años antes eran ciertas), añadió unos 10 millones de supuestos eslavos que podrían ser «regermanizados». Obteniendo un espléndido total de 127 millones de alemanes reales o en potencia, el Führer empezó entonces a proyectar tasas de natalidad a muy largo plazo. Speer oyó todo esto sin sentir ninguna emoción especial; pero Hitler estaba embriagado por las cifras. Éste era, para él, el verdadero nacimiento del imperio.[48]

El Plan General del Este se había estado gestando durante varios meses con un pequeño grupo de brillantes jóvenes investigadores académicos afiliados a las SS: expertos en asentamientos agrícolas, ciencia racial y geografía económica. El profesor Konrad Meyer, que dirigía la unidad de Planificación y Tierra del RKFDV y que después, en la posguerra, gozó de una carrera de éxito como urbanista en Alemania Occidental, estuvo a cargo de él. Entre sus colegas figuraban el joven geógrafo económico Walter Christaller, cuyas influyentes y muy aclamadas teorías sobre la optimización espacial de los asentamientoss y los «lugares centrales» fueron internacionalmente adoptadas después de 1945 en proyectos de desarrollo de todas partes del mundo, desde el Punjab y Cisjordania hasta la región central de Estados Unidos. La especialidad de Meyer y Christaller era la planificación racional del espacio y las poblaciones: cómo y dónde planear los nuevos asentamientos y las conexiones entre ellos. Para ellos, el Este ofrecía una extraordinaria oportunidad para poner en práctica sus teorías. Como

escribió Christaller en 1940 (en la publicación *Raumforschung und Raumordnung*): «una planificación cuidadosa y un desarrollo afectuoso de las “Principales Aldeas” en el nuevo Este son especialmente urgentes para arraigar a los futuros colonos del oeste y el sur del Reich, y para permitirles hallar un nuevo hogar en los espacios abiertos del Este».[49]

Meyer y su equipo habían estado trabajando en los territorios polacos anexionados. Pero poco después la invasión de la URSS, Himmler le dijo a Meyer-Hartling (su apellido se había alargado a medida que fueron aumentando sus ambiciones) que dejara a un lado su trabajo de equipo allí y que preparase un «Plan General del Este» a largo plazo. En octubre de 1941, presentaron en Posen una exposición sobre «Planificación y Reconstrucción en el Este», y Meyer mostró a Himmler y Heydrich las muestras de pueblos modelo y complejos que incluían interiores modernos y sistemas agrarios racionalizados. Es evidente que les gustó lo que vieron, ya que unos meses después Himmler le dijo a Meyer-Hartling que su nuevo plan debía ampliarse para que cubriera toda la región que iba desde Leningrado hasta la península de Crimea.[50]

Los demógrafos y los expertos en seguridad también estaban haciendo su contribución. A comienzos de octubre de 1941, Heydrich pronunció un importante discurso programático sobre Europa ante sus colegas de Praga que supuso uno de los primeros indicios de las nuevas ambiciones que las SS tenían para el Este: en primer lugar, según dijo, estaban aquellos países (Noruega, los Países Bajos, Flandes, Dinamarca y Suecia) habitados por «hombres germánicos… de nuestra sangre y nuestro carácter», que se incorporarían a Alemania o quedarían asociados de alguna forma con ella. En segundo lugar, estaban los países eslavos de Europa oriental; y en tercer lugar, estaban los «espacios» que llegaban hasta los Urales, que serían explotados para aprovechar su mano de obra y sus materias primas. Heydrich describió un «muro alemán» de «sangre alemana» que se opondría a la «marejada ciclónica asiática» (igual que Himmler se lo describió a Kersten en el verano siguiente). Toda la política racial alemana, continuaba, pasaría a estar orientada hacia el este, desde el Protectorado, el Warthegau y Prusia Occidental hacia la propia Rusia. Y esto significaba que Polonia, el Protectorado y los estados bálticos también tendrían que ser germanizados con «el antiguo espíritu colonial» con el que los alemanes habían colonizado esas mismas regiones en la época medieval.[51]

Una revisión tan ambiciosa de los planes de asentamiento alemanes planteaba muchos problemas en las mentes de hombres que tenían una

mentalidad más práctica, hombres menos obsesionados con los caballeros teutónicos o con historias del salvaje oeste norteamericano. Rolf-Heinz Höppner, jefe de la Oficina Central de Repoblación de Posen, era perfectamente consciente de la dificultad que entrañaba traducir esas grandes visiones a términos prácticos en medio de una guerra. El 3 de septiembre envió a Eichmann, el experto de la RSHA sobre la cuestión judía, un largo memorándum que deja claro que, incluso antes del discurso de Praga de Heydrich, ya se estaban planeando deportaciones de enorme envergadura desde Europa oriental para la paz que estaba al llegar, las cuales tendrían como objetivo a todos aquellos que no fueran «re-germanizables». Según Hoeppner:

> Tras el fin de la guerra será necesaria una deportación a gran escala de grupos de población que sean indeseables para el Gran Reich Alemán en los diversos territorios cuyo control ha tomado Alemania. Esto no sólo concierne a la solución final de la cuestión judía, que atañerá, además de al Gran Reich Alemán, a todos los estados que hayan quedado bajo control alemán; incluye además, especialmente, las deportaciones de los miembros racialmente no regermanizables de los pueblos del este y del sureste, fundamentalmente, que se hallen dentro del ámbito de asentamiento alemán.

Era evidente que un enorme interrogante se cernía sobre el destino de *todos* los pueblos «no re-germanizables» de Europa oriental, no sólo sobre los judíos. El propio Höppner sugirió (reconociendo, al hacerlo, que estaba ignorando las propuestas de los líderes), que se debían dejar libres inmensas áreas de la URSS para la deportación de estas poblaciones, y poner estas zonas bajo el control administrativo de las SS. Estaba la cuestión práctica de si sería posible iniciar estas deportaciones, sobre todo en el caso de los judíos, mientras tenía lugar la guerra. Pero había que resolver primero una cuestión más básica. Tal como él la expuso:

> Sería una pura fantasía hablar en mayor detalle sobre la organización de estas áreas de admisión, ya que deben tomarse primero decisiones fundamentales… es esencial que seamos totalmente claros desde el comienzo sobre lo que se habrá de hacer finalmente con estas poblaciones desplazadas que son indeseables para las áreas de asentamiento de la Gran Alemania. ¿El objetivo es garantizarles permanentemente algún tipo de subsistencia, o deberían ser totalmente erradicadas?[52]

¿Subsistencia o exterminio? Sobre esta cuestión crucial a largo plazo, Höppner todavía estaba trabajando a ciegas. Y no sólo él. Dadas las cifras de personas implicadas, ello no es de extrañar. Según las estadísticas de la conferencia de Wannsee, el número de judíos de Europa ascendía a once

millones de personas; pero la población total de no alemanes de Europa oriental era muchas veces superior a esa cifra.

Hitler no era el único que estaba contando cuerpos febrilmente. Las complejidades demográficas también preocupaban al doctor Erhard Wetzel, un experto racial del Partido Nazi trasladado temporalmente al Ministerio del Este de Alfred Rosenberg. Haciendo un comentario sobre los cálculos presentados por la RSHA de Heydrich, Wetzel observó que, aunque estaba de acuerdo con el objetivo global de germanizar el Este, la RSHA había infravalorado las probabilidades demográficas de que ello no pudiera realizarse. La RSHA basaba sus cálculos en algunas proyecciones bastante ilusorias de las tasas de natalidad cuando confiaba en haber reasentado ya en la década de 1970 a hasta diez millones de alemanes por todo el Este.

Wetzel también creía que la RSHA era demasiado optimista sobre las cantidades de no alemanes que tendrían que ser deportados. La RSHA calculaba que aproximadamente cuarenta y cinco millones de personas ya habitaban las regiones que se habían escogido como objetivo para el reasentamiento, más de treinta millones de las cuales se designaban como racialmente indeseables y destinadas a la expulsión: éstas incluían a más del 80 por 100 de la población de Polonia, el 64 por 100 de Bielorrusia y el 75 por 100 de Ucrania. (El destino de los catorce millones restantes no estaba claro: presumiblemente, o bien serían germanizados, o bien asesinados, o bien usados como «ilotas».) Pero según los cálculos de Wetzel, habría que ocuparse de entre 60 y 65 millones de personas, y deportar por lo menos a entre 46 y 51 millones. Singularizaba a los polacos, en particular, como «los más fuertes numéricamente y por consiguiente los más peligrosos de todos los grupos étnicos extranjeros cuyo reasentamiento prevee el Plan». Calculando que su población ascendía a entre 20 y 24 millones, Wetzel temía que su reasentamiento en Siberia occidental crease «una fuente de incesantes disturbios contra el dominio alemán». No obstante, el asesinato en masa tampoco parecía posible. En sus propias y reveladoras palabras, «debería resultar obvio que no se puede resolver el problema polaco liquidando a los polacos de la misma forma que a los judíos», ya que los alemanes cargarían con la culpa «durante años» y ello también haría que sus vecinos se distanciaran de ellos.

Por otro lado, la germanización, aun si se evitaban unos criterios excesivamente estrictos a la hora de llevarla a cabo, en ningún caso cubriría más que una pequeña fracción de la población. Mirando hacia un futuro aún más lejano, a Wetzel le preocupaba que un reasentamiento radical de los

rusos, que tan tristemente célebres eran por lo rápido que se reproducían, no hiciera más que sembrar las semillas de otra guerra racial que podría estallar veinticinco o treinta años después. Y en el horizonte, Wetzel discernía un enemigo aún mayor: «una Gran Asia y una India independiente» que, con centenares de millones de habitantes, suponían una amenaza a largo plazo para la pureza racial de Europa mayor incluso que la que representaban los eslavos. ¿Existía alguna forma de alejar este nada halagüeño panorama? Sin contar la propia solución, bastante imposible, que proponía Wetzel, que consistía en obligar a los eslavos a emigrar, quizá a Brasil, que «necesita gente urgentemente», intercambiándolos por alemanes que se hubieran establecido en Brasil y que pudieran ser utilizados, en lugar de ello, como colonos en la península de Crimea.[53]

La RSHA, como indican los comentarios de Wetzel, parece haberse preocupado fundamentalmente por establecer las cantidades de alemanes disponibles para su asentamiento, y de los no alemanes destinados a la deportación y la muerte. Al proceder del núcleo del aparato de la policía de seguridad, no era de extrañar que sus planes trataran escasamente sobre los aspectos legales, geográficos y económicos del propio reasentamiento. ¿Qué forma de propiedad de la tierra debía introducirse, y qué tipos de comercio e industria debían tenerse en cuenta? ¿Cuáles eran las densidades de población óptimas y qué equilibrio debía existir entre las zonas urbanas y rurales? ¿Cuántos asentamientos debía haber, qué tamaño debían tener, y qué distancia debía haber entre ellos? ¿Qué carreteras se necesitarían para conectarlos? ¿Cuántos obreros se necesitarían, a qué coste, y a cuánto ascendería aproximadamente el presupuesto? Fue en este ámbito donde Meyer-Hartling y sus jóvenes economistas y geógrafos hicieron su contribución. En mayo de 1942, ya habían adaptado los materiales de la RSHA y preparado un programa («Bases legales, Económicas y Espaciales para la reconstrucción del Este») para la repoblación de tres áreas principales de colonización alemana: «Ingermanland» al sur de Leningrado, la zona báltica del sur, y «Gotengau» en la península de Crimea y el sur de Ucrania. Se establecería un cordón de «plazas fuertes» a través de Galitzia y la península de Ucrania que uniría las tres zonas. Anillos de pueblos alemanes rodearían completamente nuevas ciudades modernas de entre 15 000 y 20 000 personas cada una, ubicadas en los empalmes clave de los ferrocarriles y las carreteras. Habría un monopolio estatal sobre la tierra, cuyo cultivo encargarían las SS a terceros mediante contratos de arrendamiento prolongados, y el tamaño de importantes

ciudades eslavas como Varsovia y Leningrado quedaría permanentemente reducido.[54]

Aunque habría sido difícil criticar este plan por falta de ambición, Himmler hizo justamente eso e hizo que sus arquitectos volvieran a comenzar desde el principio. No le gustó la idea de que existieran tres zonas de asentamiento diferenciadas y dijo que Letonia, Estonia y el Gobierno General también debían, todas ellas, estar destinadas a ser colonizadas por los alemanes. (Fue justo en este momento que Himmler ordenó la destrucción inmediata y total de la población judía del Gobierno General.) De hecho, debían pensar, según les dijo, en un «Plan General de Asentamiento» que uniera los asentamientos orientales propuestos con Alsacia y Lorena, Eslovenia, Polonia y las tierras checas. Necesitaba detallados cálculos de los costes en cuanto a mano de obra y de los materiales necesarios para todo el proyecto, semejantes a los que Meyer ya había preparado para los territorios polacos anexionados. Y, finalmente, necesitaba que el marco temporal previsto para el plan se acortara de treinta a veinte años. Aquí entró en acción el «optimismo» tan preciado por Himmler, un optimismo que resultaba indistinguible de una negativa a afrontar los hechos cuando éstos hacían caso omiso de sus obsesiones políticas.

El debate en torno a la viabilidad de estas exigencias, y el intento de satisfacerlas, continuó durante muchos meses. Mientras la guerra iba de mal en peor, los expertos raciales se perdían en fantasías cada vez más grotescas. Ignoraron las dificultades prácticas que ya había puesto de manifiesto la germanización de las tierras fronterizas que se había puesto en marcha durante la guerra (los costes económicos, la violencia, la animadversión y el malestar, el creciente descontento de los colonos que languidecían en los campos provisionales durante meses y años) y, en lugar de ello, hacían conjeturas sobre cuántos, de unos setenta millones de eslavos, debían ser asesinados, expulsados, «desnacionalizados», o aceptados como compañeros. La oficina de Meyer calculaba las cantidades de alemanes que estaban «disponibles» para los asentamientos, haciendo proyecciones demográficas a treinta años vista, llegando simultáneamente a unas proyecciones realmente astronómicas de los costes que todo ello acabaría suponiendo. La manía de Himmler por la planificación abarcaba todos y cada uno de los detalles. Incluso llamó a su arquitecto paisajista favorito para que los futuros colonos «no estuvieran privados de esa imagen armoniosa de casa solariega y jardín, asentamiento, campos y paisajes» que caracterizaba «la esencia alemana». A medida que se fuera imponiendo el orden en la estepa rusa, la suciedad, el

polvo, el empobrecimiento y la desorganización dejarían paso a amplias y limpias calzadas bordeadas por setos, jardines de casas de campo animados por vides y «flores tradicionales», y pequeños cementerios, sombreados por robles, tilos, abedules, fresnos, tejos y juníperos, que montarían guardia sobre las filas de sencillas lápidas orientadas al este.[55]

El comienzo: el reasentamiento y las masacres

Desde un punto de vista, ésta es la historia de un programa que jamás se llevó a cabo, de un ejercicio de la clase de creencia en lo utópico por la que tanto Himmler como Hitler fueron tan tristemente célebres, que sólo fue notable por su tóxica combinación de nacionalismo romántico y de pericia en el ámbito de la ciencia social. La defensa de Meyer durante su juicio después de la guerra fue precisamente que sus planes nunca llegaron a ponerse en práctica. No obstante, como había tal confianza en la inminencia de la victoria, por lo menos hasta que Hitler prohibió, a comienzos de 1943, que se realizaran más planes para la posguerra, estas ideas en realidad no se quedaron solamente en el tablero: Himmler intentó empezar a llevarlas a cabo allí donde pudo, y bloquear durante la guerra cualquier política que amenazara con obstruir su eventual puesta en práctica.

Una de sus víctimas fue el Ministerio del Este de Alfred Rosenberg. El «Ministerio del Caos» nunca se había mostrado entusiasmado por la germanización sistemática. La estrategia política de Rosenberg de alistar a los no alemanes en una cruzada antibolchevique se oponía directamente a la política racial de Himmler de mantenerlos como una clase marginada. Cuando visitó la región báltica en septiembre de 1941, Himmler inmediatamente ordenó que los rusos de Estonia fueran trasladados «al Este» para hacer sitio para el futuro asentamiento alemán que habría de crearse allí e insistió en que los hijos de aquellos que hubieran sido lo suficientemente desafortunados como para haber sido deportados por los soviéticos en 1940-1941 debían ser llevados al Reich con el fin de que fueran examinados para determinar su «germanizabilidad». En Lituania las SS confiscaron más de 6000 granjas para reasentar a algunos de los alemanes étnicos de ese país que habían estado esperando pacientemente en campos provisionales desde que dos años antes hubieran abandonado Lituania. En otoño de 1943 ya se había hecho regresar a unos 30 000 alemanes bálticos desde el Reich, mientras que a los lituanos les quedó claro que lo que les esperaba si los alemanes ganaban era probablemente la «deportación al Este».[56]

En Ucrania los partidarios de las comunidades de alemanes étnicos de allí se enfrentaron a una difícil batalla. «No estamos del todo cautivados por sus *Volksdeutschen*», se dijo a uno de los defensores que tenían en las SS. Parecían ser racialmente inferiores y estar casados con personas ucranianas. ¿Dónde estaban las aseadas y limpias aldeas de alemanes rubios y de ojos azules que los hombres de Berlín habían esperado encontrar? Los funcionarios se quejaban de que «son pobres, visten como harapientos y parecen desordenados, y uno no los toma por alemanes. También las casas y los pueblos parecen estar en ruinas, agrestes y abandonados, y ya no parecen pueblos alemanes limpios y bien cuidados». A medida que les llegaban los servicios sociales de los nazis parecían volverse perezosos y hacerse dependientes de las limosnas. En las celebraciones de Navidad del *Volksdeutsche*, niños presuntamente alemanes «se ponían de pie alrededor del árbol y cantaban canciones ucranianas». La propaganda que animaba a los alemanes étnicos a alistarse en las fuerzas de policía tenía que traducirse al ucraniano para que llegara a sus destinatarios. Sin inmutarse, Himmler siguió adelante con los planes para reasentar a alemanes en torno a su cuartel general de campaña en Hegewald (con el tiempo se crearon unos veintiocho pueblos en un área de 518 kilómetros cuadrados) y también dio comienzo al asentamiento planeado en Crimea, aunque muchos de los desafortunados alemanes étnicos que fueron enviados allí tuvieron que ser devueltos de nuevo a los campos del Warthegau después de tan sólo unos meses, debido al avance del Ejército Rojo.[57]

El Plan General del Este determinaba la política que se seguía incluso fuera de la antigua URSS. En Bohemia y Moravia, que también estaban destinadas a convertirse en parte integrante del Reich, Heydrich presionó para que se deportara pronto a los judíos, concentrándolos en Theresienstadt como medida interina (la ciudad-fortalezasería convertida posteriormente en un asentamiento alemán), y ordenó que se acelerase la confiscación de la tierra y la clasificación racial de los niños checos. Puede que sólo hubiera 23 000 alemanes en la población de un millón de habitantes de Praga, pero esto no disuadió a Heydrich. En el proyecto de Meyer, la germanización de Bohemia y Moravia se lograría germanizando a la mitad de la población checa y deportando al resto (aproximadamente 3,6 millones de personas) al Este. Y tampoco desaparecieron estos proyectos con la muerte de Heydrich. Al contrario, fue en el funeral de éste cuando el propio Hitler asustó a Hacha, el presidente checo, amenazando con deportar a toda la población checa si se producía algún otro ataque grave contra los intereses alemanes. Como alardeó

una tarde, posteriormente, ante quienes le acompañaban: «Añadí que, al haber llevado a cabo la migración de varios millones de alemanes, una acción de ese tipo no nos plantearía ninguna dificultad».[58]

El Plan General del Este también dejó su impronta en Polonia. De hecho, mientras el ritmo del reasentamiento en el Warthegau descendía espectacularmente, se intensificaba en el Gobierno General. Himmler estaba ansioso por seguir adelante con los proyectos piloto, y el principal terreno de pruebas que escogió fue la región de Lublin en el Este, donde el SSPF de Himmler, Odilo Globocnik, pretendía «encerrar» a los polacos y «aplastarlos económica y biológicamente» mediante un asentamiento alemán intensivo. Zamo´s´c, la elegante ciudad de provincias del Renacimiento, que actualmente es patrimonio de la humanidad de la UNESCO, había de actuar como capital regional para 60 000 nuevos colonos alemanes. En agosto de 1942, Himmler dio un paseo por ella con el administrador local alemán y le dijo que derribara inmediatamente la vieja ciudad y la sustituyera por un nuevo asentamiento alemán que se llamaría Pflugstadt (Ciudad del Arado). Para ganar tiempo, su acompañante, que tenía en gran estima la unidad arquitectónica de Zamo´s´c, preguntó al Reichsführer qué aspecto debía tener una «ciudad alemana»: al fin y al cabo, estaba el medievalismo de Nuremberg o el neoclasicismo por el que Speer tenía predilección. Para decidirlo, Himmler envió allí a un equipo de arquitectos y urbanistas que todavía estaban trabajando en sus proyectos cuando el Ejército Rojo penetró en el lugar. Fue un pequeño triunfo para las tácticas dilatorias de uno de los administradores civiles más sensatos que gobernaron Polonia.[59]

Había mucho en juego. Frank había querido esperar a que acabara la guerra antes de empezar a traer colonos alemanes, alegando que los trastornos que ello provocaría pondrían en riesgo la contribución polaca a la economía de guerra. Pero Himmler, que siempre quería seguir adelante, no veía ningun motivo para esperar. Contaba con el poderoso apoyo de Martin Bormann, líder del Partido Nazi, que era más antieslavo aún que él, y puede que ambos hombres confiasen en que si se llevaba a cabo con éxito un asentamiento en el área de Lublin ello les permitiera ir aún más allá, dividir el propio Gobierno General en tres nuevos *Gaus* del Reich, y quizá incluso convencer a Hitler para que disolvera el Ministerio para los Territorios del Este de Rosenberg y ampliar también, de ese modo, el control de las SS y del Partido sobre la zona.[60]

Pero esto resultó ser un grave error de cálculo y también el principio del fin para todo el plan de colonización de Himmler. En Lublin, el propio

Globocnik, con sus maneras de matón, era una garantía de desastre seguro, y sus métodos crueles e increíblemente violentos provocaron precisamente la reacción violenta que Hans Frank había temido. Entre finales de noviembre de 1942 y el verano de 1943, con el fin de hacer sitio para los colonos entrantes, sus tropas desarraigaron a no menos de 100 000 lugareños de por lo menos 300 pueblos: miles de ellos fueron enviados a los campos de Majdanek o Auschwitz. Las familias fueron sometidas a una investigación de antecedentes raciales, y los padres separados de sus hijos; algunos acabaron incluso en las cámaras de gas. Como en Eslovenia, esto echó leña al fuego de la resistencia y planteó nuevos retos para las autoridades alemanas, que ya estaban trabajando al máximo de sus capacidades.

Tan sólo unas semanas después de la primera campaña, la región en torno a Zamo´s´c ya estaba alborotada: los granjeros estaban huyendo para unirse a los grupos de partisanos en los bosques, y se producían ataques contra los nuevos colonos que dejaban a varios de ellos muertos. La guerra partisana amenazaba ahora con extenderse por todo el Gobierno General, que anteriormente había permanecido bastante tranquilo. Himmler ordenó sanguinarias represalias que incluían, «si era necesario», la «aniquilación» de pueblos enteros, pero esto no consiguió erradicar los disturbios. Tampoco fue Himmler mucho más hábil en la propia tarea de la colonización: aunque se identificaron miles de granjas polacas y ucranianas para su expropiación, sólo trajo 10 000 colonos en lugar de los 50 000 previstos. Éstos resultaron ser una mezcolanza de personas procedentes de Serbia, Bucovina, Bélgica y otros lugares, entre ellos familias «antialemanas» de Luxemburgo, y gente de ciudad sin ninguna experiencia agrícola. En Berlín Goebbels hablaba sobre «la enorme imbecilidad política» de toda la idea del reasentamiento.

Hans Frank y sus administradores civiles estaban furiosos: gracias al inepto salvajismo de Globocnik, los polacos y los ucranianos habían perdido su anterior hostilidad hacia los bolcheviques y ahora tenían miedo a ser «tratados como los judíos» bajo el dominio alemán. Lo que esto significaba se sabía bien en la región de Lublin, donde sólo 20 000 de los 250 000 judíos que habían vivido allí en abril de 1941 aún seguían vivos a finales de 1942. Tampoco era un miedo completamente infundado: el propio Frank, hablando confidencialmente a los líderes del Partido Nazi en ese momento, había especulado con la posibilidad de que algunos que se preguntaban qué se haría con los polacos que habían perdido sus casas podrían pensar que aquellos que no pudieran trabajar podrían ser «exterminados». Su opinión, no precisamente

tranquilizadora, era que «un exterminio de millones de seres humanos depende de unas condiciones que actualmente no podemos satisfacer».[61]

En mayo de 1943, Frank se quejó de que «las áreas recientemente colonizadas [se encontraban]… en un estado de franca rebelión». Los lugareños estaban siendo expulsados recibiendo un aviso previo de ello con tan sólo unos minutos de antelación, y enviados a campos donde se los dividía según su aptitud para el trabajo: «Estas medidas provocaron un pánico indescriptible entre la población», que llevó a huir a la mitad de los que habían sido destinados a la expulsión; los rumores se extendieron como ondas expansivas por todo el campo provocando una gran conmoción, y las cosas no hicieron más que empeorar cuando las fuerzas de policía locales contraatacaron con fusilamientos en masa, matando a niños y ancianos. Según las crónicas que aparecieron ese verano en la publicación de exiliados *Polish Fortnightly Review*, distritos enteros quedaron despoblados, lo que dejó

> sólo ganado… vagando por los campos. Grandes cantidades de personas están siendo asesinadas en el acto. A algunos niños se les ha dado patadas hasta matarlos, el resto están segregados: niños hasta los trece años, mujeres y ancianos mayores de cincuenta años que son trasladados para destruirlos. Se ha confirmado que las personas transportadas en dos trenes, cada uno de ellos de treinta vagones, llenos de niños, mujeres y ancianos, fueron asesinadas en las cámaras de gas sólo en Majdanek el 2 y el 5 de julio… La gente está vagando por el campo y escondiéndose en los bosques, bajo el fuego de los cañones y de los aviones.

Ignorando la agitación política y los trastornos económicos, la respuesta de Himmler fue que la germanización debía seguir adelante: el propio Lublin era sólo alemán en un 10 por 100, y quería que en 1944 este porcentaje ya hubiera aumentado a un 25 por 100.[62]

Lo improbable que era que esto sucediera quedó de manifiesto en los poco felices testimonios obtenidos por los propios examinadores raciales de las SS. Maria L. era «cien por cien de sangre alemana»: casada con un «polaco puro»; no obstante, se negaba a ser categorizada como una alemana, diciendo insolentemente que se había casado con un polaco, que estaba esperando su regreso y que «no quería que le buscara un alemán». Johanna W. era «racialmente digna», pero «se niega a aprender el idioma alemán o a hacerse alemana». Brunhilde M.«mostró, al ser sometida a examen, una actitud que puede calificarse de completamente antialemana… Su marido había muerto en combate cuando prestaba servicio como oficial polaco. Rechazaba cualquier vínculo con el Pueblo Alemán y no quería tener nada que ver con él». El hecho de que gente de a pie fuera capaz de adoptar una postura tan firme a pesar de las probables consecuencias que se derivarían de ello

(Brunhilde M. se enfrentó a los campos, y se dio órdenes para que le quitaran a sus hijos y para que éstos fueran esterilizados y dados a otros en adopción), indica que, en 1943, los «polacos re-germanizables» eran una especie en vías de desaparición. Dada la escasez de alemanes étnicos, y la reticencia de la mayoría de los candidatos a aventurarse como pioneros en lo que estaba convirtiéndose en una zona de guerra, el proyecto de Himmler y Globocnik parecía abocado al fracaso.[63]

Mientras tanto, en el Warthegau, la represión de los polacos era incluso más severa que en el Gobierno General. La policía secreta trató de «quebrar las fuerzas biológicas del pueblo polaco» aumentando la edad legal para el matrimonio, con el fin de impedir que los polacos tuvieran hijos, y apoyando la ilegitimidad. Era como si todo estuviera permitido en la guerra de las poblaciones, y como si ninguna institución (el matrimonio, la familia) estuviera segura cuando estaba en juego la seguridad de la nación alemana. A finales de 1942, llegó una nueva política de escoger como objetivos a los niños polacos de los orfanatos para su germanización; serían enviados a clínicas gestionadas por las SS para su futura adopción por familias alemanas, una política que también se extendió, a menor escala, a varios otros países. Pero los niños polacos estaban en riesgo en un sentido más general. A Himmler le preocupaban los «tipos racialmente buenos» que se podían encontrar entre los eslavos y declaró que los alemanes tenían «el deber de llevarnos a sus hijos con nosotros, extraerlos de su entorno, si es necesario robándolos»; en último término, lo único que importaba era acumular el material humano necesario para empujar las fronteras de Alemania un gran trecho hacia el este y convertirse en «la potencia decisiva en Europa».[64]

Años más tarde, en su juicio celebrado en la posguerra, Werner Lorenz, el acomodaticio director del organismo de reasentamiento VoMi, defendía sus actividades poniéndolas en una perspectiva histórica. El problema de trasladar poblaciones, según explicó, no era nada nuevo. Los alemanes habían estado vagando por Europa desde la época medieval. Lo que había hecho la creación de los nuevos estados-nación en Versalles era convertirlos en minorías desfavorecidas. En lugar de seguir el útil precedente del intercambio de población entre griegos y turcos de 1923, la Sociedad de Naciones había, equivocadamente, animado a las minorías para que permanecieran donde estaban, detrás de unas fronteras trazadas de forma injusta. Sin embargo, ello no las había protegido (cientos de miles de alemanes habían huido de Polonia

en la década de 1920 sin compensación alguna) y la consecuencia de ello había sido la inestabilidad internacional. Lo único que había intentado hacer Alemania, y que, en muchos sentidos, había constituido todo el propósito de la guerra, según explicó, había sido «intercambiar estas minorías» con el fin de «garantizar un desarrollo pacífico en Europa». Y Lorenz no podía resistirse a señalar la constante expulsión de alemanes de Europa oriental, aprobada en Potsdam en 1945, para defender que este tipo de medidas no eran, en sí mismas, ilegales. Lo que realmente importaba, sugería él, era la forma en la que se llevaban a cabo.[65]

Las consideraciones humanitarias nunca habían preocupado a Lorenz ni a sus colegas mientras la guerra se estaba desarrollando. Al contrario, ellos habían considerado el humanitarismo como un síntoma de debilidad. El propósito de los proyectos nazis de reasentamiento era producir soluciones definitivas mediante el uso del poder estatal y mediante un estricto control sobre las vidas de los individuos. Sus arquitectos eran muy conscientes de la suerte que habían corrido los anteriores intentos alemanes, y ésa fue la razón por la que, en lugar de seguir en esa línea, intentaron aprender de los movimientos permanentes de población, como el intercambio entre griegos y turcos. Como lo expresó quien fuera director, durante la guerra, de la Unidad de Investigación para el Asentamiento, estas «medidas tan radicales sólo podrán comprenderse como emanadas del espíritu de una nueva era». Antiguas y remotas comunidades de alemanes étnicos tendrían que ser desarraigadas con el fin de crear un «Pueblo Alemán unido y combativo» completamente nuevo. Éste era el sueño de un «muro humano» que había surgido a finales del siglo XIX y que ahora parecía estar al alcance. La colonización japonesa de Manchukuo se estudió detenidamente como un ejemplo de «creación de asentamientos en medio de una población extranjera», y los especialistas alemanes en asentamientos intentaron aplicar las lecciones de Asia en Europa oriental.[66]

Nadie prestó excesiva atención a las quejas de los propios alemanes étnicos, que supuestamente habrían de sacrificar sus tradiciones, sus casas y sus comunidades por el bien superior del Reich. Sin embargo, incluso dentro de los círculos nacionalsocialistas los planes de germanización de Himmler fueron objeto de ataques por su escasa viabilidad, por las indeseables consecuencias que tuvieron durante la guerra y por su lamentablemente deficiente gestión. Se acusó a sus expertos raciales, que estaban excesivamente al servicio de la concepción elitista de la política que tenían las SS, de fijar un nivel de exigencia demasiado alto para el reconocimiento de la

alemanidad, y de perder el apoyo, desde el principio, de individuos y grupos que podrían haber sido y quizá podrían necesitar ser germanizados, dada la escasez de alemanes reales. La germanización de Polonia occidental fue, por lo menos, un objetivo en el que el régimen se mostró de acuerdo, y que Hitler había convertido en una prioridad inequívoca. Pero respecto a la idea, aún más ambiciosa, de fundar colonias en los estados bálticos, Galitzia y Ucrania, y respecto a la idea del propio Plan General del Este, además de ellas, las dudas fueron mucho mayores incluso antes del sangriento desastre de Zamo´s ´c y de la retirada de la península de Crimea y de Ucrania.

Quizá la crítica interna más perspicaz fuera la que llegó desde dentro de las propias SS, en marzo de 1942, cuando se le preguntó al SS-Hauptsturmführer Helmut Schubert, un economista destinado en el RKFDV, qué pensaba sobre el Plan General del Este. Su reacción fue la contraria de la de Himmler: lejos de ser demasiado modesto, el Plan era demasiado ambicioso, y estaba peligrosamente divorciado del panorama económico general y plagado de contradicciones internas. El defecto fundamental era la mano de obra, o más exactamente la falta de ella. Schubert predecía que «tras la guerra, la brecha entre las mucho mayores posibilidades políticas y económicas de las que dispondrá Alemania por un lado, y la cantidad de mano de obra alemana por el otro, será el problema fundamental». No era sólo que el pronóstico demográfico del Plan fuera inverosímil, y que fuera probable que pocas de las gentes «germánicas» en las que Himmler cifraba sus esperanzas (la nueva Compañía Holandesa de las Indias Orientales ayudó a reclutar apenas a mil granjeros holandeses; el Plan contaba con tres millones) desearan dirigirse al Este. ¿Cómo podían hablar sus autores de un «asentamiento total» en Lituania cuando «incluso hoy en día» en los territorios incorporados, entre el 40 y el 60 por 100 de los polacos seguían como trabajadores? ¿Qué creían que iba a lograr la «germanización total» en Estonia, Letonia y el Gobierno General cuando la experiencia durante la guerra había demostrado lo penosamente lenta que había sido la germanización y lo exiguos que habían sido los resultados? Y, ¿no se daban cuenta de que un asentamiento eficaz requeriría más trabajadores urbanos que campesinos si se había de ofrecer los servicios adecuados a estos últimos?

El proyecto, según afirmaba Schubert, revelaba, por consiguiente, una total falta de interés por los índices de mano de obra y por la dirección global de la economía alemana. Los muchos millones que se necesitaban para la «germanización total» del Este (Schubert se mostraba de acuerdo en que un enfoque poco sistemático simplemente tendría como consecuencia una

«mezcla racial») sólo podrían encontrarse «a condición de que se cumplan determinados supuestos muy drásticos». La idea que fundamentalmente quería expresar Schubert era que la tendencia secular de Alemania a desplazarse de la tierra a la industria estaba destinada a continuar después de la guerra; de hecho, se aceleraría si Alemania se convertía, como esperaban tantos empresarios, en el centro industrial de Europa, y contaba con Europa oriental para sus materias primas y su comida. La Alemania de la posguerra se convertiría en «una gran zona industrial», cada vez más urbanizada (a Schubert le preocupaba la amenaza racial y social que ello implicaba) y, lo más preocupante de todo, pasaría a ser dependiente de «una presencia permanente y creciente de trabajadores extranjeros», sobre todo en la tierra. El campesinado alemán dentro de Alemania sería sustituido por granjas más grandes con mano de obra contratada no alemana, la «germanización total» del Este mediante el reasentamiento se volvería imposible, y se produciría una «infiltración progresiva de sangre inferior».

Por expresarlo en términos más sencillos, Alemania tendría que escoger entre un nivel de vida más alto (y el control económico de Europa) o la desindustrialización, el asentamiento colonial en el Este y la pureza racial. Ningún filósofo político del capitalismo de finales del siglo XX podría haber planteado con mayor crudeza el dilema fundamental del nacionalismo: la prosperidad y la globalización, o la homogeneidad étnica y el estancamiento. El propio Schubert llegaba a la conclusión de que esta última opción no era imposible, pero que implicaría un grado mucho mayor de control estatal sobre la industria y la mano de obra que el que se había visto hasta entonces. Sin una gestión casi permanente de la economía en tiempo de paz por parte del Partido y de las SS, las fuerzas del mercado y los industriales egoístas harían inviable el Plan General del Este y, por si eso fuera poco, destruirían «el valor de la sangre alemana-germánica».[67]

El extenso memorándum de Schubert estaba imbuido del racismo del régimen pero también era extremadamente agudo. Su autor era uno de los miembros de un pequeño coro de críticos de los asentamientos que se agrupaban en torno al cada vez más marginado ministro de Agricultura, Walter Darré, que pensaban que no había bastantes alemanes para satisfacer a todo el mundo y que consideraban que era probable que el expansionismo agrario de Himmler llevara a la extinción del campesinado dentro de la propia Alemania. Apoyaban el ideal de una nación campesina étnicamente pura, pero sostenían que el hecho de que el imperio intentara abarcar demasiado haría que eso no fuera más fácil, sino más dificil de lograr. Pero el ineficaz Darré

fue marginado en mayo de 1942 y, de todos modos, Himmler odiaba a los «pesimistas».

Naturalmente, el régimen no podía permitirse ignorar la cuestión de la mano de obra que había planteado Schubert. De hecho, en ese mismo momento, Hitler estaba prestando una nueva atención a las necesidades globales de mano de obra del Reich y nombró a un plenipotenciario de trabajo para que se ocupara de ellas. Pero *su* función no era la planificación de la posguerra sino el reclutamiento, durante la guerra, de una cantidad aún mayor de mano de obra forzosa extranjera para la economía del Reich. En otras palabras, la crisis económica que se vivió durante la guerra parecía abocada a aumentar, y no a disminuir, el peligro de «mezcla racial» que tanto alarmaba a Schubert y a otros nazis. El propio Hitler estaba dispuesto a tolerar esto por el bien de la victoria, y uno de los ayudantes más próximos a Himmler, Gottlob Berger, respondió al joven analista al estilo, consagrado por la tradición, de las personas designadas para un cargo que saben lo que quieren oír sus amos: en realidad, la situación no era tan mala, dijo Berger al escéptico economista de las SS, la tasa de natalidad en verdad estaba aumentando, y había campesinos alemanes que podían ser trasladados desde el Reich hacia el este. El verdadero peligro, concluía Berger, eran… ¡los abogados! Poco después, Schubert era reasignado al Frente Oriental.[68]

Himmler siguió adelante a pesar de todo, como hemos visto. Ese septiembre dijo a sus compañeros más próximos que su principal tarea en los primeros veinte años después de que se alcanzara la paz sería reunir a «los pueblos germánicos» para que su cantidad creciera de 83 a 120 millones, la misma cifra a la que Hitler había llegado con Speer. Tendrían que repoblar todo el Gobierno General, el Báltico, «Ingermanland» y la península de Crimea; construir carreteras, autopistas, conexiones ferroviarias, y un «hilo de perlas» formado por pequeñas ciudades que llegaran al Don y al Volga. Con el tiempo, ese «este germánico» llegaría hasta los Urales, para que cuando llegara el momento, medio milenio después, de que Europa saldara sus cuentas pendientes con otros continentes, una sólida falange de entre 500 y 600 millones de «germánicos» parasen los pies a sus enemigos.[69]

La idea de un «muro fronterizo», que había aparecido por primera vez durante la primera guerra mundial, había crecido en la fecunda imaginación de Himmler hasta convertirse en algo que cada vez tenía menos contacto con la realidad. La guerra demostró que la capacidad del Tercer Reich para expulsar o incluso exterminar a poblaciones enteras tenía pocos límites; pero ni siquiera los nazis podían hacer aparecer alemanes allí donde no los había,

por lo menos no mientras se priorizara la raza y la sangre sobre la asimilación cultural. Los pueblos «germánicos» de los Países Bajos y Escandinavia no mostraban el menor deseo de establecerse en la península de Ucrania o el Báltico (sólo unos centenares llegaron a hacerlo) y odiaban cada vez más a sus señores alemanes. La solidaridad racial era un mito, socavado por la brutalidad de las mismas personas que más hablaban de ella. Encontrar voluntarios dentro de Alemania no era más fácil: lo más al este que la mayoría estaban dispuestos a irse era el Warthegau o los Sudetes: preferían dirigirse al oeste, a Lorena. A consecuencia de ello, los proyectos de nacionalización del Reich se abrieron cada vez más a los no alemanes; sólo en el caso de los judíos siguieron siendo tan criminales como siempre.

En la práctica, los proyectos de reasentamiento de Himmler en Polonia occidental se detuvieron a finales de 1942. Sus intentos de embarcarse en las primeras fases del Plan General del Este durante la guerra fueron un fracaso estrepitoso. Su proyecto piloto en Zamo´s´c provocó desórdenes en el Gobierno General e hizo que, comparado con él, Hans Frank pareciera tener visión de futuro y ser moderado; el proyecto de Hegewald en la península de Ucrania, más reducido, corrió una suerte similar, y los alemanes étnicos que habían sido asentados allí fueron expulsados por las milicias y los partisanos ucranianos. Cada vez más *Volksdeutsche* estaban buscando salidas. En la Volinia soviética, en el invierno de 1939-1940, numerosos ucranianos, bielorrusos, polacos e incluso judíos habían rogado ser considerados alemanes y trasladados al Reich; cinco años después, se podía ver a los alemanes de los Sudetes hablando checo ostentosamente, y en Silesia y el Warthegau muchos DVL de categoría 3 estaban solicitando de hecho que se revocaran sus designaciones. Cuando las guerrillas griegas capturaban a desertores de la Wehrmacht, muchos de estos supuestos alemanes de repente declaraban ser polacos o rusos.[70]

En el verano de 1944, las colonias de pioneros, desde el Báltico hasta la península de Crimea, ya habían sido abandonadas, y los campos provisionales del Warthegau se estaban volviendo a llenar una vez más de colonos que huían de los bolcheviques por segunda vez en cuatro años. El frente se acercó cada vez más a las fronteras anteriores a 1939 del propio Reich y después las cruzó, reduciendo gradualmente lo que anteriormente había sido la Gran Alemania hasta que ésta desapareció totalmente, a su vez, bajo una ocupación enemiga. En los tres años siguientes, los países de Europa oriental descargaron su venganza, y expulsando a los alemanes étnicos que quedaban entre ellos, movieron decisivamente la frontera de asentamiento entre los

alemanes y los eslavos cientos de kilómetros hacia el oeste. Las minorías alemanas de Europa oriental fueron desarraigadas, y la mayoría de sus comunidades desaparecieron. El logro de Himmler al reagrupar a 800 000 alemanes étnicos entre 1939 y 1944 quedó eclipsado por una crisis de refugiados en la que se vio involucrada una cantidad de personas hasta diez veces mayor.

Sin embargo, incluso en la derrota, los recuerdos de las políticas de población nazis y las mentalidades que las habían producido no desaparecieron. En las universidades y los gabinetes estratégicos de Alemania occidental pudieron hallarse ecos de la idea de la frontera constituida por granjeros hasta la década de 1950. Especialistas académicos que hicieron sin problemas la transición de Hitler a Adenauer hablaban ahora de reasentar a los refugiados de Europa oriental para formar un nuevo «muro fronterizo» de campesinos minifundistas dentro del país: actuarían como un baluarte contra el comunismo en el frente de la Guerra Fría ante Alemania Oriental y los checos. El lenguaje de la raza se dejó atrás, pero el anticomunismo permaneció, invocado al servicio de la democracia y el Mundo Libre. Los subsidios agrícolas, una de las políticas fundamentales del Mercado Común, volverían a ligar a los campesinos alemanes con el parlamentarismo, y conservarían la salud de la nación.[71]

La permanencia de este tipo de lenguaje indica que lo que consideramos políticas de nacionalidad nazis en realidad formaban parte de una tradición europea más amplia. Al otro lado del Rin, por ejemplo, los miedos al descenso de la población siguieron atenazando a los franceses hasta bien entrada la década de 1950 (y durante mucho más tiempo aún, una vez que su miedo a los alemanes, con su rápido ritmo de reproducción, se sustituyera por un miedo a los norteafricanos, con su rápido ritmo de reproducción). Sus principales demógrafos advertían que los nazis habían tenido demasiado éxito: diezmando a los polacos y a otros aliados orientales tradicionales de Francia, los alemanes habían conservado su propio elevado índice de natalidad durante toda la guerra, con el fin de estar lo más preparados posible para lanzar su venganza. También había un temor generalizado a que la expulsión, en la posguerra, de las minorías alemanas de Europa oriental y su concentración dentro de las fronteras alemanas no hubiera hecho otra cosa que aumentar la amenaza de inestabilidad.

Y no sólo eran los franceses quienes temían esto. «Los cimientos demográficos del peligro alemán están siendo reconstruidos», sostenía Eugene Kulischer, autor del análisis más serio sobre la historia de la

población europea, en 1948.«Exterminar al *Volksdeutsche* habría sido una imitación de la crueldad nazi. Pero fue desastroso apiñarlos en lo que quedaba de Alemania.» Muchos comentaristas preveían un renacimiento nazi y tenían vívidos recuerdos del movimiento revisionista que se había producido en Alemania tras la derrota en la primera guerra mundial. El propio Kulischer defendía «una política demográfica drástica» de reducir el índice de natalidad alemán y fomentar la emigración a gran escala desde Europa. El antiguo ministro de Economía alemán Hjalmar Schacht escribió útiles informes después de la guerra en los que proponía asentar a alemanes en colonias de África oriental como una especie de válvula de escape para la población. Puede que los planes de Himmler fueran extraordinarios en cuanto a su ambición y su brutalidad pero, sin duda, no fueron los primeros ni los últimos en considerar la demografía y la colonización de la tierra como claves para la seguridad nacional. Los europeos tardarían varias décadas en aprender a ver las cosas de otra manera.[72]

8

La organización del desorden: 1941-1942

A finales de 1942, Alemania ocupaba aproximadamente un tercio de la masa continental europea y gobernaba casi a la mitad de sus habitantes. La esvástica ondeaba sobre las islas Anglonormandas en el oeste y sobre el monte Elbrus, en el Cáucaso, desde el norte de Noruega hasta el Sáhara. Sin embargo, este inmenso dominio no estaba oficialmente administrado como un todo, y los alemanes nunca crearon nada comparable al Ministerio de la Gran Asia Oriental a través del cual los japoneses dirigieron su imperio durante la guerra. Hitler nombraba personalmente a los funcionarios que habrían de dirigir los territorios conquistados, y, en muchos casos, éstos sólo tendrían que responder ante él. Desde Napoleón no había habido ninguna figura única que ejerciera un dominio tan absoluto.[1]

A la hora de escoger a sus colaboradores, Hitler recurría en primer lugar a los compañeros del Partido que habían participado en la lucha por el poder. «Bien sé lo difícil que es encontrar al hombre adecuado para los cargos más importantes», le dijo a Martin Bormann, jefe de la cancillería del Partido. «Uno se ve obligado una y otra vez a recurrir a las mismas personas. Al escoger a nuestros comisarios para los territorios orientales ocupados, no dejaba de volver a los nombres de mis antiguos *Gauleiters*.» A los treinta y ocho jefes regionales del Partido que ocupaban cargos en el propio antiguo Reich se les añadieron otros diez después de 1938 en los antiguos territorios austríacos, checos y polacos. Pero en realidad estas cantidades pueden llevar a subestimar hasta qué punto estuvo implicado el Partido en el período de guerra, ya que también se escogió a viejos nazis como jefes de las administraciones civiles en Luxemburgo, Bialystok y las zonas fronterizas eslovenas, y otros se convirtieron en comisarios políticos del Reich para Noruega, los Países Bajos, Ucrania, los estados bálticos y Bielorrusia, e

incluso en plenipotenciarios del Reich para el sureste de Europa. Estos hombres, la mayoría de los cuales ya ostentaban cargos provinciales de autoridad en el Reich, adquirieron nuevos poderes en el extranjero con los que anteriormente sólo habían soñado.[2]

Otros perdieron o se les pasó por alto en favor de otros. El comandante en jefe de las Fuerzas Aéreas y jefe del Plan Cuatrienal, Hermann Göring, seguía siendo quizá el segundo hombre más poderoso del Reich cuando comenzó la campaña polaca. Pero aunque siguió estando a cargo de la explotación económica de los territorios conquistados, su nombramiento como mariscal de campo del Reich tras la caída de Francia marcó el apogeo de su influencia, y pasó cada vez más tiempo cazando en los bosques de su lujosamente decorada propiedad. (Un informado biógrafo de la época enumeró a sus cuatro primeros visitantes del día como su sastre, su barbero, su tratante de arte y su joyero.) El Ministerio de Exteriores, acosado por las luchas intestinas, y bajo la dirección del insignificante Ribbentrop, con sus maneras de pavo real, fue marginado a medida que se fue reduciendo cada vez más el espacio para la diplomacia tradicional: desplazados de Europa occidental y oriental, sus emisarios sólo siguieron siendo influyentes en Dinamarca, Francia y los Balcanes. En cuanto a los generales del ejército, Hitler nunca llegó a confiar plenamente en la mayoría de ellos. Tenía menos interés incluso por el Ministerio del Interior, que había esperado poder utilizar la guerra como una oportunidad para llevar a cabo la centralización de gobierno que planeaba para Alemania en conjunto. Irónicamente, a los funcionarios les resultó más fácil centralizar el poder estatal en países como Francia o Bélgica que a sus homólogos en Alemania, enzarzados en una batalla en la que tenían todas las de perder frente a la Hidra multicéfala del Partido Nazi.[3]

El Partido estaba en alza porque Hitler consideraba que sus principales hombres eran la clave para llevar a cabo una eficaz guerra racial y para construir la nueva Gran Alemania. Para estas tareas quería funcionarios que estuvieran «constantemente alerta», «un nuevo tipo de hombre, una raza de gobernantes, una casta de virreyes»: «liderazgo político», no «administración». El funcionariado civil le parecía rígido y atado a ideas anticuadas sobre la legalidad. Las consecuencias de mantener este tipo de estado doble eran predecibles. Incluso antes de la guerra, al establecer a sus *Gauleiters* en numerosos feudos de forma que éstos solamente respondieran ante Hitler había provocado un caos en la burocracia. «Era fácil darse cuenta», escribió un certero observador, «de que nuestro supuestamente muy centralizado estado del Führer ya había empezado a dividirse en docenas de

satrapías y en múltiples ducados minúsculos». A medida que el Reich fue extendiéndose y convirtiéndose en una potencia imperial, los funcionarios de Alemania contemplaron cómo la confusión se agravaba.[4]

Sólo había un posible refugio para aquellos que veían cómo se avecinaba el desastre y que buscaban un medio menos personalizado y más eficaz de dirigir las cosas, sólo un hombre que tenía suficiente prestigio y dinamismo para desafiar al Partido: Heinrich Himmler, el jefe de la policía alemana y las SS. Las SS habían empezado hacía mucho tiempo como un pequeño servicio de seguridad para los líderes del Partido. Sin embargo, mezclando funciones estatales y de Partido, e inculcando en sus miembros un profundo sentido de disciplina interna y espíritu corporativo, en 1941 ya aparecía como el organismo individual quizá más poderoso del Reich, y una alternativa y un competidor para el propio Partido Nazi. Era insólito que una figura como Himmler hubiera acumulado un poder tan extraordinario; anodino y sin carisma, era un pedante obsesivo que estaba mucho más feliz hablando sobre el budismo tibetano, la cría de la raza y las raíces indogermánicas de la civilización que sobre la economía, la ley o la guerra. No obstante, había demostrado sus capacidades organizativas durante muchos años, se había rodeado de ayudantes competentes, si bien poco escrupulosos, y supo aprovecharse de las oportunidades que ofrecía la guerra mejor que nadie: para cuando ésta terminó, el «fiel Heinrich» también había sido nombrado comisario político del Reich para el Fortalecimiento del Pueblo Alemán (RKFDV), ministro del Interior, jefe de los servicios de información política y militar, comandante del Ejército Nacional, y supervisor de la administración de prisioneros de guerra. Incluso estaba a cargo de las aduanas y las fronteras.

Si bien el Partido era una organización de masas, que solamente se mantenía unida por la lealtad al Führer, y que nunca fue capaz de imponer disciplina a sus poderosos *Gauleiters*, las SS de Himmler, un ejemplo de gobierno centralizado por parte de una élite cuidadosamente seleccionada, propugnaba una visión muy diferente del nacionalsocialismo. Sin duda, las SS acabaron la guerra con más psicópatas sádicos, guardias de campo que disparaban a la menor provocación y borrachos de la cuenta, pero en sus niveles superiores, sobre todo dentro de su ala de información, el SD, había analistas y responsables de la formulación de políticas que tenían un alto grado de formación, y que esperaban que su implacable profesionalidad pudiera rescatar la misión europea de Alemania de la deficiente y chapucera administración realizada por el Partido. (Después de la guerra, los menos conocidos de estos hombres se lavaron la sangre de las manos y se

convirtieron en industriales, abogados, profesores universitarios y consultores de gestión.)

Algunos de ellos estaban lo bastante intelectualmente seguros de su visión del nacionalsocialismo como para escribir críticas mordaces a la manera en la que se estaba dirigiendo la guerra. Estaban profundamente comprometidos con el objetivo de un nuevo orden racial en Europa bajo el liderazgo de Alemania; lo que se preguntaban era si el *Führerstaat* del período de guerra estaba lo suficientemente bien dirigido para lograrlo. Desgraciadamente para ellos, Himmler no era un hombre que agradeciera las críticas. Además, la élite del SD estaba sumergida en la desordenada expansión que vivieron las propias SS durante la guerra. Entre 1939 y 1941, los reformistas, tanto los que había dentro de las propias SS como los que pertenecían al funcionariado, todavía esperaban que se pudiera convertir en el motor de un estado racial correctamente organizado; en 1942 ya estaban perdiendo la esperanza. Para empeorar más las cosas, desde su punto de vista, la expansión de las SS produjo su propia contrarreacción, y muchos *Gauleiters* del Partido no tardaron en advertir de los peligros que entrañaba el hecho de dar demasiado poder a Himmler. El Partido prometía un caos descentralizado, las SS amenazaban con un exceso letal de orden centralizado. Fue entre estos polos donde se desarrolló el debate nacionalsocialista sobre cómo se había de dirigir el Nuevo Orden.

El resurgimiento del Partido

Tanto la Alemania como la Italia del siglo XIX eran estados que habían obtenido la independencia nacional mediante la integración. Pero la integración era un proceso, no un suceso, y estaba lejos de completarse cuando, medio siglo después, surgieron el fascismo y el nazismo. Los dos movimientos prometían un fuerte gobierno ejecutivo después de períodos de ingobernabilidad parlamentaria y recurrieron a los funcionarios estatales para buscar la eficacia y la fuerza nacional. Pero Hitler y Mussolini llegaron al poder a lomos de partidos de masas. Eran movimientos que tenían sus sedes en las provincias, cuyos cuadros desconfiaban del estado y de sus funcionarios y trataban de conservar el poder en las ciudades de las regiones, lejos de la influencia corruptora de las capitales nacionales. Por consiguiente, el Partido constituía implícitamente un desafío no sólo para el monopolio estatal de la violencia, sino también para la mera idea de un fuerte poder

ejecutivo centralizado que quedara fuera de sus filas. ¿Partido o estado? Éste fue el dilema fundamental del fascismo.

A la hora de abordarlo, los regímenes de la Italia fascista y de la Alemania nazi se movieron en direcciones totalmente distintas. En Italia, donde Mussolini nunca tuvo un rígido control sobre su indisciplinado partido, ser miembro de él prontó pasó a no ser más que una forma de asegurarse el ascenso, el precio del nombramiento en un cargo, a medida que Mussolini iba consolidando todo el poder en el aparato estatal. En Alemania, por otro lado, la dirección política e ideológica del Partido Nazi que ejercía Hitler era incuestionable, y el Partido siguió siendo tan indispensable para él como sospechoso siguió siendo para él el funcionariado del estado. En su opinión, la revolución nazi no estaría completa hasta la instauración de la Gran Alemania, y al mismo tiempo que necesitaba al ejército para derrotar a los enemigos de Alemania en el campo de batalla, para llevar a cabo la germanización, por no decir también que para mantener alta la moral en el frente doméstico, necesitaría al Partido. La guerra, en este sentido, era «la segunda fase de la revolución nacionalsocialista».[5]

Una vez que Austria y los Sudetes fueron anexionados, los funcionarios intentaron imponer su control sobre las nuevas regiones (*Reichsgaue*). De hecho, en un principio pareció que el Ministerio del Interior iba a poder utilizar a Austria para probar el nuevo sistema centralizado de gobierno de las provincias que llevaba años intentando introducir dentro del propio Reich. Pero los *Gauleiters* recién nombrados en Austria recurrieron directamente a Hitler para que los protegiera de los «burócratas», y, tras la conquista de Polonia, esta inclinación hacia el Partido se intensificó. Hitler, que ordenó a los recién nombrados *Gauleiters* Forster y Greiser que germanizaran sus territorios lo más rápidamente posible y tan brutalmente como fuera necesario, no quería que se vieran entorpecidos en su tarea por el papeleo ministerial. Para ayudarlos, a ambos hombres se les concedieron poderes de los que ni siquiera habían gozado sus equivalentes dentro del Reich anterior a la guerra: para ira de los funcionarios, dirigían personalmente todas las ramas de la administración, entre ellas «administraciones especiales» de justicia, finanzas, vías férreas y servicio postal (que en los demás lugares seguían estando bajo el control de Berlín). De este modo, pudieron tratar a las anteriores provincias polacas como zonas donde la «la teoría nacionalsocialista podría ponerse en práctica al cien por cien» (como lo expresó un periódico alemán).[6]

En 1940, Hitler dejó claras sus más amplias intenciones anexionistas al confiar Luxemburgo al *Gauleiter* de Coblenza, y Alsacia al *Gauleiter* de Baden. Lorena fue gobernada por el más poderoso de los tres, Josef Bürckel, *Gauleiter* de Saarpfalz que acababa de supervisar la anexión de Austria.[7] Noruega y los Países Bajos fueron entregados también a hombres del Partido: en el vocabulario de los nazis, estos países formaban parte de la zona «germánica» que se extendía más allá de los confines del Reich «alemán». Al año siguiente personas designadas por el Partido austríaco tomaron el control de las zonas fronterizas eslovenas. La creación del Ministerio para los Territorios Ocupados del Este bajo la direccción del teórico del Partido Alfred Rosenberg, y sobre todo el nombramiento de *Gauleiters* como Koch, Lohse y Frauenfeld como commisarios políticos, no representó sino la culminación de esta tendencia.

El ascenso del Partido no podría separarse de la cada vez mayor concentración de poder en manos del propio Führer que se produjo durante la guerra. De las 650 órdenes legislativas más importantes que se dictaron durante la guerra, sólo 72 fueron leyes formales; el resto fueron decretos u órdenes dictadas en nombre del Führer, la mayoría de ellas en secreto. En otras palabras, el Tercer Reich no estuvo gobernado como otros estados, ni siquiera como otras dictaduras. El gabinete ministerial no se volvió a reunir después de febrero de 1938 y fue sustituido en septiembre del año siguiente por un Consejo de Defensa ministerial del Reich. Pero éste también quedó socavado por la pereza de Göring y por la falta de apoyo por parte de Hitler: después de diciembre de 1939, apenas se reunió, si es que lo hizo siquiera, y los intentos de reactivarlo posteriormente fracasaron. La propia guerra estuvo dirigida cada vez más desde el remoto cuartel general de Hitler en Prusia Oriental, y aquellos a los que se nombró para que gobernaran los territorios recientemente conquistados respondían personalmente ante él. A éstos, a los que casi nunca se reunía en bloque, no se les animaba a comparar notas sobre sus experiencias y tampoco presentaban informes regularmente a Berlín; de hecho, no estaban obligados, y Hitler insistía en ello, a responder ante absolutamente ningún funcionario del estado. La persona del Führer se convirtió en el tribunal de apelación para todos sus problemas.[8]

Los propios *Gauleiters* eran, en su mayoría, veteranos de la primera guerra mundial, hombres radicales e impacientes con escasa afectación y una formación bastante básica. Aunque algunos de ellos eran personas insignificantes y discretas, la mayoría eran «tiranos», como Bürckel en el Sarre/Lorena, el «Rey Mu» Mutschmann en Sajonia, o Erich Koch en Prusia

Oriental/Ucrania, que se encolerizaban por cualquier nimiedad, eran competitivos y celosos de su propia autoridad personal. Muchos tenían debilidad por el alcohol y el dinero. Aunque no carecían de energía y dinamismo, definitivamente no eran hombres de organización. Más bien, depositaban su confianza en personas individuales, sobre todo en la del Führer, pero secundariamente en sus propias camarillas de subordinados, a las que generalmente se llevaban consigo de un trabajo a otro. Hitler era sumamente fiel a ellos y los conservó en sus cargos durante períodos de tiempo muy prolongados (algunos habían gobernado su *Gau* desde finales de la década de 1920), aumentando de ese modo su sensación de inmunidad. Cuando se vio obligado a librarse del corrupto e ineficaz Odilo Globocnik en Viena después de tan sólo unos meses, Hitler murmuró que prefería «deshacerme de un *Gauleiter* sólo en las circunstancias más extremas».[9]

El fracaso de la centralización

Los funcionarios del estado asistían a esto con horror. El ministro del Interior Frick y su enérgico secretario de Estado, Wilhelm Stuckart (al que un compañero suyo describió como «el verdadero ministro del Interior»), habían intentado mejorar la eficacia de la administración de Alemania antes de la guerra. La expansión del territorio controlado por Alemania y la creciente influencia del Partido hicieron que la tarea fuera, al mismo tiempo, mucho más urgente y mucho más difícil. Al dar carta blanca a sus *Gauleiters*, Hitler socavó la esperanza de Stuckart de que el Ministerio del Interior pudiera actuar como centro de intercambio de información para todos los contactos ministeriales con los territorios recientemente ocupados. Otro factor igual de perturbador fue el nombramiento de Himmler como encargado general de la germanización, que también pasó por encima de los departamentos ministeriales que ya existían y creó una nueva oficina de asentamiento racial dirigida por entero por las SS. En otras palabras, por lo que respectaba a los burócratas, éstos tendrían que lidiar no con una, sino con dos organizaciones no estatales: los jefes del Partido y las SS. Hans Kehrl, uno de los hombres de Göring encargados de la resolución de problemas, le dijo a Stuckart que, en su opinión, el Reich, a pesar de estar «en una lucha a vida o muerte», carecía de un «gobierno que funcionara»; Hitler nunca estaba en Berlín; no había ninguna reunión ministerial, y distintos ministerios estaban perdiendo el tiempo intentando decidir quién era responsable de qué. Para su consternación, Stuckart se mostró de acuerdo con ello.[10]

El Ministerio del Interior intentó contraatacar. En 1939, trató de refrenar al bisoño RKFDV de Himmler y aclarar sus competencias. En 1940, se ofreció a ayudar a supervisar los territorios recientemente conquistados de Francia. No obstante, Hitler, como hemos visto, prefirió que sus antiguos compañeros del Partido dirigieran Alsacia, Lorena y Luxemburgo y los apoyó por encima del Ministerio del Interior cuando estallaron las inevitables discusiones sobre quién estaba realmente al mando. Los gobernadores y los *Gauleiters* intervinieron en la discusión tomando una postura contraria a los funcionarios del estado de Berlín. Uno se describió a sí mismo como «el cartero del Gobierno»; otro se refirió con enojo al «exagerado centralismo y la burocratización de la administración desde la toma del poder». El propio Martin Bormann criticó con mordacidad el «lúgubre centralismo» de los ministerios.[11] Hitler estaba de acuerdo: rechazó la idea de que una oficina central dirigida por funcionarios coordinase la política de ocupación, o supervisase la introducción de la ley del Reich. Lo último que deseaba era una homologación de normas y procedimientos que dejara a sus hombres con las manos atadas.[12] Todo dependía del individuo, no de ninguna estructura impersonal. Una y otra vez sacaba a relucir a los gobernantes que en su opinión eran modélicos, los británicos, para apoyar esta conclusión: «¡Hoy en día hay naciones pequeñas que tienen más gente que el imperio mundial británico!». Una tarde, pocos días después, volvía malhumoradamente sobre el tema: «Entre nosotros, la concepción del estado monolítico implica que todo debe dirigirse desde un centro… Los ingleses, en la India, hacen exactamente lo contrario. Ciento cuarenta y cinco mil hombres gobiernan a trescientos cincuenta millones. ¡Si estuviéramos en su lugar, nosotros necesitaríamos millones de funcionarios!».[13]

Por consiguiente, llegando a la conclusión contraria a la de los reformistas del Ministerio del Interior, sostenía que la conquista hacía necesaria una «descentralización masiva»:

> hasta la mera amplitud del territorio del Reich nos obliga a hacer esto. No se debe suponer que una reglamentación aplicable al antiguo Reich, o a parte de él, sea automáticamente aplicable a Kirkenes [en el norte de Noruega], por ejemplo, o a la península de Crimea. No existe ninguna posibilidad de gobernar este enorme imperio desde Berlín, usando los métodos que se han empleado hasta ahora.

En otras palabras, no habría absolutamente ninguna burocracia imperial centralizada. Cuando Göring finalmente hizo el esfuerzo, en enero de 1942, de apoyar la causa del Ministerio del Interior, Hitler lo obstaculizó inmediatamente.[14]

Los funcionarios se mostraban escépticos. La creación de un nuevo y totalmente innecesario ministerio para gobernar la antigua URSS, bajo la dirección del charlatán incompetente de Rosenberg, nada menos, era, en su opinión, un paso de gigante hacia una mala gestión que tendría consecuencias catastróficas; habría sido mejor, sostenía Stuckart, gobernar cada región de la URSS conquistada dejándola bajo el control de un comisario político del Reich que sólo respondiera ante el Führer, como sucedía en los Países Bajos y Noruega. La prolongación indefinida de la guerra más allá del invierno de 1941 los reafirmó en sus dudas. Viendo los problemas creados por los corruptos mediocres del Partido de Rosenberg, los «Faisanes Dorados», los funcionarios hicieron hincapié en los costes que supondría malgastar personal mediante la duplicación de tareas y la creación arbitraria de nuevas oficinas: «Todo el mundo está haciendo este trabajo sólo para asegurarse de que ninguna otra oficina se apropie de él».[15] El propio Stuckart hablaba cáusticamente sobre los efectos que ello tendría sobre la autoridad alemana en Europa si no se hacía nada para acabar con el despilfarro y frenar al Partido:

> No es concebible que, si continúa el pródigo uso actual de personal, seamos capaces de llevar a cabo una reconstrucción eficaz de Europa o de liderar el continente. A consecuencia de la organización doble y triple de los asuntos que existe hoy en Alemania, no sólo quedan detenidas las personas en el *Altreich* cuando se las necesita urgentemente para el desarrollo de nuevos territorios, sino que nos enfrentamos al peligro de que el error que suponen los solapamientos en la organización se exporte a los nuevos territorios y haga que allí se reproduzcan los mismos defectos.[16]

La presión que existía sobre el personal cualificado era grande, sin duda. Ya en noviembre de 1939, aproximadamente entre 70 000 y 80 000 funcionarios habían sido destinados solamente a la Polonia ocupada. En 1943 ya había más de 263 000 funcionarios alemanes en los territorios ocupados en conjunto, la mayoría de ellos en el Este. No obstante, Hitler tenía tan profundamente inculcada su desconfianza hacia el funcionariado del estado que ésta le impidió tomar en serio sus advertencias. «En caso de que hubiera alguna diferencia de opinión», recordaba Stuckart después de la guerra, «teníamos que tener en cuenta de antemano que Hitler resolvería en contra de la opinión del Ministerio». Una y otra vez, el Führer obstinadamente se negó a hacer nada que automáticamente atara las manos a sus emisarios personales. En el Este, sobre todo, se negó a cometer «el error de una instaurar una eterna reglamentación estricta» dictada desde Berlín.[17]

Por consiguiente, no es de extrañar que durante 1942 un equipo del Ministerio del Interior llegara a algunas pesimistas conclusiones sobre el

efecto que tendría la forma personalizada de gobernar de Hitler:

> Es uno de los principios organizativos más característicos del estado nacionalsocialista el hecho de que tareas de gran prioridad política, que sólo pueden resolverse oportunamente haciendo uso de los máximos recursos del poder, no se asignen a organismos que tengan unas competencias claramente definidas, sino a un *individuo de confianza dotado de amplios poderes*. En términos de organización, esto es inobjetable si los organismos administrativos existentes se ponen a disposición de este tipo de comisario político y si, actuando simplemente como una autoridad central, éste hace uso de ellas y no crea un nuevo aparato propio. Pero conduce ineluctablemente a las más graves dificultades si comisarios políticos de este tipo aparecen a un nivel de *Gau* o *Kreis*, y si tarde o temprano adquieren la forma de una nueva autoridad dotada de sus propios poderes absolutos.[18]

A pesar de la verborrea, el problema fundamental aparecía nombrado alto y claro: demasiado personalismo a la hora de gobernar, demasiada improvisación, demasiados organismos nuevos y siglas nuevas. Lo que los funcionarios llamaban «administración especial» (*Sonderverwaltung*) se estaba convirtiendo en un enorme dolor de cabeza gracias a creaciones tan flamantes como el nuevo ministerio de Rosenberg, la independiente agencia de economía para el Este de Göring (*Haupttreuhandstelle Ost*) y el RKFDV de Himmler. Y todo eso, solamente en el Este.

La solución de los funcionarios seguía siendo la de siempre: eficacia administrativa mediante la centralización. Todos los organismos, excepto aquellos que el tiempo hubiera demostrado que requerían una gestión especializada (los ferrocarriles, la economía, el servicio postal y la justicia) debían quedar bajo la dirección central del Ministerio del Interior. Si esto no sucedía (y no parecía probable que ello fuera a suceder pronto), llegaban a la conclusión de que la única esperanza del Ministerio estribaba en vincularse a una de las instituciones que habían demostrado su capacidad para prosperar en medio de las luchas intestinas. Esto significaba vincularse al Partido o las SS, y no podía haber muchas dudas sobre cuál de las dos les parecía más apropiada para hacerlo.

Los críticos: ¿Hacia las SS?

Es en este contexto en el que debemos comprender la relevancia que tiene un volumen que Heinrich Himmler recibió en su cuadragésimo cumpleaños en junio de 1941, exactamente cinco años más tarde del día después de que hubiera tomado el control de la policía alemana. Aunque hoy en día se lee poco, el *Festgabe zum 40. Geburtstage des Reichsführer SS Heinrich Himmler* es una magnífica colección de ensayos, escritos en su mayoría por

un círculo de hombres de alto rango de las SS próximo a Himmler, que hacen balance de lo que se había logrado hasta entonces, aclaman a Himmler como arquitecto del Nuevo Orden y recomiendan, de forma elíptica pero inequívoca, que el dominio alemán tome una nueva dirección.

La primera contribución al volumen, que versa sobre el imponente tema de «Autoridad Central, descentralización y unidad de administración», estaba escrita nada menos que por Wilhelm Stuckart, del Ministerio del Interior. Aunque era un laborioso funcionario del estado, Stuckart también era uno de los principales teóricos sobre la administración y la ley nazis del Tercer Reich y ostentaba un cargo en las SS. De hecho, durante algún tiempo se le había conocido como el hombre de Himmler en el Ministerio del Interior. Experto que diseñó la nueva relación de Austria y Checoslovaquia con el Reich, también fue el responsable de los comentarios sobre las Leyes de Nuremberg y posteriormente desempeñó un importante papel en la Conferencia de Wannsee.

No obstante, la primordial preocupación de Stuckart no era la política racial, sino la coherencia administrativa. Descrito por un compañero suyo como el «guardián del Santo Grial de la Unidad Administrativa», en este ensayo pretendía demostrar a Himmler que el funcionariado no era el cuerpo rígido y legalmente inhibido del pasado. Éste *podía* tomar la iniciativa y mostrar creatividad y dinamismo; los funcionarios podían ser «pioneros de la cultura, colonizadores e innovadores económicos en el mejor sentido de estas palabras». «Ya es hora», escribió en 1940, «de que el funcionario administrativo de alto rango se libre del rechazo del jurista». Ante Himmler, defendía que un funcionariado dinámico, reformado a imagen del nacionalsocialismo, proporcionaría la dirección central única que Alemania tanto necesitaba.[19]

A primera vista parecía extraño que Stuckart se hubiera dirigido a Himmler. La necesidad de abolir todos los nuevos organismos que habían aparecido como setas durante la guerra era una de las primordiales recomendaciones de Stuckart, mientras que el propio Himmler era uno de los más prósperos exponentes de la magia negra de la «administración especial». No obstante, otros aspectos de las SS la hacían atractiva para los racionalizadores. En primer lugar, había quedado estrechamente vinculada con el Ministerio del Interior mediante el nombramiento de Himmler como jefe de la policía alemana: a finales de la década de 1930, las SS habían llevado la fusión de los organismos del estado y del Partido más lejos que nadie en el Reich. Desde el comienzo, la toma del control de la policía por

parte de Himmler había implicado una extrema centralización, despojando a las provincias de su tradicional control sobre la vigilancia para crear una fuerza auténticamente nacional: hasta ahí, Himmler también era un brillante exponente de la administración unitaria que defendía Stuckart. De hecho, muchas de las quejas que los funcionarios regionales del Partido expresaban contra los burócratas de Berlín apuntaban a Himmler en particular. Un caso típico era el de Martin Mutschmann, que fuera durante tanto tiempo *Gauleiter* de Sajonia, que destacaba la tiránica supervisión ejercida por los burócratas de la policía de Himmler de Berlín y se quejaba de los montones de papeleo que se necesitaban para «cada nuevo diente que se necesita para un policía o para la muerte de cada perro policía».[20]

La fe de Himmler en el valor de una élite ideológicamente fiable, juvenil y eficazmente organizada, y sus recelos respecto al Partido (y respecto a los combatientes callejeros vinculados a él) también hicieron que las SS se convirtieran en un polo de atracción para muchos funcionarios profesionales políticamente comprometidos a quienes no necesariamente les gustaba lo que representaba el propio Partido. Resulta notable que dos de las figuras clave de la Gestapo, Heinrich Müller, su jefe, y Franz Joseph Huber, jefe de la Gestapo en Viena desde 1939 en adelante, llegaran a puestos de alto rango en las SS sin unirse jamás al Partido. De hecho, existía un fuerte sentimiento antiPartido dentro de las SS que en realidad irrumpía en la superficie en momentos de descuido. El segundo de Himmler, Heydrich, había declarado rotundamente después de marzo de 1933: «Ya no necesitamos al Partido. Ha desempeñado su papel y ha abierto el camino hacia el poder. Ahora las SS deberían infiltrar la policía y crear dentro de ella una nueva organización». El sanguinario ajuste de cuentas de la Noche de los Cuchillos Largos que tuvo lugar al año siguiente fue la primera prueba de esta estrategia, que se saldó con un brillante éxito.[21]

La guerra reavivó esta vieja animosidad cuando los *Gauleiters* y Himmler empezaron a pelearse por el control de la política racial, y las SS rápidamente pasaron a compartir la opinión del funcionariado de que el Partido era una fuerza desordenada incapaz de administrar adecuadamente los territorios que había obtenido. «En mi larga experiencia en el Partido», escribió el alto mando de las SS y de la policía Richard Hildebrandt, sobre sus impresiones acerca del mandato de Forster en Danzig-Prusia Oriental, «jamás me he encontrado con un *Gau* en el que se hagan las cosas tan arbitrariamente y con tan poco juicio y sentido». Se podrían ofrecer docenas de veredictos similares, y no sólo para esa región en particular. En enero de 1941, el bien relacionado

Von Hassell anotaba en su diario: «El Partido y las SS son claramente antagónicos».[22]

El desdén por el Partido era especialmente pronunciado en la sección de información de las SS, el Sicherheitsdienst (SD), cuyos jóvenes cuadros, que tenían un alto grado de formación, lo habían convertido no sólo en un perro guardián que custodiaba la ideología nacionalsocialista, sino también en una especie de gabinete estratégico informal. Su monopolio sobre la vigilancia dentro del territorio nacional incomodaba a los *Gauleiters*, y el hecho de que a veces ellos mismos fueran víctimas de éste no era la causa menos importante de ello. Los hombres que dirigían el SD también eran muy distintos, en edad, currículum y puntos de vista, a los *Gauleiters*, y tenían pocas cosas en común con ellos: por término medio eran una década más jovenes que ellos o más, y la mayoría no habían estado vinculados mucho tiempo al Partido (aunque eran nacionalistas de derechas sin excepción) y las antiguas fisuras sectarias de éste les resultaban indiferentes. Mientras que a los *Gauleiters* les gustaba ser el centro de atención, los treintañeros de las SD se veían a sí mismos como disciplinados miembros de una élite altamente centralizada y estaban convencidos de que su pericia ayudaría a defender mejor el nacionalsocialismo que la célebre intuición de los envejecidos combatientes callejeros. Heydrich, el fundador de la organización, siguió el modelo del servicio secreto británico (tal como él lo entendía) y reclutó a muchos de sus miembros en las universidades, asegurándose de contar con una buena cantidad de abogados jóvenes, sociólogos y filólogos, muchos de ellos con doctorados recién obtenidos.[23]

El «padre espiritual» del llamado «SD Intelectual» fue otro de los que contribuyeron al volumen especialmente realizado para el cumpleaños de Himmler. El profesor Reinhard Höhn, al que a veces se denominaba el «asesor científico» de Himmler, era un joven y políticamente ambicioso sociólogo y profesor de derecho. Después de la guerra, fundó la Academia de Dirección Económica de Harzburgo, donde hizo buen uso de las ideas sobre gestión de las SS instruyendo a hombres de negocios en sus teorías de «liderazgo no autoritario» (*Führung*), convirtiéndose en el proceso en *el* gurú de los estudios de gestión de la Alemania occidental de la década de 1950. En esa época no se mencionaba su rápido ascenso, gracias a sus conexiones con las SS, en la jerarquía académica apenas veinte años antes, un ascenso en el que se había distinguido como un sinuoso estratega y como un temible perro guardián de la pureza ideológica del nazismo. Höhn había creado el proyecto de las «esferas de vida» de las SD, un programa de vigilancia

sociológicamente ambicioso que analizaba el clima público «en beneficio del liderazgo». Y aunque se vio obligado a abandonar su cargo cuando salieron a la luz sus críticas juveniles a Hitler, siguió estando muy próximo a Himmler.[24]

Cuando estalló la guerra, el Standartenführer Höhn estaba dirigiendo un gabinete estratégico financiado por las SS que exploraba problemas relacionados con la expansión territorial y la ocupación. En el verano de 1940, su proyecto de investigación sobre la historia de la lucha de Alemania contra los polacos antes de 1914 ya estaba muy avanzado, y su colaboración para el *Festgabe* de Himmler del año siguiente se basaba en él. En «La lucha por la recuperación del este alemán: experiencias de asentamiento en la Prusia Oriental, de 1886 a 1914», señalaba los «numerosos errores fatídicos» que había cometido el estado guillermino. Siguiendo a Max Weber, Höhn sostenía que Prusia había sido incapaz de proteger la tierra alemana frente a los polacos porque se había visto obstaculizada por la falta de un gobierno unificado, por la hegemonía de los Junker y por una renuencia liberal a intervenir en el mercado. Los principales culpables de ello eran el parlamentarismo y la multiplicidad de partidos políticos. Pero también la preponderancia de la clase terrateniente, cuya necesidad de mano de obra polaca barata socavaba constantemente las necesidades más prioritarias de la nación.

A Himmler le interesó esto y comentó que era ahí donde el Tercer Reich podría demostrar su superioridad sobre la Prusia de antes de la guerra: Weber sencillamente no podría haber imaginado hasta qué punto el Reich de Hitler podría usar el poder del estado contra los polacos. No era necesario dejarlo todo en manos del mercado, y, si era necesario, la germanización se garantizaría mediante la imposición del servicio agrícola obligatorio en el Este para todos los hombres jóvenes. En otras palabras, esta vez, con él mismo como RKFDV, los polacos serían expulsados de la tierra alemana para siempre, y las SS, punta de lanza de un estado central investido de poder, demostraría su importancia vital para el afianzamiento definitivo del *Lebensraum*. De este modo, se pondría fin a las guerras germano-polacas cuyo origen se remontaba a mediados del siglo XIX.[25]

Un tercer colaborador del *Festgabe* ofreció a Himmler el análisis de mayor alcance de todos, nada menos que una teoría nacionalsocialista de la ocupación continental. Al igual que sus amigos Höhn y Stuckart, el SS-Brigadeführer Werner Best se consagró a la causa nacional-racial. Best, el arquetípico administrador del aparato del terror nazi, era un laborioso hijo y nieto de funcionarios, un hombre que se enorgullecía de su «objetividad

impersonal». Era un abogado cualificado, y Himmler y Heydrich se basaron mucho en él en la década de 1930, usando su concepción de la ley nacionalsocialista como justificación para una doctrina del poder policial prácticamente ilimitado. En 1938, había interrogado al comandante en jefe, el general Fritsch, acerca de unas acusaciones de homosexualidad que se habían vertido contra él, y en 1939 había sido decisivo para la creación de la Oficina Principal de la Seguridad del Reich (RSHA).**[26]**

Si él se hubiera quedado para dirigirla, la RSHA podría haber llegado a ser algo más que una idea ambiciosa; podría haberse convertido en el núcleo de unas SS fuertemente centralizadas, algo en lo que éstas realmente nunca lograron convertirse. Pero la carrera de Best en las SS se fue a pique. Como era típico en él, la disputa la desencadenó un artículo que escribió en una publicación sobre derecho nazi.

La defensa que hizo allí del papel que tenían los abogados en una sociedad nacionalsocialista enfureció a su jefe, Reinhard Heydrich, un hombre para el que la ley era poco menos que una molestia, y que probablemente también temía a Best como rival. En el pasado los dos hombres habían sido compañeros y habían estado muy unidos, pero las cosas empeoraron tanto entre ellos que Best se marchó, y fue inesperadamente nombrado director administrativo para trabajar conjuntamente con las autoridades militares de ocupación en París. Aunque en un principio sus compañeros de la Wehrmacht se sintieron intranquilos por tener a una figura tan conocida de las SS en medio de ellos, pronto apreciaron sus virtudes. El adaptable y competente Best se convirtió en un muy eficaz supervisor de la burocracia de Vichy, y esta experiencia, reforzada por un viaje de estudio a otras capitales de la Europa ocupada, proporcionó la inspiración para su análisis.**[27]**

En su contribución al volumen (aparentemente, sus relaciones con Himmler no se vieron afectadas por su disputa con Heydrich), Best analizaba los retos administrativos a los que el Reich se enfrentaba en el extranjero y proponía una tipología de regímenes de ocupación. Cuando los alemanes habían entrado en Praga en marzo de 1939, el conocido abogado Carl Schmitt había hablado sobre el derecho del Reich a tener su propio «gran espacio» (*Grossraum*), pero no había dicho nada sobre cómo éste habría de ser gobernado. Best se propuso llenar este vacío. Afirmó que había cuatro maneras de administrar un «gran espacio» de acuerdo con los principios nacionalsocialistas: una era la que denominaba «asociativa», siendo la Dinamarca de 1940 el mejor caso de un dominio alemán «informal» dirigido

con suavidad a través del Ministerio de Exteriores. Otra era la «supervisora», ejemplos de la cual eran su propio dominio de Francia, así como los Países Bajos y Bélgica, donde los funcionarios alemanes trabajaban a través del funcionariado nacional, conservándolo en buena medida intacto. La tercera era una ocupación «gobernante», como en el Protectorado de Bohemia y Moravia, donde la reforma de la burocracia local llevada a cabo por los alemanes era mucho mayor y tenía que permanecer mucho más atenta a las amenazas a los intereses alemanes. La última categoría era la «colonial», el Gobierno General, por ejemplo, donde el inferior nivel de civilización de los habitantes exigía que los propios ocupantes cargaran con el peso del gobierno, reduciendo las funciones de Este al mínimo por el bien del «orden y la salud».

Fundamentalmente, Best estaba haciendo un llamamiento a la adopción de un enfoque moderado de la ocupación, que se impusiera a sí mismo unos límites. Best, que nunca se reprimía a la hora de decir lo que pensaba, se mostraba crítico con las ideas del Partido sobre Europa oriental. Separaba la idea de un gobierno colonial de la servidumbre. Decía que no se debía convertir a los pueblos «inferiores» en esclavos, prediciendo que esto sólo llevaría a su destrucción o a la resistencia en masa, ninguna de las cuales serviría a los intereses de Alemania. También advertía, esta vez pensando en Europa occidental, de que la conversión de las instituciones políticas de un país extranjero no podía hacerse deprisa y corriendo. La nazificación debía llevarse a cabo lentamente y en algunos casos no debía intentarse en absoluto. En este aspecto, su análisis se basaba en su relativismo racial: debía permitirse a cada raza desarrollar sus propias instituciones.[28]

Uno no se debería hacer una idea equivocada sobre Best. No era ningún liberal, distaba mucho de ser contrario al exterminio en sí mismo y de hecho abordó de frente la espinosa cuestión de qué hacer con aquellas («una o más») razas que pudieran ser totalmente indeseables dentro del *Grossraum*. Aunque hablando en abstracto, y sin referirse específicamente a los judíos o a los gitanos, Best no dejaba lugar a dudas: podría perfectamente ser necesario para la *Führungsvolk* (raza de los señores) «destruir totalmente» (o expulsar totalmente de su ámbito) a estos grupos indeseables. Un año después repitió sus palabras en una prestigiosa publicación de ciencias políticas: «La aniquilación y la expulsión», afirmaba, «según la experiencia histórica, no contradicen las leyes de la vida, si se llevan a cabo de forma absoluta». Como ha observado el biógrafo de Best, en esta época este franco llamamiento al exterminio racial sistemático, una apelación que resultaba aún más

escalofriante por su lenguaje erudito y abstracto, no tenía parangón en el Reich.[29]

No es de extrañar que uno de los compañeros de Best en París lo describiera como un «teórico de la destrucción». Sin embargo, la destrucción no era su respuesta para todos los problemas raciales. Al contrario, después de haber resumido, tal como él las veía, todas las opciones para el gobierno «racional» de otros pueblos de acuerdo con criterios raciales, Best defendía que se extendieran los principios de la «administración supervisora» a la mayor cantidad de territorios posible. En la antigua Polonia, gobernada a punta de pistola, el dominio alemán exigía decenas de miles de funcionarios del Reich. En contraste con ello, sólo había aproximadamente 200 funcionarios alemanes en París, y menos de 1000 en la zona ocupada en conjunto. La proporción de administradores alemanes y administradores locales variaba de 1:43 000 en Dinamarca y 1:15 000 en Francia, a 1:3700 en Noruega y 1:790 en el Protectorado. Por consiguiente, la ocupación al estilo francés parecía al mismo tiempo barata y eficaz.

El programa de Best para el dominio indirecto bajo dirección alemana encajaba perfectamente con la campaña de Stuckart por la eficacia administrativa. En su mundo ideal sólo se necesitarían pequeños equipos de formuladores de políticas alemanes para que vigilaran a los funcionarios franceses, belgas o noruegos; los agradecidos escoceses, galeses y bretones, al igual que los eslovacos o los croatas, necesitarían menos incluso: la mayoría de los estados europeos se vigilarían a sí mismos con sus propias policías, bajo la supervisión alemana. De hecho, este ideal, desde el punto de vista de los alemanes, no se alejaba mucho de la realidad en 1940-1941. Había disputas con aquellos a quienes gobernaban, sin duda, pero no sobre cuestiones fundamentales. Los daneses estaban demostrando ser proveedores fiables de carne, mantequilla y pescado; los granjeros eslovacos y los obreros checos entregaban lo que los alemanes deseaban. Los funcionarios franceses, belgas y holandeses identificaban a los comunistas y los judíos y cooperaban con sus compañeros alemanes, lo que hacía que solamente se necesitara un mínimo de personal alemán.

Con Best en el cargo, el Reich pudo reducir sus fuerzas de ocupación en Francia en dos tercios en los últimos meses de 1941, lo que le permitió trasladar tropas al Frente Oriental y los Balcanes. En realidad, esto se parecía bastante a lo que Hitler reclamaba: un equivalente alemán del dominio británico en la India.

La ocupación supervisora, bajo presión

Sin embargo, desde el punto de vista de Himmler, la concepción que tenía Best de una administración supervisora tenía una grave desventaja. Al sostener que se debía permitir a los no alemanes que se vigilaran a sí mismos, ello dejaba a las SS, el organismo fundamental relacionado con la vigilancia y la seguridad, sin vía de entrada en gran parte de la Europa ocupada. De hecho, en 1940 y a comienzos de 1941, sus hombres normalmente habían sido rechazados siempre que habían intentado meterse para decir a los *Gauleiters* o a los generales que dirigían las nuevas conquistas del Reich cuál debía ser su política de vigilancia. Pero sólo unos días después de la aparición del volumen de cumpleaños de Himmler llegó la invasión de la URSS, y con ella un problema cada vez mayor de resistencia y sabotaje en todo el continente. Hasta qué punto era grave realmente la situación en Europa en el verano de 1941 era una cuestión sobre la que no había acuerdo. En Francia, por ejemplo, los compañeros de la Wehrmacht de Best creían tener la situación bajo control. Pero Himmler y Heydrich vieron ahí una brecha e insistieron en que eran demasiado blandos. Querían nombrar a sus propios jefes supremos de las SS y de la policía (HSSPF) para que se hicieran cargo de la vigilancia y también querían introducir su concepción general de la seguridad como «administración política» por todo el continente. Hasta entonces Hitler había mostrado escaso interés por los planes obsesivos de Himmler para la unidad germánica y le preocupaba más mantener la tranquilidad en el oeste para poder centrarse en ganar la guerra. Pero cuando Himmler afirmó que la Wehrmacht o el Ministerio de Asuntos Exteriores no estaban tomando medidas enérgicas contra los antagonistas del Reich y que estaban infravalorando las conexiones continentales en la guerra contra el bolchevismo, eso atrajo su atención. Best había esperado convencer a Himmler de la necesidad de actuar de forma relativamente suave, pero Himmler no estaba de humor para escuchar.[30]

Fueron los acontecimientos de la antigua Yugoslavia, donde la rebelión estalló más rápidamente que en ningún otro lugar, lo que dio a Himmler su primera oportunidad real de hacerse con el control de Europa. Viéndose sorprendidos, sobre todo después de la facilidad con la que habían conquistado el país algunos meses antes, los alemanes, que estaban desplegados al límite de sus capacidades, intentaron sofocar el levantamiento

que estalló en Serbia, Croacia y Montenegro. Pero las necesidades del Frente Oriental hicieron que resultara difícil traer las tropas suficientes, y hubo un momento en el que el comandante militar de Belgrado tuvo serias dudas de que pudieran conservar el país. El propio Hitler estaba convencido de que sólo un castigo draconiano impediría que la oposición al dominio alemán se extendiera por toda Europa. El 16 de septiembre exigió que se emplearan «los medios más drásticos» contra cualquier provocación y exigió que se fusilara de cincuenta a cien rehenes por cada soldado alemán asesinado. Las «relaciones políticas» entonces existentes, según la orden, debían ser ignoradas.

En realidad, de lo último que se podía acusar al ejército alemán en Serbia era de ser blando, y éste se mostró encantado de obedecer el decreto de Hitler. El 4 octubre, después de que los partisanos emboscaran y mataran a un grupo de soldados alemanes, Franz Böhme, el comandante de la Wehrmacht en Serbia, exigió que se asesinara a los rehenes al máximo de la escala de 100 a 1 y, al tener ya internados a los comunistas y los judíos, decidió ejecutar a estos últimos como rehenes. Días después, el director administrativo que trabajaba con el comandante militar en Serbia, Harald Turner, describió los resultados en una carta dirigida a un amigo de las SS de Danzig:

> Probablemente ya sabes que el demonio anda suelto por aquí… Hace cinco semanas llevé al paredón a los primeros 600, desde entonces, en una operación de limpieza liquidamos a otros 2000, en otra operación más a otros 1000 y entre esas dos mandé fusilar a 2000 judíos y 200 gitanos de acuerdo con el cupo de 1:100 por cada soldado alemán brutalmente asesinado, y otros 2200, igualmente casi todos judíos, serán fusilados en los próximos ocho días. No es un asunto agradable. De todos modos, tiene que hacerse, aunque sólo sea para dejar claro lo que supone atacar siquiera a un soldado alemán, y, por lo demás, la cuestión judía se resuelve más rápidamente de esta forma. En realidad, es falso, si se ha de hablar con propiedad sobre ello, que por cada alemán asesinado, por el que la proporción de 1:100 en realidad debería cargarse a los serbios, se fusile en su lugar a 100 judíos; pero teníamos a los judíos en los campos; al fin y al cabo, ellos también son nacionales serbios, y además tienen que desaparecer.[31]

A finales de 1941, gracias a unas represalias más brutales que las que se llevaron a cabo en cualquier otro lugar de la Europa ocupada, la rebelión en Serbia ya había quedado en gran medida aplastada.[32]

Ahora parecía haberse despejado el camino para preparar una «administración supervisora» en Belgrado, de acuerdo con los métodos que se habían negociado con tanto esfuerzo en Francia. Los diplomáticos alemanes y los agentes de los servicios de información ya habían escogido al general Milan Nedic, el anterior jefe del Estado Mayor yugoslavo, para que encabezara un nuevo Gobierno serbio. Harald Turner, que había sido destinado a Belgrado desde París, esperaba que el Gobierno de Nedic

dirigiera el país bajo su supervisión, de modo muy similar a como lo estaba haciendo Pétain para Best. Cuando en 1942 Stuckart le preguntó cómo iba a ser posible que cada vez más territorio pudiese ser gobernado por una cantidad más reducida de personal, Turner respondió que: «La administración alemana [en Serbia] está llevando a cabo sus tareas en forma de una administración denominada supervisora [*Aufsichtsverwaltung*]… Estos métodos están demostrando su eficacia día a día». El único problema era el habitual: aunque los funcionarios serbios estaban demostrando ser tan dignos de confianza como los franceses, los organismos alemanes se estaban peleando y entorpeciéndose entre ellos. La moraleja era música celestial para los oídos de Stuckart: «Cuanto más sencilla y más clara sea la cadena de mando alemana, mayor será el ahorro en personal».[33]

Al igual que Best en Francia, Turner admitía la posibilidad (de hecho, la necesidad) de que el Reich consiguiera el apoyo de los nacionalistas serbios para una campaña común. La consecuencia lógica de intentar introducir una lógica política para la política de represalias era hacer que los judíos y los comunistas fueran las víctimas. Ante Himmler, Turner alardeó en abril de 1942 de que «hace ya algunos meses fusilé a todos los judíos a los que pude echar el guante en esta zona, concentré a todas las mujeres y los niños judíos en un campo y con la ayuda del SD me hice con una «furgoneta de despiojamiento» con la que en un plazo aproximado de entre 14 días y 4 semanas se habrá logrado el vaciado definitivo del campo». Gracias a estos gaseados, en el verano de 1942 Turner ya afirmaba orgullosamente que Serbia era «el único país en que la cuestión judía y la gitana» se habían «resuelto». Para Turner, la fórmula de Best, el asesinato en masa de los judíos combinado con el control hegemónico de otras nacionalidades (en otras palabras, la «administración supervisora») se ajustaba perfectamente al caso serbio.[34]

Sin embargo, para Himmler esto era demasiado astuto. Como le recordó a Turner: no debería olvidarse que «un serbio siempre es un serbio», y que el *Volk* serbio había «practicado la revuelta y había adquirido experiencia en ella durante siglos». Increíblemente, Himmler intentó alegar que la Wehrmacht y Turner no estaban siendo lo bastante duros y en enero de 1942 nombró un HSSPF para Belgrado, un austríaco extremadamente antieslavo llamado August Meyzsner, cuyo lema era: «Me gusta más un serbio muerto que uno vivo». Meyzsner creía que Turner estaba siendo ingenuo al intentar conseguir el apoyo de los nacionalistas serbios para una campaña común. No obstante, el enfoque de Turner tenía su propia macabra lógica política, y aunque Himmler logró que lo apartaran, se trató de una victoria pírrica, porque la

política de Turner fue eficazmente continuada por el hombre que lo sustituyó, un nazi austríaco bien relacionado llamado Hermann Neubacher. Neubacher despreciaba lo que denominaba la «totalmente primitiva tesis del exterminio» de Meyszner y también trató de construir un sólido frente anticomunista serbio contra los partisanos. Los alemanes estaban desplegados al límite de sus capacidades mientras la guerra iba de mal en peor en Rusia y Ucrania, y Neubacher, al igual que Turner y Best, entendía que el Reich sencillamente no podía permitirse el lujo de vigilar países enteros por sí solo. Las SS perdieron de este modo su batalla en Serbia, y los principios de la «administración supervisora» y el Gobierno de Nedic siguieron vigentes hasta que los alemanes se marcharon. El primer intento de Himmler de hacerse con el control de un país europeo había fracasado.[35]

La situación en Francia era mucho más importante. El comandante militar de allí observaba atentamente la situación de Serbia, ya que también en Francia, aunque a una escala mucho más reducida, la invasión de la URSS había provocado un aumento de los ataques armados al personal del ejército alemán. Antes del verano de 1941, había habido bastante tranquilidad, y los alemanes sólo habían ejecutado veinticinco penas de muerte desde su llegada. No obstante, a medida que fueron reduciendo sus tropas y transfiriendo unidades al este se produjo una serie de asesinatos de personalidades destacadas y de ataques que culminaron en el asesinato a tiros en la calle, en octubre, del comandante de campaña de Nancy llevado a cabo por un joven miembro de la resistencia comunista. La Wehrmacht no creía que hubiera de qué preocuparse, pero Hitler estaba furioso por su forma tan blanda de actuar e intervino directamente para insistir en que se aplicara su orden sobre los cupos de represalia.

Al contrario que en Serbia, la Wehrmacht luchó contra estas órdenes. Los franceses no despertaban la misma antipatía que los serbios, y Pétain era una fuerza más considerable que Nedic. Había un gobierno que funcionaba, y parecía estúpido debilitarlo. De ahí que el comandante militar alemán en París, Otto von Stulpnagel, sostuviera con firmeza que las represalias debían calibrarse para no perjudicar sus buenas relaciones con la mayoría de la población, que estaba trabajando en pro de la campaña bélica alemana. La «relación política» existente no debía ignorarse, a pesar de los deseos del Führer. Por ello Stulpnagel propuso algo similar a lo que la Wehrmacht plantearía también en Serbia. Después de fusilar a noventa y cinco rehenes

siguiendo instrucciones de Hitler, y de arrestar a centenares más, propuso multar a los judíos de París en lugar de ello y deportar a 1000 de ellos, junto con 500 comunistas, al «Este». Sin embargo, esto no bastó para saciar al Führer, que estaba pendiente de la situación de allí y exigiendo mayores castigos: la «administración supervisora» de Best estaba siendo claramente criticada por su suavidad. El propio Von Stulpnagel se vio obligado a dimitir en febrero, y con el tiempo Best también se marchó.

A Himmler el resultado le *pareció* mucho más satisfactorio que el que se había producido en Serbia. Best y la Wehrmacht perdieron el crucial derecho a supervisar la policía francesa, y éste pasó a manos de las SS. En la primavera de 1942, se nombró un HSSPF para Francia, un hombre llamado Carl Oberg, que había estado dirigiendo el distrito de Radom, en la Polonia ocupada. Las SS parecían estar listas para tomar el control tanto de Europa occidental como del Este, y para introducir allí también su propia concepción del mantenimiento del orden en la ocupación. El propio Best abandonó Francia y pasó a dirigir Dinamarca, un país mucho más pequeño y menos importante cuya flexible relación con el Reich se ajustaba perfectamente a sus propias ideas sobre la ocupación. El resultado fue un triunfo para Himmler, o, más exactamente, para su segundo, y bestia negra de Best, Reinhard Heydrich.

¿Best o Heydrich?

El anterior jefe y acérrimo antagonista de Best, Reinhard Heydrich, era el número dos de las SS y un enérgico, despiadado y ambicioso luchador. Era la nueva promesa de la política de la ocupación en Europa. En mayo de 1942, cuando viajó triunfalmente a París para instalar allí personalmente al nuevo HSSPF, él y Best ya no se podían ni ver. «Una vez le prometí a tu esposa», escribió Best a Heydrich en abril de 1942, poco antes de la visita de este último a París, «que sería un amigo de verdad para ti. Pero tú no quieres un amigo. Tú quieres un subordinado». Heydrich lo explicaba de un modo distinto. Todo había girado en torno a la cuestión de si «los abogados», los hombres como Best, debían tener el poder para decidir sobre todos los asuntos, o solamente para asesorar sobre ellos. No era nada personal; al fin y al cabo, Best también era «un antiguo nazi». Había roto con Best, según dijo a Kurt Daluege, el comandante de la policía regular alemana, porque estaba decidido a separar su concepción de la «administración policial» de Best y del «regimiento de juristas». Heydrich era un estratega del gobierno de la

ocupación por derecho propio, y políticamente era un estratega mucho más eficaz y poderoso que Best.[36]

Después de organizar a los escuadrones de la muerte para la invasión de la URSS, este violinista que había sido el arquitecto de la expansión de las SS se había quedado sin nada que hacer. Himmler se alarmó al enterarse de que, en las primeras semanas del ataque, su inquieto segundo estaba sobrevolando las primeras líneas de combate; en una ocasión llegó a ser derribado, pero consiguió regresar sano y salvo. Sin embargo, en septiembre de 1941, con tan sólo treinta y siete años, Heydrich repentinamente obtuvo un nuevo y prestigioso nombramiento como protector en funciones de Bohemia y Moravia. Ésta era su oportunidad para salir de la sombra y demostrar sus capacidades de gobierno.

Él lo había urdido todo aprovechándose de los síntomas desperdigados de resistencia, sabotaje y descontento que se habían multiplicado entre los checos desde la invasión de la URSS. El protector de Praga, Von Neurath, creía que tenía el país bajo control. Pero Heydrich animó al segundo de Neurath, Karl Hermann Frank, a transmitir al Führer una imagen muy distinta. Alarmado por lo que estaba sucediendo en la antigua Yugoslavia, Hitler se mostraba receptivo a los llamamientos a que la dirección fuera más dura, y Frank creía que podría lograr que le nombrara a él en lugar de Von Neurath. Frank estaba en lo cierto a medias: sólo unos pocos días después de emitir su decreto draconiano sobre los rehenes, Von Neurath fue apartado, supuestamente por motivos de salud. Pero fue Heydrich, y no Frank, quien lo sustituyó.

Tras haber instalado a su joven familia en una lujosa finca situada en las afueras de Praga (donde su esposa inmediatamente encargó a trabajadores del campo que excavaran una piscina en las tierras), Heydrich se lanzó a su nueva tarea. Su objetivo fundamental era aplastar toda oposición al dominio alemán cuidando al mismo tiempo de que la mano de obra checa siguiera siendo obediente y productiva. Al igual que Best, Heydrich quería «un aparato de gobierno con la menor cantidad posible de trabajadores competentes (alemanes) y una devolución cada vez mayor de los asuntos administrativos, el ámbito en el que se concentraba el trabajo práctico administrativo, a los ministerios checos». Pero su enfoque era más draconiano. Dando rienda suelta a la Gestapo en un breve pero inaudito reino del terror a su llegada, Heydrich horrorizó a los checos y consiguió así inmovilizarlos. Alois Elias, el primer ministro checo, fue arrestado y condenado a muerte por espionaje (como la mayoría de los políticos checos, había permanecido, en efecto, en

contacto con Londres); 400 personas fueron ejecutadas en dos meses. Esta represión tenía una envergadura mucho mayor que cualquier cosa que estuviera llevando a cabo la Wehrmacht en Francia. Sin embargo, Hitler dio su visto bueno sin reparos, comentando que la suerte que había corrido Elias enviaría a los políticos de otros países el mensaje de que tendrían que andarse con pies de plomo. Al mismo tiempo, Heydrich intentó ganarse a los trabajadores checos, permitiéndoles entrar gratuitamente a los partidos de fútbol el primero de mayo y aumentando las raciones de comida. La ley marcial se levantó en enero, y algunos estudiantes recluidos en los campos fueron liberados. Eso pareció funcionar. «El Protectorado tiene ahora la moral más alta que nunca», observó Goebbels con aprobación en febrero de 1942. Podía haber problemas en otros lugares (el embajador alemán en Ankara fue atacado, los partisanos soviéticos mataron al comandante del Einsatzgruppe A, y la Gestapo temía una campaña de terrorismo por todo el continente), pero el Protectorado parecía un modelo de tranquilidad.[37]

Himmler admiraba cómo esta diestra combinación de terror policial, un nivel de vida aceptable y un discreto pero firme control administrativo había conseguido que los checos volvieran a ser obedientes. Hitler también estaba muy satisfecho. Heydrich esperaba ahora que sus logros en Praga fueran el trampolín que le permitiera seguir ascendiendo. En mayo de 1942, le dijo a su segundo que Hitler podría ponerlo a cargo de Francia, lo que habría supuesto que las SS tomaran definitivamente el poder en Europa occidental. El viaje que hizo a París ese mismo mes señaló, por consiguiente, su deseo de extender el modelo de ocupación de Praga al país más importante que estaba bajo el control alemán. En realidad, las ambiciones de Heydrich iban aún más lejos. Durante algunas semanas antes de su muerte estuvo elaborando un plan para reformar la administración alemana del continente en conjunto y de hecho se dirigía a ver a Hitler para debatir esto con él cuando fue asesinado por unos comandos checos a los que se hizo llegar por aire desde Londres.[38]

Nacionalsocialismo y nacionalismo europeo

Por consiguiente, a lo largo de finales de 1941 y comienzos de 1942, Himmler y Heydrich, con el apoyo de Hitler, ejercieron presión para que se estableciera una vigilancia y unos castigos colectivos más duros al mismo tiempo que Best, el teórico que anteriormente había defendido la idea de un poder policial ilimitado dentro del Reich, estaba predicando lo contrario. Estaba en juego toda la base de la ocupación alemana en todo el continente. Es fácil ver la

falta de realismo que había en la primera aproximación de Himmler y de Heydrich basada en la mano dura. Por otro lado, Best tampoco era el realista que imaginaba ser, ni mucho menos, pues había una pregunta fundamental para la que en realidad jamás ofreció ninguna contestación: ¿por qué razón debían los europeos aceptar la dirección de la Alemania nacionalsocialista si no era bajo coacción?

Sólo unos 90 millones, como mucho, de los 244 millones de personas que estaban bajo el dominio del Tercer Reich en 1942 eran realmente alemanes. ¿Qué había del resto? ¿No debía haber ningún reconocimiento de sus propias aspiraciones nacionales? Es más, ¿era esta explotación de todo un continente en beneficio de un *Herrenvolk* imperial realmente de lo que trataba el nacionalsocialismo? A Hitler, Heydrich e Himmler esa idea no les planteaba ningún problema; ellos eran fundamentalmente nacionalistas alemanes que consideraban a todos los demás movimientos nacionales como una amenaza en potencia. No era ése el caso del grupo de Stuckart-Höhn-Best. Adversarios de lo que llamaban «imperialismo», ellos temían que en algún punto del camino el nacionalsocialismo hubiera perdido de vista su propósito original, que era la creación de una Alemania nacionalmente homogénea. Lo que los distinguía de sus antagonistas, ya fueran éstos los *Gauleiters* dentro del Partido Nazi, los conservadores como Schmitt o miembros de la oposición como Von Hassell, era su creencia de que la conquista alemana de territorios que no formaban parte del *Lebensraum* del Reich, y en los que nunca se pensó para que formaran parte de él, suponían un verdadero desafío ideológico y organizativo para el nacionalsocialismo.[39]

Como era típico en ellos, intentaron estudiar detenidamente este problema a través de publicaciones. Fundaron una publicación en 1941 (llamada *Reich, Volksordnung, Lebensraum*) para defender una «unión más sólida entre la práctica y la teoría» en la forma en la que Alemania administraba su *Lebensraum* y el *Grossraumordnung* que lo rodeaba. Sus artículos intentaban mostrar cómo se podía administrar un Nuevo Orden basado en criterios nacional-raciales de forma eficaz y de acuerdo con los principios de la ciencia administrativa moderna. El propio Stuckart ayudó incluso a crear una academia internacional de administración para fijar los principios comunes de lo que una generación posterior llamaría el «buen gobierno» en toda Europa. A medida que fue avanzando la guerra, se mostraron cada vez más críticos con el uso excesivo e indicriminado de la fuerza por parte del régimen.

En particular, distinguían entre una burda política de «señorío» (*Herrschaft*) y el objetivo deseado del «liderazgo» (*Führung*), que, en

palabras del erudito del derecho Carl Bilfinger, «ni ordena ni obliga».[40] La diferencia entre las dos había sido ampliamente debatida desde 1933 entre los filósofos políticos nazis. Para ellos Hitler no era un «dictador», como falsamente lo catalogaban los liberales en el extranjero, sino una figura que estaba en íntima comunión con las necesidades y aspiraciones de su *Volk*. Sin embargo, la aplicación de esta discutible teoría a la política extranjera implicaba un considerable esfuerzo imaginativo, pues la base de la pretensión del *Führerstaat* sobre la lealtad de sus súbditos (la idea de que el Führer expresaba la voluntad de su pueblo), obviamente acababa en las fronteras del Reich, o por lo menos en las fronteras del «Pueblo Alemán». Había que especificar por separado qué ventajas podía suponer el liderazgo alemán del continente para los no alemanes. Ésta era la tarea que el grupo *RVL* veía por delante, aunque su imprecisa jerga pseudobiológica (la devastación intelectual infligida por el nazismo sobre el pensamiento alemán había pasado factura) no les ayudó precisamente a ofrecer una respuesta convincente.

En su opinión, la potencial contribución del nacionalsocialismo a la paz regional y continental dependía en primer lugar de su capacidad para imponer la separación étnica. Los pueblos distintos sencillamente no podían vivir juntos en armonía: ésa era su premisa fundamental. El enfoque de la Sociedad de Naciones, con su confianza en la protección legal internacional para las minorías y su apuesta, en última instancia, por la asimilación, había desestabilizado Europa. En conformidad con las «leyes de la vida» (sus escritos están plagados de este tipo de conceptos y metáforas naturales), estos nacionalsocialistas descartaban la asimilación porque ésta llevaba a la «mezcla de sangre», lo cual era fatídico para una «raza dominante». Mantener separados a los grupos de población era, por consiguiente, fundamental (y, a menudo, un argumento que se empleaba para oponerse a la cada vez mayor dependencia alemana de la mano de obra esclava importada, o para apoyar las nuevas leyes raciales con las que se pretendía mantener a los extranjeros en su sitio). El propio Hitler, en su discurso del 6 de octubre de 1939 ante el Reichstag, se había referido a «un nuevo orden de constelaciones etnográficas, lo que supone un reasentamiento de las nacionalidades de forma que… surjan mejores líneas de división que las que hoy existen». Casi tres años después, aunque las políticas se habían vuelto más violentas todavía, la lógica subyacente había seguido siendo básicamente la misma: Himmler describía el asesinato sistemático en masa de la población judía del Gobierno General como parte de «la necesaria separación étnica de razas y pueblos en

el Nuevo Orden Europeo así como por el bien de la seguridad y la pureza del Reich alemán.[41]

Todos ellos estaban de acuerdo en que esa dureza sería necesaria con los pueblos más primitivos, más inferiores o más racialmente venenosos; podía ser necesario incluso el exterminio, como hemos visto. Pero insistían en que, en general, la hegemonía alemana no debía suponer desnacionalización o represión: en este sentido, el apoyo de Turner al Gobierno de Nedic en Serbia estaba totalmente en conformidad con sus principios. Stuckart afirmaba que el nacionalsocialismo, en virtud de su propio nacionalismo explícito, respetaba las diferencias nacionales y ofrecería libertad respecto a la dominación. Las SS, responsables de la supervisión del mantenimiento del orden en el continente, debían, en último término, mantener separados a los distintos pueblos y al mismo tiempo mantener unido el conjunto. Pero la fuerza no debía ser automáticamente el primer recurso ni siquiera contra «pueblos racialmente hostiles» (*rassefremde Völker*), y no había ninguna regla general para su aplicación. La organización alemana de Europa se diferenciaría de la francesa en que no se impondría un único conjunto de normas; a cada grupo racial «digno» se le permitiría desarrollarse independientemente y gozar de su propio *Lebensraum*. La solución al problema del nacionalismo europeo era, por consiguiente, un continente de naciones, cada una en su propio espacio, trabajando juntas bajo el dominio del líder «natural» de la región, Alemania. Este tipo de opiniones apuntalaron las proclamas lanzadas por la administración alemana en los Países Bajos en noviembre de 1941 y en Noruega (acerca de la formación, allí, de un gobierno presidido por Quisling) tres meses después. En ambos casos hablaban en términos de cooperación, construcción y ayuda mutua, contrastándolas con el «egoísmo» y la «ilimitada especulación» que caracterizaban las relaciones internacionales bajo la dirección capitalista angloestadounidense.

No obstante, Hitler no tenía el menor interés en liderar ningún tipo de tentativa encaminada a fomentar la cooperación entre las naciones. Nada podría haber estado más lejos de su intención. Descartaba el hecho de que otros europeos fueran nacionalistas como algo insignificante, cuando no problemático. Hombres como Erich Koch en Ucrania estaban claramente siguiendo una política de desnacionalización a instancias de Hitler, ignorando otros posibles enfoques más acomodaticios. Cuando Hans Frank, en el Gobierno General, o Kube, en Bielorrusia, avanzaron lentamente hacia un reconocimiento de los grupos nacionalistas locales, se expusieron, como le había ocurrido a Turner en Serbia, a la acusación de ser «blandos» o, lo que

era aún peor, de mostrar un «humanitarismo indebido». Al debatir los planes alemanes para Polonia, Best había advertido a Heydrich que no se debía convertir a los pueblos socios en esclavos; sin embargo, dos años después esto era exactamente lo que algunos teóricos del reasentamiento de las SS estaban recomendando a una escala aún mayor. En el futuro, como lo expuso alguien en los debates sobre la región báltica, los alemanes tendrían que desempeñar el papel de los espartanos, y los rusos el de los ilotas.[42]

En 1942, el grupo *RVL* ya estaba teniendo las típicas dudas de los intelectuales que ven, contrariados, cómo el mundo real contradice sus teorías. Temían que la hegemonía de Alemania, el *Führung*, hubiera quedado socavada por una actitud de *Herrenvolk* que había puesto en tela de juicio la permanencia del dominio alemán. Un artículo publicado anónimamente, «Clase dirigente o pueblo líder» («Herrenschicht oder Führungvolk») expresaba su desilusión. Escrita por Best, esta aguda crítica aparentemente exploraba los motivos del hundimiento de la antigua Roma. Entre líneas, sin embargo, preveía el fracaso de la misión continental del nacionalsocialismo debido a su abandono de «las leyes de la vida» raciales. Los alemanes habían tratado con prepotencia a otros pueblos, basándose excesivamente en la mano de obra esclava y aumentando el peligro de la «mezcla racial». No habían aprendido nada de la lucha de Bismarck contra los polacos; eran los polacos quienes habían ganado, porque habían permanecido más próximos a la tierra. Además, los alemanes se habían vuelto indiscriminada y excesivamente violentos: no se podría esperar «expulsar o aniquilar» a *todos* los demás pueblos del *Grossraum*, ya que eso iba en contra del propósito de establecer la hegemonía, para empezar. Un verdadero «pueblo dirigente» no perdía de vista la importancia de establecer «una estrecha cooperación con sus *Bundesgenossen*». En resumen, los alemanes habían perdido de vista la crucial diferencia entre el «liderazgo» y la «dominación». Best concluía con un ataque inequívoco al propio Hitler. En una alocución radiofónica de octubre de 1941, un triunfante Führer había comparado a los bolcheviques derrotados con las hordas de Genghis Khan. Ahora Best daba a esa misma alusión un giro muy distinto: Genghis Kan era el dirigente cuyos poderes destructivos habían sobrepasado a los constructivos, y cuyas amplias conquistas no lograron formar una unidad y se desmoronaron después de su muerte.[43]

Hans Frank y el imperio de la ley

El asesinato de Heydrich fue un importantísimo punto de inflexión en el intento de las SS de tomar el control del continente. En Bélgica la Wehrmacht bloqueó el nombramiento de un HSSPF. Y, al igual que en Serbia, la aparente toma del poder por parte de las SS en Francia en realidad sólo tuvo un efecto limitado en la política de represalias: 471 rehenes fueron ejecutados entre septiembre de 1941 y mayo de 1942, un enorme aumento comparado con el período anterior; pero en el año y medio posterior a esa fecha, la cifra cayó a 254. En la primavera de 1942, la Wehrmacht volvía a ser optimista sobre el estado del orden público en Francia. El propio Oberg trabajó en estrecha cooperación con el nuevo comandante militar (eran compañeros de armas de la época de la primera guerra mundial). La deportación de los judíos, que Heydrich había esperado usar como una cuña para extender el control de la ocupación por parte de las SS en Europa occidental en general, siempre fue un caso especial, ya que todos los demás estaban encantados de lavarse las manos respecto a esta desagradable tarea. A finales de 1942, el propio Himmler ya se estaba alarmando ante la incapacidad de Oberg para imponerse en el país.[44]

Sin embargo, en el Este las SS siempre se encontraron en una posición más fuerte. Como hemos visto, Himmler neutralizó rápidamente al desventurado Rosenberg y adquirió un enorme poder en la antigua Unión Soviética. En Polonia occidental contó con la plena cooperación de Greiser en el Warthegau; su fermentada disputa con Forster en Danzig-Prusia Oriental continuó, pero en ese lugar había en juego relativamente poco, y el hecho de que allí no hubiera apenas judíos no era el motivo menos importante de ello. Sólo había un lugar donde se enfrentaba a una lucha muy importante por el poder: el Gobierno General.

Guiándose únicamente por unas muy imprecisas instrucciones de Hitler, el hombre que lo gobernaba, Hans Frank, quiso convertir lo que quedaba de Polonia, una vez que asesinó a sus antiguas élites, en un modelo de gobierno colonial en el sentido propugnado por Best. En 1940, observó que en el Reich se estaba desarrollando una «conciencia imperial», y que el Gobierno General era donde ésta tenía que demostrar su valía. A pesar de la teatral beligerancia de su retórica, y una oleada criminal tras otra de campañas contra las instituciones nacionales polacas, el Gobernador General estaba llegando a comprender que seguía necesitando trabajadores, campesinos y administradores locales polacos si se había de cumplir con los cupos de cereales, mano de obra y otros materiales. Aunque había miles de alemanes destinados allí, Frank se quejaba constantemente de no tener suficiente

personal y contó con los funcionarios polacos para mantener en funcionamiento el gobierno local. Como defensor de la misión civilizadora alemana en su nuevo *Grossraum,* Frank llegó hasta decir a sus subordinados que tenían la responsabilidad de demostrar a los pueblos no alemanes que podían conservar su estilo de vida bajo el nacionalsocialismo, animando así a otros pueblos a acogerse a la «protección» del Reich.[45]

Sin embargo, las pretensiones coloniales de Frank, en la medida en que debamos tomárnoslas como algo más que expresiones teatrales de su tristemente célebre vanidad, se complicaron por el incómodo hecho de que Polonia también era crucial para las SS y personalmente para Himmler en su nueva calidad de hombre a cargo del reasentamiento. En 1940, los dos hombres se habían enfrentado en torno a la cuestión de si el Gobierno General podía absober a todos los polacos y judíos a los que los hombres de Himmler querían desahuciar de los territorios occidentales anexionados. En 1941, lucharon en torno a los planes para crear asentamientos alemanes en la parte oriental del propio Gobierno General. En cada caso los objetivos de Himmler contradecían los de Frank, ya que desestabilizaban la región, causaban estragos económicos y afectaban a los polacos en masa, socavando así el objetivo de Frank de gobernar con cierto grado de apoyo polaco. Era inevitable que se produjera un choque entre los dos. Lo que no lo era es que, con el tiempo, éste planteara la cuestión de qué le estaban haciendo las conquistas extranjeras al imperio de la ley en el propio Tercer Reich.

Orgulloso de su condición ministerial, Frank, como los otros sátrapas del Partido, interpretaba el lema «unidad de administración» como si éste significara que debía conservar todos los poderes en sus manos. Le gustaba recordar a sus hombres *que ninguna* autoridad estaba por encima de la suya en el Gobierno General, y frecuentemente le decía a la policía y a las SS que esperaba que le obedecieran a él, no a Himmler.[46] Si bien en este aspecto Frank se comportaba como cualquier otro *Gauleiter*, en otro aspecto importante era único. Abogado personal de Hitler en el pasado, era una figura de rango relativamente elevado en el Reich y una que estaba fuertemente identificada con la nazificación del derecho alemán. Era presidente de la Academia del Derecho Alemán, la cual había fundado (y a la cual llevó a Best, Höhn y Stuckart), encabezaba la sección de derecho constitucional del Partido Nazi y en una ocasión se describió a sí mismo, con su pomposidad característica, como un «timonel en el mar del sentimiento legal». Viendo el Gobierno General como una «provincia modelo» para sus teorías sobre la racionalidad gubernamental, había creado una oficina legislativa para

supervisar el «desarrollo unificado de la ley» y había dotado de personal su administración con arribistas de la Academia. Introduciendo los tribunales y la jurisdicción alemanas, abolió el tribunal supremo polaco e hizo que los veredictos de los tribunales polacos de inferior rango quedasen sometidos a «revisión» por parte de los jueces alemanes. En resumen, esperaba desarrollar la «misión imperial» de Alemania mediante la elaboración de un sistema de justicia colonial. El Gobierno General sería colonizado por jueces nazis.[47]

No obstante, fue precisamente por esta cuestión que el «Rey de Polonia», como Frank llegó a ser conocido irónicamente, perdió las simpatías de Hitler. Para el *Führer*, la principal razón para no anexionar el Gobierno General al Reich era precisamente que las autoridades alemanas de allí no se sintieran limitadas por la ley. Al igual que Himmler y Heydrich, aborrecía a los abogados, y cuanto más se prolongó la querra, más enconado se volvió este aborrecimiento. «No es la menos importante de las razones por las que he logrado cubrir los puestos importantes con hombres capaces de llevar a cabo sus obligaciones», declaró, «el hecho de que se les reclutara no por haber tenido formación jurídica, sino porque habían pasado por la escuela de la vida con éxito». «Nunca pierdo una oportunidad para faltar al respeto a los juristas», le dijo a Himmler en noviembre de 1941. No sabían nada más que de «párrafos», y desde luego nada acerca de las necesidades de la política racial: «El *Volk* vive a pesar de los juristas, no debido a ellos».[48]

En otoño de 1941, la lucha entre Frank y las SS se intensificó rápidamente después de que Himmler empezase a construir su pionera colonia de asentamiento alemana en torno a Zamo´s´c sin informar a Frank. Frank acusó al representante de Himmler, el jefe supremo de las SS y de la policía Wilhelm Krüger, con quien había mantenido una turbulenta relación desde hacía mucho tiempo, de actuar a sus espaldas y de construir un «estado dentro de un estado». Unas semanas después, en el transcurso de una conferencia que estaba ofreciendo sobre «La técnica del estado», Frank hizo pública la acusación. En una clásica exposición de la crítica del Partido a la excesiva centralización de las SS, comparó las anticuadas tradiciones francesas de centralización estatal con el superior método alemán de unidad bajo el principio del líder. «Aquí tenemos ahora una gran escuela en el Este, el gran, gigantesco Este de nuestro Gran Reich Alemán», alardeó. «Puedo decir tranquilamente que es posible que la construcción puramente técnico-lógica de un nuevo tipo de administración que hemos estado erigiendo en los *Gaus* orientales, en el Gobierno General y en las nuevas Comisarías Políticas del Reich, se conviertan, en gran medida, en el modelo para una futura estructura

administrativa para el Reich.» Y, lanzando una pulla directa a las SS, reiteró su acusación: «Ninguna zona oficial puede tener unas normas propias de acción que la eximan de los controles [y que hagan de ella] algo parecido a un estado dentro de un estado… ¡El particularismo de las oficinas debe eliminarse!».[49]

No obstante, Himmler tenía sus propias armas, y él también estaba dispuesto a dar golpes bajos. La corrupción en el Partido era una de las preocupaciones favoritas de las SS, y en ningún lugar abundaba más que en «Frankreich» (como llamaban los bromistas al Gobierno General). Ese invierno, las SS recopilaron un expediente condenatorio sobre el propio gobernador general: Frank había llenado varios almacenes con chocolate, café y otros artículos de lujo. Su esposa había encargado una gran cantidad de pieles (chaquetas de piel de topo y de armiño, abrigos de castor, almizclera, armiño y oveja asiática, y capas de zorro azul), a un precio muy inferior de su valor real, a la evidentemente no aria empresa Apfelbaum de Varsovia. Sus propios agentes comerciaban en el gueto buscando joyas, cafeteras, anillos, pulseras de oro, comida enlatada y muchos otros artículos. «En los círculos de gobierno alemanes», decía el informe de la Gestapo, «era tema de conversación cotidiana el hecho de que la familia del Gobernador General iba de compras al gueto». Incluso había convoyes regulares desde la finca polaca de Frank hasta su casa alemana en Baviera que llevaban hasta allí enormes cantidades de huevos, frutos secos, muebles, aves de corral, aceite de cocina y productos lácteos. Incluso resultó que el doctor Lasch, el gobernador de Galitzia con quien Frank supuestamente compartía una amante polaca, había recibido el encargo de buscar en la Europa occidental ocupada tesoros artísticos para la residencia de Frank: cuadros, muebles, materiales de construcción. En marzo de 1942, Frank fue convocado a una reunión con Himmler, Bormann, jefe de la cancillería del Partido, y Lammers, jefe de la Cancillería del Reich, que se celebraría en el cuartel general de Hitler.[50]

Frank se defendió acérrimamente, pero acabó admitiendo que se habría de investigar a Lasch, que era un antiguo colega suyo. Lo que salió a la luz fue condenatorio. Al ser sometido a interrogatorio por las SS, Lasch reveló que Frank consideraba a Himmler y Heydrich responsables de «todo un mundo de injusticia, autoridad policial, opresión del pueblo, campos de concentración, crueldad». Por si eso no fuera lo suficientemente grave, a Frank le había preocupado el juicio en Praga del primer ministro checo, Elias, el juicio que había urdido Heydrich. Según Lasch, Frank se veía a sí mismo como un paladín de la ley, defendiendo la «justicia» contra la «injusticia» de Himmler,

y preparando el terreno para una campaña que se llevaría a cabo en la posguerra con el objetivo de frenar las SS, con la ayuda del ejército y las SA: ésta era la base de la lucha que ya se estaba librando en el propio Gobierno General. Frank, que era pura pose, supersticioso, y que siempre llamaba la atención sobre su supuesto parecido con Mussolini, criticaba incluso al Führer por no gobernar a través de su gabinete ministerial, como Frank se enorgullecía de hacer en Cracovia.[51]

En mayo Lasch murió mientras estaba detenido, un suceso bastante inusual para un régimen que mató a pocos de los suyos después de 1934, y algo que sólo pudo intensificar el odio que Frank sentía por Himmler. Pero la credibilidad de Frank en Berlín quedó enormemente perjudicada. Lo sorprendente fue que cuando los funcionarios de las SS empezaron a dar órdenes a los administradores de distrito de Frank, él contratacó, y con cierto garbo. En las charlas que ofreció a estudiantes y profesores de universidad en Berlín, Munich, Heidelberg y Viena, insistió en que «una nación no permite que la gobiernen por la fuerza… la nación alemana vive libremente en virtud de su ley y nunca la podrán obligar a convertirse en una *Volksgemeinschaft* por la fuerza». Sin limitar sus comentarios a Polonia, se mostraba abiertamente preocupado por el ascenso meteórico de las SS, y por el efecto de ello sobre la propia Alemania. Era como si estuviera advirtiendo a sus públicos sobre lo que la guerra le había hecho al nacionalsocialismo; las gloriosas victorias en el Este habían traído consigo un imprevisto y peligroso cambio en el equilibrio entre el poder policial y la ley. Éste se había hecho visible en primer lugar en el Gobierno General; pero había por delante señales de aviso para el Reich en conjunto. La brutalidad, dijo a unos sorprendidos estudiantes en Munich, «nunca es sinónimo de fuerza».[52]

Frank también pasaba a centrar su atención sobre lo que estaba en juego para Europa. Expresándose de un modo muy similar al de Best, recordó a sus oyentes que Alemania no se estaba embarcando meramente en un nuevo capítulo en la historia del imperio. A Alemania no le interesaba, sostenía él, esclavizar a pueblos o impedir el desarrollo de su vida cultural. No podría haber ningún Nuevo Orden sin ley. La ley tendría que conservar la vida de las naciones más pequeñas de Europa. Y, hablando con una inusual claridad, advirtió que sería un desastre si los ideales del nacionalsocialismo se convertían en los de un «estado policial». Los abogados podían cometer errores, declaró obteniendo un rotundo aplauso, pero, aun así, seguían siendo «mejores que cualquier clase de estado policíal». Las credenciales del orador no eran excesivamente lustrosas: al fin y al cabo, Frank había presidido la

destrucción de la ley alemana, había sacado provecho del ascenso del nazismo y estaba demostrando ser un gobernante despiadado y asesino de Polonia. Pero las palabras, por sí mismas, tocaban claramente una fibra sensible.[53]

Dentro del SD, los argumentos de Frank se analizaron largo y tendido durante los meses siguientes. Fueron descartados por su anticuado «liberalismo»: la cuestión no era si el imperio de la ley debía prevalecer, sino qué clase de ley debía hacerlo. Sí era necesario que los jueces garantizaran una mayor conformidad con las necesidades y los deseos del Pueblo. Pero el recordatorio de Frank de que era necesario que el Reich fuera más hábil a la hora de presentarse como legislador para el continente en conjunto fue, en gran medida, aceptado. Era evidentemente indeseable que la gente percibiese a los alemanes como vándalos, y a la Italia fascista como los nuevos romanos: «Sólo podremos construir un Nuevo Orden duradero para un continente si seguimos la senda de la ley. Naturalmente, podemos destruir un viejo orden podrido por la fuerza, pero debe desarrollarse un Nuevo Orden y la Ley debe servirle». Según el SD, que, como tan a menudo sucedía, no escondía las verdades desagradables a aquellos que tenían permitido leer sus cada vez más pesimistas informes, las opiniones de Frank no eran exclusivamente suyas; las compartían no solamente «nuestros enemigos», sino incluso «numerosos de nuestros *Volksgenossen*». Y la opinión pública en la Europa ocupada tampoco era esperanzadora: «No hay duda de que debemos librarnos de la odiosa acusación de tener el único deseo de plantar una bota militar en el cuello de los otros Pueblos de Europa, a los que deberíamos guiar hacia un Nuevo Orden». Tal como estaban las cosas, en los países nórdicos, «nuestros métodos de fusilar a los enemigos del Reich se comparan con los métodos bolcheviques, y de hecho la gente a menudo compara el nacionalsocialismo con el bolchevismo».[54]

Desde luego, el autor de los anteriores comentarios sabía de lo que estaba hablando. El macabro Otto Ohlendorf era un prusiano lúgubre, determinado y farisaico que acababa de regresar del sur de Ucrania, mostrándose implacablemente crítico con la política seguida allí por Alemania. El suyo no había sido, en absoluto, un período de servicio habitual: como comandante del Einsatzgruppe D, había supervisado el asesinato de nada menos que 90 000 judíos. No había disfrutado especialmente de su trabajo pero había permanecido allí escrupulosamente, durante mucho más tiempo que cualquiera de sus compañeros. De hecho, como en el caso del propio Frank, no fue la suerte que corrieron los judíos lo que motivó la opinión de Ohlendorf de que Alemania estaba equivocando su rumbo político: no consta

en ningún lugar que ninguno de los dos protestara por las masacres en las que ambos estuvieron profundamente implicados. Para ellos los judíos siempre fueron un caso aparte, y había asuntos más importantes de los que preocuparse. Lo que en realidad les enfadaba era la idiotez que suponía suprimir las aspiraciones nacionales de los pueblos de la antigua URSS y su preocupación por el hecho de darle demasiado poder a un hombre tan carente de realismo político como Himmler.[55]

La disputa entre las SS y Frank difícilmente podría haber llegado en un momento más crítico. Dentro del Reich, el destino de la profesión legal alemana estaba pendiente de un hilo. La magistratura alemana había estado en el limbo desde 1941, al morir el ministro de Justicia, Gürtner, uno de los pocos moderados que quedaban entre los ministros del Reich. Casi dos tercios de los jueces de Alemania habían sido nombrados antes de 1933, y los radicales del Partido reclamaban ahora una purga a fondo.[56]En abril tuvo lugar una sesión extraordinaria del Reichstag. En lo que sería su último discurso ante éste, un adusto Hitler exigió el reconocimiento de su papel como árbitro supremo de la justicia alemana, lo que le concedería el derecho a destituir a cualquier juez «que no fuera capaz de entender las necesidades del momento», y los diputados lo ratificaron servicialmente. Este discurso no fue bien recibido por el pueblo alemán, que no podía entender por qué Hitler creía necesitar más poderes y anunciaba nuevas presiones sobre las instituciones jurídicas. Las prevenciones de Frank contra los «ideales propios de un estado policial» y su petición a Hitler para que protegiera a la magistratura dejaron indiferente a su *Führer*, especialmente mientras la masacre industrializada de los judíos polacos entraba simultáneamente en una nueva y más intensa fase. «Permítanme lanzar una advertencia a nuestros caballeros de la profesión legal», declaró Hitler el 22 de julio de 1942, el día después del discurso de Frank en Heidelberg. «Deberían abstenerse de intentar imponer su obsesión reguladora sobre la administración de nuestros territorios orientales». A finales de agosto Frank fue despojado de sus honores de Partido. Se ofreció a dimitir como gobernador general, enviándole a Hitler una carta en la que denunciaba el cada vez mayor poder de la policía secreta y el deterioro de la ley en el Reich. Pero Hitler sencillamente ignoró la carta y mantuvo en su cargo a Frank.[57]

La justicia dentro de Alemania se volvió mucho más dura en la fase final de la guerra, tal como Frank había previsto. Las penas de muerte en los

tribunales se dispararon de 250 en 1939 a 4457 en 1942 y a 5336 el año siguiente. El Reich no sólo estaba importando mano de obra esclava racialmente indeseable, sino también la violencia racial intensificada y el terror al que las SS estaban dando rienda suelta al otro lado de la frontera. Al mismo tiempo, las SS aceleraron el exterminio de los judíos polacos, de forma que a finales de 1942 apenas 300 000 de los dos millones de judíos del Gobierno General seguían aún con vida. (Lejos de preocuparse por *esto*, Frank bromeaba acerca de ello en público.) La policía y el aparato del terror se hicieron más poderosos, y se volvieron más asesinos, tanto en Alemania como en Europa oriental. El propio Himmler reconoció la conexión. «El desarrollo político del Reich se está acelerando a consecuencia de las experiencias del período de guerra», observó en junio de 1942, aparentemente vinculando la controversia sobre la magistratura con la aceleración de la Solución Final. «Tenemos que hacer que se aprueben algunas decisiones, especialmente en los territorios recientemente ocupados, que también tienen una importancia decisiva en la futura dirección política del propio Reich.»[58]

Sin embargo, como indicaban las críticas de Frank, las SS no lograron que las cosas se hicieran totalmente a su manera, y el viejo dilema Partido-estado siguió existiendo. De hecho, los *Gauleiters* del Partido siguieron tan afianzados como siempre. Con el apoyo de su Führer, hombres como Koch y Forster desafiaban a Himmler impunemente. Incluso Frank, después de todo lo que había dicho, permaneció en el cargo. El asesinato de Heydrich y el fiasco del reasentamiento fueron golpes muy duros para las SS, y Himmler se esforzó por controlar una organización que cada vez lo era menos y que cada vez se parecía más a una colección de distintos miniimperios. Su nombramiento, finalmente, como ministro del Interior en 1943 no contribuyó demasiado a resolver la pugna más general entre el estado y el Partido. El nuevo ministro se comprometió a lograr la cuadratura del círculo, igual que había hecho su antecesor, prometiendo «una poderosa fuerza central» por un lado, «que no se vea interrumpida por las oficinas especiales», y «la descentralización y unos gobiernos locales fuertes por el otro». Pero continuó el viejo *impasse* en el que había quedado estancada la pugna. En las desilusionadas palabras de Ohlendorf, Himmler estaba «en realidad, organizando el desorden».[59]

Segunda parte

El Nuevo Orden

9

La rentabilización de la ocupación

En la Cancillería del Reich, en noviembre de 1937, un grupo muy selecto, compuesto por el ministro de Guerra, el ministro de Exteriores y los tres jefes de las Fuerzas Armadas de Alemania, escucharon cómo Hitler exponía con toda profusión de detalles la visión que tenía para el período comprendido entre los cinco y ocho años siguientes. Pero el mensaje fundamental era sencillo. Había poco tiempo que perder, ya que, en todo el mundo, les dijo, «el impulso primitivo de la colonización» volvía a manifestarse una vez más. La necesidad económica era su verdadera fuerza motriz. Recientemente ésta había empujado tanto a Japón como a Italia a expandirse, y Alemania necesitaba seguir su ejemplo. El Reich, con su «extremadamente atestado núcleo racial» nunca podría ser autosuficiente en materias primas fundamentales o comestibles, y el hacinamiento era una verdadera amenaza para el futuro del país. Elevar su nivel de vida implicaba obtener acceso a los recursos de otros pueblos.

Pero participar en la economía mundial haría que el país fuera vulnerable a las presiones británicas (ni él ni ninguno de cuantos le escuchaban habían olvidado el bloqueo de la Gran Guerra), y, por ello, la única salida segura para Alemania se hallaba dentro de Europa: «Si aceptamos que la seguridad de nuestra situación alimentaria es la cuestión principal que hay que tratar», dijo, «el espacio necesario para garantizarla sólo puede buscarse en Europa, y no, como en la visión liberal-capitalista, en la explotación de las colonias. No es una cuestión de adquirir población, sino de hacer acopio de espacio para el uso agrícola. Es más, las zonas que produzcan materias primas pueden buscarse más útilmente en Europa, en inmediata proximidad al Reich, que en ultramar». Tenía a Austria y Checoslovaquia en mente en el primer caso, prediciendo que tomar el control de ellas mejoraría el suministro de comida

del Reich, sobre todo si, como él preveía, Alemania era capaz de obligar a tres millones de checos a emigrar. Si conseguían actuar en el momento adecuado, Gran Bretaña y Francia se harían a un lado, y Alemania surgiría entonces económicamente reforzada y quedaría en una posición de fuerza para expandirse aún más.[1]

Hitler tendía a pensar sobre la economía en términos de cuánto carbón, hierro y acero, grasas comestibles y cereales podría extraer de un territorio dado. Veía la economía internacional como un juego de suma cero, no como uno en el que los destinos de todos estuvieran vinculados entre sí a través de la interdependencia mutua. Así era, desde luego, cómo veía Europa oriental en particular. Pero, tras la caída de Francia, de repente se abrió una perspectiva mucho más amplia, la de la hegemonía continental. Los expertos en política económica, que habían sido plenamente conscientes de las presiones a la que había estado sometida la economía alemana desde comienzos de la década de 1930, sintieron un gran alivio. «Hoy administramos un territorio que se extiende desde el océano Ártico hasta el mar Negro, desde el golfo de Finlandia hasta el Atlántico», alardeaba el ministro de Economía alemán poco después de la invasión de la URSS. «Nunca antes en la historia del mundo ha habido una economía como ésta que administrar [*Wirtschaftsverwaltung*]. «Este territorio, que pronto se complementaría con las nuevas tierras conquistadas en la URSS en 1941-1942, ofrecía una base de recursos superior, en casi todos los aspectos, a aquella de la que disponía Stalin: la Unión Soviética sólo seguía estando por delante en petróleo.[2]

No obstante, los recursos no lo eran todo. La riqueza de Europa se generaba no tanto a través de la extracción, sino mediante la actuación de sofisticados mercados financieros abiertos y conectados entre sí. El PIB de éstos era colectivamente mayor que el del imperio británico o el de Estados Unidos (incluso sin tener en cuenta la potencial contribución de las colonias francesas, belgas y holandesas). La crisis económica del período de entreguerras había afectado al comercio entre los países dentro del continente y había reducido sus negocios con el resto del mundo. No obstante, estas redes e interacciones comerciales siguieron siendo importantes para la prosperidad de Europa. El verdadero desafío para los alemanes, en otras palabras, no era tanto cómo extraer los recursos sino cómo administrarlos.[3]

Sin embargo, ansioso por construir la Fortaleza Europa, Hitler infravaloró los costes que supondría el hecho de romper las conexiones internacionales de ésta. Una vez que estalló la guerra y que ésta quedó aislada de sus socios

comerciales de ultramar debido al bloqueo británico, quedó claramente de manifiesto la profunda dependencia que tenía el continente de los suministros extranjeros de cereales, pienso, petróleo y carbón. A menudo no había sustitutos a corto plazo para los artículos importados, y hacer frente a la desaparición de éstos habría exigido, en el mejor de los casos, una administración hábil, previsión y una buena disposición para llegar a acuerdos, las cuales no eran las virtudes más preciadas en la Alemania de Hitler. La conquista hizo que algunas de las víctimas del Reich, lejos de contribuir a la campaña bélica alemana, pasaran a necesitar la ayuda alemana para no morir de inanición: desde un punto de vista estrictamente económico, apenas valió la pena invadir a importadores netos como Noruega y Grecia. Pero el hecho de que hubiera que entrar apresuradamente en guerra y el hecho de que el Reich estuviera combatiendo al límite de sus posibilidades sólo intensificaron la tendencia de los nazis a priorizar las políticas de saqueo. A consecuencia de ello, no es de extrañar que la ocupación alemana provocara crisis fiscales y monetarias en un país tras otro, crisis que socavaban la autoridad del estado, agudizaban las presiones inflacionistas y destruían los frágiles mercados interiores. En ningún lugar de Europa, aparte de en el propio Reich, aumentaron las rentas nacionales durante la guerra. En resumen, el rendimiento económico del continente fue desastroso, y fue peor que en ningún otro sitio precisamente en las áreas que Hitler había creído que era más crucial conquistar.[4]

Una buena historia económica reciente de la economía de guerra alemana subraya la dura realidad: mientras que el rendimiento estadounidense se disparaba, la Fortaleza Europa era un «caso perdido». No obstante, a corto plazo Hitler consiguió gran parte de lo que deseaba, pues, aunque el pastel continental se estaba reduciendo, el Reich pudo consumir un pedazo cada vez mayor de él. A pesar de ser solamente una potencia mundial de tamaño medio, la fuerza bruta permitió a Alemania reorientar una parte muy sustancial del comercio y la producción de Europa hacia sí misma. Entre 1940 y 1944, la contribución de los territorios conquistados al consumo global alemán de acero aumentó de un 3 a un 27 por 100, y el porcentaje de obreros extranjeros dentro de la mano de obra del Reich aumentó del 3 al 19 por 100, lo que permitió al país lanzar a millones de sus propios hombres al Frente Oriental. Al mismo tiempo, el consumo alemán aumentó en una octava parte, a consecuencia de las contribuciones de las tierras ocupadas, *sin* incluir el papel crucial que desempeñó la mano de obra extranjera. Los polacos, los checos y los franceses fueron especialmente importantes. Un asombroso 7,4

por 100 de la población *total* del Gobierno General trabajaba en el Reich. En 1943, más de la mitad de la mano de obra francesa trabajaba para la campaña bélica alemana, y más de un tercio de su renta nacional se estaba extrayendo del país en beneficio de Alemania. En el Protectorado de Bohemia y Moravia, cada vez más incorporado dentro de la economía alemana, la renta nacional incluso ascendió por encima de los niveles anteriores a la guerra a pesar de los enormes flujos netos de recursos que se enviaban al antiguo Reich; gracias a un importante crecimiento industrial, por no mencionar a 600 000 trabajadores en Alemania (y más de 200 000 en los campos), el paro desapareció, y los sueldos aumentaron en la misma proporción que la inflación.[5]

Si la economía del Nuevo Orden funcionó siquiera, sólo lo hizo a corto plazo y sólo porque la cooperación capitalista entre los alemanes y otros países del oeste resultó ser mucho más productiva que los modos de extracción colonialistas que Hitler exigía en el Este. Incluso los países ocupados como Bélgica y los Países Bajos que necesitaban ayuda alemana para mantener a flote sus economías resultaron ser importantes contribuyentes netos para la campaña bélica alemana. A Goebbels le impresionó, por ejemplo, cómo las fábricas holandesas obedientemente producían en profusión lo que el Reich les encargaba durante la guerra. Un estudioso de las relaciones entre Alemania y Bélgica habla del «extraordinario éxito» de los alemanes a la hora de poner a trabajar al noroeste de Europa en general.[6] Solamente el valor de los materiales saqueados de allí ascendía probablemente a casi cuatro veces más de lo obtenido en el Este, y Europa occidental aportaba la mayor parte del tributo económico que se pagaba en forma de costes de ocupación y otros impuestos. Incluso para el importantísimo suministro de comida, el estrepitoso fracaso de la política agrícola alemana en la Unión Soviética quedó compensado por las grandes entregas recibidas de Francia y del Gobierno General. Todo esto volvía a demostrar las limitaciones de la visión colonialista de Hitler y demostraba que las sociedades industriales que contaban con una densa administración podían explotarse más lucrativamente que las sociedades agrarias deficientemente conectadas.

Naturalmente, los no alemanes fueron los más afectados por ello, en forma de raciones tremendamente reducidas y de dietas empobrecidas. Había largas colas por todas partes, así como contrabandistas y estraperlistas. Había escasez de alojamientos, debido a las requisas y los bombardeos, y muchos artículos se convirtieron en un recuerdo lejano, que tan sólo se podía obtener

en los restaurantes de moda restringidos a los alemanes y a aquellos que los servían. No obstante, la producción de comida en Europa, en conjunto, no descendió tanto como en la primera guerra mundial, y si bien los franceses y los italianos estaban peor que en 1914-1918, los belgas, los alemanes y los centroeuropeos probablemente no lo estuvieron, por lo menos no hasta el último año de la guerra. Los grandes aumentos en la mortalidad infantil y las epidemias estaban localizados, y los índices de natalidad experimentaron importantes aumentos en muchas zonas: el racionamiento y el mercado negro que se desarrolló entre ellas conservó con vida a la mayoría de la gente. Las hambrunas eran infrecuentes, y sólo se dieron en Grecia en el primer invierno de la ocupación y en los Países Bajos en el último. En Europa oriental todo fue completamente distinto. En parte debido a que la política alemana que se siguió allí escogió como objetivo a grupos enteros para que muriesen por desnutrición, grandes cantidades de personas murieron de hambre, en campos y guetos del Gobierno General, y en todos los territorios soviéticos.

La forma en la que Alemania administró la economía europea, al igual que su enfoque sobre la política racial y de las nacionalidades, estuvo fundamentalmente determinada no sólo por la ideología sino también por el desarrollo de la propia guerra. En 1938-1939, el Reich aumentó su dominio comercial e industrial sobre la Europa central y oriental y, tras la caída de Francia, seguro de haber logrado la victoria también en el oeste, comenzó a meditar sobre cómo se organizaría a largo plazo el Nuevo Orden del continente en el período de paz. Pero desde el invierno de 1941-1942, cuando comprendió que todavía no había vencido a la Unión Soviética, las necesidades a corto plazo de la economía de guerra se hicieron mucho más apremiantes. Éste fue el verdadero punto de inflexión en la gestión alemana de la ocupación en conjunto porque señaló el momento en el que se dio paso a una explotación más violenta del continente y de sus recursos. Aprovechándose del hundimiento del sistema judicial alemán, las SS fueron responsables de un vertiginoso aumento de la población de los campos (de 21 400 en 1939 a más de 100 000 a mediados de 1942 y a más de 700 000 a comienzos de 1945), convirtiéndose así en proveedores fundamentales de mano de obra esclava. Göring redujo considerablemente el consumo de comida en los territorios ocupados con el fin de garantizar que no se resintiera el nivel de vida alemán, mientras que Fritz Sauckel, el nuevo plenipotenciario para el trabajo, llevó a cabo una serie de campañas brutalmente eficaces desde Francia hasta Ucrania en las que se trasladó forzosamente a más de cinco millones de personas al Reich, al mismo tiempo que ello generaba resistencia

en todo el continente. Las víctimas fueron obligadas a trabajar en fábricas donde las condiciones de trabajo se habían vuelto tan penosas como en los propios campos. El recién ungido ministro de Armamentos de Hitler, Albert Speer, hizo trabajar a miles de personas hasta la muerte en fábricas subterráneas de misiles, minas de carbón y fábricas donde se producían máquinas herramienta. «¿Queréis la guerra total?», había gritado Goebbels a su cuidadosamente escogido público en Berlín en la primavera de 1943. Tanto si la querían como si no, para entonces ya la tenían.

La conquista

A finales de la década de 1930, la campaña de rearme de Alemania se tropezó con las limitaciones de recursos que padecía el Reich. Los países de Europa central y oriental que habían estado exportando sus materias primas a Alemania y que habían visto cómo se acumulaban en sus cuentas unos inmensos saldos acreedores estaban empezando a darles la espalda, ya que preferían clientes que pudieran pagar en divisas fuertes. La conquista ofrecía otra forma de apropiarse de dinero y géneros.

El oro y las reservas de divisas extranjeras de Austria fueron a parar, de este modo, al Reichsbank; también las reservas checas, con un valor, según se calcula, de aproximadamente 100 millones de dólares, que los británicos amablemente devolvieron desde Londres tras la toma de Praga. De Austria, Checoslovaquia, Polonia y Europa occidental se tomaron grandes existencias de materias primas, lo que alivió la escasez de metales que se padecía en el Reich y permitió que el 40 por 100 de la producción industrial alemana siguiera estando dirigida a los consumidores hasta la invasión de la Unión Soviética. En la época de la invasión de Checoslovaquia, una de las primeras órdenes de Hitler fue que el ejército tomara el control de las enormes fábricas de hierro y acero de Ostrava. Los caballos eran especialmente vitales para la Wehrmacht, y ésta requisó más de un millón. Lo mismo sucedió con los productos acabados, sobre todo las armas y la munición: en dos semanas, Checoslovaquia fue despojada del armamento suficiente para equipar a diez divisiones de la Wehrmacht, y en el botín también figuraron más de 1000 aviones. Sucedía lo mismo en todas partes. Un tercio de todos los géneros tomados de Francia fueron para uso militar: más de 314 000 rifles, 3 millones de proyectiles y 2000 tanques. En el caso del Gobierno General, Göring ordenó que «todas las materias primas, chatarra, maquinaria, etc., que puedan utilizarse en la economía de guerra alemana sean extraídas». Sus especialistas

en saqueos trabajaron rápido. En Grecia en menos de cinco meses se enviaron de vuelta al Reich productos por valor de cuatro millones de Reichsmarks, mientras que otra unidad especial de saqueo enviada a Ucrania en 1941 extrajo de allí miles de máquinas herramienta para la industria de la aviación alemana.[7]

El efecto que tenía el ejército alemán sobre las economías conquistadas también se hacía notar en otros sentidos. Las agencias calificadoras de crédito móviles emitían marcos de ocupación temporales, y sobrevalorados, para las tropas, otorgándoles un enorme poder adquisitivo que permitía que las «langostas», tal como se las llamaba, trasladaran importantes cantidades de artículos a casa. Tras la caída de Francia, estos «escarabajos de la patata» (como los llamaban también las dependientas parisinas) irrumpieron en Hermès y en otras tiendas de alta costura, con fotografías de sus esposas y sus novias en la mano, para asegurarse de llevarse la talla correcta, y vaciaban las estanterías. En Bélgica las «largas procesiones de soldados doblados bajo el peso de sus innumerables compras» eran una «imagen cotidiana».[8] Göring y Hitler siempre subrayaban lo importante que era permitir que las tropas se trajeran botines de su servicio en el extranjero, ya que eran muy conscientes de que los mandamases del Partido estaban saqueando el continente a una escala mucho mayor. Un economista podría haber dicho que todo esto no era *totalmente* contraproducente: como la invasión generalmente provocaba una crisis deflacionaria temporal e incluso a veces hacía que cayeran los precios de los artículos, el papel moneda alemán ayudaba a inyectar liquidez y a volver a poner en marcha la vida económica. Pero la amenaza de deflación desaparecía muy pronto y era sustituida por presiones inflacionarias que nunca disminuían.[9]

Después de la invasión, la Wehrmacht generalmente fomentó una reanudación de la actividad económica «normal». En algunos aspectos su tarea era más sencilla que lo que lo había sido en la Gran Guerra, ya que en 1940 muchos funcionarios de los estados conquistados opinaban que la guerra había terminado y que su obligación era trabajar con los alemanes. Por consiguente, ordenaban la reapertura de las empresas y las tiendas, congelando los sueldos y los precios para impedir que se produjera cualquier repentina subida de precios. Muchos empresarios también consideraban que negarse a cooperar no tenía mucho sentido: la «política de producción» que lanzaron los magnates industriales belgas en junio de 1940 fue imitada en toda Europa occidental. Mientras tanto, la requisa directa por parte del ejército fue sustituida por la compra y el aprovisionamiento centralizados. En

los Países Bajos, el Cuerpo de Inspectores de Armas ya estaba en marcha incluso antes de la llegada del comisionado del Reich, Seyss-Inquart, buscando empresas holandesas a las que pudiera «subcontratar» las necesidades militares alemanas. Una interpretación estricta de las Convenciones de La Haya habría impedido que se hiciera trabajar a la población para el ocupante de esta manera. Pero en general se ignoraron este tipo de objeciones, aunque las plantearan los funcionarios holandeses, franceses y belgas. Para los dueños de los negocios, había beneficios que obtener y competidores de los que preocuparse. Es más, el miedo a que los alemanes simplemente deportaran a los trabajadores al Reich si no volvían al trabajo por su propio pie hizo que los responsables de formular las políticas, los trabajadores y a los patrones vieran la reanudación de la producción como el mal menor.

Por lo menos en Europa occidental tenían cierta capacidad de elección. En gran parte de Europa oriental los alemanes saquearon todo lo que tuvieron a su alcance. El inmenso Reichswerke HG de Göring tomó la iniciativa. A finales de 1939, éste ya había establecido una posición dominante en Austria y Bohemia y Moravia, confiscando fábricas clave de carbón, hierro y acero y convirtiéndose probablemente en el mayor conglomerado industrial del mundo. Después de 1941, las sociedades de cartera de Göring también tomaron el control de las empresas mineras, metalúrgicas y manufactureras soviéticas. A mediados de 1944, ya trabajaban para el Reichswerke HG más de 400 000 empleados, la mayoría de ellos fuera del Reich. Todo esto formaba parte de una estrategia deliberada para desahuciar el capital francés y británico de Europa central y oriental y para construir entre Linz y la Alta Silesia una nueva zona alemana de producción de armamentos, de productos químicos y de extracción de minerales supervisada por el estado. Empresas como el gigante químico I. G. Farben no habían estado especialmente a favor de la guerra. Pero, una vez que estalló, también sacaron todo el provecho que pudieron de ella. Siguiendo muy de cerca los pasos de las tropas, despedían a los empleados judíos y aceptaban a los nazis en las juntas directivas de las empresas a cambio de que se les permitiera absorber empresas no alemanas. **[10]**

El objetivo a largo plazo era librar al Reich, y en particular al Partido, del monopolio energético de los viejos barones independientes del carbón y el acero del Ruhr y hacer que sectores fundamentales de la economía de la Gran Alemania quedaran más firmemente bajo el control del estado. Desde el *Anschluss* en adelante, Göring hizo hincapié en que el Reich no estaba en guerra simplemente para ayudar a unos cuantos empresarios a obtener

mayores beneficios. Por ejemplo, afirmó que la economía austríaca debía mantenerse «firmemente en manos del estado». Para Göring, el área que estaba bajo ocupación alemana en Europa central-oriental formaba «un área económica homogénea» qué exigía la supervisión de Berlín.[11]La política de saqueo de Göring en el Gobierno General pronto fue revocada, y su propia sociedad de cartera empezó a administrar empresas en lugar de desmantelarlas. Desde Cracovia Hans Frank reivindicó para sí el mérito de haber llevado a cabo el cambio:

> El 15 de septiembre de 1939, recibí el encargo de asumir la administración de los territorios conquistados en el este con órdenes concretas de explotar implacablemente esta área como una zona de guerra y como una tierra lista para el saqueo, de convertir su estructura económica, social, cultural y política en un montón de ruinas, por así decirlo. La labor informativa que se ha llevado a cabo durante los últimos meses ha producido un cambio total de actitud. Hoy en día, el área del Gobierno General se considera una valiosa parte del espacio vital alemán. El principio de destrucción total ha sido sustituido por el de desarrollar esta área hasta el punto en que pueda producir beneficios para el Reich.[12]

No obstante, Frank se mostraba excesivamente pagado de su gestión. En realidad, la renta nacional polaca cayó hasta un catastrófico 40 por 100 tras la invasión alemana. Difícilmente se podía impulsar la reactivación de la vida económica del país mediante un cambio de parecer cuando los mercados anteriores a la guerra habían quedado tan violentamente divididos debido a la partición, y cuando una parte importante del sector empresarial superviviente se encontraba gestionada por administradores obviamente provisionales. Y lo que era más fundamental, los polacos habían perdido toda su autonomía y se hallaban a merced de los planes que habían diseñado los alemanes para ellos, los cuales no les ofrecían ningún incentivo para la cooperación.

La política que siguieron los alemanes en Dinamarca, por otro lado, mostró lo que se podría haber hecho en Europa oriental si los nazis hubieran seguido lo que un desilusionado ejecutivo empresarial llamó «contentarse con lo alcanzable». El contraste con Polonia era casi increíble. Hitler había dicho que había que tratar a los daneses «de la forma más cordial» en vista de la ausencia de resistencia que hubo en su caso, y a consecuencia de ello los contratos empresariales se redactaban «de acuerdo con las prácticas normales». Lo que esto significaba era que los daneses, en gran medida, administraban la economía por sí mismos, a través de un Comité de Gobierno germano-danés, que permitía a los alemanes hacer un uso abundante, pero en ningún caso abrumador, de los astilleros del país, de las fábricas de máquinas herramienta y de otras industrias clave. Los alemanes confiaban en los daneses. No se llevó a cabo ninguna «reorganización» de la economía de

acuerdo con criterios nazis, ninguna compra masiva acaparadora de recursos, ni ningún saqueo de existencias ni de reservas de divisas, ni siquiera el reclutamiento forzoso de mano de obra. Conscientes de la actitud escéptica, por no decir hostil, del pueblo danés, y deseosos de garantizar el acceso constante a los productos lácteos, el pescado y la carne del país, los alemanes intervinieron lo menos posible en las transacciones empresariales. Obtuvieron lo que necesitaban, pero, a consecuencia de ello, la parte que obtuvieron de la producción industrial danesa probablemente nunca sobrepasó el 10 por 100 del total, en comparación con hasta el 30 o 40 por 100 que se obtenía en Francia.[13]

Ningún otro lugar se salvó de los nazis de esta manera, gozando de un trato tan indulgente. Por lo que respectaba a Hitler, la resistencia militar desplegada por otras potencias europeas bastaba para situarlas en una categoría distinta. No obstante, las consecuencias para Europa occidental fueron menos graves durante el primer año, o los dos primeros, que lo que se podría haber supuesto. Las autoridades de ocupación alemanas dieron mucha importancia a la estabilidad política y limitaron la apropiación de recursos que amenazaba con producirse tras la conquista. Como Berlín veía la capacidad industrial de Europa como una válvula de escape para la recalentada economía del Reich, intentó evitar perjudicar la infraestructura que ésta tenía entonces con intervenciones excesivas, saqueos y reestructuraciones. La lista de deseos en la que la industria pesada alemana enumeró sus exigencias fue, en realidad, más bien modesta en comparación con los ambiciosos objetivos de guerra que habían formulado en 1914. Por consiguiente, fue Europa occidental lo que el Ministerio de Economía tenía fundamentalmente en mente cuando, en verano de 1940, previó la aparición de una Paneuropa que no estaría basada en la fusión de estados, sino más bien en una «unión de economías nacionales», en la que se harían negocios en el sector privado bajo la supervisión de funcionarios gubernamentales. El ministerio, construyendo sobre la base de los estrechos contactos que habían surgido entre destacados empresarios en toda Europa occidental antes de la guerra, patrocinó íntimas y agradables reuniones y promovió la idea de una americanización coordinada de las industrias regionales; algunos industriales incluso llegaron a fantasear durante un breve período con la creación de un parlamento industrial europeo bajo los auspicios de Alemania.[14]

Las ventajas de esta cooperación y comprensión mutua pronto se hicieron evidentes. Tras la caída de Francia, Göring quería que el Reichswerke tomase el control de las industrias de Europa oriental, de un modo muy similar a

como lo había hecho en Europa central. Pero esta vez tuvo mucho menos éxito. Tras haber intentado impedir que los industriales alemanes viajaran para explorar el botín que Alemania había obtenido en junio de 1940, una sociedad formada por el Deutsche Bank y la enorme sociedad de cartera belga Société Générale, bajo el mando de su hábil director, Alexandre Galopin, un hombre al que los alemanes llamaban el «rey sin corona de Bélgica», se mostró más hábil que él en su intento de hacerse con un grupo industrial de acero de Luxemburgo, Arbed. Los empresarios alemanes y sus socios de Europa occidental, adoptando una perspectiva amplia, no querían que ni Göring ni los *Gauleiters* perturbaran las relaciones que habían mantenido durante tanto tiempo, relaciones que eran anteriores al régimen nazi y que, hasta donde ellos sabían, podrían perfectamente sobrevivir a él, y vieron que la guerra era una oportunidad para seguir desarrollándolas. Gustav Schlotterer, el hombre en quien Funk había delegado para construir el nuevo orden económico en la región, se reunió con industriales franceses, holandeses y belgas a finales del verano de 1940 y debatió con ellos las posibilidades de establecer una cooperación a largo plazo. El ambicioso banquero belga barón de Launoit, al que un admirador alemán describió como «un verdadero eurovisionario», se mostró perspicaz: «El Ruhr, el sur de Holanda, Bélgica, Luxemburgo, Lorena y el norte de Francia… constituyen una unidad económica natural en lo referente al carbón y al acero… Nosotros, los empresarios, deberíamos hacer estallar las fronteras estatales y aprender a cooperar».

Lo que les permitió salirse con la suya fue la falta de interés de Hitler por la región. Hitler tenía la mirada fija en el Este, lo que le importaba era que se siguiera produciendo carbón y acero, y, mientras ello siguiera siendo así, las industrias del Ruhr y sus socios extranjeros podían salirse con la suya. Los tecnócratas del Ministerio de Economía no tenían ningún problema con ello. De hecho, el ministerio, nominalmente subordinado a Göring, estaba alentando a los banqueros alemanes a que propusieran empresas extranjeras que estuvieran listas para ser absorbidas. Pero el ministerio quería que esto se hiciera de forma estratégica y discreta, evitando repartos indecorosos. Deploraba las confiscaciones no planeadas que habían tenido lugar en algunos países y recomendaba «diplomáticas compras de acciones» realizadas «de un modo puramente comercial». A consecuencia de ello, astutos ejecutivos de empresas holandesas, francesas y belgas lograron hacer que las empresas alemanas se pelearan entre sí para alcanzar sus propios propósitos. Trapicheros como el magnate holandés Fentener van Vlissingen o el belga de

Launoit cooperaron con socios alemanes en la banca, el comercio, la industria pesada, los productos químicos y la construcción. A veces incluso las Fuerzas Armadas alemanas protegían las industrias no alemanas de los ataques de las empresas alemanas, como cuando la Luftwaffe impidió que I. G. Farben entrara en el fabricante de película fotográfica belga Gevaert. La consecuencia de ello fue que ninguna de las empresas realmente grandes (como Unilever y Philips) de Bélgica y los Países Bajos padecieron una toma de control importante por parte de Alemania, y en general la penetración económica alemana se vio entorpecida por una maraña de dificultades legales y una escasez de capital.[15]

Por consiguiente, no es de extrañar que las organizaciones patronales de los países ocupados respondieran positivamente al llamamiento alemán para el establecimiento de una «entente económica» y parecieran felices de «trabajar en común» mientras esto mantuviera al Partido a raya. «Mejor el peor industrial que el mejor *Gauleiter*» era su lema. El Ministerio de Exteriores alemán, junto con la Wehrmacht, estaba dispuesto a ayudarlos. Cuando la Asamblea francesa ilegalizó las exportaciones de capitales, los alemanes se limitaron a expresar una ligera protesta. La «colaboración» pronto determinó ámbitos tan diversos como los seguros, los productos químicos, los automóviles y los textiles artificiales. Entre los franceses y sus socios empresariales alemanes había un entendimiento tácito. Como observó un funcionario francés, estos últimos no siempre estaban motivados por un

> deseo de hegemonía o dominación, sino, al contrario, por un deseo de asegurarse a sí mismos frente a toda eventualidad. El hecho es que algunos de ellos no están seguros de que Alemania se alce con la victoria y de que el régimen nazi se prolongue, o están actuando como burgueses que tratan de asociarse con burgueses extranjeros para influir en el estado social de su propio país.[16]

Este tipo de cooperación mantenía a raya a Göring. A pesar de la enorme productividad de la participación del Reichswerke en el acero francés, Francia proporcionaba solamente el 8 por 100 de la mano de obra y el 2 por 100 del valor neto del conglomerado, en comparación con aproximadamente el 68 por 100 (tanto de mano de obra como de valor neto) que representaban las tierras que los alemanes habían conquistado en 1938-1939.[17]

Cuando lo pensaban, los nacionalsocialistas se sulfuraban por el hecho de que los empresarios de Europa occidental no estuvieran siendo tratados como el bando derrotado. Pero ni Hitler ni el ejército veían ningún motivo para alterar su línea pragmática: los belgas estaban siguiendo su «política de producción», en la que las inmensas sociedades de cartera del país desempeñaban el papel de socias de los alemanes. La política holandesa de

«cooperación», bajo la fiable supervisión de los funcionarios de carrera de alto rango (entre ellos uno, Max Hirschfeld, que era judío, sin duda un caso único en toda la historia de la ocupación nazi), permitió producir armas pesadas y ametralladoras, transmisores e hidroplanos con una fiabilidad ejemplar. La Oficina Central de Contratos alemana en el país vigilaba a 20 000 empresas y subrayó que, en general, no habían «opuesto resistencia a la aceptación de contratos alemanes». En resumen, el sistema funcionaba.[18]

Después de la guerra, uno de los funcionarios alemanes que habían servido en los Países Bajos hablaba favorablemente de las ventajas de la «cooperación» que habían establecido:

> En la guerra se presentaba la oportunidad de modernizar la industria propia [es decir, la holandesa], ampliar las líneas de producción, obtener procedimientos técnicos modernos sin coste alguno, desarrollar más las ideas propias, mantener trabajando a la gente, y, lo que no era menos importante, hacerse con unos beneficios razonables, que permitían que el presupuesto nacional cumpliera sus obligaciones a través de los impuestos.[19]

Era difícil cuadrar este optimista veredicto con las políticas explotadoras que impulsaban la estrategia económica alemana, y más difícil aún tomárselo en serio tras el desmantelamiento y la destrucción sistemática que acompañaron a la retirada alemana en todas partes, desde el sur de Ucrania hasta la Francia central. No obstante, no era del todo erróneo; en ocasiones la ocupación *sí* fomentó la modernización y, sin duda, permitió que algunos empresarios se hicieran con pingües beneficios. En Francia la ocupación potenció la producción de textiles artificiales. Las fábricas productoras de viscosilla y rayón, reorganizadas bajo supervisión alemana, y aprovechándose de la pericia técnica alemana e incluso del capital alemán, sentaron las bases de una industria que se extendería rápidamente después de la guerra. En la Alta Silesia, las nuevas inversiones en las industrias de minería, de productos químicos y de armamento desembocaron en un rápido aumento en la producción y en el empleo que sentó las bases para las industrias químicas de Polonia de la década de 1950. En un sentido más general, la política de industrialización dirigida por el estado impulsada por Göring en Europa central-oriental benefició a sus herederos de la posguerra, los nuevos regímenes comunistas de la región, que descubrieron que no necesitaban apretar demasiado las tuercas al sector privado; los nazis ya lo habían hecho por ellos.[20]

Los planes alemanes para dominar el continente no se limitaron al ámbito de la empresa y la industria. En un intento de convertir al Reichsmark en la «moneda europea más importante», Berlín obligó a los países a canalizar sus flujos comerciales y financieros a través del capital alemán, mientras que al mismo tiempo intentó centralizar y estandarizar los servicios financieros del continente. Sólo durante la guerra podría haberse producido esto junto con una sobrevaloración deliberada y sistemática del propio Reichsmark. Francia y Bélgica tuvieron que padecer el más atroz abuso de la tasa de cambio, pero ello fue casi igual de perjudicial en los Países Bajos. En el Protectorado, la sobrevaloración ayudó a los alemanes a acaparar propiedades checas a bajo precio, pero también ayudó a la exportación de artículos checos. En el Gobierno General, consumió las existencias y vació de recursos al país.[21]

Sobre todo, aumentó significativamente la carga fiscal que los alemanes imponían a los países ocupados. Según las leyes de la guerra, los ejércitos tenían el derecho de recaudar dinero en los territorios ocupados para cubrir sus gastos. Desde la guerra franco-prusiana de 1870-1871, también se había convertido en una costumbre que los estados victoriosos impusieran el pago de indemnizaciones a sus enemigos derrotados, supuestamente para pagar los costes relacionados con la guerra más en general. Ahora los alemanes combinaron estos principios e hicieron de sus llamados costes de ocupación uno de los principales medios de financiar su campaña bélica. Lo que empezaron siendo pagos únicos rápidamente se convirtieron en exigencias regulares, que hicieron que los préstamos forzosos que a veces también se exigían parecieran poca cosa en comparación. En marzo de 1944, según los cálculos del OKW, Francia, que era con mucho el mayor contribuyente individual, había pagado 35,1 millardos de Reichsmarks, lo que ascendía a entre un cuarta y una tercera parte de la renta nacional que había obtenido a lo largo de ese período. Los Países Bajos eran los siguientes, con 12 millardos, después Bélgica, con 9,3. Los noruegos soportaron una carga enorme, hasta una tercera parte de su renta nacional, teniendo en cuenta la pobreza del país y sus limitados recursos. En Europa oriental, donde no se aplicaron en sentido estricto los costes de ocupación, se hicieron exigencias financieras igual de apremiantes. Se calcula que el Gobierno General pagó más de 5,5 millardos de RM, y los territorios orientales ocupados 4,5 millardos, principalmente en forma de botín de saqueo. En el Protectorado de Bohemia y Moravia, más de la mitad del presupuesto del Gobierno se iba en contribuciones al Reich.[22]

Por si esto no fuera bastante, el poder adquisitivo de Alemania también se potenció ampliando el sistema de acuerdos de compensación que había

desarrollado antes de la guerra en Europa oriental. En julio de 1941, el ministro de Economía Funk aclamó el trueque como el futuro de Europa, algo que la liberaría de las limitaciones de la era del patrón oro. Mientras tanto, hasta que eso llegara, sin duda fue un medio eficaz de explotar los países vinculados al Reich. Antes de la guerra, los Países Bajos habían tenido un pequeño déficit de comercio con Alemania; en unos pocos años, éste ya se había convertido en un gran superávit, y el Reich estaba absorbiendo el 79 por 100 de las exportaciones holandesas, comparado con apenas el 15 por 100 en 1938. Bélgica, con el 72 por 100, no le iba muy a la zaga, y su saldo positivo ascendía a casi la misma cantidad que sus costes de ocupación. La Francia de antes de la guerra había enviado a Alemania entre el 3 y el 4 por 100 de sus exportaciones; en 1943, la cifra era el 17 por 100, y su enorme superávit comercial sobrepasaba con mucho al de cualquier otro país».[23]

Básicamente, esto era un saqueo organizado, y lo que los nazis consideraban esencial para la campaña bélica alemana suponía enormes trastornos para todos los demás. Por toda la Europa ocupada los mercados entonces existentes se desintegraban a medida que los civiles huían de sus casas y se interrumpía el comercio exterior, mientras que la requisa diezmaba los corrales y las reservas de existencias y el reclutamiento forzoso de mano de obra vaciaba de trabajadores los campos y las fábricas. La gran incertidumbre sobre el futuro provocó fiebres de acaparación de provisiones y de compra que agotaron las existencias. Aunque las nuevas autoridades de la ocupación trataban de fomentar una reanudación de la actividad económica normal tan rápidamente como fuera posible, en la práctica ésta se vio obstaculizada por la proliferación de puntos de control militares y de controles durante el período de guerra y por la creación de nuevas fronteras temporales o permanentes que destruyeron los antiguos cauces de distribución nacional. Las múltiples particiones de Francia, Polonia, Yugoslavia y Grecia levantaron nuevas barreras para el comercio y las empresas y aislaron a los proveedores de sus clientes. Las entregas forzosas, un eficaz sistema de compensación y unos tipos de cambio fijos permitieron que enormes sumas se transfirieran a manos alemanas, pero sólo a costa de exponer a los países implicados a intensas presiones inflacionistas. Tomados en conjunto, estos factores fomentaron miedos al caos o a un hundimiento inminente y plantearon un gran desafío para los administradores del período de guerra. Cuando en Francia aumentaron las protestas ante las exigencias alemanas, el comandante militar de allí, Otto von Stülpnagel, advirtió sobre el peligro que entrañaba la actitud de esperar obtener demasiado y, a consecuencia de ello,

arruinar la economía francesa: «Si quieres que una vaca dé leche, tienes que alimentarla».[24]

En la propia Alemania, los controles sobre los salarios y los precios garantizaban la estabilidad, sobre todo al combinarse con un sistema de racionamiento bastante eficaz; al mismo tiempo, el aumento de los impuestos absorbía el exceso de liquidez. En Francia, asimismo, el antiguo ministro de Finanzas Pierre Cathala se enorgullecía (después de la guerra) de la estabilidad del franco, y de la continuada solvencia de la Tesorería francesa, que había impedido que se desatara el pánico. «La moneda, el crédito, y el sistema financiero de Francia habían… resistido», declaró sin ironía, «en el sentido más pleno de estas palabras».[25] Pero en los peores casos la inflación provocaba el hundimiento de la autoridad estatal y el abandono total de una economía monetaria. La inflación, relativamente leve en el Protectorado y en Eslovaquia, era un problema mucho más grave en Bélgica, y peor aún en Serbia, Croacia y Grecia. La hiperinflación estaba causada por la incapacidad del Gobierno para recaudar más que una pequeña parte de sus necesidades mediante los impuestos y por el enorme aumento del suministro de dinero causado por la impresión de billetes por parte del banco central. A finales de la guerra, lo recaudado por los impuestos en Grecia cubría menos del 6 por 100 de los gastos del Gobierno, una parte mucho más pequeña que en ningún otro lugar, y un claro indicador de la desintegración del estado. Los precios del soberano de oro se multiplicaron por quince en los dos primeros años de la ocupación y volvieron a dispararse a medida que tocaba a su fin.

Grecia quedó como una advertencia de lo que podía ocurrir cuando la economía de la ocupación fallaba por su base y cuando las exigencias alemanas sólo podían satisfacerse imprimiendo dinero. En julio de 1942 el ministro de Finanzas Von Krosigk advertía a Göring de que «en Grecia… ya no existe un mercado legal, ni un mecanismo de precios que pudiera actuar como base para la estabilización y la reorganización… Si la guerra se prolonga, será necesario impedir que los países cuyo potencial estamos explotando caigan en una ruina económica prematura». Unos meses después, cuando el comisario político alemán en el Banco Central Belga escribió acerca de la existencia de peligrosas presiones inflacionistas debido a la dificultad de controlar el mercado negro, subrayó el riesgo que se corría de convertir Bélgica en «una “Grecia” monetaria». A los administradores alemanes no les preocupaba demasiado en ningún sentido la propia Grecia, que en realidad no habían querido invadir, y cuyo valor para la campaña bélica era mínimo, pero sabían que los costes que supondría para la campaña

bélica alemana el dejar que Francia o Bélgica siguieran el mismo camino serían mucho más elevados.[26]

Cuanto más se prolongaba la guerra, más prioridad adquirían otras dos consideraciones, relacionadas con la estabilidad y la producción, sobre la planificación de la paz de la posguerra. (De hecho, en 1943 esta última ya había quedado oficialmente interrumpida.) La mayoría de los administradores de la Europa occidental ocupada estaban demasiado preocupados por mantener el ritmo de la producción como para querer embarcarse en cambios radicales. En 1940, el Ministerio de Economía había estado lleno de proyectos para una amplia transformación de la producción y de los sistemas de distribución europeos. Dos años después ya quedaban pocos que los apoyaran. A consecuencia de ello, los partidarios alemanes y aquellos que los apoyaban en el extranjero, que habían esperado con ansia la ocupación como una oportunidad para nazificar la economía europea, se sintieron cada vez más frustrados. Como reflexionó un desilusionado nazi holandés en 1941, «los organismos alemanes nos ayudan todo lo que pueden, pero no pueden desorganizar la vida económica en mitad de la guerra por una remota posibilidad, para otorgar la economía al 3 por 100 de los miembros del NSB».[27]

De hecho, en todas partes era visible una renuencia a la experimentación. Las organizaciones de granjeros de antes de la guerra eran a menudo disueltas y sustituidas por nuevas organizaciones equivalentes unitarias proalemanas; pero cuando los granjeros las rechazaban y recurrían en lugar de ellas al mercado negro, poco podían hacer los alemanes o sus socios en las burocracias belgas, holandesas y francesas. En los territorios orientales ocupados, las granjas colectivas soviéticas no se dividieron para facilitar el control de la cosecha. Después de 1940, sólo en teoría existió una economía europea. No se podía hablar de ninguna planificación generalizada, por lo menos antes de la aparición del poderoso Ministerio de Armamentos de Speer (y aún entonces, sólo la hubo para fines muy concretos del período de guerra). Austria, las antiguas tierras checas y los territorios de Polonia occidental y la Francia oriental fueron fácilmente absorbidas por la economía del Reich; pero no había ninguna estrategia global para Europa en conjunto: el Ministerio de Economía era demasiado débil, Göring era demasiado errático y ya no daba más de sí en sus atribuciones, y la Wehrmacht estaba centrada, comprensiblemente, en la tarea a corto plazo, y cada vez más desesperada, de ganar la guerra. La antigua idea de una unión aduanera que abarcara todo el continente se dejó en suspenso, y, en lugar de ella, lo que se llevó a cabo fue parcial y poco sistemático: el Protectorado pasó a formar parte de la zona

comercial del Reich, pero no Dinamarca, cuyos políticos rechazaban la idea de una unión; se abolieron las restricciones a los intercambios con los Países Bajos, pero no con Bélgica. Los acuerdos de compensación bilaterales convirtieron a Alemania en el centro del comercio europeo, pero su perenne escasez de capital le impidió fomentar planes de inversión a largo plazo. Entretanto, el alto grado de explotación generaba presiones económicas que debilitaban las burocracias estatales en todas partes y ponían en tela de juicio la capacidad de éstas tanto para recaudar impuestos como para mantener a sus propios ciudadanos con vida y seguros.

La comida

Pocos problemas demostraban esto de forma más descarnada que la cuestión del suministro de comida. En la primera guerra mundial el bloqueo británico, junto con la movilización prolongada de millones de hombres en los ejércitos combatientes, había provocado una grave crisis alimentaria en toda Europa central. Ésta fue la razón por la que el Tercer Reich, desde el comienzo, reguló la agricultura interna de forma mucho más rigurosa que la industria. De hecho, los nazis buscaron la autarquía como estrategia de guerra y también como objetivo para la paz posterior porque estaban convencidos de que las escaseces de la primera guerra mundial habían provocado el hundimiento alemán. Se esforzaron por ganar la «batalla de la producción» en el interior, pero como Hitler creía que el país no podría lograr la autosuficiencia dentro de sus fronteras de entonces, nunca dudó de la necesidad de una guerra de conquista. Los frutos de esta guerra serían lograr la «seguridad alimentaria» alemana y librar al continente europeo de los fracasos de la política agrícola internacional del período de entreguerras que la había hecho peligrosamente dependiente de las importaciones extranjeras y que había puesto en riesgo el medio de vida de sus propios granjeros. Resolviendo así el problema fundamental del único continente del mundo que tenía unas carencias tan peligrosas en su propio suministro de comida, el fascismo demostraría su superioridad sobre el liberalismo, y mostraría cómo la tiranía del mercado se podía dominar mediante la voluntad política y la gestión estatal.[28]

No obstante, este halagüeño panorama se basaba en unas suposiciones profundamente problemáticas. En la década de 1930, el hundimiento del comercio internacional estimuló el proteccionismo en Europa y libró a sus agricultores de la amenaza de las importaciones baratas de cereales extranjeros. La producción del trigo se disparó. Sin embargo, en vísperas de la

guerra ésta no bastaba todavía para que el continente pudiera alimentarse a sí mismo. De una población, según cálculos aproximados, de 355 millones (en 1942), unos 100 millones vivían en países con excedentes de alimentos, principalmente en el este de Europa; 44 millones vivían en países incapaces de satisfacer las tres cuartas partes de sus necesidades, la mayoría en el noroeste de Europa. La propia Alemania se hallaba en una situacion ligeramente peor que la media; a pesar de un considerable aumento de su autosuficiencia desde 1929, aún necesitaba importar una quinta parte de sus cereales. La situación parecía peor si también se tenía en cuenta el déficit mucho mayor que Europa tenía en grasas, piensos y aceites. Sólo había dos resultados posibles. O los alemanes lograban aumentar la productividad de la agricultura europea durante la guerra (algo que de hecho intentaron, pero en lo que fracasaron estrepitosamente), o, alternativamente, garantizar a los alemanes comida procedente del resto de Europa supondría que otros europeos comieran menos. El plan de nutrición de guerra del Reich de abril de 1939 preveía precisamente esto: pronosticando una caída en picado en el suministro de comida dos años después de la entrada en una posible guerra, daba instrucciones de que se llevara a cabo una explotación extrema de las potencias derrotadas para mantener la ingesta de comida alemana a un nivel satisfactorio.[29]

Mediante el comercio y posteriormente la conquista, la producción de comida de Europa oriental se redirigió, en efecto, hacia el Reich. Tras la derrota y la partición de Polonia, la abundante cosecha de 1940 en los territorios occidentales anexionados demostró la potencial contribución que los nuevos territorios conquistados podrían ser capaces de hacer. Si no hubiera sido por los programas nazis de reasentamiento racial que amenazaron a los granjeros polacos o con el desahucio o con la germanización, esta contribución podría haber sido aún mayor. De hecho, existía una contradicción entre los ambiciosos planes de reasentamiento racial y etnográfico de Alemania, con sus inevitablemente perturbadoras consecuencias, y la necesidad de garantizar un suministro fiable y constante de comida para los consumidores alemanes del interior del propio Reich. No fue ninguna coincidencia que el socio agrícola más próspero de Alemania fuera la recientemente independiente Eslovaquia, donde la producción prosperó gracias a la intensa demanda alemana y a que los propios agricultores eslovacos no se vieron realmente amenazados en ningún sentido por parte de los ideólogos nazis.[30]

En el Protectorado de Bohemia y Moravia, las SS y sus planes de reasentamiento no tuvieron un efecto perturbador muy importante, y en general, su protector, que tenía inclinaciones más pragmáticas, el Ministerio de Asuntos Exteriores y el Ministerio de Agricultura, los mantuvieron a raya. A consecuencia de ello, las caídas en la producción se mantuvieron dentro de ciertos límites, y las entregas al Reich no cesaron. También en el Gobierno General muchos campesinos polacos vieron inicialmente la invasión con más optimismo que el que se podría haber esperado. Independientemente del clima reinante en las ciudades, donde las catastróficas consecuencias económicas de la ocupación se sintieron desde el comienzo, los agricultores polacos estaban dispuestos a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. «Hasta finales de 1939 o comienzos de 1940, los alemanes no nos habían hostigado todavía, de modo que algunos de los amos de las granjas empezaron a decirse entre ellos que "ha llegado un buen amo" y "ésta es la cultura occidental"», recordaba un lugareño. «La mayoría de los habitantes del pueblo no ocultaban su satisfacción por el desenlace de los acontecimientos», recordaba otro. «Se alegraban mucho por "los magníficos amos" que se consideraba que eran los alemanes». Inspirado por el deseo de civilizar a los polacos, el Departamento de Alimentación y Agricultura del Gobierno General, cuyo personal estaba constituido por no menos de 2000 agrónomos alemanes, se propuso modernizar y mecanizar la agricultura polaca, mejorar su rendimiento, consolidar la posesión de las tierras y liberar mano de obra excedente para la industria alemana. Obtuvo cierta aprobación entre los lugareños entregando parte de los beneficios de las fincas expropiadas, tomando medidas enérgicas contra la delincuencia, ofreciendo trabajos administrativos y estableciendo cupos relativamente bajos para las entregas iniciales de cereales.[31]

No obstante, la agricultura polaca siguió estando en manos de los agricultores polacos, y, al ser tan sombrío el futuro político de Polonia, éstos necesitarían incentivos para unirse a la «batalla por la producción». Como los planes a largo plazo de Frank incluían la creación, en el futuro, de enormes granjas que serían entregadas a arrendatarios alemanes como premio por su servicio durante la guerra, quedando los polacos como una clase trabajadora sin tierra, no es de extrañar que costase tiempo lograr que aumentara la producción de grano. Lo que es de extrañar es que aumentara tanto como lo hizo. El fracaso de las requisas obligatorias en 1940 obligó a Frank a adoptar una nueva política de bonificaciones, y, aunque la resistencia campesina contra sus leyes draconianas persistió, estos incentivos, combinados con una presencia de las SS en el campo en época de cosecha y unas nuevas leyes

duras de recolección que hacían que los caciques de las aldeas fueran fusilados si no conseguían recolectar sus cupos de cosecha, dispararon la entrega de cereales de 383 000 toneladas en 1940-1941 a más de un millón de toneladas dos años después. Los campesinos polacos llegaron a odiar rápidamente a los alemanes, pero estos últimos podían vivir con ese odio mientras obtuvieran la cosecha. A medida que descendieron los suministros de cereales de proveedores establecidos como Hungría y Rumanía, los granjeros polacos y checos se volvieron cruciales para la estabilidad política dentro de Alemania.[32]

Europa occidental estaba en una situación muy diferente, ya que su necesidad de importar comida para su supervivencia era aún mayor que la de Alemania. La propia invasión de primavera, con su llamada a filas y el pánico que provocó en el período posterior, afectó gravemente a la cosecha de 1940. Y, con la requisa del ganado, con cientos de miles de hombres en campos de prisioneros de guerra, y con la escasez de fertilizantes y de otros materiales, las perspectivas a largo plazo no eran buenas. Bélgica, el «arsenal del fascismo», necesitaba ayuda si se había de evitar la inanición allí, y Noruega también. En otoño de 1940, a medida que un verano preocupante (para las expectativas agrícolas de Berlín) tocaba a su fin, Göring resumió la situación de forma concisa. Alemania no tenía que preocuparse por la situación alimentaria allí, y los franceses, en particular, debían esforzarse más para aumentar la producción. Básicamente se esperaba que Francia, que nunca había figurado en los cálculos alemanes como proveedora de comida para el Reich, se alimentase a sí misma y al millón de soldados estacionados allí. Sin embargo, Noruega, los Países Bajos y Dinamarca podían necesitar atención. Llegado el momento, se evitó la catástrofe, y ni Noruega ni Bélgica padecieron verdaderas hambrunas. Pero tampoco hicieron nada para aliviar las necesidades de comida del Reich. Los Países Bajos sí lo hicieron, pasando de cultivar cereales a cultivar patatas, y, en cuanto a los agricultores daneses, los más afortunados de todos, sus ingresos se dispararon a consecuencia de sus exportaciones a Alemania. La ocupación, como escribe un historiador, «era lo que se necesitaba para sacar a la agricultura danesa de la depresión prolongada de la década de 1930».[33]

Como los agrigultores eran más numerosos y más difíciles de controlar que los empresarios, la agricultura puso a prueba las capacidades de gestión del Nuevo Orden en un grado aún mayor que lo que lo hizo la industria. A medida que fueron desintegrándose los mercados nacionales, que fueron proliferando los puntos de control, y los costes de transporte fueron

ascendiendo astronómicamente, se hizo más difícil entregar los suministros de comida a quienes los necesitaban, y las áreas ricas quedaron aisladas de las pobres. Los estados que habían quedado debilitados por los efectos de la derrota y de la subordinación no pudieron ejercer fácilmente su poder sobre los agricultores, que podrían ignorar sus exigencias o incluso podían recibirlos con sabotajes o, como ocurría con cada vez mayor frecuencia, con las armas en la mano. Si el principal mecanismo para recolectar las cosechas colectivas eran los cupos fijados oficialmente a precios establecidos, equivocarse a la hora de fijar los precios, o permitir que quedaran muy rezagados respecto a los precios del mercado negro, daría a los agricultores incentivos para desviar sus cosechas por cauces ilegales. Si se establecían precios demasiado altos para las cosechas, era posible que los trabajadores de las ciudades no pudieran permitirse el lujo de la comida y protestasen. Además, los precios de entrega presuponían que la confianza en la moneda permaneciera intacta; en realidad, lo que sucedía era lo contrario. Como había inflación en todas partes, incluso las autoridades estatales que se encargaban de las compras se vieron obligadas, en mitad de la guerra, a pasar a un sistema de trueque en el que intercambiaban cosechas con los agricultores a cambio de bienes de consumo que escaseaban.

Al mantenerse altos los precios de las entregas para aumentar al máximo las entregas de los campesinos, normalmente eran las ciudades las que salían peor paradas. Los diarios y las memorias escritas durante la guerra a menudo dan fe del asombro que sentían los habitantes de las ciudades al ver cómo vivía la gente en el campo: lo de que le llamó la atención al líder de la resistencia polaca cuando viajó de Varsovia al Warthegau fue exactamente lo mismo que impresionó a un abogado belga cuando pasó un fin de semana en las afueras de Bruselas poco antes del fin de la guerra, al comer los consistentes platos locales. En este conflicto de intereses entre productores de comida relativamente adinerados y consumidores urbanos desnutridos, los precios elevados crearon una tensión política en las ciudades que sólo un racionamiento eficaz podría controlar. El mariscal Pétain, que introdujo el racionamiento en septiembre de 1940, insistió en que «todos deben asumir la parte de la penuria común que les corresponde». Pero el nuevo sistema de frenos y controles no hizo más que intensificar la conciencia de injusticia social que tenía la gente.[34] Cuando éste fallaba, la ira que se derivaba de ello a menudo asustaba a las autoridades. En Noruega los trabajadores hicieron una huelga por la congelación de sus sueldos, protestando por la insuficiencia de sus raciones, y lo mismo ocurrió en Francia en el invierno de 1941-1942.

El racionamiento tenía que funcionar de una «forma socialmente justa», dijo el comisario político del Reich para Noruega, Terboven, a las autoridades noruegas, pero estas últimas simplemente carecían de los comestibles o del personal necesario para garantizar esto. Las vacilantes iniciativas emprendidas con vistas a introducir el racionamiento en las ciudades de los territorios ocupados del Este se encontraron con dificultades parecidas. Los funcionarios del estado estuvieron entre las clases medias urbanas cuyos ingresos se vieron debilitados por la inflación, y esto aumentó los incentivos para la corrupción y perjudicó aún más la confianza del pueblo en su capacidad para distribuir la comida con justicia. «Si queréis mantequilla, amas de casa», dijo un periódico francés de la resistencia a sus lectores de Lyon en 1942, «acudid al prefecto regional. Acaban de entregarle veintisiete kilos del mercado negro. Servíos vosotras mismas un cuarto de kilo». En los países donde la población apoyó ampliamente la campaña bélica (Alemania o el Reino Unido), el racionamiento funcionaba y a veces era incluso popular. Pero bajo la ocupación el racionamiento era mucho menos eficaz, ya que las autoridades estatales carecían de legitimidad popular y tampoco tenían fuerzas de policía a su disposición para garantizar los suministros necesarios. De hecho, a menudo se veían en la necesidad de depender de organizaciones benéficas y de asistencia social, (los alemanes incluso las autorizaron en Polonia y más al este), cuyos comedores de beneficencia y sistemas de distribución ofrecían la única alternativa a la quiebra social absoluta.[35]

El mercado negro era la otra fuente esencial de comestibles, sobre todo porque en la mayoría de los países las raciones oficiales no estaban fijadas en niveles lo bastante elevados como para garantizar la salud. La inanición que se observó entre los miles de presos de las cárceles y manicomios belgas y franceses que no tenían acceso a fuentes alternativas de provisiones demostraron lo crucial que fue esto. Los guetos de Europa oriental eran el caso extremo: en Varsovia, la población judía entendió, como lo expuso un funcionario alemán en agosto de 1941, que «si permanecen en el gueto, morirán necesariamente de hambre».[36]

De hecho, incluso en los guetos había comercio ilegal con el mundo exterior, corriéndose un riesgo extraordinario al practicarlo. En otros lugares, en la guerra se asistió a un tráfico constante entre la ciudad y el campo, en el que los habitantes de las ciudades cambiaban muebles, objetos de valor y reliquias familiares por comida. Los propios alemanes vendían artículos excedentes a los estraperlistas, y los oficiales de abastecimiento de la Wehrmacht también les compraban comida a ellos. «Debería subrayarse que,

en principio, todos los departamentos que deseen comprar artículos regulados no deben recurrir al mercado negro», recordó Hans Frank a sus subordinados. De hecho, la corrupción era desenfrenada entre ellos (al fin y al cabo, la esperanza de enriquecerse era una de las principales razones por las que muchos de ellos sirvieron en Polonia), y el propio Hans Frank servía de ejemplo. «La corrupción es indescriptible entre los alemanes», según una fuente de la resistencia polaca. «Por dinero uno puede conseguir un pasaporte extranjero, ser eximido del trabajo e incluso de llevar el brazalete prescrito para los judíos; por dinero uno puede conseguir noticias sobre la suerte que han corrido personas que han sido arrestadas. Agentes de la Gestapo a los que se ha encomendado la tarea de combatir a los estraperlistas hacen negocio con ellos y así sucesivamente.»[37]

Los más sensatos reconocían que era mejor trabajar con el mercado negro que intentar suprimirlo. En el norte de Rusia, el control policial riguroso de los estraperlistas «tuvo un resultado completamente negativo», según un experto militar alemán de la época. «Los géneros desaparecieron de los mercados… y la población urbana carecía de los comestibles más básicos. Con la readmisión de estos mercados, estos síntomas peligrosos desaparecieron.» También en Bélgica la administración militar ignoró en gran medida los impulsos antimercado negro de los funcionarios belgas, salvando con ello, probablemente, al país de la inanición que, de otro modo, su mera presencia podría haber provocado. La administración alemana también intervino decisivamente en Grecia en octubre de 1942 para transformar «el mercado negro… en un mercado totalmente libre». La estrategia fue elaborada por el antiguo alcalde nazi de Viena, Hermann Neubacher, un empresario de éxito, que logró bajar drásticamente los precios durante varios meses.[38]

Había mucho más en juego en Grecia, un país que, como Bélgica y Noruega, dependía de las importaciones para su supervivencia. En el primer invierno de la ocupación ya había sufrido la primera hambruna grave que se producía en Europa: la combinación de las requisas y el acaparamiento, la inflación disparada y los elevados costes de distribución habían desembocado en una catastrófica interrupción en el suministro nacional de comida. A comienzos de otoño, los primeros cadáveres escuálidos que se pudieron ver en las calles de Atenas pusieron de manifiesto la tragedia que estaba al llegar. En los seis meses siguientes, decenas de miles de personas murieron de hambre, o de causas relacionadas con ella. La mayoría de ellos vivían en Atenas, o en una de esas espectaculares pero resecas islas Cícladas que

actualmente albergan turistas en verano. Nadie había querido, ni planeado, esa hambruna, pero los alemanes tampoco se molestaron en hacer gran cosa al respecto. Siguieron confiscando comestibles todo el tiempo y prestaron escasa ayuda: según los funcionarios de Berlín, si a Alemania le sobraba algo de comida, Noruega, Bélgica y los Países Bajos tenían prioridad sobre ella. «No podemos preocuparnos excesivamente por los griegos», comentó Göring. «Es una desgracia que afectará a muchas otras personas además de a ellos.» En la primavera de 1942, cuando la comida amenazaba con escasear en la propia Alemania, el tono se endureció. «¿Realmente merece la pena mantener con vida a la gente de las ciudades griegas, que actualmente sólo parece componerse de traficantes, estraperlistas, receptores de artículos robados, ladrones y gente que evita el trabajo, con las provisiones de comida de las potencias del Eje?», preguntaba un periódico germanohablante. «¡Cuánto tiempo pueden seguir alimentando las potencias del Eje, en su dura lucha, a una población de millones de haraganes, es algo que está por ver!»[39]

De vez en cuando, el hambre y la inanición también golpeaban en Europa occidental. La única verdadera hambruna se produjo en Holanda en las últimas semanas de la guerra, cuando las ciudades de la costa holandesa quedaron temporalmente aisladas por un embargo alemán. En medio de un clima helado, las raciones cayeron en picado a unas 450 calorías diarias, muy por debajo de los niveles de subsistencia; aquellos que pudieron huyeron a los campos buscando comida, y se calcula que murieron aproximadamente 10 000 personas, la mayoría de ellos ancianos o niños, y pobres.[40] En Francia, centros urbanos como París y Lyon, y áreas de monocultivo como el departamento de Hérault, vieron los primeros síntomas de grave peligro en el ascenso de los índices de mortalidad entre los sectores más vulnerables de la población: los ancianos, los enfermos, los mendigos y todos aquellos que carecían de acceso al mercado negro por un motivo u otro. En octubre de 1942, Vichy introdujo complementos especiales de comida en las ciudades para prevenir el hambre, y los economistas advirtieron de graves riesgos sanitarios para el futuro.

Aunque no hubo una inanición declarada en la Polonia ocupada (aparte de en los guetos donde, desde luego, miles de personas murieron de hambre), la envergadura de los trastornos y de la discriminación que padeció el territorio ejerció una gran presión sobre el suministro de comida. Una lista de comestibles prohibidos a los polacos pero disponibles para los alemanes incluía el pan de trigo, la ternera y la carne de cerdo, el arroz, la miel, el pescado de todo tipo, las bayas, los zumos de fruta e incluso las cebollas. Los

efectos que ello tuvo en los niños fueron especialmente perjudiciales, y sus raciones cayeron a menos de 500 calorías diarias. Una mujer polaca explicó que sólo habían evitado morir de hambre cambiando ropa por mantequilla, harina de trigo o harina de cebada. Raramente se disponía de azúcar y sal. Convirtiendo pedacitos de tierra en parcelas de huerta, la gente cultivaba patatas y centeno.[41]

Pero fue en la URSS donde el hambre tuvo las consecuencias más devastadoras. Al igual que en los guetos, el hecho de que se dispararan allí los índices de mortalidad indicaba la existencia de una política deliberada; sólo que la cifra de personas que murieron en los territorios ocupados soviéticos fue aún más elevada que la de las que murieron en los guetos. Parte del problema radicó en un fallo de planificación. Las cálculos aproximados alemanes de exactamente a cuánto ascendían los excedentes de cereales rusos fueron tan displicentes y erróneos como sus preparativos para la guerra en general. Cometieron un grave error al sobreestimar su cantidad, del mismo modo que se equivocaron por completo al no prever la política de tierra quemada soviética que el Ejército Rojo llevó a cabo en su retirada. Ésta dejó la infraestructura económica en tal desorden y destruyó tantos tractores y maquinaria agrícola de otros tipos que incluso una administración mucho más sofisticada habría tenido que hacer grandes esfuerzos para lograr restaurar la producción a los niveles anteriores a la guerra. Como la Wehrmacht estaba viviendo de la tierra, con la expectativa de lograr una victoria instantánea, las granjas rusas y ucranianas quedaron aún más diezmadas por la requisa y matanza de animales que se llevó a cabo de forma masiva.

Pero la inanición reflejaba fundamentalmente no el hecho de que la planificación alemana hubiera fracasado, sino que había tenido éxito. Herbert Backe, la figura ascendente en el Ministerio de Agricultura y Alimentación, era un defensor de la desindustrialización de Rusia desde hacía mucho tiempo. Su objetivo era debilitar la clase obrera urbana que Stalin había construido y hacer que el país volviera a ser el proveedor de trigo para Europa occidental que había sido antes de que los bolcheviques tomaran el poder; al fin y al cabo, antes de 1914 había exportado una cantidad de cereales diez veces mayor que la que exportaba en la década de 1930. En opinión de Backe, Stalin había llevado al país por la dirección equivocada, había paralizado la agricultura rusa y había condenado al resto de Europa a depender de los cereales transatlánticos. Tomando el control del suministro de cereales soviético, Alemania podría crear una auténtica *Grossraumwirtschaft* continental y fraguar una más eficaz división del trabajo entre el oeste

industrial y el este campesino. Obsesionado con el granero ruso y ucraniano, Backe daba escasa o ninguna importancia al 70 por 100 de la capacidad de producción soviética de hierro colado, el 58 por 100 de la de acero y el 64 por 100 de la de carbón que también quedarían en manos alemanas.[42]

Tampoco le preocupaban los consumidores de comida rusos. Para los habitantes de las ciudades soviéticas, en particular, las implicaciones de ello fueron increíblemente nefastas. Mientras que en la primera guerra mundial el ejército alemán había puesto las necesidades de la población civil local de Europa oriental por encima de las de la propia Alemania, los nazis las pusieron en último lugar. Cuando en una reunión de planificación presidida por Backe antes de la invasión se previó un excedente de 8,7 millones de toneladas de cereales, sujeto al «nivel de consumo doméstico», también se explicó en detalle lo que esto significaba: millones de personas en las regiones del norte que eran deficitarias en alimentos, incluidas Moscú y Leningrado, debían quedar aisladas de los productores de cereales de Ucrania y se debía dejar que murieran de hambre. Se preveía una «gravísima penuria por el hambre». Por consiguiente, así era como se iba a hacer retroceder a Rusia a su pasado desindustrializado y desurbanizado; no había lugar para el «falso humanitarismo», ya que esto «reduciría la resistencia de Alemania» en la guerra. Y como las manufacturas de Europa oriental eran más importantes para Alemania que las de Rusia, según concluían los planificadores, los excedentes de cereales rusos debían usarse para mantener con vida a los trabajadores industriales de Europa oriental, no a los rusos. Un año y medio después, la política seguía siendo la misma. «La situación del suministro de comida en Europa en conjunto», declaró Göring, «hace que sea necesario obtener el mayor excedente agrícola posible de los territorios orientales ocupados para alimentar a las tropas y a la población del Reich en el futuro inmediato. Con el fin de lograr esto, el consumo de comida local de la población indígena debe mantenerse en el nivel más bajo posible».[43]

La «estrategia del hambre» de Backe permite interpretar de otra manera el trato que dispensaron los alemanes a las ciudades rusas y ucranianas: el control total que establecieron en torno a Leningrado y los cordones levantados en torno a Minsk y Kiev fueron concebidos con la intención de hacer pasar hambre a la población, destruir la cultura urbana y obligar a sus habitantes a que volvieran a la tierra. El dinero dio paso al trueque, y las ciudades se vaciaron a medida que sus habitantes se echaban a los caminos en busca de comida. En una visión que a menudo les recordaba lo que les aguardaba, pasaban por delante de los cadáveres escuálidos de prisioneros de

guerra y de civiles famélicos dispuestos al borde de las carreteras. Igual que en Europa occidental, pero a una escala mucho mayor, y con temperaturas bajo cero, este éxodo atascó las carreteras. «El que sobrevuela o atraviesa en coche los territorios soviéticos ocupados hoy en día», escribió un funcionario del Ministerio del Este en invierno de 1942, «observará a multitudes de personas que avanzan por las carreteras: hay cientos de miles de ellas, y, según los expertos, a menudo pueden llegar al millón. Estas multitudes se están desplazando, o bien para buscar comida, o bien para llevar comida a las ciudades con el fin de venderla».[44]

Las terribles consecuencias de ello fueron que la población de una ciudad como Kharkov, de un millón de personas antes de la guerra, cayó a unas 250 000 en menos de dos años. La retirada soviética había tenido su efecto.

Desde el comienzo, el Ejército Rojo había dejado muy pocas cosas tras él y había volado muchas de las fábricas de la ciudad a su marcha. Pero los alemanes, a su vez, condenaron a la ciudad a una muerte lenta. Como recordaba un superviviente algunos años después:

> El pueblo está totalmente desprovisto de comestibles, como un desierto, como una ciudadela que lleva mucho tiempo sitiada y aislada del mundo exterior. Todos los puentes y los ferrocarriles han sido volados, todo tipo de instalaciones de comunicación y transportes están totalmente destruidas. La entrada y la salida de la ciudad están estrictamente prohibidas… No hay tiendas, mercados, ni comercios de ningún tipo. Todas las tiendas, o fueron destruidas, o saqueadas, u objeto de robos en los últimos días antes de la retirada del ejército soviético… Los que fueron capaces, los más fuertes, intentaron huir del pueblo como si éste fuera una guarida para la pestilencia, dejando atrás sus propiedades, sus casas y a sus parientes… Hubo también otras personas que, exhaustas y sumamente débiles por la pérdida de su fuerza, causada por la prolongada inanición, arriesgaron sus vidas para salvar a sus seres queridos. En heladas de entre 30 y 40 grados bajo cero, llevando pesadas cargas, moviendo apenas sus pies envueltos en trapos viejos, recorrieron entre 200 y 300 kilómetros en ventisqueros, haciendo frente a las tormentas de nieve, hasta aldeas lejanas, para cambiar sus últimas prendas de ropa de abrigo por maíz o harina… Muchos de ellos murieron, quedaron congelados, se extraviaron.[45]

No obstante, como las economías de la ciudad y del campo no podían separarse tan sencillamente como imaginaba Backe, el resultado acumulativo fue que la producción agrícola durante la guerra nunca estuvo a la altura de las expectativas alemanas. La mayoría de lo que se recogió fue para alimentar a la Wehrmacht. *Sí se entregó* un excedente de grano de Ucrania después de la cosecha de 1942 y de nuevo al año siguiente. Pero la línea dura represiva de Erich Koch hizo que se perdiera el apoyo de toda la población y socavó los titubeantes esfuerzos del ejército para ganarse a los ucranianos para la causa alemana. El Ministerio de Agricultura envió allí a miles de expertos agrícolas en vano. Decidiendo no dividir las granjas colectivas, alegando que su

existencia facilitaría la recolección de la cosecha, los alemanes dictaron un Nuevo Decreto Agrícola a comienzos de 1942 que posponía cualquier decisión sobre la cuestión. El decreto prometía liberar a los campesinos de la «tiranía» del «Gobierno soviético judío de Moscú», pero su falta de claridad levantó las sospechas de éstos, y en menos de un año a muchos observadores alemanes les quedó claro que habían arrojado por la borda su principal oportunidad para ganarse a los campesinos.

Un aluvión de críticas llegó por parte de los economistas del ejército y del Ministerio del Este de Rosenberg. «Grandes sectores del campesinado ucraniano se encuentran bajo la influencia de la propaganda enemiga», observó en octubre de ese año uno de los ayudantes de Rosenberg, «y han perdido la fe en la seriedad de nuestras intenciones». El Decreto Agrario había sido una chapuza, y la similar vacilación alemana en torno a la restauración de la propiedad privada en el báltico había sido «contraria a todo sentido común político». Este ayudante advirtió crudamente que exterminando a los judíos y matando a los campesinos en represalia por los ataques de los partisanos, Alemania se arriesgaba a perder a Ucrania «como fuente de nuestro suministro de comida».[46] Pero para cuando los políticos empezaron a contemplar alternativas, el daño ya estaba hecho. Las entregas de cereales de la URSS sencillamente nunca estuvieron a la altura de las expectativas de Backe (ni de Hitler), y el resultado de la invasión confirmó todas las dudas y las vacilaciones de aquellos que se habían opuesto a ella. Tal como se desarrollaron los acontecimientos, el dominio nazi sobre la «California» de Alemania en el Este condenó a la muerte a millones de ciudadanos soviéticos y dificultó aún más la tarea del Reich en Europa occidental al hacer que la carga de proporcionar comida a Alemania pasara a recaer sobre ella.

En la propia Alemania, en la primavera de 1942 se comprendió que las raciones de comida dentro del Reich tendrían que ser recortadas. Dada la convicción de Hitler de que la propia seguridad del régimen estaba estrechamente vinculada con el mantenimiento del nivel de vida alemán, sin duda ésta fue una de las crisis políticas más graves que experimentó el régimen durante toda la guerra. Desde luego, en el extranjero se interpretó como un síntoma de debilidad, y las noticias sobre los recortes fueron inmediatamente aprovechadas y exageradas por la «propaganda del hambre» soviética. Confidencialmente, el SD informó de que la moral del pueblo había

«alcanzado un punto bajo que jamás se había observado anteriormente».[47]Resuelto a dar marcha atrás a los recortes tan pronto como fuera posible, Hitler se sintió lo suficientemente preocupado como para sustituir a su cada vez más ineficaz ministro de Agricultura y Alimentación, Walther Darré, por el dinámico Backe. Darré era un hombre que estaba fundamentalmente impulsado por unos sueños raciales románticos de resucitar la vida campesina en la propia Alemania, mientras que Backe era un duro expansionista y un pragmático que, como su íntimo colega Heydrich, creía en conseguir que se hicieran las cosas. A estas alturas era la comida lo que importaba, no los campesinos. Tomando medidas drásticas contra el mercado negro en el Reich, pasó a centrar su atención en mejorar las entregas de cereales del Este.[48]

Los criminales resultados fueron casi inmediatamente visibles. En el Gobierno General, que no podría haberse alimentado a sí mismo en la mejor de las circunstancias, la administración de Frank no sabía cómo aumentar las entregas, sobre todo porque consideraba que las raciones polacas ya eran demasiado bajas. Las bonificaciones para los agricultores podrían ayudar. Pero, como en el caso ruso, Backe tenía otra respuesta: recortar drásticamente el consumo local. Un grupo, por encima de todos los demás, ya estaba empezando a morirse de hambre y se podía prescindir de él. «En el Gobierno General», dijo a los funcionarios de Frank el 23 de junio, algunas semanas antes de que hubiera que entregar la cosecha, «todavía quedan actualmente 3,5 millones de judíos. Polonia va a ser desinfectada antes del fin del año próximo». Sólo unas semanas antes Himmler había anunciado a sus hombres de más alto rango de las SS que el «errar de los judíos» habría terminado antes de que acabara ese año. En este momento dio instrucciones al SSPF Globocnik de Lublin para que asesinara a todos los judíos de Polonia que no se necesitaran para el trabajo: esto se logró gracias a los nuevos campos de exterminio de Treblinka, Sobibor y Belzec. De esta manera, la crisis alimentaria ayudó a acelerar la Solución Final. Con el fin de ayudar a Backe, los hombres de Himmler también se encargaron de recolectar la cosecha polaca. Según las instrucciones de Himmler, Varsovia tenía que ser aislada, y los campesinos que no satisficieran sus cupos de entrega serían fusilados.[49]

Göring también desempeñó su papel, y convocó una reunión crucial en Berlín a principios de agosto. Ésta fue una de las muy pocas ocasiones en las que realmente llegaron a reunirse los jefes de las distintas administraciones de la ocupación, y permitió al mariscal de campo Reich exponer la nueva línea dura. Reprendiendo a los comisarios políticos del Reich y a los comandantes del ejército congregados por poner los intereses de los no alemanes por

encima de los alemanes, señaló que en el futuro se adoptaría una postura mucho más dura. Alemania había conquistado «territorios enormes», y, no obstante, el consumo de comida en el Reich estaba descendiendo a las «raciones miserables de la primera guerra mundial»:

> En todos los territorios ocupados veo a la gente que vive allí repleta de comida mientras nuestro propio pueblo pasa hambre. Por el amor de Dios, ustedes no han sido enviados allí para trabajar por el bienestar de las personas que se les ha confiado, sino para hacerse con todo lo que puedan para que el pueblo alemán pueda vivir. Espero que consagren todas sus energías a eso. Esta incesante preocupación por los extranjeros debe acabar de una vez por todas. Tengo delante los informes de lo que están planeando entregar. Cuando examino los países de ustedes, parece que no es nada de nada. Me trae sin cuidado que me digan que las personas que tienen a su cargo están desplomándose de hambre. Pueden hacerlo, naturalmente, siempre y cuando ningún alemán se desplome de hambre.[50]

No podría haber sido más franco: «En otros tiempos me parecía que la cuestión era relativamente más sencilla. Después alguien lo llamó saqueo». A continuación, pasó a hablar sobre cada país por turnos: los holandeses eran «una nación de traidores a nuestra causa», y no importaría debilitarlos, con tal de que eso no perjudicase a los agricultores y los obreros de las fábricas de armamentos. Francia debería entregar 1,2 millones de toneladas de cereales, no 550 000 como en el año anterior. Bélgica no era tan pobre como afirmaba. Se lanzaron cifras. Para Noruega: «ellos tienen pescado: 400 000». Cuando Terboven interpuso que era una cifra inferior a la de la entrega del año anterior, Göring respondió: «¡500 000!» Las inevitables protestas de los políticos y los funcionarios del estado en los territorios ocupados no le interesaban. Él no estaba, subrayó, en favor de la «colaboración»: la «colaboración es algo que sólo hace el señor Abetz [el embajador alemán en Francia]». Sólo los daneses escaparon: su relación económica especial estaba rindiendo los resultados deseados.[51]

Mientras tenían lugar estas crudas negociaciones, la mente de Hitler abarcaba el futuro, inflamada por los panoramas del Plan General del Este. A lo largo del mes de agosto siguió desarrollando este tema ante los invitados a sus cenas. Alemania estaba avanzando sobre los «espacios vacíos» y tendría que aprender a gobernarlos. Los lugareños eslavos entregarían la cosecha a cambio de artículos manufacturados alemanes de baja calidad; quien se atreviera a hablar de civilizarlos sería castigado con una temporada en un campo de concentración. «¡Ninguna de las potencias que hay sobre la tierra nos expulsará!», alardeó, y los partisanos correrían la misma suerte que los «pieles rojas» en América. El Este produciría un excedente de entre diez y doce millones de toneladas de cereales al año, como de hecho ya había hecho

antes de la gran guerra, y Alemania se convertiría en «el estado más económicamente independiente» del mundo, en el que millones de campesinos alemanes responderían a la llamada de la tierra.[52]

Por suerte para los alemanes, los resultados de la cosecha de 1942 fueron más que satisfactorios. Viéndose beneficiadas por el buen tiempo que hizo durante el verano, y debido al aumento del control policial sobre las cosechas, las entregas totales de cereales europeos aumentaron de dos millones de toneladas a más de cinco millones en 1942-1943: a estas alturas Alemania estaba obteniendo una cantidad no inferior a la quinta parte de sus cereales de los territorios ocupados. El Gobierno General y Francia fueron la clave: los suministros de los dos aumentaron espectacularmente. A consecuencia de ello, a mediados de septiembre el régimen pudo anunciar que las raciones volverían a aumentar en Alemania. La crisis alimentaria había terminado, y Göring era optimista: en un discurso de «Acción de Gracias por la Cosecha» pronunciado a comienzos de octubre, predijo que en el futuro seguirían aumentando, ya que «¡hay huevos, mantequilla, harina en los Territorios del Este en cantidades que no se pueden ni imaginar!». Hitler había afirmado que, si en octubre habían logrado aumentar las raciones, los británicos tendrían que «abandonar cualquier esperanza que tuvieran de hacernos morir de hambre». Así, el régimen presentó su logro como un fracaso británico y como una confirmación de que finalmente se produciría una victoria alemana.[53]

Goebbels, el especialista en propaganda, sabía que los alardes de Göring no contribuían nada a ayudar políticamente a Alemania y dio instrucciones a los periodistas alemanes para que cambiaran de tema. De hecho, los europeos, junto con los administradores alemanes responsables del orden público en el extranjero, reaccionaron con enojo ante el aumento de las exigencias. En Francia, por ejemplo, el embajador Otto Abetz, el hombre del Ministerio de Exteriores en París, advirtió de la posibilidad de que se produjeran «revueltas, la más grave perturbación del orden público y la dimisión o derrocamiento inmediato del actual Gobierno». Había que trabajar con los franceses, subrayaba, ya que Alemania carecía de la mano de obra necesaria para recolectar la cosecha físicamente sin ellos. La política de colaboración simplemente no podría arrojarse por la borda, como había dado a entender Göring. De la URSS ocupada llegaron advertencias similares: la cosecha de 1942 había resultado tener un valor incalculable, pero a medida que fue escaseando la comida, la población se vio empujada a los brazos de los partisanos y comenzó a ver el bolchevismo como el menor de dos males. El futuro demostraría que Goebbels tenía razón y que Göring había sido estúpido

al tentar a la suerte: 1942-1943 fue, de hecho, el punto álgido para las entregas de comida a Alemania. Cayeron ligeramente al año siguiente y mucho más drásticamente al año posterior, y ni siquiera los aumentos continuados de la producción en la propia Alemania fueron capaces de compensar estos descensos.[54]

«La salud de Europa hoy es… “no demasiado mala”», escribió un comentador en *International Affairs* en el verano de 1944, advirtiendo de que sólo la posibilidad de que en la liberación se extendieran epidemias constituía un motivo de preocupación real. Y, de hecho, si intentamos calibrar los avances que hubo en la salud y en el nivel de vida en toda la Europa ocupada en conjunto, aparecen algunos rasgos inesperados que tuvo la experiencia del continente.

En la medida en que el objetivo de la política alemana fue la conservación de un suministro de comida con el que se pudiera contar para el Reich, esto se logró fundamentalmente a través de una combinación de estrictos controles dentro de Alemania y de notables aumentos en las entregas desde el exterior. La crisis de 1942 representó, mirando hacia atrás, un tambaleo temporal que se corrigió posteriormente aumentando la presión sobre los consumidores extranjeros. No fue hasta un momento muy avanzado de la guerra cuando los alemanes empezaron a soportar una caída en picado en la ingestión de calorías; y fue después de la guerra cuando tuvo lugar el auténtico derrumbe. Las importaciones de comida se hicieron cada vez más importantes: una quinta parte de los cereales que se consumían en Alemania (en comparación con el 10 por 100 de antes de la guerra), una tercera parte de la carne (en comparación con el 7 por 100), y una cuarta parte de las grasas eran importadas, la mayoría de Francia, la URSS, Dinamarca y los Países Bajos. Como la racialización de la política alimentaria no sólo suponía el asesinato de los consumidores no deseados sino la conservación de la salud de aquellos «dignos de vivir», el Reich también prestó especial atención a la nutrición. Su campaña a favor del pan integral («¡el pan integral es mejor y más saludable!»), con sus anuncios de niños mofletudos con dientes sanos incluidos, se combinó con incentivos a los agricultores no sólo del interior de Alemania, sino también a los del Protectorado, los Países Bajos, Bélgica y Francia, para que produjeran pan moreno. Pese a la resistencia de los consumidores, la campaña a favor de lo integral se extendió a los cereales y los bizcochos. Se promovió el muesli como una forma más saludable de

desayuno. Todo esto contribuyó a que se produjera una enorme mejora en el registro demográfico alemán comparado con el de 1914-1918: entonces el índice de natalidad había quedado reducido a la mitad, mientras que en su punto más bajo, en la segunda guerra mundial (1942), cayó en menos de una quinta parte. Si el objetivo de Hitler era evitar el daño demográfico de 1914-1918, lo había conseguido.[55]

En otros lugares, aunque los niveles de las raciones y del consumo global de comida variaban enormemente, y a pesar de las requisas alemanas, en gran parte del continente la salud también siguió siendo sorprendentemente buena. En general, el problema fundamental era de distribución, no de producción. Las zonas donde éste se solucionaba con mayor éxito eran aquellas donde el estado era fuerte, y donde las comunicaciones eran relativamente fáciles, es decir, en Europa occidental y central. Aquí se introdujo el racionamiento, que mantuvo el consumo a niveles inferiores a los de antes de la guerra pero lo sufientemente elevados como para evitar el hambre en masa. Algunas de las sociedades más gravemente afectadas en realidad estaban aliadas a Alemania: en Karelia, en Finlandia, algunas poblaciones rurales estaban rondando niveles que superaban por poco los niveles de subsistencia; en Italia las raciones oficiales estaban entre las más bajas de Europa, y el patético fracaso del régimen a la hora de garantizar el suministro de comida para el país después de muchos años de hablar a gritos sobre «la batalla por los cereales» contribuyó enormemente a la desafección popular y la ira hacia el fascismo. Sólo en la antigua Unión Soviética, y en algunas partes de Yugoslavia y Grecia, se extendió ampliamente la desnutrición y ésta amenazó con provocar muertes en masa por el hambre, y éstos eran países en los que el estado era más débil y la ideología racial alemana había tenido el efecto más devastador. En conjunto, sin embargo, la caída en el consumo de comida no se podía comparar con la primera guerra mundial, al menos hasta los dramáticos meses finales de la guerra. En el caso de la mayoría de los europeos, las mejoras en los cultivos y el buen tiempo ayudaron a mantener a raya el hambre.

La gente también siguió estando sorprendentemente sana. Hubo pocas epidemias, y los datos demográficos hacían pensar en un efecto inesperadamente reducido en la mortalidad infantil o en los índices de natalidad. Dinamarca, protegida por su situación favorable en el Nuevo Orden, estuvo mejor y experimentó un ascenso continuo en sus índices de natalidad hasta niveles muy superiores a los de la década de 1930. Pero ni siquiera en Francia, donde la mayoría de las personas sintieron la escasez de comida de forma más aguda por no haber experimentado nada comparable en

la gran guerra, se reprodujo la caída catastrófica que tuvo lugar en 1914-1918: al contrario, hubo un aumento rápido, históricamente inaudito y sustancial en los nacimientos después de 1941, algo que los demógrafos de la posguerra atribuyeron a «la resistencia de la natalidad en la época de guerra» pero que continuó después de la guerra, como lo hizo casi en todas partes. Se pudieron observar tendencias similares en países más privados de comida como los Países Bajos, gracias a los índices de mortalidad relativamente bajos y los elevados índices de natalidad.[56]La población global, que creció ligeramente en el Reino Unido y más rápidamente en Estados Unidos, sólo cayó ligeramente en Europa occidental. En Yugoslavia, Grecia y Polonia, las caídas fueron mucho más pronunciadas. Sin duda, la URSS lo pasó peor: estudios recientes indican que la catástrofe que se produjo durante la guerra en Ucrania, por ejemplo, superó incluso al hambre de 1933; en Bielorrusia, las cifras son menos seguras, pero puede que el resultado fuera incluso peor. Por consiguiente, la política alemana logró tanto aislar a su propio pueblo del desastre demográfico como infligirlo sobre aquellos a quienes más temía y despreciaba. El resto de Europa siguió estando sorprendentemente sano: no obstante, la presión que las escaseces de comida ejercían sobre la legitimidad de las instituciones estatales, y el muy real miedo a la inanición que se extendió por todo el continente hicieron que fuera fácil comprender por qué esto no podía ayudar mucho políticamente a los alemanes.[57]

En el mejor de los casos, el efecto relativamente limitado que tuvo la política alimentaria alemana sobre la salud en gran parte de la Europa occidental y central contribuye a explicar por qué su efecto sobre el orden público no fue tan grande como se podría haber esperado, al menos antes del invierno de 1942-1943. La evolución de las actitudes populares puede trazarse a través de los informes de la policía secreta militar alemana en Bélgica. En octubre de 1940, daban parte de la preocupación pública ante las disposiciones para el suministro para el invierno próximo, y de las dudas sobre la competencia de las autoridades belgas. Al mismo tiempo, se consideraba que cerca del 80 por 100 de la población «aceptaba el hecho de la ocupación alemana» y esperaba que los alemanes impusieran una distribución justa de los comestibles. En marzo de 1941, el sentimiento antialemán ya estaba en alza, principalmente debido a las escaseces de comida. Un año después el mercado negro se había convertido en una triste realidad de la vida, y generalmente la gente estaba convencida de que los alemanes perderían la guerra en el Este. No obstante, seguían siendo «pasivos», y se pensaba que había escasas posibilidades de que se produjeran problemas

graves. Se consideraba que las huelgas que estallaron giraban en torno a las raciones y los sueldos bajos, y no en torno a los alemanes directamente. A mediados de 1942, ya se hacía más difícil separar el deterioro de la situación de los suministros del dominio alemán. No obstante, incluso en septiembre el GFP estaba informando de que «la calma general, el orden y la seguridad no están amenazados». En Francia las valoraciones de la Wehrmacht sobre las amenazas para el orden público eran muy similares. Hasta el final de 1942, en otras palabras, la inmunidad de Europa occidental al hundimiento económico total parece haber logrado mantener la tranquilidad allí. La oposición manifiesta en masa no surgiría hasta algún tiempo después, una vez que hubiera cambiado el rumbo de la guerra y ésta se hubiera vuelto claramente contra los nazis.[58]

Los recursos

La energía, y no la comida, era el verdadero talón de Aquiles de la campaña bélica alemana. En 1943, Estados Unidos producían el 67 por 100 del petróleo del mundo, mientras que la URSS producía aproximadamente el 10 por 100, aproximadamente el equivalente a la producción de California. Los británicos controlaban Irak y Persia, que eran nominalmente independientes, pero mientras la Armada Real británica estaba derrotando a los submarinos en la batalla del Atlántico, fue el petróleo estadounidense lo que permitió a Gran Bretaña seguir luchando. Los alemanes, por otra parte, sólo controlaban los yacimientos petrolíferos de Rumanía, cuya producción en descenso durante la guerra era de menos del 2 por 100 del total mundial, y unos cuantos anticuados surtidores en Hungría y Galitzia. Europa en general, donde Hitler cifraba sus ambiciones imperiales, dependía completamente de las importaciones de petróleo, y esto situaba el Tercer Reich en una desventaja enorme, y hacía que librar una guerra prolongada fuera prácticamente imposible. Contrariamente a lo que dice la mitología, estaba librando fundamentalmente una guerra del siglo XX con una tecnología del siglo XIX: caballos y carbón.[59]

En 1940, durante un instante, pareció en Berlín como si el mundo árabe, rico en petróleo, pudiera entrar en juego. Comprendiendo que la victoria en la primera guerra mundial había dejado a los británicos el control de las reservas de petróleo de Oriente Medio, algunos alemanes esperaban que la caída de Francia les diera un acceso a la zona. Se creó una nueva sociedad de cartera estatal de petróleo, Kontinentale Öl AG(se concibió para absober también los

yacimientos petrolíferos polacos y rusos), y en mayo de 1941 se envió un equipo alemán a Siria. El ministro de Exteriores Ribbentrop fue un partidario clave para la expedición, con la que confiaba, desesperadamente, evitar la invasión de la URSS y mantener la presión sobre Gran Bretaña apoyando a las fuerzas proalemanas que había entre los nacionalistas árabes. Hitler, por otro lado, apenas tomó en serio la idea, ya que estaba convencido de que la derrota del bolchevismo ofrecería rápidamente riquezas mucho mayores y haría que las concesiones a los árabes fueran innecesarias. El contraste con la intervención decisiva de Churchill no podría haber sido mayor. Moviéndose rápidamente, a lo largo de los meses siguientes, los británicos aplastaron un golpe proalemán en Irak, ocuparon Siria y el Líbano (junto con la Francia Libre) y forzaron la abdicación del *shah* de Irán. El hecho de que el Eje no lograra conquistar Egipto, y el hecho de que los británicos hubieran afianzado su dominio sobre el país pusieron fin de hecho a los comentarios de Hitler en esa dirección. Esto hizo que la conquista de los yacimientos petrolíferos soviéticos en el Cáucaso, los mismos que habían estado abasteciendo pacíficamente a Alemania en 1939, fuera aún más urgente, sobre todo porque desde mayo de 1942 en adelante Hitler estaba siendo advertido por las figuras de más alto rango del Estado Mayor de su ejército que sin ellos no sería posible ninguna operación ofensiva al año siguiente. Atada de pies y manos por la actitud del Führer, la Wehrmacht llegó a Maikop en agosto, y a Grozny en octubre, pero el hecho de que no se lograra tomar Stalingrado obligó a las tropas a retroceder unos meses después. No habría ninguna solución militar para el problema energético de Alemania.[60]

Hitler recurrió a los científicos, en vano. Se suponía que la hidrogenación, en particular, llenaría el vacío que había en el ámbito de los combustibles produciendo combustibles sintéticos. Las inversiones en plantas como el complejo químico que se construyó en torno a Auschwitz, responsable, a finales de 1944, del 15 por 100 de la producción de metanol de Alemania, sí que permitieron a la Luftwaffe seguir funcionando. Pero la hidrogenación es un proceso enormemente caro, con sus propias elevadas necesidades de combustible, y las cantidades necesarias para llevarlo a cabo habrían consumido una parte muy grande del carbón de Alemania; tal como se desarrollaron los acontecimientos, la producción de combustibles sintéticos alcanzó un máximo en 1943. Los daños provocados por los bombardeos aliados en 1944, junto con la pérdida, ese mismo año, de los yacimientos petrolíferos rumanos, hicieron que los apuros energéticos de Alemania fueran

prácticamente insolubles. Aumentar el número de cazas no servía de mucho sin el combustible para hacerlos funcionar.[61]

Las perspectivas eran buenas en lo referente al carbón, aunque no eran mucho mejores. La conquista de Bélgica, Holanda, Francia y Checoslovaquia había dejado una importante capacidad minera en manos alemanas. Sin embargo, continentalmente, la situación seguía sin ser buena: Alemania era la mayor exportadora de carbón de Europa, pero Francia era la mayor importadora de carbón del mundo, y Dinamarca, Italia y Noruega también dependían totalmente de las importaciones. Gracias a la cooperación entre los administradores alemanes y los dueños de las minas francesas y belgas, la producción se recuperó rápidamente en 1940 y siguió haciéndolo hasta alcanzar un máximo en 1942-1943. Pero después de esto cayó inexorablemente, con repercusiones sobre la producción de acero y poniendo en riesgo la estrategia de Speer para la cooperación industrial. Hitler era muy consciente de las implicaciones que tenía esto. En agosto de 1942, había advertido al jefe del Reichwerke, Hermann Göring, y al presidente de los productores de carbón alemanes, Paul Pleiger, que la guerra estaba perdida si las escaseces de carbón de coque frenaban el aumento de la producción de acero. Los constantes bombardeos angloamericanos en el Ruhr la primavera siguiente tuvieron como objetivo el nodo crucial de la economía energética alemana y perturbaron el desarrollo de toda la estrategia de rearme de Speer.[62]

A medida que fue avecinándose la derrota, el pacto de 1940 sobre el carbón y el acero entre alemanes, belgas y franceses empezó a desmoronarse. Los mineros habían protestado por lo escaso de sus raciones desde el primer invierno de la ocupación (las mujeres de los mineros belgas agitaban sacos vacíos de patatas como protesta en los exteriores de los ayuntamientos), pero los alemanes no podían aumentar las raciones lo suficiente para ganárselos. Desde 1943, aumentó el absentismo, y la brecha en la productividad entre los mineros alemanes y los extranjeros se ensanchó. La producción promedio diaria en las minas de carbón francesas cayó un 39 por 100 entre 1938 y 1944. Mientras que la parte que representaban la comida y la mano de obra extranjera en la producción global alemana seguía subiendo, la producción de carbón extranjera descendió del 28 al 20 por 100 del total de Alemania. Fue aquí donde el sufrimiento de las poblaciones urbanas de Europa, en particular, regresó para atormentar a sus amos. En otoño de 1943, las huelgas ya se habían vuelto habituales, y se aceleró el descenso de la producción. Las reservas de carbón alcanzaron niveles peligrosamente bajos, haciendo que al Reich le resultara aún más difícil seguir suministrando al resto de Europa el

combustible necesario para que la producción continuara. De hecho, esto se volvió más o menos imposible después de que los bombardeos aliados sobre la infraestructura de comunicaciones alemana a finales de 1944 arruinaran el sistema de distribución de carbón del país y obligaran al cierre de sus fábricas.[63]

Así pues, ¿se puede decir que la ocupación se rentabilizó? Una evaluación reciente llega a la conclusión de que en general es más probable que eso se produzca cuando las áreas involucradas son economías industriales modernas, ya que es más fácil explotar sus recursos, y las comunicaciones y el control son relativamente baratos. Este argumento parece verosímil en el caso nazi: a pesar de todos sus sueños imperiales en el Este, fue Europa occidental la que más contribuyó a la campaña bélica alemana. Pero hay que hacer dos salvedades. Una es que ni siquiera la ocupación más eficazmente administrada bastará si faltan determinados artículos fundamentales. Si hubieran ganado la guerra en 1941, sin duda los alemanes habrían comprado el petróleo y otros artículos que necesitaban en el extranjero. La visión de autosuficiencia extrema de Hitler se habría moderado, y la política económica internacional de Alemania habría sido más parecida a la propuesta por los ejecutivos de sus industrias química y naviera, que nunca abandonaron la idea del comercio con el resto del mundo y que de hecho siguieron haciendo tratos discretamente con empresas estadounidenses y de otros países. Pero la declaración de guerra a la URSS hizo que eso resultara difícil, y la entrada de Estados Unidos en la guerra lo hizo imposible. Una vez que la guerra se prolongó y se convirtió en un combate encarnizado entre gigantes industriales, la crítica deficiencia energética de Alemania empezó a ser un factor importante. La otra cuestión es que un análisis puramente económico no contempla la importantísima dimensión ideológica que tuvo la gestión de la economía de guerra por parte del Tercer Reich. Si gestionó la economía de Europa occidental un poco mejor que la de Europa oriental, esto no sólo se debió a que fuera más fácil hacerlo. Fue, sobre todo, porque ideológicamente allí había menos cosas en juego. Las SS de Himmler eran más débiles, hombres con mentalidades más tradicionales tenían una mayor influencia, y el propio Hitler tenía ideas de menor alcance para el futuro de la región.[64]

10

Los trabajadores

Fue en la cuestión de la mano de obra donde la brecha entre la ideología y la realidad generó más dilemas para el Tercer Reich e intentos más violentos de resolver esos dilemas. Como el objetivo político fundamental de los nazis era la creación de un estado racialmente puro, aborrecían la idea de tener que traer obreros extranjeros a Alemania, sobre todo de Europa oriental. Sin embargo, una vez que los combates en el Frente Oriental plantearon la perspectiva de una guerra prolongada de desgaste, quedó claro que el conflicto no se podría ganar sin ellos. Desde 1942 en adelante, en particular, la cantidad de éstos creció rápidamente y en 1944 habían aumentado a más de siete millones. La repentina llegada de una población inmensa y fundamentalmente eslava al interior del propio Reich representó una revolución social inesperada y profundamente desestabilizadora en un país donde a las personas se las bombardeaba constantemente con el mensaje de que los que vivían en el Este eran primitivos, apestados y peligrosos. La forma que tuvo el régimen de tranquilizarlas fue hacer que los obreros llevasen insignias, mantenerlos tras alambre de espino, controlar cada uno de sus movimientos y castigarlos severamente cuando no acataban las órdenes. En resumen, la necesidad de trabajadores extranjeros llevó directamente a una radicalización de las propias leyes raciales del Reich.

Los trabajadores extranjeros, 1939-1942

A finales de la década de 1930, los mercados de trabajo cada vez más restringidos que había en el interior de Alemania ya estaban llevando a los agricultores a informar de que andaban escasos de peones. En noviembre de

1938, ya había temores a que esto estuviera poniendo en peligro el suministro de comida de Alemania. Los extranjeros constituían una cuarta parte de la mano de obra agrícola en 1936-1937, una cifra que ascendió a un porcentaje no inferior al 43 por 100 en 1938-1939. Göring apoyaba esta llegada, y no pensaba que «las consideraciones de política racial» debieran tener una importancia primordial. En su opinión, los trabajadores extranjeros eran un mal necesario. Pero a medida que más hombres alemanes fueron llamados a filas, su importancia fue aumentando aún más: en 1940, no menos del 60 por 100 de la fuerza de trabajo agrícola en Alemania era no alemana. Cientos de miles de prisioneros de guerra polacos, en particular, fueron despojados de su estado de excombatientes, reclasificados como trabajadores civiles y asignados a granjas alemanas. Dada la obsesión de Hitler por asegurar la comida de Alemania, poco tenía de extraordinario que el Reich dependiera cada vez más de los polacos para alimentarse, sobre todo al estar simultáneamente expulsándolos de sus propias granjas en el Warthegau y en Prusia Oriental. Irónicamente, a muchos de esos mismos polacos se les estaba obligando a ir al Reich para que trabajaran allí. Hitler estaba convencido de que los alemanes necesitaban más tierra para sobrevivir. Pero incluso en la tierra que ya tenían necesitaban que los polacos recogieran la cosecha.[1]

Fueran cuales fueran las deficiencias de la lógica económica nazi, ningún alemán racialmente consciente tomó a la ligera las implicaciones que estos acontecimientos tenían para la seguridad. Para impedirles contaminar la población alemana, se singularizó a los obreros polacos: no sólo se los obligó a llevar insignias (precursoras de las estrellas amarillas que posteriormente llevarían los judíos), también se les impedía la entrada a los restaurantes, se les prohibía montar en bicicleta y se les proporcionó burdeles aparte para impedir la deshonra de las mujeres alemanas. Sus sueldos estaban fijados por debajo de los de los alemanes hasta que los agricultores reaccionaron librándose de sus trabajadores alemanes, momento en el cual el régimen impuso un «impuesto de compensación social» para eliminar este incentivo. Pero al régimen todavía no le preocupaba la dependencia que Alemania tenía de los recién llegados: se había abordado el problema de la escasez de la mano de obra, y las objeciones ideológicas podían contrarrestarse mientras un estricto control los mantuviera a raya, y se los mantuvo en las áreas rurales.

Sea como fuere, tras la siguiente tanda de conquistas en el oeste parecía que esta dependencia de los polacos sólo sería una necesidad temporal. La derrota de Francia y de los Países Bajos desembocó en la captura de muchos más prisioneros de guerra y dio acceso a mercados de trabajo europeos

deprimidos por años de depresión económica y desempleo. Había más de un millón de parados sólo en Francia y en Italia en este momento. Otros llegaron voluntariamente en busca de trabajo desde lugares tan distantes como Hungría, Bulgaria y España. En el verano de 1940, ya parecía, por consiguiente, que las necesidades de Alemania podrían satisfacerse completamente en el futuro inmediato. A consecuencia de ello, el Reich liberó a sus prisioneros de guerra belgas, holandeses y noruegos, y también a algunos franceses. Los 1,2 millones que permanecieron en cautividad fueron utilizados en la agricultura o seleccionados para las minas y la industria.

Las actitudes hacia el ejército cada vez más multinacional de recién llegados dentro de Alemania eran diversas. La Oficina Principal de la Seguridad del Reich (RSHA) intentó distinguir entre «trabajadores de estirpe germánica» y «extranjeros raciales» y estableció distintas series de castigos para ellos. Pero esto produjo algunos resultados curiosos: los trabajadores holandeses eran miembros de una nación enemiga derrotada, por ejemplo, y no obstante, en teoría, eran racialmente superiores a los croatas, los italianos y los eslovacos que estaban viniendo a trabajar al Reich como voluntarios. El pueblo alemán no hacía distinciones sutiles: a la gente generalmente le desagradaba cualquier trabajador extranjero que se negara a adaptarse o que llamase la atención. Las jóvenes italianos eran supuestamente «bulliciosos y pendencieros»: se quejaban de la comida y de los retretes atascados. Las mujeres francesas eran «inmorales», los holandeses «arrogantes». Se decía que los trabajadores extranjeros hacían desagradables los viajes en tren por su «insoportable hedor», sus ropas sucias, su desorden, su basura y su tendencia a ponerse a cantar. Pero, en contraste con la idea fantasiosa del Partido Nazi de que sólo eran un mal temporal, un alto funcionario del Ministerio de Trabajo advirtió de que el desarrollo económico de Europa hasta bien entrada la era de la posguerra se caracterizaría por grandes movimientos de mano de obra:

> Incluso después del final de la guerra, no será posible prescindir de la mano de obra extranjera en Alemania. Como en el pasado, su utilización será muy necesaria en la agricultura, pero también en la industria, con el fin de cumplir las grandes tareas futuras de paz. La formación de una economía europea integrada macrorregional servirá para promover este desarrollo. Junto con la importación de trabajadores adicionales de los estados continentales a Alemania, sin duda también se verá impulsado el intercambio mutuo de mano de obra en forma de los llamados trabajadores invitados, una igualación intereuropea de la fuerza de trabajo.[2]

Convencidos de que la victoria estaba a la vuelta de la esquina, y ante unas previsiones tan desagradables, los nazis endurecieron su enfoque. A los

trabajadores extranjeros se les impidió la entrada a los hospitales a menos que sus vidas corrieran peligro, y sus campos quedaron sometidos a una vigilancia constante. Las autoridades locales prohibieron el acceso a las piscinas, retiraron las pagas extraordinarias de Navidad y sólo les permitieron ir de compras en determinados momentos. Una razón para estas interminables restricciones fue que, sobre todo en el campo, las normas a menudo se ignoraban. Las relaciones cordiales que existieron entre los polacos y los alemanes en los pueblos y en las granjas aisladas preocuparon a las autoridades, que pidieron una mayor vigilancia y reglamentación.[3]

Después de la invasión de la URSS, la captura de tres millones de prisioneros de guerra y de inmensos territorios que contaban con grandes reservas de mano de obra aumentaron tanto las oportunidades como los riesgos económicos de una forma completamente nueva. Como el régimen creía que la victoria era inminente, y como creía que tenía acceso a todos los trabajadores extranjeros que necesitaba, no hizo ningún plan para usar a prisioneros de guerra rusos. De hecho, Hitler impidió que se utilizaran en el Reich. Al fin y al cabo, se esperaba que el fin de la guerra provocara una rápida desmovilización de la Wehrmacht, lo que aliviaría la escasez de mano de obra de Alemania de una vez por todas. No obstante, esto era andar en terreno resbaladizo, pues, si la guerra no se desarrollaba como estaba previsto, Alemania se enfrentaría rápidamente a enormes dificultades: la llamada a filas para Barbarroja había consumido aún más la ya reducida mano de obra alemana y había dejado un número récord de ofertas de trabajo no cubiertas en la economía doméstica. Y no se trataba de una mera preocupación teórica: la producción de carbón en el Ruhr, el centro de la economía energética del Reich, cayó un 15 por 100 entre marzo y agosto de 1941. No fue hasta octubre cuando Hitler finalmente transigió y autorizó la explotación exhaustiva de los prisioneros de guerra soviéticos dentro de Alemania, algo que llegó demasiado tarde para la mayoría de ellos. En Alemania su difícil situación no provocaba excesiva lástima: al contrario, la gente estaba tan indignada por las informaciones de que el Reich estaba alimentando a millones de prisioneros de guerra en los campos que las raciones de los campos se redujeron, de hecho. Aquellos soldados del Ejército Rojo que lograron llegar a Alemania con vida estaban demasiado débiles para trabajar y necesitaron ser especialmente «engordados».

Tanto Himmler como el Partido detestaban la idea de que la dependencia de Alemania de los trabajadores extranjeros pudiera volverse permanente. La guerra había producido una situación absurda a la que querían poner fin lo

más rápidamente posible: «Hoy en día la situación racial-política es tal que tan pronto como nos libramos de 500 judíos del área del Reich, traemos diez veces esa misma cantidad de individuos de razas extranjeras racialmente indeseables», se quejó un analista en el invierno de 1941-1942. Temiendo una quiebra de la seguridad, Himmler esperaba que Alemania pudiera satisfacer sus necesidades con «gentes germánicas» y con la asimilación de otros «aptos para la germanización». No obstante, esta idea, como todas las de Himmler, ignoraba las realidades económicas y dejaba sin resolver la creciente escasez de la mano de obra del Reich. Entre mayo de 1939 y mayo de 1942 el alistamiento hizo que la mano de obra civil se redujera en 7,8 millones. Con las cuantiosas bajas que sufría la Wehrmacht en el Frente Oriental, si se deseaba aumentar la producción de armamentos, tendría que resolverse de algún modo el problema de la mano de obra.[4]

Las campañas de Sauckel

En la primavera de 1942, empezó la racionalización de la economía de guerra, con el joven Albert Speer como responsable, que pronto desembocaría en notables aumentos en la producción. Pero era obvio que Alemania también necesitaba lo que algunos llamaban un «dictador para la mano de obra» que llevara a cabo un programa de mano de obra en toda Europa. Para hacerlo, Hitler pasó por encima, como era típico en él, del Ministerio de Trabajo y nombró a Fritz Sauckel, el viejo *Gauleiter* de Turingia, como plenipotenciario para el trabajo. Dio instrucciones a Sauckel para que consiguiera un espectacular aumento en la contribución del continente al problema de la mano de obra alemana.

Sauckel y Speer eran, en algunos aspectos, como la noche y el día, dos generaciones distintas de hombres nacionalsocialistas. Speer era otro de esos tecnócratas jóvenes, bien educados, convincentes, que no ocultaban su desprecio por la estupidez de los «jefes» del Partido. Sauckel era un antiguo marinero y trabajador manual, un antiguo líder del Partido. En realidad, ambos hombres eran organizadores competentes, y sus tareas eran complementarias: el trabajo de Sauckel, al fin y al cabo, era encontrar a los trabajadores que pudieran cubrir los déficits de las fábricas de Speer. Dijera lo que dijera Speer después de la guerra, Speer necesitaba a Sauckel, como también necesitaba a Himmler y la Wehrmacht, porque sin el reclutamiento forzoso de mano de obra de Europa para el Reich habría sido imposible aumentar la producción de armas de Alemania.

Durante un año y un medio Sauckel tuvo un enorme éxito dirigiendo lo que un reciente historiador ha descrito como «uno de los mayores programas de mano de obra que el mundo ha visto jamás». En abril de 1943, informó orgullosamente a Hitler de que las cosas estaban funcionando bien: por lo que respectaba al trabajo, «nuestro Reich nacionalsocialista presenta un ejemplo brillante comparado con los métodos del mundo capitalista y bolchevique». En la realidad, la situación era mucho menos halagüeña. A medida que las condiciones de trabajo dentro de Alemania se endurecieron, muchos de los voluntarios se marcharon, haciendo correr la voz, al volver a casa, sobre la pobre dieta y la brutalidad del trato que se recibía allí. Cuando se enviaba de vuelta a aquellos que los alemanes definían como «no aptos» para el trabajo, como también sucedió en la primera mitad de 1942, sus horripilantes historias no contribuían en absoluto a facilitar las nuevas contrataciones. A finales de 1942, los hombres de Sauckel estaban reuniendo a gente con métodos que extendieron el terror por todo el Gobierno General y los territorios orientales ocupados. En 1942, logró traer a más de un millón de trabajadores civiles al Reich solamente desde los territorios soviéticos. A mediados de 1943, 2,8 millones de nuevos trabajadores habían sido asignados a las fábricas alemanas, y a finales del año siguiente ese número había aumentado a más de 5 millones. Si comparamos esta cifra, lograda en apenas treinta meses, con los entre 10 y 20 millones de africanos que fueron trasladados a través del Atlántico como esclavos durante más de un siglo, apreciaremos el imponente poder coercitivo que tenía a su disposición el estado moderno.[5]

La trata de esclavos era algo que se le ocurría de forma natural a la gente de la época como único paralelismo concebible para la extraordinaria y a menudo aleatoria brutalidad de los hombres de Sauckel. Según el muy crítico ayudante de Rosenberg Otto Bräutigam:

> Entonces nos vimos ante el grotesco panorama de tener que reclutar a millones de jornaleros en los territorios orientales ocupados, después de que hayan muerto de hambre prisioneros de guerra como moscas, con el fin de llenar los vacíos que se han formado dentro de Alemania… En el imperante abuso ilimitado de la humanidad eslava, se emplearon métodos de «reclutamiento» que probablemente tengan su origen en los períodos más negros de la trata de esclavos.[6]

En Cracovia, un nacionalista ucraniano proalemán se quejó a las autoridades:

> El nerviosismo general aumenta todavía más debido a los malos métodos para encontrar mano de obra que se han usado con cada vez mayor frecuencia en los últimos meses. La salvaje y cruel caza del hombre que se ha practicado en todas partes en las ciudades y en el campo, en las calles, las plazas, las estaciones, incluso en las iglesias, de noche en las casas, ha debilitado gravemente

> la sensación de seguridad de los habitantes. Todo el mundo está expuesto al peligro, a ser detenido en cualquier parte y en cualquier momento por miembros de la policía, de repente e inesperadamente, y a ser llevado a un campo de reunión. Ninguno de sus parientes sabe lo que le ha pasado, y no es hasta meses después cuando alguien recibe noticias de la suerte que ha corrido a través de una postal.[7]

En todo caso, las cazas del hombre en el campo eran incluso peores. Una gráfica carta escrita por un lugareño de Polonia oriental describía una redada en los siguientes términos:

> Donde vivimos nosotros han pasado más cosas. Se está trasladando a gente a Alemania. El 5 de diciembre estaba previsto que se fueran algunas personas del distrito de Kowkuski, pero éstas no quisieron y el pueblo fue incendiado. Amenazaron con hacer lo mismo en Borowytschi, porque no todos cuya marcha estaba prevista querían irse. Acto seguido, tres camiones llenos de alemanes llegaron y prendieron fuego a sus casas. En Wrasnytschi se incendiaron doce casas y en Borowytschi tres. El 1 de octubre tuvo lugar un nuevo reclutamiento de mano de obra. Le describiré los acontecimientos más importantes. No se puede imaginar la brutalidad. Usted probablemente recordará lo que nos contaron sobre la época en la que los soviéticos dominaban a los polacos. Entonces no lo creíamos, y ahora esto parece igual de increíble. Llegó la orden de proporcionar veinticinco obreros, pero ninguno se presentó. Todos habían huido. Entonces llegó la milicia alemana y comenzó a incendiar las casas de aquellos que habían huido. El fuego se hizo muy violento, ya que hacía dos meses que no llovía. Además, había pilas de cereales en los corrales de las granjas. Ya se puede imaginar lo que sucedió. A la gente que acudió apresuradamente al lugar se le prohibió extinguir las llamas y fue golpeada y arrestada, así que ardieron siete casas. Mientras tanto, los policías incendiaron otras casas. La gente se arrodillaba y besaba las manos a los policías, pero ellos les pegaron con porras de goma y amenazaron con incendiar todo el pueblo …
>
> Durante el incendio la milicia pasó por los pueblos contiguos, detuvo a los jornaleros, y los arrestó. Dondequiera que no encontraran a ningún jornalero detenían a los padres, hasta que los hijos aparecieran. Así es como hicieron estragos durante toda la noche en Bieloserka. Los trabajadores que para entonces no hubieran aparecido serían fusilados. Se cerraron todas las escuelas y los maestros casados fueron enviados a trabajar aquí, mientras que los solteros van a trabajar a Alemania. Ahora están agarrando a humanos como los perreros agarraban antes a los perros. Ya llevan una semana cazando y aún no tienen bastante. Los obreros encarcelados están encerrados en la escuela. Ni siquiera pueden ir a hacer sus necesidades, sino que tienen que hacerlo como los cerdos en la misma habitación. La gente de muchos pueblos fue un día a una peregrinación al Monasterio de Potschaew. Todos fueron arrestados, encerrados, y serán enviados a trabajar. Entre ellos hay gente tullida, ciega y anciana.[8]

En vista de tales acontecimientos, no es de extrañar que, a medida que el propio Sauckel cruzaba los territorios ocupados, se encontrara con una creciente preocupación y enfado por las consecuencias de estos actos entre los propios funcionarios cuya cooperación necesitaba. En la búsqueda de las cantidades que se les habían marcado como objetivo, sus hombres a menudo ignoraban los pases válidos y los documentos de exención emitidos por otros organismos, reclutando a trabajadores cualificados cuya deportación perjudicaba otros trabajos de la industria bélica alemana. Y estaba el catastrófico efecto social y político más en general. Rosenberg advirtió a

Sauckel que sus redadas estaban fomentando la resistencia partisana en los territorios orientales a medida que los campesinos huían a las bandas. Enfrentándose a una elección entre ser enviados a Alemania y que sus casas quedaran reducidas a cenizas, creían tener poco que perder. El personal económico de la Wehrmacht también estaba profundamente insatisfecho. Preocupado por la cosecha y los ferrocarriles en particular, el ejército quería mantener a los trabajadores donde estaban. No obstante, las necesidades del Reich estaban primero y sus agentes siguieron saqueando la antigua URSS: más de la mitad de los trabajadores soviéticos que trabajaban en Alemania en 1944 llegaron allí *después* de la caída de Stalingrado.

Pero Sauckel también recurrió a Europa occidental. En un año, el número de trabajadores belgas en Alemania casi se duplicó, mientras que el número de franceses aumentó de 135 000 a 667 000. Ribbentrop ya había alertado al ministro italiano de Exteriores sobre el hecho de que «el Führer tendría que tomar medidas radicales en los territorios ocupados para movilizar la potencial mano de obra local» para que Alemania pudiera combatir la campaña de rearme estadounidense.**[9]** Francia experimentó ahora una versión más suave de las tácticas de mano dura que se estaban empleando en Polonia y Ucrania. En marzo de 1944, el antiguo marinero alardeó ante sus colegas de que

> incluso pasé a emplear y a adiestrar a toda una serie de agentes masculinos y femeninos que a cambio de una buena paga, como se hacía antiguamente para embarcar a hombres a la fuerza como tripulación para los barcos mercantes, iban a la caza de hombres y los emborrachaban usando tanto bebidas alcohólicas como palabras, con el fin de enviarlos a Alemania. Además, encomendé a algunos hombres capaces la creación de nuestro propio ejecutivo especial para el suministro de mano de obra, e hicieron esto adiestrando y armando a varios nativos con la ayuda del Führer supremo de las S. S. y la Policía, pero todavía tengo que pedir armas al Ministerio de Municiones para que estos hombres las usen, ya que sólo durante el último año varias docenas de agentes muy competentes del ejecutivo de mano de obra han sido asesinados a tiros. Tengo que aplicar todos estos medios, por muy grotescos que parezcan, para refutar la alegación de que no había ningún ejecutivo que trajera mano de obra a Alemania de estos países.**[10]**

En 1943, los costes ya estaban creciendo en forma de un aumento de los disturbios, de quiebras del orden público y de una resistencia cada vez mayor al dominio alemán. Los empleados de Sauckel estaban siendo atacados, y los registros y los archivos policiales que les ayudaban a escoger a trabajadores a través de los cauces burocráticos a menudo eran quemados deliberadamente por los resistentes. A consecuencia de ello, los reclutadores cada vez abandonaban más cualquier pretensión de selectividad y reunían a la gente indiscriminadamente en las calles, cines, mercados y estaciones de tren. Tales *razzias* y *bloccos* se hicieron difíciles de distinguir de las operaciones

policiales. En Varsovia, en enero de 1943, fueron detenidos 35 000 en cuatro días. Los aterradores *bloccos* que tuvieron lugar en el barrio «Rojo» de Atenas en el verano de 1944, organizados por la SiPo/SD, pero llevados a cabo fundamentalmente por la policía de seguridad y los informantes griegos, enviaron a miles al campo de Haidari y de allí al Reich: de quienes se sabía o se sospechaba que eran activistas de la resistencia simplemente eran fusilados en el acto.

Tras la ocupación alemana de la zona no ocupada en Francia, y el anuncio por parte del Gobierno de la puesta en marcha del servicio de trabajo obligatorio STO (Service du Travail Obligatoire), se extendió el malestar entre la población, que culminó en el asesinato del jefe de operaciones de Sauckel en París. Mientras los hombres jóvenes se lanzaban a las colinas para evitar ser enviados a Alemania, Vichy afirmó que desarraigar a trabajadores y obligarlos a ir a Alemania no era la mejor forma de hacer uso de su trabajo. Albert Speer se mostró de acuerdo con ello, defendiendo firmemente una política más diferenciada y el mantenimiento de los trabajadores donde éstos se encontraran, en los casos en los que ya estuvieran produciendo para la campaña bélica alemana. En septiembre, Speer, que acababa de ser nombrado ministro de Producción de Armas y de Guerra, empezó a intervenir directamente. En una reafirmación de la política de colaboración, él y el ministro de Industria francés, Jean Bichelonne, coincidieron en que las empresas que produjeran para la campaña bélica alemana debían ser inmunes a las levas de reclutamiento. Una vez que Hitler dio su aprobación, el sistema se extendió a gran parte de Europa occidental. En marzo de 1944, un frustrado Sauckel afirmó que más de 1,3 millones de trabajadores habían quedado afectados por este acuerdo sólo en Francia, lo que le impedía cumplir sus objetivos. Speer respondió que aunque 2,7 millones de trabajadores de toda Europa occidental entraban en esta categoría, aun así ésta era una parte relativamente pequeña de su fuerza de trabajo total.

El debate sobre la mano de obra que tuvo lugar en Berlín en julio de 1944, mientras los Aliados avanzaban sobre el norte de Francia, fue especialmente enconado. Sauckel se quejó de la falta de apoyo de la Wehrmacht que, según afirmaba, «veía en el programa de reclutamiento de trabajadores algo vergonzoso». Exigió más redadas y una mayor dureza. Pero otros consideraban que, como los alemanes carecían de la mano de obra necesaria, un enfoque de este tipo resultaría contraproducente. Incluso el jefe de la RSHA, Ernst Kaltenbrunner, advirtió de que sólo tenía 2400 hombres en Francia y de que era dudoso «que pudieran detenerse clases de edad enteras

con aquellas débiles fuerzas». Por su parte, los diplomáticos cuestionaban la influencia que pudieran ejercer sobre los gobiernos extranjeros; estos gobiernos estaban muy debilitados y ejercer una mayor presión sobre ellos no ayudaría.[11]

Debido a los recuerdos narrados por Speer después de la guerra con intención de exculparse a sí mismo, la importancia de la controversia entre Speer y Sauckel se ha exagerado, sobre todo ya que en realidad sólo concernía a los obreros de Europa occidental: en el Este Speer no quiso inmiscuirse demasiado, y las campañas de Sauckel continuaron enviando a cientos de miles de desgraciados al Reich como si fueran ganado. Los acuerdos sobre cooperación industrial que Speer alcanzó con su colega en Vichy encajaban perfectamente en la opinión imperante en Berlín sobre la instauración de una economía europea de dos vías en la que Alemania trataría de una manera a sus socios industriales y de otra al Este agrario. Pero prescindir de los trabajadores extranjeros nunca fue una opción, ya que en 1944 la economía de guerra alemana había pasado a ser completamente dependiente en ellos. Constituían por lo menos una quinta parte de la población activa total, el 3 por 100 en 1940, y no sólo se les encontraba en la agricultura, sino también en la minería, la construcción, los armamentos y la metalurgia: de hecho, la industria se había vuelto más dependiente de ellos que los agricultores. De todos aquellos que trabajaban en el crucial sector de las municiones, el 30 por 100 eran extranjeros: más de 16 000 trabajaban solamente para las operaciones de Munich de la BMW, un proveedor fundamental de motores para la Luftwaffe. Cuando los alemanes ocuparon Hungría, la mano de obra del país tenía una importancia tan preponderante para ellos que hasta se trajo a judíos húngaros para trabajar, algo que no tenía precedentes. En resumen, Speer, como ministro de Armamentos, dependía del éxito de las campañas de Sauckel, y difícilmente podría haber querido sabotearlas.[12]

Los trabajadores extranjeros y la intensificación del terror

Por consiguiente, la política del nazismo de expulsar a las poblaciones extranjeras del país había quedado terminantemente revocada. De hecho, gracias a Sauckel, había más extranjeros en Alemania que nunca antes. En otras palabras, no fue después de la guerra, sino durante ella cuando Alemania se convirtió en un «país de inmigración». Una ciudad pequeña como Osnabrück, que apenas tenía extranjeros antes de la guerra, de repente

albergaba a 12 000, una quinta parte de su población, que hablaban unos diecinueve idiomas distintos. Alojados en cuarteles, salas de baile, escuelas, locales vacíos, así como en casas privadas y campos especialmente construidos para ello, las figuras esqueléticas mal alimentadas y miserablemente vestidas eran una presencia ubicua en las calles de las ciudades. No es de extrañar que su llegada empeorase lo que ya era una aproximación punitiva a la vigilancia policial de las relaciones entre los alemanes y los no alemanes, involucrando cada vez más a las SS en el sistema legal alemán y llevando el terror a las vidas de los propios trabajadores extranjeros.[13]

El Decreto Polaco de marzo de 1940 sólo fue el comienzo. Dos años después, la crisis judicial del verano de 1942 se vio exacerbada por el éxito de Sauckel. Fue, sobre todo, la insatisfacción provocada por la entrada de trabajadores extranjeros lo que llevó a Himmler a convencer al recién nombrado ministro de Justicia, Otto Thierack, para que le concediera jurisdicción penal sobre lo que llamó «elementos asociales». Esta fatídica decisión abrió el camino a la adopción de una línea más dura hacia los trabajadores extranjeros. La espeluznante justificación de Thierack para este extraordinario debilitamiento del poder de la magistratura resaltaba la amenazadora presencia de estos no alemanes y mostraba lo condicional que era su presencia entre los alemanes. En las propias palabras del nuevo ministro:

> Teniendo en mente el objetivo de librar al pueblo alemán de polacos, rusos, judíos y gitanos, y de abrir los territorios orientales para su agregación al Reich como área de asentamiento para la cultura alemana, es mi intención dejar la acción judicial penal contra los polacos, los rusos, los judíos y los gitanos a la jurisdicción del Reichsführer SS. Estoy procediendo aquí sobre el supuesto de que el sistema de justicia puede contribuir sólo de una forma secundaria al exterminio de estos elementos étnicos.[14]

Éste era ahora el lenguaje del propio Ministerio de Justicia. Puede que la intención de Thierack fuera que esta disposición sólo se aplicara en los territorios ocupados del Este; sin embargo, Himmler la interpretó como si significara que las SS también habían adquirido poderes penales sobre los trabajadores extranjeros del interior de Alemania. No obstante, a finales de 1942 ya había tal indignación entre los *Gauleiters* y los funcionarios del Ministerio de Justicia ante esta expansión del poder de las SS que el nuevo ministro intentó dar marcha atrás. El propio Thierack afirmaba ahora que «hoy en día es imposible proceder sobre la base de la idea de que de algún modo queremos aniquilar a estas personas»; se les tenía que «garantizar algún

tipo de proceso judicial». Pero como las de todos esos otros abogados nazis que se pronunciaron antes que él, sus protestas llegaron demasiado tarde: las SS, la policía y el Partido estaban demasiado preocupados por mantener a estos inferiores raciales y enemigos en potencia del Reich separados de los alemanes. Los funcionarios de las SS explicaron que «los polacos y los rusos soviéticos, simplemente por existir en el territorio que se halla bajo la hegemonía alemana, representan un peligro para el orden nacional alemán». Para las SS, la Gran Alemania existía ya, por consiguiente, como un espacio cuasi legal que abarcaba desde Renania hasta el frente soviético: al supervisar la guerra contra el enemigo racial, las fronteras entre lo nacional y lo extranjero se estaban disolviendo, y las SS se negaban a aceptar la necesidad de hacer distinciones entre estos dos ámbitos, fueran cuales fueran las implicaciones de ello para la situación legal dentro del propio Reich.[15]

Las SS no sólo endurecieron las normas, sino que también reclutaron a alemanes de a pie para que mantuvieran a los trabajadores extranjeros a raya. En este caso, al igual que en otros, la Gestapo contó con miembros del pueblo para que les informaran sobre actividades sospechosas: médicos, guardias, compañeros del trabajo, vecinos, miembros del Partido y de las Juventudes Hitlerianas fueron alertados de los peligros que representaba la nueva amenaza que tenían entre ellos y animados a denunciar tanto a los trabajadores extranjeros como a aquellos que simpatizaran abiertamente con ellos. A finales de 1943, Himmler subrayó que «ninguno de ellos es peligroso siempre y cuando tomemos medidas severas ante las menores nimiedades». La humillación pública y el castigo proporcionaron recordatorios manifiestos de las nuevas normas. A un hombre acusado de haber tenido relaciones sexuales con una mujer polaca, por ejemplo, se le hizo desfilar a través de su pueblo siguiendo a ochenta soldados de las tropas de asalto y miembros de las Juventudes Hitlerianas mientras se hacían sonar trompetas antes de ser públicamente sermoneado por un funcionario del Partido delante del ayutamiento. Si eran arrestados, los trabajadores extranjeros se enfrentaban al encarcelamiento, los campos o incluso la ejecución pública. Con el tiempo tuvieron lugar ejecuciones públicas en la horca en las ciudades y los pueblos alemanes; sólo en el sur católico se dio parte de que hubo una desaprobación manifiesta de ello.[16]

En los últimos meses de la guerra la represión se intensificó aún más a medida que la Wehrmacht se vio obligada a actuar a la defensiva, y el régimen empezó a preocuparse seriamente por la subversión en el frente doméstico. Himmler subrayó la necesidad de asegurar el «orden y la

disciplina entre los obreros extranjeros en todas las circunstancias, junto con la prevención de los actos de sabotaje, de la formación de grupos de resistencia y reuniones revolucionarias, etc.». Fue con ese fin que se dio instrucciones a los gerentes y supervisores de las fábricas para que mantuvieran los ojos abiertos. Una indicación del tono en que se debatían tales cuestiones la proporcionan las actas de una reunión de dueños de minas del Ruhr que se convocó para hablar sobre los trabajadores rusos. El poderoso jefe del Frente Alemán del Trabajo, Robert Ley, advirtió a su público de que extraer el carbón era crucial para la victoria alemana: «El carbón debe ser extraído, pase lo que pase. Si no con ustedes, caballeros, lo será contra ustedes». Y en una ebria diatriba expuso el destino apocalíptico que les esperaba si fracasaban: «Después de nosotros no hay nada, todo habrá terminado… Alemania será destruida. Todos serán masacrados, asesinados, quemados y destruidos. Al fin y al cabo, hemos quemado todos los puentes detrás de nosotros, deliberadamente, lo hemos hecho. Hemos resuelto prácticamente la cuestión judía en Alemania. Solamente eso ya es algo formidable». Todos los que estaban en la sala se mostraron de acuerdo en que había que mantener a raya a los trabajadores rusos, pegándoles si era necesario. «Bajo tierra está oscuro, y Berlín está muy lejos», comentó el copresidente de Ley, Paul Pleiger, uno de los líderes industriales más importantes del Reich.[17]

Aparte de la dureza en el lugar de trabajo, también se habló un poco de mejorar los incentivos. Encantados de cooperar con la Gestapo para ocuparse de los alborotadores, los «haraganes» o simplemente aquellos a quienes «no necesitamos», los gerentes alemanes también contemplaron la posibilidad de mejorar el rendimiento de sus obreros mediante un mejor trato. Siguieron cursos para aprender cómo optimizar la productividad del trabajo e introdujeron pagas extraordinarias, aunque es cuestionable que incentivos tales como permitir a los trabajadores llevar la insignia de «Ost» en la manga en lugar de en el pecho fueran realmente de gran ayuda. En el último año de la guerra se introdujo la paga de acuerdo con el rendimiento, y se levantaron algunas restricciones sobre los movimientos de los obreros. No obstante, cuando sonaban las sirenas de aviso de ataques aéreos y los bombarderos aliados aparecían en lo alto, eran los obreros extranjeros a quienes se mantenía fuera de los refugios municipales, de forma que cantidades desproporcionadamente elevadas de ellos murieron. Y al final, con la enorme escasez de carbón y comida, sus condiciones de vida fueron verdaderamente

penosas. Un informe gubernamental local del invierno de 1944-1945 describía un campo administrado por una compañía de Berlín:

> Las salas están completamente oscuras. El gimnasio está completamente oscuro. En el centro arde un fuego abierto. Hay montones de paja esparcidos por el suelo, con extranjeros acostados sobre ellos… La ropa de los internos presentes es escasa, sucia y está parcialmente desgarrada… Sólo entre 150 y 160 de los 320 presos fueron a trabajar hoy; 120 permanecían en el campo porque no tienen ningún calzado (han desarrollado bultos en los pies). Aproximadamente 40 tienen resfriados… El campo está sucio y desordenado, la provisión de ropa para los internos es inadecuada, la calefacción es insuficiente, los internos están cubiertos de piojos.[18]

Por consiguiente, el discurso que giraba en torno a mejorar la suerte del «trabajador del Este» significaba muy poco, debilitado a cada paso por actitudes mucho más básicas y mucho más duras. El desprecio racial era una de ellas, producto de una sociedad a la que le preocupaba la interacción étnica y que había llegado a despreciar a la mayoría de los pueblos no alemanes. Otra era una fría evaluación empresarial de los propios trabajadores. Al igual que el propio Hitler, las empresas alemanas nunca los vieron como un recurso escaso o valioso, y menos aún como a seres humanos que habían de ser cuidados y preservados. Más bien, eran artículos baratos a los que había que hacer trabajar hasta agotarlos. El tercer factor era el miedo a la venganza. Como daba a entender el discurso de Ley, muchos alemanes, incluso cuando no sabían exactamente lo que había pasado en el extranjero, eran muy conscientes del resentimiento y la hostilidad reprimidas que la conducta de Alemania había despertado entre sus víctimas. El propio régimen había estado usando el lenguaje de la venganza y las represalias desde su toma del poder y advirtió constantemente de que éstas se volverían en contra de Alemania en caso de que el nazismo fuera derrotado. Y finalmente había una especie de paranoia en torno a la posibilidad de que los «criminales» se escaparan y causaran estragos en caso de que Alemania se derrumbara. En los últimos meses de la guerra, cuando los nazis se volvieron cada vez más violentos hacia los sospechosos de delincuencia de todo tipo, Himmler instó a llevar a cabo ejecuciones en masa de alborotadores extranjeros. Acusados de saqueo tras un devastador bombardeo, más de 200 prisioneros de guerra italianos fueron ahorcados en tandas en un patíbulo improvisado en Düsseldorf. Al final de la guerra, la Gestapo estaba matando a alemanes y a trabajadores extranjeros por igual para librarse de «delincuentes peligrosos», como presuntas amenazas al orden público, o simplemente porque estaban demasiado débiles para ser trasladados.[19]

La mano de obra esclava y las SS

Como organismo que estaba a cargo de los campos de concentración, las SS tenían sus propias fuentes de mano de obra potencialmente valiosas. Sin embargo, cuando estalló la guerra, la población de presos era muy reducida: en septiembre de 1939, los principales campos de Dachau, Sachsenhausen, Buchenwald, Mauthausen, Flossenburg, y Ravensbrück alojaban a apenas 21 400 prisioneros entre todos ellos en un momento en el que el Gulag soviético contenía más de 1,3 millones. No fue hasta el gran punto de inflexión de 1941-1942 cuando Himmler se dio cuenta de la importancia que tenían. En la primavera de 1942, el número de presos ya se había duplicado, pero, y esto era algo más importante, las SS habían empezado a construir o a ampliar otros nueve campos, entre ellos tres, Auschwitz, Stutthof y Lublin-Majdanek, cada uno de los cuales había sido diseñado para acoger cantidades que, por sí mismas, habrían hecho que el total que las SS tenía en custodia antes de la guerra pareciera una cifra pequeña. Aunque los planes en los que se basaba esta expansión nunca llegaron a hacerse realidad completamente, la población total de los campos aumentó muy rápidamente a 110 000 (septiembre de 1942) y a 200 000 (junio de 1943). En Auschwitz, Dachau y en otros lugares, numerosos campos satélite rodeaban los campos principales. A comienzos de 1945, había más de 700 000 presos, y unos 40 000 guardias, en veinte campos principales con graves problemas de hacinamiento y otros 165 campos de trabajo administrados por las SS, y el sistema alemán había crecido rápidamente hasta convertirse en algo que se acercaba a las proporciones del Gulag.[20]

El sistema de campos de las SS: Cantidades de prisioneros

Campo	*septiembre 1939*	*abril 1942*	*agosto 1943*	*enero 1945*
Dachau	4.000	8.000	17.300	57.560
Buchenwald	5.300	9.000	17.600	87.300
Sachsenhausen	6.500	10.000	26.500	60.800
Flossenburg	1.600	4.700	4.800	40.300
Auschwitz (junio)	–	c. 20.000	72.000	34.500

Lublin (octubre)	–	c. 9.500	15.400	–

***Fuentes**: TWC*, vol. 15, R-129, 1468-PS; N. Wachsmann, *Hitler´s Prisions: Legal Terror in Nazi Germany* (Londres, 2004), 394-5; H. Krausnick and M. Broszat, eds., *Anatomy of the SS State* (Londres, 1973), 247-8.

El catalizador de la nueva política fue, como ya hemos visto, el deseo de Himmler de anticiparse a la victoria inminente embarcándose inmediatamente en los trabajos preliminares para el Plan General del Este. Esto implicaba el uso de mano de obra extranjera no dentro del Reich, algo sobre lo que Himmler siempre tuvo las más profundas reservas, sino más al Este. A consecuencia de ello, empezó a cambiar el enfoque del sistema de campos, cuya ubicación se había centrado hasta el momento en el Este, a la periferia del Reich y al Gobierno General, con la construcción de los megacampos de Auschwitz y Lublin. Estaba proyectado que Lublin, en particular, se convirtiera en un centro de asentamiento, triplicando su tamaño, renovando el centro de la ciudad, y creando nuevas industrias y un anillo de asentamientos en torno a ella. Semejante salto cuántico en el uso de mano de obra esclava exigía una gran reorganización del moribundo sistema de campos. Por consiguiente, Himmler lo puso en manos del enérgico Oswald Pohl, que fue puesto a cargo de un flamante nuevo departamento de las SS, la Oficina Principal de Administración y de Economía (WVHA). La WVHA, que combinaba la administración de los campos, la principal unidad de construcción y edificaciones de las SS y sus operaciones empresariales, y cuyo cometido era organizar la paz para las SS en el Este. El subordinado de Pohl, Hans Kammler, el ingeniero principal de construcciones de las SS, hombre con talento pero despiadado, preparó planes para el nuevo campo de Lublin. También planeó el despliegue, en época de paz, de «brigadas de construcción» que utilizarían a 175 000 trabajadores esclavos para iniciar la construcción de carreteras y asentamientos.[21]

El extraordinario optimismo que había detrás de estos planes duró casi todo el año, a pesar del hecho de que apenas 30 000 prisioneros de guerra soviéticos fueron realmente puestos en manos de las SS en 1941. Kammler, Pohl y Himmler no creían que hubiera nada de lo que preocuparse. Los planes de construcción en el período de paz de Kammler hablaban con displicencia de explotar a «presos, prisioneros de guerra, judíos etc.»; para ellos, el transporte de robustos judíos eslovacos a Auschwitz en marzo de 1942 sólo era el comienzo. El arquitecto principal del Plan General del Este, el profesor Konrad Meyer, previó que se necesitarían 850 000 obreros a lo largo de los

veinticinco años siguientes.[22] Por consiguiente, tal como Pohl se lo expuso a Himmler, «la guerra ha provocado un cambio pronunciado en la estructura de los campos de concentración y ha cambiado sus funciones respecto al uso de los prisioneros». La movilización de prisioneros para la economía de guerra y «para fines de construcción para la paz que está próxima» ahora tenía prioridad sobre las consideraciones de seguridad o el adoctrinamiento ideológico. Himmler se mostró de acuerdo. En el discurso crucialmente importante que pronunció ante los líderes de más alto rango de las SS ese junio (con motivo del funeral de Heydrich), subrayó que

> si no llenamos nuestros campos de esclavos, y en esta habitación me propongo decir las cosas muy firmemente y muy claramente, con trabajadores esclavos que construyan nuestras ciudades, nuestros pueblos, nuestras granjas sin tener en cuenta las bajas que se produzcan, si no lo hacemos ni siquiera después de años de guerra tendremos el dinero suficiente para poder equipar los asentamientos de forma que personas realmente germánicas puedan vivir allí y puedan arraigarse en la primera generación.[23]

Pohl no era ningún romántico. Quería que los comandantes de los campos empezaran a comportarse como gerentes en lugar de como policías y a asegurarse de que sus campos fueran económicamente productivos. No obstante, más aun que los empresarios alemanes, las SS trataban a sus prisioneros como si hubiera una infinita provisión de ellos. La nueva política los hizo trabajar hasta el límite de su resistencia y más allá, reduciendo los descansos, permitiendo horas de trabajo ilimitadas y fomentando la vigilancia flexible. Su uso, como lo expuso Pohl, tenía que ser, «en el verdadero significado de la palabra, exhaustivo». Hasta qué punto era grande la provisión de prisioneros, o, de hecho, la capacidad de los propios campos, era una pregunta que no era fácil de responder. Había quedado vergonzosamente claro que Richard Glücks, el inspector de campos de concentración, ni siquiera estaba seguro de cuántos prisioneros tenían en ese momento. Pohl quería que todo esto cambiara e intentó supervisar el rendimiento a través de estadísticas de productividad.[24]

En realidad, la provisión de prisioneros estaba a punto de dispararse mucho más allá de las capacidades de gestión de las SS. Canalizados en grandes cantidades hacia los campos a medida que se desarrollaba la Solución Final, aquellos judíos «no aptos para el trabajo» fueron enviados directamente a los campos de exterminio, mientras que el resto fue «seleccionado» para enfrentarse al «exterminio a través del trabajo». Los trabajadores extranjeros y alemanes que cayeron en manos de la policía se enfrentaron a un destino similar. El acuerdo Thierack-Himmler de 1942 estableció que se enviase a

aquellos a quienes se arrestara a los campos, pasando por encima del sistema judicial. La idea de «exterminarlos a través del trabajo», comentó Goebbels en ese momento, debería aplicarse a «a los judíos y los gitanos incondicionalmente, a los polacos que tienen que cumplir entre tres y cuatro años de trabajos forzados, y a los checos y los alemanes que sean condenados a muerte o a trabajos forzados de por vida». A consecuencia de ello, 35 000 trabajadores «del Este» fueron entregados a la Gestapo sólo a finales de 1942. La creciente guerra contra los partisanos en Europa oriental añadió muchos más, como también lo hizo la decisión de trasladar a los campos a todos los polacos que se enfrentaban a prisión prolongada en el Gobierno General. A finales de 1944, el número de arrestos mensuales se había duplicado en menos de dos años.[25]

Pohl era un administrador enérgico, pero también era vanidoso, dogmático (con tendencia, como Hans Frank, a dar mucha importancia a su supuesto parecido con Mussolini) y, según un antiguo compañero suyo, un absoluto diletante en cuestiones económicas. En la segunda mitad de 1942, y pese a las grandes cantidades de personas que llegaban a los campos, las condiciones empeoraron tanto que la población del sistema en conjunto en realidad cayó, de 115 000 a 83 000. La «destrucción a través del trabajo» estaba llevándose demasiado lejos, incluso para las SS.[26] El único misterio es por qué los propios gerentes de las SS se sorprendieron cuando finalmente se hicieron una idea global clara de la mortalidad en los campos, gracias a sus nuevas estadísticas, y comprendieron lo elevada que era. En diciembre de 1942, el ejército y el Ministerio de Armamentos de Speer los estaban criticando por su ineficacia y afirmando que era mejor enviar trabajadores a las fábricas de Speer y mantener a los judíos en los guetos para uso del ejército.[27]

Si había algo a lo que Himmler era sensible, era a la acusación de ineficacia y al miedo a que ésta pudiera poner en riesgo su dominio sobre la política racial y, a instancias suyas, una comisión interna de las SS empezó a investigar la gestión de los campos. Ésta destapó tal red de corrupción, propiedades robadas, matanzas arbitrarias y fondos secretos para sobornos que cientos de hombres de las SS fueron despedidos o arrestados. Un tercio de los comandantes de los campos fueron sustituidos. «Deben emplearse todos los medios posibles para reducir el índice de mortalidad», ordenó Glücks a los comandantes de campo en enero de 1943. A consecuencia de ello, hubo un período, desde finales de 1942 hasta comienzos de 1944, en el que la WVHA redujo los índices de mortalidad entre sus presos de un pasmoso promedio del 10 por 100 mensual a entre el 2 y el 3 por 100. Pero

esto seguía siendo astronómico. Además, a lo largo de este mismo período, cientos de miles de judíos estaban siendo gaseados a su llegada a Auschwitz-Birkenau, mientras que a otros, en otros lugares, se les estaba matando de hambre. Los administradores del sistema de campos no supervisaron el suministro de comida para los campos, no pusieron freno a la conducta letal de los guardias ni tomaron ninguna otra medida obvia que habría mantenido a más presos con vida. Al contrario, las nuevas medidas ayudaron a matar más rápidamente a la gente.

A medida que se extendió el imperio de los campos, Himmler intentó distinguir los distintos tipos de campos y sus funciones para resaltar la utilidad económica de las instituciones administradas por la WVHA en particular. Al fin y al cabo, para entonces Himmler era responsable de los campos de prisioneros de guerra, de internamiento, de trabajo, y de los provisionales, así como de los centros de exterminio y de los campos de concentración propiamente dichos y de la WVHA. En mayo de 1943, escribió algo revelador: que el campo de trabajo de Salaspils, situado cerca de Riga, sólo podría convertirse en un campo de concentración si «incluye una auténtica y muy importante empresa de armamentos». En realidad, se mantuvo a los presos principalmente cavando turba, explotando canteras, explotando minas y haciendo cemento, trabajo que, según describió, «sólo se hace para mantenerlos ocupados». Pero la cuestión de si los prisioneros formaban parte o no de la WVHA no implicaba ninguna diferencia apreciable en la forma en la que se los trataba. Al contrario, sus instalaciones industrializadas, entre las que figuraban crematorios modernos, y los recursos médicos, simplemente supusieron que se pudiera asesinar a mayores cantidades de presos. Los médicos de los campos mataban a los presos enfermos inyectándoles fenol; otros fueron sencillamente gaseados o quemados. Al igual que los judíos, escribió un oficial de las SS en Lublin durante el reasentamiento de Zamo´s´c, los polacos a los que se enviaba a Auschwitz tenían que ser «liquidados» si eran enfermos mentales, minusválidos físicos o estaban enfermos. La única diferencia era que, «a diferencia de los judíos, los polacos deben morir de muerte natural». Mientras tanto, ya no se daba parte de las muertes a las oficinas del registro local; en los campos un nuevo código de registro ayudaba a disimular las crecientes cifras.[28]

El índice de mortalidad que se derivó de ello fue pasmoso. De 12 658 prisioneros trasladados a los campos (la mayoría fueron a Mauthausen-Gusen) a partir de su detención preventiva en el Reich a finales de 1942, 5935 ya

estaban muertos a comienzos del abril siguiente. La proporción de mortalidad global era aun más elevada. Recientes cálculos aproximados indican que de los 1,65 millones de prisioneros de los campos que trabajaron para la economía de guerra alemana, no más de 475 000 sobrevivieron a la guerra; relativamente pocos fueron realmente puestos en libertad. El sistema de campos había crecido enormemente desde sus modestos principios después de la toma de poder por parte de los nazis, pero este crecimiento trajo consigo un ascenso galopante de los índices de mortalidad. En manos de las SS, este sistema era sencillamente demasiado derrochador como para poder convertirse alguna vez en el proveedor fundamental de la mano de obra que la campaña bélica del Reich necesitaba tan urgentemente.

Los números cuentan su propia historia, por muy impersonal que ésta sea. La cantidad de la mano de obra alemana realmente se redujo entre 1939 y 1944 de 39 millones a 29 millones, totalmente a consecuencia del reclutamiento de los hombres en el ejército, y gran parte de ese déficit fue cubierto por los siete millones de trabajadores extranjeros, la mayoría de ellos presionados por los agentes de Sauckel. Frente a estas cifras, los 475 000 supervivientes hambrientos y debilitados de los campos de Himmler representaban una lamentable acusación contra la idiotez económica del nazismo. Una política muy diferente habría permitido que la fuerza de trabajo alemana se expandiera, y no se contrajera. Al fin y al cabo, a millones de trabajadores en potencia se les había asesinado deliberadamente (en la Solución Final) o se les había dejado morir de hambre (en los campos de prisioneros de guerra). Pero en el Tercer Reich, y sobre todo en las SS, como a menudo proclamaban sus líderes, algunas cosas eran más importantes que la economía.

Haciendo negocios con las SS

Por lo que respectaba a los negocios, las SS eran mucho mejores destruyendo cosas que construyéndolas. Después del *Anschluss*, mientras Göring estaba convirtiendo su Reichwerke en un enorme conglomerado industrial dirigido por el estado, las SS también se adentraron tímidamente en el mundo de la producción. Sus primeras iniciativas en esta área se habían centrado en la explotación de canteras y en la construcción y habían abierto campos como los de Mauthausen, Flossenburg y Gross-Rosen en previsión de los grandes proyectos de reconstrucción que planeaba el Reich. Aprovechándose del acceso privilegiado a las propiedades judías expropiadas, en particular, Pohl y

la WVHA también lograron apropiarse de numerosas pequeñas compañías, desde aserraderos hasta procesadoras de comida. Pero no había demasiada lógica en sus compras: plantas de embotellamiento de agua mineral por aquí, tiendas de reparación de bicicletas y productoras de cerámicas por allá. Himmler soñaba con una industria de armamentos de las SS que produjera cañones antiaéreos, lanzagranadas y ametralladoras. Pero las SS tenían escasez de hombres con experiencia empresarial, y la combinación de una mano de obra hambrienta y embrutecida, la obsesión de Himmler por el reasentamiento agrario en la posguerra en el Este y la falta de capital inversor impidió a las SS crear un imperio industrial que tuviera alguna trascendencia. **[29]**

Un ejemplo especialmente macabro de su incompetencia económica fue el flojo resultado empresarial que se derivó del asesinato en masa de los judíos polacos en la Operación Reinhard. En otoño de 1942, Himmler decidió rebatir a los adversarios del genocidio (a la Wehrmacht, en particular, le preocupaban los trastornos provocados a la producción industrial polaca al apartar a los judíos de sus puestos de trabajo) creando «unas cuantas grandes fábricas en los campos de concentración de judíos» cercanos a Lublin para que éstas produjeran para la campaña bélica. Aunque éstas nunca se materializaron en la forma que Himmler había previsto, el conglomerado OSTI de Odilo Globocnik, situado en torno a Lublin, sí empleó a varias decenas de miles de trabajadores judíos polacos en varias operaciones que incluyeron una fábrica de vidrio, una fábrica de cepillos, talleres de carpintería, un taller de ensamblaje de bicicletas y una empresa farmacéutica. Ni Globocnik, hombre cruel, corrupto y amante de la diversión, ni sus hombres eran gerentes natos; uno de ellos comentó: «¡Me entran náuseas sólo de oír la palabra industria!». Los propios expertos empresariales de las SS también estaban confusos: la OSTI había sido creada como compañía en marzo de 1943 con Pohl presidiendo la junta directiva y «Globus» como director gerente. ¿Pero se trataba solamente de una operación de vigilancia, de una tapadera para el provecho personal o de una empresa comercial seria? La respuesta apareció muy pronto. Gestionada de forma poco profesional y brutal, fue más un derivado momentáneo de las políticas de saqueo y genocidio que el núcleo de un nuevo interés de las SS por la industria, y su mala administración fue una de las causas por las que Globocnik fue destituido por segunda vez en su carrera y alejado de Lublin para que dirigiera la policía de Trieste. Antes de su destitución había propuesto, y Himmler le había apoyado en ello, que el gueto de Łódź también quedara bajo la gestión de la OSTI. Le preocupaba que los industriales y la Wehrmacht parecieran estar haciendo sus pedidos allí

en lugar de a él. Pero quienes estaban a cargo del centro industrial del Warthegau lograron que la idea se descartara: nada que hubieran hecho las SS hacía pensar que éstas pudieran igualar la eficacia con la que la fuerza de trabajo del gueto de Łódź, bajo las órdenes de un empresario alemán, estaba produciendo uniformes para la Wehrmacht.[30]

En manos de las SS, el exterminio de los judíos polacos derivaba, por consiguiente, en un enorme enriquecimiento privado pero en un escaso beneficio económico para la campaña bélica alemana. Globocnik afirmaba que la Operación Reinhard había producido más de 1900 vagones de carga de ropa usada entre septiembre de 1942 y diciembre de 1943. A partir de la matanza de centenares de miles de judíos polacos, sus hombres reunieron recursos por valor de millones de marcos, que, según dijeron, planeaban reinvertir en la OSTI. En el informe final de Globocnik, la lista de artículos en la que se basaba este cálculo se extiende a lo largo de varias páginas e incluye dinero en diversas denominaciones, desde pengos húngaros hasta libras australianas, así como enormes montones de joyas, relojes, metales preciosos, carteras, navajas, gafas de sol, pitilleras, despertadores y navajas de afeitar. Lo que no se convertía en regalos de navidad para los colonos alemanes o para miembros de las SS, o lo que no iba a parar a los amplios bolsillos de los oficiales involucrados, se suponía que tenía que contribuir a financiar el conglomerado OSTI, tan falto de dinero. No obstante, la OSTI no prosperó. Se tambaleó durante casi todo el año 1943, sólo mientras Himmler deseó conservar una pequeña cantidad de mano de obra judía en el Este; en noviembre, tras las revueltas en los campos de exterminio de Treblinka y Sobibor, los empleados que quedaban fueron asesinados en el transcurso de la sanguinaria Operación de la «Fiesta de la cosecha» que exterminó a los pocos judíos supervivientes de Polonia. En febrero de 1944, muchas de las otras compañías de las SS fueron declaradas insolventes. Ese octubre Speer reclamó el control de la mano de obra en todo el Reich, dejando muy atrás las ambiciones económicas más amplias de las SS.[31]

El propio Speer alardeó posteriormente de que había ayudado a conjurar el peligro de una toma del poder de la economía por parte de las SS, al recordar a Hitler la importancia de mantener la producción de armas en manos de aquellos que supieran gestionarla. Pero los intereses de Himmler, aparte de sus ocasionales fantasías, en realidad nunca habían ido en esa dirección. Por lo que respectaba a la paz, siguió comprometido con sus programas de construcción de la posguerra en el Este, una visión del reasentamiento colonial que planeaba usar técnicas gubernamentales

modernas para restaurar un orden pseudomedieval en que la propia industria no encajaba bien. En cuanto a la guerra, si el deber le exigía que matara a trabajadores judíos, lo haría. Por consiguiente, decía la verdad cuando tranquilizó a Speer diciéndole que «tengo ambiciones completamente distintas a convertirme en un competidor en este sector [es decir, la producción de armas]».

Sólo se había producido una breve pelea entre los dos hombres, en otoño de 1942, en torno a la cuestión de si había que permitir que los prisioneros de los campos trabajaran para empresas externas, o si había que fundar las fábricas en los propios campamentos. La causa fue la fábrica de armamentos de Gustloff en Buchenwald, un proyecto piloto concebido para el uso de la mano de obra de los campos en la producción de armas, donde se habían producido retrasos en las entregas. Pero tener como patrón a las SS podía ser desconcertante. Después de algunas enérgicas intervenciones por parte de Himmler, a los gerentes de Gustloff les empezó a preocupar la posibilidad de que las SS pudieran empezar a controlarlos a ellos así como a sus trabajadores esclavos. Ni siquiera Hitler pensaba que fuera una buena idea tener a las SS diciendo a los industriales de Alemania cómo llevar a cabo sus operaciones. Una vez que terminó esa partida y que Speer salió victorioso, se encontró a un Himmler dispuesto a cooperar: se crearon nuevos campos dentro y fuera del Reich, y las prohibiciones incluso de emplear a judíos dentro de Alemania fueron finalmente relajadas en beneficio de la producción de guerra. La mano de obra de los campos de concentración se canalizó hacia la economía de armamentos, y a cambio las SS obtuvieron un acceso especial a municiones y materiales.[32]

En el último año de la guerra, la aproximación a la gestión de la economía de Europa por parte de Alemania ya había quedado restringida a un interés por la producción de armas en particular. Speer, a quien se concedió amplios poderes sobre las economías de todos los territorios ocupados, fue finalmente capaz de contemplar la centralización de la producción industrial europea para la campaña bélica alemana, orientándolo todo al aumento de la producción de armas y centrándose en los aumentos de la productividad. El ascenso de Speer mostró la confianza que Hitler tenía en él: al fin y al cabo, resultaba transparentemente evidente que Speer era una mejor alternativa que Himmler por lo que respectaba a la producción de armas (o de cualquier cosa, en realidad). Mientras que los campos combinaban una escasa productividad

de la mano de obra con una elevada mortalidad y una corrupción galopante, la productividad de la mano de obra aumentó en las fábricas de armas que estaban bajo la dirección de Speer. A pesar de que sólo hubo unos aumentos modestos en la renta nacional alemana, sus reformas provocaron un impresionante aumento en la producción de municiones sin que ello exigiera una importante reestructuración de la economía. Solamente la producción de aviones de combate casi se dobló en un año. A mediados de 1943, es dudoso que Himmler pudiera haber desafiado con éxito a Speer incluso si hubiera querido.[33]

Desde el otoño de 1943, se usaron cantidades importantes de prisioneros de los campos para producir armas, y esta tendencia se aceleró durante 1944, empeorando significativamente las condiciones de los campos. Como explicó el comandante de Auschwitz, Rudolf Höss, en los juicios de Nuremberg:

> La principal razón por la que los prisioneros se encontraban en tan malas condiciones hacia el final de la guerra, por la que tantos miles de ellos fueron hallados enfermos y escuálidos en los campos, era que cada internado tenía que ser empleado en la industria de los armamentos hasta el límite extremo de sus fuerzas. El Reichsführer constantemente, y en cada ocasión, mantenía este objetivo ante nuestros ojos, y también lo proclamaba a través del jefe de la Oficina Principal Económica y Administrativa, el Obergruppenführer Pohl, ante los comandantes de los campos de concentración y a los líderes administrativos durante las llamadas reuniones de comandantes. A todos los comandantes se les ordenaba que hicieran todos los esfuerzos posibles para lograr esto. El objetivo no era tener tantos muertos como fuera posible o destruir a tantos internos como fuera posible; el Reichsführer estaba constantemente preocupado por ser capaz de emplear a todas las fuerzas disponibles en la industria de los armamentos.[34]

A comienzos de 1942, había quizá 25 000 prisioneros de los campos trabajando para la economía de guerra; a finales de 1944, esa cifra había aumentado a entre 400 000 y 420 000, y las SS y la industria alemana estaban cooperando en su explotación. Alojados principalmente en antiguos campos de trabajo judíos (cuyos internos originales ya habían muerto), algunos presos estaban ayudando a construir en Silesia la industria química basada en el carbón que se convertiría en el puntal de la economía regional polaca después de la guerra. El campo de Oranienburg alimentaba la planta de Heinkel, Sachsenhausen abastecía a Daimler-Benz, y Dachau estaba vinculado con BMW. La empresa de Krupp recurrió a los campos cuando se quedó sin mano de obra, y sus gerentes daban batidas en Buchenwald en busca de trabajadores cualificados. La mano de obra principalmente extranjera de Volkswagen estaba produciendo vehículos militares, componentes de aviones, cohetes y muchas otras armas: la empresa proporcionaba vehículos todoterreno a las SS, y a cambio las SS construían y se ocupaban de un campo especial cercano a su fábrica principal.[35]

El propio Speer pidió a Himmler que le proporcionase tantos obreros de los campos como fuera posible. En mayo, el ministro de Justicia, Thierack, le permitió usar también a los presos de las cárceles. En la primavera de 1945, quizá hasta la mitad de la población de los campos, aproximadamente el 5 por 100 de la mano de obra total del Reich, estaba trabajando o bien directamente para fabricar para la campaña bélica o para la Dirección General de la Construcción de las SS de Kammler. A través de Kammler, las SS prestaron apoyo a Volkswagen y al programa de construcción de cohetes de Porsche. Las SS también proporcionaron a los 60 000 prisioneros que abrieron canteras en las montañas de Harz para crear los túneles para la producción de V-2. Antes de pasar lista, los guardias de las SS simplemente daban un puñetazo en la cara a los trabajadores: aquellos que permanecían erguidos se consideraban «aptos para el trabajo». Para Kammler, a quien no le preocupaban los miles que morían, ésta era una forma eficaz de utilizar las reservas de mano de obra de las SS, y estaba ampliamente satisfecho con el índice de trabajo que se obtenía como resultado.[36]

Al final la apuesta de Hitler fracasó y su intento de librar una guerra continental sin tener en cuenta las capacidades económicas de Alemania se volvió en su contra. La resistencia continuada de la URSS, las reservas aparentemente interminables de mano de obra de ésta y el extraordinario éxito de su propia campaña de rearme frente a su atroz escasez de comestibles condenaron toda su estrategia. La fase fundamental de esta lucha tuvo lugar en el primer año y medio después de la invasión alemana de la URSS, cuando las nuevas conquistas del Reich y la profunda conmoción que ella supuso para la economía soviética le dieron muchas ventajas en un momento en el que la economía estadounidense todavía estaba preparándose para la guerra. Fue en esos meses cruciales cuando la capacidad nazi para el derroche y la incompetencia, los errores estratégicos de Hitler y la incapacidad del régimen para convertir los recursos en armas tan eficazmente como lo hicieron sus enemigos le costaron muy caro al Reich.

Su mala gestión de la mano de obra, uno de sus artículos más escasos, fue un factor fundamental. A lo largo de toda la guerra, Alemania pudo poner en el campo a menos de la mitad de los 35 millones de hombres que Stalin fue capaz de reunir, y después del otoño de 1942 la disparidad entre los ejércitos de estos dos países no hizo más que crecer. Alemania se desangró en el Frente Oriental, incapaz de igualar a su adversaria ni en número de hombres (su

población era de aproximadamente menos de la mitad de la de la URSS), ni en gestión, ni en producción de armas. En el oeste se enfrentó a unas fuerzas británicas y estadounidenses en su mayoría indemnes, con abundantes reservas de mano de obra y comida para sostenerlas. Al final de la guerra había perdido más de 3,2 millones de hombres. La URSS había perdido más de dos veces esta cantidad y había tenido muchas más bajas civiles. Pero su rápida movilización daba fe de la superior voluntad de victoria soviética y de la mayor adaptabilidad industrial y tecnológica del régimen. Su mayor acceso a los recursos minerales y al petróleo y el suministro de equipos que recibió a través del programa de Préstamo y Arriendo ayudó enormemente. Pero no deberíamos pasar por alto el hecho de que, en el caso de la mano de obra, la URSS superó lo que en los mismos sentidos eran obstáculos mucho mayores que el Tercer Reich: en menos de un año desde el comienzo la invasión, al fin y al cabo, su población activa se había reducido de 85 a 53 millones de personas. Dado que se estaba cerca del pleno empleo, ni siquiera vaciando el Gulag, lo que sucedió rápidamente, se habría podido compensar el déficit. En lugar de ello se movilizó a toda la población, y los trabajadores que había entonces se redirigieron muy pronto a las industrias bélicas. A pesar de la evacuación y de las salvajes pérdidas de plantas industriales, la URSS seguía produciendo más armas en 1942 que los alemanes.[37]

Como no deseaba bajar el nivel de vida de los civiles de forma tan implacable como el régimen soviético, y preocupado ya por los bombardeos masivos que acabaron matando a centenares de miles de personas en el propio Reich, Hitler sólo fue capaz de continuar la guerra más allá de 1942 gracias a la Wehrmacht, sin duda la mejor fuerza de combate de la guerra, y a la cada vez más intensa explotación de la industria, la agricultura y la mano de obra de Europa por parte de Alemania. Aunque esta política fue brutalmente eficaz, podría haber ayudado mucho más si millones de trabajadores no hubieran sido deliberada e insensiblemente asesinados. A algunos se les obligó a trabajar hasta la muerte o se les dejó morir de inanición; otros fueron ahorcados, gaseados o fusilados como enemigos raciales. En cualquier caso, dieron fe de la imposibilidad de librar una guerra racial en varios frentes a la vez. La misma idea de solidaridad racial que preparó al soldado alemán y lo convirtió en un combatiente tan formidable actuó como una limitación cuando se trató de movilizar a mano de obra y otros recursos fuera del país. Tanto el liberalismo como el comunismo, desde este punto de vista, eran motivadores ideológicos mucho más eficaces en una guerra prolongada que el nacionalsocialismo. Resultó que los críticos que tenía Hitler en las SS tenían

razón, al fin y al cabo: Alemania podría tener la pureza racial o la dominación imperial, pero no podría tener ambas.[38]

11

Un sucedáneo de diplomacia

Al ser el egoísmo nacionalista desenfrenado la propia esencia del totalitarismo, era inevitable que todo país que se hizo fascista, no importa cuán espontáneamente, tuviera un objetivo: la conservación o restauración de su independencia e integridad nacional, motivos por los cuales estaba destinado a volverse en contra de la dominación alemana. Esto abrió el inesperado panorama de una Europa totalitaria, condenando a la patria del totalitarismo …

CONDESA DE WALDECK,
Athene Palace (1942), pp. 300-301

La cruzada contra el bolchevismo

«¡No hay que hacerse ninguna ilusión sobre los Aliados!» Así fue como el general Franz Halder, jefe del Estado Mayor General del ejército, resumió las palabras de Hitler sobre la cuestión cuando habló a los generales de su ejército antes de la Operación Barbarroja. El Führer hizo una excepción en cuanto a los finlandeses, que ya habían sido atacados por los rusos en invierno de 1939 y se habían defendido de forma increíblemente eficaz: incluso él reconoció que eran fiables y comprometidos adversarios del Ejército Rojo, y ya había estado suministrándoles armas. Pero, en cuanto a los rumanos, el otro aliado con el que contaba para que le proporcionara un apoyo considerable, sus opiniones reflejaban el típico desprecio austríaco. («Cobardes, corruptos, depravados» fue su veredicto, según las notas de otro miembro de su público.) Ni él ni sus oficiales creían que fueran a necesitar la ayuda de ningún otro país.[1]

En realidad, contrariamente a las predicciones de Hitler, Rumanía comprometió a 587 000 soldados, convirtiéndola, junto con Finlandia, en el

apoyo militar más importante de Alemania. No queriendo ser menos, los húngaros también participaron, aunque se mostraron mucho menos entusiastas y reclamaron que sus tropas fueran retiradas en noviembre. En cuanto al resto, su contribución fue próxima a lo simbólico. Mussolini tenía algo que demostrar después de la lamentable actuación de sus soldados en Grecia, Francia y África oriental y envió tres divisiones. El general Franco suavizó el golpe que supuso mantener a España fuera de la guerra permitiendo que se alistaran voluntarios en la llamada División Azul. Deseosos de demostrar su solidaridad y de ganarse el favor de Alemania para otras reivindicaciones territoriales, los croatas y los eslovacos enviaron sus propias unidades simbólicas. Y desde toda Europa occidental llegaron pequeños grupos de antibolcheviques holandeses, franceses, valones, flamencos y noruegos.

En una carta que escribió a Mussolini una semana después del ataque al Ejército Rojo, Hitler parecía satisfecho: «Grandes partes de Europa han sido despertadas de un desinterés verdaderamente letárgico». Muchos países entendieron ahora que «la batalla contra el bolchevismo» de Alemania formaba parte de «una política común que, a fin de cuentas, es verdaderamente europea». No obstante, ¿qué significaba esto en realidad? ¿No eran más que palabras, o lo que el Führer decía de «Europa» realmente implicaba alguna recompensa para aquellos que le habían dado su apoyo? Con los altibajos de la guerra se inició un feroz debate en Berlín, Roma y en otros lugares sobre cuál debía ser esta política «europea» antibolchevique.[2]

El instinto de Hitler le llevó, como siempre, a prometer lo menos posible, sobre todo dada su convicción de que la guerra se ganaría rápidamente sin necesitar la ayuda de nadie más. Por lo que respectaba a la eventual administración del antiguo territorio soviético, se mostró categórico: sólo el Reich tenía el derecho de determinar esto. En la crucial reunión de planificación del 16 de julio le había asombrado que un periódico de Vichy se hubiera atrevido a describir la lucha contra el bolchevismo como «la guerra de Europa y que por consiguiente tenía que ser llevada a cabo para Europa en conjunto». Alemania, continuaba, no debía hacer «declaraciones superfluas»; incluso con aliados como Rumanía (ahora era admirador del general Antonescu) nunca se sabía cómo podían evolucionar de repente las relaciones.[3]

Fue en el mes siguiente cuando Roosevelt y Churchill se reunieron e hicieron pública su declaración de objetivos de guerra en la Carta Atlántica. Los funcionarios del Ministerio de Exteriores alemán criticaron su falta de cualquier «concepción nueva de Europa» y vieron la oportunidad para que el

Tercer Reich jalonara su visión del mundo de la posguerra. La declaración, sostenían ellos, demostraba que Inglaterra, en virtud de su situación geográfica e intereses, nunca podría actuar como la «organizadora y protectora de una Europa recién unificada», e instaron a que hubiera una respuesta: «Para nosotros no hay ninguna competición… el campo está libre para el contraponer un plan constructivo para Europa al de Inglaterra».[4]

El aliado más próximo a Hitler pensaba lo mismo. El Duce también quería aprovechar la oportunidad para igualar a las democracias liberales en la guerra global de las palabras. La gente, le dijo a su asesor diplomático, Anfuso, no lucharía por Alemania simplemente por el honor de ser «organizada» por el Reich. Se les tenía que prometer algo más concreto. Quería una declaración conjunta de que el Eje respetaría «los ideales nacionales y sociales europeos». Como lo expresó Anfuso, necesitaban que Alemania los tranquilizara asegurándoles que no estaba librando una guerra colonial en Europa, ni solamente para el *Herrenvolk*, sino por una nueva Europa.[5]

Por consiguiente, a finales de agosto, cuando Mussolini visitó a Hitler en el Frente oriental para celebrar el éxito de la Wehrmacht contra el Ejército Rojo, llegó armado con documentos sobre políticas preparados por los diplomáticos italianos para una posible «proclamación de principios sociales y económicos por parte del Eje en contraposición con las formulaciones anglosajonas». Sus funcionarios estaban hablando de un futuro político para Europa que incluiría garantías de soberanía e independencia para los estados miembros. Al propio Mussolini se le había ocultado la invasión de la Unión Soviética hasta el último momento, y nunca estuvo tan convencido como Hitler de que se pondría fin a ésta rápidamente. También era plenamente consciente de que entrar en la guerra había perjudicado la libertad de maniobra de Italia, y las informaciones sobre los malos tratos que se estaban dispensando a los trabajadores italianos en el Reich le habían hecho consciente de la falta de sensibilidad de los alemanes incluso hacia su aliado más importante.[6]

En su largo viaje al cuartel general de Hitler, infestado de mosquitos, situado en los bosques prusianos, los diplomáticos italianos rezaban para que el Duce, que a menudo guardaba un extraño silencio en presencia de Hitler, fuera lo suficientemente valiente como para plantear la cuestión del futuro del continente. Es al ministro de Asuntos Exteriores Filippo Anfuso, «al que se consideraba uno de los hombres más guapos de Roma», según un colega alemán, a quien debemos una vívida impresión del encuentro entre los dos

dictadores. Según Anfuso, el cuerpo de Hitler ya delataba los efectos físicos de vivir en el subsuelo durante gran parte de su tiempo en su inmenso complejo de búnkeres nuevo. Su mirada era menos expresiva, y parecía delgado y extenuado. Pero no había perdido su hábito de realizar prolongados monólogos e insistió triunfalmente ante sus invitados italianos en que la victoria estaba cerca a pesar de la animalesca resistencia de los *Untermenschen* asiáticos. Los italianos parecen no haber sido conscientes de las enormes discusiones en torno a la estrategia que habían tenido lugar anteriormente ese mismo mes entre Hitler y su general sobre la decisión de atacar al Ejército Rojo, o sobre la incertidumbre que se había empezado a sentir a consecuencia de la resistencia soviética que no cesaba. El propio Mussolini notó que Hitler parecía obsesionado con el «deseo casi religioso de librar a Europa del bolchevismo, mientras que en su discurso la palabra "Europa" se repetía a menudo, sustituyendo a veces a la palabra "Alemania"». No obstante, concluía Anfuso, «no podía detectarse ninguna otra pista en sus palabras sobre el futuro de Europa». Cuando repetía insistentemente que estaba defendiendo a Europa del «marxismo asiático», sus invitados italianos se preguntaban *sotto voce*: «¿Qué Europa? ¿La Europa de la Raza de los Señores? ¿De Atenas y Roma?, ¿del Papa?, ¿de los Socialistas? ¿De Talleyrand? ¿De Carlos V?».[7]

Aparentemente convencido de que la victoria final estaba a la vuelta de la esquina, Hitler parecía eufórico mientras recorría las ruinas humeantes del frente con su aliado. Mussolini apenas podía meter baza. El Duce estaba de un humor bastante distinto, abrumado por la reciente muerte de su hijo favorito, Bruno, de veintitrés años, en un accidente de aviación y, como a menudo sucedía en sus reuniones con Hitler, parecía reacio a insistir en su propio punto de vista. Sus verdaderos sentimientos, ante la que era quizá la reunión más fundamental de todas las que se celebraron entre los dos hombres, sólo surgieron en momentos ocasionales y de formas imprevisibles. Hubo un momento en el que insistió en tomar los mandos del pequeño avión en el que estaban volando, alarmando a Hitler y a su séquito; fue lo único que pudieron hacer para convencerle de que no intentara aterrizar. A veces también igualaba los interminables monólogos del Führer con los suyos, extendiéndose sobre las campañas de Trajano a través del Danubio. Y después de que Hitler hubiera comparado los logros de sus ejércitos con los de Federico el Grande, Napoleón y Alejandro y evocara futuros planes de conquista más allá de los Urales y en Asia, Mussolini lo desinfló con un solo

verso del poema de Pascoli sobre el conquistador griego: «¿Y entonces?», agregó. «¿Deberíamos llorar por la Luna como Alejandro el Grande?»[8]

En privado el Duce dijo a sus ayudantes que la guerra no podría ganarse sin una declaración de principios políticos por parte del Eje. Quería que Hitler declarase que no se trataba solamente de una «guerra colonial» por el bien de la Raza de los Señores, sino del nacimiento de un nuevo orden político para Europa en conjunto. No obstante, como siempre sucedía, como no deseaba preocupar a Hitler con un problema peliagudo, delegó en Anfuso para que éste lo hablara con el ministro de Exteriores, Ribbentrop, que había instalado su cuartel general en una finca cercana. Pero eligió mal el momento para hacerlo: un mes antes, Ribbentrop había tenido la pelea más violenta de su carrera con Hitler. *Persona non grata* en la «Guarida del Lobo», no recibió con los brazos abiertos el enfoque de los italianos. De hecho, a continuación se produjo una pelea sobre la redacción del comunicado que duró varios días y que se prolongó hasta el último momento: el tren de regreso de la delegación italiana fue detenido en una parada situada en las afueras de Klagenfurt, poco antes de que llegara a la frontera italiana, para que pudiera haber otra discusión. Al final, la proclamación italiana original, llena de promesas y de garantías para los pueblos de Europa, quedó totalmente atenuada, y el resultado sólo hablaba de «erradicar la amenaza del bolchevismo y de la explotación plutocrática». Para Hitler todo eso no venía al caso, ya que no tenía sentido hacer públicas elevadas declaraciones mientras pareciera que el Eje iba ganando. Después, serían superfluas.

No obstante, a pesar de otras tremendas victorias que se obtuvieron en septiembre, con el cerco de Kiev y la Wehrmacht empujando casi hasta las afueras de Moscú a comienzos de octubre, el Ejército Rojo no se replegó, y las bajas alemanas aumentaron. «Se estaban cambiando los discos del gramófono», fue como el intérprete principal del Ministerio de Exteriores recordaba esos meses. «En lugar de “hemos ganado la guerra”, los extranjeros ahora oían “ganaremos la guerra,” y finalmente “no podemos perder la guerra”. En el propio Ministerio de Exteriores había un gran apoyo para las propuestas italianas; los diplomáticos de Alemania estaban deseosos de reafirmar la necesidad de una vía política. «Debe complementarse la propaganda agresiva, negativa y polémica con algo más positivo, especialmente en lo que atañe al futuro de Europa», advertía un informe detallado con recomendaciones sobre el tema que se redactó a finales de septiembre. El asesor de propaganda de Ribbentrop, un periodista y diputado del Reichstag llamado Karl Megerle, no hablaba sólo de cooperación

económica sino también de asociación política e incluso de libertad e independencia.[9]

Entre el 25 y el 27 de noviembre de 1941 estaba previsto que los ministros de exteriores de Alemania, Italia y Japón se reunieran para renovar el Pacto Anti-Comintern de 1936. Se les tenían que unir ocho nuevos signatarios: Bulgaria, Croacia, Dinamarca, Finlandia, Hungría, Rumania, Eslovaquia y España. La reunión, donde se dieron cita los aliados de Alemania y quienes tenían buenos deseos para ella con el fin de celebrar la liberación inminente del continente respecto a la amenaza del bolchevismo, parecía el momento obvio para hacer pública una declaración sobre el futuro de Europa. Brevemente el Führer mostró síntomas de ser más diplomático y ensalzó públicamente la contribución realizada por los aliados europeos de Alemania: «en las filas de nuestros soldados alemanes, haciendo causa común con ellos, marchan los italianos, los finlandeses, los húngaros, los rumanos, los eslovacos y los croatas; los españoles están pasando ahora al combate; los belgas, los holandses, los daneses, los noruegos, sí, incluso los franceses se han unido a este gran frente». De hecho, a mediados de octubre, dio luz verde para que Ribbentrop preparara un «manifiesto europeo» que sería hecho público en la esperada proclamación de la victoria ese invierno. Parecía como si las esperanzas italianas de agosto estuvieran a punto de hacerse realidad.[10]

No obstante, quizá sólo fuera otro falso amanecer y quizá sólo fuera producto del pesimismo temporal de Hitler ante el desarrollo de la guerra. Siempre que pensaba que la victoria estaba cerca, se olvidaba de la diplomacia. A finales de octubre, el ministro de Exteriores de Italia, el conde Ciano, informó a Mussolini de que el Führer volvía a estar convencido de que se había dejado a Stalin «fuera de juego». Creía que la evacuación de la industria y del personal soviético tras los Urales no tenía la menor posibilidad de éxito, y que un estado tan centralizado (en el que, según dijo Hitler, «el estado incluso distribuía cepillos de dientes, suponiendo que los rusos se cepillaran los dientes») no podría montar de repente un nuevo cuartel general. Rusia no podría continuar luchando en un grado mayor que lo que podía hacerlo el Reich si «había perdido el Ruhr, la Alta Silesia, el 90 por 100 de sus fábricas de municiones, el 60 por 100 de sus comunicaciones». Era una evaluación totalmente razonable, si bien equivocada. Pero a pesar de las grandes victorias en Ucrania, Ciano detectaba rastros de incertidumbre bajo la grandilocuencia: Hitler, pensaba, aún se preguntaba si le esperaban más sorpresas de «la muy inmensa región que sigue bajo el mando de Stalin», sorpresas mucho peores que las minas retardadas soviéticas que habían

volado a oficiales del Eje en las recién ocupadas Kiev y Odessa. El propio Ciano pensaba que aún había que asestar el verdadero golpe final, y sospechaba que los alemanes también lo creían.[11]

Por consiguiente, Hitler siguió haciendo un hincapié retórico en la contribución «europea» al combate, pero éste no implicaba ninguna convicción real. Advirtió, como lo haría en adelante durante el resto de la guerra, que cualquier compromiso para el futuro sería interpretado simplemente como debilidad por los enemigos de Alemania. Por consiguiente, a Ribbentrop se le ordenó que purgara su discurso de cualquier referencia al futuro político de Europa. La «solidaridad europea» y la «comunidad» que Hitler veía surgiendo en la lucha antibolchevique seguía siendo de una naturaleza fundamentalmente militar; su visión implicaba que los no alemanes fueran regimentados y organizados bajo la dirección alemana en una cruzada común. Esa visión no entraba en la cuestión de qué disposiciones políticas debían surgir en el continente en época de paz.[12]

En la propia cumbre de noviembre Hitler no hizo demasiados esfuerzos por disimular ante sus invitados la idea de que eran los alemanes quienes eran los «señores de la casa». Pontificó con despreocupación pero dijo poco. «Europa estaba avanzando hacia un gran período de paz», le dijo Hitler al ministro de Exteriores búlgaro, Popov. Al lacónico ministro de Exteriores danés, Scavenius, las previsiones sobre las halagüeñas perspectivas económicas del continente le llegaron envueltas en una verborrea sin sentido. «Una vez que los ricos territorios de Europa oriental que hasta ahora siempre se habían movilizado *contra* Europa se organizaran *para* Europa», le aseguró Hitler, «Europa podría hacerse autosuficiente». Al obsequioso ministro de Exteriores croata Hitler le subrayó el «sacrificio de sangre» de Alemania y su derecho al liderazgo: «si éramos líderes en el combate también teníamos derecho a tener un importante papel en la nueva organización de Europa». Su sistemática opacidad sobre el futuro político del continente ocultaba el destino que iban a correr los territorios orientales ocupados en particular. Fue en la víspera de la conferencia Anti-Comintern cuando los alemanes finalmente hicieron el anuncio público de que se iban a formar administraciones civiles bajo el control del ministerio de Rosenberg para las áreas ocupadas desde el Báltico hasta Ucrania. No obstante, la propaganda alemana mantuvo un hermético silencio, y las directrices estipulaban explícitamente que todas las «declaraciones concretas sobre los objetivos políticos alemanes sólo servirían al enemigo en su esfuerzo por desacreditar y desbaratar la forma del trabajo de reconstrucción que está planeado en el Este mediante una campaña

correspondiente que operaría con insinuaciones y distorsiones. Unos meses después, cuando el Ministerio de Exteriores reunió a un surtido de principitos desterrados y jefes de clanes tribales caucásicos y los alojó en el Hotel Adlon, Hitler dijo a sus diplomáticos con severidad que se «abstuvieran por completo de hablar de cualquier tipo de colaboración con los pueblos orientales».[13]

Había una falta similar de honestidad también respecto a Europa occidental. Cuando Göring se reunió con el mariscal Pétain, este último explicó lo difícil que era trabajar con los alemanes sin tener una idea más clara del futuro:

> El propio [Pétain] era, como se sabía, un muy fime defensor de la idea de la colaboración, pero… sí que tenía que decir que hasta entonces Francia no había estado informada de cómo encajaría en el Nuevo Orden de Europa. Francia estaba, por así decirlo, marchando hacia el futuro con los ojos cerrados. Quería saber algo más sobre la organización futura de Europa, y sobre el lugar que ocuparía… Así como para el procedimiento militar, también era necesario un plan para una obra de paz como la que constituiría el desarrollo de la nueva Europa.[14]

La respuesta escasamente tranquilizadora de Göring fue que «esto dependería de lo próximos que llegaran a estar los dos pueblos entre sí». Göring incluso le recordó a Pétain que había dicho a los delegados en la reunión Anti-Comintern que pensaran en términos de un «libro de contabilidad política en el que Alemania anotaría los débitos y los créditos correspondientes a cada país», y que abriría al final de la guerra para «obtener el balance». Sólo había una cosa segura, continuaba Göring: no sería Alemania quien pagara la guerra, sino otros. Una vez más, se había eludido la discusión política y se había convertido en una cuestión de economía.

Todos percibían lo totalmente inadecuada que era esta clase de «sucedáneo de diplomacia» (como la describió Ciano) salvo sus autores. Hitler marcaba la pauta, y sus ministros le seguían. Incluso cuando se vieron obligados a pedir más tropas a sus aliados, los líderes del Tercer Reich siguieron siendo profundamente reacios a dar cuerpo a su visión política del futuro de Europa. La verdad era que probablemente no tuvieran ninguna. Lo único que les importaba era la conquista de la URSS y la explotación continuada del resto de Europa. Todo lo demás podía esperar. «Preparar una “Carta Atlántica” es, naturalmente, muy sencillo», dijo Hitler a sus fieles en uno de los últimos grandes mítines que ofreció. «Esta estupidez pronto quedará rectificada por los hechos reales.» Lo único que hacían los británicos y estadounidenses, afirmaba él, cuando hablaban de quedar libres de las carencias y sobre la necesidad de garantizar el trabajo, era robar el propio programa de los nazis. Los alemanes no necesitaban hablar; actuaban.[15]

Los italianos apenas podían creerlo. Según Mario Luciolli, un miembro de la embajada de Berlín, los alemanes eran simplemente incapaces de concebir la reconstrucción europea excepto en términos materiales. Una desconcertada «esterilidad política», en sus propias palabras, destruyó sus opciones de ganar la guerra en mayor grado incluso que la amenaza militar planteada por los enemigos a los que se enfrentaban. En el corazón de la política alemana, con su monótona repetición de victoria tras victoria, había «un vacío intrínseco». El racismo de Himmler había sido empujado a un extremo «que a un italiano le resultaba difícil comprender», que condujo a tales «horrores» como «matanzas sistemáticas, asesinatos de mujeres y niños, prostitución forzosa». Siempre que se hacían ofertas sinceras de colaboración a los alemanes, éstas se topaban con «una inmediata decepción, humillación y desaires». «Todas las preguntas planteadas a Alemania acerca de la forma en la que se propone resolver los problemas de hoy y mañana, de la guerra y la paz, quedan sin contestar: Alemania está muda.»[16]

Era una de las paradojas del fascismo italiano, comentó el propio Luciolli después de la guerra, que un régimen sensible al más leve disentimiento permitiera a un diplomático de rango inferior como él escribir un pronóstico tan condenatorio del fracaso del Eje. Pero en este caso no era tan sorprendente, ya que Luciolli sólo estaba expresando lo que sus superiores pensaban en secreto. De hecho, fue su propio ministro, Ciano, quien le había instado a que volcara sus pensamientos sobre el papel y después se los envió al propio Mussolini. Tampoco Mussolini discrepó. «[Los alemanes] no tienen ningún sentido común político», le dijo a otro de sus ministros después de leer un informe sobre los Países Bajos unos días después. «En esos países ocupados tenían una oportunidad de crear una buena situación, y la dejaron escapar. Ahora los odian. Se lo he dicho, y se lo he escrito, muchas veces al Führer. Se debe dar una forma definitiva a Europa occidental.» No obstante, era fácil criticar a los alemanes, y los diplomáticos siempre quieren soluciones políticas. ¿Hasta qué punto sus aliados tuvieron un comportamiento distinto cuando el poder cayó en sus manos?[17]

Otras ocupaciones

Los aliados de Alemania, como la mayoría de los nacionalistas europeos de mediados del siglo XX, creían en la expansión territorial. La perspectiva de obtener más tierras, que normalmente se podían reivindicar como propias por motivos histórico-legales, etnográficos o de civilización, era la razón

fundamental por la que estaban dispuestos a sacrificar a tantos de sus soldados. Aun así, la envergadura y la naturaleza de sus objetivos eran distintos a los de Alemania. Básicamente sólo estaban interesados en luchar, o bien por la seguridad, como en el caso de Finlandia, o para recuperar sus derechos históricos sobre las tierras de las que les habían privado anteriores acuerdos de paz. Sólo Italia emulaba de alguna forma las ambiciones imperiales del Tercer Reich. En cuanto al resto, una vez que habían logrado sus objetivos, su interés por la guerra disminuía rápidamente. Por consiguiente, los húngaros quedaron básicamente satisfechos con las ganancias territoriales que ya habían obtenido en el verano de 1941, y los croatas y los eslovacos solamente con la independencia y conservando lo que la generosidad alemana les había otorgado. Los búlgaros, sin tener que declarar siquiera la guerra a la URSS, se vieron, en 1943, ocupando la mayoría de los territorios que habían reclamado desde que habían surgido como estado en 1878. Sólo los rumanos siguieron luchando para recuperar las tierras de las que les había privado una decisión alemana.

Estas diferencias de objetivos y fines eran bastante evidentes cuando se las comparaba con los sueños de dominio de Hitler, mucho más incondicionales e incipientes, pero los contrastes entre medios y tácticas no estaban tan bien definidos. Bajo la hegemonía alemana, muchos de los aliados del Reich terminaron dirigiendo sus propios regímenes de ocupación. Analizarlos ayuda a contestar una pregunta fundamental: ¿Cuánto de lo que pasó bajo el dominio alemán reflejaba el comportamiento y la ideología específicamente *alemana* o, es más, nazi, y cuánto formaba parte de un conjunto mucho más amplio de respuestas europeas a la guerra y la ocupación?

Los húngaros, por ejemplo, estaban, en algunos sentidos, siguiendo un modelo más antiguo de los Habsburgo. Su lema era «adelante hacia las fronteras milenarias» y, una vez las lograron, casi inmediatamente incorporaron sus nuevos territorios y les dieron representación en el parlamento húngaro (que fue, indiscutiblemente, el foro más libre de este tipo que hubo en la Europa central de la época de guerra). Los políticos serbios y croatas de la Yugoslavia de antes de la guerra fueron elegidos como diputados y exigieron que las nuevas minorías del país se convirtieran en leales ciudadanos húngaros. A pesar del antibolchevismo, y del creciente antisemitismo oficial, hubo, por consiguiente, una ruptura menos radical con

las tradiciones políticas del siglo XIX que en el Tercer Reich. Pero entonces Hungría no estaba gobernada por un cabo antimonárquico, sino por un antiguo almirante Habsburgo y edecán del emperador Francisco José. Horthy se envolvió en el misticismo nacionalista de la medieval Corona de San Esteban. Pocos recordaban que, a comienzos de la década de 1920, Horthy había impedido el regreso del emperador Karl; todos sabían que él se hacía llamar «Su Serena Alteza, Regente del Reino de Hungría».[18]

Pero en otros sentidos la Hungría de Horthy y la Alemania de Hitler no eran tan distintas, y la nueva política de población dejó allí también su huella. Las autoridades, más preocupadas que nunca por la magiarización, crearon un registro de las poblaciones de sus nuevos territorios separando a los antiguos habitantes de los nuevos (es decir, los posteriores a 1918) e intentaron expulsar a grandes cantidades de estos últimos. Muchos miles fueron deportados tanto a Serbia como a Rumanía, liberando tierras y propiedades que podían usarse para asentar a húngaros, o venderse para aumentar los ingresos del estado. Cuando las objeciones de sus vecinos (y la amenaza de expulsiones en represalia a la inversa) les impidieron expulsar a tanta gente como deseaban, crearon campos para disidentes, escogieron como objetivos las iglesias y los colegios de los serbios y los judíos que se hallaban en sus «territorios del sur» (anteriormente yugoslavos), prohibieron la actividad cultural en los idiomas minoritarios y establecieron la obligatoriedad del húngaro. Sólo los alemanes étnicos fueron protegidos de este intenso aluvión de nacionalizaciones, gracias a la supervisión y la influencia del Reich.[19]

Por lo que se refiere a la brutalidad, algunas de las unidades húngaras desplegadas en campaña tampoco se quedaron muy por detrás de los alemanes. De hecho, en la península de Ucrania mostraron una crueldad hacia la población civil que sorprendió hasta a las tropas alemanas contra las que estaban luchando. En enero de 1942, después de sufrir bajas a manos de los partisanos, proclamaron que ya no harían prisioneros. También fue durante ese invierno cuando los soldados y gendarmes húngaros masacraron a varios miles de serbios y judíos en Novi Sad y sus alrededores, un pueblo situado en la Yugoslavia ocupada por los húngaros, en una serie de asesinatos en represalia por supuestos ataques perpetrados por partisanos. Cientos de víctimas fueron alineadas, fusiladas, y arrojadas a través de hielo roto en el Danubio, y durante varias semanas después de ello, la corriente llevó sus cadáveres hasta las orillas del río. (Estos sucesos posteriormente inspiraron al escritor Danilo Kis, que sobrevivió a ellos de niño: su padre era uno de los que estaban esperando en la fila para que los fusilaran cuando llegaron las

órdenes de que la operación terminara.) Las matanzas fueron aprobadas por el Gobierno en Budapest como una forma de resaltar la fuerza del movimiento partisano en la región y de recordar, por consiguiente, a los alemanes lo útil que resultaba tener a los húngaros allí.[20]

Tales acciones recordaban el sanguinario Terror Blanco del que el líder de Hungría, el almirante Horthy, había sido responsable al aplastar a los bolcheviques después de la primera guerra mundial. Yendo un poco más atrás en el tiempo, también evocaban la brutalidad con la que las unidades húngaras del ejército de los Habsburgo habían tratado a los serbios en 1914. Y, como en la primera guerra mundial, la violencia del ejército húngaro contra los civiles acabó siendo criticada por los políticos de Budapest, preocupados por la influencia del ejército. Las masacres de Novi Sad provocaron una investigación oficial que desembocó en acusaciones contra los funcionarios responsables, algo que era imposible de imaginar que sucediera en el Tercer Reich. Pero deberíamos cuidarnos de idealizar el régimen del almirante Horthy: siempre maniobrando entre los alemanes y los británicos y estadounidenses, Horthy sólo se tomó en serio la investigación de Novi Sad cuando se dio cuenta de que podría ser una forma sencilla de enviar a estos últimos la señal de que Hungría quería la paz.[21]

La conducta igualmente cruel de los búlgaros como ocupantes también hacía pensar en muchos paralelismos con el pasado: para ellos, también, ésta era fundamentalmente una continuación de las luchas regionales que se remontaban a las guerras balcánicas, a la lucha por Macedonia de 1904 e incluso antes. De hecho, Bulgaria sólo apoyó al Eje por una razón: para construir la Gran Bulgaria que había sido prometida por primera vez por los rusos en 1878. Su asociación con la Alemania nazi les hizo estar más cerca de esto que lo que nunca habían estado antes ni lo que nunca volverían a estar después. A cambio de permitir a Alemania un acceso privilegiado a vitales materias primas, se les permitió administrar la mayor parte de la Macedonia yugoslava y Kosovo; desde 1942, también vigilaron policialmente gran parte de la Serbia propiamente dicha, que fue discretamente anexionada *de facto*, y tiranizada por una fuerte presencia militar búlgara. Al contrario de los húngaros, en realidad nunca habían dominado la mayoría de estos territorios en tiempo de paz, y el precedente que tenían en mente era la muy brutal política de ocupación que ellos mismos habían seguido en la primera guerra mundial.

En el norte de Grecia se anexionaron 16 000 kilómetros cuadrados y 590 000 habitantes, rebautizando la zona como «provincias egeas». Aquí su política de población fue de un alcance aún mayor que en la antigua Yugoslavia. Dando marcha atrás a décadas de helenización, expulsaron a muchos griegos, establecieron la oficialidad del idioma búlgaro y trajeron maestros búlgaros para enseñar a los niños campesinos del lugar (que a menudo eran bilingües). Cuando hubo un alzamiento en el pueblo griego de Drama como reacción ante estas políticas, los búlgaros lo aplastaron y se calcula que mataron a una cantidad aproximada de 3000 personas. A quienes se negaban a optar por la nacionalidad búlgara se les decía que tendrían que marcharse, y decenas de miles de griegos fueron o bien expulsados o bien enviados a Europa central para que trabajaran para los alemanes. En 1943, las comunidades judías locales también fueron reunidas y deportadas a Treblinka y Auschwitz. En 1944, sólo quizá la mitad de la población de antes de la guerra de la región seguía todavía en sus casas. Al mismo tiempo había llegado una clase dirigente completamente nueva, atraída por las concesiones de tierra y de otros tipos. Los directores regionales para la colonización supervisaban la expropiación de las propiedades de los griegos y el asentamiento de decenas de miles de búlgaros.[22]

Pero probablemente el régimen de ocupación más criminal, aparte del nacionalsocialismo, y el más admirado por el Führer, estaba dirigido por el dictador rumano, el general Ion Antonescu. Antonescu era un soldado profesional intensamente xenófobo («brutal, artero, muy vanidoso, con una feroz voluntad de éxito», fue como un informado compañero suyo lo había juzgado en la década de 1920). Al igual que gran parte de la élite administrativa y política del país, era fervientemente antisemita. Originalmente francófilo, se había convertido en un partidario de la Alemania nacionalsocialista antes de ser nombrado dictador, o *Conducator* como le gustaba que le conocieran, por el rey Carol de Rumanía en septiembre de 1940. El país acababa de ser humillado por la adjudicación del norte de Transilvania a Hungría; Stalin también se había servido buenos pedazos de las provincias de Bucovina y Besarabia. Antonescu obligó a Carol a abdicar en favor de su hijo Miguel, de dieciocho años, y llevó a Rumanía a la guerra en el bando alemán, pensando que ésta era la forma más probable de recuperar estos territorios.

En el invierno de 1940-1941, tras asegurar a Hitler que se uniría al ataque contra la URSS, Antonescu aplastó un intento de golpe de estado por parte del movimiento fascista rumano de la Guardia de Hierro, sus antiguos aliados. La

Guardia de Hierro había estado arrasándolo todo, matando a más de cien judíos en un sanguinario *pogrom*, cuando Antonescu finalmente actuó contra ellos. Su preocupación principal era la ley y el orden y deshacerse de la mayor amenaza interna individual para su propia posición: él tenía sus propios planes para los judíos. Decenas de miles de refugiados rumanos ya estaban entrando en el país, huyendo desde el norte de Transilvania ocupado por Hungría, y Antonescu creó una nueva oficina de reasentamiento de refugiados, financiándola en gran medida expropiando y redistribuyendo propiedades que pertenecían a los judíos rumanos. Después de la invasión de la URSS, la jurisdicción de la oficina se extendió a Besarabia y el norte de Bucovina, que la Wehrmacht y el ejército rumano recuperaron entre ambas rápidamente de los soviéticos y reincorporaron a finales de julio.[23]

Pero Antonescu quería más, y Hitler accedió. Como no estaba dispuesto a devolver el norte de Transilvania (esto habría encolerizado a los húngaros), el Führer prometió a los rumanos gran parte del sur de Ucrania, incluyendo la ciudad de Odessa. Esta área, entre el río Dniester y el Bug, que nunca había formado parte de Rumanía y en la que la mayoría de los rumanos no tenían el menor interés, fue bautizada ahora como «Transnistria». La decisión de Hitler, que fue una salida para salvar la dignidad de Antonescu, fue de una gran importancia estratégica, ya que, junto con la entrega de Galitzia al Gobierno General, significó que no podría surgir ningún estado independiente ucraniano considerable bajo control alemán. A finales de agosto ya se había creado una administración civil rumana en Transnistria y, a mediados de octubre, con la ayuda de Alemania, las tropas rumanas obligaron a retroceder al Ejército Rojo y tomaron la propia Odessa.

Para Antonescu las nuevas tierras eran básicamente un peón que fortalecería su posición en el juego cuando llegara el momento de exigir la devolución de Transilvania, y el hecho de que el Gobierno no tuviera un interés a largo plazo en ellas supuso que fueran tratadas como poco más que una fuente de saqueos. Hasta los alemanes se quedaron horrorizados ante la gratuita destrucción de los edificios llevada a cabo por los rumanos, sus saqueos, pillajes, violaciones y asesinatos. «El saqueo llevado a cabo por los soldados rumanos ha alcanzado tales proporciones», escribió a Antonescu el general que estaba al mando del XI Ejército alemán, «que se debe prever una aversión política [contra los alemanes] por parte de los ucranianos». La administración civil que hubo a continuación estuvo un poco mejor organizada, pero también se convirtió en un sinónimo de corrupción y venalidad. Los miembros de la gendarmería, en particular, eran tristemente

célebres por sus confiscaciones arbitrarias, por emborrarse y por atacar a civiles sin que hubiera habido provocación previa. «Saquear y rumanizar» fue como algunos resumieron la política rumana. «Llevénse lo máximo posible de Transnistria pero sin dejar un registro escrito», ordenó Antonescu a sus ministros.[24]

Antes de la guerra, se calcula que aproximadamente 3,4 millones de personas vivían en Transnistria, pero a finales de 1941 esa cifra ya había caído a 2,2 millones; sólo la población de Odessa había caído de 620 000 a una cifra aproximada de 300 000 cuando se retiró el Ejército Rojo; más de la mitad de la comunidad judía, compuesta por 180 000 personas, logró huir. Pese a que había difusos planes para colonizar el campo con rumanos, la rumanización tenía poco sentido dado el predominio de ucranianos y moldavos en el campo, y dado el hecho de que las ciudades estaban compuestas en su mayor parte por rusos y judíos. A consecuencia de ello, la política de nacionalidad de Antonescu fue poco entusiasta y mucho menos rígida que la de los alemanes. Muchos funcionarios rumanos eran besarabios cuya lengua era el ruso y que habían vivido bajo el dominio zarista antes de 1917; a diferencia de los alemanes, se mostraban favorables a los lugareños y podían comunicarse fácilmente con ellos. El alcalde de Odessa, Gherman Pantea, hablaba ruso, estaba licenciado por la Universidad de Odessa y era un antiguo capitán del ejército al que saludaban por su patronímico ruso cuando paseaba por el mercado al amanecer. El gobernador rumano incluso dictó una orden para que su personal aprendiera ruso en menos de tres meses, algo que habría sido inimaginable en la administración alemana al norte. Como el propio nacionalismo ucraniano no era fuerte, los rumanos se sentían relativamente poco amenazados y permitieron que el ucraniano siguiera siendo el idioma de la enseñanza en el 80 por 100 de los colegios de la región: cada pueblo votaba el idioma en el que deseaba que se enseñara a sus hijos, y el alemán y el rumano se convirtieron en idiomas extranjeros obligatorios. En la práctica, incluso esta política, mucho más suave que lo que los alemanes estaban haciendo muy cerca de allí, a menudo se ignoraba localmente debido a una falta de personal o de libros. En la mayoría de las ocasiones el sistema soviético seguía en vigor, y el cambio fundamental fue la aparición de colegios privados. Se crearon fuerzas policiales auxiliares ucranianas, que llevaban brazaletes coloreados cuando carecían de uniformes.

La inigualable venalidad de la administración rumana sí tenía algunas ventajas. Permitía a las personas librarse mediante sobornos de las requisas, las condenas a muerte y los trabajos forzados. También permitía a la gente

introducirse en negocios mediante sobornos: aboliendo los controles sobre los precios y distribuyendo licencias a cualquiera que pagase, los rumanos sencillamente cogían su parte y no intervenían, mientras las empresas individuales galvanizaban la economía local. Las propiedades saqueadas, especialmente las judías, inyectaban capital. En la propia Odessa prosperaron los nuevos peluqueros, las cafeterías, las tiendas, los restaurantes y los cines. Los visitantes alemanes quedaban asombrados ante la disponibilidad de comida, los restaurantes bien abastecidos, los bares y los puestos donde se vendían mermeladas caseras, dulces y panecillos, que mostraban un contraste tan marcado con la miseria que había en aquellas partes de Ucrania que estaban bajo su control. Aquí, durante un breve momento entre comienzos de la década de 1920 y el hundimiento del comunismo en 1989, los habitantes de Odessa, en medio de la guerra total y el genocidio, adoptaron el capitalismo.

En cierto sentido, funcionaba. Después de la primavera de 1942 no hubo ninguna escasez de comida, y tras la cosecha de ese año había, juzgándolo de acuerdo con los parámetros de la región, algo que se acercaba a la abundancia: los campesinos y otros que tenían acceso al mercado prosperaron. Hasta los periodistas alemanes quedaron impresionados. «Se sabía en todas partes que la vida en Transnistria era incomparablemente mejor que en ningún otro lugar de los territorios ocupados de Europa», observó un joven estraperlista ruso. Abriéndose paso entre el barro de una sucia ciudad del norte de Transnistria, encontró

> algo que la distinguía de todas las demás ciudades de Rusia y de Ucrania que estaban bajo la ocupación alemana: una abundancia de comida en el mercado… había grasa, que era tan infrecuente en Ucrania. Había mantequilla, tocino, aceite vegetal, carne, que casi nos habíamos olvidado de que existía: cerdo, pollo, ganso, y muchas otras cosas que hacían que los ojos se nos salieran de las órbitas. Además, era barato. Compramos mucho más de lo que necesitábamos, lo suficiente para una semana.

Sin duda, esto no era consecuencia de la sofisticación de la ocupación rumana. No hacía más que mostrar lo que podría haber pasado en todos los antiguos territorios soviéticos si los alemanes hubieran dejado que los mercados prosperaran y no hubieran planeado destruir el orden social.[25]

Sin embargo, por lo que respectaba a su total criminalidad, la ocupación rumana y la alemana no estaban distanciadas en absoluto. Lo que el Gobierno rumano quería de Transnistria era usarla fundamentalmente como un vertedero étnico que les permitiera resolver por fin el problema que tenían con las minorías. Un grupo singularizado fueron los gitanos: deseoso de reasentar a los nómadas tan lejos de Bucarest como fuera posible, el régimen,

con su típicamente cruel incompetencia, deportó a más de 25 000 a Transnistria. El tifus mató a miles durante el invierno de 1942-1943 después de que sus condiciones de vida mejorasen ligeramente. Aunque no hubo ninguna política organizada de ejecución sistemática, un estudio reciente calcula que aproximadamente murieron más de la mitad.[26]

Las medidas del régimen contra los judíos fueron más sistemáticas, y considerablemente más letales. El antisemitismo rumano había sido una fuente de preocupación internacional ya desde el siglo XIX; ahora, bajo los auspicios de la Alemania nacionalsocialista, los gobernantes del país vieron la oportunidad para tomar el tipo de medidas radicales que las democracias siempre les habían impedido emprender. Puede que la Guardia de Hierro hubiera sido suprimida, pero su impulso de culpar a los judíos de los males del país era ampliamente compartido dentro de la propia administración. Las informaciones de que los judíos de Besarabia y Bucovina habían recibido con los brazos abiertos la llegada de tropas soviéticas en el verano de 1940 echaron leña al fuego.

En la víspera de Barbarroja, Antonescu se volvió a reunir con Hitler, y poco después creó unidades especiales para organizar la limpieza étnica de la parte norte del país. En particular, dio instrucciones concretas al ejército y al Ministerio del Interior para que organizaran la «evacuación» de los 45 000 judíos de la ciudad moldava de Jassy, y pronto se hicieron preparativos para ello, basados en acontecimientos similares pero de mucha menor envergadura que habían tenido lugar el año anterior. Las puertas de las casas cristianas del pueblo fueron marcadas con una cruz para distinguirlas, y se difundieron deliberadamente rumores de que en la ciudad habían aterrizado paracaidistas soviéticos. Una vez que estalló el *pogrom* la noche del 28-29 de junio, soldados, gendarmes, policías y cientos de civiles arrasaron las calles, irrumpieron en las casas y se llevaron a sus ocupantes bajo arresto a la jefatura de policía. Muchos judíos fueron violados, atacados o asesinados en el acto. Más de 1000 fueron abatidos a tiros en el terreno de la jefatura de policía cuando los alemanes abrieron fuego al azar. Algunos de los que sobrevivieron fueron sometidos a palizas y torturados antes de ser introducidos como ganado en vagones sin ventilación, llenándolos hasta el triple de su capacidad normal tanto con los vivos como con los muertos. Mientras los trenes que los trasladaban se arrastraban lentamente por las llanuras en medio del calor del verano, más de 2700 personas más perecieron de deshidratación, y sus cadáveres fueron arrojados a los andenes de las estaciones o a los campos. En total, murieron entre 13 000 y 15 000 personas.[27]

El periodista italiano Curzio Malaparte, que casualmente estaba de visita en Jassy en ese momento, se despertó a la mañana siguiente:

> Fui a la ventana y miré hacia abajo, a la calle Lapusneasu. Había formas humanas esparcidas sobre la calle, tendidas en posiciones incómodas. Había cuerpos muertos desparramados sobre los canalones, apilados unos sobre otros. Varios cientos de cadáveres fueron descargados en el centro del cementerio. Jaurías de perros deambulaban a su alrededor husmeando a los muertos con esa actitud temerosa y acobardada que tienen los perros cuando están buscando a sus amos; parecían llenos de respeto y piedad; se movían entre esos pobres cadáveres con delicadeza, como si temieran pisar esas caras ensangrentadas y esas manos rígidas. Cuadrillas de judíos, vigiladas por policías y soldados armados con metralletas, estaban ocupadas trasladando los cadáveres a un lado, despejando el centro de la carretera y amontonando los cadáveres junto a los muros para que no obstruyeran el tráfico. No dejaban de pasar camiones alemanes y rumanos cargados de cadáveres. Un niño muerto estaba sentado en la acera cercana de la *lustrageria* con la espalda contra la pared y su cabeza caída sobre un hombro… La carretera estaba atestada de gente: cuadrillas de soldados y policías, grupos de hombres y mujeres, y pandillas de gitanos de cabello rizado estaban charlando alegre y ruidosamente entre ellos, mientras saqueaban los cadáveres, levantándolos, volteándolos, poniéndolos de lado para quitarles las chaquetas, los pantalones y la ropa interior; hincaban los pies contra los vientres de los muertos para poderles quitar mejor los zapatos; la gente venía corriendo para participar en el saqueo; otros huían con montones de ropas entre los brazos. Era un bullicio alegre, una feliz ocasión, una fiesta y un mercado, todo al mismo tiempo.[28]

La masacre que se llevó a cabo allí formaba parte de un plan mucho más amplio elaborado por el régimen de Antonescu cuyo verdadero objetivo eran los aproximadamente 275 000 judíos que se calculaba que vivían fuera de la Vieja Rumanía, en las zonas fronterizas de Bucovina y Besarabia. Durante el año anterior estas provincias habían experimentado una gran agitación. Durante la ocupación soviética la amplia comunidad de alemanes étnicos había partido para el Reich, y muchos rumanos habían huido hacia el sur; otros habían sido deportados por el NKVD. Ahora que habían recuperado las provincias, los rumanos querían librarse de los judíos, a quienes veían como una quinta columna prosoviética. Éste sería el primer paso para limpiar étnicamente todo el país. El 8 de julio el ministro de Asuntos Exteriores, Mihai Antonescu, hizo hincapié en la importancia del momento ante sus compañeros del gabinete ministerial:

> Aunque algunos tradicionalistas entre ustedes no me entienden, estoy a favor de la migración forzosa de todos los elementos judíos de Besarabia y Bucovina; deben ser expulsados al otro lado de la frontera… En toda nuestra historia nunca ha habido un momento más apropiado, más completo, de mayor trascendencia, más libre para la liberación étnica total, para el renovado autoexamen nacional, para una limpieza de nuestra nación… Utilicemos este momento histórico… Si fuera menester, usemos las ametralladoras.[29]

Se dictaron órdenes especiales en las que se instaba a los comandantes militares a instigar *pogroms* en los pueblos, y en cuanto las tropas rumanas

penetraban en las provincias dominadas por los rusos, sacaban a la fuerza a los judíos de sus casas y los reunían para su deportación; aquellos que eran demasiado viejos o que estaban demasiado enfermos eran fusilados en el acto, y muchas mujeres eran violadas. Después, al resto se les empujaba a atravesar el Dniester para dejarlos en un territorio que en ese momento todavía estaba bajo el control de la Wehrmacht. Esto cogió totalmente desprevenido al ejército alemán, consternado ante la perspectiva de tener que ocuparse de grandes cantidades de judíos rumanos en un momento en el que les preocupaban las líneas de abastecimiento para las tropas del frente. Hitler podía admirar en privado el «radicalismo» de Antonescu, pero los comandantes alemanes querían que los rumanos levantaran el pie del acelerador. Hasta el propio Einsatzgruppe D, dirigido por el oficioso Ohlendorf, se mostraba muy crítico con la falta de dirección de los rumanos y su sadismo y los criticó por sus saqueos y violaciones y por el reguero de cadáveres que dejaban a su paso. Sus hombres empujaron a miles de personas haciéndolas regresar al lado rumano del río y fusilaron a aquellos que eran incapaces de mantenerse en pie.

«Los rumanos actúan contra los judíos sin ninguna idea de un plan», escribió un observador alemán. «Nadie se opondría a las numerosas ejecuciones de judíos si el aspecto técnico de su preparación, así como la forma en la que se llevan a cabo, no fueran deficientes. Los rumanos dejan a los ejecutados donde éstos caen, sin enterrarlos.» Lo que hacía que las cosas fueran más graves para los alemanes era que los rumanos también parecieran estar tramando expulsar al otro gran grupo étnico de Bucovina, los ucranianos. Gracias a sus aliados, los alemanes se estaban ocupando de los ucranianos que habían huido a través del Dniester buscando protección. Ya era suficientemente malo que los rumanos estuvieran provocando el distanciamiento de los ucranianos; peor aún era que esperaran descargar también a sus judíos sobre la Wehrmacht.[30]

La desaprobación de la Wehrmacht se transmitió rápidamente a Bucarest. «Procedan con la eliminación del elemento judío sólo de una forma sistemática y lenta», fueron las instrucciones de los alemanes. Pero en realidad los rumanos no les prestaron demasiada atención, quizá porque Antonescu estaba seguro de contar con el apoyo de Hitler. Además, sus implacables rivales, los húngaros, también estaban expulsando a exiliados judíos a la Ucrania ocupada por los alemanes. Un millar estaban siendo empujados diariamente al otro lado de la frontera y, el 10 de agosto, 14 000 refugiados desvalidos y asustados ya estaban apiñados en la pequeña ciudad

de Kamenets-Podolsk. El ejército no sabía qué hacer, y el HSSPF Friedrich Jeckeln demostró la iniciativa que le convertiría en una figura importante en el Holocausto cuando se ofreció a «liquidarlos»: en tres días, sus hombres, ayudados por unidades húngaras, fusilaron a más de 20 000 personas en enormes cráteres de bombas en las afueras de Kamenets-Podolsk, y a finales de agosto, la matanza, la mayor que había tenido lugar bajo el dominio alemán hasta la fecha, ya había terminado.[31]

Una vez que su nueva provincia de Transnistria quedó totalmente bajo control rumano, las expulsiones a ella desde el norte de Rumanía se aceleraron. A mediados de 1942, sólo 14 000 judíos permanecían en Bukovina y Besarabia; aproximadamente 40 000 habían muerto y más de 135 000 habían sido deportados a campos de trabajo improvisados, ciudades y pueblos del sur de Ucrania. Mientras los transportes vertían a su desesperada y a menudo medio muerta carga, los espectadores alemanes suponían que «el propósito de la acción es la liquidación de esos judíos». Había cadáveres desparramados por las carreteras, los caminos y los puentes que atravesaban el Dniester. Mientras tanto, los oficiales rumanos volvían engalanados con anillos, sedas, joyas y otros artículos saqueados.[32]

La situación se volvió aún peor cuando los rumanos tomaron por fin Odessa. El 16 de octubre, después de una encarnizada batalla, unas nerviosas tropas rumanas y alemanas entraron, con el dedo en el gatillo, en los restos ruinosos y abrasados del antiguo puerto soviético. Tomaron rehenes entre los civiles que se habían quedado atrás y reclutaron por la fuerza a los judíos para que despejaran las carreteras. Pero a pesar de las advertencias de los lugareños, la explosión, seis días después, de una mina soviética de acción retardada que voló el recién creado cuartel general militar, matando al comandante del ejército rumano y a otros sesenta soldados, les cogió totalmente desprevenidos. Antonescu exigió inmediatamente que se asesinara a 18 000 judíos en represalia, y que se ahorcara a otros 100 en las plazas de las ciudades «en cada sector del regimiento». Ignorando quién había dado las órdenes, el alcalde entrante de Odessa, Pantea, le escribió una carta en la que se mostraba horrorizado:

> Me desperté por la mañana para contemplar algo horroroso: en todas las calles principales y las intersecciones había grupos de cuatro a cinco personas ahorcadas, y los aterrorizados habitantes estaban huyendo en todas direcciones. Horrorizado, pregunté quién era el responsable de ese acto bárbaro, de esa desgracia de la que jamás nos absolverá el mundo civilizado. Las autoridades a quienes recurrí me dijeron que no sabían nada.[33]

Lo que Pantea tampoco sabía era que eso sólo era el comienzo: en los días siguientes, los soldados y los gendarmes colgaron a otros de cables de tranvía, balcones y postes de telégrafos: las carreteras que salían del centro estaban bordeadas por horcas, y Odessa se convirtió en una «ciudad de cadáveres ahorcados». El propio ejército acabó matando por lo menos a 22 000 personas: la mayoría fueron apiñadas en almacenes del suburbio de Dalnic, rociadas con gasolina y quemadas vivas. Al menos un almacén lleno de personas fue volado siguiendo órdenes directas de Antonescu en un macabro acto de venganza. Se hizo marchar a miles de supervivientes al norte en enormes columnas que Pantea trató de detener, aunque no lo consiguió. Las víctimas, a las que se dejó sin comida ni agua, pasaron las noches en campos llenos de barro, donde sus guardias les robaron y las violaron. A lo largo de las semanas siguientes otros judíos fueron enviados al norte en vagones de ganado sin calefacción. Dos años después, aún había cadáveres congelados y partes de cuerpos esparcidos en torno a las afueras de la ciudad. A medida que el Ejército Rojo fue acercándose, el ministro de Defensa rumano propuso despejar el emplazamiento de la masacre para «tapar las atrocidades». «¿De qué está hablando?», preguntó Antonescu; ninguno de sus ministros se apresuró a recordarle al olvidadizo *Conducator* que él había sido el instigador.**[34]**

Consolidada por estos crímenes, así como por el compromiso del ejército de Rumanía con el Frente Oriental, la relación de Hitler con el mariscal Antonescu se había vuelto sumamente estrecha. A finales de 1941, le confió que la intención fundamental de Alemania era deportar a todos los judíos de Europa a rudimentarias reservas de mano de obra en Rusia. Al igual que Hans Frank, que había debatido la cuestión con Hitler aproximadamente en esa misma época, Antonescu entendió claramente lo que esto significaba, y la lectura de los debates ministeriales que se derivaron de ello resulta escalofriante. El 16 de diciembre el mariscal dijo a los funcionarios que «sacaran inmediatamente a los judíos de la ciudad», ya que temía un ataque soviético desde Sebastopol. Estos últimos propusieron dejarlos morir de hambre en un antiguo caserón de la armada soviética. A Antonescu le gustaba la idea de ahogarlos a todos, salvo por el hecho de que eso supondría perder un barco, y continuó diciendo:

> Los alemanes quieren llevar a los judíos de Europa a Rusia y asentarlos en determinadas zonas, pero todavía falta tiempo para que este plan se lleve a cabo. Mientras tanto, ¿qué deberíamos hacer? ¿Esperar a que se tome una decisión de Berlín? ¿Esperar a una decisión que nos concierna? ¿Garantizar su seguridad? Apiñémoslos en las catacumbas; ¡Arrojémoslos al mar

> Negro! [Por lo que a mí respecta] pueden morir cien, pueden morir mil, pueden morir todos ellos, pero no quiero que muera un solo funcionario ni oficial rumano.[35]

En el helado invierno de 1941-1942, por consiguiente, la mayoría de los judíos del sur de Transnistria fueron desarraigados junto con los judíos supervivientes de Odessa y obligados a caminar hasta «zonas de reasentamiento» cercanas al río Bug. Como se había hecho antes, el plan era, obviamente, intentar empujarlos para que cruzaran el río con el fin de dejarlos en territorio alemán. Pero, de nuevo, los alemanes se resistieron, y Eichmann criticó la descarga «desordenada e indiscriminada» de judíos por parte de los rumanos en el Comisariado Político del Reich.[36] A ambas orillas del Bug, los judíos vagaron bajo una dispersa vigilancia a través del invernal campo ucraniano, donde muchos murieron de congelación o hambre. A menudo atravesaban pueblos de alemanes étnicos, los habitantes de los cuales, ayudados por las SS, formaron una Liga de Defensa de los Alemanes Étnicos para matarlos. Las primeras víctimas murieron cerca del pueblo alemán de Novo America a finales de enero de 1942, donde campesinos armados se llevaron aproximadamente 200 judíos y los fusilaron; los cadáveres fueron quemados para evitar las epidemias, y sus ropas y sus pertenencias fueron llevadas al pueblo.

De vez en cuando, equipos de las SS cruzaban la línea de demarcación del río Bug y se traían de vuelta consigo a miles de judíos para hacerlos trabajar en secciones de la Durchgangsstrasse IV, la nueva autopista con la que se planeaba unir Polonia con el sur de Ucrania. Alojados en campos de trabajo, también eran asesinados una vez que ya no eran útiles. Otros fueron obligados a trabajar hasta la muerte por los propios rumanos. Las marchas forzosas de «muertos vivientes» continuaron a lo largo de 1942 y 1943 mientras el Gobierno de Bucarest debatía sobre «medidas de descongestión» en las ciudades de la región y construía campos levantados apresuradamente para su «basura humana» en los bosques, masacrando a sus presos en barrancos y en tumbas abiertas, o entregándolos a los alemanes. El número exacto de víctimas nunca se sabrá. Pero un fiable cálculo aproximado reciente sugiere que, al final de la ocupación, entre 115 000 y 180 000 judíos ucranianos habían muerto en Transnistria (sólo 20 000 seguían vivos), así como más de 100 000 de los 147 000 judíos de Bucovina y Besarabia. En total se calcula que perecieron entre 280 000 y 300 000 judíos rumanos y ucranianos.[37]

Ninguno de los demás aliados de Alemania, excepto quizá Croacia, podría igualar al régimen rumano en cuanto a su conducta puramente criminal. Y, como en el caso croata, pocas de estas matanzas, o ninguna, fueron

consecuencia de presiones por parte de Alemania. De hecho, cuando los alemanes realmente empezaron a ejercer presión sobre el régimen, en el verano de 1942, el Gobierno dio marcha atrás por sus propios motivos (que se exploran más adelante); los alemanes no pudieron hacer nada al respecto. El hecho de que 375 000 judíos de la Vieja Rumanía sobrevivieran al final de la guerra es, posiblemente, la prueba más clara de la libertad de acción de la que gozaron de los rumanos. En otras palabras, las matanzas de 1941-1942 fueron una iniciativa rumana, una especie de «guerra paralela» contra los judíos, llevada a cabo por medios distintos pero, en buena medida, con el mismo fin que el que tenía la emprendida al norte. Mientras parecía que los alemanes estaban ganando la guerra, el propio Gobierno se enorgullecía de que Rumanía, como lo expresó Mihai Antonescu, «se cuenta entre las naciones que están dispuestas a cooperar resueltamente en la solución final del problema judío; no sólo del local, sino también del europeo».[38]

El imperio mediterráneo de Italia

La Italia fascista era única entre los aliados de Alemania. El propio Hitler siempre conservó un sentido de lealtad hacia Mussolini, y las dos potencias fascistas consolidaron sus vínculos con el Pacto de Acero en 1939. Ambas eran expansionistas, y el preámbulo del Pacto hablaba de la necesidad que ambas partes tenían de «afianzar su espacio vital». Los italianos hablaban abiertamente de ampiar su imperio a ambas orillas del Mediterráneo y de expulsar a los franceses y los británicos de la región para siempre. El ascendiente de Alemania parecía ofrecer la oportunidad para lograr esto.

Pero si bien la alianza claramente beneficiaba a Italia, lo que les daba a los alemanes estaba menos claro. El desorden que generaron los italianos con la invasión de la diminuta Albania en 1939 había sido una advertencia. También se complicaron enormemente en la minicampaña que lanzaron tardíamente contra Francia en el verano de 1940 y posteriormente su invasión de Grecia en otoño de ese mismo año fue una chapuza. Ya en agosto de 1941 había quedado de manifiesto la vacuidad de las pretensiones imperiales del fascismo, y un certero observador señaló que sólo Alemania podía «ayudar a los italianos a erigir su imperio mediterráneo». El éxito de Italia en 1940 contra las minúsculas guarniciones que los británicos habían dejado atrás en la Somalilandia británica fue la única victoria que obtuvieron por sus propios medios en toda la guerra. Costó muchas víctimas y no duró demasiado: en marzo de 1941, cuando los británicos enviaron tropas sijs para reconquistarla,

la mayoría de los italianos estaban enfermos de malaria y rendirse fue un alivio para ellos. En menos de dos meses, bajo la presión de los británicos y de los irregulares etíopes, ya habían perdido Addis Abeba también, y el emperador etíope, Haile Selassie, ya había vuelto al trono que había perdido en 1936. Los enormes mapas que se habían colocado en las principales plazas de las ciudades italianas, de forma que la gente pudiera ver el progreso de la guerra en Europa, África y Oriente Medio, pronto desaparecieron.

Los alemanes tenían muchas más cosas de las que preocuparse, aparte de un mal generalato. Las Fuerzas Armadas italianas estaban deficientemente equipadas, mal coordinadas y excesivamente burocratizadas, dirigidas por arribistas con mentalidad defensiva y con escaso sentido estratégico o competencia administrativa. Al contrario que Hitler, Mussolini no había conseguido imponerse a su Estado Mayor General ni hacerles obedecer sus órdenes. También fue incapaz de establecer prioridades y dispersó sus fuerzas sobre demasiados frentes. Cuando envió a los primeros 60 000 soldados al Frente Oriental (alegando que «no puedo hacer menos que Eslovaquia»), su comandante sufrió un ataque cardíaco por el camino; fue un augurio al que Mussolini debió haber prestado atención.[39]

En el nivel más fundamental, Italia realmente no podía permitirse el lujo de soportar el peso de las ambiciones fascistas. La guerra era allí aún menos popular de lo que lo era en Alemania, y el régimen era plenamente consciente de esto: los generales alemanes deploraban el hecho de que los italianos no se hubieran desembarazado de su «mentalidad de época de paz». Sus homólogos italianos titubeaban a la hora de disciplinar a sus hombres, y los consejos de guerra italianos eran, en realidad, mucho menos represivos que lo que lo habían sido en la primera guerra mundial. La verdad era que el país había quedado básicamente arruinado por los costes de las campañas en Etiopía y España y se habría beneficiado enormemente de un período de recuperación. Franco aseguró esto para España quedándose fuera de la guerra y de ese modo permaneció en el poder el tiempo suficiente para que el presidente Nixon brindara por él en 1970. Pero las pretensiones imperiales de Mussolini le impidieron seguir una trayectoria similar. La renta nacional de Italia era menor que la de cualquiera de las otras potencias principales y gastaba una parte más pequeña de ésta en sus Fuerzas Armadas (el 23 por 100 en 1941 comparado con el 52 por 100 en el caso de Alemania y el 53 por 100 del Reino Unido). A consecuencia de ello, cuando el país finalmente entró en la guerra, ello sólo se produjo después de que el Gobierno pasara a los alemanes

una lista de la compra de artículos que necesitaba urgentemente que, como dijo Ciano, habría deslomado a un camello.[40]

Sin embargo, para Hitler, los contraargumentos estratégicos y militares no importaban demasiado cuando se contraponían al hecho de que Mussolini se hubiera unido a él: ésta era su relación especial. «Sin la amistad de Mussolini», le dijo al embajador italiano, «yo estaría solo en el mundo». A menudo hablaba como si los intereses de las dos potencias fueran absolutamente compatibles. «Nuestros intereses están en el norte, los suyos en el sur», le dijo al Duce. Podían dividirse Europa entre ellos, continuaba, ya que la búsqueda de *Lebensraum* por parte de Alemania la llevaba al este, a Polonia y Rusia, mientras que el *spazio vitale* italiano se hallaba principalmente en los Balcanes, el Mediterráneo y la costa norte de África. Mussolini estaba de acuerdo: librarían una «guerra paralela». De hecho, con la excepción de los asuntos navales en el Mediterráneo, había una notable escasez de coordinación real o de planificación conjunta, y el propio Hitler se negaba a confiarse al Duce. Pese a que se celebraron cuatro reuniones en 1940, y tres al año siguiente, ocultó a su aliado más próximo sus planes de invadir Escandinavia, de enviar una misión militar a Rumanía o incluso de invadir la URSS, aunque Mussolini se vengó sorprendiendo al Führer con su invasión de Grecia.[41]

Sus «guerras paralelas» tampoco eran fáciles de separar. Inicialmente, los alemanes dejaron el norte de África y el Mediterráneo a los italianos, que generalmente estaban encantados de que se mantuvieran al margen (aun cuando les habría venido bien su ayuda). En los Balcanes, el principio rector de los alemanes era hacer que sus aliados dirigieran la mayor parte posible de la ocupación. Pero aunque Hitler insistía en convertir a Italia en la potencia predominante en los Balcanes occidentales (con el tiempo, medio millón de soldados italianos fueron enviados allí), los alemanes nunca llegaron a confiarles realmente la administración plena de la región. También se tuvo que enviar una pequeña fuerza expedicionaria alemana al norte de África bajo el mando de Rommel. Cuando Mussolini voló hasta allí en el verano de 1942, previendo una inminente marcha triunfal sobre Alejandría, Rommel se negó a reunirse con él; el alicaído regreso del Duce a Italia, después de que hubiera quedado claro que Egipto no sería conquistada, marcó el inicio de su perdición. Lo que había empezado, en el verano de 1940, como un «guerra paralela» había degenerado hasta convertirse en una relación mucho más desigual.

Algunos historiadores han discernido un programa detrás de las reclamaciones territoriales del Duce, pero es difícil evitar la impresión de que fundamentalmente se improvisaron a última hora. En 1940, su lista de deseos se centraba en Córcega, Túnez y otras posesiones francesas en África y en Oriente Medio. No obstante, algunos meses después, las energías italianas se desviaron hacia los mares Adriático y Jónico. Tal como se desarrollaron los acontecimientos, en Grecia Italia gozó de escaso poder real pese a controlar la mayor parte del país. Siguió existiendo un Gobierno griego, y los asesores alemanes ejercían de contrapeso frente a los hombres de Roma. Las políticas imperiales que los italianos introdujeron tuvieron resultados desastrosos. Intentaron separar las islas del continente, uniendo las Cícladas, en particular, a las posesiones que entonces tenía Italia en el Dodecaneso. El resultado fue el caos administrativo, el desmoronamiento económico y el hambre, que dejaron miles de muertos sólo en la pequeña isla de Siros.[42]

La política de nacionalidades en el joven imperio italiano parecía muy distinta, sin embargo, de la de Alemania. Al no tener demasiados colonos, ni grandes reservas de minorías que repatriar, Roma priorizó la difusión cultural por encima de la pureza racial. El mito histórico fundamental era el de la Roma antigua, en lugar del de los caballeros teutónicos; no hubo ningún programa serio de criba racial, ningún equivalente a las SS, y en lugar de ello estaban las redes gubernamentales de los colegios Dante Alighieri para enseñar las glorias de la literatura italiana a los griegos, los albaneses y los croatas. La debilidad también hizo que los italianos fueran más capaces que los alemanes de apreciar la importancia que tenía reconocer las aspiraciones nacionales de otros pueblos. Los italianos apoyaron a los nacionalistas albaneses, por ejemplo, y fomentaron la formación de un partido fascista albanés. Como Ciano lo expresó significativamente en 1942, «no era posible exportar el fascismo a un país y simultáneamente negarle el principio de nacionalidad que es la propia esencia de la doctrina [fascista]… Nuestra acción en Albania constituye la prueba concreta ante el mundo de que en el nuevo orden que concibe Roma, las naciones no serán subyugadas, sino valoradas».[43]

Sin duda, esto era, en gran medida, una imagen engañosa que se quería presentar hacia el exterior; decía más sobre las críticas italianas al enfoque alemán de la ocupación que sobre cómo administraban Albania, donde los políticos locales seguían estando a la sombra del procónsul italiano. Además, las limitaciones del modelo se vieron de forma mucho más clara después de que se introdujera también en Montenegro. En junio de 1941, un obediente

«consejo consultivo» declaró «la restauración de Montenegro». Pero este nuevo «reino» duró menos de un día (ni siquiera se había nombrado al nuevo jefe de Estado), antes de que las fuerzas proserbias opuestas a la independencia organizaran un enorme levantamiento popular. El ejército italiano, al que se cogió completamente desprevenido, respondió ejecutando sumariamente a varios miles de civiles: el general Pirzio Biroli insistió en que «la fábula del "buen italiano" debe cesar», y costó un mes aplastar la rebelión. [44]

En Eslovenia, una región destinada a la anexión total, esta fábula concreta tuvo una vida aún más corta. La región no había figurado en absoluto en la lista de la compra inicial de Roma, y entre sus 340 000 habitantes (si se había de creer el propio censo de los italianos) había menos de 500 italianos. Sin amilanarse, los italianos se hicieron con una zona truncada y económicamente paralizada en torno a Ljubljana; fue lo único que dejaron los alemanes después de servirse el resto de la provincia. Se suponía que la nueva provincia de Ljubljana había de convertirse en un modelo de administración «benévola», poniendo de manifiesto las mayores ventajas del dominio italiano respecto a la del de los eslovenos por Alemania, al otro lado de la frontera, al norte. Los funcionarios del estado yugoslavos fueron mantenidos en sus puestos (apenas había algún italiano que tuviera la capacitación lingüística necesaria), pero se introdujo la legislación italiana sobre servicios sociales y seguridad social. Se produjo el habitual cambio de nombres de calles y lugares, la demolición de los monumentos eslavos y de los Habsburgo y la degradación del idioma esloveno.

Pronto Roma estaba emprendiendo un programa de italianización forzosa, reprimiendo el nacionalismo esloveno y extendiendo las instituciones fascistas. Al igual que Antonescu, aunque de forma menos criminal, Mussolini también veía la guerra y la expansión como una oportunidad para que el estado «haga realidad el máximo de unidad étnica y espiritual de forma que los tres elementos de raza, nación y estado lleguen a coincidir», Puede que el hecho de agregar una provincia fronteriza predominantemente no italiana no pareciera coherente con esa estrategia, pero, como sucedía con otros regímenes nacionalistas, la Italia fascista prefería tomar la tierra y preocuparse después por las personas. Mientras los estadísticos italianos trazaban el perfil étnico-racial de la población, nuevas leyes de la ciudadanía establecían cómo unos pocos afortunados podrían, con el tiempo, convertirse en ciudadanos italianos de pleno derecho. Como lo expresó el Duce, se debía dar un «trato especial» a aquellos «alógenos» que se mostraran totalmente fieles; en cuanto al resto, «cuando la etnicidad choca con la geografía, es el

grupo étnico el que debe ser trasladado: los intercambios de población y el éxodo forzoso son providenciales». Grandes cantidades de eslovenos fueron arrestados e internados, y la provincia pronto quedó inmersa en una grave insurgencia. Pero no había ningún equivalente italiano al RKFDV, y el régimen italiano no parece haber planeado la clase de movimientos de población forzosos que estaban en el núcleo de la guerra alemana.[45]

A lo largo de la costa croata, con sus ciudades portuarias anteriormente venecianas a la sombra de las montañas del karst, las políticas del régimen fascista fueron aún más trascendentales e intrusivas. Gran parte de la zona fue anexionada y quedó sometida a un nuevo Gobierno de Dalmacia, encabezado por el diplomático Giuseppe Bastianini. Hubo obras públicas, nuevas carreteras, obras de alcantarillado, y edificios públicos. Pero los planes para fomentar colonias de robustos colonos italianos en realidad nunca dejaron de ser proyectos. La «reitalianización» provocó una profunda purga en el aula, una fuerte dosis de alta cultura italiana y la expulsión de los habitantes que se habían establecido desde el final de la primera guerra mundial. «Aquellos que no deseen que su espíritu beba de las fuentes de Virgilio, Horacio y Dante… no tienen más que coger el camino más corto que lleve a la frontera. Aquí Roma manda, su idioma, su ciencia, su moralidad y el león de san Marcos han vuelto, armados», declaró Bastianini. Roma quería «recrear el beneficioso flujo original de orilla a orilla del Adriático» y «restaurar la superioridad de la clase dirigente italiana». A los eslavos dálmatas se les ofrecería la oportunidad de asimilarse (esto marcaba otra importante diferencia respecto a la política alemana), y aquellos que no pudieran hacerlo se enfrentarían a la deportación. Pero los eslavos locales no estaban convencidos. La oposición, tanto tácita como declarada, creció rápidamente, fomentada tanto por los comunistas como por los nacionalistas croatas en Zagreb.[46]

El verdadero problema era la relación profundamente problemática de Italia con la propia Croacia. Como muchos de los pedazos de territorio que les legaron los alemanes (las islas Egeas eran otro ejemplo), Dalmacia, por sí sola, no era una unidad económica viable. Si no había de requerir permanentes y costosos subsidios por parte del continente, habría de ser necesario restaurar sus antiguas conexiones con su región interior rica en recursos. Casi inevitablemente, por consiguiente, en vista de la dependencia de las industrias costeras de las materias primas y los suministros del interior, los italianos se vieron aún más atraídos hacia la antigua Yugoslavia, y en particular hacia Croacia y Bosnia.[47]

El propio surgimiento de Croacia, que tantos problemas causaría al Eje, fue un asunto de última hora. Hasta finales de marzo de 1941, Hitler había supuesto que Yugoslavia se convertiría en un miembro fiable del Pacto Anti-Comintern igual que sus vecinos del Danubio. Pero multitudes extáticas habían bordeado las carreteras cuando la Wehrmacht había entrado en Zagreb, y, tras la invasión de Yugoslavia, crear un estado independiente de Croacia era una manera obvia de ganarse el apoyo para Alemania entre la mayoría de la población croata y de reducir la cantidad de fuerzas alemanas necesarias para ocupar el país. Un emisario especial del Ministerio de Exteriores fue a Zagreb para convencer al líder del dominante Partido Campesino, Vladko Maček, para que tomara el poder. Era el coronel de las SS Edmund Veesenmayer, la persona que se encargaba de resolver los problemas a Ribbentrop, y hombre que ya había estado involucrado en el *Anschluss* y en la instauración del gobierno de Tiso en Eslovaquia. Pero Maček se negó a hacerle el juego. No fue hasta que Maček rechazó la invitación de los alemanes cuando éstos recurrieron al fanático Ustasa, un movimiento terrorista marginal de nacionalistas extremistas que sólo tenía unos pocos miles de seguidores. Una semana después de que el segundo del líder hubiera anunciado la formación del nuevo estado, después de que Maček también hubiera instado a los croatas a que lo apoyaran, el líder del Ustasa, un antiguo abogado y diputado llamado Ante Pavelic, volvió de su destierro en Italia y fue puesto al mando. Como Antonescu el «Conducator» y el sacerdote-presidente eslovaco Tiso, Pavelic se otorgó a sí mismo inmediatamente un título adecuadamente dictatorial, *Poglavnik*, o Jefe, para alinearse con los dictadores que le habían puesto en el poder.**[48]**

Sus «ojos brillaban con un profundo fuego negro en su pálido rostro de color tierra», observó Curzio Malaparte la primera vez que se encontró con Pavelic.

> Tenía un indefinible aspecto de estupidez grabado en la cara, que quizá fuera producto de unas enormes orejas que, al verlas de cerca, parecían incluso más inmensas, ridículas y monstruosas que en sus retratos… Sus manos eran anchas, gruesas, velludas; y sus nudillos llenos de nudos con músculos. Uno se daba cuenta de que sus manos le molestaban; no sabía dónde ponerlas.

En su segundo encuentro, unos meses después, Pavelic había cambiado la distribución de su oficina, dejando su escritorio cerca de la puerta para desconcertar a los posibles asesinos. A Malaparte ya le pareció más pálido y más agobiado por las preocupaciones, su cara «marcada por un dolor que era profundo y sincero». Pero entonces observó el cesto de mimbre que había

sobre el escritorio de Pavelic, lleno de ostras desconchadas «tal como se las muestra ocasionalmente en las ventanas de Fortnum and Mason, en Piccadilly, en Londres», y el dictador le dijo que contenían ojos humanos, enviados por sus fieles partidarios a medida que iban atravesando el país incendiando y asesinando.[49]

Los italianos habían querido Croacia para ellos, y de hecho el trono se le ofreció a un miembro de la Casa de Saboya, el duque de Spoleto, que, como estaba previsto, se convirtió en Tomislav II, rey de Croacia, príncipe de Bosnia y Herzegovina, Voivode de Dalmacia, Tuzla y Temun. Pero Pavelic no tenía de qué preocuparse. En realidad, esto no era más que la última boqueada patética del enfoque tradicional de Europa sobre la creación de los estados balcánicos (a cada nuevo estado balcánico se le había dado un monarca europeo desde Grecia en 1832) y ya no significaba nada. De hecho, en el momento en que anunció su abdicación en el verano de 1943, el nuevo rey, sensatamente, nunca había puesto el pie en su reino. Como de costumbre, la «preponderancia» de Italia era muy condicional, y Alemania se había asegurado la mayoría de los intereses económicos vitales del país antes de que los italianos se pusieran en marcha. Las tropas alemanas ocuparon la zona oriental del país; y aunque el resto supuestamente quedaba bajo la esfera de influencia italiana, en realidad los croatas se resistieron a sus intrusiones.

Los miembros de la realeza italiana fueron prudentes manteniéndose al margen: el reinado del terror de Ustasa que se vivió a continuación explicó sobradamente por qué en general los alemanes evitaron cuidadosamente entregar el poder a la extrema derecha. De los 6,3 millones de habitantes del nuevo estado, sólo 3,3 millones eran croatas: había 1,9 millones de serbios, 700 000 musulmanes, 150 000 alemanes y 40 000 judíos. No obstante, a pesar de esto, los Ustase estaban comprometidos con la erradicación violenta de la influencia no croata, y especialmente serbia y judía, en el país. El Gobierno prohibió el uso del cirílico, legalizó la confiscación de las propiedades judías y aprobó una nueva ley de nacionalidad. Al mismo tiempo, escuadrones paramilitares se embarcaron en una campaña de carnicerías contra los serbios, judíos y gitanos, y, durante más de un mes, hasta que las protestas alemanas forzaron una breve ralentización de la campaña, las unidades del Ustasa llevaron a cabo una matanza tras otra, que en ocasiones tenían como objetivo a notables serbios, pero en otras, sobre todo en Hercegovina oriental, masacraron a comunidades enteras en medio de grotescas escenas de violencia y sadismo. Cuando las cárceles se masificaron, se construyó un grupo de campos de concentración en torno a Jasenovac, junto al río Sava,

que rápidamente se hicieron tristemente célebres como centros de matanzas. En junio destacados serbios croatas recurrieron al Gobierno serbio de Belgrado para hacer que los alemanes intervinieran. No sabían que Hitler ya se había reunido con Pavelic en su retiro de Berchtesgaden y le había instado a continuar su política de «intolerancia nacional» durante cincuenta años.[50]

El programa de deportaciones forzosas de Himmler que se siguió más al norte empeoró las cosas. Como esperaban expulsar a grandes cantidades de eslovenos a Croacia, los alemanes permitieron a los Ustase desarraigar a 180 000 serbios y empujar *a éstos* al otro lado de la frontera, a la propia Serbia, con el fin de hacer sitio para los eslovenos católicos que habían de entrar. Pero eso sólo fue el comienzo, y, al igual que en Rumanía, las matanzas se intensificaron una vez que se impidió la expulsión. Después de que Alemania invadiera la URSS, Hitler aconsejó de nuevo a los Ustase que se ocuparan brutalmente de sus enemigos internos, y las matanzas continuaron hasta entrado el otoño, lo que tuvo como resultado la muerte de más de 100 000 personas. Se intensificaron a consecuencia de las campañas antipartisanas en el verano de 1942, y a comienzos de 1943 el ejército alemán calculaba que los Ustase habían asesinado al menos a 400 000 personas aproximadamente.[51]

La mayoría de los representantes del Eje en Zagreb estaban completamente horrorizados, pero no eran capaces de ponerse de acuerdo en qué hacer, especialmente ya que Pavelic estaba en realidad apoyado por el principal representante político alemán, Siegfried Kasche, antiguo hombre del Freikorps y las SA. Kasche no tenía formación ni experiencia diplomática (según el hombre del SD en Zagreb, apenas sabía dónde estaba Croacia), pero las SA nunca habían perdonado a las SS por la Noche de los Cuchillos Largos de 1934 en la que sus líderes habían sido asesinados, y el ministro de Asuntos Exteriores, Ribbentrop, estaba tan desesperado por mantener a Himmler y a las SS fuera del sureste de Europa que había empezado a nombrar a hombres de las SA como Kasche, ninguno de ellos diplomáticos de carrera, para cubrir puestos ministeriales en la región. (Los ministros de Eslovaquia, Rumanía y Hungría pertenecían a esta categoría, lo que tuvo predecibles consecuencias para la diplomacia alemana.)

Los italianos, por otro lado, estaban convencidos de que la brutalidad de Pavelic estaba alimentando la actividad anti-Eje y haciendo que los serbios se echaran al monte. «Estamos en Croacia exclusivamente para favorecer este odioso régimen de los Ustase y sus excesos», protestaron. Un oficial fue aún más directo, comentando que «los croatas son nuestros enemigos». Y, de

hecho, cuando el ejército italiano penetró en Bosnia-Hercegovina en septiembre de 1941 para intentar poner freno al derramamiento de sangre, trabajó junto con las bandas serbias de insurgentes chetnik contra las fuerzas de Pavelic.[52]

El pesimismo de los italianos lo compartían el servicio secreto de información de Zagreb y la Wehrmacht. Un informado oficial del Abwehr pensaba que era «pura utopía» que los Ustase soñaran con expulsar siquiera a 250 000 serbios; los tres millones de croatas tendrían que aprender a vivir con los serbios, y no tratarlos como «ilotas», ni intentar convertirlos por la fuerza al catolicismo. El principal asesor militar alemán para los croatas, un antiguo oficial del Estado Mayor de los Habsburgo cansado de la vida llamado Edmund Glaise von-Horstenau, también era escéptico. Nacido en la ciudad natal de Hitler, Braunau, tres años antes que el Führer, su actitud fundamental hacia la política de las nacionalidades permanecía arraigada en el modelo imperial. Criticaba a los Ustase porque en la visión que éstos tenían de Croacia no había ningún lugar para las minorías, y porque pretendía «gobernar un *Völkerstaat* (estado de grupos étnicos) como un estado-nación homogéneo». Pero esta crítica eminentemente Habsburgo al etnonacionalismo croata dejó impasible a Hitler. Durante un tiempo instó a Pavelic a moderar su línea de actuación; pero después de que los italianos se replegaran en septiembre de 1943, Hitler insistió en que los funcionarios alemanes mostraran una «actitud positiva» hacia él. El hundimiento de su mayor aliado en los Balcanes supuso que no pudiera permitirse el lujo de deshacerse de los más pequeños, por muy brutales o contraproducentes que fueran sus políticas interiores. Un funcionario de la Wehrmacht tras otro le explicó que la violencia demente del régimen de Pavelic era la causa de una enorme inestabilidad y disturbios, que provocaban una «alteración del orden» que sólo se mantenía «a punta de bayoneta alemana, y que sería mucho mejor sustituirlo por una administración militar alemana». Cada una de las veces que sucedía esto, gracias a las enérgicas presiones ejercidas por Kasche desde Zagreb, Hitler se negaba y Pavelic sobrevivía.[53]

Contrainsurgencias

El mito del «buen italiano» no murió en las montañas de Montenegro, como había esperado el gobernador Pirzio Biroli. Después de la guerra prosperó, por lo menos en Italia, y el supuesto contraste entre los torpes pero humanitarios italianos y los letalmente eficaces alemanes permitió que

muchos de los crímenes del ejército italiano se olvidaran discretamente. Cuando solitarios eruditos llamaron la atención sobre las entre 50 000 y 60 000 personas que se calcula que murieron en campos de concentración en Cirenaica, y desvelaron las masacres de civiles etíopes fusilados y asesinados con gas mostaza, el pueblo italiano no prestó demasiada atención. Películas como *Mediterráneo* representaban la ocupación italiana como un *Club Med* en época de guerra, un idilio erótico solamente interrumpido por el ruido de bombas lejanas; Hollywood también aportó su granito de arena, y *La mandolina del Capitán Corelli* contrastaba los musicales italianos en las islas griegas con la criminalidad de la Wehrmacht. La película de Roberto Benigni *La vida es bella* fue un paso más allá y convirtió a la figura de su padre, que había luchado en el ejército de Mussolini, en la víctima suprema, un judío enviado a Auschwitz. Las condiciones a las que se enfrentaron los soldados italianos que pasaron a ser cautivos de los alemanes después de septiembre 1943 fueron, en efecto, horribles, y muchos murieron. Pero esto no alteraba el hecho de que esos mismos soldados habían estado antes librando su propia guerra sucia en el bando del Eje.

En Yugoslavia, en particular, la conducta del ejército italiano a menudo no fue muy distinta de la de los alemanes. El general Robotti ordenó que toda la provincia de Ljubljana se considerase un campo de batalla, y que se considerase a toda su población «nuestros enemigos». Se tomarían rehenes y serían asesinados en caso de ataques. Las tropas no debían tomar prisioneros, y se ordenó a los oficiales que «mantengan el espíritu agresivo de nuestros soldados». Robotti ordenó a sus hombres: «ódienlos, ódienlos más de lo que estos bandoleros nos odian». Su superior, el general Mario Roatta, marcaba la pauta: en casa, Roatta celebraba fiestas en su yate «al estilo de los antiguos paganos»; pero en el campo de batalla no había ningún comandante más implacable. Se suponía que su tristemente célebre «Circular 3C» de marzo de 1942 tenía que demostrar que los soldados italianos podían luchar con tanta dureza como sus aliados alemanes. «¡No diente por diente, sino cabeza por diente!» era la consigna. Roatta confirmó la política de rehenes y exigió que se rompiera con la imagen de benevolencia italiana. Es cierto que la destrucción punitiva de pueblos enteros, según él, tenía que llevarse a cabo raras veces. Sin embargo, las tácticas esbozadas por Roatta básicamente tenían como objetivo a toda la población civil.[54]

La experiencia del ejército italiano en la lucha contra la insurgencia se derivaba fundamentalmente de las campañas libias de comienzos de la década de 1920 y de la conquista de Etiopía en 1935-1936. En ambos casos había

usado el internamiento, la selección y el fusilamiento de rehenes, políticas de tierra quemada y el bombardeo de áreas civiles como castigo colectivo. Ni Mussolini ni el entonces jefe del ejército, el general Badoglio, habían intentado mitigar estas políticas; al contrario, las habían fomentado por el bien del prestigio italiano. Con la excepción del uso del gas, que los italianos decidieron no usar en Europa, el II Ejército en Croacia, Montenegro y Eslovenia trató a los «nativos» de Yugoslavia, en buena medida, de la misma manera. El pueblo de Ljubljana quedó rodeado por alambradas, y barrios enteros fueron acordonados y registrados. Mussolini planteó la posibilidad de un «traslado en masa» de la población civil e instó a Roatta a «tomar numerosos rehenes y fusilarlos siempre que sea necesario». Una inmensa red de campos se extendía hasta Grecia, dentro de la cual fueron encarceladas decenas de miles de personas; deficientemente abastecidos, pronto fueron pasto de las enfermedades, con unos disparados índices de mortalidad que igualaron a los de aquellos que estaban bajo control alemán. A finales de 1942, más de 30 000 eslovenos fueron internados en condiciones lo suficientemente malas como para que el Vaticano se quejara. En la isla de Rab, los prisioneros quedaron tan débiles por el hambre que no se los pudo trasladar a barcos que los llevaran al continente: las raciones exiguas y las espantosas condiciones que reinaban allí hicieron que, de las menos de 10 000 personas que pasaron por allí, 1000 de las cuales eran niños, más del 10 por 100 murieran.

En Grecia la situación era más tranquila, por lo menos hasta el otoño de 1942-1943, ya que el ejército italiano era consciente de la presencia de un gobierno griego, por débil que fuera, al que deseaba apoyar. Pero desde comienzos de 1943, cuando el movimiento partisano se extendió a las montañas Pindos, la ferocidad de la contrainsurgencia aumentó allí también, y los campos se llenaron de prisioneros. Se incendiaron pueblos, y hubo tiroteos en masa. La Cruz Roja informó de que había por lo menos siete campos de concentración, con miles de presos que padecían frío, desnutrición y malaria. **[55]**

¿Hasta qué punto era esto distinto a lo que hacía la Wehrmacht? Como cualquier ejército colonial, tanto el ejército italiano como el alemán combinaban la violencia extrema con la idea de que eran defensores del orden. No sólo criticaban a los partisanos, sino también a los Ustase, cuya brutalidad, en palabras de un alcalde alemán, «desafiaba todas las leyes de la civilización». Ambos creían que bajo Pavelic Croacia se enfrentaba a la desintegración social y la anarquía, un «desorden general» que había llevado a «condiciones similares a las de la Guerra de los Treinta Años». Y, por lo

que concernía a los insurrectos, ninguno de los dos ejércitos se creía limitado por las leyes de la guerra porque sus oponentes no se comportaban como combatientes legítimos.

No obstante, había algunas diferencias. En la Serbia ocupada, los alemanes iniciaron su campaña antipartisana en el otoño de 1941 con mayor crueldad que la que mostraron los italianos, asesinando a más de 11 000 civiles en menos de tres meses. Interpretaron los cupos de represalia más literalmente que los italianos, y, en varias ocasiones, se reunió a cientos e incluso miles de civiles y se los fusiló. Muchos comandantes de alto rango de la Wehrmacht destinados en los Balcanes habían estado en Serbia en su época de jóvenes oficiales súbditos de los Habsburgo en 1914 y no veían la hora de vengarse por la humillación que el ejército imperial había sufrido entonces; los italianos estaban más interesados en contener a los croatas, sus aliados nominales.

Una de las diferencias fundamentales, de hecho, fue su actitud hacia los insurrectos serbios: los nacionalistas chetniks y los partisanos comunistas. Mientras que los alemanes tenían a ambos como objetivo, el general Roatta intentó dividir a la insurgencia consiguiendo el apoyo de los serbios y los montenegrinos anticomunistas para la lucha contra los partisanos. El Gobierno del Ustasa también estaba furioso, naturalmente, ya que los serbios eran su principal enemigo. Ignorándolos por completo, Roatta (y Pirzio Biroli en Montenegro) siguió adelante y armó a bandas chetnik serbias, y luchó junto a ellas en las montañas. No sólo eran los italianos mucho más conscientes que los alemanes de que carecían de las tropas o los recursos necesarios para combatir a todos los rebeldes al mismo tiempo, sino que tenían menos inhibiciones a la hora de admitir el hecho. Las figuras de alto nivel encargadas de formular las políticas italianas dudaban abiertamente de que el hecho de llevar a cabo importantes redadas contra la insurgencia pudiera llegar a tener un efecto permanente; «después de quince días volveremos a estar donde empezamos», dijo uno. Pensaban que era fácil exagerar la amenaza militar que planteaban los insurgentes y proponían el objetivo militar no de eliminarlos, una tarea imposible, sino de garantizar que no plantearan ninguna amenaza para las líneas de abastecimiento.[56]

La Wehrmacht no siempre descartó la idea de la colaboración local y también pudo jugar a ese juego en ocasiones. En torno a las minas de hierro de Mitrovica, en Kosovo, la 60.ª División de Infantería Motorizada del general Eberhard dio un grado de autonomía a los lugareños albaneses que era mayor que el que éstos tenían bajo los italianos en la Albania propiamente

dicha. Eberhard creó una gendarmería albanesa, construyó escuelas y apoyó un régimen local que atrajo a tantos albaneses que los italianos sospechaban que todo formaba parte de una campaña para hacerles quedar mal.[57] Pero ésta era un área donde la población local era básicamente proalemana, para empezar. Como fuerza de contrainsurgencia, la Wehrmacht seguía siendo fiel a la idea de superar abrumadoramente a los guerrilleros en cantidad de hombres y en potencia de fuego mediante barridos de las montañas muy organizados en los que se usaban muchos miles de soldados. Algunos comandantes de campo sí se cuestionaban si las políticas de represalia no hacían más que empujar a reclutas en brazos de los partisanos. Sin embargo, las sugerencias del servicio secreto alemán para que se establecieran alianzas políticas con los chetniks y otros fueron desdeñadas, y la crítica de Glaise de que la Wehrmacht estaba empeorando aún más las cosas con su propia «política del terror» cayó en oídos sordos.[58]

¿Hasta qué punto podemos, pues, atribuir la violencia del ejército alemán a la ideología fascista o nazi? Los soldados húngaros, búlgaros e italianos también eran evidentemente capaces de llevar a cabo represalias brutales y ejecuciones en masa; es más, también había podido verse un enfoque draconiano respecto a los francotiradores y los irregulares en los ejércitos alemán y Habsburgo en la primera guerra mundial. Todos los regímenes aliados de Hitler eran, por supuesto, acérrimamente nacionalistas, y el fácil estereotipamiento racial de sus enemigos hacía más sencillo difuminar la distinción entre combatientes y civiles, que nunca fue muy clara. En una época en la que se hablaba de las leyes de la guerra más de lo que nunca se había hecho antes, los ejércitos se habían acostumbrado a la idea de que contra aquellos que no combatían de forma «civilizada», había pocas restricciones, o ninguna, sobre lo que podían hacer. El lenguaje maniqueo que se usaba para describir la guerra contra el bolchevismo cumplía aquí su función: los comunistas no podían, por definición, ser antagonistas dignos; tampoco los racialmente inferiores. Pero mucho antes de la revolución rusa, oficiales del ejército Habsburgo que penetraron en Serbia en 1914 habían usado el lenguaje del «fanatismo» y la «traición» con consecuencias predeciblemente letales: sus hombres habían arrestado e internado a numerosos rehenes, habían reducido varios pueblos a cenizas y habían matado a varios miles de civiles a sangre fría en unas pocas semanas.[59]

El uso de los castigos colectivos con el fin de intimidar a las poblaciones para que fueran obedientes sin duda se reforzó cuando los comandantes de campaña pensaban, como evidentemente sucedía en la URSS ocupada y en

los Balcanes, que no tenían suficientes hombres y que estaban desplegados al máximo de sus capacidades. En ese momento, las consideraciones de prestigio, semejantes a las que fueron evidentes en las campañas coloniales libradas por los italianos y otros, los empujaron por la senda de las represalias horribles. El ejército italiano obedeció órdenes durante las matanzas de Etiopía en 1937 y la «pacificación» de Montenegro en 1941. También los húngaros en Novi Sad, y los búlgaros en Drama. Es posible que los aliados de Alemania de vez en cuando quedaran aterrorizados por la brutalidad de la Wehrmacht en Ucrania y Bielorrusia, pero frente a la amenaza partisana a la que ellos mismos se enfrentaban no respondieron de forma muy distinta. La incómoda verdad es que la guerra contra la insurgencia era más un producto de determinada forma europea de combatir que del propio nazismo. Las tecnologías habían cambiado en las décadas anteriores, pero en otros aspectos estaban luchando en gran medida con el mismo espíritu, y de acuerdo con las mismas reglas que habían observado en sus campañas coloniales y en la primera guerra mundial. Naturalmente, había una diferencia crucial: en el pasado las autoridades civiles a veces habían logrado ejercer una influencia moderadora sobre el ejército, como hicieron, por ejemplo, en la Serbia ocupada en 1917. Bajo el régimen nazi, los extremistas fueron los civiles, que instaron constantemente a sus soldados a perder sus inhibiciones y a aumentar el nivel de terror. Frente a la amenaza de los partisanos, la Wehrmacht perdió de vista en particular incluso esas pocas limitaciones que habían inhibido en el pasado a sus predecesores.[60]

Los estados pequeños y la gran Alemania

Como Italia pasó, con extraordinaria velocidad, de ser casi un igual (en 1938) a ser un compañero menor (ya en 1940), el sistema de alianzas del Eje durante la guerra siempre estuvo marcado por la realidad del poder abrumador de Alemania. «Intentemos hacernos el menor daño posible entre nosotros», dijo el embajador francés al ministro de Asuntos Exteriores italiano en junio de 1940. «Al fin y al cabo, tenemos que vivir en esta Europa, cuyos nuevos amos, como usted sabe, ¡son bastante duros!»[61] En el núcleo de la situación diplomática de Alemania, por consiguiente, estaba lo que podríamos llamar el problema de los pequeños estados. Los comentaristas nazis proclamaban el fin de la concepción liberal de la soberanía; los comunicados de prensa decían a las naciones pequeñas que se acostumbraran a hacer lo que a Berlín se le antojara. Los alemanes afirmaban estar hablando por Europa, y hacían

ostentación de sus socios, desde Eslovaquia y Croacia, hasta Finlandia y Bulgaria, para apoyar esta afirmación. Pero, en la práctica, fueran cuales fueran las estratagemas publicitarias diplomáticas, las relaciones entre Alemania y sus aliados estuvieron plagadas de problemas debido al desprecio de la primera y la desconfianza de los últimos.

La cuestión de la soberanía estaba en el núcleo de las relaciones de Alemania con sus aliados. Los nazis, al fin y al cabo, afirmaban que la ley internacional había sido sustituida por las necesidades de la solidaridad racial, una doctrina que tenía implicaciones profundamente amenazadoras para otros estados. Uno de los grupos de ciudadanos de estos otros estados a los que el Reich intentó reclamar durante la guerra eran los judíos: los intentos, en su mayoría infructuosos, llevados a cabo por Alemania para hacer que sus aliados se los entregaran, se analizan en el capítulo siguiente. Pero igual de perturbadora, y mucho más antigua, era la pretensión de Berlín de gozar de la obediencia de los alemanes étnicos en el extranjero.

En la primavera de 1942, la Wehrmacht reclutó a hombres alemanes étnicos de Serbia para que formaran parte de nuevas unidades que estarían bajo su mando. Ese mayo permitió a la Waffen-SS de Himmler aprovecharlos en su lugar. Lo que había empezado como el cuerpo de élite de escolta personal de Hitler ya había crecido, en 1939, hasta llegar a ser una fuerza capaz de presentar varios regimientos armados. Como no se les permitía reclutar a alemanes del Reich o en los territorios anexionados, los aproximadamente dos millones de alemanes étnicos que había en Hungría, Rumanía, Yugoslavia y Eslovaquia, junto con otros que ya estaban en campos de reasentamiento, ofrecían el único suministro disponible alternativo de «sangre alemana» si las SS habían de crecer más. Himmler aprovechó la oportunidad y emitió una resolución confidencial en la que decía que las minorías alemanas tenían la obligación de prestar servicio militar al Reich en lugar de a su gobierno nacional.[62]

Sin embargo, conseguir que los gobiernos extranjeros aceptaran esto resultó ser sumamente difícil porque éstos eran reacios a ceder el control sobre este grupo de sus ciudadanos (o sobre cualquier otro). Fue en los lugares donde estas autoridades eran más débiles, como en la Serbia ocupada, donde los alemanes tuvieron menos dificultades. Croacia y Eslovaquia, a pesar de ser fundamentalmente estados títere, fueron duros negociadores. Con Rumanía y Hungría las negociaciones nunca llegaron a una conclusión, y Horthy y Antonescu rechazaron incluso a Hitler cuando éste intervino. En Hungría los alemanes sólo consiguieron lo que querían una vez que ocuparon

realmente el país; en Rumanía, pese a la existencia de una gran minoría de alemanes étnicos, nunca lo hicieron. La consecuencia fue que, a pesar del muy rápido crecimiento de las Waffen-SS(en otoño de 1944, su fuerza se cifraba en una cantidad muy superior al medio millón de hombres) sólo una parte relativamente pequeña de los alemanes étnicos de Europa central llegó a ser aprovechada. Dado el éxito de los alemanes a la hora de reclutar hombres en otros lugares, esto fue un espectacular indicio de la capacidad de sus aliados para defender también sus propios intereses, como quizá también de la renuencia de las minorías a que las reclutaran para una guerra que cada vez parecía más probable que perdieran. Puede que el Tercer Reich fuera el estado más poderoso de Europa, pero a veces alcanzaba de forma sorprendentemente rápida los límites de lo que podía hacer. El éxito generaba conformidad: a medida que fue avecinándose la derrota, sus amigos y aliados endurecieron sus posturas.

La forma en la que los alemanes trataron a los voluntarios no alemanes fue otro de los motivos por los que sus relaciones con sus aliados rápidamente se agriaron. Los miembros de la División Azul española juraron obediencia personalmente a Hitler y asumieron muchas bajas luchando en el frente. Sin embargo, fueron duramente condenados por sus compañeros alemanes por fraternizar con los rusos y a menudo eran atacados cuando paseaban con mujeres alemanas mientras estaban de permiso en el Reich. Un escándalo estalló en Riga, por ejemplo, en el verano de 1943 después de que mujeres alemanas empezaran a pasar ratos en una casa playera frecuentada por españoles que se recuperaban de los combates en el Frente Oriental. Detrás de la propaganda sobre el «ejército europeo» de Hitler había un sentimiento de desprecio y arrogancia racial que matizó el trato que los alemanes dispensaron a los italianos, los rumanos y también a otros.[63]

En 1942, los intereses de los alemanes y de sus aliados ya estaban empezando a divergir. Los alemanes necesitaban más ayuda que nunca, ya que se les estaba acabando la mano de obra, los combatientes, el trigo, el petróleo y otros recursos para alimentar la máquina bélica: como hemos visto, fue en la primavera y el verano de ese año cuando Berlín hizo los primeros esfuerzos serios por movilizar los recursos del continente en conjunto. Por otro lado, para entonces los aliados de Alemania ya habían obtenido la mayor parte de lo que querían. Finlandia había recuperado el territorio que había perdido en 1939; Bulgaria había obtenido el noreste de Grecia, Dobruja y gran parte de la Macedonia yugoslava. Los políticos rumanos rechazaron la oferta de Hitler para trasladarse más el este, al otro lado del Dnieper, y

estaban empezando a cuestionarse si Transnistria era realmente una compensación adecuada por Transilvania. En cuanto a Hungría, sus reivindicaciones principales ya habían sido satisfechas hacía mucho tiempo, en el verano de 1940, y su nuevo Gobierno proclamó su desinterés en cualquier nueva conquista. Italia se seguía aferrando a ellas, con su imperio en el norte de África apuntalado por las armas alemanas y sus nuevas posesiones balcánicas en llamas. Los nacionalistas italianos también estaban desilusionados: habían creído que la guerra provocaría un renacimiento del imperio marítimo de Venecia en el Adriático y el Egeo; en lugar de ello, lo que obtuvieron fue una versión nacionalista alemana más firme y enérgica de una campaña Habsburgo en el Mediterráneo. En otras palabras, se daban ya todas las circunstancias para que los aliados de Alemania revisaran su postura. El avance del Eje había sido detenido finalmente al este y al oeste cuando una fuerza angloestadounidense había desembarcado en Marruecos, y el Ejército Rojo combatió al Eje hasta pararlo en las ruinas de Stalingrado: además, Rumanía, Hungría e Italia asumieron una cantidad muy elevada de bajas cuando esa ciudad cayó finalmente, poniendo a prueba aún más su lealtad a Berlín. En febrero de 1943, el general Ambrosio de Italia era categórico: «Nuestro enemigo son los alemanes».[64]

Fue en medio de esta atmósfera de intriga, abatimiento y profunda desconfianza cuando muchos de los aliados de Alemania empezaron a acudir a Berlín una vez más para que se les proporcionase una definición más clara de lo que podían esperar en una Europa en época de paz bajo la hegemonía alemana. En otoño de 1942, algunos colaboradores del norte de Europa, como el nazi holandés Anton Mussert y el ministro presidente noruego Vidkun Quisling, insistían en la necesidad de un liderazgo alemán más reflexivo. «Usted quiere ganar la guerra para hacer Europa», le dijo Laval a Hitler. «¡Pero haga Europa para ganar la guerra!» Dentro del Ministerio de Exteriores alemán, un pequeño grupo de jóvenes activistas se mostraba favorable a ello. Muchos de ellos nazis por convicción, creían no obstante que Alemania había cometido un error al creer que podría gobernar Europa por sí sola y prepararon un plan de paz que habría restaurado la ley internacional, se habría abstenido de intentar exportar el nacionalsocialismo fuera de Alemania y habría devuelto su independencia a los polacos y a los checos. Desesperados ante la dirección ejercida por Ribbentrop, no tenían más remedio que ver qué podría hacer Ribbentrop con él. Después de estar mucho tiempo animándolo a ello, Ribbentrop se lo expuso a Hitler a finales de 1942. «Ninguno de esos preparativos para la paz es necesario», fue la respuesta del Führer. No

necesitaba «diplomáticos áridos» ni «juristas» para formular la paz; él mismo la podría dictar en dos horas cuando llegara el momento.[65]

En el propio Reich, una intensa diplomacia cultural, que prefiguró las campañas, igual de derrochadoras, que se llevarían a cabo en la Guerra Fría cultural, actuó como una especie de sustituto para el compromiso político serio, y los alemanes organizaron varias conferencias internacionales en las que se promocionó el tema de Europa. Hubo, por ejemplo, una Concentración Cultural de la Juventud Europea, una especie de concurso nazi de canciones estilo Eurovisión en época de guerra, en el que distintos grupos competían por el «Premio Musical de Weimar», y se fundó una Organización Juvenil Europea en cuya inauguración Karl Böhm dirigió valses de Strauss. El siempre serio Wilhelm Stuckart reunió a los funcionarios europeos para debatir sobre la administración moderna, los periodistas alemanes e italianos fundaron un nuevo sindicato internacional, y algunos novelistas muy conocidos y muchos de segunda clase asistieron a un Congreso de Escritores Europeos. Alfred Rosenberg incluso pensó en organizar un congreso antijudío europeo para contribuir a ganarse a la «clase culta» en el resto de Europa.[66]

A los italianos les gustaban especialmente estos acontecimientos, como así había sido desde finales de la década de 1930, porque los veían como una manera de forjar una comunidad política fascista unificada en todo el continente. No obstante, destacados nazis dudaban de su valor, y en noviembre el propio Hitler instó a que se pusiera fin a las manifestaciones de «una tendencia internacional o europea». Esto no hizo que todas ellas se detuvieran (Rosenberg aún seguía planeando su congreso antijudío de alto nivel a finales de 1944), pero demostró su irrelevancia. La opinión que Hitler tenía de la situación pudo juzgarse a partir de su decisión, ese mismo mes, de poner toda Francia bajo dominio alemán. ¿Qué era la colaboración para él, comparada con la seguridad de la ocupación a cargo de la Wehrmacht? En el mes siguiente, rechazó tanto a su propio ministro de Exteriores como al italiano cuando lo instaron a que contemplara la posibilidad de liquidar la guerra en el Este: estaba «seguro de la victoria», le dijo a Ciano. Era lo que un observador alemán llamó «fantasías en el bosque oscuro de Rastenburgo» del Führer. Cuando Ribbentrop propuso acercarse a Stalin para concentrarse en derrotar a las fuerzas angloestadounidenses en el Mediterráneo, Hitler reaccionó violentamente y prohibió que se siguiera hablando sobre el tema.[67]

La invasión aliada del norte de África y la posterior ocupación de Francia preocupaba a los aliados de Alemania. Temiendo ser los siguientes, los

españoles advirtieron a los alemanes que se defenderían contra una invasión desde cualquier lado. Dejando clara su decepción con la dirección de Alemania, los españoles dijeron a los alemanes que el Reich debía «abandonar la idea de anexionarse las áreas ocupadas en el Este como "protectorados" o "Gobiernos Generales": Alemania debe crear, en lugar de ello, estados nacionales independientes». Los finlandeses, que habían estado diciendo eso mismo durante meses, abandonaron y decidieron retirarse de la guerra en cuanto pudieran. El mariscal Mannerheim anunció públicamente que las operaciones ofensivas cesarían y se iniciarían negociaciones con los estadounidenses y los soviéticos.[68] En cuanto a los estados de Europa central-oriental, también iniciaron sus propias contramedidas diplomáticas. Los húngaros y los rumanos iniciaron negociaciones secretas con los británicos, los estadounidenses y los rusos y esperaban que un «bloque latino», liderado por la Italia de Mussolini, pudiera negociar una salida de la guerra, con o sin los alemanes. Tan desesperada parecía la situación que no desistieron de su propósito cuando los Aliados anunciaron, en Casablanca, a comienzos de 1943, su política de insistir en la rendición incondicional.

Tras la debacle de Stalingrado, incluso los alemanes mostraron temporalmente síntomas de reconocer la intranquilidad de sus aliados. En febrero se produjo un importante cambio de dirección cuando Goebbels dio instrucciones a la prensa para que ésta evitase hablar sobre colonizar el Este y para que hablara positivamente del papel de las naciones de Europa oriental en la lucha contra el judeo-bolchevismo. En un claro cañonazo de advertencia a Himmler, y en una señal de que todos los debates sobre un imperio alemán en el Este tendrían que moderarse, al menos temporalmente, proseguía así: «El principio nacionalsocialista de que sólo la tierra puede ser germanizada es utilizado por el enemigo como prueba de que nuestra intención declarada es llevar a cabo expulsiones en masa». Hitler había aprobado claramente la nueva línea más suave, aunque seguía habiendo una calculada vaguedad en cuanto a la suerte política que correrían finalmente estos «pequeños pueblos» del Este.[69]

El Ministerio de Exteriores de Ribbentrop regresó en este momento a los debates que había mantenido con los italianos hacía más de un año. Ribbentrop estaba harto de que Goebbels marcara la pauta sobre la cuestión europea; el enorme interés que, según sus diplomáticos, mostraban los aliados de Alemania, exigía una respuesta diplomática seria.[70] Sin embargo, la manifiesta ineptitud del ministro de Exteriores para el trabajo era un secreto a voces entre todos los que estaban enterados. No se trataba sólo de su

extravagancia y del uso pródigo de fondos secretos del ministerio, ni las incesantes exigencias de su esposa («se hubo de cambiar cuatro veces los tapices de la casa de Ribbentrop porque sus colores no eran exactamente del agrado de *frau* Ribbentrop»). Mucho peor era su ineptitud política. «En su megalomanía», dijo uno de ellos, estaba «destrozando hasta la última porcelana». La frustración que había entre sus subordinados llevó incluso a una conspiración que tramaron junto con las SS para librarse de él. Himmler se mostraba cauto, pero el principal partidario de las SS, el jefe del servicio de información sobre el extranjero Walter Schellenberg, pensaba que hacer caer a Ribbentrop era fundamental para «hacer progresos con los estadounidenses». Llegado el momento, ésta no tuvo más éxito que la conspiración más ambiciosa e importante contra el propio Hitler que se produjo al año siguiente. Lo único que sucedió fue que los conspiradores del ministerio fueron expulsados (uno terminó en un campo de concentración, el otro en el Frente Oriental) y la posición del ministro quedó reforzada.[71]

Como era de esperar, cuando visitó Roma a finales de febrero Ribbentrop dejó consternados a sus anfitriones descartando una paz negociada con Stalin (Mussolini llevaba meses instando a que se hiciera esto con el fin de aliviar la presión en el norte de África) y exigiendo una mayor dureza contra los partisanos y los judíos. Sobre la idea de una declaración para Europa, sin embargo, los dos bandos parecían estar más próximos. Como su asesor Megerle dijo a los italianos, comprendían que sin una declaración de algún tipo cabía la posibilidad de que Alemania no pudiera conservar a Europa con ella. «Son plenamente conscientes», informó su interlocutor, «de que no pueden esperar seguir gobernando mediante la bayoneta y la violencia y de que es absolutamente necesario asociar a los pueblos europeos con el futuro del continente en unas condiciones que sean aceptables para todos ellos, o por lo menos para una mayoría». Pero había una pega: el Ministerio de Exteriores alemán tenía tan poca influencia sobre Hitler que necesitaba ayuda: de hecho, la responsabilidad de hacer que esto sucediera, subrayó Megerle, era ahora de Italia. Sólo si Mussolini hablaba con el Führer, recalcó, había alguna posibilidad de que cambiara de opinión. Todo indicaba una notable falta de confianza en su propio jefe, pero en Berlín, unos días más tarde, los diplomáticos alemanes seguían con la misma cantinela: era necesario que Mussolini actuara, dijeron a sus colegas italianos, y que actuara rápidamente. Las «pequeñas naciones de Europa» estaban recurriendo a Italia como la «madre de la civilización y la justicia». Quizá incluso se pudiera hacer un

anuncio en la siguiente reunión de los líderes del Eje que actuara como una enérgica respuesta a la conferencia de Casablanca.[72]

En marzo de 1943, el Ministerio de Asuntos Exteriores redactó otra nueva declaración para una confederación europea de posguerra en la que Alemania se comprometía inequívocamente a conservar los derechos de los estados pequeños. «Soy de la opinión», escribió Ribbentrop, «de que deberíamos, en la fecha más temprana posible, en cuanto hayamos logrado un importante éxito militar, proclamar la confederación europea de una forma muy concreta». Imaginando una sofisticada ceremonia multigubernamental, Ribbentrop hizo hincapié en la necesidad de bajar los humos a las Naciones Unidas. El anuncio de una Confederación Europea por parte del Eje, observó, «disiparía el miedo de nuestros amigos y aliados a quedar bajo el control de *Gauleiters* alemanes en cuanto se firme la paz»; tranquilizaría a los neutrales asegurándoles que no serían absorbidos por Alemania después de la guerra; y animaría a la gente que estuviera bajo la ocupación alemana a luchar en el bando alemán. Su proyecto hablaba de los miembros de la Confederación como «estados soberanos», garantizando la libertad y la independencia política entre ellos. Era como si la revolución nacionalsocialista en el ámbito de la ley internacional nunca hubiera tenido lugar.[73]

Sin embargo, Mussolini, enfermo y abatido, difícilmente podía cargar con el peso de estas expectativas. Siendo perfectamente consciente de que en Roma se conspiraba para deponerlo, había sustituido a Ciano como ministro de Exteriores; pero no hubo ningún verdadero cambio de rumbo. El sustituto *de facto* de Ciano, Bastianini, recién llegado del servicio en Dalmacia (Mussolini se había adjudicado a sí mismo la cartera del Ministerio de Exteriores), informó de que tanto los rumanos como los húngaros veían a Roma como portavoz de las «naciones pequeñas». En sus notas con instrucciones para el Duce, Bastianini subrayaba la cuestión fundamental: las potencias del Eje, escribió, tenían, por encima de todo, que dar un nuevo orden a Europa que garantizara la independencia de los estados más pequeños.

> Cada uno de ellos tiene varios intereses concretos que salvaguardar. Pero todos (aliados, neutrales, enemigos) tienen una cosa en común, y ésa es el interés general de los estados menores en un régimen internacional que garantice su conservación, un interés que no sólo reconocen para sí mismos, sino en general para todos los estados pequeños, que, por muy divididos que estén en otras cuestiones concretas, se sienten unidos en esa solidaridad que siempre une a los más débiles frente a los más fuertes.[74]

Bastianini señalaba, como estaban haciendo tantos críticos en Roma, Berlín e incluso Tokio, el ejemplo de los japoneses en Asia oriental, que parecían (por lo menos desde Europa) haber combinado brillantemente la hegemonía con una apelación a los sentimientos nacionales de los otros pueblos de la región en una especie de cruzada antiimperialista. ¿Por qué no podía hacer lo mismo el Eje? ¿Por qué permanecer atrapados en un enfoque pasivo, negativo, sobre los objetivos de guerra, que cedía todo el terreno a las Naciones Unidas, y no ser más enérgico al proclamar las virtudes sociales y económicas de una victoria del Eje, y las consecuencias positivas de la liberación final respecto a las amenazas gemelas del bolchevismo soviético y la plutocracia americana?

El momento de la verdad llegó en un período frío de comienzos de abril de 1943, con la primera cumbre del año entre los dos líderes del Eje. En los pasillos barrocos de Schloss Klessheim, antigua sede de los arzobispos de Salzburgo recientemente restaurada como centro de conferencias, los diplomáticos alemanes repartían consejos a diestro y siniestro; Mussolini debía hablar *ganz brutal* con el Führer. Pero, excluidos del grupo de los informados, como de costumbre, tuvieron que preguntar a los italianos lo que los dos líderes habían dicho. Resultó que muy poco, con respecto a la cuestión que estaba en juego. Mussolini, una vez más, había quedado abrumado por la energía verbal del Führer. Hitler ya había descartado la idea de Mussolini de llegar a una paz por separado con Stalin (de la misma manera que descartó la súplica de Antonescu de que llegara a acuerdos con los aliados occidentales para permitir que continuara la guerra en el Este) y el Duce no lo volvió a mencionar. El Führer ahogó a un demacrado Mussolini en un «flujo interminable de palabras» en que las indirectas sobre una nueva arma secreta que haría que la victoria fuera segura se combinaron con exigencias de que se actuara con mayor brutalidad contra los partisanos en los Balcanes. El débil Ribbentrop pudo ver por dónde iban los tiros: la línea nazi era que no era posible ninguna declaración mientras ésta diera la impresión de ser una expresión de debilidad alemana.

En el castillo los agentes de prensa del Reich explicaban a los italianos por qué no había ninguna esperanza para sus propuestas. Una especie de «contra-Carta Atlántica» no haría más que extender la confusión por toda Europa; «la experiencia alemana en los territorios ocupados», continuaban, «demostraba que la única forma eficaz de administrar los territorios es la militar, sin contar con colaboradores ni ayudantes nativos». Los italianos, opinaban estos hombres, haciéndose eco de Hitler, «todavía tienen la

enfermedad de la política (*sono ammalati di politica*) porque con ellos el pensamiento siempre precede a los acontecimientos y a la acción mientras que en la guerra no es la teoría la que da a luz a la realidad, sino, al contrario, la realidad la que da a luz a las teorías». Cuando, después de los italianos, los estadistas rumanos, húngaros y franceses se presentaron en Klessheim, recibieron el mismo mensaje: no habría ninguna paz por separado con Rusia, ni ninguna declaración sobre Europa hasta que llegara el momento adecuado. Quisling hizo una visita y logró conseguir un compromiso público con «una vida libre e independiente para las naciones del continente europeo». Pero la atmósfera era tensa, ya que los alemanes (con toda la razón) detectaron derrotismo en sus visitantes. «Tienen razón», un diplomático italiano le confió con desánimo a su diario. «Toda Europa se rebela contra el intento hegemónico de Alemania, llevado a cabo con tal brutalidad.»[75]

La caída del fascismo

El 28 de julio de 1943, el Ministerio del Interior italiano en Roma recibió un informe de Nápoles sobre «el derrocamiento total de la política interior» provocado por la espectacular destitución de Mussolini por parte del rey un par de días antes:

> El golpe ha desorientado por completo a los fascistas… y ha supuesto un profundo impacto para ellos… Lo que ha causado la mayor impresión es que la prensa, de un día para otro, ha adoptado tonos contrarios a los de antes y que cada persona se cree ahora libre de expresar sus propias ideas y de hacer propaganda de los principios que desee, ya sean éstos socialistas, católicos, liberales, comunistas o anarquistas.[76]

La caída del Duce y la reafirmación de la libertad en Italia fue un acontecimiento realmente impactante. Era la primera vez que un régimen fascista se había derrumbado, y no sólo cualquier régimen, sino el que había lanzado la revolución fascista. La noticia preocupó a los nazis y encantó a sus antagonistas. «Desórdenes en Italia», observó un abogado belga en su diario el 28 de julio de 1943. «El Partido fascista se ha disuelto. Masivas manifestaciones antifascistas… El fatídico fin de las dictaduras».[77] Los alemanes sabían que sus aliados estaban buscando una forma de salir de la guerra y que estaban observándolos para ver cómo iban a reaccionar. En el Ministerio de Exteriores, los asesores de Ribbentrop en Europa defendían la restauración de la plena soberanía para Bélgica, Holanda y Noruega. No obstante, la opinión de Hitler no cambió: «nuestros vecinos son, todos ellos,

nuestros enemigos; debemos sacarles todo lo que podamos, pero no podemos y no debemos prometerles nada». Alemania seguía queriendo tener las manos completamente libres después de cualquier posible victoria, informó el embajador italiano en Berlín. Incluso Quisling comentó amargamente a los funcionarios alemanes en Oslo que Europa se estaba uniendo: contra los alemanes.[78]

De hecho, Hitler tenía su propia respuesta contundente para lo que estaba sucediendo en Italia. A comienzos de septiembre, cuando de repente se anunció el armisticio con los Aliados, ello cogió desprevenido a los soldados italianos que servían en los Balcanes, Francia y Rusia, pero no a los alemanes. Entrando en masa península abajo, sus fuerzas ocuparon la mayor parte del país que pudieron. En una clara pero poco imprevisible violación de las normas de la guerra, desarmaron a sus antiguos compañeros de armas y los enviaron a campos de internamiento y de trabajo deficientemente abastecidos, donde muchos de ellos enfermaron y murieron. Los pocos que se resistieron, especialmente en Cefalonia y Corfú, fueron fusilados. «Las Fuerzas Armadas italianas ya no existen», decía el breve y airado comunicado del alto mando alemán en una clara advertencia para otros aliados que pudieran estar tentados de seguirlos. Una unidad de planeadores de las SS rescató a Mussolini de su cautividad (hasta qué punto quería realmente ser rescatado es algo que nunca se sabrá), lo llevó a él y a su familia a Viena y lo instaló al frente de un gobierno títere que tenía su sede en el pequeño pueblo ribereño de Salò. Lejos de escapar de la guerra, gran parte de Italia (junto con zonas anteriormente administradas por Italia en Grecia y Yugoslavia) se vio atrapada por el puño de hierro de una nueva ocupación alemana.

El hecho de que el Duce viviera en una casa de campo con soldados y oficiales de enlace alemanes colocados junto a él, vigilando quién lo visitaba y controlando su acceso al mundo exterior, era simbólico de la debilidad de su nueva situación. La seguridad era estricta, había un cañón antiaéreo en el tejado, e incluso a su secretaria le resultaba difícil acceder a él. Sus «ministerios» estaban diseminados por los hoteles de la zona, y por los pueblos de todo el norte de Italia. Roma estaba en manos del ejército alemán, el cual no dejó que el Duce mantuviera allí nada más que una pequeña oficina de coordinación. Aunque sobre el papel la Italia que presidía se extendía hasta sus fronteras legales de entonces, en la práctica el noroeste había quedado bajo el control de nuevos *Gauleiters* que expulsaron a los funcionarios del estado italianos como preludio a la anexión. Esto, más aun que la presencia aliada en el sur del país, representó un enorme golpe para el prestigio de su

gobierno. A continuación se produjeron protestas, y el propio Mussolini comentó «que los alemanes se han arrepentido de formar un gobierno, sobre todo de formar uno presidido por mí mismo». El único aspecto positivo de la situación, desde el punto de vista italiano, fue que las relaciones entre los distintos organismos alemanes, el Ministerio de Exteriores, las SS, los diversos cuerpos de las Fuerzas Armadas (ninguno de los cuales coordinaban sus políticas con ninguno de los otros) y los reclutadores de mano de obra de Sauckel, se vieron inmersas en el embrollo de costumbre, lo que permitió al Gobierno de Salò ponerlos a los unos contra los otros.[79]

A lo largo del invierno de 1943-1944, sin embargo, se desarrolló rápidamente una lucha partisana que trajo consigo la perspectiva de una guerra civil y aumentó el deseo de los alemanes de administrar la región por sí mismos. Al mismo tiempo, la pérdida de territorios en el Este aumentó la importancia que el norte de Italia tenía para el Reich. En marzo de 1944, una oleada de huelgas se extendió por los centros industriales, y Hitler ordenó que el 20 por 100 de la mano de obra fuera deportada a Alemania. Sabiamente, se hizo caso omiso a esta orden por el miedo a que ello creara problemas a las fábricas e hiciera que el movimiento partisano creciera aún más rápido. Al final los alemanes deportaron a más de 1000 cabecillas, la mayoría de los cuales nunca regresaron, y de ese modo pusieron fin a la huelga. De forma totalmente independiente, los reclutadores de Sauckel también estaban peinando las ciudades. Aunque Hitler murmuró que se podría trasladar a 3 millones de italianos para que trabajaran en el Reich, y el propio Sauckel aspiraba a que fueran 1,5 millones, en realidad sólo logró conseguir 66 000 en 1944. Los recursos agrícolas de Italia estaban atrayendo también la atención de Alemania. «Las pérdidas de comestibles del Este deben compensarse con la explotación intensificada de este país», le dijo Herbert Backe, ministro de Alimentación en funciones, al intendente general del ejército. Se iba a hacer una batida en Italia, un país cuyas raciones estaban entre las más bajas de Europa, para proporcionar más provisiones al Reich.[80]

Mientras los partidarios de última hora del Duce se esforzaban por explicar los acontecimientos del verano, en torno al lago de Garda se arremolinaban tramas, conspiraciones y acusaciones. Con lo que quedaba del Partido Fascista sumido en el desorden y con ganas de venganza, el fascismo se volvió en contra de sí mismo, y se crearon tribunales especiales para purgar a los traidores. El propio yerno de Mussolini, el conde Ciano, antiguo ministro de Exteriores, fue juzgado y ejecutado por un tribunal especial, junto con otros cinco miembros del Gran Consejo que habían votado a favor de la

destitución del Duce. Mussolini no intervino. «Para mí, Ciano lleva ya muerto algún tiempo», dijo. Su hija Edda, la esposa de Ciano, envió amargas cartas a su padre y a Hitler, antes de huir a Suiza para publicar los diarios de su marido, pero los alemanes parecían aliviados de que se hubiera seguido adelante con las ejecuciones. «No puede haber ninguna duda», escribió a Mussolini un diplomático italiano desde Berlín, «de que los juicios de Verona han puesto de manifiesto aquí que la Italia republicana ha cortado su vínculo con el pasado, y que pretende estar cerca de Alemania siempre y en todos los sentidos».[81]

De hecho, la deserción italiana no había hecho más que aumentar la desconfianza fundamental que el Führer sentía hacia todos sus aliados. Los jefes de sus servicios de información le mantenían informado de los esfuerzos de éstos por escabullirse de la guerra, e interpretó acertadamente una creciente renuencia general a acceder a más deportaciones de judíos como un síntoma de su distanciamiento. Los finlandeses, sometidos ahora a intensos bombardeos aéreos soviéticos por primera vez, fueron los más avanzados en este sentido, enviado a delegados a Moscú para debatir las condiciones de un posible acuerdo de paz. Pero desde el punto de vista de Hitler, los peores infractores eran, con mucho, los húngaros. En marzo de 1944, Hitler convocó al regente húngaro, el almirante Horthy, para que acudiera a Klessheim. Allí lo reprendió por su traición y exigió tener las manos libres para ocupar el país para que no «se produzca un segundo caso Badoglio». A Hungría, que pretendía seguir los pasos de los italianos, le perjudicaba su posición geográfica en el corazón de Europa. No obstante, Horthy, de setenta y cinco años, no era el tipo de hombre que se dejara acobardar fácilmente, y hasta Hitler se sintió avergonzado y sorprendido cuando Horthy abandonó la reunión, furioso, después de que Hitler hubiera amenazado a la seguridad de su familia. Se hubo de tomar medidas de emergencia para detenerlo (un falso ataque aéreo, la cancelación de los trenes y el bloqueo de las líneas telefónicas) y, en el ínterin, Horthy finalmente accedió a permanecer en el cargo para supervisar una ocupación militar temporal y un cambio de gobierno.

De este modo, las tropas alemanas marcharon sobre Hungría, el segundo antiguo aliado que sería ocupado después de Italia, y que no sería el último. El fin principal de la ocupación era introducir un gobierno más favorable a Alemania, explotar los recursos económicos del país en provecho del cada vez más apurado Reich y apuntalar las defensas del país. Se reclutó a otros 40 000 alemanes húngaros para las Waffen-SS, gracias a un nuevo tratado

sobre el servicio militar, la penetración económica alemana se intensificó, y varios cientos de miles de judíos fueron deportados a Auschwitz a una velocidad asombrosa, gracias a la eficacia de la gendarmería húngara. No obstante, aun así el taimado Horthy logró continuar sus negociaciones con los Aliados y de hecho detuvo las deportaciones en julio, provocando la ira de los alemanes.[82]

En el verano de 1944, con una fuerza angloestadounidense avanzando desde su cabeza de puente en el oeste y los rusos penetrando rápidamente desde el este, los aliados de Alemania ya estaban disminuyendo. Entre el puñado de jefes de estado o de primeros ministros que enviaron telegramas al Führer después de que escapara con suerte a la conspiración con bomba del 20 de julio no estaban los rumanos ni los finlandeses, ni siquiera los croatas. El general Antonescu hizo su última visita dos semanas después a la Guarida del Lobo y fue derrocado poco después en un golpe prosoviético. Esto cogió completamente desprevenidos a los alemanes. El ejército rumano cambió de bando, poniendo en riesgo la posición de enormes cantidades de tropas de la Wehrmacht en Ucrania y contribuyendo de forma muy sustancial a la campaña bélica de los Aliados. En el otoño de 1944, Rumanía ya tenía más tropas combatiendo contra los alemanes que los franceses.

Ese mismo mes, la neutral Turquía rompió sus relaciones con Alemania, mientras que Finlandia eligió al mariscal Mannerheim como nuevo jefe de Estado para llegar a un acuerdo de paz con los rusos. En Eslovaquia el ejército se rebeló contra el Gobierno de Tiso con la esperanza de abrir los pasos de los Cárpatos al Ejército Rojo. Fracasó, a pesar de contar con el apoyo de un grupo heterogéneo de unidades de partisanos, pero se hubo de enviar allí a 40 000 soldados alemanes para que ocuparan el país y les costó varios meses recuperar el control: sus represalias costaron miles de vidas y enviaron a decenas de miles más a campos del Reich. En Dinamarca, que ya estaba sometida a la ley marcial desde la renuncia del Gobierno en verano de 1943, el clandestino Consejo de la Libertad estaba coordinando los actos de sabotaje con los Aliados y, tras los desembarcos de Normandía, lanzó una serie de huelgas y de protestas contra el terror alemán.

Hitler hablaba cada vez más como si Alemania estuviera sola. Sus telegramas a Mussolini y al emperador japonés en el cuarto aniversario del Pacto Tripartito hablaban de su «confianza inquebrantable en la victoria final sobre nuestros enemigos». Pero ya no sonaba sincero. Esa misma semana ordenó el «despliegue total de todos los alemanes» en el *Volkssturm*, una fuerza de defensa civil armada compuesta principalmente por muchachos y

hombres demasiado viejos o incapaces para el servicio en el ejército; «el fracaso de todos nuestros aliados europeos» había exigido su creación. Teniendo en cuenta el hecho de que los croatas, y Quisling, en Noruega, todavía eran leales, esto no fue demasiado diplomático. Pero el temor y la ira del Führer estaban aumentando. Cuando Horthy anunció en la radio húngara que había acordado un cese de hostilidades con el Ejército Rojo, que para entonces ya estaba aproximándose a las afueras de Budapest, Hitler secuestró a su hijo, obligando al regente a dimitir, e instaló un Gobierno de fascistas de la Cruz Flechada húngara en su lugar. Doblando la cantidad de divisiones alemanas enviadas al país, felicitó al nuevo primer ministro, el profundamente antisemita Ferenc Szálasi, por asegurarle que Hungría seguiría creyendo «en los ideales de una Europa nueva y justa».

El régimen de la Cruz Flechada de Szálasi fue, como la República de Salò de Mussolini, un ejemplo del giro radical hacia la izquierda que tuvo lugar dentro de los movimientos fascistas y nazis en toda Europa justo al final de la guerra: esto era, en efecto, nacionalsocialismo, y su hincapié en el racismo ayudó a definir ambos componentes. Szálasi tenía toda la intención de deshacerse de la vieja guardia aristocrática y de llevar a cabo una revolución nacional socialista en el interior. Pero los alemanes estaban menos interesados en los sueños ideológicos de Szálasi que en mantener el país funcionando sin problemas. Como entrada a Austria y al sur de Alemania, Hungría ocupaba una posición crucial y también era una fuente fundamental de petróleo, bauxita y manganeso. Su ejército de un millón de hombres podría ser utilizado contra los soviéticos, sus alemanes étnicos podrían ser obligados a unirse a las Waffen-SS, y los centenares de miles de judíos húngaros que aún seguían allí incluso podían ayudar a cubrir la ahora aguda escasez de mano de obra industrial del Reich. Batallones de trabajo de judíos húngaros estaban, por ejemplo, ocupándose de las Minas de Cobre de Bor en Serbia oriental. (Entre sus miembros estaba Miklos Radnoti, cuyos últimos poemas fueron hallados en el bolsillo delantero de su abrigo después de ser fusilado.)

De hecho, la resistencia a la toma del poder por parte de la Cruz Flechada fue asombrosamente escasa, mucho menor que la que habían previsto los alemanes. Parecía que la salida de Horthy no se lamentaba más que la del emperador Habsburgo Karl, que se había producido veinticinco años antes. Mientras bandas de jóvenes psicópatas de la Cruz Flechada creaban el último gueto de Europa en Budapest, divisas extranjeras, obras de arte y equipos industriales se trasladaban a Alemania. A estas alturas a Hungría apenas le quedaba ya libertad de movimientos. No obstante, Szálasi actuó como si no

hubiera comprendido esto. Planteó reiteradas exigencias para que le permitieran nombrar un plenipotenciario diplomático en Berlín (que fueron ignoradas) y se negó a permitir que se reanudaran las deportaciones de judíos a Alemania (aunque sus propios hombres de la Cruz Flechada estuvieran masacrando a grandes cantidades de ellos). Incluso con su propio títere, Hitler seguía sintiéndose frustrado.[83]

La sensación de aislamiento existencial y de abandono del Führer salió a la superficie en el largo discurso que redactó para el pueblo alemán en noviembre de 1944. Después de ocuparse de muchos de sus temas habituales, pasaba a hablar sobre la «traición tras traición» que habían sufrido los alemanes desde la ruptura del frente por parte de los rusos a finales de 1942. Hubo referencias halagadoras a Mussolini, Tiso, Szálasi y Pavelic, «líderes de las naciones jóvenes». Pero había otros, demasiados, que les habían fallado, tanto dentro como fuera del Reich. Todavía amenazaba a aquellos que discutieran su autoridad con la «aniquilación». «La época de los términos medios y de las reservas ha acabado para siempre.» En su larga proclamación del día de Año Nuevo a comienzos de 1945, fue aún más lejos. Italia, Finlandia, Hungría, Rumanía y Bulgaria habían capitulado debido a «la cobardía y la falta de resolución de sus líderes».

Obstinado hasta el final, el Führer también se burlaba de la inclinación de los Aliados por planificar el futuro de Europa en mitad de una guerra que no habían ganado todavía:

> el nombramiento teórico de nuevas comisiones, una detrás de otra, para tratar las cuestiones europeas después de la guerra, la fundación de sociedades para la regulación de los suministros de comida después del hundimiento alemán… la proclamación de acuerdos económicos, la creación de redes de tráfico y bases aéreas, así como la redacción y promulgación de leyes en ocasiones verdaderamente idiotas sobre el trato que se dará al *Volk* alemán. Siempre actuaron como si ya hubieran ganado la guerra, como si los mismos que han dado un lamentable ejemplo de cómo no gobernar a la gente ya pudieran contemplar tranquilamente todas las medidas que serán necesarias para aquellos que han de gobernar Europa.

No fue su discurso más afortunado, y resultaba difícil evitar comparar esto con su propio enfoque.[84]

12

La Solución Final: la cuestión judía

Decisiones

El 18 de noviembre de 1941 se anunció finalmente el nombramiento de Alfred Rosenberg como ministro de los Territorios Ocupados del Este. Los propagandistas alabaron sus logros personales, así como las perspectivas que se presentaban para el Nuevo Orden bajo la dirección de civiles en el «Este». Informando a los periodistas alemanes sobre los muchos desafíos que había por delante, el nuevo ministro declaró francamente que

> el territorio del este está llamado a resolver una cuestión que se plantea a los pueblos de Europa: la cuestión judía. En el Este siguen viviendo unos seis millones de judíos, y esta cuestión sólo puede resolverse mediante la erradicación biológica de todos los judíos de Europa. La cuestión judía sólo estará resuelta para Alemania cuando el último judío haya abandonado el territorio alemán, y para Europa cuando no quede un solo judío vivo en el continente europeo hasta los Urales. Ésa es la tarea que el destino nos ha planteado… Es necesario expulsarlos al otro lado de los Urales o erradicarlos de alguna otra manera.[1]

El tema no era nada nuevo para Rosenberg: este racista con inclinaciones místicas, y ferviente antibolchevique, había estado predicando la necesidad de una cruzada europea contra los judíos desde que abandonó su Estonia natal con destino a Alemania al final de la primera guerra mundial. «No se puede unir el fuego con el agua ni a los judíos con los arios», había escrito en 1918, haciendo un llamamiento a «todos los pueblos europeos» para que se unieran a los alemanes en su lucha contra los judíos. Un año después se había convertido en uno de los primeros miembros del Partido Nazi. Como jefe de su oficina de política exterior y director del periódico del Partido, había

convertido la amenaza de la influencia judía en el mundo en una de sus principales preocupaciones. Había sido un firme defensor de la idea de la «reserva» de Madagascar y era el fundador del Instituto para la Investigación sobre la cuestión judía (cuyos estudiosos saquearon las bibliotecas y los museos del continente en busca de artículos históricos y literarios judíos para llevárselos a Frankfurt). Aún en julio de 1944 seguía planificando obsesivamente la celebración de un Congreso Internacional Antijudío de carácter «científico», plagado de estrellas, que evitaría el peligro de una «tercera guerra mundial» haciendo que Gran Bretaña y Estados Unidos tomaran plena conciencia de la amenaza judía.**[2]**

Como indicaban sus comentarios, en 1941 los nazis ya veían que había al menos tres aspectos del «problema judío» relacionados entre sí: el alemán, el «oriental» y el europeo. Habían llegado al poder jurando librar a Alemania de sus judíos, y la emigración forzosa del Reich y de sus territorios recién conquistados siguieron siendo su estrategia preferida durante más de un año después del comienzo de la propia guerra. El plan de Madagascar de 1940 fue una versión revisada de esto y, de hecho, no fue hasta octubre de 1941 cuando Heydrich dejó inequívocamente claro, en un mensaje para el Ministerio de Exteriores (después de que España hubiera propuesto deportar a los judíos españoles que vivían en Francia al Marruecos español como alternativa a entregarlos a los alemanes), que el Reich estaba en realidad desalentando la emigración judía desde el continente europeo.

La invasión de la Unión Soviética fue el punto de inflexión. Dentro de los territorios recién ocupados, en los primeros días y semanas de la campaña se asesinó a judíos en cantidades que nunca antes se habían visto en ninguna otra guerra o *pogrom*. Desde julio y agosto, escuadrones de la muerte de las SS, auxiliados por ayudantes locales, llevaron a cabo sistemáticamente matanzas en muchas ciudades y pueblos. Las grandes zonas de masacres del Este también se veían como un posible destino para los judíos de Alemania. Cuando los rumanos y los húngaros empezaron a expulsar a decenas de miles de judíos de sus recién adquiridas provincias fronterizas a los antiguos territorios soviéticos, sólo estaban haciendo lo que los propios nazis planeaban hacer a una escala mucho mayor y más sistemática: la «evacuación al Este» tenía un sentido literal antes de convertirse en una frase que los alemanes usaban como tapadera.

En agosto el régimen ya estaba recibiendo presiones de sus propios *Gauleiters* para que se usaran los territorios orientales para que el Reich quedara «libre de judíos» tan rápido como fuera posible. Esto no sólo era una

cuestión de prestigio para ellos, sino que también planteaba una forma de aliviar la escasez de alojamientos creada por los bombardeos aliados. En una reunión convocada por Josef Goebbels (que no sólo era ministro de Propaganda sino también *Gauleiter* para Berlín), un orador tras otro se quejó de que no podían entender por qué, después de pasar por un infierno en el Frente Oriental, a su regreso se encontraban a los judíos disfrutando de tanta libertad en Alemania. Hitler inicialmente se resistió a la idea de deportar a los judíos alemanes mientras la guerra estuviera en marcha e incluso dudó en decretar la obligatoriedad de que llevaran la estrella amarilla, aunque esto ya llevaba casi dos años siendo obligatorio en el Gobierno General y el Warthegau. Pero cambió de opinión al enterarse de la noticia de que Stalin había reaccionado ante la profunda penetración alemana en Ucrania deportando a centenares de miles de alemanes del Volga. Muchas de las atrocidades nazis estuvieron motivadas por ideas de venganza, y Rosenberg propuso responder a la medida soviética deportando a «todos los judíos de Europa central» a los territorios del Este. Como las dificultades logísticas que esto habría planteado habrían sido inmensas mientras la ofensiva alemana estuviera en pleno desarrollo, Heydrich propuso empezar con las principales ciudades alemanas, y Hitler se mostró de acuerdo con ello.[3]

Sin embargo, la cuestión de adónde debían ir exactamente los judíos alemanes y qué les debía pasar no estaba nada clara. A la Wehrmacht ya le estaba resultando difícil mantener retenidos y alimentar a tres millones de prisioneros de guerra soviéticos y ya había rechazado los intentos rumanos y serbios de descargar a sus judíos en el territorio ocupado por los alemanes porque no sabía qué hacer con ellos. Sin embargo, esto no disuadió a la fecunda mente de Heydrich. Inicialmente contempló la posibilidad de usar los propios campos de prisioneros de guerra. Pero la formación de grandes, aunque ya masificados, guetos en lugares como Minsk, Riga y Łódź sugería otra respuesta, con menos complicaciones jurisdiccionales: sin duda estos podrían alojar a los recién llegados desde el Reich, sobre todo si se asesinaba a algunos de los habitantes que ya tenían estos guetos. Łódź, situado en las tierras anexionadas del Warthegau, era el lugar más próximo, y a mediados de septiembre, Himmler pidió al *Gauleiter* Arthur Greiser que preparase el gueto de allí para «aproximadamente 70 000 judíos», ya que Hitler quería que «el Antiguo Reich y el Protectorado queden vacíos y libres de judíos, progresando desde el oeste hasta el este». Al mes siguiente, unos 20 000 fueron trasladados desde Viena, Praga e importantes ciudades alemanas. En cuestión de meses muchos habían muerto por congelación o hambre, mientras

que desde enero de 1942 en adelante otros fueron gaseados en la cercana Chelmno.

Ese otoño Himmler también viajó más al este. Recorrió los estados bálticos, donde se estaban produciendo matanzas de judíos por toda la región, y visitó Bielorrusia, donde presenció un fusilamiento. En octubre viajó a Ucrania para reunirse con el HSSPF Friedrich Jeckeln, que había llevado a cabo las primeras ejecuciones masivas de gran envergadura en Kamenets-Podolsk algunas semanas antes. En las afueras de Kiev, en el barranco de Babi Yar, se había asesinado a decenas de miles de personas ametrallándolas unos días antes de su llegada y, de hecho, aún se estaban produciendo matanzas. Himmler habló con Jeckeln y después le envió al norte, al Báltico, tras decidir que los guetos de Riga y Minsk también debían recibir a judíos alemanes. La llegada de Jeckeln garantizaba que no vivirían demasiado tiempo.

En este momento, los campos de la muerte del Este seguían pareciéndose todavía más a un truculento teatro público que a un secreto cuidadosamente guardado, y muchos miles de militares alemanes, hombres y mujeres, presenciaron masacres en todas partes (si es que no participaron en ellas), desde el Báltico hasta el sur de Ucrania. De hecho, el jefe de la Gestapo, Heinrich Müller, envió un telegrama a los Einsatzgruppen a finales de agosto de 1941 donde les decía que «impidan la aglomeración de espectadores durante las ejecuciones en masa».[4] Algunos espectadores estaban horrorizados y apenas podían creer lo que estaba sucediendo. Un oficial, endurecido, como él decía, por el servicio en la primera guerra mundial y de nuevo en Polonia, afirmó enérgicamente que nunca había visto nada tan terrible.

Los administradores alemanes también estaban consternados por la entrada de los escuadrones de la muerte de Himmler en sus ciudades. No habían previsto nada parecido a aquello y les resultaba difícil disipar la atmósfera de terror, desconfianza y distanciamiento que ello había generado.

Por ejemplo, un intérprete alemán llegó a la ciudad de Borisov, en Bielorrusia, y se enteró por un ruso que trabajaba para el SD de la inminente matanza de los judíos de la ciudad por parte de una de las unidades de asesinos, que se llevaría a cabo tres días después:

> Cuando, estupefacto, le planteé que sería imposible despachar a 8000 personas a la Eternidad en el transcurso de una sola noche de una forma bastante ordenada, contestó que no era la primera vez que lo hacía y que podría terminar el trabajo con sus hombres; él ya no era un lego en esto.

A lo largo del propio día, bielorrusos que trabajaban para las SS llevaron a cabo las ejecuciones en bosques tan cercanos al pueblo que los disparos de los fusiles podían oírse fácilmente. Mientras tanto, «las mujeres y los niños lloraban y gritaban» y «los coches recorrían las calles y el gueto a toda velocidad y no dejaban de llevarse nuevas víctimas, todo esto ante la mirada de la población civil y del personal militar alemán que casualmente pasara por allí». De noche la matanza se extendió al gueto y a la propia ciudad, donde algunos judíos o bien se habían escondido o bien habían intentado escapar.

> Durante esa noche no era aconsejable ni siquiera para un miembro de la Wehrmacht aventurarse por las calles, para evitar el peligro de ser asesinado o cuando menos herido por los policías rusos, debido al nerviosismo generalizado. Aproximadamente a las diez de la noche, un incendio ardía furiosamente en la ciudad y se estaban llevando a cabo fusilamientos salvajes.

Al día siguiente continuó, y los coches volvían de los bosques trayendo la ropa de sus víctimas. Grupos aislados de judíos acobardados esperaban su ejecución. El intérprete concluía su informe apuntando «un rumor… de que las casas de los judíos, ahora libres, se prepararán para los judíos de Alemania, que a su vez será liquidados de la misma forma que los judíos de Borisov.[5]

Mientras el comandante del Grupo de Ejércitos Centro Fedor von Bock progresaba a través del barro hacia Moscú, sus oficiales del Estado Mayor se encaraban con él con noticias de la masacre de Borisov y le rogaban que hiciera que el Einsatzgruppe se retirara. Estaban furiosos, y algunos de ellos estaban profundamente alterados. Informes como el anterior habían sido transmitidos al Abwehr, cuyo líder, el almirante Wilhelm Canaris, ya había quedado perturbado por las ilegalidades cometidas por la Wehrmacht en Polonia y parece haber estado recopilando un expediente de atrocidades similares en la Unión Soviética. Pero Bock se negó a intervenir. No era ningún gran partidario de Hitler, y presentó un memorándum al Führer en el que criticaba «estos insólitos crímenes»; pero, como la mayoría de sus compañeros, los generales destacados en Rusia, no estaba dispuesto a usar el ejército contra las SS.[6]

Historias como ésta, que vinculaban las deportaciones con las matanzas sistemáticas, inevitablemente llegaban a Alemania, donde provocaban una inquietud pública cada vez mayor. Se añadían a unas reacciones muy poco claras ante la introducción de la estrella amarilla. En algunas ciudades se produjo una oposición rotunda. «La reaparición de la cuestión judía con la exigencia de llevar la Estrella de David se ha topado con una desaprobación casi universal por parte del pueblo de Berlín, y en algunos casos con

asombrosas manifestaciones de solidaridad con los judíos en público», informó un diplomático estadounidense a mediados de octubre. «Esta reacción se ha vuelto cada vez más obvia para todos los observadores.» Las redadas de ancianos judíos, cargados de paquetes y maletas, a los que se hacía marchar en largas filas a través de las calles de las afueras o a los que se introducía a la fuerza en las partes traseras de los camiones de la Gestapo, aumentaban la preocupación. Muchos alemanes, entre ellos incluso el comisario político para Bielorrusia, Wilhelm Kube, pensaban que los judíos alemanes eran una raza muy distinta a la de los «orientales» y se oponían en particular al asesinato de antiguos soldados.

Incluso algunos hombres de las SS reaccionaron de forma similar: un rabino polaco del campo de trabajo de Konin, en el Warthegau, en mayo de 1942, se quedó sorprendido cuando una limusina entró en el campo un día, y varios oficiales de las SS salieron de ella, «seguidos por un anciano serio y pomposamente vestido con unas gafas con montura de oro sobre la nariz. El chófer descargó seis maletas de cuero, cada una de las cuales llevaba una etiqueta con el nombre de su dueño. Después de que los oficiales de las SS le dieran la mano, se despidieron de él atentamente y se fueron». El recién llegado, que a los judíos polacos les pareció un visitante de otro planeta, era «un *ashkenazita* en el sentido pleno de la palabra», médico y antiguo militar de Berlín. Como muchos judíos alemanes, el doctor Hans Knopf siguió orgullosamente vinculado a su país: colgó sobre su cama un cuadro en el que estaba representado él mismo a caballo y de vez en cuando se ponía su uniforme de oficial, con las condecoraciones que el Kaiser le había otorgado y todo lo demás. Cuando se suicidó, poco antes de la liquidación del campo en 1943, quienes entraron en su habitación encontraron

> sobre el escritorio del médico, cubierto por un mantel blanco… innumerables fotografías familiares, cuidadosamente dispuestas… También había fotografías de su pasado militar, entre ellas algunas en diversos frentes de la guerra de 1914-1918. Eran un vivo testimonio de su gran y patriótico pasado militar… También había dispuestas cartas, así como medallas en su embalaje original, en orden cronológico. Y allí, en su cama, entre las sábanas blancas, yacía nuestro compañero el médico con un delicado pijama de seda, con sus menciones y sus medallas más importantes prendidas en su pecho derecho.[7]

Sin duda, el régimen nazi no era indiferente a la opinión popular, que seguía muy de cerca. Ese agosto, sin ir más lejos, había rebajado la campaña de eutanasia después de que los obispos católicos la hubieran criticado punzantemente. «Nuestros estratos intelectuales y sociales han redescubierto de repente sus sentimientos de humanidad para con los pobres judíos»,

escribió un asqueado Goebbels en su diario. «Los judíos no tienen más que enviar a una viejecita con la insignia de la Estrella de David cojeando Kurfürstendamm abajo, y el sencillo y honrado alemán ya está inclinado a olvidarse de todo que los judíos nos han infligido durante los últimos años y décadas.» Heydrich le había hablado a Goebbels, que era uno de los principales defensores de las medidas «radicales», a finales de septiembre, sobre los planes para deportar a los judíos alemanes, y Goebbels hizo todo lo que pudo para acelerarlos. El 16 de noviembre, en medio de las deportaciones, escribió un artículo implacable titulado «¡Los judíos son culpables!» («Die Juden sind Schuld») en el que explicaba en detalle que lo que había por delante no era nada menos que la «aniquilación»:

> Cuando desataron esta guerra, los judíos del mundo se equivocaron por completo al calcular las fuerzas que tenían a su disposición. Ahora están sufriendo un proceso gradual de aniquilación que habían pensado para nosotros y que habrían desatado contra nosotros sin vacilaciones si hubieran tenido el poder para hacerlo. Ahora están pereciendo a consecuencia de su propia ley. Ojo por ojo, y diente por diente. En esta disputa histórica todo judío es nuestro enemigo, tanto si vegeta en un gueto polaco, como si rebaña su existencia de parásito en Berlín o Hamburgo, o como si hace sonar las trompetas de guerra en Nueva York o Washington.

Los judíos alemanes eran, declaraba, tan responsables de la guerra como los judíos de Europa oriental o Estados Unidos. Cualquier cosa que soportaran, «se la tienen más que merecida». La publicación del artículo en *Das Reich*, seguida por una emisión radiofónica, pocas dudas podría dejar al público alemán acerca de que el régimen planeaba «acabar por fin con ellos». No obstante, la ofensiva propagandística de Goebbels era deliberadamente imprecisa. Pues la lección que él, Himmler y otros extrajeron después de echarse atrás respecto al programa de eutanasia era que se habían excitado innecesariamente los sentimientos populares, y el «alboroto inútil» había hecho que al régimen le resultara más difícil hacer lo que necesitaba hacer. La pericia del personal de gaseado, que en su mayoría estaba desempleado, estaba disponible para su uso contra los judíos; pero estos hombres serían destinados al Este bajo condiciones del más estricto secreto.[8]

Este período tuvo una importancia fundamental para la política judía del régimen. Las directivas que el Ministerio del Este había dictado a comienzos de septiembre habían hablado de medidas drásticas, de actos de represalia y de segregación en el contexto de una política que «se resolvería de forma exhaustiva en toda Europa *después de la guerra*» (las cursivas son mías). Pero el 15 de noviembre, Hinrich Lohse, comisario político del Reich para el Ostland, todavía seguía confundido sobre lo que se pretendía y preguntó si

había o no «una directiva para liquidar a todos los judíos del Este». Había impedido que el Einsatzkommando 2 matara a judíos en Libau, en Letonia, porque, como a muchos de los administradores civiles, le preocupaban las implicaciones que ello pudiera tener para la economía local. Rosenberg se reunió con Himmler para debatir esto. Fue después de su reunión, y de otra con el Führer que tuvo lugar a continuación, cuando Rosenberg, recientemente dado a conocer ante el mundo como ministro de los Territorios Ocupados del Este, ofreció la rueda de prensa con la que se inicia este capítulo. En el mismo momento en el que se le daba a conocer ante el mundo como nuevo señor del Este, el ideólogo nazi que había estado escribiendo obsesivamente sobre los judíos durante más de veinte años había capitulado ante algo que ni siquiera había imaginado: la insistencia de Hitler y Himmler en la matanza sistemática.**[9]**

Tras haber establecido su autoridad sobre la cuestión judía en la antigua Unión Soviética, Himmler pasó ahora a ocuparse del propio Reich. Ahora se trataba de algo muy distinto a apartar a alguien tan débil como Rosenberg. Allí había ministerios consolidados a los que habría que enfrentarse y en particular el Ministerio del Interior, que protegía celosamente su jurisdicción sobre las cuestiones relacionadas con la ciudadanía alemana. En una reunión muy prolongada que mantuvo con el secretario de Estado Stuckart, Himmler intentó hacer valer la primacía de las SS también en el Reich: como anotó brevemente en su libro de citas, «las cuestiones judías me pertenecen». No obstante, ya se habían enviado varios transportes de judíos alemanes a Kovno y éstos ya habían sido masacrados, cuando Himmler sufrió un grave bochorno. Parece probable que las noticias de los fusilamientos de Kovno hubieran llegado a Alemania y hubieran provocado una reacción lo bastante adversa como para preocupar a Himmler y a Hitler, ya que cuando se envió un transporte de judíos alemanes a Riga, Himmler dio órdenes a sus hombres de allí para que no se llevara a cabo «ninguna liquidación». Desgraciadamente, el mensaje le llegó demasiado tarde al criminalmente eficaz Jeckeln, su jefe de la policía y las SS, que había hecho que los deportados fueran llevados a pozos y fusilados en cuanto llegaron allí. (Las ropas de las víctimas, de las que se les despojó antes de que fueran asesinadas, fueron, como de costumbre, lavadas y devueltas a Alemania.) Temiendo que se pudiese cuestionar su competencia, Himmler sermoneó furiosamente a Jeckeln sobre la necesidad de seguir sus instrucciones al pie de la letra en el futuro. De hecho, los horrorizados funcionarios de alto rango en Berlín ya estaban dando a conocer sus preocupaciones. En el Ministerio del

Interior, el segundo de Stuckart para los asuntos judíos, Bernhard Lösener, autor del clásico comentario sobre las leyes raciales de Nuremberg, oyó informes de primera mano sobre las matanzas y quedó horrorizado. Se enfrentó a su jefe y pidió que se le permitiera dimitir. «¿No sabe que estas cosas suceden debido a órdenes procedentes de las más altas instancias?», le dijo Stuckart. Lösener finalmente abandonó; Stuckart, pragmático y ambicioso a pesar de compartir los recelos de su segundo, siguió adelante y acabó dirigiendo el Ministerio bajo las órdenes del propio Himmler.**[10]**

Cuando Stuckart y Lösener se reunieron, unos días antes de Navidad, ya habían cambiado muchas cosas. La segunda semana de diciembre fue una de las más dramáticas de toda la guerra. Pearl Harbor fue atacado el 7 de diciembre, y al día siguiente Gran Bretaña y Estados Unidos declararon la guerra a Japón, mientras Hitler dejaba por fin de intentar tomar Moscú y ordenaba la «transición a la defensa». Alemania declaró la guerra a Estados Unidos el día 11, y el 12 Hitler presidió una reunión decisiva en su apartamento privado. Hablando a sus *Gauleiters*, pasó revista al escenario internacional y nacional y trató de estimularlos para un año más de lucha. Prediciendo una intensificación de la guerra de submarinos en el Atlántico, abordó la cuestión de los recelos de los miembros de su público acerca del hecho de ser aliados de Japón. Los «intereses de la raza blanca», los sermoneó, debían ceder ante los intereses del pueblo alemán: Alemania estaba luchando por su vida, y la cuestión fundamental no era «una bonita teoría». Debían evitar los sentimentalismos y el exceso de teorización, ya que «en una lucha a vida o muerte todos los medios están justificados». Hitler les recordó que su tarea era garantizar que la moral siguiera siendo firme en casa, y prometió mejores viviendas una vez que se ganara la guerra. Y después llegó a «la cuestión judía». Según Goebbels, cuyo diario sigue siendo nuestra única fuente para su discurso,

> el Führer ha decidido hacer tabla rasa [*reinen Tisch zu machen*]. Ha profetizado a los judíos que, si iniciasen otra guerra mundial, ello supondría su aniquilación. No se trataba sólo de palabras [*Dass ist keine Phrase gewesen*]. La guerra mundial está aquí, así que la aniquilación de los judíos debe ser la consecuencia necesaria.**[11]**

No puede haber ninguna duda de que esto constituía el visto bueno para organizar la matanza sistemática más allá de los territorios de la URSS. Una política que ya se había acordado entre aquellos que estaban al mando ahora se comunicaba personalmente a los principales funcionarios del Partido. Sólo unos días después, Lohse recibió finalmente una respuesta a su pregunta de mediados de noviembre sobre la existencia de una directiva sobre liquidación.

«La aclaración de la cuestión judía ya se ha logrado a través de la deliberación verbal en la mayoría de los casos», le dijeron. «Las consideraciones económicas deberían seguir fundamentalmente sin tenerse en cuenta en la resolución del problema.»[12] Volviendo a Cracovia desde Berlín, Hans Frank presentó el panorama a sus funcionarios del Gobierno General:

> Hay que deshacerse de [los judíos]. He iniciado negociaciones para hacer que se los deporte al Este. Un gran debate sobre esta cuestión tendrá lugar en Berlín en enero… Comenzará una gran migración judía, en todo caso. Pero ¿qué se debería hacer con los judíos? ¿Creen ustedes que los intalará en el «Ostland» en aldeas de asentamiento [*Siedlungsdörfer*]? Esto es lo que nos dijeron en Berlín: ¿para qué tantas molestias? No podemos hacer nada con ellos ni en el Ostland ni en el «Reichskommissariat». Así que, liquídenlos ustedes mismos. Caballeros, debo pedirles que se libren de todo sentimiento de piedad. Debemos aniquilar a los judíos dondequiera que los encontremos y dondequiera que sea posible para mantener la estructura del Reich como un todo. Naturalmente, esto se logrará por medios distintos a los señalados por el jefe del Departamento, el doctor Hummel. Tampoco se puede hacer responsables de ello a los jueces de los Tribunales Especiales, por las limitaciones del marco del procedimiento legal. Unas perspectivas tan anticuadas no pueden aplicarse a acontecimientos tan colosales y únicos. Debemos encontrar, en todo caso, una vía que lleve al objetivo, y mis pensamientos están trabajando en esa dirección.
>
> Los judíos también representan para nosotros unos glotones extremadamente malignos. Ahora tenemos aproximadamente a 2,5 millones de ellos en el Gobierno General, y con los mestizos judíos, y todo lo eso conlleva, quizá 3,5 millones de judíos. No podemos fusilar o envenenar a esos 3,5 millones de judíos, pero, no obstante, tendremos que ser capaces de tomar medidas que lleven, de algún modo, a su aniquilación, y esto en conexión con las medidas colosales que se determinarán mediante debates desde el Reich.[13]

Los comentarios de Frank son reveladores. Indican que por primera vez Hitler había dejado claro que lo que había en juego era una política de exterminio activo, y no sólo en los territorios soviéticos ocupados. Los judíos del Gobierno General, cuya cantidad era diez veces superior a la de los judíos alemanes, o aún mayor, también tenían que ser asesinados. Pero ¿cómo, y dónde? La deportación a la URSS se descartó; no había ningún lugar donde pudieran ir los judíos polacos. Es evidente que en ese momento Frank no tenía la menor idea de cómo emprender una tarea tan imponente e inaudita.

Si la reunión con el Führer de mediados de diciembre marcó el momento en el que destacados funcionarios del Partido fueron admitidos en la nueva política, la conferencia de Wannsee, cuya fecha de celebración estaba prevista para diciembre y se cambió, fue cuando se introdujo a los funcionarios del estado para que iniciaran el trabajo serio de planificación y puesta en práctica de la política. Como de costumbre en el Tercer Reich, donde toda iniciativa política se consideraba, normalmente con amplia justificación, una forma de hacerse con parcelas de poder a expensas de otros, la inminente puesta en práctica de una aproximación radicalmente nueva a la cuestión judía hizo que muchos burócratas temieran que se produjera una nueva ampliación del poder

de las SS. El Ministerio del Interior quería conservar su capacidad de decisión sobre los límites legales de lo judío en Alemania; el Ministerio de Exteriores quería asegurarse de que no pasaran por encima de él en las negociaciones con los gobiernos extranjeros; el Ministerio del Este aún seguía intentando ganar espacio para su propia aproximación a la política racial en los territorios postsoviéticos, y el propio Frank, cuyo Gobierno General tenía la mayor población de judíos, aparte de los territorios del Este, no estaba de humor para permitir ningún margen de libertad a las SS. Contra todos ellos estaba Reinhard Heydrich, que esperaba que la «coordinación» de la cuestión judía abriera la vía para que se estableciera un control más firme de las SS sobre el estado alemán en general.

Todo el que se topaba con Heydrich se quedaba impresionado por su perseverancia y por su determinación de quedar por encima en cualquier encuentro. En Wannsee consiguió, en efecto, lo que quería, es decir, el reconocimiento general de que, como había dicho Himmler anteriormente, «la cuestión judía pertenecía a» las SS. Todos se mostraron de acuerdo en que a los dos hombres se les «confiara la gestión central oficial de la Solución Final de la cuestión judía sin tener en cuenta las fronteras». Para Heydrich en particular, hacerse cargo de este problema era, casi sin duda, un medio para lograr un fin. Las SS demostrarían, mediante su eficacia, cómo la administración alemana de la Europa ocupada en general podía racionalizarse y administrarse apropiadamente, dejándola más allá de los parloteos de los conflictos jurisdiccionales, que plagaban de problemas otras áreas de las políticas que se habían de aplicar. No obstante, Wannsee estuvo dominada por la cuestión de las deportaciones desde el Reich. La prioridad explícita era acelerarlas, en vista de «el problema de la vivienda y las necesidades sociales y políticas adicionales» en el Reich, Heydrich subrayó que no habría deportaciones «salvajes» de ningún tipo, como las que habían tenido lugar en 1939 desde Viena y en 1940 desde Alemania occidental, y Hitler tendría que dar «la aprobación adecuada de antemano». Los *Gauleiters* del Partido tendrían que aprender a esperar. Y quedaban todavía complejos problemas por resolver respecto a los matrimonios mixtos y sus hijos.[14]

Por consiguiente, aunque la reunión preparó el terreno para la extensión de las medidas antijudías de Alemania por todo el continente, de los 11 millones de judíos que se calcula que estaban implicados, fue la suerte que correrían los 131 800 del Antiguo Reich, así como los 43 700 de Austria y los 74 200 del Protectorado, la que se contempló de forma más inmediata. Como el número de muertos a manos de los Einsatzgruppen en los territorios

soviéticos ocupados ya estaba muy por encima de estas cantidades, asesinar a esta escala no planteaba ningún problema para las SS. La «selección» fue el motivo principal en la reunión. Según Heydrich, los ancianos judíos alemanes serían enviados a un gueto de ancianos. El antiguo campo Habsburgo de Theresienstadt, que estaba a cargo de Heydrich (ya que él también estaba a cargo del Protectorado), ya había recibido a sus primeros presos judíos; en el futuro, unos 50 000 serían apiñados en un área habitada anteriormente por menos de 10 000 personas, y muchos morirían allí o en Auschwitz. Al mismo tiempo, se usaría a los «judíos robustos» para «trabajos apropiados en el Este», la construcción de carreteras, «en el transcurso de cuya acción indudablemente una gran parte de ellos será eliminada por causas naturales»; aquellos que sobrevivieran tendrían que ser «tratados en consecuencia».

Esta combinación de selección, asesinato deliberado y «exterminio a través del trabajo» (como se lo llamaría con el tiempo) ya formaba parte de la política alemana en el Este, donde los judíos habían sido obligados a llevar a cabo trabajos forzados desde el comienzo. Pero pese a los llamamientos del representante de Frank para que se iniciara la Solución Final en el Gobierno General lo más rápidamente posible, Heydrich se limitó a comentar que el momento escogido para llevar a cabo las «acciones de evacuación» en otros lugares dependería de los progresos militares. Las SS no tenían todavía a su disposición ningún recurso para la creación de emplazamientos para llevar a cabo masacres de la envergadura suficiente como para hacer frente a los tipos de cantidades de las que se hablaba, y la diplomacia estaba en una fase muy preliminar con la mayoría de los países. Tampoco tenía ningún sentido que las matanzas tuvieran lugar antes de que acabara la guerra, para lo que en el Este se suponía que quedaban sólo unos meses.

De hecho, no fue hasta el transcurso de los seis meses siguientes cuando tomó forma la Solución Final tal como la entendemos hoy en día. No fue hasta entonces cuando las matanzas en la antigua URSS se fundieron con el desarrollo de un programa de exterminio sistemático en Polonia y con los comienzos de una política de deportaciones a Auschwitz desde todo el continente. Al inicio de este período, al fin y al cabo, el propio Himmler seguía persiguiendo dos metas aparentemente incompatibles: cumplir las órdenes de Hitler de matar a los judíos, por un lado, y por el otro, construir una fuerza de trabajo lo suficientemente grande como para llevar a cabo el programa de posguerra del Plan General del Este. El «exterminio a través del trabajo» de aquellos capaces de trabajar, y la matanza inmediata del resto, fue su forma de combinarlas. Auschwitz, situado justo dentro de las fronteras del

Reich alemán ampliado, en un cómodo punto de tránsito en el sistema ferroviario de la Alta Silesia, creció precisamente en este momento hasta convertirse en el campo de trabajo más importante en el sistema de las SS mientras en él se desarrollaban las instalaciones de gaseado que lo convirtieron en el destino principal de los judíos europeos entre mediados de 1942 y mediados de 1944.[15]

No fue en los alrededores de Auschwitz, sino dentro del Gobierno General y el Warthegau, donde pequeños campos de exterminio especializados, separados del programa de trabajos forzados, y administrados de forma totalmente independiente del sistema del campo de concentración, comenzaron a surgir en secreto durante el invierno de 1941-1942. Es posible que Frank no supiera cómo matar a todos los judíos de Polonia, pero algunos funcionarios nazis tenían sus propias ideas al respecto. Las SS, más incluso que la Wehrmacht y el propio Partido, eran una organización a la que le gustaba que sus hombres mostraran iniciativa. Así como el HSSPF Jeckeln había impulsado los asesinatos demostrando que se podía masacrar a judíos en cantidades anteriormente inimaginables en Kamenets-Podolsk en agosto de 1941, y otros habían hecho a los judíos objeto de represalias en masa en el contexto de la guerra antipartisana, ahora los oficiales de las SS en Polonia trajeron a los expertos en gaseado del personal del programa nazi de eutanasia Aktion T-4 para resolver sus propios problemas locales y regionales. En el proceso, demostraron el papel crucial que desempeñaron los funcionarios nazis de nivel medio a la hora de impulsar el genocidio. La Solución Final, que estaba surgiendo lentamente, en palabras de Ian Kershaw, «formó una unidad a partir de varios "programas" organizativamente independientes».[16]

En el Warthegau, la iniciativa estaba en manos de Arthur Greiser y de los jefes de seguridad de la provincia. A medida que el gueto de Łódź se llenaba de personas llegadas de otros lugares, éstos sentían la presión, ya que estaban empezando a caer en la cuenta de que la antigua idea de que podrían deportarlos más al este ya no era una posibilidad. Sin embargo, ellos también habían prometido lograr que su región quedara «libre de judíos», y estaban especialmente preocupados por mantener a Łódź, su centro industrial más importante, productivo y libre de enfermedades. Una idea era reunir a todos los judíos del Warthegau en un enorme campo de trabajo. Pero esto planteaba la cuestión de qué hacer con aquellos que fueran incapaces de trabajar. Ya el 16 de julio de 1941, el SD había advertido que habría hambre dentro del gueto en el invierno siguiente y propuso «si la solución más humanitaria no sería acabar con esos judíos no aptos para el trabajo por algún otro medio». (Este

funcionario también quería esterilizar a las mujeres «de forma que el problema judío quedara totalmente resuelto a efectos prácticos en esta generación».)[17]

En octubre de 1941, tuvieron lugar ejecuciones en masa en el bosque de Kazimierz, lo que hace pensar que las SS todavía estaban pensando en términos de acabar con los judíos en el Warthegau de la misma manera que en Rusia. No obstante, es posible que se usaran furgonetas de gaseado para asesinar a hombres, mujeres y niños judíos incluso antes: la información sobre ello es escasa. Sin duda ese tipo de vehículos se habían desplegado en la zona en el verano anterior para matar a pacientes polacos enfermos mentales y ancianos, probablemente con el fin de vaciar los hospitales para que los usara el ejército alemán. Algunos de los hombres implicados en esta unidad secreta, que operaban dentro del marco de la campaña de eutanasia, ampliaron sus operaciones a petición de las autoridades del Warthegau y crearon una base permanente para su trabajo.

El emplazamiento que escogieron fue una casa solariega abandonada rodeada por una valla y árboles, situada en las afueras del pueblo de Chelmno, aproximadamente a unos 56 kilómetros de Łódź. En diciembre este Sonderkommando empezó a matar a los judíos que vivían en la zona, y, desde enero, empezaron a trasladar a gente también desde la ciudad. Los transportes aumentaron después de la llegada de un nuevo jefe de la Gestapo, Otto Bradfisch, desde los campos de la muerte del Este, y más de 150 000 personas fueron finalmente asesinadas en total. A quienes llegaban allí se les decía que se les iba a enviar a Alemania para trabajar pero que necesitarían bañarse primero: se suponía que los camiones los llevarían a los baños públicos. Una vez que entre 50 y 70 personas hubieran subido dentro se cerraban las puertas y se bombeaba monóxido de carbono al interior. Después, el camión descargaba los cadáveres en el bosque cercano, y se fusilaba a todo aquel que siguiera vivo.

A pesar de la fuerte seguridad y el intenso secretismo, operaciones de esta envergadura no podían mantenerse totalmente en secreto. Poco después del comienzo de éstas, por ejemplo, un funcionario de silvicultura local alemán, Heinz May, conducía su vehículo acompañado de su hijo por una carretera que discurría entre Chelmno y Kolo cuando se vieron obligados a detenerse por un camión que se había salido de la carretera:

> Mi hijo salió de nuestro camión y caminó hasta un grupo de hombres con uniformes de la policía que iban y venían afanosamente en torno al vehículo. Pronto oiría cómo esos agentes reprendían a mi hijo; Yo también salí y caminé hasta allí… El camión que estaba en la cuneta tenía aproximadamente cuatro metros de largo y unos dos metros de alto. Su puerta trasera estaba

> cerrada con un cerrojo de hierro del que colgaba un candado. Un olor claramente desagradable salía del camión y de los hombres que estaban de pie alrededor de él.
>
> Cuando pregunté si la carretera se iba a despejar pronto, me dijeron descortésmente que apartarían un poco el camión a un lado y que yo debería intentar pasarlo. Mi hijo estuvo en Kolo unos días después. A su regreso, me dijo que agentes de la policía estaban reuniendo allí a grupos de judíos y que estaban llevándoselos en camiones. Yo… ya no tenía ninguna duda de que algo terrible estaba sucediendo en el bosque de Ladorudz, algo que al principio había sido incapaz de creer. Telefoneé inmediatamente al policía forestal Stagemeir y le pregunté qué estaba pasando en su distrito forestal. Contestó que el Distrito 77 había quedado completamente rodeado por la policía militar. Cuando durante sus rondas oficiales se había acercado a los centinelas, le dijeron que se diera la vuelta y abandonara el área inmediatamente, de lo contrario podía contar con que le fusilarían …
>
> Stagemeir me explicó que un gran destacamento de la policía militar estaba estacionado en Chelmno. El palacio que había en el lado occidental de Chelmno había quedado cercado por una elevada valla de madera… Pasé por allí cuando regresaba al bosque y confirmé que lo que Stagemeir había dicho… era verdad. Había hileras e hileras de camiones con lonas improvisadas en sus partes superiores en Chelmno. Mujeres, hombres e incluso niños habían sido introducidos apretujadamente en esos camiones… Durante el poco tiempo que pasé allí, vi cómo el primer camión llegaba hasta la valla de madera. Los centinelas abrieron las puertas. El camión desapareció en el patio del palacio e inmediatamente después otro camión cerrado salió del patio y se dirigió al bosque. Y entonces ambos centinelas cerraron las puertas. Ya no quedaba la menor duda de que cosas terribles, cosas que nunca antes se habían conocido en la historia humana, estaban teniendo lugar allí.[18]

Las SS de la provincia de Lublin, en Polonia oriental, trabajaban siguiendo líneas similares a las de las sus homólogos del Warthegau, pero a la larga fueron responsables de una cantidad de muertes casi diez veces mayor. Su comandante, Odilo Globocnik, era uno de esos hombres, numerosos en las filas nazis, que más que haber fracasado en la vida civil se habían apartado de ella buscando la aventura y el compromiso, con las cabezas llenas de fantasías de venganza nacional y aniquilación racial. Himmler había salvado su carrera en 1939 después de que hubiera sido destituido por corrupción de su cargo de *Gauleiter* de Viena y lo había llevado a Polonia para que dirigiera las SS de Lublin. «Globus» era, por consiguiente, un hombre que tenía algo que demostrar y que era absolutamente leal a Himmler, cuyo permiso pedía incluso a la hora de considerar la cuestión de con quién casarse. Pero era brusco y desagradable, fanático y violento con aquellos que lo encolerizaban y estaba comúnmente considerado como un matón incompetente. Su buen amigo Friedrich Rainer, también *Gauleiter*, y un administrador mucho más sereno y competente, comentó los «métodos personales agresivos» de Globocnik y la escasa atención que prestaba a las palabras que usaba. (Su mentor austríaco lo describió más maliciosamente diciendo que combinaba «la lozanía de una joven doncella con la agudeza de un campesino».)[19]

Acompañado por un círculo de otros carintios amatonados y de secretarias que lo adoraban, Globocnik se instaló en un elegante chalet modernista y

empezó a producir como salchichas ideas para llevar la guerra racial a la frontera polaca. Ya a finales de 1939, Frank había tenido que intervenir para bloquear su propuesta de convertir Lublin en una «reserva judía». Después reunió a miles de judíos (y también a gitanos deportados de Alemania) para construir enormes fortificaciones militares a lo largo de la frontera nazi-soviética. Para cuando se abandonó también la idea del «muro fronterizo», ya había creado una red de campos de trabajo centrada en un pueblo llamado Belzec: trampas mortales abarrotadas, custodiadas por alemanes étnicos con el dedo en el gatillo que habían sido «adiestrados» por sus hombres. Sádicos que se dedicaban al saqueo, su terror arbitrario tanto contra los judíos como contra los polacos provocó iracundas quejas por parte de Frank y de los administradores civiles, que intentaron varias veces que se le apartara de su cargo.

Pero Himmler valoraba al «Globus» por su iniciativa y su crueldad y posteriormente lo describió como «un hombre hecho, como ningún otro, para las tareas de colonización en el Este». En julio de 1941, lo puso a cargo de la planificación de un cordón de plazas fuertes policiales «en el nuevo *Ostraum*». A consecuencia de ello, Globocnik urdió planes delirantes para un sistema de seguridad colonial de «bases que se extendían hasta los Urales»; aquellos judíos que no fueran necesarios para construirlas serían asesinados «en el acto». Contando con la participación de planificadores y expertos raciales, veía Lublin como un laboratorio para el Plan General del Este, una plataforma de lanzamiento contra los eslavos. En su opinión, esto haría que se repitieran, esta vez con éxito, las guerras de nacionalidad que los nacionalistas alemanes a los que había admirado de niño habían librado contra los eslovenos en la frontera sur de Austria: Lublin se convertiría en el primer asentamiento completamente alemán en Polonia oriental y en un eslabón crucial en una «cadena de nuevos asentamientos» que se extendería desde el Báltico hasta Transilvania y que rodearía a los polacos, «ahogándolos económica y biológicamente de forma gradual».[20]

Pero primero había que librar la zona de judíos. Además de la muy pública construcción de nuevos grandes campos y fábricas donde se usaría la mano de obra esclava, Globocnik estaba entre la pequeña cantidad de dirigentes, entre los que figuraban Arthur Greiser, Wetzel del Ministerio del Este de Rosenberg, y otros, que habían estado debatiendo en secreto cómo explotar la habilidad para el gaseado que tenía el equipo especializado en eutanasia. En Riga estos debates llevaron al uso de furgonetas móviles de gaseado, posteriormente utilizadas en otros lugares de todos los territorios

orientales. En Minsk experimentaron con los gases de los tubos de escape (e intentaron volar a enfermos psiquiátricos, con resultados aún más horribles). Los hombres de Heydrich llevaron una furgoneta de gaseado al campo de Sachsenhausen y empujaron a su interior a cuarenta prisioneros de guerra soviéticos desnudos, después de lo cual el RSHA ordenó que se reconvirtieran treinta furgonetas más. Pero fue Lublin lo que marcó la evolución más letal de este enfoque. Bajo las órdenes directas de Himmler, y de forma bastante independiente de Eichmann y de sus expertos judíos, el propio Globocnik organizó la construcción de los nuevos campos de exterminio secretos en los que se debía asesinar a más de 1,2 millones de judíos polacos y seleccionó el personal que se ocuparía de ellos. El nombre en clave para toda la operación, que se le dio poco después del asesinato de Heydrich, en memoria suya, fue Operación Reinhard.[21]

La Operación Reinhard y la aceleración del genocidio

Entre las transmisiones descifradas de la radio alemana que la Oficina de Archivos Públicos de Londres recientemente ha desclasificado y hecho públicas, hay un breve mensaje secreto que se interceptó en ruta desde Lublin el 11 de enero de 1943. Contenía el informe quincenal del comandante de las SS Hermann Höfle, director de asuntos judíos del cuartel general de la Operación Reinhard de Globocnik, dirigido al comandante de regimiento de la SiPo/SD en el Gobierno General. En tan sólo tres líneas resumía lo que describía elípticamente como «llegadas registradas hasta el 31 de diciembre de 1942» como sigue: «L 12761, B0, S515; T10335 juntos 23611. Suma total… 31.12.42, L24733, B434508, S101370, T71355, juntos 1274166».

Una vez que comprendemos que las iniciales se refieren a los campos del distrito de Lublin (L por Lublin-Majdanek, B por Belzec, T por Treblinka y S por Sobibor), queda claro, como han demostrado los autores de un reciente comentario sobre el documento, que lo que tenemos aquí son estadísticas de primera mano del cuartel general de Globocnik sobre las cantidades de personas asesinadas hasta el final del año 1942 bajo la Operación Reinhard. De acuerdo con las cifras, un total de más de 1,2 millones de personas han «llegado» en transportes, casi todas ellas a los tres campos de exterminio. De éstas, no menos de 713 550 (evidentemente se ha descolgado un cero del total relevante del documento) habían sido asesinadas sólo en Treblinka. Majdanek era un campo de trabajo y de exterminio muy grande situado sólo a unos cuantos kilómetros del centro de la propia Lublin; a duras penas podía

mantenerse en secreto su existencia. Pero los otros tres eran campos muy pequeños (Belzec medía apenas 200 por 250 metros), situados en áreas escasamente pobladas con buenos accesos ferroviarios. Aparte de las dependencias de los guardias, sólo contenían las cámaras de gas disimuladas junto con un área de recepción, salas para desvestirse y rudimentarias dependencias para los trabajadores judíos que se deshacían de los cadáveres, enterrándolos en los grandes pozos o, posteriormente, quemándolos en piras. Se suponía que permanecían envueltos en el secreto. Pero no hay duda de que no eran ningún secreto para los lugareños que brevemente trabajaron en su construcción, y después hurgaron en los emplazamientos en busca de objetos valiosos. Los rumores se extendieron rápidamente también por las ciudades cercanas, y los pasajeros del ferrocarril Lviv-Lublin podían oler el campo de Belzec oculto tras los pinos y hablaban entre ellos abiertamente de que los cadáveres se estaban empezando a pudrir.[22]

Como las SS en el Warthegau, Globocnik y sus hombres habían empezado a usar métodos «orientales» sobre la población judía local; en otoño de 1941, los habían puesto en fila en viejas zanjas antitanques por centenares y los habían fusilado. Gracias a Himmler, que se quedó con él en septiembre, Globocnik estaba bien informado sobre los primeros experimentos con Zyklon B en Auschwitz que habían tenido lugar a principios de mes y también se mantenía en estrecho contacto con los expertos en gaseado del programa de eutanasia, hablando con ellos sobre el proyecto de crear un gran centro de asesinato mecanizado en el Gobierno General.[23] El 17 de octubre se reunió con Hans Frank y acordaron llevar a cabo «evacuaciones» de judíos desde Lublin a través del río Bug; pero como Rosenberg ya le había dejado claro a Frank que no se permitiría llevar a cabo deportaciones a través de la frontera, la «evacuación» no era, evidentemente, más que un eufemismo para el asesinato. Fue en la noche de ese mismo día cuando Hitler dijo a sus invitados que la única tarea que había que llevar a cabo en el Este era la germanización de la tierra, y que los nativos serían tratados como «indios piel roja». «En esta cuestión soy tan frío como el hielo», continuó. «Nosotros comemos maíz canadiense y no pensamos en los indios.»[24]

A comienzos de noviembre ya habían comenzado los trabajos para convertir el antiguo campo de trabajo de Belzec en un complejo para el gaseado. Himmler y Globocnik se mantuvieron en estrecho contacto a lo largo del invierno, y el 14 de marzo de 1942 los dos hombres cenaron juntos. Tres días después, los primeros transportes llegaban a Belzec (entre 40 y 60

vagones de mercancías que transportaban a judíos de Lublin). Pronto otros llegaron desde el distrito de Lviv y Cracovia. Casi 58 000 judíos fueron gaseados allí antes del fin del mes, y a esas alturas a los organizadores ya les resultaba obvio que habían encontrado un medio para el asesinato en masa que aliviaría la presión a la que estaban sometidos los pelotones de ejecución. Con nuevas aportaciones por parte de los expertos en eutanasia, se construyó un segundo campo de exterminio en Sobibor, al este de Lublin (que comenzó sus operaciones a finales de abril) y un tercero, en Treblinka, en las inmediaciones de Varsovia, a comienzos del verano. En las inmediaciones de los campos principales había campos temporales más pequeños, sórdidos, custodiados por pocos guardias y masificados, a cuyos presos «hambrientos, hediondos, gesticulantes, dementes» se les podía detener, y robar, antes de hacerles seguir su camino. Todos fueron provistos de personal con hombres nombrados por el equipo del programa de eutanasia del Reich y estuvieron custodiados por ucranianos que habían pasado por el campo de adiestramiento creado por Globocnik. Pero la organización era deficiente, y Globocnik, que no era ningún administrador, a menudo perdía el contacto con los hombres que dirigían realmente los campos. Cuando el brutal jefe del equipo especializado en eutanasia, un antiguo policía de carrera llamado Christian Wirth, de repente salió de Belzec para ir a Berlín para presentar un informe después de las primeras matanzas, Globocnik no tenía la menor idea de que se había ido.**[25]**

Una entrada del diario de Goebbels a finales de marzo produce la sensación de que se estaba tramando algo nuevo y horrible: Globocnik, escribió, estaba «evacuando» a los judíos del Gobierno General al Este, empezando por Lublin, mediante «métodos bastante bárbaros que no se han de describir aquí con mayor precisión; no queda mucho de los judíos». Estos métodos implicaban «procedimientos que no atraen demasiada atención». Según Goebbels, «el 60 por 100 de ellos deben ser liquidados, mientras que sólo se ha de poner a trabajar al 40 por 100». A Hitler se le reconocía el mérito de ser «el impertérrito paladín de una solución radical». Y lo que interesaba especialmente a Goebbels, como *Gauleiter* de Berlín, era que «los guetos que queden libres en las ciudades del Gobierno General se llenen de judíos evacuados del Reich; después, la operación se reanudará de cuando en cuando».**[26]**

Una sensación de entusiasmo y apremio recorría a los responsables de la matanza secreta, y se sentían sometidos a una presión constante para acelerarla y terminarla antes de que se filtraran noticias sobre ella. Globocnik

creía que «toda la acción judía debería llevarse a cabo lo más rápidamente posible para evitar el peligro de que un día nos veamos atrapados en medio de ella en el caso de que se presenten dificultades que nos obliguen a detener la acción». Victor Brack, una figura destacada en el programa, observó que el propio Himmler quería que «trabajen lo más rápido posible, aunque sólo sea por motivos de ocultación». El Reichsführer, sin embargo, no mostró ningún interés en la propuesta de Brack según la cual tenía más sentido esterilizar a los «entre 2 y 3 millones» de judíos de Europa capaces de trabajar en lugar de matarlos. Las preocupaciones sobre la creciente escasez de mano de obra en el Reich habían llevado a Himmler a relajar ligeramente su política de selección a comienzos de 1942, pero ello iba a contracorriente, sobre todo porque Himmler tenía la optimista opinión de que la guerra terminaría ese verano.[27]

Se calcula que a mediados de junio de 1942 ya habían sido asesinados 280 000 judíos polacos. La mayoría habían sido asesinados en Belzec, Chelmno y Sobibor, aunque algunos habían perecido en las nuevas cámaras de gas de Auschwitz-Birkenau. No obstante, para Himmler esto no era lo suficientemente rápido, ya que aún quedaban más de dos millones de judíos sólo en la antigua Polonia. Para empeorar las cosas, la escasez de mano de obra del Reich estaba provocando quejas en las que se afirmaba que la eliminación de los judíos estaba creando problemas económicos, mientras que a mediados de junio los preparativos para la nueva ofensiva de verano en el Este llevaron a una prohibición total de los transportes no militares, lo que desorganizó todo el calendario de deportaciones. La respuesta de Himmler fue ordenar que se construyeran nuevas y mayores cámaras de gas en Belzec. En julio manifestó su impaciencia con aquellos que intentaban retener a los trabajadores judíos en el Gobierno General por razones económicas, informando a los inspectores de municiones de que en adelante sólo se permitiría a las SS supervisar a los trabajadores judíos en sus propios campos; el resto tendrían que ser entregados.

El 16 de julio, después de reunirse con Hitler, contactó con el Ministerio de Transportes para instarles a que pusieran a su disposición más trenes para Sobibor. Puede que uno de los motivos de la reunión fuera el deseo de Globocnik de que le aseguraran, para su tranquilidad, que existía una orden formal que daba cobertura a las matanzas que ya habían tenido lugar. Tras contemplar un gaseado en Auschwitz, fue ahora cuando Himmler dio al superior de Globocnik, el HSSPF Friedrich Krüger, instrucciones explícitas para que a finales de año ya se hubiera completado «el reasentamiento de toda

la población judía del Gobierno General». Al final de este fatídico mes, el mismo mes en el que obtuvo la aprobación de Hitler para un proyecto preliminar del Plan General del Este, Himmler escribió a un ayudante que «los territorios orientales ocupados quedarán libres de judíos. El Führer me ha hecho responsable de llevar a cabo esta muy difícil orden».[28]Otros también entendieron esto. En el Gobierno General, Hans Frank, que ese agosto hacía grandes esfuerzos para cumplir con los cupos de suministro de cosechas para enviarlos el Reich, dijo a su gabinete que la «orden para la aniquilación total de los judíos», que le había facilitado las cosas en algunos sentidos (reduciendo la demanda de comida dentro del Gobierno General), aunque se las había complicado en otros (aumentando la escasez de mano de obra cualificada), procedía «de las más altas instancias» y no se podía discutir. Las letales consecuencias del triunfo burocrático de Himmler sobre Frank se hicieron evidentes ahora: por lo que respectaba a los judíos (y a diferencia de la situación que se había dado dos años antes), las consideraciones raciales tuvieron más peso ahora que las económicas. Frank había querido que destituyeran a Globocnik debido a sus roces constantes con la administración civil; pero Himmler había defendido a su joven y díscolo protegido para proteger la Solución Final.[29]

En el Gobierno General, donde su poder ya no se cuestionaba, Himmler excedió el plazo máximo que él mismo se había fijado sólo por un mes, más o menos. Pero en el verano de 1942, también se tomó la decisión de seguir adelante con las deportaciones desde toda Europa, convirtiendo lo que hasta entonces había sido un asunto interno alemán en una cuestión de diplomacia internacional. Francia y Eslovaquia ya se habían mostrado dispuestas a mandar a algunos de sus judíos a los alemanes, a trabajar como puede que creyeran durante un breve período, y ahora los alemanes aumentaron la presión.

A mediados de agosto, el bien informado embajador húngaro en Berlín, László Sztójay, informó de «un cambio radical de actitud aquí hacia la resolución de la cuestión judía… Aunque el Canciller, y en consecuencia el Partido Nacional Socialista, anteriormente tenían la opinión de que la solución del problema judío en países distintos a Alemania tendría que posponerse hasta después del final de la guerra, esto ya no sigue en pie y el Führer ha dado instrucciones categóricas al efecto de que la cuestión se solucione inmediatamente… Según informaciones absolutamente fiables, el Reichsleiter Himmler ha informado a una reunión de líderes de las SS de que

el Gobierno alemán desea completar estas deportaciones en el plazo de un año».[30]

Pronto las noticias viajaron aún más lejos, y en mayor detalle, exactamente como había temido Himmler. El *Gauleiter* de la Alta Silesia, Fritz Bracht, recorrió Auschwitz con él el 17 de julio. Estaba con Himmler cuando éste contempló la selección y la matanza de un transporte de judíos llegados desde Holanda, y esa noche organizó una fiesta para él. Una semana después, un empresario alemán llamado Eduard Schulte, cuyo segundo tenía buenos contactos con Bracht, viajó en tren a Suiza, llevando consigo una importante información que transmitió, a través de intermediarios, a Gerhart Riegner, del Congreso Mundial Judío. El famoso telegrama de Riegner, que fue enviado a principios de agosto desde Ginebra a destacados judíos estadounidenses, resumía el cambio que había tenido lugar en la política con una exactitud considerable:

> RECIBIDO INFORME ALARMANTE QUE AFIRMA QUE EN CUARTEL GENERAL DEL FÜHRER SE HA DEBATIDO Y SE ESTÁ CONTEMPLANDO UN PLAN SEGÚN EL CUAL TODOS LOS JUDÍOS DE PAÍSES OCUPADOS CONTROLADOS POR ALEMANIA UN TOTAL DE ENTRE TRES Y MEDIO Y CUATRO MILLONES DEBEN TRAS DEPORTACIÓN Y CONCENTRACIÓN EN EL ESTE SER EXTERMINADOS DE GOLPE PARA RESOLVER DE UNA VEZ POR TODAS CUESTIÓN JUDÍA EN EUROPA STOP SE INFORMA QUE ACCIÓN SE PLANEA PARA OTOÑO FORMAS DE EJECUCIÓN SE DEBATEN TODAVÍA STOP SE HA HABLADO DE ÁCIDO PRÚSICO …[31]

Cuando esta noticia fue recibida y evaluada por los políticos aliados, lo que culminó en su advertencia pública de diciembre de 1942 de que los crímenes de guerra nazis no quedarían impunes al final de la guerra, los arquitectos de la Solución Final tuvieron que tener en cuenta un nuevo factor. Dentro de la propia Alemania había inquietud, alimentada por las informaciones de la propaganda aliada y por los soldados que volvían del Este. La cancillería del Partido se sintió obligada a dictar directrices confidenciales sobre cómo responder a las acusaciones de que se estaban llevando a cabo «operaciones muy duras» contra los judíos en el Este. A los alemanes se les recordó por qué era deseable la «severidad implacable» en este tipo de medidas, se les dijo que se extenderían ahora por toda Europa y se les tranquilizó asegurándoles que los ancianos judíos y los veteranos condecorados serían reasentados por separado en Theresienstadt.[32]

Mientras el Führer empezaba el Año Nuevo de 1943 prediciendo una victoria inminente, la ofensiva alemana para hacerse con los campos de petróleo del

Cáucaso finalmente fracasaba, condenada a la derrota por la victoria soviética en Stalingrado y el cerco del VI Ejército alemán. Fue en este momento cuando Himmler encargó a su principal estadístico, Richard Korherr, que reuniera los datos disponibles sobre la «Solución Final de la Cuestión Judía en Europa»; en abril se completó finalmente un borrador definitivo del informe resultante. Himmler lo declaró «excelente», aunque, con su típica puntillosidad, ordenó que la frase «el manejo especial de los judíos» fuera sustituida por el «transporte de los judíos de las provincias orientales al este ruso», y pidió que se hiciera un resumen para el propio Hitler.

Korherr, un nacionalista tímido pero obstinado, estaba orgulloso de su pericia como estadístico y de su objetividad; era uno de los muchos expertos técnicos de este tipo de cuyas habilidades dependía la Solución Final, y, en respuesta a la petición de Himmler, se pasó dos semanas estudiando minuciosamente documentos en la oficina de Eichmann.[33] Finalmente calculó que la población judía de los territorios destinados a formar parte del *Lebensraum* alemán (la propia Alemania, Austria, los Sudetes, el Protectorado y la antigua Polonia), había caído de 3,1 millones en marzo de 1939 a 606 103 a finales de 1942. Toda la zona iba camino de convertirse en *judenrein* a buen ritmo. Examinando cada territorio desde la época en la que había comenzado el dominio nazi, y preguntándose hasta qué punto el descenso en el número de judíos se debía a la «evacuación» (es decir, la deportación y el asesinato), Korherr llegó a algunas conclusiones importantes.

En la propia Alemania, donde la caída era mayor, lo cual no era de extrañar, ya que los nazis llevaban en el poder desde 1933, habían emigrado muchos más judíos que los que habían sido deportados. Lo mismo sucedía en Austria, lo cual daba fe, quizá, de la cruel eficacia de la oficina de Eichmann para la emigración judía, y en los territorios polacos anexionados, adonde muchos judíos habían ido huyendo del dominio alemán. Pero en las tierras checas y en el Gobierno General el enorme descenso de la población judía global (a finales de 1942 Korherr calculaba que sólo quedaban 15 550 judíos vivos en el Protectorado; sólo 297 914 en el Gobierno General, comparados con más de 2 millones a comienzos de la guerra), era, abrumadoramente, consecuencia de la «evacuación» a los campos de exterminio durante el año 1942. Las nuevas deportaciones que se llevaron a cabo en los primeros tres meses de 1943 dieron cuenta de más de 113 000 más. La población judía de la propia Alemania estaba, en sus propias palabras, «tocando a su fin».

Descenso de la población judía en Europa central

País: ***Período temporal***	***Emigración***	***«Evacuación»***	***Disminución total***	***Resto***
Antiguo Reich y Sudetes (desde 01/1933 a 09/1938)	382 (71%)	100 (19%)	540	51
Austria (desde 03/1938)	149 (70%)	48 (23%)	212	8
PBM (desde 03/1939)	26 (25%)	70 (69%)	102	16
Territorio oriental anexionado (desde 09/1939)	335 (60%)	222 (40%)	557	233
Gobierno General (desde 09/1939 a 06/1940)	428 (25%)	1.274 (75%)	1.702	298

Notas: PBM = Protectorado de Bohemia y Moravia. Números redondeados al 000 más próximo. Disminución total = emigración + «evacuación» + «disminución de otros tipos» (principalmente debido a lo que Korherr denominaba «exceso de mortalidad»). Esta última categoría se ha omitido. Los porcentajes indican la proporción del descenso total de la población judía (incluyendo las muertes naturales y los suicidios).[34]

Lo que destaca en esta fase es el papel decisivo que desempeñaron los campos de Reinhard, donde ya habían sido asesinados más de 1,2 millones, mucho más de la mitad de todas las víctimas judías hasta ese momento. Korherr también calculaba que se había asesinado a 633 300 judíos en los territorios soviéticos ocupados. (En realidad, en este aspecto infravaloraba, sin duda, el número de muertos que hubo después de Barbarroja.) Aunque calculaba que unos 308 159 judíos seguían aún «en libertad» (la mayoría en la antigua Polonia y la URSS), la mayoría de los que quedaban vivos en todo el *Lebensraum* alemán estaban concentrados en guetos (297 914), campos de trabajo especiales (185 776) y campos de concentración (9127): eran, fundamentalmente, aquellos que habían sobrevivido a las selecciones constantes y que ahora se enfrentaban al «exterminio a través del trabajo». Se podría haber esperado que Himmler estuviera satisfecho, ya que una matanza organizada de civiles de esta envergadura en un período tan breve no tenía ningún parangón histórico. En realidad, su reacción al leer el informe de Korherr fue instar a sus hombres a que siguieran adelante. «Lo que tiene una importancia fundamental para mí en este momento», escribió el 9 de abril de 1943, «es que se trasladen tantos judíos al Este como sea humanamente posible».[35]

Pero los campos de la muerte habían cumplido con su cometido, y los síntomas de resistencia estaban aumentando. Cuando los alemanes intentaron despejar los guetos de Varsovia y Bialystok, se toparon con una oposición

armada; en Vilna, muchos judíos escaparon del gueto para unirse a los partisanos. Cientos de miles de judíos polacos y bielorrusos habían sido asesinados en Treblinka, pero después de mayo sólo llegaron transportes ocasionales. De otro lado, los trabajadores judíos a los que se hizo exhumar cadáveres y para luego quemarlos sistemáticamente pronto supieron que esto significaba que serían los siguientes en ser fusilados. En agosto hubo una fuga; los prisioneros se precipitaron sobre las puertas principales, y, aunque la mayoría de los implicados fueron abatidos por los disparos de los guardias, varios centenares lograron huir, y algunos escaparon al posterior operativo de captura. Los de Sobibor siguieron su ejemplo dos meses después, cogiendo completamente desprevenidos a sus guardias y matando a doce de ellos; varios centenares de prisioneros más escaparon.

A estas alturas, Himmler decidió poner fin a Reinhard. Los guetos restantes fueron liquidados en la macabramente denominada Operación «Fiesta de la Cosecha» y los campos de exterminio fueron cerrados. Aparte de los trabajadores de Auschwitz y del gueto de Łódź, ya quedaban pocas concentraciones importantes de judíos. En cuanto a Globocnik, fue trasladado al sur, a la costa Adriática, regresando a su lugar de nacimiento, Trieste, donde asombró a los habitantes de la ciudad pronunciando un discurso en italiano y esloveno en el cumpleaños de Hitler en abril de 1944. Había perdido gran parte de su poder, pero conservaba intacto su instinto. Llevándose con él a sus escuadrones de la muerte, creó un campo para judíos en un molino de arroz en desuso que había en la ciudad, el único con cámara de gas que hubo en territorio italiano, y reunió allí a los judíos y los partisanos antes de enviarlos al norte, a Auschwitz. Su trabajo estaba fundamentalmente hecho.

La cuestión judía en Europa

El régimen pensó a escala continental desde el principio, y a finales de 1941, como muy tarde, su aproximación a la cuestión judía ya abarcaba también la totalidad de Europa. Korherr observó que, mientras que en 1880 Europa daba cuenta del 85 por 100 de los judíos del mundo, esta cantidad ya había caído al 60 por 100 en 1937 y seguiría cayendo aún más, según predijo, hasta que, en 1943, «Europa ya no representaría más del 1/3 de la población judía del mundo». No obstante, sus informes también resaltaban que la atención del régimen se centraba en «limpiar» las tierras de la futura Gran Alemania y su extensión a la antigua URSS. Según Korherr, a finales de 1942 sólo el 8,5 por

100 de los «evacuados» habían venido de otros países europeos, fundamentalmente de Eslovaquia (56 691), Francia (41 911), Países Bajos (38 571) y Bélgica (16 866). Era una parte relativamente pequeña de la población judía total de Europa occidental, central y del sur, y aparte del caso de Eslovaquia no era en ningún caso una mayoría de los judíos ni siquiera en los países implicados. Alrededor de 175 000 judíos habían sido deportados a Auschwitz en 1942, una cantidad enorme, pero que debería compararse con los 1,2 millones de judíos fundamentalmente polacos que ya habían perecido en los campos de exterminio del Gobierno General. Si 1942 fue el año en que los alemanes aniquilaron a la comunidad judía más grande de Europa (la polaca), no fue hasta entre abril y junio de ese año cuando los oficiales nazis dirigieron seriamente su atención al resto de Europa. Sin embargo, esta parte de la batalla resultó más difícil de llevar adelante de lo que esperaban.[36]

En su intensificado antisemitismo, la Alemania nazi no estaba sola, ni mucho menos. A lo largo de la década de 1930, a medida que Europa viraba hacia la derecha, muchos países habían dado la espalda al liberalismo emancipatorio del siglo XIX y habían introducido sus propias legislaciones antisemitas, concebidas para poner coto a los derechos judíos y a menudo también para obligar a los judíos a emigrar. En Europa oriental, en particular, la formación de estados nacionales había avivado el fuego del antisemitismo creando una idea de competición, por los puestos de las universidades, el control de las empresas y las oportunidades profesionales, entre los judíos y los no judíos. A continuación, vinieron los cupos, los boicots y los planes de emigración, y la violencia contra los judíos se hizo más habitual. Desde 1938, las leyes antijudías se hicieron más estrictas en Rumanía y se introdujeron en Hungría e Italia. También se introdujeron en Eslovaquia una vez que ésta obtuvo la independencia en 1939; los alemanes nombraron asesor especial para los asuntos judíos a uno de los ayudantes austríacos de Eichmann, Dieter Wisliceny. Incluso en Bulgaria, una manifestación antisemita desembocó en la promulgación de leyes para expulsar a los judíos nacidos en el extranjero.[37]

No obstante, el Tercer Reich fue único por dos razones. En primer lugar, era la potencia en alza en Europa, que convirtió la cuestión judía en una prueba de solidaridad y compromiso internacional. Además, era un país en el que la opinión de los líderes políticos sobre «la cuestión judía» estaba muy a la derecha de la de la opinión pública mayoritaria. Incluso dentro del Gobierno, sólo Goebbels superaba a Hitler en la violencia de su sentir sobre el

tema. Esto no podría decirse de Pétain, Mussolini, Tiso o Horthy, todos los cuales propugnaban lo que se podría denominar opiniones antisemitas tradicionalmente conservadoras, las cuales los enfrentaban a los partidarios de la línea dura racista de sus propios países. Por consiguiente, no es de extrañar que Heydrich iniciase sus masacres en las zonas en las que no había ninguna autoridad política que pudiera ponerle obstáculos y donde las SS gozaban de la mayor influencia: los territorios orientales ocupados. Sólo entonces, y armadas con el prestigio obtenido allí, fueron las SS capaces de extender la política de exterminio al Gobierno General y al propio Reich. Y si impedir a sus propios colegas, del Ministerio del Interior, por ejemplo, que plantearan interminables cuestiones jurisdiccionales y relacionadas con las definiciones ya era lo bastante difícil, cuán más difíciles eran los retos que planteaban los tratos con los gobiernos extranjeros y con las administraciones que colaboraban. Desde el momento en que el hombre del Ministerio de Exteriores en Wannsee recordó a Heydrich la necesidad de consultar a los diplomáticos en los tratos con el extranjero sobre la cuestión judía, la Solución Final entró en una fase distinta, pasando del área del *Lebensraum* alemán y la propia Gran Alemania a los países que estaban más allá de sus fronteras.

Las tortuosas negociaciones sobre la cuestión de los judíos extranjeros que aún se hallaban dentro de Alemania proporcionaron tempranas advertencias de las dificultades que habría por delante. A finales de 1941, mientras se embarcaba en las primeras deportaciones sistemáticas de judíos alemanes, el régimen hizo que el Ministerio de Exteriores se dirigiera a los gobiernos favorables para ver si objetaban a que se incluyera en ellas a sus propios nacionales. En noviembre los búlgaros propusieron la adopción de una política común hacia los judíos «entre todos los países europeos»; a Luther, el funcionario responsable del Ministerio de Exteriores, le gustó la idea y propuso hacer que todos los países introdujeran la legislación antijudía alemana, despojando en la práctica de su nacionalidad a los judíos extranjeros. Si, proponía él, los países del Pacto Anti-Comintern llevaban esto adelante, ello presionaría a países como Hungría, donde, «debido a la influencia de los judíos y de la opinión católica», preveía reticencias. No obstante, sus propios colegas del Departamento Legal no estaban tan seguros: otros estados, ¿no se resistirían a la introducción de esa legislación, «teóricamente posible pero *inusual* en la costumbre internacional», por considerarla una violación de su soberanía nacional? Ésta era precisamente la clase de argumento legalista que enfurecía a Heydrich y Himmler; pero en

realidad identificó lo que se convertiría en uno de los principales obstáculos para la extensión de la Solución Final: la renuencia de la mayoría de los aliados más importantes de Alemania a hacer cualquier cosa que se pudiera interpretar como una disminución de su propia soberanía.[38]

En un principio, varios países parecieron dispuestos e incluso deseosos de cooperar con el Reich. En la Conferencia de Wannsee, Croacia, Rumanía, Eslovaquia y Francia habían quedado singularizados como países que no era probable que resultaran problemáticos. Todos estos países habían introducido leyes antijudías siguiendo el modelo alemán, y en Francia, donde la opinión pública había culpado cada vez más a los judíos por las escaseces de comida y las penalidades de la época de guerra, el régimen había introducido medidas antijudías como parte de su propia revolución nacional, sin ninguna incitación por parte de los alemanes. Vichy, preocupado por los planes alemanes de usar la zona no ocupada como un vertedero de judíos, no dijo nada cuando los alemanes deportaron un tren cargado de judíos a Auschwitz en marzo de 1942, presuntamente en represalia por ataques perpetrados por la resistencia. Mientras tanto, los rumanos y los croatas estaban ocupados masacrando a judíos sin necesidad de que nadie les dijera que lo hicieran. Ambos parecían receptivos a la idea de deportar a campos alemanes al resto de los judíos. En cuanto a Eslovaquia, fue el origen de los primeros transportes importantes. El gobierno extremadamente antisemita de monseñor Josef Tiso respondió «con entusiasmo» en febrero de 1942 cuando Himmler pidió que le enviaran a 20 000 judíos jóvenes y robustos. El Gobierno eslovaco, que llevaba algún tiempo deseando hacer regresar a 120 000 trabajadores eslovacos del Reich, creía que ofrecer a judíos podría ser una forma de negociar su regreso. Para Himmler esto fue una bendición del cielo: su plan para ampliar la población de mano de obra esclava que tenía bajo su control en Auschwitz para los grandes «proyectos de construcción del período de paz» se había visto complicado por los retrasos en la organización de los transportes desde Alemania. El entusiasmo eslovaco hacía pensar en una alternativa.

Algunos judíos eslovacos fueron de hecho enviados al campo de Auschwitz, que se expandía rápidamente, pensando que formaban parte del antiguo programa de trabajos forzados. «Siguieron creyendo ingenuamente, incluso durante el transporte, que iban a trabajar en alguna fábrica dentro del Reich, como se les había dicho», recordó una superviviente del segundo transporte de mujeres, Margita Schwalbova. En cambio, la llegada produjo una «una increíble humillación y conmoción» cuando se los desnudó, se los afeitó, se los vistió con viejos uniformes rusos y se los puso a trabajar

demoliendo casas, desaguando lagunas y construyendo carreteras hasta «morir de agotamiento», por palizas, por gas o por inyecciones de fenol tras la visita de los médicos de las SS. En Auschwitz las noticias de que el Gobierno eslovaco también quería librarse de las familias de los primeros deportados (otras 50 000 personas, por lo menos), llevaron a la construcción de dos nuevas salas de gaseado en Birkenau esa primavera. La primera selección y gaseado de 638 judíos eslovacos tuvo lugar el 4 de julio.

Pero Auschwitz no fue el único destino de los eslovacos. Entre finales de marzo y mediados de junio, otros 38 trenes, que transportaban aproximadamente a 40 000 personas, entre ellas familias enteras, fueron enviados a la región de Lublin para ser entregados al personal de Einsatz Reinhard y quedar a su merced. Los funcionarios alemanes locales no daban abasto con esas cantidades, y mientras los transportes que llegaban a Lublin eran sometidos a selección, otros eran descargados en guetos temporales o dispersados en los pueblos de los alrededores. Alojándose a menudo en las casas de los judíos que ya habían sido deportados, se les dejaba para que se las arreglaran solos durante días y semanas, sin comida, o se les ponía a trabajar en el campo o en los campos de trabajos forzados locales. Fue uno de estos campos de retención temporal, en Izbica, situado a medio camino entre Lublin y Belzec, que el intrépido emisario de la resistencia polaca, Jan Karski, visitó disfrazado de guardia ucraniano.[39]

Ese verano los planes de Himmler sufrieron un duro golpe con el asesinato de su segundo, Heydrich, en Praga. Himmler respondió presionando a Eichmann para que acelerara la Solución Final en toda Europa. El propio Himmler había tomado el control temporalmente como jefe de la RSHA y evidentemente quería demostrar que no se reduciría el ritmo. En su visita a Auschwitz del 17 de julio, le dijo al comandante, Höss, que el campo se convertiría en el destino de los judíos de Europa. «El programa de Eichmann continuará», le dijo, «y se acelerará cada mes de ahora en adelante. Ocúpese de hacer progresos para que se complete Birkenau. Los gitanos han de ser exterminados. Con la misma implacabilidad exterminará usted a aquellos judíos que sean incapaces de trabajar».[40]

El eficiente Eichmann hizo todo lo posible por obedecer. En junio fraguó el acuerdo del Ministerio de Exteriores para el transporte de 40 000 judíos desde Francia y los Países Bajos, así como de 10 000 de Bélgica «al campo de Auschwitz para prestar servicio como mano de obra»: los trenes habían de empezar a rodar a mediados de julio. No obstante, a medida que se extendían las noticias y los rumores sobre los campos de exterminio, y a medida que

quedaba claro que la ofensiva alemana de 1942 no había conseguido destruir a los rusos, se empezó a hacer manifiesta la inquietud, las reservas e incluso una abierta oposición a la política alemana. El canal eslovaco fue el primero en cerrarse. Gracias al caos reinante en la región de Lublin, algunos deportados escaparon, e incluso uno o dos de ellos regresaron a Eslovaquia con cartas sacadas clandestinamente de los guetos. El conocimiento de las condiciones que había en torno a Auschwitz se empezó a extender. Cuando el Vaticano protestó, el gobierno respondió de forma desafiante. «Ninguna intervención extranjera nos detendrá en el camino a la liberación de Eslovaquia de los judíos», insistió el presidente Tiso. «¿Es cristiano lo que les sucede a los judíos, es humano?», preguntó en el transcurso de un discurso que pronunció ese agosto. «Habría sido mucho peor si no nos hubiéramos deshecho de ellos a tiempo. Y lo hicimos de acuerdo con la orden de Dios: “Eslovacos, arrojadlos lejos de vosotros, libraos de vuestra plaga”.» Pero en realidad lo estaba teniendo en cuenta, y el tiempo pasado de su discurso era significativo. La presión de la iglesia y la ira popular tuvieron como consecuencia que se eximiera quizá a 20 000 judíos, lo que puso fin en la práctica a las deportaciones desde allí. «La evacuación de judíos desde Eslovaquia ha llegado a un punto muerto», informó el ministro alemán en junio. A pesar de las duras palabras que llegaron desde Berlín, solamente otros 4000 judíos abandonaron el país antes de que saliera el último tren a finales de septiembre.[41]

En Francia la nueva administración de Pierre Laval también tenía un dilema: ¿era mejor para la búsqueda de la soberanía obedecer los deseos alemanes o resistirse a ellos? En la primavera de 1943, el prestigio francés había quedado aparentemente reforzado al acceder a las deportaciones; a cambio de ello se pudo conservar la autoridad de la policía francesa. Pero cuando Laval fue informado de que los alemanes querían deportar a más judíos a Auschwitz «para que prestaran servicio como mano de obra», Vichy reaccionó con cautela, subrayando que consideraba a los nacionales franceses de forma muy distinta a los judíos extranjeros o apátridas: los alemanes se vieron obligados a aceptarlo, y las deportaciones del verano empezaron con estos últimos. Tuvo que seguirse la misma política en Bélgica y los Países Bajos.[42]

A medida que avanzó el verano, las cosas fueron de mal en peor desde el punto de vista de Eichmann. Un acuerdo con los rumanos en el que él había actuado como mediador, a espaldas del Ministerio de Exteriores, se deshizo cuando el comisario político rumano para los asuntos judíos fue

deliberadamente desairado en una visita al Ministerio. Los rumanos, como hemos visto, no tenían nada que envidiar a los alemanes en cuanto al fervor de su antisemitismo. Sin embargo, la diplomacia alemana en Rumanía, que estaba en manos de un arribista nazi absolutamente incompetente, era un desastre. Además, el Gobierno rumano, como los eslovacos, estaba tomando conciencia de muchos motivos por los que debían tratar las peticiones de los alemanes con cautela. En primer lugar, la importancia económica de los judíos en el país no se podía pasar por alto. En segundo lugar, las informaciones sobre lo que había estado sucediendo en las provincias fronterizas habían perturbado a muchos rumanos que se cuidaban mucho menos de expresar sus críticas que sus homólogos de Alemania. Incluso el Gobierno de Antonescu se sentía desilusionado: había implicado al ejército rumano en la campaña bélica alemana, pero no se había acercado más a su objetivo de recuperar el norte de Transilvania. No obstante, la rebeldía manifiesta tampoco sería de ayuda. Por consiguiente, ganó tiempo, aparentando ser favorable al punto de vista alemán, pero sin hacer nada.[43]

La sensación de frustración en Berlín era palpable. A finales de septiembre Ribbentrop ordenó al Ministerio de Exteriores que «acelerara lo máximo posible la evacuación de los judíos de los diversos países de Europa». Era más fácil en las áreas ocupadas que estaban bajo el control directo de los alemanes, sobre todo en aquellas que contaban con una administración pública bien gestionada. Los holandeses, que eran pioneros en el uso del registro de datos y de la tecnología de identificación, habían creado un registro central de judíos que impresionó incluso a la policía alemana. A mediados de octubre ya se había transportado a unos 45 000, con la ayuda de las autoridades holandesas; la población, según se informaba, no estaba causando «ningún problema en absoluto». La policía noruega se mostró igual de dócil. Pero todo esto no hizo más que conseguir que el Ministerio de Exteriores alemán quedara en peor lugar, ya que era precisamente en los países de los que estaban excluidos donde se seguía adelante con las deportaciones.[44] Los daneses, por ejemplo, dejaron claro que las peticiones alemanas para que se introdujeran medidas discriminatorias antijudías plantearían graves problemas constitucionales y obligarían al Gobierno a dimitir. Los alemanes, que no deseaban llevar las cosas a ese extremo, dado el enorme valor económico que tenía el país para el Reich y la relativamente pequeña población judía que tenía, decidieron adoptar una aproximación gradual en la que no se presionara para que se tomase la decisión. Pero eso se

debió quizá a que Dinamarca era un tema secundario: los húngaros y los italianos planteban un problema mucho mayor.[45]

Hungría tenía una población judía muy numerosa (en torno a 700 000 personas); Italia era el principal aliado del Reich en Europa. Ambos países se oponían de forma evidente a la política de deportar a los judíos al Este. En un principio, los húngaros no habían mostrado esos escrúpulos, obligando a miles de judíos de Galitzia y Eslovaquia a cruzar la frontera ex soviética en agosto de 1941 para que fueran fusilados. Los judíos húngaros habían sido excluidos del ejército y se les había colocado en batallones especiales de trabajo de primera línea (donde muchos murieron). Pero cuando el Ministerio de Exteriores dio instrucciones a los húngaros en 1942 para que introdujeran más leyes antijudías antes de enviarlos al Este, el primer ministro, Miklos Kallay, advirtió explícitamente a los alemanes de que esto era «un asunto interno húngaro». Éste era el quid de la cuestión para los húngaros, y no sólo para ellos. No era una cuestión, fundamentalmente, de antisemitas contra prosemitas (aunque esto a veces también era un factor en ello) sino, más bien, de la dinámica de una alianza de desiguales, en la que un lado intenta presionar para que se tome la decisión que desea y el otro se resiste para afirmar su propia libertad de movimientos. Para ambos, la cuestión judía se había convertido en una prueba de la naturaleza de su relación.

Esto condujo a una serie de duelos diplomáticos cada vez más exasperados y de mayor nivel. En diciembre de 1942, Budapest dijo a los alemanes que no introducirían la estrella amarilla ni accederían a la deportación de los judíos húngaros al Este. El mes siguiente, varias familias judías húngaras fueron repatriadas desde Bruselas y Amsterdam por su propia seguridad. Hungría, la aliada de Alemania, se estaba convirtiendo en realidad en un refugio judío a medida que el rumbo de la guerra se volvía contra el Reich, y Budapest buscó en vano una forma de escaparse. En enero de 1943, un exasperado funcionario del Ministerio de Exteriores alemán se mostró muy poco diplomático con el embajador húngaro, Sztójay, diciéndole que «el Führer está resuelto, en todas las circunstancias, a eliminar a todos los judíos de Europa durante la guerra» y que «nos llena de una preocupación muy grande que solamente un país del centro de Europa, amigo nuestro, albergue aproximadamente a un millón de judíos. No podríamos contemplar este peligro pasivamente a la larga».

El propio Hitler lanzó un violento ataque contra la política húngara cuando se reunió con el regente, Horthy, en abril de ese año. Por su parte, Horthy recordó al Führer que había muchos judíos bautizados en Hungría,

muchos de los cuales eran «personas estimables». Había hecho todo lo que había podido contra los judíos, pero «difícilmente se les podría asesinar o deshacerse de ellos de otros modos».

Era imposible que Hitler estuviera acostumbrado a que le hablaran de forma tan clara y respondió con vehemencia. ¿Por qué los húngaros no habían hecho como los eslovacos? Librar el país de judíos crearía oportunidades para los húngaros. Y la gente que hablaba de que se estaba asesinando a los judíos se olvidaba de que «sólo hay un asesino: el judío». Al día siguiente, cuando se les unió Ribbentrop, volvió a salir el tema, esta vez de forma menos ambigua incluso. Ribbentrop, que era menos cauto en sus palabras que Hitler, le dijo categóricamente al húngaro que «los judíos deben ser, o bien aniquilados [*vernichtet*] o bien enviados a un campo de concentración. No existe ninguna otra posibilidad». El propio Hitler intervino entonces. «No son más que parásitos. Hemos puesto Polonia en orden como es debido. Si los judíos de allí no deseaban trabajar, se los fusilaba. Son como bacilos tuberculares que infectan un cuerpo sano.» Para los alemanes, como el embajador húngaro se apresuró a señalar, la postura de Hungría sobre la cuestión judía se había convertido en una prueba de su compromiso con la alianza con Alemania. Los húngaros aprobaron una nueva ley sobre judíos que dejó a muchos judíos sin trabajo. Pero no hicieron mucho más, negándose tanto a poner marcas como a reducir las raciones a los judíos.[46]

Lo que era aún más preocupante para los alemanes, porque resultaba más difícil enfrentarse a ello, era la actitud poco dispuesta a cooperar que mostraban sus principales aliados, los italianos. Al igual que los húngaros y los rumanos, el régimen italiano de antes de la guerra había introducido una legislación racial que discriminaba a los judíos. No obstante, la población judía del país era pequeña y estaba muy asimilada, y había escasa comprensión de la animadversión racial que movía a la política nazi, y escasa tradición en ese sentido. A lo largo de 1942, las rivalidades internas dentro del Ministerio de Exteriores alemán supusieron que se ejerciera relativamente poca presión diplomática sobre Roma. El propio Ribbentrop insistió en ocuparse de las relaciones con ella. Pero como no tuvo ocasión de plantear el problema judío hasta 1943, durante mucho tiempo la evidente resistencia y el rezago de los funcionarios italianos en los Balcanes quedaron, en gran medida, sin respuesta. En el verano de 1942, el plenipotenciario italiano en Grecia había rechazado una propuesta de la RSHA para introducir las marcas

para los judíos en el territorio controlado por los italianos; de hecho, añadió que, si los alemanes seguían adelante con ello en su zona, se debía eximir a los judíos italianos. Cuando las autoridades militares alemanas en Grecia empezaron a reclutar judíos para construir carreteras en su zona, muchos huyeron al sur buscando la protección de los italianos.[47]

Tampoco eran los italianos mucho más serviciales en Yugoslavia. Al contrario, desde 1941 muchos administradores de alto rango habían quedado tan horrorizados por la violencia genocida de los Ustase que habían estado haciendo todo lo posible para proteger a las posibles víctimas. Cuando el Gobierno croata encarceló a más de las dos terceras partes de los judíos croatas en campos de concentración, otros buscaron refugio en la zona italiana. Bastianini, el gobernador de Dalmacia, devolvió a algunos y a otros los internó en Italia. Pero sus colegas se mostraron más favorables. Informado de las matanzas de judíos perpetradas por los Ustase en el pueblo de Mostar, el diplomático Pietromarchi se mostró indignado: «Esta regresión, que deshonra a la humanidad, se la debemos a nuestra amiga, Alemania». Y reprochó a Bastianini que devolver a los judíos «indeseables» a los croatas suponía «condenarlos al exterminio. Italia y el ejército deben evitar la vergüenza de ser cómplices de esta maldad». Los oficiales de alto rango del ejército se mostraron de acuerdo con ello. Facilitar este tipo de masacres mancillaría su reputación. Al tener conocimiento de que se suponía que los italianos tendrían que ayudar en las redadas de judíos y a entregarlos a los alemanes, el general Paride Negri protestó: «Eso es totalmente imposible, porque la deportación de los judíos va en contra del honor del ejército italiano».[48]

En agosto de 1942, Ribbentrop solicitó oficialmente la ayuda de Italia, y Mussolini pareció acceder a ello, garabateando la frase «nulla osta» (ninguna objeción) en el memorándum que le habían enviado. Pero los principales comandantes civiles y militares de Croacia estaban perfectamente dispuestos a no hacer caso al Duce. La entrega de los judíos era «imposible», dijo el general Roatta a Pietromarchi. El humanitarianismo desempeñó un papel en ello (es evidente que, para los funcionarios italianos de alto rango como Roatta, este concepto abarcaba a los judíos yugoslavos pero no, por ejemplo, a los etíopes o los senussi). Pero a Roatta también le preocupaba el prestigio italiano. El hecho de bloquear a los croatas y a los alemanes les recordaba a ambos que se suponía que ésta era una zona donde los italianos tenían primacía. Cuanto más aseguraba Pavelic a los alemanes que resolvería la

cuestión judía allá donde tuviera poder, más incentivos tenían los italianos para impedírselo.[49]

A finales de 1942, los italianos de alto nivel eran muy conscientes del destino que les esperaba a los judíos. El propio Mussolini fue informado por uno de sus principales ayudantes, el general de los Carabinieri Giuseppe Pièche, de que los judíos croatas entregados a los alemanes habían sido «“liquidados” mediante gas venenoso en los vagones de tren en los que se les había encerrado». Los comandantes del II Ejército italiano, que no deseaban rechazar abiertamente a los alemanes, anunciaron públicamente que, mientras que los judíos italianos de Croacia quedarían bajo su protección, sí que reunirían a los judíos croatas y los entregarían a Zagreb. Estas noticias llevaron a muchos refugiados judíos que estaban bajo su control a suicidarse. Lo que no sabían éstos era que el II Ejército no tenía ningún deseo de entregarlos. Ganando tiempo, los mantuvo en campos italianos situados en el continente hasta la primavera de 1943, cuando fueron enviados a la isla de Rab. A diferencia de los eslovenos que ya estaban retenidos allí, que estaban muriendo por falta de comida, los judíos recibieron suficiente para mantenerse con vida. Liberados por los partisanos cuando Italia se rindió en 1943, ellos fueron parte de los muchos judíos balcánicos que se beneficiaron de la política italiana.

El hecho de que pudiera tener lugar un desenlace tan extraordinario le debió poco a las propias inclinaciones del Duce; más bien, reflejaba el control relativamente débil que éste tenía sobre el estado italiano. Escuchó atentamente a Göring, Ribbentrop y Himmler cuando le visitaron para instarle a que entregara a los judíos de Croacia (y después, de Francia). Pero aunque pareció estar de acuerdo con ellos en que «Italia no debe convertirse en el protector de los judíos», y culpó al «humanitarianismo sentimental» de sus generales, se tambaleó cuando sus subordinados defendieron lo contrario. Sus generales le advirtieron que si Italia entregaba a los judíos a los Ustase, perdería también la confianza de la población ortodoxa, lo que socavaría toda su política yugoslava. E incluso Bastianini, que había sido ascendido al puesto número dos del Ministerio de Exteriores, había cambiado de opinión y ahora explicaba con detalle la política de exterminio en términos claros. «Conocemos el destino que les espera a los judíos que son deportados por los alemanes», le recordó al Duce. «Son gaseados. Todos ellos: mujeres, ancianos y niños. No participaremos de ninguna forma en tales atrocidades. Y usted, Duce, no debe permitirlo. ¿Está dispuesto a asumir esta responsabilidad?»[50]

No hay ninguna prueba de que el Duce tuviera una convicción firme en un sentido u otro sobre este asunto. Le gustaba mostrar un tono de dureza al hablar con los alemanes, pero en la práctica generalmente le gustaba cargar con la responsabilidad de la decisión a sus subordinados. Había permitido que sus prefectos en la frontera yugoslava rechazaran a refugiados judíos mucho después de que hubiera quedado claro cuál sería su destino. Pero no dejar entrar a refugiados era una cosa; ser cómplice de exterminio era otra muy distinta. En esta cuestión trató de evitar tomar decisiones propias, sobre todo aquellas que pudieran reducir su libertad de movimientos y que lo unieran aún más estrechamente a los alemanes. Roatta sí que logró convencerle, en diciembre de 1942, de que los judíos croatas no debían ser devueltos inmediatamente a los croatas. Por otro lado, también recibió el cínico consejo de su confidente, el general Pièche, de que debía asegurarse, si pensaba que «la entrega, y por consiguiente el exterminio», debía seguir adelante, de que los croatas hicieran su propio trabajo sucio y de que el ejército italiano se mantuviera al margen. En opinión de Mussolini, al menos, internar a los judíos croatas era la solución perfecta porque mantenía todas sus opciones abiertas.[51]

En marzo de 1943, los alemanes se hartaron de que los italianos se retrasaran deliberadamente también en Grecia y deportaron a la gran comunidad judía de Tesalónica. También consiguieron que los búlgaros deportaran a los judíos griegos que tenían bajo su control. Los búlgaros accedieron a esto insistiendo, al mismo tiempo, en que ellos decidirían por su cuenta qué hacer con los judíos que eran ciudadanos búlgaros. El Gobierno griego, que estaba en una posición mucho más débil, había protestado en privado; pero los funcionarios locales de Tesalónica cooperaron de buena gana por miedo a que los alemanes entregaran el dominio de la ciudad a los búlgaros. En ambos casos, los funcionarios consulares italianos protegieron a los judíos con pasaportes italianos e hicieron todo lo posible para extender su protección a otros. Aquí también el impulso humanitario que indiscutiblemente movió a los propios funcionarios, quienes, al fin y al cabo, podían ver con sus propios ojos lo que estaba pasando, se ha de situar junto al aspecto político. A comienzos de 1943, con la guerra desarrollándose decididamente en contra del Eje, y los húngaros y otros presionando a Italia para que insistiera en llegar a una paz negociada, la cuestión judía adquirió una nueva importancia. Demostrar que Italia seguía teniendo el poder para impedir los deseos alemanes era ahora más aun valioso diplomáticamente que lo que lo había sido el verano anterior. Y también había motivos económicos,

a saber, proteger a una comunidad próspera que tradicionalmente había tenido sentimientos proitalianos. Como lo expresó el plenipotenciario italiano en Atenas, «había mil razones, que abarcaban desde nuestra humanidad hasta nuestro prestigio», para negarse a internar a los judíos que había en la zona italiana. Unas consideraciones muy similares explican la política que siguió Italia en el suroeste de Francia cuando ocupó esa parte del país en noviembre de 1942: Roma protestó cuando la policía de Vichy llevó a cabo redadas e insistió en que la política racial era una cuestión que concernía exclusivamente a la potencia ocupante. Lo que importaba, por encima de todo, era mantener el prestigio italiano: algunos judíos fueron lo bastante afortunados como para beneficiarse de ello. Aunque no es necesario descartar completamente la idea del italiano humanitario, la *brava gente* que tan fácilmente se contrasta con los brutales alemanes, como un mito interesado de la posguerra, es indudable que los diplomáticos y los generales de Italia vieron razones políticas de peso, en las que había un puro interés personal, para hacer todo lo posible por marcar su propio rumbo acerca de la cuestión judía de Europa.[52]

La comparación entre el «sentido de alta justicia y humanidad» del fascismo italiano y la «brutalidad y rapacidad» de sus aliados nazis empezó en realidad con los propios funcionarios fascistas italianos. Si bien su análisis de la quiebra de las formas de dominio alemanas fue perspicaz, también fue interesado, ya que rescató, para el reino de los ideales, una idea del fascismo más pura y más políticamente sofisticada de la crudeza genocida de la realidad de la guerra. «Ésta es una de las épocas más oscuras de la historia humana, quizá la más oscura; nunca antes ha habido tales masacres», dijo el papa a un diplomático italiano en enero de 1943. «Y, no obstante», respondió Pietromarchi, «entre tanta maldad los italianos han sido inmunes a la fiebre… El instinto por el que a nuestros soldados les repugnan las atrocidades ha sido engendrado por el cristianismo». Y confió a su diario su creencia de que «un día se tendrá en cuenta el humanitarismo de nuestro pueblo». Unos meses después, el general Pièche expresó la misma idea. «Las autoridades alemanas nos reprochan haber protegido a los judíos y no apoyarlos en su campaña racial, como ha hecho Bulgaria. Sin embargo, creo que nuestra conducta, al estar inspirada por los principios de la humanidad, se reconocerá un día como la más oportuna en el momento actual.» Convencida ya de que la guerra estaba perdida, gran parte de la élite del fascismo esperaba que la prudencia y el humanitarismo pudieran finalmente converger.[53]

Por consiguiente, cuanto más duraba la guerra, menos inclinados se sentían los aliados de Alemania a contemplar la posibilidad de entregar a sus propios nacionales, incluso a los judíos, y dejarlos en manos de los alemanes. Los búlgaros y los rumanos les hicieron el juego y consiguieron engañarlos y salirse con la suya durante el resto de la guerra. Después de enviar a los judíos griegos a Treblinka, los búlgaros formaron batallones de trabajo judíos a los que enviaron al campo, más para proteger a los judíos búlgaros de los alemanes que otra cosa. En cuanto al Gobierno de Antonescu, a éste le preocupaba ahora que las deportaciones dañaran el prestigio del Gobierno. ¿No parecía un títere de los alemanes, dado que otros gobiernos aliados, en particular Hungría, no se habían rebajado a acceder a las deportaciones o al confinamiento en guetos? En octubre de 1942, se suspendieron los transportes de judíos a través del Dniester. La fuerte oposición de la Reina Madre rumana ayudó, aunque los cálculos estratégicos y diplomáticos probablemente tuvieron el mismo peso que ella. El Gobierno simplemente ignoró las objeciones de los alemanes, y las conversaciones que mantuvo el mariscal Antonescu sobre el tema con Hitler no ocultaron su desacuerdo. «El Führer era de la opinión, distinta a la del mariscal, que cuanto más radicalmente se trate a los judíos, mejor», según registran las actas de su conversación. Cuando Ribbentrop preguntó a Antonescu si los judíos rumanos no se podrían enviar a Rusia, éste último dijo que quería trasladar a 100 000 para que trabajaran en minas en la península de Crimea. «Él solicita, sin embargo», leemos, «que no sean asesinados, ya que en una ocasión anterior se vio obligado a detener la deportación de judíos a Rusia cuando se descubrió que simple y llanamente habían sido asesinados allí». Era difícil creer que éste fuera el mismo hombre que había ordenado que se asesinara a más de 18 000 judíos en Odessa. Pero Antonescu se dio cuenta de por dónde iban los tiros. **[54]**

Bulgaria y Rumanía cambiaron de bando antes de que los alemanes pudieran detenerlas. Pero incluso cuando los alemanes se anticiparon a las deserciones invadiendo y ocupando a sus antiguos aliados, como hicieron en Italia y Hungría, pronto se dieron cuenta de que esto no necesariamente les daba un mayor control. En Francia invadieron la zona anteriormente no ocupada en noviembre de 1942: sin embargo, el número de judíos deportados en 1943 y 1944 fue menor que el de los deportados en 1942. A Dannecker, el esbirro de Eichmann, que había iniciado las deportaciones anteriormente en Francia, no le fue mucho mejor después de que le enviaran a Roma en 1943. Su pelotón organizó el transporte de los judíos italianos a Auschwitz unos

días después de su llegada. Desde Trieste, Globocnik envió a más de 1100 judíos al norte hasta febrero de 1945. Sin embargo, probablemente unos 40 000 judíos italianos sobrevivieron a la guerra (de una población de 50 000 antes de la guerra), tanto ocultándose como con la resistencia. Los alemanes tuvieron más éxito en la Grecia continental, cuyo control tomaron de los italianos en esa misma época, pero allí también sobrevivieron ocultos muchos más judíos que lo que lo habían hecho antes en el norte de Grecia.

El país que más les preocupaba era Hungría, donde vivía la mayor comunidad judía que quedaba en Europa. Naturalmente, la toma del poder allí por parte de la Wehrmacht en marzo de 1944 hizo que ésta peligrara. Entre marzo y comienzos de julio de 1944, más de 435 000 judíos húngaros fueron enviados desde allí, mucho más que desde cualquier otro país: nunca antes o después de ello, como dejan claro los autores de una reciente historia del campo, fue «menos eficaz como intercambio de mano de obra» o «más eficaz como centro para el asesinato». Aproximadamente 175 000 judíos habían llegado al campo en 1942; casi 105 000 entre enero y marzo de 1943, y 160 000 entre abril de 1943 y marzo de 1944. Por consiguiente, los transportes húngaros marcaron el apogeo de su carrera asesina. En mayo y junio de 1944, fueron asesinadas no menos de un tercio del total de aproximadamente un millón de personas que murieron allí. El aumento en la cantidad mensual de muertos, que se multiplicó por cinco, sobrepasaba incluso la capacidad oficial de los nuevos incineradores, de 132 000 cadáveres al mes.[55]

No obstante, Hungría no sólo fue el momento de mayor triunfo de Eichmann, sino también el fin, en la práctica, de su carrera genocida, pues en este momento ocurrió algo inaudito y el almirante Horthy, que seguía siendo el regente de un país nominalmente soberano, decidió detener las deportaciones a mitad del proceso. El papa, Roosevelt y el rey de Suecia, entre otros, clamaban para que actuara, y las noticias de los desembarcos de Normandía y el ansioso avance del Ejército Rojo hacia el oeste lo convencieron de la necesidad de buscar una forma de salir de la guerra. A estas alturas, tanto los alemanes como sus aliados comprendían que la complicidad en la Solución Final demostraba lealtad, y que, a la inversa, rechazarla era una forma de señalar el deseo de retirarse del Eje. Pero, interviniendo en el Ministerio del Interior y sustituyendo a las unidades de la gendarmería con fieles regimientos del ejército, Horthy, de setenta y cinco años, detuvo en seco los planes de Eichmann e impidió que los judíos de Budapest, en particular, fueran deportados. Eichmann se quedó atónito. «Esto

no vale de ninguna manera», exclamó. No obstante, sin la cooperación húngara no podía seguir, y de hecho en septiembre Himmler ordenó liquidar su unidad. El mes siguiente, Horthy fue destituido por los alemanes y sustituido por el ultraderechista y antiguo oficial del ejército Habsburgo Ferenc Szálasi. Sin embargo, tampoco Szálasi estaba dispuesto a entregar a los judíos húngaros a los alemanes, y a finales de 1944 las deportaciones ya se habían detenido en la práctica. En cambio, su movimiento antisemita de la Cruz Flechada amplió el propio programa de trabajos forzados de los húngaros, y, cuando el orden público se vino abajo, sus miembros salieron a matar a todo el que se les pusiera por delante. Asediado y bombardeado por el Ejército Rojo desde diciembre, el Gobierno de Szálasi abandonó la capital y se retiró al oeste del país, permitiendo que Budapest soportara algunos de los episodios más violentos de la guerra cuando los escuadrones de la muerte locales arrasaron las calles buscando judíos.

La detención de las deportaciones desde Hungría y el repentino deterioro de la posición estratégica alemana en el verano de 1944 abrió la posibilidad de algo mucho más radical: un regreso a la política de emigración que los alemanes habían abandonado en 1941. Dentro de Budapest y en lugares neutrales en el extranjero, agentes judíos y alemanes se embarcaron en conversaciones secretas para comprar la liberación de los judíos húngaros a cambio de dinero o artículos. Los motivos de los judíos involucrados eran muy fáciles de entender: tanto si actuaban como individuos como si lo hacían como miembros de organizaciones políticas o de socorro, su meta era salvar a tantos judíos como pudieran de una muerte segura. La verdadera controversia histórica gira en torno al bando alemán. ¿Hasta qué punto fueron serias estas negociaciones y qué se pretendía lograr con ellas?

Deberíamos observar, en primer lugar, que la idea de hacer excepciones a la política de asesinatos se había incorporado al sistema desde el principio. A medida que avanzó la guerra, Himmler, en particular, vio a los judíos como una útil palanca de influencia que se podría utilizar con los británicos y los estadounidenses. Convencido del amplio poder de los judíos sobre la política aliada, y preocupado por los rápidos avances del Ejército Rojo sobre Polonia, Rumanía y Bulgaria, confiaba en que las negociaciones sobre los judíos pudieran servir como una forma de tantear el terreno para un acuerdo de paz con el oeste. En 1943, ya había creado una pequeña sección dentro del campo de Bergen-Belsen para «judíos privilegiados» que tuvieran parientes en el

extranjero. La idea era tanto que éstos dieran publicidad al trato cordial que estaban recibiendo en manos alemanas como que fueran rehenes ante cualquier giro desfavorable en la política aliada. Un razonamiento similar le llevó ahora a bendecir los intentos para alcanzar un trato por el que se pondría en libertad a judíos a cambio de entregas de material de guerra. No obstante, en nada de esto se podía llegar muy lejos. El antisemitismo de Himmler exageraba enormemente el grado de influencia que ejercían las organizaciones judías sobre la política británica o estadounidense: de hecho, poco podían hacer éstas ante las claras instrucciones de sus gobiernos de no buscar negociaciones que tuvieran un contenido «político». Para Churchill y Roosevelt, la clave era la política de rendición incondicional (lo que significaba que no se debía llevar a cabo ninguna negociación aparte con los alemanes), y la alianza con la URSS.[56]

Sobre todo Hitler, a quien Himmler seguía siendo fiel, no tenía ninguna intención de permitir que grandes cantidades de judíos escaparan. Por consiguiente, sólo hubo pequeños gestos. Los miembros del clan industrial húngaro de la familia Weiss, por ejemplo, fueron enviados en avión a Portugal a cambio del control sobre su fábrica de armamentos, que Himmler quería para las Waffen-SS. El propio Himmler seguía comprometido con la Solución Final, y a lo largo del verano y el otoño de 1944 luchó contra las peticiones de trabajadores judíos por parte de la Wehrmacht primero y de Speer después: 100 000 judíos húngaros fueron, de forma excepcional, enviados a trabajar a fábricas de armas. El gueto de Łódź, el último centro judío que sobrevivía en la antigua Polonia, fue liquidado, y el campo de exterminio de Chelmno fue reactivado para ese fin. De hecho, a medida que se vaciaban los campos situados en la periferia del Reich ante los avances del enemigo, sus presos fueron, o bien asesinados, o bien se los dejó morir en marchas de la muerte sin sentido, o se los metió como si fueran ganado en otros campos que se hallaban dentro del Reich, donde el hacinamiento, el exceso de trabajo, la falta de provisiones, las enfermedades y la brutalidad de los guardias pronto hicieron que el índice de mortalidad se disparase.

En la primavera de 1945, Himmler sí recibió discretamente a los neutrales que llevaron a cabo renovados intentos de intervenir y salvar a algunos prisioneros. Las conversaciones con Jean-Marie Musy, antiguo presidente de Suiza, para liberar los campos, fracasaron después de que Hitler se enterase de la liberación de 1200 judíos y furiosamente prohibiera que tuvieran lugar más contactos. En febrero el conde Bernadotte, vicepresidente de la Cruz Roja sueca, propuso llevar a todos los prisioneros daneses y noruegos a

Suecia; finalmente, miles de prisioneros fueron salvados de esta manera. Para Himmler, que se involucró en estas negociaciones a pesar de la prohibición inequívoca de Hitler, representaban un medio de abrir un diálogo que quizá pudiera extenderse a la cuestión mucho más amplia de negociar la salida de Alemania de la guerra.[57]

Sin duda, éste fue el razonamiento que hubo detrás del encuentro más extraordinario de Himmler, las charlas secretas que mantuvo en Berlín con Norbert Masur I, un exiliado judío alemán cuya misión de rescate se llevó cabo en nombre del Congreso Mundial Judío. Acompañado por el masajista finlandés de Himmler, Felix Kersten, Masur voló hasta allí desde Estocolmo el 19 de abril en un vuelo cargado de paquetes de la Cruz Roja. Sólo faltaban unas pocas semanas para que se produjera la capitulación de Alemania. Trasladándose en un coche de la Gestapo que llevaba las luces cortas a través de «las ruinas fantasmales, dejando atrás interminables montones de cascotes», llegaron, después de varias paradas provocadas por los ataques aéreos, a la finca de Kersten, situada a unos 65 kilómetros de Berlín, no lejos del campo de mujeres de Ravensbrück. Al día siguiente, Himmler se retrasó debido a las celebraciones del cumpleaños de Hitler (sus relaciones con Hitler, que ya estaban muy deterioradas, habrían empeorado mucho más aún si este último hubiera tenido conocimiento de la visita de Masur), y Masur se pasó la mañana hablando con Walter Schellenberg, el joven jefe del servicio de información sobre el extranjero de Himmler, al que encontró profundamente deprimido y convencido de que la derrota de Alemania no estaba muy lejana. Schellenberg advirtió a Masur de que, aunque él apoyaba su misión, Hitler se oponía totalmente a cualquier oferta de rescate y había perdido completamente los estribos después de tener noticias de las negociaciones suizas que se habían producido anteriormente. Por la tarde, Masur deambuló por la finca. Finalmente, a las 2:30 h de la mañana, un coche se paró allí y Himmler llegó.

> Nos sentamos ante una mesa que estaba preparada para que cinco personas tomaran café. Himmler iba impecablemente vestido con su uniforme, con las insignias de rango y las condecoraciones relucientes. Iba bien arreglado, daba la impresión de estar descansado y animado a pesar de lo tarde que era, y parecía estar exteriormente tranquilo, y al mando. Tenía mejor aspecto en persona que en las fotografías. Quizá su mirada errante y penetrante fuera una expresión de sadismo y dureza; sin embargo, si no hubiera conocido su pasado, nunca habría creído que este hombre era singularmente responsable de las mayores matanzas de la historia.

Mientras sorbían sus bebidas, con azúcar y pasteles traídos desde Suecia, Himmler se embarcó en un largo monólogo. Defendió la política alemana

contra los judíos y los culpó de los males del país. Afirmó que siempre había deseado una política de expulsión, pero que ésta había fracasado debido a la negativa del mundo a aceptar a refugiados judíos. Después, la guerra puso a Alemania en contacto con «las masas judías del Este», que eran proletarios, partisanos y enfermos. A la pregunta de Masur de cómo podrían haber ayudado los judíos a los partisanos cuando estaban en guetos, Himmler le respondió que habían disparado a las tropas alemanas desde *dentro*. Los crematorios solamente eran una medida sanitaria; la guerra contra los rusos, totalmente preventiva. En cuanto a los campos, pensaba ahora que ojalá los hubiera llamado «campos de educación», ya que el nombre no habría producido las mismas reacciones desfavorables. Muy interesado en defenderse, el Reichführer se sentía ofendido por la publicidad negativa y «la propaganda de odio» con la que se había recibido el descubrimiento de Bergen-Belsen y Buchenwald. Masur respondió preguntando qué medidas prácticas podrían tomarse para cambiar las cosas y logró hacer que accediera, después de una breve conversación privada con Schellenberg y su ayudante Brandt, a liberar a 1000 prisioneras judías de Ravensbrück. Tenían, insistió Himmler, que ser descritas como «polacas». Después de dos horas y media, las charlas terminaron. A Masur le impresionó la calma de Himmler, su cinismo respecto al destino de los alemanes («la mejor parte de ellos será destruida junto con nosotros; lo que le suceda al resto es irrelevante») y la ausencia en él de cólera personal (al contrario que en el caso de Hitler) respecto a los judíos.

Esa mañana, más tarde, Masur regresó en coche, atravesando los suburbios bombardeados, al aeropuerto de Tempelhof. Pasó por delante de interminables carretas de refugiados alemanes, cargadas con sus posesiones, que huían del frente y de los cazas, y de largas columnas de prisioneros del cercano campo de Oranienburg a quienes se estaba obligando a marchar hacia el norte. Y estaba el propio Berlín, «un campo de ruinas de increíbles dimensiones», donde las fachadas de las casas bombardeadas se alzaban sobre las calles desérticas. En el aeropuerto le despidieron el rumor de la artillería soviética, un guardia de honor de las SS y un «Heil Hitler!», y aterrizó sólo dos horas después, sano y salvo, en Copenhague; «fue una sensación maravillosa estar de nuevo en una ciudad donde no había ninguna casa dañada y la gente estaba tranquila y bien vestida». Unas 7500 mujeres de Ravensbrück llegaron finalmente a Suecia, tras ser trasladadas en camiones a través de Dinamarca.[58]

Ellas fueron las afortunadas. En Ravensbrück, donde se llevaron a cabo experimentos médicos, esterilizaciones forzosas y atroces actos de sadismo, habían tenido lugar gaseados sistemáticos y matanzas de otros tipos durante varios meses: sólo 40 000 de las aproximadamente 130 000 mujeres que fueron internadas allí sobrevivieron. Entre las ejecutadas figuraron miembros femeninos del SOE británico y de la resistencia polaca: no era específicamente un campo para judíos. Centro importante de mano de obra para las industrias de armamentos de las proximidades (Siemens fue uno de los empleadores principales), a comienzos de 1945 ya tenía graves problemas de hacinamiento, con llegadas de Auschwitz y de otros campos situados al este. Para la mayoría de estas prisioneras, la intervención de Masur y de la Cruz Roja llegó demasiado tarde. Incluso los bebés y las mujeres embarazadas habían sido gaseados (más de 2000 hasta abril), y después de que se fuera el último transporte, se hizo marchar a la campiña a 15 000 supervivientes, a quienes los guardias de las SS disparaban cuando no podían mantenerse en pie; sólo unos 1000 prisioneros enfermos y agonizantes, la mayoría mujeres, seguían allí cuando el Ejército Rojo liberó el campamento una semana después.[59]

El encubrimiento: el final del proceso

Cuando llegaron a Alemania las informaciones sobre las primeras matanzas que tuvieron lugar en los territorios ocupados del Este en 1941, el régimen nazi se había visto obligado, como hemos visto, a reconocer su inquietud. Así, al mismo tiempo que intensificó su campaña de propaganda, culpando a los judíos de su propio destino, también aumentó el secretismo, sobre todo con respecto a la participación de los especialistas en gaseado. Desde el invierno de 1941-1942, los campos de exterminio de la Operación Reinhard, en particular, se construyeron en una atmósfera de la máxima confidencialidad. Cuando el oficial de las SS Max Täubner fue juzgado (en lo que constituyó un caso extremadamente inusual) por un tribunal de las SS en Munich, lo que se castigó no fue que asesinara a miles de judíos sin autorización, sino sus alardes, el hecho de que se jactara de que había ido al Este a «librarse de al menos 20 000 judíos», y su costumbre de enseñar orgullosamente su macabra colección de fotografías. Täubner apeló en su defensa a la existencia de una orden del Führer para matar judíos. Pero se le recordó que el exterminio era un secreto de estado, y después se le condenó a diez años de cárcel, se le expulsó de las SS y se le privó de sus derechos civiles por una conducta que

era «indigna de un alemán honorable y decente». El veredicto de culpabilidad contra él cumplía dos funciones: dejando claro que era permisible matar a judíos «por motivos puramente políticos», en contraposición con los «egoístas, sádicos o sexuales», mostraba una vez más la ausencia de obstáculos legales para las matanzas. Y, simultáneamente, reafirmaba el carácter muy confidencial de la Solución Final y el deber que tenían quienes estaban involucrados en ella de no hablar sobre el tema.[60]

Incluso antes del caso Täubner, por el que se interesó de cerca, a Himmler ya le había preocupado mantener el secreto. Cuando aparecieron en la prensa aliada las primeras denuncias de las matanzas alemanas en el otoño y el invierno de 1942, ordenó al jefe de la Gestapo, Heinrich Müller, que se asegurara de que todos los cadáveres fueran, o bien enterrados, o bien quemados. Los asesinatos a una escala tan enorme ya habían creado embarazosos problemas medioambientales. Al contrario que los rumanos, que se habían limitado a dejar los cadáveres al borde de la carretera en las matanzas de 1941, o flotando río abajo en el Bug, los alemanes los habían enterrado en pozos. Sin embargo, en el campo de exterminio de Chelmno, el deshielo de la primavera dejó los cadáveres descongelados flotando en grandes charcos, extendiendo tal hedor que llegaron quejas de los pueblos de los alrededores. También se informó de amenazas para la salud local y para los suministros de agua potable en los alrededores de los campos de exterminio de Reinhard. El gobernador militar alemán, que se encontraba cerca de Treblinka, informó a sus superiores ese otoño de que «no se cubrió adecuadamente a los judíos de Treblinka con tierra. Debido a esto, el aire está saturado con un insoportable hedor de cadáveres». Con la rápida expansión de la Solución Final creció la presión para encontrar una respuesta.[61]

El Standartenführer Paul Blobel, que había servido en la primera guerra mundial como ingeniero militar y, más recientemente, había sido responsable del escuadrón de la muerte de las SS que organizó las matanzas de Babi Yar a las afueras de Kiev, fue el hombre que Himmler escogió para el trabajo. Empezando con Auschwitz y Chelmno, Blobel ordenó que los enormes pozos donde se habían llevado a cabo los entierros fueran destapados y sus restos quemados, bien en crematorios especiales o bien en enormes hogueras. Dio instrucciones similares para Belzec, Sobibor y Treblinka, y sus subordinados visitaron los campos para asegurarse de que la quema de los centenares de miles de cadáveres se llevara a cabo según las instrucciones.

En 1943, también empezaron a abordar esa tarea en docenas de emplazamientos de matanzas más dispersos de la antigua URSS. Pequeñas

unidades del personal de su Operación 1005, un grupo de hombres de la SiPo/SD que habían jurado guardar el secreto, visitaron estos emplazamientos y organizaron grupos de prisioneros judíos para que llevaran a cabo el trabajo físico de destapar los cadáveres y quemarlos. En agosto de 1943, dos años después de su última visita, Blobel regresó al barranco de Babi Yar. Para entonces, los cadáveres de sus víctimas judías, más de 30 000, ya yacían bajo nuevas capas de prisioneros de guerra soviéticos, partisanos y civiles ejecutados. Las cuadrillas de prisioneros normalmente estaban compuestas por judíos a quienes se ejecutaba tras completar su tarea, y que a menudo eran quemados sobre las mismas piras en las que habían estado trabajando. En al menos un caso fueron llevados a trabajar en una furgoneta de gaseado en la que después se los asesinó. En el invierno de 1943-1944, los hombres de Blobel también habían atravesado ya los campos de la muerte del Báltico y Bielorrusia. No obstante, aunque quemaron una gran cantidad de cadáveres, la velocidad del avance del Ejército Rojo los cogió desprevenidos. En Estonia, las tropas soviéticas encontraron las hogueras aún ardiendo cuando llegaron.

Por consiguiente, la Operación 1005, que se limitó a los últimos dos años de la guerra, y que se ocupó principalmente del Gobierno General y los territorios ocupados del Este, no logró destruir todas las pruebas. La propia tarea era imposible. Los campos de exterminio de Reinhard habían sido arrasados en 1943; sólo sobrevivieron restos para que los arqueólogos de finales del siglo XX pudieran decir dónde habían estado una vez. Y tras la publicidad que los soviéticos hicieron acerca de sus truculentos hallazgos en la liberación de Lublin-Majdanek en el verano de 1944, Himmler intentó acelerar la eliminación de las fosas comunes. Se cerraron los campos, y se obligó a sus prisioneros a marchar a pie lejos del frente, o se los fusiló. Pero el genocidio sencillamente se había producido a una escala demasiado amplia, y el avance del Ejército Rojo era demasiado rápido, como para permitir un encubrimiento total. A finales de 1944, Himmler ordenó que se demolieran las cámaras de gas y los crematorios de Auschwitz-Birkenau. Se ordenó a cuadrillas de prisioneros que dinamitaran las paredes, que esparcieran los restos de cenizas humanas en el Vístula, que aplanaran las propias antiguas fosas donde se habían llevado a cabo las quemas y que plantaran árboles en ellas. Pero todo fue demasiado poco y se hizo demasiado tarde. Los propios prisioneros estaban resueltos a que las pruebas del crimen permanecieran. Tal como se desarrollaron los acontecimientos, cuando los rusos llegaron a Auschwitz, a finales de enero de 1945, encontraron prisioneros enfermos, edificios y documentos. Los cadáveres congelados yacían en la nieve, o

amontonados en el interior de cobertizos. Los almacenes del campo contenían montañas de maletas, sacos de cabello, taleds, y los demás restos del millón de víctimas del campo.

Mientras se estrechaban las fronteras de la Gran Alemania, y el Ejército Rojo presionaba cada vez más cerca de Berlín, llegó el último cambio total en la política alemana. Desde el comienzo, el objetivo primordial había sido librar de judíos a Alemania, por cualquier medio. Ahora, sin embargo, a medida que se evacuaba un campo tras otro, los prisioneros, o aquellos que al menos eran capaces de sobrevivir a los largos viajes en tren en vagones de ganado sin calefacción, o a las marchas a pie a través del frío atroz, fueron enviados a la Alemania propiamente dicha. Las órdenes de las SS exigían que no se permitiera que ninguno de ellos cayera vivo en manos del enemigo. Los prisioneros enfermos habían de ser fusilados, y los propios campos, desmantelados o volados antes de partir. El propio Eichmann parece haber animado a los comandantes de los campos a matar a la mayor cantidad posible de judíos. En la primavera de 1945, la política de «liquidación en masa de prisioneros» ya parece haberse debatido más ampliamente. Alemania se convirtió ahora en el centro de los asesinatos. Las marchas de la muerte seguían su camino sin objeto a través de las ciudades rurales, mientras que trenes llenos de cadáveres congelados permanecían en los apartaderos de las estaciones. Una asombrosa cantidad de entre 35 000 y 40 000 personas murieron de enfermedades e inanición sólo en Bergen-Belsen en las últimas semanas antes de la liberación. Se calcula que de los 600 000 prisioneros liberados de los campos por los Aliados en 1945, aproximadamente 100 000 eran judíos; entre 80 000 y 100 000 habían muerto en los meses anteriores.[62]

El genocidio y el imperio nazi

La Solución Final estuvo impulsada por la ideología nazi y por la animadversión personal de Hitler. No obstante, lo que les ocurrió a los judíos de Europa surgió a partir de las circunstancias de la guerra y fluctuó de acuerdo con su desarrollo. A pesar de la renuencia de la mayoría de los países a aceptar a refugiados judíos, la emigración forzosa, la política que se siguió hasta comienzos de 1941, había reducido drásticamente la población judía en la Alemania de antes de la guerra; pero ésta dejó de ser políticamente factible una vez que los alemanes conquistaron Polonia y que la población judía mucho mayor que tenía ese país cayó en sus manos. De la forma en la que Himmler lo describió a Masur, de alguna manera los alemanes se habían

tropezado con los grandes centros del pueblo judío europeo del Este, y sin duda parece que, por muchos informes que hubieran estado redactando los especialistas, los líderes del Tercer Reich habían dedicado una muy escasa reflexión previa al problema.

Sólo con la invasión de la URSS surgió una muy nueva política sobre el telón de fondo de unos planes cada vez más ambiciosos para resolver los problemas étnicos de Europa, generalmente a través de movimientos de población forzosos en masa. La «guerra de aniquilación» contra el judeo-bolchevismo lanzó el genocidio contra los judíos que vivían dentro de las fronteras de 1941 de la Unión Soviética. Esto proporcionó entonces un precedente criminal de cómo tratar a los judíos dentro del Gran Reich Alemán, y éstos, a su vez, fueron trasladados a los campos de exterminio del Este. Pensando ahora en Europa como un todo, Hitler proyectó por primera vez la extinción de la vida judía en el continente. Al principio, sin una fecha final clara a la vista, las cosas cambiaron rápidamente a medida que los nuevos campos de exterminio de la Operación Reinhard demostraron que realmente se podía asesinar a la población judía de Europa en un año. Contando con el enormemente ampliado campo de Auschwitz en lugar de con los campos de Reinhard, que eran mucho más pequeños, en el verano de 1942 Hitler y Himmler decidieron matar a los judíos de Europa lo más rápidamente que pudieran aprovechando al mismo tiempo la mano de obra de los que fueran capaces de trabajar. Pero los retos diplomáticos y logísticos que planteaba una política de matanzas coordinada continentalmente eran considerables, para empezar, y se hicieron más difíciles con el tiempo, a medida que se deterioró la posición de Alemania en la guerra. Aproximadamente 1,1 millones de judíos fueron asesinados en 1941 en el Este (más de diez veces la cantidad del año anterior), y con el exterminio de los judíos polacos, al año siguiente el número de muertos se disparó a 2,7 millones. Pero, cuantitativamente, esos dos años representaron el clímax del genocidio. La cantidad de víctimas cayó a 500 000 en 1943 y a 600 000 en 1944. Seguían siendo cifras enormes, que reflejaban la destrucción de las venerables comunidades judías. Pero, desde el punto de vista nazi, también reflejaban la creciente resistencia a una política que habían pensado que uniría a todo el continente tras ellos.[63]

Las actitudes que se tenían hacia los judíos sin duda afectaban a las oportunidades de seguir con vida de aquellos que huían de la matanza. Hay pocas cosas más tristes en toda esta macabra historia que los relatos sobre mujeres y niños judíos que surgían de los bosques polacos para entregarse en

los puestos de la gendarmería, pidiendo ser fusilados. Su certeza de que estaban condenados si confiaban en los lugareños cristianos es espeluznante. En otros lugares, en el campo italiano, francés o griego, por ejemplo, las actitudes fueron muy distintas y permitieron que muchos más se escondieran. No obstante, el panorama que se esboza aquí hace pensar que, si pasamos al nivel internacional y nos preguntamos qué es lo que afectaba a la política que se seguía, lo que realmente importaba no eran tanto las actitudes hacia los judíos en sí mismas, sino dónde encajaba la cuestión judía en los objetivos de guerra y en las relaciones políticas de Alemania y sus aliados. Si queremos entender la envergadura y la intensidad de la deportación, lo que tiene una importancia fundamental son los momentos escogidos para actuar y la política.

Vichy proporcionó el caso clásico: Laval y su jefe de policía, René Bousquet, por ejemplo, eran hombres menos antisemitas que Pétain y Xavier Vallat, pero ellos fueron los realmente responsables de enviar a los judíos de Francia al Este. Mientras pareció que Alemania estaba ganando la guerra, a Berlín le resultó más fácil conseguir la fundamental cooperación de las fuerzas de la policía local, las autoridades del ferrocarril y otras. Pero a medida que fue quedando más claro que los judíos no estaban siendo deportados fundamentalmente para servir como mano de obra, y a medida que los aliados denunciaron la política alemana, a los alemanes les resultó más difícil salirse con la suya. La opinión popular quedaba frecuentemente escandalizada cuanto más se iba sabiendo. Y para las élites, la deportación de los judíos planteaba cuestiones de soberanía a las que los alemanes no habían sido sensibles en el pasado. Negarse a ayudar fue una manera relativamente sincera que tuvieron los húngaros, los italianos y otros de indicar su deseo de escapar de su alianza con Berlín exactamente del mismo modo que ayudarles había sido un indicador de su lealtad anteriormente. El hecho de que la mayoría de los políticos implicados fueran antisemitas con exageradas expectativas respecto a la influencia que pudieran tener los judíos sobre la política aliada hizo que estuvieran aún más interesados en distanciarse de Himmler y sus hombres. Ésta es la razón por la que la Solución Final tuvo su mayor éxito en 1941 y 1942 y se topó con una resistencia más dura posteriormente. La voluntad de aniquilación de Hitler siguió impávida, pero los costes de ésta aumentaron sin cesar.

Y hay que tener en cuenta una última cuestión: como la Solución Final de la cuestión judía surgió a partir de unos planes nazis cada vez más ambiciosos para una reorganización racial de gran parte de Europa oriental, planes que

nunca se definieron claramente y que cambiaron constantemente, los límites para la matanza nunca estuvieron claros. En Alemania se pudo ver lo sensible que era esta cuestión en los prolongados debates entre abogados y funcionarios sobre quién tenía derecho a estar exento de la deportación. Sin duda, los judíos ocupaban un lugar especial en la demonología política del Tercer Reich. Pero había inquietantes indicaciones de que los judíos sólo constituían uno de los blancos étnicos del régimen, si bien el más urgente. Éste ya se había embarcado en la matanza de los discapacitados mentales y físicos, esas «vidas indignas de vivirse». Y durante la guerra, en muchas zonas de la Europa ocupada se dieron instrucciones para que se tratara a los gitanos «como a los judíos». De hecho, muchos *fueron* asesinados, porque hubo políticas, que venían de largo, que señalaban como objetivos a los gitanos no sólo en Alemania, sino también en Hungría, Rumanía y Eslovaquia, y en Auschwitz se creó un «campo gitano» aparte. En los estados bálticos, tanto la policía nativa como la alemana registraron y reunieron a los gitanos, matando a muchos de ellos y deportando a otros a campos de trabajo. Sin embargo, la política hacia los gitanos fue menos sistemática, y es obvio que no eran tan prioritarios para el propio Hitler. Por otro lado, el ministro de Justicia, Thierack, ordenó inequívocamente en septiembre de 1942 que «los gitanos [en custodia policial] sean exterminados incondicionalmente». Puede que se asesinara a un cuarto de millón de ellos, quizá más, siendo muchos de ellos gaseados en Belzec y Auschwitz.[64]

También había indicaciones de que una vez que las SS hubieran acabado con los judíos, éstas planeaban ocuparse de algunos de los eslavos. Heydrich había predicho que los millones de checos que no pudieran ser asimilados serían finalmente desterrados a Siberia. Tras su asesinato hubo un rumor, que supuestamente Hitler prohibió que los periódicos alemanes difundieran, de que habría una deportación en masa de checos en venganza por él: esto probablemente se basó en amenazas que había hecho el propio Hitler. En Polonia circularon ampliamente rumores de que una vez que los judíos hubieran sido gaseados, los polacos serían los siguientes. El comandante territorial del Gobierno General advirtió de que uno de los principales catalizadores para la resistencia en Polonia había sido que los polacos vieron «una imagen atroz de su propio destino» en lo que se les había hecho a los judíos. El oficial de sanidad de Varsovia, Wilhelm Hagen, llegó a perder su trabajo cuando le envió a Hitler una carta en la que protestaba por los planes para tratar a 70 000 de los 200 000 polacos que se enfrentaban al reasentamiento, ancianos y niños, «de la misma forma que a los judíos». Si

esto era lo que pensaba un miembro de rango medio de la administración alemana, no es de extrañar que tantos polacos previeran algo similar.[65]

Tampoco era esto una pura fantasía. Como hemos visto, las iniciativas genocidas de Globocnik estuvieron fundamentalmente impelidas por el deseo de extinguir tanto la vida judía como la polaca en la región, y de hecho envió a muchas familias polacas a los campos, haciendo una selección, como hizo con los judíos, entre aquellos capaces de trabajar y el resto. En este sentido, el destino de los judíos, tan íntimamente ligado como lo estaba con la propia visión política de Hitler, quizá señalara hacia los horizontes aun más amplios de aniquilación que habría por delante en caso de que se produjera una victoria nazi.

13

La colaboración

Hoy en día nos encontramos en esta terrible situación: que el destino de Francia ya no depende de los franceses.

MARC BLOCH, *Strange Defeat: A Statement of Evidence Written in 1940* (1968), p. 174

El caso francés, al ser la única gran potencia que cayó bajo la dominación alemana, siempre fue especial; especial en la magnitud de sus esperanzas e ilusiones, en sus recursos y en la libertad que les otorgaron los alemanes para que demostraran ser socios dignos de confianza. Para el mariscal Pétain, la colaboración era la única forma de conservar la posición de Francia como importante potencia imperial. La suya era una ambición a una escala muy diferente de la de los políticos eslovacos, croatas o bálticos que solamente aspiraban a la independencia, y ello contribuyó a que se estableciera una relación mucho más tensa con Berlín. Pues la colaboración no sólo dependía del deseo de colaborar, sino también de que se concediera la oportunidad para hacerlo, y eran los alemanes los que tenían que hacer la oferta.[1]

En el interior del país, la derrota de Francia provocó una repentina transformación política. Pétain presentó su régimen como una clara ruptura con el pasado parlamentario de Francia, y prometió una revolución autoritaria. Pero, en realidad, bajo la superficie discurrían fuertes corrientes de continuidad con la Tercera República de antes de la guerra. No era tanto el hecho de que él mismo hubiera sido elegido por su última asamblea: eso nunca fue algo sobre lo que le gustara llamar la atención, y su decisión de llevar a juicio a destacadas figuras de los gobiernos de antes de la guerra tenía

el objetivo no sólo de echarles a ellos la culpa de la derrota, sino, también, de demostrar la quiebra del antiguo orden de un modo más general. (El juicio, celebrado en Riom en 1942, se convirtió en un bochorno y se le tuvo que poner fin rápidamente.) Mucho más importante fue la continuidad oculta que proporcionaron los alcaldes, gendarmes, ministerios y prefectos de Francia. Aunque Vichy purgó a algunos de sus funcionarios, contó mucho con aquellos que se quedaron; de hecho, la ocupación les dio más poder que el que habían tenido antes, porque tanto los alemanes como Pétain necesitaban burócratas, mientras que podían prescindir fácilmente de los políticos y de sus partidos. La colaboración, en resumen, gira en torno a una apuesta de cambio que fracasó, pero también es una historia de las continuidades que fueron posibles gracias a un poderoso sentido de la tradición nacional y al *ésprit de corps* administrativo, continuidades que llevaron a Vichy desde la Tercera República y desde Vichy a la Cuarta y la Quinta.

La idea de la colaboración invita a prestar atención a la relación de Francia con los alemanes. Pero esto no hace más que plantear la cuestión de quién representaba a Francia. Pues los conflictos entre los distintos organismos alemanes en París, aunque éstos eran intensos, parecían una nimiedad comparados con la propia desunión de Francia. Si el país no hubiera estado tan enconadamente dividido cuando fue invadido, la ocupación probablemente habría tomado un rumbo muy distinto, como demuestra el ejemplo de Noruega. De hecho, muchos en la derecha francesa recibieron con los brazos abiertos el hundimiento de la democracia parlamentaria y vieron la ocupación como la oportunidad de ajustar unas cuentas pendientes con la izquierda que se remontaban a décadas atrás, a la época del caso Dreyfus y quizá incluso a la Revolución Francesa. Pero sólo en relación con el Frente Popular era éste un grupo unificado en algún sentido. Algunos adversarios de la Tercera República admiraban y adoraban a los ocupantes, mientras que otros los odiaban. Muchos apoyaron a Pétain, al menos durante algún tiempo, pero había otros que lo detestaban y esperaban que los alemanes se libraran de él en favor de una alternativa derechista más radical. La historia de la colaboración fue como una de esas riñas familiares terriblemente complicadas que la guerra de conquista de Alemania puso al descubierto y empeoró, y explica por qué la ocupación planteó una amenaza tan grave para la unidad nacional y por qué hoy en día sigue siendo una cuestión tan sensible.[2]

En el camino de la colaboración

«Se ha previsto una colaboración entre nuestros dos países. La he aceptado en principio.» Con estas palabras, el mariscal Philippe Pétain, de ochenta cuatro años de edad, héroe de la batalla de Verdún, abandonó su reunión con Hitler en Montoire en octubre de 1940 y anunció que su Gobierno estaba dispuesto a trabajar con Berlín. Algunos franceses quedaron consternados. «El único derecho que nos queda es comentar los mensajes y ensalzar la sabiduría de un mariscal de la última guerra que apenas puede contar sus condecoraciones, un viejo pensionista del ejército que repite las palabras de sus apuntadores», escribió Jean Guéhenno después de que Pétain tomara el poder en julio. Pero ésta era una opinión minoritaria. Charles Maurras, el viejo líder de la derecha antirrepublicana francesa y una influencia ideológica clave tanto sobre el propio Pétain como sobre muchos de sus posteriores críticos de la extrema derecha, aclamó la «obra maestra del mariscal». Escribiendo en *L'Action Française* después de Montoire, continuaba así:

—¿Está usted a favor de lo que el mariscal llama «colaboración»?
—No me corresponde a mí estar a favor de ella.
—Está usted en contra.
—No.
—¿Neutral?
—No.
—Entonces, ¿la permite?
—No me corresponde a mí permitirla, y aún menos debatirla.

Para Maurras, lo que importaba no era tanto lo que Pétain había dicho, sino el hecho de que con ello había inaugurado una nueva era en la historia francesa. El «régimen del debate» había terminado; el reino de la obediencia, la disciplina y la autoridad había comenzado.[3]

¿Había en Europa otro país que estuviera más claramente polarizado en 1940 que Francia? Guéhenno y Maurras, a pesar de todas sus diferencias, se mostraron de acuerdo en que la derrota no sólo representaba la victoria de los alemanes sobre los franceses, sino también el triunfo de la derecha sobre el Frente Popular y la Tercera República. Y se mostraron de acuerdo en algo más que eso, pues ambos vieron, uno de ellos con desaliento, el otro con alegría, que este cambio en el poder fue aceptado por la mayoría de los hombres y mujeres franceses de a pie. El hecho de que ello hubiera sucedido bajo la conmoción provocada por la ocupación alemana no agradaba a ninguno de los dos: ambos eran instintivamente antialemanes. Pero para muchos en la derecha, en aquellos primeros días y meses, la dominación

alemana fue el precio que se tuvo que pagar por devolver la grandeza a Francia.

La colaboración, por consiguiente, implicó un malabarismo enormemente delicado. Para los conservadores como Pétain fue una manera de llevar a cabo una revolución nacional autoritaria y efectuar una transformación radical de la vida francesa. Pero simultáneamente fue un intento de conservar la autonomía y la soberanía francesa frente al aplastante poder alemán. El nacionalsocialismo había facilitado el giro a la derecha dentro de Francia (ésta fue la razón por la que Laval, por ejemplo, anunció en junio de 1942 que deseaba que se produjera una victoria alemana), pero una dominación nazi demasiado arrolladora no habría dejado espacio para la colaboración en absoluto. Los políticos de Vichy eran nacionalistas franceses, que hicieron una apuesta confiando en que el nacionalsocialismo alemán estuviera dispuesto a confiar en ellos lo suficiente como para concederles el poder que trataban de lograr.

Al principio muchas personas creyeron que esa apuesta valía la pena, por el bien de la estabilidad del país. En menos de dos años Pétain se vería atacado desde todos los flancos, acusado por los gaullistas de venderse a los alemanes, y de «gaullismo» por los fascistas de línea dura. Pero en el traumático verano de 1940 todo esto pertenecía al futuro, y él parecía encarnar la unidad. El país, apaleado y aturdido, marcado por el caos, la criminalidad y la increíblemente rápida desintegración social que millones habían experimentado durante su precipitado éxodo para alejarse del avance de los alemanes, abrazó la figura tranquilizadora del mariscal, que había puesto fin a los combates y había restaurado la calma. Surgió un culto a la personalidad, y el vestíbulo del Hôtel du Parc en Vichy se vio inundado de regalos; cientos de ciudades y pueblos pusieron su nombre a calles y plazas. Fue una adulación que Pétain no hizo nada por impedir. Sin ninguna doctrina clara, ningún partido y ninguna constitución, nada encarnaba el Nuevo Orden en Francia de forma más tangible que su propia persona.

Cuando Pétain enterró la Tercera República, hubo pocos que la lloraran. Sólo posteriormente la elección entre la colaboración y la resistencia se convirtió en la cuestión política y ética fundamental. En 1940, la cuestión era más bien qué tipo de colaboración garantizaría mejor el futuro del país. Los católicos que se mostraban a favor de un estado «orgánico» tenían poco en común con los combatientes callejeros racistas que querían abolir la Iglesia. Los empresarios profascistas que esperaban reprimir los sindicatos marxistas se preguntaban si podían confiar en los antiguos socialistas, con su retórica

anticapitalista y sus llamamientos a una sociedad racialmente purificada de iguales que hiciera fuertes gastos en política de vivienda y asistencia social. A medida que Europa viró hacia la derecha, la propia derecha reveló sus muchas caras.

Como Tiso en Eslovaquia, Franco en España, Horthy en Hungría o Salazar en Portugal, Pétain era, sobre todo, un derechista que miraba hacia el pasado, un representante de un orden conservador más antiguo, un revolucionario a su pesar. Detestaba el término «revolución», que tenía todas las connotaciones equivocadas, y prefería hablar de «renovación», en lugar de ello. No le interesaban los partidos políticos y se negó a fundar uno nuevo propio. Lo que quería era purgar Francia de judíos, comunistas y francmasones, vigilar la sociedad para librarla de alborotadores y regresar a los supuestos valores de la Francia campesina: la obediencia, el paternalismo, la familia y el trabajo duro. El culto a la maternidad y el conservadurismo sexual anteriores a la guerra se reforzaron con nuevas leyes contra los abortistas y la homosexualidad. Los empresarios dieron la bienvenida a la abolición de los sindicatos independientes llevada a cabo por Vichy, y, aunque las patronales también fueron disueltas, el equilibrio de poder se inclinó decididamente a su favor, como lo había hecho anteriormente bajo los regímenes fascistas en Italia y Alemania. Los notables locales y la Iglesia dieron la bienvenida al hincapié que hizo el régimen en la deferencia a la autoridad. Al mismo tiempo, Vichy también tuvo sus propios modernizadores: una multitud más joven de tecnócratas y administradores, recién salidos de las escuelas de capacitación administrativa de élite de Francia, que planeaban llevar adelante una revisión general de la infraestructura industrial e institucional del país sin que se entrometieran los partidos políticos y los organizadores de la mano de obra.[4]

Ésa era Vichy, la pequeña y aletargada ciudad balneario que de repente se vio a sí misma en el centro del Nuevo Orden de Francia. La capital de la nación, en contraste con ello, se convirtió en el centro de cierto tipo de oposición. Aunque París ya no era la sede del Gobierno, siguió siendo un hervidero de la política francesa y el emplazamiento, en particular, de algunos de los críticos más violentos de Pétain. Aquí, cerca de los alemanes en más de un sentido, se encontraban los *ultras* de Francia, todos aquellos para quienes Pétain era demasiado conservador, demasiado tímido e insuficientemente *político*. Ésta era la base del Parti Populaire Français, un partido de la derecha de antes de la guerra, liderado por Jacques Doriot, antiguo comunista y metalúrgico que pasó parte de la guerra en el Frente Oriental, encabezando

una unidad de voluntarios franceses. También estaba allí el más profesoral Marcel Déat, que esperaba crear un partido único fascista proalemán que desahuciara a Pétain del poder. Cuando Pétain destituyó inesperadamente a su segundo, el taimado Pierre Laval, porque temía que estuviera conspirando contra él, Déat fue el hombre con el que terminó Laval. Detrás de ellos, ideológica y financieramente, estaba el embajador alemán en París, Otto Abetz, antiguo profesor de arte y ferviente francófilo desde la década de 1920. (Abetz estaba casado con una francesa, y había sido tan eficaz saqueando obras de arte judío en París en los primeros meses posteriores a la ocupación que había sido ascendido a embajador.) El «Rey Otto», como se le conoció debido a las espléndidas fiestas que daba en la embajada, pensaba que Pétain era demasiado anticuado, aislado y elitista, y apoyaba a Déat y Laval porque quería hacer que la colaboración fuera auténticamente popular y dinámica. Al igual que los funcionarios nazis destinados en los Países Bajos, Eslovenia y otros lugares, creía que un nuevo partido podría contribuir a consolidar el sentimiento proalemán (al fin y al cabo, había sido fundamental para la revolución nazi en la propia Alemania), y, de ese modo, nació el Rassemblement Nacional Populaire (RNP).

Déat detestaba a Pétain porque pensaba que estaba haciendo retroceder a Francia y desaprovechando la oportunidad para llevar a cabo el *auténtico* renacimiento nacional que restauraría su anterior gloria. Puede que tuviera razón, pero estaba totalmente equivocado al pensar que, por ello, los alemanes le apoyarían a *él*: lo último que quería Hitler era una Francia renaciente, y en Berlín se consideraba a Otto Abetz una especie de peso ligero, y, en realidad, no era el árbitro de la política del país. La colaboración, comentó Göring con desdén, era algo que hacía «Mr. Abetz», como si el asunto de la verdadera administración de Francia no tuviera nada que ver en absoluto con el tipo de politiqueo que éste practicaba. Para Göring la prioridad era saquear los productos del país. Para Hitler y para el comandante militar de la Wehrmacht, era el orden público, no la convergencia ideológica. Por consiguiente, Francia no fue, sin duda, el único lugar donde los alemanes prefirieron apoyar a los fiables conservadores en lugar de a obstinados y fantasiosos radicales que no tenían zonas de influencia. La verdadera importancia de los extremistas radicaba en la amenaza implícita que constituían: el RNP era una espada que los alemanes podían sostener sobre la cabeza de Pétain.

Porque Pétain era, desde luego, demasiado independiente y demasiado cauto para que Hitler confiara en él. Es posible que el Maréchal pensara que sólo una victoria alemana le permitiría llevar a cabo su revolución nacional,

pero sin duda no veía ninguna razón para apresurarse a entrar en la guerra en el bando de Alemania. Ni siquiera cambió de opinión después de que los británicos, desesperados por determinar la fuerza naval del Eje, hundieran la flota francesa, matando a 1300 marineros en el puerto argelino de Mers El Kebir en julio de 1940, lo que provocó una ola de indignación antibritánica en su séquito. La entrada en la guerra era el compromiso que Hitler había esperado obtener de él en su reunión en Montoire de ese octubre, pero había quedado defraudado. Otra guerra como la de 1914-1918, pensaban Pétain y su séquito, costaría demasiado cara al país, una opinión que mantuvo hasta el final. Vichy haría lo que pudiera para defender sus posesiones coloniales de los ataques británicos, e hizo esto activamente en 1940-1941, incluso bombardeando Gibraltar. Sin embargo, protegió su neutralidad *de facto* como la opción más prudente, y su capacidad para mantener el país en paz fue una de las causas de la popularidad que tuvo el régimen dentro del país, sobre todo en la zona no ocupada.

Ni siquiera los sentimientos intensamente antibritánicos del almirante Darlan, que se convirtió en el segundo de Pétain a comienzos de 1941, bastaron para llevar a los franceses al bando alemán, aunque en un momento estuvo cerca de conseguirlo. En opinión de Darlan, una victoria británica probablemente habría tenido el efecto de dejar a Francia como un «dominio de segunda clase, una Irlanda continental». Pero, sin duda afortunadamente para los franceses, sus propuestas para un Gran Plan, una asociación con el Reich que habría convertido a Francia en la principal potencia en el Mediterráneo, fueron rechazadas en Berlín. Los alemanes se mostraron tan codiciosos con los franceses como con los españoles, y tan poco dispuestos a contemplar sus condiciones para que les prestaran ayuda: fue así, irónicamente, el Tercer Reich y su negativa a contemplar la posibilidad de «convertir el Armisticio en colaboración» lo que salvó la neutralidad de Vichy. A consecuencia de ello, muchos gobiernos aceptaron la legitimidad del Gobierno de Pétain y mantuvieron relaciones diplomáticas cordiales con él, por lo menos hasta que los alemanes ocuparon todo el país en noviembre de 1942. Vichy rompió sus relaciones con Gran Bretaña después de Mers El Kebir, pero tanto Australia como Canadá siguieron reconociéndolo.

También Estados Unidos. En 1940, Roosevelt había informado al embajador estadounidenses, el almirante Leahy, de que Pétain «ocupa una posición única en los corazones de los franceses». Leahy permaneció en Vichy durante dos años, tratando de impedir que se uniera al bando alemán. Sólo tras la invasión aliada del norte de África rompió Laval las relaciones

entre las dos potencias, una medida que Roosevelt lamentó públicamente. De hecho, el sistema de gobierno establecido por Vichy continuó durante algunos meses bajo el dominio aliado en Argelia: los campos de concentración situados en el sur del país permanecieron en funcionamiento, y las leyes antijudías continuaron en vigor.[5]

Para los alemanes, una Francia neutral aún podía servir a sus intereses; lo que realmente les importaba eran las entregas de artículos, la mano de obra y la estabilidad tanto dentro de la Francia metropolitana como también dentro de sus posesiones en el extranjero. Como la guerra estaba librándose fundamentalmente en el Este, la prioridad alemana, por lo que concernía a Francia, era mantener al mínimo la cantidad de tropas desplegadas allí. El tipo de cambios que Pétain esperaba hacer en el interior no representaba una amenaza para ellos; al contrario, siempre y cuando siguiera siendo razonablemente popular, y leal (y los prisioneros de guerra que estaban en manos alemanas contribuían a garantizar esto último) su campaña para crear un estado autoritario más centralizado sólo podía hacer más fácil la ocupación. Los alemanes, por consiguiente, no tenían demasiados motivos, sobre todo en 1940-1941, cuando creían que en absoluto la guerra estaba acabada, para presionar a Francia para que prestara más ayuda militar que la que deseaba dar. A medida que los gaullistas fueron cobrando fuerza en el extranjero, conquistando el África ecuatorial francesa en el otoño de 1940 y ayudando a los Aliados a invadir Siria y el Líbano en el verano siguiente, Pétain se vio empujado a adoptar una postura más proalemana. No es que se resistiera demasiado a ello: es obvio que creía en la probabilidad de una victoria alemana mucho después de la invasión de la URSS y que el antibolchevismo que compartía con Hitler consolidó más firmemente el improbable vínculo que existió entre ellos.

Sin embargo, no había ninguna confianza real entre los dos países, y cada uno de los socios montó una intensa campaña de espionaje sobre el otro. Los alemanes organizaron una enorme operación de información contra Vichy, triplicando la cantidad de espías que tenían allí en el primer año de ocupación. Pero el servicio de contraespionaje de Vichy estuvo a su altura: siguió la pista a los agentes alemanes, arrestando casi a 2000 en dos años y llegando a ejecutar a varias docenas de ellos. Al igual que los españoles, los franceses se guardaron especialmente de los agentes alemanes en el norte de África. Agentes de Vichy incluso hicieron tratos con las redes de resistencia antialemana en el continente, permitiéndoles seguir comunicándose con Londres una vez que se comprobara que no les animaban sentimientos

«antifranceses». Animados, ambos, por el patriotismo (tal como ellos lo veían), estos resistentes y muchos dentro de Vichy compartían una antipatía común hacia los alemanes.[6]

Después de la invasión de la URSS, y del aluvión de ataques contra el personal militar alemán en Francia, el malabarismo que sostenía la colaboración se hizo más difícil de mantener, y el régimen fue perdiendo apoyos. Cuando la cuenta de víctimas francesas de ejecuciones alemanas se disparó de solamente 8 en 1940 y 51 en los primeros nueve meses de 1941 a más de 500 en los seis meses siguientes, la popularidad de Pétain cayó en picado. A comienzos de 1941, Francia seguía estando a favor de la colaboración, como comentó un notable que la apoyaba, pero al año siguiente los partidarios de Pétain ya no podían hablar abiertamente. «Los franceses leales», en sus lúgubres palabras, «han entrado en la noche»; al resto se les tendría que hacer «obedecer a la fuerza».[7] El punto intermedio desapareció, la legitimidad de Pétain disminuyó, y sus rivales en París, intuyendo (equivocadamente) que se acercaba su momento, empezaron a luchar entre ellos. En una despedida de voluntarios para el Frente Oriental dispararon al aliado de Laval, Déat, que estuvo a punto de morir. El propio Déat, un hombre al que Léon Blum había considerado en el pasado su sucesor natural en el movimiento socialista francés, se estaba impacientando e incluso contempló la posibilidad de llevar a cabo una Marcha sobre Vichy al estilo de Mussolini para tomar el poder para el fascismo francés.

Los *ultras* se estaban agitando, sobre todo a medida que Heydrich y las SS empezaron a concentrar su atención en Francia, y había entre ellos hombres mucho más extremistas que Déat. Eugène Deloncle era un oficial de artillería condecorado, un turbio e inestable personaje procedente de los sectores violentos del fascismo francés de antes de la guerra, cuya organización paramilitar y antirrepublicana Cagoule había sido apoyada en la década de 1930 por ejecutivos empresariales derechistas del gigante de los cosméticos L’Oréal. El comandante del ejército alemán en París había cautamente «tolerado», aunque no «autorizado», su Mouvement Social Révolutionnaire (MSR), sucesor de la Cagoule, que estaba comprometido con la «construcción de una nueva Europa junto con la Alemania nacionalsocialista y todos los demás países europeos liberados del capitalismo liberal, el judaísmo, el bolchevismo y la francmasonería». El MSR, al que le gustaban tanto las proclamaciones como a todas las demás agrupaciones políticas de la ocupación, pretendía regenerar «racialmente» a Francia, para impedir que los judíos «contaminaran» la raza francesa y para crear una economía socialista.

Saquear las propiedades judías ayudó, como también, a pesar del supuesto compromiso con el socialismo, el apoyo continuado de L’Oréal, pero cuando Deloncle intentó tomar el control del RNP de Déat, ambos hombres quedaron debilitados por las luchas intestinas.

Las luchas intestinas entre los organismos alemanes en París eran igual de encarnizadas. Deloncle también estaba siendo apoyado por la SiPo/SD. Provistos con explosivos que esta organización les proporcionó, sus hombres intentaron dinamitar siete sinagogas en París durante la noche del 2 al 3 de octubre de 1941. Seis de los edificios fueron dañados, junto con otros que había en torno a ellos; dos soldados alemanes y numerosos residentes franceses estuvieron entre los heridos. Cuando la policía militar investigó las explosiones, el SD intentó tapar su implicación, diciendo que probablemente se tratara de una «historia puramente judía», y hubo una colisión frontal con el comandante militar de la Wehrmacht, que rápidamente reveló los hechos después de que la persona que había asesorado a Deloncle alardeara, borracho, sobre el asunto en un club nocturno de París. El general Von Stülpnagel exigió la retirada de los dos oficiales de más alto rango de las SS en París e impidió que Deloncle fuera al Frente Oriental para unirse a sus hombres. El asunto creó una brecha entre la Wehrmacht y las SS que finalmente le dio a Heydrich la oportunidad para tomar el control de la vigilancia en Francia y nombrar a su propio HSSPF allí la primavera siguiente. En cuanto a Deloncle, perdió incluso el control del MSR, se dejó llevar hacia contactos secretos con agentes aliados, y acabó siendo asesinado por la Gestapo en un tiroteo en enero de 1944. No fue un fin atípico en el torturado mundo del extremismo francés.[8]

No obstante, algunos de sus compañeros Cagoulards más jóvenes y más prudentes navegaron por la guerra con más éxito: André Bettencourt, que escribió numerosos desagradables artículos proalemanes en 1941, acabó siendo un héroe condecorado de la resistencia. Después de la guerra, se casó con una mujer perteneciente a la dinastía familiar de L’Oréal, ayudando a blanquear el historial de la empresa, bastante sucio, y llegó a ser ministro del Gobierno. Uno de los compañeros de Bettencourt en el sector marginal del Cagoule llegó aún más alto. Como otros en la derecha, François Mitterrand sirvió a Vichy, en su caso ayudando a dirigir la oficina que se ocupaba de los prisioneros de guerra franceses, antes de pasar a la resistencia a medida que disminuyó su fe en Pétain.[9]

Pétain, Déat, Deloncle: la colaboración cubría un inmenso espectro de posibilidades, muchas de las cuales reflejaban e intensificaban las implacables

rivalidades que había entre los propios diversos organismos alemanes. Cuando alguien le comentó a Laval que la Alemania nazi era un estado autoritario, él contestó: «Sí, y con cuántas autoridades». Como en otros lugares, en París estaban librando su propia guerra dentro de la guerra. El comandante militar que tenía su cuartel general en el Hotel Majestic estaba enfrentado contra las SS; la embajada de Abetz, contra la Propaganda-Staffel de Goebbels: era una situación que ofrecía infinitas oportunidades para las intrigas francesas y amplias posibilidades para la iniciativa francesa.

Los alemanes buenos y los franceses malos: la guerra de Cocteau

Las ambigüedades de la colaboración surgen aún más claramente en el reino de las artes, pues en este ámbito los alemanes permitieron a los franceses una enorme libertad de acción. El París ocupado no sólo fue un lugar de colas, racionamiento y ansiedad, también fue, sobre todo en los primeros años de la guerra, un centro en auge de editoriales, muestras de moda, estrenos cinematográficos y galerías. A través de su permisividad, la ocupación alemana aumentó su apuesta por la identidad de la cultura nacional francesa y provocó feroces batallas entre conservadores y modernistas sobre la naturaleza del arte y el poder de la censura. Los propios alemanes se convirtieron tanto en protectores de pintores y poetas como en opresores, por lo menos para aquellos que no estuvieran excluidos de su protección por motivos raciales.

La guerra de Jean Cocteau ejemplifica muchas de estas paradojas. El célebre surrealista, homosexual y adicto al opio simbolizaba la decadencia y la corrupción en las que Vichy tenía puesta su mira. Los *ultras* derechistas racistas de París también tenían muchas razones para aborrecerlo, porque había firmado una petición organizada por la Liga Internacional contra el Antisemitismo en vísperas de la guerra, y antes de eso había sido noticia por dirigir las proezas pugilísticas de Panama Al Brown, un brillante peso gallo que fue el primer campeón mundial hispano de la historia del boxeo. Por consiguiente, podríamos esperar que la historia de la guerra de Cocteau fuera una historia de resistencia modernista contra los ignorantes colaboradores. Y en muchos sentidos lo fue, ya que luchó denodadamente por resistirse a Vichy y a su coro de matones fascistas parisinos, sólo que al hacerlo en realidad encontró a algunos de sus aliados más incondicionales entre los alemanes. Pero ¿qué había de extraño en eso? En opinión de Cocteau, los alemanes

también podían ser artistas, y sólo las almas mezquinas podían no ser capaces de entender que algunas cosas eran más elevadas que la nación.

La ocupación y Vichy, conjuntamente, planteaban enormes retos para la carrera de cualquier artista francés ambicioso. A finales de agosto de 1941, mientras las primeras redadas enviaban a miles de judíos parisinos al campo de internamiento de Drancy situado en los barrios de las afueras del noreste, Cocteau parecía estar a punto de chocar contra la actitud censora de Vichy. Cuando sus inspectores culturales prohibieron su nueva obra, *La máquina de escribir*, el escritor reaccionó de la misma manera que lo había hecho siempre en el pasado, buscando mecenas y protección. ¿A quién recurrir contra las autoridades de Vichy mejor que a los propios alemanes, especialmente cuando sus funcionarios en París eran tan agradables como el novelista Ernst Jünger, un conocido icono de la derecha convertido en crítico del nazismo? Y, de hecho, a través de Jünger, y de su colega Gerhard Heller, un entusiasta estudioso de la literatura francesa, Cocteau logró hacer que se levantara la prohibición de Vichy. Sus críticos franceses se mostraron indignados. Después de que también se autorizara la producción de otra de sus obras, ellos mismos tomaron cartas en el asunto: los fascistas de Deloncle, que acababan de intentar hacer volar las sinagogas parisinas, irrumpieron en el teatro y atacaron al elenco.

La lucha con los *ultras* continuó incluso después de que se refrenara a los hombres de Deloncle. Cuando el ministro de Educación de Vichy rechazó una de sus obras como «inoportuna», Cocteau ofreció una lectura privada a sus amigos alemanes para ver lo que pensaban ellos: les encantó. Parecía más fácil, escribió el editor Gaston Gallimard, comunicarse con los «buenos alemanes» que con los «malos franceses». Otto Abetz, el embajador alemán, y su esposa francesa, se mostraron mucho más elogiosos que el novelista derechista francés Céline, que dejó atónitos a los alemanes por la violencia de sus injuriosos ataques a sus compatriotas. Después de disfrutar con sus conversaciones con Cocteau, y de visitar a Picasso en su estudio, a Ernst Jünger, que no era ningún liberal, le había horrorizado de Céline su «asombro ante el hecho de que nosotros, soldados, no estemos fusilando a los judíos, que no los colguemos o los exterminemos, su asombro ante el hecho de que alguien con bayonetas se niegue a usarlas hasta el final».

Céline no fue el único escritor prominente que rindió culto al fascismo. El periodista y crítico Lucien Rebatet publicó la violentamente antisemita *Les Décombres* (Las ruinas), una diatriba contra los responsables de la ruina de Francia, alabó la cultura alemana, y percibió un «profundo significado

político» en el estilo disciplinado de la Orquesta de Cámara de Berlín. El novelista Drieu la Rochelle, al que se puso a cargo de la prestigiosa *Nouvelle Revue Française*, se ciñó a una línea antidemocrática y proalemana y soñó con una tercera vía fascista europea entre Estados Unidos y la amenaza del bolchevismo. También Robert Brasillach, otro brillante joven extremista literario, que pensaba que los franceses eran «un pueblo absurdo y mediocre» e insistió en alabar a los jóvenes alemanes y en criticar a los hombres seniles que ostentaban cargos de Vichy. Su encaprichamiento con un apuesto y joven profesor alemán del Instituto Alemán dio un giro trágico cuando este último cayó muerto en combate en el Frente Oriental. En la visita que hizo al bosque de Katyn como periodista, recordó a su amigo y aclamó su amistad como la expresión de una Europa rejuvenecida que derrotaría tanto a la complacencia burguesa como a las «fuerzas del Este». A Brasillach, Pétain y Vichy le parecían un callejón sin salida, y, a medida que la colaboración fue derrumbándose, pasó a confiar solamente en los propios alemanes. La caída de Mussolini lo conmocionó profundamente y pareció anunciar el fin de su ideal de una Europa fascista: «Una Francia fascista en una Europa fascista, ¡qué hermoso sueño! Porque ya no hay ninguna Europa fascista». Pero al contrario que muchos otros *ultras*, se negó a renunciar a sus creencias. Incluso en los días oscuros de finales de 1944, cuando vio que todo se encaminaba hacia el «templo de la paz universal, la hermandad impuesta de todas las razas y credos», Brasillach seguía pensando que el fascismo había sido «la verdad más emocionante del siglo XX».[10]

Ésta era la perspectiva *ultra*, pero, rotundamente, no era la de Cocteau: él no era un extremista y valoraba la sociedad y la sociabilidad por encima de la ideología. «Los acontecimientos me aburren», le confió el poeta Valéry a Gerhard Heller en esta época. «Los acontecimientos son la espuma de las cosas. Es el mar lo que me interesa.»

Por lo que respectaba a la política, Cocteau pensaba fundamentalmente lo mismo. Sombras cayeron sobre él a medida que sus amigos huyeron al extranjero, o se ocultaron. Algunos le escribieron cartas angustiadas antes de su arresto y deportación, y uno o dos se suicidaron. Junto con Picasso, asistió al entierro del pintor judío exiliado Chaim Soutine en 1943, un acto de solidaridad con un hombre que había muerto huyendo de la Gestapo. Pero su vida social seguía su frenético ajetreo habitual. Le impresionaba, muy a menudo, la «belleza prodigiosa» de París: los alemanes que venían a rendirle homenaje, los visitantes que venían de la Zona Libre y que quedaban «estupefactos por la ciudad», los restaurantes «que venden todo lo que

supuestamente está prohibido»; los cazadores de autógrafos seguían persiguiendo por las calles a las estrellas y los actores de cine. «Cómo les debe asombrar a los alemanes este París primaveral», reflexionaba en mayo de 1942. «¡Estas flores, estos sombreros de mujer, estas pequeñas carretas tiradas por equipos de ciclistas, por la increíble gracia de la resistencia del aire! París lo digiere todo y no asimila nada. Un espectáculo de profunda luminosidad…»[11]

Cocteau tenía una relación especialmente estrecha con el escultor favorito de Hitler, Arno Breker, cuyos desnudos monumentalmente grandilocuentes, enormes símbolos de «una raza renovada y espléndida», habían sido aclamados en el Tercer Reich. Breker era un francófilo y había conocido el panorama artístico parisino desde la década de 1920: fue él quien, junto con Albert Speer, había recorrido París con Hitler al amanecer en junio de 1940, poco después de la caída de la ciudad. En mayo de 1942, en el mismo mes en el que los judíos franceses de la zona alemana fueron obligados a llevar la estrella amarilla, se inauguró en la Orangerie una exposición consagrada a la obra de Breker, patrocinada por los alemanes. Para señalar la ocasión, Cocteau escribió un afectuoso homenaje titulado «Saludo a Breker», un documento que le causaría considerables problemas. «Yo te saludo, Breker», escribió. «Te saludo desde la elevada patria de los poetas, una patria donde las patrias no existen, salvo en la medida en que cada una de ellas trae consigo el tesoro del trabajo de su nación.» Esto fue recibido con una indignada desaprobación, y sus amigos le escribieron para protestar y pedirle una explicación. A Cocteau le disgustó que sus críticos le hubieran entendido mal; lo que apreciaba de Breker era la amistad, y fue este vínculo personal lo que lo movió a escribir, y no una intervención en el juego político de la colaboración.

Sin embargo, no es que no fuera consciente de la política de Breker, ni de su estrecha relación con Hitler. Durante las conversaciones que mantuvieron en la época en la que este último visitó la exposición, Breker le había dicho a Cocteau que lo que realmente importaba era la victoria en el Este: «en Francia sólo tenemos burócratas que quieren demostrar su celo y reforzar su prestigio». La victoria sobre Rusia, continuaba Breker, traería la felicidad a Francia. Los dos amigos hablaron sobre Hitler (que veía tan tiernamente a Breker, supuestamente, como para considerarle como un hijo), la debilidad de Pétain y el problema de los judíos. «No hay ninguna excepción posible», advirtió Breker duramente a Cocteau, que tenía numerosos amigos judíos, sobre este tema. «Es un duelo a muerte.» Por lo que respectaba a Hitler, sus

opiniones eran más parecidas. Influido quizá por los elogios de Breker al Führer, Cocteau siguió viendo al líder alemán como una mejora respecto a los viejos parlamentarios, una figura mítica a la que no se debía impedir que «llevara a cabo su tarea en su totalidad». Hitler, escribió, era «un poeta más allá de la comprensión del alma de las bestias de carga», y criticó a sus propios compatriotas, en la intimidad de su diario, por tratarlo con «falta de respeto e ingratitud absoluta».[12]

El propio Cocteau tenía mucho por lo que sentirse agradecido. Fue el mecenazgo alemán lo que lo protegió de los extremistas franceses. No especialmente interesado en la política, demostró lo fácil que le podía resultar a un creador de mitos de mentalidad independiente dedicarse a las artes bajo la ocupación alemana, de hecho, con el apoyo alemán. Con la aprobación de los censores, durante la guerra despegó su carrera de director de cine. Cuando apareció un artículo que lo denunciaba en una revista de derechas, observó que «todos los alemanes se rieron de él». *Ultras* aparte, en la apretada carrera de Cocteau hubo sitio para casi todos, incluso para el Maréchal cuyo régimen le había atormentado. En 1942, había realizado una contribución para una lujosa obra de idolatría vichista, un libro de homenaje titulado *De Jeanne d'Arc a Philippe Pétain*. Con el subtítulo de *Quinientos años de historia francesa*, el libro, pródigamente ilustrado, apareció justo a tiempo para la visita del Maréchal a París. Para entonces la ocupación ya estaba tocando a su fin, pero Pétain todavía era popular y recibió una calurosa acogida. Como tema de época de guerra, Juana de Arco era muy apropiada, dada la ambigüedad de sus asociaciones, para la propia guerra que vivió Cocteau: inicialmente símbolo del sentimiento antibritánico, sobre todo después del desastre de Mers El Kebir, para cuando el libro apareció en 1944, la propia Juana había saltado al bando gaullista como un ejemplo de resistencia al ocupante. Cocteau no le fue muy a la zaga.[13]

Pero su caso no fue atípico en ningún sentido. Los organismos alemanes en París ejercieron la diplomacia cultural con enorme energía, y la ambigüedad y la oportunidad caracterizaron el mundo del arte de la Francia de la época de guerra. Para los ambiciosos y los indiferentes, fue un momento para fundar periódicos y editoriales. Y mientras puede que los críticos de línea dura como Lucien Rebatet hayan visto la ocupación como una oportunidad para librar a Francia del cosmopolitismo judío y del modernismo decadente, no era tan fácil desterrar el modernismo. En la intimidad de su estudio, Picasso continuó

pintando; el propio Braque continuó exponiendo públicamente. Vichy era decididamente anticuado y prefería encargar tapices de segadores franceses en medio de paisajes idílicos. Pero en París la «abstracción patriótica», en rojo, blanco y azul, gozó de la aprobación de los gaullistas y los alemanes por igual. Después de la guerra, el Museo de Arte Moderno de Manhattan propagó el mito de que el nazismo había desahuciado el modernismo de Europa y había permitido que Nueva York relevara a París. Pero esto no era estrictamente cierto. Algunos artistas huyeron: algunos, como Soutine y Krénègne, se escondieron, o se refugiaron, como Fautrier y Matisse. Pero bajo la sorprendentemente desinteresada mirada de las autoridades de la ocupación, París siguió siendo acogedora para muchos tipos de arte.

Esto se debió a que la gestión alemana del mundo artístico de París durante la guerra pretendió, hasta donde fuera posible, garantizar una especie de normalidad en medio de las privaciones, la censura y la propaganda, y proporcionó numerosos incentivos para que los franceses acataran el nuevo régimen a consecuencia de ello. Aparte de la prohibición de mostrar las obras de artistas judíos y de exiliados, hubo pocos obstáculos. Picasso no podía exponer públicamente porque el Gobierno español había pedido que así fuera, pero la prohibición no impidió que una nueva editorial de arte de la época de la guerra, Éditions du Chêne, publicara una atractiva edición de sus nuevos bodegones durante la guerra, con ilustraciones en color engarzadas, en un momento en el que había escasez de papel en toda Europa. Con casi el doble de galerías abiertas en 1943 que las que había habido dos años antes, la entrada en el mundo artístico francés era posiblemente más fácil que antes. Los libreros y los editores se apresuraron a cumplir con las nuevas reglas establecidas por los censores alemanes para aprovecharse de la atmósfera favorable. Los franceses tenían una necesidad más urgente que nunca de leer, y las ventas de Simenon y de otros *best sellers* se dispararon.**[14]**

La diplomacia cultural alemana tuvo como objetivo a pintores y escritores muy conocidos, promovió conferencias y organizó exposiciones. Durante la guerra, el Ministerio de Exteriores desarrolló una red de institutos culturales en toda Europa, desde Lisboa hasta Sofia, pero éstos fueron más activos en Francia que en ningún otro lugar. El embajador Otto Abetz, cuyas campañas por la causa de la reconciliación franco-alemana se remontaban a la década de 1920, reactivó su antiguo Cercle France-Allemagne, rebautizándolo como Groupe Collaboration, y atrajo un círculo de escritores, editores y periodistas. De forma no muy distinta a como sucedió después de 1945, el acercamiento franco-alemán se presentó como un ideal europeo, un medio de traer paz al

continente en conjunto. Abetz veía «la idea de Europa» de una forma más cínica, como algo que podía ser «usurpado por el Reich sin perjuicio de su exigencia de primacía continental afianzada por el nacionalsocialismo en el pueblo alemán».[15]

La «propaganda activa» de Abetz desembocó en una serie de grandes exposiciones públicas. La primera de éstas, «La France européenne», se inauguró en París en el verano de 1941, atrayendo con el tiempo a 635 000 visitantes. Otras le siguieron pronto, sobre las mejoras internas para el ahorro de mano de obra, sobre «los judíos y Francia» y sobre el peligro del bolchevismo para Europa. Estas exposiciones, cuya popularidad cayó rápidamente después de 1942, cuando la atmósfera pública se volvió hostil, atrajeron, no obstante, entre todas ellas, más de 3 millones de visitantes. Pero también hubo muchos otros destacados actos culturales. Herbert von Karajan dirigió el réquiem de Mozart, y la Filarmónica de Berlín interpretó a Wagner y a Strauss. Hubo también conferencias de eminentes intelectuales como Carl Schmitt y el estudioso de Heidegger Hans-Georg Gadamer, que habló en el Institut Allemand sobre Herder, los fracasos de la democracia y el poder de la idea del *Volk*. Para Gadamer, como para tantos intelectuales alemanes, pasearse a lo largo del Sena en el París de la guerra era la situación perfecta en la que imaginarse un futuro de paz, gran seriedad y reconciliación nacional bajo la dirección del Reich.[16]

Tampoco fue todo el viaje de sentido único. Los alemanes premiaron a los artistas y los escritores franceses favorables invitándolos al Reich en destacados viajes pagados. Una delegación de pintores franceses, entre los cuales figuraban Vlaminck, Derain y De Segonzac, visitó Alemania a comienzos de 1942. Algunos cantantes franceses hicieron giras por los campos de prisioneros de guerra ubicados en el Reich, entre ellos Maurice Chevalier, que había declarado su fe en Pétain y cuya carrera durante la guerra había prosperado a consecuencia de ello. Estuvieron las celebraciones de Mozart en Viena a finales de 1941, y las conferencias en Weimar organizadas por el Ministerio de Propaganda de Goebbels, que reunieron a Brasillach y a Drieu junto con una lista poco inspirada de escritorzuelos de segunda categoría para asistir a la convención anual de escritores alemanes. La segunda de éstas, en 1942, se convirtió en una reunión de la nueva Unión de Escritores Europeos, controlada por los alemanes, donde *litérateurs* alemanes y franceses se mezclaron con representantes de la «Nueva Europa». (Entre los invitados estuvo el anciano premio Nobel Knut Hamsun, que posteriormente enfureció a Hitler en una entrevista privada en Berchtesgaden

quejándose de lo destructivo de la política alemana en Noruega y exigiendo la retirada del comisario político del Reich de Oslo. Otro delegado mucho más joven, ya conocido por su europeísmo y por su amor por la literatura alemana, fue el brillante italiano Giaime Pintor, que moriría menos de dos años después como partisano antifascista a las afueras de Roma.)

En ninguna otra parte de Europa promovieron tan intensamente los alemanes la diplomacia cultural como en la Francia ocupada. Los nazis asociaban el país con las artes, y lo admiraban y al mismo tiempo lo despreciaban por esto. Hitler pensaba que la búsqueda del gusto en la música, los libros, la comida y la moda había ablandado a los franceses; sus intereses podían fomentarse sin peligro, sobre todo debido a que esto daba una imagen mucho más tolerante del dominio alemán que en ningún otro lugar. Su visita a París en 1940 seguía siendo un recuerdo vívido y se alegraba mucho de no haber tenido que destruir la ciudad, un «documento de la cultura europea»: habría sido mucho más doloroso, comentó al año siguiente, que ordenar la destrucción de Moscú y Leningrado. (Tres años después, naturalmente, superó estos escrúpulos y ordenó al último comandante alemán de la capital francesa que la dejara en ruinas.) París, al fin y al cabo, proporcionaría los parámetros según los cuales sería juzgado su futuro Berlín.[17]

Los administradores

¿Quién estaba dirigiendo Francia en realidad? Desde luego, no el «Rey Otto» Abetz y su círculo de intelectuales. Y tampoco las SS, cuya presencia, incluso después del establecimiento de Carl Oberg como HSSPF en mayo de 1942 siguió siendo bastante reducida. De hecho, la teoría de Werner Best de la «administración supervisora» proporciona una guía en gran medida exacta de cómo estaba organizada realmente la ocupación. Supervisado por funcionarios de la Wehrmacht, el país estaba en manos de funcionarios franceses.

La continuidad del estado a lo largo de las más violentas convulsiones ideológicas es uno de los grandes temas de la historia de la Europa moderna sobre los que no se ha escrito, y en ninguna circunstancia fue esto más evidente que durante la segunda guerra mundial. En Francia, al contrario que en el Este, los alemanes no tenían ningún objetivo inmediato aparte de administrar una ocupación eficaz y ordenada, y esto hizo que los funcionarios del estado fueran más importantes incluso que los políticos. La política era fundamentalmente una distracción, mientras que la administración era la

esencia de una ocupación militar. Y como los burócratas sólo podían funcionar de esta forma si se podía confiar en ellos, los alemanes fueron más sensibles a la opinión pública que lo que podríamos imaginar, siguiéndola atentamente y tratando de moldearla, especialmente a través de las campañas de propaganda mencionadas anteriormente.[18]

Vichy también tenía su propio interés en conservar un fuerte aparato administrativo. Sin él, el régimen podría convertirse fácilmente en una mera figura decorativa para la influencia alemana, incapaz de llegar a las bases populares francesas. Del mismo modo que algunos intelectuales alemanes tramaban dividir Francia, Vichy estaba resuelta a mantenerla unida, y el funcionariado de estado era, con mucho, el instrumento más importante para hacerlo. En cuanto a los propios funcionarios del estado, en muchos sentidos la ocupación fue menos perturbadora para ellos que para los políticos. De hecho, al estar la clase política gravemente debilitada, el dominio alemán les ofreció una oportunidad de llevar adelante políticas para centralizar y hacer más eficiente la administración del país que los políticos habían estado bloqueando durante años.

Al principio todo les había cogido muy desprevenidos. Estaban tan seguros de que la guerra no acabaría rápidamente que, a diferencia, por ejemplo, de sus colegas holandeses, apenas se habían preparado para lo que habrían de hacer en caso de derrota. En el verano de 1940, mientras París se quedaba vacía, presa del pánico, el Ministerio de Educación seguía enviando circulares recordando a los maestros cómo solicitar su retiro anual en un balneario. No obstante, una vez que se instaló a Pétain, las fuerzas de la continuidad rápidamente se reafirmaron. Los temores sobre la seguridad nacional del país ya habían llevado a la centralización, las purgas y la represión al comienzo de la guerra en septiembre de 1939: Vichy no hizo más que continuar esa tendencia.

Esta continuidad fue bastante inesperada, en algunos sentidos. Al fin y al cabo, Vichy no era un país dirigido por funcionarios, como Bélgica y los Países Bajos; en Francia había un gobierno legítimo con un claro programa político de ruptura con el pasado. No obstante, Pétain (como De Gaulle cuatro años después) tenía todos los motivos del mundo para conservar las instituciones estatales entonces existentes si deseaba gobernar eficazmente. Las purgas, por consiguiente, produjeron menos cambios que los que se podría haber esperado, y los extremistas de la derecha se quejaron amargamente a consecuencia de ello; en 1944, Marcel Déat criticó a la «comuna reaccionaria» de la capital, afirmando que sus miembros eran

«profundamente *attentistes*», por no decir gaullistas. Fueran gaullistas o no, casi el 80 por 100 de los alcaldes de los barrios de las afueras de París durante la guerra eran republicanos de antes de la guerra. En cuanto al campo, generalmente se desalentó el relevo por motivos puramente políticos; los alemanes también temían los efectos que ello pudiera tener sobre la eficacia y la continuidad. En Aquitania y Charente, por ejemplo, al menos la mitad de los funcionarios gubernamentales locales que habían ostentado cargos en 1939 seguían allí todavía cuando la ocupación terminó.[19]

La promesa de Vichy de una nueva revolución autoritaria ocultaba, por consiguiente, la realidad de su dependencia del funcionariado del país. Naturalmente, los burócratas pudieron servir como instrumentos de represión, y lo hicieron, particularmente en las redadas de judíos y de adversarios políticos. Pero en general no tenían la menor intención de ofrecer el dinamismo revolucionario que exigía la extrema derecha de Francia. El culto a Pétain ocultaba el vacío político que había en el seno de su Gobierno, y su negativa a permitir la formación de un partido político único supuso que, irónicamente, los funcionarios del estado franceses nunca se toparan con nada que se pareciera a la competición radicalizadora que los *Gauleiters* nazis infligieron sobre sus colegas alemanes, o que usó el NSB holandés, con mucho menos éxito, en su intento de tomar el control del funcionariado del estado en los Países Bajos. Por consiguiente, tener al conservador Pétain en el poder protegió a Francia del tipo de nazificación que amenazó a otros países, por lo menos hasta que fue demasiado tarde en la guerra para que ello tuviera alguna importancia. Aumentando su control sobre las provincias, creando un nuevo escalón de superprefectos, impidiendo que la mayoría de las nuevas comisarías políticas formadas especialmente por el régimen tuvieran demasiada influencia, los altos funcionarios de Francia fueron responsables, durante la guerra, de una expansión de la burocracia y una consolidación del poder estatal que Wilhelm Stuckart, en el Ministerio del Interior del Reich, habría envidiado. Los alemanes podían haber conquistado Francia, pero el estado francés sobrevivió más o menos intacto.

Tal como ellos lo veían, los funcionarios desempeñaron un papel fundamental a la hora de conservar una Francia que la ocupación ya había desmembrado, y que podría enfrentarse a una mayor fragmentación cuando llegara la paz si el apoyo de Alemania a los separatistas regionales llegaba a ser importante alguna vez. Pero al mismo tiempo que hacían frente a estos desafíos de la época de guerra, también estaban siguiendo un programa más antiguo de racionalización y modernización del estado que muchos de ellos

habían estado proponiendo activamente desde la década de 1920. El almirante Darlan, que dirigió el gobierno después de que Laval fuera destituido, era un reformador de este estilo: estaba en contra de cualquier «politicización» de la administración, y no le impresionaba lo más mínimo el pesado movimiento Legionario de 600 000 veteranos que Pétain había imaginado que podría sustituir a un partido político, y se mostró deseoso de aprovechar la conmoción provocada por la derrota para forzar la introducción de una «nueva administración». Cuando el líder de la Legión alardeó de que ésta «era el estado», Darlan se aseguró de que no lo fuera. Desilusionados con los parlamentos y los partidos, él y sus tecnócratas produjeron multitud de propuestas para una reforma burocrática y depositaron su confianza en los funcionarios del estado.[20]

Había, naturalmente, peligros en esta forma de proceder, principalmente el peligro de perder el contacto con el sentimiento del propio país. Algunos en la élite del funcionariado del estado despreciaban la opinión pública y desconfiaban de ella. «¡La opinión no es más que una enorme mujer!», según uno de ellos. No obstante, a los más prudentes les preocupaba que el régimen, como cualquier gobierno autoritario y excesivamente burocratizado que no cuenta con un ala política, corriera el riesgo de quedar aislado. Un prefecto advirtió del peligro de crear «auténticos gobernadores, como en nuestras colonias lejanas». Sin partidos políticos que mediaran en las preocupaciones populares, Xavier Vallat, el primer gran jefe antijudío de Vichy, temía que surgiera «una brecha que pudiera convertirse en un abismo de incomprensión».[21] «Su Gobierno corre», advirtió un veterano senador a Pétain, «el gravísimo peligro de carecer de cualquier contacto con el país salvo a través de los funcionarios del estado, cuyas antenas y visión están profesionalmente deformadas». Estos miedos empujaron a Pétain a abrir sus puertas a los notables locales, aunque esto no fue ni mucho menos suficiente y lo expuso a acusaciones desde la derecha de que el problema de su régimen era su falta de energía y su incapacidad para movilizar a la derecha francesa detrás de sí.[22]

El hecho de confiar en los funcionarios implicaba otro riesgo para un gobierno cada vez más nervioso, es más, paranoico. Vichy seguía la opinión pública y controlaba sus propios cuadros en busca de cualquier síntoma de deslealtad: la Gestapo apenas se podía comparar con los extremadamente eficaces servicios de seguridad franceses a la hora de controlar las opiniones políticas de los propietarios de las cafeterías o los maestros de escuela. No obstante, cuando intentó purgar a los propios funcionarios del estado,

descubrió que el funcionariado luchó encarnizadamente por proteger a los suyos. Ya desde las primeras purgas de 1940, después de la aprobación de leyes que tenían como objetivo a los judíos, los comunistas, y los francmasones en particular, los administradores de alto rango resultaron ser extremadamente reacios a despedir a su personal, prefiriendo lanzar advertencias, o trasladarlos a puestos menos sensibles. Hubo grandes disparidades en los efectos que tuvieron las purgas en los distintos ministerios, siendo especialmente meticulosos los de Interior y de Guerra, lo cual no era de extrañar, y mucho más resistentes los de Trabajo y Exteriores. A medida que la guerra fue de mal en peor, Vichy se sintió cada vez menos capaz de confiar en ellos. Esto hizo necesario que se organizaran constantes reafirmaciones de lealtad. En julio de 1941, Pétain ordenó a todos los funcionarios del estado que *repitieran* un desmentido obligatorio en el que negaban ser francmasones, que ya habían hecho con anterioridad, y a continuación desencadenó un aluvión de ceremonias de juramentos públicos. «O se está conmigo, o se está contra mí», insistía, «y esta idea es sobre todo cierta para los funcionarios del estado». A continuación se produjo una «inflación de juramentos», y esto hizo necesaria la absurda ley de 1942, que de hecho explicaba en detalle cuándo se podía exigir legalmente un juramento.[23]

El regreso al poder de Laval ese mismo mes supuso el fin de los proyectos de reforma administrativa de Darlan, pero no hizo nada por refrenar el poder del estado. Al contrario, como hombre de la Tercera República, Laval era mucho más feliz que lo que lo había sido Darlan trabajando con las antiguas instituciones y sus funcionarios y tenía menos deseos de cambiarlas. «Volvemos a la Tercera República», era la airada queja de los desilusionados pétainistas, que veían cómo se desvanecían sus esperanzas de llevar a cabo una revolución doméstica. Centrándose en la política exterior, sin embargo, Laval quería subordinados que administraran los asuntos internos del país sin aspavientos, de forma lo bastante eficaz y sin complicaciones como para ganarse el respeto de los alemanes.

Pero los funcionarios que tan hábilmente habían logrado conservar e incluso aumentar su poder a lo largo de los primeros meses de la ocupación se encontraron ahora con que el precio de conservar ese logro estaba aumentando enormemente. Comenzó antes del regreso de Laval al poder con el aluvión de ataques al personal alemán que se produjo a continuación de la

invasión de la Unión Soviética. La crisis de los rehenes de otoño de 1941 habría afectado mucho menos a las relaciones franco-alemanas si el propio Hitler no se hubiera involucrado. Fue su insistencia en infligir enormes represalias a los franceses lo que provocó la primera brecha grave con Vichy. Pero desde el punto de vista del Gobierno, lo que importaba era restaurar el control francés sobre el procedimiento judicial. Si alguien, por expresarlo sin rodeos, iba a intentar fusilar a franceses, debían ser otros franceses quienes lo hicieran. Ésta era la razón por la que Vichy se mostró tan deseoso de hacerles el trabajo sucio a los alemanes, creando tribunales especiales para buscar y juzgar a los comunistas y a otros sospechosos.

Una vez embarcados en este rumbo, no había forma de saber adónde conduciría. El acuerdo franco-alemán del verano siguiente sobre el mantenimiento del orden fue aún más revelador sobre hasta dónde estaban dispuestos a llegar los funcionarios para conservar la soberanía francesa. Para los alemanes, la parte más fundamental del estado francés que debían controlar era el mantenimiento del orden, sobre todo ya que la fuerza de policía, en gran medida republicana, había resultado ser una socia firmemente fiable. Pero, de igual modo, para Vichy era fundamental conservarlo en manos francesas. El hombre que participó en nombre de Francia en estas charlas fue una brillante estrella en ascenso, René Bousquet, que había sido el prefecto más joven de Francia y al que Laval había instalado como secretario general de la policía. Fue un síntoma de la suprema confianza que tenía en sí mismo que defendiera la postura francesa por sí solo en estas charlas; el HSSPF Carl Oberg, junto con sus colegas de la SiPo/SD Knochen, Lischka y Hagen, presentaron las exigencias de los alemanes. Las raíces políticas de Bousquet, que no era ningún ideólogo de la derecha, se hallaban, en lugar de ello, en la tradición radical-socialista de la Tercera República de entreguerras. Para Bousquet y Laval, lo que realmente importaba era alcanzar un acuerdo con las SS que recuperara la autonomía para la policía francesa, «la indicación más llamativa de la soberanía de su Gobierno» como él lo expresó, y marginar a peligrosos aficionados entrantes, como el autoproclamado Darquier de Pellepoix, el nuevo comisario general para asuntos judíos.[24]

Él sí estaba dispuesto a apostar por esto. Lleno de confianza y de seguridad en sí mismo, Bousquet logró que Oberg accediera a que la policía francesa no tuviera que entregar a prisioneros o proporcionar rehenes a los alemanes. A cambio de ello, fue mucho más allá de las instrucciones que Laval le había dado sobre la cuestión de deportar a los judíos. Cooperó en la gran redada de judíos nacidos en el extranjero que se llevó a cabo en París a

mediados de julio y en la zona no ocupada en el mes siguiente. Las instrucciones de Pétain habían sido asegurarse de que la policía francesa no desempeñara ningún papel en su arresto; Bousquet ofreció su ayuda de todos modos e hizo caso omiso de las protestas de los clérigos franceses rechazándolas como un clásico burócrata, diciendo que «la función de la opinión pública es agitarse; la función del Gobierno es escoger». Preocupado, como siempre, por la cuestión de la soberanía, el Gobierno hizo una clara distinción entre los judíos franceses y los extranjeros. Gracias a las insistentes órdenes de Bousquet, la policía les hizo el trabajo a los alemanes y reunió a los judíos extranjeros. Muy interesado en asegurarse de que el lado francés entregara las cantidades convenidas, Bousquet recordó a los prefectos la necesidad de deportar tanto a los adultos como a los niños. Los alemanes habían debatido la cuestión y habían determinado que también se les pudiera enviar a ellos: a consecuencia de ello, más de 2600 niños de edades comprendidas entre los dos y los dieciséis años estuvieron entre los deportados a Auschwitz.

Los representantes del SD de Eichmann quedaron defraudados. En junio su oficina había planeado deportar a 100 000 desde Francia, pero había reducido esta cifra cuando comprendió que Vichy sólo empezaría las deportaciones con judíos nacidos en el extranjero. En julio el propio Eichmann se enfureció cuando se tuvo que cancelar el primer transporte desde Burdeos porque allí sólo se había encontrado a 150 judíos apátridas; riñó a su segundo en París por este «vergonzoso» asunto. A comienzos de septiembre, los alemanes calcularon que no se había deportado a más de 27 000 judíos desde Francia.

No obstante, Oberg, el jefe de las SS en Francia, era mucho más realista que los «especialistas en judíos» y felicitó a Bousquet porque la «policía francesa ha llevado a cabo hasta ahora una tarea digna de elogio»: las redadas habían demostrado que todavía se podía confiar el ellos. El propio Oberg era consciente de que, debido a las exigencias de la nueva ofensiva en el Frente Oriental, la mano de obra alemana en Francia se empleó hasta el límite de sus capacidades. La cantidad de tropas disponibles para las tareas de ocupación había caído de 100 000 a 40 000 en unos pocos meses, y había menos de 3000 policías alemanes en Francia bajo el mando directo de Oberg; como Bousquet controlaba a 47 000 hombres, la cooperación era obviamente una buena idea. De hecho, como demostrarían los acontecimientos del año siguiente, sin la cooperación de la policía francesa las deportaciones en masa que se pretendían eran prácticamente imposibles de lograr. Pesimista pero siempre

realista, el propio Bousquet veía el hecho de ayudar activamente a Oberg como la única alternativa a deslizarse hacia la «subordinación total».[25]

Paso a paso, este inteligente funcionario se estaba dejando llevar por el camino de una represión cada vez más intensificada. Aunque en realidad Oberg estaba resistiéndose a sus superiores, Himmler y Hitler, para no debilitar más a Pétain, la política alemana de ejecuciones en masa y redadas continuó, encolerizando a la opinión pública francesa. Las cosas se pusieron mucho peor a comienzos de noviembre de 1942, cuando los alemanes respondieron a los desembarcos aliados en el norte de África pasando a la zona no ocupada e intensificando su vigilancia en todo el país. La respuesta de Bousquet, a medida que aumentaron las exigencias alemanas, fue negociar y después insistir en que se permitiera a la policía francesa ejecutar las operaciones ella misma. El propio Oberg no era el protector que había sido en el pasado; estaba siendo atacado en Berlín por pasar demasiado tiempo en París, y Himmler lo criticó por ser demasiado «diplomático» e insuficientemente duro. De hecho, fue la intervención directa tanto de Himmler como de Hitler lo que empujó a Bousquet a nuevas profundidades durante la llamada batalla de Marsella.[26]

En realidad, no fue tanto una batalla como la primera operación masiva de destrucción urbana que se llevó a cabo en Europa. Cuando habló con Norbert Masur más de dos años después, Himmler pareció orgulloso de lo que había pasado allí. «Durante nuestra ocupación hubo ley y orden en Francia, aunque yo sólo tenía allí a 2000 policías alemanes», le dijo. «Todos tenían trabajo, todos tenían comida suficiente. Sólo *nosotros* conseguimos limpiar el área portuaria de Marsella, establecer condiciones saludables y establecer la ley y el orden, algo que ningún gobierno francés había logrado jamás.» Y era verdad que ni a Vichy ni a los alemanes les había gustado nunca la ciudad, sobre todo los laberínticos e ingobernables callejones de su Vieux-Port, hogar de desertores alemanes, refugiados judíos y *résistants*. En las primeras horas de una noche de diciembre de 1942, una bomba estalló delante del Hôtel Astoria, entre la rue de la Canabière y el boulevard Garibaldi; unas horas después, otra explotó junto a un coche alemán fuera del Hôtel de Rome et de Saint-Pierre. Ambos objetivos eran utilizados por los alemanes, pero no hubo ninguna víctima, aparte de un par de transeúntes que resultaron heridos. No obstante, los alemanes impusieron un toque de queda, y empezaron los registros para dar con células de la resistencia. El 3 de enero hubo una tercera explosión en el exterior de un burdel del ejército alemán que dejó heridos a varios de los que estaban en su interior, y otra fuera del Hôtel Splendid, que

dejó dos heridos, uno de ellos de muerte, lo que hizo que el comandante militar alemán declarara la ley marcial. Cuando Himmler oyó la noticia, culpó a Oberg por no tomar medidas drásticas. Se decía que el propio Hitler estaba «sumamente preocupado y descontento» y que quería que todo el Vieux-Port fuera evacuado, registrado y después arrasado. A Kurt Daluege, el jefe de policía alemán, se le evacuó de allí en avión, y se envió a un regimiento de policía de las SS para que se hiciera cargo de la situación; mientras tanto, el ejército informó a Vichy de que la policía y la gendarmería francesas quedarían bajo el mando alemán. Unos días después, a pesar de las protestas de Laval, el *préfet* regional, M. Rivalland, fue sustituido, y el regimiento de las SS, compuesto por varios miles de hombres, llegó a Marsella.**[27]**

Laval y Bousquet estaban desesperados por recuperar el control de la situación porque estos nuevos acontecimientos ridiculizaban las pretensiones de soberanía de Vichy. Por consiguiente, tuvieron lugar unas negociaciones dramáticas y tensas en París en una atmósfera difícil: los funcionarios franceses, encabezados por Bousquet, por un lado, y Oberg y los otros funcionarios alemanes de las SS y la policía por el otro. Oberg les leyó en voz alta una carta de Himmler que afirmaba que Hitler quería que Marsella fuera «limpiada» por el bien de «la salud de la Europa del futuro»: era el «cáncer de Europa, un refugio para el hampa internacional [*la pègre internationale*]», y los *quartiers* que había en los alrededores del Vieux-Port debían ser destruidos. Los franceses apenas podían creerlo, como tampoco el hecho de que se fuera a enviar a un campo de concentración a unas 40 000 personas para que fueran sometidas allí a un proceso de cribado. No había ningún precedente de un castigo colectivo de esa envergadura en ningún lugar de Europa occidental, sobre todo dada la relativa insignificancia de las propias explosiones. No obstante, aunque las órdenes parecían inequívocas, Bousquet negoció. Señaló las imprevisibles repercusiones que tendría tal acontecimiento, la dificultad de garantizar la seguridad de las propias tropas alemanas, las dificultades, también, que los alemanes podrían tener a la hora de organizar el transporte de un grupo tan grande a través del país. Su petición de que se retrasara un mes fue rechazada. Pero al final él y Laval decidieron insistir en que si la operación había de llevarse adelante, era la propia policía francesa quien debía llevarla a cabo, y la cuestión de a quién se debía deportar o arrestar debía quedar en sus manos. Tres días después, el 16 de enero, Berlín dio su consentimiento, y en menos de una semana 12 000 policías franceses llegaron a Marsella para llevar a cabo la mayor operación de ese tipo que jamás se había visto en Francia. Durante un día y medio peinaron las

calles casa por casa, verificaron los carnets de identidad de 40 000 personas y arrestaron casi a 6000. En mitad de la operación, Oberg le dijo a Bousquet que, debido a otra explosión de bomba, esas 40 000 personas serían, todas ellas, en efecto, deportadas al norte, al campo de Compiègne, como se había planeado en un principio. Cuando Bousquet protestó hubo una nueva ronda de conversaciones, que le llevaron a acceder a entregar a todos los extranjeros que no tuvieran los papeles en regla, así como a los alemanes y los italianos a los que se encontrara en la redada. La mayoría de los que fueron deportados, casi 1600 en total, eran refugiados judíos de Europa central que fueron apiñados en los vagones por los hombres de las SS de Oberg. Oberg y Bousquet inspeccionaron el tren personalmente antes de que partiera, y Bousquet logró que se permitiera bajar de él a algunas personas. Para aquellos que no tuvieron tanta suerte, el viaje al norte duró casi un día y medio; para cuando el tren llegó, algunos de ellos ya habían muerto. El resto de la población del Vieux-Port fue llevada a un antiguo campo del ejército francés mientras sus apartamentos eran saqueados y sistemáticamente demolidos por un contratista privado. Entonces empezó la destrucción de todo el barrio. Ésta llevó más de dos semanas, y no acabó hasta el 17 de febrero, cuando ya se habían hecho volar más de 1400 edificios en un área de 14 hectáreas.[28]

Difícilmente se puede imaginar una prueba mayor de la buena disposición de Vichy para llevar a cabo las órdenes alemanas que este acto completamente gratuito y colosal de vandalismo y asesinato. No es de extrañar que, cuando se reunió con Bousquet en abril, Himmler le describiera como un «precioso colaborador en el marco de la colaboración policial». Pero, en realidad, a estas alturas la moral de la policía francesa ya estaba empezando a venirse abajo, y las SS ya estaban perdiendo la confianza en el propio Bousquet. Algunos decían que sólo se le mantenía en el cargo por falta de una alternativa. Un problema fundamental eran las condiciones de trabajo. Pues, aunque Vichy dependía mucho de la policía, para dar caza a sus enemigos (reales e imaginarios), para supervisar la opinión pública, e incluso para vigilar a los propios alemanes, no había hecho nada para compensarlos por la carga de trabajo enormemente aumentada a la que tenían que hacer frente. Muchas comisarías siguieron estando mal equipadas, y eran edificios pobres, insuficientemente financiados, que se mostraron demasiado vulnerables a los ataques a medida que empezó a surgir la resistencia. Además de estas preocupaciones, la toma del poder de la zona no ocupada por parte de los alemanes hizo que a los policías les resultara más difícil afirmar que no estaban actuando en nombre de los alemanes. Ahora el propio Oberg

daba con frecuencia órdenes directamente a los oficiales de la gendarmería francesa, y había reuniones semanales entre ellos y las SS.

Sobre todo, las nuevas campañas de Sauckel para reclutar mano de obra pusieron a prueba al máximo la lealtad de los funcionarios. La policía, en la que se podía confiar cuando se le ordenaba arrestar a judíos extranjeros y comunistas, reaccionó con menos convencimiento cuando tuvo que buscar a *réfractaires* tras la imposición del servicio de trabajo obligatorio en febrero de 1943. Fue aproximadamente en esta época cuando llegaron noticias de los desembarcos de los Aliados en el norte de África y de la victoria soviética en Stalingrado, y para entonces, a muchos «pétainistas de primera hora» ya les estaban entrando dudas. Jean Borotra, antigua estrella del tenis y campeón de Wimbledon, que había servido como jefe de deportes de Vichy, consagrándose a convertir a Francia en una gran nación de los deportes, fue arrestado por la Gestapo cuando intentaba huir al extranjero y enviado a un campo en Alemania (donde sobrevivió a la guerra). El joven François Mitterrand, a pesar de ganar una condecoración de Vichy, ya se estaba apartando hacia la resistencia.

De hecho, muchos de los funcionarios de Francia eran muy conscientes de que una fuente de legitimidad alternativa estaba surgiendo en Argelia, donde el Comité para la Liberación Nacional había sido reconocido por los Aliados y estaba empezando a organizar purgas de funcionarios «indignos» en el norte de África y Córcega. De Gaulle ya tenía su base al otro lado del Mediterráneo. Ese junio, Laval se refirió irónicamente en una emisión de radio a los funcionarios que estaban «haciendo examen de conciencia». Cada vez eran más quienes lo hacían. En octubre el escritor Georges Bernanos describió con desdén cómo

> durante los últimos seis meses hemos sido testigos de una verdadera epidemia de conversiones entre los funcionarios vichistas… Si los funcionarios del imperio Romano hubieran sido convertidos así en masa al cristianismo, la Cruz habría ondeado sobre el Capitolio mucho antes de que Constantino, y Nerón, instruido en nuestra santa religión por la piadosa Agripina, quizá podría haber terminado sus días en un monasterio. Pero para los funcionarios de los que hablo, el martirio no es una vocación; es la peor de todas las soluciones posibles… Sus conciencias de funcionarios atravesaron océanos para apresurarse a ayudar a la libertad que estaba amenazada, pero sus cuerpos de funcionarios se quedaron donde estaban …[29]

El estado miliciano

Cuando los alemanes perdieron la confianza en la policía francesa, buscaron apoyo en otras partes. Les preocupaba el ascenso de los maquis y la débil respuesta de la gendarmería frente a estos «terroristas», y estaban renegando de los anteriores acuerdos con Bousquet que limitaban su implicación en los asuntos de la policía francesa. En 1943, por ejemplo, arrestaron a casi 35 000 personas por motivos políticos, la policía francesa a menos de 10 000. Requiriendo a Vichy que actuara más enérgicamente para eliminar a aquellos que fueran «insuficientemente colaboracionistas», exigieron que se pusiera al mando a sus propios candidatos. Desde París llegó Philippe Henriot como ministro de Información y Propaganda. En cuanto a la policía de Bousquet, ésta se enfrentó a la rivalidad de los *miliciens* paramilitares de Joseph Darnand, antiguo miembro de la Cagoule de Deloncle, compañero de Pétain muy unido a él y un ferviente proalemán que se había convertido en oficial de las Waffen-SS en el verano de 1943.[30]

Darnand se había ganado su reputación como hombre de acción, y el lema de su Service d'Ordre Légionnaire (SOL), que fundó en 1941, era «contra la Apatía, por el Entusiasmo». Al igual que las SS, estaba a favor de un elitismo de nacionalistas; contra la nación, si era necesario. «Estamos resueltos a salvar a Francia a pesar de la opinión pública», proclamó, «y contra ella si es necesario». Se habría marchado a luchar en el Frente Oriental si Oberg no le hubiera dicho que le necesitaban en Francia. Junto con Laval había creado la Milice, una organización que tomaba al Partido Nazi como modelo, para inyectar un poco de dinamismo en Vichy después de que Pétain vetara la idea de un partido de masas; surgió a partir del antiguo SOL, pero pronto los alemanes empezaron a utilizarla en operaciones contra la resistencia.

Con sus interminables llamadas a la acción, su desconfianza en las autoridades, su prisa, su brutalidad y su pura estupidez, la Milice era la clásica respuesta paramilitar a una emergencia. En junio de 1943, tenía unos 30 000 miembros, sólo la mitad de los cuales estaban en el servicio activo a jornada completa. Vestían camisas marrones, un abrigo azul y una boina ancha, la mayoría de ellos era muy jóvenes y generalmente de posición económica modesta. Si bien algunos eran creyentes, otros eran delincuentes condenados que buscaban una salida, o simplemente se habían unido a ella para evitar que los enviaran a Alemania como peones. Para la policía no eran más que delincuentes; según se decía, estaban esperando a «la primera oportunidad para ahogar a la Milice». Por su parte, los *miliciens* pensaban que los funcionarios de carrera ya no eran ideológicamente dignos de confianza y que debían ser destituidos. A comienzos de diciembre de 1943, un grupo de ellos

mataron al antiguo patrocinador político de Bousquet, Maurice Sarraut, y precipitaron así el primer distanciamiento entre Bousquet y el régimen. Bousquet dimitió, y Darnand fue nombrado secretario general para el mantenimiento del orden al final del mes. En su primera reunión con el jefe de la gendarmería, se quejó de su pasividad e instó a que se volvieran «apasionados, intensos, revolucionarios como la Milice».[31]

El monopolio de la fuerza que tenía el estado, siempre sometido a tensión durante la ocupación, se desintegró en este momento, y Francia se enfrentó a la perspectiva de la anarquía y la guerra civil. Sucedió lo mismo en otros lugares de Europa, en Italia, por ejemplo, o en Grecia, donde las armas alemanas cayeron en tropel en manos de escuadrones de la muerte y de bandas anticomunistas. Los robos se multiplicaron porque los emprendedores delincuentes se vestían como policías, y era imposible distinguir a los auténticos de los falsos. El repentino aumento de la resistencia también asustó a muchos conservadores. El propio Charles Maurras, apóstol del orden y la disciplina, escribió en febrero de 1944 que «la mejor respuesta a las amenazas de los terroristas es someterlos a un contraterror legítimo». Después de que una unidad de la resistencia, disfrazada como *miliciens*, matara al ministro de Información, Henriot, y a su esposa en su apartamento de París, la Milice respondió asesinando a varios políticos e intelectuales judíos franceses muy conocidos, entre ellos Victor Basch, el presidente de la Liga para los Derechos del Hombre, y al antiguo ministro Georges Mandel. Se trasladaron a la antigua zona ocupada, establecieron su cuartel general en París, y trabajaron junto a los alemanes por su propia protección; en Dijon se conocía a la unidad de la ciudad como la «Milice SD». Durante la primera mitad de 1944, dieron caza a desertores y *réfractaires* y ordenaron a los prefectos franceses que dejaran de quejarse de sus crímenes.

El ascenso de Darnand provocó, por consiguiente, una verdadera crisis de estado, sobre todo después de que una nueva legislación de abril de 1944 dejara el poder de la policía en sus manos y le permitiera pasar por encima de los cauces judiciales normales. Hizo un llamamiento a la policía para que sirviera «sin ideas de último momento ni restricciones mentales». Pero a pesar de su éxito a la hora de nombrar a *miliciens* de confianza para puestos de alto rango, estos llamamientos cayeron en oídos sordos. En la semana después del día D, casi una tercera parte de los gendarmes de la Auvernia abandonaron sus puestos, uniéndose a los maquis la mayoría de ellos. La Milice se vio cada vez más aislada y detestada y temió la venganza que pudiera traer consigo la Liberación. De ahí que, cuando los alemanes finalmente abandonaron Francia

en otoño de 1944, lo hicieran acompañados por varios miles de *miliciens* y de sus familias que hicieron el largo viaje a pie hasta Sigmaringen, la pequeña ciudad en el alto Danubio que se convirtió en la última sede del Gobierno de Pétain. Muchos de ellos fueron reclutados en la Division Carlomagno de la Waffen-SS y terminaron combatiendo contra el Ejército Rojo en Polonia. Algunos estuvieron entre las últimas tropas que se rindieron en Berlín a finales de abril de 1945.[32]

Lo que caracterizaba a los *miliciens* era su impetuosa intransigencia, su crueldad y su falta de realismo político. A estas alturas, más prudentes y con más visión de futuro, los policías y los funcionarios de Francia generalmente pasaron a adoptar una actitud de *attentisme*, que les permitió compartir la alegría de sus compatriotas cuando acabó una ocupación a la que habían servido más o menos fielmente. Aunque se humilló públicamente a grandes cantidades de desafortunadas mujeres y se les afeitó la cabeza por el crimen de confraternizar con soldados alemanes, y aunque algunos notables políticos e iconos culturales se enfrentaron a investigaciones y juicios en la Liberación, las purgas del funcionariado permitieron que destacadas figuras de Vichy salieran indemnes. René Bousquet fue condenado a una pena mínima, se le felicitó por su papel en la resistencia y disfrutó de una lucrativa carrera en la banca y los periódicos. Maurice Papon, secretario general de la policía para Burdeos, se convirtió en un muy polémico jefe de policía en París durante la guerra de Argelia, político y ministro. Las adaptaciones de Mitterrand ya se han comentado.

La longevidad de estas figuras ofrece una pista para comprender la dinámica que subyació a la colaboración durante la guerra en Francia. Los franceses no eran una nación de colaboradores, aunque inicialmente grandes cantidades de ellos se vieron atraídos hacia la idea. Inicialmente, el Gobierno de Pétain fue popular porque pareció prometer la restauración del orden después del caos de la derrota. Los que se sintieron más impacientes con él fueron aquellos de la extrema derecha que sospechaban que su revolución nacional era en realidad una restauración conservadora disfrazada, en lugar de la ruptura fascista con el pasado que deseaban. Pero a finales de 1941, como muy tarde (la crisis de los rehenes fue un punto de inflexión, pero las escaseces de comida acentuaron la fisura), el pueblo francés ya se había apartado de Vichy. «La opinión general parece ser muy desfavorable al Gobierno», informó el prefecto del Puy de Dôme en octubre de ese año. Cada vez más aislada de la opinión pública francesa, la administración siguió siendo fiel a los ideales de la colaboración y respondió positivamente incluso

después de que los alemanes aumentaran significativamente sus exigencias. Mientras tanto, grandes cantidades de partidarios de Pétain entraron en la resistencia de una forma u otra y se aseguraron así un tránsito sin problemas a la Cuarta República de la posguerra.[33]

La desesperada defensa de la soberanía francesa por parte de Vichy dependió cada vez más de su dominio sobre la policía. No obstante, como los propios alemanes entendían muy bien, la policía, como los funcionarios, en general, dependía del apoyo público para ser eficaz, y éste se estaba agotando en medio de una violencia cada vez mayor. En la primavera de 1944, el régimen ya necesitaba la ayuda de la Milice para aferrarse al poder mientras que la gendarmería se enfrentaba a una «verdadera conspiración de silencio» siempre que intentaba localizar a «terroristas». La mayoría de los funcionarios simplemente estaban deseando que llegara lo inevitable, y Pétain, al que gran parte del país todavía era favorable, había perdido toda su credibilidad como líder nacional. Hacía mucho tiempo que la legitimidad se había acumulado, en lugar de alrededor de él, en torno a esas figuras del norte de África que hicieron su triunfante regreso al continente con los ejércitos angloestadounidenses en el verano de 1944.[34]

14

Los ayudantes del Este

¿Fue la colaboración una ilusión nacida de la indiferencia alemana? ¿Era posible siquiera en esas regiones que los nazis estaban decididos a borrar del mapa y convertir en zonas de asentamiento alemanas? Algunos polacos afirmaron que el suyo era el único país europeo sin colaboradores. Señalaron que, a diferencia de los checos, ellos se habían resistido a los alemanes y que, si bien habían sufrido por ello, por lo menos habían permanecido en la senda de la virtud. En enero de 1945, el Ejército Nacional de la resistencia alardeó de que «Polonia es un país orgánicamente antifascista. En nuestro país no hay ningún Hacha, ningún Quisling [ni ningún] Vlasov [ni] ningún partido profascista». Ese mismo año, un periodista polaco lo describió como «la más puramente moral entre todas las naciones que tuvieron que vivir bajo la ocupación [nazi]».[1]

En realidad, la moralidad no era la cuestión, y resulta difícil decir si los polacos se comportaron mejor o peor que lo que lo habría hecho cualquiera en circunstancias comparablemente terribles. De hecho, las recientes revelaciones sobre la participación polaca en las matanzas antijudías en 1941 han complicado el debate sobre la ética que se tuvo allí durante la guerra. (La cuestión era que, como en el caso francés, fue la política alemana la que definió las opciones, y en el caso polaco en realidad no hubo ninguna oportunidad de colaborar dada la decisión de Hitler de destruir la propia identidad de Polonia.) Además, el Gobierno en el exilio del general Sikorski ya estaba reconocido en el extranjero a finales de 1939. El Gobierno de Sikorski contaba con más de 80 000 soldados sólo en Francia, así como con una gran fuerza aérea, tres destructores y un servicio de información muy respetado. También estableció una presencia clandestina en la propia Polonia ocupada (la Delegación del Gobierno), y muchos funcionarios, como el

teniente de alcalde de Varsovia, que sí trabajaron junto a los alemanes, se aseguraron el permiso de la Delegación antes de hacerlo, precisamente para evitar el estigma de la colaboración.[2]

En realidad, hubo una muy breve indicación (resulta difícil decir hasta qué punto fue seria) de que los alemanes estaban pensando en instalar un gobierno títere polaco. A mediados de septiembre, antes de que Hitler hubiera tomado su decisión definitiva sobre el destino de Polonia, la Gestapo arrestó al veterano jefe del Partido Campesino y tres veces primer ministro, Wincenty Witos, y se ofreció a ponerlo en libertad si colaboraba. Witos se negó, como lo hizo en otras ocasiones. Pero aunque la política alemana cambió radicalmente después de esto, sin duda otros polacos siguieron sintiéndose atraídos hacia Berlín, como había sucedido durante la década de 1930, e incluso antes: la tendencia proalemana en la política polaca se remontaba a demasiado tiempo atrás como para desaparecer de la noche a la mañana. Muchas personas recordaban la primera guerra mundial, cuando las Potencias Centrales habían proclamado la independencia de Polonia. Władysław Studnicki, un seguidor del gran defensor de la cooperación polaco-alemana en la primera guerra mundial, Jósef Pilsudski, había participado en la proclamación germano-austríaca de 1916 y en este momento presionó a los alemanes para que instauraran un Gobierno polaco de nuevo para que este Gobierno pudiera usar el ejército polaco contra los soviéticos.[3] Más ambiguo fue el caso de otro antiguo piłsudskista, Leon Kozłowski. Después de ser encarcelado y torturado en la cárcel de Lubyanka, en Moscú, huyó al *oeste* y, en una rueda de prensa que organizaron los alemanes en enero de 1942, predijo que los soviéticos perderían la guerra. Evitó deliberadamente hacer comentarios proalemanes, pero, aun así, se especuló con que los alemanes habían hecho planes para situarlo al frente de un gobierno colaboracionista.[4]

En realidad, en 1942 casi nadie en Berlín estaba pensando en algo así: las intenciones del Reich para Polonia apuntaban en una dirección muy distinta. Como de costumbre, no fue hasta después de Stalingrado, e incluso entonces sólo de forma vacilante y sin la menor convicción real, cuando la idea de promover una cruzada polaco-alemana común contra el bolchevismo empezó a circular entre los alemanes. Goebbels y Hans Frank, en particular, quisieron aprovecharse de la conmoción que se sintió en toda Polonia cuando se descubrieron las tumbas de los oficiales del ejército polaco asesinados por el NKVD en el bosque de Katyn y miembros de la Cruz Roja polaca fueron incluidos en el equipo de científicos forenses extranjeros, periodistas y otros que fueron llevados al emplazamiento. En el mismo momento en el que se

estaba dando caza a los judíos que quedaban en el gueto de Varsovia, Hans Frank estaba intentando cambiar el rumbo en esta dirección. El Consejo Central de Asistencia Social Polaco fue reconocido oficialmente en el Gobierno General, y Frank quiso que su presidente, Adam Ronikier, ejerciera de intermediario suyo con los políticos polacos. Ronikier se negó, pero ello no disuadió a Frank. En junio de 1943, le dijo a Hitler que Alemania debía abandonar la «ideología inútil y las supremacías malentendidas» y debía, en lugar de ello, aumentar las raciones, mejorar la situación de los obreros polacos en el Reich, poner fin a las ejecuciones públicas de mujeres y niños y refrenar el uso del terror.[5]

En el Gobierno General, Frank hizo varios gestos públicos en la dirección de la adopción de una política más propolaca. Siendo él mismo un entusiasta pianista aficionado, inauguró un nuevo museo de Chopin en Cracovia. (Sólo después se enteró de que a la joven muchacha prodigio a la que se había dado el gran honor de tocar para él en el piano original de Chopin era medio judía.) Agradeció públicamente a los campesinos polacos su trabajo duro, inauguró un teatro y publicó folletos en los que instaba a los polacos a apoyar a los alemanes contra los rusos. El gobernador de Cracovia llegó a participar en una ceremonia que conmemoraba a los soldados polacos que habían muerto en la campaña de 1939. Pero Hitler no estaba convencido, y lo que era más importante, tampoco los polacos. A estas alturas, el odio que sentían hacia Frank era demasiado grande para creer en nada de lo que dijera, y, a finales de enero de 1944, se salvó por poco cuando se hizo volar su tren justo a las afueras de Cracovia.[6]

Como sabemos, Alemania no sólo se había anexionado las partes occidentales del país, sino que también preveía asumir el control del Gobierno General en el futuro. En tales circunstancias habría sido imposible que surgiera un Pétain polaco. Y, no obstante, había buenos motivos por los que los nazis podrían haber contemplado allí la adopción de un modelo de colaboración (como el que los alemanes habían seguido en Polonia en la primera guerra mundial) mucho más en serio que lo que lo hicieron. Pues las mismas presiones económicas y administrativas que obligaron al Reich a contar en gran medida con los funcionarios del estado para administrar las ocupaciones en Europa occidental también se aplicaban a Polonia. De hecho, la administración polaca en el Gobierno General creció muy rápidamente después de 1939: Frank calculó después de la guerra que en un momento llegó a haber aproximadamente 250 000 funcionarios polacos recibiendo órdenes de unos 40 000 oficiales alemanes. Excluyendo al personal del

ferrocarril y de correos, la cantidad de alemanes osciló entre apenas 7300 en 1940 y 14 753 cuatro años después, junto con entre 50 000 y 80 000 hombres de las SS y la policía, y hasta medio millón de soldados. Como una desproporcionada cantidad de alemanes vivían en las ciudades importantes (y se concentraron allí cada vez más a medida que la insurrección se extendió por el campo), en muchas zonas los administradores civiles de Frank contaron más aun con los polacos que lo que indican estas cifras. Lo hicieron aunque sus propias normas exigían el uso del alemán para los asuntos de gobierno y discriminaban a los «arios no alemanes». Estaban descubriendo demasiado tarde que, como a la mayoría de las potencias imperiales, sencillamente les faltaba el personal necesario para hacerlo todo por sí mismos.[7]

En el campo polaco la propia brutalidad del régimen de Frank reflejaba el precario control que éste tenía sobre la situación. En el condado rural de Janow, por ejemplo, sólo 50 funcionarios alemanes, apoyados por unos 500 policías, administraban un área cuya población durante la guerra fluctuó entre 150 000 y 200 000 personas. Había aproximadamente 1500 empleados del Gobierno polaco ayudándolos, la mayoría maestros, funcionarios municipales y del pueblo, guardabosques y miembros de la administración de alimentos. Los polacos recaudaban los impuestos, supervisaban la cosecha, distribuían la comida y el correo, emitían documentos de identidad, dirigían los ferrocarriles, mantenían las carreteras públicas y cuidaban a los refugiados. (Por no mencionar las decenas de miles de polacos y judíos que construyeron carreteras, excavaron canales de irrigación y zanjas antitanques y extrajeron piedra de canteras en unas condiciones atroces.)[8]

Al contrario que en Europa occidental, los alemanes se basaron en el terror desde el principio para mantener a los polacos a raya. Se podía fusilar a funcionarios polacos como rehenes o enviarlos a campos en caso de ataques partisanos. Mientras tanto, los cargos electivos y las instituciones autónomas, como las cooperativas, eran desechados o dirigidas por alemanes designados para ello, y los miembros de la nobleza, en particular, eran estrechamente vigilados y sus propiedades puestas bajo supervisión alemana directa o sencillamente confiscadas. La burocracia, sometida a purgas periódicas, absorbió a refugiados germanohablantes procedentes de los territorios anexionados de Polonia occidental, así como a unos pocos ucranianos y alemanes étnicos. En un principio estas medidas parecen haber funcionado satisfactoriamente para los alemanes: un reciente estudio en profundidad describe una situación de «docilidad extendida», por lo menos hasta 1942. Muchos funcionarios polacos volvieron obedientemente al trabajo después de

la invasión, mientras que se atrajo a un torrente de nuevos reclutas con las raciones oficiales o con la esperanza de escapar a la deportación de la mano de obra, o a otras tareas.[9]

El estado del país era tan lamentable, había tan pocas alternativas, que este tipo de trabajos siguieron siendo atractivos mucho después de que se hiciera evidente la dureza con la que los alemanes trataban a aquellos que los ejercían. Los funcionarios responsables de entregar la cosecha eran especialmente vulnerables. «Recuerdo cómo en Krasnik el *Kreislandwirt* gritó: “Vosotros, cerdos polacos, olvidaos de Polonia. ¡El que no entregue el cupo será enviado al [campo de concentración de] Majdanek!”», recordaba un miembro de un comité de cupo de alimentos. «Delante de nosotros, cinco jefes de aldea fueron arrestados porque sus pueblos no lograron entregar el cupo. Todos murieron en menos de una semana.» Temiendo recibir este trato si fracasaban, los alcaldes de los pueblos se volvieron violentos y abusivos con los campesinos, y el miedo se extendió entre estos últimos. «Hoy es el último día para la entrega del cupo de cereales», apuntó un médico polaco en noviembre de 1940. «A lo largo de todo el día han estado llegando al pueblo carros tirados por caballos, llenos de cereales. Los granjeros temen que los arresten, así que están trayendo sus cupos a tiempo.»[10]

Pero en 1943, el cambio en el desarrollo de la guerra y el ascenso de las bandas de criminales y de las unidades de resistencia armadas en los bosques marcaron un nuevo clima. «Ningún alcalde, secretario, jefe de la aldea o su segundo debería venir a decirme que la gente no le escucha», advirtió un funcionario de condado en enero de 1943. «Les exijo que sean capaces de imponer su voluntad en todas las circunstancias.» Esto ya no era posible, ya que quienes ocupaban esos mismos cargos ahora tenían otros de quienes preocuparse, además de los alemanes. La violencia se estaba extendiendo por todo el campo, que anteriormente había sido mucho más seguro y más pacífico (a menos que uno fuera judío) que los pueblos, y mucho menos tocado por los propios alemanes. Los ataques de los partisanos, que iban en aumento, provocaron redadas de «pacificación» alemanas en represalia, que dejaron docenas de pueblos abrasados y a miles de sus habitantes muertos. Como sucedió en Francia, la brutalidad de la ocupación se intensificó a medida que fue tocando a su fin, socavando la moral y la eficacia de los funcionarios, condenando lo poco que quedaba de «la línea flexible» de Hans Frank al fracaso y obligando a los alemanes a contar cada vez más con el SD, la policía y la propia Wehrmacht.

La vigilancia en el Este

Asegurarse la colaboración de la policía y de los ayudantes locales era importante para los alemanes en los territorios orientales ocupados por una razón principal: la Solución Final. Las tropas de Himmler, y sobre todo, los pocos miles de hombres de los Einsatzgruppen de las SS, a los que se había encargado el asesinato de centenares de miles de personas, muchas de las cuales vivían en asentamientos dispersos y remotos, desperdigados por áreas inmensas, dependían de la ayuda de otros, y ya estaban reclutando a hombres entre los lugareños incluso antes de que llegara el permiso oficial para hacerlo en la segunda mitad de julio de 1941. No es que resultara difícil encontrarlos, pues pronto se presentaban voluntarios. Algunos eran delincuentes o antiguos comunistas ansiosos de demostrar a los alemanes lo dignos de confianza que eran. Otros habían sufrido en manos de los bolcheviques, sobre todo los policías, que tenían muchas ganas de vengarse. «Casi todos los policías letones tienen un poco de sadismo en su sangre», observó el funcionario alemán que administraba la ciudad de provincias de Daugavpils (poco antes de que fuera destituido por corrupción, después de que se hallaran en su posesión chaquetas de piel y cucharas de plata [de judíos asesinados], docenas de barras de jabón, chaquetas de piloto y centenares de cigarros). Pero muchos otros también se unieron, algunos de buena gana, otros para escapar de la inanición, la cautividad o el servicio de trabajo. En Polonia, entre aquellos que fueron empleados en operaciones antijudías figuraban hombres jóvenes que habían sido reclutados en la organización de trabajo Baudienst. **[11]**

Los miembros de grupos fascistas bálticos fueron una fuente fundamental de reclutas entusiastas, y muchos de éstos competían con los nazis con su mezcla de antisemitismo y anticomunismo. Su obra criminal fue evidente, por ejemplo, en la ciudad de Vilnius, uno de los grandes centros de erudición judía, donde miles de judíos fueron asesinados en un antiguo lugar pintoresco cercano por jóvenes que pertenecían a una organización paramilitar muy conocida de antes de la guerra. Estos fusileros, la mayoría de los cuales tenían edades comprendidas entre los diecisiete y los veinticinco años, escoltaron los convoyes de sus víctimas a través de controles policiales hasta el bosque de Ponary, donde los fusilaron en enormes fosas de almacenamiento que los soviéticos habían excavado para guardar combustible de aviación. A aquellos que intentaron escapar a través de los pinares se les dio caza. A los militares alemanes curiosos que se presentaron allí para mirar, les justificaron sus acciones diciéndoles lo que los *bolcheviques* les habían hecho a ellos.

No obstante, el noble idealismo racial no era la única motivación; también había considerables recompensas materiales. El periodista polaco Kazimierz Sakowicz fue testigo de cómo algunos hombres negociaban sobre los cadáveres bajo los pinos. «Para los alemanes, 300 judíos son 300 enemigos de la humanidad», observa Sakowicz, «para los lituanos son 300 pares de zapatos, pantalones, y cosas así». Tampoco eran solamente los fusileros quienes se aprovechaban de estas ganancias. Un día se vendían medias de seda en el pueblo cercano; al día siguiente eran pieles, camisas de dormir u oro extraído de los dientes de las víctimas. A medida que decenas de miles de cadáveres llenaron las fosas de arena y que los artículos y la violencia se extendieron por el campo (de vez en cuando, guardias ebrios empezaban a fusilar a polacos y a otros lituanos), hubo riñas y peleas, y, al menos en un caso, uno de los propios verdugos se vio obligado a llevar la Estrella de David y después fue fusilado porque se había llevado algunos relojes que «pertenecían a otro». Cuando los lugareños se presentaban con la esperanza de comprar ropa, los guardias se ofrecían a fusilar a los judíos que tuvieran la talla «adecuada» del siguiente convoy que apareciera.[12]

Algunos estudiosos han sugerido recientemente que la arianización llevada a cabo en toda Europa occidental y central ayudó a obtener la conformidad de los pueblos con la Solución Final. Este argumento se ha exagerado, ya que en la mayoría de Europa occidental sencillamente no había demasiados judíos, pero es mucho más verosímil en el caso de Europa del Este, donde la población judía era mucho más numerosa y estaba más urbanizada, donde la asimilación no había llegado tan lejos ni se había considerado una parte tan integral de la identidad política, y donde el nivel de vida general era muy inferior. En Hungría los alemanes étnicos del lugar dieron la bienvenida al ataque contra los judíos que tuvo lugar en la primavera de 1944, después de que la Wehrmacht hubiera entrado allí: «el proceso de purificación», según un informe, «resultó ser muy beneficioso para el grupo de los alemanes étnicos».

En Ucrania las ropas de grupos de gitanos y judíos asesinados por las fuerzas alemanas se ofrecían de igual modo a los *Volksdeutsche* locales. En la antigua Zona de Residencia, en Polonia oriental y en Bielorrusia occidental, en 1941 seguían existiendo *shtetls* fundamentalmente judíos como islas de vida urbana en medio un mar de campesinos cristianos. Muchos polacos ignoraron las instrucciones del gobierno en el exilio y se beneficiaron de las propiedades judías. «Los casos de robos en masa de antiguas propiedades judías atestiguan elocuentemente el actual declive moral», advertía un

periódico clandestino en 1942. En las ciudades, «en los departamentos y las oficinas, todos comerciaban». En las áreas rurales muchos campesinos robaban a los supervivientes judíos antes de denunciarlos o matarlos. A los líderes de la resistencia les preocupaba profundamente su «desmoralización y su desenfreno».[13]

«Una turba de campesinos descendió sobre la ciudad, buscando gangas, pidiendo propiedades, prometiendo en nombre de la Santa Trinidad devolverlas después de la guerra», recordaba un superviviente sobre el día en el que los judíos fueron expulsados de una pequeña ciudad. «Pronto estaban apartando a las cabras y las vacas que los judíos no habían podido llevarse consigo.» Los campesinos se reunían con sus carretas fuera de los *shtetls* previendo la matanza o la expulsión de sus habitantes judíos; en las ciudades más grandes, los guetos que se formaron durante la guerra fueron limpiados por saqueadores en el período que siguió a su abandono. Por toda Ucrania y Bielorrussia, calles y barrios enteros, e incluso ciudades y pueblos enteros, se quedaron vacíos durante meses y meses, y sus edificios fueron saqueados o usados como almacenes.[14]

No obstante, los campesinos eran gente poco sentimental y desconfiada, y el hecho de tomar bienes de aquellos que ya no podían usarlos no se traducía automáticamente en un apoyo a los alemanes o a sus opiniones. «No era una cuestión de simple odio o antisemitismo tradicional; la propaganda nazi del tipo estrambótico habitual casi nunca llegaba a estas remotas aldeas aisladas. Era más bien una cuestión de distanciamiento total», escribió Michael Zylberberg, un superviviente judío, sobre los lugareños polacos entre los que vivió durante un breve período.

> A ellos les parecía que los judíos no merecían ni desprecio, que eran un grupo raro, extraño, de otro planeta… Era como si hiciera siglos que los judíos hubieran desaparecido. La reacción general era de indiferencia, y resultaba difícil imaginar que hubiera existido alguna vez algún tipo de cooperación amigable. Los lugareños no sabían en detalle lo que les había pasado a los judíos, pero se preguntaban si alguna vez regresarían, ya que muchos de ellos debían dinero a los judíos. Esto último les preocupaba enormemente.

Aunque la primera oleada de matanzas de judíos no había sido recibida con un malestar masivo, en 1942 ya estaba surgiendo una nueva pregunta en las mentes de los cristianos. «Ahora son los judíos, ¿cuándo nos llegará el turno a nosotros?», preguntaban algunos. A finales de ese año, circularon rumores en torno a Brest de que, «después de las acciones judías» les llegaría el turno a los polacos, los rusos y los ucranianos. Las poblaciones locales, a las que se animó a participar en el saqueo de las propiedades judías, lo que

muchos de ellos hicieron, se sintieron, no obstante, cada vez más inseguras sobre los alemanes y sobre la oleada de anarquía en la que ellas mismas habían participado.[15]

Los alemanes prefirieron intentar encauzar los bienes judíos directamente hacia las manos de las autoridades locales. Aparte de todo lo demás, esto hizo que resultara más fácil pagar por la administración y para reclutar fuerzas policiales y auxiliares adicionales contra los partisanos. En Bielorrusia, en particular, donde se permitió a los nacionalistas alistarse en cuerpos aprobados por los alemanes tales como la Organización de Autoayuda del Pueblo y la Unión de la Juventud Bielorrusa, las rentas procedentes de la venta de casas judías se convirtieron en la mayor fuente de ingresos para las autoridades locales. Al igual que en Polonia, los alemanes contaron con los alcaldes nativos, y el control de los guetos judíos recién creados y de sus recursos les proporcionaron una importante fuente de fondos.

Aunque el ritmo de las matanzas disminuyó durante el invierno de 1941-1942, hubo más masacres al año siguiente, y fue en este momento cuando tuvo lugar el verdadero aumento de las fuerzas de policía locales, la *Schutzmannschaft* y la *Hilfspolizei* de los alemanes étnicos, sobre todo después de que Hitler aprobara la ampliación de las unidades locales para que ayudaran a combatir a los partisanos. Los nuevos reclutas juraron «ser leales, valientes y obedientes, y llevar a cabo escrupulosamente sus obligaciones en la lucha contra el bolchevismo asesino». Estos policías, que sólo estaban bajo una irregular supervisión alemana, eran de hecho los amos de las comunidades locales que administraban y se hicieron tristemente célebres por su corrupción, su alcoholismo y su crueldad. Eran en su mayoría aldeanos bielorrusos y ucranianos muy jóvenes y acorralaron y mataron a judíos, polacos y gitanos sin reparos. En 1943, ya estaban sirviendo como policías auxiliares no menos de 45 000 bielorrusos; aunque los partisanos los superaban en número, estuvieron matando, no obstante, a judíos y aldeanos escogidos como objetivos en ataques antipartisanos con tanta eficacia como los propios alemanes hasta que fueron transportados al oeste para escapar del avance del Ejército Rojo y reclutados en las Waffen-SS.[16]

El final de la germanización

Berlín necesitaba a los no alemanes para algo más que para matar a judíos. La propia germanización siempre existió en dos dimensiones. Una de ellas, la prioridad para Himmler en 1939-1942, cuando creía que el fin de la guerra era

inminente, estaba dirigida hacia el futuro. El Plan General del Este fue su expresión fundamental; las colonias creadas en Zamo´s´c y Hegewald fueron los primeros pasos en este camino. Esta visión de la nueva élite de Europa era exclusiva, orgullosa y nada complaciente. Pero la otra dimensión estaba orientada a las necesidades de la propia guerra, y, a medida que la lucha se prolongó, y que el futuro del Plan General del Este fue desvaneciéndose, ésta aumentó en importancia y urgencia. Los alemanes no podían permitirse el lujo de ser tan selectivos en la cuestión de con quién contaban dentro del redil; de hecho, en el mismo momento en que relajaban los criterios para el reconocimiento de la alemanidad, también pasaron a abandonar el principio de que sólo los alemanes podían luchar por el Reich, hasta tal punto que eslavos, incluso rusos, entraron en las filas de las Fuerzas Armadas alemanas. No hubo ningún verdadero cambio de parecer en la cima del Tercer Reich, pero las necesidades de la guerra permitieron que la promesa de la colaboración parpadeara brevemente en el Este.

En el verano de 1942, Hitler confió a Himmler la tarea de decidir cómo debían contribuir los pueblos «germánicos» al Nuevo Orden. Noruega y los Países Bajos habían sido objetivo de los reclutadores de las SS desde 1940 y hubo una inmediata ofensiva propagandística que aclamaba la próxima unión entre el Reich y los otros «pueblos germánicos» del norte y el noroeste de Europa. Himmler creó un «Grupo de Trabajo para el *Raum* germánico» y abrió una «Casa Germánica» en Hanover: representantes de grupos de las SS del oeste de Europa asistieron a la ceremonia de inauguración.

Todo esto estaba concebido en realidad para encontrar reclutas «germánicos» para que lucharan en el Frente Oriental, y miles de voluntarios firmaron y se fueron. Después de Stalingrado se intensificaron los esfuerzos en este sentido. El fascista belga Léon Degrelle convirtió su Légion Wallonie en la SS Freiwillige Sturmbrigade «Wallonien», confiando en que el apoyo de Himmler lo acercara más al poder en la propia Bélgica. La Legión Flamenca del partido nacionalista flamenco VNV se convirtió en la SS-Freiwilligen Legion Flandern. Las divisiones «Carlomagno» y «Nordland» también surgieron de estas legiones nacionales más pequeñas, concebidas para ser núcleos a partir de los cuales surgiera una futura SS europea. Sus voluntarios, que nunca llegaron a tener fuerza de división, lucharon hasta el final con la desesperación propia de hombres que no tenían nada a lo que regresar. Las SS incluso formaron un pequeño Britisches Freikorps (BFK), cuyos miembros,

unos pocos centenares de prisioneros de guerra británicos que eran una mezcla de antiguos hombres de Mosley y aventureros, llevaban la bandera del Reino Unido en sus uniformes de la Waffen-SS; nunca prestaron servicio en combate, aunque una minúscula cantidad de soldados británicos sí que sirvió en otras unidades de las SS. No menos de 125 000 hombres de Europa occidental llegaron a servir en las filas de las Waffen-SS, aproximadamente 50 000 holandeses, 40 000 belgas (divididos entre valones y flamencos) y 20 000 de Francia. No eran cantidades insignificantes, pero difícilmente podían ser una prueba de que Europa ardía en deseos de presentarse voluntaria.[17]

Si bien las cantidades de reclutas «germánicos» nunca fueron suficientes para Himmler, la Wehrmacht se cuidó de que tampoco lo fueran las de sus unidades completamente alemanas. Himmler había formado las primeras divisiones de Waffen-SS(Adolf Hitler, Das Reich y Totenkopf) para demostrar que las SS también podían desempeñar un papel como fuerza militar, y éstas fueron en gran medida responsables, entre ellas, de la reputación brutal y fanática que se ganaron las Waffen-SS. Pero inicialmente las Waffen-SS sólo representaban una mínima parte del tamaño de la Wehrmacht, y atraer a ella a voluntarios alemanes se hacía cada vez más difícil. Los reclutadores de dentro del propio Reich, que batían las Juventudes Hitlerianas y el Servicio de Trabajo en busca de voluntarios, informaban de que «los jóvenes no sólo son anti-Waffen-SS, sino que fundamentalmente son contrarios a cualquier forma de servicio militar». Las SS intentaron obligar a «voluntarios» para que prestaran servicio en el frente, pero sus oficiales a menudo se mostraron críticos con la motivación y el adiestramiento de los nuevos reclutas.[18]

Fue, por consiguiente, a medida que aumentaron las bajas alemanas en la guerra, y que las barreras ideológicas a la hora de reclutar a no alemanes se hicieron menos importantes, cuando Himmler comprendió que limitarse a Europa occidental sería contraproducente: era obviamente mucho más sensato aprovecharse de los miedos y preocupaciones de aquellos que se hallaban más directamente en el camino del Ejército Rojo. Una vez que se tomó la decisión inicial de ampliar más la búsqueda de reclutas, la Waffen-SS se expandió de forma increíblemente rápida. De los 170 000 hombres que servían en sus filas a comienzos de 1942, sólo 18 200 no eran alemanes del Reich; no obstante, al final de guerra, diecinueve de sus treinta y ocho divisiones ya estaban fundamentalmente compuestas por extranjeros, con casi medio millón de ellos, la mayoría de Europa oriental. En 1944, ya se había convertido en un

enorme ejército inflado burocráticamente y sin ninguna pretensión real de exclusividad racial, y sus soldados fueron, cada vez más, o bien alemanes étnicos del sureste de Europa o de otras nacionalidades totalmente distintas. **[19]**

La División «Prinz Eugen» de alemanes étnicos fue la precursora, formada para ayudar a la apurada Wehrmacht a combatir a los partisanos en Yugoslavia. Los reclutadores de Himmler también empezaron a obligar a los alemanes étnicos de la región serbia de Banat, y cuando la gente protestó, respondió con desdén: «A nadie le importa lo que hagamos allí con nuestros alemanes raciales». Hungría, Yugoslavia, Rumanía y Polonia acabaron contribuyendo con más hombres a las Waffen-SS que Europa occidental. Las directrices raciales se relajaron rápidamente, y a Himmler le llegaron quejas de que sus reclutadores estaban cogiendo casi a cualquiera: entre los «reemplazos totalmente inadecuados» procedentes de Hungría, figuraban hombres «con epilepsia, tuberculosis grave y otras graves discapacidades físicas». Algunos ni siquiera eran alemanes étnicos en absoluto. Un oficial de división consideraba «perfectamente posible que muchos de los voluntarios alemanes raciales no consideren que esta guerra es suya ni consideren que prestar servicio en la Waffen-SS sea su deber para con el pueblo alemán». De hecho, muchos de estos «alemanes» posteriormente desertaron o se rindieron, cuando surgió la oportunidad, a las tropas estadounidenses o británicas declarándose polacos o húngaros. Ya en diciembre de 1942, las SS observaron con enfado la conducta de algunos soldados del *Volksdeutsche* de la Alta Silesia a los que se había visto «en bares polacos de uniforme, conversando con polacos en polaco» y entablando charlas derrotistas sobre el Frente Oriental.**[20]**

Himmler también estaba replanteándose sus teorías raciales para aprovecharse del intenso anticomunismo que había en los estados bálticos. A finales de 1942, éstos ya estaban proporcionando a los alemanes casi tantos voluntarios como los Países Bajos, y numerosos letones estaban sirviendo en las Fuerzas Armadas, las unidades policiales, los batallones de mano de obra y los escuadrones de la muerte de las SS alemanas. En 1943, ya había reclutado a más de 30 000 hombres «germanizables» en las legiones letona y estonia de las SS, y altos oficiales del ejército báltico tenían altos rangos en las SS. En el pasado había impedido a los franceses y los valones servir en las WaffenSS porque no eran lo bastante «germánicos»; no obstante, después de inspeccionar a algunos estonios que estaban recibiendo instrucción, Himmler halló ahora que «racialmente no se les podría distinguir de los alemanes… Los estonios realmente pertenecen a las pocas razas que pueden, después de la

segregación de sólo unos cuantos elementos, mezclarse con nosotros sin ningún perjuicio para nuestro pueblo».[21]

De hecho, Himmler incluso llegó a aceptar la idea de dar a los estonios y a los letones una mayor autonomía política porque se dio cuenta de que la negativa de los alemanes a conceder esto estaba poniendo en riesgo sus campañas de reclutamiento. Después de Stalingrado, el joven ministro de Finanzas de antes de la guerra, Alfreds Valdmanis, miembro de la autoadministración letona, dijo a los alemanes que la administración sólo cooperaría en el reclutamiento de voluntarios para el Frente Oriental si los alemanes prometían privatizar la propiedad (hasta este momento gran parte de la legislación de la era soviética seguía en vigor), dejaba de arrestar a patriotas letones y, sobre todo, daba pasos hacia el reconocimiento de la independencia letona. Este letón que hablaba sin rodeos fue enviado a Alemania durante el resto de la guerra, donde quedó bajo vigilancia del SD. (Después de 1945, huyó a Canadá, donde se convirtió en el director general de desarrollo económico del país antes de que saliera a la luz su carrera durante la guerra.) Desde entonces, los alemanes continuaron con su juego habitual: prometer concesiones en el futuro, mientras la lista de sus exigencias se hacía cada vez más larga. Hitler descartó definitivamente la autonomía política para los pueblos bálticos en noviembre de 1943; pero esta decisión no se hizo pública para no estancar el flujo de reclutas.[22]

Una vez que Hitler levantó su prohibición sobre la formación de «legiones nacionales» de las SS, Himmler también empezó a reclutar en áreas dónde la población nunca se había considerado «germanizable» en ningún sentido, pero que sí tenía algún tipo de asociación histórica con Alemania o los Habsburgo. Una de ellas fue Bosnia, donde los regimientos musulmanes habían adquirido la condición de legendarios al luchar para el emperador Francisco José en la primera guerra mundial. Himmler repitió el experimento, reclutando a miles de musulmanes, muchos de los cuales habían sido atacados tanto por los Ustase croatas como por los chetniks serbios, en la División «Handschar» de las SS en 1943. Los ulemas locales bosnios advirtieron a la gente que no colaborara, pero se trajo en avión al Mufti de Jerusalén para que diera su bendición, y el propio Himmler, que había decidido que los musulmanes bosnios no eran eslavos sino arios, inspeccionó la nueva división en Sarajevo. Con sus fezes adornados con runas de las SS, y su bandera blasonada con la cimitarra que dio nombre a su unidad, disfrutaron de privilegios similares a los de sus predecesores Habsburgo, entre ellos raciones especiales y concesiones para sus prácticas religiosas. Pero aquellos (y fueron

muchos) que se unieron pensando que actuarían en gran medida como lo habían hecho las antiguas unidades Habsburgo, protegiendo sus propias casas y llevando a cabo tareas de gendarmería, pronto quedaron desilusionados. Después de recibir instrucción en Francia, donde algunos de ellos se amotinaron, fueron desplegados fundamentalmente en operaciones antipartisanas en Yugoslavia y adquirieron una macabra reputación por sus atrocidades.

Con el modelo de los Habsburgo en mente, otros grupos étnicos los atrajeron también, especialmente los ucranianos. Eran intensamente antibolcheviques y proalemanes; sin embargo, introducirlos a *ellos* suponía revocar una política nazi consolidada y hacer frente a otro de los numerosos prejuicios de Hitler. El Führer pensaba que los Habsburgo habían errado al insistir en la independencia ucraniana en la primera guerra mundial y nunca pudo perdonar a los ucranianos el asesinato del gobernador militar alemán de allí en 1918.[23] Tampoco los activistas ucranianos ayudaron a su propia causa; dentro de la fascista Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN), las dos facciones principales, OUN-B (liderada por Stepan Bandera) y OUN-M (liderada por un antiguo oficial austríaco llamado Andrei Melnyk), dedicaron gran parte del tiempo a luchar entre ellas. Después de la invasión de la URSS, el desprecio de Hitler por aquello que representaban quedó reflejado en la concesión del sureste de Ucrania a los rumanos y de Galitzia al Gobierno General. Las esperanzas que alergaba Rosenberg sobre una Ucrania independiente se desvanecieron, y cuando las unidades de la OUN-B del Abwehr se amotinaron en protesta por ello fueron enviadas al campo de concentración de Sachsenhausen. En el comisariado político del Reich de Koch todo el activismo ucraniano pasó a la clandestinidad. «Ningún soldado alemán morirá jamás por ese pueblo de negros», declaró Koch, añadiendo que siempre que se encontraba con un ucraniano inteligente se sentía obligado a fusilarlo.[24]

Sin embargo, en Galitzia los ucranianos pudieron ser de más ayuda, porque el gobernador de allí, el SS-brigade Führer Otto Wächter, los apoyaba. Al mismo tiempo que ayudaba a organizar la matanza de los judíos de la región (una política de la que él era un firme defensor), Wächter permitió la formación de un comité nacional ucraniano y permitió que los ucranianos llevaran a cabo trabajos sociales y de asistencia social. El número de colegios en lengua ucraniana que había en el Gobierno General, por ejemplo, aumentó de 2510 en 1939 a más de 4000 en 1942, y los polacos empezaron a preocuparse abiertamente por este resurgimiento.[25]El siguiente paso natural

fue reclutar una división armada ucraniana para las Waffen-SS, y Wächter se lo planteó a Himmler, que aprobó la idea a condición de que no hubiera ninguna mención de la palabra «Ucrania». A consecuencia de ello, el 28 de abril de 1943 Wächter anunció la formación de la división «Galitzia» de las SS, y sus principales colaboradores ucranianos pidieron voluntarios. La respuesta fue abrumadora. Casi 100 000 hombres se presentaron voluntarios, casi todos de Ucrania occidental, demostrando la oportunidad habían desperdiciado los alemanes por la brutalidad de Koch en la propia Ucrania.

Muchos de los hombres más mayores de entre los 30 000 que finalmente fueron aceptados habían luchado para los austríacos en la primera guerra mundial; para ellos, así como para los oficiales alemanes también involucrados, los recuerdos de su antigua camaradería nunca estuvieron muy lejanos, y la marcha oficial del ejército Habsburgo fue adoptada por la división. Los propios alemanes se vieron desconcertados por la intensidad de su respuesta. Su instrucción estuvo acompañada por conferencias sobre historia ucraniana, frecuentes servicios religiosos y conciertos, así como por una considerable ingestión de alcohol, sobre todo cuando les visitaban sus parientes. En mayo de 1944, Himmler pasó revista a la división, y al mes siguiente fue asignada al Frente Oriental, donde quedó bajo el mando operativo de un antiguo oficial Habsburgo.[26]

En tres años la política alemana, aparentemente, había dado un giro de casi 180 grados. No obstante, a pesar de los carteles de reclutamiento, que mostraban a soldados alemanes y ucranianos luchando juntos a través de los maizales, ni Himmler ni los ucranianos realmente tenían mucha más confianza mutua que antes. Los alemanes seguían sin hacer promesas sobre un futuro estado ucraniano; lo único que querían era carne de cañón. En cuanto a los ucranianos, sabían que tenían pocos motivos para confiar en Himmler. La propia División Galitzia de las SS no duró demasiado: fue aplastada en pocos días por el Ejército Rojo cerca del pueblo de Brody, perdiendo a la mayoría de sus 14 000 hombres y reagrupándose con apenas 1500 supervivientes.

Sus sacrificios no habían sido totalmente en vano. Himmler quedó impresionado por su actuación y ordenó que se reconstruyera. Ahora se le permitió llamarse «ucraniana», y su propaganda adoptó un carácter más abiertamente nacionalista. Pero la guerra la estaba alejando más de Ucrania y los intereses alemanes y ucranianos estaban dejando de converger. Después de ser utilizada en salvajes operaciones antipartisanas en Eslovaquia, muchos de sus hombres desertaron cuando los alemanes se retiraron atravesando los

Cárpatos. Quedándose cerca de sus casas y librando una vana lucha desesperada por salvar a Galitzia del comunismo, continuaron su resistencia tanto contra los soviéticos como contra los polacos mucho después de que la guerra hubiera terminado en todos los demás lugares.[27]

La dudosa opinión que el Führer tenía sobre ellos apareció en una conversación surrealista que tuvo lugar en el búnker de Berlín, a finales de marzo de 1945. Fue dura y poco romántica, y totalmente coherente con las actitudes políticas que siempre había mostrado:

> HITLER: Uno nunca sabe lo que anda por ahí. Acabo de enterarme, para mi sorpresa, de que ha aparecido de repente una división ucraniana de las SS. No sé absolutamente nada de esta división de las SS.
>
> GÖHLER: [oficial de enlace de las SS] Hace mucho tiempo que existe.
>
> HITLER: Pero nunca se ha mencionado en ninguna de nuestras reuniones. ¿O recuerda usted lo contrario?
>
> GÖHLER: No, no lo recuerdo.
>
> …
>
> HITLER: [Refiriéndose a las unidades extranjeras en general, y a la División Ucraniana en particular] O la unidad es fiable o no es fiable. En este momento, ni siquiera puedo crear nuevas formaciones en Alemania porque no tengo armas. Por consiguiente, es una idiotez dar armas a una división ucraniana que no sea completamente fiable… Si está compuesta por [antiguos] rutenios austríacos, no se puede hacer nada que no sea quitarles inmediatamente sus armas. Los rutenios austríacos eran pacificistas. Eran corderos, no lobos. Estaban tristes incluso en el ejército austríaco. Todo este asunto es una falsa ilusión… No quiero afirmar que no se pueda hacer nada con estos extranjeros. Sin duda, se puede hacer algo de ellos. Pero requiere tiempo. Si uno los tuviera durante seis, o diez años, y controlase sus patrias como lo hacía la antigua monarquía, naturalmente se convertirían en buenos soldados. Pero si uno los coge cuando su patria está por allí, en algún lugar [en territorio enemigo], ¿por qué se debería esperar que lucharan?[28]

La búsqueda del De Gaulle ruso

Al reclutar a no alemanes para la causa nazi, Himmler estaba siguiendo el camino que la Wehrmacht había iniciado: de hecho, las SS nunca igualaron al ejército en cuanto a cantidad de no alemanes reclutados. Durante algún tiempo los comandantes del ejército habían estado improvisando siempre que había sido necesario encontrar colaboradores localmente y peinando los campos de prisioneros de guerra en busca de los llamados «Hiwis» (*Hilfsfreiwillige* = voluntarios auxiliares). Para que Hitler no se percatara de ellos, no se les listó oficialmente en la fuerza de la Wehrmacht hasta mucho después de Stalingrado. Pero muchos rusos y ucranianos estaban trabajando como traductores, conductores, cocineros, criados y guardias incluso antes del

invierno de 1941. «Muchos suboficiales y tenientes tenían “sus propios Ivanes”», recordaba un observador, y su cada vez mayor dependencia de ellos (en la primavera de 1943, ya había medio millón de estos auxiliares) ayudó a los oficiales alemanes a acostumbrarse a la idea de trabajar con «unidades orientales» más sistemáticamente.[29]

A medida que crecieron las necesidades de personal en el bando alemán, los argumentos a favor del reclutamiento de «tropas orientales» se hicieron más difíciles de resistir, y a finales del verano de 1942, la posición de éstas se regularizó bajo nuevas normas del ejército que determinaban sus condiciones de servicio. A finales del año casi la mitad de los soldados de la 134.ª División de Infantería de primera línea eran antiguos prisioneros de guerra soviéticos. Gran parte de este cambio se debió al extraordinario jefe de la sección de organización del alto mando del ejército, Claus von Stauffenberg. Inspirado por su visión neo-Bismarckiana de una Alemania unida en una asociación con la Rusia posbolchevique, hasta que perdió la fe en la capacidad de los nazis para lograr esto, Stauffenberg es más conocido, naturalmente, por ser el hombre cuya desesperación ante la forma en la que Hitler estaba dirigiendo la guerra le llevó a colocar la bomba en el búnker de Hitler en julio de 1944.

Stauffenberg tenía muchos motivos para sentirse frustrado. Lograr que el Führer accediera a hacer uso del anticomunismo ruso fue, naturalmente, aun más difícil que superar los prejuicios que éste tenía contra los ucranianos. Sus objeciones a los rusos eran muy conocidas, e intentó lograr que el ejército limitara su uso de voluntarios soviéticos a pequeñas unidades antiguerrilla. Resultó ser más fácil cambiar su opinión en lo que concernía a los no rusos, y una visita realizada por un general turco para suplicar que los prisioneros túrquicos fueran puestos en libertad preparó el terreno para que se formaran «legiones» independientes para turquestaníes y musulmanes caucásicos, así como, incongruentemente, para georgianos y armenios. Un Cuerpo de Cosacos, acompañados por sus mujeres y sus rebaños, luchó junto a los alemanes, antes de que su escasa fiabilidad y sus elevados índices de deserciones hicieran que fuera trasladado al oeste. Hubo también un cuerpo de caballería kalmuk y unidades tártaras. Desperdigadas por toda Europa, en la primavera de 1945 algunas acabaron en Bretaña, donde aterrorizaron a la población local. En total, de acuerdo con un cálculo aproximado, al menos 650 000 antiguos ciudadanos soviéticos llevaron el uniforme alemán. La Wehrmacht se estaba convirtiendo en un ejército multinacional a pesar de sí misma.[30]

No obstante, la indicación más clara de que la política no estaba siendo impulsada por las SS sino por la más pragmática Wehrmacht fue la decisión de buscar colaboradores militares entre los propios rusos. Para Hitler éste fue el trago más amargo. Aparte de sus prejuicios antirrusos, su renuencia puede haber estado influida por el fiasco que había tenido lugar en noviembre de 1942, cuando unos 2500 voluntarios rusos de una unidad secreta antipartisana mataron a sus oficiales de enlace alemanes, secuestraron a su propio comandante y lo entregaron a los partisanos.

Aún a mediados de 1943, Hitler todavía estaba insistiendo en que «jamás desarrollaremos un ejército ruso». No obstante, en enero de 1942, el asesor de Rosenberg, Otto Bräutigam, ya había propuesto la idea de preparar un «contragobierno ruso» encabezado por una figura a lo «De Gaulle», que idealmente se escogería de entre los generales capturados del Ejército Rojo. Rosenberg era demasiado tímido para refrendar una propuesta tan audaz, y Hitler la descartó, lo que no era de extrañar. Cuando algunos generales rusos cautivos fueron entrevistados, dejaron claro que era necesario que Alemania hiciera compromisos políticos más definidos que los que Hitler estaba dispuesto a hacer. Pero los oficiales destinados en el Este eran conscientes de que los alemanes no podían permitirse el lujo de ser tan distantes. A medida que se deterioró la situación en Stalingrado, el jefe del servicio de información del ejército en el Este, el general Gehlen, reclamó «la formación ficticia de un falso gobierno nacional ruso», utilizando «personalidades con nombres imponentes, extraídas de entre los generales cautivos», para ponerlas al frente un «Comité Nacional para la liberación de la Patria». En la Navidad de 1942, el ejército, el Ministerio del Este de Rosenberg y el Ministerio de Propaganda de Goebbels ya se mostraban fundamentalmente de acuerdo en que era necesario un enfoque más político sobre el futuro de la región.[31]

Un posible candidato para el papel de «De Gaulle ruso» era un general soviético muy conocido, Andrei Vlasov, que había sido capturado ese verano después del fracaso de un intento de levantar el asedio de Leningrado. El alto y adusto Vlasov era una figura imponente que había desempeñado un importante papel en la defensa de Moscú, y la Wehrmacht no sólo estaba interesada en sus experiencias militares, sino también en usarlo políticamente. En cautividad, les dijo a los alemanes sin rodeos que, aunque muchos en el ejército soviético estaban dispuestos a derrocar a Stalin, no estaban seguros de con quiénes debían contar, con los alemanes o con los angloestadounidenses. Subrayando el carácter duradero del régimen soviético, Vlasov hizo hincapié en que los alemanes no lograrían derrocarlo sin ayuda rusa; sólo un ejército

ruso alternativo tenía alguna posibilidad de derrocarlo. Él mismo admitió su inclinación por los alemanes; sin embargo, seguía en el aire la cuestión de qué futuro preveían para Rusia.

Como sabían que Hitler y Bormann, en particular, se opondrían terminantemente a cualquier propuesta de guerra política con ayuda rusa, los partidarios de Vlasov dentro de la Wehrmacht intentaron conseguir el apoyo de Alfred Rosenberg y su Ministerio del Este. Rosenberg accedió, con tal de que el programa de Vlasov no contradijera su política de apelar a las nacionalidades no rusas. También insistió en que cualquier campaña de propaganda debía estar dirigida al lado soviético del frente. Pero cuando los aviones alemanes empezaron a volar sobre las líneas soviéticas, distribuyendo millones de panfletos de Vlasov en los que se reclamaba el fin del estalinismo, una paz honorable y un lugar para Rusia en la Nueva Europa «sin bolcheviques ni capitalistas», «accidentalmente» los dejaron caer también sobre el territorio controlado por los alemanes. La Wehrmacht informó de que hubo un gran interés entre los rusos que estaban bajo su control, y la causa de Vlasov quedó muy reforzada. En la primavera de 1943, se le permitió recorrer los territorios ocupados para dar a conocer su «Ejército Ruso de Liberación» (como se llamó ahora a las *Osttruppen*). Cuando habló en Smolensk, con oficiales alemanes de pie a su lado, Vlasov declaró que no quería instaurar de nuevo el zarismo, el capitalismo ni el bolchevismo. El mensaje era puro nacionalismo ruso. «El pueblo ruso ha vivido, vive y vivirá», declaró, teniendo cerca a oficiales alemanes. «Nunca será posible reducirlo a la condición de un pueblo colonial.» Denunció las atrocidades alemanas contra la población civil y predijo que la guerra de Alemania en el Este fracasaría a menos que ésta dejara claros los planes a largo plazo que tenía para la URSS. **[32]**

Ni que decir tiene que todo esto iba directamente en contra del pensamiento de Hitler. En junio de 1943, descartó explícitamente el fomento de los colaboradores indígenas en los antiguos territorios soviéticos; lo máximo que estaba dispuesto a tolerar era una campaña puramente propagandística. Según él, seguir la estrategia japonesa, «algo parecido a la llamada China libre o nacional en Asia Oriental», era sencillamente demasiado peligroso, ya que cualquier gran fuerza armada rusa podría volverse en el futuro contra sus partidarios alemanes. Como hacía tan a menudo, recordó las supuestas experiencias de la primera guerra mundial, en este caso las consecuencias que tuvieron los intentos de Alemania de reclutar un ejército polaco. «Ya nos llevamos una trágica lección con los polacos en la guerra mundial», objetó.

> Ludendorff dijo después: «La gente me decía que conseguiría 500 000 hombres». Cualquier persona sensata debería haber dicho inmediatamente: «Esos 500 000 polacos no lucharán contra Rusia, más bien están preparando un ejército para enfrentarse a Alemania y Austria si es necesario y liberar Polonia. Cada nación, o piensa en su propio interés, o no piensa en absoluto [*oder sonst gar nichts*]… Todo esto no es más que teorizar en las nubes, imaginar que nuestro objetivo es preparar estados independientes y autónomos».

Para los nazis de línea dura como Hitler o Erich Koch, prestar un auténtico apoyo a los rusos, ucranianos o a otros nacionalistas cualesquiera era algo odioso. Aquí, en la propia cumbre, estaba el impedimento fundamental para cualquier campaña de reclutamiento de colaboradores en el sentido que ese concepto tenía en Europa occidental.[33]

Incluso la idea de una proclamación para «todos los pueblos del Este» era más que lo que el Führer estaba dispuesto a tolerar, y el propio Goebbels no pudo convencerlo. Cuando Hitler se enteró de que algunos de los miembros de las *Osttruppen* habían desertado a los partisanos, el resto de unidades fueron trasladadas a Europa occidental y a los Balcanes, y pareció como si la idea de un «ejército de Vlasov» hubiera desaparecido para siempre. El propio Himmler seguía siendo en este momento uno de los más firmes antagonistas de Vlasov. En octubre de 1943, reafirmó su desprecio por toda la idea de reclutar a *Untermenschen* y criticó explícitamente la idea de crear «un ejército de liberación bajo el mando del general Vlasov». De hecho, no podría creer que Vlasov hubiera tenido la temeridad de sermonear a los funcionarios alemanes sobre cómo trataban a los rusos, ni que ninguno de los alemanes hubiera protestado.[34]

No obstante, las objeciones raciales de Himmler ya se estaban atenuando debido a la cada vez mayor escasez de personal alemán en el Este, y en el último momento sus propias SS se estaban convirtiendo en la última esperanza de quienes se encontraban en el Este. La propia Waffen-SS estaba compuesta por casi treinta divisiones e incluía, como hemos visto, grandes cantidades de antiguos ciudadanos soviéticos. Los Cuerpos de Cosacos acababan de ser transferidos a las SS para garantizar un mejor equipamiento, y al mismo tiempo el nuevo *SS-Generalkommissar* para Bielorrusia estaba apoyando a los círculos nacionalistas de allí más incluso que lo que lo había hecho su antecesor civil. En la primavera de 1944, Himmler acabó aceptando la idea de reclutar hombres entre los musulmanes soviéticos en un Cuerpo Túrquico Oriental, ampliando el regimiento túrquico que estaba entonces combatiendo activamente a los partisanos en Bielorrusia. El líder propuesto para el nuevo SS Osttürkischer Waffenverband fue Wilhelm Hintersatz, más conocido como «Harun-el-Rashid» Bey, antiguo oficial austríaco que se había

convertido al islam y que en el pasado había trabajado con Enver Pacha en el Estado Mayor turco. Aunque Himmler seguía soñando con un avance alemán hasta los Urales, sus fantasías tuvieron un matiz Habsburgo cada vez más pronunciado, y hablaba de construir, ante el *Ostwall* alemán, «una frontera defensiva en el Este de neocosacos, siguiendo los grandes modelos de la frontera austrohúngara y el modelo ruso de cosacos y colonos soldados».[35]

Un colaborador especialmente malévolo que se unió a las SS en este momento fue un aventurero psicópata llamado Bronislav Kaminsky. Kaminsky, la antítesis del tipo disciplinado y noble de activismo político que representaba Vlasov, era un ingeniero de la pequeña ciudad de Lokot, en Bielorrusia, que había chocado con el NKVD antes de 1939 y había gobernado la región como su propio «imperio» personal durante casi dos años después de la invasión de los alemanes. Su llamado Ejército de Liberación Nacional Ruso, tosco pero eficaz, se había desarrollado con la ayuda de la Wehrmacht y contaba con más de 10 000 hombres. Lo mantenía a raya la propia afición a la violencia de Kaminsky, similar a la de Kurz; los oficiales de enlace alemanes que visitaban su campo en el bosque de Briansk se acostumbraron a ver los cadáveres de sus antiguos ayudantes balanceándose fuera de la entrada principal. «Hans el inteligente» Von Kluge, el comandante del Grupo de Ejércitos Centro, toleraba los robos, saqueos y violaciones de los «famosos» hombres de Kaminsky porque éste ayudó a llevar a cabo operaciones antipartisanas desde su autoproclamada República de Lokot, y al propio Kaminsky se le otorgó la «Cruz de Hierro de los Pueblos Orientales, Primera Clase».[36]

Pero lo que estaba teniendo lugar sin ser visto en los remotos pantanos y bosques de Bielorrusia les producía una impresión muy distinta incluso a los alemanes cuando se trasladaba cientos de kilómetros al oeste. En el verano de 1944, los hombres de Kaminsky se retiraron caóticamente de Bielorrusia y, al igual que la recientemente renombrada 29.ª División de la Waffen-SS, fueron enviados a ayudar a aplastar la sublevación de Varsovia. Allí, en el distrito de clase obrera de Ochota, se distinguieron por una serie de crímenes tan horrendos que escandalizaron a sus superiores alemanes. Matando a aproximadamente 30 000 personas en apenas un día, dejaron tras ellos sótanos llenos de cadáveres ametrallados y robaron y violaron al personal y a los pacientes de un hospital local para enfermos de cáncer.

Esto asqueó incluso a los oficiales de las SS que estaban al mando, que los retiraron. Retrasados por el saqueo e incapacitados por el alcohol, su brutalidad no había hecho más que prolongar la resistencia de los

desesperados residentes polacos y había hecho más difícil la tarea de los alemanes. De camino a Łódź, cargado de relojes y joyas, el propio Kaminsky fue arrestado y fusilado, probablemente por la Gestapo. Cuando le ofrecieron el resto de los hombres de la brigada de Kaminsky, el propio Vlasov los describió con desdén como «mercenarios» y se negó a tomar a la mayoría de ellos.[37]

El general ruso era, evidentemente, de un calibre muy distinto al de un oportunista disoluto como Kaminsky. En otoño de 1944, con el Ejército Rojo abriéndose paso de forma arrolladora a través de las líneas del Grupo de Ejércitos Centro y avanzando hacia las fronteras de Polonia y Rumania, Himmler estaba empezando a replantearse la opción de Vlasov (el V-100, como le llamaban los bromistas, por la obsesión del régimen con las «armas secretas»). Éste era, en palabras de Hitler, «un momento para lo que podemos hacer, no para lo que queremos hacer». Todavía convencido de que los alemanes lograrían finalmente cambiar el rumbo de la guerra y hacer retroceder a los rusos al este, hasta los Urales, Himmler se reunió con Vlasov y accedió a apoyarle para lanzar un «Comité para la Liberación de los Pueblos de Rusia» (KONR) cuya primera reunión tuvo lugar en el castillo de Hradcany en Praga en noviembre. Himmler había tenido que hacer caso omiso de los temores de su personal de seguridad acerca del lugar para que Vlasov pudiera celebrarla en un país eslavo ocupado.[38]

Pero ¿qué significaba realmente una empresa tan quijotesca en un momento en el que el Ejército Rojo estaba avanzando rápidamente hacia el oeste y estaba a punto de invadir el territorio alemán? El nuevo Comité, una expresión de la quiebra de las tentativas alemanas de guerra política en el Este, no fue sino uno más de varios gobiernos patéticos y totalmente ficticios que se crearon mucho después de su fecha de caducidad: el Gobierno francés de Pétain se reformó en Sigmaringen, y hubo, o en breve habría también, comités nacionales albaneses, croatas, serbios y griegos: los balnearios y las estaciones de esquí de Austria se estaban llenando de colaboradores que esperaban nerviosamente que acabara su exilio. El propio KONR fue un puro espectáculo de propaganda, ofrecido en beneficio de los propios rusos. Ninguno de los ministerios de Hitler estuvieron presentes en Praga, y ni siquiera Himmler se presentó allí. Los planes para tratar al KONR como un gobierno soberano fueron desechados. En lugar de ello, los alemanes enviaron un tren especial desde Berlín para trasladar a los «delegados»; muchos de ellos eran, en realidad, trabajadores del Este a los que se habían sacado de los campos y a los que se había vestido para la ocasión. El propio Vlasov había

preparado un manifiesto que no hacía ninguna mención de Hitler ni del nacionalsocialismo y que detallaba catorce puntos en una clara señal, dirigida a las potencias occidentales, de que estaba pensando en Woodrow, Wilson y 1918. Pero esto no era nada más que «cabaret», como lo describió un observador alemán; si Hitler hubiera pensado que cabía la más mínima posibilidad de que ello se hiciera realidad, a Vlasov jamás se le habría permitido que lo hiciera público.[39]

No importaba que todos estos planes sólo existieran como opciones imaginarias; a estas alturas, las luchas internas por el control en Berlín seguían teniendo vida propia, y Vlasov seguía siendo un juguete. Alfred Rosenberg, el antiguo enemigo de Himmler, no pudo evitar involucrarse aunque ahora dirigiera un ministerio carente de cualquier significado. (Cuando el hombre que Himmler tenía allí, Gottlob Berger, dimitió finalmente en diciembre de 1944, comenzó su informe para Himmler con las palabras: «Asunto: Ministerio del Reich para los Territorios Ya No Ocupados del Este».) El hecho que los únicos soldados alemanes que había en territorio ruso fueran prisioneros de guerra no impidió que Rosenberg dedicara sus últimos meses en el cargo a crearle problemas a Vlasov y a los partidarios que éste tenía en las SS. Rosenberg, furioso por el hecho de que Hitler, que no le había recibido desde noviembre de 1943, lo evitara, advirtió del peligro del nacionalismo ruso y animó a los representantes de las nacionalidades no rusas a que celebraran congresos competidores: diminutos «comités nacionales» de azerbayaníes, tártaros, «turquestaníes» y «caucásicos» emprendieron así una guerra por carta contra los partidarios de la «Gran Rusia» que había en torno a Vlasov. A comienzos de 1945, llegó el último acto absurdo con un congreso constituyente de nacionalistas ucranianos en Weimar y la formación de un ejército nacional ucraniano. El Ministerio del Este de Rosenberg y las SS de Himmler estaban luchando entre ellos, aun cuando ya no quedara nada sustancial por lo que luchar: Vlasov y estos otros grupos de nacionalistas anticomunistas cada vez más patéticos no eran más que peones en una rivalidad que ya no tenía sentido. El Este seguía siendo lo que siempre había sido para los nazis: un lugar en que la imaginación se desbocaba y donde podía ignorarse la realidad.

La mayoría de los rusos que contemplaban la opción de Vlasov eran, naturalmente, hombres más realistas. Supervisados por el SD, sus inquietos debates sobre el sentido que tenía todo ello daban una aguda idea de las desalentadoras alternativas a las que se enfrentaban:

> La minoría sostiene que Alemania ha perdido la guerra de una forma u otra y que será ocupada por los angloestadounidenses… Entre estos rusos predomina la opinión de que después de su victoria Inglaterra y Estados Unidos destruirán el bolchevismo en Rusia e instaurarán una «auténtica democracia». «Si hoy vamos con Vlasov», dicen estos rusos, «los angloestadounidenses no nos lo perdonarán».
>
> La otra parte de los rusos piensa que… la victoria sobre el bolchevismo en Rusia sólo es posible con la ayuda de un verdadero ejército ruso. Los rusos también dicen: «A menudo hemos expresado nuestro deseo de unirnos al ejército de Vlasov, pero éste siempre ha sido rechazado. En lugar de ello, nos dijeron que nos uniéramos a las Waffen-SS. No hemos querido hacer esto porque no es una auténtica fuerza rusa».[40]

Movido por sentimientos similares, y pese al apoyo de Himmler, el propio Vlasov se negó a permitir que las tropas que tenía bajo su mando formaran parte de las Waffen-SS. Después de un enfadado intercambio de impresiones, fueron en realidad las SS quienes capitularon, y los *Untermenschen* rusos los que se impusieron. Himmler permitió de este modo que se formara la primera división de Vlasov en diciembre de 1944 como una unidad independiente; al mes siguiente se autorizó otra, y a Vlasov se le concedió el poder del mando directo como su comandante en jefe, independientemente tanto de la Wehrmacht como de Hitler. Fue el mejor momento para su «Ejército de Liberación Ruso»: no obstante, dos años de debates no habían producido más que 50 000 soldados, un pobre rendimiento a cambio de los millones de ciudadanos soviéticos que habían trabajado para la Wehrmacht y de los demás millones a los que se había asesinado o a los que se había dejado morir de hambre.

Pero los líderes nazis se habían quedado dormidos en un mundo de sueños. ¿Qué motivo tenía Himmler para hacer cualquier tentativa mayor para ganarse el apoyo de los rusos cuando aún en enero de 1945 daba la impresión de que seguía creyendo en serio que Rusia podría ser orientada a la fuerza hacia el este y el sur, convertida en un «estado Siberiano Ruso Oriental» cuya frontera occidental discurriría más allá de Moscú? Sumamente seguro de sí mismo cuando ello no estaba justificado, el Reichsführer-SS veía peligros donde no existían e incluso interpretó iniciativas serbias y eslovacas de poca importancia para reconocer a Vlasov como señales de que se estaba abriendo un peligroso frente paneslavo antialemán. A ninguno de los otros líderes nazis tampoco se le daba mucho mejor enfrentarse a la verdad. Goebbels consideraba a Vlasov un títere, mientras que Göring, cuando se reunió con él, no habló sobre nada más sustancial que sobre rangos, uniformes y cuestiones de protocolo militar relacionadas con el Ejército Rojo. El ministro de Finanzas Von Krosigk quería intensificar la «propaganda de Vlasov contra los bolcheviques» para recalcar el contraste entre el nivel de vida de Alemania y

el de Rusia: según él, ésta era (absurdamente) «la trompeta por la que, al tocarla, caerá el Jericó soviético». El único que era más realista era Hitler, al considerar las tropas de Vlasov no como la fuente de una arma psicológica eficaz que derribaría al Ejército Rojo sino simplemente como carne de cañón adicional, a la que se empujaría a la primera línea para salvar vidas alemanas. Vlasov y su personal fueron despachados al Hotel Richmond en Karlsbad, donde al *Gauleiter* de los Sudetes Konrad Henlein le indignó el panorama de que los rusos se hospedaran con tantos lujos y amenazó con echarlos.

Lo que era probable que les sucediera a todos ellos ya había quedado meridianamente claro en febrero tras la caída de Budapest. En medio de los restos de la ciudad en ruinas, reducida a una masa de cascotes después de uno de los asedios más penosos que tuvieron lugar en Europa, los hombres del Ejército Rojo habían buscado a los «vlasovistas» y habían fusilado a la mayoría de ellos en el acto. Todo el que admitiera que hablaba ruso o que vistiera el uniforme alemán y no contestara en alemán se enfrentaba a la ejecución instantánea. En realidad, ninguno de los hombres de Vlasov había sido enviado a Budapest; pero su nombre se aplicaba ahora a todos los antiguos ciudadanos soviéticos que hubieran cambiado de bando.[41]

No fue hasta justo el final de la guerra en Praga cuando el ejército de Vlasov vio su primer y último combate real, y éste se libró, irónicamente, *contra* los alemanes. A comienzos de mayo, varios días después del suicidio de Hitler, la 1.ª División de Vlasov, estacionada en las afueras de Praga, hizo algo extraordinario: en respuesta a una petición de los insurgentes checos, cambió de bando y ayudó a los checos, que estaban intentando expulsar a las SS de la ciudadela de Hradcany. Estaban deseosos de demostrar a los Aliados su actitud antialemana y creían que así lo habían hecho. Pero los estadounidenses se negaron a entrar en la ciudad, cumpliendo con su acuerdo de fronteras con Stalin, y con el Ejército Rojo a punto de atacar desde el este, los checos se volvieron en contra de los hombres de Vlasov y les ordenaron que se marcharan. La mayoría se dirigieron hacia las líneas estadounidenses, desde donde fueron entregados a los soviéticos: en cuanto a Vlasov y sus oficiales de mayor rango, fueron ejecutados por traición en 1946.[42]

En general, el destino de los «ayudantes del Este» de los alemanes después de la guerra no fue afortunado. Los cosacos fueron entregados a los rusos, y las unidades de colaboracionistas croatas y eslovenos fueron entregadas a los hombres de Tito, que asesinaron a la mayoría de ellos. Pero una vez que comprendieron que era probable que este destino les esperase a otros que también habían luchado para los alemanes, los Aliados abandonaron

su política de repatriación obligatoria y las cosas empezaron a mejorar para los supervivientes. Muchos ucranianos y baltos, a quienes se concedió la condición de desplazados, una vez que demostraron que no habían sido miembros de las SS(algunos lo habían sido, de hecho), se reasentaron finalmente en Estados Unidos, Canadá, Australia y Gran Bretaña, o se quedaron en Alemania Occidental. Con la ayuda de los contactos que tenía Reinhard Gehlen en los servicios de información (el bien relacionado Gehlen había sido un jefe notablemente eficaz del servicio de información del ejército alemán en el Este durante la guerra), los jefes de los servicios de información de Estados Unidos ignoraron las barreras impuestas por el Congreso al reclutamiento de criminales de guerra nazis y financiaron a anticomunistas exiliados a lo largo de toda la década de 1950 con la esperanza de que ayudaran a los estadounidenses a construir un movimiento de resistencia antisoviético viable en la URSS occidental. Esto fue un nuevo fracaso; el ejército fantasma no estuvo a la altura del contraespionaje soviético. No obstante, sus partidarios en la CIA, que estaban plenamente informados de los horrendos crímenes que habían cometido sus protegidos durante la guerra, aunque les eran indiferentes, ayudaron a una buena cantidad de destacados colaboradores a encontrar nuevas casas, garantizando con ello que el Día Nacional de Bielorrusia se celebrara cada año en torno a las barbacoas en South River, Nueva Jersey.[43]

15

La oposición

Sin embargo, las guerras y las rebeliones no sólo son una maldición y una desgracia; también generan esperanza y creatividad… Al optar por la guerra, llegamos a entender quiénes éramos. Sólo en el conflicto armado pudimos afirmarnos a nosotros mismos y obligar al enemigo a entendernos y concedernos su reconocimiento.

MILOVAN DJILAS, *Wartime*
(Nueva York, 1977), p. 22

«Métodos polacos»

Cuando penetraron en Polonia en 1939, los alemanes se toparon con una feroz resistencia desde el comienzo, y algunos soldados polacos todavía estaban combatiendo en los bosques cuando la Wehrmacht entregó el control al gobierno civil. En la primavera del año siguiente ya se les había dado caza y asesinado. Pero la pacificación no trajo consigo la aceptación, y la hostilidad de la población a los alemanes era inconfundible. «Los niños polacos, sobre todo, tratan a los alemanes en la calle con la mayor descortesía», se quejó un administrador entrante. Enfrentándose a una «resistencia pasiva» a gran escala, otros quedaron impresionados por el hecho de que «el polaco se siente el amo de la calle». No había una «resistencia declarada», escribió el Kreishauptmann de Bilgoraj, pero las órdenes alemanas sólo se obedecían cuando se hacían cumplir. Los ocupantes tomaron rehenes, retuvieron raciones y ejecutaron a personas importantes para demostrar a los polacos, «que tenían experiencia en asuntos revolucionarios», que el Tercer Reich sería más duro que lo que lo habían sido los zares rusos.[1]

Porque la oposición a los invasores, sin duda, no había sido erradicada por la criminal «limpieza general étnica» que los hombres de Heydrich habían llevado a cabo en los primeros días de la ocupación. Al contrario, como recordaba un activista, «por todas partes surgían sociedades secretas, como setas después de la lluvia». La Gestapo pensaba que esto estaba demasiado descoordinado (y que los polacos estaban demasiado desunidos), para que supusiera una amenaza significativa. Y era cierto que, después de la derrota, la mayoría de los partidos políticos consolidados habían formado sus propias secciones clandestinas junto con centenares de otros grupos más pequeños. Pero menos de un mes después de la invasión alemana, los partidos de la oposición anteriores a 1939 habían formado el Consejo Principal de la Defensa Nacional, y la principal organización de resistencia armada durante la guerra, la Unión para la Lucha Armada (ZWZ), conocida posteriormente como el Ejército Nacional (AK), ya había surgido también.[2]

A pesar de este fermento, hubo poca resistencia armada manifiesta. El comandante Henryk Dobrzanski, «Hubal», el «comandante loco», como llamaban los alemanes al antiguo jinete olímpico, era el oficial que se había negado a desarmarse y que había dirigido a un grupo pequeño de sus soldados hasta los primeros meses de 1940, previendo la apertura de un nuevo frente en el oeste. Su unidad había infligido cuantiosas bajas a varias unidades alemanas, pero el coste había sido elevado: los alemanes habían quemado varios pueblos y se calcula que asesinaron a 700 personas. El sentimiento local se había vuelto en contra de Hubal por esta razón, y el movimiento clandestino temió el efecto que esto pudiera tener en su propia acción de reclutamiento más en general. Pero cuando el ZWZ le dijo que abandonara, él se negó, y continuó sus ataques hasta que fue finalmente acorralado y asesinado por los alemanes a finales de abril. Casi inmediatamente después se produjeron las redadas con las que se suponía que se impediría que surgiera cualquier movimiento de resistencia unificado. A consecuencia de la llamada Acción AB(Pacificación Extraordinaria), aproximadamente 30 000 polacos fueron arrestados y enviados a campos de concentración, entre ellos el nuevo campo de Auschwitz; 3500 fueron fusilados en zona de ejecución situada en las afueras de Varsovia. La Acción AB, que se produjo después del internamiento de los profesores de la Universidad de Cracovia, y coincidiendo con la masacre soviética de oficiales del ejército polacos, indicaba que sería un suicidio oponerse a los alemanes sin ayuda.[3]

Estos acontecimientos confirmaron la opinión que ya predominaba entre los oficiales del ejército en la reserva que estaban implicados en actividades

clandestinas: creían que debían construir una organización clandestina que sólo saliera a la luz en el momento en el que pareciera posible desalojar a los alemanes. Ésta era exactamente la estrategia que habían seguido con cierto éxito durante la primera guerra mundial, cuando varios años de cuidadosa preparación clandestina habían culminado finalmente en la sublevación polaca de octubre de 1918. Ahora pretendían repetir las mismas tácticas. La resistencia, escribió el comandante del movimiento clandestino en noviembre de 1939, sólo debía revelarse cuando pareciera que la derrota de Alemania pareciera cercana «o, al menos, cuando tuviera una pierna doblada. Entonces deberíamos poder atravesar las venas y los tendones de la otra pierna y derribar al coloso alemán».

Inicialmente pensaban en términos de meses, y esperaban la ayuda del aliado de Polonia, Francia. Pero el hundimiento de Francia en el verano de 1940 desmintió catastróficamente este pronóstico, y tantas personas quedaron tan desalentadas que abandonaron la resistencia en la segunda mitad de 1940, al darse cuenta de que la ocupación no iba a acabar pronto.

Así, Polonia se convirtió en el primer exponente, y el más paciente, del enfoque de la resistencia basado en el ejército secreto. Muchos otros países (Noruega, Yugoslavia, Dinamarca, Holanda, Bélgica y Francia) siguieron posteriormente la misma estrategia: el miedo a provocar bajas civiles inútiles, y el deseo de no atraer la atención de los alemanes sobre las estratégicamente valiosas actividades de menor envergadura relacionadas con el sabotaje y la recopilación de información que también podían llevar a cabo los grupos de resistencia fueron sus principales justificaciones, y son totalmente comprensibles. Las cosas habrían sido muy parecidas en Gran Bretaña, a juzgar por los archivos de las islas Anglonormandas, donde las autoridades locales desalentaron la resistencia de forma similar.[4]

Por consiguiente, desde el verano de 1940 los polacos se concentraron en construir lo que llegó a ser el estado clandestino más extraordinario del continente, con sus propias divisiones educativa, judicial, de asistencia social y de propaganda. Su propósito era salvar a la sociedad polaca de la desintegración bajo la presión de las políticas de ocupación nazis, mientras se preparaban para el momento en el que se pudiera expulsar a los alemanes.[5] La ausencia de incidentes armados antes de 1942 en el Gobierno General no fue, por consiguiente, ninguna indicación del estado de ánimo del país. Los arrestos de la Gestapo sí que trastocaron gravemente al Ejército Nacional polaco. No obstante, éste pronto tenía a decenas de miles de hombres siendo adiestrados para una sublevación general. La SiPo/SD, siempre preocupada

por la falta de dureza de la policía, no podría entender la confiada evaluación de la Wehrmacht; *ellos* temían, ya en enero de 1941, estar «al borde de un volcán».[6]

Europa occidental

En Polonia, la resistencia fue una respuesta a la desnacionalización deliberada. Pero en Europa occidental, donde la ocupación alemana no tenía un fin tan obvio, la ocupación fue menos dura, y sobre el telón de fondo del desempleo extendido y el descontento con el antiguo orden del período de entreguerras, inicialmente pareció que valía la pena luchar por la promesa de un Nuevo Orden. El socialista belga Henri de Man no hablaba sólo por él mismo cuando proclamó: «Para las clases obreras y para el socialismo, este hundimiento de un mundo decrépito, lejos de ser un desastre, es una liberación». No obstante, los alemanes resultaron ser totalmente incapaces de aprovecharse de este poderoso deseo de un nuevo comienzo y pronto contribuyeron a sembrar allí también el germen de la oposición.

Incluso en los lugares en los que las tropas invasoras se comportaron «correctamente», la opinión pública se volvió muy rápidamente en su contra. La aproximación tradicionalmente draconiana del ejército alemán a la ocupación no ayudó, ni tampoco la batería de amenazas y prohibiciones que lanzaron inmediatamente: las manifestaciones públicas no autorizadas, violar el toque de queda, escuchar la radio británica o hacer circular libros y folletos «hostiles a los alemanes» se convirtieron en delitos graves. La sustitución de las autoridades de ocupación militares por otras civiles no hizo que las cosas mejoraran, sino todo lo contrario. La frustración popular creció una vez que quedó claro que el fin de las escaseces y los recortes no estaba cerca, que el dominio alemán suponía el aislamiento respecto al resto del mundo y que no habría pronto ningún acuerdo de paz.

En Europa occidental, sin embargo, la ira popular se dirigió inicialmente tanto contra los funcionarios locales como contra el ejército alemán. En abril de 1941, el diplomático estadounidense George Kennan observó cómo la Wehrmacht se había esforzado por mantener un enfoque no político de la ocupación, y «exteriormente una actitud totalmente correcta e imparcial hacia la población civil, sin tener en cuenta la raza, la clase o la nacionalidad». Esto a menudo se agradeció, sobre todo después del caos y el pánico de la propia invasión. Los franceses del Eure, por ejemplo, reconocieron que «la disciplina más absoluta reinaba en las filas de los invasores» y que «los actos de

vandalismo, las exigencias, y los ataques eran la excepción». Pero si bien los franceses reconocían los esfuerzos hechos por los funcionarios alemanes para ayudar a recoger la cosecha y alimentar a los refugiados, también les ofendió la arrogancia, la prepotencia y las requisas cuando se enviaron cosechas y productos al otro lado del Rin, y el racionamiento que encareció cada vez más el transporte. Parte de esto se debió a la hostilidad que siempre trae consigo una ocupación. Pero tanto si el ejército se comportó adecuadamente como si no, el hecho fue que políticamente también encarnaban la amenaza de una nazificación total y en absoluto deseada del estilo de vida de la gente. Es esta perspectiva la que explica por qué en Bélgica, por ejemplo, junto a la extendida ira que sentía la gente hacia los franceses, su desprecio por sus propios políticos y su actitud profundamente ambigua (antiguamente) hacia los británicos, un observador podría haber detectado la rápida aparición de un «odio casi general» hacia los alemanes.[7]

Una expresión de esto fue la hostilidad casi instantánea que se dirigió contra las mujeres que confraternizaron con el invasor. La derrota era un fracaso para los hombres de la nación, y un golpe al orgullo masculino, sobre todo en los países donde se había tomado a soldados como prisioneros de guerra, así que no es de extrañar que la sexualidad y la moral se convirtieran en un pararrayos de las actitudes hacia los alemanes. Uno de los primeros folletos que se fijaron en las paredes de Varsovia alertaban a las mujeres polacas de que no confraternizaran con alemanes. En la primavera de 1940, Hitler ordenó que «se ha de abordar a las mujeres danesas con cautela». Cuando los soldados alemanes hicieron caso omiso de ello, los camareros se negaron a servir a sus acompañantes, y la gente les escupió en la calle: rápidamente se produjo un revuelo diplomático. En Francia, el problema era aún peor porque había muchos soldados franceses que seguían siendo prisioneros de guerra, y un comisionado de la policía advirtió que la combinación de alcohol y mujeres estaba avivando las peleas entre franceses y soldados alemanes. Estaba en juego el honor de todos los bandos. «¡Nosotros somos los vencedores! ¡Ustedes han sido derrotados! ¡Las mujeres, incluso los niños, de su país ya no son suyos!», le dijo un comandante territorial alemán en un pueblo francés a un magistrado francés. Un vecino, del que otro se mofó porque «su hija es la puta de los alemanes», lo denunció a las autoridades alemanas. De hecho, negar favores sexuales a los alemanes podía considerarse un acto de resistencia, del mismo modo que se suponía que aceptar a un amante alemán reflejaba un deseo de ascender y egoísmo. (En la Liberación, los tribunales franceses trataron a las prostitutas

con más indulgencia que a otras mujeres, ya que consideraban que habían estado impulsadas por motivos profesionales, y no políticos.)[8]

Por consiguiente, la ocupación empezó a menudo con un intenso debate sobre ética, sobre cómo debía comportarse la gente hacia los ocupantes, sobre todo cuando nadie sabía hasta cuándo podrían quedarse por allí. La perspectiva de un dominio extranjero indefinido era descorazonadora, y el tipo de exhortaciones que surgieron tendieron a ser obras de un carácter muy normativo para reorientar a un pueblo gravemente desconcertado por la conmoción de la derrota y (al menos en las mentes de los autores de estas obras) que corría peligro de defraudar a la nación. «Ellos son los conquistadores. Sean correctos con ellos… pero no exageren», aconsejaba *Conseils a l'occupé* de Jean Texcier. En un momento en el que aún se criticaba mucho al rey noruego por huir a Inglaterra, sus partidarios pusieron en circulación «Diez mandamientos para los noruegos». El artículo 1 decía: «Obedecerás al rey Haakon, a quien tú mismo has votado». Le seguía: «Odiarás a Hitler y nunca olvidarás que sin ninguna declaración de guerra permitió que sus compañeros asesinos atacaran a un pueblo amante de la paz». Continuaba denunciando como traidores no sólo a aquellos que se asociaran con alemanes o colaboracionistas, sino también a cualquier miembro del parlamento que votara a favor de deponer al rey. En general, no era un documento que transmitiera demasiada confianza en el juicio no aconsejado del noruego medio.[9]

No obstante, hubo muchos otros indicadores de la oposición a la presencia de los alemanes. La gente boicoteó los periódicos escritos en alemán y se apartaba cuando un alemán se sentaba a su lado: en Noruega hacer esto se convirtió en un delito susceptible de ser castigado. Aplaudían en los cines cuando los noticiarios mostraban a soldados británicos y aplaudían a los propios prisioneros de guerra aliados cuando se les hacía desfilar por las calles. La forma de vestir también expresaba la disensión: en los distritos de Francia ocupados por italianos, un pedazo de macarrón expresaba el desprecio de los habitantes. En Holanda, donde los alemanes prohibieron las banderas, la gente llevaba claveles por el príncipe Bernardo. Los cumpleaños reales y las fiestas públicas en las que se loaba a los muertos de la primera guerra mundial o se celebraba la independencia nacional se convirtieron en momentos para la reunión y provocaron nuevas prohibiciones. «¡Larga vida a Inglaterra!» y «¡Desgraciados alemanes!», se oyó el 11 de noviembre de 1940 durante las marchas que tuvieron lugar en Bruselas y París. Los estudiantes protestaron contra la disolución de la facultad judía en la Universidad de Delft

ese mismo mes, y hubo una gran huelga por las redadas que tuvieron lugar en el barrio judío de Amsterdam en febrero del año siguiente.[10]

Los primeros periódicos, folletos y opúsculos clandestinos aparecieron muy pronto, y algunos de ellos llevaban noticias de la BBC, otros denuncias o sátiras de los alemanes. «Los periódicos clandestinos se están multiplicando», observó el abogado belga Paul Struye en su diario en octubre de 1940. Aunque eran modestos en apariencia, a él le parecía, sin embargo, que eran, «como síntoma, reconfortantes». Al mes siguiente, estaba prohibido vender plantillas o papel duplicador en Clermont-Ferrand sin autorización.[11] Las pintadas en los muros y los puentes eran otra forma de contraatacar. En Varsovia, se pintó «Polonia saldrá Victoriosa» a lo largo del muro de una calle; la campaña «V de Victoria» de la BBC desembocó en la aparición de un rosario de estos signos, lo que alarmó a Goebbels. El propio signo «H-7» del rey Haakon se hizo ubicuo en Noruega, ya que la ocupación había restaurado su popularidad rápidamente, pese a (o debido a) la propaganda alemana que le atacaba a él personalmente. En abril de 1941, nuevas pintadas en Bruselas loaban a los griegos y los yugoslavos, y al mes siguiente lemas irónicos, como «*Heil* Hess!» avergonzaban a los miembros de las fuerzas de la ocupación. Cuando se pintó la inscripción «Sólo para alemanes» en los bancos de Cracovia, al cabo de pocos días ésta se acompañó con el recordatorio: «Los bancos son nuestros, los culos son vuestros». E incluso a menudo se le daba la vuelta a la propaganda de los ocupantes contra ella misma. Las SS se preocuparon cuando los polacos hicieron circular una parodia de uno de sus folletos a finales de 1941: titulada «¡Aprenda alemán!», difería del artículo auténtico por ofrecer frases útiles para los miembros de la resistencia: «¡Alto! ¡Manos arriba, baja la cabeza! ¿Eras miembro del Partido, la SA o las SS? Todo el que mienta será fusilado. Te trataremos como los alemanes nos trataron a nosotros. Las manos detrás de la cabeza, contra la pared. ¡Toma una pala y cava una tumba!».[12]

Incluso unirse a las nuevas organizaciones políticas de masas permitidas por los alemanes podía constituir un acto de oposición. En el Protectorado casi todos los checos que reunían los requisitos necesarios se unieron a Solidaridad Nacional (Národni Souroucenstvi) para demostrar su sentido de unidad nacional y su desafío al movimiento fascista checo. Alrededor de 800 000 holandeses se unieron al Nederlandse Unie antes de que se prohibiera en diciembre de 1941, lo cual estuvo provocado, sobre todo, por el deseo de bloquear a los nazis holandeses. El ambiguo propósito de la organización le permitió servir como un símbolo de solidaridad nacional y como un posible

vehículo de oposición a los alemanes, que es exactamente la razón por la que finalmente se cerró.[13]

La desintegración de los propios organismos que los alemanes habían esperado que impulsaran la nazificación de los países ocupados del noroeste de Europa llevó a Himmler a la conclusión, incluso antes del fin de 1940, de que la política de «mano suave» había fracasado. Pero ésa era una conclusión interesada, concebida para justificar la toma del poder por parte de las SS. De hecho, el poder de Himmler seguía siendo limitado fuera del Este: en Bélgica y Francia, por ejemplo, la SiPo/SD no podría hacer arrestos sin la autorización del comandante militar, y los militares y los civiles que estaban al mando discrepaban de su análisis. Priorizando el orden público y la tranquilidad en lugar del cambio político y la nazificación, no se alarmaron demasiado por el resentimiento público ni por los fracasos nazis a la hora de construir nuevos partidos de masas proalemanes. Asumieron la evidencia de su impopularidad política y se centraron, en lugar de ello, en construir administraciones fiables. Controlaron la opinión pública de cerca, censuraron la prensa y desalentaron la formación de grandes grupos y las manifestaciones. Conscientes del descontento de la gente con la ocupación, les interesaba principalmente que éste no se volviera violento, tanto en forma de actos de sabotaje como de ataques a sus tropas.

Pero cuando los acontecimientos sí amenazaban con escapar de su control, su reacción era dura y frecuentemente empeoraba las cosas. En los Países Bajos respondieron a las manifestaciones a favor del príncipe Bernardo destituyendo al alcalde de La Haya e internando al general Henri Winkelman, el comandante en jefe holandés. En Noruega la muy mal llevada transición política que tuvo lugar al comienzo de la ocupación y la aparición del profundamente impopular Vidkun Quisling provocaron alborotos y protestas desde el comienzo, y cuando la desobediencia civil se extendió se produjeron a continuación arrestos en masa, lo que empujó a la resistencia manifiesta a la clandestinidad. Los sindicatos, las iglesias, los cuerpos profesionales y las universidades se unieron para impedir la nazificación del país: en 1941, un comité coordinador que representaba a cuarenta y tres organizaciones ya tenía a casi tres cuartos de millón de personas detrás de él. El ejército clandestino «Milorg» de Noruega se formó a finales de 1940 y fue reconocido por el Gobierno en el exilio: al igual que los polacos, planeaba evitar la acción hasta que el momento de la liberación estuviera más cerca. «Trata de pasar inadvertido, muévete despacio» era su lema, ya que intentaba evitar llamar la atención de los alemanes y minimizar los ataques contra los civiles.[14]

En muchas áreas, personas destacadas fueron tomadas como rehenes por la Wehrmacht al comienzo de la ocupación para garantizar el comportamiento pacífico de los habitantes, pero en realidad hubo muy pocos ataques directos al personal o a las propiedades del ejército alemán, y muchos de ellos pronto fueron puestos en libertad. En cualquier caso, algunos comandantes militares dudaban de su eficacia y prefirieron responder al descontento de una forma más graduada. En Bélgica y el norte de Francia, por ejemplo, el general Von Falkenhausen estaba deseoso de disipar los amargos recuerdos de la ocupación alemana en 1914-1918. Consideraba la toma de rehenes como un instrumento burdo para el mantenimiento del orden (nada, escribió posteriormente, era más duradero que el odio), y prefirió reducir los ataques haciendo responsable a la policía local de ayudar a custodiar las instalaciones militares. Hasta el verano de 1941, consideró que estas medidas funcionaban bien y describió la situación interna al alto mando del ejército como «pacífica». Los pequeños actos de sabotaje no habían podido, en su opinión, desbaratar la explotación continuada de la economía belga ni el reclutamiento de más de 200 000 trabajadores belgas para el Reich. Entre el comienzo de la ocupación y el final de mayo de 1941 sólo hubo siete penas de muerte dictadas bajo su jurisdicción, y ninguna de ellas se llevó a cabo. En todo ese tiempo sólo un soldado alemán fue asesinado, de un diparo en una pelea por una muchacha belga. A pesar de las exiguas fuerzas de policía que tenía a su disposición, Von Falkenhausen parecía optimista, una opinión que en gran medida compartían en Francia sus viejos amigos, el mariscal de campo Von Witzleben y el general Streccius; el sucesor de Streccius en París, Otto von Stulpnagel, no veía las cosas de forma muy distinta. Algunos estudiosos recientes han cuestionado, con razón, el contraste que se ha establecido entre una Wehrmacht «mala» en Europa oriental y una Wehrmacht «buena» en el oeste. En 1943, esa distinción ya no tenía ningún sentido. Pero en esta fase sin duda se estaba comportando de una forma mucho menos represiva y más racional que la manera en la que la policía y las SS estaban dirigiendo su régimen de ocupación en el Gobierno General.[15]

Con unas redes de resistencia nacional firmemente organizadas que evitaban la confrontación directa, el mayor dolor de cabeza para los alemanes fueron inicialmente las huelgas, el descontento entre los trabajadores y las oleadas espontáneas de ira popular provocadas por las escaseces de comida y alojamiento y el desfase de los sueldos reales. Tuvieron lugar paros industriales en el noroeste de Europa a lo largo del otoño de 1940, principalmente por la comida, la ropa y las raciones de jabón. Durante el

invierno hubo también revueltas por la comida, a menudo encabezadas por amas de casa enfadadas. La mayoría de estos actos estuvieron dirigidos contra las autoridades locales, pero cuando estos paros amenazaron sus intereses económicos, los alemanes tomaron medidas muy drásticas. Lo hicieron en Amsterdam en febrero de 1941, cuando los huelguistas protestaron por la persecución de los judíos holandeses, y de nuevo en los pueblos mineros de clase obrera de Bélgica y el norte de Francia, durante las huelgas de mayo. En el aniversario de la invasión alemana un paro importante, la llamada «huelga de los 100 000», estalló en torno a Lieja, Henao y la cuenca de Limburgo, y no terminó hasta que los patrones concedieron sustanciales aumentos de sueldo y emprendieron negociaciones secretas con los líderes de los trabajadores. En el norte de Francia, cuando la policía francesa no consiguió romper los piquetes, los alemanes llevaron allí soldados y declararon un estado de sitio. El comandante del ejército en Lille ordenó que los mineros volvieran al trabajo, suspendió la distribución de carne y arrestó a 400 cabecillas, la mayoría de los cuales fueron enviados al Reich como trabajadores forzados. En la segunda semana de junio la huelga ya había acabado.[16]

Una huelga tan larga fue un logro sustancial frente al poder abrumador de los alemanes. Pero el general Falkenhausen no quiso llevar los «métodos polacos» al norte de Francia y a Bélgica, y, si lo hubiera hecho, los huelguistas podrían haber dudado. En el Gobierno General, los paros se enfrentaron a castigos mucho más draconianos. Cuando los trabajadores del principal garaje de tranvías de Varsovia dejaron de trabajar en diciembre de 1940, los alemanes amenazaron con matarlos a todos, y rápidamente regresaron al trabajo. Muchos funcionarios de policía alemanes en Polonia pensaban que el terror funcionaba. «Ni un solo polaco… trabaja realmente por el bien del gobierno alemán», escribió uno; era, por consiguiente, inútil intentar atraérselos, y aún más inútil buscar colaboradores.[17]

Las repercusiones de Barbarroja

Desde el comienzo, la resistencia tuvo una dimensión geopolítica crucial. Sin el apoyo extranjero, que proporcionó asilo (a aquellos que pudieron llegar hasta él), dinero, suministros, formación y, sobre todo, esperanza, la resistencia en la Europa ocupada habría sido mucho más limitada que lo que fue. La primera gran potencia que ofreció su apoyo fueron los británicos, que habían estado meditando la posibilidad de emprender una guerra no

convencional contra los alemanes incluso antes de que estallaran realmente las hostilidades. Un oficial del servicio de información militar de Londres había visitado Europa oriental en el verano de 1939 para investigar las posibilidades de cooperación en caso de una invasión alemana. Los contactos con los servicios de información checo y polaco, extremadamente eficaces, resultaron tener un valor incalculable para la campaña bélica británica, y después de septiembre empezaron debates en Londres sobre cómo usar la oposición clandestina de Europa para ayudar a derrotar a los alemanes.[18]

Después de Dunkerque, el Gobierno británico necesitaba una nueva estrategia y creyó encontrarla en la idea de apoyar las sublevaciones populares contra el dominio nazi. En julio de 1940, creó la Dirección de Operaciones Especiales (Special Operations Executive, SOE) con el mandato, dado por Churchill, de «prender fuego a Europa». Sin ninguna posibilidad de atacar directamente a Alemania, los británicos planeaban aprovecharse de las debilidades del enemigo a través de su arma tradicional, la guerra económica (principalmente mediante el bloqueo marítimo). Pero avivar la inquietud tras las líneas enemigas se consideraba una molestia adicional, y se creía que los propios alemanes habían demostrado el valor de esta estrategia con sus propias «Quintas Columnas». Hugh Dalton, el ministro de Guerra Económica, hablaba de crear organizaciones tras las líneas enemigas

> comparable al movimiento del Sinn Fein en Irlanda, a las guerrillas chinas que operan actualmente contra Japón, a los irregulares españoles que desempeñaron un notable papel en la campaña de Wellington, o, por qué no admitirlo, a las organizaciones que los propios nazis han desarrollado tan extraordinariamente en casi todos los países del mundo. Esta «internacional democrática» debe usar muchos métodos distintos, incluyendo el sabotaje industrial y militar, la agitación de los trabajadores y las huelgas, la propaganda continua, los actos terroristas contra los traidores y los líderes alemanes, los boicots y las revueltas.[19]

En realidad, ni Dalton ni ningún otro miembro del gabinete ministerial británico tenía una comprensión cabal de las inmensas dificultades y elementos disuasorios a los que se enfrentaban las víctimas de los nazis en la Europa ocupada, y tampoco habían llegado a comprender lo complicado que era llevar a cabo operaciones de sabotaje a pequeña escala y una acción política a gran escala al mismo tiempo. Veían la ocupación alemana en términos anticuados y no eran capaces de darse cuenta de la eficacia de sus fuerzas policiales o del alcance de su propaganda. Simplemente imaginaban que el deseo de libertad que tenían quienes vivían bajo la ocupación estallaría en una insurrección si se producía la chispa apropiada. Los checos y los polacos en el exilio en Putney y Kensington eran más realistas. No estaban

dispuestos a poner en riesgo sus redes de información organizando ambiciosos alzamientos en masa que sólo podían fracasar, y entendían que la resistencia podía acompañar a las operaciones militares pero no actuar como sustituta de ellas. Afortunadamente para todos los involucrados, ni la financiación, ni el acceso a los recursos militares del SOE estaban a la altura de su retórica. Para cuando, aproximadamente dos o tres años después, ya hubo crecido y se convirtió en un importante factor tras las líneas enemigas, su papel en la estrategia de guerra aliada, y el de la propia resistencia europea, se había reducido, gracias a la implicación estadounidense, y a la preferencia de Eisenhower por atacar directamente a los alemanes cuando los Aliados eligieran hacerlo.[20]

Este cambio de opinión respecto al SOE también se debió a que los británicos llegaron a comprender las dimensiones políticas incontrolables y a menudo indeseables que tenía la leva. Pues, con la invasión alemana de la Unión Soviética, la geopolítica de la resistencia quedó completamente transformada. La invasión dio esperanzas a Europa, ya que todos recordaban el desastre de Napoleón en las nieves de Rusia. Ahora se había hecho entrar activamente en la guerra contra el Tercer Reich a una nueva gran potencia, una que estaba desesperada por conseguir auxilio para hacer frente al ataque alemán, y que esperaba que la insurrección armada en la retaguardia de la Wehrmacht pudiera reducir su poder. Como hemos visto, la penetración de la Wehrmacht en el interior de Rusia estuvo acompañada desde el comienzo por los miedos a la resistencia partisana. Esta guerra de resistencia, aunque al principio fue fundamentalmente imaginaria, pronto se volvió muy real cuando Stalin instó a los ciudadanos soviéticos a alzarse tras las líneas enemigas, dirigidos desde Moscú. La idea de una campaña de guerrillas coordinada desde Moscú, que no sólo se extendiera por los territorios ocupados del Este sino incluso a lo largo de gran parte del continente europeo, provocaba pesadillas a los nazis. Pero gradualmente se convirtió en algo más que una fantasía.

De hecho, mucho antes de que surgieran bandas en Bielorrusia ya habían tenido lugar los primeros y mayores alzamientos muy al sur de allí, en Yugoslavia, que había sido ocupada en abril. En verano las sanguinarias matanzas de serbios perpetradas por el régimen de los Ustase ya habían creado agitación, y en este caos los comunistas yugoslavos vieron su oportunidad. En julio, en Montenegro, a bordo de un tren, supervivientes serbios contaron a un joven comunista historias terroríficas de pueblos que estaban siendo cercados, y donde se asesinaba a todos los habitantes a

garrotazos o arrojándolos desde barrancos cercanos. Su mensaje para ellos, y para los organizadores provinciales del Partido, era que se preparararan para la lucha armada. Sólo estaba difundiendo la línea del Partido. Cuando Tito informó a Moscú que estaba planeando una guerra partisana, Georgi Dimitrov, el secretario general del Comintern, se mostró entusiasmado. «Los comunistas deben impulsar al pueblo a iniciar la lucha contra el ocupante», le dijo. El Comintern dio una importante cobertura a los partisanos yugoslavos, y en 1942 ya estaba describiéndolos como un modelo que los demás debían seguir.[21]

Ese verano, en el mismo momento en el que la guerra partisana se estaba centralizando en la propia URSS y finalmente recibía el apoyo total de Stalin, Dimitrov alabó las insurrecciones en los Balcanes. Insistió en que lo que importaba no era el terreno, sino el espíritu: «La fuente de la fuerza partisana no es la naturaleza, sino el pueblo». Sólo el sectarismo de los yugoslavos preocupaba a Moscú. El Partido Comunista de allí había decidido, incluso antes de la invasión de la URSS, que una guerra podría ser el camino que los llevara al poder, que les permitiera aprovecharse del vacío político causado por la ocupación alemana y saltarse la fase de revolución «burguésdemocrática». Como leninistas ortodoxos, estaban convencidos de que el Ejército Rojo derrotaría rápidamente a los alemanes y que después de ello estallarían revoluciones proletarias en toda Europa. Pero para los soviéticos, que estaban ansiosos por fomentar su nueva y aún frágil relación con los británicos, ésta era una ilusión estúpida y peligrosa. «La cuestión es la liberación respecto a la opresión fascista, no la revolución socialista», le dijeron a Tito.[22]

Porque los comunistas yugoslavos no estaban solos en el campo de juego. El movimiento nacionalista serbio chetnik, encabezado por oficiales realistas del ejército, también se había movilizado contra los Ustase. En agosto, Serbia occidental ya se había alzado en armas: los partisanos de Tito ascendían aproximadamente a 8000 hombres, y la cifra de los chetniks de Mihailovic era incluso superior. Los dos bandos hicieron un esfuerzo por cooperar, pero mientras que los partisanos querían usar la guerra para transformar a Yugoslavia en un estado comunista federal, los chetniks eran tradicionalistas que luchaban por traer de vuelta al rey serbio y restaurar una Gran Serbia dentro de Yugoslavia. De este modo, las discusiones sobre el futuro del país asolaron la cooperación en la resistencia desde el mismo comienzo. En ningún lugar serían este tipo de discusiones más enconadas o letales que en

Yugoslavia, donde puede que varios centenares de miles de personas perecieran a consecuencia de ello.

El otro aspecto que separó a los partisanos y a los chetniks fue su reacción frente a las represalias alemanas. Al igual que los polacos, Mihailovic y los líderes chetniks se cuidaban de actuar prematuramente. Tenían recuerdos vívidos de 1917, cuando un levantamiento contra la ocupación militar búlgara había sido aplastado a expensas de miles de vidas. Mihailovic básicamente quería unificar a todas las fuerzas de la resistencia bajo su mando personal, y evitar una insurrección general que sólo podría, en su opinión, conducir al desastre. Sus peores miedos quedaron confirmados por unas represalias alemanas de una envergadura anteriormente inimaginable que se llevaron a cabo entre el 20 y el 21 de octubre de 1941. Lo que Milovan Djilas describe como un «horror mortal» se apoderó de Serbia cuando se difundieron las noticias de que un ataque conjunto de partisanos y chetniks contra una unidad alemana había llevado a los alemanes a reunir a casi 10 000 hombres en la ciudad de Kragujevac y a fusilar a 2300 de ellos en tandas; otros 1736 fueron ejecutados en Kraljevo. En palabras de Djilas,

> La tragedia le dio a Nedic (el primer ministro colaboracionista) «una prueba convincente» de que los serbios serían biológicamente exterminados si no eran sumisos y leales, y a los chetniks «una prueba» de que los partisanos estaban provocando prematuramente a los alemanes y haciendo así que diezmaran a los serbios y se destruyera la cultura serbia. En cuanto a los comunistas, recibieron el estímulo necesario para llamar a la población a la lucha armada como única salvación… las masacres en Kragujevac y Kraljevo eran, por su calculado horror total, imposibles de comprender tanto para los colaboradores de Alemania como para sus adversarios, y sólo se les podría oponer resistencia mediante un movimiento al que sus enemigos ofrecían la muerte como única alternativa.[23]

De hecho, los chetniks quedaron tan conmocionados que dudaban seriamente que los serbios pudieran sobrevivir a años de semejante represión y no veían ningún sentido en llevar a cabo otros ataques contra los alemanes a menos que fuera probable que éstos llevaran a la liberación. Por otro lado, los partisanos siguieron siendo fieles a la petición de Moscú de una lucha constante. La alianza entre los dos grupos se derrumbó y después de que las ofensivas alemanas expulsaran a los partisanos de Serbia, los chetniks reconstruyeron lentamente su organización. Durante los seis primeros meses de 1942, causaron pocos problemas a los alemanes, ya que no deseaban bajo ningún concepto infligir más represalias a la población civil.

Para Tito, sin embargo, el invierno de 1941-1942 fue un momento desesperado. Huyendo de los alemanes, sólo mantuvo sus ánimos por las noticias de la contraofensiva soviética que se llevó a cabo con éxito a las

afueras de Moscú. En la primavera siguiente, en la ofensiva de Kozara llevada a cabo en el noroeste de Bosnia en junio de 1942, se desplegaron más de 30 000 hombres de las fuerzas alemanas y croatas contra 3500 partisanos, muchos de los cuales fueron asesinados. Pero el movimiento de Tito no había sido aplastado, y su propia supervivencia constituyó una especie de victoria. A medida que cruzaron el país de un lado a otro para evitar las operaciones antiguerrilla del Eje, que eran cada vez más ambiciosas, pasaron de ser una fuerza predominantemente serbia a una que reflejaba más rigurosamente su ideología de «unidad y hermandad», con importantes cantidades de combatientes croatas, bosnios, eslovenos y macedonios. A finales de 1942, había aproximadamente 11 000 partisanos en Bosnia y quizá 40 000 en toda la antigua Yugoslavia.[24]

En otros lugares de los Balcanes, el movimiento partisano también se estaba extendiendo. En Grecia las primeras protestas por la comida, revueltas y huelgas habían estallado en los pueblos y las ciudades en el invierno de 1941-1942. Pero en 1942, el Partido Comunista griego ya se había convencido de la importancia que tenían las montañas, y aunaron sus posturas con la llegada de una misión militar británica, a la que se encargó la misión de cortar la ruta de suministros alemana hacia el norte de África que discurría por la vulnerable línea de ferrocarril que unía Salónica y Atenas. Un equipo conjunto de saboteadores británicos y griegos logró volar el viaducto de Gorgopotamos, y después los británicos permanecieron allí, y su Misión Militar se convirtió en un factor de importancia clave en el desarrollo del segundo movimiento partisano importante en los Balcanes. Ayudado por la debilidad de Italia en Grecia central, el EAM/ELAS, el principal movimiento de resistencia armada, liderado principalmente por los comunistas griegos, creció rápidamente, sobre todo durante 1943, hasta convertirse en uno de los mayores de Europa y suponer una importante amenaza para la posición estratégica alemana en los Balcanes.

No obstante, si parásemos el reloj momentáneamente en el invierno de 1941-1942, habría sido muy difícil predecir el éxito que tendrían posteriormente estos dos movimientos de guerrilleros a partir de la situación bastante limitada e incierta que tenían en ese momento. En Yugoslavia las fuerzas de Tito estaban huyendo (igual que los chetniks); en Grecia había sólo pequeños focos aislados de hombres armados, con escasez de comida, ropas y botas. Las draconianas medidas de contrainsurgencia de los alemanes habían confirmado los miedos de Mihailovic y parecían confirmar la prudencia de su aproximación discreta a la resistencia. En Europa occidental, la resistencia

armada a los alemanes era aún más limitada. En Francia los ataques comunistas a soldados alemanes no provocaron alzamientos en masa, sino la conmoción pública ante las represalias alemanas. Y en el Protectorado la campaña de terror de Heydrich destrozó la organización clandestina que los británicos habían considerado como «una de las mejores de Europa». Cuando Beneš se preocupó y envió a unos agentes para asesinar a Heydrich, la respuesta alemana fue aún más draconiana, y culminó en la tristemente célebre masacre de Lidice. La amenaza manifiesta de Hitler al presidente Hacha de que deportaría a una gran cantidad de checos «al Este» en caso de que hubiera más problemas garantizó que prácticamente no hubiera resistencia en el Protectorado hasta el mismo fin de la guerra. «Un viaje a Praga a finales de 1942 era un viaje a la tranquilidad», escribió a un alemán que la visitó. «Rodeado por la guerra… El Protectorado era la única tierra de Europa central que vive en paz.» En cuanto a la encantada Dinamarca, aún en la primavera de 1943 no se había informado de un solo ataque grave a un soldado alemán allí; incluso tras la gran oleada de huelgas de agosto, los alemanes seguían siendo optimistas. Un agente del servicio de información militar que la visitó en octubre resumía su actitud como «un poco terca, pero no inalcanzable», añadiendo que «difícilmente se puede describir a los daneses, amantes de la comodidad, como fanáticos luchadores por la libertad o partisanos». En gran parte de la Europa ocupada, parecía como si el terror dirigido de los alemanes hubiera logrado impedir que apareciera la oposición, y que la hubiera quebrado allí donde se había vuelto visible.[25]

El movimiento partisano soviético

Sólo en la URSS fracasó el contraterrorismo alemán. Desde luego, no fue por falta de esfuerzos: ni siquiera en los Balcanes las unidades del ejército alemán provocaron tanta devastación como en los territorios ocupados del Este. No obstante, pequeñas bandas de partisanos sobrevivieron al primer invierno, ayudadas por el éxito de la contraofensiva soviética de diciembre de 1941. Y cuando renovaron sus ataques sobre los *starostas* de las aldeas, nombrados por los alemanes, y los guardias armados, la Wehrmacht respondió con fuerza. En la Operación Bamberg, la primera de una serie de operaciones de gran envergadura que se llevaron a cabo, soldados alemanes, policías y ayudantes eslovacos arrasaron el campo, quemando y asesinando a todo aquel que encontraron. Para cuando ésta acabó, habían perdido un total de siete hombres, habían tomado cuarenta y siete cañones, incendiado numerosos

pueblos y asesinado a varios miles de campesinos. Pero los partisanos, de los que se calculaba que había más de mil, se habían escabullido, y como tentativa de cerco a gran escala, con un anillo de hombres armados que se fue estrechando cada vez más, fue un fracaso total. Pocos civiles siguieron con vida en las zonas que fueron «despejadas» por estos métodos, pero las tropas, que se encontraban bajo la presión de tener que cumplir con unos objetivos diarios que se marcaban desde el centro, raramente lograban la sorpresa o la coordinación necesarias. Los partisanos se ocultaban en pantanos impenetrables o se escapaban a través de huecos que había en las líneas alemanas. El coordinador principal de operaciones antipartisanas de Himmler criticó implacablemente estas «operaciones de limpieza, como se les llama» por «aniquilar a la población que simpatiza con los bolcheviques» en lugar de a los propios partisanos.[26]

No todas las operaciones fallaban de forma tan espectacular. Al noreste, en los alrededores de Smolensk, donde el III Ejército Panzer estaba despejando las áreas situadas inmediatamente detrás del frente, entre 35 000 y 40 000 soldados superaron en número a una fuerza partisana de unos 20 000 hombres, y, después de una enconada lucha, las bandas tuvieron un gran número de bajas. Casi la mitad de sus hombres fueron asesinados, a cambio de más de 2200 bajas alemanas. Pero para lograr un éxito como este se necesitaban enormes cantidades de soldados, patrullar frecuentemente las áreas después de que se despejaran y cierto esfuerzo para distinguir entre los simpatizantes de los partisanos y el resto de la población civil. En las áreas de la retaguardia, mucho más amplias, donde las tropas disponibles estaban inmovilizadas protegiendo las largas líneas de comunicación, era imposible reproducir estos factores.[27]

El hecho de que Hitler estuviera interviniendo directamente, presionando para que se adoptara un «radicalismo» cada vez mayor no ayudó. Le enfadaba que se estuviera deteniendo a soldados de la Wehrmacht para que dieran cuenta de fechorías cometidas durante las redadas antipartisanos y exigió el uso de los «medios más brutales posibles». Había que olvidarse de las convenciones de Ginebra, también de la «caballerosidad militar»; no obstante, de algún modo las tropas tenían que intentar no matar a inocentes. Himmler también se estaba involucrando cada vez más. Cuando se le encomendó la responsabilidad global de la campaña antipartisanos, escogió al despiadado HSSPF de Rusia Central, el general Von dem Bach-Zelewski, para que estuviera al mando. El general de las SS había superado el doble impedimento, nada desdeñable, de tener antepasados polacos y cuñados

judíos para llegar lejos en las SS(a estas alturas ya había abandonado el apellido Zelewski, de resonancias polacas) y también era uno de los preferidos de Hitler, que lo consideraba «uno de los más inteligentes».[28]

Tras el nombramiento de Von dem Bach, los alemanes siguieron intentando llevar a cabo cercos a gran escala y continuaron matando a grandes cantidades de civiles cuando no podían atrapar a los propios partisanos. Hubo unas veinte operaciones de este tipo sólo en 1942 y más al año siguiente. El número de muertos se disparó, y a menudo se fusilaba a centenares de una vez, dejando montones de cadáveres en medio de los pueblos en llamas. Esto culminó en los horrores de la Operación «Cottbus» en mayo y junio de 1943, cuando sólo una tristemente célebre unidad de las SS mató a más de 10 000 personas, provocando las protestas de los administradores civiles alemanes. En realidad, el único cambio real que se introdujo fue que a los civiles inocentes se les envió cada vez más a campos de trabajo, en lugar de asesinarlos. En Bielorrusia, que posteriormente le parecería a un periodista estadounidense «el país más devastado de Europa», la proporción de bielorrusos respecto a alemanes asesinados era, basándose en cifras *alemanas*, de 73 a 1, lo que da cierta indicación del grado de violencia que padeció la población civil. En total, se calcula que murieron unos 345 000 civiles a consecuencia de estas operaciones, junto con quizá 30,000 partisanos.[29]

Ni que decir tiene que, obligando a los civiles a refugiarse en los bosques, la Wehrmacht hizo un buen servicio a los partisanos. Crecieron en número sin parar, de unos 30 000 en enero de 1942 a 93 000 en agosto de ese año. Usando rumores para crear «la ilusión de un gran poder», bandas de fugitivos que habían formado parte del Ejército Rojo y de lugareños construyeron bases bien ocultas en los bosques e hicieron que unidades alemanas con dotaciones insuficientes se sintieran cada vez más inseguras. Ganarse a los lugareños era otra cuestión. En muchas áreas, la creencia de éstos de que era probable que se produjera una victoria alemana no se derrumbó hasta algún momento de 1943. A los granjeros no les gustaban los «saqueadores» armados, tanto si llevaban uniformes alemanes como si se les llamaba «partisanos», y el miedo a ser castigados por los alemanes también les llevó a entregar a muchos guerrilleros al ocupante. Así, como en todas las guerras de este tipo, a los partisanos les resultó indispensable desde el principio recordar a aquellos cuya comida, aquiescencia y refugio necesitaban, que el bolchevismo no había sido derrotado por completo.[30]

El primer paso fue demostrar su fuerza. El 9 de junio de 1942, un grupo tendió una emboscada a una unidad de la SiPo/SD de Baranovitch en el

pueblo de Naliboki y mató a quince hombres. Según la posterior investigación alemana,

> A todos aquellos que habían caído les habían quitado las botas, a los hombres de las SS también se les había desnudado hasta los calzoncillos y todos sus documentos de identidad y sus marcas de identificación habían sido robadas. A un SS-Obersturmführer le habían grabado a fuego una esvástica y una estrella soviética en el pecho. A partir de un interrogatorio realizado a los habitantes del pueblo, se estableció que cuatro alemanes, probablemente dos SS-Unterführer y los dos agentes de la gendarmería, habían sido capturados y llevados por todo Naliboki en un camión robado por los partisanos. En sus manos atadas les habían colocado banderas rojas. Además, los partisanos habían gritado con desdén: «Mirad! ¡Éstos son vuestros amos!». Las bandas de partisanos estaban compuestas por entre 90 y 100 rusos, e incluían paracaidistas que vestían el uniforme ruso. Estaban armadas con equipos pesados y tenían equipos de radio.[31]

En otras zonas, como en los alrededores de Smolensk, por ejemplo, los partisanos restauraron las instituciones del gobierno local soviético, nombrando a nuevos funcionarios, reconstruyendo el Komsomol y las granjas colectivas, y sembrando los campos. Fusilaron a algunos colaboradores, y a otros los presionaron para que se unieran a los partisanos. Enviaron orgullosamente una carta, con 15 000 firmas, a Stalin, en la que describían sus logros matando a «bárbaros fascistas» y poniendo fin a la ocupación. A la población le hacían hincapié en el carácter impredecible de los alemanes y advirtieron a las personas que habían nombrado que era probable que incluso ellas acabaran siendo acusadas de ser partisanos, y que fueran fusiladas o enviadas «a Alemania, donde perecerán». «El bandido, sanguijuela y caníbal de Hitler» tenía un programa para destruir «a todos los pueblos eslavos, y la «banda fascista alemana» no hacía más que llevar a cabo sus órdenes. «El comandante del Movimiento Partisano en los Territorios Temporalmente Ocupados por los alemanes», por otro lado, daba una oportunidad a los colaboradores, ofreciéndoles una amnistía si dejaban de trabajar inmediatamente para los alemanes. Al fin y al cabo, la proclama decía: «A muchos de vosotros los caníbales alemanes os engañaron y os mintieron de diversas formas».[32]

Gradualmente, la resistencia de los partisanos superó no sólo a la Wehrmacht, sino también al escepticismo de la élite política de Moscú. A finales de mayo de 1942, se creó el Estado Mayor Central del Movimiento Partisano, encabezado por un joven funcionario comunista bielorruso, Panteleimon Ponomarenko. Alarmado por el éxito inicial de la ofensiva alemana de ese verano, Stalin hizo caso omiso de las objeciones del ejército y aceptó la opinión de Ponomarenko de que un movimiento partisano que recibiera los sumininistros adecuados podría causar verdaderos problemas en

la retaguardia de los alemanes. A comienzos de septiembre ofreció una recepción en el Kremlin para algunos partisanos. Alabando a sus invitados, Stalin les dijo, después de que Churchill le informara de que no se podría abrir un segundo frente en 1942: «Ustedes deben abrir el segundo frente, los partisanos, el pueblo, y nosotros les ayudaremos». «Aviven el fuego del Movimiento de Todo el Pueblo», instó el *Pravda* ese noviembre: las órdenes de Stalin, continuaba el periódico, suponían «el traslado del movimiento partisano a un nuevo nivel más elevado». A finales del año se calcula que unos 102 500 hombres y mujeres formaban parte de los grupos armados, y a pesar de las batidas alemanas el movimiento se estaba extendiendo rápidamente por toda Bielorrusia oriental y Rusia.[33]

Gracias a recientes investigaciones, sabemos mucho más que antes acerca de quiénes eran los partisanos y de cómo vivían. La mayoría eran rusos y bielorrusos, ya que el movimiento era mucho más débil en los estados bálticos, las llanuras de Ucrania y la zona del Grupo de Ejércitos Norte. Fueron, sobre todo, un producto de la URSS anterior a 1939 y nunca surgieron con tanta fuerza en las regiones que ésta se había anexionado ese año. También había aproximadamente entre 20 000 y 30 000 partisanos judíos, e incluso algunas unidades partisanas judías, pero en general la suposición de la Wehrmacht de que judío era sinónimo de partisano erraba por mucho en su cálculo; por el contrario, muchos comandantes partisanos tenían una opinión profundamente ambigua de los judíos que acudían a ellos en busca de ayuda.

En general, las bandas se formaban en torno a hombres del Ejército Rojo, o de lugareños cuyo conocimiento de los caminos que atravesaban los bosques y los pantanos era indispensable. Ocultos en bosques casi impenetrables, construyeron campamentos dispersos defendidos por búnkeres y emplazamientos de artillería. Pero las condiciones eran duras: no podían encender fuegos durante el día, y sus refugios subterráneos estaban a menudo húmedos y embarrados, helados en invierno, infestados de mosquitos en verano. En invierno las bandas quedaban expuestas, sobre todo a ataques desde el aire, y la comida escaseaba. Por otro lado, desde mediados de 1942 en adelante, unas primitivas pistas de aterrizaje permitieron traer suministros desde el lado soviético. Un informe de los partisanos judíos de Bielski para la Brigada Kirov da una buena indicación de la envergadura de sus actividades. El grupo de Bielski, al que se encomendó la tarea de cuidar a los supervivientes de las matanzas así como de los partisanos, y que estaba compuesto por varios centenares de hombres, había hecho acopio de patatas,

repollo, remolacha, cereales y carne, algunos de las cuales se almacenaron en secreto. En el campamento construyeron una panadería y un molino provisionales, ya que los alemanes habían incendiado los que había en la zona. Había una unidad de fabricación de salchichas, zapateros, sastres, armeros, talabarteros y carpinteros; había una cocina común y un «hospital», con médico y dos enfermeras.[34]

En otoño de 1942, el efecto de Moscú ya era evidente en la cada vez mayor estandarización de grupos en brigadas y destacamentos, basada en el modelo del Ejército Rojo, con un comandante militar y un comisario político como asesor. Muchos partisanos que habían sobrevivido gracias a su propio ingenio durante más de un año dudaban abiertamente del valor de la instrucción militar y de la planificación formal. Impetuosos y valientes, aunque también popensos al pánico, a menudo cuestionaban las órdenes de Moscú, prefiriendo llevar a cabo costosos ataques directos a las guarniciones enemigas antes que operaciones de sabotaje que tenían una mayor importancia militar. Tanto política como militarmente eran una incógnita. De este modo, la experiencia partisana introdujo nuevos elementos volátiles en un sistema bolchevique que ya se encontraba bajo una enorme presión: un espíritu de libertad, venganza y responsabilidad individual, y un patriotismo que reflejaba tanto el orgullo local y regional como cualquier otra cosa más general. Los conflictos no eran infrecuentes entre las distintas unidades probolcheviques, lo que a menudo hacía necesaria la intervención del Estado Mayor Central. Inicialmente Moscú sólo mantenía contacto directo por radio con un puñado de grupos, y este control era difícil de mantener. Pero con la ayuda de aparatos de radio producidos a bajo coste y una red de emisoras, en agosto de 1942 el Estado Mayor Central ya era capaz de contactar con el 42 por 100 de sus unidades y en el mayo siguiente con el 87 por 100.

La consecuencia de estas mejoras fue que, desde la primavera de 1943, las operaciones de sabotaje de los partisanos soviéticos inmovilizaron a una cantidad cada vez mayor de soldados, retrasaron las comunicaciones con el frente y tuvieron un efecto cada vez mayor en el desarrollo de la propia guerra. Ese verano dos importantes operaciones, en las que participaron entre 90 000 y 120 000 partisanos, demolieron kilómetros de vías de ferrocarril que se hallaban tras las líneas del Grupo de Ejércitos Centro. Otras unidades, más espectaculares aunque menos inmediatamente útiles, emprendieron peligrosas penetraciones al interior profundo de Ucrania occidental para ayudar a reconstruir el Partido en estas zonas. Una columna, de casi 6,5 kilómetros de largo, alcanzó las colinas de los Cárpatos, sufriendo cuantiosas bajas después

de que la ametrallaran desde el aire, pero alarmando a las SS ante la posibilidad de que la guerra partisana se estuviera extendiendo muy hacia el oeste. Estos asaltantes se veían a sí mismos como una élite, creyendo, de forma muy similar a sus colegas yugoslavos, que «el movimiento es la madre de la estrategia y las tácticas partisanas». Para cuando la mayor parte del territorio ruso se hubo liberado a comienzos de 1944, y el Estado Mayor Central fue disuelto permanentemente, ya había surgido un movimiento guerrillero soviético grande y sofisticado, bien equipado con armas rudimentarias pero eficaces. Mientras que Europa occidental fue aplastada y obligada a guardar un sombrío silencio, con la resistencia reducida fundamentalmente a actividades ilícitas que no atacaban directamente a los alemanes, el apoyo de Stalin permitió a los partisanos de los territorios orientales ocupados sobrevivir al invierno de 1941-1942 y crecer. Los costes fueron espantosos: cientos de miles de civiles asesinados y miles de pueblos incendiados, pero los alemanes nunca se sintieron seguros.[35]

Los «*réfractaires*»

Si hubo un hombre del que se pudo decir que agitó las cosas en Europa occidental, ése fue Fritz Sauckel, plenipotenciario de Trabajo del Reich. En las reuniones de la Junta Central de Planificación en Berlín en 1943 y 1944, se acusó a sus campañas de reclutamiento de mano de obra forzosa de ser «responsables del incordio partisano europeo». Francia, donde hubo muy poca actividad armada antes de mediados de 1942, proporcionó una espectacular confirmación de ello. Cuando se publicó en agosto el decreto de reclutamiento de Sauckel, la popularidad de Vichy inició la caída en picado de la que nunca se recuperó: hubo huelgas en Lyon y Nantes en octubre, paros y disturbios. En febrero de 1943, después de que Sauckel exigiera otro medio millón de trabajadores, el Servicio de Trabajo Obligatorio (STO = Service du Travail Obligatoire) de Laval planteó el trabajo en el Reich como una alternativa al servicio del ejército, y los funcionarios locales advirtieron de que el hecho de que los hombres jóvenes tuvieran que inscribirse en él estaba provocando una hostilidad sin precedentes. «No hay ninguna duda que el nombre "Sauckel" suena bastante mal a los oídos franceses», advirtió un observador alemán en París. «El mero anuncio de una visita inminente del *Gauleiter* basta para que uno vea durante días a cientos de jóvenes dirigiéndose a toda prisa a las diversas estaciones de París con sus pequeñas maletas.»[36]

Fue, por consiguiente, gracias a Sauckel que surgió la idea de «echarse a los maquis». No hay duda de que no todos los *réfractaires* que se ocultaban se alzaron en armas; de hecho, a menudo sólo fueron una pequeña minoría quienes lo hicieron. Los hombres jóvenes arrestados cerca de Cahors en julio de 1943 estaban siendo «alimentados por la gente del pueblo, que los han cuidado bien» y no se dedicaban a actividades más sediciosas que «fumar tabaco producido localmente».[37] No obstante, aun cuando aquellos que huían del reclutamiento no necesariamente pensaban resistirse activamente a los alemanes, su acto inicial de desobediencia los empujaba fuera de la ley y también generaba nuevas formas de ilegalidad. Aquellos que los escondían estaban ocultando a bandidos; otros les proporcionaban documentos falsos o montaban ataques a los ayuntamientos para destruir los archivos locales. Cuando la policía, los colaboradores y las propias unidades de Sauckel les daban caza, se producían peleas y tiroteos. La caza constante de *réfractaires* estaba empujando a los jóvenes a los brazos de la resistencia, y los gendarmes de Vichy eran conscientes del peligro que ello suponía. «Traten a los *réfractaires* como si fueran descarriados, no delincuentes», fue la instrucción que recibió la gendarmería de Languedoc en agosto de 1943. Pero en otoño se calculaba que entre 15 000 y 20 000 hombres jóvenes se habían enrolado en formaciones de la resistencia que estaban organizadas con una cohesión mucho mayor que un año antes: gracias a los esfuerzos de los movimientos más importantes, los tres principales grupos del sur, Combat, Franc-Tireur y Liberté, se habían unido, y los principales grupos del norte se unieron a ellos por indicación del representante de De Gaulle, Jean Moulin, para formar el Consejo Nacional de la Resistencia.[38]

Aunque muchas áreas de Francia permanecieron tranquilas, otras, como la Auvernia, fueron testigos casi a diario de ataques a cárceles, bancos y ayuntamientos, así como de numerosos actos de sabotaje sobre objetivos militares. En el Eure un rudimentario sondeo de opinión llevado a cabo por el prefecto demostró que, mientras que a Pétain todavía se le respetaba (aunque se le «amaba menos»), su Gobierno era aborrecido al estar considerado como un títere de los alemanes, y el STO era «cada vez más impopular» y hacía que todos ansiaran el momento de la Liberación. A comienzos de 1944, incluso se aconsejaba a los dueños de las estaciones de servicio de los pueblos que guardaran sus surtidores de gasolina: Vichy había perdido el control de gran parte del campo.[39] Trescientos miembros del Maquis tomaron el control de la ciudad de Oyonnax en noviembre de 1943, en el que no había alemanes, donde organizaron un desfile militar y cantaron la *Marsellesa* antes de

retirarse. Hubo manifestaciones similares, si bien más pequeñas, en otros lugares. Para el mariscal de campo Von Rundstedt, el comandante supremo de la Wehrmacht en el oeste, 1943 fue «un grave punto de inflexión en la situación interna».[40]

En otros lugares los trastornos fueron aún mayores. En Noruega se volaron las oficinas de la Junta de Inscripción de Mano de Obra de Oslo. En Grecia, una huelga de protesta que se llevó a cabo en Atenas impidió de hecho que se enviara a trabajadores fuera del país. En cuanto a Polonia, el segundo de Sauckel describió un caos y un conflicto cada vez mayores:

> Sobre todo en Polonia la situación en este momento es extremadamente grave. Se sabe perfectamente que se produjeron violentas batallas simplemente debido a estas acciones. La resistencia contra la administración establecida por nosotros es muy fuerte. Una cantidad considerable de nuestros hombres ha sido expuesta a peligros cada vez mayores, y en las dos o tres últimas semanas, sin ir más lejos, han sido asesinados a tiros, por ejemplo, el jefe de la Oficina de Trabajo de Varsovia, al que dispararon en su oficina, y ayer, de nuevo, otro hombre. Así está la situación actualmente, y el reclutamiento, incluso si se hace con la mejor voluntad, sigue siendo extremadamente difícil a menos que haya cerca refuerzos policiales.

En los Países Bajos, donde los alemanes intentaron hacer que se inscribieran grupos de edad enteros, muchos hombres se ocultaron y surgió una enorme red clandestina de socorro para proporcionarles refugio, comida y documentos falsos. Esto se añadió a un desacertado anuncio que realizó el comandante del ejército alemán: que todos los antiguos prisioneros de guerra holandeses debían volver a Alemania, el cual provocó protestas airadas y huelgas en las que, en su apogeo, participaron medio millón de personas. Por primera vez también se estaba involucrando a las áreas rurales. Las SS impusieron la ley marcial, y más de 100 personas fueron ejecutadas antes de que acabara la huelga. La resistencia armada no preocupaba todavía a las autoridades de allí. Pero, al igual que en Francia, 1943 fue un punto de inflexión, y los hombres de Sauckel entregaron sólo el 7 por 100 de la cantidad de trabajadores holandeses que se había previsto.[41] En Bélgica, donde había recuerdos traumáticos de las deportaciones de los trabajadores belgas llevadas a cabo por los alemanes en la primera guerra mundial, el programa de trabajos forzados fue, en todo caso, más sensible. «Hemos vuelto a las deportaciones de 1916-17» fue la reacción de un comentarista ante las órdenes de reclutamiento obligatorio de mano de obra. A pesar de las huelgas, casi 150 000 fueron enviados al Reich. Organizaciones de socorro comunistas y católicas, estas últimas financiadas por los patrones y por el Gobierno en el exilio, ayudaron a aquellos que se escondieron.[42]

La escasez de mano de obra también influyó en cómo los alemanes respondieron a la resistencia. Esto se hizo evidente desde octubre de 1942, cuando Göring ordenó la evacuación de las áreas de los territorios ocupados del Este que no tuvieran ningún valor económico para los alemanes y el cribado de los habitantes: aquellos que fueran capaces de trabajar serían enviados al Reich o se les pondría a trabajar localmente. Como ya hemos visto en el caso de Bielorrusia, los comandantes del ejército y las SS empezaron a llevar a cabo operaciones antipartisanas de acuerdo con el espíritu de esta orden: la operación «Franz», llevada a cabo en enero de 1943, fue la primera que desembocó en que grandes cantidades de civiles fueran arrestados y enviados al oeste. Finalmente, se metió a decenas de miles de civiles, como si fueran ganado, en campos de trabajo y de concentración, y el ejército y los organismos civiles los pusieron a trabajar, o fueron entregados a los hombres de Sauckel. Detrás de estas «evacuaciones», el ejército dejó «zonas muertas» de pueblos quemados y campos pudriéndose en las que los civiles entraban por su cuenta y riesgo. La población rural estaba siendo cribada y seleccionada como lo habían sido los judíos antes que ellos. Aquellos que no fueran capaces de trabajar fueron enviados a campos como el «Campo Familiar Ruso» en Auschwitz, donde algunos fueron gaseados.[43]

En Polonia, en particular, un nuevo «espíritu de resistencia» empezó a surgir a finales de 1942. Lacónicamente, el comandante territorial alemán del Gobierno General resumió las causas de ello como: «aumento del hambre; aumento de la carga tangible de la guerra; abatimiento mental; aumento de las restricciones a la libertad; una política psicológicamente equivocada; una dureza contraproducente, llegando a la injusticia supina; una negligencia absoluta, junto con unas atenciones insuficientes [que] eliminan hasta el último residuo de fe en la buena voluntad de los alemanes». Identificaba dos catalizadores fundamentales: los *Fangaktionen*, o batidas para hacerse con mano de obra, y la masacre de los judíos, en la que los polacos veían «una imagen atroz de su propio destino». Desde luego, no era el único que veía cómo las acciones de reasentamiento de Himmler y Globocnik en los alrededores de Zamo´s´c habían llevado a muchos granjeros a convertirse en bandidos y habían convertido la región de Lublin en el epicentro de la actividad partisana polaca. A Frank, Goebbels y al comisario político antipartisano Von dem Bach-Zelewski les costó seis meses conseguir que se detuvieran los desahucios forzosos, y que se reasignara a Globocnik, pero para entonces el daño ya estaba hecho.[44]

Y para entonces ya había estallado un ejemplo de resistencia armada en el corazón de Varsovia entre los últimos judíos que quedaban en el gueto. El Ejército Nacional polaco les prestó cierto apoyo pero no estaba nada seguro de desear apoyar un levantamiento que pudiera extenderse fácilmente al resto de la ciudad antes de que ésta estuviera lista para ello. La sublevación judía fue básicamente un acto autónomo llevado a cabo por personas que ya no tenían nada que perder. A comienzos de 1943, ya sólo quedaban entre 50 000 y 70 000 en un gueto que había contado con aproximadamente 450 000 dos años antes; la mayoría de los demás habían muerto en Treblinka en los meses anteriores. Inspirada por las informaciones sobre acciones de resistencia judía que se habían llevado a cabo en ciudades que estaban situadas más al este, la Organización de Combate Judía (ZOB) mató a informantes de la Gestapo, a policías judíos y colaboradores, compró todas las armas que pudo y desbarató una deportación en enero.

El coste fue elevado: cuatro quintas partes de los miembros del ZOB (la mayoría de los cuales estaban desarmados, ya que las armas escaseaban) fueron arrestados y asesinados a cambio de un puñado de bajas alemanas. Pero el propio acontecimiento bastó para que Himmler ordenara que el gueto se vaciara por completo. En febrero ordenó al HSSPF Krüger que lo derribara para erradicar el «desorden criminal». A la larga, la demolición ayudaría a reducir el tamaño de una ciudad que «siempre ha sido un peligroso centro de descomposición y de rebelión». Después de unos preparativos que se hicieron sin prisas, los alemanes penetraron en él, sin prever demasiada resistencia. De hecho, los planes cuidadosamente preparados del ZOB los cogieron desprevenidos, y a continuación tuvieron lugar varias semanas de duros combates antes de que la revuelta fuera finalmente derrotada. El caos inicial en el que se vieron inmersos impresionó a los polacos, que miraban desde el exterior mientras el humo ascendía sobre los muros del gueto. Algunos llegaron incluso a entrar: tanto el Ejército Nacional como los comunistas polacos hicieron incursiones para apoyar a los combatientes del ZOB. Mientras sus guardias alemanes le trasladaban en coche a la prisión de Pawiak de la Gestapo, que estaba ubicada dentro del gueto, un oficial del Ejército Nacional polaco oyó las granadas y vislumbró los cadáveres en las calles desiertas mientras los gendarmes y los hombres de las SS se agachaban bajo el fuego de los francotiradores judíos.[45]

Si bien éste fue un ejemplo que movió al Ejército Nacional polaco a una mayor acción, hubo más fuera de Varsovia, pues la actividad de la resistencia también se estaba extendiendo por el campo en Polonia central. Un año

después de que Hitler hubiera aprobado su Plan General del Este, las prioridades de Himmler habían cambiado radicalmente. En el verano de 1943, había declarado a todo el Gobierno General «zona de guerra partisana» (*Bandenkampfgebiet*). Las SS y la policía, a las que instó a «reducir pueblos enteros a cenizas si era necesario», respondieron con las tácticas de terror habituales, dejando miles de muertos. Pero dentro de las SS había grandes discrepancias, y Von dem Bach-Zelewski insistió en que «ningún país puede ser dominado solamente con el uso de policía y las tropas» y presionó para que se adoptara una política más astuta (muy similar a la que otros estaban siguiendo en los Balcanes) que se aprovechara del anticomunismo de los polacos y lograra que se sometieran a los alemanes. Las SS confiaban en recurrir al Ejército Nacional, a cuyo comandante, «Grot», habían capturado en junio; pero su negativa a cooperar (que desembocó en su propia muerte) supuso que tuvieran que conformarse con trabajar, entre bastidores, e intermitentemente, con el NSZ, un grupo más pequeño y de extrema derecha.

De una manera u otra, Himmler quería que se aplastara la resistencia que estaba brotando en Polonia y llevó al SS-Brigadeführer Franz Kutschera a Varsovia como SSPF para que lo hiciera. Cuando los alemanes llevaron a cabo ejecuciones muy públicas en las calles de la ciudad, los polacos, a los que habían entusiasmado las noticias de los acontecimientos de ese verano en Italia, quedaron horrorizados y sumidos de nuevo en un estado de profundo pesimismo. «La atmósfera anímica es terrible», anotó un residente de Varsovia en su diario. «Nadie cree que la guerra vaya a terminar pronto. Cada vez más personas no dejan de pensar en lo que los alemanes les han hecho a los judíos: ¿no nos aguarda el mismo destino?» Excepcionalmente, ya que el miedo a las represalias alemanas hizo que los asesinatos selectivos de personal alemán de alto rango fueran infrecuentes durante la guerra, el Ejército Nacional polaco decidió asesinar a Kutschera para demostrar que los polacos seguían con su espíritu incólume. Después de dos intentos fallidos, un escuadrón de asesinos logró matarlo a tiros en medio de Varsovia en una operación que apenas duró un minuto. Los alemanes ejecutaron a 300 personas en represalia, pero su muerte logró poner fin a las ejecuciones públicas.[46]

La Wehrmacht en el sur de Europa

Pero en el verano de 1943, el lugar en el que los alemanes se sentían más expuestos ya no era Polonia, donde la Wehrmacht era extraordinariamente

optimista sobre los crecientes disturbios, sino en el sur de Europa, donde se enfrentaban a la amenaza de una invasión aliada. Mientras estos últimos consolidaban su posición en el norte de África, los alemanes intentaban prever dónde desembarcarían después. Había planes de contingencia para una invasión preventiva de la península Ibérica, y el propio Hitler recordaba la obsesión de Churchill con los Balcanes en la primera guerra mundial, y sentía preocupación por los posibles desembarcos en la costa de Grecia. La Wehrmacht, por consiguiente, trasladó tropas desde el Frente Oriental al sur a través de los Balcanes y estaba bien preparada para apoyar a los italianos o para arrebatarles el control. No obstante, cuando la destitución de Mussolini les obligó a actuar, sus ya diezmadas fuerzas se desplegaron por un área enormemente aumentada. El aumento de las bandas de partisanos en Yugoslavia, Grecia y la propia Italia, la desintegración del ejército italiano y el desembarco aliado en Sicilia complicaron su tarea. Después de que gran parte de Europa del sur fuera declarada zona de guerra, fue la Wehrmacht, no las SS, la que encabezó la campaña de contrainsurgencia alemana en los dos últimos años de la guerra.

No es que esto significara que disminuyera la brutalidad en ningún modo: en todo caso, la Wehrmacht se comportó de forma más criminal en la defensa que en el ataque. Ya en diciembre de 1942, Hitler había dado instrucciones de que se destruyera a los «bandidos» como parte de los preparativos contra un intento de desembarco aliado, y el día después del derrocamiento de Mussolini dictó nuevas órdenes. Para proteger las áreas de la retaguardia que se hallaban detrás de defensas costeras vulnerables, la Wehrmacht tenía que aplastar las «bandas de bandidos» con las que se topase, con «la máxima intensidad», con el fin de «aniquilarlas». En agosto, cuando los miedos alemanes a una invasión aliada de Grecia alcanzaron su apogeo, el general Löhr, el comandante general de la Wehrmacht en los Balcanes, dictó una orden extraordinaria: «Puede que sea necesario [en las áreas ocupadas por los guerrilleros] detener a toda la población masculina, en la medida en que no tenga que ser fusilada o ahorcada por su participación o apoyo a los bandoleros, y en la medida en que no sea incapaz de trabajar, y llevarla a los puntos de regogida de prisioneros para trasladarla al Reich». Si era imposible distinguir a los guerrilleros de otros civiles, la respuesta del ejército alemán era vaciar el territorio totalmente. Como había sucedido anteriormente en Bielorrusia, la línea divisoria entre el combate contra los partisanos y el reclutamiento de mano de obra se estaba empezando a difuminar.[47]

En el mismo momento en el que Löhr dictaba esta orden, voluntarios griegos acudían en masa a las colinas. En Atenas los soldados italianos estaban vendiendo sus uniformes y sus equipos. En las montañas de Pindos, los *andartes* (partisanos) lograron desarmar a la división Pinerolo italiana. Las fuerzas alemanas fueron enviadas apresuradamente al país desde Yugoslavia y los territorios soviéticos, y pronto las «zonas muertas» que habían dejado marcado el campo bielorruso asolaban también Grecia central y el Peloponeso. En julio y agosto, por ejemplo, hombres del cuerpo de élite de la 1.ª División de Montaña, que volvían de combatir al Ejército Rojo en las cumbres del Cáucaso, avanzaron descendiendo por las carreteras montañosas para despejar el oeste de Grecia antes del ataque aliado que se esperaba. Éste nunca se produjo, pero detrás de la franja costera fusilaron a cientos de lugareños y dejaron sus casas reducidas a cenizas. Después cruzaron hasta las islas Jónicas para desarmar a las tropas italianas que estaban resistiendo; y también las masacraron después de que se rindieran. Las normas del Frente Oriental habían llegado a Grecia, y ahora se estaba tratando a los civiles italianos y griegos de forma muy similar a como se había tratado a los rusos.

Otras unidades se abrieron en abanico de un lado al otro del Peloponeso. En el espacio de sólo unos pocos días a finales de 1943, el diario de guerra de la Wehrmacht en el Peloponeso registra esto: 4 de diciembre: 50 rehenes fusilados en Egio tras un ataque a un camión; 5 de diciembre: 50 rehenes ahorcados en la estación de ferrocarril de Andritsa; 7 de diciembre: 25 rehenes fusilados en Gitio. Algunos días después, las tropas entraron en la ciudad montañosa de Kalavryta, reunieron a todos los hombres que encontraron allí, más de 500, y los fusilaron; esto se llevó a cabo como represalia después de que los *andartes* secuestraran y asesinaran a unos soldados alemanes que se encontraban en las proximidades. En otras atrocidades que se produjeron en la primavera siguiente en Grecia central, los jóvenes soldados de las Waffen-SS ni siquiera salvaron a las mujeres y los niños. El plenipotenciario diplomático de Alemania en los Balcanes estaba furioso; después de una matanza en el pueblo de Klisura, escribió: «El maravilloso resultado de este acto heroico es que los niños están muertos; pero los partisanos siguen vivos». Hubo incluso una investigación interna de la Wehrmacht. Pero sus protestas hicieron poco para cambiar la conducta de las tropas. El movimiento partisano se hizo cada vez más fuerte, cientos de pueblos fueron destruidos, y se asesinó a decenas de miles de personas o se las dejó sin hogar. Gracias a la forma en la que la Wehrmacht llevó a cabo la guerra antipartisana y a su confianza en los castigos colectivos

indiscriminados, Grecia se enfrentó a una colosal crisis de socorro y de refugiados que los trabajadores de la Cruz Roja sueca y suiza se esforzaron por atajar.[48]

Los sucesos que tuvieron lugar en Italia durante el verano de 1943 estaban en el corazón de estos acontecimientos. El hundimiento del régimen de Mussolini había dejado al país dividido y había creado un vacío político. En el sur, los Aliados, que estaban avanzando, establecieron su propia ocupación militar en las primeras partes del territorio europeo que fueron liberadas; figuras del *ancien régime* fascista como el mariscal Badoglio, «el duque de Adís Abeba», intentaron asegurar una transición política sin complicaciones, mientras que los partidarios acérrimos del Duce pasaron a la clandestinidad e incluso por un momneto contemplaron la posibilidad de la resistencia. Al norte de las líneas alemanas, que se retiraban lentamente, Italia cayó bajo el control de la Wehrmacht, aunque allí se produjo el embrollo acostumbrado entre funcionarios alemanes (los más importantes de los cuales eran el plenipotenciario del Ministerio de Exteriores y el HSSPF de Himmler). Rescatado por Hitler, el Duce fue ayudado a mantenerse en el poder y restableció un Gobierno fascista a modo de testaferro.

Mientras los aliados de ayer se convertían en amos y los alemanes afianzaban su control del país, la oposición tomó forma muy rápidamente, impulsada por la rápida reactivación de la política de partidos después de dos décadas de fascismo. Políticamente, la resistencia a los alemanes (y al nuevo Gobierno de Mussolini) fue organizada por un comité para la liberación nacional compuesto por varios partidos que se formó en Roma el día después del armisticio y posteriormente se metastatizó en una red de afiliados regionales durante la ocupación alemana. Al mismo tiempo, cuando el ejército italiano se disolvió, el país quedó inundado de armas. La mayoría de los soldados pasaron a la clandestinidad para evitar el internamiento, y la ayuda espontánea que éstos, y los prisioneros de guerra aliados liberados de las cárceles italianas, recibieron del resto de la sociedad italiana, podría interpretarse como el primer acto colectivo de resistencia a los nuevos gobernantes del país. Algunos se echaron al monte, pero inicialmente el sabotaje comunista firmemente organizado y los escuadrones de asesinos en las ciudades fueron mucho más letales para los ocupantes. Pero el número de partisanos aumentó en la primavera de 1944, ya que las campañas de reclutamiento estaban teniendo el mismo efecto que en otros lugares, y surgió

una enorme variedad de grupos políticamente diversos: brigadas «Garibaldi» organizadas según el sistema soviético; unidades de «Justicia y Libertad» del Partido de Acción; el «Llamas Verdes» católico y muchos otros.[49]

Incapacitados por la falta de instrucción, una cobertura deficiente y la escasez de armas, su relevancia política era mayor que su capacidad militar. Políticamente representaban la nueva Italia que estaba surgiendo de los escombros del fascismo, con todas sus divisiones e incertidumbres, y era natural que hubiera pugnas entre estos distintos grupos, que todavía estaban fuera de cualquier control central. El estado italiano se había derrumbado, y ésta era la batalla por la renovación, un segundo *Risorgomento*. El historiador Claudio Pavone, que participó personalmente en la resistencia, ha distinguido tres guerras distintas aunque relacionadas que estaban teniendo lugar dentro de la lucha de los partisanos. Para algunos de ellos ésta era una lucha de clases por el socialismo: esperaban volver a la situación «revolucionaria» que se había apoderado del país en 1919-1921, pero esta vez para obligar a la historia italiana a seguir un nuevo camino. Muchos simplemente estaban luchando contra los *repubblichini* de Mussolini por un futuro democrático, para demostrar a Italia y al mundo la vitalidad de la tradición antifascista que había sido aplastada durante veinte años. Y para todo el mundo, estaba la lucha para expulsar a los alemanes.

Los alemanes no corrieron riesgos y tomaron medidas muy drásticas. En el noreste de Italia, que fue sometido a un gobierno civil como preámbulo a su eventual anexión, se nombró a Odilo Globocnik, el arquitecto de la Operación Reinhard y de los reasentamientos de Zamo´s´c, para que vigilara su lugar de nacimiento, Trieste. En el sur, el mariscal de campo Kesselring combatió hábilmente durante gran parte de septiembre en un vano intento de impedir que los Aliados establecieran una cabeza de puente. Muchas ciudades pequeñas ya habían sido aplastadas por una campaña masiva de bombardeos con los que se pretendía, redundantemente, levantar a la población italiana contra el régimen fascista. Cuando la Wehrmacht entró, careciendo de las reservas que Kesselring creía que necesitaba, reunió a miles de hombres como mano de obra y requisó animales de granja y comida. Sus tropas se desplegaron por las montañas resecas de Campania y Basilicata, los alemanes llevaron a cabo violentas represalias ante la menor señal de desobediencia, y hubo docenas de ejecuciones y masacres en pequeños pueblos y ciudades italianas del sur a medida que el frente se estabilizó. El principal motivo para esta matanza indiscriminada fue el típico deseo de la Wehrmacht de lograr una seguridad absoluta en su retaguardia. Las tropas alemanas se sentían

furiosas con sus antiguos aliados por su «traición» y ante la menor provocación se vengaban con los civiles. Kesselring se mostró como un general inteligente, sorprendiendo a Hitler al lograr retrasar el avance aliado en el norte de la península; pero su brillantez como comandante estuvo acompañada por una actitud absolutamente cruel hacia la población local.

Tampoco acabaron los sufrimientos de la región cuando llegaron los Aliados. El generoso uso de fuego pesado de artillería que hizo el general Mark Clark salvó vidas de soldados pero devastó zonas muy urbanizadas que se hallaban en la primera línea. Varios miles de mujeres fueron violadas por soldados franceses y norteafricanos. Las casas de los italianos fueron saqueadas, las raciones cayeron en picado a niveles de inanición, y también se produjeron bombardeos alemanes. A comienzos de 1944, gran parte del sur de Italia parecía un paisaje lunar de ciudades devastadas a través de las que mujeres y niños sin hogar, hambrientos y desmoralizados, buscaban seguridad y cobijo.[50]

Las represalias y las masacres alemanas también fueron responsables de las muertes de cientos de civiles en el resto de Italia. En marzo de 1944, por ejemplo, un ataque partisano a una columna alemana que marchaba a través de Roma provocó muchas bajas y Hitler ordenó que se ejecutara a 100 italianos por cada alemán muerto. Después de que el jefe del SD en Roma decidiera que bastaría con una proporción inferior, sus hombres, después de calmar sus nervios con alcohol, fusilaron a 335 rehenes en una cantera abandonada cercana, las llamadas Fosas Ardeatinas, en una matanza que hoy en día sigue provocando acalorados debates. Pero la Wehrmacht se estaba comportando de forma muy similar en el campo. Frustrado por su incapacidad para localizar a los partisanos, cuyo número de miembros había aumentado durante la primavera, Kesselring estaba llegando a considerar a la población civil en su totalidad como parte del problema. «La lucha contra las bandas debe librarse con todos los medios a nuestra disposición y con la máxima dureza», decía su orden más tristemente célebre, dictada en las críticas semanas posteriores a la caída de Roma el 4 de junio. «Apoyaré a cualquier oficial que en su elección de medios y en la dureza de éstos vaya más allá de nuestros límites acostumbrados.» El 28 de junio amenazó a la población italiana en una emisión radiofónica advirtiendo de que la lucha de las tropas contra los guerrilleros se volvería «más despiadada y más dura». Lo decía en serio, y en los días posteriores tuvieron lugar las peores matanzas de toda la ocupación: 245 fueron asesinados en el pueblo de Civitella della Chiana el 29 de junio; 71 ese mismo día en San Pracazio di Bucine; 176 el 4 de julio en

Castelnuovo dei Sabbioni; una asombrosa cantidad de 560 en Sant'Anna Stazzema el 12 de agosto, donde los montones de cadáveres quedaron tan tremendamente desfigurados por los lanzallamas que la identificación se hizo imposible. A estas alturas, el sadismo de las tropas ya era comparable al que habían mostrado los Einsatzgruppen en el Este en 1941.[51]

Mussolini se había estado quejando desde marzo de la «conducta criminal» de la Wehrmacht, y Kesselring recordó a sus hombres que debían conservar su disciplina. Pero nada cambió. El 15 de septiembre Mussolini se quejó por tercera vez, advirtiendo al embajador alemán de que se estaba empezando a odiar a la Wehrmacht en Italia e insistiendo en que «como hombre y como fascista, ya no puedo asumir la responsabilidad, por muy indirecta que sea, por estas matanzas de mujeres y niños». Exactamente dos semanas después, sin embargo, la 16.ª SS-Panzergrenadier-Division «Reichsführer SS» que había perpetrado la carnicería de Sant'Anna, arrasó el pueblo de Marzabotto en los Apeninos, situado a unos 16 kilómetros al sur de Bolonia, y mató al menos a 770 personas. Fue una de las peores atrocidades alemanas de la guerra en Europa occidental. El pueblo había sido saqueado y en parte quemado por los alemanes en mayo, y entonces habían fusilado a algunos hombres porque nadie les quería dar información sobre los partisanos. Ahora, el Sturmbannführer Walter Reder informó que había erradicado a los «bandidos» de allí. En realidad, entre las víctimas había más de 150 niños menores de diez años, y aproximadamente la misma cantidad de lugareños ancianos.[52]

Reder era un valiente oficial de las Waffen-SS que contaba con muchas condecoraciones y que era, en muchos sentidos, un producto ejemplar del ejército de Hitler. Había participado en la invasión de Polonia, en el avance sobre Leningrado de 1941 y se había abierto camino a través de la última batalla por Kharkov, antes de perder parte del brazo; después había ayudado a despejar el gueto de Varsovia. Para él, y para sus superiores, la *Vernichtungskrieg* del Este no había hecho más que reforzar la desconfianza que sentía hacia los civiles (la manera en la que los italianos habían «traicionado» a los alemanes no hacía más que confirmar su inherente duplicidad) y, en todo caso, consideraba que las represalias eran totalmente legítimas. Después de meses en retirada, la necesidad militar dictaba que había que afianzar los Apeninos, la última línea de defensa antes del valle del Po, y en el verano de 1944 ésta distaba mucho de estar afianzada. No era una coincidencia, ni mucho menos, que la matanza de Marzabotto ocurriera en el mismo momento en que los alemanes que defendían la sección central de la

Línea Gótica empezaran a verse presionados por el avance de las fuerzas aliadas.

Por otro lado, nada de esto explica que las tropas escogieran como objetivos a mujeres y niños, ni su sádica pasión por el asesinato, que parece haberse realimentado a sí misma durante las semanas anteriores, a medida que a un crimen le seguía otro, avivada por una mezcla de miedo, desprecio, impunidad y placer propio de psicópatas. La vida de un alemán, informó un oficial a un sacerdote italiano, valía la de cincuenta italianos. A estas alturas, ya no funcionaba ninguno de los anteriores límites éticos del ejército alemán: se fusilaba a sacerdotes que habían tratado de actuar como mediadores, se asesinaba a numerosas mujeres y niños junto con los hombres.[53]

¿O era este tipo de asesinato indiscriminado más racional, al menos tal como lo veía el ejército alemán, que lo que nos gusta pensar? Al fin y al cabo, en términos estrictamente funcionales, estas matanzas no habían perdido su aterradora eficacia. En el invierno de 1944-1945 se produjo una notable caída en la actividad partisana a medida que la Wehrmacht, las SS y sus aliados italianos, que juntos superaban inmensamente en número a los insurgentes, continuaron sus campañas. Deportando a miles de «presuntos bandidos» al norte, a campos de Polonia y Alemania, lograron despejar varias zonas en las montañas del norte de Italia que los partisanos habían declarado «zonas libres».

Cuando el clima empeoró, muchos partisanos se sintieron defraudados por el hecho de que los Aliados no lograran penetrar en las defensas enemigas. Y lo que era aún más desalentador, los Aliados les instaron a que se disolvieran durante el invierno. El SD sabía que muchos de los que habían huido a las bandas sólo lo habían hecho para escapar de las redadas alemanas, y el régimen de Mussolini trató, con un éxito bastante limitado, de aprovecharse de esto, y de hacerse pasar por una fuerza más moderada, ofreciendo una amnistía a todos aquellos «bandidos» que se entregaran. Apenas 2000 lo hicieron. No obstante, a comienzos de 1945 el movimiento partisano estaba a la defensiva y no resurgió como fuerza relevante en Italia hasta el último mes de la ocupación. Desde el punto de vista de la Wehrmacht, la disuasión y el terror funcionaban y le permitieron conservar el control del norte hasta el mismo fin de la guerra.[54]

Hacia la guerra civil

En la Europa nazi, la oposición y el odio siempre se dirigían, como mínimo, en el mismo grado contra los colaboradores que contra los alemanes. Eran los Quislings, Musserts y Degrelles los que amenazaban con hacer girar a su país hacia el nazismo; y allí donde los partidos colaboracionistas ayudaban a los alemanes, gran parte de la población los consideró el enemigo desde el mismo momento de su aparición. En Francia, después de que se agotara la legitimidad inicial de Vichy, hubo una polarización similar. Aun cuando el propio Pétain siguió siendo popular, o al menos respetado, hasta el final, no sucedió lo mismo con aquellos que le sirvieron. Sonrientes Legionnaires despeinados podían posar para fotografías de celebración cuando partían para el Frente Oriental, con garabatos de «Vive le Maréchal!», «Vive Hitler!» y «A bas les Juifs!», en sus vagones de ferrocarril, pero en los cines, las imágenes de Laval, Henriot y Déat eran recibidas con silbidos, abucheos y gritos de «¡Vendidos!» y «¡Muerte!».[55] Vistos como traidores, los colaboradores se convirtieron en objetivos principales para los ataques y los asesinatos; para ellos, por otro lado, los miembros de la resistencia eran «terroristas», «comunistas» y «criminales» que intentaban deteriorar el orden público y fragmentar la nación. A medida que las armas se hicieron más abundantes y que se acercó el final de la guerra, con todas las incertidumbres políticas que ello implicaba, esta violencia se intensificó en muchos países hasta llegar al extremo de la guerra civil.

En noviembre de 1942, tres de los alcaldes rexistas de Degrelle fueron asesinados a tiros en Bélgica, lo que movió a su partido a exigir una mayor protección. Pero la renuencia de la policía a verse implicada en ello les llevó a tomarse la justicia por su mano. A mediados de 1944, Rex, las SS flamencas y el derechista VNV ya eran antagonistas mortales en el feroz combate entre ellos y la resistencia. «Es una auténtica guerra civil», fue como el abogado Paul Struye resumió su análisis de la opinión pública en los últimos meses de la ocupación.

> Numerosos colaboradores con el ocupante son atacados en sus casas, en la calle o en el campo. Entre ellos hay una cantidad bastante grande de mujeres. Al parecer, son informantes que entregaron a *réfractaires* al ocupante… Las «represalias» son aún más violentas… La sucesión de dramas sangrientos ha creado en gran parte del país, sobre todo en los pueblos y las ciudades pequeñas, una verdadera atmósfera de terror… El odio que algunos belgas manifiestan hacia otros en la actualidad es implacable y verdaderamente feroz. Es infinitamente más violento que el que se muestra hacia los ocupantes.[56]

En Italia, que emergía irregularmente de más de dos décadas de fascismo, había cuentas pendientes que no se remontaban sólo a dos o tres años atrás,

sino a veinte. La izquierda antifascista estaba deseosa de vengar los amargos recuerdos que tenía de los años de las milicias fascistas. Al mismo tiempo, lo que quedaba del Partido Fascista estaba más radicalizado que lo que lo había estado antes del hundimiento, y hubo un regreso consciente al *squadrismo* violento de los inicios del fascismo. Una nueva oleada de violencia recorrió las ciudades y los pueblos del valle de Po. El propio Mussolini fue recibido por multitudes que lo vitorearon cuando reapareció por primera vez en público cerca de Bolzano en abril de 1944: hubo muchas personas, sobre todo en las áreas fronterizas y en el noreste incondicionalmente católico, que temían que Italia cayese en manos de los bolcheviques. Sus nuevas Brigadas Negras (*Brigate Nere*) no eran la única fuerza que el fascismo tenía a su disposición: también estaba la Guardia Nacional Republicana y una gran cantidad de pequeñas fuerzas, más o menos voluntarias, escuadrones de la muerte y señores de la guerra, algunos de los cuales preferían recibir órdenes de las SS en lugar de Mussolini. Gradualmente, su régimen quedó reducido a ser un brazo de la campaña antipartisana de los alemanes, y sus partidarios se vieron inmersos en una guerra en la que «no hay ninguna diferencia entre el enemigo exterior y el interior». En el verano de 1944, al fin y al cabo, los partisanos estaban asesinando a destacadas personalidades fascistas y matando a centenares de hombres de Mussolini cada mes. El invierno siguiente estos últimos contraatacaron junto a los alemanes y se cobraron su venganza, ahorcando públicamente a partisanos y a todos aquellos que quisieron.**[57]**

La Iglesia católica trató de calmar a ambos bandos y predicó la moderación, ya que sus líderes desconfiaban profundamente tanto del nazismo como del comunismo. El Vaticano temía que la izquierda tomara el poder en Italia después de la guerra; pero también se negó a establecer relaciones diplomáticas con el régimen de Salò de Mussolini. No obstante, las presiones que conducían hacia la guerra civil eran fuertes, y la Iglesia era demasiado débil para poder hacer demasiado: tanto los fascistas como los antifascistas la criticaban por no definirse. En la Pascua de 1944, se aconsejó a los obispos que «estigmaticen toda forma de odio, de *vendetta*, de represalia y de violencia, venga de donde venga», pero el *Piemonte repubblicano*, favorable al Duce, inmediatamente se volvió contra la Iglesia por no comprender que «estamos en tiempos de excepción, en un tiempo de guerra, y no hay ninguna duda de que “entre las dos partes beligerantes”, todo italiano, sea obispo o no, tiene la obligación de observar que una de ellas queda manchada, y diariamente, por crímenes horribles». Tal como se desarrollaron

los acontecimientos, los sacerdotes se vieron atrapados en la violencia: 191 fueron asesinados por los fascistas, 125 por los alemanes, y 109 por los propios partisanos. Hubo sacerdotes que lucharon en bandas profascistas, y otros, los llamados «capellanes partisanos» y «sacerdotes rojos», que lucharon como antifascistas. (Estos últimos incluso estuvieron apoyados por el Vaticano, al que le preocupaba la falta de orientación religiosa de la que disponían los partisanos, quienes, en caso de no contar con ella, quedarían expuestos a la propaganda comunista sin ningún apoyo espiritual.)[58]

Pero la resistencia no sólo estaba librando una guerra civil contra los colaboradores; también había tensiones dentro de la propia resistencia, tensiones que reflejaban la gran diversidad de minúsculos grupos a partir de los cuales había surgido la resistencia y las muy distintas concepciones del orden ideal para la posguerra que existían entre ellos. En Europa occidental, estas diferencias se podían contener. Excepto quizá en Francia, donde la resistencia se volvía ocasionalmente en contra de sí misma, ninguno de estos desacuerdos produjo ningún estallido de violencia manifiesta, y los grupos o bien toleraban mutualmente su existencia o aceptaban la autoridad de los cuerpos coordinadores generales. En los Balcanes era distinto. Los gobiernos griego y yugoslavo en el exilio carecían de legitimidad, y los intentos de unificar las fuerzas de la resistencia fracasaron. A consecuencia de ello, éstas lucharon abiertamente no sólo contra los colaboradores sino también entre sí. En Yugoslavia la guerra entre los partisanos y los chetniks dejó un reguero de sangre por todo el país. Grecia se salvó de padecer una violencia de esta envergadura, pero sólo porque el movimiento principal, el EAM/ELAS, disolvió por la fuerza a los grupos más pequeños para establecerse como autoridad dominante en las montañas.

A medida que se acercaba el fin de la guerra, los principales frentes de batalla de la incipiente guerra civil no se establecieron entre la resistencia y los colaboradores, sino entre los comunistas y sus antagonistas. Tanto los Ustase croatas como los gendarmes de Nedic en Belgrado se veían a sí mismos como la última defensa de su país contra la bolchevización, y este miedo les permitió atraer también a los miembros de la resistencia no comunista o anticomunista. En Grecia, este tipo de coaliciones de fuerzas anticomunistas, que reunieron a colaboradores y a resistentes, fueron organizadas por el Gobierno colaboracionista con apoyo alemán. De hecho, fomentar la guerra civil allí era algo que los alemanes estaban intentando

hacer deliberadamente. El SS-Standartenführer Walter Blume, abogado culto y antiguo funcionario de la Gestapo, había progresado de matar a judíos en el Frente Oriental, a matar posteriormente a partisanos en Eslovenia, y a convertirse finalmente en el jefe de la SiPo/SD de Atenas. Según su llamada «tesis del caos», los alemanes debían acabar con la clase dirigente de Grecia y conseguir que los griegos lucharan entre sí tan ferozmente que ellos se pudieran retirar tranquilos. De ahí que ayudase a armar a los anticomunistas griegos de los batallones de seguridad y de los escuadrones de la muerte extraoficiales y les diera carta blanca en la guerra contra los «comunistas» y los «bandidos». Los últimos meses de la ocupación estuvieron salpicados, por consiguiente, por una serie de matanzas horrendas de griegos perpetradas por griegos en que los alemanes tuvieron un escaso papel directo. En los últimos meses de la ocupación ya se estaba sembrando la semilla de la guerra civil griega.

La sombra del comunismo hizo que el declive de la trayectoria de Alemania también tuviera un enorme efecto en la guerra contra los partisanos en Europa oriental. Los polacos, los ucranianos y los pueblos bálticos se preguntaban qué supondría un hundimiento alemán, y los insurgentes actuaron cada vez más con la atención puesta más en el futuro que en el presente. En Polonia, donde se había contenido deliberadamente el desarrollo de la resistencia armada, el Ejército Alemán polaco no creó su Dirección General de la Resistencia Clandestina hasta finales de 1942, y a finales de 1943, según un cálculo aproximado, controlaba aproximadamente a 3000 hombres en todo el país, una cantidad que no era grande. A estas alturas, ya había otros sobre el campo. Había un movimiento comunista bien equipado, que también atrajo a polacos del Este que estaban frustrados por la ausencia del Ejército Nacional; había numerosos Batallones Campesinos (asociados con el Partido Campesino) y bandas judías, compuestas por supervivientes de las matanzas de Polonia oriental; estaban los partisanos soviéticos en el este del país; y a la derecha estaba el NSZ. Los conflictos eran habituales entre estos grupos, pero por razones obvias la verdadera brecha estaba surgiendo entre quienes eran favorables a los soviéticos y el resto. Esta brecha creció con la formación del Comité Cívico Anticomunista, que unió a todos los principales partidos políticos no comunistas. Por su parte, los comunistas ya habían creado el Consejo Nacional de la Patria como alternativa al Gobierno en el exilio. «Hay algo de lo que no cabe duda», decía un informe de la OSS sobre la resistencia

polaca, «a los alemanes les ayuda la falta de unidad en la resistencia y el hecho de que cada bando tiene otros objetivos distintos a combatir a los alemanes».[59]

Uno de los catalizadores del desarrollo de la resistencia armada entre los polacos fue la súbita erupción de una guerra dentro de la guerra, entre los polacos y los ucranianos en Polonia oriental y Ucrania occidental. En toda la zona comprendida entre Vilna y Lviv ya se habían producido algunos de los experimentos de limpieza étnica más violentos de Europa. En 1943, en unos pocos meses, las cosas empeoraron aún más y se volvieron infinitamente más complicadas. Los primeros partisanos soviéticos habían aparecido en Volhynia el año anterior, y los nacionalistas ucranianos querían impedir que los campesinos los apoyaran; en sus propias palabras, buscaron una alternativa para los «elementos de la nación ucraniana que, de lo contrario, podrían buscar protección en Moscú frente al imperialismo alemán». Grandes cantidades de policías ucranianos que trabajaban para los alemanes estaban desertando a los bosques, y el nacionalista OUN-B les animó a formar un nuevo Ejército Insurgente Ucraniano (UPA).

En abril de 1943, el UPA ya tenía entre 10 000 y 20 000 miembros y, movido por las noticias sobre Stalingrado, se embarcó en una campaña de limpieza étnica con el fin de hacer sitio para un futuro estado ucraniano independiente antes de que llegaran los rusos. Primero atacaron los asentamientos de alemanes étnicos de Himmler y dejaron muchos de ellos reducidos a cenizas. Después atacaron a los polacos, matando a 50 000, según cálculos aproximados; muchos más huyeron al oeste. Gracias a matanzas bien planeadas y a expulsiones, en diciembre prácticamente ya habían logrado poner a Volhynia bajo control ucraniano, ayudados por miles de campesinos que codiciaban las tierras controladas por los polacos. «Erradiquen todo rastro de los polacos», decía una orden del OUN de comienzos de 1944. «Destruyan todos los muros de la Iglesia católica y otras casas de oración polacas. Destruyan los huertos y los árboles de los patios para que no quede ningún rastro de que alguien vivió allí alguna vez… Presten atención al hecho de que si queda algún resto polaco, los polacos tendrán pretensiones sobre nuestra tierra.»[60]

Las repercusiones fueron inmediatas y duraderas. La violencia convenció a Stalin de que los polacos y los ucranianos no podrían vivir juntos, y Moscú empezó a planear la serie de intercambios de población forzosos entre Polonia y Ucrania en los que se desarraigó a centenares de miles de personas entre 1944 y 1947. En la vecina Galitzia, los polacos atacaron ahora en venganza a

los ucranianos, y el embrionario movimiento partisano polaco creció gracias a los refugiados de Volhynia. Este movimiento se extendió entonces no sólo al oeste, al interior de Polonia central, sino también al norte, hacia Vilna, a las otras regiones de la Polonia oriental anterior a la guerra donde los polacos estaban en minoría y necesitaban defenderse. Al mismo tiempo, el fracaso del Ejército Nacional en la propia Volhynia animó a muchos polacos a recurrir a los partisanos soviéticos en su lugar. Al igual que los ucranianos, los polacos se vieron ahora atrapados entre los rusos y los alemanes, y fue difícil evitar llegar a acuerdos de compromiso. Tanto los comandantes del NSZ, de extrema derecha, como el Ejército Nacional polaco negociaron acuerdos temporales con las SS alemanas y los oficiales de la Wehrmacht para impedir la «re-sovietización» de la zona. (Aunque Himmler prohibió este tipo de acuerdos, se dieron de todos modos a pequeña escala.) Pero otros comandantes del Ejército Nacional cooperaron con los partisanos soviéticos, admitiendo lo inútil que era oponerse a ellos. Tanto los polacos como los ucranianos esperaban poder ver un mundo en el que pudieran labrarse un espacio propio, independientemente de las dos grandes potencias totalitarias. Pero ese mundo necesitaría mucho más tiempo que un par de años para materializarse.**[61]**

La elección del momento de la sublevación

El 28 de septiembre de 1943, Nápoles se convirtió en la primera ciudad europea que se alzó contra los alemanes. Los *Quattro giornate*, los famosos «Cuatro Días», los provocó la exigencia del mariscal de campo Kesselring de deportar a 20 000 hombres. Cuando los camiones alemanes pararon en Piazza Dante, en el corazón de la ciudad, para llevárselos, las mujeres trataron de impedir que se marcharan. Al mismo tiempo, los hombres jóvenes se armaron y empezaron a patrullar las calles. Al día siguiente, cuando se extendió la noticia de que ya se había expulsado a 8000 hombres, la gente volcó autobuses, levantó barricadas y montó puestos de ametralladoras para impedir que los alemanes trajeran refuerzos. A lo largo de los cuatro días siguientes, los intensos combates callejeros que tuvieron lugar en los callejones y callejuelas de la ciudad estuvieron salpicados de negociaciones (los napolitanos capturaron a varios soldados alemanes y rodearon a otros, incluido el comandante de la ciudad), linchamientos (de colaboradores fascistas) y de ejecuciones en masa llevadas a cabo por los alemanes. Los ejércitos aliados se estaban acercando a las afueras de la ciudad, y sus barcos

habían explorado la bahía. Pero en realidad los habitantes lucharon muy eficazmente sin la ayuda de los Aliados, sobre todo en las viejas calles empinadas que había en torno a Vomero, y los alemanes, al comprender que carecían de las fuerzas necesarias para recuperar el control, se retiraron a comienzos de octubre a medida que llegaron las primeras tropas aliadas. Detrás de sí dejaron al menos a 663 italianos muertos y muchos más heridos. Medio destruidos ya por meses de bombardeos aéreos aliados, el centro histórico y el puerto apenas eran ya reconocibles. Al entrar en la ciudad, los soldados británicos encontraron «madera carbonizada», con ruinas por todas partes, que a veces bloqueaban completamente las calles, cráteres de bomba y tranvías abandonados. No había agua potable ni comida y durante días corrieron rumores de que un escuadrón secreto de las SS permanecía oculto en las catacumbas.[62]

La propia insurrección fue un infrecuente ejemplo de una sublevación popular que no se había planeado de antemano (una razón que quizá explique el hecho de que hoy en día no sea muy recordada en Italia). Cogió tan desprevenidos a los antifascistas del lugar como a los alemanes, y la rápida extensión de los combates reflejó, más que ninguna otra cosa, el fuerte espíritu de comunidad por el que eran tan célebres los barrios de la ciudad, avivado por la furia tanto contra los restos del estado fascista que se estaba desintegrando, como contra los alemanes recién llegados que disparaban a la menor provocación. En otros lugares de Europa, sin embargo, los movimientos de resistencia habían basado toda su estrategia en prepararse para alzarse contra el ocupante, y para ellos el reto principal consistía en identificar cuándo había llegado el momento oportuno. Cuando 1943, llegó y se fue sin que se abriera el Segundo Frente que tantos habían esperado, muchos de ellos se vieron combatiendo la desilusión y la impaciencia en sus propias filas.

Fue el año siguiente, con la invasión de Francia y simultáneamente la ofensiva soviética hacia el oeste a través de Bielorrusia, penetrando en Polonia, el que se convirtió en el año de la verdad. Las huelgas, los sabotajes y los ataques armados a las tropas alemanas alcanzaron niveles inauditos, y los propios alemanes, que combatían tanto en el frente como en la retaguardia, llevaron el terror en masa y las represalias a zonas que hasta entonces se habían salvado de ellas. En algunos de los países más pequeños del noroeste de Europa, donde en el verano de 1944 los movimientos de resistencia ya habían quedado relativamente centralizados, los gobiernos en el exilio, junto con el SOE y el mando del SHAEF del general Eisenhower,

hicieron todo lo que pudieron para que se pisara el freno. Los holandeses desalentaron una sublevación en masa, aunque una huelga ferroviaria en septiembre llevó a los alemanes a declarar un estado de sitio. En Noruega, el movimiento de resistencia Milorg previno contra la insurrección y trató de desviar las energías de sus miembros hacia la intensificación del sabotaje y a intentar obstruir la política de tierra quemada seguida por los alemanes que se estaban retirando en el norte del país. En Dinamarca, donde la resistencia se desarrolló rápidamente después del hundimiento de la *collaboration d'état* en el verano de 1943, Londres y el nuevo Consejo de la Libertad fomentaron el sabotaje llevado a cabo por pequeñas bandas de profesionales e intentaron evitar convertir el ejército de la resistencia en una fuerza militar para usarla contra los alemanes. En todos estos casos, al Gobierno británico y a los gobiernos en el exilio no sólo les preocupaba evitar las bajas. También tenían razones sumamente políticas para evitar la acción en masa, ya que fundamentalmente deseaban restaurar la clase política existente después de la liberación y comprendían que un gran movimiento de resistencia armado podría dificultar esos planes.

Los líderes de la resistencia de muchos países también se vieron influidos por los acontecimientos de Francia, donde los costes de elegir el momento equivocado se hicieron horriblemente visibles. En junio, en la víspera de los desembarcos de Normandía, los ataques de sabotaje aumentaron bruscamente, y las líneas ferroviarias fueron cortadas en muchos lugares. Pero algunos líderes del Maquis querían ir más allá de esto, enfrentarse a los alemanes en un combate abierto y obtener la gloria de la liberación para ellos mismos. En la Auvernia desempolvaron antiguos planes para convertir las montañas en un reducto central de la resistencia y, alentados por los lanzamientos de armas llevados a cabo por los Aliados, dictaron una orden de movilización que llevó a varios miles de trabajadores y estudiantes a la zona del monte Mouchet. La Wehrmacht de la zona estuvo pendiente de esta actividad y a comienzos de junio decidió aplastarla. En unos pocos días, después de una breve resistencia, los alemanes recuperaron el control, matando a docenas de miembros del Maquis a cambio de unas bajas propias relativamente reducidas. El mariscal de campo Sperrle había reaccionado ante los desembarcos de Normandía ordenando una «extrema severidad… y los métodos más implacables» para aplastar la resistencia, y fue de acuerdo con estas órdenes que las tropas simplemente fusilaron o deportaron a todo aquel al que se encontraran de camino a las montañas. El episodio de monte Mouchet demostró lo costoso que podía ser abandonar las armas básicas de los guerrilleros, la sorpresa y la

movilidad, y lo expuesta que quedaba la resistencia a un eficaz contraataque alemán cuando ésta se dejaba ver demasiado pronto. Se produjo una debacle similar en la meseta de Vercors, y en varias ciudades pequeñas y pueblos de toda Francia, actos prematuros de «liberación» desembocaron en carnicerías. Se entiende por qué las llamadas a la insurrección que hicieron los comunistas cayeron en oídos sordos: el 85 por 100 de las comunas de Francia prefirieron esperar a los Aliados.[63]

La sublevación se produjo más tarde, y con mayor éxito, en París. A mediados de agosto, la aproximación de las fuerzas aliadas, entre las cuales había una división de la Francia Libre, llevó a la policía francesa a declararse en huelga. El 18 de agosto, la obstrucción se había vuelto total, paralizando la ciudad, y las Fuerzas Francesas del Interior ordenaron una movilización general. Furgones policiales y automóviles requisados lucían las siglas «FFI» pintadas con grandes letras blancas y la Cruz de Lorena. A medida que las tropas alemanas evacuaron la ciudad empezaron a recibir fuego, y se levantaron barricadas. Los combates contra ellas duraron hasta el 25 de agosto, cuando el comandante alemán, el general Dietrich von Choltitz, ignoró las órdenes de Hitler de destruir la ciudad y se rindió al general Leclerc, comandante de la 2.ª División Acorazada francesa: unos 3200 alemanes murieron, y otros 12 800 fueron hechos prisioneros. Ese mismo día, el general De Gaulle llegó como presidente del Gobierno provisional y saludó a las multitudes exultantes desde el Hôtel de Ville con unas palabras que inmediatamente se hicieron famosas:

> ¡París! ¡París ultrajada! ¡París destrozada! ¡París martirizada! ¡Pero París liberada!
>
> ¡Liberada por sí misma, liberada por su pueblo con la ayuda de los ejércitos franceses, con el apoyo y la ayuda de toda Francia, de la Francia luchadora, de la Francia única, de la Francia real, de la Francia eterna!

Gracias a la ampulosa retórica de De Gaulle, la liberación de París supuso el origen del mito fundador de la Francia de la posguerra: un país que supuestamente había estado unido en la resistencia a los alemanes y se había liberado a sí mismo. En realidad, París estaba en proceso de ser evacuada por los alemanes de todas formas, y su liberación casi estuvo a punto de no tener lugar, ya que Eisenhower había planeado evitar pasar por ella. Era consciente de que carecía de importancia estratégica y le preocupaban los posibles costes de un asedio prolongado. Pero para De Gaulle esto era inaceptable. París tenía que ser liberada, por el bien de Francia, y liberada por los propios franceses.

Y también había otro motivo para la insistencia de De Gaulle. Pues en ese mismo momento todas las miradas se volvieron hacia la lucha mucho más

enconada y sanguinaria que estaba teniendo lugar para decidir el destino de otra gran ciudad europea. En París, aproximadamente 1500 franceses perdieron sus vidas en el espacio de una semana; pero en Varsovia, donde la resistencia polaca había estado luchando durante casi un mes, más de 40 000 personas ya habían sido asesinadas y la lucha aún no había terminado. Era Varsovia lo que había tenido en mente Hitler cuando ordenó a Von Choltitz mantenerse en París a toda costa, volar sus puentes y aplastar la sublevación francesa tan despiadadamente como las SS estaban combatiendo a los polacos. También era lo que había tenido en mente el general Von Choltitz la primera vez que intentó actuar como mediador para llegar a un armisticio informal, y después ignoró deliberadamente las órdenes que le había dado el Führer. En cuanto a De Gaulle, que había estado destinado allí durante la guerra ruso-polaca de 1919-1920, la razón por la que desvió la división acorazada de Leclerc a París para ayudar a la resistencia fue que sabía lo que estaba pasando en Polonia, donde se había dejado solos a los polacos en su lucha.[64]

En Polonia había motivos políticos imperiosos para una sublevación en masa, motivos que se hicieron más imperiosos con el tiempo. A diferencia de los europeos occidentales, los polacos se enfrentaban a la liberación por parte del Ejército Rojo, y para la mayoría de ellos eso no suponía una liberación en absoluto. En 1944, ya se habían roto las relaciones entre el Gobierno en el exilio de Londres y Stalin, y era obvio que los británicos y los estadounidenses ni estaban preparados para ignorar los deseos soviéticos por lo que respectaba a Polonia, ni deseaban hacerlo: en los lanzamientos de armas por parte del SOE se había hecho llegar una mínima parte de las armas que se habían entregado a Francia, por ejemplo. Como gran parte de la disputa entre los polacos y los soviéticos incumbía al destino de los territorios orientales que estos últimos habían ocupado en 1939, el Ejército Nacional polaco cambió sus planes en 1943 para centrarse en sublevaciones fructíferas que permitieran a los polacos recibir al Ejército Rojo «como anfitriones». Pero esto daba por supuesto que los alemanes eran más débiles que lo que eran en realidad, que los polacos eran más fuertes, y que el Ejército Rojo sencillamente reconocería las reivindicaciones de los polacos si éstos se alzaban a tiempo. En realidad, lo que sucedió a medida que el Ejército Rojo avanzó sobre las ciudades de Volhynia y Galitzia no siguió este plan. Unidades del Ejército Nacional ayudaron a enfrentarse a los alemanes, los

ucranianos y los lituanos, cooperando a menudo con las tropas soviéticas. Pero eran demasiado débiles para liberar ciudades como Vilnius, Lviv y Lublin por sí solas, a pesar de que éstas tenían una población fundamentalmente polaca, y estaban completamente desprovistas de cualquier elemento de sorpresa. Los comandantes del Ejército Rojo trataron inicialmente a los polacos como a aliados. Pero no por mucho tiempo. El 14 de julio Moscú ordenó desarmar a las unidades del Ejército Nacional polaco en Lituania, Bielorrusia occidental y Ucrania oriental, y muchos oficiales polacos fueron arrestados. El Gobierno polaco en el exilio había esperado que la imagen de los polacos liberando estos pueblos causara sensación en el oeste y promoviera la causa polaca. Pero la prensa de Inglaterra y Estados Unidos apenas se hizo eco de ello.[65]

Es sobre este telón de fondo que hay que entender la decisión del Ejército Nacional de iniciar la sublevación de Varsovia a finales de julio. Los acontecimientos de Polonia oriental habían demostrado, en primer lugar, que la Wehrmacht, en general, seguía siendo demasiado fuerte para los polacos, y en segundo lugar, que la única fuente de apoyo externo con la que podrían contar, el Ejército Rojo, veía al Ejército Nacional como el instrumento de un gobierno ilegítimo. No obstante, la única conclusión razonablemente sólida que podría haberse extraído de esto, es decir, que cualquier sublevación estaba condenada militarmente al fracaso si no contaba con un apoyo inmediato, y probablemente que en todo caso estaba condenada políticamente al fracaso, habría ido en contra de la estrategia en la que la resistencia polaca había cifrado sus esperanzas durante cinco años. Tras construir una organización clandestina sumamente eficaz, a un enorme coste humano, a lo largo de toda la ocupación, la perspectiva de no usarla era inimaginable para los líderes del Ejército Nacional polaco. Recordaban el fin triunfal de la primera guerra mundial y no querían pensar que la segunda pudiera no acabar de la misma manera.

A finales de julio, los tanques del Ejército Rojo ya habían cubierto centenares de kilómetros y habían hecho retroceder a los alemanes a las afueras de Varsovia al final de la que quizá fue la ofensiva más extraordinariamente eficaz de toda la guerra; era comprensible que los polacos creyeran que un ataque a través del Vístula era inminente. En realidad, las tropas soviéticas estaban exhaustas, carecían de combustible y de suministros y necesitaban reagruparse, y habían sido detenidas por una resuelta línea defensiva alemana. Pero, el comandante del Ejército Nacional, creyendo que estaban a punto de atacar la ciudad, dio la orden de que

comenzara la sublevación. Fue una decisión de última hora que asombró a muchos de sus compañeros. Las reservas de comida y agua eran escasas. También las de armas, ya que Varsovia había estado proporcionando suministros a las unidades del Ejército Nacional que estaban en el Este durante las semanas anteriores. Los alemanes, por otro lado, llevaban algún tiempo esperando una sublevación; estaban trayendo refuerzos y fortaleciendo sus patrullas de policía. No tenían suficientes hombres para aplastar la rebelión rápidamente. Pero aun así, unos 20 000 polacos deficientemente armados se enfrentaron a entre 13 000 y 20 000 hombres bien armados de las unidades de la policía y el ejército alemán, atrincheradas en posiciones fortificadas en torno a la ciudad. Fue, por parte de los polacos, un fatídico error de cálculo.**[66]**

El hecho de que la insurrección durase dos meses enteros antes de ser derrotada es un homenaje tanto al heroísmo como a la desesperación de los defensores de Varsovia. Pero también fue un reflejo de las estimaciones equivocadas de los propios alemanes. Para empezar, como ya había demostrado la sublevación de Nápoles, sus tropas se las arreglaban mucho peor en los combates callejeros en las ciudades antiguas y atestadas de gente que en las operaciones en campo abierto. Pocos lugares de Europa estaban más densamente habitados que Varsovia, sobre todo en su centro, y esto anulaba parte de la abrumadora superioridad que tenían los alemanes en cuanto a armas y cantidad de hombres. Pero los polacos también siguieron luchando debido al terror indiscriminado al que las tropas, que actuaban siguiendo órdenes explícitas de Himmler, sometieron a los habitantes de la ciudad, sobre todo en los primeros días.

Sobre la sublevación, tanto Hans Frank como Himmler habían pensado que no había mal que por bien no viniera, ya que ésta les permitiría destruir Varsovia para siempre, como había exigido Hitler. «Cuando oí las noticias de la sublevación de Varsovia», dijo posteriormente Himmler,

> fui a ver inmediatamente al Führer. Le dije: «Mi *führer*, ya ha llegado la hora. Históricamente, es una bendición que los polacos hagan eso. Nos la quitaremos de encima en cinco o seis semanas. Pero después, Varsovia, la capital, la cabeza, la inteligencia de estos dieciséis o diecisiete millones de personas de Polonia, se habrá extinguido, esta nación que nos ha bloqueado el paso al Este durante setecientos años y que se ha interpuesto en nuestro camino desde la primera batalla de Tannenberg. Entonces el problema polaco históricamente para nuestros hijos y para todos aquellos que vengan después de nosotros, incluso para nosotros, ya no será un gran problema».**[67]**

La «guerra de exterminio» que había surgido por primera vez en la URSS ocupada y que posteriormente la Wehrmacht había llevado a los Balcanes e

Italia también llegó a Varsovia. Según las órdenes que se dieron a las tropas, todos los rebeldes capturados debían ser fusilados; también se debía masacrar a los no combatientes; y finalmente la ciudad entera sería arrasada. Varios centenares de personas fueron asesinadas en el primer par de días. Pero con la llegada de unidades especiales de las SS el 5 de agosto, el número de muertos se disparó: probablemente entre 30 000 y 40 000 personas fueron asesinadas en un barrio de las afueras sólo en ese día antes de que Von dem Bach-Zelewski, al que se había traído para que supervisara las operaciones, retirara a los peores criminales y prohibiera el fusilamiento indiscriminado de mujeres y niños. Pero decenas de miles de personas ya habían huido a las zonas de la ciudad que estaban bajo el mando del Ejército Nacional, y la sublevación adoptó una nueva naturaleza: una defensa de los habitantes de la ciudad contra la masacre y el terror. Incluso los alemanes notaron el cambio. Según la compañía de propaganda de la División de Tanques «Viking» de las SS, el pueblo inicialmente se había «apartado» de los rebeldes y los había criticado por su falta de preparación. Sin embargo, después de ver a los alemanes «destruir despiadadamente la vida y las propiedades de los habitantes y arrasar toda Varsovia, tanto si eran culpables como si eran inocentes, la atmósfera cambió por completo». De esta forma, los propios alemanes contribuyeron a convertir la insurrección en una revuelta popular.[68]

Para cuando acabó la sublevación, los rebeldes habían logrado varias cosas gracias a su extraordinaria resistencia. Consiguieron que se reconociera al Ejército Nacional como parte de las fuerzas regulares del Gobierno en el exilio, lo que tuvo como consecuencia que los alemanes reconocieron finalmente sus derechos como combatientes en las negociaciones que desembocaron en la rendición final del 2 de octubre. Además, a comienzos de septiembre se logró avergonzar tanto a los soviéticos que éstos se vieron obligados a enviar cazas sobre la ciudad, los cuales eliminaron en gran medida la ventaja que los alemanes tenían en el aire. El Ejército Rojo también atacó el barrio de las afueras de Praga situado en la ribera oriental del Vístula, aunque no pasó de allí. Pero Stalin no estaba dispuesto a hacer más, y tampoco hicieron mucho los Aliados, aparte de enviar B-17 allí para que lanzaran suministros. Nada de esto pudo cambiar el desenlace y los costes fueron más elevados que en ningún otro lugar de Europa. Después de la capitulación, los alemanes hicieron prisioneros aproximadamente a 15 000 combatientes. Otros 15 000 habían muerto, de hambre, de sed y por enfermedades, así como por los combates, junto con más de 185 000 civiles. Alrededor de 48 000 civiles, muchos de ellos manifiestamente descontentos

con el Ejército Nacional, surgieron de la ciudad devastada el 3 de octubre; otros 130 000 partieron a lo largo de los tres días siguientes a campos provisionales, desde los cuales muchos de ellos fueron transportados a campos de trabajo situados dentro de Alemania, o enviados a campos de concentración, en lo que constituyó un incumplimiento de las condiciones de rendición. Mientras París celebraba su liberación, Varsovia quedaba reducida a ruinas y abandonada.

Fue en este momento cuando los alemanes decidieron demostrar de una vez por todas a los polacos lo inútil que era la resistencia. Sus planes a largo plazo para destruir las principales ciudades del Este (Moscú, Leningrado y la propia Varsovia) nunca se habían llevado a la práctica. La derrota de la sublevación dio a los nazis la oportunidad de demostrar que la resistencia suponía la aniquilación no sólo del enemigo físico, sino también de su misma civilización. Esta lección ya se había aplicado a los judíos: durante más de un año, varios miles de trabajadores de los campos de concentración habían estado demoliendo sistemáticamente todo lo que quedaba del antiguo gueto, unas 180 hectáreas en total, acarreando los cascotes a través de 20 kilómetros de una vía tendida especialmente para ese fin antes de que los acontecimientos del verano detuvieran sus trabajos. Ahora también se les enseñaría esa lección a los polacos. Durante la sublevación se había destruido el 30 por 100 de Varsovia. Himmler dio instrucciones a Von dem Bach Zelewski de que volase el resto, salvando solamente el ferrocarril y sus edificios. El SSPF de Varsovia, Paul Geibel, dirigió la operación. Sus hombres volaron las bibliotecas, la última de ellas sólo unas horas antes de que los ejércitos soviético y polaco entraran en Varsovia en enero de 1945, minaron palacios, museos y edificios públicos y enviaron sus contenidos al Reich o los volaron. En Lublin, donde el nuevo régimen apoyado por los soviéticos había establecido su capital provisional en la ciudad que Globocnik había contemplado una vez como el cuartel general del este alemán, la Asamblea Nacional decidió reconstruir Varsovia como la «capital de un estado polaco independiente».[69]

La destrucción fue, naturalmente, una expresión del profundo y pertinaz odio del régimen al nacionalismo polaco y careció por completo de cualquier fundamento estratégico. El fracaso de la sublevación y las posteriores campañas alemanas contra los combatientes del Ejército Nacional en los bosques cercanos bastaron por sí solos para destruir la moral de los polacos en los últimos meses de la ocupación. «El movimiento de resistencia del Ejército Nacional… ha sufrido un duro golpe del que no logrará recuperarse en un

futuro cercano», consideraba un oficial del Estado Mayor de la Wehrmacht en el Gobierno General. No hubo ninguna sublevación en ninguna otra parte del país, como se había previsto en los planes originales del Ejército Nacional y como había temido Von dem Bach Zelewski. Sin duda, fue mejor que no la hubiera. En el apogeo de los combates en Varsovia se había advertido a la SiPo de Polonia central que esperase disturbios en el campo «en cualquier momento» y que arrestara a diez mil personas en las ciudades, que habrían de ser fusiladas en cuanto éstos empezaran. Pero después de la caída de Varsovia, la actividad partisana descendió, y cuando los alemanes se retiraron en enero de 1945 sólo se enfrentaron a una resistencia insignificante en su retaguardia.[70]

El valor de la resistencia

Durante la guerra, el Gobierno británico y el estadounidense expresaron a menudo sus reservas sobre el valor militar de los partisanos de Europa. Para ellos, al fin y al cabo, lo que importaba era hasta qué punto contribuían a su guerra contra los alemanes. El propio SOE era contemplado con una profunda desconfianza por otros cuerpos de las Fuerzas Armadas y tenía que justificar sus actividades en esos términos. Desde entonces ha habido un debate entre los historiadores británicos acerca de qué valor militar tuvo realmente la resistencia. Algunos llegan incluso a decir que éste fue escaso, o que no tuvo ninguno, que los bombardeo estratégicos y el bloqueo naval fueron más importantes, que la falta de información precisa impidió que los saboteadores identificaran los mejores objetivos. «Casi todos los sabotajes», escribe Alan Milward, «fueron, desde un punto de vista alemán, económicamente insignificantes». Después de la guerra, los funcionarios alemanes mostraron un desdén similar. «¿Qué resistencia francesa?», se mofó Speer. Falkenhausen no se mostró más elogioso sobre los belgas. La implicación, no siempre tácita, es que dada la alta cantidad de víctimas que se cobraban las represalias, gran parte de la actividad de la resistencia no sólo fue un desperdicio de recursos sino también demasiado costosa en vidas humanas. Es un punto de vista del que a veces se hacen eco, de forma bastante comprensible, los supervivientes de las represalias alemanas, y, en lo que tiene bastante más de toma de partido *a priori*, los políticos anticomunistas en Italia y otros lugares.[71]

Parece claro que, con la excepción del Frente Oriental, donde la amplia actividad partisana sí que preocupó realmente a los alemanes, hubo pocos

lugares o momentos en la ocupación de Europa en los que los alemanes se vieran en graves problemas durante mucho tiempo. Aun si aceptamos que las huelgas y los retrasos deliberados en el lugar de trabajo afectaron a la productividad y que el sabotaje ferroviario les causó problemas cuando se aproximaba el fin de la guerra, la respuesta brutal de la Wehrmacht demostró que no fue hasta entonces cuando se preocuparon realmente de tener que afianzar su retaguardia al mismo tiempo que se protegían de la invasión. E incluso entonces, en la mayoría de los casos, su respuesta draconiana resultó suficiente para aplastar la oposición o volverla en contra de los colaboradores en lugar de contra ellos mismos. Hubo muchos casos en los que la resistencia abandonó sus planes de asesinar a figuras alemanas por miedo a las consecuencias, y la estrategia comunista de insurrección armada a toda costa resultó ser demasiado impopular para mantenerla fuera de los Balcanes.[72]

No obstante, no basta con reducir la resistencia a una cuestión de contabilidad militar. Para la mayoría de aquellos que se implicaron en ella fue una cuestión de orgullo, y una demostración de que el imperio de la fuerza no había logrado aplastar el espíritu de la libertad. Implicaba una enorme valentía, y para quienes se comprometieron con ella desde el comienzo, una negativa a aceptar las «realidades» de 1940, cuando la dominación alemana del continente parecía irrefutable. A la larga, cientos de miles se involucraron en la oposición activa, y muchos pagaron un alto precio por ello. Tal vez fueran fusilados 30 000 en ejecuciones en masa solamente en Francia; 20 000 hombres de la Francia Libre fueron asesinados y 60 000 fueron deportados. Decenas de miles murieron en Italia y Grecia a consecuencia de la guerra antipartisana, cientos de miles en los territorios ocupados del Este. El tipo de compromiso que esto exigía sólo podía mantenerse por ideales éticos y políticos. En otras palabras, deberíamos ver más allá de la cuestión de cómo afectó la oposición a los alemanes al desenlace de la guerra, y preguntarnos qué es lo que ésta previó para la paz. Ésta fue una dimensión fundamental de la resistencia y una que dejó rastros duraderos en el curso de los acontecimientos.

El carácter político de la resistencia fue evidente para todos los involucrados en ella. Para los gobiernos en el exilio, preocupados por la posición que tendrían en la posguerra, el hecho de contar con un historial de resistencia nacional al dominio nazi, por muy breve que éste fuera, tenía un valor incalculable. Éste le permitió a Dinamarca ser reconocida como miembro de las Naciones Unidas e hizo que Francia fuera tratada como una gran potencia, reduciendo a Vichy a la categoría de un lamentable interludio;

Las represalias alemanas en el Protectorado después del asesinato de Heydrich reforzaron la a menudo precaria posición del Gobierno de Beneš, y la sublevación nacional eslovaca erradicó el recuerdo de la colaboración de Tiso.

Internamente, la resistencia usó la violencia con fines políticos. Empujando al ocupante a ejercer la represión, socavó el atractivo que tenía la colaboración para el ciudadano medio y la deslegitimó, haciendo que gobiernos como el de Vichy parecieran, cada vez más, títeres de los alemanes. La gente podía reprochar a la resistencia los trastornos y el sufrimiento que acarreaba, pero invariablemente odiaba más a los alemanes por sus represalias, y más aún a los colaboradores. Y mientras que algunos no deseaban nada más que expulsar a los ocupantes, otros tenían objetivos concretos en mente para lo que debía venir a continuación de ello. Los partisanos soviéticos abogaban por la rebolchevización de los territorios que la URSS había perdido: por consiguiente, dedicaron gran parte de su energía a reconstruir la organización del Partido y fomentar el bolchevismo. El Ejército Nacional polaco representó la determinación de los nacionalistas polacos de defender su sociedad del ataque que representaba la ocupación alemana, y de defender hasta donde fuera posible lo obtenido en 1919. El Consejo Danés de la Libertad constituyó una acusación implícita a todo el sistema político que había colaborado con tan pocas complicaciones con los alemanes hasta 1943.

Algunos ni siquiera esperaron a que la guerra terminara. Los partisanos que fundaron efímeras «repúblicas partisanas» en el norte de Italia, o la «Grecia Libre» del EAM/ELAS en las montañas, pretendieron crear estructuras políticas autónomas alternativas en medio de la guerra. Fueron experimentos de democracia, con parlamentos, elecciones y servicios de asistencia social y educativos. Vigilaban las áreas que tenían bajo su control, interceptaban a infiltrados enemigos y administraban justicia contra ladrones y estraperlistas, actividades que no tenían ningún fin militar obvio pero que eran esenciales para afirmar el poder y las ambiciones políticas de los propios partisanos. «¡Lave su ropa!», «¡Córtese el pelo!», «¡Si no hay piojos, no habrá tifus!», fueron algunos de los lemas que aparecieron en los alrededores de Foca durante el dominio de los partisanos yugoslavos en la primavera de 1941. («¡Larga vida al comunismo!» estaba escrito junto a ellos en esperanto.) Los movimientos de resistencia encabezados por los comunistas querían romper con el pasado y convertir la movilización de la época de guerra en la fuerza que sustituyera los fracasados regímenes «burgueses» de antes de la guerra por regímenes comunistas después de la guerra. Era, por consiguiente,

natural, que construyeran protoestados en los territorios que tenían bajo su control.

Después de la Liberación, por consiguiente, una de las cuestiones más urgentes fue reconciliar estas versiones del estado con otras ideas que estaban recuperando los políticos que volvían del exilio en el extranjero durante la guerra. Para estos últimos, el problema se reducía a cómo controlar la resistencia, o, para ser más exactos, los diversos grupos de resistencia que habían surgido en el vacío de poder. Esto se vio por primera vez en la propia URSS, dónde las unidades partisanas fueron disueltas rápidamente y se trajo al NKVD para despejar de resistentes polacos y ucranianos las áreas de la retaguardia del Ejército Rojo, que estaba avanzando rápidamente. Para cuando las tropas soviéticas llegaron a Polonia central su tarea fue mucho más difícil, y aunque más de 50 000 miembros del Ejército Nacional polaco fueron arrestados por el NKVD y muchos fueron deportados al Gulag, la resistencia anticomunista al dominio comunista continuó en algunas partes de Polonia incluso después de la amnistía oficial de 1947. En Cracovia, que había sido la capital de Hans Frank, los partidarios del Partido Campesino superaban en número a los comunistas y criticaban abiertamente a estos últimos. La gente veía al Gobierno de Varsovia como «un agente de una potencia extranjera» y opinaba que «hemos sobrevivido a cinco años de ocupación alemana y también sobreviviremos a estos pocos meses hasta la independencia».[73]

Yugoslavia fue el único país de Europa en el que un movimiento partisano tomó el control: los partisanos de Tito, ayudados por el Ejército Rojo, se apoderaron del país y ajustaron cuentas con quienes habían sido colaboradores durante la guerra, así como con los chetniks de Mihailovic. Se produjo un ajuste de cuentas con un derramamiento de sangre parecido en Grecia, aunque allí se invirtió el desenlace. El izquierdista EAM/ELAS había surgido en la Liberación como la fuerza dominante en el país, pero Churchill pensaba que los británicos tenían un interés estratégico en Grecia, lo que no sucedía en Yugoslavia, y cuando estallaron los combates en el invierno de 1944 entre el EAM/ELAS y el Gobierno de unidad de Georgios Papandreu que había regresado, Churchill dio el apoyo británico a este último. Tropas británicas y aviones de la RAF atacaron las posiciones del ELAS en la capital y finalmente los obligaron a retirarse. Para entonces, al menos 1000 soldados británicos y muchos más griegos habían sido asesinados, entre ellos miles de rehenes ejecutados por los comunistas. Finalmente se trajo de vuelta al rey de Grecia, y se formó un nuevo gobierno con el apoyo de numerosos colaboradores de la policía y las Fuerzas Armadas.

Para el resto de Europa, y sobre todo para los políticos que regresaban a sus países tratando de restablecer su autoridad, Grecia supuso una advertencia de lo que podía salir terriblemente mal. La causa inmediata de la descomposición que se había producido en ese país fue el hecho de que los partidos políticos fueran incapaces de acordar entre ellos las condiciones en las que los combatientes de la resistencia serían integrados en las nuevas Fuerzas Armadas. En Francia De Gaulle había maniobrado muy rápidamente para evitar esto e inmediatamente incorporó los grupos a las unidades de la Francia Libre, al considerar que ésta era la mejor forma de ponerlos bajo el control del estado. Se adoptó una política similar en los Países Bajos, donde el Binnenlandse Strijdkrachten (NBS) acabó atrayendo a no menos de 120 000 voluntarios a sus filas. En Dinamarca el SHAEF trabajó duro en la primavera de 1945 para reconciliar a los políticos y la resistencia, que contaba con casi 50 000 hombres armados en la clandestinidad. Sólo el Gobierno belga cometió un enorme error en el desarme de la resistencia al empeñarse en que todas las armas fueran entregadas a la policía en un plazo de unas cuantas semanas después de la liberación. Se lanzaron horribles amenazas de castigo si no se obedecía el decreto, y cuando la policía abrió fuego sobre los manifestantes que marchaban hacia el parlamento, casi se produjo una guerra civil. Churchill afirmó que se había evitado una sublevación comunista por poco. Pero esto era pura fantasía, y afortunadamente para los belgas la resistencia acabó desarmándose por sí sola. La resistencia belga estaba mucho más dividida que el EAM/ELAS y nunca había planeado tomar el poder. Al contrario, como en otros países, y quizá incluso como en la propia Grecia, la mayoría de los miembros de la resistencia belga básicamente pensaban que su trabajo ya estaba hecho una vez que los alemanes se marcharon.

El otro país en el que los acontecimientos que habían tenido lugar en Grecia dejaron una profunda impresión fue Italia. Aquí, muchos de los que formaban parte de la resistencia querían asegurarse de que la ruptura con el fascismo fuera permanente: *éste* era el verdadero legado que esperaban dejar para la paz. Las sublevaciones que se habían producido en una ciudad tras otra en el norte en abril de 1945, a menudo con enormes pérdidas de vidas, se llevaron a cabo tanto para garantizar esto como para expulsar a los alemanes. Los partisanos eran muy conscientes de que, aunque el Duce no regresaría (su cadáver, junto al de otros catorce fascistas, había sido expuesto en Milán), muchos miembros del antiguo régimen se habían aprovechado de la confusión de 1943-1945 para conservar su poder. No obstante, los acontecimientos de Grecia dejaron enormemente impresionado a Togliatti, el líder del Partido

Comunista italiano. Éstos reforzaron la opinión que se había formado desde que volviera a Italia desde Moscú en 1943 sobre lo importante que era cooperar pacíficamente con otros partidos. Aun así, los Aliados temían la fuerza de los comunistas y estaban resueltos a impedir que éstos tomaran el poder allí. A consecuencia de ello, los antiguos partisanos de la izquierda italiana padecieron una versión de lo que sus colegas griegos habían soportado a finales de la década de 1940, con menos motivo incluso: persecución, represión judicial, y contemplar con amargura cómo numerosos funcionarios que en el pasado habían servido fielmente a Mussolini trasladaban ahora su lealtad a la nueva democracia. El nuevo estado podía proclamar que estaba construido sobre los valores de la resistencia: pero no era ésa la sensación que tenían muchos que realmente habían luchado en ella.

Controlar a quienes habían luchado en la resistencia era una cosa; controlar el recuerdo y el significado de la resistencia era otra, y no menos importante. La violencia ciega del año final de la guerra había confirmado dos cosas en la memoria de Europa. Una era la imagen de las naciones unidas en la resistencia a la opresión alemana, y la otra era la identificación de la ocupación alemana con la brutalidad extrema contra los civiles. La mayoría de la gente se unió a la resistencia en las últimas fases de la guerra, y fue en esta etapa en la que los alemanes, tanto los de las SS como los de la Wehrmacht, habían perpetrado muchas de las horripilantes matanzas de civiles en zonas que habían sido designadas como «zonas de combate» o con el fin de afianzar áreas de la retaguardia a medida que se estrechaba el cerco en torno a las fuerzas alemanas. Oradour, Marzabotto, Kalavryta y Distomo habían tenido lugar en los momentos en los que la Wehrmacht ya no daba más de sí, y en los que se autorizó a los jóvenes oficiales superiores a compensar la escasez de efectivos con la acción draconiana. La impresión de barbarie sin sentido se veía agravada por los recuerdos de las redadas de última hora para reclutar mano de obra, las medidas de emergencia y los tipos de política de tierra quemada que convirtieron el norte de Noruega en un erial y dejaron a Varsovia en ruinas.

Pero estos recuerdos eran aún más parciales que lo que normalmente son los recuerdos. Como hemos visto, generalmente no hubo mucha unidad dentro de la resistencia, y por su propia naturaleza tendió a la fragmentación, al anarquismo y a las disputas. Se basaba en la solidaridad, pero a menudo la idea de unidad nacional fue menos importante para consolidarla, sobre todo en Europa occidental, que la afiliación a un partido, la ideología o la clase de orgullo local que hubo detrás de la insurrección de Nápoles. En efecto, el

localismo y el regionalismo fueron características distintivas de la resistencia, aunque, por razones obvias, los gobiernos nacionales de la posguerra no hicieron hincapié en ellas en sus actos de devoción conmemorativa. Algunas localidades pasaron a representar el sufrimiento nacional y se convirtieron, de hecho, en emplazamientos de martirio nacional, mientras que otras se olvidaron pronto. Los políticos y los comentaristas impusieron sus significados sobre lo que había sucedido, y a menudo no se habló demasiado, salvo a través del silencio, sobre las muy diversas reacciones locales con las que a menudo se habían recibido los actos de la resistencia y las represalias que éstos habían acarreado. Los complejos sentimientos que habían dejado tras ellos esperaron a la llegada de una generación posterior y más distanciada, para la cual Europa era un hecho consumado y los estados-nación que la constituían habían vuelto a demostrar su valía a lo largo de varias décadas. Pero en el período posterior a la ocupación alemana, lo único que podían hacer estas complejidades era socavar el frágil sentimiento de solidaridad nacional que los gobiernos de la posguerra tanto se esforzaron por desarrollar, y lo que surgió, en lugar de ello, fue una imagen de la guerra en la que la única respuesta de los pueblos de Europa a la ocupación había sido la oposición.

16

«Hitler Kaputt!»

Una victoria de nuestros enemigos llevará indudablemente al bolchevismo en Europa. Todo el mundo debe entender, y entenderá, lo que esta bolchevización significaría para Alemania. No se trata de un cambio en el estado, como en el pasado. En la vida del pueblo han tenido lugar cambios en el estado en innumerables ocasiones; estos cambios vienen y van. Pero esto tiene que ver con la existencia de la propia esencia. Las esencias o se conservan o se eliminan. La conservación es nuestro objetivo. La eliminación podría destruir una raza así, posiblemente para siempre.

HITLER antes de la ofensiva de las Ardenas,
28 de diciembre de 1944[1]

Bagration, 1944

Tres años después del día en que la Wehrmacht penetró rápidamente en la URSS, el Ejército Rojo lanzó la Operación Bagration, que no sólo fue la ofensiva soviética más eficaz de la guerra, sino que quizá fue el ataque militar individual más aplastante y devastador de la historia. El hecho de que hoy en día no se recuerde demasiado en Europa no refleja en absoluto la importancia estratégica que tuvo. Gracias a exhaustivos planes preliminares de engaño, dos millones y medio de soldados soviéticos cogieron totalmente desprevenida a la Wehrmacht y destrozaron la fuerza alemana, mucho más pequeña (su tamaño era menor de la mitad del de las fuerzas rusas), que estaba defendiendo la sección central del frente bielorruso. Conmocionados por la descarga de artillería más intensa que habían padecido jamás, los soldados cayeron presa del pánico y huyeron, y al cabo de unos pocos días muchos quedaron rodeados en las mismas ciudades, Vitebsk, Bobruisk y Minsk, en las que el Ejército Rojo había quedado atrapado tres años antes. La

política de «prohibida la retirada» de Hitler contribuyó a la confusión, y los refuerzos tardaban en cubrir los huecos. Las bajas alemanas se dispararon de 48 363 en mayo a 169 881 en julio y a 277 465 en agosto: finalmente ascendieron a una cantidad muy superior al millón de muertos y heridos, una cifra superior incluso a la del número de muertos en Verdún en 1916. Los soviéticos dejaron a un lado sus intentos de reconstruir sus líneas, y en tan sólo unas pocas semanas destacamentos de tanques rusos recorrieron más de 480 kilómetros, llegando hasta el Golfo de Riga y el borde de Varsovia. En Moscú, Stalin ordenó que se llevara a cabo una marcha triunfal al estilo romano, y se hizo desfilar a 57 600 prisioneros de guerra alemanes a través de las calles. Concebida para restar presión a los Aliados mientras éstos abrían el Segundo Frente, Bagration eclipsó los desembarcos de Normandía (había cincuenta divisiones alemanas en Bielorrusia y nueve en Normandía), e incluso hizo que el efecto que tuvo Stalingrado pareciera pequeño. Bagration, la gran ofensiva olvidada de la guerra, demostró que los rusos habían dominado los principios del *Blitzkrieg* y dejó a Stalin, para gran alivio suyo, en condiciones de dictar el orden de la posguerra en Europa oriental.[2]

En Prusia Oriental, la provincia más expuesta del Reich, aparecieron los primeros síntomas de pánico. En las celebraciones del 400 aniversario de la Universidad de Königsberg en julio, el régimen inundó de alabanzas a su «baluarte prusiano contra la influencia asiática». No obstante, a pesar de que el Partido insistía en que todo estaba bajo control, los refugiados estaban haciendo las maletas para dirigirse al oeste en trenes atestados de gente y los jefes del Partido discutían furiosamente sobre si les debían permitir marcharse. El *Gauleiter* Erich Koch envió a miles de jubilados y a las Juventudes Hitlerianas a la frontera para que construyeran un «muro oriental» defensivo. Pero ¿quién lo defendería? La Wehrmacht ya había perdido más hombres en tres meses que en todo 1942. Los supervivientes alemanes de los combates que se estaban retirando estaban exhaustos, rendidos y desorientados por la velocidad del avance soviético; sus unidades se habían desintegrado y se habían visto obligados a marchar a lo largo de kilómetros en medio del calor del verano sin apenas suministros. «Ya no eran soldados, sino jirones humanos que se movían», según un espectador polaco, «exhaustos, aterrorizados, inertes, en un estado de evidente deterioro físico y moral. Sudorosos, escuálidos y cubiertos de barro… llevaban largas barbas y tenían el rostro abatido y los ojos hundidos». Para los polacos, la imagen fue «divina»; para los alemanes fue espeluznante.[3]

Como las fuerzas estadounidenses y británicas habían logrado asegurar la cabeza de puente de Normandía frente a una dura resistencia, en el verano de 1944 Alemania ya se enfrentaba a una penosa guerra terrestre en varios frentes. Consciente de la cantidad de tropas que había perdido en el sur de Ucrania porque no se les había permitido retirarse a tiempo, la Wehrmacht quería retirarse sistemáticamente a nuevas líneas. Sin embargo, Hitler insistió furiosamente en la defensa a toda costa y clamó contra el derrotismo de sus propios generales. El Mando Supremo de la Wehrmacht se había convertido en el feudo personal de Hitler, en lugar de ser una guía profesional para la estrategia de guerra, y los comandantes de mayor rango del Reich no eran hombres que pudieran lograr que el Führer respondiera con realismo a la nueva situación, y menos aún después de la conspiración con bomba de julio. Para los propios alemanes, la continuación de la guerra fue un desastre absoluto, y entraron en la fase más violenta del conflicto. Antes de julio de 1944, la guerra les había costado unos 2,8 millones de muertos, lo que ya excedía con mucho sus bajas en la anterior guerra mundial. Pero estas cifras quedaron empequeñecidas por la cifra de los que cayeron muertos en los nueve meses y medio siguientes, que ascendió a 4,8 millones.[4]

La purga vengativa que Hitler llevó a cabo en el ejército después de su intento de asesinato y del fallido golpe militar no ayudó a detener el ímpetu de los Aliados. El Ejército Rojo continuó Bagration con otra ofensiva, penetrando esta vez en el norte de Ucrania, y en agosto el Grupo de Ejércitos Norte de Ucrania de la Wehrmacht también había sido aplastado, y el rey rumano había cambiado de bando tan repentinamente que el barón Manfred von Killinger, el antiguo hombre de las SA que era ministro alemán allí, se suicidó para evitar caer en manos soviéticas. Para el Reich, la pérdida de los yacimientos de petróleo rumanos fue devastadora y aumentó la importancia de sus últimas reservas de petróleo accesibles en Hungría, aunque éstas fueran minúsculas. En el oeste, Florencia y París fueron liberadas; Amberes cayó el 3 de septiembre, Atenas y Belgrado el mes siguiente. Para cuando los frentes se estabilizaron y los alemanes pudieron consolidar su posición temporalmente, ya habían perdido gran parte de su imperio. La línea desde Riga y Varsovia en el norte hasta Budapest y Belgrado en el sur marcó el nuevo límite del territorio que estaba bajo su control en el Este.

No obstante, a pesar de tenerlo todo en contra, la Wehrmacht no se había rendido, desde luego. Seguía siendo una fuerza importante, su tamaño era el doble del que había tenido en 1939, y más de dos millones de hombres estaban situados para defender el Reich entre Noruega e Italia. La Wehrmacht

logró bloquear el avance aliado a través de los Apeninos y mantuvo al Ejército Rojo fuera de la mayor parte de Prusia Oriental a lo largo de 1944. El golpe que derrocó a Horthy y que instauró el régimen de la Cruz Flechada de Szálasi desembocó en feroces combates entre tanques en las llanuras húngaras, que detuvieron el avance ruso allí. Al mismo tiempo, cientos de miles de civiles fueron presionados para excavar trincheras antitanque y para construir nuevas fortificaciones defensivas en un inmenso arco que rodeó el Reich.

Dentro de Alemania, el Partido desempeñó un papel cada vez más activo en la defensa nacional, sobre todo reclutando las nuevas milicias del *Volkssturm*; a los miembros de este desesperado «Ejército de Papá» se les proporcionó una instrucción mínima, brazaletes negros y un rifle antes de apremiarlos para que se incorporaran al servicio. Goebbels se convirtió en el plenipotenciario de la campaña de guerra total, y su propaganda exigió unos niveles de compromiso cada vez más intensos. «Sabemos que una idea se mantiene viva aun cuando todos sus portadores hayan caído», dijo en la primera ceremonia de toma de juramento del *Volkssturm*. «El enemigo que no tiene más que lo que puede desplegar acabará capitulando frente a la fuerza concentrada de un pueblo que lucha fanáticamente.» Pero el régimen no sólo se basó en la propaganda. La disensión interior fue suprimida mediante tribunales especiales, unidades de ejecución de las SS y asesinatos sumarios. Los partidarios más implacables de la disciplina férrea, como Himmler y el general Ferdinand Schörner, el «Sangriento», saltaron ahora al primer plano. Se dictaron más de 30 000 condenas a muerte en los último meses, y muchos más alemanes fueron fusilados o ahorcados en el acto.

Schörner, cuyos hombres fueron quienes más resistieron, fue el último comandante en jefe del ejército alemán que nombró Hitler y acabaría enfrentándose a un juicio en la Alemania Oriental de la posguerra por sus castigos draconianos a los desertores. Pero la voluntad de resistir de los alemanes también estaba motivada por el miedo a otro tipo de castigo. El Reich tenía la sangre de millones de personas en sus manos, de judíos, de oponentes políticos, de víctimas de las llamadas «acciones de desagravio» (*Sühnemassnahmen*) y de las «acciones de venganza» (*Vergeltungsmassnahmen*), y el régimen siempre había subrayado que el enemigo planeaba hacer lo mismo a los alemanes si se rendían. Las órdenes de Hitler para el mariscal Kesselring a comienzos de 1944 instaban a sus hombres a combatir «con un espíritu de odio santo contra un enemigo que está llevando a cabo una despiadada guerra de exterminio contra el pueblo

alemán». A finales de ese año, divulgó noticias sobre las atrocidades del Ejército Rojo para que esto se entendiera bien y para endurecer la voluntad de luchar dentro de la propia Alemania.[5]

A consecuencia de ello, aunque la Wehrmacht había invadido rápidamente gran parte de Europa oriental anteriormente en la guerra, una vez que se detuvo el ímpetu de Bagration, al Ejército Rojo le costó meses hacer que ésta retrocediera. Polonia, por ejemplo, que había sido derrotada en unas pocas semanas en octubre de 1939, padeció nueve meses de combates entre 1944 y 1945. En marzo de 1944, Hitler instó por primera vez a las tropas a que convirtieran las ciudades controladas por los alemanes en el Este en fortalezas que detuvieran el avance del enemigo. La rendición no era una opción. Cuando las tropas estadounidenses cruzaron al Reich en septiembre de 1944, insistió en que «cada búnker, cada edificio de viviendas de las ciudades alemanas y cada pueblo alemán deben convertirse en una fortificación donde, o bien el enemigo muera desangrado, o bien las fuerzas ocupantes entierren a un hombre sobre otro en sus ruinas». Y a pesar del desvío de tropas a las Ardenas y a los yacimientos petrolíferos húngaros, la conquista de las ciudades alemanas fue prolongada y sangrienta. Königsberg resistió durante setenta y siete días, tras haber quedado aislada dos veces, lo que retrasó el avance hacia Berlín. Breslau siguió luchando desde el momento en el que quedó rodeada, el 13 de febrero, hasta la rendición final del 6 de mayo, después de la muerte de Hitler. Al final quedó poco de las antiguas capitales de Prusia Oriental y Silesia: los feroces bombardeos soviéticos y los incendios las dejaron en ruinas, junto con los restos de decenas de miles de civiles que habían quedado atrapados en ellas. En Budapest, que también había sido declarada «ciudad fortaleza» por Hitler, murieron más de 40 000 soldados alemanes y húngaros, junto con otros 38 000 civiles y 80 000 soldados soviéticos y rumanos. En Berlín, aunque el verdadero asedio había terminado en dos semanas, el número de muertos fue incluso mayor.[6]

Finalmente, en marzo de 1945, frente al avance inexorable de los Aliados, la política de tierra quemada que Hitler había ordenado para los territorios ocupados también se autorizó para el Reich. El ejército alemán había usado este medio para retrasar el avance del enemigo en la primera guerra mundial; retirándose a la Línea Hindenburg, habían creado una «tierra muerta, de 10, 12, 15 kilómetros de ancho, que se extiende todo a lo largo de nuestras nuevas posiciones y ofrece un espectral muro de vacío para todo enemigo que pretenda llegar hasta ellas».[7] El Ejército Rojo usó tácticas similares con gran eficacia en 1941, y la Wehrmacht también lo hizo al retirarse, primero en la

Rusia europea, y después dejando inhabitables franjas del norte de Finlandia y de Noruega: quemaron numerosos puentes, minaron las carreteras y dejaron las ciudades en ruinas. Pero el desenlace que cada vez resultaba más obvio hizo que esta política pareciera no tener sentido. Los funcionarios alemanes en los Países Bajos y Dinamarca simplemente ignoraron sus órdenes. Y cuando el Führer dictó el llamado «Decreto Nerón» para arrasar aquellas partes del Reich que se vieran amenazadas por el enemigo, el ministro de Armamentos, Albert Speer, se enfrentó a él y señaló las dificultades prácticas que existían para saber cuándo se habría de llevar esto a cabo. Hitler no retiró el decreto, pero afortunadamente para los alemanes a menudo se ignoró en la práctica.[8]

La huida de Hans Frank

Hitler no era el único que consideraba que el suicidio, junto a caer en combate, era la única salida honrosa para la derrota que se avecinaba. «Muchos están aceptando la idea de matarse», informó el SD en uno de sus últimos análisis de la moral alemana. «La demanda de veneno, de una pistola o de algún otro método para acabar con la vida de uno, es elevada en todas partes. El suicidio por pura desesperación ante la certeza de la catástrofe que se aproxima está a la orden del día.» El Reichskommissar de Noruega, Josef Terboven, después de no parar de beber hasta llegar al Hotel Adlon en Berlín, contando «chistes macabros sobre el final inminente», volvió a Oslo y se voló a sí mismo en su búnker de Skaugum; a su lado, su jefe de policía de las SS ya se había pegado un tiro. («Ése parece ser el patrón de conducta clásico de los Antiguos Combatientes», observó Speer posteriormente. «Darse a la bebida por un sentimiento de que se había traicionado a la Idea, y después explosivos».) Fritz Bracht, el *Gauleiter* de Silesia, se envenenó a sí mismo y a su esposa; Odilo Globocnik, el arquitecto de la Operación Reinhard, se suicidó después de esconderse en los Alpes austríacos; y Konrad Henlein se cortó las venas en cautividad. De hecho, hubo decenas de miles de suicidios, la mayoría en los territorios del Este, y al final de la guerra, la gente de Berlín llevaba consigo a todas partes cápsulas de cianuro de potasio u hojas de afeitar previendo, con pánico, la llegada del Ejército Rojo.[9]

Hitler había decidido, según el general Alfred Jodl, jefe del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas, «luchar hasta la muerte» ya en 1942; ahora decidió llevarse al resto del país consigo, pues la alternativa, como advirtió, era que «se asesine a los hombres y los niños, se humille a las mujeres y a las

niñas como prostitutas, y se haga marchar al resto a Siberia». «La guerra decidirá si el pueblo alemán seguirá existiendo o perecerá», había predicho. Como identificaba la salvación de la nación con la continuación del nacionalsocialismo, esto quizá no fuera, desde su punto de vista, tan extraño como parece hoy. Sin embargo, este deseo de luchar hasta el fin por el miedo a la alternativa fue, en palabras de Michael Geyer, la expresión de «un nacionalismo catastrófico que condujo al desastre en la vida real para evitar la catástrofe mítica».**[10]**

El resultado fue que, en las provincias del Este, quizá medio millón de personas murieron a finales de 1944 y a comienzos de 1945 gracias a las órdenes que frenaron las evacuaciones y que convirtieron a los civiles, tanto si lo deseaban como si no, en defensores desesperados del Reich. No obstante, millones más simplemente ignoraron al régimen y huyeron, y más de dos millones fueron trasladados a través del Báltico por la armada. En los meses finales de la guerra se produjo el equivalente alemán del *exode* francés de 1940, una desesperada huida en masa lejos de los ejércitos invasores hacia el centro de la patria, y entre los que huyeron estuvieron muchos de los mismos jefes del Partido que estaban ordenando a gritos a los compatriotas alemanes que se quedaran donde estaban. Esta atmósfera de «sálvese quien pueda» puso de manifiesto el lado sórdido de las pretensiones imperiales del régimen y finalmente desenmascaró la codicia y el egoísmo de aquellos a quienes se había otorgado poderes para hacerlas realidad. Heinrich Lohse, el comisario político del Reich en el Ostland, abandonó Riga a su suerte, y Karl Hanke, el antiguo *Gauleiter* de la Baja Silesia, cuyo reinado brutal había hecho que se ganara el apodo del «Verdugo de Breslau», escapó en avión de la ciudad en llamas y se encontraba en Praga disfrazado de soldado de las Waffen-SS el día que ésta se rindió. (Hitler lo había nombrado nuevo Reichsführer-SS en su testamento final, pero Hanke, prudentemente, no había dejado que eso le impidiera esconderse.) El *Gauleiter* Erich Koch abandonó Königsberg por la seguridad del puerto de Pillau ya en enero, pasó la mayoría de los meses intermedios en Berlín y finalmente huyó a Prusia Oriental, la provincia que había administrado desde 1928, en un rompehielos requisado en abril, dejando a miles de iracundos refugiados junto al desembarcadero para que se enfrentaran a la venganza de los rusos.

No obstante, nadie ejemplificó mejor la ignominiosa retirada del Nuevo Orden que el nazi que gobernaba Polonia, Hans Frank. Era Frank el que había prometido convertir al Gobierno General en una colonia ejemplar para el Reich y quien durante más de cuatro años, rodeado por su esposa, sus

parientes y su séquito, había presidido con lujosa pompa un programa de exterminio racial, represión cultural y germanización. Mientras la población judía de Cracovia caía de 68 000 personas a 500, y *razzias* brutales enviaban a miles de polacos a los campos o al Reich, Frank había patrocinado a artistas, arquitectos, escritores y cantantes, había recibido a dignatarios y había asistido a conciertos semanales de lieder y ópera. Había fiestas en el castillo de Wawel, donde «incluso los taquimecanógrafos llevaban una vida propia de *Las mil y una noches*»; la corte de Frank había sido «un oasis en el que nadie repara en la guerra». Pero el 17 de enero de 1945, mientras el Ejército Rojo avanzaba sobre la ciudad, el propio Frank bajó la esvástica del mástil del castillo, reunió a su personal, y huyó.[11]

Era una luminosa tarde de invierno cuando regresaron en un convoy de camiones y turismos Mercedes, quedándose a menos de mitad de camino de Berlín, instalándose temporalmente en el castillo del conde Manfred von Richthofen en Seichau, en Silesia. Éste era el cuartel general de evacuación designado por el Gobierno General, y pasaron varios días quemando documentos oficiales y revisando cajas de embalaje: Frank había estado almacenando allí tesoros artísticos, comida y alcohol desde agosto. El propio Frank visitó a uno de sus novelistas favoritos, el anciano ganador del premio Nobel Gerhart Hauptmann, que vivía cerca de allí, mientras dos camiones cargados de objetos valiosos eran enviados a su esposa para ponerlos a salvo. El 23 de enero, después de una desenfrenada fiesta de despedida en el castillo, se unió a ellos, desviándose solamente para visitar a su amante antes de acabar en su casa solariega de Baviera. Cuando se estableció el último cuartel general del Gobierno General en un lugar cercano, una cafetería que se hallaba en la pequeña ciudad vacacional de Neuhaus am Schliersee, su personal se componía solamente de cinco personas. El paisaje de los Alpes era espectacular y pacífico, allí la guerra debía de parecer muy lejana, y aunque no era comparable a la sofisticación urbana de Cracovia, había cosas que de vez en cuando recordaban lo que se había dejado atrás. El Café-Pension Bergfrieden era un sencillo chalet de madera con un jardín con rocas y plantas alpestres y una terraza que dominaba las montañas. Los pocos visitantes que tenía Frank apenas podían creer lo que veían cuando echaban un vistazo a las paredes y veían las obras que había colgado «para ponerlas a salvo»: *La dama del armiño* de Leonardo, un autorretrato de Rembrandt y una crucifixión de Rubens, por no mencionar las obras de Durero, Guardi y Cranach.[12]

De vuelta en el castillo de Seichau, los funcionarios locales del Partido, escandalizados, enumeraron con exactitud todo lo que se había dejado atrás: una habitación llena de cuadros, cuatro cajas de libros, catorce máquinas de escribir, «innumerables» archivadores vacíos, documentos confidenciales, tres juegos de cubiertos, artículos de tocador personales, veinte alfombras de coche, plata, lino, una tumbona e incluso una libreta de ahorros. Un Mercedes de ocho cilindros de lujo simplemente había sido abandonado en el patio del castillo, para el uso de las Fuerzas Armadas, como había gritado el ayudante de Frank mientras se alejaban en coche. «Las habitaciones se hallaban en el más absoluto desorden», informó una criada. «Por todas partes había botellas de vino y aguardiente, colillas, pan y salchichas. En la gran cocina encontramos latas de carne abiertas, cuyos contenidos ya se habían estropeado, cajas de mantequilla abiertas y huevos.» Para los lugareños, este despilfarro confirmaba sus peores estereotipos de los jefes del Partido. «En el pueblo se hablaba mucho de estos temas», lo que no era de extrañar, ya que los integrantes del séquito de Frank aún estaban borrachos cuando se marcharon, chocando con una verja, y dejando tras de sí, en el barro, grandes cajas de comestibles racionados y centenares de puros.

Pero pronto se olvidó al líder huido del Gobierno General. La Alta Silesia se hallaba en la línea del avance ruso, y una gran cantidad de nuevos y menos distinguidos refugiados llegaron a la casa de los antepasados del conde Von Richthofen. Una banda salvaje de «voluntarios del Este», sin que hubiera a la vista ningún oficial alemán, se sirvieron el alcohol que estaba tirado por allí y entraron por la fuerza en la bodega cerrada con llave que contenía las posesiones de Frank. Sólo se dejaron unas pocas cajas de comida enlatada para los refugiados alemanes que llegaron después de ellos. No cabe duda de que el hundimiento de un imperio nunca es un espectáculo agradable. Y al fin y al cabo, la confusión que Frank dejó tras él en Seichau fue sólo un microcosmos de la destrucción infinitamente mayor que había sembrado en Polonia y en sus habitantes.[13]

Asombrosamente, no era ésa la percepción que tenían él ni su esposa. La antigua «Reina de Polonia», cubierta de pieles, cuyo amante, Lasch, había sido asesinado por la Gestapo y que en una ocasión había disfrutado «yendo de compras» en el gueto, recibió con los brazos abiertos la llegada de los estadounidenses, se mostró deseosa de llevar una «vida normal» y se sentía segura de no haber hecho nada malo. El propio Frank, autocompasivo, iluso y teatral hasta el final, bebía orgullosamente a sorbos su café cada mañana en el Café Bergfrieden con sus ayudantes, alardeando, mientras leía las noticias

sobre el suicidio de Hitler en los periódicos suizos que le gustaba leer detenidamente, de que él era el último de sus ministros que disfrutaba de su café matutino en libertad. Cuando fue finalmente arrestado (el teniente Walter Stein del VII Ejército estadounidense llegó en coche para llevárselo el 4 de mayo), se levantó de la mesa, asegurándose de llevarse los cuarenta y dos volúmenes de sus diarios consigo. Mientras los colocaba junto a él en su camino hacia la cautividad, estaba seguro de que ellos confirmarían su inocencia. En lugar de ello, serían una fuente documental fundamental para su proceso en Nuremberg, como lo han sido desde entonces para los historiadores del genocidio nazi.

El último «*Führer*»

A pesar de la política de rendición incondicional de los Aliados, la transición de Alemania desde el nazismo fue cualquier cosa menos clara. En el testamento político de Hitler, dictado en el búnker de Berlín el 29 abril mientras su séquito celebraba su matrimonio con Eva Braun con champán y bocadillos, nombró al gran almirante Dónitz presidente del Reich y comandante supremo de las Fuerzas Armadas. También hizo primer ministro a Goebbels y jefe del Partido Nazi a Bormann. En un gesto que garantizaba una ruptura con el antiguo sistema de poder, expulsó del Partido Nazi tanto a Himmler como a Göring por traición. La tarde del día siguiente, él y Eva Braun se suicidaron, y sus cadáveres fueron quemados en el jardín del búnker. **[14]**

Gracias a un intrépido piloto, las noticias de que Hitler había ordenado la destitución de Himmler le llegaron a Dönitz el mismo día del 29 de abril. Al día siguiente, éste se enteró de la aún más asombrosa noticia de que el Führer le había nombrado Reichspräsident y le había encomendado que continuara la guerra. (Hitler no le había designado Führer, ya que no había deseado que ningún otro reclamara ese título.) No obstante, en su cuartel general de la base naval de Plön, en el que sólo contaba con un pequeño destacamento de hombres pertenecientes a las tripulaciones de submarinos para que lo protegieran, Dönitz no se hallaba precisamente en una posición fuerte o indiscutible. Himmler estaba comúnmente considerado como el sucesor natural de Hitler (ni su destitución ni la muerte de Hitler se hicieron del dominio público inmediatamente), y visitaba a Dönitz diariamente, escoltado por un intimidatorio grupo de veteranos de las SS avezados en el combate. Con Albert Speer, Himmler habló de cómo, a pesar de los deseos de Hitler, él

y Göring gobernarían Alemania entre los dos. «Europa no podrá arreglárselas sin mí en el futuro», le dijo con confianza a Speer. Cuando Speer se marchaba, vio cómo el mariscal de campo Keitel llegaba y juraba lealtad a Himmler como lo había hecho en el pasado con el Führer.[15]

Por consiguiente, la misma tarde en la que se enteró de su nombramiento, Dönitz le pidió a Himmler que lo visitara, se encaró con él y le explicó las instrucciones de Hitler, mientras hombres de las SS en vehículos blindados para el transporte de tropas y los marineros del almirante se preparaban para luchar entre ellos fuera, en las calles. Según la dramática aunque escasamente fidedigna descripción de esta reunión que hace Dönitz en sus memorias, Himmler, aunque enfadado, se echó atrás sin decir una palabra cuando Dönitz le dijo que no había ninguna posibilidad de que se le nombrara para algún cargo en su nuevo Gobierno. De hecho, probablemente no se produjo ningún enfrentamiento, ya que los dos hombres siguieron cooperando y se dio carpetazo a la cuestión de qué función desempeñaría Himmler exactamente. Su red de información y de policía habría sido indispensable para el nuevo Gobierno, y habría sido difícil que éste continuara la guerra, como inicialmente pretendía hacer, sin la ayuda de las SS. El propio Himmler parece haber estado seguro que llegaría un momento en el que, como llevaba mucho tiempo tramando, podría dirigir un gobierno alemán junto a los británicos y los estadounidenses para continuar la lucha contra Stalin.[16]

Por consiguiente, el nacionalsocialismo perduró después del suicidio de Hitler. Más incluso que el reducto de los Alpes, que se había imaginado durante tanto tiempo (y que nunca se materializó), Plön y Flensburg (el puerto situado junto a la frontera danesa, donde Dönitz trasladó su cuartel general el 3 de mayo), atrajeron como un imán a los nazis de alto rango. Entre los ministros de Hitler que se dirigieron al norte estuvieron Ribbentrop, Alfred Rosenberg y Herbert Backe. Con la excepción de Himmler y Ribbentrop, se reunían regularmente en la pequeña ciudad de Eutin, en Holstein oriental; al parecer, la mayoría de ellos habían esperado que Himmler se convirtiera en el sucesor de Hitler y se sorprendieron tanto como él al enterarse de la noticia del nombramiento de Dönitz. El hombre que anteriormente había gobernado Ucrania, Erich Koch, se presentó allí e intentó requisar un submarino que lo llevara a América Latina; Lohse, que había gobernado el Báltico, quería lo mismo. (Dönitz se lo negó a ambos.) Entre los funcionarios de las SS que aparecieron allí estuvieron el antiguo comandante de Auschwitz, Rudolf Höss, y Hans Prützmann, que se suponía que estaba organizando la resistencia desesperada contra los Aliados. Pero junto a los hombres duros de las SS

estuvieron también los antiguos miembros de la intelectualidad de las SS, como el jefe del servicio de información exterior de Himmler, Walter Schellenberg, y el economista (y antiguo comandante de *Einsatzgruppe*) Otto Ohlendorf, que participaron en el grueso de las conversaciones sobre qué se habría de hacer a continuación. Ohlendorf, en concreto, que siguió siendo «el Galahad del nacionalsocialismo» hasta el final, aún seguía confiando en rescatar la reputación del SD y lograr que éste participara en la reconstrucción de la Alemania de la posguerra «siguiendo líneas nacionalsocialistas».[17]

La idea de Ohlendorf de que un nacionalsocialismo reformado podría ser capaz de desempeñar un papel destacado en Alemania después de Hitler indica lo difícil que resultaba imaginar un futuro sin el nazismo. No había nadie que creyera con más fervor en el nacionalsocialismo que Ohlendorf, pero la percepción del propio Dönitz tampoco era muy distinta. «Nosotros mismos podemos abolir muchos de los adornos del nacionalsocialismo», escribió. «El enemigo puede abolir otros; pero el mejor aspecto del nacionalsocialismo, la comunidad de nuestro pueblo, debe conservarse en todas las circunstancias.» Su propia concepción de una ruptura con el pasado reflejaba esta perspectiva. Desde el 2 de mayo Dönitz remodeló su gabinete ministerial. Destituyó a Alfred Rosenberg, que a estas alturas ya era redundante (al fin y al cabo, ya no quedaba ningún territorio ocupado del Este que gobernar), y al que, borracho, no se dejó entrar en el edificio gubernamental, se torció el tobillo y acabó en el hospital. Desconociendo las muertes de Goebbels y Bormann, Dönitz ordenó también que se destituyera a éstos, así como al ministro de Justicia, Thierack, que en la práctica había entregado los tribunales a las SS en 1942. Pero mantuvo a Herbert Backe, el arquitecto del «plan del hambre» en los territorios ocupados del Este, como ministro de Agricultura, y a Franz Seldte, fundador de la formación paramilitar derechista Stalhelm, como nuevo ministro de Trabajo. A Ohlendorf se le dio la cartera de Economía. Wilhelm Stuckart, el genio burocrático que había estado detrás de la expansión de Alemania, finalmente pasó a ser ministro del Interior. Dos tecnócratas dignos de confianza siguieron ostentando cargos: Julius Dorpmüller, que llevaba tanto tiempo ejerciendo como ministro de Transportes, y el conservador Schwerin von Krosigk, siempre adaptable, que había sido ministro de Finanzas desde 1932 y que ahora pasó a ser ministro de Exteriores.[18]

Himmler todavía era una fuerza que había que tener en cuenta y, el 3 de mayo, el Reichsführer-SS trasladó su séquito a Flensburg para estar más cerca del nuevo Gobierno. A mitad de camino se vieron atrapados en un ataque

aéreo, y la mayoría de sus oficiales del Estado Mayor y de sus secretarias abandonaron sus vehículos y se lanzaron al suelo para protegerse de él mientras los aviones atacaban, dejando solo a Himmler al volante de su Mercedes exigiendo disciplina a gritos. Junto a él estaba Werner Best, el plenipotenciario del Reich para Dinamarca que acababa de llegar de Copenhague. Himmler le dijo que «Hitler no había sido él mismo» en los últimos días (una referencia a su destitución) y explicó lo difícil que había sido avanzar en sus tanteos para un posible acuerdo de paz con los Aliados estando rodeado de enemigos. Le aseguró a Best que dos horas de conversación con Eisenhower bastarían para convencerle de que uniera sus fuerzas a las de Alemania contra Rusia. No obstante, Best vio a un Himmler nervioso, abatido, que apenas creía ya en las frases que llevaba tanto tiempo repitiendo.[19]

Al principio, Dönitz, igual que Himmler, se aferró a la esperanza de que podrían dividir a los tres grandes que se habían aliado durante la guerra y de que se podrían rendir solamente a los británicos y los estadounidenses, continuando su lucha contra los rusos. El 4 de mayo, después de algunas mentiras, organizó la rendición de las fuerzas alemanas del noroeste de Alemania, Dinamarca y los Países Bajos al mariscal de campo Montgomery. Pero la velocidad de los acontecimientos y la firmeza de Montgomery hicieron que Dönitz cambiara de opinión. En una reunión del gabinete ministerial que tuvo lugar ese mismo día, invalidó la postura de Himmler, que seguía queriendo usar Escandinavia y los Países Bajos como baza en las negociaciones. Tres días después, siguiendo órdenes de Dönitz, el jefe del Estado Mayor del OKW, Alfred Jödl, se rindió incondicionalmente a los Aliados en Rheims, y el mariscal de campo Keitel repitió la ceremonia al día siguiente en el cuartel general del Ejército Rojo en Berlín, poniendo fin oficialmente a la guerra en Europa.[20]

El hecho de que Dönitz se pasara al bando de la rendición supuso que ya no hubiera lugar para Himmler en su administración. El 5 de mayo los dos hombres negociaron una forma verbal poco precisa que no implicara ningún cargo concreto en el nuevo Gobierno; al día siguiente, Dönitz le dijo a Himmler personalmente que iba a cortar sus vínculos con él y le ordenó que no visitara la oficina central del gobierno en el futuro. A Himmler ya no le quedaban fuerzas para luchar. Después de pasar unos días en una granja situada en las afueras de Flensburg con un grupo de ayudantes leales, emprendió su camino hacia el sur, disfrazado como el «ex sargento Heinrich Hitzinger» supuestamente vinculado a la Policía Secreta de Campaña. (El

verdadero Hitzinger había sido ejecutado como desertor.) Pero Himmler no había caído en la cuenta de que esta organización también estaba en la lista de arresto automático de los Aliados, y él y sus compañeros fueron detenidos en un control. En un campo situado al sur de Lüneberg, el antiguo Reichführer-SS reconoció tranquilamente su identidad al capitán británico que estaba al mando, pero se suicidó tragándose una cápsula de cianuro antes de que pudieran impedírselo.[21]

En cuanto a Dönitz, ¿qué clase de gobierno representaban realmente él y su personal de 350 hombres? Entre los Aliados, nadie quería otorgarle un reconocimiento pleno, sobre todo porque ni siquiera en las más altas instancias tenían la certeza absoluta de que Hitler y otros nazis de alto rango estuvieran realmente muertos. Los reaccionarios de Flensburg eran un bochorno, igual que los soldados y marineros que se arremolinaban en torno al exterior de la Escuela de Marina y de Señales, la sede del «gobierno», cantando la *Canción de Horst Wessel* o «Wir Fahren gegen Engeland». A éstos les molestó que les hubieran ordenado que dejaran de hacer el saludo hitleriano, y Dönitz armó un escándalo cuando ordenó librarse de las condecoraciones y las insignias militares. Se negó a ordenar la disolución oficial del NSDAP y sólo arrió la vieja bandera que había en el exterior de su oficina central cuando le ordenaron hacerlo.[22] Churchill y los oficiales del ejército británico destacados en el lugar pensaban que mantener viva temporalmente una administración alemana central que operase bajo órdenes aliadas tenía sus ventajas. «Hay dos millones de soldados alemanes y una cantidad de civiles que ha aumentado mucho, por si fuera poco», observaron. «Es muy posible que para disciplinar, alimentar y administrar a las tropas alemanas sea necesario seguir provisionalmente con la cadena de mando alemana y permitirle requisar comestibles a la población.»[23] Pero muy pronto se hizo evidente que el hecho de que el Gobierno de Dönitz siguiera existiendo estaba poniendo nerviosos a los rusos. Y no sólo a los rusos; se produjo un alboroto después de que los oficiales británicos locales permitieran a los funcionarios del Gobierno de Dönitz realizar emisiones de radio en las que ordenaban a los alemanes que les obedecieran, y la BBC llevó a cabo una entrevista con Von Krosigk en que éste se refirió al almirante como el nuevo Führer. A los asesores políticos aliados les gustaban cada vez menos los instintos autoritarios de este sedicente «Gobierno en funciones del Reich». Cuando se ordenó el arresto de Dönitz, los rusos se sintieron aliviados, y también casi todos los demás. Sólo Churchill murmuró con enojo

que parecía «un paso notable para asegurarnos de no tener nadie con quien tratar en Alemania».[24]

El 23 de mayo, el almirante y los otros miembros de su «gobierno» fueron arrestados por hombres de la 11.ª División Acorazada. Fueron obligados a desnudarse y registrados, y se les hizo ponerse en fila humillantemente en un patio con ametralladoras apuntándoles, y fueron fotografiados por más de sesenta reporteros que habían sido invitados por el SHAEF para la ocasión. Maletas en mano, posteriormente se les hizo desaparecer como por arte de magia con destino a Luxemburgo, donde les recibió un comité de bienvenida formado por soldados armados hasta los dientes e iracundos lugareños que los abuchearon. En la elegancia desvaída del Hotel Palace, de cuatro pisos, situado en la residencial ciudad balneario de Mondorf-les-Bains, en la frontera con Francia, los reunieron con los otros miembros principales del régimen que habían caído en manos aliadas. El hotel, construido en la década de 1920, había sido en el pasado un retiro elegante para aquellos que tomaban las aguas. Ahora, sin embargo, su terreno rigurosamente vigilado estaba rodeado por una alambrada de más de cuatro metros y medio de altura, tapado con lonas y redes de camuflaje, con torres de vigilancia en cada esquina. Los soldados estadounidenses que estaban a cargo de él lo conocían como el Recinto Continental Central de Prisioneros de Guerra número 32, o más coloquialmente como el «cubo de la basura».

Un interrogador militar estadounidense, John Dolibois, ha dejado un vívido documento sobre su llegada al lugar:

> Subí las escaleras, localicé la habitación 30 y entré… Era una habitación de hotel normal, con un papel de empapelar bastante chillón. Una mesa y dos sillas, y un catre militar plegable eran los muebles que había. Empecé a deshacer mi talego cuando oí que llamaban a la puerta. Pensando que podría ser el capitán Sensenig o uno de los oficiales de guardia, abrí la puerta y me llevé la sorpresa de mi vida. Ante mí estaba de pie un hombre corpulento, de aproximadamente 1,58 m de altura, vestido con un muy elegante uniforme color gris perla, con galones de oro en el cuello, e insignias de oro de rango en los hombros. Hizo un ruido seco chocando los talones entre sí, inclinó la cabeza una vez, y dijo: «¡Göring, Reichsmarschall!». Como oficial del servivio de información ofrecí una impresión lamentable. Me quedé con la boca abierta. Rápidamente, puse mis ideas en orden y le pedí al hombre que entrara. Él fue al grano inmediatamente. En el brazo sostenía un par de pantalones de uniforme que me entregó. Entonces explicó que era un par que había «pasado por alto» cuando el día anterior le habían dicho que sólo podría tener un traje y un par de pantalones adicional. «Como estoy decidido a ser un prisionero ejemplar», explicó, «pensé que debía traerle este artículo sobrante». Creí detectar una pizca de sarcasmo.[25]

Casi todos ellos estaban allí. Seyss-Inquart había llegado primero, junto con Frick y Keitel. A Hans Frank, que había intentado suicidarse, lo llevaron con su pijama de seda puesto. El propio Göring, al que le temblaban mucho

las manos por su adicción a la paracodeína, había traído tanto equipaje consigo que se necesitó una tarde entera para registrarlo. A Franz Ritter von Epp, que tenía casi ochenta años, se le detuvo en calidad de gobernador de Baviera, lo cual había sido durante mucho tiempo: éste era el final de una carrera que le había llevado de la rebelión de los Bóxers en China y las masacres en el África Surocccidental Alemana, a través de la primera guerra mundial y la política derechista de Weimar, antes de convertirse en el principal activista colonial del Tercer Reich. Pronto el hotel contuvo prácticamente a todos los ministros supervivientes del Reich: Ribbentrop, Dönitz, Rosenberg, Funk, Robert Ley, Von Krosigk, Darré, así como al almirante Horthy; la flor y nata, que en su mayoría eran antiguos embajadores, fueron alojados en un chalet aparte conocido como el «Anexo von». Los presos, a los que se obligaba a ver películas de los campos, también se daban conferencias entre ellos: Von Krosigk sobre Shakespeare; Robert Ley sobre la economía de la recuperación de Alemania en la posguerra, uno de los ayudantes de Keitel sobre la cría de peces. A la hora de comer sólo les permitían usar cucharas para impedir los intentos de suicidio.

Gradualmente fueron dividiéndose en camarillas, y sus verdaderos caracteres volvieron a salir a la superficie. Los hombres del ejército se mantuvieron al margen de los otros; igual que los Antiguos Combatientes nazis, y los burócratas como Stuckart, Lammers y Von Krosigk. Frick resultó ser uno de esos hombres que dicen amén a todo, tranquilo, con una suave forma de hablar, oficioso. Keitel pasó la mayor parte del tiempo bronceándose. Von Ribbentrop se mostró nervioso, distante, herido por haber sido excluido del último testamento de Hitler, e incapaz de mantener ordenada su habitación. Göring, a pesar de que resultó que tenía miedo a las tormentas, era en muchos sentidos la figura más destacada: mostrándose despierto, ingenioso y sarcástico con sus captores, como un anecdotista al que le gustaba reírse de sí mismo, franco a la hora de admitir su responsabilidad sobre los campos. Él se consideraba a sí mismo como el líder de todos ellos, pero en realidad ellos le hacían el vacío y se sentaba solo casi siempre a la hora de comer. Dönitz, su rival, siguió mostrándose estoicamente tranquilo y arrogante. Ambos se quejaron a Eisenhower de que no se les estaba tratando como correspondía a unos jefes de Estado, pero se les ignoró, sin más. (De hecho, Dönitz seguía insistiendo, aún en 1953, cuando ya estaba en la cárcel como criminal de guerra, en que seguía siendo legalmente el jefe del Estado de Alemania.)[26]

El secreto de Mondorf acabó filtrándose y la prensa mundial empezó a congregarse allí. Para apaciguarla, se decidió organizar una sesión fotográfica excepcional. Se pidió a todos los presos del hotel que se reunieran en los escalones delanteros para una fotografía de grupo: el resultado se acabó publicando en la prensa estadounidense con este pie de foto: «Clase de 1945». El 10 de agosto los enviaron a Alemania para preparar los juicios que se celebrarían próximamente. Cuando cruzaron la frontera y pudieron ver las ruinas bombardeadas que había en torno a Tréveris, quedaron visiblemente conmocionados y uno de ellos rompió a llorar.

Para aquellos que los custodiaban, el viaje de regreso a Mondorf fue un recordatorio mucho más perturbador de aquello de lo que había sido responsable el nacionalsocialismo. Su convoy sólo había recorrido una corta distancia cuando pasó junto a un grupo de cinco camiones de carga de dos toneladas y media y un todoterreno averiado que se hallaba a un lado de la carretera. Al detenerse para prestar ayuda, inmediatamente les llegó un fortísimo hedor que provocó arcadas a algunos de los hombres. «¿Qué diablos están transportando?», preguntó Dolibois al capitán que estaba al mando. Sin decir una palabra, retiró la lona de uno de los camiones, descubriendo cadáveres apilados como si fueran leña, algunos de ellos desnudos, otros vestidos aún con uniformes de campo que se estaban pudriendo. Estaban siendo trasladados de una fosa común a otra.[27]

La breve ascensión y caída del último Führer de Alemania nunca había amenazado realmente con introducir una cuña entre los Tres Grandes, pero tampoco había hecho nada para mejorar sus relaciones. Desde el principio, los rusos se habían negado a tratar con Dönitz y limitaron sus interacciones al Estado Mayor alemán. Los británicos y los estadounidenses, por otro lado, habían vacilado y, en palabras de un funcionario británico, habían «fastidiado el asunto de Doenitz de forma bastante innecesaria». Ni habían satisfecho a Moscú ni habían creado una administración central alemana digna de confianza.

Sin embargo, ninguno de los bandos de los vencedores deseaba una ruptura en este momento. La lucha no había terminado, ni mucho menos, y todos recordaban el resurgimiento de Alemania después de la primera guerra mundial. El deseo de encontrar una solución viable para el problema alemán, y para el equilibrio de poder en Europa, en general, seguía uniéndolos. En la crucial conferencia que se celebró en Potsdam ese verano, este vivo deseo de

unidad seguía vigente. Stalin se reunió entonces con el presidente Truman (Roosevelt había muerto en abril) por primera vez, y Clement Attlee relevó a Churchill a la mitad del proceso. No obstante, a pesar de la salida de dos de los Tres Grandes de la época de guerra, sus sucesores crearon un Consejo de Ministros de Exteriores, con una secretaría permanente con sede en Londres, para preparar tratados de paz y ofrecer soluciones para las disputas territoriales en la Europa de la posguerra. Y algo que era aún más urgente e importante, también bosquejaron la base de un acuerdo sobre una estrategia extremadamente intervencionista para la ocupación de Alemania.

El plan original propuesto en 1944 por el secretario del Tesoro de Estados Unidos Hans Morgenthau requería que Alemania fuera dividida, despojada de su industria pesada y convertida en un «país fundamentalmente agrícola y pastoril». Era irónico, comentó en la cárcel Albert Speer algún tiempo después, que Morgenthau y Himmler quisieran prácticamente lo mismo. De hecho, las ideas de Morgenthau habían suscitado una gran polémica y en la primavera de 1945 ya habían sido muy modificadas. Según el Acuerdo de Potsdam, el país sería desmilitarizado, desnazificado (mediante purgas y juicios a criminales de guerra; propaganda y revocación de las leyes de la época nazi) y democratizado (sobre todo a través de la reforma educativa y la restitución de los partidos políticos). Los cárteles y los monopolios serían disueltos. En conformidad con acuerdos anteriores alcanzados en Yalta, se crearían cuatro zonas de ocupación tanto en Alemania como en Austria, y en sus respectivas capitales. Pero, desde luego, no se preveía la partición permanente; al contrario, el Acuerdo subrayaba la importancia de establecer la «uniformidad en el trato a la población alemana en toda Alemania» y hablaba de tratar al país «como una sola unidad económica». Se aceptó que la zona soviética pagara indemnizaciones, así como la idea de que el nivel de vida alemán debía mantenerse a unos niveles que no excedieran el promedio europeo. La economía del país sería rigurosamente controlada, y aún había ecos de un Plan Morgenthau suavizado en la recomendación de que se alejara al país de la industria pesada y la producción de armamentos y se le encaminara hacia la producción de artículos agrícolas y manufacturas ligeras. **[28]**

Pero lo más llamativo fueron los cambios fronterizos y los movimientos de población que el Acuerdo aprobó: éste no sólo revocaba todos los cambios en las fronteras y las anexiones que se habían llevado a cabo desde el *Anschluss*, sino que la frontera oriental de Alemania con Polonia sería desplazada un gran trecho hacia el oeste, reduciendo el tamaño del Reich de antes de la guerra casi en una cuarta parte. Al mismo tiempo, la conferencia

también aprobó la expulsión al oeste de millones de alemanes que vivían al este de las nuevas fronteras. La única condición era que estas expulsiones, o «traslados» como los llamaba el documento, debían tener lugar «de una manera ordenada y humanitaria». Como las autoridades polacas, checas y húngaras ya estaban expulsando a los alemanes de sus países, las potencias les pidieron que suspendieran estas expulsiones temporalmente para que se pudiera atender debidamente a estos refugiados y se les pudiera reasentar a su llegada a Alemania.

Nada cambió tanto el mapa a largo plazo de Europa oriental como la expulsión de los alemanes. Fue una respuesta tanto a las políticas nazis que pretendieron convertir a los alemanes étnicos en instrumentos del Reich, como a los traslados forzosos de población que habían llevado a cabo. La idea había sido impulsada por los soviéticos y los checos desde 1942, pero en 1945 ésta ya se había endurecido, convirtiéndose en la práctica en un acuerdo mucho más radical que tenía el fin de erradicar siglos de vida alemana al este de las nuevas fronteras del país. Pero esto no era sólo cosa de los diplomáticos, y la idea que las potencias pudieran modificarlas a voluntad no tiene muy en cuenta la verdadera fuerza motriz que había detrás de ellos: el inmenso odio popular hacia los alemanes que, cuando la guerra estaba tocando a su fin, existía en las regiones que habían ocupado. Para entender lo que estaba sucediendo, en otras palabras, no basta con escuchar las vistas de la conferencia y las declaraciones de los políticos. Tenemos que prestar atención a lo que estaba sucediendo en el terreno, especialmente en este caótico momento en el que el poder y la autoridad todavía estaban dispersados y fragmentados en gran parte de Europa.

La expulsión: el fin de la cuestión alemana

«¡Los rusos están en la zona!» «Sálvese quien pueda. ¡Los rusos llegarán aquí dentro de media hora!» El final de lo que había empezado con la ofensiva hacia el Este también llegó desde el Este. Cuando llegó, después de semanas de pánico, el final llegó de forma increíblemente rápida para una joven estudiante de medicina alemana. Como recordaba posteriormente:

> De repente cesaron los disparos, aparecieron los Panzer y por todas partes había soldados rusos con ropa para la nieve. La confusión era tan grande que al principio no se sabía si eran soldados alemanes o rusos, pero entonces vimos a soldados alemanes con las manos en alto… Los Panzer se movían a toda velocidad a través de las filas de carretas. Las carretas eran arrojadas a cunetas donde había entrañas de caballos, y donde hombres, mujeres y niños estaban luchando

> con la muerte. Había gente herida pidiendo ayuda a gritos… Entonces llegó un oficial a caballo. Llevaron a algunos soldados alemanes ante él. Él cogió su revólver; cerré los ojos, se oyeron disparos y después los pobres hombres yacieron ante nosotros con disparos en la cabeza, con una expresión de horror en sus rostros. Los cadáveres siguieron allí, nadie se atrevió a tocarlos.
>
> Siguieron apareciendo Panzer con soldados. Era el ejército ruso, del que nos habían dicho que estaba casi muerto de hambre y vestía harapos. Estos tipos fuertes y robustos, y esas fusileras que estaban llenas de salud estaban sentadas junto a los soldados, todas con nuevos uniformes y con botas de fieltro y gorros de piel. Nos quedamos de pie, al borde de la carretera, mirando cómo pasaban ante nosotros los Panzer y los soldados. La mayoría de ellos tenían caras primitivas, cabezas redondas y expresiones de alegría infinita. Nos saludaron con la mano y gritaron: «*Hitler kaputt!*».[29]

Los *Untermenschen* eslavos asustaron a los alemanes con algo más que sus «rostros primitivos» y el sonido de su extraño idioma. Las tropas de la primera línea bebieron y saquearon a su paso por las ciudades y los pueblos que atravesaron. Los relojes («Uri, Uri!») eran uno de sus artículos preferidos (una debilidad que compartían con los bielorrusos de la Brigada Kaminsky de las SS), y algunos soldados acabaron con los brazos cubiertos de ellos. Las botas eran aún más importantes: lo primero que hizo uno de los partisanos judíos que surgieron del bosque de Briansk en la liberación fue coger las botas de montar de cuero de un soldado alemán capturado. Pero la práctica de «coleccionar trofeos» de todo tipo era endémica entre unos hombres que se vieron a sí mismos abriéndose paso en el combate a través de un mundo en el que el enemigo parecía vivir con un grado de comodidad y lujo que ni siquiera habían soñado que existía. «Ahora estoy sentado en la finca de un alemán rico», escribió un joven soldado a sus padres. «Hay divanes, sofás, seda por todas partes, y el suelo brilla como un espejo.»[30]

Coñac, ovejas, almohadas de suaves plumas, puros, un nuevo mundo de artículos era suyo, listo para ser arrebatado de las manos de los fascistas y los capitalistas que habían convertido su país en un erial. Pero su reacción inmediata, más que de deseo, fue de odio. «Es obvio, a juzgar por todo lo que estamos viendo, que Hitler robó a toda Europa para complacer a sus alemanes manchados de sangre», escribió un soldado a su casa. «En el futuro cercano, estos artículos aparecerán en las tiendas rusas como nuestros trofeos.» También avivaron su rabia, a medida que avanzaban combatiendo hacia el oeste, las noticias de lo que se había encontrado en Lublin-Majdanek en julio de 1944, o las piras aún humeantes de los cadáveres a los que se había prendido fuego en Estonia: los detalles de estos horrores se extendieron por las filas del Ejército Rojo e intensificaron su deseo de venganza. «Nuestros soldados no han tratado peor a Prusia Oriental que los alemanes a Smolensk», escribió otro. «Odiamos profundamente a Alemania y a los alemanes… Pero

los alemanes merecen las atrocidades que ellos desataron. Sólo hay que pensar en Majdanek.»[31]

El deseo de venganza se manifestó sobre todo en las violaciones por las que pronto se hicieron tristemente célebres las tropas del Ejército Rojo. Es verdad que no se ha escrito demasiado sobre los soldados *alemanes* y sus violaciones en el Este durante su ocupación; probablemente fue un fenómeno más extendido de lo que generalmente se cree y, desde luego, apareció de forma destacada en la propaganda soviética de la época de guerra. Pero la ideología racial a menudo hizo que los tribunales militares castigaran con frecuencia los crímenes sexuales llevados a cabo por los soldados alemanes con severidad. En cualquier caso, el deseo de venganza fue sólo una causa de la orgía de violaciones, pillaje y saqueos en la que se embarcaron las tropas soviéticas. Empezó desde el momento en que las unidades soviéticas entraron en Rumanía en agosto de 1944 e incluso aliados como los partisanos de Tito, que liberaron Belgrado junto con los rusos, quedaron horrorizados. En Budapest, miles de mujeres fueron violadas; lo mismo sucedió en Polonia, lo que incluso obligó a los comunistas polacos a protestar. Pero fue peor cuando el Ejército Rojo entró en la propia Alemania. En Prusia Oriental y la Alta Silesia, las tropas escogieron a mujeres de las multitudes de refugiados y las violaron en filas junto al camino, rodeadas por «una estridente armada de hombres con los pantalones bajados». Los oficiales miraban y animaban a sus hombres a participar. Los cálculos aproximados del número de mujeres atacadas en lo que casi con toda seguridad fue el caso más grande de violación de masa de la historia varían enormemente: las cifras llegan a alcanzar casi los dos millones, sólo en cuanto a las mujeres alemanas.[32]

Tardíamente, después de haberles dicho que tenían que odiar, a las tropas rusas se les sermoneó ahora diciéndoles que no debían comportarse como «ladrones y maleantes». En enero de 1945, el mariscal Rokossovski dictó una orden en la que advertía que los violadores serían fusilados en el acto. Ésta tuvo escaso efecto, y algunos oficiales que protestaron fueron arrestados y posteriormente encarcelados por «propaganda humanista burguesa y solidaridad con el enemigo». Cuando al propio Stalin le preocupó que la conducta anárquica de sus hombres realmente estuviera haciendo que los alemanes se resistieran más ferozmente, sus críticas también fueron ignoradas. «Para mi asombro», escribió Grigori Pomerants, «¡ni a los oficiales ni a los comunistas les importó lo más mínimo la carta del propio Stalin! Para detener al ejército se necesitaría algo más que a Stalin».[33]

Para los ahora indefensos alemanes, las violaciones eran un espantoso recordatorio de que la formidable máquina de combate del Reich había sido aplastada. Poner a Himmler a cargo del Grupo de Ejércitos del Vístula, como había hecho Hitler en enero de 1945, el día después de que las tropas soviéticas hubieran dejado incomunicada a Pozna´n, no hizo más que empeorar las cosas, debido a la ignorancia del «Reichsheini» sobre el generalato; éste fue sustituido al cabo de unas semanas, pero el daño ya estaba hecho. El hundimiento del *Wilhelm Gustloff* a finales de enero puso de manifiesto los peligros que entrañaba la evacuación por mar. Después de salir de Gdynia con más de 10 000 refugiados y soldados heridos a bordo, éste fue torpedeado por un submarino soviético y se hundió en las heladas aguas del Báltico en uno de los episodios de la historia marítima en los que más vidas se perdieron. Cuando el ejército se retiró de Polonia, la esposa de un funcionario del estado observó que sus unidades antiguamente mecanizadas se estaban desplazando en carretas tiradas por caballos o se retiraban a pie. Era el Ejército Rojo, que se movía rápidamente gracias a sus camiones ZIS-5 y sus Studebakers de fabricación estadounidense, obtenidos gracias al programa de Préstamo y Arriendo, el que ahora representaba la movilidad y la modernidad. **[34]**

En cuanto llegó la liberación, los alemanes descubrieron que no sólo eran los rusos quienes estaban resueltos a cobrarse su venganza. Las medidas punitivas que habían impuesto a los *Untermenschen* de Europa oriental durante los años de ocupación se volvieron ahora en su contra. «Vamos a ocuparnos de la población alemana de estas zonas, que han sido polacas desde la noche de los tiempos, tal como los alemanes nos enseñaron a hacerlo», proclamó el nuevo gobernador polaco cuando tomó el control del condado de Katowice en febrero de 1945. En muchas ocasiones, hacer que los alemanes desenterraran los restos de las víctimas de su violencia era el primer paso, y esto recordaba lo que ellos mismos habían hecho cuando penetraron en Polonia y en la Unión Soviética. En Alemania occidental se obligó a los lugareños a desfilar ante los montones de cadáveres escuálidos de los campos liberados. En una ciudad de la Alta Silesia, a diferencia de ello, se obligó a los alemanes a desenterrar con sus propias manos una fosa común reciente, que contenía los restos de prisioneros de guerra lanzados desde vagones de tren en el invierno de 1944-1945, para que los cuerpos pudieran ser fotografiados y ser enterrados de nuevo como era debido. «A pesar del hecho de que se lavaron las manos con lisol y otros desinfectantes», recordaba uno, «los

“enterradores” no pudieron librarse del hedor de los cadáveres durante días». Por lo menos no fueron masacrados después, como les había sucedido a sus propias víctimas durante la invasión de la URSS cuatro años antes.[35]

En muchas partes de Polonia y Checoslovaquia se obligó a los alemanes a llevar brazaletes blancos con una gran letra negra N(*niemcy* = alemán), o simplemente les pintaban grandes esvásticas en la espalda. En algunos lugares no les estaba permitido usar las aceras, los trenes ni las tiendas salvo a determinadas horas; se les obligaba a prestar servicio de trabajo y no se les permitía hablar alemán en público. Las instituciones y las propiedades alemanas fueron rápidamente confiscadas por el estado. Terezin en Checoslovaquia, y Auschwitz, fueron sólo dos de los antiguos campos en los que los prisioneros alemanes se enfrentaron ahora a los terrores de un nuevo régimen.

Éstas no eran las únicas lecciones de que las víctimas habían aprendido de sus años de sufrimiento. Los funcionarios polacos también crearon lo que llamaron abiertamente guetos. «Durante la noche del 7 a 8 de agosto», recordaba un residente de un pueblo de la Alta Silesia, «se fijaron en todos los edificios del pueblo avisos que contenían las siguientes instrucciones: “Todos los alemanes deben ponerse en fila en el exterior de sus casas, inmediatamente. Veinticinco kilos de equipaje como máximo”». Poco después la milicia polaca llegó y obligó a la gente a entrar en el llamado gueto alemán, «pegándoles y azotándoles para que se dieran prisa». Tres calles fueron acordonadas y puestas bajo vigilancia, y rápidamente surgieron los habituales problemas del hacinamiento y el hambre. En otros lugares se estaba expulsando a los granjeros alemanes para dejar paso a los colonos polacos, y sus fincas eran confiscadas: si tenían suerte, se podrían quedar durante un tiempo como jornaleros, sirviendo o a los rusos o a los colonos polacos. Expulsados de Galitzia oriental por los rusos, muchos polacos estaban siendo trasladados por las autoridades comunistas a Polonia occidental. «Se presentaron ante los granjeros alemanes, dueños de pequeñas parcelas y de casas de campo, como los nuevos dueños, con las palabras: “Yo ahora granjero, tú Hitler, trabajar”.»[36]

Muchas de estas formas de persecución, que algunos de los propios funcionarios polacos criticaron como «métodos nazis», surgieron de forma espontánea y temporal y estuvieron acompañadas por la anarquía, el pillaje y la violencia. «El alemán ya no está sometido a la ley», se quejó un sacerdote alemán de Görlitz. «Su honor, su cuerpo, su vida y su propiedad están a la despiadada disposición de un vencedor insolente.» Pero todo esto fue un

prolegómeno a una solución mucho más radical y permanente para el «problema alemán»: la expulsión. A instancias del presidente Beneš, durante la guerra se habían aprobado planes en Washington, Londres y Moscú para que con el tiempo se acabara expulsando a las minorías alemanas en Checoslovaquia y Polonia. El Gobierno de Beneš había estado reforzando el odio que sentían los checos hacia los alemanes, que ya era feroz. «Cuando llegue el momento, nuestra nación adoptará de nuevo ese antiguo grito de guerra: ¡Cortadles! ¡Pegadles! ¡No salvéis a nadie! Todo el mundo tiene que encontrar un arma útil para pegar al alemán que tenga más cerca», gritó un oficial en la BBC a finales de 1944. El caso polaco era distinto, porque estuvo impulsado principalmente por los planes de Stalin para trasladar las fronteras del país al oeste, al interior del Reich. Los Aliados trataron la cuestión muy por encima en Yalta, pero esto sólo aumentó el incentivo para que los polacos y los checos crearan los hechos sobre el terreno. «Nosotros… lo llevaremos a cabo todo por nosotros mismos», declaró Beneš en 1945.[37]

En Polonia occidental las «deportaciones salvajes» empezaron a comienzos de 1945. Los acuerdos para un intercambio de población polaco-ucraniano entre Polonia y la URSS ya habían traído a varios cientos de miles de refugiados polacos desde Ucrania occidental, Lituania y Bielorrusia y se les estaba dirigiendo hacia las tierras alemanas que el Ejército Rojo estaba entregando gradualmente a las autoridades polacas. Sin embargo, una vez que el Tercer Reich se rindió oficialmente, muchos alemanes que habían huido empezaron a volver a sus casas, que tenían en esta misma región. Fue entonces cuando los polacos empezaron a expulsarlos sistemáticamente de nuevo para dejar sitio a los colonos polacos que llegaban y para «purificar la franja fronteriza del territorio de alemanes». La antigua concepción bismarckiana se estaba volviendo en contra de los alemanes. Los comunistas que dirigían el Partido de los Trabajadores Polacos decidieron llevar a cabo la expulsión a finales de mayo, y a finales de junio ya se había expulsado a más de un cuarto de un millón de personas.[38]

En las ciudades, sobre todo en aquellas que habían sido alemanas antes de 1939, el ajuste de cuentas llevó mucho más tiempo porque los soviéticos tenían un mayor control y un mayor interés en mantener allí a suficientes alemanes como para poder funcionar. En agosto de 1945, Breslau, por ejemplo, tenía 189 500 alemanes y sólo entre 16 000 y 17 000 habitantes polacos. El Ejército Rojo había entregado el poder a lugareños alemanes «antifascistas» cuyo antifascismo a menudo sólo era superficial: ese verano, por ejemplo, intentaron movilizar a «todos los judíos, los medio judíos, los

polacos y los ciudadanos de cualquier nacionalidad» para servicios de trabajo. Los polacos querían expulsar a *todos* los alemanes, pero, como sucede tan a menudo, las necesidades militares generan pragmatismo, y a corto plazo los soviéticos dijeron a los trabajadores de las fábricas y a los funcionarios del estado que se quedaran donde estaban. Hubo incluso enfrentamientos entre soldados soviéticos y polacos cuando los primeros defendieron y protegieron a los alemanes, «diciendo que eran sus amigos y que trabajaban para ellos». Pero en el invierno de 1945-1946, los polacos ya estaban restringiendo el acceso de los alemanes a los apartamentos y a la comida para obligarlos a marcharse. Gradualmente, la política polaca se hizo más clara. Por un lado, una ley relativamente imprecisa sobre la nacionalidad garantizó que muchos alemanes pudieran tener derecho a quedarse como polacos, una consideración importante para el Gobierno, al que le preocupaba la posibilidad de que sus territorios occidentales recientemente adquiridos quedaran despoblados. Pero al mismo tiempo empezaron las deportaciones propiamente dichas: en octubre, los trenes empezaron a circular regularmente hacia el oeste desde el comienzo de 1946, y a finales del año siguiente ya sólo quedaban unos miles de alemanes.**[39]**

En Praga la refriega entre checos y alemanes simplemente continuó hasta mayo, desde la ocupación hasta la Liberación. Allí, los últimos días de combate habían estado marcados por actos desesperados de violencia llevados a cabo por las SS: ésta había reunido a prisioneros en Terezin y los había fusilado, había hecho marchar a civiles como escudos humanos delante de sus tanques y había ejecutado a muchos combatientes capturados. En total se había asesinado a 3700 checos. Una vez que entraron las tropas soviéticas, las tornas se volvieron con saña: los alemanes capturados fueron reunidos y fusilados en estadios y hospitales y algunos fueron ahorcados o quemados vivos. Fuera de la capital, hubo una quiebra total de la ley y el orden, y la venganza que tantos alemanes habían temido durante meses no tardó en llegar. Las cárceles no sólo se llenaron de conocidos nazis, sino también de aquellos a los que se describía como casos «dudosos» o de personas sencillamente denunciadas como amigas de amigos de colaboradores. Algunos cónyuges de matrimonios mixtos fueron arrestados por el crimen de haberse casado con un alemán. Aún en agosto, el Gobierno todavía no tenía ninguna información clara sobre cuántos prisioneros estaban internados, ni sobre por qué o en qué condiciones lo habían sido. El campo de Hanke en

Ostrava adquirió una reputación especialmente negativa por las palizas, las violaciones, las torturas y las matanzas aleatorias de presos llevadas a cabo por los guardias, a las que invitaban a sus amigos para que fueran espectadores de ellas. Las mujeres checas acusadas de haber confraternizado con alemanes corrían el riesgo de que las sacaran a rastras, las desnudaran y les pegaran. Incluso al Ejército Rojo le escandalizó la manera en la que los checos humillaron a los alemanes: las matanzas violentas, el incendio de sus casas y sus granjas. Algunos alemanes llegaron a ver a los soldados soviéticos como sus únicos defensores; les rogaron que se quedaran e intentaron permanecer bajo su protección.[40]

En un principio, el régimen de Beneš no hizo nada para refrenar esta emanación de odio. Al contrario, el 12 de mayo, el presidente, que había regresado recientemente, dijo a los habitantes de Brno que «el pueblo alemán… se comportó como un monstruo… Debemos liquidar definitivamente el problema alemán». Mientras hablaba, 1000 presuntos colaboradores eran internados en la ciudad. Unos días después, unos manifestantes comenzaron a exigir medidas más radicales y a quejarse de que la propia comunidad alemana tenía la culpa de la falta de alojamiento o de comida. Finalmente la policía desahució a 20 000 alemanes de sus casas y los hizo marchar hacia la frontera austríaca; se decía que la columna se prolongaba a lo largo de kilómetros. Esta «salvaje deportación» cogió desprevenido al Gobierno, y el ministro del Interior intentó impedir que cruzaran la frontera y pidió que fueran internados, en lugar de ello. Pero en realidad, en medio del caos, dos terceras partes de ellos sí cruzaron a Austria antes de que los demás fueran alojados en una pequeña fábrica de ladrillos del pueblo situada en el lado checo de la frontera. Más de 1700 de ellos murieron en lo que recordaron como la «marcha de la muerte», la mayoría de ellos de hambre, enfermedades y abandono.

Eran los lugareños checos de Brno quienes habían sido principalmente responsables de esto, aunque sus propios líderes nacionales habían (tal como ellos lo veían) dado su aprobación. De hecho, cuando fue informado de la deportación, al gobierno nacional le preocupó la impresión que ello crearía en un momento en el que los Tres Grandes se estaban preparando para reunirse. Así pues, ¿podemos decir que la ira popular, a un nivel local, impulsó la política nacional? Desde luego, la expulsión no fue sólo un producto de los decretos de Stalin o Churchill; era exactamente lo que deseaban muchas personas que habían soportado años de humillación en manos de los alemanes. Pero ésta se vio facilitada por una situación política intensamente

volátil e incierta: gobiernos nacionales débiles, nuevos partidos políticos que competían por los votos, y grandes cantidades de hombres armados y enfurecidos disputándose el poder en las ciudades y los pueblos de las provincias avivaron la violencia. Algunos de estos llamados Guardias Revolucionarios, según comentó un observador, eran en realidad «ladrones y prostitutas», armados hasta los dientes, que recorrían las calles a la luz de día, «disparando sobre letreros escritos en alemán y robando todo lo que podían». [41]

Otro factor que tampoco debería pasarse por alto también contribuyó a la violencia: el miedo a que los alemanes sólo estuvieran derrotados temporalmente y se estuvieran preparando para lanzar su venganza. El recuerdo del poder alemán no se extinguió fácilmente, y muchos checos creían que «hombres lobo» nazis se estaban movilizando y preparándose para atacar. Recordando los sanguinarios combates que habían acompañado el período posterior a la derrota alemana en la última guerra, no podían imaginar que el fin de ésta fuera a traer la paz. De hecho, en 1944 los alemanes habían preparado una organización de este tipo, y el antiguo HSSPF del norte de Rusia, Hans-Adolf Prützmann, empezó a adiestrar a pequeñas unidades que habrían de quedarse atrás para realizar operaciones de sabotaje y guerrilla. El propio Goebbels logró exagerar la cuestión de los «hombres lobo» hasta el punto que los Aliados se tomaron la amenaza en serio. Pero aunque se enterraron alijos de explosivos para su uso en el futuro, la propia organización era minúscula y se hundió con el fin del Reich; Prützmann se suicidó y sólo unos pocos fanáticos permanecieron escondidos en los bosques de las montañas de Harz.

No obstante, aunque las tierras checas nunca se vieron amenazadas, la histeria de los «hombres lobo» sobrevivió allí precisamente porque a los checos les resultaba muy difícil, sobre todo en el oeste del país, imaginar un mundo en el que los alemanes ya no fueran preponderantes. En Usti nad Labem (Aussig) una pequeña ciudad industrial situada en el norte de Bohemia, había un depósito de armas en el que prisioneros de guerra alemanes rebuscaban entre munición que se había dejado atrás al final de la guerra. En la tarde del 30 de julio éste explotó, matando e hiriendo a vecinos del lugar, tanto checos como alemanes. Convencidos de que la explosión era obra de terroristas de la organización de los hombres lobo, checos armados con postes y palancas atacaron a los alemanes cruzando el puente central de la ciudad, identificándolos por sus brazaletes blancos, y los arrojaron al Elba, donde Guardias Revolucionarios les dispararon. Puede que varios cientos de alemanes fueran asesinados o ahogados. En Praga el Gobierno quedó

horrorizado por la noticia. Pero también llegó a la conclusión de que sólo había una forma de garantizar que «las calles no mandarán»: acelerar las deportaciones y «liquidar a los hombres lobo». Según recientes cálculos aproximados, entre 19 000 y 30 000 alemanes murieron durante la fase «salvaje» de las expulsiones en Checoslovaquia en total: 5000 se suicidaron, y se asesinó directamente a 6000; el resto murieron de inanición o por enfermedades. En agosto alrededor de tres cuartos de millón de personas habían sido expulsados del país.[42]

Después de Potsdam, esta fase «salvaje» de las expulsiones, como se la llamó, dio paso, como lo hizo en Polonia, a una política más sostenida y sistemática que, al menos en teoría, vinculó el ritmo de las deportaciones a la capacidad de las autoridades de Alemania para recibir a los nuevos refugiados. Fue, por consiguiente, desde finales de 1945 en adelante, mucho después de que hubieran cesado las repercusiones inmediatas de la liberación, y también, como convino, después de que se hubiera obtenido la cosecha, cuando la mayoría de los alemanes fueron realmente deportados de las tierras checas. El resultado fue que, a finales de la década de 1940, innumerables asentamientos Habsburgo y alemanes medievales ya habían dejado de existir. Individuos y, de hecho, comunidades con escasa o ninguna conexión con el nazismo, habían sido obligadas a marcharse por el simple hecho de ser alemanas. No se hizo prácticamente ningún esfuerzo para establecer el historial político de aquellos a quienes deportaron. A los antifascistas y a los socialdemócratas simplemente se los expulsó de sus casas igual que a los nazis. Incluso muchos judíos checos germanohablantes fueron obligados a marcharse, ya que los checos se mostraron deseosos de aprovechar la oportunidad para expulsar también a los supervivientes judíos. Algunas familias sólo evitaron la deportación ahorcándose o tomando veneno. En 1948, ya no quedaban más de 200 000 alemanes en la república checa.[43]

Para las Grandes Potencias, este «traslado» de los alemanes prometía poner fin a la cuestión alemana de Europa. Al fin y al cabo, los nazis habían explotado a las minorías alemanas en toda Europa oriental y las habían convertido en una quinta columna para su política exterior. La deportación era una forma de asegurarse de que esto jamás pudiera repetirse. «Nuestra dura experiencia durante cien años demuestra que estas *irredenta* europeas son una fuente constante de guerras», escribió el antiguo presidente de Estados Unidos Herbert Hoover en 1942. «Se ha de tener en cuenta incluso el remedio heroico del traslado de población. La penuria que implican los traslados es grande, pero es menor que el sufrimiento constante de las minorías y la constante

reaparición de la guerra.» Churchill se mostró de acuerdo. La «expulsión total de los alemanes… será la garantía más satisfactoria y duradera de estabilidad después de la guerra», declaró en diciembre de 1944. «No habrá ninguna mezcla de poblaciones que provoque problemas interminables… Se hará una limpieza total.»[44]

Pero también había otros motivos para las expulsiones. Para los polacos, en particular, las perspectivas económicas del país aumentaron enormemente gracias a lo que fue, en la práctica, el cambio de tierra agrícola pobre de Ucrania occidental por regiones más ricas en el oeste y especialmente el cinturón industrial de la Alta Silesia. Lo más probable era que el nivel de vida de Polonia, por consiguiente, aumentara, quedando cerca del de Alemania, algo muy a tener en cuenta para aquellos que creían que el antagonismo entre alemanes y polacos tenía orígenes fundamentalmente económicos. Ya en enero de 1945, se proclamó una reforma agrícola radical, que permitió que todas las granjas alemanas fueran expropiadas. Aunque el Ejército Rojo conservó algunas de éstas durante varios años para su propio uso, el resto quedó a disposición del estado polaco. Este distribuyó gran parte de la tierra entre colonos y pequeños agricultores, y en varias regiones fronterizas convirtió grandes fincas en granjas estatales (una de ellas fue la Varzin de Bismarck) aumentando de este modo el control de los recursos económicos del país por parte del estado.[45]

El reasentamiento de Polonia contrastó, por su rapidez, con el que los alemanes habían llevado a cabo durante la guerra. Himmler había asentado, con dificultad, quizá a medio millón de alemanes étnicos en los territorios polacos ocupados en los cinco años en los que dirigió el programa de reasentamiento nazi. En contraste con ello, los polacos asentaron a un millón y medio de colonos en territorio anteriormente alemán en sólo un par de años y acabaron trayendo a no menos de cuatro millones. Hay que reconocer que les ayudó el hecho de que no estuviera teniendo lugar ninguna guerra al mismo tiempo. No obstante, la disparidad apunta también a otro factor: la absoluta falta de realismo político de los nazis. Éstos habían ido a la guerra persiguiendo un ideal irrealizable, ya que las ambiciones de reasentamiento de Himmler superaban con mucho a la cantidad de alemanes de los que realmente disponía; incluso para aquellos que tenía en su poder, su engorrosa criba racial retrasó el paso de la expropiación a la entrega. Para los polacos, por otro lado, la colonización de los nuevos territorios occidentales simplemente supuso acelerar el desplazamiento a largo plazo de las poblaciones hacia el oeste, y hacer uso de las grandes cantidades de polacos

que se habían visto obligados a dejar sus casas del Este. No fue hasta algo más tarde cuando se hicieron evidentes las limitaciones del control comunista de la tierra, cuando los campesinos lucharon contra la colectivización de la tierra y los jefes del Partido convirtieron en bosques la tierra en barbecho.

Irónicamente, aunque los comunistas polacos tenían a más gente para asentar, gracias a los traslados forzados de Stalin desde Polonia oriental, en último término no fueron más capaces de dictar las decisiones de vida de los colonos que los nazis. En la Polonia y la Checoslovaquia de la posguerra, los colonos hicieron lo que ya habían estado haciendo durante el dominio de los alemanes: dejaron las remotas regiones fronterizas para dirigirse a las ciudades y abandonaron las granjas fronterizas. A comienzos de la década de 1950, ambos países se habían vuelto dependientes de los cereales rusos, y el Partido estaba fomentando la formación de tropas de choque compuestas por jóvenes para invertir la tendencia. Pero aunque el Partido estaba preocupado, también sabía que el hecho de que hubiera abogado por las expulsiones y el reasentamiento ya había cumplido su objetivo. Había ayudado al comunismo a llegar al poder y lo había identificado con la causa nacional.

Pues éste fue el último aspecto de las expulsiones: representaron el triunfo de la política de las nacionalidades en toda Europa oriental. Los alemanes fueron el mayor grupo étnico que fue objeto de desplazamientos, pero no fueron los únicos. Los acuerdos polacos con la URSS supusieron que a cambio de recibir a casi 2,1 millones de polacos, se pudiera deportar a 482 000 ucranianos entre 1945-1946. Al año siguiente, la mayoría de los ucranianos que quedaban en el sureste de Polonia fueran el objetivo de una operación militar de castigo llamada Akcja Wisla y obligados a trasladarse a Polonia occidental, con lo que se asestó un duro golpe a lo que quedaba de la resistencia ucraniana que todavía estaba combatiendo tanto a los polacos como a los soviéticos. Al mismo tiempo, hubo una oleada de disturbios populares antisemitas (solamente a finales de 1945 ya habían sido asesinados más de 350 judíos) que ponían de manifiesto el limitado alcance de la autoridad del nuevo Gobierno en muchas áreas y en los que se expulsó a muchos de los supervivientes judíos de Polonia. Al igual que los checos, los polacos también querían expulsar a los judíos. Los húngaros y los italianos fueron obligados a marcharse de Yugoslavia, y hubo un intercambio *de facto* entre húngaros y eslovacos. De este modo, a finales de la década de 1940 Stalin relevó a Hitler en el papel que Hitler había desempeñado al principio: el de árbitro de los problemas territoriales y relacionados con las minorías de

Europa central y oriental, mediando entre polacos y checos, y húngaros, eslovacos y rumanos.[46]

En 1950, las poblaciones minoritarias de Europa oriental ya habían quedado reducidas a una parte muy pequeña de lo que habían sido dos décadas antes, y ya sólo existían comunidades de alemanes étnicos en focos aislados. Alemania estaba dividida y ocupada y no tenía la capacidad de intervenir internacionalmente en su defensa, incluso si sus políticos hubieran deseado hacerlo. Bajo la férrea vigilancia de Washington y Moscú, los políticos de las dos mitades del país dividido establecieron alianzas con sus vecinos. Intentaron debilitar los movimientos de refugiados, que contaban con una importante financiación, e impedir cualquier repetición de la oleada revanchista de los años de Weimar. Estos movimientos encabezaron los llamamientos a un regreso al «Este alemán», y bajo su presión incluso Adenauer exigió públicamente un regreso a las fronteras del Reich de 1937. Traduciendo sus reivindicaciones al idioma del mundo libre, pedían que se reconocieran los «derechos humanos» de los expulsados, incluyendo el derecho de volver a sus hogares, y la «liberación». Al otro lado de la frontera, sus pueblos abandonados en Checoslovaquia occidental se desmoronaron, quedando reducidos a ruinas, y sus ciudades que en el pasado habían sido grandes, como Breslau, siguieron estando poco pobladas durante décadas. No obstante, la mayoría de los refugiados fueron integrados de forma asombrosamente rápida, ya que vieron allanados sus caminos por la prosperidad de la posguerra. Las mesitas de café de Alemania Oriental crujían bajo el peso de los nostálgicos álbumes fotográficos del Este perdido; pero mucho antes del Tratado de 1990 por el que las dos Alemanias finalmente reconocían las fronteras de la posguerra, la mayoría de la gente sabía que lo habían perdido para siempre.[47]

Tercera parte

Perspectivas

17

Nosotros los europeos

Alemania no estará ocupada por sus enemigos en el año 2000. La nación alemana será el líder intelectual de la humanidad civilizada. Nos estamos ganando ese derecho en esta guerra. Esta lucha mundial con nuestros enemigos sólo perdurará como un mal sueño en la memoria de la gente. Nuestros hijos erigirán monumentos a sus padres y a sus madres por el dolor que sufrieron, por la estoica firmeza con la que lo soportaron todo, por la valentía que demostraron, por el heroísmo con el que lucharon, por la lealtad que mostraron a su Führer y a sus ideales en tiempos difíciles. Nuestras esperanzas se cumplirán en su mundo y nuestros ideales se harán realidad.

JOSEPH GOEBBELS, «Das Jahr 2000»,
Das Reich, 25 de febrero de 1945[1]

El año 2000

Sin duda, fue uno de los artículos más extraños y reveladores que Goebbels publicó jamás. El 11 de febrero de 1945, los Tres Grandes hicieron pública la Declaración de Yalta sobre la Europa Liberada y reafirmaron su compromiso de devolver la democracia al continente. Prometieron restaurar la estabilidad en Europa y ayudar a erradicar «los últimos vestigios del nazismo y el fascismo», y se mostraron deseosos de ver la caída del Tercer Reich y del partido que lo gobernaba. «La Alemania nazi», predijeron con confianza, «está condenada a desaparecer». Quince días después, Goebbels lanzó una virulenta respuesta, un artíulo de futurología apocalíptica titulado «Das Jahr 2000» que apareció en su vehículo de propaganda favorito, el semanario de masas *Das Reich*.

«¿Qué aspecto tendrá el mundo en el año 2000?», se preguntaba el ministro de Propaganda del Reich. Algunas de sus respuestas no eran

demasiado interesantes: «los hijos de nuestros hijos tendrán hijos, y… los acontecimientos de esta guerra habrán quedado sumidos en el mundo de los mitos». Predijo con precisión que Europa se uniría, y, con una precisión sólo ligeramente inferior, que «se volará de Berlín a París para tomar el desayuno en quince minutos». Pero pensaba que era absurdo imaginar que, como daba a entender Yalta, los británicos y los estadounidenses seguirían en el futuro ocupando Alemania y formando a su pueblo en la democracia durante años. Su pronóstico era mucho más alarmante. Yalta era «un programa de ocupación que destruirá y exterminará al pueblo alemán». Churchill y Roosevelt habían caído en la trampa de Stalin y rápidamente se verían indefensos frente a sus planes para dominar el mundo.

No sólo eran los alemanes quienes sufrirían. Un «telón de acero» (Goebbels acuñó esta frase un año antes de que Churchill la popularizara) caería de un lado al otro de Europa, y, tras él, «naciones enteras serían masacradas» mientras «la prensa judía» del mundo se alegraba de ello. Carentes de líderes, los habitantes de Europa oriental se convertirían en «una estúpida masa en fermentación compuesta por millones de trabajadores animales totalmente proletarizados que, como si fueran robots, simplemente llevarían a cabo la voluntad del Kremlin. El aislacionismo se extendería por todo Estados Unidos, y este país retiraría sus tropas de Europa. Los británicos, cuya población descendía rápidamente, se verían superados y minados desde dentro por el bolchevismo. Se produciría una breve «supuesta tercera guerra mundial» que la URSS ganaría fácilmente, dejando Europa «a los pies de los robots mecanizados de las estepas». En menos de cinco años estarían listos para atravesar el Atlántico y atacar al propio Estados Unidos. «El Hemisferio Occidental, al cual, a pesar de las falsas acusaciones, nunca hemos amenazado, correría entonces el más grave peligro. Un día, en Estados Unidos maldecirán el día en el que un presidente estadounidense, al cual se olvidó hace mucho tiempo, emitió un comunicado en una conferencia en Yalta, que para entonces ya llevará mucho tiempo sumida en el mundo de las leyendas.» Se mofaba de la idea de que los británicos y los estadounidenses estuvieran haciendo planes para los próximos cincuenta años. «Que se sientan afortunados si sobreviven hasta 1950.»[2]

La intención de Goebbels estaba muy clara: como plenipotenciario para la campaña de guerra total, su trabajo era convencer a los alemanes para que siguieran luchando e ignoraran el llamamiento que Yalta les había hecho para que capitularan. Pero lo asombroso fue cómo formuló esto en términos en los que se pretendía hacerles entender que tenían «una misión europea». Nunca

antes se estableció de forma tan clara la conexión entre Europa y el nacionalsocialismo: sólo el Reich podría salvar ahora a Europa del bolchevismo, y sólo la fe en el nacionalsocialismo podría salvar a los alemanes y darles la fuerza necesaria para seguir luchando. «O la Gran Alemania es el líder [Führer] de Europa, o Europa dejará de existir», era como lo había expresado un anciano historiador, y ésta era exactamente la opinión de Goebbels.[3]

Si, y éste es un gran «sí», uno ignora el fuego eterno digno del Bosco que lo rodea, Goebbels acertó en muchas cosas, sobre todo en la cuestión del mundo dividido por la Guerra Fría, con una Europa indefensa mientras Estados Unidos y Rusia se disputaban la supremacía mundial. También acertó sobre el telón de acero, aunque él pensaba que las hordas del Kremlin lo apartarían pronto a un lado, y en 1945 muchos estadounidenses también habrían respaldado su valoración del aislacionismo estadounidense. Para él estaba claro que los británicos estaban acabados como potencia mundial, y el único misterio (como lo había sido desde el principio para los nazis) era por qué habían rechazado de forma tan obstinada la idea de ser socios del Tercer Reich, que podría haber salvado su imperio. Incluso sus miedos sobre el descenso de la población, aunque eran exagerados, han adquirido una nueva relevancia en un mundo en el que muchos países, incluyendo casi todos los europeos, padecen un descenso de la fertilidad (aunque resulta irónico, en vista de su miedo al bolchevismo, que uno de los casos más rápidos de descenso de la población se pueda encontrar hoy en Rusia).

No obstante, aunque Goebbels hacía hincapié en la misión europea del Reich y, de hecho, había estado repitiendo la cantinela de Europa desde Stalingrado, resultaba igual de sorprendente que no tuviera nada en absoluto que decir sobre qué aspecto tendría realmente Europa si los alemanes ganaban. Este silencio no era nuevo. Cuando había sacado el tema dos años antes, había hecho poco más que refutar las acusaciones que decían que el Reich veía a otros europeos como inferiores. «El único objetivo de Alemania», había escrito, era «erigir una Europa unida en un espíritu de compañerismo y respeto mutuo». Los miembros del servicio en alemán de la BBC se rieron con ganas a su costa y le dijeron que probara a predicar su mensaje de amor fraternal entre «los polacos y los checos a los que hoy se está tratando peor que a ganado», y entre los noruegos, holandeses, griegos y yugoslavos: «Les habéis estado rompiendo el cráneo y ahora les decís que “sólo queréis ser sus hermanos”».[4]

Cuanto más hablaban los nazis sobre Europa, menos parecían estar diciendo en realidad. Pero en realidad Goebbels no tenía la culpa de esto. En algunos aspectos, Hitler fue el más europeo de los principales estadistas de la segunda guerra mundial; al fin y al cabo, a diferencia de Roosevelt, Churchill y Stalin, él sí tenía una concepción de Europa como una sola entidad, enfrentada contra la URSS por un lado y contra Estados Unidos por el otro. Pero cuando los euroescépticos británicos dieron a entender burlonamente después de 1990 que la Unión Europea no era más que un sueño nazi hecho realidad, estaban muy equivocados. En el corazón de la idea de Europa que tenía Hitler había un enorme agujero, y Goebbels, al hablar tan poco sobre la cuestión, no hacía más que seguir a su Führer. Si queremos entender cómo los nazis veían Europa, lo que planeaban para ella, y qué alternativas empujaron a sus antagonistas a proponer en su lugar, deberíamos empezar por las formulaciones estridentes, aunque extrañamente insustanciales, que Hitler realizó acerca del problema de Europa.

La concepción nazi de Europa

En la década de 1920, las preocupaciones inmediatas del Partido Nazi tenían que ver con el interior del país. Pero la expansión, más allá de las fronteras de 1914, con el fin de lograr que todos los alemanes quedaran dentro de las fronteras de un solo estado, ya era la clave para su programa. Ésta implicaba deshacerse de la Sociedad de Naciones, de las potencias de la Entente que estaban detrás de ella, y del «desorden de pequeños estados» (*Kleinstaaten-Gerümpel*) en Europa oriental que habían creado. Pero también suponía enfrentarse a Rusia. La visión del *Lebensraum* que tenía Hitler estuvo avivada tanto por el antibolchevismo como por la idea de que los alemanes y los eslavos estaban enfrascados en una pugna económica y geopolítica por el control del centro eurasiático. La tierra se necesitaba no sólo para lograr que todos los alemanes étnicos quedaran bajo la autoridad política del Reich, sino también para reasentar a la población alemana excedente que supuestamente se apiñaba en las fronteras que entonces tenía Alemania.

Aunque su orientación antirrusa nunca desapareció, Hitler empezó a hablar mucho más sobre Europa como tal en el Segundo Libro inédito que compiló en 1928. Aún quedaban algunos años para que Stalin llevara a cabo la industrialización forzosa de la URSS. Henry Ford y Charlie Chaplin, por otro lado, eran noticia mientras una oleada de capital estadounidense amenazaba con anegar un continente que todavía se esforzaba por recuperarse

de la Gran Guerra. Lo que hacía que Estados Unidos fuera tan extraordinariamente poderoso en la percepción de Hitler no sólo era su tierra y sus abundantes recursos, sino su estirpe humana; era una «auténtica colonia europea», que había atraído a las «mejores fuerzas nórdicas» como inmigrantes desde el otro lado del Atlántico y estaba tomando medidas, en forma de controles sobre la inmigración, para impedir que se adulteraran con tipos raciales inferiores de Europa del sur y oriental. En resumen, demostraba la potencia geopolítica de un estado que había superado tanto la escasez de comida como las amenazas a su pureza racial.

¿Cómo debía responder Europa? No, insistía Hitler, con una asociación de estados-nación: él descartaba rápidamente cualquier intento de crear un Estados Unidos de Europa (algo que muchos otros estaban entonces pidiendo con insistencia). Una «unión formal de pueblos europeos», escribió, estaba condenada a fracasar si se perseguía a través de medios pacíficos y democráticos; pues ningún avance político podía durar a menos que se provocara a través de la lucha y la guerra. Es más, sin una política racial que rivalizara con la de Estados Unidos, Europa simplemente produciría un debilitado «batiburrillo paneuropeo». No sentía nada más que desprecio por el movimiento paneuropeo, cuyo fundador, el conde Richard Nikolaus Eijiro Graf Coudenhove-Kalergi, hijo de conde austrohúngaro y madre japonesa, nacido en Tokio, recibía con los brazos abiertos la diversidad racial y veía a los judíos como «la nobleza espiritual de Europa». Para Hitler, Coudenhove-Kalergi era un cosmopolita desarraigado y un elitista mestizo que intentaba repetir los errores de sus antepasados Habsburgo a escala continental.

En la década de 1920, Hitler aún seguía hablando, de cara a la galería, sobre la idea de una Europa de «estados-nación libres e independientes cuyas áreas de interés se mantengan separadas y definidas con precisión». Pero a medida que pasaba el tiempo y que Alemania se hacía más fuerte, la retórica nazi pasó a una modalidad más imperialista y autoritaria. E incluso en esa concepción anterior de un sistema de estados bajo la hegemonía alemana se descubre una preocupación por las fronteras y la interacción étnica. Hitler pensaba que cualquier potencia que estuviera dispuesta a asumir el papel de líder continental se condenaría al «declive racial», y ello le preocupaba: quería gobernar Europa, pero no ser contaminado por ella. Por consiguiente, desde el comienzo desconfió profundamente de los vecinos de Alemania y no quiso depender de ellos ni verlos como socios en ningún sentido real: el discurso sobre los «estados-nación libres e independientes» era sólo una farsa. Como el nazismo se oponía tanto a la plutocracia estadounidense como al

bolchevismo soviético, le resultaba fácil hablar en clave europea, pero en realidad sólo estaba comprometido con el pueblo alemán.[5]

Todo esto quedó muy claro en el verano de 1940 una vez que el Reich se transformó, inesperadamente, en árbitro del continente en conjunto. En ese momento la mayor parte del debate versaba sobre la economía y, por consiguiente, no interesaba demasiado a Hitler. No había nada especialmente nacionalsocialista en los llamamientos alemanes a racionalizar la economía de Europa siguiendo el modelo alemán para sacarla de la depresión, para dividir el trabajo entre su sureste agrícola y el noroeste industrial o para convertir Berlín en el centro de la planificación, las finanzas y el comercio. Estas ideas salieron fundamentalmente de los círculos empresariales, y representaron una actualización de los proyectos y los planes que habían existido desde la primera guerra mundial. Más típicamente nazi fue el tono de «realismo» brutal que salió a la superficie cuando Goebbels habló con periodistas checos en septiembre de 1940. Éste empezó hablando vagamente de reorganizar y unificar Europa «de acuerdo con principios que correspondan a las posibilidades sociales, económicas y técnicas del siglo XX». El modelo sería Alemania, que se había reunido y había formado una unidad a partir de la fragmentación. Los cambios tecnológicos estaban haciendo que las fronteras dejaran de tener sentido, y las vías férreas, la radio y los viajes por el aire estaban uniendo más estrechamente a las personas. Pero acto seguido pasaba a recordar a sus oyentes que el uso de la fuerza también sería necesario de cuando en cuando para superar las «pecularidades de los estados individuales, los prejuicios, las limitaciones y las ideas provincianas». Goebbels negó que Alemania quisiera «ahogar» a otros pueblos; aun así, lo mejor que podían hacer estos últimos era reconocer quién estaba ahora al mando: «Da lo mismo si ustedes aprueban este estado de las cosas o no. Tanto si ustedes lo reciben de corazón con los brazos abiertos como si no, no pueden hacer nada para alterar los hechos».[6]

La invasión de la Unión Soviética reforzó este hincapié en el liderazgo y dio a la idea de Europa una resonancia guerrera: ahora era algo por lo que había que luchar, en lugar de algo en torno a lo que había que negociar, y la jerarquía tenía más sentido. La ofensiva hacia el Este hizo que la influencia que tenían los empresarios que había en torno a Göring pasaran a ejercerla Himmler y los ideológos del reasentamiento, y convirtió a Hitler en el *Heerführer Europas*, el líder militar de Europa, en la lucha para hacer retroceder la frontera racial entre Europa y Asia.[7] La «colaboración» parecía ahora más una divertida ilusión falsa de los franceses que un objetivo que los

alemanes hubieran de tomarse en serio. A su embajador en Francia, Otto Abetz, en septiembre de 1941, Hitler le habló del futuro en términos que indicaban lo poco que había cambiado de opinión desde mediados de la década de 1920:

> Los asiáticos y los bolcheviques tenían que ser expulsados de Europa; el episodio de los «asiáticos» [*Asiatentum*], que había durado doscientos cincuenta años, había llegado a su fin… Una vez que se hubiera expusado a los asiáticos, Europa ya no dependería de ninguna potencia exterior; América, también, podría «irse a paseo» por lo que a nosotros respectaba. La propia Europa proporcionaría todas las materias primas que ella misma necesitaba y tendría sus propios mercados en el área rusa, de modo que ya no tendríamos ninguna necesidad de ningún otro tipo de comercio mundial. La nueva Rusia, que se extendería hasta los Urales, se convertiría en «nuestra India», pero situada en una posición más favorable que la de los británicos. El nuevo Gran Reich Alemán comprendería a 135 millones de personas y gobernaría sobre otros 150 millones.**[8]**

Hitler estaba seguro de que el continente, unificado bajo el liderazgo alemán, podría en el futuro enfrentarse a Estados Unidos e imponerse a él. El único elemento que había cambiado en su pensamiento desde la década de 1920 era que su opinión sobre los estadounidenses y sobre la amenaza que representaban se había derrumbado. Pero la condición previa para ello era la victoria contra Stalin y el control de las riquezas de la Rusia europea, y el propio combate era deseable porque creaba una idea de europeidad. Le dijo a Ciano, el ministro de Exteriores italiano, que:

> En el combate en el Este fue digno de mención el hecho de que por primera vez se había desarrollado un sentimiento de solidaridad europea. Esto fue de gran importancia para el futuro. Una generación posterior tendría que enfrentarse con el problema de Europa-América. Ya no sería una cuestión de Alemania, o Inglaterra, de fascismo, de nacionalsocialismo, de sistemas antagonistas, sino de los intereses comunes de Paneuropa dentro del área económica europea con sus complementos africanos. El sentimiento de solidaridad europea, que en ese momento era claramente palpable… tendría que ser transformado gradualmente, en general, en un gran reconocimiento de la comunidad europea… El futuro no pertenecía al ridículamente medio civilizado Estados Unidos, sino a la Europa que acababa de alzarse, que se impondría definitivamente con su pueblo, su economía y sus valores intelectuales y culturales, a condición de que se pusiera al Este al servicio de la idea europea y que no actuara en contra de Europa.**[9]**

Quizá sea su confianza en que el liderazgo alemán pudiera ayudar a Europa a llevar a cabo el desafío transatlántico lo que explique por qué a Hitler le preocupaban tan poco lo que otros europeos pudieran querer. Pues lo asombroso de los planes de los nazis para la Europa de la posguerra (y ésa es la diferencia principal tanto con el pensamiento angloestadounidense como con el soviético sobre el mismo tema) es lo exclusivamente que se orientaron sólo a las necesidades *alemanas*. Docenas de ciudades alemanes (Hamburgo, Linz, Munich, Klagenfurt) habrían de ser embellecidas o reconstruidas, junto

con las nuevas «plazas fuertes» en el Este colonizado, que se convertirían en centros alemanes de gobierno o de industria. Éstos eran los proyectos que encendían la imaginación de Hitler. Posteriormente, Albert Speer reflexionó con arrepentimiento que la guerra fue una época de interminables planes incumplidos y observó que los del Este, en particular, «nos habrían mantenido ocupados durante el resto de nuestras vidas». Urbanizaciones de viviendas, cines, autopistas, ferrocarriles enormes, monumentos conmemorativos, parques y centros deportivos fueron diseñados hasta el más mínimo detalle. En lugares como Cracovia, Zamo´s´c y Auschwitz, los comandantes de los campos se habrían relajado después del trabajo en los jardines de sus nuevos chalets, mientras sus esposas y sus criados iban de compras en las calles con soportales de los centros de los pueblos neomedievales. Lo que preocupaba a Hitler y a Himmler era garantizar este tipo de vida para sus soldados, que habían luchado tan duro, en el *Lebensraum* alemán de la posguerra.

En cuanto a preocuparse por lo demás, esa tarea se la dejaban a los empresarios, a las oficinas interiores del Ministerio de Economía o a los disidentes del Ministerio de Exteriores. Las SS liquidarían a los judíos y después también ajustarían las cuentas a los eslavos. Básicamente, Hitler no estaba interesado en el oeste. Se contentaba con que los magnates industriales y los funcionarios del estado belgas y daneses se aseguraran de que sus fábricas proporcionaran suministros al Reich, y muchos de ellos cumplieron con eficacia e incluso con entusiasmo. Pero la necesidad de proteger el flanco occidental de la Fortaleza Europa hizo que Berlín nunca pudiera permitir a los franceses, belgas o noruegos seguir su propio camino políticamente o convertirse en ningún sentido en socios del Reich, por muy ideológicamente alineados que estuvieran con él. A Hitler sólo le interesaba realmente la posible contribución que los holandeses y otros pueblos «germánicos» pudieran hacer a la colonización del Este. Pues en algunos sectores del Partido Nazi ya estaban empezando a caer en la cuenta de que en realidad podrían haber conquistado *demasiada* tierra, y que, al fin y al cabo, podría resultar que el míticamente superpoblado Reich pudiera adolecer de una escasez de personas.[10]

Esta implacable persecución de una quimera demográfica, con su nacionalismo descaradamente explotador y su indiferencia a todos los demás, ridiculizaba las pretensiones de Alemania sobre su papel como líder de Europa. Los alemanes, en palabras de un iracundo Mussolini, eran «malos psicólogos y peores políticos». «Lo extraordinario es esto», comentó un experimentado general de Panzer en una conferencia que dio a otros

prisioneros de guerra poco después de que acabara la guerra, «es cómo es que un país como Alemania, que está situado en el centro del continente, no ha hecho de la política un *arte*, para mantener… una paz sensata». Ésta no era sólo una percepción *a posteriori*. En una conversación que el servicio de información británico grabó clandestinamente en un campo de prisioneros de guerra en 1943, otro oficial le había insistido a sus compañeros en que «hemos demostrado que si es posible que alguien ostente el liderazgo de Europa, en ninguna circunstancia hemos de ser nosotros quienes lo hagamos».**[11]** Ni siquiera en Europa occidental reconocía Hitler que los no alemanes tenían aspiraciones políticas legítimas. Las concesiones, tal como Hitler entendía la política, sólo podían indicar debilidad: los otros países sólo podían ser rivales o competidores. Dijo a sus compañeros que debían alegrarse de que Japón no fuera una potencia europea; tal como estaban las cosas, sólo tenían que tratar con los italianos, que no eran «serios competidores por la futura organización de Europa», ni mucho menos. Era, por no decir algo peor, una extraña concepción de la unidad europea.

El nacionalismo: la maldición

No obstante, el diagnóstico nazi del problema de Europa era mucho más convincente que la cura que proponían para él. En su opinión, el tratado de Versalles, al crear numerosos pequeños estados-nación, había solucionado chapuceramente el problema de crear un nuevo orden y había sembrado las semillas de su propia destrucción. «Hasta el comienzo de la guerra», informó Goebbels a su equipo de propaganda en diciembre de 1940, «Gran Bretaña tenía el poder absoluto para reorganizar Europa. La pregunta que se debería hacer es qué hizo Gran Bretaña para reorganizar Europa de acuerdo con criterios sensatos después de su guerra victoriosa de 1914-1918. No se hizo nada entonces. Europa fue atomizada en Versalles de acuerdo con las leyes de la razón política».**[12]**

Los adversarios de Alemania en Washington y Londres estaban llegando a una conclusión sorprendentemente similar. A ambos lados del Atlántico, el nacionalismo endémico, sobre todo en su variante de Europa del Este, estaba considerado comúnmente como un fenómeno peligroso e inherentemente beligerante de psicología de masas moderna, y surgió la cuestión de si la paz del continente, y del mundo, podría afianzarse sin poner freno de algún modo a la capacidad de éste para la violencia. Incluso muchos comentaristas antinazis consideraban que el triunfo de Alemania inauguraba el camino hacia

algo mejor. Si la soberanía podría infringirse tan fácilmente, si ofrecía tan poca protección en el mundo real, ¿tenía mucho sentido hacer un culto de ella, en lugar de intentar idear formas de organización política que fueran más eficaces para garantizar la paz y la seguridad?

A los británicos, que no repudiaron las fronteras checo-alemanas fijadas en Munich hasta un momento sorprendentemente tardío de la guerra, les preocupaba que se restaurara la resolución de Versalles en Europa oriental, aunque por una razón muy diferente a la de los alemanes. Lo que les preocupaba era que ésta no había logrado producir un contrapeso adecuado para la propia Alemania. El presidente checo, Beneš, propuso mantener los estados de Europa oriental tal como estaban pero expulsando a sus minorías alemanas, descomponiendo Alemania al mismo tiempo en una «federación descentralizada» que en la práctica supondría un retroceso a la confederación del Rin del siglo XIX. Pero incluso Beneš aceptaba que muchos de los nuevos pequeños estados no habían logrado progresar, y, junto con la desmembración de Alemania, defendía la creación de una serie de «bloques federales más grandes» en gran parte de Europa.[13]

De hecho, durante algún tiempo a muchos de los adversarios de Hitler las soluciones federalistas les parecieron la mejor forma de hacer que los estados progresaran y de desactivar las discusiones sobre las fronteras. Estaba el movimiento de la Unión Federal, que proponía un Estados Unidos de Europa exactamente por la misma razón por la que Hitler los rechazaba: porque era el único medio de garantizar que hubiera un orden liberal y democrático en todo el continente. El periodista estadounidense Clarence Streit, en su éxito de ventas de 1939 *Union Now,* abogaba por una unión democrática y federal entre Estados Unidos y el Reino Unido como el primer paso hacia un gobierno federal mundial. Y un anciano admirador de Streit, Lionel Curtis, el veterano arquitecto tanto de la Comunidad de Naciones Británica como de la Sociedad de Naciones, presionaba para que se instaurara una «Comunidad de Naciones de Dios» global, ya que la globalización, según afirmaba, socavaba los argumentos en defensa de la soberanía nacional. Dentro de la Europa ocupada, algunos grupos de la resistencia tenían ideas parecidas, y pequeños grupos de intelectuales en Italia, Francia y los Países Bajos prepararon planes para superar los problemas del nacionalismo y crear una nueva comunidad europea, que décadas después serían muy valorados por los historiadores que trataron de identificar las raíces antinazis de la Europa de la posguerra.[14]

Este tipo de planes estuvieron muy de moda durante un año o dos, e incluso fueron adoptados por los responsables de formular las políticas

británicas y estadounidenses. El Comité Asesor del Departamento de estado Norteamericano recomendó en 1940 que «debe haber en Europa tal menoscabo de la soberanía de los estados que una acción rápida y firme» por parte de una futura autoridad supranacional quede facilitada. Sumner Welles, el subsecretario de Estado, volvió de una gira por Europa en la primavera de ese mismo año proponiendo alteraciones trascendentales para el orden de Versalles. Aparte de los estados principales (Francia, Gran Bretaña, Alemania, Italia y una Polonia ampliada), proponía cuatro federaciones de pequeños estados: ibérica, escandinava, del Danubio y de los Balcanes. Incluso George Kennan, que desde luego no era ningún ingenuo entusiasta de las soluciones federalistas, escribió en junio de 1944 que «cierto grado de federación para Europa central y occidental… parece ofrecer la única forma de salir del laberinto de conflictos que es Europa actualmente».[15]

Muchos gobiernos europeos en el exilio estaban deseosos de asegurarse el apoyo estadounidense y británico no sólo para la guerra, sino también para la época de la posguerra, y ellos mismos adoptaron el lenguaje de la «solidaridad», con diversos grados de convicción. En noviembre de 1940, los checos y los polacos se comprometieron, como «estados independientes y soberanos», a iniciar «una asociación política y económica más estrecha». El primer ministro polaco en el exilio, el general Sikorski, hizo pública una declaración favorable a una federación totalmente europea mientras que los checos querían incluir toda Europa oriental y alcanzar también un acuerdo con la URSS. Los griegos y los yugoslavos firmaron tratados concebidos para conducir a ese mismo fin; los Países Bajos firmaron el acuerdo del Benelux que supuso el primer plan de integración regional del continente que funcionó plenamente. No obstante, a excepción de este último, los acuerdos no llegaron a materializarse y no constituyeron más que gestos de cara a la galería que seguían la moda federacionista; sólo preveían unas confederaciones muy poco rígidas y básicamente ofrecían versiones recalentadas de arreglos de antes de la guerra que ya habían fracasado.[16]

No es difícil entender que el debate llevara a algunas personas a pensar en una confederación europea continental. En su análisis de 1942 sobre el futuro de Europa, el exiliado austríaco Egon Ranshofen-Wertheimer, antiguo funcionario de la Sociedad de Naciones, sugería que la naturaleza destructiva del Nuevo Orden de Hitler en realidad había sido útil para hacer que los europeos se vieran a sí mismos de otra forma. Como Hitler había destruido «el mito de la soberanía», éste no se debía resucitar. Había acostumbrado a los europeos a pensar más allá de sus fronteras nacionales, y éstos debían

seguir haciéndolo. «Quiza Hitler haya estado montado en la ola del futuro, al fin y al cabo. Sólo que no exactamente como él originalmente pretendía.» De ahí a defender, como el autor hacía a continuación, que surgiera una confederación europea de la que fuera obligatorio ser miembro y que tuviera el monopolio del poder militar, con un ejército compuesto por tropas aportadas por los distintos miembros, y que podría beneficiarse de la experiencia de las Naciones Unidas en la época de guerra, sólo había un paso. Sin embargo, cuando el autor entraba en más detalles, ponía de manifiesto las desventajas y dilemas que implicaba este tipo de teorización de salón. En primer lugar, admitía que la democracia no podía exigirse como requisito para ser miembro de ella. También imaginaba que se podría mantener a la Unión Soviética al margen de la Unión y que, al mismo tiempo, la primera contemplaría benévolamente la aparición de la segunda. Y, lo que no era menos inverosímil, también se subía al carro de aquellos que reclamaban la fusión de los pequeños países en federaciones regionales: Escandinavia, los Países Bajos y la importantísima «gran Federación de Europa Central», que actuaría como contrapeso frente a Alemania.[17]

Este tipo de planes tenían un defecto muy importante: ignoraban la considerable oposición a la que se enfrentaban en la misma región que deseaban rehacer. De hecho, la vida bajo la ocupación nazi había hecho que la mayoría de los europeos apreciaran más, y no menos, las ventajas de la independencia nacional. En Bélgica, por ejemplo, donde Radio Bruxelles, la emisora dirigida por los alemanes, había cerrado la transmisión cada noche con una canción que comenzaba con las palabras «Para la Nueva Europa…», los planes para una federación europea se vieron como si se tratara de propaganda nazi. En el extranjero, algunos críticos también pensaban que el nuevo federalismo no era más que geopolítica disfrazada, lo cual no era mucho mejor que lo que habían estado haciendo los propios alemanes. ¿Cómo se podían ignorar, sin más, las diferencias entre las distintas culturas y tradiciones nacionales? ¿Esta obsesión con los «espacios viables» y con la gran estrategia, no era una muestra del tipo de insensibilidad hacia el total desorden de la vida humana que había sido responsable del propio Nuevo Orden? El sociólogo exiliado Sigmund Neumann se mostró cáustico sobre esto. «Sencillamente, no se puede desmembrar Suiza, Bélgica, Portugal y Hungría, sin más, para crear nueve grandes bloques europeos (¡y, a propósito, crear una Gran Alemania, una Gran Italia y una Gran España!)», escribió en un artículo de 1943 publicado en *Foreign Affairs*. «Puede que hacer eso satisfaga la opinión que tiene un técnico sobre lo que debería ser una Europa

bien equilibrada, pero demuestra una absoluta falta de consideración hacia Europa como organismo vivo.»[18]

Muchos políticos europeos (entre ellos De Gaulle, los holandeses y los noruegos) se mostraban igual de poco entusiastas ante la idea. Incluso aquellos que estaban supuestamente promoviendo la idea confederacionista a menudo discrepaban sobre lo que querían: los polacos (antisoviéticos), por ejemplo, querían algo muy distinto a lo que deseaban sus socios checos (prosoviéticos). Pero fue en Moscú donde surgió la oposición más importante. Esto quedó claro en 1943, cuando el Ministerio de Exteriores británico desempolvó antiguos planes de la primera guerra mundial y planteó «la posibilidad de una confederación de los estados europeos más pequeños, especialmente en relación con el área del Danubio». Churchill había estudiado la idea con Stalin, proponiendo seccionar fragmentos de Alemania (Baviera, Baden, Württenberg y el Palatinado), para aumentar el efecto de la nueva confederación. Stalin resultó ser completamente contrario a ello. No tenía ningún deseo de consentir la formación de un nuevo estado potencialmente poderoso en Europa oriental. Era perfectamente consciente del tenor antisoviético que había tenido gran parte del pensamiento federalista, desde el conde Coudenhove-Kalergi en la década de 1920 en adelante: en 1930, ya había descrito los pasos que se estaban dando hacia la federación europea como «un movimiento burgués para la intervención contra la Unión Soviética».[19]Y lo que era más crucial, dudaba que estas confederaciones realmente garantizaran a la URSS que no tendría lugar un renacimiento alemán. ¿No sería mejor para la Unión Soviética conservar el control directo sobre Europa oriental y tratar de alcanzar acuerdos con Gran Bretaña y Estados Unidos a ese fin? En otras palabras, su alternativa preferida a algún tipo de federación de Europa central era un acuerdo entre las Grandes Potencias sobre esferas de influencia que sucediera al acuerdo al que había llegado con los alemanes, ahora evidentemente fenecido. Los aliados de Stalin no se resistieron. Los británicos, en particular, no estaban del todo seguros de que los estadounidenses se fueran a quedar en Europa después de la guerra, y por consiguiente se sentían inclinados a satisfacer a los rusos. La idea fundamental de Whitehall fue resumida por sir William Strang en el Ministerio de Exteriores británico: «Es mejor para nosotros que Rusia domine Europa oriental, que Alemania domine Europa occidental».[20]

En realidad, no sólo fue la oposición soviética la responsable del hundimiento del globo federalista. La política británica y estadounidenses había llevado implícita una campaña restauracionista desde que en la Carta

del Atlántico de 1941 estos países habían declarado su compromiso de «procurar que se devuelvan los derechos soberanos y el autogobierno a aquellos que han sido privados por la fuerza de ellos». La Declaración de Yalta de 1945 continuaba en la misma línea: anunciaba la formación de una nueva organización mundial que se basaría en la coalición de las Naciones Unidas de la época de guerra, se comprometía a «devolver los derechos soberanos y el autogobierno a aquellos pueblos que han sido privados a la fuerza de ellos por las naciones agresoras», y anunciaba la desmembración de la propia Alemania bajo el control de los Tres Grandes. Esto equivalía a una revocación total del programa nazi: la Gran Alemania, la nación imperial, sería descompuesta en varias zonas de ocupación, y se devolvería la vida política a los estados-nación cautivos de Europa.[21]

Stalin le dio la puntilla al federalismo europeo aproximadamente en la misma época de la conferencia de Yalta. El líder comunista yugoslavo Tito fue el último federalista comprometido de Europa. Tito, que encabezó el único movimiento nacional comunista de masas que sobrevivió a la ocupación nazi y salió victorioso, planeaba reproducir la experiencia soviética y transformar Yugoslavia en el centro de una federación balcánica mucho mayor que llevaría el socialismo a toda la región. Dominando ya Albania, y con la vista puesta en el norte de Grecia, intentó hacer que los búlgaros firmaran un tratado de federación entre los dos estados. Pero a los búlgaros no les gustó nada la idea. La vieron como una tentativa yugoslava para reducirlos a la subordinación, y Stalin se sentía inclinado a pensar lo mismo. Encolerizado porque Tito se negaba a hacer caso de sus consejos, dijo a los yugoslavos en términos muy poco dudosos que abandonaran el plan, lo que hicieron, muy a su pesar.[22]

Los sueños federalistas no murieron, desde luego, y a finales de la década de 1940 seguían siendo lo bastante poderosos como para contribuir a crear nuevos tipos de organizaciones europeas. No obstante, los europeos emergieron de la guerra demasiado apegados a sus estados-nación como para dejar que las ideas federalistas llegaran muy lejos. Los estadounidenses habían sido los promotores de los planes para reemplazar el estado-nación en Europa, y los británicos había estado de acuerdo con ellos, pero la Europa continental no mostraba demasiado interés en ello. Invertir el rumbo de la historia alemana convirtiendo de nuevo al Reich centralizado en una confederación era una cosa; pero la idea de unir los estados-nación existentes en entidades más grandes gozaba de escaso apoyo local, tanto en el oeste como en el este. Y Estados Unidos no era, ni con mucho, lo bastante fuerte, ni

estaba lo suficientemente informado, ni comprometido con Europa, para imponer sus ideas a los europeos frente a la oposición soviética. De este modo, la visión, durante la guerra, de una alternativa federalista al Nuevo Orden nazi resultó ser efímera.

La alternativa de Stalin

En mayo de 1945, Churchill ordenó a los planificadores militares británicos que pensaran lo impensable y que idearan cómo, en caso de que fuera necesario, «imponer a Rusia la voluntad de Estados Unidos y del imperio Británico». Le preocupaba especialmente Polonia, y a quienes trabajaron en la Operación Impensable se les dijo que establecieran su hipotética fecha de inicio a comienzos de julio. Los planificadores tardaron sólo unos pocos días en llegar a las evidentes conclusiones, profundamente pesimistas: una campaña aliada contra el Ejército Rojo no podría conducir a un resultado duradero sin la «guerra total», y sin una invasión mucho más profunda y exitosa de la propia URSS que la que los alemanes habían logrado llevar a cabo. Las fuerzas alemanas, destrozadas, no serían de gran utilidad, y, si los estadounidenses perdían el interés en ello, toda la empresa podría volverse totalmente imposible. De hecho, la conclusión que extrajeron el jefe del Estado Mayor Imperial, sir Alan Brooke, y el propio Churchill, era que, de todos modos, sería imposible. En palabras de Brooke: «No hay ninguna duda de que, de ahora en adelante, Rusia es todopoderosa en Europa».[23]

No obstante, las intenciones soviéticas eran difíciles de desentrañar (tan difíciles, de hecho, que Churchill inmediatamente encargó al Estado Mayor otra investigación sobre las consecuencias que tendría para Gran Bretaña que los soviéticos se hicieran con el control de todo el continente). Que Europa oriental quedaría bajo la influencia de Moscú era obvio. El propio Goebbels, como ya hemos visto, tenía pesadillas en las que una apisonadora bolchevique aplastaba la región. Pero otros pensaban que la URSS podría perder ímpetu con bastante rápidez y resaltaban la naturaleza más tradicional y circunscrita de las preocupaciones de *Rusia* sobre la seguridad, en lugar de la amenaza de la revolución universal. En mayo de 1945, por ejemplo, el joven diplomático estadounidense George Kennan predijo que los rusos no serían capaces de absorber ni siquiera a Europa oriental en el sistema soviético: «No debería olvidarse que la absorción de áreas del oeste situadas más allá de las fronteras etnológicas de la Gran Rusia, la Rusia Blanca y Ucrania (Polonia, Finlandia y

los estados bálticos) es algo que Rusia ya ha intentado y en lo que ha fracasado.»[24]

Había muchas cosas a favor del pronóstico de Kennan, pues la URSS se enfrentaba a un enorme desafío al tomar el control de los diversos estados de la Europa oriental de la posguerra. La Unión Soviética no sólo estaba más devastada que ningún otro país de Europa debido a la ocupación alemana. En Europa oriental, el comunismo había fracasado en el período comprendido entre las guerras mundiales, y en casi todos los casos la derecha había arrasado; las organizaciones del Partido Comunista, allí donde habían logrado sobrevivir al terror estalinista, eran minúsculas. Esto no era ningún obstáculo en las mentes de los leninistas ortodoxos que las dirigían, pero Stalin sabía que era un problema importante: se necesitaría tiempo para crear un aparato político lo suficientemente poderoso y fiable como para mantener el poder y ello no se podría lograr de la noche a la mañana. Los alemanes podían haberse mostrado incapaces de aprovecharse de la ola de anticomunismo que barrió las partes de Europa oriental que había ocupado el Ejército Rojo en 1939, pero ello no le había pasado desapercibido a Stalin. En 1945, a pesar del prestigio que ya se había ganado el Ejército Rojo, y el odio generalizado que había hacia los alemanes, la región en conjunto seguía siendo incondicionalmente antibolchevique, sobre todo en las áreas de mayor preocupación para la seguridad soviética: Polonia y Rumanía.

También se había de tener en cuenta el aspecto económico de las perspectivas de la región. En Europa oriental, el capitalismo del período de entreguerras no había sido un gran éxito, ni mucho menos: el rápido crecimiento de la población y el flojo rendimiento de las economías agrícolas de la región, afectadas por las importaciones transatlánticas baratas de cereales, había producido un estancamiento de las rentas nacionales y desempleo. Las economías checa, húngara, rumana y búlgara habían experimentado un auge durante la guerra, pero no había ninguna garantía de que esto fuera a continuar en el período de paz. Y no obstante, desde el punto de vista de los rusos, no se podía permitir que una Europa oriental inestable se convirtiera en la base de operaciones para otra invasión desde el oeste. Por consiguiente, sería necesario imponer alguna forma de control.

Ninguna de las otras dos alternativas obvias atraía al Kremlin. El Nuevo Orden de Hitler había eviscerado el acuerdo de Versalles y había sometido a las áreas destinadas a la germanización a un duro dominio y a la desnacionalización. La alternativa federalista que propugnaban los estadounidenses y los británicos proponía la sustitución del inestable embrollo

de estados de Versalles por unas cuantas grandes confederaciones regionales; la lógica de las esferas de influencia sería sustituida por la del equilibrio de poder. En la práctica, suponían un retroceso al siglo XIX, a una especie de sistema de gobierno Habsburgo adaptado a una época democrática. A Stalin no le gustaba ni la repudiación de Versalles de los nazis ni la de los estadounidenses. Descartaba el federalismo, pero también cualquier equivalente soviético al tipo de apropiación permanente de la tierra que se había previsto en el Plan General del Este. De hecho, como dejó claro desde muy pronto, no tenía ningún deseo de extender territorialmente la URSS más allá de las tierras que reclamaba por razones históricas desde los tiempos zaristas. Para el resto de Europa oriental, consideraba que un acuerdo sobre las esferas de influencia era la mejor forma de lograr que los británicos y los estadounidenses reconocieran la hegemonía soviética en el período de paz, y en lugar de planes federalistas prefería llegar a acuerdos bilaterales con los estados individuales, ya que esto haría que resultara más fácil hacer que los deseos soviéticos se cumplieran. De esta manera, Stalin apareció paradójicamente como el protector del orden de Versalles, y Checoslovaquia, Polonia y Yugoslavia fueron restauradas. En la medida en que la nueva Europa de la posguerra iba a ser una dominada por la URSS, por consiguiente, por lo menos sobre el mapa, ésta iba a tener un aspecto muy similar a la antigua, con sus fronteras modificadas solamente para que dieran cuenta del enorme aumento del poder soviético entre 1919 y 1945.

El significado de Europa

Una semana después de la muerte de Hitler, el almirante Dönitz hizo algo que el Führer no había hecho jamás: convocó personalmente una reunión con todos los altos funcionarios alemanes que administraban los últimos territorios que le quedaban al imperio a los que fue capaz de reunir. El protector del Reich de Bohemia y Moravia, Karl Hermann Frank, acudió en avión desde Praga; Werner Best llegó desde Copenhague, Terboven desde Noruega y Seyss-Inquart desde los Países Bajos. Sentados allí, en la clase de Flensburg, debatiendo los problemas de si habían de rendirse o seguir luchando en Hungría, Moravia, el norte de Italia y Escandinavia, su reunión reflejó la envergadura europea que tuvo el dominio nazi incluso en sus últimos días. Gracias a ellos y a su señor, ya muerto, Europa se había convertido, en efecto, como decía la frase de la propaganda, en una «comunidad de destino» (*Schicksalsgemeinschaft*).

Precisamente porque la conquista nazi unió a los pueblos de Europa más estrechamente que lo que habían estado conectados jamás, aquellos que combatían contra los alemanes también creyeron que sería necesario pensar en términos europeos. Ya en 1942, los encargados de formular las políticas estadounidenses habían recomendado aprovechar la unificación parcial que los nazis habían creado e ir más allá de ella. Al fin y al cabo, derrotar a Hitler también era una especie de invitación a hacer planes para el futuro. «Los nazis están retando a los Aliados a mejorar el Nuevo Orden de Hitler», comentó el *Observer* en marzo de 1945, «los Aliados tienen que demostrar que a los hombres libres les puede ir mucho mejor». A medida que la guerra tocaba a su fin, sus tropas estaban teniendo que ocuparse de personas desplazadas en todas partes, desde Nantes hasta Minsk, y sus funcionarios estaban haciendo cálculos aproximados sobre las necesidades de alimentación, salud, alojamiento y energía del continente, y también empezando a hacer planes para su desarrollo económico a largo plazo. La «División de Combustibles Sólidos» del SHAEF se convirtió en la Organización Europea del Carbón, mientras que la Organización de Transporte Interior de Europa Central y el Comité de Emergencias Económicas para Europa también intentó resolver las necesidades del continente basándose en la experiencia en la planificación de operaciones que se había adquirido durante la guerra. Los Aliados crearon la Comisión Asesora Europea en 1943 para planear detenidamente la estrategia política; después, la ONU aprobó la creación de una Comisión Económica para Europa para coordinar su recuperación.**[25]**

La desconfianza de la Guerra Fría impidió que estas primeras organizaciones genuinamente paneuropeas estuvieran a la altura de sus mandatos prácticos originales, y algunas de ellas nunca estuvieron concebidas para perdurar más allá del fin de la guerra, y fueron rápidamente liquidadas. La Comisión Asesora Europea quedó pronto reducida a planificar los detalles de la ocupación de Alemania y Austria, mientras que la Comisión Económica de la ONU para Europa, que todavía existe hoy, terminó informando sobre la reconstrucción en lugar de dirigirla. De hecho, la URSS consideró cualquier tentativa de organizar Europa permanentemente a un nivel regional como una amenaza contra ella. Radio Moscú denunció a Léon Blum en septiembre de 1945 por proponer un plan para la unidad europea ya que ésta sólo podría ser «una unión dirigida contra la URSS». Para cuando el Kremlin impidió a sus satélites participar en el Programa de Recuperación Europea (más conocido como el Plan Marshall) en 1947, esta hostilidad ya estaba bien arraigada.

No obstante, si bien Stalin estaba en contra de Europa, Churchill y otros estaban a favor de ella. Querían, en particular, impedir que la derrota de Alemania crease un vacío de poder que habría facilitado la extensión del bolchevismo. Y, de este modo, a medida que descendió el telón de acero de Goebbels, empezaron a surgir organizaciones «europeas» de un tipo ligeramente distinto. En 1946, Churchill hizo un llamamiento para la creación de unos Estados Unidos de Europa, y aunque afirmó que confiaba en que la URSS apoyara la idea, difícilmente puede haber esperado que lo hiciera, porque, seis meses antes, había pronunciado en Missouri su famoso discurso sobre el telón de acero. Él creía que era importante que los europeos se unieran para formar una confederación que pudiera hablar en nombre del continente y actuar como socia de la Comunidad Británica de Naciones. Al año siguiente fundó un Comité Provisional de la Europa Unida en Londres (en París ya se había creado una Unión Federalista Europea), y gracias a la presión de estos grupos se creó el Consejo de Europa en 1949. Su principal logro (la Convención europea sobre Derechos humanos y el Tribunal Europeo asociado a ella) articuló una idea de Europa como una comunidad sometida a unas leyes y regulada por unos derechos, que se definía tanto en contra de la memoria, aun vívida, de la ocupación nazi, como en contra de la amenaza que planteaba el totalitarismo soviético.[26]

Este europeísmo de la Guerra Fría inspiró tanto a federalistas como a nacionalistas, pero fueron estos últimos quienes se impusieron. Los gobiernos nacionales de Europa occidental eran europeos convencidos en el sentido de que apoyaban los nuevos organismos regionales, pero mantuvieron el mayor grado de control que pudieron sobre el proceso de integración y cooperación entre naciones. Rechazaron las tentativas de fundar una Comunidad Política Europea, y la asamblea francesa votó en contra de la formación de un ejército europeo; en lugar de ello, lo que surgió fue la OTAN, una organización que agrupaba los recursos de unos ejércitos controlados nacionalmente. Washington había confiado en que su Programa de Recuperación Europea obligara a los europeos occidentales a coordinar su planificación económica a través de la nueva Organización para la Cooperación Económica Europea (OECE). En lugar de ello, Robert Marjolin, el funcionario francés que había querido convertir la OECE en una dinamo para la integración, acabó dimitiendo pronto al sentirse frustrado. Hoy en día el organismo sucesor de la OECE es más conocido por sus estudios económicos. La integración europea tomó un rumbo completamente distinto.[27]

Políticamente, la Europa de la posguerra estaba surgiendo, por consiguiente, a través de los estados-nación, en lugar de por encima de ellos. Las formas de integración más eficaces aprovechaban los intereses nacionales convergentes y operaban a través de instituciones económicas relativamente grises, en lugar de mediante intentos de reformar las instituciones políticas o militares que fueran dignos de aparecer en primera plana. Las continuidades con las preocupaciones y las políticas de la época de guerra también fueron mucho más fuertes en estas áreas que lo que lo fueron en el ámbito político y legal, donde la ruptura con el nazismo fue más rotunda. Después de que Robert Schuman, el ministro de Exteriores francés, propusiera en 1950 que Francia y Alemania occidental pusieran en común sus recursos de carbón y acero, la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, bajo la presidencia de su asesor Jean Monnet, mantuvo satisfechas a ambas partes (entre sus miembros también estaban Italia, Bélgica, Luxemburgo y los Países Bajos) e hizo más fácil que los industriales y los dueños de las minas comerciaran a través de las fronteras de Alemania. Muchos de los implicados en ella habían participado en negociaciones similares una década antes, cuando el Ministerio de Economía alemán había hablado de organizar cárteles europeos y la planificación de la producción. Y se podría trazar una línea similar en el caso de la comida, desde las preocupaciones de la época de guerra sobre la autosuficiencia en la Europa ocupada hasta la Política Agrícola Común, extremadamente intervencionista.

De este modo, el Nuevo Orden nazi había desempeñado su papel en la gestación del nuevo europeísmo de la posguerra. Los arquitectos del Mercado Común tenían impecables historiales gaullistas, antifascistas y antinazis. No obstante, algunas de las figuras y asesores más importantes que había entre bastidores no eran antifascistas, sino personas de la época de guerra que habían tenido acceso a información confidencial: franceses, belgas, y sobre todo alemanes, que habían servido a los nazis y se habían desilusionado profundamente con ellos. Típico de ellos era un hombre como Hans-Peter Ipsen, el joven jurista que trabajó con la autoridad de la ocupación militar en Bruselas durante la guerra y después se convirtió en el experto más destacado de Alemania Occidental en derecho de la Comunidad Europea. Las continuidades fueron más asombrosas incluso en el caso del pequeño equipo alemán del Ministerio de Economía del Reich durante la guerra, que, a pesar del veto que había impuesto Hitler a este tipo de actividades, había estado hablando de planes para una comunidad económica europea en la posguerra consagrada al pleno empleo y la autosuficiencia. Entre los miembros de este

«Círculo europeo» (*Europakreis*), que se reunían en el Hotel Esplanade de Berlín, no sólo habían figurado destacados economistas y empresarios nazis, sino también hombres que desempeñarían un papel muy importante en los asuntos de la Alemania Occidental de la posguerra: Ludwig Erhard, el padre del «milagro» económico, el banquero Hermann Abs, y el futuro presidente del Bundesbank Karl Blessing.[28]

Estos hombres, que ya no creían que el Reich pudiera ganar la guerra, afirmaron a comienzos de la década de 1940 que cualquier recuperación económica europea de la posguerra seguiría, no obstante, necesitando el liderazgo alemán. Seguían el debate angloestadounidense sobre los objetivos de la posguerra, debatían sobre Dumbarton Oaks y Bretton Woods, leían el *Economist* y aplaudían el nuevo compromiso de Gran Bretaña con el pleno empleo, pero señalaban que el Tercer Reich había estado siguiendo estas políticas durante algún tiempo con gran éxito: era, por consiguiente, Alemania, y no Gran Bretaña, la que tenía la experiencia más adecuada para garantizar un modelo de elevado nivel de vida y seguridad social para la posguerra. Si Europa tenía que encontrar una tercera vía entre la planificación central al estilo soviético y el *laissez faire* británico, sin duda sólo necesitaría la orientación de Alemania. Alemania, en otras palabras, perdería la guerra pero aún podría ganar la paz.[29]

El hecho de que algunos de los responsables de formular las políticas del Tercer Reich hablaran en estos términos confirma, sin duda, los peores miedos de los euroescépticos y hace que parezca que el Mercado Común fue algo ideado por los nazis. Y, en efecto, estos hombres sí identificaron muchas de las inquietudes que también preocuparon a los europeístas de la posguerra: la amenaza de la competencia barata del extranjero, la necesidad de impedir cualquier repetición de la depresión de antes de la guerra alejándose del *laissez faire* y reduciendo al mismo tiempo las barreras para comerciar dentro de la «comunidad» europea, así como la importancia de garantizar el suministro de comida al continente protegiendo a los productores agrícolas. Un vistazo al tratado con el que se creó la Comunidad Económica Europea en marzo de 1957 confirma el asombroso parecido entre sus objetivos y los suyos. Pero como Keynes ya había comentado en 1940, la cuestión, por lo que respectaba a la economía, no era si los nazis tenían las ideas correctas, sino si se podía confiar en ellos para llevarlas a cabo. Con Hitler y el Partido Nazi al mando, la respuesta era obvia. Fue necesaria la derrota de Alemania y la hegemonía estadounidense para crear las condiciones dentro de las cuales pudo surgir una auténtica comunidad de estados-nación, y cuando lo hizo,

Berlín ya no estaba en su centro y Europa ya no estaba sola. La mayoría de estos empresarios, banqueros, y economistas entendieron que el poder de Estados Unidos era irresistible; igual que los estadounidenses necesitarían que Alemania pusiera en marcha la recuperación de la posguerra en Europa, también los alemanes los necesitarían a ellos.

Para poner las cosas en perspectiva, puede que sea útil recordar la visión de la situación que tenían los pequeños grupos de nazis que se negaron a transigir. Después de la guerra, pequeños grupos marginales, generalmente efímeros, denunciaron tanto a los estadounidenses como a los soviéticos y reciclaron ideas extraídas de textos que Hitler había escrito treinta años antes. También reaccionaron violentamente contra los movimientos europeístas que estaban haciéndose visibles en la Europa occidental de la posguerra. Karl-Heinz Priester, un antiguo oficial de las SS que había adoptado un papel activo en la extrema derecha, apareció en la primera reunión de neofascistas europeos en Roma en 1950 y advirtió de que

> cuanto más se apresuren algunos de esos hombres que dicen «amén» a todo, a convertir no sólo nuestra patria materna, Alemania, sino también nuestra patria paterna, Europa, en una colonia… mediante mecanismos como el Consejo de Europa y la «Unión Europea»… más rápidamente crecerá la determinación de todos los alemanes honestos e independientes de acompañarnos en nuestro camino desde el nacionalismo hacia la Nación Europa.[30]

Incluso nazis como Priester se daban cuenta de que, en la época de las superpotencias, Alemania no era lo bastante poderosa como para recuperar su independencia sin apoyo regional. La «Nación Europa» fue, por consiguiente, la alternativa de los extremistas a Bruselas y Estrasburgo, una especie de versión de las Waffen-SS«europeas» de Himmler para el período de paz. No obstante, estos hombres consideraban que la democracia parlamentaria era una falsa «democradura» (*Demokratur*), creían que se debía abolir el sistema multipartidista y querían reunificar el país de algún modo con la ayuda de fascistas extranjeros de ideas afines. Ignorados por los votantes, se peleaban constantemente entre ellos, acusándose mutuamente de venderse o transigir en la cuestión de la raza. Algunos fundaron un movimiento del Nuevo Orden Europeo al año siguiente para hacer la guerra al «bolchevismo mongoloide» y al «capitalismo negroide» en nombre del hombre blanco. Otros pensaban en la posibilidad de atraer a los nacionalistas africanos y forjar una nueva Euráfrica que permitiera a Europa recuperar su posición en el centro de los asuntos mundiales.[31]

Eran demasiado estúpidos, retrógrados y ruidosos para obtener algo más que una precaria posición en la Europa del Mundo Libre. Otros eran más

flexibles ideológicamente e hicieron la transición con muchos menos problemas. Puede que la guerra de Estados Unidos contra la URSS, a diferencia de la versión anterior de los nazis, tuviera una ambición cada vez más global, pero desde luego eso no significaba que la pericia alemana pasara a ser irrelevante de repente. Reinhard Gehlen, el jefe de espías de la Wehrmacht en el Este, creó una red para reunir información en Europa oriental con apoyo estadounidense y se basó en ella cuando fundó el Servicio de Información de Alemania Federal. Otto Bräutigam, el crítico de Alfred Rosenberg que hablaba tan abiertamente en contra de la política seguida por las SS en la Rusia europea, se convirtió en el principal experto de Alemania Occidental sobre temas soviéticos, y una multitud de supuestos «investigadores sobre el Este» volvieron a incorporarse, con esfuerzo y a codazos, a prestigiosas carreras académicas. Pocos fueron tan prominentes como Theodor Oberländer, antiguo combatiente del *Freikorps* y «asesor político» de varias infames unidades antipartisanas en los territorios ocupados del Este, que sirvió en Bonn como mimistro para los refugiados y expulsados durante gran parte de la década de 1950 y dio cargos a otros numerosos ex nazis, entre ellos el antiguo alcalde de Łódź durante la guerra y el antiguo director de un periódico de las SA. El Gobierno del canciller Adenauer se vio constantemente en situaciones embarazosas debido a desagradables revelaciones de este tipo. Casi sesenta de los antiguos funcionarios de Ribbentrop fueron empleados en el Ministerio de Exteriores de Alemania Occidental cuando los Aliados finalmente permitieron su apertura en 1951 y la mayoría de los diplomáticos y muchos jueces y fiscales eran antiguos miembros del Partido Nazi.[32]

La situación era similar en gran parte de la Europa del Mundo Libre. René Bousquet se desembarazó de una condena de poca importancia al final de la guerra, ganó dinero con bancos y periódicos y fue diputado de la Asamblea nacional. Maurice Papon, el prefecto de la policía de Burdeos durante la guerra, llegó a ser el jefe de la policía de París (allí estuvo al mando durante el tristemente célebre asesinato de docenas de manifestantes argelinos en octubre de 1961) y finalmente ministro. En Italia, si bien la nueva élite política surgió a partir de los círculos antifascistas católicos e izquierdistas, los puestos de la magistratura, de los servicios de información y de la policía se cubrieron fundamentalmente con antiguos fascistas. También en Grecia la guerra civil a finales de la década de 1940 permitió que muchos que habían colaborado con los nazis durante la guerra volvieran a posiciones de poder. Finalmente, hasta la España de Franco fue admitida en las Naciones Unidas.

Como la derecha había sido tan poderosa en muchos países de Europa, la transición de vuelta a un mundo más democrático probablemente no podría haber tenido lugar sin tales maniobras. Sin duda, éstas no significaron que los regímenes fascistas o nazis hubieran logrado sobrevivir a su rotunda derrota. Una vez que los dictadores desaparecieron, las cosas nunca podrían haber vuelto a ser iguales. Albert Speer cuenta cómo a finales de julio de 1943, poco después del hundimiento del gobierno de Mussolini, Hitler estaba sentado en la casa de té de su cuartel general de Prusia Oriental con un grupo de sus asesores políticos y sus generales de más alto rango cuando el general Alfred Jodl de repente terció: «Ahora que lo pienso, el fascismo estalló, sin más, como una pompa de jabón». El silencio consternado que se produjo a continuación demostró hasta qué punto les pesó esa idea a los presentes. Un nervioso fascista italiano le había recordado exactamente en esta misma época al propio Mussolini que «el estado sólo es fascista porque Usted quiere que lo sea, porque Usted ha emitido decretos que lo transformaron en un estado fascista y, sobre todo, porque USTED está en su centro». Esto también era cierto en el caso del nazismo, naturalmente, aunque en 1945, y durante algunos años más, hubo unos cuantos nazis que no lo creyeron, y que pensaron que podrían seguir luchando por el nacionalsocialismo, quizá incluso mejorarlo, sin el Führer. Con el tiempo, la mayoría de ellos comprendieron también que el Nuevo Orden se había derrumbado con la derrota de Alemania sin que existiera ninguna posibilidad de restaurarlo. Pero ningún orden político empieza de la nada. Y la Europa de la posguerra, que tan deseosa estaba de proclamar su ruptura con el pasado, estaba ligada a él de más formas que las que le gustaba admitir.[33]

18

El Nuevo Orden en la historia mundial

El siglo de predominio alemán en Europa había llegado a su término. También lo había hecho la supremacía de Europa en el mundo.

LEWIS NAMIER[1]

El Nomos de la Tierra

A lo largo del período de tiempo que abarcó aproximadamente desde 1750 hasta 1950, las repercusiones de las rivalidades internas de Europa se sintieron en todo el mundo. A comienzos del siglo XIX, la tentativa de Napoleón de forjar un imperio europeo hizo que se relajara el dominio de España sobre América del Sur; a finales de siglo, un frenético reparto colonial de África, Asia y el Pacífico estaba produciendo puntos calientes en todas partes desde Venezuela hasta Fashoda. El nuevo imperialismo, estrechamente vinculado a la lucha por el dominio en Europa, había creado un sistema interconectado de estados que competían por la tierra, los recursos y el prestigio. El «mundo civilizado», escribió un autor estadounidense en 1900, estaba consagrado a una «conquista económica… de los recursos naturales del globo».[2]

Idealistas como el presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, estaban resueltos a que las cosas cambiaran. En París, en 1919, los vencedores de la primera guerra mundial proclamaron que esta indecorosa competición había acabado con la creación de la Sociedad de Naciones y anunciaron esto como el comienzo de un nuevo orden legal para el mundo. Pero las potencias derrotadas discreparon: para ellas la competición por las colonias no había

terminado y para ellas la Sociedad de Naciones no era más que un aparato inventado por los vencedores para ingresar sus beneficios. No se podía negar que, de hecho, los británicos y los franceses habían ganado: el imperio Británico nunca fue tan grande como en el período de entreguerras, aumentado por sus mandatos de la Sociedad de Naciones. Tuvo que ser un geólogo estadounidense quien señalara la incómoda verdad de que en la década de 1930 Inglaterra y Estados Unidos, entre los dos países, controlaban casi las tres cuartas partes de la producción mineral del mundo; en sus palabras, «la defensa de la democracia y la defensa de la posición sobre los minerales más o menos coinciden».[3]

En abril de 1939, con la reputación de la Sociedad de Naciones destrozada, el jurista alemán Carl Schmitt perfiló un modelo completamente distinto para administrar el sistema internacional. Praga había caído quince días antes, y el Tercer Reich estaba escalando posiciones. En un discurso implacable, Schmitt afirmó que la Sociedad de Naciones había sido una mala idea desde el comienzo, y que en realidad había hecho que el mundo fuera más inestable erigiendo un sistema legal supuestamente universal sobre la tambaleante base de la resolución posterior a 1918. El ascenso de la Alemania nazi proporcionaba la oportunidad para reconstruir las relaciones internacionales sobre una base más sólida. Lo que proponía era seguir el ejemplo de Estados Unidos sustituyendo Ginebra por un sistema de bloques de poder regionales. Estados Unidos, al fin y al cabo, podían proclamar su compromiso con los principios generales del gobierno mundial, pero en realidad no veían que hubiera ninguna incompatibilidad entre esto y la Doctrina Monroe, un acuerdo regionalmente limitado entre una gran potencia y potencias menores que excluía a los estados no americanos de sus asuntos. Aquí, en un sistema de ley basado en el control del territorio, Schmitt veía un nuevo modelo para Alemania y para todos los demás. El universalismo era una ficción, insistía él, una hipocresía que se debía abandonar en favor del reconocimiento de que algunos estados eran más fuertes que otros. El orden podría garantizarse mejor dividiendo el globo en regiones, cada una de ellas gobernada por una sola potencia hegemónica que tuviera el deber de imponer la estabilidad sobre la base de su «idea política» dominante y excluyendo la intervención exterior en su dominio. Esa tarea, en Europa, le correspondía ahora a Alemania.[4]

Se informó ampliamente del discurso de Schmitt en la prensa, y pronto se debatió la idea básica de una Doctrina Monroe alemana. A la luz de la toma del poder de Checoslovaquia por los alemanes sólo unos pocos días antes, los

periódicos británicos le dieron prominencia: «Hasta ahora ningún estadista alemán ha dado una definición precisa de sus objetivos en Europa oriental», escribió *The Times*, «pero quizá una reciente declaración del profesor Carl Schmitt, un experto nazi en derecho constitucional, pueda tomarse como una guía fidedigna». El *Daily Mail* identificó a Schmitt como «el hombre "clave" de *Herr* Hitler en esta política». Desde luego, Schmitt no era eso; él era políticamente, en este momento, una figura relativamente marginal en el firmamento nazi, con muchos enemigos poderosos. No obstante, él articuló más claramente que ningún otro en el Tercer Reich la forma en la que el régimen veía su lugar en el mundo en este momento. De hecho, el propio Hitler empezó a usar un lenguaje que sonaba muy propio de Schmitt. A finales de abril, respondió a un discurso de Roosevelt mencionando la Doctrina Monroe y diciendo que «nosotros, los alemanes, apoyamos una doctrina similar para Europa, y sobre todo, para el territorio y los intereses del Gran Reich Alemán». Volvió sobre la idea después de la conquista de Polonia. En marzo de 1940, Ribbentrop le dijo a Sumner Welles, el subsecretario de Estado estadounidense, que estaba de visita en Europa para evaluar las posibilidades de paz, que «Alemania también tiene su Doctrina Monroe». Los vertiginosos éxitos de Alemania en los meses posteriores hicieron que este discurso, que en un principio sólo pretendía referirse a Europa central y oriental, se ampliara para formar una especie de pretensión sobre el continente en conjunto. «América para los americanos, Europa para los europeos», fue la concisa y expresiva formulación que dio Hitler a un periodista estadounidense, añadiendo que sentía la necesidad de una «Doctrina Monroe fundamental y mutuamente compatible» entre el Viejo Mundo y el Nuevo Mundo.[5]

Sin embargo, como Hitler rápidamente descubrió, convertir a Alemania en árbitro del continente, e intentar gobernar Europa como si ésta pudiera separarse del resto del mundo, planteaba más interrogantes que los que respondía. Un problema urgente para Berlín era explicar qué futuro implicaba exactamente esto para su principal aliado europeo, Italia. Los italianos estaban comprensiblemente disgustados, ya que temían que una Doctrina Monroe para Europa les hiciera desempeñar, en relación al Tercer Reich, el mismo papel que México desempeñaba en relación a Estados Unidos. En realidad, no era posible disipar esos miedos (que estaban plenamente justificados), sobre todo porque las fronteras entre los «espacios vitales» alemán e italiano siempre fueron borrosas, y porque las debilidades militares

de Italia hicieron que los alemanes se vieran arrastrados a entrar en zonas que para los italianos formaban parte de su propia esfera de influencia.

Un mayor interrogante tenía que ver con las colonias de Europa, con sus materias primas y sus minerales, que tenían un valor incalculable. Hitler era plenamente consciente de su importancia y había acumulado reservas de artículos fundamentales antes de la guerra. También invadió Noruega para asegurarse el acceso al mineral de hierro sueco, amplió la producción de níquel en Petsamo, en Finlandia, se apoderó de las minas de cobre de Bor en Yugoslavia y de los depósitos de manganeso en Ucrania. Pero fuera de Europa las cosas eran distintas. Cuando El Chad y Camerún apoyaron a De Gaulle en 1940, dando acceso a los Aliados a oro, petróleo, tungsteno y titanio, los alemanes quedaron indefensos. En cuanto a las riquezas del Congo belga, el Reich tenía pocas posibilidades de hacerse con ellas. Logró apoderarse del uranio refinado almacenado en Bélgica, pero la Union Minière de Katanga ya había trasladado la mayoría de sus reservas minerales más allá del alcance de Alemania antes de la invasión. Una vez que el gobernador general belga en el Congo se declaró a favor de que los ingenieros aliados y estadounidenses fueran allí para reabrir las minas de Shinkolobwe, Hitler ya no pudo hacer nada. En conjunto, se calcula que África proporcionó aproximadamente la mitad el oro del mundo durante la guerra, casi el 90 por 100 del cobalto y prácticamente todos sus diamantes y su uranio, pero el Tercer Reich no se hizo con casi nada de ello.[6]

Los acontecimientos que tuvieron lugar en el hemisferio occidental fueron otro recordatorio de la falta de alcance transcontinental del Reich. En 1940, Hitler sólo pudo echar chispas cuando la Conferencia de La Habana invocó la Doctrina Monroe para reclamar un mandato sobre todas las colonias europeas en las Américas cuyas metrópolis hubieran sido conquistadas por los alemanes. De hecho, Estados Unidos toleró que Vichy dominara el Caribe (lo que incluyó la creación de inmundos regímenes autoritarios en lugares como Mauricio), pero no perdió de vista las vitales minas de bauxita de Surinam y las refinerías de petróleo de las Antillas holandesas mientras ponía en marcha rápidamente su propio rearme. Incluso las operaciones de espionaje que los nazis llevaron a cabo en las Américas lograron pocas cosas que tuvieran alguna importancia operativa, a pesar de la existencia de grandes colonias de alemanes que estaban a favor de ellos en lugares como Argentina, Paraguay y Chile; su amplia participación encubierta en la campaña presidencial de 1940 de Estados Unidos no logró impedir la reelección de Roosevelt y, fue, si es que algo fue, contraproducente. Cuando Alemania intentó introducirse en

Brasil, fue rápidamente desviada por los estadounidenses, que desarrollaron su propio sistema de bases aéreas en el hemisferio a través de Pan-am y del Programa de Desarrollo de Aeropuertos, un programa que aumentó enormemente su capacidad para proyectar su poder por todo el Atlántico y el Pacífico. En resumen, mientras que Alemania no logró hacer progresos en África ni en las Américas, la *amenaza* que representaba su rápida conquista de Europa permitió que Estados Unidos lo hicieran.[7]

Pues ahí estaba el problema fundamental. Justo cuando los alemanes empezaron a hablar sobre la Doctrina Monroe, los estadounidenses ya estaban mirando mucho más allá de ella y empezando a imaginarse a sí mismos como una potencia militar mundial. El verdadero estado de la preparación estadounidense era lamentable (en el verano de 1940, su ejército podía desplegar sólo una tercera parte del número de divisiones que los belgas), pero, por esta misma razón, Roosevelt estaba resuelto a llevar a cabo un rápido aumento de tropas. La respuesta de Hitler a la Conferencia de La Habana había sido insistir en que los estadounidenses se mantuvieran al margen de los asuntos europeos. Pero había escasas posibilidades de que eso se produjera. Roosevelt ya había explicado al congreso que Estados Unidos no podía admitir una derrota de los Aliados, ya que eso «dejaría el hemisferio occidental entre las fauces de un imperio alemán victorioso en una Europa conquistada y un imperio japonés triunfante en una Asia sometida».[8]

Desde luego, los paralelismos entre lo que estaba sucediendo en Europa y en Asia eran asombrosos. El Gobierno japonés, proponiendo una Doctrina Monroe propia, ya había proclamado en 1934 que tenía «responsabilidades especiales en Asia Oriental». Naturalmente, los estadounidenses habían mostrado su desprecio por esta idea. «Nuestra Doctrina Monroe y la supuesta Doctrina Monroe de Japón no se parecen más entre ellas que el negro y el blanco», declaró el secretario de Estado de Roosevelt en abril de 1940. Pero la idea se hizo mucho más convincente en Japón en los meses siguientes gracias a las victorias de los alemanes en Europa occidental. La Indochina francesa y las Indias Orientales holandesas parecieron vulnerables de repente, y hubo llamamientos para introducir un estado de partido único en Tokio siguiendo el modelo alemán. Los conservadores y la Casa Real lograron resistirse a ellos, pero la idea de fundar un Nuevo Orden japonés fue mucho más lejos. Esperando, como los alemanes, que las conquistas traerían consigo la autosuficiencia y reducirían el creciente poder global de Estados Unidos, cuyas sanciones ya habían puesto de manifiesto la aguda dependencia que tenía Japón de los suministros de energía importada, Tokio desplegó grandes

cantidades de soldados en la Indochina francesa para ofrecer a Vichy su «protección», bloqueando las vitales líneas de abastecimiento a China. Cuando el año siguiente penetraron en Hong Kong, las Indias Orientales holandesas, la Península Malaya y Singapur, sus barcos volvieron con tales cantidades de bauxita, mineral de hierro, arroz y caucho que los estadounidenses se alarmaron. De hecho, se estaban preparando planes aún más ambiciosos para ampliar el imperio de Japón a Alaska, y a la costa occidental de las Américas.[9]

El Pacto Tripartito que Japón firmó con Alemania e Italia en septiembre de 1940 no fue sino la expresión diplomática internacional de la idea de *Grossraum* de Schmitt y la apoteosis de la idea de autarquía definida regionalmente. Según el Pacto, Japón reconocía «el liderazgo de Alemania e Italia en la creación de un Nuevo Orden en Europa», mientras que estos últimos reconocían el papel principal de Japón en el próximo Nuevo Orden en la «Gran Asia Oriental». Con su discurso sobre el «liderazgo» y «el lugar apropiado» de cada nación en el mundo, el Pacto hablaba de poder, región y jerarquía, no de igualdad, universalidad y soberanía. Sobre el papel, en todo caso, el Pacto parecía hacer realidad la idea de Schmitt de que un orden legal se origina en el mismo acto de repartir el territorio.

En realidad, estas tres potencias tenían pocas cosas en común, más allá de su odio a la Sociedad de Naciones, su resentimiento y su miedo por haber sido excluidas de la división del mundo que se había llevado a cabo en 1919 y su determinación de evitar un mayor aislamiento haciendo causa común entre ellas. Como no pudieron poner fin a los combates en 1940, esta falta de coordinación tuvo más importancia que lo que pareció en la época; una vez que Estados Unidos entró en la guerra, y ésta se convirtió en una «guerra mundial» verdaderamente global por primera vez, su falta de comunicación contrastó nítidamente con la asocición que forjaron sus enemigos. Entre los miembros del Pacto Tripartito no había ningún marco institucional para la realización de consultas, y los únicos organismos comunes que existían eran puramente ceremoniales. Durante la guerra no surgió ninguna estrategia militar conjunta: siguiendo fielmente la concepción de Schmitt, lo que importaba era cómo cada potencia gobernaba dentro de su esfera regional, no lo que sucedía entre ellas.[10]

El imperialismo: ¿más allá de la variante liberal?

Hitler habría preferido, con mucho, tener a Gran Bretaña como aliada en Asia, en lugar de a Japón. Pocos admiraban más a los británicos como potencia colonial que el Führer, y éste a menudo hizo hincapié en la armonía que existía entre los intereses de aquellos y los alemanes. «Si hoy en día el globo tiene un imperio mundial inglés», había escrito en 1928, «hoy por hoy tampoco existe ningún otro *Volk* que, debido tanto a sus cualidades dominantes generales como a su lucidez política, esté más capacitado para él… No hay ninguna razón por la que la enemistad de Inglaterra contra Alemania deba durar eternamente».[11]

En Alemania otros antes que él habían compartido la admiración que sentía por ellos. Ya hacía mucho tiempo que el poderoso imperio Británico había establecido el patrón para los imperialistas alemanes, y su visión de las causas de su ascenso a la categoría de potencia mundial era fundamentalmente la que articulan muchos historiadores hoy en día. El hecho de gozar de acceso, a través de sus colonias, a tierras extranjeras y a suministros de energía en las Américas y el Pacífico, y del control de mercados vibrantes en el sur de Asia, había permitido a los británicos escapar de las limitaciones maltusianas que le imponían los recursos limitados de los que disponía en su propia pequeña isla y emprender la especialización de la producción que avivó la revolución industrial y aumentó su poder mundial.[12]

Los aspirantes a imperialistas alemanes también se sentían inclinados a hacer hincapie en un tercer factor: el carácter, la energía y la crueldad de los propios colonizadores. La toma de la India por los británicos, por ejemplo, había dependido de la iniciativa que mostró una cantidad relativamente pequeña de individuos. Su dominación de América del Norte y de Australia puso de relieve la importancia de las bandas independientes de colonos blancos que no habían tenido miedo de expulsar, esclavizar o erradicar a los «salvajes» que habían encontrado viviendo allí para colonizar la tierra para ellos mismos. Incluso en esa época, al fin y al cabo, estas matanzas habían parecido inevitables, parte de la marcha del progreso. Los propios antropólogos victorianos, ¿no habían registrado el asombroso ritmo de «disminución y exterminio» de las tribus nativas a consecuencia de la llegada del hombre blanco? Algunos llegaban a aconsejar que «los nativos deben ser exterminados o reducidos a unas cantidades que puedan ser fácilmente controlables» cuando no produjeran beneficios. Los divulgadores darwinistas criticaban la ignorancia de la gente que protestaba por «la eliminación de las razas inferiores». Matar a pueblos nativos parecía ser un precio que muchos

europeos estaban dispuestos a pagar con el fin de reclamar tierras extranjeras.[13]

Mientras los británicos construían un nuevo imperio en África y consolidaban sus colonias de colonos blancos, el grupo de presión colonial en la Alemania del Kaiser temía quedarse atrás. Los alemanes estaban emigrando en cantidades colosales, pero, como percibieron los observadores de esa época, ni mucho menos estaban sirviendo a los intereses del colonialismo *alemán* al hacerlo. Por su cuenta y riesgo, extraordinarias cantidades de emigrantes se habían dirigido a las Américas, superando en número a los irlandeses o a los ingleses durante gran parte del siglo XIX. Más de medio millón de alemanes llegaron allí solamente a mediados de la década de 1850; después de 1815, en todo el siglo llegaron más de cinco millones. De hecho, constituyeron más del 40 por 100 de *todos* los inmigrantes que se dirigieron a Estados Unidos (que, con mucho, fueron el mayor grupo) entre la década de 1850 y el comienzo de la de 1890. Los colonialistas alemanes lamentaron su pérdida. Según el manifiesto que hizo pública en 1884 la Gesellschaft für Deutsche Kolonisation de Carl Peters:

> La nación alemana ha salido con las manos vacías de la partición de la tierra tal como ha sucedido desde el siglo XV hasta ahora… El imperio alemán, grande y fuerte a través de la unificación, lograda por la sangre, es la principal potencia del continente de Europa [pero] la gran corriente de la emigración alemana desemboca en razas extranjeras y desaparece dentro de ellas… el *Deutschtum* en el extranjero está condenado a la constante ruina nacional.[14]

El propio Estados Unidos, por otro lado, destacaba como el más importante ejemplo mundial de asentamiento colonial moderno, exactamente lo que los grupos de presión querían para su país. «¿Podría Alemania mantener su poder y su categoría en el mundo si los anglosajones y los rusos continuaban duplicando su población mientras a Alemania se lo impedía la falta de espacio?», preguntaba un entusiasta en 1879. «¿No debería ser Alemania una reina entre naciones, dominando ampliamente interminables territorios, como los ingleses, los estadounidenses y los rusos?»[15]

«Reina entre naciones»: la frase expresaba perfectamente el orgullo nacional herido, el deseo de ser tomado en serio, que animó gran parte de la competición imperial de Europa. La expansión se consideraba, por consiguiente, no sólo necesaria para aumentar el crecimiento y la prosperidad, sino también para proporcionar una idea renovada de propósito nacional. Los grupos de presión trataron de recabar el apoyo de su gobierno, insistiendo en que los alemanes eran «un estado, no colonizadores de pueblos».[16] Pero si tuvieron que suplicar fue porque al propio Bismarck el espíritu pionero le

dejaba indiferente. Ni él ni sus sucesores prestaron demasiada atención a aquellos que afirmaban que la envergadura de la emigración alemana a América del Sur justificaba las reivindicaciones coloniales en el hemisferio occidental, en Brasil, quizá, o en Argentina. A ellos les preocupaba más la frontera oriental del Reich.[17]

Hitler y los nazis estaban de acuerdo con el antiguo grupo de presión colonial de antes de la guerra: Alemania no podría construir un imperio sin un apoyo sostenido por parte del estado. También estaban de acuerdo con Bismarck: la colonización debía centrarse en el este. Sin embargo, en lo referente a la mera envergadura de sus ambiciones, nadie les igualaba. En el invierno de 1944, Hitler se refirió a los emigrantes transatlánticos cuando se quejó de que sólo la desunión política de Alemania había llevado a que el continente americano «fuera inglés en lugar de alemán». El éxodo demográfico hacia el oeste, según un experto en población de la época de guerra, era «el peor enemigo de nuestra tarea colonizadora» y tenía que invertirse. «¡Ve al este, joven!» decía el título de un artículo publicado durante la guerra en el *Deutsche Zeitung im Ostland*. El despliegue del poder del estado moderno, y el aprovechamiento de la voluntad de los colonos individuales de forma que esta sirviera a los intereses de la nación, eran los instrumentos fundamentales de su política. La cuestión de si realmente existía la cantidad de colonos potenciales suficientes para llevar a cabo una política al lado de la cual la magnitud de los asentamientos de Oregón y California quedaba empeñecida, no preocupaba a los nazis. A mediados del siglo XIX, se habían necesitado veinte años para que medio millón de americanos llevaran a cabo el largo y difícil viaje hasta la costa oeste; los nazis, usando el poder de la burocracia moderna de la época de guerra, trasladaron a una cantidad mayor en tan sólo tres. Lo importante para ellos era que el futuro de Europa no se hallaba al otro lado del Atlántico, sino en la «inmensa área que empieza más allá de Viena, Breslau y Danzig y llega hasta las profundidades del continente asiático»; la emigración y los asentamientos masivos satisfarían «las necesidades económicas de Europa durante una época de paz que durará siglos».[18]

Si Estados Unidos proporcionó el modelo de asentamiento, fueron las colonias anteriores a 1914 las que proporcionaron toda la poca pericia administrativa que existiera en el Tercer Reich. Por consiguiente, desde 1939 los veteranos de los anteriores coqueteos de Alemania con la política colonial fueron reclutados para que prestaran ayuda. Viktor Böttcher, el gobernador provincial de Posen durante la guerra, había servido en la administración de la

República de Camerún alemana antes de 1914, y uno de sus colegas había creado ramas del Partido Nazi en el sur de África. Algunos de los alemanes que fueron asentados en antiguas fincas polacas habían llegado desde lugares tan lejanos como Ciudad del Cabo, Angola y Brasil. Etnógrafos, antropólogos y científicos raciales rápidamente prestaron su pericia al «llamamiento colonial en el Este». Como lo expresó un «pionero colonial» en 1941, los antiguos veteranos alemanes de África tendrían «que realizar ahora en el Este del Reich el trabajo constructivo que habían llevado a cabo anteriormente en África».[19]

Sin embargo, mucho más importante que el personal humano real fue el repertorio de ideas y prácticas en las que se inspiraron los nazis. En las colonias alemanas de antes de la guerra, por ejemplo, las leyes raciales habían criminalizado las relaciones sexuales entre nativos y no nativos, y en otros regímenes coloniales también se veían claramente tendencias similares, tanto si éstas estaban formalizadas en la ley como si no. Al igual que los nazis, muchos administradores coloniales europeos habían establecido sistemas dobles de derecho y de trabajo que distinguían a los ciudadanos (blancos) de los súbditos (no blancos), y que hacían prácticamente imposible pasar de la segunda categoría a la primera. Incluso dentro de Estados Unidos (cuyas leyes raciales y cuyo movimiento eugenésico se habían ganado los elogios de Hitler en la década de 1920) los indios americanos se consideraban «nacionales» pero no ciudadanos, una distinción que los comentaristas estadounidenses de finales del siglo XIX reconocieron como la prerrogativa de «una gran potencia colonial»; constitucionalmente, los puertorriqueños se definieron de forma muy similar a como los alemanes lo hicieron posteriormente con los checos: eran «ajenos a Estados Unidos en un sentido nacional».[20]

En otros casos, naturalmente, se gobernó a los nativos sin ninguna ley en absoluto, sobre la base de normas disciplinarias y decretos administrativos, como en el caso del *indigènat* francés. Los trabajos forzados y muchas de las otras imposiciones que indignaron a los europeos cuando los alemanes les sometieron a ellas también fueron habituales. Justo antes de la guerra, la Sociedad de Naciones patrocinó una conferencia para comparar cómo las distintas autoridades coloniales trataban a sus «poblaciones nativas». Cuando Margery Perham, una experta colonial británica, intentó defender el historial de su país, un crítico liberal le recordó

> la segregación racial en Sudáfrica, la confiscación de derechos políticos a los nativos del Cabo durante los últimos dos o tres años, los trabajos forzados que seguían formando parte de la

> política británica en ciertos territorios africanos y también la pérdida de los mejores territorios de Kenia por parte de los nativos para poder abastecer a los colonos blancos …[21]

Entonces, ¿cuál *era* la diferencia entre lo que otras potencias imperiales hacían en el extranjero, y lo que los nazis estaban haciendo en Europa? Algunos pensaban que no era muy grande. La postura comunista oficial, por lo menos hasta que la URSS fue atacada en 1941, era que la guerra, lejos de ser una lucha por la libertad, no era en realidad nada más que una competición entre bloques imperialistas rivales. «Mientras sean Inglaterra y Francia quienes roben y opriman a millones de personas en sus colonias, eso no es sino una especie de "libertad y humanidad"», escribió el exiliado comunista austríaco Ernst Fischer en 1940. «Pero en cuanto otros imperialistas exigen una parte del botín, se trata de un golpe a la armonía de los continentes.» «Los lemas de democracia y libertad que se han declarado», declaró el Partido Comunista de Irlanda en octubre de 1939, cuando exigió la devolución de seis condados del norte, «son cortinas de humo que ocultan los objetivos imperialistas de los círculos dirigentes… [que] están librando una guerra para defender su saqueo colonial… Cualquier lucha por la libertad o por una vida mejor en el extranjero es una farsa mientras éstas se nieguen dentro del país». [22]

En las colonias, la cuestión fundamental no era tanto el capitalismo como la raza. Después de la guerra, el escritor Aimé Césaire escribió que el problema, desde el principio, había sido la falta de comprensión de los europeos y su limitada compasión imaginativa. En cierto sentido, habían necesitado el nazismo para darse cuenta de lo que producían los prejuicios raciales. No habían logrado entender la verdadera naturaleza del colonialismo porque el racismo les había impedido comprender la situación de aquellos a quienes oprimían. Toleraron «el nazismo antes de que se les infligiera a ellos… lo absolvieron, cerraron los ojos para no verlo, lo legitimaron, porque, hasta entonces, sólo se había aplicado a pueblos no europeos».[23]

La observación de Césaire quedaba confirmada por el hecho de que era mucho más probable que a la clase de antiimperialistas a los que se podía encontrar en la metrópoli les preocupara mucho más el efecto corruptor que podía tener el imperio sobre las libertades civiles en el interior del país, que la igualdad racial. En palabras del abogado radical británico del siglo XIX Frederick Harrison, «no podemos dictar normas para los negros sin cebar trampas para los europeos». Harrison formaba parte de un venerable, si bien minoritario, coro que advertía del peligro que entrañaba el hecho de tratar a la gente de una forma en el extranjero y de otra en el territorio nacional. Sin

embargo, la idea profundamente ambigua de la «civilización» proporcionó a la opinión mayoritaria en Europa una justificación para hacer exactamente esto. Pues, aunque la ley internacional victoriana legitimaba el dominio colonial, lo hacía ofreciendo la promesa de la liberación: en una teoría que generalmente sólo se cumplía al infringirla, cuanto más se acercara un pueblo a ser capaz de formar un estado de acuerdo con el supuesto «nivel estándar de civilización», mayor sería su autonomía y más probabilidades tendría de obtener la independencia. La libertad había que ganársela. Los filósofos del derecho y los politólogos hablaban sobre distintos niveles de soberanía y distinguían entre pueblos «civilizados», «bárbaros» y «salvajes». Era una forma de hablar sobre jerarquías raciales sin tener que mencionar la raza, y dando a entender que las diferencias raciales podrían ser ignoradas en algún momento no especificado del futuro.[24]

Ésta era la visión del mundo que sustentó el acuerdo de paz de 1919. En Versalles las potencias vencedoras habían otorgado la soberanía a los pueblos «civilizados» de Europa Oriental y habían creado allí un conjunto de «Nuevos estados», sometidos solamente a la vigilancia condicional del régimen de los derechos de las minorías. En Oriente Medio, habían creado mandatos de la Sociedad de Naciones para llevar a los pueblos árabes a la independencia y para que adquirieran plena categoría de estados, un proceso que llevó la libertad (si así se le podía llamar) a Egipto e Irak antes de que estallara la guerra (aunque no a Siria ni a Líbano). Sólo entre los «salvajes» de África y el Pacífico justificaron que el dominio colonial se prolongara a lo largo de un futuro indefinido.

Fue esta promesa de eventual (aunque siempre tenue) redención política lo que el nazismo rechazó decididamente. Si la conquista italiana de Etiopía había reducido violentamente a un estado soberano, y miembro de la Sociedad de Naciones, a la condición de colonia, la conquista nazi de Europa oriental fue otra agresión, aún más espectacular, a estas suposiciones liberales. El nazismo, basado en las verdades inmutables de la jerarquía racial, era una doctrina de imperio perpetuo, ya que la única alternativa a la dominación que preveía era la opresión y la muerte nacional. En su discurso en el Reichstag del 6 de octubre de 1939, Hitler justificó la desmembración de Polonia basándose en que ésta había demostrado ser «incapaz de existir». «No es posible tratar a los países europeos como a colonias», se quejó Mussolini al industrial italiano Pirelli en junio de 1941, pero esto era lo que los alemanes pretendían hacer.[25]

De este modo, los nazis estaban derribando toda la noble fachada del derecho internacional del siglo XIX. Como lo expresó Werner Best en 1939, «las relaciones entre los estados, lo que hasta ahora se ha llamado ley internacional, ya no pueden llamarse “ley”». La diferencia fundamental entre ellos y otros imperialistas europeos, desde este punto de vista, era sencillamente que ellos situaban la línea de falla que dividía a los gobernantes de los gobernados dentro de Europa, y no fuera de ella. En el Raj dominado por los británicos, un funcionario había desestimado las protestas de un estado principesco indio basándose en que «las máximas de la ley internacional» sólo regulaban «las relaciones entre estados europeos independientes e iguales entre sí». En la práctica, Europa central y oriental ahora eran la India de Alemania. Al proclamar el Protectorado de Bohemia-Moravia en marzo de 1939, los alemanes importaron al propio continente de Europa el modelo colonial de concebir los vínculos entre los pueblos avanzados y los atrasados. Erradicando los estados independientes de Checoslovaquia y Polonia, los nazis revocaron la suposición progresista de que la soberanía, una vez que se obtenía, no se podía, como aspecto de la vida civilizada, abolir o menoscabar. **[26]**

Evidentemente, un imperio que amenazaba a sus súbditos con la desnacionalización se basaba en medios muy diferentes para mantenerse en el poder que uno basado en premisas liberales. La interpretación que hizo Hitler de cómo los británicos gobernaban la India demostró que lo que importaba para él, en el fondo, era la fuerza. Una potencia dominante, según él, ni siquiera debía fingir que lo que estaba haciendo iba en beneficio de nadie, salvo de sí misma.

> A un inglés nunca se le habría ocurrido, en la época en la que se fundaron las colonias de Inglaterra, justificar sus acciones por razones distintas a las muy reales y sensatas ventajas que éstas podrían acarrearle… Cuanto menos pensaba el inglés en, por ejemplo, imponer la cultura inglesa o la educación inglesa a los salvajes, más simpatizaban necesariamente con tal forma de gobierno los salvajes, quienes, desde luego, no estaban ávidos de cultura. Además de esto, sin duda, estaba también el látigo, que igualmente se podría usar con la mayor prontitud, ya que, con ello, no se corría el peligro de contradecir una misión cultural.**[27]**

Posturas de una crudeza semejante no eran desconocidas entre los propios británicos, desde luego. En la época de la sublevación de Jamaica de 1865, por ejemplo, habían surgido expresiones de un nuevo autoritarismo racial en la prensa victoriana. Según el director de la publicación médica *The Lancet*, los grupos pequeños de hombres blancos sólo se podrían proteger en las colonias mediante los métodos más coercitivos; los nativos tenían que ser, o bien «contenidos constantemente con mano de hierro, o exterminados

lentamente». Este tipo de ideas expresaban una posibilidad inherente en el propio ejercicio del imperio, y los británicos estaban dándose cuenta, con preocupación, de que tenían «la fuerza del número» en su contra. El tío de Virginia Woolf, Fitzjames Stephen, escribió en una famosa carta a *The Times* en 1883 que «un gobierno absoluto, fundado no sobre el consentimiento sino sobre la conquista», como el británico en la India, representaba a «una civilización beligerante» que no debía «rehuir la afirmación manifiesta, inflexible, franca de [su propia] superioridad». No obstante, ésta no era la postura habitual en Inglaterra, y siempre se veía sometida a críticas. En este aspecto es donde en última instancia destacó el imperio de Hitler. Por muy brutales y asesinos que fueran a menudo, ni los británicos ni ninguna otra potencia colonial europea se enfrentaron jamás al problema de la «fuerza del número» con tanta violencia o precipitación como los nazis. La aproximación de los primeros fue generalmente gradual y experimental, impulsada por una imaginación política que no caía en extremismos de tipo nazi al estar constreñida por factores tales como una cultura más sometida a la ley y unas burocracias estatales sorprendentemente desmotivadas. Si bien carecían de la ideología y de los recursos necesarios para sistematizar las matanzas hasta el grado en que lo hizo el Nuevo Orden, también carecían de su sentido fundamental de urgencia. Tras haber llevado a cabo su revolución en el territorio nacional, los nazis tenían prisa por cosechar los beneficios en el extranjero. «Quisimos crear un imperio mundial sólo cuatro años después de haber introducido el servicio militar obligatorio general», fue como lo resumió un oficial alemán capturado en 1943. Mientras la propia guerra creaba escaseces, embotellamientos y enormes problemas nuevos, el culto a la fuerza y la geopolítica racial que los nazis se tomaron tan en serio se convirtieron en un programa de exterminio de una magnitud que no tenía precedentes.**[28]**

Una razón por la que el «realismo» brutal de Hitler en realidad le hizo un flaco favor fue que éste privó a los alemanes de la posibilidad de explotar el nacionalismo como instrumento de guerra política. Compárese su caso con el de los japoneses, que lograron conseguir el apoyo de los nacionalistas asiáticos para que trabajasen con ellos. Los japoneses siguieron de cerca la propaganda de posguerra de los Aliados e intentaron jugar esa baza con sus propias conferencias y declaraciones, en las que las «naciones liberadas» de Asia se prometían entre ellas cooperación y respeto mutuo a su soberanía e

independencia. En la Conferencia de la Gran Asia Oriental que organizaron en 1943, reunieron a representantes de China, Manchukuo, Tailandia, Birmania y las islas Filipinas, así como al líder del movimiento de la India Libre. Se habló de un «nuevo internacionalismo», y el ministro de Exteriores presentó la Declaración del congreso/conferencia como una enérgica respuesta liberacionista asiática a la Carta del Atlántico. Naturalmente, los japoneses se beneficiaron del hecho de que estaban derrocando impopulares regímenes coloniales europeos, mientras que los alemanes estaban penetrando en estados que ya habían obtenido la independencia. No obstante, hubo muchos lugares donde los alemanes podrían haber jugado a algo parecido, pero se negaron a hacerlo.[29]

Uno de ellos fue Oriente Medio. Poco antes del fin de la guerra, Hitler aparentemente lamentó la falta de interés que había tenido en hacer la guerra política en esa zona. «Todo el islam vibró con las noticias de nuestras victorias [en 1940]», le dijo a Bormann en el búnker de Berlín. «Los egipcios, los iraquíes y todo Oriente Medio estaban listos para sublevarse. Piense en lo que podríamos haber hecho para ayudarlos, incluso para instigarlos, como habría sido nuestro deber y también como habría ido en nuestro beneficio.» Pero la memoria le traicionaba. Ante Bormann, que lo escribió todo, el Führer culpó a sus diplomáticos de haberle inducido a error, pero en realidad había sucedido lo contrario: ellos le habían exhortado a *él* a que hiciera pública una declaración sobre la independencia árabe, y él se había negado a hacerlo. Preocupado por la inminente invasión de Rusia, y convencido de que sus tropas pronto controlarían el Caspio, había desaprovechado la posibilidad de tomarse en serio las oportunidades que ofrecían Irak e Irán. Había defraudado al Gran Mufti de Jerusalén y al nacionalista indio Subha Chandra Bose, impidiendo que Alemania se aprovechara de los disturbios que se extendieron por todo el subcontinente indio en el verano de 1942. Cuando las fuerzas del Eje sí cruzaron a Egipto, la declaración que hicieron pública sobre la independencia egipcia fue tan poco convincente y quedó tan lejos de lo que los políticos árabes habían reclamado que ello no aportó ningún reconocimiento a Berlín. La realidad era que, fuera de Europa, Hitler seguía siendo un partidario de la superioridad racial de los pueblos anglosajones y no quiso hacer nada que pudiera acelerar la desaparición de Gran Bretaña como «raza dominante».[30]

En cuanto a los territorios soviéticos ocupados, que eran mucho más importantes, al Führer se le habían presentado una serie de propuestas para apoyar a los nacionalistas de esas zonas y éstas habían sido rechazadas. El

Ministerio de Exteriores alemán desempolvó muchos de sus antiguos planes para la guerra política en Oriente Medio, India y Asia central y después tuvo que archivarlos de nuevo. El ejército y el Ministerio del Este de Rosenberg habían intentado apoyar a los nacionalistas ucranianos y bálticos, e incluso Goebbels acabó aceptando la idea, aunque sólo con fines propagandísticos. Cuando el ministro de Exteriores japonés hizo un discurso en el que apoyó totalmente la independencia india, Goebbels comentó el «excepcional acierto» que suponía la maniobra y comentó que «podríamos aprender mucho de ellos».[31]

Los japoneses se encontraban en una posición óptima para darse cuenta de lo graves que eran los errores de cálculo de su aliado, sobre todo porque eran la única potencia que tenía observadores a ambos lados de las líneas germano-rusas y, por consiguiente, que tenía una idea de la impresionante velocidad de la recuperación del armamento soviético. Después de Stalingrado, el embajador japonés, Oshima, debatió la situación con Ribbentrop y con Hitler en un intento de hacerles cambiar de rumbo. Sin rodeos, advirtió al Führer que, gracias a la política alemana, el bolchevismo volvía a estar al mando:

> Los objetivos de guerra [soviéticos] se han hecho entender bien y se puede calificar la determinación del pueblo de inquebrantable. Todo el pueblo grita: «¡Muerte al invasor alemán!». Da la impresión que toda la nación soviética, en su furor, recibiría con los brazos abiertos otro intento alemán de regresar allí.

Al abogar por un cambio de estrategia, el embajador japonés se mostró educado pero no dejó lugar a dudas:

> En vista de la diversidad de nacionalidades que hay dentro de Rusia, la emancipación de estos pueblos debería convertirse en nuestro lema principal. Sobre la base de la política de Alemania en los territorios ocupados del Este, ¿no sería posible que Alemania contemplara su estrategia política hacia Rusia desde este punto de vista?[32]

«Su idea suena muy convincente», respondió Hitler. «Sin embargo, el hecho es que la manera más eficaz es debilitar la moral en el campo de batalla mediante la ofensiva militar. Existe el peligro de que los planes políticos puedan tener resultados exactamente contrarios a los que se buscan.» Un par de meses después, Oshima seguía intentando conseguir que Ribbentrop «diera inmediatamente garantías de independencia a Ucrania y a las tres naciones bálticas». Pero el problema era, como siempre, el Führer. Éste se resistió a todos los llamamientos a cooperar con los nacionalistas de Europa del este sobre la base del antibolchevismo que tenían en común, e incluso en Europa occidental prefirió trabajar a través de burócratas. En la Europa nazi no hubo,

por consiguiente, ningún equivalente alemán al lema japonés de «Asia para los asiáticos» y ninguna versión alemana del dominio indirecto. Hitler no sólo siguió siendo un nacionalista alemán hasta el final; siguió siendo uno incapaz de darse cuenta de que los intereses de Alemania podrían exigir llegar también a ciertos acuerdos con los sentimientos nacionales de otros pueblos. Sagaz en su comprensión de la política alemana, demostró un fatídico provincianismo en lo relativo a las aspiraciones de aquellos que estaban más allá de sus fronteras.[33]

El final del imperialismo europeo

En su artículo de 1939 «Not Counting Niggers», George Orwell prefiguró las críticas de Césaire y denunció la tendencia de correr un velo sobre el problema del imperio. ¿Cómo, se preguntaba, podía afirmarse seriamente que la lucha contra el nazismo en Europa no tenía ninguna implicación para el dominio británico, holandés, belga o francés en África y Asia? ¿Cómo podía describirse ésta en serio como una pugna entre la democracia y el fascismo como si las propias democracias no fueran también dueñas de imperios que gobernaban las vidas de millones de súbditos sin derecho al voto? «¿Qué sentido tendría», escribió, «derrocar el sistema de Hitler para estabilizar algo que es mucho más grande y, a su manera, igual de malo?».[34]

Como tan a menudo sucedía, Orwell se adelantó a su tiempo, pues la mayoría de la gente se siguió negando a ver la conexión. Durante la guerra, el Ministerio de Información británico incluso montó una cruzada imperial para fomentar el entusiasmo por la guerra, subrayando neciamente la diferencia entre el tiránico «imperio de esclavos» nazi y la totalmente distinta «familia de naciones libres» de Gran Bretaña. Fue una absoluta pérdida de tiempo y dinero. Pero la idea de que se debía tratar a los europeos de forma distinta al resto no iba a desaparecer de la noche a la mañana sencillamente porque los nazis hubieran hecho que se entendieran las realidades del colonialismo. La segregación racial informal en el imperio Británico siguió en vigor, aunque a los funcionarios más perspicaces les preocupaba el peligro de que el «prestigio blanco» se viniera abajo y la posibilidad de que se produjera una «revuelta racial» si las cosas no cambiaban. Un funcionario del Ministerio Colonial reaccionó ante la pérdida de Singapur advirtiendo de que las gentes de las colonias «no pueden estar seguras de que ésta sea una guerra tanto de hombres blancos como de negros a menos que estén convencidas, sin sombra

de duda, de que la paz que llegará a continuación de ella será una paz tanto de hombres blancos como de negros.[35]

Ese tipo de resultado era exactamente lo que Churchill, en particular, estaba resuelto a evitar. Los estadounidenses ya estaban proclamando que «la era del imperialismo» había terminado. No obstante, aunque Churchill había firmado la Carta del Atlántico, dejó claro que en su opinión el compromiso con la liberación que ésta expresaba no se aplicaba fuera de Europa. Los gaullistas, los belgas y los holandeses pensaban lo mismo. El «imperialismo» podría haber terminado, pero eso no significaba que las potencias europeas estuvieran planeando hacer las maletas y marcharse. En el mismo momento en que la guerra terminaba, el ministro colonial francés de la posguerra estaba explicando que el hecho de contar con un historial de resistencia a Vichy durante la guerra en las colonias no daba derecho a los activistas a afiliarse al prestigioso Conseil National de la Résistance francés del continente, y una de las principales razones para ello era que existía el riesgo de que los resistentes de Guadalupe, que de ningún modo eran comparables «a nuestros héroes del Maquis», pudieran aprovecharse del hecho de ser miembros de ella para dar a conocer su deseo de liberarse de algo más: del dominio colonial francés en su totalidad.[36]

Por consiguiente, un enconado conflicto global en torno al imperio estaba predestinado a producirse. En 1945, los nacionalistas coloniales de todas partes, desde Argelia hasta Indochina, aclamaron la derrota del nazismo como el comienzo de su propia liberación. Pero las potencias europeas estaban resueltas a luchar para recuperar las colonias que habían perdido y a aferrarse a aquellas que habían conservado durante tanto tiempo como pudieran.

Como mucho querían reformar sus imperios; desde luego, no querían desembarazarse de ellos. Una razón era que la propia ocupación alemana había resaltado e incluso aumentado la importancia política que tenían las colonias. Otra era que las economías atadas al dólar de la Europa arrasada por la guerra, que se enfrentaban a lo que Keynes describió como un «Dunkerque financiero», tenían una necesidad perentoria de que las exportaciones coloniales apuntalaran su balanza de pagos y pagaran los artículos estadounidenses. Y a un nivel más profundo, también, la humillación que todas ellas habían sufrido a manos de los alemanes o los japoneses no hizo más que aumentar su determinación de demostrar su poder. En noviembre de 1945, los británicos consiguieron que los holandeses volvieran a las Indias Orientales enviando allí a 24 000 soldados y aplastando el movimiento de independencia indonesio en Surabaya con la ayuda de un bombardeo naval y

aéreo masivo que provocó miles de víctimas adicionales. Aunque se retiraron de India y Palestina, no se produjo ninguna liquidación global del imperio, y de hecho Oriente Medio se convirtió en el nuevo centro del sistema imperial británico de la posguerra. En cuanto a los franceses, a finales de la década de 1940 pudieron ser tan criminales en su extenso imperio como lo habían sido los alemanes en la propia Francia. En mayo de 1945, miles de argelinos murieron en las matanzas que tuvieron lugar tras las celebraciones del día de la victoria aliada en Europa, que se descontrolaron. Ese mismo mes, entre 100 y 2000 (los cálculos aproximados varían) habitantes de Damasco murieron cuando los franceses bombardearon la ciudad en un vano intento de reforzar su dominio. En Indochina simplemente ignoraron la declaración de independencia del Viet Minh y enviaron sus tropas para volver a ocupar el país; aproximadamente 6000 personas fueron asesinadas cuando un crucero francés bombardeó Haiphong al año siguiente. La represión que se ejerció sobre Madagascar fue la más sanguinaria de todas: aproximadamente 80 000 malgaches murieron entre 1947 y 1948 cuando las tropas aplastaron una sublevación en la isla que en el pasado había sido destinada a ser el hogar de los judíos.[37]

Pero mientras los europeos se aferraban con denuedo a sus colonias, el efecto del nazismo se hizo notar de otras maneras. Desde luego, su derrota no había hecho que se abandonaran por completo las ideas de superioridad racial (eso llevó mucho más tiempo), pero el cambio de vocabulario que se produjo indicó que aparecieron nuevas preocupaciones acerca de cómo éstas sonaban. Las potencias coloniales generalmente dejaron de hablar ahora de su superioridad como raza o incluso como civilización (abandonaron las referencias al «atraso» y los «salvajes», y sustituyeron «nativos» por «autóctonos») e intentaron justificar su dominio en términos de desarrollo económico, participación política y bienestar social. Los británicos hablaban de «asociaciones» en lugar de «fideicomisos», ya que, como lo expresó un funcionario en 1942, «debemos evitar que nos hagan cualquier reproche en el sentido de que cuando nosotros culpamos a Hitler por su ponzoñosa doctrina del *Herrenvolk* nosotros teníamos una doctrina similar en nuestro fuero interno». El «“imperialismo” británico está muerto», afirmaba un folleto del gobierno laborista en 1946, anunciando una nueva política colonial que se suponía que sería «al mismo tiempo liberal y dinámica». Los funcionarios del estado idearon ingeniosos nuevos arreglos constitucionales para sustituir el imperio por comunidades de naciones, confederaciones y otras entidades que sonaban más a consenso. Los franceses abolieron oficialmente su imperio y lo

sustituyeron por una «Unión Francesa». (Duró doce años, y su sucesora, la «Comunidad de Naciones Francesa», duró solamente dos.)[38]

Estos planes se tomaron en serio a finales de la década de 1940, pero no tenían ninguna posibilidad real de apuntalar el edificio en descomposición del imperialismo europeo, ya que al mismo tiempo estaban actuando sobre él fuerzas disintegradoras mucho más poderosas. La guerra había provocado un resurgimiento del nacionalismo no sólo en Europa, sino también en las colonias. La rápida urbanización que se llevó a cabo durante la guerra había facilitado el desarrollo de nuevas élites políticas africanas y asiáticas; la humillación y el desorden de las administraciones coloniales habían socavado el prestigio europeo. Era posible resistirse a estas fuerzas y, y ello se logró, como vimos anteriormente. No obstante, a más largo plazo, los costes de mantener sus Fuerzas Armadas en el extranjero en tareas de vigilancia a largo plazo y de contrainsurgencia no eran populares entre los europeos, ni económica ni políticamente. Una cosa eran los lugares en los que los colonos blancos habían exterminado a la oposición nativa hacía mucho tiempo, o la habían debilitado hasta tal punto que podía ignorarse fácilmente, pero era otra muy distinta allí donde su presencia y su brutalidad habían desencadenado una resistencia armada grande y bien organizada, como en Argelia, Kenia y Angola (donde el número de colonos portugueses se duplicó después de la guerra). En estos casos, el antiguo orden de los colonos se vio sometido a ataques. A medida que se polarizaron las actitudes en las propias colonias, y que los colonos se movieron claramente hacia la derecha, las metrópolis europeas rápidamente perdieron sus ganas de financiar la confrontación.[39]

El propio entorno internacional también había cambiado completamente a consecuencia de la derrota de Hitler. Antes de la segunda guerra mundial, el mundo había estado dirigido por potencias imperiales. Después de ella, estuvo dirigido por superpotencias antiimperiales. El influyente periodista estadounidense Walter Lippmann lanzó un virulento ataque contra cualquier intento de reavivar «un imperialismo muerto o moribundo» después de la guerra; el «imperialismo blanco» estaba acabado, escribió, y la guerra se estaba librando para ampliar el ámbito de la libertad humana y traer la paz a través de la creación de «naciones iguales y dignas». Aunque los británicos discrepaban, los estadounidenses sencillamente eran demasiado poderosos para ignorarlos. Además, aunque la Guerra Fría templó el anticolonialismo de Washington en algunos casos, lo fortaleció en otros, ya que Estados Unidos no quería que los europeos tuvieran sus fuerzas militares atadas en las colonias cuando las necesitaban contra el comunismo más cerca de sus

territorios nacionales. Y no querían que los movimientos nacionalistas coloniales permitieran que el comunismo se afianzara en el Tercer Mundo, especialmente porque los líderes de estos movimientos a menudo eran astutos a la hora de aprovecharse del miedo de los estadounidenses a la URSS. El propio Moscú había empezado a jugar la carta antiimperialista en 1947, cuando el ideólogo Andrei Zhdanov declaró que la Unión Soviética era «la única verdadera defensora de la libertad y la independencia para todas las naciones».[40]

Asfixiadas, por consiguiente, entre la creciente oposición en las propias colonias y la intensa presión de Washington, las potencias europeas se retiraron, a regañadientes y a menudo sólo después de un enorme derramamiento de sangre. En el espacio de dos o tres décadas, el proceso fundamentalmente ya había llegado a su fin y había marcado un importante punto de inflexión en la historia mundial. En la medida en que tanto el Nuevo Orden fascista como el japonés habían sido respuestas al desafío planteado por los imperios europeos existentes, la desaparición de estos últimos erradicó también muchas de las justificaciones para la construcción fascista de imperios. En resumen, las rivalidades geopolíticas que habían motivado el nazismo desaparecieron, y todo el edificio del siglo XIX se derrumbó. Hitler había estado en lo cierto: el conflicto entre Alemania y Gran Bretaña había puesto fin a la era imperial.[41]

En la década de 1950, Europa se vio a sí misma en un camino de crecimiento completamente nuevo. Por primera vez en su historia, y de forma bastante inesperada, éste desterró del continente el miedo al hambre y permitió que la comida, que quizá fue la preocupación más importante del régimen nazi en cuanto a política económica y social, se escabullera de la agenda política casi sin que nadie se diera cuenta de ello. De acuerdo con la lógica nazi, esto nunca debería haber sucedido. El telón de acero había aislado a las áreas del oeste deficitarias en comida de los productores de Europa del Este, y había hecho que el problema de abastecer a los centros industriales del continente resultara más difícil que antes a primera vista. En 1947, la población de Europa contaba con al menos veinte millones de personas más que en 1938, lo que hacía que el reto fuera aún más difícil. Una Alemania dividida estaba esforzándose por hacer frente a un enorme problema de refugiados, mucho peor en 1950 que en 1920.[42]

No obstante, a pesar de estas presiones y de las tensiones adicionales de la Guerra Fría, no tuvo lugar ningún resurgimiento del nacionalismo radical dentro del antiguo Reich, como habían temido tantos observadores bien situados. Tampoco resultó necesario asentar a millones de alemanes en colonias de África occidental, como un atribulado Hjalmar Schacht, que todavía estaba preocupado por la superpoblación en Europa central, había propuesto amablemente durante su cautividad en 1945. Al contrario, pronto hubo una escasez de mano de obra que empujó a la gente de los pueblos a las ciudades y después empezó a atraer a turcos, portugueses, yugoslavos y griegos a Alemania Occidental, y a norteafricanos, caribeños e indios a otros lugares.[43]

Asombrosamente, Europa resultó ser capaz de alimentarlos a todos fácilmente, y el nivel de vida ascendió a un ritmo constante desde finales de la década de 1940. En 1953, el consumo de comida ya se acercaba a los niveles de antes de la guerra en gran parte de Europa occidental; en la década de 1960, el problema ya no eran los déficits, sino los excedentes. Esto supuso un giro extraordinario. En parte se debió al nuevo Mercado Común. El hecho de que los granjeros tuvieran garantizados unos elevados precios de compra y las mejoras en la tecnología agrícola contribuyeron a lograr el antiguo objetivo nazi de la autosuficiencia continental de forma mucho más eficaz que sus guerras de conquista: desde este punto de vista, la Política Agrícola Común marcó el triunfo de la democracia sobre la dictadura. La reintegración en un sistema de comercio global lubrificado por dólares estadounidenses reportó más beneficios. La cooperación entre estados-nación independientes pero cada vez más coordinados bajo la hegemonía estadounidense garantizó unos índices de crecimiento mucho más elevados que los que había podido lograr el modelo nazi basado en la autarquía continental, las compensaciones bilaterales y la extracción de recursos fuertemente centralizada.[44]

A algunos observadores les pareció que estos acontecimientos fueron tan relevantes que marcaron un hito: la propia tierra, la fuente del sustento, la base del poder político y económico durante siglos, la obsesión central de los propios nazis, como también lo había sido de generaciones y generaciones de nacionalistas europeos, finalmente estaba perdiendo su importancia. En un brillante artículo publicado en 1957, un politólogo estadounidense llamado John Herz reflexionaba sobre qué significaba todo esto. Sostenía que el cambio de un modelo básicamente decimonónico de control mediante imperios a un modelo de poder a través de los mercados, propio del siglo XX, señalaba la desaparición definitiva del estado territorial europeo, en otras

palabras, de un estado que se definía por su control de determinada masa continental y por su capacidad para ampliar su soberanía sobre este territorio. Herz creía que la guerra había hecho que el estado territorial quedara finalmente obsoleto porque había demostrado que las fronteras eran mucho menos importantes que en el pasado. Ahora las potencias podían ignorarlas bombardeando poblaciones hostiles con propaganda o bombardeándolas desde el aire. La tecnología de los misiles se burlaba de las pretensiones del estado de poder defender a sus súbditos. Los británicos y los estadounidenses, los vencedores de la guerra, habían parecido sentirse especialmente atraídos por estas formas de guerra: habían bombardeado intensamente las ciudades de Alemania, Italia y Francia y también habían intentado usar el bloqueo naval para hacerles pasar hambre. Previendo esto, Hitler había intentado ampliar el área que Alemania tenía bajo su control con el fin de hacerse autosuficiente y resistir la presión enemiga. De este modo, había seguido siendo fiel a la idea decimonónica de expandir las fronteras para garantizar la seguridad. Pero la devastación de Alemania había demostrado que ésta no era la respuesta.[45]

Herz sugería que en la era nuclear la soberanía significaba menos que en el pasado. Como muchos de los que habían defendido el federalismo durante la guerra, consideraba que el estado-nación estaba desfasado. Anticipándose a muchos teóricos más recientes, veía que estaba surgiendo un nuevo imperio, el estadounidense, que no proyectaba su poder a través de la conquista formal y el control de la tierra, sino de forma más invisible, mediante su penetración en los mercados, su cultura y su flexiblemente desplegable poder naval y aéreo. Podría haber añadido en apoyo de su argumento la igualmente asombrosa desaparición de las clases campesinas de Europa que tuvo lugar en esta época, que conllevó el hundimiento del propio estilo de vida que los nazis se habían consagrado a preservar.[46]

Sin embargo, quizá esta necrológica de la tierra (y este adiós al estado) fuera prematura, y quizá se tratase, más que nada, de una cuestión de perspectiva. Al fin y al cabo, tanto Estados Unidos como la URSS seguían actuando en gran medida como potencias territoriales tradicionales. De hecho, en otro artículo publicado una década más tarde, Herz aceptaba que resultó que al estado territorial le quedaba más vida que lo que él pensaba. La guerra no sólo había dejado fortalecido, y no debilitado, al nacionalismo; había contribuido a convertirlo en un fenómeno global. La descolonización, según escribió en 1968, había producido una «nueva territorialidad» en todo el globo, y el número de naciones soberanas se había disparado a consecuencia de ello. Aunque la enorme superioridad en el poderío aéreo, en la que había

hecho tanto hincapié, era útil para luchar contra otro estado, resultaba mucho menos útil a la hora de contrarrestar insurrecciones de guerrilleros y movimientos de liberación nacional. Es evidente que la guerra de Vietnam resultó pertinente para esta nueva línea de pensamiento. Pero lo fundamental para él fue la experiencia de otro nuevo estado nación: Israel. Como indicaban los acontecimientos que habían tenido lugar allí, el halo de misterio que rodeaba a la tierra seguía vivo y con buena salud.[47]

La cuestión judía: de Europa a Oriente Medio

El nazismo pretendía renovar la fuerza de Alemania creando una comunidad sin clases y racialmente pura en la que no habría minorías. Posteriormente, también ofreció la purificación étnica como solución para la inestabilidad regional en Europa oriental. En el discurso que pronunció Hitler el 6 de octubre de 1939, éste había hablado de ajustar «la disposición de todo el espacio vital de acuerdo con las diversas nacionalidades, es decir, la solución de los problemas que afectan a las minorías». Los nazis no inventaron este enfoque, que había aparecido por primera vez en los Balcanes. También continuó después de ellos, y entre 1945 y 1949 fueron expulsadas de Europa Oriental más personas que durante la propia guerra. Con la descolonización, el ideal del estado-nación se exportó al extranjero, como Herz llegó a entender. Pero ello no hizo más que globalizar también la lucha por la tierra y el problema de las minorías. En 1947, se dio el primer paso en esta dirección con las particiones en el subcontinente indio, que se vieron acompañadas por una extraordinaria pérdida de vidas cuando millones de hindúes, musulmanes y sijs se trasladaron a través de las recién creadas fronteras nacionales de India y Pakistán. El año siguiente trajo la guerra y la expulsión étnica a Palestina y la creación de un estado nacional judío allí. De este modo, el fin de la cuestión judía en Europa resultó ser el comienzo de la cuestión judía en Oriente Medio.

El hecho de que Europa y Oriente Medio estuvieran tan estrechamente relacionadas entre sí no tendría por qué haber sido ninguna sorpresa. El sionismo había sido un movimiento nacional europeo desde el comienzo, y una respuesta al antisemitismo que había en el núcleo de muchos otros movimientos nacionales europeos. En perspectiva y en vocabulario compartía con ellos una tradición intelectual europea común. En el período de entreguerras, por poner un ejemplo especialmente llamativo, no sólo fueron los teóricos raciales alemanes quienes proporcionaron con sus

«investigaciones» un imprimátur de respetabilidad científica a la política del Tercer Reich de obligar a los judíos a emigrar; algunos estudiosos y comentaristas judíos justificaban el sionismo basándose en argumentos similares. El sionista Arthur Ruppin, nacido en Alemania, por ejemplo, se aproximaba en muchas de sus perspectivas teóricas a Hans Günther, el experto en la «raza nórdica» que actuó como mentor de Himmler. Ambos hombres, que se reunieron en 1933 para debatir la «cuestión judía», creían que los judíos eran un pueblo racialmente diferenciado que no debía asimilarse y cuyo lugar no era Europa. (Günther los consideraba «una cuña clavada por Asia en la estructura europea», mientras que Ruppin creía que judíos y árabes eran «hermanos raciales» y que el lugar de ambos era Palestina.)[48]

Pero el efecto que tuvo Europa sobre el sionismo no fue sólo una cuestión de ideas, y la verdadera importancia de Ruppin no estriba en sus opiniones sobre la raza. Como primer director del Departamento de Palestina había estado comprando propiedades y tierra en nombre de los colonos judíos desde antes de la primera guerra mundial. Como judío prusiano que se había criado cerca de Posen antes de emigrar a Palestina, estaba familiarizado con la experiencia de la Comisión Prusiana para la Colonización y con su actividad repobladora. «Para mí, la tarea del Fondo Nacional Judío (Jewish National Fund, JNF) es similar a la de la Comisión para la Colonización que actúa en Prusia y Polonia Occidental», escribió en 1907 después de pasar tan sólo dos semanas en el país. «El JNF comprará tierra siempre que personas no judías se la ofrezcan y ofrecerá revendérsela en parte o en su totalidad a judíos.» De este modo, la lucha entre los alemanes y los polacos en las zonas fronterizas prusianas fue el marco en el que Ruppin formuló su aproximación al asentamiento sionista entre los árabes. Sin duda, en la Palestina otomana los sionistas lo tenían más difícil que los nacionalistas prusianos en Posen: más del 88 por 100 de los habitantes de la tierra eran árabes, en comparación con el 60 por 100 de población polaca que tenía la provincia prusiana. Frente a un reto tan abrumador, Ruppin planeaba crear pequeñas «islas» de asentamientos judíos que con el tiempo pudieran unirse, un objetivo bastante distinto a los que tenían sus precursores prusianos. No obstante, él trató de aplicar las lecciones de su patria a Palestina y se llevó a un asesor prusiano para que le ayudara.[49]

La situación de las minorías en Europa Oriental fue un punto de referencia constante para mucha gente, no sólo para Ruppin. Los sionistas austríacos que advirtieron de que los judíos corrían el peligro de ser anegados por los árabes

explicaron que «si las cosas continúan así, seremos víctimas de la misma suerte que han corrido los alemanes en determinadas tierras eslavas». En la década de 1920, los defensores de un estado binacional criticaron a Ruppin por estar demasiado vinculado a un enfoque «alemán», por ser demasiado eugenicista, por estar demasiado comprometido con el objetivo de mantener separado al pueblo judío y de lograr que constituyera una mayoría política en su propio estado. Según Martin Buber, «no parece que hayamos progresado mucho [respecto a los árabes] más que lo que lo han hecho los polacos respecto a nosotros». El colega de Ruppin, Samuel Bergman, sarcásticamente dejaba como un caso perdido esta obsesión suya con la tierra considerándola sencillamente como un exponente más de la misma vieja enfermedad europea:

> Así como los italianos se apresuran a constituir la mayoría en el sur del Tirol para asegurarse su dominio sobre los alemanes, así como los checos se apresuran a asegurar su propia mayoría, y los alemanes respecto a los polacos, y los polacos respecto a los ucranianos, y así sucesivamente, pues que Israel… comience desde el principio: ¡que haya una mayoría nuestra en Eretz Israel![50]

Hans Kohn, nacido en Praga, se mostraba igual de crítico, comparando la idea «alemana» de un estado monoétnico, el control territorial y la separación nacional con el imperio Habsburgo, en el que distintos pueblos habían compartido el mismo estado. (Kohn se sintió cada vez más convencido de que los sionistas no estaban haciendo otra cosa que repetir los errores de otros nacionalistas europeos y abandonó Palestina después de las revueltas de 1929.)[51]

Ruppin, «el padre de la colonización sionista», murió en 1943 y no vivió lo suficiente como para asistir al desenlace. Pero había puesto los cimientos sobre los que otros construyeron. A diferencia de Ruppin, a éstos no les preocupaban las consideraciones eugenésicas; usaron la Autoridad de Tierras del Fondo Nacional Judío para asentar a la mayor cantidad posible de judíos en la tierra e intentaron coordinar esto con traslados de población a gran escala. Quizá no fuera de extrañar que la influencia alemana en la estrategia de colonización israelí siguiera siendo poderosa después de la independencia. En pocos países después de la guerra, por ejemplo, fue tan importante la planificación espacial como lo fue en el nuevo estado judío, y los primeros planes nacionales israelíes para la distribución de la población estuvieron muy influidos por la escuela alemana de geografía económica del período de entreguerras, sobre todo por las ideas de Walter Christaller, cuyas teorías sobre el emplazamiento óptimo de los asentamientos se habían utilizado en la colonización que llevó a cabo Himmler durante la guerra en Polonia y en el

Plan General del Este. Sin duda, el uso que hicieron los israelíes de estas ideas en la nueva conquista de la tierra en la posguerra distaba mucho de ser único. De hecho, la Teoría del Lugar Central de Christaller, que se había desarrollado para que las SS sustituyeran las antiguas aldeas de los eslavos por un sistema geométricamente perfecto de nuevas ciudades y pueblos, acabó convirtiéndose en un elemento básico de la planificación urbana en todo el mundo de la posguerra, lo cual constituyó, por sí mismo, un síntoma de esa nueva preocupación global por la tierra que Herz percibió en la década de 1960.

La aparición de Israel también apuntó a otro rasgo principal de esta expansión de la territorialidad: el empeoramiento de la situación de las minorías. Después de la primera guerra mundial, los grupos de presión judíos habían figurado entre los partidarios más fervientes de los derechos de las minorías. Pero después de la segunda abandonaron por completo esta postura. Ante el genocidio, muchos de ellos se habían pasado al sionismo, y muy pocos pensaban que los judíos pudieran tener algún futuro a largo plazo en Europa oriental. Demográfica y políticamente, el Nuevo Orden nazi había producido una transformación demoledora: los grandes centros de vida *shtetl* en Europa oriental, particularmente en Polonia, Ucrania, los estados bálticos y Bielorrusia, fueron erradicados, y en Hungría, las tierras checas y Rumanía, la vida judía en las provincias tampoco se recuperó. Muchos supervivientes judíos fueron expulsados de sus casas incluso después de la liberación, lo que confirmó lo que la propia Solución Final había hecho pensar: que muchos europeos del Este generalmente veían con buenos ojos el objetivo fundamental de los nazis de librarse de los judíos. Algunos supervivientes se trasladaron a Europa occidental. No obstante, después de la guerra, Europa, en conjunto, dejó de ser el centro de un pueblo judío mundial que había quedado gravemente diezmado. En lugar de ello, la comunidad más grande del mundo surgió en el continente americano, mientras que la propia población judía de Israel se disparó de 445 000 en la Palestina de antes de la guerra a 2,6 millones en 1970.[52]

Tabla: porcentaje de la población judía mundial por región[53]

	1900	*1939*	*1951*	*2005*
Europa	81	58	24	12
América	11	32	53	46
Palestina / Israel	0,3	3	12	41
Población judía en total (millones)	10,6	16,7	11,6	13

En la propia Palestina, los líderes sionistas no sólo estaban interesados en ayudar a los supervivientes del genocidio, sino en evaluar el potencial que tenían para ayudar a la causa nacional y a sus representantes. Los representantes visitaron los campos de desplazados judíos. David Ben Gurion, el líder de la Agencia Judía para Palestina, quedó consternado ante el talante de sus internados: su faccionalismo, su egoísmo y sus incesantes exigencias, y previó que sería extremadamente difícil enseñarles a convertirse en «ciudadanos del estado judío».

Aun así, en marzo de 1945 contaba con que un millón de judíos llegarían a lo largo del año y medio siguiente para presionar a los británicos para que adoptaran una postura más favorable a los sionistas. Las cifras eran demasiado ambiciosas. Cuando, en lugar de ello, los británicos mantuvieron las restricciones a la inmigración y obligaron a regresar a barcos del Mossad que transportaban a inmigrantes ilegales, Ben Gurion comparó su política con la de los nazis. Pero en realidad sólo una pequeña parte de los supervivientes realmente deseaba ir a Oriente Medio siquiera, y no había más de 220 000 en Palestina cuando estalló la guerra de 1948.[54]

Como Ben Gurion entendió muy bien, la aparición de Israel, aunque estaba estrechamente relacionada con la experiencia de la guerra, dependió mucho menos de la afluencia de supervivientes judíos procedentes de Europa que del efecto del Holocausto y del apoyo estadounidense en particular. En la ola de inmigración masiva que se produjo en los primeros años del nuevo estado, la fuente decisiva de llegadas de jóvenes no fue Europa oriental (los inmigrantes procedentes de allí tendían a ser más mayores), sino Oriente Medio y el norte de África. La población judía de Europa empezó a crecer de nuevo después de 1950, pero la de las tierras árabes no. En resumen, la fundamental práctica europea de la homogeneización étnica se estaba extendiendo, y estaba siendo extendida, también a las tierras árabes. El motor de ello fue la resuelta búsqueda, por parte de Israel, de un «regreso al hogar» organizado, dirigido por el estado, que veía la existencia de los judíos en el extranjero como una fuente de debilidad nacional y su «retorno» como algo esencial para la supervivencia nacional (otra de las maneras, quizá, en las que

continuó ejerciéndose la influencia del nacionalismo alemán). En 1953, Jacques Vernant, un estudioso de los flujos de refugiados, observó que Israel había aceptado una cantidad de refugiados mayor que cualquier otro país del mundo, tanto en términos relativos como absolutos. La cuestión de si en algunos casos realmente intentó obligar a los judíos a abandonar sus casas para que inmigraran (desde Irak, por ejemplo) sigue estando envuelta en la polémica. Pero ésta también era una política que podía encontrarse en la historia europea de los movimientos de población forzosos, que era más prolongada. Como hemos visto a lo largo de este libro, en las mentes de los políticos que estaban deseosos de aumentar su fuerza nacional, el acto de «rescatar» a otros nacionales que se hallaban en el extranjero a menudo era difícil de distinguir del de desarraigarlos deliberadamente.[55]

Minorías, refugiados y derechos

Los derechos de las minorías habían sido un vestigio de una concepción más antigua del gobierno internacional, en el que la Sociedad de Naciones, dirigida por las Grandes Potencias europeas [occidentales], segura de los valores de la «civilización», había ejercido una supervisión intrusivamente paternalista sobre los nuevos estados y los mandatos. Pero después de la guerra de aniquilación recíproca de Europa, la confianza en la «civilización internacional» quedó destruida y defender la soberanía pareció más necesario que antes. Existía una profunda resistencia a que se llevara a cabo cualquier restauración del antiguo régimen de los derechos de las minorías después de la guerra y este fue discretamente enterrado mientras el mundo celebraba, en lugar de él, el nuevo compromiso de las Naciones Unidas con los derechos humanos individuales. Al mismo tiempo, mientras la extensión global del modelo del estado-nación étnicamente homogéneo producía una oleada de refugiados tras otra, lo que surgió en las instituciones internacionales reconstruidas en torno a las Naciones Unidas fue un régimen totalmente nuevo de protección a los refugiados.[56]

El detonante fue la cuestión de encontrar hogares para los apátridas de Europa, el problema que la propia Europa había sido particularmente incapaz de abordar entre 1938 y 1942. A comienzos de 1946, aún quedaban aproximadamente 576 000 de ellos de *antes* de la guerra. A esta cifra, los organismos de ayuda a damnificados, que ya no daban más de sí, le añadieron al menos otros 850 000 «no repatriables» (desplazados) y, además de ellos, a otros varios cientos de miles, muchos de ellos judíos, que huyeron de Europa

oriental *después* de 1945. Su cuidado pasó a ser una de las preocupaciones fundamentales de las nuevas organizaciones internacionales de la posguerra, primero de la Administración de las Naciones Unidas para el Socorro y la Reconstrucción, y después de los nuevos organismos permanentes para la asistencia social y los refugiados creados por la ONU. Pero la dimensión internacional no era la única. Hoy en día, algunos pensadores radicales tratan de distinguir la figura del «refugiado» de la de los «derechos humanos» y de la del «estado-nación». Pero a comienzos de la década de 1950, comentaristas como Hannah Arendt veían las cosas de forma muy distinta: para ella se trataba de obligar a los estados a conceder derechos y resolver el problema de los apátridas de esa manera. De ahí que la enorme envergadura del problema de los refugiados en la posguerra no sólo reforzara la cooperación internacional entre los organismos y los trabajadores de las organizaciones de socorro; también constituyó un poderoso argumento a favor de la reconstrucción de unos estados fuertes que tuvieran la capacidad de alojar y atender a aquellas personas que necesitaran su ayuda.**[57]**

A comienzos del siglo XXI, en medio del quizá momentáneo fallecimiento del internacionalismo estadounidense, se hizo tentador volver la vista atrás a 1945 y a la guerra contra Hitler como si hubiera sido una especie de Edad de Oro en la que los clarividentes arquitectos de un nuevo orden mundial mutuamente beneficioso hubieran aprendido las lecciones del Nuevo Orden nazi y se hubieran decidido a restaurar el liberalismo sobre una nueva base. Como historia, esto es cuestionable. Las palabras sobre los derechos humanos que se pronunciaron en la década de 1940 no fueron, en su mayoría, más que eso, y tardaron mucho en hacerse políticamente influyentes; quizá no lo hicieran hasta la década de 1970. Su función en 1945 fue permitir el entierro del antiguo sistema de los derechos de las minorías, lo que despejó el camino para una globalización del modelo étnicamente purificado del estado-nación que los nazis se habían esforzado más que nadie por impulsar. El nuevo régimen de protección de los refugiados no pretendía hacer frente a un fenómeno permanente a gran escala, sino aliviar la difícil situación de las poblaciones muy concretas que quedaron varadas o que fueron desahuciadas durante la guerra o inmediatamente después de ella.**[58]**

Sin embargo, en otro sentido 1945 sí marcó un punto de inflexión. El Nuevo Orden nazi, concebido para crear un imperio en Europa, también había pretendido, por lo menos en la mente de Hitler, señalar el ascenso de Alemania al tipo de prominencia mundial del que gozaban sus enemigos, e inaugurar un nuevo sistema mundial dirigido según las líneas y de acuerdo

con las concepciones políticas definidas por Berlín. Dirigido contra los vencedores del reparto europeo del imperio, también fue la última fase de ese proceso. Alemania carecía tanto de las fuerzas para imponerse por sí sola como de la visión política necesaria para ganarse a los aliados suficientes para que lo ayudaran. Para cuando los líderes nazis se dieron cuenta de la necesidad de pragmatismo y de acuerdos mutuos, ya era demasiado tarde. Una Gran Alemania en el sentido guillermino o la potencia hegemónica continental que había concebido Schmitt podría haber perdurado, pero no el Reich dominador absoluto que era el único que Hitler estaba dispuesto a contemplar. El resultado no sólo fue la ruina de Alemania, sino también el final de un largo período de un siglo y medio en el que Europa dominó el mundo.

Estando divididas tanto Alemania como Europa, el nuevo orden mundial de la posguerra sólo podría sobrevivir sobre la base del equilibrio de poder, y el entendimiento, entre las dos potencias que acechaban en sus márgenes: la Rusia soviética y Estados Unidos. De este modo, los dos países a los que Hitler más había temido llegaron a determinar el destino de Europa. La propia Europa se convirtió en un laboratorio para un nuevo conflicto, la Guerra Fría, que se libraría en todo el mundo. En unos pocos años, las flamantes técnicas de guerra política, económica y psicológica que se emplearon a ambos lados del Muro de Berlín se estaban recalibrando para su uso en lugares mucho más remotos. Como lo expresó un administrador del Plan Marshall en 1951, «hemos aprendido en Europa lo que hay que hacer en Asia, ya que bajo el Plan Marshall hemos desarrollado los instrumentos fundamentales de una política de éxito en el ruedo de la política mundial.» Éste no era, como temían algunos desconsolados alemanes en 1945, el «final de Europa». Pero era el final de Europa como formuladora de normas y policía del mundo, y el sociólogo Alfred Weber tenía razón en más de un sentido cuando habló en 1946 de «un adiós a nuestra historia anterior» (*Abschied von der bisherigen Geschichte*). En adelante, el orden internacional surgiría sobre una base distinta, guiado por manos distintas.[59]

Bibliografía

«A Citizen of Kharkiv», «Lest We Forget: Hunger in Kharkiv in the Winter of 1941-42», *Ukrainian Quarterly*, n.º 4 (invierno de 1948), pp. 72-79.

Agamben, G., «Beyond Human Rights» en su *Means without Ends: Notes in Politics*, Mineápolis, 2000 (hay trad. cast: *Medios sin fin: Notas sobre la política*, Pre-Textos, Valencia, 2000).

Ahonen, P., *After the Expulsion: West Germany and Eastern Europe, 1945-1990*, Oxford, 2003.

Alemania. Auswärtiges Amt. *Amtliches Material zum Massenmord von Katyn*, Berlín, 1943.

Allen, M. T., *Hitler's Slave Lords: The Business of Forced Labour in Occupied Europe*, Londres, 2004.

Aly, G., «*The Final Solution»: Nazi Population Policy and the Murder of the European Jews*, Londres, 1999.

—, *Hitler Beneficiaries: Plunder, Racial War and the Nazi Welfare State*, Nueva York, 2007.

Aly, G. y Heims, S., *Architects of Annihilation: Auschwitz and the Logic of Destruction*, Princeton, 2003.

Aly, G. y Roth, K. H., *The Nazi Census: Identification and Control in the Third Reich*, Filadelfia, 2004.

Aly, G. et. al., eds. *Biedermann und Schreibtischtäter: Materialien zur deutschen Täter-Biographie*, Berlín, 1987.

Ancel, J., *Documents Concerning the Fate of Romanian Jerry during the Holocaust*, Nueva York, 1987.

—, *Transnistria 1941-1942: The Romanian Mass Murder Campaigns*, vol. 1, Tel Aviv, 2003.

—, «The German-Rumanian Relationship and the Final Solution», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 19:2 (otoño de 2005), pp. 252-275.

Anderl, G., «Die "Zentralstellen für judische Auswanderung" en Wien, Berlin und Prag: Ein Vergleich», *Tel Aviver Jahrbuch für Deutsche Geschichte*, n.º 23 (1994), pp. 275-299.

Anderson, T., «Incident at Baranivka: German Reprisals and the Soviet Partisan Movement in Ukraine, October-December 1941», *Journal of Modern History*, n.º 71:3 (septiembre de 1999), pp. 585-623.

—, «A Hungarian *Vernichtungskrieg*? Hungarian Troops and the Soviet Partisan War in Ukraine, 1942», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, n.º 58:2 (1999), pp. 345-366.

— «Germans, Ukrainians and Jews: Ethnic Politics in Heeresgebiet Süd June-December 1941», *War in History*, n.º 7:3 (2000), pp. 325-351.

Andreyev, C., *Vlasov and the Russian Liberation Movement: Soviet Reality and Emigré Theories*, Cambridge, 1987.

Anfuso, F., *Da Palazzo Venezia al Lago di Garda (1936-1945)* (no se indica editorial, 1957), pp. 196-210.

Angrick, A., «The Escalation of German-Rumanian Anti-Jewish Policy after the Attack on the Soviet Union», *Yad Washem Studies*, n.º 26 (1998), pp. 203-239.

Antonellis, G. de, *Le Quattro Giornate di Napoli*, Milán, 1973.

Arad, Y.«Alfred Rosenberg and the "Final Solution" in the Occupied Soviet Territories», *Yad Vashem Studies*, n.º 13 (1979), pp. 263-286

Arendt, H., *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York, 1951 (hay trad. cast: *Los orígenes del totalitarismo,* Alianza, Madrid, 2006).

Armstrong, J., ed. *Soviet Partisans in World War II,* Madison, Wisconsin, 1964.

Armstrong, J. A.*Ukrainian Nationalism*, ed. rev., Littleton, Colorado, 1980.

Armstrong, R., «Should the Monroe Doctrine be Modified or Abandoned?», *American Journal of International Law*, n.º 10:1 (enero de 1916), pp. 77-103.

Arnaud, C., *Jean Cocteau,* París, 2003.

Arnold, K. J., «Die Eroberung und Behandlung der Stadt Kiev durch die Wehrmacht im September 1941: Zur Radikalisierung der Besatztungspolitik», *Militärgeschichtliche Mitteilungen,* n.º 58:1 (1999), pp. 23-63.

—, *Die Wehrmacht und die Besatzungspolitik in den besetzten Gebieten der Sowjetunion: Kriegsführung und Radikalisierung im «Unternehmen Barbarossa»*, Berlín, 2005.

Aronson, S., «Heydrich und die Anfänge des SD und der Gestapo (1931-1935)», tesis [Freie Universität Berlin, 1967].

—, *Beginnings of the Gestapo System: The Bavaria Model in 1933*, Jerusalén, 1969.

Auswärtiges Amt, *Amtliches Material zum Massenmord van Katyn*, Berlín, 1943.

Backe, H., *Das Ende des Liberalismus in der Wirtschaft,* Berlín, 1938.

—, *Um die Nahrungsfreiheit Europas: Weltwirtschaft oder Grossraum*, Leipzig, 1942.

Bacon, F., *Selected Writings of Francis Bacon,* Nueva York, 1955.

Bade, K. J., «From Emigration to Immigration: The German Experience in the 19th and 20th Centuries», *Central European History*, n.º 28:4 (1995), pp. 507-535.

Balfour, M., *Helmuth von Moltke: A Leader against Hitler*, Londres, 1972.

Banning, C., «Food Shortage and Public Health, First Half of 1945», *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, n.º 245 (mayo de 1946), p. 93-110.

Barasz, J., «Un vichyste en Résistance, le général de la Laurencie», *Vingtième Siècle*, p. 94 (abril-junio de 2007), pp. 167-181.

Bartov, O., *The Eastern Front, 1941-1945: German Troops and the Barbarization of Warfare*, Nueva York, 1986.

—, *Hitler's Army: Soldiers, Nazis and War in the Third Reich*, Nueva York, 1991.

Baruch, M.-O., *Servir l'État Français: L'Administration en France de 1940 à 1944*, París, 1997.

Bar-Zohar, M., *Bitter Scent: The Case of L'Oréal, Nazis and the Arab Boycott*, Nueva York, 1996.

Bassler, G., *Alfred Valdmanis and the Politics of Survival*, Toronto, 2000.

Battini, M., y Pezzino, P.*Guerra ai civili: occupazione tedesca e politica del massacro, Toscana 1944*, Venecia, 1997.

Baudot, M., *L'Opinion publique sous l'Occupation: L'Example d'un département français (1939-1945)*, París, 1960.

Bauer, Y., «The Death Marches, January-May 1945», *Modern Judaism*, n.º 3:1 (1983), pp. 1-21.

Bayly, C., *The Birth of the Modern World, 1780-1914: Global Connections and Comparisons*, Oxford, 2004.

Bayly, C. y Harper, T., *Forgotten Wars: The End of Britain's Asian Empire*, Londres, 2007.

Bell, H., «Monetary Problems of Military Occupation», *Military Affairs*, n.º 6:2 (verano de 1942), pp. 77-88.

Bender, T., *A Nation among Nations: America's Place in World History*, Nueva York, 2006.

Bendersky, J., *Carl Schmitt: Theorist for the Reich*, Princeton, 1983.

Beneš, E.«The Organization of Postwar Europe», *Foreign Affairs*, n.º 20:1 (enero de 1942), pp. 226-242.

Benjamin, L., ed., *Problema evreiasca in stenogramele Consiliului de Ministri*, Bucarest, 1996.

Benz, W., *et al*., eds. *Nationalsozialistische Besatzungspolitik in Europa, 1939-1945*, 9 vols., Berlín 1996-1999.

—, *Die Bürokratie der Okkupation: Strukturen der Herrschaft und Verwaltung im besetzten Europa*, Berlín, 1998.

—, *Einsatz im Reichskommissariat Ostland: Dokumente zum Völkermord im Baltikum und in Weissrussland, 1941-1944*, Berlín, 1998.

—, *Kultur-Propaganda-Öffentlichkeit: Intentionen deutscher Besatzungspolitik und Reaktionen auf die Okkupation*, Berlín, 1998.

Benz, W. y Distel, B., eds. *Der Ort des Terars-Geschichte der nazionalsozialistischen Kanzentrationslager*, vol. 5, Munich, 2005.

Berkhoff, K., *Harvest of Despair: Life and Death in Ukraine under Nazi Rule*, Cambridge, Massachusetts, 2004.

Berlière, J.-M., «L'Impossible Pérennité de la police républicaine sous l'Occupation», *Vingtième Siécle*, n.º 94 (abril-junio de 2007), pp. 183-196.

Bessel, R. y Schumann, D., eds. *Life after Death: Approaches to a Cultural and Social History of Europe during the 1940s and 1950s*,

Cambridge, 2003.

Betz, A. y Martens, S., eds. *Les Intellectuels et l'Occupation: Collaborer, partir, resister, 1940-1944*, París, 2004.

Biddiscombe, P., «*Unternehmen* Zeppelin: The Deployment of SS Saboteurs and Spies in the Soviet Union, 1942-1945», *Europe-Asia Studies*, n.º 52:6 (2000), pp. 1115-1142.

Bilfinger, C., «Streit um das Völkerrecht», *Zeitschrift für ausländisches öffentliches Recht und Voelkerrecht n.º* 12 (1944), pp. 1-34.

Billig, J., *Alfred Rosenberg dans l'action idéologique, politique et administrative du Reich hitlérien*, París, 1963.

Birchard, R. E., «Europe's Critical Food Situation», *Economic Geography*, n.º 24:4 (octubre de 1948), pp. 274-282.

Birn, R. B., *Die höheren SS und Polizeiführer: Himmlers Vertreter im Reich und in den besetzten Gebieten*, Düsseldorf, c. 1986.

Black, P., «Rehearsal for "Reinhard": Odilo Globocnik and the Lublin *Selbstschutz*», *Central European History*, n.º 25:2 (1992), pp. 204-226

Blackbourn, D., *The Conquest of Nature: Water, Landscape and the Making of Modern Germany*, Londres, 2006.

Blanke, R., «An Era of "Reconciliation" in German-Polish Relations (1890-1894)», *Slavic Review*, n.º 36:1 (marzo de 1977), pp. 39-53.

—, «The German Minority in Interwar Poland and German Foreign Policy: Some Reconsiderations», *Journal of Contemporary History*, n.º 25 (1990), pp. 87-102.

—, *Orphans of Versailles: The Germans in Western Poland, 1918-1939*, Lexington, Kentucky, 1993.

Bloch, M.*Ribbentrop*, Londres, 1992.

Boelcke, W., ed., «*Wollt Ihr den totalen Krieg?»: Die geheimen Goebbels-Konferenzen 1939-1943*, Stuttgart, 1967.

—, *The Secret Conferences of Dr Goebbels, the Nazi Propaganda War, 1939-1943*, Nueva York, 1970.

Bohn, R., ed., *Die deutsche Herrschaft in den «germanischen» Ländern 1940-1945*, Stuttgart, 1997.

Bonusiak, W., «Die Landwirtschaftspolitik der sowjetischen Besatzungsmacht auf dem Gebiet des sog. westlichen Weissrusslands in den Jahren 1939-1949», *Studia Historicae Oeconomicae*, n.º 24 (2001), pp. 149-163.

Borgwardt, E.*A New Deal for the World: America's Vision for Human Rights*, Cambridge, Massachusetts, 2005.

Bowles, B., «Newsreels, Ideology and Public Opinion under Vichy: The Case of *La France en Marche*», *French Historical Studies*, n.º 27-2 (primavera de 2004), pp. 419-463.

Borodziej, W.*Terror und Politik: Die deutsche Polizei und die polnische Widerstandsbewegung im Generalgouvernement, 1939-1944*, Mainz, 1999.

—, *The Warsaw Uprising of 1944*, Madison, Wisconsin, 2006.

Bottai, G., *Diario, 1935-1944*, Milán, 1982.

Bottomore, T. y Goode, P., eds. *Austro-Marxism*, Oxford, 1978.

Botz, G., *Die Eingliederung Österreichs in das Deutsches Reich*, Linz, 1976.

Bowen, W., *Spaniards and Nazi Germany: Collaboration in the New Order*, Columbia, Missouri, 2000.

Boyd, C., *Hitler's Japanese Confidant: General Oshima Hiroshi and MAGIC Intelligence, 1941-1945*, Lawrence, Kansas, 1993.

Bramsted, E., *Goebbels and National Socialist Propaganda, 1925-1945*, East Lansing, Michigan, 1965.

Brandes, D., Ivanickova, E. y Pesek, J., eds. *Erzwungene Trennung: Vertreibungen und Aussiedlungen in und aus der Tschechoslowakei 1938-1947 im Vergleich mit Polen, Ungarn und Jugoslawien*, Tubinga, 1999.

Brandt, K., *Management of Agriculture and Food in the German-Occupied and Other Areas of Fortress Europe: A Study in Military Government*, Stanford, 1953.

Bräutigam, O., *So hat es sich zugetragen… Ein Leben als Soldat und Diplomat*, Würzburg, 1968.

Brechtken, M., «“La géographie demeure”: Frankreich, Polen und die Kolonial und Judenfrage am Vorabend des Zweiten Weltkrieges», *Francia*, n.º 25:3 (1998), pp. 25-60.

Bree, G. y Bernauer, G., eds. *Defeat and Beyond: An Anthology of French Wartime Writing, 1940-1945*, Nueva York, 1970.

Breitman, R. y Aronson, S., «The End of the “Final Solution”: Nazi Plans to Ransom Jews in 1944», *Central European History*, n.º 25 (1992), pp. 177-203.

Breunis J., «The Food Supply», *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, n.º 245 (mayo de 1946), pp. 87-92.

Broekmeyer, M., *Stalin, the Russians and Their War, 1941-1945*, Madison, Wisconsin, 2004.

Broszat, M., *Nationalsozialistische Polenpolitik, 1939-1945*, Stuttgart, 1961.

Browder, G., *Hitler’s Enforcers: The Gestapo and the SS Security Service in the Nazi Revolution*, Oxford, 1996.

Brown, K., *A Biography of No Place: From Ethnic Borderland to Soviet Heartland*, Cambridge, Massachusetts, 2004.

Browning, C., «Unterstaatssekretär Martin Luther and the Ribbentrop Foreign Office», *Journal of Contemporary History*, n.º 12:2 (abril de 1977), pp. 313-344.

—, *The Final Solution and the German Foreign Office*, Nueva York, 1978.

—, *The Path to Genocide: Essays on Launching the Final Solution*, Cambridge, 1992.

—, «A Final Hitler Decision for the "Final Solution": The Riegner Telegram Reconsidered», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 10:1 (primavera de 1996), pp. 3-10.

—, *Nazi Policy, Jewish Workers, German Killers*, Cambridge, 2000.

—, *The Origins of the Final Solution: The Evolution of Nazi Jewish Policy, September 1939-March 1945; With Contributions by Jürgen Matthäus*., Lincoln, Nebraska, 2004.

Bryant, C., «Either German or Czech: Fixing Nationality in Bohemia and Moravia, 1939-1946», *Slavic Review*, n.º 61:4 (invierno de 2002), pp. 683-706.

—, *Prague in Black: Nazi Rule and Czech Nationalism*, Cambridge, Massachusetts, 2007.

Brzeska, M., *Through a Woman's Eyes*, Londres, [1945].

Buchheim, C., «Die besetzten Länder im Dienste der Deutschen Kriegswirtschaft während des Zweiten Weltkriegs», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 34:1 (1986), pp. 117-145.

Buchheim, H., «Die höheren SS und Polizeiführer», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 11 (1963), pp. 362-391.

Buchheim, H.*et al*., eds. *Anatomie des SS-Staates*, vol. 1, Munich, 1967.

Buechler, Y., «The Deportation of Slovakian Jews to the Lublin District of Poland in 1942», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 6:2 (1991), pp. 151-166

—, «Unworthy Behavior»: The Case of SS Officer Max Täubner», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 17:3 (invierno de 2003), pp. 409-429.

Bullivant, K.*et al*., eds. *Germany and Eastern Europe: Cultural Identities and Cultural Differences*, Amsterdam, 1999.

Burdick, C., *Germany's Military Strategy and Spain in World War II*, Syracuse, 1968.

Burgwyn, H. J., *Empire on the Adriatic: Mussolini's Conquest of Yugoslavia, 1941-1943*, Nueva York, 2005.

Burleigh, M., *Germany Turns Eastwards: A Study of Ostforschung in the Third Reich*, Cambridge, 1988.

Burleigh, M., ed., *Confronting the Nazi Past: New Debates on Modern German History*, Londres, 1996.

Burrin, P., *France under the Germans: Collaboration and Compromise*, Nueva York, 1996 (hay trad. cast: *Francia bajo la ocupación nazi: 1940-1944*, Paidós, Barcelona, 2004).

—, *Living with Defeat: France under the German Occupation, 1940-1944* , Londres, 1996.

Calderwood, H. B., «International Affairs: Should the Council of the League of Nations Establish a Permanent Minorities Commission?», *American Political Science Review*, n.º 27:2 (abril de 1933), pp. 250-259.

—, «International Affairs: The Proposed Generalization of the Minorities Regime», *American Political Science Review*, n.º 28:6 (diciembre de 1934), pp. 1088-1098.

Campbell, F., Gregory «The Struggle for Upper Silesia, 1919-1922», *Journal of Modern History*, n.º 42:3 (septiembre de 1970), pp. 361-385.

—, *Confrontation in Central Europe: Weimar Germany and Czechoslovakia*, Chicago, 1975.

Caplan, J., *Government without Administration: State and Civil Service in Weimar and Nazi Germany*, Oxford, 1988.

Carlyle, M., ed., *Documents on International Affairs, 1939-1946*, Londres, 1954.

Carsten, F., *The First Austrian Republic, 1918-1938: A Study Based on British and Austrian Documents*, Aldershot, 1986.

Cecil, R., *The Myth of the Master Race: Alfred Rosenberg and Nazi Ideology*, Londres, 1972.

Césaire, A., *Discourse on Colonialism*, Nueva York, 2000 (hay trad. cast.: *Discurso sobre el colonialismo,* Akal, Madrid, 2006).

Charles, J.-L. y Dasnoy, P., eds., *Les Dossiers secret de la Police Allemande en Belgique: La Geheime Feldpolizei en Belgique et dans le Nord de la France*, Bruselas, 1972-1973.

Chiari, B., *Alltag hinter der Front: Besatzung, Kollaboration und Widerstand in Weissrussland, 1941-1944*, Düsseldorf, 1998.

—, Reichsführer-SS: Kein Pakt mit Slawen: Deutsch-polnische Kontakte im Wilna-Gebiet 1944», *Osteuropa-Archiv*, abril de 2000, pp. A134-A153.

Chodakiewicz, M., *Between Nazis and Soviets: Occupation Politics in Poland, 1939-1947*, Lanham, Maryland, 2004.

Chuminski, J. y Kaszuba, E., «The Breslau Germans under Polish Rule, 1945-46: Conditions of Life, Political Attitudes, Expulsion», *Studia Historiae Oeconomicae*, n.º 22 (1997), pp. 87-101.

Ciano, G., *Ciano's Diary, 1939-1943*, ed. M. Muggeridge, Londres, 1947 (hay trad. cast.: *Diarios, 1937-1943*, Crítica, Barcelona, 2004).

Cocteau, J., *Journal, 1942-45*, París, 1989.

Cohen, A., «La Politique antijuive en Europe (Allemagne exclue) de 1938 à 1941», *Guerres mondiales*, n.º 150 (1988), pp. 45-59.

Collotti, E., *L'amministrazione tedesca dell' Italia occupata*, Milán, 1963.

—, *L’Europa nazista: il progetto di un nuovo ordine europeo, 1939-1945*, Florencia, 2002.

Collotti E.*et al*., eds. *Dizionario della Resistenza*, Turín, 2000-.

Colton, J., *Léon Blum: Humanist in Politics*, Durham, Carolina del Norte, 1987.

Comunidad Judía Norteamericana, *American Jewish Yearbook*

Cone, M., *Artists under Vichy: A Case of Prejudice and Persecution*, Princeton, 1992.

Congreso Judío Norteamericano, *Nazi Germany’s War against the Jews*, Nueva York, 1947.

Connelly, J., «Nazis and Slavs: From Racial Theory to Racist Practice», *Central European History*, n.º 32:1 (1999), pp. 1-33.

Conway, M., *Collaboration in Belgium: Léon Degrelle and the Rexist Movement, 1940-1944*, Nueva Haven, 1993.

Cook, W., «Inside the Holiday Camp Hitler Built», *Observer*, 12 de agosto de 2001.

Corni, G., *Hitler and the Peasants: Agrarian Policy of the Third Reich, 1930-1939*, Nueva York, 1990.

—, *Il sogno del «grande spazio»: le politiche d’occupazione nell’Europa nazista*, Roma, 2005.

Cornwall, M., «The Struggle on the Czech-German Language Border, 1880-1940», *English Historical Review*, n.º 109:433, septiembre de 1994, pp. 914-951.

Crook, D. P., *Benjamin Kidd: Portrait of a Social Darwinist*, Cambridge, 1984.

Curtis, L., «World Order», *International Affairs*, n.º 18:3 (mayojunio de 1939), pp. 301-320.

Dallin, A., *Odessa 1941-1944: A Case Study of Soviet Territory under Foreign Rule*, Santa Monica, California, 1957.

—, *German Rule in Russia, 1941-1945: A Study of Occupation Policies*, ed. rev., Boulder, Colorado, 1981.

Daric, J., «Quelques aspects de l'evolution demographique aux PaysBas», *Population*, n.º 1:3 (julio-septiembre de 1946).

Darwin, J., *After Tamerlane: The Global History of Empire*, Londres, 2007.

David, J., *A Square of Sky: Memories of a Wartime Childhood*, Londres, 1992.

Deák, I., Gross, J. y Judt, T. eds. *The Politics of Retribution in Europe*, Princeton, 2000.

Deakin, W., *The Last Days of Mussolini*, Londres, 1962.

Dean, M., *Collaboration in the Holocaust: Crimes of the Local Police in Belorussia and Ukraine, 1941-44*, Basingstoke, 2000.

De Antonellis, G.*Le Quattro Giornate di Napoli*, Milán, 1973.

De Grazia, V., *Irresistible Empire: America's Advance through Twentieth Century Europe*, Cambridge, Massachusetts, 2005 (hay trad. cast.: *El imperio irresistible: un minucioso análisis del triunfo de la sociedad de consumo estadounidense sobre la civilización europea*, Belacqva, Barcelona, 2006).

Delarue, J., *Trafics et crimes sous l'occupation*, París, 1968.

Deletant, D., *Hitler's Forgotten Ally: Ion Antonescu and His Regime, Romania 1940-1944*, Londres, 2006.

Della Pergola, S., «Between Science and Fiction: Notes on the Demography of the Holocaust», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 10:1 (primavera de 1996), pp. 34-51.

Demoulin, M., *Plans des Temps de Guerre pour l'Europe d'Après-Guerre, 1940-47*, Bruselas, 1995.

Departamento de Estado de Estados Unidos, *Postwar Foreign Policy Preparation, 1939-1945*, Washington, DC, 1949.

Deschner, G., *Reinhard Heydrich: Statthalter der totalen Macht*, Erslagen, 1977.

DeWeerd, H. A., «Hitler's Plans for Invading Britain», *Military Affairs*, n.º 12:3 (1948), pp. 147-148.

de Zayas, A., *Wehrmacht War Crimes Bureau*, *1939-1945*, Lincoln, Nebraska, 1989.

DiNardo, R., *Germany and the Axis Powers: From Coalition to Collapse*, Lawrence, Kansas, 2005.

Djilas, M., *Wartime*, Nueva York, 1977.

Dlugoborski, W.*et al.*, eds. *The Tragedy of the Jews of Slovakia: 1938-1945: Slovakia and the «Final Solution of the Jewish Question»*, Oswiecim, 2002.

Dobroszycki, L., ed. *The Chronicle of the Lodz Ghetto, 1941-1944*, Nueva Haven, 1984.

Dobroszycki, L. y Getter, M., «The Gestapo and the Polish Resistance Movement», *Acta Poloniae Historica*, n.º 4 (1961), pp. 85-118.

Dobson, H., «The Failure of the Tripartite Pact: Familiarity Breeding Contempt between Japan and Germany: 1940-1945», *Japan Forum*, n.º 11:2 (1999), pp. 179-190.

Dockrill, M. y Goold, J. D., *Peace without Promise: Britain and the Peace Conferences, 1919-1923*, Londres, 1981.

«Dokumentation: Rechtssicherheit und richterliche Unabhängigkeit aus der Sicht des SD», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 4 (1956), pp. 398-422.

Dolibois, J., *Pattern of Circles: An Ambassador's Story*, Kent, Ohio, 1989.

Dollmann, E., *The Interpreter: Memoirs of Doktor Eugen Dollmann*, Londres, 1967 (hay trad. cast.: *El intérprete de Hitler. Memorias del Doctor Eugen Dollmann*, Juventud, Barcelona, 2002).

Dönhoff, M., *Before the Storm: Memories of My Youth in Old Prussia*, Nueva York, 1990.

Dönhoff, T. y Roettger, J., *Weit ist der Weg nach Westen: Auf der Fluchtroute von Marion Gräfin Dönhoff*, Berlín, 2004.

Dreisziger, N., ed., *Hungary in the Age of Total War*, Nueva York, 1998.

Dulic, T., *Utopias of Nation: Local Mass Killing in Bosnia and Hercegovina, 1941-1942*, Estocolmo, 2005.

Dumett, R., «Africa's Strategic Minerals during the Second World War», *Journal of African History*, n.º 26:4 (1985), pp. 381-408.

Dwork, D. y Jan van Pelt, R., *Auschwitz: 1270 to the Present*, Nueva York, 1996.

Estados Unidos, Departamento del Fiscal Jefe estadounidense para el Enjuiciamiento de la Criminalidad del Eje, *Nazi Conspiracy and Aggression*, 8 vols. y suplementos, Washington, DC, 1946-1947.

Eghigian, G. y Berg, M. P., eds. *Sacrifice and National Belonging in Twentieth Century Germany*, College Station, Texas, 2002.

Ehrenreich, E., «Ottmar von Verschuer and the "Scientific" Legitimization of Nazi Anti-Jewish Policy», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 21:1 (primavera de 2007), pp. 58-60.

Eichholtz, D., «Die Ausbeutung der Landwirtschaft der faschistisch besetzten Gebiete durch die Okkupanten und die Taktik der materiellen Korrumpierung in Deutschland während des Zweiten Weltkrieges», *Studia historiae oeconomicae*, n.º 14 (1982), pp. 153-171.

—, *Krieg und Wirtschaft: Studien zur deutschen Wirtschaftsgeschichte 1939-1945*, Berlín, 1999.

—, «Öl, Krieg, Politik: Deutscher Ölimperialismus (1933-1942/43)», *Zeitschrift für Geschichtsgewissenschaft*, n.º 51:6 (2003), pp. 493-511.

Eikel, M., «“Weil die Menschen fehlen”: Die deutschen Zwangsarbeit srekruitierungen und deportationen in den besetzten Gebieten der Ukraine, 1941-1944», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, n.º 53:5 (2005), pp. 405-434.

Elkins, C. y S. Pedersen, eds., *Settler Colonialism in the Twentieth Century*, Nueva York, 2005.

Ellman, M. y Maksudov, S., «Soviet Deaths in the Great Patriotic War: A Note», *Europe-Asia Studies*, n.º 46:4 (1994), pp. 671-680.

Engel, D., «An Early Account of Polish Jewry under Nazi and Soviet Occupation Presented to the Polish Government-in-Exile, February 1940», *Jewish Social Studies*, n.º 45:1 (1983), pp. 1-16.

—, «Patterns of Anti-Jewish Violence in Poland, 1944-46», *Yad Vashem Studies*, n.º 26 (1998), pp. 43-87.

Engel, G., *At the Heart of the Reich: The Secret Diary of Hitler’s Army Adjutant*, Londres, 2005.

Epstein, F., ed., *Germany and the East: Selected Essays*, Bloomington, Indiana, 1973.

Erdely, E., *Germany’s First European Protectorate: The Fate of the Czechs and the Slovaks*, Londres, 1942.

Falkenhausen, A., von *Mémoires d’outre-guerre*, Bruselas, 1974.

Farbstein, E., «Diaries and Memoirs as a Historical Source - The Diary and Memoir of a Rabbi at the “Konin House of Bondage”», *Yad Vashem Studies*, n.º 26 (1998), pp. 87-129.

Fedyshyn, O., *Germany’s Drive to the East and the Ukrainian Revolution, 1917-1918*, Rutgers, 1971.

Feldman, G. y Seibel, W., eds., *Networks of Nazi Persecution: Bureaucracy, Business and the Organization of the Holocaust*, Nueva York, 2005.

Ferenc, T., *Quellen zur nationalsozialistischen Entnationalisierungs politik in Slowenien, 1941-1945*, Maribor, 1980.

Fest, J., *The Face of the Third Reich: Portraits of the Nazi Leadership*, Londres, 1979.

Festgabe für Heinrich Himmler, Darmstadt, 1941.

Fiedor, K., «Attitude of German Rightwing Organizations to Poland in the years 1918-1933», *Polish Western Affairs*, n.º 14:2 (1973), pp. 247-267.

Fink, C., «Stresemann’s Minority Policies, 1924-1929», *Journal of Contemporary History* (1979), pp. 403-422.

—, *Defending the Rights of Others: The Great Powers, the Jews and International Minority Protection, 1878-1938*, Cambridge, 2004.

Fischer, B., *Albania at War, 1939-1945*, Lafayette Occidental, Indiana, 1999.

Fischer, E., *Is This a War for Freedom?*, Nueva York, 1940.

Fischer, F., *Germany’s Aims in the First World War*, Nueva York, 1967.

—, *Völkerkunde im Nationalsozialismus: Aspekte der Anpassung, Affinitätt und Behauptung einer wissenschaftlichen Disziplin*, Berlín, 1990.

Fishman, S.*et al.*, eds. *France at War: Vichy and the Historians*, Nueva York, 2000.

Foerster, J. y Mawdsley, E., «Hitler and Stalin in Perspective: Secret Speeches on the Eve of Barbarossa», *War in History*, n.º 11:1 (2004), pp. 61-103.

Fong, G., «The Movement of German Divisions to the Western Front, Winter 1917-1918», *War in History*, n.º 7:2 (2000).

Fonzi, P., «Nazionalsocialismo e nuovo ordine europeo: La discussione sulla “Grossraumwirtschaft”», *Studi Storici*, n.º 45:2 (2004), pp. 313-365.

Foot, M. R. D., «Was SOE Any Good?», *Journal of Contemporary History*, n.º 16:1 (enero de 1981), pp. 167-181.

Frank, H., *Die Technik des Staates*, Berlín, 1942.

Frei, N., *National Socialist Rule in Germany: The Führer State, 1933-1945*, Oxford, 1993,

Frevert, U., «Europeanizing Germany’s Twentieth Century», *History and Memory*, n.º 17:1-2 (2005), pp. 87-116.

Friedlander, H. y Milton, S., eds. *Archives of the Holocaust: An International Collection of Selected Documents*, Nueva York, 1989.

Friedländer, S., *The Years of Extermination: Nazi Germany and the Jews, 1939-1945*, Nueva York, 2007.

Friedrich, K.-P., «Collaboration in a “Land without Quisling”: Patterns of Collaboration with the Nazi German Occupation Regime in Poland during World War II», *Slavic Review*, n.º 64:4 (invierno de 2005), pp. 712-746.

Frommer, B., *National Cleansing: Retribution against Nazi Collaborators in Postwar Czechoslovakia*, Cambridge, 2005.

Frumkin, G., *Population Changes in Europe since 1939*, Nueva York, 1951.

Frye, A., *Nazi Germany and the American Hemisphere, 1933-1945*, Nueva Haven, 1967.

Furber, D., «Going East. Colonialism and German Life in Nazi-Occupied Poland», tesis doctoral, Pennsylvania State University, 2003.

—, «Near as Far as in the Colonies: The Nazi Occupation of Poland», *International History Review*, n.º 26:3 (septiembre de 2004), pp. 541-579.

Garlinski, J., *The Survival of Love: Memoirs of a Resistance Officer*, Cambridge, 1991.

Gatrell, P., *A Whole Empire Walking: Refugees in Russia during World War 1*, Bloomington, Indiana, 2005.

Gebel, R., «*Heim ins Reich!*» *Konrad Henlein und der Reichsgau Sudetenland (1938-1945)*, Munich, 1999.

«Gegnerische Kriegsziele», en *Zeitschrift für ausländisches öffentliches Recht und Völkerrecht*, n.º 11 (1942-1943), pp. 1-11.

Geiss, I., *Der polnische Grenzstreifen, 1914-1918: Ein Beitrag zur deutschen Kriegszielpolitik im Ersten Weltkrieg*, Lübeck, 1960.

Gellately, R., *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, Oxford, 2001 (hay trad. cast.: *No sólo Hitler: la Alemania nazi entre la coacción y el consenso*, Crítica, Barcelona, 2002).

Geller, J. H., «The Role of Military Administration in German-occupied Belgium, 1940-1944», *Journal of Military History*, n.º 63:1 (1999), pp. 99-125.

Gerlach, C., *Kalkulierte Morde. Die deutsche Wirtschafts und Vernichtungspolitik in Weissrussland, 1941 bis 1944*, Hamburgo, 1999.

Gerlach, C. y Aly, G., *Das letzte Kapitel: Realpolitik, Ideologie und der Mord an den ungarischen Juden, 1944/45*, Stuttgart, 2002.

—, *Documents on German Foreign Policy, 1918-1945*, Serie D (1937-1945), 13 vols., Washington, DC, 1949-1483.

Geyl, P., *Encounters in History*, Nueva York, 1961.

Gijsen, M., ed., *Belgium under Occupation*, Nueva York, 1947.

Gildea, R., *France since 1945*, Oxford, 2002.

—«Resistance, Reprisals and Community in Occupied France», *Transactions of the Royal Historical Society*, n.º 13 (2003), pp. 163-185.

Gildea, R., Wieviorka, O. y Warring, A., eds. *Surviving Hitler and Mussolini: Daily Life in Occupied Europe*, Oxford, 2006.

Gillingham, J., «The Baron de Launoit: A Case Study in the “Politics of Production” of Belgian Industry during Nazi Occupation» (Partes I y II), *Revue Belge d’Histoire Contemporaine*, 5 (1974), pp. 1-59.

—, «The Politics of Business in the German *Grossraum*: The Example of Belgium», *Studia Historiae Oeconomicae*, n.º 14 (1979), pp. 23-24, 656.

—, *Industry and Politics in the Third Reich: Ruhr Coal, Hitler and Europe*, Londres, 1985.

—, *Coal, Steel and the Rebirth of Europe, 1945-1955*, Cambridge, 1991.

Giltner, P., «*In the Friendliest Manner»: German-Danish Economic Cooperation during the Nazi Occupation, 1940-1945*, Nueva York, 1998.

Gisevius, H. N., *To the Bitter End*, Londres, 1948.

Glassheim, E., «National Mythologies and Ethnic Cleansing: The Expulsion of Czechoslovak Germans in 1945», *Central European History*, n.º 33:4 (2000), pp. 463-486.

Goda, N. W., *Tomorrow the World: Hitler, Northwest Africa and the Path toward America*, College Station, Texas, 1998 (hay trad. cast.: *Y mañana, el mundo: Hitler, África noroccidental y el camino hacia América*, Alianza, Madrid, 2002).

—, «Black Marks: Hitler’s Bribery of his Senior Officers during World War II», *Journal of Modern History*, n.º 72:2 (junio de 2000), pp. 413-452.

Goebbels, J., *The Goebbels Diaries, 1942-43*, ed. L. Lochner, Nueva York, 1948.

—, *The Goebbels Diaries, 1939-1941*, ed. F. Taylor, Londres, 1982.

—, *Joseph Goebbels: Tagebücher, 1924-45*, ed, R. Reuth, 5 vols., Munich, 1992.

—, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, ed. E. Fröhlich, Munich, 1996 (hay trad. cast.: *Diario*, Plaza & Janés, Barcelona, 1979).

Goeschel, «Suicide at the End of the Third Reich», *Journal of Contemporary History*, n.º 41:1 (2006), pp. 153-173.

Goldyn, B., «Disènchanted Voices: Public Opinion in Cracow, 194546», *East European Quarterly*, n.º 32:2 (junio de 1998), pp. 139-165.

Gong, G., *The Standard of «Civilisation» in International Society*, Oxford, 1984.

Goodman, N., «Health in Europe», *International Affairs*, n.º 20:4 (Londres, 1944), pp. 473-480.

Gordon, B., «The Condottieri of the Collaboration: *Mouvement Social Révolutionanaire*», *Journal of Contemporary History*, n.º 10:2 (abril de 1975), pp. 261-282.

Gott, V., «The National Socialist Theory of International Law», *American Journal of International Law*, n.º 32:4 (octubre de 1938), pp. 704-718.

Gould, S. W., «Austrian Attitudes toward Anschluss: October 1918September 1919», *Journal of Modern History*, n.º 22:3 (septiembre de 1950), pp. 220-231.

Graziosi, A., «Il mondo in Europa: Namier e il "Medio oriente europeo", 1815-1948», *Contemporanea*, n.º 10:2 (abril de 2007), pp. 193-229.

Gregor, N., ed., *Nazism, War and Genocide: Essays in Honour of Jeremy Noakes*, Exeter, 2005.

Gribaudi, G., *Guerra totale: tra bombe alleate e violenze naziste. Napoli e il fronte meridionale 1940-1944*, Turín, 2005.

Grimal, H., *Decolonization: The British, French, Dutch and Belgian Empires, 1919-1963*, Boulder, Colorado, 1978.

Grohmann, C., «From Lothringen to Lorraine: Expulsion and Voluntary Repatriation», *Diplomacy and Statecraft*, n.º 16 (2005), p. 571-587.

Grondin, J., *Hans-Georg Gadamer: A Biography*, Nueva Haven, 2003 (hay trad. cast.: *Hans-Georg Gadamer: una biografía*, Herder, Barcelona, 2000).

Groscurth, H., *Tagebücher eines Abwehroffiziers, 1938-1940*, Stuttgart, 1970.

Gross, J., *Polish Society under German Occupation: The Generalgouvernement, 1939-1944*, Princeton, 1979).

—, *Neighbors: The Destruction of the Jewish Community in Jedwabne*, Princeton, 2002.

Gumz, J., «German Counter-insurgency Policy in Independent Croatia, 1941-1944», *The Historian*, n.º 61 (1998), pp. 33-50.

—, «Stepping back from Destruction: Invasion, Occupation and Empire in Habsburg Serbia, 1914-1918», tesis doctoral, Universidad de Chicago, 2006.

Gumz, J. E., «*Wehrmacht* Perceptions of Mass Violence in Croatia, 1941-1942», *Historical Journal*, n.º 44:4 (2001), pp. 1015-1038.

Gutman, I. y Berenbaum, M., eds., *Anatomy of the Auschwitz Death Camp*, Bloomington, Indiana, 1994.

Haar, I. y Fahlbusch, M., eds., *German Scholars and Ethnic Cleansing, 1920-1945*, Oxford, 2005.

Haberer, E., «The German Police and Genocide in Belorussia, 1941-1944. Part 1: Police Deployment and Nazi Genocidal Directives», *Journal of Genocide Research*, n.º 3:1 (2001), pp. 13-29.

Haestrup, J., *European Resistance Movements, 1939-1945: A Complete History*, Londres, 1981.

Hagen, W., *Germans, Poles and Jews: The Nationality Conflict in the Prussian East, 1772-1914*, Chicago, 1980.

Hahn, G., *Grundfragen europäischer Ordnung: Ein Beitrag zur Neugestaltung der Völkerrechtslehre*, Berlín, 1939.

Hahn, H. J., *The 1848 Revolutions in German-speaking Europe*, Londres, 2001.

Hammen, O., «German Historians and the Advent of the National Socialist State», *Journal of Modern History*, n.º 13:2 (junio de 1941), pp. 161-188.

Handelsman, M., *La Pologne: sa vie économique et sociale pendant la guerre*, París, 1933.

Hanson, J., *The Civilian Population and the Warsaw Uprising of 1944*, Cambridge, 1978.

Harper, J. L., *American Visions of Europe: Franklin D. Roosevelt, George F. Kennan, and Dean G. Acheson*, Cambridge, 1996.

Harriman, H., *Slovenia under Nazi Occupation, 1941-1945*, Nueva York, 1977.

Harrison, E. D. R., «The British Special Operations Executive and Poland», *Historical Journal*, n.º 43:4 (2000), pp. 1071-1091.

Harrison M., «Resource Mobilisation for World War II», *Economic History Review*, n.º 2 (1988).

Harten, H., *De-Kulturation und Germanisierung: Die nationalsozialistische Rassen und Erziehungspolitik in Polen 1939-1945*, Frankfurt, 1996.

Hartmann, C., «Massensterben oder Massenvernichtung»: Sowjetische-Kriegsgefangene im «Unternehmen Barbarossa», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 21 (2001), pp. 102-158.

—, «Verbrecherische Krieg verbrecherische Wehrmacht?», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 21 (2004).

Hart Merriam, C., «The Indian Population of California», *American Anthropologist* (octubre-diciembre de 1905), pp. 594-606.

Harvey, D., «Lost Children or Enemy Aliens? Classifying the Population of Alsace after the First World War», *Journal of Contemporary History*, n.º 34:4 (octubre de 1999), pp. 537-554.

Hassell, U., von *The von Hassell Diaries, 1938-1944*, Londres, 1948.

Hauner, M., «Did Hitler Want World Dominion?», *Journal of Contemporary History*, n.º 13:1 (enero de 1978), pp. 15-32.

—, *India in Axis Strategy: Germany, Japan and Indian Nationalists inthe Second World War*, Stuttgart, 1981.

Hawes, S. y White, R., eds. *Resistance in Europe, 1939-1945*, Salford, 1973.

Hayes, O., *Industry and Ideology: I. G. Farben in the Nazi Era*, Cambridge, 1989.

Headlam, J. W., *A Memoir of the Paris Peace Conference, 1919*, Londres, 1972.

Heer, H. y Naumann, K., eds., *War of Extermination: The German Military in World War II, 1941-1944*, Nueva York, 2000.

Heiber, H., «Der Generalplan Ost: Dokumentation», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 6 (1958), pp. 280-326.

—, ed. *Hitler and His Generals: Military Conferences, 1942-45*, Nueva York, 2003.

Heike, W.-D., *The Ukrainian Division «Galicia», 1943-45: A Memoir*, Toronto, 1988.

Heinemann, I., «*Rasse, Siedlung, deutsches Blut»: Das Rasse und Siedlungshaumptamt der SS und die rassepolitische Neuordnung*

Europas, Gotinga, 2003.

Herbert, U., «Labour and Extermination: Economic Interest and the Primacy of *Weltanschauung* in National Socialism», *Past and Present*, n.º 138:2 (1993), pp. 144-195.

—, *Hitler's Foreign Workers: Enforced Foreign Labor in Germany under the Third Reich*, Cambridge, 1997.

—, *Best: Biographische Studien über Radikalismus, Weltanschauung und Vernunft, 1903-1989*, Bonn, 2001.

—, ed., *National Socialist Extermination Policies: Contemporary German Perspectives and Controversies*, Nueva York, 2000. [*Nationalsozialistische Vernichtungspolitik, 1939-1945* (Frankfurt, 1998)]

Herf, J., «The "Jewish War"»: Goebbels and the Anti-Semitic Campaigns of the Nazi Propaganda Ministry», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 19:1 (primavera de 2005), pp. 51-80.

Herre, P., *Deutschland und die Europäische Ordnung*, Berlín, 1941.

Herwig, H., «Tunes of Glory at the Twilight Stage: The Bad Homburg Crown Council and the Evolution of German Statecraft, 1917/1918», *German Studies Review*, n.º 6:3 (octubre de 1983), pp. 475-494.

Herz, J., «The Rise and Demise of the Territorial State», *World Politics*, n.º 9:4 (julio de 1957), pp. 473-493.

—, «The Territorial State Revisited: Reflections on the Future of the Nation-State», *Polity*, n.º 1:1 (agosto de 1968), pp. 11-34.

Herzstein, R., *When Nazi Dreams Come True: The Third Reich's Internal Struggle over the Future of Europe after a German Victory: A Look at the Nazi Mentality, 1939-45*, Londres, 1982.

Heydecker, J., *Un soldat allemand dans le ghetto de Varsovie 1941*, París, 1986.

Hiden, J., *The Baltic States and Weimar Ostpolitik*, Cambridge, 1987.

Hilberg, R., *The Destruction of the European Jews*, Nueva York, 1985.

—, *The Destruction of the European Jews*, 3rd edn, Nueva Haven, 2003 (hay trad. cast.: *La destrucción de los judíos europeos*, Akal, Madrid, 2005).

Hildebrand. K., *Vom Reich zum Weltreich: Hitler, NSDAP und koloniale Frage, 1919-1945*, Munich, 1969.

—, *Deutsche Außenpolitik 1933-1945: Kalkül oder Dogma?*, Stuttgart, 1971.

Hill, A., *War behind the Eastern Front: The Soviet Partisan Movementin North-west Russia, 1941-1944*, Londres, 2005.

Hill, G., *Trends in the Oil Industry in 1944*, Washington, DC, 1944.

Hillgruber, A., ed. *Staatsmänner und Diplomaten bei Hitler*, Frankfurt, 1970 (hay trad. cast.: *Estadistas y diplomáticos con Hitler*, Caralt, Barcelona, 1969).

—, «England's Place in Hitler's Plans for World Dominion», *Journal of Contemporary History*, n.º 9:1 (enero de 1974), pp. 5-22.

Himmler, H., *Reichsführer! Briefe an und von Himmler*, ed. H. Heiber, Stuttgart, 1968.

—, *Heinrich Himmler: Geheimreden 1933 bis 1945*, ed. B. Smith y A. F. Peterson, Berlín, 1974.

Hindley, M., «Negotiating the Boundary of Unconditional Surrender: The War Refugee Board in Sweden and Nazi Proposals to Ransom Jews, 1944-45», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 10:1 (primavera de 1996), pp. 52-77.

Hionidou, V., *Famine and Death in Occupied Greece, 1941-1944*, Cambridge, 2006.

Hirschfeld, G., ed., *Policies of Genocide: Jews and Soviet Prisoners of War in Nazi Germany*, Boston, 1986.

—, *Nazi Rule and Dutch Collaboration: The Netherlands under German Occupation, 1940-1945*, Oxford, 1988.

Hitler, H., *Hitler: Speeches and Proclamations, 1932-1945*, ed. M. Domarus, 4 vols., Wauconda, Illinois, c. 1990-2004 (hay trad. cast.: *Adolf Hitler. Discursos*, 1984, Huguin, Barcelona, 1984).

—, *Hitler's Second Book: The Unpublished Sequel to Mein Kampf*, ed. G. Weinburg, Nueva York, 2006.

Hoare, M. A., *Genocide and Resistance in Hitler's Bosnia: The Partisans and the Chetniks, 1941-1943*, Oxford, 2006.

Hoettl, W., *The Secret Front: The Story of Nazi Espionage*, Nueva York, 1954.

Hoffmann, S., «Collaboration in France during World War II», *Journal of Modern History*, n.º 40:3 (septiembre de 1968), pp. 375-395.

Hohenstein, A., *Warthelandisches Tagebuch aus den Jahren 1941/42*, Stuttgart, 1961.

Höhn, R., *Verfassungskampf und Heereseid; Der Kampf des Bürgertums um das Heer (1815-1850)*, Leipzig, 1938.

Höhne, H., *The Order of the Death's Head: The Story of Hitler's SS*, Nueva York, 1970 (hay trad. cast.: *La orden de la calavera*, Plaza & Janés, Barcelona, 1977).

Hondros, J., *Occupation and Resistance: The Greek Agony, 1941-1944*, Nueva York, 1983.

Horne, C. F., ed., *Source Records of the Great War*, vol. 5, Nueva York, 1923.

Horthy, M., *The Confidential Papers of Admiral Horthy*, ed. M. Szinai y L. Szúcs, Budapest, 1965.

Höss, R., *Death Dealer: The Memoirs of the SS Kommandant at Auschwitz*, Nueva York, 1996.

Housden, M., «Ewalde Ammende and the Organization of National Minorities in Interwar Europe», *German History*, n.º 18:4 (2000), pp. 439-460.

—, *Hans Frank: Lebensraum and the Holocaust*, Nueva York, 2003.

Hull, C., *The Memoirs of Cordell Hull*, Nueva York, 1948.

Hull, I., *Absolute Destruction: Military Culture and the Practices of War in Imperial Germany*, Ithaca, 2006.

Hüttenberger, P., *Die Gauleiter: Studie zum Wandel des Machtgefügesin der NSDAP*, Stuttgart, 1969.

Hutton, M., *Race and the Third Reich: Linguistics, Racial Anthropologyand Genetics in the Dialectic of Volk*, Cambridge, 2005.

Hyam, R., *Britain's Declining Empire: The Road to Decolonisation, 1918-1968*, Cambridge, 2006. Ilan Troen, S., *Imagining Zion: Dreams, Designs and Realities in a Century of Jewish Settlement*, Nueva Haven, 2003.

Ilan Troen, S. y Lucas, N., eds. *Israel: The First Decade of Independence*, Albany, 1995.

Ingrao, C. y Szabo, F., eds. *The Germans and the East*, Lafayette Occidental, Indiana, 2007.

—, *Trial of the Major War Criminals before the Nuernberg Military Tribunals under Control Council Law No. 10*, 14 vols., Washington, DC, 1949-1953.

Instituto Hoover, *France during the German Occupation, 1940-1944: A Collection of 292 Statements on the Government of Maréchal Pétain and Pierre Laval*, 3 vols., Stanford, 1958-1959.

Irjud, A., «La Germanisation des noms en Alsace entre 1940 et 1944», *Revue d'Alsace*, n.º 113 (1984), pp. 239-261.

Italia, Ministero d'Affari Esteri. *I Documenti Diplomatici*, Roma, 1953.

Jäckel, E., *Frankreich in Hitlers Europa*, Stuttgart, 1966.

Jackson, J., *France. The Dark Years, 1940-1944*, Oxford, 2001.

—, *The Fall of France: The Nazi Invasion of 1940*, Oxford, 2003.

Jacobmeyer, W., «Die polnische Widerstandsbewegung im General Gouvernement und ihre Beurteilung durch deutsche Dienststellen», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 25:4 (1977), pp. 655-681.

Jelinek, Y., «Slovakia's Internal Policy and the Third Reich, August 1940-Feb. 1941», *Central European History*, n.º 4:3 (1971), pp. 242-270.

Jennings, E. T., *Vichy in the Tropics: Pétain's National Revolution in Madagascar, Guadeloupe, and Indochina, 1940-1944*, Stanford, 2001.

Jensen, W. G., «The Importance of Energy in the First and Second World Wars», *Historical Journal*, n.º 11:3 (1968), pp. 538-554.

Jochmann, W., ed. *Adolf Hitler: Monologe im Führer-Hauptquartier, 1941-1944*, Hamburgo, 1980.

Joerges, C., «Europe a *Grossraum*? Rupture, Continuity and Re-configuration in the Legal Conceptualization of the Integration Project», *EUI Working Paper, Law no. 2002/2*, p. 13.

—«Continuities and Discontinuities in German Legal Thought», *Law and Critique*, n.º 14 (2003), pp. 297-308.

Joerges, C. y Ghaleigh, N. S., eds. *Darker Legacies of Law: The Shadow of National Socialism and Fascism over Europe and its Legal Traditions*, Oxford, 2003.

Johnson, C., *The Sorrows of Empire: Militarism, Secrecy and the End of the Republic*, Nueva York, 2004.

Johnston, H., «The Empire and Anthropology», *Nineteenth Century and After*, n.º 327 (julio de 1908), pp. 133-146.

Judt, T., ed., *Resistance and Revolution in Mediterranean Europe, 1939-1948*, Londres, 1989.

Kagan, J. y Cohen, D., *Surviving the Holocaust with the Russian Jewish Partisans*, Londres, 1997.

Kahrs, H., *Modelle für ein deutsches Europa: Ökonomie und Herrschaft im Grosswirtschaftsraum*, Berlín, 1992.

Kallay, N., *Hungarian Premier: A Personal Account of a Nation's Struggle in the Second World War*, Londres, 1954.

Kaminski, T., «Bismarck and the Polish Question: The "Huldigungsfahrten" to Varzin in 1894», *Canadian Journal of History*, n.º 22 (agosto de 1988), pp. 235-250.

Kap, J., ed., *The Tragedy of Silesia, 1945-46: A Documentary Account with a Special Survey of the Archdiocese of Breslau*, Munich, 1952-1953.

Kappeler, A., «Ukrainian History from a German Perspective», *Slavic Review*, n.º 54:3 (otoño de 1995), pp. 691-701.

Karny, M., Milotova, J., y Karna, M., eds. *Deutsche Politik im «Protektorat Böhmen und Mähren» unter Reinhard Heydrich, 1941-1942: Eine Dokumentation*, Berlín, 1997.

Karski, J., *Story of a Secret State*, Boston, 1944.

Kaser, M., ed., *The Economic History of Eastern Europe, 1919-1975*, 3 vols., Oxford, 1986.

Katz, J. A., «The Concept of Overcoming the Political: An Intellectual Biography of SS Standartenführer and Professor Dr Reinhard Höhn, 1904-1944», tesis de master, Virginia Commonwealth University, 1995.

Kay, A., *Exploitation, Resettlement, Mass Murder: Political and Economic Planning for German Occupation Policy in the Soviet Union, 1940-1941*, Nueva York, 2006.

Kedward, H. R., *Resistance in France: A Study of Ideas and Motivation in the Southern Zone, 1940-1942*, Oxford, 1978.

—, *In Search of the Maquis: Rural Resistance in Southern France, 1942-1944*, Oxford, 1993.

Kehrl, H., *Krisenmanager im Dritten Reich: 6 Jahre Frieden, 6 Jahre Krieg: Erinnerungen*, Düsseldorf, 1973.

Kennan, G., *From Prague after Munich: Diplomatic Papers, 1938-1940*, Princeton, 1968.

Kent, C. et al., eds. *The Lion and the Eagle: Interdisciplinary Essays on German-Spanish Relations over the Centuries*, Londres, 2000.

Kent, G. O., «Britain in the Winter of 1940 as Seen from the Wilhelmstrasse», *The Historical Journal*, n.º 6:1 (1963), pp. 120-130.

Kershaw, I., «Improvised Genocide? The Emergence of the "Final Solution" in the "Warthegau"», *Transactions of the Royal Historical Society*, (1994), pp. 51-78.

—, *Hitler, 1889-1936: Hubris*, Nueva York, 1999 (hay trad. cast.: *Hitler 1889-1936*, Península, Madrid, 2002).

Kersten, F., *The Kersten Memoirs, 1940-1945*, Londres, 1956.

Kestling, R. W., «Blacks under the Swastika: A Research Note», *Journal of Negro History*, n.º 83:1 (invierno de 1998), pp. 84-99.

Kettenacker, L., «The Anglo-Soviet Alliance and the Problem of Germany, 1941-1945», *Journal of Contemporary History*, n.º 17:3 (julio de 1982), pp. 435-458.

Kiss, G., «Political Geography into Geopolitics: Recent Trends in Germany», *Geographical Review*, n.º 32:4 (octubre de 1942), pp. 632-645.

Kitson, S., «From Enthusiasm to Disenchantment: The French Police and the Vichy Regime, 1940-1944», *Contemporary European History*, n.º 11:3 (2002), pp. 371-390.

—, *Vichy et la chasse aux espions nazis, 1940-1942: Complexités de la politique de collaboration*, París, 2005.

—, «Spying for Germany in Vichy France», *History Today*, n.º 56:1 (enero de 2006), pp. 38-45.

Klarsfeld, S., ed., *The Holocaust and the Neo-Nazi Mythomania*, Nueva York, 1978.

Kling, H., ed., *Der nationalsozialistische Krieg*, Frankfurt, 1990.

Klingemann, C., «Ursachenanalyse und ethnopolitische Gegenstrategien zum Landarbeitermangel in den Ostgebieten: Max Weber, das Institut für Staatsforschung und der Reichsführer SS», *Jahrbuch für Soziologiegeschichte* (1994), pp. 191-203.

Klinkhammer, L., *Zwischen Bündnis und Besatzung: Das nationalsozialistische Deutschland und die Republik von Salò, 1943-45*, Tubinga, 1993.

Kluke, P., «Nazionalsozialistische Europa ideologie», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 3:3 (1955), pp. 240-275.

Klukowski, Z., *Diary from the Years of Occupation, 1939-1944*, Urbana, Illinois, 1993.

Knox, M., *Hitler's Italian Allies: Royal Armed Forces, Fascist Regime and the War of 1940-1943*, Cambridge, 2000.

Koch, H. W., *In the Name of the Volk: Political Justice in Hitler's Germany*, Londres, 1997.

Küchenhoff, G., «Grossraumgedanke und Völkische Idee im Recht», *Zeitschrift für ausländisches öffentliches Recht und Völkerrecht*, n.º 12 (1944), pp. 34-82.

Koehl, R. L., «Colonialism inside Germany, 1886-1918», *Journal of Modern History*, n.º 25:3 (septiembre de 1953), pp. 255-272.

—, «A Prelude to Hitler's Greater Germany», *American Historical Review*, n.º 59:1 (octubre de 1953), pp. 43-65.

—, *RKFDV: German Resettlement and Population Policy 1939-1945: A History of the Reich Commission for the Strengthening of Germandom*, Cambridge, Massachusetts, 1957.

Kogan, A., «Social Democracy and the Conflict of Nationalities in the Habsburg Monarchy», *Journal of Modern History*, n.º 21:3 (septiembre de 1949), pp. 204-211.

Komjathy, A. y Stockwell, R., *German Minorities and the Third Reich: Ethnic Germans of East Central Europe between the Wars*, Nueva York, 1980.

Kopelev, L., *The Education of a True Believer*, Nueva York, 1980.

Koralka, J., «Germany's Attitude to the National Disintegration of Cisleithania», *Journal of Contemporary History*, n.º 4:2 (abril de 1969), pp. 85-95.

Kostal, R. W., *A Jurisprudence of Power: Victorian Empire and the Rule of Law*, Oxford, 2005.

Kotkin, S., «World War Two and Labor: A Lost Cause?», *International Labor and Working-Class History*, n.º 58 (otoño de 2000), pp. 181-191.

Krakowski, S., *Anatomy of the Auschwitz Death Camp*, Bloomington, Indiana, 1994.

Kramer, A., *Dynamics of Destruction: Culture and Mass Killing in the First World War*, Oxford, 2007.

Krausnick, H. y Broszat, M., eds., *Anatomy of the SS State*, Londres, 1973.

von Krockow, C., *Hour of the Women: Based on an Oral Narrative by Libussa Fritz-Krockow*, Nueva York, 1992.

Kulischer, E. M., *Europe on the Move: War and Population Changes, 1917-1947*, Nueva York, 1948.

Kunicki, M., «Unwanted Collaborators: Leon Kozłowski, Władysław Studnicki and the Problem of Collaboration among Polish Conservative Politicians in World War II», *European Review of History*, n.º 8:2 (2001), pp. 203-220.

Kwiet, K., «Vorbereitung und Auflösung der deutschen Militärverwaltung in den Niederlanden», *Militärgeschichtliches Mitteilungen*, n.º 1 (1969), pp. 121-153.

Lamb, R., *War in Italy, 1943-45: A Brutal Story*, Londres, 1993.

Lanckoronska, K., *Michaelangelo in Ravensbrück: One Woman's War against the Nazis, Nueva* York, 2007.

Lang, J. von, ed., *Eichmann Interrogated: Transcripts from the Archives of the Israeli Police*, Nueva York, 1999.

Lange, K., «Der terminus "Lebensraum" in Hitlers "Mein Kampf"», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 13:4 (1965), pp. 426-437.

Lannoy, F. de, *La Ruée de l'Armeé Rouge: Opération Bagration*, Bayeux, 2002.

Lavin, D., *From Empire to International Commonwealth: A Biography of Lionel Curtis*, Oxford, 1995.

Lebedeva, N. S., «The Deportation of the Polish Population to the USSR, 1939-1941», *Journal of Communist Studies and Transition Politics*, n.º 16: 12 (2000), pp. 28-45.

Le Begnec, G. y Peschanski, D. eds., *Les Elites locales dans la tourmente*, París, 2000.

Lecoeur, S. F., «The Italian Occupation of Syros and its Socio-Economic Impact, 1941-43», tesis doctoral, University of London, 2006.

Legnani, M., «Il "ginger" del generale Roatta: le direttive della 2a armata sulla repressione antipartigiana in Slovenia e Croazia», *Italia contemporanea*, n.os 209-210 (diciembre 1997-marzo 1998), pp. 155-174.

Leith, C. K., «The Struggle for Mineral Resources», *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, n.º 204 (julio de 1939), pp. 42-48.

Lemkin, R., *Axis Rule in Occupied Europe: Laws of Occupation, Analysis of Government, Proposals for Redress*, Washington, DC, 1944.

Levai, E., *Black Book on the Martyrdom of Hungarian Jewry*, Zurich y Viena, 1948.

Levine, H. S., «Local Authority and the SS State: The Conflict over Population Policy in Danzig-West Prussia, 1939-1945», *Central European History*, n.º 3 (1969), pp. 331-355.

—, *Hitler's Free City: A History of the Nazi Party in Danzig, 1925-1939*, Chicago, 1973.

Levisse-Touzé, C., ed., *Paris 1944: Les Enjeux de la Libération*, París, 1994.

Lewis, N., *Naples' 44*, Londres, 1978 (hay trad. cast.: *Nápoles 1944: un oficial del Servicio de Inteligencia en el laberinto italiano*, Folio, Barcelona, 2004).

Liberman, P., «The Spoils of Conquest», *International Security*, n.º 18:2 (otoño de 1993).

—, *Does Conquest Pay? The Exploitation of Occupied Industrial Societies*, Princeton, 1996.

Lindholm, R. W., «German Finances in Wartime», *American Economic Review*, n.º 37:1 (marzo de 1947), pp. 121-134.

Lindqvist, S., *Terra Nullius: A Journey through No One's Land*, Nueva York, 2007.

Linne, K., «"New Labour Policy" in Nazi Colonial Planning for Africa», *International Review of Social History*, n.º 49:2 (2004), pp. 197-224.

Lipgens, W.A., *History of European Integration*, vol. 1 (1945-7), Oxford, 1982.

—, ed. *Documents on the History of European Integration*, 4 vols., Berlín, 1984-1991.

Liulevicius, V. G., *War Land on the Eastern Front: Culture, National Identity and German Occupation in World War I*, Cambridge, 2000.

Loesener, B., «Das Reichsministerium des Innern und die Jugendgesetzgebung», *Viesteliahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 9:3 (1961)

Loftus, J., *The Belarus Secret*, Nueva York, 1982.

Lohr, E., *Nationalizing the Russian Empire: The Campaign against Enemy Aliens during World War I*, Cambridge, Massachusetts, 2003.

Loock, H.-D., «Zur "Grossgermanischen Politik" des Dritten Reiches», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 8 (1960), pp. 37-64.

Lösener, B., «Das Reichsministerium des Innern und die Judengesetzgebung», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 9:3 (1961)

Lossowski, P., «The Resettlement of the Germans from the Baltic States in 1939/41», *Acta Poloniae Historica*, n.º 92 (2005), pp. 7998.

Lotnik, W., *Nine Lives: Ethnic Conflict in the Polish-Ukrainian Borderlands*, Londres, 1999.

Low, D., *The Anschluss Movement, 1918-1919 and the Paris Peace Conference*, Filadelfia, 1974.

Luciolli, M., *Palazzo Chigi: anni roventi, ricordi di vita diplomatica italiana dal 1933 al 1948*, Milán, 1976.

Luczak, C., «Die Ansiedlung der deutschen Bevölkerung im besetzten Polen (1939-1945)», *Studia Historiae Oeconomica*, n.º 13 (1978), pp. 193-205.

—, «Nazi Spatial Plans in Occupied Poland (1939-1945)», *Studia Historiae Oeconomicae*, n.º 12 (1978).

—, «Die Agrarpolitik des Dritten Reiches», *Studia Historiae Oeconomicae*, n.º 17 (1982), pp. 195-203.

Lukas, R., *Forgotten Holocaust: The Poles under German Occupation, 1939-1944*, Nueva York, 1990.

Lumans, V., *Himmler's Auxiliaries: The Volksdeutsche Mittelstelle and the German National Minorities of Europe, 1933-1945*, Chapel Hill, Carolina del Norte, 1993.

—, *Latvia in World War II*, Nueva York, 2006.

Luyten, D. y Hemmerijckx, R., «Belgian Labour in World War II: Strategies of Survival, Organisations and Labour Relation», *European Review of History*, n.º 7:2, (otoño de 2000), pp. 207-227.

Lynch, M., *Mining in World History*, Londres, 2002.

MacDonald, C., *The Killing of SS Obergruppenführer Reinhard Heydrich, 27 May 1942*, Londres, 1989.

Machtan, L., «Bismarcks Varzin-Warcino heute»: Betrachtungen zu einem Symbol politischer Kultur aus Preußen-Deutschland», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, n.º 38:9 (1990), pp. 771-786.

Mackenzie, S. P., «The Treatment of Prisoners of War in World War II», *Journal of Modern History*, n.º 66:3 (septiembre de 1994), pp. 487-520.

Mackinder, H., «The Geographical Pivot of History», *Geographical Journal*, n.º 23:4 (abril de 1904), pp. 421-427.

Madajczyk, C., «Deportations in the Zamo´s´c Region in 1942 and 1943 in the Light of German Documents», *Acta Poloniae Historica*, n.º 1 (1958), pp. 75-106.

—, «Introduction to General Plan East», *Polish Western Affairs*, n.º 3:2 (1962).

—, *Die Okkupationspolitik Nazideutschlands in Polen, 1939-1945*, Berlín, 1987.

—, «Legal Conceptions in the Third Reich and its Conquests», *Michael*, n.º 13 (1993), pp. 131-159.

—, ed. *Inter arma non silent musae: The War and Culture, 1939-1945*, Varsovia, 1977.

—, *Vom Generalplan Ost zum Generalsiedlungsplan*, Munich, 1994.

Magocsi, R. P., *Historical Atlas of East Central Europe*, Seattle, 1993.

Mai, U., «*Rasse und Raum»: Agrarpolitik, Sozial und Raumplanung im NS-Staat*, Paderborn, 2002.

Maier, C., *Among Empires: American Ascendancy and Its Predecessors*, Cambridge, Massachusetts, 2006.

Maisky, I., *Memoirs of a Soviet Ambassador: The War, 1939-1943*, Londres, 1967.

Makinen, G. A., «The Greek Hyper-Inflation and Stabilization of 1943-46», *Journal of Economic History*, n.º 46:3 (1986), pp. 795-805.

Malaparte, K., *Kaputt*, Londres, 1989 (hay trad. cast.: *Kaputt*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1990).

Mamatey, V. y Luza, R., eds., *A History of the Czechoslovak Republic, 1918-1948*, Princeton, 1973.

Mankowski, Z., «Die Agrarpolitik des Okkupanten im Generalgouvernement, 1939-1945», *Studia Historiae Oeconomicae*, n.º 23 (1998), pp. 255-268.

Manoschek, W., «*Serbien ist judenfrei»: Militarische Besatzungspolitik*

und Judenvernichtung in Serbien, 1941/42, Munich, 1993.

Marmulla, H. y Brault, P., *Europäische Integration und Agrarwirtschaft*, Bonn, 1958.

Marples, D., «Western Ukraine and Western Belorussia under Soviet Occupation: The Development of Socialist Farming, 1939-1941»,

Revue Canadienne des Slavistes, n.º 27:2 (junio de 1985), pp. 158-177.

Marrus, M. y Paxton, R., *Vichy France and the Jews*, Nueva York, 1981.

Martens, S. y Vaïsse, M., eds., *Frankreich und Deutschland im Krieg (Nov. 1942-Herbst 1944): Okkupation, Kollaboration, Resistance*, Bonn, 2000.

Martin, B., «German-Italian Cultural Initiatives and the Idea of a New Order in Europe, 1936-1945», tesis doctoral, Universidad de Columbia, 2006.

Mastny, V., *The Czechs under Nazi Rule: The Failure of National Resistance, 1939-1942*, Nueva York, 1972.

Masur, N., *En jude talar med Himmler*, Estocolmo, 1945.

Matlok, S., ed. *Dänemark in Hitlers Hand: Der Bericht des Reichsbevollmächtigten Werner Best über seine Besatzungspolitik in Dänemark mit Studien über Hitler, Göring, Himmler, Heydrich, Ribbentrop, Canaris u.a*., Husum, 1988.

Maugue, P., *Le Particularisme Alsacien, 1918-1967*, París, 1970.

Mauter, W., «Churchill and the Unification of Europe», *The Historian*, n.º 61:1 (otoño de 1998), pp. 67-84.

May, E., «Nazi Germany and the United States: A Review Essay», *Journal of Modern History*, n.º 41:2 (junio de 1969), pp. 207-214.

Mazower, M., «The Strange Triumph of Human Rights, 1933-1950», *Historical Journal*, n.º 47:2 (2004), pp. 379-399.

—, «An International Civilization? Empire, Internationalism and the Crisis of the Mid-Twentieth Century», *International Affairs*, n.º 82:3 (2006), pp. 553-566.

McCann, F. D., *The Brazilian-American Alliance, 1937-1945*, Princeton, 1973.

McElligott, A. y Kirk, T., eds., *Working towards the Führer: Essays in Honour of Sir Ian Kershaw*, Munich, 2003.

McLaine, I., *The Ministry of Morale*, Londres, 1979, pp. 223-224.

Mejer, D., «*Non-Germans*» *under the Third Reich: The Nazi Judicial and Administrative System in Germany and Occupied Eastern Europe with Special Regard to Occupied Poland, 1939-1945*, Baltimore, 2003.

Mendelsohn, J., ed., *The Holocaust: Selected Documents in Eighteen Volumes*, Nueva York, 1982.

Merridale, C., *Ivan's War: Life and Death in the Red Army, 1939-1945*, Nueva York, 2006 (hay trad. cast.: *La guerra de los ivanes: el Ejército Rojo* (1939-1945), Debate, Barcelona, 2007).

Michalka, W., ed., *Nationalsozialistische Aussenpolitik*, Darmstadt, 1978.

—, *Der Zweite Weltkrieg: Analysen, Grundzüge, Forschungsbilanz*, Munich, 1989.

Mierzejewski, A. C., *The Collapse of the German War Economy, 1944-1945*, Chapel Hill, 1988.

—, «A Public Enterprise in the Service of Mass Murder: The Deutshe Reichsbahn and the Holocaust», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 15:1 (primavera de 2001), pp. 33-46.

Militärgeschichtliches Forschungsamt, ed., *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, Stuttgart, 1979-2004.

—, *Germany and the Second World War*, 7 vols., Oxford, 1990-2006.

Miller, D., «Colonising the Hungarian and German Border Areas during the Czech Land Reform, 1918-1938», *Austrian History Yearbook*, n.º 34 (2003), pp. 303-317.

Milward, A., *The New Order and the French Economy*, Oxford, 1970.

—, *The Fascist Economy in Norway*, Oxford, 1972.

—, *The European Rescue of the Nation-State*, Londres, 2000.

Ministerio de Información Polaco, *The German New Order in Poland*, Londres, 1942.

Mommen, H., «The Dissolution of the Third Reich: Crisis Management and Collapse, 1943-45», *German Historical Institute (Washington): Bulletin*, n.º 27 (otoño de 2000), pp. 9-23.

—, *Third Reich between Vision and Reality: New Perspectives on German History, 1918-1945*, Oxford, 2001.

Mommsen, W., *Max Weber and German Politics, 1890-1920*, Chicago, 1984.

Moore, B., ed., *Resistance in Western Europe*, Oxford, 2000.

Morris-Reich, A., «Arthur Ruppin's Concept of Race», *Israel Studies* n.º 11:3 (otoño de 2006), pp. 1-30.

Moskowitz, M., «Three Years of the Protectorate of Bohemia and Moravia», *Political Science Quarterly*, n.º 57:3 (septiembre de 1942), pp. 353-375.

Mosse, G. L., ed., *Police Forces in History*, Londres, 1975.

Müller, N., ed., *Deutsche Besatzungspolitik in der UdSSR 1941-1944: Dokumente*, Colonia, 1980.

Müller, R.-D., *Der letzte deutsche Krieg, 1939-1945*, Stuttgart, 2005.

Müller, R.-D. y Volkmann, H.-E., eds., *Die Wehrmacht. Mythos und Realität*, Munich, 1999.

Mulligan, T., *The Politics of Illusion and Empire: German Occupation Policy in the Soviet Union, 1942-43*, Nueva York, 1988.

Murashko, G. y Noskova, A., «Stalin and the National-Territorial Controversies in Eastern Europe, 1945-1947», *Cold War History*, n.º 1:3 (abril de 2001), pp. 161-172.

Murphy, R.*et al.*, eds., *National Socialism: Basic Principles, Their Application by the Nazi Party's Foreign Organization and the Use of Germans Abroad for Nazi Aims,* Washington, 1943.

Murray, W., *The Change in the European Balance of Power, 1938-1939: The Path to Ruin*, Princeton, 1984.

Musial, B., «The Origins of "Operation Reinhard": The Decision-Making Process for the Mass Murder of the Jews in the *Generalgouvernement*», *Yad Vashem Studies*, n.º 28 (2000), pp. 113-153.

Myers, D. P., «Berlin "Versus" Vienna: Disagreements about "Anschluss" in the Winter of 1918-1919», *Central European History*, n.º 5:2 (junio de 1972), pp. 150-175.

Naasner, W., ed., *SS-Wirtschaft und SS-Verwaltung*: «*Das SS-Wirtschafts-Verwaltungshauptamt und die unter seiner Dienstaufsicht stehenden wirtshaftlichen Unternehmungen*» *Und weitere Dokumente*, Düsseldorf, 1998.

Naimark, N., *Fires of Hatred: Ethnic Cleansing in Twentieth Century Europe*, Cambridge, Massachusetts, 2001.

Namier, L., *Vanished Supremacies: Essays on European History, 1812-1918*, Londres, 1962.

—, *1848: The Revolt of the Intellectuals,* Oxford, 1992.

Nazi Conspiracy and Aggression, 8 vols., Washington, DC, 1946-1948.

Neited, S., ed., *Tapping Hitler's Generals: Transcripts of Secret Conversations, 1942-45,* Barnsley, 2007.

Neulen, H. W., ed., *Europa und das 3. Reich: Einigungsbestrebungen im deutschen Machtbereich, 1939-1945*, Munich, 1987.

Neumann, K., *Not the Way it Really Was: Constructing the Tolai Past*, Honolulu, 1992.

Neumann, S., «Fashions in Space», *Foreign Affairs*, n.º 21:2 (enero de 1943), pp. 276-288.

Nicolson, H., «The Colonial Problem», *International Affairs*, n.º 17:1 (enero-febrero de 1938), pp. 32-50.

Noakes, J. y Pridham, G., eds., *Nazism, 1919-1945: A Documentary Reader vol. 3: Foreign Policy, War and Racial Extermination*, Exeter, 1991.

Noble, A., «The First *Frontgau*: East Prussia, July 1944», *War and History*, n.º 13 (abril de 2006), pp. 200-216.

Nove, A., «How Many Victims in the 1930s? II», *Soviet Studies*, n.º 42:4 (octubre de 1990), pp. 811-814.

O'Brien, P., «European Economic Development», *Economic History Review*, n.º 35:1 (febrero de 1982), pp. 1-18.

Orwell, G., «Not Counting Niggers», Adelphi (julio de 1939)

Otto, G. y Cate, J. H. ten, eds., *Das organisierte Chaos*: «*Ämterdarwinismus*» *und «Gesinnungsethik»: Determinanten nationalsozialistischer Besatzungsherrschaft*, Berlín, 1999.

Overmans, R., *Deutsche militärische Verluste im Zweiten Weltkrieg*, Munich, 1999.

Overy, R. J., *Goering: The «Iron Man»*, Londres, 1984.

—, *Why the Allies Won*, Londres, 1995 (hay trad. cast.: *Por qué ganaron los aliados*, Tusquets, Barcelona, 2005).

—, *Interrogations: The Nazi Elite in Allied Hands, 1945*, Londres, 2001 (hay trad. cast.: *Interrogatorios: el Tercer Reich en el banquillo*, Tusquets, Barcelona, 2003).

—, *The Dictators: Hitler's Germany, Stalin's Russia*, Londres, 2004 (hay trad. cast.: *Dictadores: la Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin*, Tusquets, Barcelona, 2006).

—, ed. *War and Economy in the Third Reich*, Oxford, 1994.

Overy, R. J., Otto G. y Cate, J. H. van, eds., *Die «Neuordnung» Europas: NSWirtschaftspolitikin den besetzten Gebieten*, Berlín, 1997.

Padfield, P., *Himmler: Reichsführer-SS*, Londres, 1990 (hay trad. cast: *Himmler: el lider de las S.S. y la Gestapo*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2003).

Panayi, P., «Exploitation, Criminality, Resistance: The Everyday Life of Foreign Workers and Prisoners of War in the German Town of Osnabrück, 1939-1949», *Journal of Contemporary History*, n.º 40:3 (2005), pp. 483-502.

Paolino, E. N., *The Foundations of the American Empire: William Henry Seward and US Foreign Policy*, Ithaca, 1973.

Paré, J.-R., «Les "Écrits de jeunesse" de Max Weber: l'histoire agraire, le nationalisme et les paysans», *Canadian Journal of Political Science*, n.º 28:3 (1995), pp. 437-454.

Parkinson, F., ed. *Conquering the Past: Austrian Nazism Yesterday and Today*, Detroit, 1989.

Parkinson, R., *Thirty Years in the South Seas: Land and People, Customs and Traditions in the Bismarck Archipelago and on the German Solomon Islands*, trad. de J. Dennrson, Honolulu, 1999.

Pavone, C., ed. *Alle origine della Repubblica: Scritti su fascismo, antifascismo e continuità dello Stato*, Turín, 1995.

Paxton, R., *Vichy France: Old Guard, New Order, 1940-1944*, Nueva York, 1972 (hay trad. cast.: *La Francia de Vichy*, Noguer, Barcelona, 1974).

—, «Le Régime de Vichy était-il neutre?», *Guerres mondiales et conflits contemporains*, n.º 194 (1999), pp. 149-162.

Péan, P., *Une jeunesse française: François Mitterrand, 1934-1947*, París, 1994 (hay trad. cast.: *Una juventud francesa: François Mitterrand*, Juventud, Barcelona, 1996).

Penslar, D. J., *Zionism and Technocracy: The Engineering of Jewish Settlement in Palestine, 1870-1918*, Bloomington, Indiana, 1991.

—, *Israel in History: The Jewish State in Comparative Perspective*, Abingdon, 2007.

Perras, A., *Carl Peters and German Imperialism, 1856-1918: A Political Biography*, Oxford, 2004.

Pétain, P., *Discours aux Français: 17 juin 1940-20 août 1944*, ed. J.-C. Barbas, París, 1989.

Peterson, E.*The Limits to Hitler's Power*, Princeton, 1969.

Petrick, F., ed. *Die Okkupationspolitik des deutschen Faschismus in Dänemark und Norwegen (1940-1945)*, Berlín, 1992.

Petropoulos, J. y Roth, J. K., eds., *Grey Zones: Ambiguity and Compromise in the Holocaust and its Aftermath*, Nueva York, 2005.

Petrov, V., *Escape from the Future: The Incredible Adventures of a Young Russian*, Bloomington, Indiana, 1973.

—, «The Politics of Occupation», *Air University Review* (marzoabril de 1983).

Pilichowski, C., «Verbrauch von Nahrungsmitteln durch jüdische Bevölkerung und Häftlinge der Okkupationslager in besetzten Polen», *Studia Historiae Oeconomicae*, n.º 17 (1982), pp. 205-215.

Pinchuk, B., *Shtetl Jews under Soviet Rule: Eastern Poland on the Eve of the Holocaust*, Oxford, 1990.

Pinkus, O., *The House of Ashes*, Londres, 1991. «The Place of Judgment», *Time*, 6 de agosto de 1945.

Poiger, U., «Imperialism and Empire in Twentieth Century Germany», *History and Memory*, n.º 17:1 (2005), pp. 117-143.

Poliakov, L. y Wulf, J. eds., *Das Dritte Reich und seine Denker*, Wiesbaden, 1989.

Polish Fortnightly Review

Pollock, J. K., *The Government of Greater Germany*, Nueva York, 1938.

Pollack, M., *The Dead Man in the Bunker*, Londres, 2006.

Pomeranz, K., *The Great Divergence: China, Europe and the Making of the Modern World Economy*, California, 2000.

Portelli, A., *The Order Has Been Carried Out: History, Memory and the Meaning of a Nazi Massacre in Rome*, Londres, 2003.

Präg, W. y Jacobmeyer, W., eds. *Das Diensttagebuch des deutschen Generalgouverneurs in Polen 1939-1945*, Stuttgart, 1975.

Prazmowska, A., «The Kielce Pogrom 1946 and the Emergence of Communist Power in Poland», *Cold War History*, n.º 2:2 (enero de 2002), pp. 101-124.

Prete, R. A. y Ion, A. H., eds., *Armies of Occupation*, Ontario, 1981.

Preuss, L., «National Socialist Conceptions of International Law», *American Political Science Review*, n.º 29:4 (agosto de 1935), pp. 594-609.

Pringle, H., *The Master Plan: Himmler's Scholars and the Holocaust*, Nueva York, 2006 (hay trad. cast.: *El plan maestro: arqueología fantástica al servicio del régimen nazi*, Debate, Barcelona, 2007).

Prusin, A., «A Community of Violence: The SiPo/SD and its Role in the Nazi Terror System in Generalbezirk Kiew», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 21:1 (primavera de 2007), pp. 1-30.

Raitz von Frentz, C., *A Lesson Forgotten: Minority Protection under the League of Nations: The Case of the German Minority in Poland, 1920-1934*, Nueva York, 1999.

Ranshofen-Wertheimer, E., *Victory Is Not Enough: The Strategy for a Lasting Peace*, Nueva York, 1942.

Rebentisch, D., *Führerstaat und Verwaltung im Zweiten Weltkrieg: Verfassungsentwicklung und Verwaltungspolitik, 1939-1945*, Stuttgart, 1989.

Rebentisch, D. y Teppe, K., eds., *Verwaltung contra Menschenführung im Staat Hitlers: Studien zum politisch-administrativen System*, Gotinga, 1986.

Reddaway, W. F., Penson, J. H., Halecki, O. and Dyboski, R., eds. *The Cambridge History of Poland: From Augustus II to Pilsudski (1697-1935)*, Cambridge, 1951.

Reich Abel, J., «Warring Internationalisms: Multilateral Thinking in Japan, 1933-1964», tesis doctoral, Columbia University, 2004.

Reichman, S. y Hasson, S., «A Cross-Cultural Diffusion of Colonization: From Posen to Palestine», *Annals of the Association of American Geographers*, 74:1 (marzo de 1984), pp. 57-70.

Rein, L., «Local Collaboration in the Execution of the "Final Solution" in Nazi-Occupied Belorussia», *Holocaust and Genocide Studies*, 20:3 (invierno de 2006), pp. 381-409.

Reitlinger, G., *The Final Solution*, Londres, 1953 (hay trad. cast.: *La solución final*, Grijalbo, Barcelona, 1973.

—, *The SS, Alibi of a Nation*, Londres, 1956.

—, *The House Built on Sand: the Conflicts of German Policy in Russia, 1939-1945*, Londres, 1960.

Remak, J., «The Healthy Invalid: How Doomed was the Habsburg Empire?», *Journal of Modern History*, n.º 41:2 (junio de 1969), pp. 127-143.

Remeikis, T., ed. *Lithuania under German Occupation, 1941-1945: Dispatches from the US Legation in Stockholm*, Vilnius, 2005.

Rempel, D. G., «The Expropriation of the German Colonists in Southern ussia during the Great War», *Journal of Modern History*, n.º 4:1 (marzo de 1932), pp. 49-67.

Reynolds, D., *From World War to Cold War: Churchill, Roosevelt and the International History of the 1940s*, Cambridge, 2006.

Ribbentrop, J. von, *The Ribbentrop Memoirs*, Londres, 1954.

Rich, N., *Hitler's War Aims*, vol. 1: *Ideology, The Nazi State, and the Course of Expansion*, vol. 2: *The Establishment of the New Order*, Londres, 1974.

Richter, J. H., «Continental Europe's Prewar Food Balance», *Foreign Agriculture*, n.º 6 (1942), pp. 300-301.

Rieber, A., «Civil Wars in the Soviet Union», *Kritika*, n.º 4:1 (invierno de 2003), pp. 129-162.

Rieckhoff, H. van, *German-Polish Relations, 1918-1933*, Baltimore, 1971.

Rieger, B., *Creator of the Nazi Death Camps: The Life of Odilo Globocnik*, Londres, 2007.

Riismandel, V., «Soviet Law in Occupied Estonia», *Baltic Review*, n.º 5 (junio de 1955), pp. 23-42.

Robbins, K., «Konrad Henlein, the Sudeten Question and British Foreign Policy», *Historical Journal*, n.º 12:4 (diciembre de 1969), pp. 674-697.

Robertson, E. M., *Hitler's Prewar Policy and Military Plans, 1933-1939*, Londres, 1963.

Rodogno, D., *Fascism's European Empire: Italian Occupation during the Second World War*, Cambridge, 2006.

Röhr, W. y Heckert, E., eds., *Die faschistische Okkupationspolitik in Polen (1939-1945)*, Berlín, 1989.

Roon, Ger van., «Graf Moltke als Völkerrechtler im OKW», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 18:1 (1970), pp. 12-61.

Rosenberg, A., *Schriften und Reden*, Munich, 1943.

—, *Letzte Aufzeichnungen: Ideale und Idole der nationalsozialistischen Revolution*, Gotinga, 1955.

Ross, R., «Heinrich Ritter von Srbik and "Gesamtdeutsch" History», *Review of Politics*, n.º 31:1 (enero de 1969), pp. 88-107.

Rossino, A., *Hitler Strikes Poland: Blitzkrieg, Ideology and Atrocity*, Lawrence, Kansas, 2003.

—, «Polish "Neighbours" and German Invaders: Anti-Jewish Violence in the Bialystok District during the Opening Weeks of Operation Barbarossa», *Polin*, n.º 16 (2003), pp. 431-452.

Rössler, M., «Applied Geography and Area Research in Nazi Society: Central Place Theory and Planning, 1933 to 1945», *Environment and Planning*, n.º 7 (1989), pp. 419-431.

Rössler, M. y Schleiermacher, S., eds., *Der «Generalplan Ost»: Hauptlinien der nationalsozialistischen Planungs und Vernichtungspolitik*, Berlín, 1993.

Rostow., W., «The European Commission for Europe», *International Organization*, n.º 3:2 (mayo de 1949), pp. 254-268.

Rothkirchen, L., «The Final Solution in its Last Stages», *Yad Vashem Studies*, n.º 8 (1970), pp. 7-28.

Ruehl, M., «In This Time without Emperors: The Politics of Ernst Kantorowicz's *Kaiser Friedrich der Zweite* Reconsidered», *Journal of the Warburg and Courtauld Institute*s, n.º 63 (2000), pp. 187-242.

Rutherford, P. T., «"Absolute Organizational Deficiency": The *1. Nahplan* of December 1939 (Logistics, Limitations, and Lessons)», *Central European History*, n.º 36:2 (2003), pp. 235-272.

—, *Prelude to the Final Solution: The Nazi Program for Deporting Ethnic Poles, 1939-1941* (Lawrence, Kansas, 2007)

Safrian, H., *Eichmann und seine Gehilfen*, Frankfurt, 1995.

Sakowicz, K., *Ponary Diary, 1941-1943: A Bystander's Account of a Mass Murder*, Nueva Haven, 2005.

Sauer, C., «The Formative Years of Ratzel in the United States», *Annals of the Association of American Geographers*, n.º 61:2 (junio de 1971), pp. 245-254.

Sauvy, A. y Ledermann, S., «La Guerre biologique (1933-1945): Population de l'Allemagne et des pays voisins», *Population*, n.º 1:3 (julio-septiembre de 1946).

Shafir, G., «Tech for Tech's Sake: The Engineering of Jewish Settlement in Palestine, 1870-1918», *Journal of Palestine Studies*, n.º 21:4 (verano de 1992), pp. 103-105.

Schechtman, J. P., *European Population Transfers, 1939-1945*, Nueva York, 1946.

Schellenberg, W., *Hitler's Secret Service*, Nueva York, 1956.

—, *Invasion 1940: The Nazi Invasion Plan for Britain*, introducción de J. Erickson, Londres, 2000.

Schenk, D., *Hans Frank: Hitlers Kronjuristund Generalgouverneur*, Frankfurt am Main, 2006.

Scherstjanoi, E., «"Vot ona prokliataia Germaniia!" Germany in Early 1945 through the Eyes of Red Army soldiers», *Slavic Review*, n.º 64:4 (invierno de 2005), pp. 165-189.

Schieder, T., ed., *The Expulsion of the German Population from the Territories East of the Oder-Neisse Line*, Bonn, sin fecha.

Schlesinger, R., *Federalism in Central and Eastern Europe*, Nueva York, 1945.

Schmidt, P., *Hitler's Interprete*r, Londres, 1951.

Schmitt, C., «Grossraum gegen Universalismus», *Zeitschrift der Akademie für Deutsches Recht*, n.º 9 (1939), pp. 333-337.

—, «Völkerrechtliche Grossraum-Ordnung mit Interventionsverbot für raumfremde Mächte», Berlín, 1939.

—, *The Concept of the Political*, trad. de G. Schwab, Rutgers, 1976.

—, *The Nomos of the Earth in the International Law of the Ius Publican Europaeun*, Nueva York, 2003.

Schmokel, W., *Dreams of Empire: German Colonialism, 1919-1945*, Nueva Haven, 1964.

Schöttler, P., «Eine Art "Generalplan West": Die Stuckart-Denkschrift vom 14. Juni 1940 und die Planungen für eine neue deutschfranzösische Grenze im Zweiten Weltkrieg», *Sozial Geschichte*, n.º 18:3 (2003), pp. 83-131.

Schreiber, G., *Deutsche Kriegsverbrechen in Italien*, Munich, 1996.

Schulte, J. E., *Zwangsarbeit und Vernichtung: Das Wirtschaftsimperium der SS: Oswald Pohl und das SS-Wirtschafts-Verwaltungshauptamt, 1933-1945*, Paderborn, 2001.

—, «Vom Arbeits zum Vernichtungslager: Die Entstehungsgeschichte von Auschwitz-Birkenau 1941/42», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 50 (2002).

Schulte, T., *German Army and Nazi Policies in Occupied Russia*, Nueva York, 1989.

Schulz, G., «Zur englischen Planung des Partisanenkriegs am Vorabend des Zweiten Weltkrieges», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 30:2 (1982), pp. 322-339.

Schumann, W., «Probleme der Deutschen Aussenwirtschaft und einer "Europäischen Wirtschaftsplanung"», *Studia Historiae Oeconomicae*, n.º 14 (1979), pp. 142-160.

—, *et al*., eds. *Europa unterm Hakenkreuz, (1938-1945)*, 10 vols., Berlín, 1988-1994.

Schwendemann, H., «“Drastic Measures to Defend the Reich at the Oder and the Rhine”»: A Forgotten Memorandum of Albert Speer of 18 March 1945», en *Journal of Contemporary History,* n.º 38:4 (2003), pp. 597-614.

Semelin, J., *Unarmed against Hitler: Civilian Resistance in Europe*, Londres, 1993.

Shafir, G., «Tech for Tech’s Sake», *Journal of Palestine Studies,* n.º 21:4 (verano de 1992).

Shenhav, Y., «The Jews of Iraq, Zionist Ideology and the Property of Palestinian Refugees of 1948: An Anomaly of National Accounting», *International Journal of Middle Eastern Studies,* n.º 31:4 (noviembre de 1999), pp. 605-630.

Shepherd, Ben, *War in the Wild East: The German Army and Soviet Partisans,* Cambridge, Massachusetts, 2004.

Simoni, L., *Berlino, Ambasciata d’Italia 1939-1943*, Roma, 1947.

Simposio de la Comisión de los Historiadores de Letonia, *The Hidden and Forbidden History of Latvia under Soviet and Nazi Occupation, 1940-1991*, Riga, 2005.

Simpson, A. W. B., *Human Rights and the End of Empire: Britain and the Genesis of the European Convention*, Oxford, 2001.

Singh Mehta, U., *Liberalism and Empire: A Study in Nineteenth-Century British Liberal Thought*, Chicago, 1999.

Slepyan, K., *Stalin’s Guerrillas: Soviet Partisans in World War Two,* Lawrence, Kansas, 2006.

Smelser, R. y Zitelman, R., eds. *Die braune Elite,* Darmstadt, 1993.

—, *The Nazi Elite*, Londres, 1993.

Smilovitsky, L., «Righteous Gentiles, the Partisans and Jewish Survival in Belorussia, 1941-1944», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 11:3 (invierno de 1997), pp. 301-329.

—, «A Demographic Profile of the Jews in Belorussia from the Prewar Time to the Postwar Time», *Journal of Genocide Research*, n.º 5:1 (2003), pp. 117-129.

Smith, B. y Peterson, A., eds., *Heinrich Himmler: Geheimreden 1933 bis 1945*, Frankfurt, 1974.

Smith, G., *The Last Years of the Monroe Doctrine, 1945-1993*, Nueva York, 1994.

Smith, L., *The Embattled Self: French Soldiers' Testimony of the Great War*, Cornell, 2007.

Smith, W. D., «Friedrich Ratzel and the Origins of Lebensraum», *German Studies Review*, n.º 3:1 (febrero de 1980), pp. 51-68.

—, *The Ideological Origins of Nazi Imperialism*, Oxford, 1986.

Snyder, D. R., *Sex Crimes under the Wehrmacht*, Lincoln, Nebraska, 2007.

Snyder, L., *The Blood and Iron Chancellor: A Documentary-Biography of Otto von Bismarck*, Princeton, 1967.

Snyder, T., «The Causes of Ukrainian-Polish Ethnic Cleansing 1943», *Past and Present*, n.º 179 (mayo de 2003), pp. 197-235.

Sobieski, Z., «Reminiscences from Lwow, 1939-1946», *Journal of Central European Affairs*, n.º 6:4 (enero de 1947), pp. 351-374.

Santag, R. J. y Beddie, J. S. eds., *Nazi-Soviet Relations, 1939-1941: Documents from the Archives of the German Foreign Office*, Washington, DC, 1948.

Spang, C. W. y Wippich, R.-H., eds., *Japanese-German Relations, 1895-1945*, Londres, 2006.

Spector, S., «Aktion 1005 Effacing the Murder of Millions», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 5:2 (1990), pp. 157-173.

Speer, A., *Inside the Third Reich*, Londres, 1970.

—, *Spandau: The Secret Diaries*, Londres, 1976 (hay trad. cast.: *Diario de Spandau*, Plaza & Janés, Barcelona, 1977).

Stafford, D., «The Detonator Concept: British Strategy, SOE and European Resistance after the Fall of France», *Journal of Contemporary History*, n.º 10:2 (abril de 1975), pp. 185-217.

Stein, G., *The Waffen-SS: Hitler's Elite Guard at War, 1939-1945*, Ithaca, 1966 (hay trad. cast.: *Las SS, las tropas escogidas de Hitler durante la guerra*, Caralt, Barcelona, 1973).

Steinberg, J.«The Third Reich Reflected: German Civil Adminis tration in the Occupied Soviet Union, 1941-1944», *English Historical Review*, n.º 110:437 (junio de 1995), pp. 620-650.

Steinert, M., *Capitulation 1945: The Story of the Dönitz Regime*, Londres, 1969 (hay trad. cast.: *Los veintitrés días del gobierno de Doenitz*, Caralt, Barcelona, 1973).

—, «The Allied Decision to Arrest the Dönitz Government», *Historical Journal*, n.º 31:3 (1988), pp. 651-663.

Steininger, R., Bischof, G. y Gehler, M. eds., *Austria in the 20th Century*, Nueva Brunswick, 2002.

Steinweis, A. y Rogers, D. E., eds., *The Impact of Nazism*, Lincoln, Nebraska, 2003.

Stern, H., «The Organisation Consul», *Journal of Modern History*, n.º 35:1 (marzo de 1963), pp. 20-32.

Stoakes, G., *Hitler and the Quest for World Dominion: Nazi Ideology and Foreign Policy in the 1920s*, Nueva York, 1986.

Stokker, K., «Hurry Home, Haakon: The Impact of Anti-Nazi Humor on the Image of the Norwegian Monarch», *Journal of American Folklore*, n.º 109:433 (verano de 1996), pp. 289-307.

Streit, C., *Keine Kameraden: Die Wehrmacht und die sowjetischen Kriegsgefangenen, 1941-1945*, Bonn, 1997.

Stroble, G., *The Germanic Isle: Nazi Perceptions of Britain*, Cambridge, 2000.

Struye, P., *L'Evolution du sentiment publique en Belgique sous l'occupation allemande*, Bruselas, 1945.

—, *Journal de guerre, 1940-1945*, Bruselas, 2004.

Suval, S., «Overcoming *Kleindeutschland*: The Politics of Historical Mythmaking in the Weimar Republic», *Central European History*, n.º 3 (1969), pp. 312-330.

Swain, G., *Between Stalin and Hitler: Class War and Race War on the Dvina, 1940-1946*, Londres, 2004.

Sweet, P. R., «Seipel's Views on Anschluss in 1928: An Unpublished Exchange of Letters», *Journal of Modern History*, n.º 19:4 (diciembre de 1947), pp. 320-323.

—, «The Historical Writing of Heinrich von Srbik», *History and Theory*, n.º 9:1 (1970), pp. 37-58.

Sweets, J., *Choices in Vichy France: The French under Nazi Occupation*, Oxford, 1986.

—, «Hold that Pendulum! Redefining Fascism, Collaborationism and Resistance in France», *French Historical Studies*, n.º 15:4 (otoño de 1988), pp. 731-758.

Sword, K., ed., *The Soviet Takeover of the Polish Eastern Provinces*, Londres, 1991.

Szarota, T., *Warschau unter dem Hakenkreuz*, Paderborn, 1978.

—, *The Warsaw Ghetto: the 45th Anniversary of the Uprising*, [Polonia], 1987.

Tauber, K., *Beyond Eagle and Swastika: German Nationalism since 1945*, Middletown, Connecticut, 1967.

Taylor, A. J. P., *The Origins of the Second World War*, Londres, 1961.

Taylor, L., *Between Resistance and Collaboration: Popular Protest in Northern France, 1940-1945*, Basingstoke, 2000.

Thamer, H.-U., *Verführung und Gewalt: Deutschland, 1933-45*, Berlín, 1986.

Ther, P. y Siljak, A., eds. *Redrawing Nations: Ethnic Cleansing in East-Central Europe, 1944-48*, Lanhan, Maryland, 2001.

Thies, J., «Hitler's European Building Programme», *Journal of Contemporary History*, n.º 13 (1978), pp. 413-431.

Thomas, W., «The Prussian-Polish Situation: An Experiment in Assimilation», *American Journal of Sociology*, n.º 19:5 (marzo de 1914), pp. 624-639.

Tims, R. W., *Germanizing Prussian Poland: The H-K-T Society and the Struggle for the Eastern Marches in the German Empire, 1894-1919*, Nueva York, 1941.

Todorov, T., *A French Tragedy: Scenes of Civil War, Summer 1944*, Hanover, Nueva Hampshire, 1996.

Tomosevich, J., *War and Revolution in Yugoslavia, 1941-1945: Occupation and Collaboration*, Stanford, 2001.

Tonnini, C., *Operazione Madagascar: La questione ebraica in Polonia, 1918-1968*, Bolonia, 1999.

Tooze, A., *Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Londres, 2006.

Toynbee, A. y Toynbee, V., eds., *Survey of International Affairs: Hitler's Europe, 1939-1946*, Londres, 1954 (hay trad. cast.: *La Europa de Hitler*, Axel Springer, Madrid, 1986).

Trentmann, F. y F. Just, eds., *Food and Conflict in the Age of the Two World Wars*, Basingstoke, 2006.

Trevor-Roper, H., «Hitlers Kriegziele», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 8 (1960)

—, H., ed., *Hitler's War Directives, 1939-1945*, Londres, 1966.

—, *Hitler's Table Talk*, Oxford, 1988.

Trew, S., *Britain, Mihailovic and the Chetniks, 1941-42*, Londres, 1998.

Tribunal Militar Internacional, *Trial of the Major War Criminals before the International Military Tribunal, 14 November 1945-1 October 1946*, 42 vols., Nuremberg, 1947-1949.

Tucker, W. R., *The Fascist Ego: A Political Biography of Robert Brasillach*, Los Ángeles, 1975.

Überschär, G. R., ed., *Orte des Grauens*, Darmstadt, 2003.

Überschär, G. R. y Wette, W., eds., «*Unternehmen Barbarossa»: Der deutsche Überfall auf die Sowjetunion 1941: Berichte, Analysen, Dokumente*, Paderborn, 1984.

Umbreit, H., *Der Militärbefehlshaber in Frankreich 1940-1944*, Boppard am Rhein, 1968.

—, *Deutsche Militärverwaltungen 1938/39: Die militärische Besetzung der Tschechoslowakei und Polens*, Stuttgart, 1977.

Ungvary, K., *Battle for Budapest: One Hundred Days in World War II*, Londres, 2003.

Valin, J., Mesle, F., Adamets, S. y Pyrozhov, S., «A New Estimate of Ukrainian Population Losses during the Crises of the 1930s and 1940s», *Population Studies*, n.º 56:3 (noviembre de 2002), pp. 249-264.

Veillon, D., *Fashion under the Occupation*, Oxford, 2002.

Verna, F. P., «Notes on Italian Rule in Dalmatia under Bastianini, 1941-1943», *International History Review*, n.º 12:3 (1990), pp. 441-460.

Vernant, J., *The Refugee in the Post-War World*, Londres, 1953.

Verschuer, O., «Rassenbiologie der Juden», *Forschungen zur Judenfrage*, vol. 3, 1938.

Vick, B., *Defining Germany: The 1848 Frankfurt Parliamentarians and National Identity*, Cambridge, Massachusetts, 2002.

Vincent, P., «Consequences de six années de guerre sur la population française», *Population*, n.º 1:3 (julio-septiembre de 1946).

Vinen, R., *The Unfree French: Life under the Occupation*, Nueva Haven, 2006.

Virgili, F., *Shorn Women: Gender and Punishment in Liberation France*, Nueva York, 2002.

Volin, L., «The Russian Food Situation», *Annals of American Academy of Political and Social Scientists*, n.º 225 (enero de 1943), pp. 89-91.

Volkmann, H.-E., «Landwirtschaft und Ernährung in Hitlers Europa, 1939-45», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, n.º 35 (1984).

Wachsmann, N., *Hitler's Prisons: Legal Terror in Nazi Germany*, Londres, 2004.

Waite, R., *Vanguard of Nazism: The Free Corps Movement in Postwar Germany, 1918-1923*, Nueva York, 1952.

Ward, J., «"People Who Deserve It": Jozef Tiso and the Presidential Exemption», Nationalities Papers, n.º 30-34 (2002), pp. 571-601.

Warlimont, W., *Inside Hitler's Headquarters, 1939-1945*, Londres, 1964.

Warmbrunn, W., *The Dutch under German Occupation, 1940-1945*, Stanford, 1963.

—, *The German Occupation of Belgium, 1940-1944*, Nueva York, 1993.

Weber, A., *Abschied von der bisherigen Geschichte*, Hamburgo, 1946.

Weber, W., *Die innere Sicherheit im besetzten Belgien und Nordfrankreich, 1940-1944*, Düsseldorf, 1978.

Wegner, B., ed., *From Peace to War: Germany, Soviet Russia and the World, 1939-1941*, Oxford, 1997.

Weinberg, G., *Germany and the Soviet Union, 1939-1941*, Leiden, 1954.

—, *World in the Balance: Behind the Scenes of World War II*, Hanover, Nueva Hampshire, 1981.

—, *A World at Arms: A Global History of World War II*, Cambridge, 2005.

—, ed., *Hitlers Zweites Buch*, Stuttgart, 1961.

Weiss, Y., «Central European Ethnonationalism and Zionist Binationalism», *Jewish Social Studies*, n.º 11:1 (otoño de 2004), pp. 93-117.

Weiss-Wendt, A., «Extermination of the Gypsies in Estonia during World War II: Popular Images and Official Policies», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 17:1 (primavera de 2003), pp. 31-61.

Weizsäcker, E., *Die Weizsäcker-Papiere, 1933-1950*, ed. L. E. Hill, Frankfurt, 1974.

Westad, O. A., *The Global Cold War: Third World Interventionism and the Making of Our Times*, Cambridge, 2007.

Westermann, E. B., «“Friend and Helper”: German Uniformed Police Operations in Poland and the General Government, 1939-1941», *Journal of Military History*, n.º 58:4 (octubre de 1994), pp. 643-662.

Wildt, M., «The Spirit of the Reich Security Main Office [RSHA]», *Totalitarian Movements and Political Religions*, n.º 6:3 (diciembre de 2005), pp. 333-349.

—, ed., *Nachrichtendienst, politische Elite und Mordeinheit: Der Sicherheitsdienst des Reichsführers-SS*, Hamburgo, 2003.

Williams, M., «German Imperialism and Austria, 1938», *Journal of Contemporary History*, n.º 14:1 (enero de 1979), pp. 139-153.

—, «Friedrich Rainer e Odilo Globocnik: L'amicizia insolita e i ruoli sinistri di due nazisti tipici», *Qualestoria*, n.º 1 (junio de 1997), pp. 141-175.

Wills, C., *That Neutral Island: A Cultural History of Ireland during the Second World War*, Londres, 2007.

Winiewicz, J. M., *Aims and Failures of the German New Order*, Londres, 1943.

Winter, C., «The Long Arm of the Third Reich: Internment of New Guinea Germans in Tatura», *Journal of Pacific History*, n.º 38:1 (2003), pp. 85-124.

Wiskemann, E., *Czechs and Germans*, Oxford, 1938.

—, *Germany's Eastern Neighbours*, Oxford, 1956.

Witte, P., «Two Decisions Concerning the "Final Solution to the Jewish Question": Deportations to Lodz and Mass Murder in Chelmno», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 9:2 (1995), pp. 318-345.

Witte, P. y Tyas, S., «A New Document on the Deportation and Murder of Jews during "Einsatz Reinhardt" 1942», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 15:3 (invierno de 2001), pp. 468-486.

Witte, P.*et al*., eds. *Der Dienstkalendar Heinrich Himmlers 1941/42*, Hamburgo, 1999.

Wollstein, G., *Das «Grossdeutschland» der Paulskirche: Nationale Ziele der bürgerlichen Revolution 1848/49*, Düsseldorf, 1977.

Wolton, S., *Lord Hailey, the Colonial Office and the Politics of Race and Empire in the Second World War: The Loss of White Prestige*, Londres, 2000.

Wood, E. T., *Karski: How One Man Tried to Stop the Holocaust*, Nueva York, 1994.

Wylie, N., ed., *European Neutrals and Non-Belligerents during the Second World War*, Cambridge, 2002.

Young, R. J., «The Aftermath of Munich», *French Historical Studies*, n.º 8:2 (otoño de 1973), pp. 305-322.

Zahra, T., «Reclaiming Children for the Nation: Germanization, National Ascription and Democracy in the Bohemian Lands, 1900-1945», *Central European History*, n.º 37:4 (2004), pp. 501-543.

—, *Kidnapped Souls: National Indifference and the Battle for Children in the Bohemian Lands, 1900-1948,* Ithaca, próxima publicación.

—, *Kidnapped Nation: The Nationalist Battle for Children in the Bohemian Lands, 1900-1945,* Ithaca, próxima publicación.

Zaloga, S., *Bagration 1944: The Destruction of Army Group Centre*, Londres, 1996.

Zertal, I., *From Catastrophe to Power: Holocaust Survivors and the Emergence of Israel*, Berkeley, 1998.

Zitelmann, R., *Hitler: The Policies of Seduction*, Londres, 1999.

Zylberberg, M., *A Warsaw Diary, 1939-1945*, Londres, 1969.

Lista de ilustraciones

15. Moda Longchamp, 1941 (Roger-Viollet/Topfoto)

16. Ola de calor, París, 1941 (Roger-Viollet/Topfoto)

17. Exposición «El judío y Francia», 1941 (Roger-Viollet/Topfoto)

18. Carros de alemanes de Besarabia, 1940 (Süddeutsche Zeitung Photo/Scherl)

19. Demolición del Vieux Port, Marsella, 1943 (Établissement Cinématographique et Photographique Armées, Ivry, DAM 1414 L6. Fotografía: Weber [Prop. Eins]).

20. El gueto de Kovno, 1941 (USHMM, cortesía de George Kadish/Zvi Kadushin)

21. Gitanos en Belzec, 1940 (USHMM, cortesía del Archiwum Dokumentacji Mechanicznej)

22. El Mariscal Antonescu y su esposa, 1942 (akg-images/ullstein bild)

23. Hitler y Mussolini, 1941 (akg-images/ullstein bild)

24. Quitando el águila real yugoslava de los cascos, 1941 (akgimages/ullstein bild)

25. Pintando la «U» de la Ustasa, 1941 (akg-images/ullstein bild)

26. Tropas alemanas en Serbia, 1941 (USHMM, cortesía de Muzej Revolucije Narodnosti Jugoslavije)

27. Brigada partisana Molotov, 1942 (USHMM, cortesía del Museo de la Gran Guerra Patriótica (fotografía: Faye Schulman)

28. Sublevación del gueto de Varsovia, 1943 (USHMM, cortesía de la Administración de Registros y Archivos Nacionales, College Park, Estados Unidos)

29. El tren de la muerte de Jassy, 1941 (USHMM, cortesía de Serviciul Roman De Informatii)

30. Deportados judíos húngaros, 1941 (USHMM, cortesía de Ivan Sved (fotografía: Gyula Spitz))

31. Personal de Auschwitz, 1944 (USHMM, cortesía de un donante anónimo)

32. Campo de concentración de Plaszow, 1943-1944 (Raimund Tisch)

33. La liberación de Dachau, 1945 (USHMM, cortesía de Benjamín Ferencz (fotografía: Sidney Blau))

34. Las tropas soviéticas entran en Budapest, 1945 (akg-images/ullstein bild)

35. Danzig, 1945 (akg-images/ullstein bild)

36. Afeitado de la cabeza de una mujer francesa, 1944 (Roger-Viollet/Topfoto)

37. La élite nazi, Mondorf-les-Bains, 1945 (Revista *Time*, 5 de noviembre de 1945/ fotografía: «N.C.»)

Nota: USHMM es una abreviatura de United States Holocaust Memorial Museum (Museo Conmemorativo del Holocausto de Estados Unidos). Los puntos de vista o las opiniones expresadas en este libro, y el contexto en que se usan las imágenes, no necesariamente reflejan los puntos de vista ni la política del United States Holocaust Memorial Museum, ni implican aprobación ni apoyo por su parte.

Lista de mapas

Galería de imágenes

«ANSCHLUSS»



1. Entusiasmo en Salzburgo ante la entrada de las tropas alemanas: una familia con una fotografía de Hitler y una bandera con la esvástica, 13 de marzo de 1938.

FORJADORES DE UN IMPERIO



2. Checos enfadados contemplan cómo las tropas alemanas entran en Praga, 15 de marzo de 1939.



3. Nacimiento del Protectorado: Hitler, con (*de izquierda a derecha*) Bormann, Frick, Lammers y Stuckart en el Castillo de Hradcany, Praga, 16 de marzo de 1939.



4. Arthur Seyss-Inquart (*izquierda*) con Odilo Globocnik, 1938.



5. Personal de las SS conduce a un grupo de prisioneros polacos con los ojos vendados a un emplazamiento de ejecuciones en el bosque de Palmiry, cerca de Varsovia, finales de 1939.

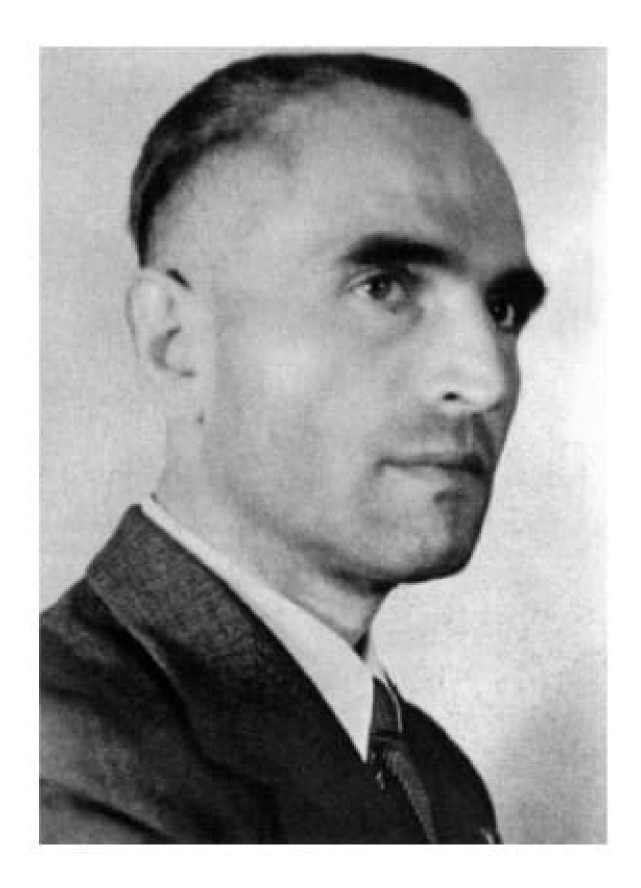


6. Un anfitrión reacio: Hans Frank (*derecha*) con Heinrich Himmler en Cracovia, 1940.

LOS NUEVOS AMOS DE EUROPA



7. El hogar ideal: Himmler y Rudolf Hess visitan la exposición «Planificación y reconstrucción del Este». Berlín, 20 de marzo de 1941.





8 y 9. Teóricos de la ocupación: Werner Best (*izquierda*) y Reinhard Heydrich (*derecha*).

SILLAS MUSICALES EN EL HOTEL KAISERHOF



10. Hablando con los soviéticos, 12 de noviembre de 1940: (*de izquierda a derecha*) Molotov, Frick, intérprete, Ribbentrop, Himmler.



11. El Pacto Anti-Comintern, Berlín, 26 de noviembre de 1941: (*de izquierda a derecha*) Ribbentrop, Witting (Finlandia), Goebbels, Tuka (Eslovaquia), Raeder, Lorkovic (Croacia), Frick, Scavenius (Dinamarca).

EN EL OESTE



12. Jean Cocteau (*izquierda*) y Arno Breker en la Orangerie. París, mayo de 1942.



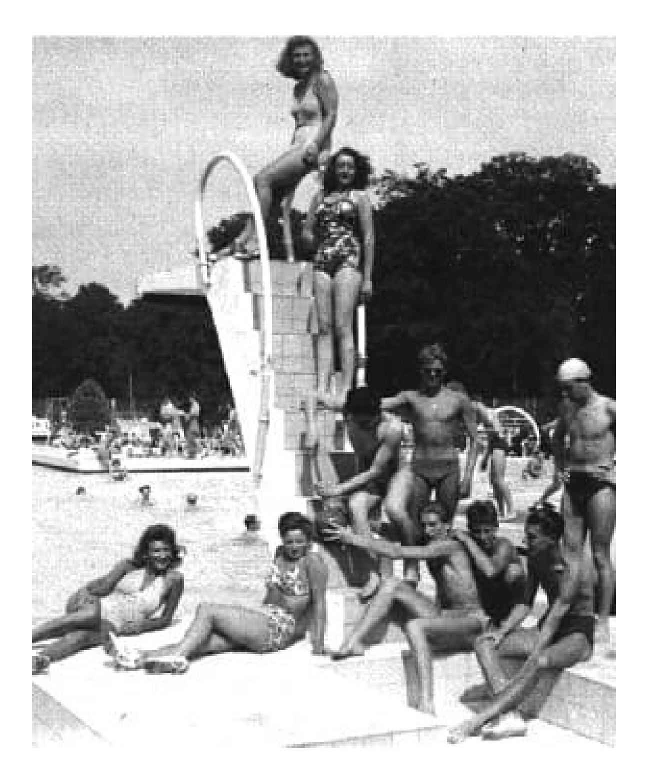
13. El mercado negro en la rue Lombard de Bruselas, 1942.



14. Un cuadro de Pétain adorna la oficina principal de la colaboracionista Ligue Française d’Epuration, d’Entraide Sociale et de Collaboration Européenne, marzo de 1941.



15. Moda Longchamp, octubre de 1941.

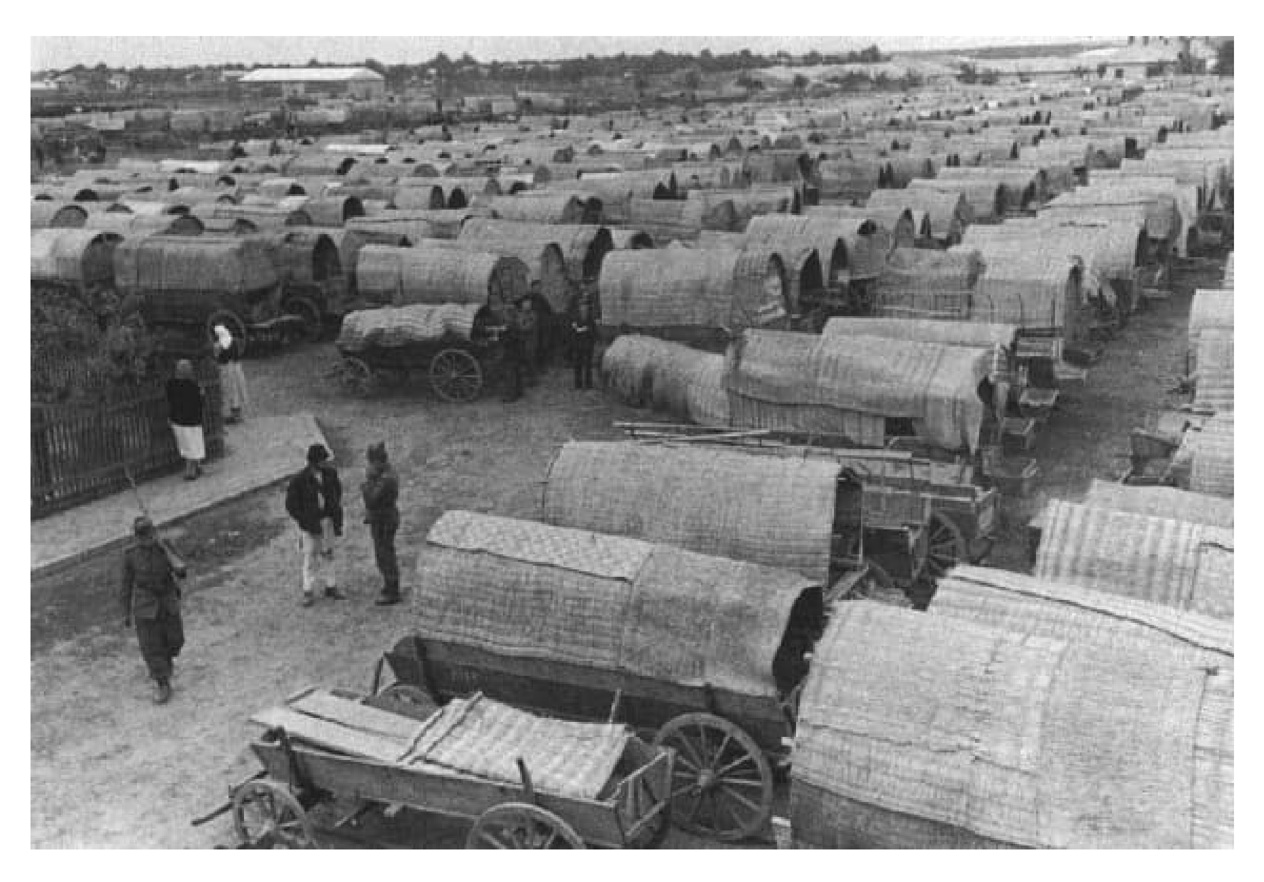


16. Ola de calor: refrescándose en la piscina de Pré Catelan. París, junio de 1941.



17. Exposición «El judío y Francia», en el Palais Berlitz. París, 1941.

LOS DESPLAZADOS



18. «Pioneros»: un campo temporal contiene los carros de los alemanes de Besarabia, antes de su viaje en barco al Reich remontando el Danubio, octubre de 1940.



19. Una multitud en el muelle contempla la demolición del Vieux Port. Marsella, 1 de febrero 1943.



20. Buscando refugio en el gueto. Kovno, 1941.



21. Romaníes deportados de Alemania retenidos en el campo de Belzec, 1940.

ALIADOS



22. El mariscal Antonescu y su esposa en su casa, marzo de 1942.



23. Hitler y Mussolini pasan revista a las tropas italianas en Ucrania, 28 de agosto de 1941.



24. Quitando el águila real yugoslava de los cascos del ejército. Croacia, mayo de 1941.



25. Pintando la «U» de la Ustasa, mayo de 1941.

LA OPOSICIÓN



26. Tropas alemanas incendian un pueblo serbio, 1941.



27. Comisarios políticos de la brigada partisana Molotov. Bielorrusia, 1942.



28. Judíos capturados durante la sublevación del gueto de Varsovia, abril-mayo de 1943.



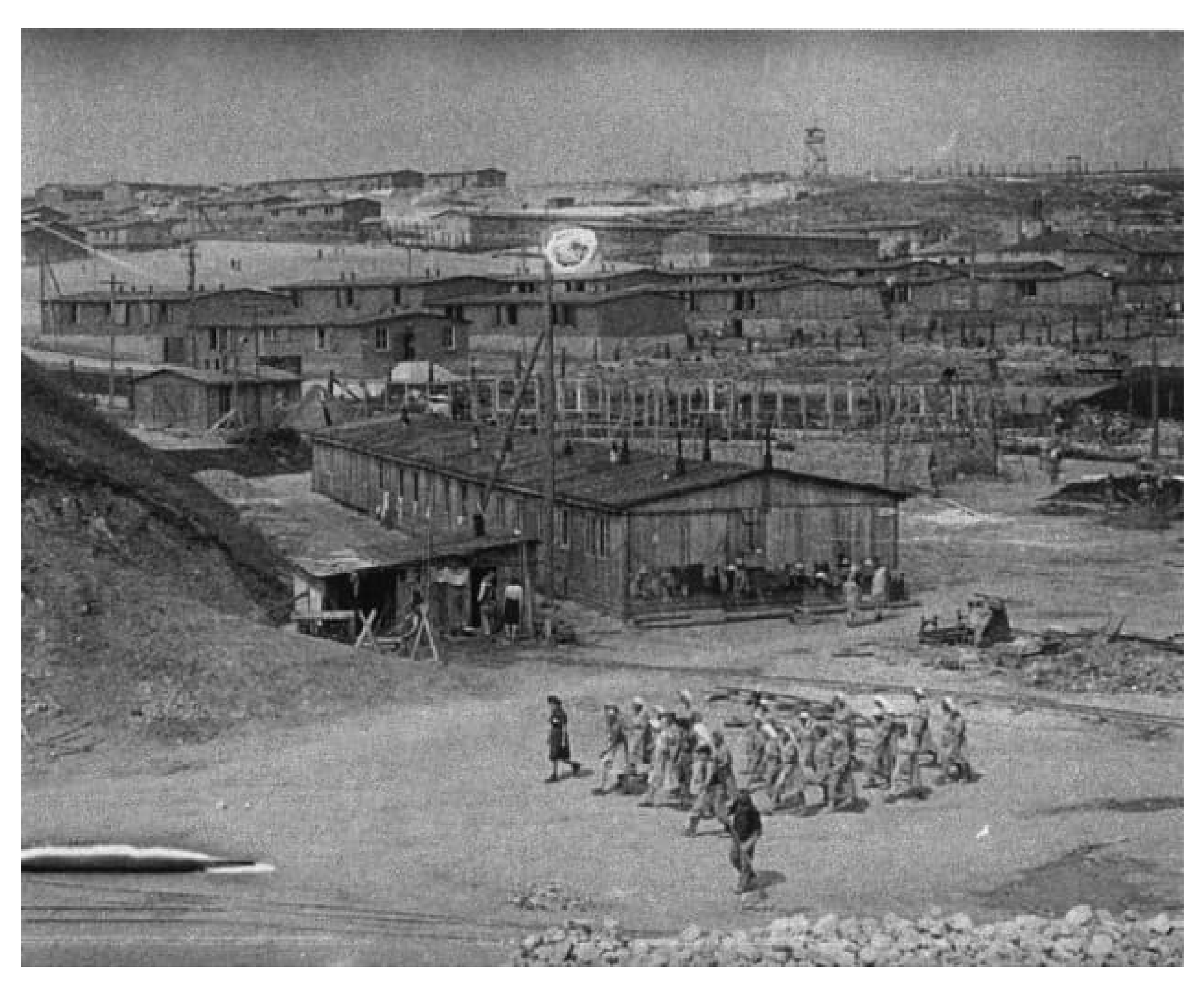
29. Cadáveres descargados del tren de la muerte de Jassy bajo la supervisión de un policía rumano, 1 de julio de 1941.

30. Deportados judíos húngaros son obligados a marchar a través de Kamenets-Podolsk hacia el emplazamiento de ejecución. Ucrania, 27 de agosto de 1941.

LOS CAMPOS



31. Personal de Auschwitz en un receso de fin de semana, 1944.



32. Trabajadores forzados en el campo de concentración de Plaszow, 1943-1944.

EL DÍA DESPUÉS



33. Algunos supervivientes de Dachau, el día después de la liberación, 30 de abril de 1945.



34. Las tropas soviéticas entran en Budapest, enero-febrero de 1945.



35. Danzig, 1945.



36. Afeitando la cabeza a una mujer acusada de acostarse con un alemán: obsérvese el retrato de Hitler a la izquierda, Francia 1944.

EL «CUBO DE LA BASURA»



37. La élite nazi en cautividad, Mondorf-les-Bains, verano de 1945. Göring preside. Ribbentrop está de pie en el extremo izquierdo de la primera fila, detrás de Lammers, que está sentado; Walter Funk se encuentra de pie a su lado y Seyss-Inquart entre ambos. Robert Ley mira fijamente hacia la derecha de la fotografía; Alfred Rosenberg está de pie detrás de su hombro derecho, Frick detrás de su hombro izquierdo. Entre la miscelánea de hombres del ejército, burócratas y funcionarios del Partido también puede distinguirse a Von Krosigk, Dönitz, Frank, Jodl y Keitel.



MARK MAZOWER, n. 20 de febrero de 1958 Londres, Reino Unido, es un escritor e historiador británico especializado en historia de Europa del siglo XX, así como en historia de Grecia y los Balcanes.

Actualmente ejerce como profesor titular de historia en la Universidad de Columbia, en Nueva York.

Es colaborador habitual en diversos medios como *The New York Times, The Guardian, Financial Times, The Nation o London Review of Books*. Dirige el Heyman Center for the Humanities, en la Universidad de Columbia, y es el fundador del Center for International History, asociado también a Columbia.

Obras notables: *La Europa negra*, *Gobernar el mundo*.

Notas

[1] C. von Krockow, *Hour of the Women: Based on an Oral Narrative by Libussa Fritz-Krockow*, Nueva York, 1991, pp. 27-30; sobre las marchas de la muerte, Y. Bauer, «The Death Marches, January-May 1945», *Modern Judaism* n.º 3:1 (1983), pp. 1-21. <<

[2] M. Dönhoff, *Before the Storm: Memories of My Youth in Old Prussia*, Nueva York, 1990, pp. 197-199; T. Dönhoff y J. Roettger, *Weit ist der Weg nach Westen: Auf der Fluchtroute von Marion Gräfin Dönhoff*, Berlín, 2004, pp. 186-190. <<

[3] L. Machtan, «Bismarcks Varzin-Warcino heute. Betrachtungen zu einem Symbol politischer Kultur aus Preußen-Deutschland», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, n.º 38:9 (1990), pp. 771-786. <<

[4] B. Ankermann, en el prólogo a R. Parkinson, *Thirty Years in the South Seas: Land and People, Customs and Traditions in the Bismarck Archipelago and on the German Solomon Islands*, trad. de J. Dennison, Honolulu, 1999, pp. xxxv-xxxvi. <<

[5] *Ibid*. B. Ankermann, en el prólogo a R. Parkinson, *Thirty Years in the South Seas: Land and People, Customs and Traditions in the Bismarck Archipelago and on the German Solomon Islands*, trad. de J. Dennison, Honolulu, 1999, pp. xxxv-xxxvi. TEXTO_ADICIONAL: pp. XXII, 24; K. Neumann, *Not the Way It Really Was: Constructing the Tolai Past*, Honolulu, 1992, p. 19. <<

[6] T. Kaminski, «Bismarck and the Polish Question: The "Huldigungsfahrtenn" to Varzin in 1894», *Canadian Journal of History*, n.º 22 (agosto de 1988), pp. 235-250. <<

[7] L. Snyder, *The Blood and Iron Chancellor: A Documentary-Biography of Otto von Bismarck*, Princeton, 1967, pp. 376-378. <<

[8] C. Winter, «The Long Arm of the Third Reich: Internment of New Guinea Germans in Tatura», *Journal of Pacific History*, n.º 38:1 (2003), pp. 85-124, aquí 105. <<

[1] S. Neitzel, ed., *Tapping Hitler’s Generals: Transcripts of Secret Conversations 1942-1945*, Barnsley, 2007, p. 15. <<

[2] W. Boelcke, ed., «*Wollt Ihr den totalen Krieg?*» *Die geheimen Goebbels-Konferenzen 1939-1943*, Stuttgart, 1967, pp. 189-191. En el original se hace referencia a la frontera «*nororiental*» de la India, lo cual es, obviamente, un error. <<

[3] H. Arendt, *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York, 1951 se adelantó a su tiempo al vincular el imperialismo europeo con el totalitarismo. Una síntesis reciente que sitúa a la Alemania nazi dentro de la historia más larga del imperio es J. Darwin, *After Tamerlane: The Global History of Empire*, Londres, 2007, esp. pp. 417-418 para la idea de la historia mundial en el período de entreguerras como una continuación sangrienta del «nuevo imperialismo» de finales del siglo XIX. El debate reciente se puede seguir en U. Poiger, «Imperialism and Empire in Twentieth Century Germany», *History and Memory*, n.º 17:1 (2005), pp. 117-143I. Hull, *Absolute Destruction Military Culture and the Practices of War in Imperial Germany*, Ithaca, 2006, advierte convincentemente que no se ha de suponer que las influencias entre el mundo colonial y Europa continental viajaran sólo en una dirección. W. D. Smith, *The Ideological Origins of Nazi Imperialism*, Oxford, 1986, sigue siendo fundamenta. <<

[4] Hitler como oportunista en A. J. P. Taylor, *The Origins of the Second World War*, Londres, 1961, y E. M. Robertson, *Hitler's Prewar Policy and Military Plans, 1933-1939*, Londres, 1963. Sobre el programa, K. Hildebrand, *Deutsche Aussenpolitik 1933-1945; Kalkül oder Dogma?*, Stuttgart, 1971. También se pueden encontrar versiones del Hitler «atlanticista» en G. Weinberg, *A World at Arms: A Global History of World War II*, Cambridge, 2005 y (en un sentido bastante distinto) en A. Tooze, *Wages of Destruction: the Making and Breaking of the Nazi Economy*, Londres, 2006. El argumento de que los objetivos de Hitler eran fundamentalmente europeos lo expuso por primera vez H. Trevor-Roper, «Hitlers Kriegziele», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 8 (1960). La bibliografía que trata sobre los objetivos de guerra está resumida en N. W. Goda, *Tomorrow the World: Hitler, Northwest Africa and the Path toward America*, College Station, Texas, 1998, en M. Hauner, «Did Hitler Want World Dominion?», *Journal of Contemporary History*, n.º 13:1 (enero de 1978), pp. 15-32, y G. Schreiber, «Der Zweite Weltkrieg in der internationalen Forschung. Konzeptionen, Thesen und Kontroversen», en W. Michalka, ed., *Der Zweite Weltkrieg: Analysen, Grundzüge, Forschungsbilanz*, Munich, 1989, pp. 3-2. <<

[5] Sobre Hitler y Estados Unidos, véanse los muy juiciosos comentarios de E. May, «Nazi Germany and the United States: A Review Essay», *Journal of Modern History*, n.º 41:2 (junio de 1969), pp. 207-214; Seward en E. N. Paolino, *The Foundations of the American Empire: William Henry Seward and US Foreign Policy*, Ithaca, 1973, pp. 7-8; W. Jochmann, ed., *Adolf Hitler: Monologe im Führer-Hauptquartier, 1941-1944*, Hamburgo, 1980, p. 11. <<

[6] H. Mackinder, «The Geographical Pivot of History», *Geographical Journal*, n.º 23:4 (abril de 1904), p. 436; G. Stoakes, *Hitler and the Quest for World Dominion: Nazi Ideology and Foreign Policy in the 1920s*, Nueva York, 1986, y N. Rich, *Hitler's War Aims*, vol. 2: *The Establishment of the New Order*, Londres, 1974; véase también D. Aigner, «Hitler und die Weltherrschaft», en W. Michalka, ed., *Nationalsozialistische Aussenpolitik*, Darmstadt, 1978, pp. 49-69. <<

[7] La cita de Rosenberg está extraída de G. Stroble, *The Germanic Isle: Nazi Perceptions of Britain*, Cambridge, 2000, p. 93. <<

[8] Sobre la cuestión de la proximidad y la amenaza racial véase D. Furber, «Going East: Colonialism and German Life in Nazi-Occupied Poland», tesis doctoral, Universidad Estatal de Pensilvania, 2003, pp. 45-49; cita extraída de A. Polonsky, «The German Occupation of Poland during the First and Second World Wars: A Comparisonn», en R. A. Prete y A. H. Ion, eds., *Armies of Occupation*, Ontario, 1981, p. 133. *Ostrausch* en D. Blackbourn, *The Conquest of Nature: Water, Landscape and the Making of Modern Germany*, Londres, 2006, p. 250. Véase también A. Steinweis, «Eastern Europe and the Notion of the Frontier in Germany to 1945», en K. Bullivant *et al*., eds., *Germany and Eastern Europe Cultural Identities and Cultural Differences*, Amsterdam, 1999. <<

[9] El número de bajas alemanas está extraído de R. Overmans, *Deutsche militärische Verluste im Zweiten Weltkrieg*, Munich, 1999, p. 265; otras cifras están extraídas de los datos publicados en E. M. Kulischer, *Europe on the Move: War and Population Changes, 1917-1947*, Nueva York, 1948, pp. 278-279, 305; G. Frumkin, *Population Changes in Europe since 1939*, Nueva York, 1951, pp. 174-182. Cifras soviéticas basadas en M. Ellman y S. Maksudov, «Soviet Deaths in the Great Patriotic War: A Note», *Europe-Asia Studies*, n.º 46:4 (1994), pp. 671-680. Algunas de estas cifras son especialmente difíciles de verificar y los cálculos aproximados de bajas civiles en Polonia, Yugoslavia y la URSS, en particular, necesitan ser urgentemente revisados; las cifras francesas han sido recientemente revisadas a la baja de forma convincente por Pieter Lagrou. Poco se ha escrito hasta la fecha sobre la dimensión política de las estadísticas de la época de guerra y de las de comienzos de la posguerra. <<

[10] L. Smith, *The Embattled Self: French Soldiers' Testimony of the Great War*, Cornell, 2007, p. 184. <<

[11] H. Heiber, ed., *Hitler and His Generals: Military Conferences, 1942-45*, Nueva York, 2003, pp. 533-534. <<

[12] Ute Frevert plantea la cuestión de la guerra como un proceso de europeización en «Europeanising Germany's Twentieth Centuryn», *History and Memory*, n.º 17:1-2 (2005), pp. 87-116. Drieu aparece citado en Smith, *The Embattled Self*, p. 184; El viaje del funcionario de la Gestapo Gerhard Bast está descrito por su hijo en M. Pollack, *The Dead Man in the Bunker*, Londres, 2006; M. Harrison, «Resource Mobilisation for World War II», *Economic History Review*, n.º 2 (1988). <<

[13] Hay una llamativa ausencia de síntesis actualizadas del Nuevo Orden nazi visto desde una perspectiva europea. Entre las indispensables descripciones de ello en lengua inglesa figuran Rich, *Hitler's War Aims*, vol. 2 y A. y V. Toynbee, eds., *Survey of International Affairs: Hitler's Europe, 1939-1946*, Londres, 1954. También deberían mencionarse tres obras de G. Reitlinger que siguen siendo útiles: *The Final Solution*, Londres, 1953, *The SS, Alibi of a Nation*, Londres, 1956, y *The House Built on Sand: the Conflicts of German Policy in Russia, 1939-1945*, Londres, 1960. Las recopilaciones colectivas más importantes son W. Schumann *et al*., eds., *Europa unterm Hakenkreuz (1938-1945)*, 10 vols., Berlín, 1988-1994, y W. Benz *et al*., eds., *Nationalsozialistische Besatzungspolitik in Europa, 1939-1945*, 9 vols., Berlín, 1996-1999. Los ocho volúmenes que han aparecido hasta la fecha de la serie del Militärgeschichtliches Forschungsamt *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, Stuttgart, 1979-2004, también tienen un valor incalculable. Una excelente síntesis reciente es G. Corni, *Il sogno del «grande spazio»: le politiche d'occupazione nell'Europa nazista*, Roma, 2005. E. Collotti, *L'Europa nazista: il progetto di un nuovo ordine europeo, 1939-1945*, Florencia, 2002, es una recopilación de ensayos. El historiador polaco Czeslaw Madajczyk ha escrito importantes artículos no sólo sobre su especialidad, Polonia, sino también sobre las políticas de ocupación nazi en el conjunto de Europa. <<

[14] P. Geyl, «Hitler’s Europe», *Encounters in History*, Nueva York, 1961, p. 264. <<

[15] «Report of deputy chief of police Jozsef Sombor-Schweinitzer», 29 de enero de 1943, en Horthy, M., *Confidential Papers*, ed. M. Szinai y L. Szucs, Budapest, 1965, p. 204. <<

[16] F. Bacon, «Of the True Greatness of Kingdoms and Estates», en *Selected Writings of Francis Bacon*, Nueva York, 1955, pp. 80-81. <<

[17] J. Colton, *Léon Blum: Humanist in Politics*, Durham, Carolina del Norte, 1987, p. 430. <<

[18] G. Aly, *Hitler's Beneficiaries: Plunder, Racial War and the Nazi Welfare State*, Nueva York, 2006; una crítica más extensa es A. Tooze, «Economics, Ideology and Cohesion in the Third Reich: A Critique of Götz Aly's *Hitlers Volksstaat*»; sobre los soldados, véase O. Bartov, *Hitler's Army: Soldiers, Nazis and War in the Third Reich*, Nueva York, 1991. <<

[19] Gross citado en Kum’a N’dumbe III Alexandre, «Fascisme colonial et culture», en C. Madajczyk, ed., *Inter arma non silent musae: The War and Culture, 1939-1945, Varsovia*, 1977, pp. 17-149, aquí 119. <<

[20] Hitler a Budak, 18 de febrero de 1942, en A. Hillgruber, ed., *Staatsmänner und Diplomaten bei Hitler*, vol. 2 (1942-1944), Frankfurt, 1970, pp. 62-63; véase también Z. Klukowski, *Diary from the Years of Occupation, 1939-1944*, Urbana, Ilinois, 1993, pp. 173, 227. <<

[21] R. Overmans, «Die Toten des Zweiten Weltkriegs in Deutschland. Bilanz der Forschung inter besonderer Berücksichtigung der Wehrmacht und Vertreibungsverluste», en Michalka, ed., *Der Zweite Weltkrieg*, pp. 858-875. Los cálculos aproximados que contempla Overmans oscilan entre 3,35 y 9,4 millones de muertos en total. La variación se explica fundamentalmente por la dificultad de determinar la cantidad de personas que fueron asesinadas durante las expulsiones que se llevaron a cabo desde 1945 en adelante. Los cálculos aproximados más verosímiles giran en torno a entre 5,2 y 5,65 millones de personas. Los cálculos aproximados de los muertos y desaparecidos exclusivamente de la Wehrmacht oscilan entre 3 y 4 millones. <<

[1] Véase A. Graziosi, «Il mondo in Europa: Namier e il “Medio oriente europeo”, 1815-1948», *Contemporanea*, n.º 10:2, abril 2007, pp. 193-22. **<<**

[2] L. Namier, *1848: The Revolt of the Intellectuals*, Oxford, 1992, p. 88; véase también su «Nationality and Liberty», en su *Vanished Supremacies: Essays on European History, 1812-1918*, Londres, 1962, pp. 46-73. Véase, también, G. Wollstein, *Das «Grossdeutschland» der Paulskirche: Nationale Ziele der bürgerlichen Revolution 1848/49*, Düsseldorf, 1977, y H. J. Hahn, *The 1848 Revolutions in German-speaking Europe*, Londres, 2001, esp. 147151. B. Vick, *Defining Germany: The 1848 Frankfurt Parliamentarians and National Identity*, Cambridge, Massachusetts, 2002, trata vehementemente de criticar esta interpretación y subrayar el carácter integrador del nacionalismo alemán de esta época, lo que resulta más convincente por lo que respecta a los territorios Habsburgo que a los polacos. <<

[3] R. Höhn, *Verfassungskampf und Heereseid; Der Kampf des Bürgertums um das Heer (1815-1850)*, Leipzig, 1938; J. Goebbels, *The Goebbels Diaries, 1939-1941*, ed. F. Taylor, Londres, 1982, p. 114. En general, R. Zitelmann, *Hitler: The Policies of Seduction*, Londres, 1999, pp. 60-61. Rebatir los significados de 1848 también fue un rasgo del fascismo italiano: véase C. Pavone, «Le idee della Resistenza», en Pavone, ed., *Alle origini della Repubblica: Scritti su fascismo, antifascismo e continuità dello Stato*, Turín, 1995, p. 7. <<

[4] P. Judson, «Changing meanings of “Germann” in Habsburg Central Europe», en Charles Ingrao y Franz Szabo, eds., *The Germans and the East*, Lafayette del Oeste, Indiana, 2007, pp, 109-128, aquí 116. <<

[5] F. Epstein, «Friedrich Meinecke on Eastern Europen», en Epstein, ed., *Germany and the East: Selected Essays*, Bloomington, Indiana, 1973, p. 37. <<

[6] J. Remak, «The Healthy Invalid: How Doomed was the Habsburg Empire?», *Journal of Modern History*, n.º 41:2 (junio de 1969), pp. 127-143; A. Kogan, «Social Democracy and the Conflict of Nationalities in the Habsburg Monarchy», *Journal of Modern History*, n.º 21:3 (septiembre de 1949), pp. 204-211. <<

[7] M. Cornwall, «The Struggle on the Czech-German Language Border, 1880-1940», *English Historical Review*, n.º 109:433 (septiembre de 1994), pp. 914-951; D. Low, *The Anschluss Movement, 1918-1919 and the Paris Peace Conference*, Filadelfia, 1974, p. 15. <<

[8] W. D. Smith, «Friedrich Ratzel and the Origins of Lebensraum», *German Studies Review*, n.º 3:1 (febrero de 1980), pp. 51-68; G. Kiss, «Political Geography into Geopolitics: Recent Trends in Germany», *Geographical Review*, n.º 32:4 (octubre de 1942), pp. 632-645; K. Lange, «Der terminus "Lebensraumn" in Hitlers "Mein Kampf"» *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 13:4 (1965), pp. 426-437. <<

[9] W. F. Reddaway, «Prussian Poland: 1850-1914», en W. F. Reddaway, J. H. Penson, O. Halecki y R. Dyboski, eds., *The Cambridge History of Poland: From Augustus II to Pilsudski (1697-1935)*, Cambridge, 1951, pp. 409-422. <<

[10] R. L. Koehl, «Colonialism inside Germany, 1886-1918», *Journal of Modern History*, n.º 25:3 (septiembre de 1953), pp. 255-272; R. W. Tims, *Germanizing Prussian Poland: The H-K-T Society and the Struggle for the Eastern Marches in the German Empire, 1894-1919*, Nueva York, 1941, p. 54. <<

[11] Citado en J.M. Winiewicz, *Aims and Failures of the German New Order*, Londres, 1943, p. 19. <<

[12] J.-R. Pare, «Les “Ecrits de jeunesse” du Max Weber: l’histoire agraire, le nationalisme et les paysans», *Canadian Journal of Political Science*, n.º 28:3 (1995), pp. 437-454; W. Mommsen, *Max Weber and German Politics, 1890-1920*, Chicago, 1984, cap. 2; Höhn, en *Festgabe für Heinrich Himmler*, Darmstadt, 1941. <<

[13] Kaminski, «Bismarck and the Polish Question», pp. 235-250; Tims, *Germanizing Prussian Poland*, p. 244. <<

[14] Winiewicz, *Aims and Failures*, p. 20; Tims, *Germanizing Prussian Poland*, p. 34. <<

[15] Ibíd., pp. 142, 269; W. Hagen, *Germans, Poles and Jews: The Nationality Conflict in the Prussian East, 1772-1914*, Chicago, 1980, p. 307. <<

[16] Citado por W. Hagen, ibíd., 283-284..<<

[17] F. Epstein, «East Central Europe as a Power Vacuum between East and West during the German Empire», en Epstein, ed., *Germany and the East*, pp. 56-57. <<

[18] O. Fedyshyn, *Germany's Drive to the East and the Ukrainian Revolution, 1917-1918*, Rutgers, 1971, p. 23. <<

[19] A. Polonsky, «The German Occupation of Poland during the First and Second World Wars: A Comparison», en Prete y Ion, eds., *Armies of Occupation*, pp. 97-142; M. Handelsman, *La Pologne: sa vie économique et sociale pendant la guerre*, París, 1933, pp. 83-99, 124-127..<<

[20] Ibíd., pp. 170-171; I. Geiss, *Der polnische Grenzstreifen, 1914-1918: Ein Beitrag zur deutschen Kriegszielpolitik im Ersten Weltkrieg*, Lübeck, 1960, p. 172. <<

[21] Hull, *Absolute Destruction*, pp. 256-257, 259; D. G. Rempel, «The Expropriation of the German Colonists in Southern Russia during the Great War», *Journal of Modern History*, n.º 4:1 (marzo de 1932), pp. 49-67; P. Gatrell, *A Whole Empire Walking: Refugees in Russia during World War I*, Bloomington, Indiana, 2005, cap. 1; E. Lohr, *Nationalizing the Russian Empire: The Campaign against Enemy Aliens during World War 1*, Cambridge, Massachusetts, 2003. <<

[22] Polonsky, «The German Occupation of Polandn», pp. 127-128. <<

[23] F. Fischer, *Germany's Aims in the First World War*, Nueva York, 1967, pp. 103-142; Hull, *Absolute Destruction*, pp. 206-211, 234-240..<<

[24] V. G. Liulevicius, *War Land on the Eastern Front: Culture, National Identity and German Occupation in World War I*, Cambridge, 2000; Hull, *Absolute Destruction*, pp. 247-248, 259-262..<<

[25] G. Fong, «The Movement of German Divisions to the Western Front, Winter 1917-1918», *War in History*, n.º 7:2 (2000); Liulevicius, *War Land*, p. 205. <<

[26] Fischer, *Germany’s Aims*, pp. 546-549; R. Koehl, «A Prelude to Hitler’s Greater Germany», *American Historical Review*, n.º 59:1 (octubre de 1953), pp. 43-65; H. Herwig, «Tunes of Glory at the Twilight Stage: The Bad Homburg Crown Council and the Evolution of German Statecraft, 1917/1918», *German Studies Review*, n.º 6:3 (octubre de 1983), pp. 475-494. <<

[27] R. Waite, *Vanguard of Nazism: The Free Corps Movement in Postwar Germany, 1918-1923*, Nueva York, 1952, p. 118; R. Höss, *Death Dealer: The Memoirs of the SS Kommandant at Auschwitz,* Nueva York, 1996, p. 60. <<

[28] Von Salomon, citado por R. Waite, *Vanguard of Nazism*, pp. 108, 129. <<

[29] Fischer, *Germany’s Aims*, caps. 18-20. <<

[30] Herwig, «Tunes of Glory», p. 478 («Analogy Turks in Armenia!»). <<

[31] J. Goebbels, *The Goebbels Diaries, 1942-43*, ed. L. Lochner, Nueva York, 1948, p. 126. <<

[1] M. Burleigh, *Germany Turns Eastwards: A Study of Ostforschung in the Third Reich*, Cambridge, 1988, p. 14. <<

[2] Citado por M. Dockrill y J. D. Goold, *Peace without Promis: Britain and the Peace Conferences, 1919-1923*, Londres, 1981, p. 24. <<

[3] *Ibid*. Citado por M. Dockrill y J. D. Goold, *Peace without Promis: Britain and the Peace Conferences, 1919-1923*, Londres, 1981, Citado por M. Dockrill y J. D. Goold, *Peace without Promis: Britain and the Peace Conferences, 1919-1923*, Londres, 1981, p. 3; J. W. Headlam, *A Memoir of the Paris Peace Conference, 1919*, Londres, 1972, pp. 127-128. <<

[4] T. Bottomore y P. Goode, eds., *Austro-Marxism*, Oxford, 1978, p. 31; R. Steininger, «12 November 1918-12 March 1938: the Road to the Anschluss», en R. Steininger, G. Bischof y M. Gehler, eds., *Austria in the 20th Century* (Nuevo Brunswick, 2002), pp. 85-114; aquí pp. 85-87; F. Carsten, *The First Austrian Republic, 1918-1938: A Study Based on British and Austrian Documents*, Aldershot, 1986. <<

[5] S. W. Gould, «Austrian Attitudes toward Anschluss: October 1918-September 1919», *Journal of Modern History*, n.º 22:3 (septiembre de 1950), pp. 220-231; D. P. Myers, «Berlin “Versus” Vienna: Disagreements about *Anschluss* in the winter of 1918-1919», *Central European History*, n.º 5:2 (junio de 1972), pp. 150-175. <<

[6] P. R. Sweet, «Seipel's Views on Anschluss in 1928: An Unpublished Exchange of Letters», *Journal of Modern History*, n.º 19:4 (diciembre de 1947), pp. 320-323. <<

[7] F. G. Campbell, «The Struggle for Upper Silesia, 1919-1922», *Journal of Modern History*, n.º 42:3 (septiembre de 1970), pp. 361-385; extraído de M. Housden, «Ewalde Ammende and the Organization of National Minorities in Interwar Europe», *German History*, n.º 18:4 (2000), pp. 439-460, 449. Datos básicos extraídos de J. P. Schechtman, *European Population Transfers, 1939-1945*, Nueva York, 1946, p. 29; datos del censo del período de entreguerras en R. P. Magocsi, *Historical Atlas of East Central Europe*, Seattle, 1993. <<

[8] J. Hiden, *The Baltic States and Weimar Ostpolitik*, Cambridge, 1987. <<

[9] Housden, «Ewald Ammende and the Organisation of National Minorities».
<<

[10] J. Koralka, «Germany's Attitude to the National Disintegration of Cisleithania», *Journal of Contemporary History*, n.º 4:2 (abril de 1969), pp. 85-95; F. G. Campbell, *Confrontation in Central Europe: Weimar Germany and Czechoslovakia*, Chicago, 1975, p. 76. <<

[11] *Ibid*. J. Koralka, «Germany's Attitude to the National Disintegration of Cisleithania», *Journal of Contemporary History*, n.º 4:2 (abril de 1969), pp. 85-95; F. G. Campbell, *Confrontation in Central Europe: Weimar Germany and Czechoslovakia*, Chicago, 1975, p. 76. TEXTO_ADICIONAL: J. Koralka, «Germany's Attitude to the National Disintegration of Cisleithania», *Journal of Contemporary History*, n.º 4:2 (abril de 1969), pp. 85-95; F. G. Campbell, *Confrontation in Central Europe: Weimar Germany and Czechoslovakia*, Chicago, 1975, p. 76. TEXTO_ADICIONAL: pp. 82-83; J. W. Bruegel, «The Germans in Prewar Czechoslovakia», en V. Mamatey y R. Luza, eds., *A History of the Czechoslovak Republic, 1918-1948*, Princeton, 1973, p. 175; E. Wiskemann, *Czechs and Germans*, Oxford, 1938; D. Miller, «Colonising the Hungarian and German Border Areas during the Czech Land Reform, 1918-1938», *Austrian History Yearbook*, n.º 34 (2003), pp. 303-317. <<

[12] H. van Rieckhoff, *German-Polish Relations, 1918-1933*, Baltimore, 1971, p. 18; H. Stern, «The Organisation Consul», *Journal of Modern History*, n.º 35:1 (marzo de 1963), pp. 20-32. <<

[13] R. Blanke, *Orphans of Versailles: The Germans in Western Poland, 1918-1939*, Lexington, Kentucky, 1993, cap. 2. <<

[14] R. Blanke, «The German Minority in Interwar Poland and German Foreign Policy: Some Reconsiderations», *Journal of Contemporary History*, n.º 25 (1990), pp. 87-102; E. Wiskemann, *Germany's Eastern Neighbours*, Oxford, 1956, p. 20; C. Raitz von Frentz, *A Lesson Forgotten: Minority Protection under the League of Nations: The Case of the German Minority in Poland, 1920-1934*, Nueva York, 1999, pp. 213-216. **<<**

[15] Memorándum de enero de 1925, citado en R. Steininger, «12 Nov. 1918-12 March 1938: The Road to the Anschluss», en Steininger *et al.*, eds., *Austria in the 20th Century*, p. 98; C. Fink, *Defending the Rights of Others: The Great Powers, the Jews and International Minority Protection, 1878-1938*, Cambridge, 2004, p. 298; Raitz von Frentz, *A Lesson Forgotten*, p. 160. <<

[16] H. B. Calderwood, «International affairs: Should the Council of the League of Nations Establish a Permanent Minorities Commission?», *American Political Science Review*, n.º 27:2 (abril de 1933), pp. 250-259; H. B. Calderwood, «International Affairs: The Proposed Generalization of the Minorities Regime», *American Political Science Review*, n.º 28:6 (diciembre de 1934), pp. 1088-1098; Fink, «Streseman's Minority Policies, 1924-1929», *Journal of Contemporary History*, 1979, pp. 403-422, en 420 n. 37. <<

[17] K. Fiedor, «Attitude of German Rightwing Organisations to Poland in the Years 1918-1933», *Polish Western Affairs*, n.º 14:2 (1973), pp. 247-267. <<

[18] A. Komjathy y R. Stockwell, *German Minorities and the Third Reich: Ethnic Germans of East Central Europe between the Wars*, Nueva York, 1980, p. 3; Burleigh, *Germany Turns Eastward*. <<

[19] S. Suval, «Overcoming *Kleindeutschland*: The Politics of Historical Mythmaking in the Weimar Republic», *Central European History*, n.º 3 (1969), pp. 312-330, Lach citado en pp. 326-327. <<

[20] P. R. Sweet, «The Historical Writing of Heinrich von Srbik», *History and Theory*, n.º 9:1 (1970), pp. 37-58, 48. <<

[21] O. Hammen, «German Historians and the Advent of the National Socialist State», *Journal of Modern History*, n.º 13:2 (junio de 1941), pp. 161-188; R. Ross, «Heinrich Ritter von Srbik and "Gesamtdeutsch" History», *Review of Politics*, n.º 31:1 (enero de 1969), pp. 88-107; M. Ruehl, «In This Time Without Emperors: The Politics of Ernst Kantorowicz's *Kaiser Friedrich der Zweite Reconsidered*», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, n.º 63 (2000), pp.187-242. <<

[22] Hammen, «German Historians», pp. 187-188. <<

[23] Goebbels, *The Goebbels Diaries, 1939-1941*, p. 114. **<<**

[24] Komjathy y Stockwell, *German Minorities in the Third Reich*, p. 8. <<

[25] I. Kershaw, *Hitler, 1889-1936: Hubris*, Nueva York, 1999, p. 330. <<

[26] V. Lumans, *Himmler's Auxiliaries: The Volksdeutsche Mittelstelle and the German National Minorities of Europe, 1933-1945*, Chapel Hill, Carolina del Norte, 1993. <<

[27] Burleigh, *Germany Turns Eastwards*, p. 145; I. Haar, «German *Ostforschung* and Anti-Semitism», en Haar y M. Fahlbusch, eds., *German Scholars and Ethnic Cleansing, 1920-1945*, Oxford, 2005, p. 14. <<

[28] V. Gott, «The National Socialist Theory of International Law», *American Journal of International Law*, n.º 32:4 (octubre de 1938), pp. 704-718; L. Preuss, «National Socialist Conceptions of International Law», *American Political Science Review*, n.º 29:4 (agosto de 1935), pp. 594-609. <<

[29] R. Murphy *et al*., eds., *National Socialism: Basic Principles, Their Application by the Nazi Party's Foreign Organization and the Use of Germans Abroad for Nazi Aims*, Washington, 1943, p. 69. <<

[30] Komjathy y Stockwell, *German Minorities and the Third Reich*, p. 85. <<

[31] *Ibid*. Komjathy y Stockwell, *German Minorities and the Third Reich*, Komjathy y Stockwell, *German Minorities and the Third Reich*, Memorándum de Hossbach en J. Noakes y G. Pridham, eds., *Nazism, 1919-1945: A Documentary Reader*, vol. 3: *Foreign Policy, War and Racial Extermination*, Exeter, 1991, pp. 68-69; Göring y Mussolini, pp. 699-700. <<

[32] G. Botz, *Die Eingliederung Österreichs in das Deutsches Reich*, Linz, 1976, pp. 41-44. <<

[33] *Ibid*. G. Botz, *Die Eingliederung Österreichs in das Deutsches Reich*, Linz, 1976, G. Botz, *Die Eingliederung Österreichs in das Deutsches Reich*, Linz, 1976, pp. 82-100; J. K. Pollock, *The Government of Greater Germany*, Nueva York, 1938, pp. 150-151. <<

[34] J. von Lang, ed., *Eichmann Interrogated: Transcripts from the Archives of the Israeli Police*, Nueva York, 1999, pp. 56-62. <<

[35] H. Safrian, *Eichmann und seine Gehilfen*, Frankfurt, 1995, pp. 2831; F. Bajohr, «The Holocaust and Corruption», en G. Feldman y W. Seibel, eds., *Networks of Nazi Persecution: Bureaucracy, Business and the Organization of the Holocaust*, Nueva York, 2005, p. 121. <<

[36] Safrian, *Eichmann und seine Gehilfen*, pp. 44-45. <<

[37] Steininger, «The Road to Anschluss», pp. 112-113. <<

[38] R. Schwarz, «Bürckel and Innitzer», en F. Parkinson, ed., *Conquering the Past: Austrian Nazism Yesterday and Today*, Detroit, 1989, p. 143. <<

[39] M. Williams, «German Imperialism and Austria, 1938», *Journal of Contemporary History*, n.º 14:1 (enero de 1979), pp. 139-153; E. Bukey, «Popular Opinion in Vienna after the *Anschluss*», en Parkinson, ed., *Conquering the Past*, pp. 151-165. <<

[1] De *Gemeinschaftslieder. Lieder für Frauengruppen* (1940) citado y traducido al inglés (con adaptaciones) en N. Frei, *National Socialist Rule in Germany: The Führer State, 1933-1945*, Oxford, 1993, p. 19. <<

[2] Noakes y Pridham, eds., *Nazism, 1919-1945*, p. 629. <<

[3] El comentario de Best sobre el imperialismo se describe en H. Höhne, *The Order of the Death's Head: The Story of Hitler's SS*, Nueva York, 1970; U. von Hassel, *The von Hassell Diaries, 1938-1944*, Londres, 1948, pp. 71, 75, 86; las cifras de la campaña polaca están extraídas de C. Madajczyk, *Die Okkupationspolitik Nazideutschlands in Polen, 1939-1945*, Berlín, 1987, p. 312. <<

[4] K. Robbins, «Konrad Henlein, the Sudeten Question and British Foreign Policy», *Historical Journal*, n.º 12:4 (diciembre de 1969), pp. 674-697, aquí 696. <<

[5] W. Murray, *The Change in the European Balance of Power, 1938-1939: The Path to Ruin*, Princeton, 1984; R. J. Young, «The Aftermath of Munich», *French Historical Studies*, n.º 8:2 (otoño de 1973), pp. 305-322. <<

[6] H. Groscurth, *Tagebücher eines Abwehroffiziers, 1938-1940*, Stuttgart, 1970, pp. 140-147; H. Umbreit, «Structures of German Occupation Policy during the Initial Phase of the German-Soviet War», en B. Wegner, ed., *From Peace to War: Germany, Soviet Russia and the World, 1939-1941*, Oxford, 1997, p. 244. <<

[7] R. Gebel, «*Heim ins Reich!*» *Konrad Henlein und der Reichsgau Sudetenland (1938-1945)*, Munich, 1999, pp. 222-233. <<

[8] T. Prochaska, «The Second Republic, 1938-1939», en Mamatey y Luza, eds., *A History of the Czechoslovak Republic*, pp. 255-261, 1938-1939..<<

[9] V. Mastny, *The Czechs under Nazi Rule: The Failure of National Resistance, 1939-1942*, Nueva York, 1972, pp. 47-50. <<

[10] E. Erdely, *Germany’s First European Protectorate: The Fate of the Czechs and the Slovaks*, Londres, 1942, pp. 40-41. <<

[11] Mastny, *The Czechs under Nazi Rule*, p. 51; M. Moskowitz, «Three Years of the Protectorate of Bohemia and Moravia», *Political Science Quarterly*, n.º 57:3 (septiembre de 1942), pp. 353-375; Forschcengsamt, ed., *Germany and the Second World War vol. 5: Organization and Mobilizations of the German Sphere of Power*, ed. B. Kroener *et al.*, Oxford, 2000, p. 39-40..<<

[12] J. Milotova, «Die NS-Pläne zur Lösung der “tschechischen Frage”», en D. Brandes, E. Ivanickova y J. Pesek, eds., *Erzwungene Trennung: Vertreibungen and Aussiedlungen in und aus der Tschechoslowakei 1938-1947 in Vergleichmit Polen, Ungarn and Jugoslawien*, Tubinga, 1999, pp. 23-37, aquí 24. <<

[13] A Speer, *Inside the Third Reich*, Londres, 1970, p. 147; Mastny, *The Czechs under Nazi Rule*, p. 54; G. Kennan, *From Prague after Munich: Diplomatic Papers, 1938-1940*, Princeton, 1968, pp. 146-147. <<

[14] La tesis doctoral de James Wardn para la Universidad de Stanford sobre Tiso debería proporcionar el estudio definitivo sobre su carrera. <<

[15] J. Hoensch, «The Slovak Republic, 1939-1945», en Mamatey y Luza, eds., *A History of the Czechoslovak Republic*, pp. 271-295. **<<**

[16] G. Ciano, *Ciano’s Diary, 1939-1943*, ed. M. Muggeridge, Londres, 1947, p. 45; A. Hitler, *Hitler: Speeches and Proclamations, 1932-1945*, ed. de M. Domarus, vol. 3 (1939-1940), Wauconda, Illinois, 1997, pp. 1523-1535. <<

[17] Ciano, *Ciano's Diary*, p. 124. <<

[18] Citado en Noakes y Pridham, eds., *Nazism, 1919-1945*, p. 743. <<

[19] A. Rossino, *Hitler Strikes Poland: Blitzkrieg, Ideology and Atrocity*, Lawrence, Kansas, 2003, pp. 196-197. <<

[20] Ibíd., p. 27. <<

[21] M. Broszat, *Nationalsozialistische Polenpolitik, 1939-1945*, Stuttgart, 1961, pp. 19-20; Rossino, *Hitler Strikes Poland*, pp. 13-15. <<

[22] Ibíd., pp. 77, 159. <<

[23] E. B. Westermann, «“Friend and Helper”»: German Uniformed Police Operations in Poland and the General Government, 1939-1941», *Journal of Military History*, n.º 58:4 (octubre de 1994), pp. 643-662; A. de Zayas, *Wehrmacht War Crimes Bureau 1939-1945*, Lincoln, Nebraska, 1989, p. 141. <<

[24] C. Jansen y A. Weckbecker, «Eine Miliz im “Weltanschauungskrieg”: der “Volksdeutsche Selbstschutz” in Polen 1939/40», en Michalka, ed., *Der Zweite Weltkrieg*, pp. 482-501. Agradezco también a Catherine Epstein que me permitiera leer secciones pertinentes de su estudio sobre Arthur Greiser, que se publicará próximamente. <<

[25] Los cálculos aproximados del número de alemanes étnicos muertos están extraídos de Zayas, *The Wehrmacht War Crimes Bureau*, pp. 139-140, un libro fascinante, pero que se ha de emplear con cuidado. Dos mil es un cálculo aproximado polaco de la posguerra; seis mil es la cifra a la que los investigadores de la Wehrmacht llegaron en la época. <<

[26] Rossino, *Hitler Strikes Poland*, pp. 69-73. <<

[27] Ibíd., p. 175. <<

[28] C. Browning, *The Origins of the Final Solution: The Evolution of Nazi Jewish Policy, September 1939-March 1942; With Contributions by Jürgen Matthaüs*, Lincoln, Nebraska, 2004, p. 17; H. Umbreit, *Deutsche Militärverwaltungen 1938/39: Die militärische Besetzung der Tschechoslowakei und Polens*, Stuttgart, 1977, pp. 154-155; Rossino, *Hitler Strikes Poland*, pp. 116-117; G. Engel, *At the Heart of the Reich: The Secret Diary of Hitler's Army Adjutant*, Londres, 2005, p. 79 (entradas del 15/10 y del 18/11/39). **<<**

[29] Umbreit, *Deutsche Militärverwaltungen 1938/39*, pp. 91-93. <<

[30] Noakes y Pridhan, eds., *Nazism, 1919-1945*, vol. 3, p. 92. <<

[31] Engel, *At the Heart of the Reich*, p. 75. <<

[32] Madajczyk, *Die Okkupationspolitik Nazideutschlands*, pp. 30-35. <<

[33] Engel, *At the Heart of the Reich*, p. 76. <<

[34] Hitler, *Hitler-Speeches and Proclamations*, 1840-1846..<<

[35] Ciano, *Ciano's Diary*, pp. 166-170; Goebbels, *The Goebbels Diaries, 1939-1941*, p. 15. <<

[36] Ibíd., p. 16. <<

[37] *Krakauer Zeitung*, 24 de abril de 1941, citado en Ministerio de Información de Polonia, *The German New Order in Poland*, Londres, 1942, p. 8. <<

[38] Frank, citado en J. Connelly, «Nazis and Slavs: From Racial Theory to Racist Practice», *Central European History*, n.º 32:1 (1999), pp. 1-33, aquí 8. <<

[39] D. Rebentisch, *Führerstaat und Verwaltung im Zweiten Weltkrieg: Verfassungsentwicklung und Verwaltungspolitik, 1939-1945*, Stuttgart, 1989, pp. 172-173. <<

[40] W. Präg y W. Jacobmeyer, eds., *Das Diensttagebuch des deutschen Generalgouverneurs in Polen 1939-1945*, Stuttgart, 1975, pp. 113-117; Tribunal Militar Internacional, *Trial of the Major War Criminals before the Nurenberg Military Tribunal order Control Council Law No. 10*, 14 vols., Washington, DC, 1949-1953 (en adelante *TWC*), vol. 5, Washington, DC, 1951, pp. 20-21 («The significance of the collapse of the Polish state from the point of view of international lawn», 15 de mayo de 1940). <<

[41] C. Madajczyk, «Legal Conceptions in the Third Reich and Its Conquests», *Michael*, n.º 13 (1993), pp. 131-159, aquí 135-136; T. Szarota, *Warschau unter dem Hakenkreuz*, Paderborn, 1978, pp. 48-49; Präg y Jacobmeyer, *Das Diensttagebuch des deutschen Generalgouverneurs*, p. 247. <<

[1] Citado en el excelente nuevo estudio de P. T. Rutherford, *Prelude to the Final Solution: The Nazi Program for Deporting Ethnic Poles, 1939-1941*, Lawrence, Kansas, 2007, p. 30. <<

[2] I. Haar, «German *Ostforschung* and Anti-Semitism», en Haar y Fahlbusch, eds., *German Scholars and Ethnic Cleansing*, pp. 1-28. **<<**

[3] Schechtman, *European Population Transfers*, pp. 53-55; nótese que también había una cláusula de traslado en el acuerdo al que se llegó con Checoslovaquia sobre los Sudetes, aunque ésta nunca se aplicó. <<

[4] Reitlinger, *The House Built on Sand*, pp. 44-45; P. Lossowski, «The Resettlement of the Germans from the Baltic States in 1939/41», *Acta Poloniae Historica*, n.º 92 (2005), pp. 79-98. <<

[5] M. Carlyle, ed., *Documents on International Affairs, 1939-1946*, vol. 2: *Hitler's Europe*, Londres, 1954, p. 23. <<

[6] Winiewicz, *Aims and Failures*, p. 4; Schechtman, *European Population Transfers*, p. 171. <<

[7] Lossowski, «The Resettlement of the Germans from the Baltic States», passim; V. Lumans, «A Reassessment of *Volksdeutsche* and Jews in the Volhynia-Galicia-Narew Resettlement», en A. Steinweis y D. E. Rogers, ed., *The Impact of Nazism*, Lincoln, Nebraska, 2003, pp. 87-100. <<

[8] Ministerio de Información Polaco, *The German New Order in Poland*, Londres, 1942, p. 181. <<

[9] Klukowski, *Diary from the Years of Occupation*, p. 41. <<

[10] Los cálculos aproximados sobre la emigración judía se analizan en Kulischer, *Europe on the Move*, pp. 190-191. <<

[11] Rutherford, *Prelude to the Final Solution*, pp. 48-53. <<

[12] Von Lang, ed., *Eichmann Interrogated*, pp. 59-61. <<

[13] C. Browning, «Nazi Resettlement Policy and the Search for a Solution to the Jewish Question, 1939-1941», en su *The Path to Genocide: Essays on Launching the Final Solution*, Cambridge, 1992, pp. 3-27. <<

[14] H. S. Levine, «Local Authority and the SS State: The Conflict over Population Policy in Danzig-West Prussia, 1939-1945», *Central European History*, n.º 3 (1969), pp. 331-355; sobre la suerte que corrió Gdynia, véase Ministerio de Información de Polonia, *The German New Order in Poland*, p. 207. <<

[15] P. Rutherford, «“Absolute Organizational Deficiency”: The *1. Nahplan* of December 1939 (Logistics, Limitations, and Lessons)», *Central European History*, n.º 36:2 (2003), pp. 235-272, aquí 241. <<

[16] Rutherford, *Prelude to the Final Solution*, p. 258. <<

[17] Ibíd., pp. 246-248, 248. <<

[18] Noakes y Pridham, eds., *Nazism, 1919-1945*, pp. 937-940. <<

[19] Browning, *The Origins of the Final Solution*, pp. 114-115. <<

[20] Ibíd., pp. 169-172. Más detalles sobre el Plan de Madagascar en el próximo capítulo. <<

[21] M. Housden, *Hans Frank: Lebensraum and the Holocaust*, Nueva York, 2003, pp. 132-137. <<

[22] Rutherford, *Prelude to the Final Solution*, pp. 174-175. <<

[23] Ibíd., p. 164. <<

[24] Ibíd., p. 159-164..<<

[25] E. Harvey, «Management and Manipulation: Nazi Settlement Planners and Ethnic German Settlers in Occupied Polandn», en C. Elkins y S. Pedersen, eds., *Settler Colonialism in the Twentieth Century*, Nueva York, 2005, pp. 95-113. <<

[26] Noakes y Pridham, eds., *Nazism, 1919-1945*, pp. 962-965. <<

[27] Ministerio de Información de Polonia, *The German New Order in Poland*, passim; Präg y Jacobmeyer, eds., *Das Diensttagebuch des deutschen Generalgouverneurs*, p. 220. <<

[28] Ibíd., pp. 119-120, 178. <<

[29] F. Bajohr, «The Holocaust and Corruption», en Feldman y Seibel, eds., *Networks of Nazi Persecution*, pp. 118-141. <<

[30] Madajczyk, *Die Okkupationspolitik Nazideutschlands*, Berlín, 1987, p. 42.
<<

[31] Präg y Jacobmeyer, eds., *Das Diensttagebuch des deutschen Generalgouverneurs*, pp. 178-179; D. Mejer, *«Non-Germans» under the Third Reich: The Nazi Judicial and Administrative System in Germany and Occupied Eastern Europe with Special Regard to Occupied Poland, 1939-1945*, Baltimore, 2003, p. 210. <<

[32] H. Harten, *De-Kulturation und Germanisierung: Die Nazionalsozialistische Rassen und Erziehungspolitik in Polen 1939-1945*, Frankfurt, 1996, pp. 88-92; Mejer, «*Non-Germans*» *under the Third Reich*, p. 208. <<

[33] Sobre Jaeger, véase el cap. 5 de la biografía de Arthur Greiser escrita por C. Epsteinn que se publicará próximamente. Agradezco al profesor Epstein que me haya permitido ver un borrador del libro. <<

[34] Ministerio de Información de Polonia, *The German New Order in Poland*, pp. 408-409; Schechtman, *European Population Transfers*, pp. 337-338. <<

[35] Ministerio de Información de Polonia, *The German New Order in Poland*, pp. 156-158, 165; Harten, *De-Kulturation und Germanisierung*, pp. 86-87; C. Luczak, «Nazi Spatial Plans in Occupied Poland (1939-1945)», *Studia Historiae Oeconomicae*, n.º 12 (1978), p. 156. <<

[36] J. Heydecker, *Un soldat allemand dans le ghetto de Varsovie 1941*, París, 1986, pp. 45-46, 88-90..<<

[37] A. Rieber, «Civil Wars in the Soviet Union», *Kritika*, n.º 4:1 (invierno de 2003), pp. 129-162. <<

[38] J. Erickson, «The Soviet March into Poland, Sept. 1939», y R. Szawlowski, «The Polish-Soviet War of September 1939», ambos en K. Sword, ed., *The Soviet Takeover of the Polish Eastern Provinces*, Londres, 1991, pp. 21-22, 28-44..<<

[39] N. S. Lebedeva, «The Deportation of the Polish Population to the USSR, 1939-1941», *Journal of Communist Studies and Transition Politics*, n.º 16:12 (2000), pp. 28-45; Rieber, «Civil Wars in the Soviet Union». <<

[40] D. Engel, «An Early Account of Polish Jewry under Nazi and Soviet Occupation Presented to the Polish Government-in-Exile, February 1940», *Jewish Social Studies*, n.º 45-1 (1983), pp. 1-16. <<

[41] B. Pinchuk, *Shtetl Jews under Soviet Rule: Eastern Poland on the Eve of the Holocaust*, Oxford, 1990, p. 5. <<

[42] Z. Sobieski, «Reminiscences from Lwow, 1939-1946», *Journal of Central European Affairs*, n.º 6:4 (enero de 1947), pp. 351-374. <<

[43] V. Riismandel, «Soviet Law in Occupied Estonia», *Baltic Review*, n.º 5 (junio de 1955), pp. 23-42; D. Marples, «Western Ukraine and Western Belorussia under Soviet Occupation: The Development of Socialist Farming, 1939-1941», *Revue Canadienne des Slavistes*, n.º 27:2 (junio 1985), pp. 158-177; W. Bonusiak, «Die Landwirtschaftspolitik der sowjetischen Besatzungsmacht auf dem Gebiet des sog. Westlichen Weissrusslands in den Jahren, 1939-1949», *Studia Historicae Oeconomicae*, n.º 24 (2001), pp. 149-163. <<

[44] G. Swain, *Between Stalin and Hitler: Class War and Race War on the Dvina, 1940-1946*, Londres, 2004, p. 55; A. Rossino, «Polish Neighbours and German Invaders: Anti-Jewish Violence in the Bialystok District during the Opening Weeks of Operation Barbarossa», *Polin*, n.º 16 (2003), pp. 431-452. <<

[45] Alemania, Auswärtiges Amt, *Amtliches Material zum Massenmord von Katyn*, Berlín, 1943. <<

[1] Alemania, Auswärtiges Amt, *Documents on German Foreign Policy, 1918-1945*, serie D (1937-1945), 13 vols. (1937-1945) (en adelante *DGFP*), vol. 9, Washington, DC, 1956, p. 7. <<

[2] R. J. Overy, *Goering: the «Iron Man»*, Londres, 1984, cap. 4. <<

[3] H. A. Jacobsen, «Formen nationalsozialistischer Buendnispolitik», en H. Kling, ed., *Der nationalsozialistische Krieg*, Frankfurt, 1990, pp. 231-238; memorándum naval de julio citado en Militärgeschichtliches Forschungsamt, ed., *Germany and the Second World War*, vol. 3: *The Mediterranean, South-east Europe and North Africa, 1939-1941*, ed. G. Schreiber *et al*., Oxford, 1995, p. 291. <<

[4] Ibíd., vol. 5:1, p. 66. <<

[5] K. Kwiet, «Vorbereitung und Auflösung der deutschen Militärverwaltung in den Niederlanden», *Militäergeschichtliches Mitteilungen*, n.º 1 (1969), pp. 121-153. <<

[6] W. Warmbrunn, *The Dutch under German Occupation, 1940-1945*, Stanford, 1963, pp. 27-28, 131-132; J. Goebbels, *Joseph Goebbels: Tagebücher, 1924*, ed. R. Reuth, Munich, 1992, vol. 4 (1940-1943), pp. 1424, 1924-1945..<<

[7] *DGFP* vol. 11 (Washington, DC, 1960), pp. 612-619; Göring citado en W. Lipgens, ed., *Documents on the History of European Integration*, vol. 1, Berlín, 1984, p. 57. <<

[8] W. Warmbrunn, *The German Occupation of Belgium, 1940-1944*, Nueva York, 1993, pp. 110-113; J. H. Geller, «The Role of Military Administration in German-occupied Belgium, 1940-1944», *Journal of Military History*, n.º 63:1 (1999), pp. 99-125. <<

[9] J. Jackson, *The Fall of France: The Nazi Invasion of 1940*, Oxford, 2003, pp. 174-182. <<

[10] J. David, *A Square of Sky: Memories of a Wartime Childhood*, London, 1992, p. 109. <<

[11] Noakes y Pridham, eds., *Nazism, 1919-1945*, p. 882. <<

[12] I. Hueck, «“Spheres of Influence” and “*Völkisch*” Legal Thought: Reinhard Höhnn’s Notion of Europe», en C. Joerges y N. S. Ghaleigh, eds., *Darker Legacies of Law: The Shadow of National Socialism and Fascism over Europe and Its Legal Traditions*, Oxford, 2003, pp. 71-87; las ideas de Best en U. Herbert, *Best: Biographische Studies über Radikalismus, und Vernunft, 1903-1989*, Bonn, 2001, pp. 268-269. **<<**

[13] J. Jackson, *France. The Dark Years, 1940-1944*, Oxford, 2001, pp. 126-136. <<

[14] N. Wylie, «Switzerland», en Wylie, ed., *European Neutrals and Non-Belligerents during the Second World War*, Cambridge, 2002, pp. 331-354. <<

[15] H. A. DeWeerd, «Hitler's Plans for Invading Britain», *Military Affairs*, n.º 12:3 (1948), pp. 147-148; A. Hillgruber, «England's Place in Hitler's Plans for World Dominion», *Journal of Contemporary History*, n.º 9:1 (enero de 1974), pp. 5-22. <<

[16] W. Schellenberg, *Invasion 1940: The Nazi Invasion Plan for Britain*, introd. De J. Erickson, Londres, 2000. <<

[17] G. O. Kent, «Britain in the Winter of 1940 as Seen from the Wilhelmstrasse», *The Historical Journal*, n.º 6:1 (1963), pp. 120-130. <<

[18] N. J. W. Goda, «The Reluctant Belligerent: Franco's Spain and Hitler's War», en C. Kent *et al*., eds., *The Lion and the Eagle: Interdisciplinary Essays on German-Spanish Relations over the Centuries*, Londres, 2000, pp. 383-396. <<

[19] W. Bowen, *Spaniards and Nazi Germany: Collaboration in the New Order*, Columbia, Missouri, pp. 77-79; C. Burdick, *Germany's Military Strategy and Spain in World War II,* Syracuse, 1968, pp. 119-188. <<

[20] W. Schmokel, *Dreams of Empire: German Colonialism, 1919-1945*, Nueva Haven, 1964, p. 128. <<

[21] *DGFP*, vol. 9, p. 484; D. Eichholtz, «Unfreie Arbeit-Zwangsarbeit», en Eichholtz, ed., *Krieg und Wirtschaft*, Berlín, 1999, pp. 129-157, aquí 145; K. Linne, «“New Labour Policy” in Nazi Colonial Planning for Africa», *International Review of Social History*, n.º 49:2 (2004), pp. 197-224. <<

[22] G. Weinberg, «German Colonial Plans and Policies, 1938-1942» en su *World in the Balance: Behind the Scenes of World War II*, Hanover, Nueva Hampshire, 1981, pp. 96-136; Schmokel, *Dreams of Empire*; pp. 50-52. <<

[23] Ibíd.; K. Hildebrand, *Vom Reich zum Weltreich: Hitler, NSDAP und koloniale Frage, 1919-1945*, Munich, 1969; R. Herzstein, *When Nazi Dreams Come True: The Third Reich's Internal Struggle over the Future of Europe after a German Victory: A Look at the Nazi Mentality*, 1939-1945, Londres, 1982, p. 25; R. W. Kestling, «Blacks under the Swastika: A Research Note», *Journal of Negro History*, n.º 83:1 (invierno de 1998), pp. 84-99. <<

[24] *DGFP*, vol. 11, p. 171. <<

[25] G. Anderl, «Die “Zentralstellen für jüdische Auswanderung” in Wien, Berlin und Prag: Ein Vergleich», *Tel Aviver Jahrbuch für Deutsche Geschichte*, n.º 23 (1994), pp. 275-299; *DGFP*, vol. 10, Washington, DC, 1958, pp. 111-113, xi, 491; G. Hahn, *Grundfragen europäischer Ordnung: Ein Beittag zur Neugestalung der Völkerrechtsiehre*, Berlín, 1939; C. Browning, *The Final Solution and the German Foreign Office*, Nueva York, 1978, pp. 36-37; Präg y Jacobmeyer, eds., *Das Diensttagebuch des deutschen Generalgouverneurs*, pp. 247-248. <<

[26] C. Tonnini, *Operazione Madagascar: La questione ebraica in Polonia, 1918-1968*, Bolonia, 1999, pp. 17-135; también M. Brechtken, «“La géographie demeure”: Frankreich, Polen und die Kolonial und Judenfrage am Vorabend des Zweiten Weltkrieges», *Francia*, n.º 25:3 (1998), pp. 25-60. <<

[27] *DGFP*, vol. 10, pp. 112-113. <<

[28] Ibíd., pp. 305, 484; Gigurtu en *Time*, 5 de agosto de 1940; G. Aly y S. Heims, *Architects of Annihilation: Auschwitz and the Logic of Destruction*, Princeton, 2003, pp. 164-165. <<

[29] E. T. Jennings, *Vichy in the Tropics: Pétain's National Revolution in Madagascar, Guadelovpe, and Indochina, 1940-1944*, Stanford, 2001, p. 96. <<

[30] Browning, *The Final Solution and the German Foreign Office*, pp. 38, 42, 79; Noakes y Pridham, eds., *Nazism, 1919-1945*, 1077 (memorándum de la RSHA del 15 de agosto de 1940); G. Engel, *At the Heart of the Reich: The Secret Diary of Hitler's Army Adjutant*, Londres, 2005, p. 103 [2/2/41]. <<

[31] Goebbels en Noakes y Pridham, eds., *Nazism, 1919-1945*, p. 900. <<

[32] W. Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters, 1939-1945*, Londres, 1964, p. 101; E. Weizsäcker., *Die Weizsäcker-Papiere, 1933-1950*, ed. L. E. Hill, Frankfurt, 1974, p. 205; Von Hassell, *The von Hassell Diaries*, p. 139. <<

[33] Predoehl citado en P. Fonzi, «Nazionalsocialismo e nuovo ordine europeo: La discussione sulla “Grossraumwirtschaft”», *Studi Storici*, n.º 45:2 (2004), pp. 313-365. <<

[34] Noakes y Pridham, eds., *Nazism, 1919-1945*, pp. 884-888. <<

[35] Y. Jelinek, «Slovakia's Internal Policy and the Third Reich, August 1940-Feb. 1941», *Central European History*, n.º 4:3 (1971), pp. 242-270; *DGFP*, vol. 9, 685; ibíd., vol. 10, 16. <<

[36] Herzstein, *When Nazi Dreams Come True*, p. 105. <<

[37] W. Lipgens ed., *Documents on the History of European Integration*, vol. 1, pp. 55-71; R.-O. Mueller, «The Mobilisation of the German War Economy for Hitler’s War Aims», en Kroener, Mueller y Umbreit, *Germany and the Second World War*, p. 572; los debates alemanes sobre Keynes, en Fonzi, «Nazionalsocialismo», pp. 326-327. <<

[38] Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 132-135; A. Speer, *Spandau: The Secret Diaries*, Nueva York, 1976, pp. 45, 80 y ss. <<

[39] Speer, *Inside the Third Reich*, p. 181. <<

[40] J. Thies, «Hitler’s European Building Programme», *Journal of Contemporary History*, n.º 13 (1978), pp. 413-431; sobre Rügen, véase W. Cook, «Inside the Holiday Camp Hitler Built», *Observer*, 12 de agosto de 2001. <<

[41] Thies, «Hitler's European Building Programme», p. 426; Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 144, 181. <<

[42] Ibíd., p. 416. <<

[43] *DGFP*, vol. 9, p. 507. <<

[44] Italia, Ministero d'Affari Esteri, *I Documenti Diplomatici*, n.º 9 (1939-1943) (en adelante *DDI*), vol. 5 (Roma, 1987), p. 9-10; vol. 6 (Roma, 1987), pp. 399-400. <<

[45] P. Schmidt, *Hitler’s Interpreter*, Londres, 1951, p. 185. <<

[46] *DGFP*, vol. 10, p. 440. <<

[47] Benjamin Martin, «German-Italian Cultural Initiatives and the Idea of a New Order in Europe, 1936-1945», tesis doctoral, Universidad de Columbia, 2006. Gracias a Benjamín Martin por hablar de estas cuestiones conmigo y por permitirme citar parte de su tesis. <<

[48] Warlimont, *Inside Hitler’s Headquarters*, p. 114. <<

[49] Agradezco a Holly Case que haya hablado conmigo sobre su obra sobre este tema, que se publicará próximamente. <<

[50] G. Weinberg, *Germany and the Soviet Union, 1939-1941*, Leiden, 1954, pp. 106-125. <<

[51] Reitlinger, *The House Built on Sand*, pp. 47-49. <<

[52] Ciano, *Ciano's Diary*, p. 388; en el bloque balcánico italiano, vea el Schreiber *et al*., *Germany and the Second World War*, p. 381. **<<**

[53] *DGFP*, vol: 11, pp. 639-641. <<

[54] W. Manoschek, «*Serbien ist judenfrei*»: *Militäcrische Besatzungspolitik und Judenvernichtung in Serbien, 1941/42*, Munich, 1993, pp. 18-19. <<

[55] Goebbels citado en H. Umbreit, «Towards Continental Domination», en Militärgesohichtriches, Forschargsamt, ed., *Germany and the Second World War*, vol. 5:1, p. 99. <<

[56] Véase la carta de Hitler a Mussolini, R. J. Sontag y J. S. Beddie, ed., *Nazi-Soviet Relations, 1939-1941*, Washington, DC, 1948, pp. 347-353; Weizsäcker, *Weizsäcker-Papiere*, p. 222; Reitlinger, *The House Built on Sand*, p. 62. <<

[1] Estados Unidos, Departamento del Fiscal Jefe estadounidense para el Enjuiciamiento de la Criminalidad del Eje, *Nazi Conspiracy and Aggression* 8 vols. y suplementos, Washington, DC, 1946-1947 (en adelante *NCA*), Suplemento A, Washington, DC, 1947, p. 331. <<

[2] «Weisung Nr 21. Fall Barbarossa vom 18. 12. 1940», en G. R. Überschär y W. Wette, eds., «*Unternehmen Barbarossa*»*: Der deutsche Überfall auf die Sowjetunion 1941: Berichte, Analysen, Dokumente*, Paderborn, 1984, pp. 298-300; K. J. Arnold, *Die Wehrmacht und die Besatzungspolitik in den besetzten Gebieten der Sowjetunion: Kriegsführung und Radikalisierung im* «*Unternehmen Barbarossa*», Berlín, 2005, pp. 80-83. Véase también A. Kay, *Exploitation, Resettlement, Mass Murder: Political and Economic Planning for German Occupation Policy in the Soviet Union, 1940-1941*, Nueva York, 2006, cap. 3. <<

[3] Engel, *At the Heart of the Reich*, p. 96. <<

[4] I. Maisky, *Memoirs of a Soviet Ambassador: The War, 1939-1943*, Londres, Hutchinson, 1967, pp. 234-235. <<

[5] G. R. Überschär, «Das Scheitern des Unternehmens “Barbarossa”», en Überschär y Wette, «*Unternehmen Barbarossa*», p. 151; «Auszug aus Hitlers Ausführungen vom 30. 3. 1941 [Halder]», en ibíd., pp. 302-303; Bartov, *Hitler’s Army*. <<

[6] O. Bartov, *The Eastern Front, 1941-1945: German Troops and the Barbarization of Warfare*, Nueva York, 1986. <<

[7] H. Heer y K. Naumann, eds., *War of Extermination: The German Military in World War II, 1941-1944*, Nueva York, 2000. <<

[8] A. Hillgruber, «The German Military Leaders' View of Russia», en Wegner, ed., *From Peace to War*, pp. 169-187, aquí 179-180..<<

[9] Ibíd., pp. 176-180; cf. el análisis en Arnold, *Die Wehrmacht und die Besatzungspolitik*, pp. 52-55. <<

[10] K. Schüler, «The Eastern Campaign as a Transportation and Supply Problem», en Wegner, ed., *From Peace to War*, pp. 206-219; «Anordnung des ObH», 3 de abril de 1941, en N. Müller, ed., *Deutsche Besatzungspolitik in der UdSSR, 1941-1944: Dokumente*, p. 35; Engel, *At the Heart of the Reich*, pp. 105, 108. <<

[11] Ben Shepherd, *War in the Wild East: The German Army and Soviet Partisans*, Cambridge, Massachusetts, 2004, p. 53; A. Dallin, *German Rule in Russia, 1941-1945: A Case Study of Occupation Politics*, Boulder, Colorado, 1981, pp. 32-33. <<

[12] J. Foerster, «The German Army and the Ideological War against the Soviet Union», G. Hirschfeld, ed., *Policies of Genocide: Jews and Soviet Prisoners of War in Nazi Germany*, Boston, 1986, p. 18. <<

[13] C. Streit, *Keine Kameraden: Die Wehrmacht und die sowjetischen Kriegsgefangenen, 1941-1945*, Bonn, 1997, pp. 55-56; Foerster, «The German Army and the Ideological War against the Soviet Union», p. 17. <<

[14] C. Streit, «The German Army and the Policies of Genocide», en G. Hirschfeld, ed., *Policies of Genocide*, pp. 5-6. <<

[15] C. Hartmann, «Verbrecherischer Krieg verbrecherische Wehrmacht?», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 21 (2004); N. Rich, *Hitler’s War Aims*, vol. 2, p. 333. <<

[16] Kay, *Exploitation*, pp. 190-191. <<

[17] Goebbels citado por J. Steinberg, «The Third Reich Reflected: German Civil Administration in the Occupied Soviet Union, 1941-1944», *English Historical Review*, n.º 110:437 (junio de 1995), p. 626; J. Billig, *Alfred Rosenberg dans l'action idéologique, politique et administrative du Reich hitlérien*, París, 1963, p. 197; J. Fest, *The Face of the Third Reich: Portraits of the Nazi Leadership*, Londres, 1979, p. 250. <<

[18] Dallin, *German Rule*, pp. 50-51; Kay, *Exploitation*, caps. 3-4. **<<**

[19] G. Aly, «*The Final Solution»: Nazi Population Policy and the Murder of the European Jews*, Londres, 1999, p. 161. <<

[20] Göring citado en Shepherd, *War in the Wild East*, p. 25. **<<**

[21] A. Dallin, *German Rule*, pp. 39-40; Kay, *Exploitation*, pp. 50-51. **<<**

[22] Dallin, *German Rule*, pp. 52-53; Arnold, *Die Wehrmacht und die Besatzungspolitik*, pp. 85-87. <<

[23] Dallin, *German Rule*, p. 54. <<

[24] Ibíd., p. 56. <<

[25] Ibíd., p. 76; H. Trevor-Roper, ed., *Hitler’s Table Talk*, Oxford, 1988, pp. 3-5. <<

[26] «Auszug aus einem Aktenvermerk von Reichsleiter M. Bormann vom 16. 7. 1941», Überschär and Wette, «*Unternehmen Barbarossa*», pp. 330-331. <<

[27] Rich, *Hitler’s War Aims*, vol. 2, pp. 326 y ss. <<

[28] Dallin, *German Rule*, p. 128; Göring, 31 de julio de 1941, en Müller, *Deutsche Besatzungspolitik in der UdSSR*, p. 181; O. Bräutigam, *So hat es sich zugetragen… Ein Leben als Soldat und Diplomat*, Würzburg, 1968, p. 343. <<

[29] Rosenberg, en Überschär y Witte, «*Unternehmen Barbarossa*», p. 332; Reitlinger, *The House Built on Sand*, p. 143; Kay, *Exploitation*, p. 193. **<<**

[30] Steinberg, «The Third Reich Reflected», p. 621; B. Chiari, *Alltag hinter der Front: Besatzung, Kollaboration und Widerstand in Weissrussland, 1941-1944*, Düsseldorf, 1998, pp. 59-60. <<

[31] Bräutigam, *So hat es sich zugetragen*, pp. 366-371. <<

[32] Rich, *Hitler's War Aims*, vol. 2, p. 378; *NCA*, Suplemento A, p. 331. <<

[33] A. Prusin, «A Community of Violence: The SiPo/SD and its Role in the Nazi Terror System in Generalbezirk Kiew», *Holocaustard Gerocide Studies*, n.º 21:1, primavera de 2007, pp. 1-30. <<

[34] Sobre Hans Koch, véase A. Kappeler, «Ukrainian History from a German Perspective», *Slavic Review*, n.º 54:3 (otoño de 1995), pp. 691-701. <<

[35] T. Anderson, «Germans, Ukrainians and Jews: Ethnic Politics in Heeresgebiet Süd June - December 1941», *War in History*, n.º 7:3 (2000), pp. 321-351, aquí 336-346..<<

[36] V. Lumans, *Latvia in World War Two*, Nueva York, 2006, p. 175. **<<**

[37] Rich, *Hitler’s War Aims*, p. 358; Bräutigam, *So hat es sich zugetragen*, pp. 355-356. <<

[38] Rich, *Hitler's War Aims*, vol. 2, pp. 360-362. <<

[39] Ibíd., p. 366; C. Gerlach, *Kalkulierte Morde: Die deutsche Wirtschafts und Vernichtungspolitik in Weissrussland, 1941 bis 1944*, 1999, pp. 196-199. <<

[40] A. Rosenberg, *Letzte Aufzeichnungen: Ideale und Idole der nazionalsozialistischen Revolution*, Gotinga, 1955, p. 166. <<

[41] M. Broekmeyer, *Stalin, the Russians and their War, 1941-1945*, Madison, Wisconsin, 2004, pp. 56-57; K. Berkhoff, *Harvest of Despair: Life and Death in Ukraine under Nazi Rule*, Cambridge, Massachusetts, 2004, pp. 14-20. <<

[42] Dallin, *German Rule*, p. 65; Anderson, «Germans, Ukrainians and Jews», p. 337. <<

[43] Dallin, *German Rule*, p. 64. **<<**

[44] Ibíd., p. 63. <<

[45] Ibíd., pp. 57, 65. <<

[46] Überschär y Wette, eds., «*Unternehmen Barbarossa*», pp. 312, 316-318..<<

[47] Dallin, *German Rule*, pp. 66-69. <<

[48] S. P. Mackenzie, «The Treatment of Prisoners of War in World War II», *Journal of Modern History*, n.º 66:3 (septiembre de 1994), pp. 487-520. <<

[49] M. Balfour, *Helmuth von Moltke: A Leader against Hitler*, Londres, 1972, pp. 170, 175; G. van Roon, «Graf Moltke als Völkerrechtler im OKW», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 18: 1 (1970), pp. 12-61. <<

[50] Arnold, *Die Wehrmacht und die Besatzungspolitik*, pp. 328-329; Mackenzie, «The Treatment of Prisoners of War in World War II», p. 507 (sobre Keitel y Jodl, Tribunal Militar Internacional, *Trial of the Major War Criminals before the International Military Tribunal, Nuremberg, 14 November 1945-1, October 1946*, 42 vols., Nuremberg, 1947-1949 (en adelante TWCI, vol. II, 1947, p. 56; vol. 15, 1948, pp. 360-361. <<

[51] Arnold, *Die Wehrmacht und die Besatzungspolitik*, pp. 336-337. <<

[52] W. Lotnik, *Nine Lives: Ethnic Conflict in the Polish-Ukrainian Borderlands*, Londres, 1999, p. 26; Arnold, *Die Wehrmacht und die Besatzungspolitik*, pp. 355-356. <<

[53] Rich, *Hitler’s War Aims*, vol. 2, p. 375. <<

[54] Hartmann, «Verbrecherischer Krieg»; Berkhoff, *Harvest of Despair*, cap. 4; Arnold, *Die Wehrmacht und die Besatzungspolitik*, p. 353. <<

[55] C. Hartmann, «“Massensterben oder Massenvernichtung”: Sowjetische Kriegsgefangene im “Unternehmen Barbarossa”», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 21 (2001), pp. 102-158; Arnold, *Die Wehrmacht und die Besatzungspolitik*, p. 357. **<<**

[56] Ibíd., pp. 372, 407; Mackenzie, «The Treatment of Prisoners of War in World War II», pp. 510-511; Gerlach, *Kalkulierte Morde*, p. 811; C. Streit, «Soviet Prisoners of War in the Hands of the Wehrmacht», en Heer y Naumann, eds., *War of Extermination*, pp. 80-91. <<

[57] Gerlach, *Kalkulierte Morde*, pp. 797-802; Streit, «Soviet Prisoners of War», p. 82. <<

[58] Müller, ed. *Deutsche Besatzungspolitik*, p. 195; Berkhoff, *Harvest of Despair*, pp. 99, 164-168; Überschär y Wette, eds., «Unternehmen Barbarossa», p. 335; Militärgeschichtliches Forschungsant, ed., *Germany and the Second World War*, vol. 5-1, p. 1166; K. J. Arnold, «Die Eroberung und Behandlung der Stadt Kiev durch die Wehrmacht im September 1941: Zur Radikalisierung der Besatzungspolitik», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, n.º 58:1 (1999), pp. 23-63. <<

[59] Rosenberg-Keitel, 28 de febrero de 1942, Überschär y Wette, eds., «*Unternehmen Barbarossa*», pp. 399-400. <<

[60] C. Hartmann, «Massensterben oder Massenvernichtung?», cita 158. <<

[61] Ibíd.; Gerlach, *Kalkuliecte Morde*, pp. 814-817; U. Herbert, «Labour and Extermination: Economic Interest and the Primacy of *Weltanschauung* in National Socialism», *Past and Present*, n.º 138:2 (1993), pp. 144-195. <<

[62] A. Hill, *The War behind the Eastern Front: The Soviet Partisan Movement in North-west Russia, 1941-1944*, Abingdon, 2005, pp. 69-70, 8287; Hartman, *Verbrecherische Krieg*, p. 300. <<

[63] Hill, *War behind the Eastern Front*, pp. 55, 60; Shepherd, *War in the Wild East*, pp. 60-62; Anderson, «Germans, Ukrainians and Jews», pp. 338-339. <<

[64] Hill, *War behind the Eastern Front*, pp. 47-48. <<

[65] Shepherd, *War in the Wild East*, pp. 95-98. <<

[66] Ibíd., pp. 104-105. <<

[67] S. Friedländer, *The Years of Extermination: Nazi Germany and the Jews, 1939-1945*, Nueva York, 2007, pp. 215-217. <<

[68] Forster, «The German Army and Ideological War», en G. Hirschfeld, ed., *Policies of Genocide*, p. 20; Anderson, «Germans, Ukranians and Jews»; K. J. Arnold, «Die Eroberung und Behandlung der Stadt Kiev durch die Wehrmacht in September 1941: Zur Radikalisierung der Besatzungspolitik», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, pp. 58-61 (1999), 23-63..<<

[69] Nebe citado en R. B. Birn, *Die hötieren SS und Policeiführer: Himmlers Vertreter in Reich und in den beseteten Gebieten*, Düsseldorf, c. 1986, p. 286; Überschar y Wette, eds., «*Unternehmen Barbarossa*», pp. 339-340, 344-345..<<

[70] T. Anderson, «Incident at Baranivka: German Reprisals and the Soviet Partisan Movement in Ukraine, October-December 1941», *Journal of Modern History*, n.º 71:3 (septiembre de 1999), pp. 585-623, aquí 602. <<

[71] H. Heer, «Killing Fields: The Wehrmacht and the Holocaust in Belorussia, 1941-1942», en Heer y Naumann, eds., *War of Extermination*, pp. 55-80; también, W. Manoschek, «“Coming along to Shoot some Jews?” The Destruction of the Jews in Serbia», ibíd., pp. 39-55; PS-3428, en S. Krieger, *Nazi Germany’s War against the Jews*, Nueva York, 1947. <<

[72] L. Smilovitsky, «Righteous Gentiles, the Partisans and Jewish Survival in Belorussia, 1941-1944», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 11:3 (invierno de 1997), pp. 301-329. <<

[73] M. Vestermanis, en Heer y Naumann, eds., *War of Extermination*, «Local headquarters Liepaja: two months of German occupation in the summer of 1941», ibíd., pp. 219-236. <<

[74] Müller, *Deutsche Besatzungspolitik in der UdSSR*, p. 72. <<

[75] G. Swain, *Between Stalin and Hitler: Class War and Race War on the Dvina, 1940-1946*, Londres, 2004, p. 70. **<<**

[76] P. Longerich, «From Mass Murder to the “Final Solution”: The Shooting of Jewish Civilians during the First Months of the Eastern Campaign within the Context of Nazi Jewish Genocide», en Heer y Naumann, eds., *War of Extermination*, pp. 253-274. <<

[77] Ibíd. <<

[78] W. Benz, ed., *Einsatz im Reichskommissariat Ostland: Dokumente zum Völkermord im Baltikum und in Weissrussland, 1941-1944*, Berlín, 1998, pp. 33-35, 43. <<

[79] Krieger, *Nazi Germany's War against the Jews*, pp. 355-356; A. Strauga, «The Holocaust in occupied Latvia, 1941-1945», en Symposium of the Commission of the Historians of Latvia, vol. 14, *The Hidden and Forbidden History of Latvia under Soviet and Nazi Occupation, 1940-1991*, Riga, 2005, pp. 161-174; D. Erglis, «A Few Episodes of the Holocaust in Kustpils: A Microcosm of the Holocaust in Occupied Latvia», en ibíd., pp. 175-187. <<

[80] P. Longerich, «From Mass Murder to the “Final Solution”». <<

[81] Aly, «*The Final Solution*», pp. 137-148; Rich, *Hitler's War Aims*, vol. 2, p. 352. <<

[82] E. Haberer, «The German Police and Genocide in Belorussia, 1941-1944. Part 1: Police Deployment and Nazi Genocidal Directives», *Journal of Genocide Research*, n.º 3:1 (2001), pp. 13-29. <<

[83] Berkhoff, *Harvest of Despair*, p. 48; H. Buchheim, «Die höheren SS und Polizeiführer», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 11 (1963), pp. 368-371; Haberer, «The German Police and Genocide», pp. 26-27. <<

[84] L. Smilovitsky, «A Demographic Profile of the Jews in Belorussia from the Prewar Time to the Postwar Time», *Journal of Genocide Research*, 5:1 (2003), pp. 117-129. <<

[1] C. Bryant, *Prague in Black: Nazi Rule and Czech Nationalism*, Cambridge, Massachusetts, 2007, p. 117. <<

[2] A. Hohenstein [Franz Heinrich Bock], *Wartheländisches Tagebuch aus den Jahren 1941/42*, Stuttgart, 1961, p. 39. <<

[3] Ibíd., pp. 174-175. Ésta es una fuente que se ha de usar con cuidado: véase Furber, «Going East», cap. 5. <<

[4] Citado en Ferenc, *Quellen*, p. 51. <<

[5] H. Pringle, *The Master Plan: Himmler’s Scholars and the Holocaust*, Nueva York, 2006. <<

[6] Himmler en el número de junio-julio de 1942 de *Deutsche Arbeiterpartei*, citado por C. Madajcyk, «Deportations in the Zamo´s´c Region in 1942 and 1943 in the Light of German Documents», *Acta Poloniae Historica*, n.º 1 (1958), p. 78. <<

[7] Taylor, *The Origins of the Second World War*. <<

[8] Véase C. M. Hutton, *Race and the Third Reich: Linguistics, Racial Anthropology and Genetics in the Dialectic of Volk*, Cambridge, 2005, para un estudio fascinante sobre la cuestión. <<

[9] I. Heinemann, «*Rasse, Siedlung, deutsches Blut»: Das Rasse und Siedlungshaumptamt der SS und die rassepolitische Neuordnung Europas*, Gotinga, 2003, pp. 119-122; I. Haar, «German *Ostforschung* and Anti-Semitism», p. 15; E. Ehrenreich, «Ottmar von Verschuer and the "Scientific" Legitimization of Nazi Anti-Jewish Policy», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 21:1 (primavera de 2007), pp. 58-60; Verschuer, «Rassenbiologie der Juden», *Forschungen zur Judenfrage*, n.º 3 (1938). <<

[10] G. Aly y K. H. Roth, *The Nazi Census: Identification and Control in the Third Reich*, Filadelphia, 2004. <<

[11] Gebel, «*Heim ins Reich!*», pp. 222-227, 288; R. Koehl, *RKFDV: German Resettlement and Population Policy 1939-1945: A History of the Reich Commission for the Strengthening of Germandom*, Cambridge, Massachusetts, 1957, pp. 40-41. <<

[12] G. Köckenhoff, «Grossraumgedanke und Völkische Idee im Recht», *Zeitschrift für Ausländisches öffentliches Recht und Völkerrecht*, n.º 12 (1944), pp. 34-82, aquí 34; J. Milotova, «Die NS-Pläne zur Lösung der “tschechischen Frage”» en Brandes *et al*., eds., *Erzwungene Trennung*, aquí p. 24; Connelly, «Nazis and Slavs», aquí pp. 5-6. <<

[13] Heinemann, «*Rasse, Siedlung, deutsches Blut*», pp. 127-149; Koehl, *RKFDV*, pp. 42-43. <<

[14] Citado por T. Zahra, *Kidnapped Souls: National Indifference and the Battle for Children in the Bohemian Lands, 1900-1945*, Ithaca, próxima aparición, cap. 6. Véase también Ziemke-Foreign Ministry, 5 de octubre de 1940, en L. Poliakov y J. Wulf, eds., *Das Dritte Reich und seine Denker*, Wiesbaden, 1989, pp. 492-493. <<

[15] C. Bryant, «Either German or Czech: Fixing Nationality in Bohemia and Moravia, 1939-1946», *Slavic Review*, n.º 61:4 (invierno de 2002), pp. 683-706, aquí 688; Zahra, *Kidnapped Souls*, cap. 6, p. 289. Agradezco a Tara Zahra la ayuda que me prestó acerca de esta cuestión. **<<**

[16] Ibíd., pp. 686-687. Gracias a Pieter Judson por sus consejos. <<

[17] Alrededor de 143 000 de ellos trataron de revocar esa decisión después de 1945. T. Zahra, «Reclaiming Children for the Nation: Germanization, National Ascription and Democracy in the Bohemian Lands, 1900-1945», *Central European History*, 37:4 (2004), pp. 501-543, aquí 529-530..<<

[18] Ibíd., pp. 501, 530, 533. <<

[19] Zahra, *Kidnapped Nation*, caps. 6, 8. <<

[20] *TWC*, vol. 5, pp. 91-94; Noakes y Pridham, eds., *Nazism, 1919-1945*, p. 951. Según los cálculos aproximados polacos, la población era 92 por 100 polaca y 6 por 100 alemana, Schechtman, *European Population Transfers*, p. 264. <<

[21] Noakes y Pridham, eds., *Nazism, 1919-1945*, pp. 932-934. <<

[22] *TWC*, vol. 5, pp. 102-103; Heinemann, «*Rasse, Siedlung, deutsches Blut*», p. 193; Memorándum de Meyer de enero de 1940, W. Röhr y E. Heckert, eds., *Die faschistische Okkupationspolitik in Polen (1939-1945)*, Berlín, 1989, pp. 159-160. <<

[23] Heinemann, «*Rasse, Siedlung, deutsches Blut*», pp. 228-230; Koehl, *RKFDV*, p. 117. <<

[24] Noakes y Pridham, eds., *Nazism, 1919-1945*, pp. 942-944. <<

[25] *TWC*, vol. 4, Washington, DC, 1949, pp. 980-985; N. Goda, «Black Marks: Hitler's Bribery of his Senior Officers during World War II», *Journal of Modern History*, n.º 72:2 (junio de 2000), pp. 413-452, aquí 447. Hitler estaba regalando importantes cantidades de dinero al propio Manstein. <<

[26] Harten, *De-Kulturation und Germanisierung*, pp. 86-87; V. O. Lumans, «A Reassessment of *Volksdeutsche* and Jews in the Volhynia-Galicia-Narew Resettlement», en Steinweis y Rogers, eds., *The Impact of Nazism*, pp. 81-100. <<

[27] Präg y Jacobmeyer, eds., *Das Diensttagebuch des deutschen Generalgouverneurs*, pp. 165, 210, 339. <<

[28] Heinemann, «*Rasse, Siedlung, deutsches Blut*», p. 195; *TWC*, vol. 5, pp. 102-105. <<

[29] H. Himmler, *Heinrich Himmler: Geheimreden 1933 bis 1945*, ed. B. Smith y A. F. Peterson, Berlín, 1974, pp. 142-143 (discurso de febrero de 1940). <<

[30] *TWC*, vol. 4, pp. 714-715; Schechtman, *European Population Transfers*, pp. 343-346. <<

[31] D. Bergen, «The *Volksdeutsche* of Eastern Europe and the Collapse of the Nazi Empire, 1944-1945», en Steinweis y Rogers, eds., *The Impact of Nazism*, pp. 101-128. <<

[32] C. Luczak, «Die Ansiedlung der deutschen Bevölkerung im besetzten Polen (1939-1945)», *Studia Historiae Oeconomica*, n.º 13 (1978), pp. 193-205. <<

[33] Noakes y Pridham, eds., *Nazism, 1919-1945*, p. 948; Koehl, *RKFDV*, p. 121; Levine, «Local Authority and the SS State», p. 344. <<

[34] Noakes y Pridham, eds., *Nazism, 1919-1945*, p. 949; Levine, «Local Authority and the SS State», p. 340. <<

[35] Koehl, *RKFDV*, p. 120; NO-5432, *TWC*, vol. 4, p. 819. <<

[36] Connelly, «Nazis and Slavs», pp. 15-17. <<

[37] «Aufzeichnung über eine geheime Rede Hitlers vor Reichs und Gauleitern in der Reichskanzlein», en Groscurth, *Tagebücher eines Abwehroffiziers*, p. 385; Rosenberg citado en Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters*, p. 68; Militägeschichtliches Forschungsant, ed., *Germany and the Second World War*, vol. 5, p. 72. <<

[38] C. Grohmann, «From Lothringen to Lorraine: Expulsion and Voluntary Repatriation», *Diplomacy and Statecraft*, n.º 16 (2005), pp. 571-587; D. Harvey, «Lost Children or Enemy Aliens? Classifying the Population of Alsace after the First World War», *Journal of Contemporary History*, n.º 34:4 (octubre de 1999), pp. 537-554 ofrece una cifra de 150 000 (p. 550); P. Maugue, *Le Particularisme Alsacien, 1918-1967*, París, 1970, p. 103. <<

[39] Ibíd., p. 107; A. Irjud, «La Germanisation des noms en Alsace entre 1940 et 1944», *Revue d’Alsace*, n.º 113 (1984), pp. 239-261. <<

[40] Heinemann, «*Rasse, Siedlung, deutsches Blut*», pp. 309-315; Rich, *Hitler’s War Aims*, vol. 2, pp. 234-237. <<

[41] *DGFP*, vol. 9, pp. 265-268; Warmbrunn, *The Dutch under German Occupation*, p. 85; Hirschfeld, *Nazi Rule and Dutch Collaboration*, pp. 273-274; el artículo fundamental es H.-D. Loock, «Zur “Grossgermanischen Politik” des Dritten Reiches», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 8 (1960), pp. 37-64. <<

[42] Rich, *Hitler's War Aims*, vol. 2, pp. 137-138; Loock, «Zur "Grossgermanischen Politik"», pp. 56-57. <<

[43] T. Ferenc, «The Austrians and Slovenia during the Second World War», en Parkinson, ed., *Conquering the Past*, pp. 207-224. **<<**

[44] T. Dulic, *Utopias of Nation: Local Mass Killing in Bosnia and Hercegovina, 1941-1942,* Estocolmo, 2005. <<

[45] H. Harriman, *Slovenia under Nazi Occupation, 1941-1945*, Nueva York, 1977, pp. 38-46. <<

[46] P. Witte *et al.*, eds., *Der Dienstkalendar Heinrich Himmlers 1941/42*, Hamburgo, 1999, pp. 473-493. <<

[47] F. Kersten, *The Kersten Memoirs, 1940-1945*, Londres, 1956, pp. 132-137. <<

[48] Speer, *Spandau*, pp. 47-50. <<

[49] Sobre Christaller, véase K. Bosma, «Verbindungen zwischen Ostund West-Kolonization», en M. Rössler y S. Schleiermacher, eds., *Der «Generalplan Ost»: Hauptlinien der nationalsozialistischen Planungs und Vernichtungspolitik*, Berlín, 1993, pp. 198-215; también M. Rössler, «Applied Geography and Area Research in Nazi Society: Central Place Theory and Planning, 1933 to 1945», *Environment and Planning*, n.º 7 (1989), pp. 419-431. <<

[50] C. Madajczyk, «Introduction to General Plan East», *Polish Western Affairs*, n.º 3:2 (1962). <<

[51] M. Karny, J. Milotova y M. Karna, eds., *Deutsche Politik im «Protektorat Böhmen und Mähren» unter Reinhard Heydrich, 1941-1942: Eine Dokumentation*, Berlín, 1997, pp. 110-115; H. Trevor-Roper, ed., *Hitler's Table Talk*, n.º 621 (8 de agosto de 1942). <<

[52] Aly, *Architects of Annihilation*, pp. 219-221. <<

[53] H. Heiber, «Der Generalplan Ost: Dokumentation», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 6 (1958), pp. 280-326; Noakes y Pridham, eds., *Nazism, 1919-1945*, pp. 977-979. <<

[54] K. H. Roth, «“Generalplan Ost”-“Gesamtplan Ost”. Forschungsstand, Quellenprobleme, neue Ergebnisse», en Rössler y Schleiermacher, eds., *Der «Generalplan Ost»*, pp. 25-117. <<

[55] Heinemann, «*Rasse, Siedlung, deutsches Blut*», pp. 372-373; Rössler y Schleiermacher, ed., *Der «General plan Ost»*, pp. 136-137. **<<**

[56] Witte *et al.*, ed., *Der Dienstkalendar Heinrich Himmlers*, p. 214; R. Hilbrecht, «Litauen im Reichskommissariat Ostland 1941-1943/44», en R. Bohn ed., *Die deutsche Herrschaft in den «germanischen» Ländern 1940-1945*, Stuttgart, 1997, pp. 187-209. <<

[57] K. Brown, *A Biography of No Place: From Ethnic Borderland to Soviet Heartland*, Cambridge, Massachusetts, 2004, pp. 192-205; W. Lower, «Hitler's "Garden of Eden": Nazi Colonialism, *Volksdeutsche* and the Holocaust, 1941-1944», en J. Petropoulos y J. K. Roth, eds., *Grey Zones: Ambiguity and Compromise in the Holocaust and Its Aftermath*, Nueva York, 2005, pp. 185-204. <<

[58] Trevor-Roper, ed., *Hitler’s Table Talk*, p. 557 (4 de julio de 1942). <<

[59] B. Rieger, *Creator of the Nazi Death Camps: The Life of Odilo Globocnik*, Londres, 2007, p. 98. <<

[60] Madajcyk, «Deportations in the Zamo´s´c Region», pp. 75-106. <<

[61] Ibíd., p. 85. <<

[62] B. Wasser, «Die "Germanisierung" im Distrikt Lublin also Generalprobe und erst Realisierungsphase der GPO», en Rössler y Schleiermacher, eds., *Der «Gesamt plan Ost», pp*. 271-294; *TWC*, vol. 5, pp. 128-129; *Polish Fortnightly Review*, n.º 77 (1 de octubre de 1943), p. 6. <<

[63] *TWC*, vol. 4, pp. 737-739. <<

[64] Röhr y Heckert, eds., *Die Faschistische Okkupationspolitik*, pp. 203-204.
<<

[65] *TWC*, vol. 4, p. 951. <<

[66] Harvey, «Management and Manipulation», pp. 105-108. <<

[67] «Die Bereitstellung von Menschen für die Eindeutschung neuer Siedlungsräume im Osten» (junio de 1942), en C. Madajczyk, ed., *Vom Generalplan Ost zum Generalsiedlungsplan*, Munich, 1994, pp. 138-150. <<

[68] U. Mai, «*Rasse und Raum»: Agrarpolitik, Sozial-und Raumplanung im NS-Staat*, Paderborn, 2002, pp. 334-335. <<

[69] Madajczyk, ed., *Vom Generalplan Ost zum Generalsiedlungsplan*, pp. 168-170 (Berger), 172 (discurso de Himmler, 16 de septiembre de 1942), 284 (discurso de Himmler del 3 de agosto de 1944). <<

[70] Bergen, «The *Volksdeutsche* of Eastern Europe», pp. 112-114. <<

[71] Gracias a Kiran Patel por hablarme de esto. Su obra sobre la política de alimentos en la Alemania Oriental de la posguerra, que se publicará próximamente, ofrecerá un estudio mucho más profundo sobre esta cuestión y otras relacionadas con ella. <<

[72] A. Sauvy y S. Ledermann, «La Guene biologique (1933-1945): Population de l'Allemagne et des pays voisins», *Population*, n.º 1:3 (julioseptiembre de 1946); E. Kulischer, *Europe on the Move*, pp. 315-324. <<

[1] Datos extraídos de H. P. Ipsen, «Reichsaussenverwaltung» (*Brüsseler Zeitung*, 3 de abril de 1943) en H. W. Neulen, ed, *Europa und das 3. Reich Ein igungsbestsebungen in deutschen Machtbereich*, *1939-1945*, Munich, 1987, pp. 112-113. Sobre Ipsen, véase C. Joerges, «Continuities and Discontinuities in German Legal Thought», *Law and Critique*, n.º 14 (2003), pp. 297-308. El paralelismo con Napoleón lo analiza P. Geyl, «The Historical Background of the Idea of European Unity», en su *Encounters in History*, pp. 291-321. <<

[2] Trevor-Roper, ed., *Hitler's Table Talk*, pp. 87, 279, 373; J. Noakes, «"Viceroys of the Reich"? Gauleiters, 1925-1945», en A. McElligott y T. Kirk, eds., *Working towards the Führer: Essays in Honour of Sir Ian Kershaw*, Munich, 2003, pp. 118-153. La obra fundamental es P. Hüttenberger, *Die Gauleiter*. *Studie zum Wandel des Machtgefüges in der NSDAP*, Stuttgart, 1969. <<

[3] Sobre Göring, Fest, *The Face of the Third Reich*, p. 123. <<

[4] H. N. Gisevius, *To the Bitter End*, Londres, 1948, p. 210. <<

[5] H.-U. Thamer, *Verführung und Gewalt: Deutschland, 1933-45*, Berlín, 1986. <<

[6] Sobre Forster y Greiser, véase H. S. Levine, *Hitler's Free City: A History of the Nazi Party in Danzig, 1925-1939*, Chicago, 1973; C. Child, «Administration», en A. y V. Toynbee, eds., *Survey of International Affairs*, p. 99. <<

[7] Hüttenberger, *Die Gauleiter*, pp. 138-145. <<

[8] Rebentisch, *Führerstaat und Verwaltung im Zweiten Weltkrieg*, p. 328; R. J. Overy, *The Dictators: Hitler's Germany, Stalin's Russia*, Londres, 2004, p. 71. <<

[9] Rieger, *Creator of the Nazi Death Camps*, p. 44. <<

[10] Levine, *Hitler's Free City*, p. 158; H. Kehrl, *Krisenmanager im Dritten Reich: 6 Jahre Frieden, 6 Jahrekrieg: Errinerungen*, Düsseldorf, 1973, p. 205. <<

[11] E. Peterson, *The Limits to Hitler’s Power*, Princeton, 1969, pp. 116-117. <<

[12] Sobre la implicación de Stuckart en el oeste, véase P. Schöttler, «Eine Art "Generalplan West": Die Stuckart-Denkschrift vom 14. Juni 1940 und die Planungen für eine neue deutschfranzösische Grenze im Zweiten Weltkrieg», *Sozial Geschichte*, n.º 18:3 (2003), pp. 83-131; sobre el veredicto de junio de 1940, D. Rebentisch, «Hitlers Reichskanzlei zwischen Politik und Verwaltung» en D. Rebentisch y K. Teppe, eds., *Verwaltung contra Menschenführung im Staat Hitlers: Studien zum Politisch-administrativen System*, Gotinga, 1986, p. 92 y, especialmente, L. Kettenacker, «Die Chefs der Zivilverwaltung im Zweiten Weltkrieg» en ibíd., pp. 397-402. <<

[13] Jochmann, *Adolf Hitler*, pp. 139, 158. <<

[14] J. Caplan, *Government without Administration: State and Civil Service in Weimar and Nazi Germany*, Oxford, 1988, pp. 266-273; Trevor-Roper, ed., *Hitler's Table Talk*, pp. 85-86, 106, 423-433..<<

[15] Kay, *Exploitation*, pp. 190-191; Peterson, *Limits*, p. 121. <<

[16] Citado en Caplan, *Government without Administration*, p. 307. <<

[17] Peterson, *Limits*, p. 78; Rebentisch, «Hitlers Reichskanzlei», p. 91; Kay, *Exploitation*, p. 191. <<

[18] Citado en Caplan, *Government without Administration*, p. 309. <<

[19] Ibíd., pp. 283-284. <<

[20] Peterson, *Limits*, p. 117. <<

[21] Ibíd., p. 126; S. Aronson, *Beginnings of the Gestapo System: The Bavaria Model in 1933*, Jerusalén, 1969, pp. 25, 35. <<

[22] Levine, *Hitler’s Free City*, p. 159; von Hassel, *The von Hassell Diaries*, p. 164. <<

[23] M. Wildt, ed., *Nachrichtendienst, politische Elite und Mordeinheit: Der Sicherheitsdienst des Reichsführers-SS*, Hamburgo, 2003, pp. 15-37; M. Wildt, «The Spirit of the Reich Security Main Office [RSHA]», *Totalitarian Movements and Political Religions*, n.º 6:3 (diciembre de 2005), pp. 333-349; S. Aronson, «Heydrich und die Anfänge des SD und der Gestapo (1931-1935)», tesis doctoral, Freie Universität Berlin, 1967, pp. 190 y ss. <<

[24] G. Browder, *Hitler's Enforcers: The Gestapo and the SS Security Service in the Nazi Revolution*, Oxford, 1996, pp. 193-195; sobre la posguerra de Höhn, véase L. Hachmeister, «Die Rolle des SD-Personals in der Nachkriegszeit: Zur nationalsozialistischen Durchdringung der Bundesrepublik», en Wildt, ed., *Nachrichtendienst, politische Elite und Mordeinheit*, pp. 347-355. También hay un buen análisis sobre Höhn en J. A. Katz, «The Concept of Overcoming the Political: An Intellectual Biography of SS-Standartenführer and Professor Dr Reinhard Höhn, 1904-1944», Tesis de Master, Virginia Commonwealth University, mayo de 1995. <<

[25] C. Klingemann, «Ursachenanalyse und ethnopolitische Gegenstrategien zum Landarbeitermangel in den Ostgebieten: Max Weber, das Institut für Staatsforschung und der Reichsführer SS», *Jahrbuch für Soziologiegeschichte* (1994), pp. 191-203. <<

[26] U. Herbert, «Ideological Legitimization and Political Practice of the Leadership of the National Socialist Secret Police», en H. Mommsen, ed., *The Third Reich between Vision and Reality: New Perspectives on German History, 1918-1945*, Oxford, 2001. <<

[27] H. Höhne, *The Order of the Death's Head*, pp. 288-289. <<

[28] P. Romijn, «Die Nazifizierung der lokalen Verwaltung im den besetzen Niederlanden als Instrument bürokratischer Kontrolle», en W. Benz *et al*., eds., *Die Bürokratie der Okkupation: Strukturen der Herrschaft und Verwaltung in besetzten Europa*, Berlín, 1998, pp. 93-121. <<

[29] Herbert, *Best*, pp. 281-283. <<

[30] Sobre la indiferencia de Hitler, N.in’t Veld, «Höhere SS-und Polizeiführer und Volkstumspolitik: Ein Vergleich zwischen Belgien und den Niederlanden», en Benz *et al*., eds., *Die Bürokratie der Okkupation*, pp. 121-139; sobre los HSSPF, véase H. Buchheim, «Die höheren SS und Polizeiführer», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 11 (1963), pp. 362-391. <<

[31] Browning, *The Final Solution and the German Foreign Office*, p. 61. <<

[32] J. Tomasevich, *War and Revolution in Yugoslavia, 1941-1945: Occupation and Collaboration*, Stanford, 2001, pp. 68-69, 74-75..<<

[33] C. Browning, «Harald Turner und die Militärverwaltung in Serbien, 1941-1942», en Rebentisch y Teppe, eds., *Verwaltung contra Menschenführung im Staat Hitlers*, p. 367. <<

[34] Browning, *The Final Solution and the German Foreign Office*, pp. 56-65, analiza algunos de los enrevesados detalles de esta complicada y horrible historia. <<

[35] Ibíd.; W. Manoschek, «The Extermination of the Jews in Serbia», en U. Herbert, ed., *National Socialist Extermination Policies: Contemporary German Perspectives and Controversies*, Nueva York, 2000, pp. 163-186. <<

[36] H. Buchheim, «Die SS - das Herrschafsinstrument: Befehl und Gehorsam», en Buchheim *et al*., eds., *Anatomie des SS-Staates*, vol. 1, Munich, 1967, p. 90; G. Deschner, *Reinhard Heydrich: Statthalter der totalen Macht*, Erslagen, 1977, pp. 212-238; C. MacDonald, *The Killing of SS Obergruppenführer Reinhard Heydrich, 27 May 1942*, Londres, 1989, esp. pp. 131-136. <<

[37] De los comentarios de Hitler se informa en H. D. Heilmann, «Das Kriegstagebuch des Diplomaten Otto Bräutigam», en G. Aly *et al.*, eds., *Biedermann und Schreibtischtäter: Materialien zur deutschen Täter-Biographie*, Berlín, 1987, pp. 146-147 (entrada del 30 de septiembre de 1941). <<

[38] MacDonald, *Killing*, pp. 165-166; cf. Schellenberg, *Hitler's Secret Service*, pp. 286-287. <<

[39] U. Herbert, *Best*, p. 237; Höhne, *The Order of the Death's Head*, p. 554; sobre las opiniones de la oposición sobre los objetivos de la guerra, H. Mommsen, «Beyond the Nation State» en McElligott and Kirk, eds., *Working towards the Führer*, pp. 248-249. <<

[40] La explicación de Best sobre la creación de *RVL* se halla en S. Matlok, ed., *Dänemark in Hitlers Hand: Der Bericht des Reichsbevollmächtigten Werner Best über seine Besatzungspolitik in Dänemark mit Studien über Hitler, Göring, Himmler, Heydrich, Ribbentrop, Canaris u. a*., Husum, 1988, p. 188; sobre «Führung» y «Herrschaft», véase C. Bilfinger, «Streit um das Völkerrecht», *Zeitschrift für ausländisches öffentliches Recht und Völkerrecht* n.º 12 (1944), pp. 1-34. <<

[41] Citado por C. Joerges, «Europe a *Grossraum*? Rupture, Continuity and Re-configuration in the Legal Conceptualization of the Integration Project», *EUI Working Paper*, *Law no. 2002/2*, p. 13; Herbert, *Best*, p. 283; Himmler a Krueger, en H. Himmler, *Reichsführer!… Briefe an und von Himmler*, ed. H. Heiber, Stuttgart, 1968, p. 131. <<

[42] NO-2585 («Bericht über die Sitzung am 4. 2. 1942 bei Dr Kleist über die Fragen der Eindeutschung, insbesondere in den baltischen Ländern»), en H. Heiber, «Der Generalplan Ost», p. 296; sobre el ascenso del HSSPF, véase Buchheim, «Die höheren SS und Polizeiführer». <<

[43] Herbert, *Best*, pp. 288-289; sobre dictadura y liderazgo, G. Kuchenhoff, «Grossraumgedanke und völkische Idee im Recht», *Zeitschrift für ausländisches öffentliches Recht und Völkerrecht* n.º 12 (1944), pp. 48-49. <<

[44] A. Meyer, «Grossraumpolitik und Kollaboration im Westen», en *Modelle für ein deutsches Europe* (Beiträge zur NS Gesundheits und Sozialpolitik: 10) (Berlín, 1992), pp. 29-77; E. Jâckel, *Frankreich in Hitlers Europa*, Stuttgart, 1966, pp. 186-198. <<

[45] Präg y Jacobmeyer, eds., *Das Diensttagebuch des deutschen Generalgouverneurs*, pp. 113, 151. <<

[46] Trevor-Roper, ed., *Hitler’s Table Talk*, pp. 111-117; Childs, «Administration», en Toynbee y Toynbee, eds., *Survey of International Affairs*, p. 117. <<

[47] Housden, *Hans Frank*, p. 62; Präg y Jacobneyer, eds., *Das Diensttagebuch des deutschen Generalgouverneurs*, p. 160; C. Klessmann, «Hans Frank», en R. Smelser y R. Zitelman, eds., *The Nazi Elite*, Londres, 1993, p. 41. <<

[48] Jochmann, ed., *Adolf Hitler*, p. 140. <<

[49] H. Frank, *Die Technik des Staates*, Berlín, 1942, pp. 20-22, 28-29; Housden, *Hans Frank*, pp. 160-161. <<

[50] Sobre la corrupción en general, véase F. Bajohr, «The Nazis and Corruption», en Feldman y Seibel, eds., *Networks of Nazi Persecution*, pp. 118-141. <<

[51] «Interview with the Former Governor, Dr Lasch», 25 de abril de 1942, 3814-PS, *NCA*, vol. 6, Washington, 1946, pp. 745-747. <<

[52] Se puede hallar una buena explicación de toda esta cuestión en Höhne, *The Order of the Death's Head*, pp. 359-366. <<

[53] Housden, *Hans Frank*, pp. 171-172. <<

[54] «Dokumentation: Rechtssicherheit und richterliche Unabhängigkeit aus der Sicht des SD», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 4 (1956), pp. 398-422. <<

[55] Sobre Ohlendorf y sus relaciones con Himmler, véase Kersten, *The Kersten Memoirs*, pp. 206-220. **<<**

[56] Von Hassell, *The von Hassell Diaries*, 16 de marzo de 1941. <<

[57] H. W. Koch, *In the Name of the Volk: Political Justice in Hitler's Germany*, Londres, 1997, cap. 7. <<

[58] A. McElligott, «“Sentencing towards the Führer”? The Judiciary in the Third Reich», en McElligott and Kirk, eds., *Working towards the Führer*, pp. 153-186; Himmler, en Buchheim, «Die höheren SS und Polizeiführer», p. 370; N. Wachsmann, *Hitler’s Prisons: Legal Terror in Nazi Germany*, Londres, 2004, pp. 208-218. <<

[59] Childs, «Administration», p. 117. <<

[1] Noakes y Pridham, eds., *Nazism, 1919-1945*, pp. 681-683. <<

[2] Tooze, *Wages of Destruction*, p. 386. <<

[3] Overy, *The Dictators*, pp. 503-504. <<

[4] Funk citado en H.-E. Volkmann, «Landwirtschaft und Ernährung in Hitlers Europa, 1939-45», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, n.º 35 (1984), p. 37; Tooze, *Wages of Destruction*, p. 419. <<

[5] J. Krejci, «The Bohemian-Moravian War Economy», en M. Kaser, ed., *The Economic History of Eastern Europe, 1919-1975*, vol. 2, Oxford, 1986, pp. 452-472; P. Liberman, *Does Occupation Pay? The Exploitation of Occupied Industrial Societies*, Princeton, 1996. <<

[6] J. Gillingham, «The Politics of Business in the German *Grossraum*: The Example of Belgium», *Studia Historiae Oeconomicae*, n.º 14 (1979), pp. 23-24; C. Buchheim, «Die besetzten Länder im Dienste der Deutschen Kriegswirtschaft während des Zweiten Weltkriegs», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 34:1 (1986), pp. 117-145, aquí 119. <<

[7] Radice en Kaser, *Economic History*, pp. 340-342; Tooze, *Wages of Destruction*, p. 385. <<

[8] D. Veillon, *Fashion under the Occupation*, Oxford, 2002, pp. 22; D. Veitloa, «The Black Market», en M. Gijsen, ed., *Belgium under Occupation*, Washington, DC, 1947, p. 76. <<

[9] H. Bell, «Monetary Problems of Military Occupation», *Military Affairs*, n.º 6:2 (verano, 1942), pp. 77-88. <<

[10] O. Hayes, *Industry and Ideology: I. G. Farben in the Nazi Era*, Cambridge, 1989. <<

[11] R. Overy, «German Multi-nationals and the Nazi state in Nazioccupied Europe», en Overy, ed., *War and Economy in the Third Reich*, Oxford, 1994, p. 318. <<

[12] Noakes y Pridham, eds. *Nazism, 1919-1945*, p. 959. <<

[13] Véase P. Giltner, «*In the Friendliest Manner»: German-Danish Economic Cooperation during the Nazi Occupation, 1940-1945*, Nueva York, 1998, pp. 33 y ss.; Hayes, *Industry and Ideology*, p. 263. M. Nissen, «Danish Food Production in the German War Economy», en F. Trentmann y F. Just, eds., *Food and Conflict in the German War Economy in the Age of the Two World Wars*, Basingstoke, 2006, pp. 172-193. <<

[14] J. Gillingham, *Industry and Politics in the Third Reich: Ruhr Coal, Hitler and Europe*, Londres, 1985, p. 147, y *Coal, Steel and the Rebirth of Europe, 1945-1955*, Cambridge, 1991. <<

[15] Hayes, *Industry and Ideology*, p. 276; G. Aalders, «Three Ways of German Economic Penetration in the Netherlands», en R. J. Overy, G. otto y J. H. van Cate, eds., *Die «Neuordnung» Europas: NS-Wirtschaftspolitik in den besetzten Gebieten*, Berlín, 1997, pp. 273-299D. Milward, *The New Order and the French Economy*, Oxford, 1970, pp. 47-50; 73. <<

[16] P. Burrin, *France under the Germans: Collaboration and Compromise*, Nueva York, 1996, pp. 236-241; Gillingham, *Industry and Politics*, p. 159. <<

[17] Overy, «The Reichswerke “Hermann Göring”»: A Study in German Economic Imperialism», *War and Economy*, pp. 144-175, aquí 167-168..<<

[18] Hirschfeld, *Nazi Rule and Dutch Collaboration*, pp. 186-190. <<

[19] Ibíd., p. 194. <<

[20] Veillon, *Fashion*, pp. 72-82; R. Kaczmarek, «Die deutsche wirtschaftliche Penetration in Polen (Oberschlesien)», en Overy *et al*., eds., *Die «Neuordnung» Europas*, pp. 257-273. <<

[21] R. J. Overy, «The Economy of the German “New Order”», en Overy *et al*., eds., *Die «Neuordnung»*, pp. 22-23; Milward, *The New Order*, p. 55. **<<**

[22] C. Buchheim, «Die besetzten Länder», pp. 117-145; P. Liberman, «The Spoils of Conquest», *International Security*, n.º 18:2 (otoño de 1993), p. 141; Tooze, *Wages of Destruction*, p. 391; Von Krosigk, *NCA*, vol. 8, Washington, DC, 1946, p. 21. <<

[23] Milward, *The New Order*, p. 283. <<

[24] Jäckel, *Frankreich in Hitlers Europa*, p. 94. <<

[25] R. W. Lindholm, «German Finances in Wartime», *American Economic Review*, n.º 37:1 (marzo de 1947), pp. 121-134; Cathala en Instituto Hoover, *France during the German Occupation, 1940-1944*, vol. 1, Stanford, 1958, p. 108. <<

[26] G. A. Makinen, «The Greek Hyper-Inflation and Stabilization of 1943-46», *Journal of Economic History*, n.º 46:3 (1986), pp. 795-805; *Nazi Conspiracy and Aggression*, vol. 7 (Washington, 1948), pp. 692-694; G. Etmektsoglou, «Changes in the Civilian Economy as a Factor in the Radicalization of Popular Opposition in Greece, 1941-1944», en Overy *et al*., eds., *Die «Neuordnung»*, p. 223. <<

[27] Rost von Tonningen, citado en Hirschfeld, *Nazi Rule and Dutch Collaboration*, p. 240. <<

[28] A. Hitler, *Hitler’s Second Book: The Unpublished Sequel to Mein Kanopf*, ed. G. Weinberg, Nueva York, 2006, p. 23; G. Corni, *Hitler and the Peasants: Agrarian Policy of the Third Reich, 1930-1939*, Nueva York, 1990, pp. 162-164. El argumento se puede seguir en H. Backe, *Das Ende des Liberalismus in der Wirtschaft*, Berlín, 1938. <<

[29] J. H. Richter, «Continental Europe’s Prewar Food Balance», *Foreign Agriculture*, n.º 6 (1942), pp. 300-301; Volkmann, «Landwirtschaft und Ernährung», pp. 13-14; U. Spiekermann, «Brown Bread for Victory: German and British Wholemeal Politics in the Inter-war Period», en F. Trentmann y Just, eds., *Food and Conflict in Europe*. <<

[30] C. Luczak, «Die Agrarpolitik des Dritten Reiches», *Studia Historiae Oeconomicae*, p. 17 (1982), p. 197. <<

[31] M. Chodakiewicz, *Between Nazis and Soviets: Occupation Politics in Poland, 1939-1947*, Lanham, Maryland, 2004, p. 108; K. Brandt, *Management of Agriculture and Food in the German-Occupied and Other Areas of Fortress Europe: A Study in Military Government*, Stanford, 1953, p. 290. <<

[32] Z. Mankowski, «Die Agrarpolitik des Okkupanten im Generalgouvernement, 1939-1945», *Studia Historiae Oeconomicae*, n.º 23 (1998), pp. 255-268. <<

[33] P. Hansen, «The Danish Economy during War and Occupation», en Overy *et al.*, eds., *Die «Neuordnung»*, p. 72. <<

[34] P. Pétain, *Discours aux Français: 17 juin 1940-20 août 1944,* ed. J.-C. Barbas, París, 1989, p. 8. <<

[35] A. Milward, *The Fascist Economy in Norway*, Oxford, 1972, p. 297; H. R. Kedward, *Resistance in France: A Study of Ideas and Motivation in the Southern Zone 1940-1942*, Oxford, 1978, pp. 222-223. <<

[36] C. Pilichowski, «Verbrauch von Nahrungsmitteln durch jüdische Bevölkerung und Häftlinge der Okkupationslager in besetzten Polen», *Studia Historiae Oeconomicae*, n.º 17 (1982), p. 209. <<

[37] J. Gross, *Polish Society under German Occupation: The Generalgouvernement, 1939-1944*, Princeton, 1979, p. 156; Noakes y Pridham, eds., *Nazism, 1919-1945*, p. 994. <<

[38] Brandt, *Management*, p. 118; *TWC*, vol. 11, Washington, DC, 1946, pp. 427-428. <<

[39] V. Hionidou, *Famine and Death in Occupied Greece, 1941-1944*, Cambridge, 2006; Etmektsoglou, «Changes in the Civilian Economy», pp. 199, 214. <<

[40] J. Breunis «The Food Supply», en *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, n.º 245 (mayo de 1946), pp. 87-92, y C. Banning, «Food Shortage and Public Health, First Half of 1945», ibíd., pp. 93-110. <<

[41] «The Food Rationing System in Poland», *Polish Fortnightly Review*, n.º 55 (1 de noviembre de 1942), p. 7; M. Brzeska, *Through a Woman's Eyes* (Londres, sin fecha [1945]). <<

[42] H. Backe, *Um die Nahrungsfreiheit Europas: Weltwirtschaft oder Grossraum*, Leipzig, 1942, pp. 170 y ss.; para las cifras del período anterior a la guerra, véase L. Volin, «The Russian Food Situation», *Annals of American Academy of Political and Social Scientists*, n.º 225 (enero de 1943), pp. 89-91. <<

[43] Citado en Brandt, *Management*, pp. 622-630; Aly y Heims, *Architects of Annihilation*, p. 246. Sobre Backe, véase Tooze, *Wages of Destruction*, pp. 478-479. <<

[44] Brandt, *Management*, p. 124. <<

[45] «A Citizen of Kharkiv», «Lest We Forget: Hunger in Kharkiv in the Winter of 1941-42», *Ukrainian Quarterly*, n.º 4 (invierno de 1948), pp. 72-79. <<

[46] Bräutigam, en Noakes y Pridham, eds., *Nazism, 1919-1945*, pp. 913-914; también, T. Mulligan, *The Politics of Illusion and Empire: German Occupation Policy in the Soviet Union, 1942-43*, Nueva York, 1988, pp. 47-48. <<

[47] W. Boelcke, ed., *The Secret Conferences of Dr Goebbels, the Nazi Propaganda War, 1939-1943*, Nueva York, 1970, pp. 222-223. <<

[48] J. Lehmann, «Herbert Backe», en R. Smelser y R. Zitelmann, eds., *Die braune Elite*, Darmstadt, 1993, pp. 1-13. <<

[49] B. Smith y A. Peterson, eds., *Heinrich Himmler: Geheimreden 1933 bis 1945*, Frankfurt, 1974, p. 159; Tooze, *Wages of Destruction*, pp. 547-548. <<

[50] Noakes y Pridham, eds., *Nazism, 1919-1945*, p. 901; también *TWC*, vol. 8, Washington, DC, 1952, pp. 797 y ss. <<

[51] También ibíd., p. 803. <<

[52] Trevor-Roper, ed., *Hitler’s Table Talk*, pp. 615-624. <<

[53] Boelcke, ed., *The Secret Conferences*, pp. 270, 276, 284; Tooze, *Wages of Destruction*, p. 548; Trevor-Roper, ed., *Hitler's Table Talk*, pp. 658-659 (25 de agosto de 1942). <<

[54] Brandt, *Management*, pp. 125, 563; D. Eichholtz, «Die Ausbeutung der Landwirtschaft der faschistisch besetzten Gebiete durch die Okkupanten und die Taktik der inateriellen Korrumpierung in Deutsch land während des Zweilen Weltkrieges», *Studia Historiae Oeconomicae*, n.º 14 (1982), pp. 153-171; Reicke v. Göring, *TWC*, vol. 13, Washington, DC, 1952, p. 807. <<

[55] N. Goodman, «Health in Europe», *International Affairs*, n.º 20:4 (1944), pp. 473-480; Spiekermann, «Brown Bread for Victory», pp. 150-159; Sauvy y Ledermann, «La Guerre biologique», p. 477; Brandt, *Management*, pp. 610-613. <<

[56] P. Vincent, «Consequences de six années de guerre sur la population française», *Population*, n.º 1:3 (julio-septiembre de 1946), p. 436; J. Daric, «Quelques aspects de l'évolution démographique aux Pays-Bas», ibíd., pp. 501-509. <<

[57] J. Valin, F. Mesle, S. Adamets y S. Pyrozhov, «A New Estimate of Ukrainian Population Losses during the Crises of the 1930s and 1940s», *Population Studies*, n.º 56:3 (noviembre de 2002), pp. 249-264. <<

[58] J.-L. Charles y P. Dasnoy, eds., *Les Dossiers secret de la Police Allemande en Belgique: La Geheime Feldpolizei en Belgique et dans le Nord de la France*, 2 vols., Bruselas, 1972-1973, pássim, esp. vol. 1: pp. 45, 82-84, 155, 192-193, 205; vol. 2: p. 46. <<

[59] G. Hill, *Trends in the Oil Industry in 1944*, Washington, DC, 1944, pp. 10-12. Gracias a Alison Frank por esta fuente; W. G. Jensen, «The Importance of Energy in the First and Second World Wars», *Historical Journal*, n.º 11:3 (1968), pp. 538-554. <<

[60] D. Eichholtz, «Öl, Krieg, Politik: Deutscher Ölimperialismus (1933-1942/43), *Zeitschrift für Geschichtsgewissenschaft*, n.º 51:6 (2003), pp. 493-511. <<

[61] Tooze, *Wages of Destruction*, pp. 445-446. <<

[62] Ibíd., pp. 574, 598. <<

[63] Jensen, «The Importance of Energy», p. 550; Milward, *The New Order*, p. 288. <<

[64] Liberman, *Does Conquest Pay?*<< **<<**

[1] U. Herbert, *Hitler's Foreign Workers: Enforced Foreign Labor in Germany under the Third Reich*, Cambridge, 1997, p. 3. <<

[2] Ibíd., pp. 100-103, 107. <<

[3] Ibíd., pp. 110-111. <<

[4] Ibíd., pp. 146-162; Wetzel, en Heiber, «Der Generalplan Ost», p. 312. <<

[5] *NCA*, Suplemento B, Washington, 1946, p. 373, Sauckel-Hitler, 14 de abril de 1943; *NCA*, vol. 7, Washington, 1946, «Stenographic transcript of the 17th conference of Central Planning», pp. R-124, 196; Tooze, *Wages of Destruction*, p. 517. <<

[6] Documento de Nuremberg (Nüremberg Document, en adelante ND), 294-PS/USA 185; ibíd., p. 304. <<

[7] ND, 1526-PS/USA 178, citado en *TWCI*, vol. 3, Nuremberg, 1947, 12 de diciembre de 1945, p. 299. <<

[8] ND, 018-PS, Rosenberg-Sauckel, 21 de diciembre de 1942, en ibíd., pp. 304-5. <<

[9] «Memorandum of Ribbentrop-Alfieri discussions», 22 de febrero de 1943 in *NCA*, vol. 7, pp. 196-197; M. Eikel, «“Weil die Menschen fehlen”: Die deutschen Zwangsarbeitsrekruitierungen und deportationen in den besetzten Gebieten der Ukraine, 1941-1944», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 53:5 (2005), pp. 405-434. <<

[10] R-124, actas de la Junta de Planificación Central, 1 de marzo de 1944, ibíd., p. 312. <<

[11] 3819-PS, correspondencia de Sauckel y Speer con Hitler, en *NCA*, vol. 6, pp. 760-765; Conferencia del Ejecutivo de Mano de Obra, 12 de julio de 1944, ibíd., pp. 766-772. <<

[12] Tooze, *Wages of Destruction*, p. 519; C. Gerlach y G. Aly, *Das letzte Kapitel: Realpolitik, Ideologie und der Mord an den ungarischen Juden, 1944/45*, Stuttgart, 2002; B. Kroner, «“Soldaten der Arbeit”: Menschenpotential und Menschenmangel in Wehrmacht und Kriegswirtschaft», en Eichholtz, ed., *Krieg und Wirtschaft*, pp. 109-129. <<

[13] P. Panayi, «Exploitation, Criminality, Resistance. The Everyday Life of Foreign Workers and Prisoners of War in the German Town of Osnabrück, 1939-1949», *Journal of Contemporary History*, n.º 40, n.º 3 (2005), pp. 483-502. <<

[14] Herbert, *Hitler's Foreign Workers*, pp. 265-256. <<

[15] Ibíd., pp. 267-268; N. Wachsmann, *Hitler’s Prisons: Legal Terror in Nazi Germany*, Londres, 2004, pp. 284-306. <<

[16] «Extracts from Posen meeting», 4 de octubre de 1943, *NCA*, vol. 8, pp. 318-322; R. Gellately, *Backing Hitler: Consent und Coercion in Nazi Germany*, Oxford, 2001, pp. 174-175. <<

[17] «Decree for Ensuring the Discipline and Output of Foreign Workers», 25 de septiembre de 1944, «D-226», en *NCA*, vol. 6, pp. 1089-1090; Tooze, *Wages of Destruction*, pp. 529-530. <<

[18] Citado en Panayi, «Exploitation, Criminality, Resistance», pp. 489-490; también Herbert, *Hitler’s Foreign Workers*, pp. 293-295. <<

[19] Gallately, *Backing Hitler*, pp. 239-257. <<

[20] Cifras del Gulag extraídas de A. Nove, «How Many Victims in the 1930s? II», *Soviet Studies*, n.º 42:4 (octubre de 1990), pp. 811-814; cifras de 1939-1942 en *NCA*, vol. 7, R-124, Pohl-Himmler, 30 de abril de 1942. <<

[21] J. E. Schulte, *Zwangsarbeit und Vernichtung: Das Wirtschaftsimperium der SS: Oswald Pohl und das SS-Wirtschafts-Verwaltungshauptamt, 1933-1945*, Paderborn, 2001. <<

[22] Ibíd., pp. 335-360; M. T. Allen, *Hitler's Slave Lords. The Business of Forced Labour in Occupied Europe*, London, 2002, pp. 198-199. <<

[23] Himmler, *Geheimreden 1933 bis 1945*, p. 159. <<

[24] Ibíd., pp. 152-153. <<

[25] PS-682 en S. Krakowski, *Anatomy of the Auschwitz Death Camp*, Bloomington, Indiana, 1994, p. 51; M. Broszat, «The Concentration Camps, 1933-1945» en H. Krausnick y M. Broszat, *Anatomy of the SS State*, Londres, 1973, p. 243; Wachsmann, *Hitler's Prisons*, cap. 8. **<<**

[26] W. Naasner, ed., *SS-Wirtschaft und SS-Verwaltung*: «*Das SSWirtschafts-Verwaltungshauptamt und die unter seiner Dienstaufsicht stehenden wirtshaftlichen Unternehmunger» und weitere Dokumente*, Düsseldorf, 1998, pp. 93-99; F. Piper, «The System of Prisoner Exploitation», en I. Gutman y M. Berenbaum, eds., *Anatomy of the Auschwitz Death Camp*, Bloomington, Indiana, 1994, p. 38. <<

[27] Engel, *At the Heart of the Reich*, p. 145. <<

[28] Ibíd., cap. 5; Glücks-comandantes de los campos, 20 de enero de 1943, comentario de Eicke en *TWC*, vol. 5, p. 383, Pohl-Himmler, 5 de abril de 1944 (NO-020(a)); índices de mortalidad en *TWC*, vol. 5, pp. 379-381, Pohl-Himmler, 30 de septiembre de 1943 (1469-PS). Cálculos globales en Tooze, *Wages of Destruction*, pp. 523, 526-537; Broszat, «The Concentration Camps», pp. 222-223, 244-245..<<

[29] Schulte, *Zwangsarbeit und Vernichtung*, pp. 208-232. <<

[30] Ibíd., pp. 246-247; L. Dobroszycki, ed., *The Chronicle of the Lodz Ghetto, 1941-1944*, Nueva Haven, 1984, pp. LXI-LXIII; H. Krausnick, «The Persecution of the Jews», en Krausnick y Broszat, eds., *Anatomy of the SS State*, pp. 136-137. <<

[31] Ibíd., pp. 250, 260-261..<<

[32] Allen, *Hitler's Slave Lords*, pp. 194-196. <<

[33] Véase A. C. Mierzejewski, *The Collapse of the German War Economy, 1944-1945*, Chapel Hill, 1988, cap. 1, para el ascenso de Speer. También W. Schumann, «Probleme der Deutschen Aussenwirtschaft und einer “Europäischen Wirtschaftsplanung”», *Studia Historiae Oeconomicae*, n.º 14 (1979), pp. 142-160. <<

[34] *TWC*, vol. 11, pp. 402-403. <<

[35] K. J. Siegfried, «Racial Discrimination at Work: Forced Labour in the Volkswagen Factory, 1939-1945», en M. Burleigh, ed., *Confronting the Nazi Past: New Debates on Modern German History*, Londres, 1996, pp. 37-51. <<

[36] Allen, *Hitler's Slave Lords*, pp. 194, 225. <<

[37] S. Kotkin, «World War Two and Labor: A Lost Cause?», *International Labor and Working-Class History*, n.º 58 (otoño de 2000), pp. 181-191. **<<**

[38] Ibíd.; también R. J. Overy, *Why the Allies Won*, Londres, 1995. <<

[1] J. Foerster y E. Mawdsley, «Hitler and Stalin in Perspective: Secret Speeches on the Eve of Barbarossa», *War in History*, n.º 11:1 (2004), pp. 61-103, aquí 77. <<

[2] *DGFP*, vol. 13 (Washington, DC, 1954), p. 55. <<

[3] Ibíd., pp. 28-29, 42-43..<<

[4] «Gegnerische Kriegsziele», en *Zeitschrift für ausländisches öffentliches Recht und Völkerrecht*, n.º 11 (1942-1943), p. 11. <<

[5] F. Anfuso, *Da Palazzo Venezia al Lago di Garda (1936-1945)* (n. p., 1957), pp. 196-210, aquí 226-227..<<

[6] *DDI* 1, vol. 7 (Roma, 1987), p. 470. <<

[7] Ibíd., pp. 509-510; véase también Anfuso, *Da Palazzo Venezia al Lago di Garda*, p. 209. <<

[8] E. Dollmann, *The Interpreter: Memoirs of Doktor Eugen Dollmann*, Londres, 1967, pp. 192-193. <<

[9] Schmidt, *Hitler's Interpreter*, p. 258; Lipgens, ed., *Documents on the History of European Integration*, vol. 1, Nueva York, 1984, pp. 86-89. <<

[10] M. Bloch, *Ribbentrop*, Londres, 1992, pp. 340-341. <<

[11] *DDI*, vol. 7, Ciano-Mussolini, 26 de octubre de 1941, pp. 690-694. <<

[12] Bloch, *Ribbentrop*, pp. 342-343; L. Simoni, *Berlino, Ambasciata d'Italia 1939-1943*, Roma, 1947, p. 262. <<

[13] *DGFP* vol. 13, Washington, DC, 1964, pp. 858-859, 861, 867, 911; Bloch, *Ribbentrop*, p. 351. <<

[14] *DGFP*, vol. 13, pp. 920-921. <<

[15] Hitler, *Speeches and Proclamations, 1932-1945*, vol. 4 (1941-1945), Wauconda, Illinois, 2004, p. 2.672, 30 de septiembre de 1942. <<

[16] *DDI*, vol. 8 (Roma, 1988), pp. 409-412. <<

[17] M. Luciolli, *Palazzo Chigi: Anni roventi, ricordi di vita diplomatica italiana dal 1933 al 1948*, Milán, 1976, pp. 99-101; G. Bottai, *Diario, 1935-1944*, Milán, 1982, p. 300. <<

[18] Tomasevich, *War and Revolution in Yugoslavia*, pp. 168-171. <<

[19] *The Confidential Papers of Admiral Horthy*, Budapest, 1965, pp. 193, 224. <<

[20] T. Anderson, «A Hungarian *Vernichtungskrieg*? Hungarian Troops and the Soviet Partisan War in Ukraine, 1942», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, n.º 58:2 (1999), pp. 345-366; N. Kallay, *Hungarian Premier: A Personal Account of a Nation's Struggle in the Second World War*, Londres, 1954, pp. 107-111, sobre Novi Sad. <<

[21] Horthy, *Confidential Papers*, pp. 269-272. <<

[22] Tomasevich, *War and Revolution in Yugoslavia*, pp. 156-168; R. Lemkin, *Axis Rule in Occupied Europe: Laws of Occupation, Analysis of Government, Proposals for Redress*, Washington, DC, 1944, pp. 187-190; Schechtman, *European Population Transfers*, pp. 415-424. <<

[23] D. Deletant, *Hitler's Forgotten Ally: Ion Antonescu and His Regime, Romania 1940-1944*, Londres, 2006, p. 38. <<

[24] J. Ancel, *Transnistria 1941-1942: the Romanian Mass Murder Campaigns*, vol. 1, Tel Aviv, 2003, pp. 24-25. **<<**

[25] V. Petrov, *Escape from the Future: The Incredible Adventures of a Young Russian*, Bloomington, Indiana, 1973, pp. 394-396. <<

[26] Deletant, *Hitler’s Forgotten Ally*, pp. 187-196. <<

[27] Ibíd., pp. 130-141; A. Angrick, «The Escalation of German-Rumanian Anti-Jewish Policy after the Attack on the Soviet Union», *Yad Vashem Studies*, n.º 26 (1998), pp. 203-239, ofrece una cifra más elevada de víctimas para Jassy. Véase ahora «The Report of the International Commission on the Holocaust in Romania», Bucarest, 11 de noviembre de 2009. <<

[28] K. Malaparte, *Kaputt*, Londres, 1989, p. 142. <<

[29] J. Ancel, «The German-Rumanian Relationship and the Final Solution», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 19:2 (otoño de 2005), pp. 252-275, aquí 258; para el original, véase L. Benjamin, ed., *Problema evreiasca in stenogramele Consiliului de Ministri*, Bucarest, 1996, pp. 264-269. <<

[30] Angrick, «The Escalation of German-Rumanian Anti-Jewish policy», pp. 213-215. <<

[31] Ibíd., pp. 224-229. <<

[32] R. Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, Nueva York, 1985, vol. 2, pp. 758-783; Deletant, *Hitler's Forgotten Ally*, p. 146. <<

[33] Ancel, *Transnistria 1941-1942*, p. 193. <<

[34] Ibíd., pp. 193-203. <<

[35] Ancel, «The German-Rumanian Relationship and the Final Solution», p. 259. <<

[36] «The Report of the International Commission on the Holocaust in Romania». <<

[37] A. Dallin, *Odessa 1941-1944: A Case Study of Soviet Territory under Foreign Rule*, Santa Monica, California, 1957, pp. 68-78; puede encontrarse un análisis exhaustivo de los cálculos aproximados del número de muertos en «The Holocaust in Romania», en «The Report of the International Commission on the Holocaust in Romania». <<

[38] «Rezolvarea problemei evreiesti» (Solución del problema judío) en *Unirea*, 10 de octubre de 1941; copia en J. Ancel, *Documents Concerning the Fate of Romanian Jewry during the Holocaust*, Nueva York, 1987, vol. 3: no. 208, p. 318, citado en «The Report of the International Commission on the Holocaust in Romania». <<

[39] M. Knox, *Hitler’s Italian Allies: Royal Armed Forces, Fascist Regime and the War of 1940-1943*, Cambridge, 2000, pp. 24-71. <<

[40] R. DiNardo, *Germany and the Axis Powers: From Coalition to Collapse*, Lawrence, Kansas, 2005, pp. 28-36. <<

[41] Bottai, *Diario, 1935-1944*, p. 216. <<

[42] D. Rodogno, *Fascism's European Empire: Italian Occupation during the Second World War*, Cambridge, 2006, pp. 284-287; véase también S. Lecoeur, «The Italian Occupation of Syros and its Socio-Economic Impact, 1941-43», tesis doctoral, Universidad de Londres, 2006. <<

[43] Rodogno, *Fascism’s European Empire*, p. 59. <<

[44] H. J. Burgwyn, *Empire in the Adriatic: Mussolini's Conquest of Yugoslavia, 1941-1943*, Nueva York, 2005, p. 96. <<

[45] Rodogno, *Fascism's European Empire*, pp. 82-84, 264-265..<<

[46] F. P. Verna, «Notes on Italian Rule in Dalmatia under Bastianini, 1941-1943», *International History Review*, n.º 12:3 (1990), pp. 441-460. <<

[47] Rodogno, *Fascism’s European Empire*, p. 73. **<<**

[48] Tomasevich, *War and Revolution in Yugoslavia*, pp. 49-53. <<

[49] Malaparte, *Kaputt*, pp. 264-266. <<

[50] M. A. Hoare, *Genocide and Resistance in Hitler's Bosnia: the Partisans and the Chetniks, 1941-1943*, Oxford, 2006, pp. 22-23. <<

[51] T. Dulic, *Utopias of Nation: Local Mass Killing in Bosnia and Hercegovina, 1941-1942*, Estocolmo, 2005. **<<**

[52] Burgwyn, *Empire in the Adriatic*, pp. 164-166. <<

[53] Rich, *Hitler's War Aims*, vol. 2, pp. 280-281; Glaise en J. E. Gumz, «*Wehrmacht* Perceptions of Mass Violence in Croatia, 1941-1942», *Historical Journal*, n.º 44:4 (2001), pp. 1015-1038, aquí 1028; Dulic, *Utopias of Nation*, p. 146; J. Gumz, «German Counter-insurgency Policy in Independent Croatia, 1941-1944», *The Historian*, n.º 61 (1998), pp. 33-50. <<

[54] M. Legnani, «Il “ginger” del generale Roatta: le direttive della 2a armata sulla repressione antipartigiana in Slovenia e Croazia», *Italia contemporanea*, pp. 209-210 (diciembre de 1997-marzo de 1998), pp. 155-174; Burgwyn, *Empire in the Adriatic*, pp. 270-274. <<

[55] Rodogno, *Fascism’s European Empire*, pp. 336-361. <<

[56] Para las objeciones italianas, *DDI*, vol. 10 (Roma, 1990), pp. 86, 547. <<

[57] B. Fischer, *Albania at War, 1939-1945*, Lafayette Occidental, Indiana, 1999, pp. 85-87. <<

[58] Gumz, «*Wehrmacht* Perceptions of Mass Violence», p. 1032; sobre las oportunidades para la negociación que se desdeñaron, véase W. Hoettl, *The Secret Front: The Story of Nazi Espionage*, Nueva York, 1954, pp. 154-155. <<

[59] J-Gumz, «Stepping Back from Destruction: Invasion, Occupation and Empire in Habsburg Sobia, 1914-1918», tesis doctoral, Universidad de Chicago, 2006. <<

[60] Véase Hull, *Absolute Destruction*; A. Kramer, *Dynamics of Destruction: Culture and Mass Killing in the First World War*, Oxford, 2007; y especialmente Gumz, «Stepping Back from Destruction». <<

[61] Bottai, *Diario*, entrada del 11 de junio de 1940. <<

[62] Lumans, *Himmler’s Auxiliaries*, p. 215. <<

[63] Bowen, *Spaniards and Nazi Germany*, p. 170. <<

[64] Burgwyn, *Empire in the Adriatic*, p. 277. <<

[65] Schmidt, *Hitler's Interpreter*, pp. 259-260; C. Browning, «Unterstaatssekretär Martin Luther and the Ribbentrop Foreign Office», *Journal of Contemporary History*, n.º 12:2 (abril de 1977), pp. 313-344. <<

[66] Herzstein, *When Nazi Dreams Come True*, cap. 6; Martin, «German-Italian Cultural Initiatives». **<<**

[67] Lipgens, ed., *Documents on the History of European Integration*, vol. 1, pp. 98-109; Simoni, *Berlino, Ambasciata d'Italia*, p. 299; Schmidt, *Hitler's Interpreter*, p. 261; J. von Ribbentrop, *The Ribbentrop Memoirs*, Londres, 1954, p. 169. <<

[68] Mulligan, *The Politics of Illusion and Empire*, pp. 39-40. <<

[69] Lipgens, ed., *Documents on the History of European Integration*, vol. 1, pp. 118-122. <<

[70] Bloch, *Ribbentrop*, pp. 365-367. <<

[71] Browning, «Unterstaatssekretär Martin Luther», p. 334. <<

[72] *DDI*, vol. 10, pp. 91-92, 103-104..<<

[73] Lipgens, ed., *Documents on the History of European Integration*, vol. 1, pp. 123-124. <<

[74] *DDI*, vol. 10, pp. 232-234. <<

[75] Ibíd. pp. 278-279; Bloch, *Ribbentrop*, p. 378; Simoni, *Berlino, Ambasciata d'Italia*, p. 333. <<

[76] G. de Antonellis, *Le Quattro Giornate di Napoli*, Milán, 1973, p. 65. <<

[77] P. Struye, *Journal de guerre, 1940-1945*, Bruselas, 2004, p. 411. <<

[78] Herzstein, *When Nazi Dreams Come True*, p. 206. <<

[79] F. W. Deakin, *The Last Days of Mussolini*, Londres, 1962, pp. 112-113. <<

[80] E. Collotti, *L'amministrazione tedesca dell' Italia occupata*, Milán, 1963, pp. 290-291; L. Klinkhammer, *Zwischen Bündnis und Besatzung: Das nationalsozialistische Deutschland und die Republik von Salò, 1943-45*, Tubinga, 1993, pp. 291-301, 494. <<

[81] Deakin, *The Last Days of Mussolini*, pp. 141, 149. <<

[82] Gerlach y Aly, *Das letzte Kapitel*, pp. 117-121; Lumans, *Himmler's Auxiliaries*, p. 226. <<

[83] P. Sipos, «The Fascist Arrow Cross Government in Hungary (October 1944-April 1945)», en Benz *et al*., eds., *Die Bürokratie der Okkupation*, pp. 49-63. <<

[84] Hitler, *Speeches and Proclamations*, vol. 4, 1 de enero de 1945. <<

[1] Citado en C. Browning, *Nazi Policy, Jewish Workers, German Killers*, Cambridge, 2000, p. 48; véase también Boelcke, ed., *The Secret Conferences*, p. 190. <<

[2] R. Cecil, *The Myth of the Master Race: Alfred Rosenberg and Nazi Ideology*, Londres, 1972, p. 20; «Eine ernste Frage», en A. Rosenberg, *Schriften und Reden*, vol. 1, Munich, 1943, pp. 75-79; Billig, *Alfred Rosenberg*, pp. 194-197, 209-211..<<

[3] B. Lösener, «Das Reichsministerium des Innern und die Judengesetzgebung», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 9:3 (1961), p. 303; P. Witte, «Two Decisions Concerning the «Final Solution to the Jewish Question»: Deportations to Lodz and Mass Murder in Chelmno», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 9:2 (1995), pp. 318-345. <<

[4] L. Rein, «Local Collaboration in the Execution of the “Final Solution” in Nazi-Occupied Belorussia», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 20:3 (invierno de 2006), pp. 381-409, aquí 395. <<

[5] «Report on the Execution of Jews in Borrisow», 24 de octubre de 1941, ND3047-PS, en Congreso Judío Norteamericano, *Nazi Germany's War against the Jews*, Nueva York, 1947. <<

[6] Reitlinger, *The House Built on Sand*, p. 85. <<

[7] Morris-State, 14 de octubre de 1941, en J. Mendelsohn, ed., *The Holocaust in Selected Documents in Eighteen Volumes*, vol. 8, Nueva York, 1982, pp. 18-19; E. Farbstein, «Diaries and Memoirs as a Historical Source - The Diary and Memoir of a Rabbi at the “Konin House of Bondage”», *Yad Vashem Studies*, n.º 26 (1998), pp. 87-129, aquí 106. <<

[8] J. Herf, «The "Jewish War": Goebbels and the Anti-Semitic Campaigns of the Nazi Propaganda Ministry», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 19:1 (primavera de 2005), pp. 51-80, aquí 67; B. Musial, «The Origins of "Operation Reinhard": The Decision-Making Process for the Mass Murder of the Jews in the General government», *Yad Vashem Studies*, n.º 28 (2000), pp. 113-153, aquí 136 (citando a *Tagebücher*, 2, 132, entrada del 28 de octubre de 1941). <<

[9] Y. Arad, «Alfred Rosenberg and the “Final Solution” in the Occupied Soviet Territories», *Yad Vashem Studies*, n.º 13 (1979), pp. 263-286. **<<**

[10] Witte *et al*., eds., *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers*, pp. 258-284; Lösener, «Das Reichsministerium», p. 311. <<

[11] Goebbels, *Die Tagebücher von Josef Goebbels*, ed. E. Froehlich, vol. II:2 (octubre-diciembre de 1941), Munich, 1996, pp. 487-500. <<

[12] Arad, «Alfred Rosenberg», p. 281. <<

[13] Diario de Frank, 16 de diciembre de 1941, NG2233D-PS (USA 281) en Congreso Judío Norteamericano, *Nazi Germany's War against the Jews*. <<

[14] M. Roseman, «Shoot First and Ask Questions Afterwards? Wannsee and the Unfolding of the Final Solution», en N. Gregor, ed., *Nazism, War and Genocide: Essays in Honour of Jeremy Noakes*, Exeter, 2005, pp. 130-146. <<

[15] Véase el capítulo 10 para más detalles. <<

[16] I. Kershaw, «Improvised Genocide? The Emergence of the “Final Solution” in the “Warthegau”», *Transactions of the Royal Historical Society* (1994), pp. 51-78, aquí 76. <<

[17] Dobroszycki, ed., *The Chronicle of the Lodz Ghetto*, liv; Kershaw, «Improvised Genocide?». <<

[18] Dobroszycki, ed., *The Chronicle of the Lodz Ghetto*, lvi. Las memorias de May se escribieron en febrero de 1945. <<

[19] M. Williams, «Friedrich Rainer and Odilo Globocnik. L’amicizia insolita e i ruoli sinistri di due nazisti tipici», *Qualestoria*, n.º 1 (junio de 1997), pp. 141-175. Véase Rieger, *Creator of the Nazi Death Camps*. <<

[20] P. Black, «Rehearsal for “Reinhard”: Odilo Globocnik and the Lublin *Selbstschutz*», *Central European History*, n.º 25:2 (1992), pp. 204-226; Musial, «The Origins of “Operation Reinhard”», pp. 119-120, 122. <<

[21] Himmler-Globocnik, 27 de marzo de 1942, sobre el cese de su responsabilidad en la preparación, planificación y puesta en funcionamiento de sus Stützpunkte policiales en el Este, en H. Friedlander y S. Milton, eds., *Archives of the Holocaust*, vol. 11:1 (Nueva York, 1992), p. 254; sobre el telón de fondo, Browning, *The Origins of the Final Solution*, pp. 354-356. <<

[22] P. Witte y S. Tyas, «A New Document on the Deportation and Murder of Jews during “Einsatz Reinhardt” 1942», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 15:3 (invierno de 2001), pp. 468-486. Nótese que no hay un consenso sobre la forma de escribir su nombre, que a veces aparece como «Reinhard» y otras veces como «Reinhardt»; Rieger, *Creator of the Nazi Death Camps*, p. 114. <<

[23] Musial, «The Origins of “Operation Reinhard”», p. 127. <<

[24] Jochmann, ed., *Adolf Hitler*, p. 91. <<

[25] E. T. Wood, *Karski: How One Man Tried to Stop the Holocaust,* Nueva York, 1994, pp. 125-129; J. Karski, *Story of a Secret State*, Boston, 1944. **<<**

[26] Goebels, *The Goebbels Diaries, 1942-1943*, ed. Lochner, p. 148. <<

[27] Noakes y Pridham, eds. *Nazism, 1919-1945*, pp. 1147-1148. <<

[28] Witte, ed., *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers*, pp. 483, 493; C. Browning, «A Final Hitler Decision for the “Final Solution”: The Riegner Telegram Reconsidered», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 10:1 (primavera de 1996), pp. 3-10; A. C. Mierzejewski, «A Public Enterprise in the Service of Mass Murder: The Deutsche Reichsbahn and the Holocaust», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 15:1 (primavera de 2001), pp. 33-46, aquí 38. <<

[29] Frank, 24 de agosto de 1942, USA 283 reimpreso en Congreso Judío Norteamericano, *Nazi Germany’s War against the Jews*, pp. 350-351. **<<**

[30] E. Levai, *Black Book on the Martyrdom of Hungarian Jewry*, Zurich y Viena, 1948, pp. 26-27. <<

[31] Browning, «A Final Hitler Decision», p. 7. <<

[32] J. Billig, «The Launching of the Final Solution», en S. Klarsfeld, ed., *The Holocaust and the Neo-Nazi Mythomania*, Nueva York, 1978, pp. 63-66. <<

[33] Aly y Roth, *The Nazi Census*, pp. 29-30, 90-91..<<

[34] G. Wellers, «The Number of Victims and the Korherr Report», en S. Klarsfeld, ed., *The Holocaust and the Neo-Nazi Mythomania*, Nueva York, 1978, apéndices. <<

[35] Himmler-Jefe de la SiPo/SD, Berlín, 9 de abril de 1943, reproducido en Klarsfeld, *Holocaust and the Neo-Nazi Mythomania*, apéndices. <<

[36] Gutman y Berenbaum, *Anatomy of the Auschwitz Death Camp*, p. 86. <<

[37] A. Cohen, «La Politique antijuive en Europe (Allemagne exclue) de 1938 à 1941», *Guerres mondiales*, n.º 150 (1988), pp. 45-59. <<

[38] *TWC*, vol. 8, pp. 195-206. <<

[39] M. Schwalbova, «Slovak Jewish Women in Auschwitz II-Birkenau», en W. Długoborski *et al*., eds., *The Tragedy of the Jews of Slovakia: 1938-1945: Slovakia and the «Final Solution of the Jewish Question»*, Oswiecim, 2002, pp. 201-212; Y. Buechler, «The Deportation of Slovakian Jews to the Lublin District of Poland in 1942», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 6:2 (1991), pp. 151-66; D. Dwork y R. Jan van Pelt, *Auschwitz: 1270 to the Present*, Nueva York, 1996, pp. 299-306. <<

[40] Ibíd., p. 320. <<

[41] L. Rothkirchen, «A Few Considerations on the Historiography of the Holocaust», en Długoborski *et al*., eds., *The Tragedy of the Jews of Slovakia*, p. 83; I. Kamanec, «The Deportation of Jewish Citizens from Slovakia in 1942», en ibid., pp. 111-139; J. Ward, «“People Who Deserve It”: Jozef Tiso and the Presidential Exemption», *Nationalitiès Papers*, n.º 30:4 (2002), pp. 571-601. <<

[42] Browning, *The Final Solution and the German Foreign Office*, pp. 103-104; *TWC*, vol. 8, p. 231; M. Marrus y R. Paxton, *Vichy France and the Jews*, Nueva York, 1981. <<

[43] Browning, *The Final Solution and the German Foreign Office*, pp. 115-117, 125-126..<<

[44] Aly y Roth, *The Nazi Census*, pp. 66-68. <<

[45] *TWC*, vol. 8, p. 255. <<

[46] Hillgruber, ed., *Staatsmänner und Diplomaten bei Hitler*, vol. 2, pp. 233, 245, 257. <<

[47] Browning, *The Final Solution and the German Foreign Office*, pp. 136-137. <<

[48] Burgwyn, *Empire on the Adriatic*, pp. 186-187. <<

[49] Ibíd., pp. 188-189. <<

[50] Ibíd., pp. 192-193; Rodogno, *Fascism’s European Empire*, p. 397. <<

[51] Ibíd., pp. 383-384. <<

[52] Ibíd., p. 390. <<

[53] Ibíd., pp. 403-405. <<

[54] Deletant, *Hitler’s Forgotten Ally*, pp. 212-214. <<

[55] Gutman y Berenbaum, *Anatomy, of the Auschwitz Death Camp*, pp. 86, 89; Dwork y van Pelt, *Auschwitz, 1270 to the Present*, p. 342. <<

[56] M. Hindley, «Negotiating the Boundary of Unconditional Surrender: The War Refugee Board in Sweden and Nazi Proposals to Ransom Jews, 1944-45», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 1 (primavera de 1996), pp. 52-77. <<

[57] L. Rothkirchen, «The Final Solution in its Last Stages», *Yad Vashem Studies*, n.º 8 (1970), pp. 7-28. <<

[58] N. Masur, *En jude talar med Himmler*, Estocolmo, 1945. Schellenberg, *Hitler's Secret Service*, pp. 386-387. <<

[59] R. Breitman y S. Aronson, «The End of the “Final Solution”»: Nazi Plans to Ransom Jews in 1944», *Central European History*, n.º 25 (1992), pp. 177-203. <<

[60] Y. Buechler, «“Unworthy Behavior”: The Case of SS Officer Max Täubner», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 17:3 (invierno de 2003), pp. 409-429. <<

[61] S. Spector, «*Aktion 1005* -Effacing the Murder of Million», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 5:2 (1990), pp. 157-173. <<

[62] Rothkirchen, «The “Final Solution” in Its Last Stages», pp. 7-29. <<

[63] Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, p. 1220. <<

[64] A. Weiss-Wendt, «Extermination of the Gypsies in Estonia during World War II: Popular Images and Official Policies», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 17:1 (primavera de 2003), pp. 31-61; M. Zimmermann, «Die nationalsozialistische Lösung der Ziegeunerfrage», en U. Herbert, ed., *Nationalsozialistische Vernichtungspolitik*, *1939-1945*, Frankfurt, 1998. <<

[65] Jacobmeyer, «Die polnische Widerstandsbewegung in General Government und ihre Beurteilung durch deutsche Dienststellen», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 25-4 (1977), pp. 655-681, aquí p. 677; R. Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, 3.ª ed., Nueva Haven, 2003, vol. 2, pp. 547-548. <<

[1] Sobre esta manera de formular el problema de la colaboración, véase J. Gross, «Themes for a Social History of War: Experience and Collaboration», en I. Deák *et al*., eds., *The Politics of Retribution in Europe*, Princeton, 2000, pp. 15-37. <<

[2] S. Hoffmann, «Collaboration in France during World War II», *Journal of Modern History*, n.º 40:3 (septiembre de 1968), pp. 375-395; Y. Durand, «Collaboration French-style: A European Perspective», en S. Fishman *et al*., eds., *France at War: Vichy and the Historians*, Nueva York, 2000, pp. 61-76. <<

[3] Guéhenno y Maurras traducidos en G. Bree y G. Bernauer, eds., *Defeat and Beyond: An Anthology of French Wartime Writing, 1940-1945*, Nueva York, 1970, pp. 95-99, 101-103..<<

[4] R. Paxton, *Vichy France: Old Guard, New Order, 1940-1944*, Nueva York, 1972, partes 1-2; R. Vinen, *The Unfree French: Life under the Occupation*, Nueva Haven, 2006, caps. 1-2. <<

[5] R. Paxton, «Le Régime de Vichy était-il neutre?», *Guerres mondiales et conflits contemporaines*, n.º 194 (1999), pp. 149-162. <<

[6] P. Burrin, *Living with Defeat: France under the German Occupation, 1940-1944*, Londres, 1996, pp. 109-111; S. Kitson, «Spying for Germany in Vichy France», *History Today*, n.º 56:1 (enero de 2006), pp. 38-45 y especialmente su *Vichy et la chasse aux éspions nazis, 1940-1942: Complexités de la politique de collaboration*, París, 2005. <<

[7] Burrin, *Living with Defeat*, pp. 437-438. <<

[8] H. Umbreit, *Der Militärbefehlshaber in Frankreich 1940-1944*, Boppard am Rhein, 1968, p. 109; B. Gordon, «The Condottieri of the Collaboration: *Mouvement Social Révolutionnaire», Journal of Contemporary History*, n.º 10:2 (abril de 1975), pp. 261-282. <<

[9] Sobre Mitterrand, véase P. Péan, *Une jeunesse française: François Mitterrand, 1934-1947*, París, 1994; sobre la conexión con L'Oréal está M. Bar-Zohar, *Bitter Scent: The Case of L'Oréal, Nazis and the Arab Boycott*, Nueva York, 1996, que desvela muchos trapos sucios. <<

[10] A. Betz, «Céline entre le IIIe Republique et la France occupée», en A. Betz y S. Martens, eds., *Les Intellectuels et l'Occupation: Collaborer, partir, resister, 1940-1944*, París, 2004, pp. 90-105; W. R. Tucker, *The Fascist Ego: A Political Biography of Robert Brasillach*, Los Angeles, 1975, pp. 253-270; Smith, *The Embattled Self*, pp. 181-182. <<

[11] J. Cocteau, *Journal, 1942-45*, París, 1989, pp. 34, 114. <<

[12] Ibíd., p. 173; Burrin, *Living with Defeat*, p. 348. <<

[13] La fuente fundamental sobre Cocteau es C. Arnaud, *Jean Cocteau*, París, 2003, pp. 543-587. <<

[14] M. Cone, *Artists under Vichy: A Case of Prejudice and Persecution*, Princeton, 1992; Y. Menager, «Aspects de la vie culturelle en France sous l’occupation allemande (1940-1944)», en Madajczyk, ed., *Inter arma non silent musae*, pp. 367-421. <<

[15] G. Sapiro, «La Collaboration litteraire», en A. Betz y S. Martens, eds., *Les Intellectuels et l'Occupation*, pp. 39-63; E. Michels, «Die deutschen Kulturinstitute im besetzten Europa», en W. Benz *et al*., eds., *Kultur-Propaganda-Öffentlichkeit: Intentionen deutscher Besatzungspolitik und Reaktionen auf die Okkupation*, Berlín, 1998, pp. 11-35. <<

[16] B. Lambauer, «Otto Abetz, inspirateur et catalysateur de la collaboration culturelle», en Berz *et al*., eds., *Kultur-Propaganda-Öffentlichkeit*, pp. 64-90; J. Grondin, *Hans-Georg Gadamer: A Biography*, Nueva Haven, 2003, pp. 212-213. <<

[17] Jochmann, ed., *Adolf Hitler*, p. 116. <<

[18] Sobre la continuidad del estado, la exposición clásica es C. Pavone, «La continuità dello stato», en Pavone, *Alle origine della Repubblica*. **<<**

[19] G. Le Begnec y D. Peschanski, eds., *Les Elites locales dans la tourmente*, París, 2000. <<

[20] La fuente fundamental es M.-O. Baruch, *Servir l’Etat Français: L’Administration en France de 1940 à 1944*, París, 1997, esp. pp. 36-209. <<

[21] Ibíd., p. 242; Vinen, *The Unfree French*, p. 85. <<

[22] Baruch, *Servir l’Etat Français*, p. 256; Vinen, *The Unfree* French, p. 94. <<

[23] Baruch, *Servir l’Etat Français*, pp. 298-313. <<

[24] Ibíd., p. 398; Marrus y Paxton, *Vichy France and the Jews*, p. 245; J.-M. Berlière, «L’Impossible Pérennité de la police républicaine sous l’Occupation», en *Vingtième Siécle*, n.º 94 (abril-junio de 2007), pp. 183-196. <<

[25] Baruch, *Servir l'Etat Français*, pp. 400-403; U. Lappenküper, «Der "Schlächter von Paris": Carl-Albrecht Oberg als HHSPF in Frankreich, 1942-44», en S. Martens y M. Vaïsse, eds., *Frankreich und Deutschland im Krieg (Nov. 1942-Herbst 1944): Okkupation, Kollaboration, Resistance*, Bonn, 2000, pp. 129-143; Umbreit, *Der Militärbefehlshaber*, p. 112; Vinen, *Unfree French*, p. 109. <<

[26] J. Delarue, *Trafics et crimes sous l’occupation*, París, 1968, p. 248. <<

[27] Ibíd., pp. 249-251. <<

[28] Ibíd., pp. 258-262. <<

[29] S. Kitson, «From Enthusiasm to Disenchantment: The French Police and the Vichy Regime, 1940-1944», *Contemporary European History*, n.º 11:3 (2002), pp. 371-390; Baruch, *Servir l’Etat Français*, pp. 449-465, 515. <<

[30] Números de arrestos en Umbreit, *Der Militärbefehlshaber*, p. 116. <<

[31] Baruch, *Servir l'Etat Français*, p. 548; E. Alary, «Les Années noires du maintien de l'ordre: L'Exemple de la gendarmerie nationale, entre omnipotence allemande et emprise de la Milice», en Martens y Vaïsse eds., *Frankreich und Deutschland im Krieg*, p. 567. **<<**

[32] Baruch, *Servir l'Etat Français*, p. 580; Burrin, *Living with Defeat*, p. 451; J. Sweets, «Hold that Pendulum! Redefining Fascism, Collaborationism and Resistance in France», *French Historical Studies*, n.º 15:4 (otoño de 1988), pp. 731-758, aquí 751. <<

[33] Sobre los llamados «resistentes Vichistas», véase J. Barasz, «Un vichyste en Résistance, le général de la Laurencie», *Vingtième Siècle*, 94 (abril-junio de 2007), pp. 167-181 y bibliografía. <<

[34] Sweets, «Hold that Pendulum!», p. 754. <<

[1] K.-P. Friedrich, «Collaboration in a “Land without Quisling”: Patterns of Collaboration with the Nazi German Occupation Regime in Poland during World War II», *Slavic Review*, n.º 64:4 (invierno de 2005), pp. 712-746, aquí 714, 719. <<

[2] El catalizador de los debates sobre los asesinatos de judíos llevados a cabo durante la guerra fue J. Gross, *Neighbors: The Destruction of the Jewish Community in Jedwabne*, Princeton, 2002. <<

[3] M. Kunicki, «Unwanted Collaborators: Leon Kozłowski, Wladyslaw Studnicki and the Problem of Collaboration among Polish Conservative Politicians in World War II», *European Review of History*, n.º 8:2 (2001) pp. 203-220; R. Lukas, *Forgotten Holocaust: The Poles under German Occupation, 1939-1944*, Nueva York, 1990, p. 111. <<

[4] Ibíd. Kozłowski murió en un bombardeo en Alemania, en la primavera de 1944. <<

[5] Véase el análisis de W. Borodziej, *Terror und Politik: Die deutsche Polizei und die polnische Widerstandsbewegung in Generalgouvernement, 1939-1944*, Mainz, 1999. <<

[6] Lukas, *Forgotten Holocaust*, pp. 114-115. <<

[7] D. Furber, «Going East», p. 150; Sobieski, «Reminiscences from Lwow», p. 361. <<

[8] Este párrafo y los siguientes se basan en la obra pionera de Chodakiewicz, *Between Nazis and Soviets*. <<

[9] Ibíd., p. 81. <<

[10] Ibíd., p. 84; Klukowski, *Diary from the Years of Occupation*, p. 123. **<<**

[11] Swain, *Between Stalin and Hitler*, p. 91. <<

[12] K. Sakowicz, *Ponary Diary, 1941-1943: ABysterder's Account of a Mass Murder*, Nueva Haven, 2005. <<

[13] Aly, *Hitler Beneficiaries*; Friedrich, «Collaboration in a “Land without Quisling”», p. 733; Klukowski, *Diary from the Years of Occupation*, p. 227. <<

[14] O. Pinkus, *The House of Ashes*, Londres, 1991, p. 109; D. Bergen, «The *Volksdeutsche* of Eastern Europe and the Collapse of the Nazi Empire, 1944-1945», en Steinweis and Rogers, eds., *The Impact of Nazism*, p. 110. <<

[15] Ibíd., pp. 16, 30, 40; M. Zylberberg, *A Warsaw Diary*, Londres, 1969, p. 201; L. Rein, «Local Collaboration», pp. 381-409. <<

[16] M. Dean, *Collaboration in the Holocaust: Crimes of the Local Police in Belorussia and Ukraine, 1941-44*, Basingstoke, 2004, p. 68. <<

[17] G. Stein, *The Waffen-SS: Hitler's Elite Guard at War, 1939-1945*, Ithaca, 1966, pp. 138-139; C. Childs, «The Political Structure of Hitler's Europe», en A. and V. Toynbee, eds., *Survey of International Affairs*, pp. 75-79; Reitlinger, *The SS: Alibi of a Nation*, pp. 158-160; B. de Wever, «Military Collaboration in Belgium», en Benz *et al*., eds., *Die Bürokratie der Okkupation*, pp. 153-173. <<

[18] Höhne, *The Order of the Death’s Head*, p. 535. <<

[19] Reitlinger, *The SS, Alibi of a Nation*, pp. 194-195; Militärgeschichfliches Forschaugsamt, ed., *Germany and the Second World War*, vol. 5, p. 1027. **<<**

[20] Stein, *Waffen-SS*, pp. 171-173; Höhne, *Order of the Death's Head*, p. 537; Bergen, «The *Volksdeutsche* of Eastern Europe», p. 112. <<

[21] Stein, *The Waffen-SS*, pp. 178-179. <<

[22] G. Bassler, *Alfred Valdmanis and the Politics of Survival*, Toronto, 2000. <<

[23] Reitlinger, *The House Built on Sand*, pp. 160-164. <<

[24] Ibíd. <<

[25] J. A. Armstrong, *Ukrainian Nationalism*, ed. rev., Littleton, Colorado, 1980, pp. 34-37. <<

[26] W. D. Heike, *The Ukrainian Division «Galicia», 1943-45: A Memoir*, Toronto, 1988, pp. 4-5, 19, 28-29..<<

[27] Para más información sobre esto, véase, en el siguiente capítulo, el análisis de la política de la resistencia nacionalista ucraniana en Ucrania Occidental en 1943-1944..<<

[28] Citado en Stein, *The Waffen-SS*, pp. 194-195. <<

[29] Dallin, *German Rule*, pp. 534-536. <<

[30] Reitlinger, *The SS: Alibi of a Nation*, pp. 200-201; Dallin, *German Rule*, p. 534. <<

[31] P. Biddiscombe, «*Unternehmen* Zeppelin: The Deployment of SS Saboteurs and Spies in the Soviet Union, 1942-1945», *Europe-Asia Studies*, 52:6 (2000), pp. 1115-1142; Dallin, *German Rule*, p. 546. <<

[32] Ibíd., pp. 564-566. <<

[33] Ibíd., p. 574; Hitler citado en Borodziej, *Terror und Politik*, p. 116. <<

[34] Dallin, *German Rule*, pp. 593-594. <<

[35] Ibíd., pp. 601, 616. <<

[36] Heiber, ed., *Hitler and his Generals*, pp. 259-260. <<

[37] T. Schulte, *German Army and Nazi Policies in Occupied Russia*, Nueva York, 1989, pp. 172-177; J. Hanson, *The Civilian Population and the Warsaw Uprising of 1944*, Cambridge, 1978, p. 85; Lukas, *Forgotten Holocaust*, pp. 205-207. <<

[38] Hitler-Szálasi, en Hillgruber, ed., *Staatmänner und Diplomaten*, p. 525. <<

[39] Reitlinger, *The House Built on Sand*, pp. 368-369. <<

[40] Dallin, *German Rule*, p. 636. <<

[41] K. Ungvary, *Battle for Budapest: One Hundred Days in World War II*, Londres, 2003, p. 274. <<

[42] Dallin, *German Rule*, p. 646; C. Andreyev, *Vlasov and the Russian Liberation Movement: Soviet Reality and Emigré Theories*, Cambridge, 1987, pp. 76-79. <<

[43] Una descripción apasionante, aunque no verificable, de esto es J. Loftus, *The Belarus Secret*, Nueva York, 1982. <<

[1] Sobre la resistencia polaca ya entrado el año 1940, L. Dobroszycki y M. Getter, «The Gestapo and the Polish Resistance Movement», *Acta Poloniae Historica*, n.º 4 (1961), p. 88; otras citas extraídas de Jacobmeyer, «Die polnische Widerstandsbewegung», pp. 655-681. <<

[2] K. Lanckoronska, *Michaelangelo in Ravensbrück: One Woman's War against the Nazis*, Nueva York, 2007, p. 20. <<

[3] G. von Frijtag Drabbe Künzel, «Resistance, Reprisals, Reactions» en R. Gildea, O. Wieviorka y A. Warring, eds., *Surviving Hitler and Mussolini: Daily Life in Occupied Europe*, Oxford, 2006, pp. 190-191. <<

[4] W. Borodziej, *The Warsaw Uprising of 1944*, Madison, Wisconsin, 2006, pp. 6-8, 38-39..<<

[5] E. D. R. Harrison, «The British Special Operations Executive and Poland», *Historical Journal*, n.º 43:4 (2000), pp. 1071-1091. <<

[6] Jacobmeyer, «Die polnische Widerstandsbewegung», pp. 674-675. <<

[7] G. Kennan, «The Technique of German Imperialism in Europe» (abril de 1941), p. 5, en Documentos de George E. Kennan, Mudd Library, Universidad de Princeton. (Gracias a Anders Sephanson por señalarme este documento.) M. Baudot, *L'Opinion publique sous L'Occupation: L'Example d'un département français (1939-1945)*, París, 1960, p. 15; P. Struye, *L'Evolution du sentiment publique en Belgique sous l'occupation allemande*, Bruselas, 1945, p. 54. <<

[8] Sobre los polacos, véase Szarota, *Warschau unter dem Hakenkreuz*, p. 283; A. Warring, «Intimate and Sexual Relations», en Gildea, Wieviorka y Warring, eds., *Surviving Hitler and Mussolini*, pp. 108-113; F. Virgili, *Shorn Women: Gender and Punishment in Liberation France*, Berg, 2002, pp. 11, 22-26..<<

[9] Szarota, *Warschau unter dem Hakenkreuz*, pp. 282-283; K. Stokker, «Hurry Home, Haakon: The Impact of Anti-Nazi Humour on the Image of the Norwegian Monarch», *Journal of American Folklore*, n.º 109:433 (verano de 1996), pp. 289-307. <<

[10] J. Haestrup, *European Resistance Movements, 1939-1945: A Complete History*, Londres, 1981, cap. 3. <<

[11] Struye, *Journal de guerre*, p. 143; J. Sweets, *Choices in Vichy France: The French under Nazi Occupation*, Oxford, 1986, p. 203. **<<**

[12] Brzeska, *Through a Woman's Eyes*, pp. 34-40; Struye, *Journal de guerre*, pp. 194, 203; Jacobmeyer, «Die polnische Widerstandsbewegung», p. 670. <<

[13] Hirschfeld, *Nazi Rule and Dutch Collaboration*, p. 35. **<<**

[14] A. Moland, «Norway», en B. Moore, ed., *Resistance in Western Europe*, Oxford, 2000, pp. 223-237. <<

[15] W. Weber, *Die innere Sicherheit im besetzten Belgien und Nordfrankreich, 1940-1944*, Düsseldorf, 1978, pp. 54-55; Alexander von Falkenhausen, *Mémoires d’outre-guerre*, Bruselas, 1974, pp. 135-136, 153-155, 198. <<

[16] L. Taylor, *Between Resistance and Collaboration: Popular Protest in Northern France, 1940-1945*, Basingstoke, 2000, pp. 70-80; R. Gildea, D. Luyten y J. Fürst, «To Work or Not to Work?», en Gildea, Wieviorka y Warring, eds., *Surviving Hitler and Mussolini*, pp. 43-44; D. Luyten y R. Hemmerijckx, «Belgian Labour in World War II: Strategies of Survival, Organisations and Labour Relation», *European Review of History*, n.º 7:2 (otoño de 2000), pp. 207-227. <<

[17] W. Borodziej, *Terror und Politik*, pp. 93-94. <<

[18] G. Schulz, «Zur englischen Planung des Partisanenkriegs am Vorabend des Zweiten Weltkrieges», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 30:2 (1982), pp. 322-339. <<

[19] M. R. D. Foot, «Was SOE Any Good?», *Journal of Contemporary History*, n.º 16:1 (enero de 1981), pp. 167-181, aquí 169. <<

[20] D. Stafford, «The Detonator Concept: British Strategy, SOE and European Resistance after the Fall of France», *Journal of Contemporary History*, n.º 10:2 (abril de 1975), pp. 185-217. <<

[21] M. Djilas, *Wartime*, Nueva York, 1977, pp. 12-13; G. Swain, «The Comintern and Southern Europe, 1938-1943», en T. Judt. ed., *Resistance and Revolution in Mediterranean Europe*, *1939-1948*, Londres, 1989, pp. 2953, aquí 38-40..<<

[22] Djilas, *Wartime*, pp. 12-13. <<

[23] Ibíd., p. 94; S. Trew, *Britain, Mihailovic and the Chetniks, 1941-42*, Londres, 1998, p. 61. **<<**

[24] M. Wheeler, «Pariahs to Partisans to Power: The CPY», en Judt, ed., *Resistance and Revolution*, pp. 110-156; Trew, *Britain, Mihailovic and the Chetniks*, pp. 149-150; M. A. Hoare, *Genocide and Resistance in Hitler's Bosnia: The Partisans and the Chetniks, 1941-1943*, Oxford, 2006, caps. 4-5. <<

[25] Sobre los efectos que tuvo en Francia, véase R. Gildea, «Resistance, Reprisals and Community in Occupied France», *Transactions of the Royal Historical Society*, n.º 13 (2003), pp. 163-185; MacDonald, *Killing*, pp. 77-80; Bryant, *Prague in Black*, p. 179; F. Petrick, ed., *Die Okkupationspolitik des deutschen Faschismus in Dänemark und Norwegen (1940-1945)*, Berlín, 1992, pp. 176, 190. <<

[26] Gerlach, *Kalkulierte Morde*, pp. 884 y ss. <<

[27] J. Armstrong, ed., *Soviet Partisans in World War II*, Madison, Wisconsin, 1964, pp. 438-439. <<

[28] Heiber, ed., *Hitler and his Generals*, pp. 17, 771. <<

[29] Gerlach, *Kalkulierte Morde*, pp. 946-973. <<

[30] Hill, *The War behind the Eastern Front*, pp. 138-145. <<

[31] J. Kagan y D. Cohen, *Surviving the Holocaust with the Russian Jewish Partisans*, Londres, 1997, pp. 153-154; Dean, *Collaboration in the Holocaust*, pp. 122-124. <<

[32] Armstrong, ed., *Soviet Partisans*, pp. 430-431, 672-673..<<

[33] K. Slepyan, *Stalin’s Guerillas: Soviet Partisans in World War Two*, Lawrence, Kansas, 2006, pp. 27-46. <<

[34] Citado en Kagan y Cohen, *Surviving the Holocaust*, p. 194. <<

[35] Slepyan, *Stalin’s Guerillas*, pássim, esp. pp. 91-101. <<

[36] Embajador Hemmen, 1764-PS en *NCA*, Suplemento B, Washington, 1946, pp. 402-403; Sauckel en «54th Conference of the Central Planning Board», R-124, *NCA*, vol. 8, p. 150. <<

[37] H. R. Kedward, *In Search of the Maquis: Rural Resistance in Southern France, 1942-1944*, Oxford, 1993, p. 31. <<

[38] Ibíd., pp. 42-43, 53; O. Wieviorka, «France», en Moore, ed., *Resistance in Western Europe*, pp. 125-155. <<

[39] Baudot, *L'Opinion publique*, p. 233. <<

[40] N.In’T Veld, «Die Wehrmacht und die Widerstandsbekämpfung in Westeuropa», en G. Otto y J. H. ten Cate, eds., *Das organisierte Chaos*: *«Ämterdarwinismus» und «Gesinnungsethik»: Determinanten nationalsozialistischer Besatzungsherrschaft*, Berlín, 1999, pp. 279-301. <<

[41] D. van Galen Lost, «The Netherlands» en Moore, ed., *Resistance in Western Europe*, pp. 189-221, aquí 199-201..<<

[42] R. Gildea, D. Luyten y J. Fürst, «To Work or Not to Work?», en Gildea *et al.*, eds., *Surviving Hitler and Mussolini*, pp. 64-66; Struye, *Journal de guerre*, p. 330. <<

[43] Gerlach, *Kalkulierte Morde*, pp. 996-998, 1011-1035, 1141. <<

[44] Jacobmeyer, «Die polnische Widerstandsbewegung», p. 677; Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, 3.ª ed., vol. 2, pp. 547-548. <<

[45] *TWC*, vol. 5 (caso Pohl), p. 622, Himmler-Krüger, 16 de febrero de 1943; T. Szarota, *The Warsaw Ghetto: The 45th Anniversary of the Uprising*, Polonia, 1987; J. Garlinski, *The Survival of Love: Memoirs of a Resistance Officer*, Cambridge, 1991, p. 112; Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, 3.ª ed., pp. 534-540. <<

[46] Szarota, *Warschau unter dem Hakenkreuz*, p. 279; Dobroszycki y Getter, «The Gestapo and the Polish Resistance Movement», p. 118; Jacobmeyer, «Die polnische Widerstandsbewegung», p. 677; W. Borodziej, *Terror und Politik*, pp. 117-125, 174. <<

[47] H. Trevor-Roper, ed., *Hitler's War Directives, 1939-1945*, Londres, 1966, pp. 204-214; NOKW-159, «Treatment of Prisoners and Deserters in Bandit Fighting, Reprisal and Evacuation Measures», *TWC*, vol11 (The Hostage Case), pp. 1027-1028; «Proclamation to Norwegian Population» (n.d.), p. 1117. <<

[48] Comentario de Neubacher en NOKW-469, «The Blood Bath of Klissura», 15 de mayo de 1944, *Trial of the War Criminals before the Nurenberg Military Tribunals*, xi (Caso 7: «The Hostage Case»), Washington, 1950, pp. 1034-1036; J. Hondros, *Occupation and Resistance: The Greek Agony, 1941-1944*, Nueva York, 1983. <<

[49] G. Corni, «Italy», en Moore, ed., *Resistance in Western Europe*, pp. 160-164. <<

[50] G. Gribaudi, *Guerra totale: tra bombe alleate e violenze naziste. Napoli e il fronte meridionale 1940-1944*, Turín, 2005. <<

[51] A. Portelli, *The Order Has Been Carried Out: History, Memory and the Meaning of a Nazi Massacre in Rome*, Londres, 2003; G. Schreiber, *Deutsche Kriegsverbrechen in Italien*, Munich, 1996, pp. 95-109; 167-183. Cifras de víctimas extraídas de Schreiber o de E. Collotti y T. Matta, «Rappresaglie, stragi, eccidi», en E. Collotti *et al*., eds., *Dizionario della Resistenza*, vol. 1, Turín, 2000, pp. 261-263. <<

[52] Schreiber, *Deutsche Kriegsverbrechen in Italien*, pp. 108-111. <<

[53] Ibíd., p. 195. En la Toscana, las masacres tuvieron lugar lejos de las primeras líneas: M. Battini y P. Pezzino, *Guerra ai civili: occupazione tedesca e politica del massacro. Toscana 1944*, Venecia, 1997. <<

[54] Klinkhammer, *Zwischen Bündnis und Besatzung*, p. 521. <<

[55] B. Bowles, «Newsreds, Ideology and Public Opinion under VichyThe Case of *La France en Masche*», *French Historical Studies*, n.º 27-2 (primavera de 2004), pp. 419-463, aquí 454. <<

[56] Paxton, *Vichy France*, p. 293; Struye, *L’Evolution du sentiment publique*, pp. 178-179. <<

[57] P. P. Poggio, «Reppublica sociale italiana», en Collotti *et al*., eds., *Dizionario della Resistenza*, vol. 1, pp. 66-77, aquí 73; R. Lamb, *War in Italy, 1943-45: A Brutal Story*, Londres, 1993, pp. 99-101. <<

[58] M. Franzinelli, «Chiesa e clero cattolico», en Collotti *et al*., eds., *Dizionario della Resistenza*, vol. 1, pp. 300-322. <<

[59] Lukas, *Forgotten Holocaust*, p. 76. <<

[60] T. Snyder, «The Causes of Ukrainian-Polish Ethnic Cleansing 1943», *Past and Present*, n.º 179 (mayo de 2003), pp. 197-235; Brown, *A Biography of No Place*, p. 221; Armstrong, *Ukrainian Nationalism*. <<

[61] B. Chiari, «Reichsführer-SS: Kein Pakt mit Slawen: Deutsch-polnische Kontakte im Wilna-Gebiet 1944», *Osteuropa Archiv* (abril de 2000), pp. A134-A153. <<

[62] N. Lewis, *Naples' 44*, Londres, 1978, pp. 26-33; Gribaudi, *Guerra totale*, pp. 174-198. <<

[63] Sweets, *Choices in Vichy France*, pp. 221-223; Gildea, «Resistance, Reprisals and Community», pp. 163-185; véase también T. Todorov, *A French Tragedy: Scenes of Civil War, Summer 1944*, Hanover, Nueva Hampshire, 1996. <<

[64] K. J. Müller, «Le Développement des opérations du groupe d’armées B fin juillet-août 1944», en C. Levisse-Touzé, ed., *Paris 1944: Les Enjeux de la Libération*, París, 1994, pp. 102-125; H. Umbreit, «La Libération de Paris et la grande stratégie du Ille Reich», en ibid., pp. 327-343. <<

[65] Esto resume una serie mucho más compleja y confusa de decisiones que describe Borodziej, *The Warsaw Uprising of 1944*, caps. 3-4. <<

[66] Ibíd., pp. 74-75; Hanson, *The Civilian Population*, p. 68. <<

[67] Himmler citado en Borodziej, *The Warsaw Uprising*, p. 79. <<

[68] Ibíd., p. 81. <<

[69] Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, 3.ª ed., p. 539; Szarota, *Warschau unter dem Hakerkreuz*, p. 319. <<

[70] Corni, *Il sogno del «grande spazio»*, p. 253; Dobroszycki y Getter, «Gestapo and the Polish Resistance Movement», pp. 117-118. <<

[71] A. Milward, «The Economic and Strategic Significance of Resistance», en S. Hawes y R. White, eds., *Resistance in Europe, 1939-1945*, Salford, 1973, pp. 186-203; von Falkenhausen, «Quatre ans», en *Mémoires*, p. 198. <<

[72] Sobre la resistencia no violenta, véase J. Semelin, *Unarmed against Hitler: Civilian Resistance in Europe*, Londres, 1993. <<

[73] B. Goldyn, «Disenchanted Voices: Public Opinion in Cracow, 1945-46», *East European Quarterly*, n.º 32:2 (junio de 1998), pp. 139-165. <<

[1] Heiber, ed., *Hitler and His Generals*, p. 554. <<

[2] R.-D. Müller, *Der letzte deutsche Krieg, 1939-1945*, Stuttgart, 2005, pp. 276-278, 285; F. de Lannoy, *La Ruée de l'Armée Rouge: Opération Bagration*, Bayeux, 2002; S. Zaloga, *Bagration 1944: The Destruction of Army Group Centre*, Londres, 1996. <<

[3] Citado en Hanson, *The Civilian Population*, p. 68; A. Noble, «The First *Frontgau*: East Prussia, July 1944», *War and History*, n.º 13 (abril de 2006), pp. 200-216; bajas extraídas de Overmans, *Deutsche militärische Verluste*, p. 277. <<

[4] Noble, «The First *Frontgau*», p. 216. <<

[5] H. Mommsen, «The Dissolution of the Third Reich: Crisis Management and Collapse, 1943-45», *German Historical Institute (Washington): Bulletin*, n.º 27 (otoño de 2000), pp. 9-23, aquí 18-19; Trevor-Roper, ed., *Hitler's War Directives*, p. 233; sobre la polémica en torno a Nemmersdorf, véase G.Überschär, ed., *Orte des Grauens*, Darmstadt, 2003. <<

[6] Ungvary, *Battle for Budapest*, p. XI; K. Ungvary, «The “Second Stalingrad”: The Destruction of Axis Forces in Budapest (February 1945)», en N. Dreisziger, ed., *Hungary in the Age of Total War*, Nueva York, 1998, pp. 151-167. <<

[7] Karl Rosner sobre la retirada a la Línea Hindenburg de 1917, en C. F. Horne, ed., *Source Records of the Great War*, vol. 5, Nueva York, 1923. <<

[8] Trevor-Roper, ed., *Hitler's War Directives*, pp. 234-236, 288; la orden de Hitler del 16 de septiembre de 1944 en H. Schwendemann, «Strategie der Selbstvernichtung: die Wehrmachtführung im "Endkampf" um das Dritte Reich», en R.-D. Müller y H.-E. Volkmann, eds., *Die Wehrmacht. Mythos und Realität*, Munich 1999, pp. 224-244, y su «Drastic Measures to Defend the Reich at the Oder and the Rhine: A Forgotten Memorandum of Albert Speer of 18 March 1945», en *Journal of Contemporary History*, n.º 38:4 (2003), pp. 597-614. <<

[9] C. Goeschel, «Suicide at the End of the Third Reich», *Journal of Contemporary History*, n.º 41:1 (2006), pp. 153-173; M. Steinert, *Capitulation 1945: The Story of the Dönitz Regime*, Londres, 1969, p. 4; sobre Terboven, véase Speer, *Spandau*, p. 239. <<

[10] Trevor-Roper, ed., *Hitler’s War Directives*, pp. 293-294; M. Geyer, «“There Is a Land Where Everything is Pure: Its Name is Land of Death”: Some Observations on Catastrophic Nationalism», G. Eghigian y M. P. Berg, eds., *Sacrifice and National Belonging in Twentieth Century Germany*, College Station, Texas, 2002, pp. 122, 131. <<

[11] *NCA*, vol. 6, pp. 745-752 (3815-PS)..<<

[12] D. Schenk, *Hans Frank: Hitlers Kronjurist und Generalgouverneur*, Frankfurt, 2006, pp. 364-365. <<

[13] 3814-PS: diversos documentos sobre el asunto de Frank en enero de 1945, en *Nazi Conspiracy and Aggression*, vol. 6, Washington, 1946, pp. 740-745. <<

[14] M. Steinert, «The Allied Decision to Arrest the Dönitz Government», *Historical Journal*, n.º 31:3 (1988), pp. 651-663. <<

[15] Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 486-487. <<

[16] P. Padfield, *Himmler: Reichsführer-SS*, Londres, 1990, pp. 600-607; Steinert, *Capitulation 1945*, pp. 116-117. <<

[17] Steinert, *Capitulation 1945*, pp. 1114-1115; Speer, *Inside the Third Reich*, p. 496; L. Stokes, «Otto Ohlendorf, the *Sicherheitsdienst* and Public Opinion in the Third Reich», en G. L. Mosse, ed., *Police Forces in History*, Londres, 1975, pp. 258-259. <<

[18] Steinert, *Capitulation*, p. 238. <<

[19] Matlock, ed., *Dänemark in Hitlers Hand*, pp. 157-158. <<

[20] Padfield, *Himmler: Reichsführer-SS*, pp. 604-605. <<

[21] Ibíd., pp. 604-605. <<

[22] «The Admiral's HQ», *Time*, 28 de mayo de 1945; Steinert, *Capitulation 1945*, pp. 210-211. <<

[23] Steinert, «The Allied Decision», p. 659. <<

[24] Ibíd., p. 660. <<

[25] Dolibois, *Pattern of Circles*, p. 85. <<

[26] Weinberg, *A World at Arms*, p. 826. <<

[27] Ibíd., pp. 100-135; también «The Place of Judgement», *Time*, 6 de agosto de 1945. <<

[28] Speer, *Spandau*, p. 20. <<

[29] T. Schieder, ed., *The Expulsion of the German Population from the Territories East of the Oder-Neisse Line* (Bonn, sin fecha), vol. 1, pp. 129-130. <<

[30] E. Scherstjanoi, «“Vot ona prokliataia Germaniia!” Germany in Early 1945 through the Eyes of Red Army Soldiers», *Slavic Review*, n.º 64:4 (invierno de 2005), pp. 165-189. <<

[31] C. Merridale, *Ivan’s War: Life and Death in the Red Army, 1939-1945*, Nueva York, 2006, p. 301. **<<**

[32] Ibíd., p. 309; sobre la Wehrmacht véase D. R. Snyder, *Sex Crimes under the Wehrmacht*, Lincoln, Nebraska, 2007. <<

[33] Merridale, *Ivan’s War*: p. 284; Broekmeyer, *Stalin, the Russians and their War*, pp. 120-122 (el caso de Lev Kopelev), p. 126; sobre Kopelev, véase L. Kopelev, *The Education of a True Believer*, Nueva York, 1980. <<

[34] Ibíd., pp. 136-137. <<

[35] C. Kraft, «Who Is a Pole and Who Is a German? The Province of Olsztyn in 1945», en P. Ther y A. Siljak, eds., *Redrawing Nations: Ethnic Cleansing in East-Central Europe, 1944-48*, Lathan, Maryland, 2001, pp. 107-121, aquí 126; J. Kap, ed., *The Tragedy of Silesia, 1945-46*, Munich, 1952-1953, p. 193. <<

[36] Ibíd., pp. 198-199, 238-239; sobre los guetos, véase también Kraft, «Who Is a Pole and Who Is a German?», p. 112. <<

[37] Ther, «A Century of Forced Migration», en Ther y Siljak, eds., *Redrawing Nations*, p. 55; Bryant, *Prague in Black*, pp. 229-230. **<<**

[38] S. Jankowiak, «“Cleansing” Poland of Germans», pp. 88-89 en Ther y Siljak, eds., *Redrawing Nations*. **<<**

[39] J. Chuminski y E. Kaszuba, «The Breslau Germans under Polish Rule, 1945-46: Conditions of Life, Political Attitudes, Expulsion», *Studia Historiae Oeconomicae*, n.º 22 (1997), pp. 87-101. <<

[40] B. Frommer, *National Cleansing: Retribution against Nazi Collaborators in Postwar Czechoslovakia*, Cambridge, 2005. <<

[41] E. Glassheim, «National Mythologies and Ethnic Cleansing: The Expulsion of Czechoslovak Germans in 1945», *Central European History*, n.º 33:4 (2005), pp. 463-486. <<

[42] Ibíd., p. 482; N. Naimark, *Fires of Hatred: Ethnic Cleansing in Twentieth Century Europe*, Cambridge, Massachusetts, 2001, p. 116; Bryant, *Prague in Black*, pp. 238-239. <<

[43] Naimark, *Fires of Hatred*, pp. 130-133. <<

[44] K. Kersten, «Transformation of Polish Society», en Ther y Siljak, eds., *Redrawing Nations*, p. 78; Churchill citado en ibíd., p. 6. <<

[45] Wiskemann, *Germany’s Eastern Neighbours*, pp. 209-228. <<

[46] A. Prazmowska, «The Kielce Pogrom 1946 and the Emergence of Communist Power in Poland», *Cold War History*, n.º 2:2 (enero de 2002), pp. 101-124; D. Engel, «Patterns of Anti-Jewish Violence in Poland, 1944-46», *Yad Vashem Studies*, n.º 26 (1998), pp. 43-87. <<

[47] P. Ahonen, *After the Expulsion: West Germany and Eastern Europe, 1945-1990*, Oxford, 2003. <<

[1] J. Goebbels, «Das Jahr 2000», *Das Reich*, 25 de febrero de 1945, pp. 1-2, traducido por Randall Bytwerk y disponible en Internet en su Archivo de Propaganda Alemana, . **http://www.calvin.edu/academic/cas/gpa/goeb49.htm**. Gracias al profesor Byrwerk por permitirme citar de esta fuente. <<

[2] Ibíd. <<

[3] P. Herre, *Deutschland und die Europäische Ordnung*, Berlín, 1941, p. 196; E. Bramsted, *Goebbels and National Socialist Propaganda, 1925-1945*, East Lansing, Michigan, 1965, p. 303. <<

[4] Ibíd., pp. 303-304. <<

[5] Hitler, *Hitler’s Second Book*, pp. 109-116. <<

[6] Goebbels, «The Europe of the Future», 11 de septiembre de 1940, en Neulen, *Europa und das 3. Reich*, pp. 73-75. <<

[7] P. Kluke, «Nazionalsozialistische Europaideologie», *Vierteljahrshefte Für Zeitgeschichte*, n.º 3:3 (1955), pp. 240-275, aquí 259. <<

[8] *Documents of German Foreign Policy*, n.º 327 (Declaraciones del Führer al embajador Abetz el 16 de septiembre de 1941), p. 520. <<

[9] *Documents of German Foreign Policy*, n.º 424 (registro de la conversación entre el Führer y el conde Ciano en el Cuartel General el 25 de octubre de 1941), pp. 692-694. <<

[10] Speer, *Spandau*, p. 156. <<

[11] Neitzel, ed., *Tapping Hitler's Generals*, pp. 159-175. <<

[12] Goebbels, *The Goebbels Diaries, 1942-43*, p. 357 (8 de mayo de 1943). <<

[13] E. Beneš, «The Organization of Postwar Europe», *Foreign Affairs*, n.º 20:1 (enero de 1942), pp. 226-242. <<

[14] L. Curtis, «World Order», *International Affairs*, n.º 18:3 (mayo-junio de 1939), pp. 301-320; véase también D. Lavin, *From Empire to International Commonwealth: A Biography of Lionel Curtis*, Oxford, 1995. W. Lipgens, *A History of European Integration*, vol. 1 (1945-7), Oxford, 1982. <<

[15] Ibíd., pp. 62-65; Departamento de Estado de Estados Unidos, *Postwar Foreign Policy Preparation, 1939-1945* (Washington, DC, 1949), pp. 458-461 (Memorándum del 1 de mayo de 1940); Kennan, citado en J. L. Harper, *American Visions of Europe: Franklin D. Roosevelt, George F. Kennan, and G. Acheson*, Cambridge, 1996, p. 182; R. Schlesinger, *Federalism in Central and Eastern Europe*, Nueva York, 1945, p. ix. <<

[16] Lipgens, *A History of European Integration*, vol. 1, pp. 63-64; Schlesinger, *Federalism*, p. 478. <<

[17] E. Ranshofen-Wertheimer, *Victory Is Not Enough: The Strategy for a Lasting Peace*, Nueva York, 1942, pp. 167-202. <<

[18] La oposición belga en T. Grosbois, «Les Projets des petites nations de Benelux pour l'après-guerre, 1941-1945», en M. Demoulin, *Plans des Temps de Guerre pour l'Europe d'Après-Guerre, 1940-47*, Bruselas, 1995, p. 120; S. Neumann, «Fashions in Space», *Foreign Affairs*, n.º 21:2 (enero de 1943), pp. 276-288, aquí 288. <<

[19] Schlesinger, *Federalism*, pp. 447-449. <<

[20] Strang citado en L. Kettenacker, «The Anglo-Soviet Alliance and the Problem of Germany, 1941-1945», *Journal of Contemporary History*, n.º 17:3 (julio de 1982), pp. 435-458, aquí 449. <<

[21] Lipgens, *A History of European Integration*, vol. . <<

[22] G. Murashko y A. Noskova, «Stalin and the National-territorial Controversies in Eastern Europe, 1945-1947», *Cold War History*, n.º 1:3 (abril de 2001), pp. 161-172. <<

[23] D. Reynolds, «Churchill, Stalin and the “Iron Curtain”», en *From World War to Cold War: Churchill, Roosevelt and the International History of the 1940s*, Oxford, 2006, pp. 250-251. <<

[24] Harper, *American Visions*, p. 188. <<

[25] M. Steinert, *Capitulation 1945*, Londres, 1969, p. 6; Lipgens, *A History of European Integration*, vol. 1, pp. 66 nota al pie 108, p. 104 nota al pie 21; W. Rostow, «The European Commission for Europe», *International Organization*, n.º 3:2 (mayo de 1949), pp. 254-268. <<

[26] Lipgens, *History of European Integration*, vol. 1. <<

[27] W. Mauter, «Churchill and the Unification of Europe», *The Historian*, n.º 61:1 (otoño de 1998), pp. 67-84; A. W. B. Simpson, *Human Rights and the End of Empire: Britain and the Genesis of the European Convention*, Oxford, 2001; A. Milward, *The European Rescue of the Nation-State*, Londres, 2000. <<

[28] Schumann, «Probleme der deutschen Aussenwirtschaft», pp. 141-160. <<

[29] L. Herbst, «Die wirtschaftlichen Nachkriegspläne des SS, der Reichswirt schaftsministeriums und der Reichsgruppe Industrie im Angesicht der Niederlage (1943-45)», en Demoulin, *Plans des Temps de Guerre*, pp. 15-24. <<

[30] K. Tauber, *Beyond Eagle and Swastika: German Nationalism since 1945*, Middletown, Connecticut, 1967, pp. 208-209. <<

[31] Ibíd., pp. 210-230. <<

[32] Ibíd., p. 925. <<

[33] Speer, *Inside the Third Reich*, p. 307; Carlo Scorza, citado en C. Pavone, «La continuità dello stato», en Pavone, *Alle origine della Repubblica*, p. 75. <<

[1] L. Namier, «The German Finale to an Epoch in History», en *Vanished Supremacies*, p. 219. <<

[2] F. Giddings (en *Democracy and Empire*) citado en D. P. Crook, *Benjamin Kidd: Portrait of a Social Darwinist*, Cambridge, 1984, pp. 133-134. <<

[3] C. K. Leith, «The Struggle for Mineral Resources», *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, n.º 204 (julio de 1939), pp. 42-48. <<

[4] C. Schmitt, «Grossraum gegen Universalismus», *Zeitschrift der Akademie für Deutsches Recht*, n.º 9 (1939), pp. 333-337 y el análisis en Herbert, *Best*, pp. 271-275. Véase también C. Schmitt, *The Nomos of the Earth in the International Law of the Ius Publicum Europaeum*, Nueva York, 2003, cap. 3. <<

[5] J. Bendersky, *Carl Schmitt: Theorist for the Reich*, Princeton, 1983, pp. 256-258. <<

[6] R. Dumett, «Africa's Strategic Minerals during the Second World War», *Journal of African History*, n.º 26:4 (1985), pp. 381-408. <<

[7] A. Frye, *Nazi Germany and the American Hemisphere, 1933-1945,* Nueva Haven, 1967; F. D. McCann, *The Brazilian-American Alliance, 1937-1945*, Princeton, 1973, p. 146; Weinberg, *A World at Arms*, p. 154. <<

[8] G. Smith, *The Last Years of the Monroe Doctrine, 1945-1993*, Nueva York, 1994, p. 35. Darwin, *After Tamerlane*, p. 419. <<

[9] Weinberg, *A World at Arms*, p. 497; M. Lynch, *Mining in World History*, Londres, 2002, p. 286. <<

[10] C. W. Spang y R. H. Wippich, eds., *Japanese-German Relations, 1895-1945*, Londres, 2006, Introducción; M. Hauner, *India in Axis Strategy: Germany, Japan and Indian Nationalists in the Second World War*, Stuttgart, 1981, pp. 278-279. <<

[11] G. Weinberg, ed., *Hitlers Zweites Buch,* Stuttgart, 1961, p. 165; véase, también, Reynolds, *From World War to Cold War*, pp. 42-43. <<

[12] Como ha sostenido recientemente, por ejemplo, K. Pomeranz, *The Great Divergence: China, Europe and the Making of the Modern World Economy*, Princeton, 2000; también C. Bayly, *The Birth of the Modern World, 1780-1914*, Oxford, 2004. Para una visión más antigua, menos convencida de la importancia de las colonias, véase P. O, Brien, «European Economic Development», *Economic History Review*, n.º 35:1 (febrero de 1982), pp. 1-18. <<

[13] Sobre el exterminio, por ejemplo, véase H. Johnston, «The Empire and Anthropology», *Nineteenth Century and After*, n.º 327 (julio de 1908), pp. 133-146; C. Hart Merriam, «The Indian Population of California», *American Anthropologist* (octubre-diciembre de 1905), pp. 594-606; otras citas extraídas de S. Lindqvist, *Terra Nullius: A Journey through No One's Land*, Nueva York, 2007, pp. 35-36. El colonialismo de asentamiento se examina en Elkins and Pedersen, eds., *Settler Colonialism in the Twentieth Century*. <<

[14] Cifras relativas a la inmigración en K. J. Bade, «From Emigration to Immigration: The German Experience in the 19th and 20th Centuries», *Central European History*, n.º 28:4 (1995), pp. 507-535; A. Perras, *Carl Peters and German Imperialism, 1856-1918: A Political Biography*, Oxford, 2004, p. 38. <<

[15] C. Sauer, «The Formative Years of Ratzel in the United States», *Annals of the Association of American Geographers*, n.º 61:2 (junio de 1971), pp. 245-254; Von Weber citado por Perras, *Carl Peters*, pp. 31-33. <<

[16] Perras, *Carl Peters*, pp. 38, 44. <<

[17] Sobre las reivindicaciones alemanas en América del Sur, véase R. Armstrong, «Should the Monroe Doctrine Be Modified or Abandoned?», *American Journal of International Law*, n.º 10:1 (enero de 1916), pp. 77-103. <<

[18] Harvey, «Management and Manipulation», p. 106; T. Remeikis, ed., *Lithuania under German Occupation, 1941-1945: Despatches from the US Legation in Stockholm*, Vilnius, 2005, p. 46; Heiber, ed., *Hitler and his Generals*, pp. 533-534. <<

[19] Citado en D. Furber, «Near as Far as in the Colonies: The Nazi Occupation of Poland», *International History Review*, n.º 26:3 (septiembre de 2004), pp. 541-579; H. Fischer, *Völkerkunde im Nationalsozialismus Aspekte Anpassung, Affinität und Behauptung einer wissenschaftlichen Disziplin*, Berlín, 1990, p. 133. <<

[20] T. Bender, *A Nation among Nations: America's Place in World History*, Nueva York, 2006, pp. 222-223; Crook, *Benjamin Kidd*, p. 135. <<

[21] Citado por S. Wolton, *Lord Hailey, the Colonial Office and the Politics of Race and Empire in the Second World War: The Loss of White Prestige*, Londres, 2000, p. 43. <<

[22] E. Fischer, *Is This a War for Freedom?*, Nueva York, 1940, p. 34; C. Wills, *That Neutral island: A Cultural History of Ireland during the Second World War*, Londres, 2007, p. 71. <<

[23] A. Césaire, *Discourse on Colonialism*, Nueva York, 2000. **<<**

[24] Harrison citado en R. W. Kostal, *A Jurisprudence of Power: Victorian Empire and the Rule of Law*, Oxford, 2005, p. 253; G. Gong, *The Standard of «Civilisation» in International Society*, Oxford, 1984. <<

[25] Neulen, *Europa und das 3. Reich*, p. 183. <<

[26] Sobre la renuencia de la Sociedad de Naciones a hablar sobre la anexión, véase C. Schmitt, *The Concept of the Political*, trad. de G. Schwab, Rutgers, 1976, p. 73. Más en general, M. Mazower, «An International Civilization? Empire, Internationalism and the Crisis of the Mid-Twentieth Century», *International Affairs*, n.º 82:3 (2006), pp. 561-563. <<

[27] Weinberg, ed., *Hitlers Zweites Buch*, pp. 165-166. <<

[28] Kostal, *A Jurisprudence of Power*, p. 470; Fitzjames Stephen en U. Singh Mehta, *Liberalism and Empire: A Study in Nineteenth-Century British Liberal Thought*, Chicago, 1999, p. 196; Neitzel, ed., *Tapping Hitler's Generals*, p. 17. <<

[29] J. Reich Abel, «Warrings Internationalisms: Multilateral Thinking in Japan, 1933-1964», tesis doctoral, Columbia University, 2004, pp. 160-162; *I Documenti diplomatici*, pp. ix, 546, Alfieri-Mussolini, 11 de junio de 1943. <<

[30] Hauner, *India in Axis Strategy*, pp. 33, 342-345, 479, 497, 532-533. Gracias a Marilyn Young por esta referencia. **<<**

[31] Goebbels, *The Goebbels Diaries 1942-43*, p. 212 (entrada del 12 de mayo de 1942). <<

[32] Citado en C. Boyd, *Hitler’s Japanese Confidant: General Oshima Hiroshi and MAGIC Intelligence, 1941-1945*, Lawrence, Kansas, 1993, pp. 8182; H. Dobson, «The Failure of the Tripartite Pact: Familiarity Breeding Contempt between Japan and Germany: 1940-1945», *Japan Forum*, n.º 11:2 (1999), pp. 179-190. <<

[33] Boyd, *Hitler’s Japanese Confidant*. <<

[34] G. Orwell, «Not Counting Niggers», *Adelphi* (julio de 1939). <<

[35] Perham en H. Nicolson, «The Colonial Problem», *International Affairs*, n.º 17:1 (enero-febrero de 1938), pp. 32-50; I. McLaine, *The Ministry of Morale*, Londres, 1979, pp. 223-224; Wolton, *Lord Hailey*, pp. 39-59. <<

[36] Jennings, *Vichy in the Tropics*, p. 127. <<

[37] C. Bayly y T. Harper, *Forgotten Wars: The End of Britain’s Asian Empire*, Londres, 2007; P. Lagrou, «The Nationalization of Victimhood: Selective Violence and National Grief in Western Europe, 1940-1960», en R. Bessel y D. Schumann, eds., *Life after Death: Approaches to a Cultural and Social History of Europe during the 1940s and 1950s*, Cambridge, 2003, p. 248 para un cálculo aproximado del número de civiles franceses asesinados durante la ocupación. Sobre las represiones coloniales, véase R. Gildea, *France since 1945*, Oxford, 2002, pp. 21-22. **<<**

[38] R. Hyam, *Britain’s Declining Empire: The Road to Decolonisation, 1918-1968*, Cambridge, 2006, p. 96; Darwin, *After Tamerlane*, cap. 8; Wolton, *Lord Hailey*, p. 123. <<

[39] C. Elkins, «Race, Citizenship and Governance: Settler Tyranny and the End of Empire», en Elkins y Pedersen, eds., *Settler Colonialism in the Twentieth Century*, pp. 203-223. <<

[40] H. Grimal, *Decolonization: The British, French, Dutch and Belgian Empires, 1919-1963*, Boulder, Colorado, 1978, p. 145. <<

[41] Wolton, *Lord Hailey*, pp. 47, 74. <<

[42] R. E. Birchard, «Europe’s Critical Food Situation», *Economic Geography*, n.º 24:4, octubre de 1948, pp. 274-282. <<

[43] Schacht en R. Overy, *Interrogations: The Nazi Elite in Allied Hands, 1945*, Londres, 2001, p. 535. <<

[44] Gracias a Kiran Patel por hablar conmigo sobre la política alimentaria de Alemania y Europa occidental. Su obra, que se publicará próximamente, arrojará luz sobre este tema enormemente desatendido. Sobre consumo de comida y autosuficiencia, véase H. Marmulla and P. Brault, *Europäische Intergration und Agrarwirtschaft*, Bonn, 1958, pp. 326-331. <<

[45] J. Herz, «The Rise and Demise of the Territorial State», *World Politics*, n.º 9:4 (julio de 1957), pp. 473-493. <<

[46] De la enorme bibliografía que existe sobre Estados Unidos como imperio, véase C. Maier, *Among Empires: American Ascendancy and Its Predecessors*, Cambridge, Massachusetts, 2006; V. de Grazia, *Irresistible Empire: America's Advance through Twentieth Century Europe*, Cambridge, Massachusetts, 2005; y, sobre el período más reciente, C. Johnson, *The Sorrows of Empire: Militarism, Secrecy and the End of the Republic*, Nueva York, 2004. <<

[47] J. Herz, «The Territorial State Revisited: Reflections on the Future of the Nation-State», *Polity*, n.º 1:1 (agosto de 1968), pp. 11-34. <<

[48] A. Morris-Reich, «Arthur Ruppin's Concept of Race», *Israel Studies* n.º 11:3 (otoño de 2006), pp. 1-30. <<

[49] S. Reichman y S. Hasson, «A Cross-Cultural Diffusion of Colonization: From Posen to Palestine», *Annals of the Association of American Geographers*, n.º 74:1 (marzo de 1984), pp. 57-70; D. Penslar, *Zionism and Technocracy: The Engineering of Jewish Settlement in Palestine, 1870-1918*, Bloomington, Indiana, 1991; G. Shafir, «Settler Citizenship in the Jewish Colonization of Palestine», en Elkins y Pedersen, eds., *Settler Colonialism*, pp. 41-59. <<

[50] G. Shafir, «Tech for Tech's Sake», *Journal of Palestine Studies*, n.º 21:4 (verano de 1992), pp. 103-105; Y. Weiss, «Central European Ethnonationalism and Zionist Binationalism», *Jewish Social Studies*, n.º 11:1 (otoño de 2004), pp. 93-117. <<

[51] Ibíd., pp. 102-103, 106-108; D. J. Penslar, *Israel in History: The Jewish State in Comparative Perspective*, Abingdon, 2007, pp. 164-165; sobre la cautela de Ruppin véase también S. Ilan Troen, *Imagining Zion: Dreams, Designs and Realities in a Century of Jewish Settlement*, Nueva Haven, 2003, p. 179. <<

[52] S. Della Pergola, «Between Science and Fiction: Notes on the Demography of the Holocaust», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 10:1 (primavera de 1996), pp. 34-51. <<

[53] J. Vernant, *The Refugee in the Post-War World*, Londres, 1953, p. 449; Comunidad Judía Norteamericana, *American Jewish Yearbook* (varios). <<

[54] I. Zertal, *From Catastrophe to Power: Holocaust Survivors and the Emergence of Israel*, Berkeley, 1998, pp. 215-262; S. Ilan Troen y N. Lucas, eds., *Israel: the First Decade of Independence*, Albany, 1995. <<

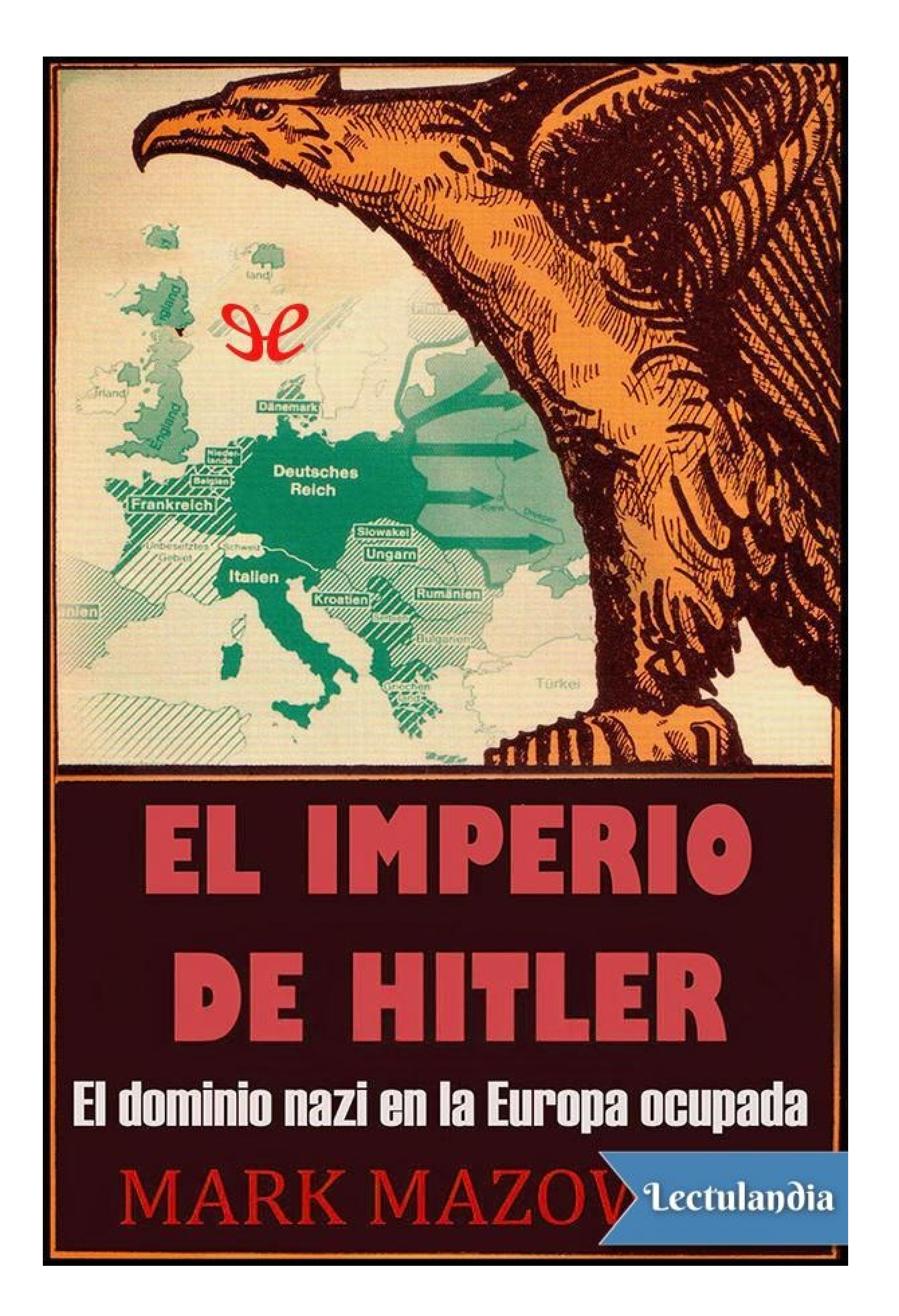
[55] Ibíd., p. 442; sobre el caso iraquí, véase Y. Shenhav, «The Jews of Iraq, Zionist Ideology and the Property of Palestinian Refugees of 1948: An Anomaly of National Accounting», *International Journal of Middle Eastern Studies*, n.º 31:4 (noviembre de 1999), pp. 605-630. <<

[56] Para unas ideas preliminares sobre este proceso, véase M. Mazower, «The Strange Triumph of Human Rights, 1933-1950», *Historical Journal*, n.º 47:2 (2004), pp. 379-399; e idem., «“An International Civilisation?” Empire, Internationalism and the Crisis of the mid-20th Century», *International Affairs*, n.º 82:3 (2006), pp. 553-566. <<

[57] Cf. G. Agamben, «Beyond Human Rights» en su *Means without Ends: Notes in Politics*, Minneapolis, 2000; Arendt, *The Origins of Totalitarianism*, cap. 9. <<

[58] Cf. E. Borgwardt, *A New Deal for the World: America’s Vision for Human Rights*, Cambridge, Massachusetts, 2005. Sobre esta cuestión, le debo mucho a los debates que he mantenido con Samuel Moyn, John Witt y Sièglberg. <<

[59] Paul Hoffman citado en O. A. Westad, *The Global Cold War: Third World Interventionism and the Making of Our Times*, Cambridge, 2007, p. 25; A. Weber, *Abschied von der bisherigen Geschichte*, Hamburgo, 1946. <<



Dänemark
Deutsches Reich
Frankreich
Belgien
Slowakei
Ungarn
Italien
Kroatien
Rumänien
Türkei
EL IMPERIO DE HITLER
El dominio nazi en la Europa ocupada
MARK MAZOV
Lectulandia